Los Rompedores del Alba

Narración de Nabíl de los Primeros Días
de la Revelación Bahá'í

EDITORIAL BAHÁ'Í DE ESPAÑA

“De pie, la vida en la mano, estoy listo; ojalá por ventura, mediante la amorosa bondad y gracia de Dios, esta Letra revelada y manifiesta pueda ofrendar Su vida como un sacrificio en el sendero del Punto Primordial, la Palabra Más Exaltada "

Bahá'u'lláh

CONTENIDO

Introducción xix

Prefacio 01

Primera Parte

DÍAS PREVIOS A LA REVELACIÓN

1. La misión de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í 02

   Su partida de Bahrayn a Iráq
   Su visita a Najaf y Karbilá
   Su viaje a Shíráz
   Su estancia en Yazd
   Su correspondencia con Fath-'Alí Sháh
   Sus relaciones con Hájí 'Abdu'l-Vahháb
   La llegada de Siyyid Kázim-i-Rashtí
   Su peregrinaje a Mashhad
   Su entrada triunfal a Tihrán
   Su partida a Kirmánsháh
   Su regreso a Karbilá
   Su viaje a Meca y Medina y su muerte

2. La Misión de Siyyid Kázim-i-Rashtí 37

   Sus relaciones con Hájí Siyyid Muhammad-Báqir-i-Rashtí
   Sus alusiones al Prometido
   La anécdota de Shaykh Hasan-i-Zunúzí
   La visita de Siyyid Kázim al Báb
   La visita del Báb al santuario de Imám Husayn

La visita de Shaykh Hasan a Shíráz y Máh-Kú
Su encuentro con Bahá'u'lláh en Karbilá
Referencia al Prometido en las obras de Siyyid Kázim
El cerco de Karbilá
Las alusiones de Siyyid Kázim a sus discípulos infieles
El suceso relatado por Shaykh Abú-Turáb
Las exhortaciones de Siyyid Kázim a sus discípulos
El encuentro de Siyyid Kázim con el pastor Árabe
La muerte de Siyyid Kázim

Segunda Parte

LA REVELACIÓN DEL BÁB

3. La Declaración de la Misión del Báb 77

La llegada de Mullá Husayn a Karbilá
Significado del año 60
Partida de Mullá Husayn a Najaf y Búshihr
Entrevista de Mullá Husayn con el Báb en Shíráz
La llegada de Mullá ‘Alíy-i-Bastámí y sus compañeros a Shíráz
La llegada de Quddús a Shíráz
Infancia y juventud del Báb
Su nacimiento
Días en la escuela
Su matrimonio
Su estancia en Búshihr
Las Letras del Viviente
Referencia a Táhirih
Explicación del término Bálá-Sarí
Despedida de Mullá Husayn
Partida de Mullá ‘Alíy-i-Bastámí de Shíráz
La historia de ‘Abdu'l-Vahháb
Los sufrimientos de Mullá ‘Alíy-i-Bastámí
Palabras de despedida del Báb dirigidas a las Letras del Viviente

Palabras de despedida del Báb a Mullá Husayn

4. El viaje de Mullá Husayn a Tihrán 110

Visita de Mullá Husayn a Isfáhán
Sus relaciones con los discípulos de Hájí Siyyid Muhammad-Báqir
Historia del cribador de trigo
La conversión de Mullá Sádiq-i-Khurásán
Su estancia en Kásháan y Qum
Sus experiencias en Tihrán
Sus relaciones con Hájí Mírzá
Muhammad-i-Khúrásání
Su encuentro con Mullá Muhammad-i-Núrí
y su mensaje a Bahá'u'lláh

5. El viaje de Bahá'u'lláh a Mázindarán 119

Su referencia a Mírzá Buzurg
Su visita a Núr antes de la llegada de Mullá Husayn a Tihrán
Su encuentro con Mírzá Muhammad-Taqíy-i-Núrí
Los dos sueños de Mírzá Muhammad-Taqíy-i-Núrí
Su visita a Núr después de la llegada de Mullá Husayn a Tihrán
Sus relaciones con Su tío ‘Azíz
Su encuentro con Mullá Muhammad
Su conversación con un derviche
Los efectos de la visita de Bahá'u'lláh a Núr
El sueño del Vazír referente a Bahá'u'lláh
Las relaciones de Bahá'u'lláh con Hájí Mírzá Áqásí

6. Viaje de Mullá Husayn a Khurásán 129

Las instrucciones del Báb a las Letras del Viviente
Los primeros creyentes de Khurásán
La carta de Mullá Husayn al Báb

7. Peregrinaje del Báb a Meca y Medina 133

Incidente relatado por Hájí Abu'l-Hasan-i-Shírází
Referencia al viaje en el Bayán Persa
Llegada a Jaddih y un incidente en el camino a Meca
Deambulación alrededor del Ka‘bih por el Báb
Su declaración a Mírzá Muhí¶-i-Kirmání
Su mensaje al Sherif de Meca y la historia relatada por Hájí Níyáz-i-Baghdádí
Su visita a Medina

8. Estancia del Báb en Shíráz después del Peregrinaje 148

El regreso del Báb a Búshihr y la despedida de Quddús
Visita de Quddús al tío materno del Báb en Shíráz
Encuentro de Quddús con Mullá Sádiq-i-Khurásání
Interrogatorio de Mullá Sádiq por Husayn Khán
Relato de la persecución por un testigo ocular
Regreso del Báb a Shíráz
Un incidente relatado por el jefe de la escolta del Báb
El encuentro del Báb con Husayn Khán
La declaración del Báb en el Masjid-i-Vakíl
Referencia a aquellos que abrazaron la Fe en Shíráz
La comunicación del Báb con los creyentes en Karbilá
Llegada de los creyentes a Kangávar y su encuentro con Mullá Husayn
Su partida hacia Isfáhán junto con Mullá Husayn
Partida de Mullá Husayn hacia Shíráz
La llegada de seis creyentes a Shíráz
Acontecimiento relatado por Mullá ‘Abdu'l-Karím-i-Qazvíní
Encuentro de Nabíl con Mullá ‘Abdu'l-Karím-i-Qazvíní

9. Estancia del Báb en Shíráz después del Peregrinaje 170
(Continuación)

Partida de Mullá Husayn hacia Khurásán
Entrevistas de Siyyid Yahyá con el Báb
Conversión de Mullá Muhammad-‘Alíy-i-Zanjání
Visitas de Quddús a Kirmán, Tihrán y Mázindarán
Sus relaciones con Hájí Siyyid Javád-i-Kirmání

Su visita a Tihrán
Su estancia en Bárfurúsh
Visita de Mullá Sádiq a Yazd
Sus relaciones con Mírzá Ahmad-i-Azghandí
Su experiencia en el Masjid de Yazd
Los sufrimientos de Mullá Yúsuf-i-Ardibílí y otros
Referencia a Hájí Siyyid Javád-i-Karbilá'í
Acontecimiento relatado por Shaykh Sultán-i-Karbilá'í
Advenimiento del segundo Naw-Rúz
Referencias a la madre y esposa del Báb
Las actividades de Husayn Khán
Informe del jefe de sus emisarios
Instrucciones de Husayn Khán a ‘Abdu'l-Hamíd Khán
Arresto del Báb y brote de la cólera
Huída de Husayn Khán
Restablecimiento del hijo de ‘Abdu'l-Hamíd Khán
Liberación del Báb
Despedida del Báb de Sus parientes y Su partida de Shíráz

10. La Estancia del Báb en Isfahán 214

Su carta a Manúchihr Khán
La bienvenida dada por el Imám-Jum‘ih
Honores otorgados al Báb por el pueblo
Deferencia hacia el Báb por el Imám-Jum‘ih
El comentario del Báb sobre el Súrih de Va'l-‘Asr
La entrevista del Báb con Manúchihr Khán
Temores de Hájí Mírzá Áqásí
Referencia a Mullá Muhammad-Taqíy-i-Harátí
Banquete ofrecido al Báb por Mírzá Ibráhím
Sentencia de muerte pronunciada contra el Báb por los ‘ulamás de Isfáhán
El plan de Manúchihr Khán para la partida y el regreso del Báb a Isfáhán
Encuentro de los creyentes con el Báb
La profecía del Báb del propincuo fallecimiento de Manúchihr Khán
Últimos días de Manúchihr Khán
Despedida de los creyentes

La comunicación de Gurgín Khán a Muhammad Sháh
Partida del Báb a Káshán

11. La Estancia del Báb en Káshán 226

Sueño de Hájí Mírzá Jání
Los tres días del Báb en casa de Hájí Mírzá Jání
Referencia a Siyyid ‘Abdu'l-Báqí
El encuentro de Mihdí con el Báb

12. Viaje del Báb de Káshán a Tabríz 230

Su llegada a Qum
Su permanencia en la aldea de Qumrúd
Su llegada al fuerte de Kinár-Gird
Su estancia en la aldea de Kulayn
Llegada de algunos creyentes
Alegría del Báb por el obsequio y mensaje de Bahá'u'lláh
Un incidente durante el viaje
Carta de Muhammad Sháh al Báb
Temores, designios y motivos de Hájí Mírzá Áqásí
Última etapa del viaje del Báb a Tabríz
Llegada de creyentes a la aldea de Síyáh-Dihán
Intervención de Hujjat-i-Zanjání
Despedida del Báb a Su escolta armada
Bienvenida al Báb dada por su joven discípulo
La llegada del Báb a Tabríz
Una entusiasta bienvenida por la gente de Tabríz
Encuentro del Báb con Hájí Muhammad-Taqíy-i-Mílání y Hájí ‘Alí-‘Askar

13. Encarcelamiento del Báb en el castillo de Máh-Kú 255

Crónica relatada por Siyyid Husayn-i-Yazdí
Situación de Máh-Kú y el carácter de su gente
Afecto de los habitantes de Máh-Kú por el Báb
Llegada de Shaykh Hasan-i-Zunúzí y el mensaje que le dio el Báb

Sueño de ‘Alí Khán-i-Máh-Kú'í
Cambio en la actitud de ‘Alí Khán
Referencia al Bayán Persa
Visita de los discípulos del Báb a Máh-Kú
Incidentes en la vida del Báb en Máh-Kú
Sueño del Báb previo a la declaración de Su Misión
Desgracias sobrevienen a Muhammad-Sháh y a su gobierno
Partida de Mullá Husayn desde Mashhad en su peregrinaje a Máh-Kú
Razón de su partida
Su visita a Tihrán
Su llegada a Máh-Kú y el sueño de ‘Alí Khán
Palabras del Báb a Mullá Husayn
Acusación contra ‘Alí-Khán y el consiguiente traslado del Báb a Chihríq
Despedida del Báb a Mullá Husayn

14. Viaje de Mullá Husayn a Mázindarán 273

Partida de Mullá Husayn a Tihrán
Su estancia en la casa de Quddús en Bárfurúsh
Observaciones referentes a Hájí Mírzá Áqásí y Mullá Husayn
Instrucciones de Quddús a Mullá Husayn
Entrevista de Mullá Husayn con el Sa‘ídu'l-‘Ulamá'
Partida de Mullá Husayn y su llegada a Mashhad

15. Viaje de Táhirih desde Karbilá a Khurásán 279

Alusión a Bahá'u'lláh
Epístola del Báb a los creyentes
Respuesta de Táhirih al llamado del Báb
Sus actividades en Karbilá
Sus actividades en Baghdád
Su estancia en Kirmánsháh y Hamadán
Su confinamiento en Qazvín
Su respuesta a Mullá Muhammad
Llegada de Mullá ‘Abdu'lláh y asesinato de Mullá Taqí
Encarcelamiento de los acusados en Tihrán e intervención y

confinamiento de Bahá'u'lláh
Apelación a Muhammad Sháh
Ejecución del primer mártir Bahá'í en Persia
Actitud de Hájí Mírzá Áqásí e intervención de Sadr-i-Ardibílí
Masacre de Qazvín
Efectos de la masacre en Tihrán
Su liberación por Bahá'u'lláh
Su traslado a Tihrán
Efectos de su partida de Qazvín
Su actitud hacia el Báb y Bahá'u'lláh
Su partida a Khurásán
Instrucciones de Bahá'u'lláh a Áqáy-i-Kalím
Su partida de Tihrán

16. La Conferencia de Badasht 308

Partida de Bahá'u'lláh de Tihrán
Los disturbios en Mashhad
Partida de Quddús a Mázindarán
Encuentro de Bahá'u'lláh con Quddús en Sháh-Rúd
Su llegada a Badasht
Significado de la reunión en Badasht
Incidente relatado por Shaykh Abú-Turáb
Controversias entre los creyentes
Reconciliación lograda por Bahá'u'lláh
Partida de Badasht
El incidente acaecido en Níyálá según relato de Bahá'u'lláh
Consecuencias de dicho incidente

17. Encarcelamiento en el Castillo de Chihríq 319

Actitud de la gente de Chihríq hacia el Báb
Instrucciones del Báb a un acompañante
Aceptación del Mensaje por los ‘ulamás y funcionarios de gobierno
Mírzá Muhammad-‘Alí y su hermano
Mírzá Asadu'lláh
Un derviche de la India

Los creyentes reciben instrucciones de irse de Chihríq
Incidente relacionado con Mírzá Muhammad-‘Alí

18. Interrogatorio del Báb en Tabríz 326

Su visita a Urúmíyyih
Su llegada a Tabríz
Su interrogatorio por los ‘ulamás
Vejación que le fue infligida
Su regreso a Chihríq y Su epístola a Hájí Mírzá Áqásí

19. La Revuelta de Mázindarán 337

Partida de Mullá Husayn de Mashhad
Muerte de Muhammad Sháh
Llamado del Sa‘ídu'l-‘Ulamá a la gente de Bárfurúsh
Ataque de la gente de Bárfurúsh a Mullá Husayn y sus compañeros
Repulsión del ataque por Mullá Husayn
Acontecimiento relatado por Mírzá Muhammad-i-Furúghí
Rendición de la gente de Bárfurúsh
Nuevos intentos de los compañeros de Mullá Husayn para entonar el adhán
Salida del caravansera-i-Sabzih-Maydán
Intercesión de los dignatarios de Bárfurúsh
Instrucciones dadas a Khusraw-i-Qádí-Kalá'í
Incidente en el bosque de Mázindarán
Llegada al Santuario de Shaykh Tabarsí
Sueño del guardián del Santuario de Shaykh Tabarsí
Ataque y repulsión de la caballería de Qádí-Kalá
Visita de Bahá'u'lláh al fuerte de Shaykh Tabarsí
Liberación de Quddús
Referencia a los Estandartes Negros
Confinamiento de Quddús en la casa de Mírzá Muhammad-Taqí
Llegada de Quddús al fuerte de Shaykh Tabarsí
Acontecimiento relatado por Mírzá Muhammad-i-Furúghí
Incidentes acaecidos en el fuerte de Shaykh Tabarsí concernientes a Quddús

El llamado de Sa‘ídu'l-‘Ulamá a Násiri'd-Dín Sháh
Campamento del ejército de ‘Abdu'lláh Khán-i-Turkamán cerca del fuerte de Shaykh Tabarsí
Primera salida defensiva desde el fuerte de Shaykh Tabarsí
Mensaje del Príncipe Mihdí-Qulí Mírzá a Mullá Husayn
Segunda salida defensiva desde el fuerte de Shaykh Tabarsí
Herida sufrida por Quddús
Intento de Bahá'u'lláh de reunirse con los ocupantes del fuerte de Shaykh Tabarsí
Referencia a las actividades de Bahá'u'lláh antes de la declaración de Su Misión

20. La Revuelta de Mázindarán *(Continuación)* 408

Tercera salida defensiva y caída de Mullá Husayn
Los últimos momentos de Mullá Husayn
Referencia a su entierro y sus hazañas
Advertencia de Quddús a sus compañeros
Traición de Siyyid Husayn-i-Mutavallí
Ataque por ‘Abbás-Qulí Khán-i-Láríjání
Cuarta salida defensiva y derrota total del enemigo
Envió de artillería desde Tihrán
Angustia de los sitiados
Exhortaciones de Quddús a sus compañeros
Quinta salida defensiva y muerte de Ja‘far-Qulí Khán
Angustia creciente de los compañeros
Una declaración de Quddús
Sexta y última salida defensiva
Consulta del príncipe con sus jefes militares
Incidente relatado por Áqáy-i-Kalím
Deserción y captura de cierto número de compañeros
Juramento del príncipe asegurando protección a los asediados
Abandono del fuerte
Captura de cierto número de los compañeros
Masacre general
Suerte de tres de los compañeros
Martirio de Quddús
Lista de mártires

21. Los Siete Mártires de Tihrán 474

Efectos del desastre de Mázindarán sobre el Báb
Envío de Sayyáh al santuario de Tabarsí
La visita de Sayyáh a Tihrán y su encuentro con Bahá'u'lláh
Relato de la juventud de Nabíl
Ejecución de los Siete Mártires
Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí
Mírzá Qurbán-‘Alí
Hájí Mullá Ismá‘íl-i-Qumí
Siyyid Husayn-i-Turshízí
Hájí Muhammad-Taqíy-i-Kirmání
Siyyid Murtajá
Muhammad Husayn-i-Marághi'í
Incidentes relatados por Bahá'u'lláh
Entierro de los Siete Mártires

22. La Revuelta de Nayríz 501

Viaje de Vahíd a Tihrán y Yazd
Celebración de la fiesta de Naw-Rúz en Yazd
Actividades de Navváb-i-Rawaví
Tumulto y dispersión del enemigo
Declaración de Vahíd a la gente de Yazd
Repulsión de las fuerzas cerca del fuerte Nárín
Proclamación de Vahíd a los habitantes de Yazd
Salida defensiva ordenada por Vahíd
Partida de la esposa de Vahíd a la casa de su padre
Instrucciones de Vahíd a su sirviente Hasan
Partida de Vahíd a Nayríz
Primera salida defensiva desde el fuerte de Khájih
Segunda salida defensiva desde el fuerte de Khájih
División del trabajo en el fuerte
Intercepción del mensaje de Zaynu'l-‘Ábidín Khán
Nuevos llamados al Príncipe Fírúz Mírzá
Tercera salida defensiva desde el fuerte de Khájih

Nombres de mártires
Juramento hecho por el enemigo para lograr la paz
Respuesta de Vahíd a la invitación del enemigo
Mensaje de Vahíd a sus compañeros y traición de Hájí Siyyid ‘Ábid
Captura de los compañeros
Martirio de Vahíd
Suerte sufrida por los compañeros de Vahíd

23. Martirio del Báb 570

Motivos del Amír-Nizám para ejecutar al Báb
Orden del Amír-Nizám a Navváb Hamzih Mírzá
Disposición por el Báb de Sus documentos
Llegada del Báb a Tabríz
Orden impartida por el Amír-Nizám
Confinamiento del Báb en el cuartel
Incidente relatado por Siyyid Husayn
Advertencia del Báb al Farrásh-Báshí
Negativa de Mírzá Muhammad-‘Alí a retractarse
Expedición de la sentencia de muerte del Báb
Petición del Sám Khán al Báb
Evasión milagrosa del Báb
Renuncia del Farrásh-Báshí
Renuncia de Sám Khán
Nuevo y último atentado contra la vida del Báb
Acontecimiento relatado por Hájí ‘Alí-‘Askar
Traslado de los restos del Báb a Tihrán
Referencia a Mírzá Áqá Khán-i-Núrí
Efectos del martirio del Báb

24. La revuelta de Zanján 592

Referencia a las aflicciones del Báb
Actividades de Hujjat antes de su conversión
Hujjat acepta el Mensaje del Báb
Hujjat acusado y citado a Tihrán
Mensaje del Báb a Hujjat

Renovadas quejas contra Hujjat y su traslado a tihrán
Llegada del Báb a Zanján y su partida hacia Tabríz
Encarcelamiento de Hujjat en Tihrán
Huída de Hujjat a Zanján
Ocasión para el ataque del enemigo contra Hujjat y sus compañeros
Preparativos del enemigo para nuevos ataques
Entrada de Hujjat al fuerte de ‘Alí Mardán Khán
Asalto intentado por un siyyid
Admoniciones de Hujjat a sus compañeros
Sadru'd-Dawlih encargado por el Amír-Nizám de sitiar el fuerte
Sufrimientos, tareas y tentaciones de los sitiados
Heroísmo de Zaynab, la aldeana
Efectos de las oraciones clamadas por los compañeros
Petición de Hujjat a Násiri'd-Dín Sháh
Arresto del portador de la petición y, envío de refuerzos
Efecto de la noticia del martirio del Báb sobre los compañeros
Envió del Amír-Túmán con nuevos refuerzos
Encuentro de ‘Azíz Khán-i-Mukrí con Hujjat
Asalto al fuerte
Advertencia del Amír-Nizám al Amír-Túmán
Repulsión de las fuerzas combinadas del enemigo
Muerte de Muhsin
Celebraciones nupciales en el fuerte
Muerte de cinco hijos de Karbilá'í ‘Abdu'l-Báqí
El heroísmo de Umm-i-Ashraf
Ayuda prestada por las mujeres
El intento de Amír-Túmán de engañar a los compañeros
Consejo de Hujjat a sus compañeros
Reanudación de la ofensiva del enemigo
Herida sufrida por Hujjat
Captura del fuerte y sus efectos sobre los sitiados
Repulsión de nuevos ataques sobre los compañeros
Consulta del Amír-Túmán con su estado mayor
Construcción de túneles subterráneos
Muerte de la esposa e hijo de Hujjat
Muerte de Hujjat y su entierro
El último encuentro
Trato a los supervivientes

Vejaciones al cuerpo de Hujjat y suerte de sus familiares
Número de mártires
Fuentes de información

25. Viaje de Bahá'u'lláh a Karbilá 636

Incidentes relatados por Bahá'u'lláh
Encuentro de Nabíl con Mírzá Ahmad y Bahá'u'lláh en Kirmánsháh
Referencia a Siyyid Basír-i-Hindí
Motivo de la partida de Bahá'u'lláh a Karbilá
Partida de Nabíl a Tihrán con Mírzá Ahmad
Actividades de Bahá'u'lláh en Karbilá

26. Atentado contra la vida del Sháh y
Sus consecuencias 647

Muerte del Amír-Nizám
Regreso de Bahá'u'lláh a Tihrán
Encuentro de Bahá'u'lláh con ‘Azím
Atentado contra la vida del Sháh
Suerte de los autores del atentado
Reinado del terror
Referencia a Hájí Sulaymán Khán
Referencia al arrepentimiento del Amír-Nizám
Incidente relatado por la Rama Más Grande
Martirio de Hájí Sulaymán Khán
Martirio de Táhirih
Martirio de Siyyid Husayn
Incidentes en el Síyáh-Chál según relato de Bahá'u'lláh
Intento de demostrar la complicidad de Bahá'u'lláh
Confesión y muerte de ‘Azím
Saqueo de las propiedades de Bahá'u'lláh en Mázindarán
Efectos de los trastornos en Yazd y Nayríz
Liberación de Bahá'u'lláh y su exilio a Baghdád

Epílogo 721

Apéndice 737

Glosario 744

Índice Analítico 747

Genealogía del Báb 757

Genealogía de la Dinastía Qájár 758

A LA HOJA MÁS SAGRADA LA ÚLTIMA SOBREVIVIENTE

DE UNA EDAD HEROICA Y GLORIOSA DEDICO ESTA OBRA

EN SEÑAL DE UNA GRAN DEUDA DE GRATITUD Y AMOR

INTRODUCCIÓN

El Movimiento Bahá'í es ahora bien conocido en todo el mundo y ha llegado el momento en el que la narración sin igual de Nabíl sobre sus comienzos, en la desconocida Persia, interesará a muchos lectores. La historia que él consigna con semejante esmerada devoción es, en cierto modo, extraordinaria. Tiene pasajes conmovedores y el esplendor del tema central le da a la crónica, no sólo gran valor histórico, sino también gran fuerza moral. Sus luces son deslumbrantes; y este efecto es más intenso porque parecen una alborada a media noche. Es una historia de pugnas y martirios; son muchas sus escenas punzantes y sus incidentes trágicos. La corrupción, el fanatismo y la crueldad se unen contra la causa de la reforma con el fin de destruirla, y este tomo termina en el punto en que un motín de odio desenfrenado parece haber logrado su propósito y haber conducido hacia el exilio o dado muerte a todo hombre, mujer y niño en Persia, que osara mostrar inclinación hacia las enseñanzas del Báb.

Nabíl, él mismo un participante en algunas de las escenas que narra, tomó su solitaria pluma para relatar la verdad sobre hombres y mujeres que fueron tan despiadadamente perseguidos y un movimiento tan cruelmente calumniado.

Escribe con naturalidad, y cuando sus emociones son fervorosamente conmovidas, su estilo se vuelve vigoroso y mordaz. No presenta con sistema alguno las declaraciones y enseñanzas de Bahá'u'lláh y Su Predecesor. Su propósito es, sencillamente, el de relatar los comienzos de la Revelación Bahá'í y preservar el recuerdo de las hazañas de sus primeros defensores. Narra una serie de incidentes, citando puntualmente su autoridad para casi todos los detalles de la información. En consecuencia, su obra, si bien menos artística y filosófica, adquiere más valor como un relato literal de lo que él sabía o de lo que pudo descubrir de testigos fidedignos, acerca de la historia de los comienzos de la Causa.

Las características principales de la narración (la figura santa y heroica del Báb, un dirigente tan apacible y sereno, aunque vehemente, resuelto y dominante; la devoción de sus discípulos, afrontando la opresión con valor inquebrantable y, a menudo, con éxtasis; la ira de un celoso clero enardeciendo por sus propios propósitos, las pasiones de un populacho sediento de sangre)- hablan un lenguaje que todos pueden comprender. Sin embargo, no es fácil seguir la narración en sus detalles, o apreciar cuán asombrosa fue la tarea emprendida por Bahá'u'lláh y Su Predecesor, sin saber algo sobre la condición de la iglesia y del estado en Persia y de las costumbres y la actitud mental del pueblo y sus amos. Nabíl dio esto por sentado. Él mismo había viajado poco y nunca fue más allá de las fronteras de los

imperios del Sháh y del Sultán, y no se le ocurrió hacer comparaciones entre su propia civilización y las extranjeras. No se dirigía al lector occidental. Aunque era consciente de que el material que había recogido era de una importancia mayor que nacional o islámico y que muy poco después se divulgaría tanto en el oriente como en el occidente, hasta que abarcara a todo el mundo, sin embargo él era un autor Oriental en un lenguaje Oriental para aquellos que lo conocían, y la inapreciable obra que llevó a cabo tan fielmente era, en sí mismo, una gran y laboriosa tarea.

No obstante, en inglés existe una literatura sobre Persia en el siglo XIX que dará al lector occidental amplia información sobre el tema. En escritos persas que ya han sido traducidos o en libros de viajeros europeos como Lord Curzon, Sir J. Malcolm y numerosos más, se podrá encontrar un retrato vívido y real, si bien desgarbado, de las condiciones Augianas que el Báb tuvo que afrontar cuando inauguró el Movimiento a mediados del siglo diecinueve.

Todos los observadores coinciden en representar a Persia como una nación débil y atrasada, dividida en contraste con ella misma por prácticas corrompidas e intolerancias feroces. La ineficacia y la desgracia, frutos de la decadencia moral, reinaban por doquier. Desde la clase social más alta hasta la más baja, ni surgió la capacidad para llevar a la práctica métodos de reforma, ni tampoco la seria voluntad de instituirlos. El engreimiento nacional, predicaban una grandiosa auto-satisfacción. Un manto de inmovilidad cubría todas las cosas y una parálisis general de las mentes hacía imposible cualquier desarrollo.

Para un estudiante de historia, la degeneración de una nación otrora tan poderosa y tan ilustre, parece en sumo grado deplorable.

‘Abdu'l-Bahá, quien a pesar de las innumerables crueldades que colmaron a Bahá'u'lláh, al Báb y a él mismo, amaba a su patria, denominó la degradación de sus habitantes "la tragedia de un pueblo" y en aquella obra "Las Fuerzas Misteriosas de la Civilización", en la cual trató de estimular los corazones de sus compatriotas para emprender reformas radicales, expresó un profundo lamento por el actual destino de un pueblo que, en otros tiempos, había extendido sus conquistas hacia oriente y occidente y había encabezado la civilización del género humano. "En tiempos pasados", escribe, "Persia era, en verdad, el corazón del mundo y brillaba entre las naciones como una antorcha encendida. Su gloria y prosperidad resplandecían en el horizonte de la humanidad como el verdadero amanecer, diseminando la luz del conocimiento e iluminando a las naciones del Este y del Oeste. La fama de sus reyes victoriosos llegó a los oídos de los habitantes de los polos de la tierra. La majestad de su rey de reyes humillaba a los monarcas de Grecia y Roma. La sabiduría de su gobierno llenaba de admiración a los sabios y los gobernantes de los continentes modelaban sus leyes según su

política. Los persas eran distinguidos entre las naciones de la tierra como un pueblo de conquistadores, y eran admirados, con razón, por su civilización y cultura; su país llegó a ser el glorioso centro de todas las ciencias y las artes, la mina de cultura y una fuente de virtudes... ¿Cómo es que ahora, este excelente país, por motivo de nuestra desidia, vanidad e indiferencia, por falta de conocimientos y organización, por pobreza de celo y ambición de su pueblo, ha permitido que los rayos de su prosperidad se oscurezcan y casi se extingan?"

Otros escritores describen en detalle aquellas desdichadas circunstancias a las que ‘Abdu'l-Bahá se refiere.

En la época en que el Báb declaró su Misión, el gobierno del país era, en palabras de Lord Curzon: "Una Iglesia-Estado". Venal, cruel e inmoral como era, era oficialmente religioso. La ortodoxia musulmana era su base y saturaba a fondo tanto a éste como a la vida social del pueblo. Pero por otro lado, no había leyes, fueros o estatutos que rigieran los asuntos públicos. No había Cámara de Lores, ni Consejo Privado, ni Sínodo, ni Parlamento. El Sháh era un déspota y su gobierno arbitrario se reflejaba en toda la administración oficial a través de cada ministro y gobernador, hasta el empleado más insignificante o el verdugo más remoto. No existía ningún tribunal civil para corregir o modificar el poder del monarca o la autoridad que a éste se le antojara delegar en sus subordinados. Si había una ley, era su palabra. Podía hacer lo que le placiera. Le concernía a él nombrar o destituir a todos los ministros, funcionarios, oficiales y jueces. Tenía poder de vida o muerte sin apelación sobre todos los miembros de su casa y de su corte, fueran ellos civiles o militares. El derecho a quitar la vida le había sido conferido sólo a él; como así también todas las funciones gubernativas, legislativas, ejecutivas y judiciales. Su prerrogativa real no era limitada por restricción escrita alguna.

Los descendientes del Sháh eran colocados en los puestos más lucrativos por todo el país y, a medida que pasaban las generaciones, llenaban también numerosos puestos de menor importancia en todas partes, hasta que el país tuvo que cargar con esta raza de zánganos reales, que debían su puesto nada más que a su sangre y que dieron origen al dicho persa que "los camellos, las pulgas y los príncipes existen en todas partes".

Aun cuando un Sháh hubiese querido tomar una decisión justa y sabia en algún caso que era llevado ante él para que lo juzgara, hallaba difícil hacerlo, porque no podía fiarse de la información que le daban. Los acaecimientos críticos le serían ocultados o los sucesos transmitidos serían tergiversados por la influencia de testigos interesados, o ministros venales. El sistema de corrupción había alcanzado tal extremo en Persia que había llegado a ser una institución reconocida, la cual Lord Curzon describe en los siguientes términos:

"He de referirme ahora a aquello que es la característica diferencial y cardinal de la administración iraní. El gobierno, aún más, la vida misma en ese país, puede decirse que consiste en su mayor parte, en un intercambio de regalos. Bajo sus aspectos sociales podría suponerse que esta costumbre ilustra los sentimientos generosos, de un pueblo afable; sin embargo, aún en este caso, tiene un aspecto inexorablemente impasible, como por ejemplo, cuando te congratulas por haber recibido un regalo, encuentras que no sólo debes devolver otro de valor equivalente al donador, sino que también debes remunerar generosamente al portador del regalo (para quien muy probablemente tu restitución es el único medio de subsistencia conocido) en una relación proporcionada a su valor pecuniario.

Bajo sus aspectos políticos, la práctica de hacer regalos, aunque consagrada en las tradiciones adamantinas del Este, es sinónimo de un sistema, en otras partes, descrito con nombres menos atractivos. Éste es el sistema con el que el gobierno de Persia ha sido dirigido durante siglos y cuya manutención contrapone una sólida barrera a cualquier reforma verdadera. Desde el Sháh para abajo, casi no hay un sólo oficial que no esté abierto a recibir regalos, rara vez un puesto no es conferido en restitución de un regalo, apenas una renta que no haya sido acumulada por el recibimiento de regalos. Casi sin excepción, todo individuo de la jerarquía oficial arriba mencionada, ha adquirido su puesto tan sólo mediante un regalo de dinero, ya sea al Sháh, a un ministro o al gobernador superior por quien ha sido nombrado. Si hay varios candidatos para un puesto, sin duda el que haga la mejor oferta se hará con él.

... El 'madákhil', es una institución nacional muy querida en Persia, la exacción del cual, en una miríada de formas diferentes, cuya ingeniosidad es igualada tan sólo por su multiplicidad, es el interés y deleite supremos de la existencia, de un persa. Esta singular palabra, para la cual, el Sr. Watson dice que no existe un equivalente preciso en inglés, puede ser diversamente traducido como comisión, gaje, gratificación, retribución, robo y hurto, provecho, según el primer contexto en el que sea empleado. Toscamente hablando, significa aquel balance de ventaja personal, normalmente expresado en forma de dinero, que se puede sacar de cualquier transacción. Una negociación, en la que hay dos partes implicadas, como donante y recibidor, como superior y como subordinado o incluso como partes iguales, no puede tener lugar en Persia sin un tercero al que se le puede considerar como el autor del favor o servicio que reclame y reciba una recompensa en dinero por lo que ha hecho o dado. Naturalmente podría decirse que la naturaleza humana es más o menos la misma en todas partes del mundo; que un sistema similar existe, bajo diferente nombre, en nuestro propio u otros países y que el crítico filósofo hallará en Persia a un hombre y un hermano. Hasta cierto punto esto es verdad.

Pero en ningún país del mundo que haya visto o del que haya oído hablar el sistema es tan abierto, tan desvergonzado o tan universal como en Persia. Lejos de estar limitado a la esfera de la economía doméstica o a transacciones comerciales, satura todas las profesiones e inspira la mayoría de las acciones de la vida. Por su actuación, puede decirse que en Persia, la generosidad y el servicio gratuito han sido borrados de la categoría de las virtudes sociales, y que la codicia ha sido ascendida al principio rector de la conducta humana... Por este medio es establecido un sistema de progresión aritmética de saqueo desde el soberano al súbdito, en la que cada unidad de la escala descendente se remunera de la unidad que se encuentra en un rango inmediatamente inferior, siendo el infeliz campesino la última víctima. No es sorprendente, bajo tales circunstancias, que los cargos públicos sean el camino común hacia la riqueza y que sean frecuentes los casos de hombres que, habiendo comenzado sin nada, se encuentren viviendo en hogares magníficos, rodeados de multitud de servidores, viviendo de un modo principesco. "Gana lo que puedas mientras puedas", es la regla que la mayoría de los hombres que entran en la vida pública ponen ante sí. Tampoco el espíritu popular se resiente ante tal manera de actuar; la estimación que se tiene de cualquiera que, habiendo tenido la oportunidad, no ha llenado sus bolsillos, no es precisamente un halago a su buen sentido. Nadie piensa en las víctima de quienes, en última instancia, ha procedido el material para estos sucesivos 'madákhils' y del sudor de cuyas frentes silenciosas se ha exprimido la riqueza que se disipa en lujosas mansiones campestres, curiosidades europeas y enormes séquitos".

Leer lo antedicho es percibir algo de la dificultad de la misión del Báb; leer lo que sigue es comprender los peligros que afrontaba y estar preparado para una historia de violencia y crueldades atroces.

"Antes de dejar el tema de la ley Persa y su administración, permitidme agregar algunas palabras sobre el tema de penalidades y prisiones. No hay nada más chocante para el lector Europeo, al proseguir su camino a través de las páginas ensangrentadas y manchadas de crímenes de la historia Persa durante el siglo pasado y, afortunadamente en menor grado, durante el presente, que el relato de castigos salvajes y torturas abominables, que atestiguan, alternativamente, la insensibilidad del bruto, y la ingeniosidad del desalmado. El carácter persa siempre ha sido fértil en recursos e indiferente al sufrimiento; y en el campo de las ejecuciones judiciales ha encontrado un ámbito extenso para la práctica de ambas habilidades. Hasta una época bastante reciente, dentro de los límites del reinado actual, los criminales condenados han sido crucificados, disparados de la boca de

cañones, enterrados vivos, empalados, herrados como caballos, partidos en dos atándoles a las copas de dos árboles juntamente combados que luego dejaban volver a su posición natural como látigos, convertidos en antorchas humanas y desollados vivos.

...Bajo un doble sistema de gobierno parecido al que acabo de completar la descripción -es decir, una administración en la que cada mandatario es, bajo diferentes aspectos, tanto el sobornador como el sobornado; y un procedimiento judicial sin ninguna ley ni un tribunal de justicia- se comprenderá fácilmente que no es probable que exista confianza en el gobierno, que no haya sentido personal del deber o orgullo de honor, ni haya confianza mutua o cooperación (salvo en el servicio al mal), no haya vergüenza en el desenmascaramiento, ni prestigio en la virtud, sobre todo, ningún espíritu nacional o patriotismo".

Desde el principio el Báb debió haber adivinado el recibimiento que Sus compatriotas darían a Sus enseñanzas y el destino que le aguardaba a Él mismo de manos de los mullás. Pero Él no permitió que las aprehensiones personales afectaran la franca enunciación de Sus pretensiones y la abierta presentación de Su Causa. Las innovaciones que proclamaba, aunque de naturaleza puramente religiosa, eran drásticas; la anunciación de Su propia identidad era alarmante y tremenda. Se dio a conocer como el Qá'im, el Gran Profeta o Mesías tan largamente prometido, esperado con tanta ansiedad por el mundo mahometano. Agregó a esto que también era la Puerta (es decir, el Báb) por medio de quien una Manifestación más grande que Él mismo, iba a entrar en el reino humano.

Al ponerse así en línea con las tradiciones del islam y al aparecer como el cumplimiento de las profecías, entró en conflicto con aquellos que tenían ideas fijas e inmutables, (diferentes de las Suyas) sobre el significado de esas profecías y tradiciones. Las dos grandes sectas del islam, los shí'ahs y los sunnís, ambas daban vital importancia a la antigua herencia de su fe, pero no coincidían en cuanto a su contenido y significado. Los shí'ahs, de cuyas doctrinas se originó el Movimiento Bábí, sostenían que, después de la ascensión del Gran Profeta Muhammad, Él fue sucedido por una línea de doce Imámes. Cada uno de éstos, afirmaban, estaba especialmente provisto por Dios de cualidades espirituales y poderes y tenía derecho a la obediencia incondicional de los fieles. Cada uno debía su designación no a la elección popular sino a su nombramiento por su predecesor en el puesto. El doceavo y a la vez último de estos guías inspirados fue Muhammad, llamado por los shí'ahs "Imán-Mihdí, Hujjatu'lláh (la Prueba de Dios), Baqíyyatu'lláh (el Remanente de Dios) y Qá'im-i-'Alí-Muhammad (Aquél que surgirá de la familia de Muhammad)". Asumió las funciones de Imám en el año 260 de la Hégira, pero

inmediatamente desapareció de vista y se comunicaba con sus seguidores sólo mediante algunos intermediarios elegidos conocidos como Puertas. Cuatro de estas Puertas se sucedieron en orden el uno al otro, cada uno designado por su predecesor con la aprobación del Imám. Pero cuando el cuarto, Abu'l-Hasan-‘Alí fue requerido, antes de su muerte, por los fieles, que nombrara a su sucesor, rehusó hacerlo. Dijo que Dios tenía otro plan. Por lo tanto, tras su muerte, cesó toda comunicación entre el Imám y su iglesia. Aunque rodeado por un grupo de sus discípulos aún vive y espera en algún retiro misterioso, no restablecerá relaciones con su pueblo hasta que venga con gran poder para establecer un milenio en el mundo.

Por otra parte los sunnís tienen una opinión menos exaltada de las funciones de los que han sucedido al Gran Profeta. Consideran la vicegerencia menos como una cuestión espiritual, que un asunto práctico. Según ellos el Khalíf es el Defensor de la Fe y debe su asignación a la elección y aprobación del pueblo.

Aun cuando estas diferencias son importantes, sin embargo, ambas sectas coinciden en esperar una Manifestación doble. Los shí'ahs esperan al Qá'im, quien ha de venir a su debido tiempo y también el retorno del Imám Husayn. Los sunnís esperan la aparición del Mihdí y también "el retorno de Jesucristo". Cuando, al comienzo de Su Misión, el Báb, continuando la tradición de los shí'ahs, proclamó Su función bajo el doble título de, en primer lugar, el Qá'im y, en segundo lugar, la Puerta, o Báb, algunos musulmanes entendieron mal esta segunda referencia. Imaginaron que quería significar que Él era una quinta Puerta en sucesión de Abu'l-Hasan-‘Alí. Sin embargo, el verdadero significado de Sus palabras, como Él mismo anunció claramente, era muy diferente. Él era el Qá'im; pero el Qá'im, aun cuando era un Profeta Mayor, guardaba relación con una Manifestación sucesiva y más grande, como Juan el Bautista con Jesucristo. Él era el Precursor de Uno aún más poderoso que Él mismo. Él iría menguando; aquel Poderoso iría acreciendo. Y así como Juan, el Bautista, había sido el Heraldo o Puerta de Jesucristo, el Báb era el Heraldo o Puerta de Bahá'u'lláh.

Hay muchas tradiciones auténticas que muestran que el Qá'im, al aparecer, traería consigo nuevas leyes y de este modo abrogaría el islam. Pero no era esto lo que entendía la jerarquía establecida. Confiadamente esperaban que el Advenimiento prometido no sustituyera la vieja revelación por una nueva y más rica, sino endosaría y fortalecería el sistema del cual ellos eran los funcionarios. Acrecentaría su prestigio personal en grado incalculable, extendería su autoridad en todas direcciones entre las naciones y ganaría para ellos el reluctante, pero servil homenaje de la humanidad. Cuando el Báb reveló Su Bayán, proclamó un nuevo código de ley religioso y mediante precepto y ejemplo instituyó una profunda

reforma moral y espiritual, el clero inmediatamente percibió el peligro mortal. Vieron minado su monopolio, amenazadas sus ambiciones, y expuestos a la vergüenza sus propias vidas y conductas. Se levantaron contra Él llenos de indignación beata. Declararon ante el Sháh y toda la gente que este advenedizo era un enemigo del verdadero conocimiento, un subvertidor del islam, un traidor a Muhammad y un peligro no sólo para la santa Iglesia, sino para el orden social y para el Estado mismo.

La causa del rechazo y persecución del Báb era, en esencia, la misma que la del rechazo y persecución de Jesucristo. Si Jesucristo no hubiera traído un Libro Nuevo, si no sólo hubiera reiterado los principios espirituales enseñados por Moisés sino también hubiera seguido Sus reglas y reglamentos podría, como un mero reformador moral, haber escapado a la venganza de los Escribas y Fariseos. Pero pretender que cualquier parte de la ley Mosaica, aún ordenanzas tan materiales como las relacionadas con el divorcio y la observancia del Sábado, podían ser alteradas -y alteradas por un predicador no ordenado, de la aldea de Nazaret- esto era amenazar los intereses de los Escribas y Fariseos mismos, y ya que ellos eran los representantes de Moisés y de Dios, era blasfemia contra el Altísimo. En cuanto fue comprendida la posición de Jesucristo comenzó Su persecución. Como rehusó desistir, fue llevado a la muerte.

Por razones exactamente análogas, se opusieron al Báb, desde el comienzo, por los intereses creados de la Iglesia dominante, acusándolo de destructor de la Fe. Sin embargo, aún en ese oscuro y fanático país, los mullás (al igual que los Escribas y Fariseos dieciocho siglos antes) no encontraron fácil dar un pretexto verosímil para la destrucción de Aquel que creía su enemigo.

El único relato escrito que se conoce referente a que el Báb haya sido visto por un europeo, pertenece al período de Su persecución, cuando un médico inglés residente en Tabríz, el Dr. Cormick, fue llamado por las autoridades persas, para que se pronunciara sobre la condición mental del Báb. La carta del doctor, dirigida a un colega en una misión Americana en Persia, se cita en la obra del Prof. E. G. Browne Materiales para el estudio de la Religión Bábí. "Usted me pregunta", escribe el doctor, "por algunos detalles de mi entrevista con el fundador de la secta conocida como Bábís. No sucedió nada de importancia en esta entrevista ya que el Báb sabía que se me había enviado, junto con otros dos médicos persas, con el objeto de ver si estaba en su sano juicio o meramente un loco, para decidir la cuestión de si se le debía condenar o no a muerte. Como sabía esto estaba poco dispuesto a contestar las preguntas que se le hacían. A todas nuestras indagaciones sólo se dignó a observarnos con mirada suave, entonando en voz baja y melodiosa algunos himnos, supongo. Otros dos siyyids, amigos íntimos suyos, que

posteriormente fueron muertos con él, estaban presentes también, además de un par de funcionarios del gobierno. Sólo se dignó a contestarme cuando dije que no era musulmán y deseaba saber algo de Su religión, ya que, posiblemente, podría estar dispuesto a aceptarla. Me miró con mucha atención al oírme decir esto y contestó que no tenía la menor duda de que todos los europeos aceptarían su religión. Nuestro informe al Sháh en esa ocasión, fue lógicamente que se le perdonara la vida. Fue muerto algún tiempo después por orden del Amír-Nizám, Mírzá Taqí Khán. Después de nuestro informe fue sometido tan sólo al bastinado, operación en la cual un farrásh, ya sea intencionalmente o no, le dio un golpe en la cara con el palo destinado a sus pies, el que le produjo una profunda herida e hinchazón de la misma. Al pedírsele si se le debía mandar un cirujano persa para atenderle, expresó el deseo de que se me enviara a buscar y, en consecuencia, le asistí por algunos días, pero durante las entrevistas en relación con esto, nunca pude conseguir que tuviera una conversación confidencial conmigo, ya que siempre estaban presentes funcionarios del gobierno, puesto que Él era un prisionero. Era un hombre de aspecto muy suave y delicado, más bien pequeño de estatura y muy rubio para ser un persa; con una suave y melodiosa voz que me llamó mucho la atención. Como era un Siyyid vestía la indumentaria de esa secta, como lo eran también sus dos compañeros. En realidad, todo su aspecto y porte hacía mucho por disponerlo a uno a su favor. De su doctrina nada supe de sus propios labios, aunque la idea era que en Su religión había cierta proximidad al cristianismo. Fue visto por algunos carpinteros Armenios, que fueron enviados a hacer algunas reparaciones en su celda, leyendo la Biblia y no se preocupó de ocultar el hecho, sino que al contrario, se lo dijo. Puedo asegurar que el fanatismo musulmán no existe en Su religión, en cuanto se refiere a los cristianos, tampoco tiene esas restricciones para las mujeres como las que existen actualmente".

Tal fue la impresión que el Báb produjo en un inglés culto. Y hasta donde la influencia de Su carácter y enseñanzas se han difundido desde entonces en el Oeste, no existe ningún otro documento que atestigüe que haya sido observado o visto por ojos Europeos.

Sus cualidades eran tan poco comunes por su nobleza y belleza, Su personalidad tan apacible y sin embargo tan poderosa y Su natural encanto se hallaban combinados con tal tacto y buen juicio que, después de Su declaración, rápidamente llegó a ser en Persia una figura de popularidad universal. Ganaba la adhesión de casi todos aquellos con quienes se le ponía en contacto personal, convirtiendo con frecuencia a Sus carceleros a Su Fe y transformando a los malintencionados en amigos y admiradores.

Silenciar a tal hombre sin incurrir en cierto grado de odio popular no era muy fácil, incluso en la Persia de mediados del siglo pasado. Pero con los discípulos del Báb era muy distinto.

Los mullás no encontraron allí causa alguna de demora y hallaron poca necesidad de intrigas. El fanatismo de los musulmanes desde el Sháh para abajo, podía despertarse fácilmente contra el desarrollo de cualquier movimiento religioso. Los bábís podían ser acusados deslealtad al Sháh y se podía atribuir a sus actividades oscuros motivos políticos. Además, los discípulos del Báb era ya numerosos; muchos de ellos eran pudientes, algunos eran ricos, y eran pocos los que no tenían propiedades, que, vecinos codiciosos, mediante instigación, pudieran desear. Apelando a los temores de las autoridades y a las bajas pasiones nacionales de fanatismo y avaricia, los mullás iniciaron una campaña de ultraje y saqueo que mantuvieron con implacable ferocidad, hasta que consideraron que su propósito había sido logrado en su totalidad.

Muchos de los incidentes de esta triste historia son detallados por Nabíl en su relato y, entre ellos, los acontecimientos acaecidos en Mázindarán, Nayríz y Zanján destacan a causa del carácter de los episodios de heroísmo de los bábís cuando eran acosados. En estas tres ocasiones, cierto número de bábís, llevados a la desesperación, se alejaron de común acuerdo de sus hogares, a lugar de retiro previamente elegido y, construyendo obras de defensa alrededor suyo, desafiaron armados, nuevas persecuciones. Para cualquier testigo imparcial era evidente que los alegatos de los mullás de motivos políticos eran falsos. Los bábís en todo momento se mostraron prestos a volver pacíficamente a sus ocupaciones civiles -siempre que se les prometiera que no se les molestaría más por sus creencias religiosas-. Nabíl recalca el cuidado que ponían en evitar toda agresión. Luchaban por sus vidas con decidida habilidad y vigor; pero rehusaban atacar. Incluso en medio de un feroz combate no explotaban al máximo ninguna ventaja, ni asestaban golpes innecesarios.

Se cita a ‘Abdu'l-Bahá en **La Narración de un Viajero**, págs. 34-35, haciendo la siguiente declaración sobre el aspecto moral de sus acciones:

"El ministro (Mírzá Taqí Khán), con la mayor arbitrariedad, sin recibir instrucción alguna ni pedir permiso, envió órdenes a todas partes estipulando que se maltratara y castigara a los bábís. Gobernadores y magistrados buscaron un pretexto para acumular fortunas, y los oficiales un medio de conseguir ganancias; célebres teólogos, desde lo alto de sus púlpitos, incitaron a los hombres a iniciar un violento ataque general; los poderes de los religiosos y la ley civil se unieron y trataron de extirpar y destruir a esta gente. Ahora bien, esta gente aún no había

adquirido los conocimientos suficientes, propios y necesarios de los principios fundamentales y doctrinas ocultas de las enseñanzas del Báb, y no reconocieron cuál era su deber. Sus conceptos e ideas estaban orientados según el modo antiguo y su conducta y comportamiento de acuerdo con las costumbres antiguas. Además, el acceso al Báb estaba imposibilitado y la llama de los trastornos ardía por doquier. Por decreto de los más célebres teólogos, el gobierno y por supuesto el pueblo habían inaugurado, con poder irresistible, la rapiña y el saqueo por todos lados y se ocupaban en castigar y torturar, matar y despojar, con el objeto de apagar esta llama y marchitar estas pobres almas. En ciudades donde había pocos, todos ellos, con las manos amarradas, se transformaron en alimento para las espadas, mientras que en las ciudades donde eran numerosos, se alzaron en defensa propia de acuerdo con sus creencias ancestrales, ya que les era imposible indagar sus deberes, y todas las puertas estaban cerradas".

Bahá'u'lláh, al proclamar Su Misión algunos años después, no dejó lugar a dudas en cuanto a la ley de Su Dispensación, en tal difícil situación, cuando afirmó: ***"Es mejor ser muerto que matar".***

Toda la resistencia que ofrecieron los bábís aquí o en otras partes, no surtió ningún efecto. Fueron arrollados por la superioridad numérica. El Báb mismo fue sacado de Su celda y fusilado. De Sus principales discípulos que confesaron su fe en Él, ni un sólo alma quedó vivo excepto Bahá'u'lláh quien, con Su familia y un puñado de devotos discípulos, fue exiliado sin recursos y encarcelado en tierra extranjera.

Pero el fuego, aunque ahogado, no se había extinguido. Ardía en el corazón de los exiliados que lo llevaban de un país a otro mientras viajaban. Aún en la tierra natal de Persia, había penetrado a demasiada profundidad, para que fuera extinguido por la violencia física y aún estaba latente en los corazones del pueblo, precisando sólo un soplo del espíritu, para ser atizada en una conflagración que todo lo consume.

La Segunda y Más Grande Manifestación de Dios fue proclamada, de acuerdo con la profecía del Báb, en la fecha que Él había predicho. Nueve años después del comienzo de la Dispensación Bábí -es decir, en 1853- Bahá'u'lláh, en algunas de Sus odas, aludió a Su identidad y Su Misión, y diez años más tarde, mientras residía en Baghdád, se declaró a Sus compañeros como El Prometido.

En aquél momento, el gran Movimiento para el cual el Báb había preparado el camino, comenzó a mostrar la totalidad de su alcance y la magnificencia de su poder. Aunque Bahá'u'lláh mismo vivió y murió como desterrado y prisionero y fue conocido por pocos Europeos, Sus epístolas, proclamando el nuevo

Advenimiento, fueron llevadas a los grandes gobernantes de ambos hemisferios, desde el Sháh de Persia hasta el Papa y el Presidente de los Estados Unidos. Después de Su ascensión, Su hijo ‘Abdu'l-Bahá llevó las buenas nuevas en persona a Egipto y a gran distancia en el mundo occidental. ‘Abdu'l-Bahá visitó Inglaterra, Francia, Suiza, Alemania y América, anunciando por todas partes que una vez más los cielos se habían abierto y que una nueva Dispensación había venido para bendecir a los hijos de los hombres. Falleció en noviembre de 1921; y hoy en día, el fuego que en un tiempo parecía haberse extinguido para siempre, arde de nuevo en todas partes de Persia, se ha establecido en el continente Americano, y se ha apoderado de todos los países del mundo. En torno a las sagradas escrituras de Bahá'u'lláh y las exposiciones autorizadas de ‘Abdu'l-Bahá se está desarrollando una voluminosa literatura de comentarios o en testimonios. Los principios humanitarios y espirituales enunciados hace décadas en el rincón más oscuro del Este por Bahá'u'lláh y modelados por Él en un plan coherente, ahora, uno tras otro, están siendo aceptados, por un mundo inconsciente de su origen, como las marcas de civilización progresista. Y la sensación de que la humanidad ha roto con el pasado y que la antigua guía no puede conducirla a través de las emergencias del presente, ha llenado de incertidumbre y consternación a todos los hombres pensativos, salvo aquellos que han aprendido a encontrar en la historia de Bahá'u'lláh el significado de todos los prodigios y portentos de nuestros días.

Han pasado casi tres generaciones desde los comienzos del Movimiento. Cualquiera de sus primeros adherentes que se libraron de la espada y la estaca, hace tiempo ha pasado de este mundo según la ley natural. La puerta de información contemporánea sobre sus dos grandes dirigentes y sus heroicos discípulos está cerrada para siempre. La Crónica de Nabíl como una colección cuidadosa de hechos recolectados en interés de la verdad y completada en vida de Bahá'u'lláh, tiene ahora un valor singular. El autor tenía trece años cuando el Báb se declaró, habiendo nacido en la aldea de Zarand, en Persia, el décimo octavo día de Safar, 1247 D.H. Durante toda su vida estuvo estrechamente asociado con los dirigentes de la Causa. Aun cuando era un niño en aquel tiempo se estaba preparando para marchar a Shaykh Tabarsí y unirse con el grupo de Mullá Husayn, cuando la noticia de la traicionera masacre de los bábís frustró sus planes. Declara, en su relato, que conoció en Teherán a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, un hermano de la madre del Báb, que recién había vuelto en ese entonces de visitar al Báb en la fortaleza de Chihríq; y durante muchos años fue compañero íntimo del secretario del Báb, Mírzá Ahmad.

Entró en presencia de Bahá'u'lláh en Kirmánsháh y Teherán antes de la fecha del destierro a Iráq y, posteriormente estuvo a Su servicio en Baghdád y

Adrianópolis así como también en la ciudad-prisión de ‘Akká. En más de una ocasión fue enviado en misiones a Persia para promover la Causa y animar a los dispersos y perseguidos creyentes y vivía en ‘Akká cuando falleció Bahá'u'lláh en 1892 D.C. Su muerte fue patética y lamentable, ya que se vio tan profundamente afectado por la muerte del Gran Bienamado que, sobrecogido de dolor, se ahogó en el mar y su cuerpo inerte fue hallado arrojado sobre la playa cerca de la ciudad de ‘Akká.

Comenzó su crónica en 1888 cuando tuvo la ayuda personal de Mírzá Músá, el hermano de Bahá'u'lláh. Tardó cerca de año y medio en concluirla y partes del manuscrito fueron revisados y aprobados, algunos por Bahá'u'lláh y otros por ‘Abdu'l-Bahá.

La obra completa transmite la historia del Movimiento hasta la muerte de Bahá'u'lláh en 1892.

La primera mitad de esta narración, que termina con la expulsión de Bahá'u'lláh de Persia, está contenido en el presente volumen. Su importancia es evidente. Será leído no tanto por algunos conmovedores pasajes de acción que contiene ni incluso por las numerosas historias de heroísmo y fe inquebrantables, que por el significado perdurable de aquellos acontecimientos de los cuales da un relato tan singular.

ESTADO DE DECADENCIA DE PERSIA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

A. LOS SOBERANOS QÁJÁR

"En teoría el rey puede hacer lo que le plazca; su palabra es ley. El dicho de que 'La ley de los Medas y los Persas no cambia' era meramente una antigua perífrasis para el absolutismo del soberano. Designa y puede destituir a todos los ministros, oficiales, funcionarios y jueces. Sobre su propia familia y hogar y sobre los funcionarios civiles y militares a su servicio, tiene poder de vida y muerte, sin remisión a tribunal alguno. La propiedad de cualquiera de estos individuos, si cae en desgracia o es ejecutado, se revierte a él. El derecho a quitar la vida en cualquier caso, le es concedido a él solo, pero puede delegarlo en gobernadores o diputados. Toda propiedad, no otorgada previamente por la corona o adquirida -de hecho, toda propiedad para la cual no se pueda mostrar un título legal- le pertenece y puede disponer de ella a su antojo. Todos los derechos y privilegios tales como los de

ejecución de obras públicas, la explotación de las minas, el establecimiento de líneas telegráficas, carreteras, ferrocarriles, vías de tranvías, etc... En realidad, la explotación de todos los recursos del país, son investidos en él y le deben ser comprados antes que puedan ser adquiridos por otros. En su persona se encuentran fusionadas las tres funciones de gobierno: legislativo, ejecutivo y judicial. No se encuentra sujeto a ninguna obligación salvo la observancia exterior de las formas de la religión nacional. Él es el eje alrededor del cual gira toda la maquinaria de la vida pública.

Tal es, en teoría, y hasta hace poco lo era en la práctica, la característica de la monarquía Persa. Tampoco ha sido concedida públicamente ni una sola de estas elevadas pretensiones. El lenguaje en que el Sháh se dirige a sus súbditos y en que ellos se dirigen a él, recuerda el tono orgulloso en que Artajerjes o Darío hablaron a sus millones de tributarios, que todavía se pueden leer en las historias talladas en murallas de roca y tumbas. Sigue siendo el Sháhinsháh, o Rey de Reyes; el Zillu'lláh, o Sombra de Dios el Qibliy-i-‘Alam, o Centro del Universo; 'Exaltado como el planeta Saturno; Pozo de Ciencia; Sendero del Cielo; Soberano Sublime, cuyo estandarte es el sol, cuyo esplendor es el del Firmamento; monarca de ejércitos numerosos como las estrellas'. Aún hoy el súbdito persa ratificaría el precepto de Sa‘dí, de que: 'El vicio aprobado por el rey se convierte en virtud; buscar consejo contrario es empapar las manos de uno en su propia sangre'. El paso del tiempo no le ha impuesto ni consejo religioso ni secular, ni ‘ulamá ni senado. Las instituciones electivas y representativas no habían introducido aún sus irreverentes representantes. No existe restricción escrito alguno sobre la prerrogativa real.

... Tal es la divinidad que rodea un trono en Persia, que no sólo no asiste jamás el Sháh a comidas de estado ni come con sus súbditos en la mesa, con excepción de un solo banquete a sus principales parientes varones en Naw-Rúz, sino que la actitud y lenguaje utilizados para con él, aún por sus ministros de confianza, son aquellos de servil obediencia y adulación. 'Sea yo sacrificado por vos, Asilo del Universo' es el modo común de dirigirse a él adoptado aún por los súbditos del más elevado rango. Alrededor suyo no hay nadie para decirle la verdad ni para darle consejos desapasionados. Los Ministros extranjeros son probablemente, casi la única fuente de la cual obtiene los hechos tal cual son, o recibe consejos sin adornos, aún cuando interesados. Con las mejores intenciones del mundo de emprender grandes proyectos para el mejoramiento de su país, tiene poco, o ningún control sobre la ejecución de una empresa una vez que ésta ha pasado de sus manos y ha llegado a ser el juguete de funcionarios corruptos y egoístas. La mitad del dinero asignado por él nunca llega a su destino, sino que se pega a cada bolsillo

con que la ingeniosidad profesional puede ponerlo en contacto transitorio; la mitad de los proyectos autorizados por él nunca llegan a más que eso en su realización, ya que el ministro o funcionario a cargo de él confía que los caprichos olvidadizos del soberano pasarán por alto su negligencia del deber.

... Hasta hace sólo un siglo prevalecía aún el sistema abominable de cegar a los posibles aspirantes al trono, de salvajes mutilaciones y cautiverios vitalicios, de matanzas gratuitas y derramamientos de sangre sistemáticos. La desgracia no era menos repentina que la promoción y la muerte con frecuencia era concomitante de la desgracia.

... Fath-'Alí Sháh y sus sucesores después de él, se han mostrado tan extraordinariamente prolíficos en descendientes varones que la continuidad de la dinastía ha sido asegurada; y probablemente no hay familia reinante en el mundo que, en el transcurso de cien años, haya crecido a tan grandes dimensiones como la raza real Persa... Ni en el número de sus mujeres ni en la proporción de su progenie, puede el Sháh, aún cuando indudablemente es un hombre de familia, compararse con su bisabuelo, Fath-'Alí Sháh. A la alta opinión que se tiene universalmente de la capacidad doméstica de ese monarca se debe atribuir, me imagino, las divergentes apreciaciones que se encuentran, en obras sobre Persia, del número de sus concubinas y proles. El coronel Drouville, en 1813, le acredita setecientas esposas, sesenta y cuatro hijos y ciento veinticinco hijas. El Coronel Stuart, quien estuvo en Persia el año siguiente a la muerte de Fath-'Alí le da mil esposas y ciento cinco niños... Madame Dieulafoy también nombra cinco mil descendientes, pero que existían en una época cincuenta años más tarde (lo que tiene aire de más probabilidad). El cálculo estimado que aparece en el Násikhu't-Taváríkh, una gran obra histórica Persa moderna, fija el número de esposas de Fath-'Alí en más de mil y de su prole en doscientos sesenta, ciento diez de los cuales sobrevivieron a su padre. De allí el bien conocido proverbio persa: 'camellos, pulgas y príncipes existen en todas partes'... Ninguna familia real jamás ha dado una ilustración más ejemplar de la afirmación de las Escrituras: 'En vez de vuestros padres, tendréis hijos a quienes podréis hacer príncipes en todas las regiones'; porque casi no había una gobierno o puesto de emulación en Persia que no estuviera ocupado por esta colmena de príncipes; y hasta este día la miríada progenie de Sháhzádihs, o descendientes de un rey, es una perfecta maldición para el país, aunque muchos de estos desafortunados vástagos reales, quienes consumen una gran porción de las rentas estatales en subsidios anuales y pensiones, ahora ocupan posiciones muy inferiores como secretarios, empleados de telégrafo, etc... Fraser delineó hace cincuenta años (1842) un retrato vívido de la miseria que ha traído al país esta 'raza real de zánganos' quienes llenaban los puestos de gobierno

no sólo de todas las provincias, sino de cada bulúk o distrito, ciudad y aldea; cada uno de los cuales mantenía una corte y un enorme harem y que devoraba al país como una enjambre de acrídidos... Fraser, al pasar por Ádhirbáyján en 1834 y observar los resultados calamitosos del sistema bajo el cual Fath-'Alí Sháh distribuía su colosal progenie masculina en todos los puestos del Gobierno en todo el reino, comentó: 'La consecuencia más obvia de este estado de cosas es un odio completo y universal de la raza Qájár, que es el sentimiento predominante en todos los corazones y el tema de todas las lenguas'.

... De la misma manera que en sus viajes (de Násiri'd-Dín Sháh) por Europa, recogió gran cantidad de lo que parecían ser, para la mente oriental, maravillosas curiosidades, pero que desde entonces han sido amontonados en los diversos aposentos del palacio o guardados y olvidados; así en la esfera más amplia de política y administración pública está continuamente iniciando e impulsando algún nuevo proyecto o invención que, una vez satisfecho el capricho, es desatendido o permitido que expire. Una semana es el gas; a la siguiente la luz eléctrica. Ahora es una escuela de oficiales; luego un hospital militar. Hoy es un uniforme Ruso; ayer fue un buque de guerra Alemán para el golfo Pérsico. Se expide un nuevo certificado militar este año y se promete un nuevo código de leyes para el próximo. Ninguno de estos brillantes planes resulta, y los cuartos de trastos viejos del palacio no están más llenos de mecanismos rotos y objetos fuera de uso que los casilleros de las oficinas de gobierno de reformas abortivas y fiascos muertos.

"... En una de las cámaras superiores del mismo pabellón, Mírzá Abu'l-Qásim, el Qá'im-Maqám, o Gran Vazír, de Muhammad Sháh (el padre del monarca actual), fue estrangulado en 1835 por orden de su amo real, quien siguió en esto un ejemplo que le fue dado por su predecesor y dio a su vez uno que fue debidamente seguido por su hijo. Debe ser muy raro encontrar en la historia tres soberanos consecutivos que han dado muerte, únicamente por razones de celos, a los tres ministros que o los han subido al trono o que en el momento de su caída ocupaban el cargo más alto del Estado. Tal es la triple distinción de Fath-'Alí Sháh, Muhammad y Násiri'd-Dín Sháh".

B. EL GOBIERNO

"En un país tan atrasado en progreso constitucional, tan desprovisto de formas, estatutos y fueros y tan firmemente estereotipado en las tradiciones inmemoriales del Este, el elemento personal, como sería de esperar, predomina en gran medida; y el gobierno de Persia es poco menos que el ejercicio arbitrario de la autoridad por

una serie de unidades en una escala descendente desde el soberano hasta el jefe de una pequeña aldea. La única restricción que produce efecto en los oficiales de rango inferior es el temor a sus superiores, medios que se pueden encontrar normalmente para mitigar; sobre los rangos superiores el temor al soberano, quién no siempre se cierra ante métodos de pacificación similares; y sobre el soberano mismo el temor, no de la opinión nacional, sino de la extranjera, representada por la crítica hostil de la Prensa Europea... El Sháh, en realidad, puede ser considerado en este momento como el mejor ejemplar existente de déspota moderado; por cuanto, dentro de los límites indicados, es prácticamente irresponsable y omnipotente. Tiene poder absoluto sobre la vida y propiedad de cada uno de sus súbditos. Sus hijos no tienen poder independiente y pueden ser reducidos a la impotencia o la miseria en un abrir y cerrar de ojos. Los ministros son nombrados y degradados al antojo del rey. El soberano es el único ejecutivo y todos los oficiales son sus diputados. No existen tribunales civiles para controlar o modificar sus prerrogativas.

"... Del carácter general y conocimientos de los ministros de la Corte Persa, Sir J. Malcolm, en su Historia, escribió lo que sigue en los comienzos del siglo: 'Los ministros y oficiales en jefe de la Corte son casi siempre hombres de modales refinados, bien versados en los asuntos de sus respectivos departamentos, de agradable conversación, genio templado y observación aguda; pero, en general, estas cualidades agradables y útiles son todo lo que poseen. Tampoco pueden esperarse virtud ni conocimientos liberales en hombres cuyas vidas son desperdiciadas en prestar atención a las formas; cuyos medios de subsistencia se derivan de las fuentes más corruptas; cuya ocupación es la intriga que siempre tiene el mismo fin: preservarse a sí mismo o arruinar a otros; quienes no pueden, sin peligro, hablar más lenguaje que el de la adulación y el engaño y que están, en pocas palabras, condenados por su condición a ser venales, arteros y falsos. Sin lugar a dudas, han existido muchos ministros en Persia a quienes sería injusto clasificar bajo esta descripción general; pero aún los más distinguidos por sus virtudes y talentos se han visto forzados, en cierto grado, a adaptar sus principios a su posición; y, a no ser que la confianza de su soberano los haya puesto por encima del temor a los rivales, la necesidad los ha obligado a practicar una subordinación y disimulo en pugna con la verdad e integridad que por sí solos constituyen una demanda del respeto que todos están dispuestos a conceder a hombres buenos y eminentes' Estas observaciones indican la perspicacia y justicia de su distinguido autor y es de temer que, en gran medida, son tan válidos para la generación actual como para la antigua"...

C. EL PUEBLO

"... He de referirme ahora a aquello que es la característica cardinal y distintiva de la administración Iraní. El gobierno, más aún, la vida misma, en ese país puede decirse que consiste, en su mayor parte, en un intercambio de regalos. Bajo su aspecto social podría suponerse que ésta costumbre ilustra los sentimientos generosos de un pueblo afable; sin embargo, aún en este caso, tiene un aspecto inexorablemente impasible, como por ejemplo, cuando te congratulas por haber recibido un regalo, encuentras que no sólo debes devolver otro de valor equivalente al donador, sino que también debes remunerar generosamente al portador del regalo (para quien muy probablemente tu restitución es el único medio de subsistencia conocido) en una relación proporcionada a su valor pecuniario. Bajo sus aspectos políticos, la práctica de hacer regalos, aunque consagrada en las tradiciones adamantinas del Este, es sinónimo de un sistema, en otras partes, descrito con nombres menos atractivos. Éste es el sistema con el que el gobierno de Persia ha sido dirigido durante siglos y cuya manutención contrapone una sólida barrera a cualquier reforma verdadera. Desde el Sháh para abajo, casi no hay un sólo oficial que no esté abierto a recibir regalos, rara vez un puesto no es conferido en restitución de un regalo, apenas una renta que no haya sido acumulada por el recibimiento de regalos. Casi sin excepción, todo individuo de la jerarquía oficial arriba mencionada, ha adquirido su puesto tan sólo mediante un regalo de dinero, ya sea al Sháh, a un ministro o al gobernador superior por quien ha sido nombrado. Si hay varios candidatos para un puesto, sin duda el que haga la mejor oferta se hará con él.

...El 'madákhil', es una institución nacional muy querida en Persia, la exacción del cual, en una miríada de formas diferentes, cuya ingeniosidad es igualada tan sólo por su multiplicidad, es el interés y deleite supremos de la existencia, de un persa. Esta singular palabra, para la cual, el Sr. Watson dice que no existe un equivalente preciso en inglés, puede ser diversamente traducido como comisión, gaje, gratificación, retribución, robo y hurto, provecho, según el primer contexto en el que sea empleado. Toscamente hablando, significa aquel balance de ventaja personal, normalmente expresado en forma de dinero, que se puede sacar de cualquier transacción. Una negociación, en la que hay dos partes implicadas, como donante y recibidor, como superior y como subordinado o incluso como partes iguales, no puede tener lugar en Persia sin un tercero al que se le puede considerar como el autor del favor o servicio que reclame y reciba una recompensa en dinero por lo que ha hecho o dado. Naturalmente podría decirse que la naturaleza humana

es más o menos la misma en todas partes del mundo; que un sistema similar existe, bajo diferente nombre, en nuestro propio u otros países y que el crítico filósofo hallará en el persa a un hombre y un hermano. Hasta cierto punto esto es verdad. Pero en ningún país del mundo que haya visto o del que haya oído hablar el sistema es tan abierto, tan desvergonzado o tan universal como en Persia. Lejos de estar limitado a la esfera de la economía doméstica o a transacciones comerciales, satura todas las profesiones e inspira la mayoría de las acciones de la vida. Por su actuación, puede decirse que en Persia, la generosidad y el servicio gratuito han sido borrados de la categoría de las virtudes sociales, y que la codicia ha sido ascendida al principio rector de la conducta humana... Por este medio es establecido un sistema de progresión aritmética de saqueo desde el soberano al súbdito, en la que cada unidad de la escala descendente se remunera de la unidad que se encuentra en un rango inmediatamente inferior, siendo el infeliz campesino la última víctima. No es sorprendente, bajo tales circunstancias, que los cargos públicos sean el camino común hacia la riqueza y que sean frecuentes los casos de hombres que, habiendo comenzado sin nada, se encuentren viviendo en hogares magníficos, rodeados de multitud de servidores, viviendo de un modo principesco. "Gana lo que puedas mientras puedas", es la regla que la mayoría de los hombres que entran en la vida pública ponen ante sí. Tampoco el espíritu popular se resiente ante tal manera de actuar; la estimación que se tiene de cualquiera que, habiendo tenido la oportunidad, no ha llenado sus bolsillos, no es precisamente un halago a su buen sentido. Nadie piensa en las víctima de quienes, en última instancia, ha procedido el material para estos sucesivos 'madákhils' y del sudor de cuyas frentes silenciosas se ha exprimido la riqueza que se disipa en lujosas mansiones campestres, curiosidades europeas y enormes séquitos".

... Entre las características de la vida pública en Persia que más rápidamente llaman la atención del extranjero y que, indirectamente, nacen de las mismas condiciones, está el enorme número de servidores y dependientes que hormiguean alrededor de un ministro u oficial de cualquier clase. En el caso de un funcionario de rango o posición, éstos varían en número de cincuenta a quinientos. Benjamín dice que en su tiempo el Primer Ministro tenía tres mil. Ahora bien, la teoría de la etiqueta social y ceremonial que prevalece en Persia y, en realidad, en todas partes en el Oriente, es hasta cierto punto responsable de este fenómeno, estimándose la importancia personal, en gran medida, por la exhibición pública que se pueda hacer y por el cuerpo de servidores que, en ocasiones, puede hacer desfilar. Pero es la institución del 'madákhil y de ganancias y hurtos ilícitos que son la raíz del mal. Si el gobernador o ministro estuviera obligado a pagar sueldos a toda esta servil

cuadrilla, disminuirían rápidamente en número. La mayoría de ellos no perciben paga; se pegan a su amo a causa de las oportunidades que esta conexión les da para sus extorsiones, y prosperan y engordan del pillaje. Es fácil concebir cuán grande es el desangramiento de los recursos nacionales que produce este enjambre de sanguijuelas. Son el verdadero tipo de trabajadores improductivos, que absorben pero jamás crean riqueza; y su existencia es poco menos que una calamidad nacional... Es un punto cardinal de etiqueta Persa que cuando se sale de visita se debe llevar el mayor número posible de los miembros del establecimiento propio ya sea montados o a pie; el número de tal séquito se acepta como una indicación del rango del amo".

D. El Orden Eclesiástico

Maravillosamente adaptado tanto al clima y carácter como a las ocupaciones de aquellos países sobre los que ha puesto sus garras adamantinas, el islam retiene a sus devotos en una completa esclavitud desde la cuna hasta la sepultura. Para él, no sólo es religión, es gobierno, filosofía y ciencia también. El concepto mahometano no es tanto de una iglesia de estado como, si se me permite la frase, de una estado iglesia. Los cimientos en que la sociedad misma está absorta no son de fabricación civil, sino eclesiástica; y, dedicado a este magnífico, si bien paralizante credo, el musulmán vive en contenta entrega de toda volición y considera que su más elevado deber es adorar a Dios y obligar, o, donde fuera imposible, despreciar a aquellos que no Le adoran en el espíritu, y entonces muere seguro y confiado de alcanzar el Paraíso.

...Estos siyyids, o descendientes del Profeta, son una molestia intolerable para el país, ya que deducen de su comprobada ascendencia y de la prerrogativa de usar turbante verde, el derecho a una independencia e insolencia de porte del cual sus propios compatriotas sufren tanto como los extranjeros.

... Como una comunidad, los Judíos Persas se encuentran sumidos en gran pobreza e ignorancia... En todos los países musulmanes del Oriente, este pueblo infeliz se ha encontrado sometido a la persecución, costumbre que les ha enseñado, tanto a ellos mismos como al mundo, a considerar su recompensa como normal. Normalmente obligados a vivir separados en un gueto, o barrio aparte en las ciudades, desde tiempos inmemoriales han sufrido impedimentos de ocupación, vestimenta y costumbres que los han señalado como parias sociales entre sus congéneres... En Isfáhán, donde se dice viven tres mil setecientos y donde ocupan un estatus relativamente mejor que en otras partes de Persia, no se les permite

llevar puesto el 'kúláh' o gorro persa, tener tiendas en el bazar, construir las paredes de sus casas tan altas como las de un vecino musulmán o cabalgar en las calles... Sin embargo, en cuanto se produce un estallido de fanatismo en Persia u otra parte, lo más probable es que los judíos sean las primeras víctimas. Así pues, la mano de cualquier hombre está en su contra; y la aflicción acontece al desafortunado hebreo que es el primero en encontrarse con una turba callejera persa.

...Tal vez la característica más extraordinaria de la vida de Mashhad, antes de dejar el tema del santuario y los peregrinos, sea la provisión que se hace para el solaz material de éste durante su permanencia en la ciudad. En reconocimiento de los largos viajes que han hecho, de las incomodidades que han sufrido y de las distancias que los separan de su familia y hogar, se les permite, con la complicidad de la ley eclesiástica y sus oficiales, contraer matrimonios transitorios durante su estancia en la ciudad. Hay una gran población permanente de esposas, apropiadas para tal propósito. Se busca un mullá bajo cuya sanción se establece un contrato que es firmado y sellado formalmente por ambas partes, se paga una cuota y la unión se cumple legalmente. Después del transcurso de quince días o un mes, o cualquiera que sea el periodo especificado, termina el contrato; el marido transitorio vuelve a sus propios 'lares et penates' en algún lugar distante, y la dama, después de una período de celibato obligatorio de catorce días de duración, reinicia su carrera de matrimonios perseverantes. En otras palabras, un gigantesco sistema de prostitución, bajo la sanción de la Iglesia, prevalece en Mashhad. Probablemente no exista una ciudad mas inmoral en Asia; y me apenaría decir cuantos de los peregrinos silenciosos que atraviesan mares y tierras para besar las gradas de la tumba del Imám no se sienten alentados y consolados en su marcha también por la perspectiva de unas vacaciones agradables y lo que podría describirse en inglés vernáculo como 'una buena juerga'".

CONCLUSIÓN

"Antes de dejar el tema de la ley Persa y su administración, permitidme agregar algunas palabras sobre el tema de penalidades y prisiones. No hay nada más chocante para el lector Europeo, al proseguir su camino a través de las páginas ensangrentadas y manchadas de crímenes de la historia Persa durante el siglo pasado y, afortunadamente en menor grado, durante el presente, que el relato de castigos salvajes y torturas abominables, que atestiguan, alternativamente, la insensibilidad del bruto, y la ingeniosidad del desalmado. El carácter persa siempre ha sido fértil en recursos e indiferente al sufrimiento; y en el campo de las

ejecuciones judiciales ha encontrado un ámbito extenso para la práctica de ambas habilidades. Hasta una época bastante reciente, dentro de los límites del reinado actual, los criminales condenados han sido crucificados, disparados de la boca de cañones, enterrados vivos, empalados, herrados como caballos, partidos en dos atándoles a las copas de dos árboles juntamente combados que luego dejaban volver a su posición natural como látigos, convertidos en antorchas humanas y desollados vivos.

...Bajo un doble sistema de gobierno parecido al que acabo de completar la descripción -es decir, una administración en la que cada mandatario es, bajo diferentes aspectos, tanto el sobornador como el sobornado; y un procedimiento judicial sin ninguna ley ni un tribunal de justicia- se comprenderá fácilmente que no es probable que exista confianza en el gobierno, que no haya sentido personal del deber o orgullo de honor, ni haya confianza mutua o cooperación (salvo en el servicio al mal), no haya vergüenza en el desenmascaramiento, ni prestigio en la virtud, sobre todo, ningún espíritu nacional o patriotismo. Tienen razón aquellos filósofos quienes sostienen que la reforma moral debe preceder a la material y la interior a la externa, en Persia. Es inútil injertar nuevos brotes en un tallo cuya propia savia está agotada o envenenada. Podemos dar a Persia caminos y ferrocarriles; podemos trabajar sus minas y explotar sus recursos; podemos entrenar su ejército y vestir sus artesanos pero no la habremos traído bajo la sombra de las naciones civilizadas hasta que hayamos llegado al corazón del pueblo y hayamos dado un giro nuevo y radial al carácter y a las instituciones nacionales. He dibujado este cuadro de la administración persa, el cual creo ser verídico, para que los lectores Ingleses puedan comprender el sistema con que los reformadores, ya sean extranjeros o nativos, han de contender, y la férrea muralla de resistencia, edificado por los instintos más egoístas de la naturaleza humana, que se opone a todas las ideas progresistas. El Sháh mismo, por muy genuino que sea su deseo de innovar, se encuentra en cierto grado, en el bando de este sistema pernicioso ya que le debe su fortuna personal; mientras que aquellos que más lo condenan en voz alta, en privado no están a la zaga de sus congéneres en inclinar sus cabezas en público en el templo de Rimmon. En todos los rangos por debajo del soberano, falta completamente la iniciativa para comenzar una rebelión contra la tiranía de costumbres inmemoriales; y si un hombre fuerte como el actual rey sólo puede emprenderla en forma vacilante; ¿dónde está el que ha de predicar la cruzada?"

(Extractos de la obra de Lord Curzon Persia y el Problema Persa)

TRIBUTO DE BAHÁ'U'LLÁH AL BÁB Y SUS PRINCIPALES DISCÍPULOS
EXTRACTOS DEL 'KITÁB-ÍQÁN' (EL LIBRO DE LA CERTEZA)

"Aunque era joven y de tierna edad y la Causa que revelaba era contraria al deseo de todos los pueblos de la tierra: de elevados y humildes, ricos y pobres, ensalzados y humillados, reyes y vasallos, con todo, se levantó y la proclamó resueltamente. Todos saben esto y lo han escuchado. No temía a nadie; no hacía caso de las consecuencias. ¿Podría manifestarse cosa semejante, si no fuera por el poder de una Revelación Divina y la potencia de la invencible Voluntad de Dios? ¡Por la rectitud de Dios, si alguien guardara en su corazón Revelación tan grande, el solo pensamiento de tal declaración le confundiría! Si se juntasen en Su corazón los corazones de todos los hombres, aún así vacilaría ante tan temible empresa. Podría lograrlo sólo con el permiso de Dios, y sólo si el canal de su corazón estuviese unido a la Fuente de la gracia Divina y su alma tuviese asegurado el sustento infalible del Todopoderoso. ¿Y, a qué, Nos preguntamos, atribuyen ellos tan gran osadía? ¿Le acusan de locura, como acusaron a los Profetas de antaño? ¿O sostienen que Su motivo no fue otro que la ambición de mando y el logro de riquezas terrenales?

¡Alabado sea Dios! En Su Libro, que Él ha titulado "Qayyúmu'l-Asmá'", que es el primero, el más grande y poderoso de todos los libros, profetiza Él Su propio martirio. Está allí este pasaje: "¡Oh Tú Remanente de Dios! Me he sacrificado enteramente por Ti; he soportado imprecaciones por amor a Ti; y no he anhelado más que el martirio en el sendero de Tu amor. ¡Dios me es Testigo suficiente: el Exaltado, el Protector, el Antiguo de los Días!"

... ¿Podría decirse que el Revelador de tales palabras, va por otro camino que no sea el camino de Dios, y anhela otra cosa que no sea Su complacencia? En ese mismo versículo hay oculta una brisa de desprendimiento, que si soplase plenamente sobre el mundo, todos los seres renunciarían a su vida y sacrificarían su alma.

... Ahora, considera cómo este Sadrih del Ridván de Dios, en la flor de Su juventud, se levantó a proclamar la Causa de Dios. Mira qué constancia ha revelado esa Belleza de Dios. El mundo entero se levantó para oponérsele, pero sin resultado: cuanto más severa se hacía la persecución que desataban contra ese Sadrih de la Bienaventuranza, más crecía Su fervor y con más brillo ardía la llama de Su amor. Todo esto es evidente y nadie lo discute. Finalmente entregó Su alma y alzó el vuelo hacia los reinos de lo alto.

... Apenas se hubo revelado esa eterna Belleza en Shíráz, en el año sesenta, hendiendo el velo del encubrimiento, cuando manifestaron en todos los países los signos del ascendiente, del poder, de la soberanía y de la fuerza que emanaban de aquella Esencia de Esencias y Océano de los Océanos. Tan es así, que en cada ciudad aparecieron los signos, pruebas, señales y testimonios de esa Lumbrera Divina. ¡Cuántos son los corazones puros y bondadosos que fielmente han reflejado la luz de ese Sol eterno, y que numerosos son los efluvios de conocimiento provenientes de ese Océano de Sabiduría Divina que ha envuelto a todos los seres! En cada ciudad, todos los sacerdotes y dignatarios se levantaron para oponerse a ellos y dominarlos, y se armaron de malevolencia, de envidia y tiranía para destruirlos. ¡Qué grande el número de esas almas santas y esencias de la justicia que fueron muertas, acusadas de tiranía! ¡Y cuántas personificaciones de la pureza, que no mostraban más que verdadero conocimiento y acciones inmaculadas, sufrieron atroz muerte! A pesar de todo esto, cada uno de estos santos seres, hasta en su último momento, pronunció el Nombre de Dios remontándose en el reino de la sumisión y resignación. Tal era la autoridad y la influencia transformadora que ejercía sobre ellos, que dejaron de abrigar deseo alguno salvo Su Voluntad, uniendo su alma a su recuerdo.

Reflexiona: ¿Quién, en este mundo, es capaz de manifestar tan trascendente poder, tan vasta influencia? Todos estos inmaculados corazones y almas santificadas, con absoluta resignación han obedecido a la llamada de Su decreto. En lugar de quejarse, dieron gracias a Dios, y en medio de las tinieblas su aflicción no reveló sino radiante aquiescencia a Su voluntad. Es evidente cuán implacable era el odio y cuán cruel la malevolencia y hostilidad de todos los pueblos de la tierra para con esos compañeros. La persecución y tormento que infligieron a estos seres santos y espirituales la consideraban como medio de salvación, prosperidad y éxito perdurable. ¿Ha presenciado el mundo, desde los días de Adán, semejante tumulto, tan violenta conmoción? No obstante todo su tormento y las numerosas aflicciones que soportaron, llegaron a ser objeto del oprobio y la execración de todos. Me parece que la paciencia fue revelada sólo en virtud de su valor, y la fidelidad misma sólo fue engendrada por sus obras.

Pondera en tu corazón estos importantísimos acontecimientos, para que comprendas la grandeza de esta Revelación y percibas su asombrosa gloria.

CARACTERÍSTICAS DISTINTIVAS DEL ISLAM SHÍ'AH

"El punto principal en que los Shí'ahs (así como también las demás sectas que se incluyen bajo el término genérico de imanistas) difieren de los Sunnís, es la doctrina del Imanato. Según éstos, la vicegerencia del Profeta (Khiláfat) es una cuestión que debe ser decidida por selección y elección por parte de sus seguidores, y la cabeza visible del mundo musulmán está calificada para la elevada posición que ocupa, menos por gracia especial divina que por una combinación de ortodoxia y capacidad administrativa. Por otra parte según el punto de vista del Imanato, la vicegerencia es una cuestión completamente espiritual; un cargo conferido sólo por Dios, primero por Su Profeta y posteriormente por sus sucesores y no tiene nada que ver con la elección o aprobación popular. En una palabra, el Khalífih de los Sunnís es meramente un visible externo Defensor de la Fe, el Imám de los Shí'ahs es el sucesor divinamente ordenado del Profeta, que posee todas las perfecciones y dones espirituales, a quien todos los fieles deben obedecer, cuya decisión es absoluta y definitiva, cuya sabiduría es sobrehumana y cuyas palabras son autoritativas. El término genérico de imanistas se aplica a todos los que tienen este último punto de vista sin hacer mención de como trazan la sucesión y por lo tanto incluye sectas tales como los Báqirís e Ismá‘ílís así como también a los Shí'ahs, o 'Iglesia de los Doce', (Madhhab-i-Ithná-'Asharíyyih), como son denominados más específicamente y que son los únicos que nos preocupan aquí. De acuerdo con ellos, doce personas ocuparon, sucesivamente, el cargo de Imám. Estas doce son las siguientes:

1º.- ‘Alí-ibn-i-Abí-Tálib, primo y primer discípulo del Profeta, asesinado por Ibn-i-Muljam en Kúfih, D.H. 40 (D.C. 661)

2º.- Hasan, hijo de ‘Alí y Fátimih, nacido D.H. 2, envenenado por orden de Mu'ávíyih I, D.H. 50 (D.C. 670)

3º.- Husayn, hijo de ‘Alí y Fátimih, nacido D.H. 4, asesinado en Karbilá en Muharram 10, D.H. 61 (Octubre 10. D.C. 680)

4º.- ‘Alí, hijo de Husayn y Shahribánú (hija de Yazdigird, último rey de los Sásániyán) llamado generalmente Imám Zaynu'l-Ábidín, envenenado por Valíd.

5º.- Muhammad-Báqir, hijo del ya mencionado Zaynu'l-Ábidín, y de su prima Umm-i-‘Abdu'lláh, hija del Imám Hasan, envenenado por Ibráhím ibn-i-Valíd.

6º.- Ja‘far-i-Sádiq, hijo del Imám Muhammad-Báqir, envenenado por orden de Mansúr, el Khalífih ‘Abbáside.

7º.- Músá-Kázim, hijo del Imám Ja‘far-i-Sádiq, nacido D.H. 129, envenenado por orden de Hárúnu'r-Rashíd, D.H. 183.

8º.- ‘Alí-ibn-i-Músá'r-Ridá, conocido generalmente como Imám Ridá, nacido D.H. 153, envenenado cerca de Tús, en Khurásán, por orden del Khalífih Ma'mún, D.H. 203 y enterrado en Mashhad, la cual su nombre y santidad provienen de él.

9º.- Muhammad Taqí, hijo del Imám Ridá, nacido D.H. 195, envenenado por el Khalífih Mu'tasim en Baghdád D.H. 220.

10º.- ‘Alí-Naqí, hijo del Imám Muhammad-Taqí, nacido D.H. 213, envenenado en Surra-man-Ra'á, D.H. 254.

11º.- Hasan-i-‘Askarí, hijo del Imám ‘Alí-Naqí, nacido D.H. 232, envenenado en D.H. 260.

12º.- Muhammad, hijo del Imám Hasan-i-‘Askarí y Nargis-Khátún, llamado por los Shí'ahs 'Imám-Mihdí'; 'Hujjatu'lláh' (la Prueba de Dios), 'Baqíyya-tu'lláh' (el Remanente de Dios), y 'Qá'im-i-Ál-i-Muhammad' (Aquél que se levantará de la familia de Muhammad). No sólo llevaba el mismo nombre, sino el mismo kunyih -Abu'l-Qásim- que el Profeta y, según los Shí'ahs, no es legal para ninguna otra persona llevar este mismo nombre y este kunyih juntos. Nació en Surra-man-Ra'á, D.H. 255 y fue sucesor de su padre en el Imanato, D.H. 260.

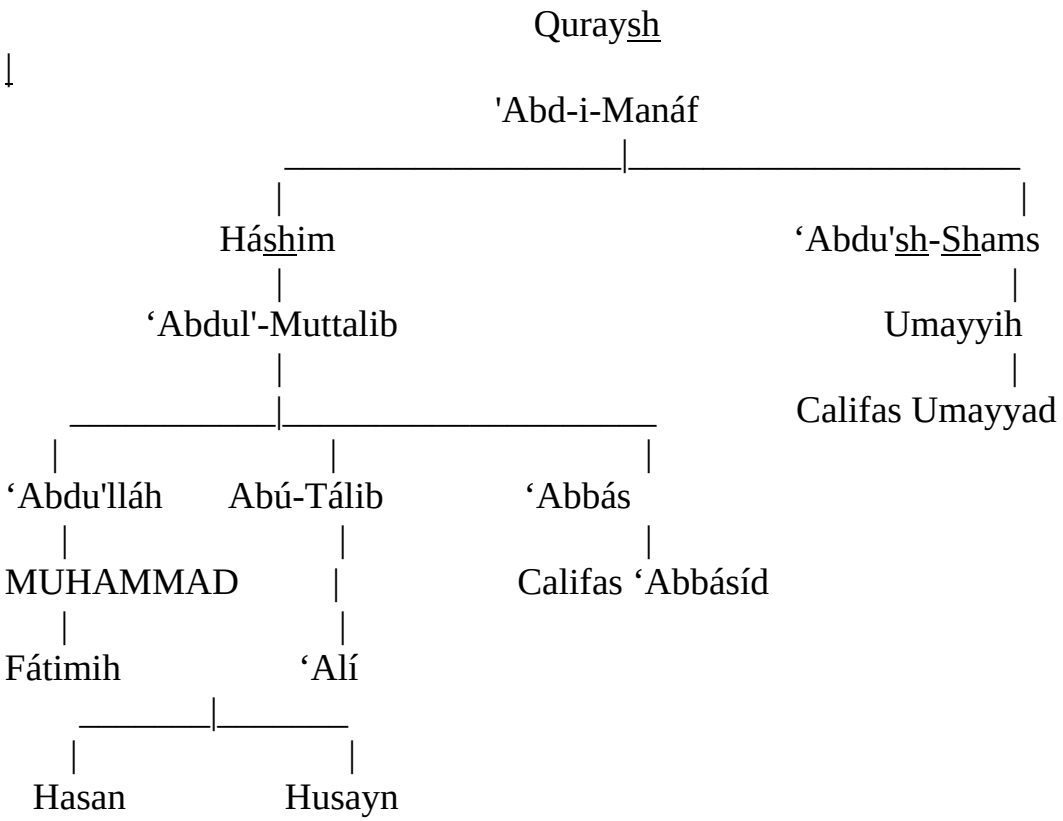
Los Shí'ahs afirman que él no murió, sino que desapareció en un pasaje subterráneo en Surra-man-Ra'á, 329 D.H.; que aún vive, rodeado por un grupo de sus discípulos elegidos en una de aquellas ciudades misteriosas, Jábulqá y Jábulsá; y que cuando llegue la plenitud del tiempo, cuando la tierra esté llena de injusticia y los infieles se encuentren sumidos en la desesperación, aparecerá, precedido por Jesucristo, como heraldo, derrotará a los infieles, establecerá paz y justicia universales e inaugurará un milenio de bendiciones. Durante todo el lapso de su Imanato, desde 260 D.H. hasta el presente, el Imám Mihdí ha permanecido invisible e inaccesible a la masa de sus discípulos y esto es lo que se quiere decir con la palabra 'Ocultación' (Ghaybat). Después de asumir las funciones de Imám y presidir la inhumación de su padre y predecesor el Imám Hasan-i-‘Askarí, desapareció de la vista de todos salvo de la de unos pocos elegidos quienes, uno tras otro, continuaron actuando como canales de comunicación entre él y sus seguidores. Estas personas eran conocidas como 'Puertas' (Abváb). El primero de ellas fue Abú-‘Umar-‘Uthmán ibn-i-Sa‘íd ‘Umarí; el segundo Abú-Ja‘far Muhammad-ibn-i-‘Uthmán, hijo del anterior; el tercero Husayn-ibn-i-Rúh Nawbakhtí; el cuarto Abu'l-Hasan ‘Alí-ibn-i-Muhammad Símarí. De estas 'Puertas', el primero fue designado por el Imám Hasan-i-‘Askarí, las otras por la 'Puerta' en funciones con la sanción y aprobación del Imám Mihdí. Este período -de 69 años- durante el cual el Imám era aún accesible por intermedio de las 'Puertas' se conoce

con el nombre de 'Ocultación Menor' o 'Más Pequeña' (Ghaybat-i-Sughrá). A ésta le siguió la 'Ocultación Mayor' o 'Más Grande' (Ghaybat-i-Kubrá).

Cuando Abu'l-Hasan ‘Alí, la última de las 'Puertas', se acercó a su fin, los fieles le urgieron (al contemplar con desesperación la posibilidad de una completa separación del Imám) que nombrara un sucesor. Sin embargo, rehusó hacerlo, diciendo: 'Dios tiene un propósito que Él cumplirá'. De este modo, tras su muerte, cesó toda comunicación entre el Imám y su Iglesia y la 'Ocultación Mayor' comenzó y continuará hasta el Regreso del Imám en la plenitud del tiempo".

(Extracto de **La Narración de un Viajero**. Nota O. págs. 296-99)

GENEALOGÍA DEL PROFETA MUHAMMAD



Califas Umayyad, 661-749 D.C.
Califas ‘Abbásíd, 749-1258 D.C.
Califas Fátimitas, 1258-1517 D.C.
Califas Otomanos, 1517-1519 D.C.
Nacimiento de Muhammad, 20 de Agosto de 570 D.C.
Declaración de Su Misión, 613-614 D.C.
Huida a Medina, 622 D.C.
Abú-Bakri's-Siddíq-ibn-i-Abí-Quháfih, 632-634 D.C.
‘Umar-ibn-i'l-Khattáb, 634-644 D.C.
‘Uthmán-ibn-i-‘Affán, 644-656 D.C.
‘Alí-ibn-i-Abí-Tálib, 656-661 D.C.

TEORÍA Y ADMINISTRACIÓN LEGAL EN PERSIA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

"... La ley en Persia y en realidad, entre los pueblos musulmanes en general, se compone de dos ramas: la religiosa y la laica; la que se basa en las Escrituras mahometanas y la que tiene por base el precedente; la que se administra por tribunales eclesiásticos y la que se administra por tribunales civiles. En Persia a la primera se la conoce como Shar' y a la segunda como 'Urf. De las dos se ha desarrollado una jurisprudencia que, aunque nada científica, sin embargo es razonablemente práctica en cuanto a aplicación y se ajusta, poco más o menos, a las necesidades y circunstancias de aquellos por quienes se dispensa. La base de la autoridad en el caso del Shar', o Ley Eclesiástica, consiste en las palabras del Profeta en el Corán; de las opiniones de los Doce Sagrados Imámes, cuya voz a juicio de los Mahometanos Shí'ahs apenas tiene menor peso; y de los comentarios de una escuela de juristas eclesiásticos preeminentes. Estos últimos, han desempeñado más o menos el mismo papel en aumentar el volumen de jurisprudencia nacional que los famosos 'juris consulti' con la Ley Laica de Roma, o los comentaristas Talmúdicos con el sistema Hebreo. El conjunto de leyes así formado se ha codificado de modo preliminar y se ha dividido en cuatro secciones que tratan, respectivamente, de ritos y deberes religiosos; de contratos y obligaciones; de asuntos personales; y de reglas suntuarias y procedimiento judicial. Esta ley es administrada por una corte eclesiástica formada por mullás, i.e. sacerdotes laicos, y mujtahids i.e. sabios doctores de la ley, ayudados en ocasiones por qádís o jueces y bajo la presidencia de un oficial conocido con el nombre de Shaykhu'l-Islám, uno de los cuales, por lo general, es designado para cada ciudad grande por el soberano. Antiguamente, el jefe de esta jerarquía eclesiástica era el Sadru't-Sudúr, o Pontines Maximus, un dignatario que era elegido por el rey y emplazado por encima de todo el clero y rama judicial del reino. Pero este cargo fue abolido en su campaña anticlerical por Nádir Sháh, y nunca se ha restablecido. En centros de pocos habitantes y en aldeas, el lugar de esta corte lo ocupa el mullá o los mullás locales, para un considerando, siempre tienen listo un texto del Corán. En el caso de las cortes más altas, la decisión siempre se da por escrito, junto con la cita de las Escrituras o de los comentaristas en que se fundamenta. Los casos de especial importancia son remitidos a los mujtahids más eminentes, de los que nunca hay muchos, que logran su posición únicamente gracias a conocimientos eminentes o habilidades, ratificados por la aprobación popular, y cuyas decisiones rara vez son impugnadas... En las obras sobre la teoría de la ley en Persia se escribe frecuentemente que los casos criminales son decididos por las cortes eclesiásticas y

los civiles por las cortes seculares. En la práctica, sin embargo, no existe semejante clara distinción; las funciones y prerrogativas de las cortes coordinadas varían en diferentes épocas y parecen ser más una cuestión accidental o de elección que de necesidad; y actualmente, aún cuando los casos criminales difíciles pueden ser sometidos a la corte eclesiástica, sin embargo se ocupan principalmente de los casos civiles. Cuestiones de sacrilegios y herejía naturalmente les son entregadas a ellas; también tienen en cuenta el adulterio y el divorcio; y la intoxicación como una ofensa, no contra la ley civil (por cierto, si fuera una cuestión de precedente, la ebriedad podría presentar las más altas credenciales en Persia), sino contra el Corán, cae dentro del campo de aplicación de su juicio...

Del Shar', paso al 'Urf, o Ley Civil. Nominalmente, se basa en tradición oral, en precedente y en costumbre; como tal, varía en diversas partes del país. Pero, como no hay un código escrito o reconocido, varía aún más en la práctica según el carácter o capricho del individuo que la administra... Los administradores del 'Urf son los magistrados civiles en todo el reino ya que no existen cortes seculares o tribunal de jueces según el modelo Occidental. En una aldea el caso es llevado ante el kad-khudá o cacique; en una ciudad ante el dárúghih u oficial de policía. A su juicio son sometidas todas las pequeñas ofensas que ocupan una corte policial de una ciudad o tribunal de magistrados rurales en Inglaterra. La penalidad en caso de robo, o asalto, u ofensas similares es, por lo general, la restitución, ya sea en especie o su valor en dinero; mientras que si la falta de medios hace esto imposible, al culpable se le da una buena paliza. Todos los casos criminales ordinarios son llevados ante el Hakím, o gobernador de una ciudad; los más importantes ante el gobernador provincial o gobernador general. La última corte de apelación, en cada caso, es el rey, de cuya autoridad soberana estos ejecutores subordinados de jurisdicción son tan sólo una delegación, aunque es raro que un apelante a cualquier distancia de la capital pueda hacer llegar su queja tan lejos... La justicia ejercida de esta manera por los oficiales del gobierno en Persia, no obedece ley ni sigue sistema alguno. La publicidad es la única garantía de equidad, pero es muy amplio el campo, sobre todo en los grados inferiores, para píshkash y el soborno. Los dárúghihs tienen la reputación de ser severos y venales, y hay quienes llegan al extremo de decir que no hay sentencia de una oficial en Persia, aún de los rangos más altos, que no pueda ser influenciada por una retribución pecuniaria".

Extractos de la obra de Lord Curzon Persia y el Problema Persa,

(vol. I, págs. 452-55)

PREFACIO

Es mi intención, mediante la ayuda y asistencia de Dios, dedicar las páginas preliminares de este relato a las informaciones que he podido obtener referentes a aquellas luces gemelas tan destacadas, Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í y Siyyid Kázim-i-Rashtí, después de lo cual espero poder relatar, en orden cronológico, los principales acontecimientos que han sucedido desde el año '60[1], el año que atestiguó la declaración de la Fe por el Báb, hasta el presente, el año 1305 D.H.[2].

En algunos casos me adentraré en algunos detalles, en otros me contentaré con un breve resumen de los acontecimientos. Dejaré constancia escrita de aquellos episodios que yo mismo he atestiguado, así como también aquellos que me han sido relatados por informantes reconocidos y fidedignos, especificando en cada caso sus nombres y posición. Aquellos para con quienes estoy principalmente en deuda son los siguientes: Mírzá Ahmad-i-Qazvíní, el amanuense del Báb; Siyyid Ismá'íl-i-Dhabíh; Shaykh Hasan-i-Zunúzí; Shaykh Abú-Turáb-i-Qazvíní; y, en último lugar, pero no inferior, Mírzá Músá, Áqáy-i-Kalím, hermano de Bahá'u'lláh.

Doy gracias a Dios por haberme ayudado en la escritura de estas páginas preliminares y por haberlas bendecido y honrado con la aprobación de Bahá'u'lláh, quien misericordiosamente se dignó considerarlas y quien comunicó, mediante Su amanuense, Mírzá Áqá Ján, quien Se las leyó, Su agrado y aceptación. Oro por que el Todopoderoso me sostenga y guíe, para que no yerre y vacile en la tarea que me he propuesto realizar.

MUHAMMAD-I-ZARANDÍ[3]
'Akká, Palestina, 1305 D.

[1] 1260 d.h. (1844 d.C.)
[2] 1887-88 d.C.
[3] Su título completo es Nabíl-i-A'zam

CAPÍTULO 1

LA MISIÓN DE SHAYKH AHMAD-I-AHSÁ'Í

En una época en que la deslumbrante realidad de la Fe de Muhammad había sido oscurecida por la ignorancia, el fanatismo y la perversidad de las sectas contenciosas en que se había dividido, apareció sobre el horizonte del Este[1] aquella Estrella luminosa de guía Divina, Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í[2]. Observó cómo aquellos que profesaban la Fe del islám habían roto su unidad, minado su fuerza, pervertido su propósito y degradado su sagrado nombre. Su alma se llenó de angustia al contemplar la corrupción y contienda que caracterizaban a la secta shí'ah del islám. Inspirado por la luz que brillaba dentro de él[3], se levantó con visión infalible, con propósito determinado y sublime desprendimiento para expresar su protesta contra la traición a la Fe de aquella gente innoble. Irradiando celo y consciente de la sublimidad de su vocación, apeló con vehemencia no sólo a la secta shí'ah del islám, sino a todos los seguidores de Muhammad en todo el Oriente, para que se despertaran del sueño de negligencia y prepararan el camino para Aquel quien debe ser manifiesto en la plenitud del tiempo, cuya luz era la única capaz de disipar los velos del prejuicio e ignorancia que habían envuelto a esa Fe. Abandonando su hogar y sus familiares, en una de las islas de Bahrayn, en el sur del Golfo Pérsico, emprendió su camino, como pujado por una Providencia Todopoderosa, para desenmarañar los misterios de aquellos versos de las Escrituras del islám que anunciaban el advenimiento de una nueva Manifestación. Era bien consciente de los peligros y riesgos que llenaban su camino; comprendió plenamente la aplastante responsabilidad de su tarea. En su alma ardía la convicción de que ninguna reforma en la Fe del islám, por muy drástica que fuera, podía lograr la regeneración de este pueblo perverso. Él sabía, y estaba destinado por la Voluntad de Dios a demostrar, que nada menos que una Revelación nueva e independiente, como lo atestiguaban y anunciaban las Sagradas Escrituras del islám, podían hacer revivir la fortuna y restablecer la pureza de esa decadente Fe[4].

Desprovisto completamente de posesiones terrenales y desprendido de todo salvo Dios, él, a comienzos del siglo trece de la Hégira, a los cuarenta años de edad, se levantó con el objeto de dedicar los días restantes de su vida a la tarea con la que se sentía impulsado a cargar. Primero se trasladó a Najaf y Karbilá[5], donde en pocos años se familiarizó con los predominantes pensamientos y criterios corrientes entre los sabios del islám. Allí llegó a ser reconocido como

uno de los expositores autorizados de las Escrituras Sagradas islámicas, fue declarado mujtahid y pronto logró un ascendiente sobre el resto de sus colegas que visitaban o bien residían en esas ciudades sagradas. Llegaron a considerarle como un iniciado en los misterios de la Revelación Divina y capacitado para desenmarañar las declaraciones abstrusas de Muhammad y de los Imámes de la Fe. A medida que aumentaba su influencia y se ampliaba la esfera de su autoridad, se encontró asediado por todos lados por un número siempre creciente de devotos investigadores quienes pedían que se les ilustrara sobre las intrincaciones de la Fe, las cuales explicaba con habilidad y en forma completa. Gracias a sus conocimientos y valentía infundió terror en los corazones de los súfís y neo-platónicos y otras escuelas de meditación similares[6] quienes envidiaban su sabiduría y temían su implacabilidad. De este modo adquirió mayor prestigio a los ojos de aquellos sabios teólogos que consideraban a estas sectas como diseminadoras de doctrinas oscuras y heréticas. Sin embargo, a pesar de su gran fama y de la estimación universal en que se le tenía, despreció todos los honores que sus admiradores colmaban sobre él. Se maravilló de su servil devoción a la dignidad y el rango y resueltamente rehusó identificarse con los objetos y deseos que perseguían.

Habiendo conseguido su propósito en esas ciudades, e inhalando las fragancias que soplaban sobre él desde Persia, sintió en su corazón un incontrolable anhelo de apresurarse hacia ese país. Sin embargo, ocultó a sus amigos el verdadero motivo que le impulsaba a dirigir sus pasos hacia esa tierra. Por la ruta del Golfo Pérsico, se apresuró hacia la tierra del deseo de su corazón, aparentemente con el propósito de visitar el sepulcro del Imám Ridá en Mashhad.[7] Estaba lleno de ansia por aliviar su alma y buscó con entusiasmo a aquellos a quienes podía comunicar el secreto que hasta el momento no había revelado a nadie. Al llegar a Shíráz, la ciudad que guardaba en su seno el Tesoro oculto de Dios y desde la cual la voz del Heraldo de una nueva Manifestación estaba destinada a ser proclamada, se dirigió al Masjid-i-Jum‘ih, una mezquita cuyo estilo y forma tenían una sorprendente semejanza con el sagrado santuario de la Meca. Muchas veces, mientras contemplaba ese edificio observó: "En verdad, esta casa de Dios presagia signos tales que sólo los que están dotados de entendimiento pueden percibir. Me parece que quién la concibió y construyó estaba inspirado por Dios"[8]. ¡Cuán a menudo y cuán apasionadamente ensalzó esa ciudad! Tales eran las alabanzas con las que la colmaba que sus oyentes, que estaban muy familiarizados únicamente con la mediocridad del edificio, se quedaban asombrados ante el tono de su lenguaje. "No os maravilléis", dijo a los que estaban sorprendidos, "porque muy pronto el secreto de mis palabras os será

revelado. Entre vosotros habrá algunos que vivirán para contemplar la gloria de un Día que los profetas del antaño han anhelado atestiguar". Tan grande era su autoridad a los ojos de los ‘ulamás que le conocieron y conversaron con él, que se confesaron incapaces de comprender el significado de sus misteriosas alusiones y atribuyeron su fracaso a su propia falta de capacidad de comprensión.

Después de haber sembrado las semillas de conocimiento Divino en los corazones de aquellos a quienes encontró receptivos a su llamado, Shaykh Ahmad partió para Yazd, donde permaneció algún tiempo, ocupado continuamente en la diseminación de las verdades que se sentía impulsado a revelar. La mayoría de sus libros y epístolas fueron escritos en esa ciudad[9]. Tal fue la fama que alcanzó[10] que el gobernante de Persia, Fath-‘Alí Sháh, fue impelido a dirigirle un mensaje[11] escrito desde Tihrán, pidiéndole que explicara ciertas cuestiones específicas relacionadas con las enseñanzas abstrusas de la Fe musulmana, cuyo significado los principales ‘ulamás de su reino habían sido incapaces de revelar. A este mensaje contestó de buena gana en forma de una epístola a la que dio el nombre de "Risáliy-i-Sultániyyih." El Sháh se sintió tan complacido con el buen tono y contenido de esa epístola, que inmediatamente le envió un segundo mensaje, esta vez invitándole a visitar su corte. En contestación a este segundo mensaje imperial escribió lo siguiente: "Como era mi intención desde mi partida de Najaf y Karbilá visitar y rendir homenaje ante el santuario del Imám Ridá en Mashhad, me aventuro a abrigar la esperanza de que vuestra Majestad Imperial me permitirá misericordiosamente cumplir el voto que he hecho. Más tarde, si Dios quiere, es mi esperanza y propósito valerme del honor que vuestra Majestad Imperial se ha dignado conferirme".

Entre aquellos que, en la ciudad de Yazd, fueron despertados por el mensaje de aquel portador de la luz de Dios, estaba Hájí ‘Abdu'l-Vahháb, un hombre de gran piedad, honrado y temeroso de Dios. Él visitó a Shaykh Ahmad cada día en compañía de un tal Mullá ‘Abdu'l-Kháliq-i-Yazdí, quien era famoso por su autoridad y sabiduría. Sin embargo, en ciertas ocasiones, con el fin de hablar confidencialmente con ‘Abdu'l-Vahháb, Shaykh Ahmad, para la gran sorpresa del sabio ‘Abdu'l-Kháliq, le pedía que se retirara de su presencia y le dejara sólo con su discípulo elegido y predilecto. Esta marcada preferencia hacia un hombre tan modesto e iletrado como ‘Abdu'l-Vahháb era causa de gran sorpresa para su compañero, quien sólo era muy consciente de su propia superioridad y talento. Más tarde, sin embargo, cuando Shaykh Ahmad había partido de Yazd, ‘Abdu'l-Vahháb se retiró de la sociedad de los hombres y llegó a ser considerado como un súfí. Sin embargo fue denunciado por los dirigentes ortodoxos de esa comunidad, tales como el Ni‘matu'lláhí y el Dhahabí, como intruso y fue sospechado del

deseo de usurparles su liderazgo. ‘Abdu'l-Vahháb, para quien la doctrina súfí no tenía ningún especial atractivo, despreció sus falsas imputaciones y rehuyó su sociedad. No se asoció con nadie excepto Hájí Hasan-i-Náyiní, a quién había elegido como su amigo íntimo y a quién confió el secreto que le había sido confiado por su maestro. Cuando falleció ‘Abdu'l-Vahháb, este amigo, siguiendo su ejemplo, continuó para proseguir el camino que él le había indicado batir y anunció a toda alma receptiva la buena nueva de la Revelación de Dios que rápidamente se acercaba.

Mírzá Mahmúd-i-Qamsarí, con quien me encontré en Káshán y que en aquel tiempo era un anciano de más de noventa años de edad, y era muy querido y respetado por todos los que le conocían, me relató la siguiente historia: "Recuerdo cuando en mi juventud, en la época en que vivía en Káshán, oí de cierto hombre en Náyin quien se había levantado para anunciar la noticia de una nueva Revelación y bajo cuyo hechizo caían cuantos le escuchaban ya fueran sabios, funcionarios del gobierno o los más ignorantes de entre el pueblo. Su influencia era tal que aquellos que trataban con él renunciaban al mundo y despreciaban sus riquezas. Teniendo curiosidad por descubrir la verdad, me trasladé, insospechado por mis amigos, a Náyin donde pude comprobar las afirmaciones que se hacían sobre él. Su radiante rostro era la evidencia de la luz que había sido encendida en su alma. Un día, después que había ofrecido su oración matinal, le oí decir palabras como estas: "Dentro de poco, la tierra será convertida en un paraíso. Dentro de poco Persia se transformará en el santuario alrededor del cual circularán los pueblos del mundo". Una mañana, al amanecer, le encontré postrado, con su frente tocando el suelo, repitiendo, absorto en su devoción, las palabras "Alláh-u-Akbar"[12.] Con gran sorpresa mía, se volvió hacia mí y dijo: "Aquello que te he estado anunciando, ahora se ha revelado. En este mismo instante la luz del Prometido ha aparecido y está derramando su luz sobre el mundo. ¡Oh Mahmúd!, en verdad digo, tú vivirás para contemplar ese Día de días". Las palabras que me ese hombre santo me dirigió, continuaron resonando en mis oídos hasta el día en que, en el año sesenta, tuve el privilegio de oír el Llamado proveniente de Shíráz. Desafortunadamente, a causa de mis achaques, me fue imposible apresurarme hacia esa ciudad. Más tarde, cuando el Báb, el Heraldo de la nueva Revelación llegó a Káshán y durante tres noches vivió como huésped en la casa de Hájí Mírzá Jání, no supe de Su visita y por eso no tuve el honor de llegar a Su presencia. Algún tiempo después, al conversar con los seguidores de la Fe, se me informó que la fecha del nacimiento del Báb caía en el primer día del mes de Muharram del año 1235 D.H.[13]. Me di cuenta de que el día al que se había referido Hájí Hasan-i-Náyiní no correspondía con esta fecha y

que, de hecho, había una diferencia de dos años entre ellas. Este pensamiento me dejó muy perplejo. Sin embargo, mucho tiempo después, conocí a un tal Hájí Mírzá Kamálu'd-Dín-i-Naráqí, quien me anunció la Revelación de Bahá'u'lláh en Baghdád y compartió conmigo algunos versos del ‘Qasídiy-i-Varqá'íyyih así como ciertos pasajes de las ***Palabras Ocultas*** del persa y del árabe. Al oírle recitar aquellas palabras sagradas, me sentí conmovido hasta lo más hondo de mi alma. Recuerdo aún vívidamente las siguientes palabras: ***"¡Oh Hijo del Ser! Tu corazón es Mi morada, santifícalo para Mi descenso. Tu espíritu es Mi lugar de revelación, purifícalo para Mi manifestación", "¡Oh Hijo de la Tierra! Si Me deseas, no busques a nadie más que a Mí; y si quieres contemplar Mi Belleza, cierra tus ojos al mundo y a todo lo que hay en él; pues, Mi voluntad y la voluntad de otro que no sea Yo, al igual que el fuego y el agua, no pueden morar juntos en un mismo corazón"***. Le pregunté la fecha del nacimiento de Bahá'u'lláh. "Al alba del segundo día del mes de Muharram del año 1233 D.H.[14]", me respondió. Inmediatamente recordé las palabras de Hájí Hasan y el día en que fueron pronunciadas. Instintivamente caí postrado sobre la tierra y exclamé: "¡Glorificado eres Tú, oh mi Dios, por haberme permitido alcanzar este Día prometido. Si ahora fuera llamado a Ti, moriría contento y seguro!". Ese mismo año, el año 1274 D.H.[15] ese ser venerable y radiante entregó su espíritu a Dios.

Este relato que oí de labios del mismo Mírzá Mahmúd-i-Qamsarí y que aún se puede oír contar a la gente es, sin duda, una prueba convincente de la perspicacia del difunto Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í y es testimonio elocuente de la influencia que ejercía sobre sus discípulos principales. Eventualmente se cumplió la promesa que él les hizo y el misterio con que encendió sus almas se reveló en toda su gloria.

Durante los días en que Shaykh Ahmad se preparaba para partir de Yazd, Siyyid Kázim-i-Rashtí[16], aquella otra luminaria de guía Divina, partió de su provincia natal de Gílán con el propósito de visitar a Shaykh Ahmad antes que éste emprendiera su peregrinaje a Khurásán.

Durante su primera entrevista con él, Shaykh Ahmad dijo las siguientes palabras: "¡Te doy la bienvenida, oh mi amigo! ¡Cuánto tiempo y cuán ansiosamente te he esperado para que me libraras de la arrogancia de esta gente perversa! Me siento oprimido por la desvergüenza de sus acciones y la depravación de su carácter. 'En verdad, propusimos a los cielos, a la tierra y a las montañas que recibieran el fideicomiso de Dios, pero rehusaron la carga y temieron recibirlo. El hombre se comprometió a llevarlo; y él, en verdad, ha mostrado ser injusto, ignorante'".

Este Siyyid Kázim, desde su niñez, ya había mostrado señales de extraordinario poder intelectual y percepción espiritual. Era único entre los de su propio rango y edad. A los once años, había memorizado todo el Corán. A los catorce, había aprendido de memoria un vasto número de oraciones y tradiciones reconocidas de Muhammad. A los dieciocho, había compuesto un comentario sobre un verso del Corán llamado Áyatu'l-Kursí, que provocó el asombro y la admiración de los hombres más eruditos de su época. Su piedad, la dulzura de su carácter y su humildad eran tales que todos los que le conocían, ya fueran jóvenes o viejos, se sentían profundamente impresionados.

En el año 1231 D.H.[17], cuando tenía sólo veintidós años, abandonando su hogar, familiares y amigos, partió de Gílán, resuelto a alcanzar la presencia de aquél quien se había levantado con tanta nobleza, para anunciar el próximo amanecer de una Revelación Divina. Había estado en compañía de Shaykh Ahmad sólo unas pocas semanas, cuando éste, volviéndose hacia él un día, le dijo: "Quédate en tu casa y deja de venir a mis clases. Aquellos de entre mis discípulos que se sientan perplejos, de ahora en adelante se volverán hacia ti y buscarán obtener directamente de ti cualquier ayuda que pudieran necesitar. Mediante los conocimientos que el Señor tu Dios te ha conferido, resolverás sus problemas y tranquilizarás sus corazones. Por el poder de tu expresión ayudarás a revivir la Fe de Muhammad, tu ilustre antepasado, lamentablemente abandonada". Estas palabras dirigidas a Siyyid Kázim provocó el resentimiento y la envidia de los prominentes discípulos de Shaykh Ahmad entre los cuales figuraban Mullá Muhammad-i-Mámáqání y Mullá ‘Abdu’l-Kháliq-i-Yazdí. Sin embargo, era tan imponente la dignidad de Siyyid Kázim y tan notables las muestras de sus conocimientos y sabiduría, que estos discípulos se atemorizaron y se sintieron obligados a someterse.

Shaykh Ahmad, habiendo entregado así sus discípulos al cuidado de Siyyid Kázim, partió a Khurásán. Allí se quedó algún tiempo en las proximidades del sagrado santuario del Imám Ridá en Mashhad. En sus vecindades continuó sus tareas con incesante entusiasmo. Al resolver las intrincaciones que perturbaban las mentes de los buscadores, continuó preparando el sendero para el advenimiento de la Manifestación que estaba por llegar. En esa ciudad se sintió cada vez más consciente de que el Día que debía atestiguar el nacimiento del Prometido no podía estar muy lejos. Sintió que la hora prometida se aproximaba rápidamente. Desde la dirección de Núr, en la provincia de Mázindarán, podía percibir los primeros destellos que anunciaban el amanecer de la Dispensación prometida. Para él la Revelación anunciaba que estaba próxima, en las siguientes palabras tradicionales: "Dentro de poco contemplaréis el rostro de vuestro Señor,

resplandeciente como la luna en toda su gloria. Y sin embargo, fracasaréis en uniros en reconocimiento de Su verdad y adhesión a Su Fe". Y "Uno de los signos más poderosos que señalarán el advenimiento de la Hora prometida es éste: ‘una mujer dará a luz a Uno que será su Señor.’"

Por tanto Shaykh Ahmad partió rumbo a Núr y, acompañado por Siyyid Kázim y varios de sus discípulos distinguidos, se dirigió a Tihrán. El Sháh de Persia, al ser informado de la aproximación de Shaykh Ahmad a su capital, ordenó a los dignatarios y oficiales de Tihrán que salieran a su encuentro. Les dio instrucciones de que le presentaran una cordial expresión de bienvenida en su nombre. El distinguido visitante y sus compañeros fueron espléndidamente agasajados por el Sháh, quien lo visitó en persona y declaró que era "la gloria de su país y un ornamento para su pueblo [18]." En esos días, nació un Niño en una antigua y noble familia de Núr[19], cuyo padre era Mírzá ‘Abbás, más conocido como Mírzá Buzurg, un ministro favorecido de la Corona. Aquél Niño era Bahá'u'lláh[20]. Al alba, del segundo día de Muharram del año 1233 D.H.[21], el mundo, inconsciente de su significado, atestiguó el nacimiento de Aquél que estaba destinado a conferirle tan incalculables bendiciones. Shaykh Ahmad, quien reconoció plenamente el significado de este auspicioso acontecimiento, anhelaba pasar los restantes días de su vida en las proximidades de la corte de este Divino, este recién nacido Rey. Pero esto no debía ser. Sin haber apagado la sed y sin haber satisfecho su anhelo, se sintió compelido a someterse al decreto irrevocable de Dios y, apartando su camino de la ciudad de su Bienamado, emprendió rumbo a Kirmánsháh.

El gobernador de Kirmánsháh, el Príncipe Muhammad-‘Alí Mírzá, hijo mayor del Sháh, y el miembro más capaz de su casa, ya había solicitado el permiso de su Majestad Imperial para agasajar y servir en persona a Shaykh Ahmad[22]. Tan favorecido era el Príncipe a los ojos del Sháh que su petición fue concedida inmediatamente. Resignado totalmente a su destino, Shaykh Ahmad se despidió de Tihrán. Antes de su partida de esa ciudad susurró una oración que este Tesoro oculto de Dios, nacido ya entre sus compatriotas pudiera ser preservado y estimado por ellos, que pudieran reconocer plenamente el grado de Su bienaventuranza y gloria, y que le fuera permitido proclamar Su excelencia a todas las naciones y pueblos.

A su llegada a Kirmánsháh, Shaykh Ahmad decidió seleccionar a algunos de los más receptivos de entre sus discípulos shí‘ah y, dedicando atención especial a su ilustración, prepararlos para que llegaran a ser activos defensores de la Causa de la prometida Revelación. En la serie de libros y epístolas que él emprendió

para escribir, entre los que figura su bien conocida obra Sharhu'z-Zíyárih, ensalzó en lenguaje claro y vívido las virtudes de los Imámes de la Fe y puso especial énfasis sobre las alusiones que ellos habían hecho al advenimiento del Prometido. Sin embargo, con sus repetidas referencias a Husayn no se refería a otro sino el Husayn que aún debía ser relevado y por sus alusiones al siempre recurrente nombre de ‘Alí, no se refería al ‘Alí que había sido asesinado, sino el ‘Alí que había nacido recientemente. A aquellos que le interrogaban sobre los signos que debían anunciar el advenimiento del Qá'im, les afirmaba enfáticamente la inevitabilidad la Dispensación prometida. El mismo año del nacimiento del Báb, Shaykh Ahmad sufrió la pérdida de su hijo, cuyo nombre era Shaykh ‘Alí. A sus discípulos, que lloraban su pérdida, dijo estas palabras de consuelo: "No os aflijáis, oh mis amigos, pues he ofrecido mi hijo, mi propio ‘Alí, como sacrificio por el ‘Alí cuyo advenimiento todos esperamos. Para este fin lo he criado y preparado".

El Báb, cuyo nombre era ‘Alí-Muhammad, nació en Shíráz, el primer día de Muharram en el año 1235 D.H. Era descendiente de una familia renombrada por su nobleza, que trazaba su origen hasta Muhammad mismo. Su padre Siyyid Muhammad-Ridá, así como también Su madre, eran descendientes del Profeta, y pertenecían a familias de reconocida reputación. La fecha de Su nacimiento confirmó la verdad del dicho atribuido al Imám ‘Alí, el Comandante de los Fieles: ***"Soy dos años menor que mi Señor".*** El misterio de este dicho permaneció, sin embargo, sin revelar, excepto para aquellos que buscaron y reconocieron la verdad de la nueva Revelación. Fue Él, el Báb, quién, en Su primer Libro, el más importante y exaltado, reveló este pasaje sobre Bahá'u'lláh***: "¡Oh Tú Remanente de Dios! Me he sacrificado enteramente por Ti; he consentido que se me maldiga por Ti; y no he anhelado sino el martirio en el sendero de Tu amor. ¡Me basta Dios como testigo, el Exaltado, el Protector, el Antiguo de los Días!"***

Mientras Shaykh Ahmad estaba residiendo en Kirmánsháh, recibió tantas evidencias de ardiente devoción del Príncipe Muhammad-‘Alí Mírzá que, en cierta ocasión, se sintió impulsado a referirse al Príncipe en tales términos: "Considero a Muhammad-‘Alí como mi propio hijo, aunque sea descendiente de Fath-‘Alí". Un número considerable de buscadores y discípulos atestaban su casa y atendían ansiosos a sus lecciones. Sin embargo, no se sintió inclinado a manifestar hacia ninguno de ellos la afectuosa consideración y aprecio que caracterizaban su actitud hacia Siyyid Kázim. Parecía haberle seleccionado de entre la multitud que se agolpaba para verle, y estar preparándole para continuar su trabajo con incesante vigor después de su muerte. Uno de sus discípulos

preguntó cierto día a Shaykh Ahmad sobre la Palabra que se espera que el Prometido pronuncie en la plenitud del tiempo, una Palabra tan espantosamente tremenda que los trescientos trece jefes y nobles de la tierra, todos sin excepción, huirían consternados como si fueran arrollados por su asombroso peso. Shaykh Ahmad le respondió: "¿Cómo puedes presumir soportar el peso de la Palabra que los dirigentes de la tierra son incapaces de sobrellevar? No pretendas satisfacer un deseo imposible. Deja de hacerme esta pregunta y suplica el perdón de Dios". Ese presuntuoso interrogador insistió una vez más en que revelara la naturaleza de dicha Palabra. Finalmente Shaykh Ahmad replicó: "Si alcanzaras ese Día, si se te dijera que repudiaras la guardianía de ‘Alí y denunciaras su validez ¿qué dirías?" "¡Dios lo prohíba!" exclamó. "Semejantes cosas no pueden suceder nunca. Que tales palabras puedan proceder de los labios del Prometido me es inconcebible". ¡Cuán grave fue su error y cuán lamentable su condición! Su fe fue pesada en la balanza, y hallada deficiente puesto que no pudo reconocer que Aquél que debe ser manifiesto está dotado de ese soberano poder que ningún hombre se atreve a poner en duda. Suyo es el derecho de "mandar lo que sea Su voluntad, y decretar lo que Le plazca". Quienquiera vacile, quienquiera cuestione Su autoridad, aunque sea por un abrir y cerrar de ojos o menos, es privado de Su gracia y es contado entre los caídos. Y todavía pocos, si algunos, de entre aquellos que escucharon a Shaykh Ahmad en esa ciudad y le oyeron revelar los misterios de las alusiones en las Sagradas Escrituras, pudieron apreciar el significado de sus palabras o comprender su propósito. Siyyid Kázim, su distinguido y hábil lugarteniente, era el único que podía afirmar que había comprendido su intención. Después de la muerte del Príncipe Muhammad-‘Alí Mírzá[23], Shaykh Ahmad, libre de las apremiantes peticiones del Príncipe para que prolongara su estancia en Kirmánsháh, trasladó su residencia a Karbilá. Aún cuando por las apariencias externas él estaba dando vueltas alrededor del Santuario del Siyyidu'sh-Shuhadá’[24], el Imám Husayn, su corazón, mientras realizaba aquellos ritos, estaba puesto sobre aquél verdadero Husayn, el único objeto de su devoción. Una hueste de los más distinguidos ‘ulamás y mujtahids vinieron en tropel para verle. Muchos empezaron a envidiar su reputación y algunos buscaron minar su autoridad. Por mucho que se esforzaron, fracasaron en hacer tambalear su posición de indudable preeminencia entre los hombres sabios de aquella ciudad. Finalmente aquella brillante luminaria fue llamada a derramar su esplendor sobre las ciudades santas de La Meca y Medina. Allá viajó, allí continuó su trabajo con incansable devoción y allí se depositaron sus restos para que reposaran bajo la sombra del sepulcro del Profeta, para la comprensión de cuya Causa había trabajado tan fielmente.

Antes de partir de Karbilá, confió a Siyyid Kázim, su sucesor predilecto, el secreto de su misión[25] y le mandó que se esforzara por encender en cada corazón receptivo el fuego que había ardido tan brillantemente en él. Por más que Siyyid Kázim insistió en acompañarle hasta Najaf, Shaykh Ahmad rehusó acceder a su petición. "No tienes tiempo que perder", fueron las últimas palabras que le dijo. "Cada hora que pasa debe ser completa y sabiamente aprovechada. Debes aprestarte a luchar y tratar, día y noche, de rasgar, con la gracia de Dios y mediante la mano de la sabiduría y amorosa bondad, aquellos velos de negligencia que han cegado los ojos de los hombres. Pues en verdad digo, la Hora se acerca, Hora que he suplicado a Dios me libre de presenciar, pues el terremoto de la Última Hora será tremendo. Debes orar a Dios que te libre de las abrumadoras pruebas de ese Día. Pues, ninguno de nosotros es capaz de resistir su majestuosa fuerza. Otros, de mayor resistencia y fuerza, han sido destinados para sobrellevar este asombroso peso; hombres cuyos corazones están santificados de todas las cosas mundanas y cuya fuerza es reforzada por la potencia de Su poder".

Una vez que hubo dicho estas palabras, Shaykh Ahmad se despidió de él, le urgió que afrontara con valentía las pruebas que necesariamente le acaecerían y le encomendó al cuidado de Dios. En Karbilá, Siyyid Kázim se dedicó a la tarea iniciada por su maestro, expuso sus enseñanzas, defendió su Causa y contestó todas las preguntas que desconcertaban las mentes de sus discípulos. El vigor con que prosiguió su tarea inflamó la animosidad de los ignorantes y envidiosos. "Durante cuarenta años", clamoreaban, "hemos permitido que las presuntuosas enseñanzas de Shaykh Ahmad sean difundidas sin oposición alguna de nuestra parte. Ya no podemos tolerar pretensiones similares por parte de su sucesor, quien rechaza la creencia en la resurrección del cuerpo, que repudia la interpretación literal del ‘Mi‘ráj’[26], que considera los signos del Día que ha de venir como alegóricas y que predica una doctrina de carácter herética y subversiva de los mejores dogmas del islám ortodoxo". Cuanto mayor era su clamor y sus protestas, más firme se hacía la determinación de Siyyid Kázim de proseguir su misión y cumplir su fideicomiso. Envió una epístola a Shaykh Ahmad en la que expuso extensamente las calumnias que habían sido proferidas en su contra y le informó sobre la naturaleza y el grado de la oposición. En ella se aventuró a preguntar cuánto tiempo estaba destinado a someterse al fanatismo implacable de un pueblo testarudo e ignorante y rogó que se le ilustrara sobre el momento en que debía ser manifiesto el Prometido. A esto Shaykh Ahmad respondió: "Puedes estar seguro de la gracia de tu Dios. No te aflijas por sus acciones. El misterio de esta Causa debe, necesariamente, manifestarse y el

secreto de este Mensaje debe, necesariamente, ser divulgado[27]. No puedo decir más, no puedo fijar una hora. Su Causa será dada a conocer después de Hín[28]. ‘No me pidas cosas que, si te fueran reveladas, sólo te causarían dolor’".

¡Cuán grande, cuán inmensa, es Su Causa que incluso a un personaje tan exaltado como Siyyid Kázim palabras como éstas han tenido que ser dichas! Esta respuesta de Shaykh Ahmad impartió solaz y fuerza al corazón de Siyyid Kázim quien, con redoblada determinación, continuó resistiendo el ataque violento de un enemigo envidioso e insidioso.

Shaykh Ahmad[29] falleció poco después, en el año 1242 D.H. a la edad de ochenta y un años, y sus restos fueron sepultados en el cementerio de Baqí‘[30] en la cercana vecindad del lugar de descanso de Muhammad, en la ciudad santa de Medina.

Notas

1.- Su genealogía, de acuerdo con su hijo Shaykh ‘Abdu'lláh, es la siguiente: "Shaykh Ahmad-ibn-i-Zaynu'd-Dín-ibn-i-Ibráhím-ibn-i-Sakhr-i-ibn-i-Ibráhím-ibn-i-Sáhir-ibn-i-Ramadán-ibn-i-Rashíd-ibn-i-Dahím-ibn-i-Shimrúkh-ibn-i-Súlih". (A. L. M. Nicolas' “Essai sur le Shaykhisme,” I, pág. 1.)

2.- Nacido en el mes de Rajab, 1166 D.H., 24 de Abril al 24 de Mayo de 1753, en el pueblo de Ahsá, en el comarca de Ahsá, en el noroeste de la península de Arabia. (A. L. M. Nicolas' “Essai sur le Shaykhisme,” I, pág. 1). Nació shí‘ah, aunque sus antepasados eran sunnís (Ibíd., pág. 2). De acuerdo con E. G. Browne (“A Traveller's Narrative,” Nota E, pág. 235), Shaykh Ahmad nació en el año 1157 D.H. y falleció en 1242.

3.- Siyyid Kázim, en su libro titulado “Dalílu'l-Mutahayyirín,” escribe lo siguiente: "Nuestro maestro vio cierta noche al Imám Hasan ¡La salvación sea con él! Esta Alteza le puso en su boca su bendita lengua. De la adorable saliva de esta Alteza obtuvo ciencias y la ayuda de Dios. Al gusto era azucarada, más dulce que la miel, más perfumada que el almizcle; además, estaba tibia. Cuando volvió en sí y despertó de su sueño comenzó a resplandecer interiormente con las luces de la contemplación de Dios, se desbordó a causa de la inundación de sus bondades y se separó totalmente de todo lo que no fuera Dios. Su creencia y su fe en Dios aumentaron al mismo tiempo que su resignación a la Voluntad del Altísimo. A causa de un amor excesivo, de un deseo impetuoso que nacía de su corazón, se olvidaba de comer, y de vestirse excepto lo indispensable para no morir". (A. L. M. Nicolas' “Essai sur le Shaykhisme” I, pág. 6).

4.- “Él (Shaykh Ahmad) sabía muy bien que había sido elegido por Dios para preparar los corazones de los hombres para recibir la verdad más completa que pronto se revelaría, y que a través de él, el sendero de acceso al oculto decimosegundo Imám Mihdí se había abierto nuevamente. Pero no expuso esto en términos claros e inequívocos, para que los "empedernidos" no volvieran de nuevo y le desgarraran". (Dr. T. K. Cheyne's, The Reconciliation of Races and Religions,” pág. 15).

5.- “Karbilá se encuentra aproximadamente a unas 55 millas al suroeste de Baghdád en las riberas de Eufrates... La tumba de Husayn en el centro de la ciudad y la de su hermano ‘Abbás en el sector sureste, son los edificios principales.” (C. R. Markham's, “A General Sketch of the History of Persia,” pág. 486). Najaf es venerada por los shí‘ahs, ya que engloba la tumba del Imám ‘Alí.

6.- “Las principales peculiaridades del punto de vista de Shaykh Ahmad parecen haber sido las siguientes. Él declaró que todo conocimiento y toda ciencia estaban contenidos en el Corán y que, por tanto, para comprender los significados intrínsecos de este último en su totalidad, debía adquirirse conocimientos de los primeros. Para desarrollar esta doctrina, solía aplicar métodos cabalísticos de interpretación al texto sagrado y se esforzaba por familiarizarse con las diversas ciencias conocidas para el mundo musulmán. Abrigaba la más exagerada veneración por los Imámes, especialmente por el Imám Ja‘far-i-Sádiq, el sexto en la sucesión, cuyas palabras citaba a menudo... Sobre la vida futura y también la resurrección del cuerpo, tenía opiniones que generalmente eran consideradas heterodoxas, como ya se mencionó previamente. Declaró que el cuerpo del hombre estaba compuesto de diferentes porciones derivadas de cada uno de los cuatro elementos y de los nueve cielos y que el cuerpo con el que iba a ser levantado en la resurrección contenía solamente estos últimos componentes, mientras que los primeros regresarían a sus fuentes originales en el momento de la muerte. A este cuerpo sutil, que era el único que se libraba de la destrucción, lo llamó Jism-i-Húriqlíyá, la última de las cuales se supone es una palabra Griega. Afirmó que existía en potencia en nuestros cuerpos actuales "como el vidrio en una piedra". En forma similar afirmó que, en el caso del Ascenso Nocturno del Profeta al Cielo, fue éste y no su cuerpo material el que hizo el viaje. A causa de estas opiniones, era considerado heterodoxo por la mayoría de los ‘ulamás y acusado de compartir las doctrinas de Mullá Sadrá, el más grande filósofo Persa de los tiempos modernos". ("Journal of the Royal Asiatic Society", 1889, art. 12 págs. 890-91.)

7.- En el siglo noveno los restos del Imám Ridá, hijo del Imám Músá y octavo de los doce Imámes, fueron sepultados en Mashhad.

8.- En la Tierra de Fá (Fars) hay una mezquita, en medio de la cual hay una construcción parecida a la Ka‘bih (Masjid-i-Jum‘ih). Ésta no ha sido edificada para otro fin que no sea el de ser un signo para esta tierra antes de la manifestación del orden de Dios en el levantamiento de la casa en esta tierra. (Alusión a la nueva Meca, i.e. la casa del Báb en Shíráz). Feliz aquél que adore a Dios en aquella tierra: en verdad, nosotros también hemos adorado a Dios allí y allí hemos orado para aquél que ha levantado esta construcción". ("Le Bayán Persan," vol.2, pág. 151).

9.- A. L. M. Nicolás, en el capítulo 5 de su libro “Essai sur le Shaykhisme**”** da una lista de no menos de noventa y seis volúmenes que representan la totalidad de la producción literaria de este prolífico escritor. Los más importantes de entre ellos son los siguientes:

a) Comentario sobre el Zíyáratu'l Jámi‘atu'l-Kabírih de Shaykh Hádí.

b) Comentario sobre el versículo "Qu'l Huválláh-u-Ahad.

c) Risáliy-i-Kháqáníyyih, en contestación a la pregunta de Fath-‘Alí Sháh sobre la superioridad de del Qá'im sobre Sus antepasados.

d) Los Sueños.

e) Contestación a Shaykh Músáy-i-Bahrayní sobre la posición y pretensiones del Sáhibu'z-Zamán.

f) Contestación a los súfís.

g) Contestación a Mullá Mihdíy-i-Astirábádí sobre el conocimiento del alma.

h) Sobre los gozos y penas de la vida futura.

i) Contestación a Mullá ‘Alí-Akbar sobre el mejor camino para alcanzar a Dios.

j) Sobre la Resurrección.

10.- "La noticia de su llegada causó gran revuelo y algunos ‘Ulamás, de entre los más célebres, le recibieron con distinciones, le colmaron de atenciones y los habitantes del pueblo les imitaron. Todos los ‘Ulamás vinieron a verle. Todos reconocían que era el más sabio de entre los sabios" (A. L. M. Nicolás' "Essai sur le Shaykhisme," pág. 18.)

11.- A. L. M. Nicolás en su libro "Essai sur le Shaykhisme" (págs. 19-20) hace referencia a una segunda carta dirigida por el Sháh a Shaykh Ahmad: "El Sháh, precavido, le escribió nuevamente diciéndole que era evidente deber suyo, del Rey, dejar a un lado sus preocupaciones e ir a Yazd para visitar el ilustre y santo personaje cuyos pies eran una bendición para la provincia sobre la cual consentía ponerlos, pero que, por razones políticas de gran importancia no podía dejar la capital en ese momento. Por lo demás, en caso de moverse, está obligado a llevar consigo un destacamento de diez mil hombres. Como el pueblo de Yazd era muy pequeño, sus campos muy pobres para recibir tal exceso de población -la llegada de tropas tan numerosas provocaría sin duda una penuria- 'Usted no desearía semejante desgracia, estoy seguro y creo que, aún cuando soy muy poca cosa ante usted, usted consentirá, sin embargo, en venir a visitarme'".

12.- "Dios es el Más Grande".

13.- 20 de Octubre de 1819 D.C.

14.- 12 de Noviembre de 1817 D.C.

15.- 1857-58 D.C.

16.- "Su familia (de Siyyid Kázim) eran comerciantes de prestigio. Su padre se llamaba Áqá Siyyid Qásim. Cuando tenía doce años de edad, vivía en Ardibíl cerca de la tumba de Shaykh Safí'u'd-Dín Isháq, descendiente del séptimo Imám Músá Kázim y antepasado de los reyes safaví. Cierta noche, en un sueño, uno de los ilustres progenitores del santo sepultado le indicó que debía ponerse bajo la guía espiritual de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í, quien en aquel entonces residía en Yazd. En conformidad con esto se dirigió allí y se enroló entre los discípulos de Shaykh Ahmad, en cuya doctrina alcanzó tal eminencia que a la muerte del Shaykh fue reconocido por unanimidad como el jefe de la escuela Shaykhí". ("A Traveller's Narrative", Nota E, pág. 238).

17.- 1815-16 D.C.

18.- "El Sháh sentía aumentar día tras día su afecto y respeto por el Shaykh. Consideraba obligatorio el obedecerle y hubiera tomado como blasfemia el oponérsele. Por lo demás, en esa época se produjeron numerosos temblores de tierra en Rayy y muchas casas fueron destruidas. El Sháh tuvo un sueño en el que se dijo que si Shaykh Ahmad no hubiera estado allí, toda la ciudad habría sido destruida y todos los habitantes muertos. Se despertó aterrorizado y su fe en el Shaykh aumentó aún más". (A. L. M. Nicolas' "Essai sur le Shaykhisme", I, pág. 21.)

19.- Mírzá Abu'l-Fadl afirma en sus escritos que la genealogía de Bahá'u'lláh puede remontarse hasta los antiguos Profetas de Persia así como a sus reyes que gobernaron el país antes de la invasión de los Árabes.

20.- Su nombre era Mírzá Husayn-‘Alí.

21.- 12 de Noviembre de 1817 D.C.

22.-"Kirmánsháh le esperaba con mucha impaciencia. El Príncipe Gobernador Muhammad-‘Alí Mírzá había enviado a toda la aldea a su encuentro y se habían levantado tiendas para recibirle en Cháh-Qílán. El Príncipe vino a su encuentro hasta Táj-Ábád, que está a cuatro farsakhs de la ciudad". (A. L. M. Nicolas' "Essai sur le Shaykhisme", I, pág. 30.)

23.- 1237 D.H.

24.- El Príncipe de los Mártires.

25.- A. L. M. Nicolás en su prefacio a "Essai sur le Shaykhisme", I, cita las siguientes palabras como las que habían sido dichas por Shaykh Ahmad referente a Siyyid Kázim: "no hay otro que no sea Siyyid Kázim-i-Rashtí quien comprende el fin que persigo, y no hay nadie más que él que lo comprenda... Buscad la ciencia después de mí al lado de Siyyid Kázim-i-Rashtí, quien la ha obtenido directamente de mí, quien la obtuvo de los Imámes, quienes lo aprendieron del Profeta a quien Dios se la dio... ¡Él es el único que me comprende!".

26.- "La Ascensión" de Muhammad al Cielo.

27.- El Báb mismo hace referencia a este pasaje y lo confirma en el "Dalá'il-i-Sab‘ih": "Es una cosa conocida de las palabras de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í. Así hay en ellas indicaciones sin nombre al tema de la Manifestación. Por ejemplo, él ha escrito de su puño y letra a Siyyid Kázim-i-Rashtí: "Del mismo modo que para la edificación de una casa se necesita un terreno, así debe presentarse el momento para esta Manifestación. Pero ahora no se puede responder fijando el momento exacto. Pronto se la conocerá en forma inequívoca". ¿Aquello que has oído a menudo tú mismo de Siyyid Kázim, no es acaso una explicación? ¿No repetía él a cada instante: '¿No desean pues ustedes que yo me vaya y que Dios aparezca?'" ("Le livre des Sept Preuves", traducido por A. L. M. Nicolás, pág. 58). "Hay también la anécdota relativa a Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í en la ruta de la Meca. Se ha probado que esta anécdota es auténtica y desde entonces hay algo de cierto en ella. Discípulos del difunto relataron los propósitos que habían comprendido y entre ellos se encontraban personajes como Mullá ‘Abdu'l-Kháliq y Murtadá-Qulí. Mulla ‘Abdu'l-Kháliq relató que el Shaykh le dijo cierto día: 'Ora con el objeto de no estar en el comienzo de la Manifestación y del Retorno, porque habrán muchas guerras civiles'. Él agregó: 'Si alguno de ustedes vive todavía en este tiempo verá cosas extrañas entre los años 60 y 67. Y qué cosa más extraña que el Ser mismo de la Manifestación. Tu estarás allí y verás una cosa extraordinaria: es que Dios para hacer victoriosa esta Manifestación suscitará un Ser quien hablará de sí mismo, sin haber aprendido nada de los demás'". (Id. págs. 59-60).

28.- De acuerdo con la notación Abjad el valor numérico de la palabra "Hín" es 68. Fue en el año 1268 D.H. que Bahá'u'lláh, mientras se hallaba confinado en el Síyáh-Chál de Tihrán, recibió las primeras intimaciones de Su Misión Divina. Hizo alusiones a esto en las odas que Él reveló en ese año.

29.- Falleció en un lugar llamado Haddih, en las vecindades de Medina. (A. L. M. Nicolas' "Essai sur le Shaykhisme" I, pág. 60).

30.- Su cuerpo fue llevado a Medina donde fue sepultado en el cementerio Baqí‘ detrás del muro de la cúpula del Profeta, en el lado sur, debajo del alero de Mihráb. Se dice que allí está también la tumba de Fátimih frente al Baytu'l-Hasan" (A. L. M. Nicolás' "Essai sur le Shaykhisme", I, págs. 60-61). "La muerte de Shaykh Ahmad puso fin a la lucha durante algunos días y las pasiones parecían aquietarse. Por otra parte, fue en esa época que el islám recibió un golpe terrible y su poder fue roto. El Emperador de Rusia venció a las naciones

musulmanas y a la mayoría de las provincias habitadas por gentes de esa religión cayeron en manos del ejército moscovita". (A. L. M. Nicolas' "Essai sur le Shaykhisme", II, pág. 5). "Por otra parte se pensó que, muerto Shaykh Ahmad su doctrina desaparecería con él sin volver, y la paz duró por un período de casi dos años. Pero los musulmanes volvieron muy pronto a sus primeros sentimientos en cuanto vieron que la luz de la doctrina del difunto brillaba todavía sobre el mundo gracias a Siyyid Kázim-i-Rashtí, el mejor y más fiel alumno de Shaykh Ahmad y su sucesor". (Ibíd., págs. 5-6).

CAPÍTULO 2

LA MISIÓN DE SIYYID KÁZIM-I-RASHTÍ

La noticia del fallecimiento de su amado maestro causó indescriptible pena al corazón de Siyyid Kázim. Inspirado por el versículo del Corán: ***"De buena gana apagarían la Luz de Dios con sus bocas; pero Dios sólo desea perfeccionar Su Luz, aunque los infieles la aborrecen"***, se levantó con inquebrantable propósito para consumar la tarea que Shaykh Ahmad le había confiado. Después de la desaparición de un protector tan distinguido, se encontró víctima de la calumnia y la implacable enemistad de la gente que le rodeaba. Atacaron a su persona, despreciaron sus enseñanzas e injuriaron su nombre. Instigados por un poderoso y notorio dirigente shí'ah, Siyyid Ibráhím-i-Qazvíní, los enemigos de Siyyid Kázim se confabularon y decidieron destruirle. En vista de esto Siyyid Kázim concibió el plan de obtener el apoyo y buena voluntad de uno de los dignatarios eclesiásticos más formidables y destacados de Persia, el renombrado Hájí Siyyid Muhammad Báqir-i-Rashtí, quien vivía en Isfáhán y cuya autoridad se extendía mucho más allá de los confines de esa ciudad. Siyyid Kázim pensó que esta simpatía y amistad le permitirían seguir, sin ser molestado, el curso de sus actividades y que aumentaría considerablemente la influencia que ejercía sobre sus discípulos. "Ojalá uno de ustedes", se le oía decir con frecuencia a sus seguidores, "pudiera levantarse y, con completo desprendimiento, viajar a Isfáhán y entregar de mi parte este mensaje a aquél sabio Siyyid: ¿Cómo es que al principio usted mostró consideración y afecto tan especiales por el extinto Shaykh Ahmad y ahora, repentinamente, se ha apartado del grupo de sus discípulos elegidos? ¿Cómo es que nos ha abandonado a la merced de nuestros enemigos? Ojalá tal mensajero, poniendo toda su fe en Dios, se levantara a desenmarañar cualquier misterio que tuviera perpleja la mente de aquél sabio Siyyid y disipara las dudas que pueden haber enajenado su simpatía. Ojalá pudiera obtener de él una declaración solemne, atestiguando la autoridad

indiscutible de Shaykh Ahmad y la verdad y solidez de sus enseñanzas. Ojalá que también, después de haber obtenido tal testimonio, visitara Mashhad y allí obtuviera una declaración similar de Mírzá ‘Askarí, el principal dirigente religioso en esa sagrada ciudad y, habiendo completado su misión, volviera entonces triunfalmente a este lugar". Una y otra vez Siyyid Kázim tuvo oportunidad de reiterar este llamado. Sin embargo, nadie se aventuró a responder excepto un tal Mírzá Muhít-i-Kirmání, quien expresó su disposición para emprender esta misión. Siyyid Kázim le contestó: "Cuidado de no tocar la cola del león. No desestimes la delicadeza y dificultad de semejante misión". Entonces, volviéndose hacia su joven discípulo Mullá Husayn-i-Bushru'í, el Bábu'l-Báb[1], se dirigió a él diciendo: "Levántate y lleva a cabo esta misión, pues yo declaro que estás a la altura de esta tarea. El Todopoderoso, por Su gracia, te ayudará y coronará tus esfuerzos con el éxito".

Mullá Husayn, lleno de alegría, se levantó de un brinco, besó el borde del manto de su maestro, le juró lealtad y, sin más demoras, emprendió su viaje. Con absoluto desprendimiento y noble resolución, partió para conseguir su objetivo. Al llegar a Isfáhán buscó inmediatamente la presencia del Siyyid. Vestido con humilde ropaje y cubierto con el polvo del camino, apareció entre la vasta y ricamente ataviada compañía de los discípulos de ese distinguido dirigente, una figura insignificante y despreciable. Inadvertido e impávido, avanzó hasta ocupar un lugar frente al asiento de ese renombrado maestro. Llamando en su ayuda toda la valentía y confianza que le habían inspirado las instrucciones de Siyyid Kázim, se dirigió a Hájí Siyyid Muhammad-Báqir, diciendo: "Escucha, ¡oh Siyyid!, mis palabras, pues, una contestación a mi súplica garantizará la seguridad de la Fe del Profeta de Dios y rehusar considerar mi mensaje le causará gran daño". Estas palabras audaces y valientes, expresadas con tanta franqueza y fuerza, produjeron una impresión sorprendente en el Siyyid. Repentinamente interrumpió su discurso e ignorando su auditorio, escuchó con suma atención el mensaje que había traído este extraño visitante. Sus discípulos, atónitos antes esta extraordinaria conducta, reprendieron a ese súbito intruso y denunciaron sus presuntuosas pretensiones. Con extrema cortesía, en lenguaje firme y majestuoso, Mullá Husayn aludió a su descortesía y superficialidad y expresó sorpresa ante su arrogancia y vanagloria. El Siyyid se sintió profundamente complacido con el porte y argumento que el visitante expuso en forma tan sorprendente. Deploró y se excusó por la indecorosa conducta de sus propios discípulos. Para compensar la ingratitud de ellos mostró toda clase de consideración hacia ese joven, le aseguró que su apoyo y le rogó que entregara su mensaje. Entonces, Mullá Husayn le dio a conocer la naturaleza y el propósito de la misión que le había

sido confiado. A ello el sabio Siyyid respondió: "Como en un comienzo creímos que tanto Shaykh Ahmad como Siyyid Kázim no estaban motivados por otro deseo que el de adelantar la causa del conocimiento y salvaguardar los sagrados intereses de la Fe, nos encontramos en la necesidad de extenderles nuestro más sincero apoyo y ensalzar sus enseñanzas. Sin embargo, en años posteriores, hemos percibido tantas afirmaciones contradictorias y alusiones oscuras y misteriosas en sus escritos, que consideramos que era aconsejable guardar silencio por algún tiempo y evitar tanto la censura como el aplauso". A esto, Mullá Husayn contestó: "No puedo sino deplorar tal silencio de su parte, pues creo firmemente que implica la pérdida de una oportunidad espléndida para adelantar la causa de la Verdad. Usted debe exponer en forma específica aquellos pasajes en sus escritos que le parecen misteriosos o incongruentes con los precepto de la Fe y yo, con la ayuda de Dios, intentaré exponer su verdadero significado". La serenidad, dignidad y confianza que caracterizaban la conducta de este mensajero inesperado impresionaron profundamente a Hájí Siyyid Muhammad-Báqir. Le rogó que no insistiera sobre el tema en ese momento, sino que esperara hasta otro día cuando, en conversación privada, podría darle a conocer sus dudas y aprehensiones. Sin embargo, Mullá Husayn, temiendo que ese retraso pudiera ser perjudicial para la causa que defendía, insistió en una inmediata disertación con él sobre los profundos problemas que se sentía impelido y capaz de resolver. El Siyyid se sintió tan conmovido por el juvenil entusiasmo, la sinceridad y la serena confianza que el rostro de Mullá Husayn tan admirablemente atestiguaba, que no pudo contener sus lagrimas. Inmediatamente, envió a buscar algunas de las obras escritas por Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim y comenzó a interrogar a Mullá Husayn sobre aquellos pasajes que habían provocado su desaprobación y sorpresa. A cada referencia, el mensajero contestó con vigor característico, magistral conocimiento y decorosa modestia.

De esta manera, en presencia de los discípulos allí reunidos, continuó exponiendo las enseñanzas de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim, vindicando su verdad y defendiendo su causa hasta que el Mu'adhdhin llamando a los fieles a la oración, interrumpió repentinamente el torrente de su argumento. De igual manera, al día siguiente, en presencia de una gran asamblea representativa y frente al Siyyid, resumió su elocuente defensa de la alta misión confiada por una Providencia Todopoderosa a Shaykh Ahmad y a su sucesor. Un profundo silencio cayó sobre sus oyentes. Se sentían maravillados ante la lógica de su argumento y el tono y la forma de su discurso. El Siyyid prometió públicamente que al día siguiente él mismo expediría una declaración escrita en la que atestiguaría la eminencia de la posición ocupada tanto por Shaykh Ahmad como por Siyyid

Kázim y declararía que cualquiera que se desviara de su sendero, se desviaría de la Fe del Profeta Mismo. Asimismo, atestiguaría su profunda percepción espiritual y su correcta y profunda comprensión de los misterios que encerraba la Fe de Muhammad. El Siyyid cumplió su promesa y, con su propia mano, redactó la declaración prometida. Escribió mucho y, en el curso de su testimonio, rindió tributo al carácter y la sabiduría de Mullá Husayn. Habló de Siyyid Kázim en términos deslumbrantes, se excusó por su actitud anterior y expresó la esperanza de que en los días venideros, le fuera posible enmendar su pasada y lamentable conducta hacia él. Él mismo leyó a sus discípulos el texto de ese testimonio escrito y lo entregó, sin sellar, a Mullá Husayn, autorizándole para compartir su contenido con quienquiera deseara, para que todos supieran el alcance de su devoción hacia Siyyid Kázim.

Apenas se había retirado Mullá Husayn, cuando el Siyyid encargó a uno de sus servidores de confianza que le siguiera y averiguara dónde estaba alojado. El sirviente le siguió hasta un edificio modesto que servía de madrisih[2] y le vio entrar en una habitación que, a excepción de una estera gastada que cubría el suelo, carecía de muebles. Le observó llegar, ofrecer su oración de acción de gracias a Dios y tenderse sobre aquella estera sin nada para cubrirse excepto su ‘abá[3]. Después de informar a su amo de todo lo que había observado, de nuevo le fueron dadas instrucciones al sirviente de que entregara a Mullá Husayn la suma de cien túmáns[4] y expresara las disculpas sinceras de su amo por su incapacidad para ofrecer a ese mensajero tan extraordinario la hospitalidad que merecía su rango. A este ofrecimiento Mullá Husayn envió la siguiente respuesta: "Dile a tu amo que su verdadero obsequio para mí, ha sido el espíritu de justicia con que me recibió y la amplitud de criterio que le llevó, a pesar de su exaltado rango, a contestar al mensaje que yo, un humilde extraño, le traje. Devuelve este dinero a tu amo porque yo, como mensajero, no pido ni recompensa ni gratificación. Nosotros nutrimos vuestras almas por amor a Dios; no pedimos ni recompensa ni agradecimiento"5. Mi oración para tu amo es que el liderato terrenal nunca le impida reconocer y atestiguar la Verdad"[6]. Hájí Siyyid Muhammad-Báqir falleció antes del año sesenta D.H., el año que atestiguó el nacimiento de la Fe proclamada por el Báb. Hasta últimos momentos de su vida permaneció como firme defensor y ferviente admirador de Siyyid Kázim.

Después de haber cumplido con la primera parte de su misión, Mullá Husayn envió este testimonio escrito de Hájí Siyyid Muhammad-Báqir a su maestro en Karbilá y, dirigió sus pasos hacia Mashhad, decidido a entregar, con la mayor habilidad posible, el mensaje que se le había encargado dar a Mírzá ‘Askarí. En

cuanto la carta que contenía el testimonio escrito del Siyyid fue entregada a Siyyid Kázim, éste se sintió tan regocijado que inmediatamente envió su contestación a Mullá Husayn, expresando su más efusivo aprecio y agradecimiento por la forma ejemplar en que había cumplido su cometido. Estaba tan encantado con la respuesta que había recibido que, interrumpiendo su disertación, leyó en voz alta a sus discípulos tanto la carta de Mullá Husayn como el testimonio escrito contenido en ella. Después compartió con ellos la epístola que él mismo había escrito a Mullá Husayn en reconocimiento del extraordinario servicio que le había prestado. En ella Siyyid Kázim rindió tributo tan grande a sus brillantes dotes, a su habilidad y carácter que algunos de los que lo oyeron sospecharon que Mullá Husayn era el Prometido al que su maestro se refería sin cesar, Aquel quien él con tanta frecuencia declaraba que vivía entre ellos y que, sin embargo, permanecía sin que ninguno de ellos le reconociera. Aquella comunicación imponía a Mullá Husayn el temor a Dios, le recomendaba encarecidamente a considerarlo el instrumento más poderoso con que resistir la agresión del enemigo y la característica distintiva de cada verdadero seguidor de la Fe. Estaba redactado en términos de ternura y afecto tales, que nadie que lo leyera podía dudar que el que la escribió se estaba despidiendo de su amado discípulo y que no abrigaba esperanza alguna de verle de nuevo en este mundo.

En aquellos días Siyyid Kázim era cada vez más consciente de la aproximación de la Hora en que el Prometido debía ser revelado[7]. Comprendió cuán densos eran aquellos velos que impedían a los buscadores percibir la gloria de la Manifestación oculta. De acuerdo con esto, hizo un gran esfuerzo por remover gradualmente, con cuidado y sabiduría, cualquier barrera que pudiera hallarse en el camino del reconocimiento pleno de ese Tesoro oculto de Dios. Repetidamente instaba a sus discípulos que tuvieran presente el hecho de que Aquél cuyo advenimiento esperaban no aparecería ni de Jábulqá ni de Jábulsá[8]. Incluso hacía alusión a Su presencia en medio de ellos mismos. "Le veis con vuestros propios ojos", decía con frecuencia, "y sin embargo no Le reconocéis". A sus discípulos que le preguntaban sobre los signos de la Manifestación, decía: "Él es de noble linaje. Descendiente del Profeta de Dios, de la familia de Háshim. Es joven y posee conocimiento innato. Su sabiduría deriva, no de las enseñanzas de Shaykh Ahmad, sino de Dios. Mis conocimientos no son sino una gota en comparación con la inmensidad de Sus conocimientos; mis logros, una partícula de polvo en comparación con las maravillas de Su gracia y poder. No, inmensurable es la diferencia. Es de estatura mediana, no fuma y es extremadamente devoto y piadoso"[9]. Algunos de los discípulos del Siyyid, a pesar de las declaraciones de su maestro, creían que él era el Prometido, porque

en él reconocían los signos a los que aludía. Entre ellos había un tal Mullá Mihdíy-i-Khu'í, quien llegó al extremo de hacer pública esta creencia, con lo que el Siyyid se sintió muy disgustado y le habría expulsado del conjunto de sus discípulos elegidos, si no hubiera suplicado el perdón y manifestado arrepentimiento por su acción.

El mismo Shaykh Hasan-i-Zunúzí me informó que él también abrigaba las mismas dudas, de modo que oró a Dios para que, si su suposición estaba bien fundada, le confirmara su creencia y si no, que fuera librado de tan vanas fantasías. "Me sentía tan perturbado", me contó en una ocasión, "que durante varios días no podía ni comer ni dormir". "Mis días pasaban en el servicio a Siyyid Kázim por quien sentían gran afecto. Cierto día, al amanecer, fui bruscamente despertado por Mullá Naw-Rúz, uno de sus servidores de confianza, quien, muy excitado, me pidió que me levantara y le siguiera. Fuimos a la cada de Siyyid Kázim a quien encontramos completamente vestido, con su ‘abá puesto, y listo para salir de su casa. Me pidió que le acompañara. ‘Una persona muy estimada y distinguida', me dijo, ha llegado. ‘Siento que a ambos nos incumbe visitarle'. Acababa de despuntar la aurora cuando me encontré caminando con él por las calles de Karbilá. Pronto llegamos a una casa en cuya puerta se encontraba de pie un Joven, como si estuviese esperándonos. Llevaba puesto un turbante verde y Su rostro reflejaba una expresión de humildad y bondad que me es imposible describir. En silencio, se acercó a nosotros, extendió Sus brazos hacia Siyyid Kázim y le abrazó cariñosamente. Su afabilidad y amorosa bondad contrastaban en forma muy singular con el sentimiento de profunda reverencia que caracterizaba la actitud de Siyyid Kázim hacia él. Estupefacto y con la cabeza inclinada, recibió las múltiples expresiones de afecto y estima con que le recibió aquel Joven. Pronto nos condujo hasta la planta superior de aquella casa y entró en una habitación adornada con flores y aromada con los más deliciosos perfumes. Nos pidió que nos sentáramos. Sin embargo, no supimos en realidad qué asientos ocupábamos, tan arrollador era el sentimiento de deleite que se apoderó de nosotros. Vimos una copa de plata que había sido colocada en el centro de la habitación, el cual nuestro Joven Anfitrión, poco después de habernos sentado, llenó a rebosar y ofreció a Siyyid Kázim diciendo: ***‘Un sorbo de una bebida pura les dará su Señor***'[10]. Siyyid Kázim tomó la copa con ambas manos y bebió. Un sentimiento de reverente júbilo llenó su ser, un sentimiento que no pudo reprimir. A mí también se me ofreció una copa de esa bebida, aunque no se me dirigió ninguna palabra. Todo lo que se dijo en esa memorable reunión fue la frase del Corán antes mencionada. Poco después, el Anfitrión se levantó de Su asiento y, acompañándonos hasta el umbral de la casa,

se despidió de nosotros. Tan asombrado estaba que no podía mencionar palabra y no sabía cómo expresar la cordialidad de Su recibimiento, la dignidad de Su porte, el encanto de ese Rostro y la deliciosa fragancia de esa bebida. Cuán grande fue mi asombro cuando vi a mi maestro beber, sin la menor vacilación, ese trago sagrado de una copa de plata cuyo uso, según los preceptos del islám, está prohibido a los fieles. No podía explicar el motivo que había inducido al Siyyid a mostrar reverencia tan profunda en la presencia de ese Joven -una reverencia que ni siquiera la contemplación del santuario del Siyyidu'sh-Shuhadá' había podido despertar. Tres días más tarde vi a ese mismo Joven llegar y tomar asiento en medio del grupo reunido de los discípulos de Siyyid Kázim. Se sentó cerca de la entrada y, con la misma modestia y dignidad, escuchó la discurso del Siyyid. En cuanto sus ojos vieron a ese Joven, el Siyyid dejó de hablar y guardó silencio. En vista de esto, uno de sus discípulos le rogó que reanudara el argumento que había dejado inconcluso. ‘¿Qué más puedo decir?', replicó Siyyid Kázim volviendo su rostro hacia el Báb. ‘¡Observad, la Verdad está más manifiesta que el rayo de luz que ha caído sobre esa falda!'. Inmediatamente observé que el rayo de luz a que se refería el Siyyid había caído sobre la falda de ese mismo Joven a quien habíamos visitado hacía poco. Entonces aquél indagador inquirió: ‘¿Cómo es que usted ni revela Su nombre ni identifica Su persona?'. A esto el Siyyid contestó señalando su garganta con su dedo dando a entender que si él fuera a divulgar Su nombre, ambos serían ejecutados inmediatamente. Esto aumentó aún más mi perplejidad. Ya había oído decir a mi maestro que la perversidad de esta generación es tal que si indicara con su dedo al Prometido y dijera: ‘Él es, en verdad el Amado, el deseo de vuestros corazones y del mío', aún así no serían capaces de reconocerle y aceptarle. Vi que el Siyyid mostraba de hecho con su dedo el rayo de luz que había caído en esa falda y, sin embargo, nadie entre los presentes parecía comprender su significado. Yo, por mi parte, estaba convencido de que el Siyyid mismo nunca podría ser el Prometido, pero que un misterio inescrutable para todos nosotros yacía oculto en ese Joven extraño y atrayente. En varias ocasiones me acerqué a Siyyid Kázim para buscar de él la elucidación de este misterio. Cada vez que me acerqué a él me sentí sobrecogido por un sentimiento de pavor y respeto que su personalidad inspiraba tan poderosamente. Con frecuencia le oí comentar: ‘¡Oh Shaykh Hasan!, regocíjate porque tu nombre es Hasan (loable); Hasan tu comienzo y Hasan tu fin. Has tenido el privilegio de alcanzar el día de Shaykh Ahmad, has estado íntimamente relacionado conmigo y, en los días venideros, tuyo será el júbilo inestimable de contemplar ‘"lo que ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ni corazón alguno ha concebido"'.

Con frecuencia me sentí impulsado a buscar a solas la presencia de ese Joven Háshimite y tratar de desentrañar Su misterio. Le observé varias veces, mientras permanecía de pie en actitud de oración, a la puerta del santuario del Imám Husayn. Tan absorto estaba en Sus devociones que parecía completamente inconsciente de los que Le rodeaban. Llovían lágrimas de Sus ojos, y de Sus labios brotaban palabras de glorificación y alabanza de tal poder y belleza que ni aún los pasajes más nobles de nuestras Sagradas Escrituras podían esperar sobrepasar. Las palabras ***"Oh Dios, mi Dios, mi Bienamado, el Deseo de mi corazón",*** eran pronunciadas con tal frecuencia y ardor que aquellos de los peregrinos visitantes que estaban suficientemente cerca como para oírle interrumpían instintivamente sus devociones y se maravillaban antes las evidencias de piedad y veneración que mostraba ese rostro juvenil. Como Él, se sintieron conmovidos hasta las lágrimas y de Él aprendieron la lección de la verdadera adoración. Después de haber terminado Sus oraciones, aquel Joven, sin cruzar el umbral del santuario y sin tratar de dirigir palabra alguna a los que Le rodeaban, regresaba tranquilamente a Su hogar. Me sentí impulsado a dirigirle la palabra, pero cada vez que intentaba acercarme, una fuerza que no podía explicar ni resistir, me detenía. Mis indagaciones sobre Él obtuvieron la información de que residía en Shíráz, que era comerciante de profesión y no pertenecía a ninguna orden eclesiástica. Además se me informó que tanto Él como Sus tíos y parientes eran admiradores fervientes de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. Poco después supe que había partido rumbo a Najaf en su ruta hacia Shíráz. Ese Joven había encendido mi corazón. El recuerdo de esa visión me acosaba constantemente. Mi alma estaba unida a la Suya hasta el día en que el llamado de un Joven de Shíráz, proclamándose ser el Báb llegó a mis oídos. Inmediatamente pasó como un rayo por mi mente la idea de que esa persona no podía ser otra que ese mismo Joven que había visto en Karbilá, el Joven del deseo de mi corazón.

"Más tarde, cuando viajé de Karbilá a Shíráz, me encontré con que Él había partido en peregrinaje a Meca y Medina. Le hallé a Su regreso y traté, a pesar de muchos obstáculos en mi camino, de permanecer cerca de Él. Cuando posteriormente fue encarcelado en la Fortaleza de Máh-Kú, en la provincia de Ádhirbáyján, me dedicaba a transcribir los versos que dictaba a Su amanuense. Todas las noches, por un período de nueve meses, durante los cuales estuvo prisionero en esa fortaleza, revelaba, después de ofrecer su oración del atardecer, un comentario sobre un juz'[11] del Corán. De este modo, al cabo de cada mes se completaba un comentario sobre todo ese Libro Sagrado. Durante Su encarcelamiento en Máh-Kú, Él había revelado nueve comentarios sobre todo el Corán. En Tabríz, los textos de esos comentarios fueron entregados en custodia a

cierto Siyyid Ibráhím-i-Khalíl, a quien se le dieron instrucciones de ocultarlos hasta que llegara el momento propicio para su publicación. Se desconoce su suerte hasta la fecha".

"A propósito de uno de estos comentarios, cierto día el Báb preguntó: "¿Cuál prefiere; este comentario que acabo de revelar o el Ahsanu'l-Qisas, Mi comentario anterior sobre el Súrih de José? ¿Cuál de los dos es superior a su parecer?". "Para mí", contesté, "el Ahsanu'l-Qisas parece estar dotado de mayor poder y encanto". Sonrió ante mi observación y dijo: "Aún no está usted familiarizado con el tono y tenor de este último comentario. Las verdades encerradas en éste permitirán al buscador alcanzar el objeto de su investigación con mayor rapidez y efectividad".

"Continué estrechamente asociado con Él hasta que se produjo el gran encuentro de Shaykh Tabarsí. Al ser informado de aquel evento, el Báb dio instrucciones a Sus compañeros de que se apresuraran en ir a aquél lugar y ofrecer toda la ayuda posible a Quddús, Su discípulo heroico y distinguido. Dirigiéndose a mi cierto día, dijo: ***"Si no hubiera sido por Mi encarcelamiento en el Jabal-i-Shadíd, la fortaleza de Chihríq, Me hubiera incumbido prestar Mi ayuda personal a Mi bienamado Quddús. A ti, no se te ha impuesto participar en esa lucha. Debes ir a Karbilá y permanecer en esa ciudad sagrada ya que estás destinado a contemplar, con tus propios ojos, el bello rostro del prometido Husayn. Mientras contemplas ese Rostro radiante, acuérdate también de Mí. Exprésale Mi ferviente devoción".*** Una vez más agregó estas palabras: ***"En verdad digo, te he confiado una gran misión. Ten cuidado para que tu corazón no desfallezca, para que no te olvides de la gloria con que te he investido".***

"Poco después me trasladé a Karbilá y, como se me había pedido, viví en esa santa ciudad. Temiendo que mi prolongada estancia en ese centro de peregrinaje despertara sospechas, decidí casarme. Comencé a ganarme la vida como escriba. ¡Cuántas aflicciones me acaecieron a manos de los Shaykhís, aquellos que profesaban ser seguidores de Shaykh Ahmad y sin embargo fracasaron en reconocer al Báb! Conscientes de los consejos de ese amado Joven, me sometí pacientemente a las indignidades que se me infligieron. Viví durante dos años en esa ciudad. Mientras tanto, ese Joven sagrado fue liberado de Su prisión terrenal y, mediante Su martirio, fue salvado de las atroces crueldades que habían acosado los últimos años de Su vida".

"Habían transcurrido dieciséis meses lunares, menos veintidós días, desde el día del martirio del Báb cuando en el día de ‘Arafih[12], en el año 1267 D.H.[13], mientras pasaba cerca de la puerta del patio interior del santuario del Imám Husayn, mis ojos vieron por primera vez a Bahá'u'lláh. ¡Qué diré del Rostro que

contemplé! La belleza de ese Rostro, aquellos rasgos exquisitos que ninguna pluma ni pincel pueden describir, Su mirada penetrante, Su Rostro bondadoso, la majestad de Su porte, la dulzura de Su sonrisa, la exuberancia de Sus cabellos negros como el azabache, dejaron en mi alma una impresión imborrable. En aquél tiempo yo era un anciano, encorvado por los años. ¡Cuán amorosamente avanzó hacia mí! Me tomó la mano y en tono que revelaba poder y belleza a la vez, se dirigió a mí con estas palabras: ***"En este mismo día Me he propuesto darte a conocer como bábí en toda Karbilá"***. Con mi mano aún en la Suya, siguió conversando conmigo. Me acompañó a lo largo de la calle del mercado y finalmente dijo: ***"Alabado sea Dios porque has permanecido en Karbilá y has contemplado con tus propios ojos el rostro del prometido Husayn"***. Inmediatamente recordé la promesa que me había hecho el Báb. Sus palabras, que yo consideraba se referían a un futuro remoto, no las había compartido con nadie. Estas palabras de Bahá'u'lláh me conmovieron hasta lo más hondo de mi ser. Me sentí impelido a proclamar a un pueblo negligente, en ese mismo instante y con toda mi alma y poder, el advenimiento del Husayn prometido. Sin embargo, me pidió que controlara mis emociones y ocultara mis sentimientos. ***"Aún no",*** susurró en mis oídos; ***"la Hora señalada se acerca. Aún no ha llegado. Ten confianza y sé paciente".*** Desde ese momento desaparecieron todos mis pesares. Mi alma estaba inundada de júbilo. En aquellos días era tan pobre que la mayor parte del tiempo pasaba hambre. Sin embargo, me sentí tan rico que todos los tesoros de la tierra se esfumaban en la nada cuando los comparaba con lo que ya poseía. ***"Tal es la gracia de Dios; a quién Él desea, la confiere: Él es, en verdad, de una bondad inmensa".***

Después de esta digresión, vuelvo ahora a mi tema. Me había estado refiriendo al ansia con que Siyyid Kázim había decidido rasgar aquellos velos que se interponían entre la gente de su tiempo y el reconocimiento de la Manifestación prometida. En las páginas de introducción a sus obras tituladas Sharh-i-Qasídih y Sharh-i-Khutbih[14], alude en lenguaje velado al bendito nombre de Bahá'u'lláh. En un folleto, el último que escribió, menciona explícitamente el nombre del Báb por su referencia al término "Dhikru'lláh-i-A‘zam". En él escribe: "Al dirigirme a este noble ‘Dhikr'[15], esta poderosa voz de Dios, digo: "Tengo aprehensión del pueblo, no sea que te haga daño. Tengo aprehensión de mi mismo, no sea que yo también te lastime. Te temo, tiemblo ante tu autoridad, siento pavor de la época en que vives. Si te atesorara como la niña de mis ojos hasta el Día de la Resurrección, no habría probado suficientemente mi devoción hacia Ti"[16].

¡Cuán gravemente padeció Siyyid Kázim a manos de los malvados! ¡Cuánto daño le hizo aquella vil generación! Durante años sufrió en silencio y sobrellevó con heroica paciencia todas las indignidades, las calumnias, y las denuncias que fueron colmadas sobre él. Sin embargo, era su destino atestiguar, durante los últimos años de su vida, cómo la Mano vengadora de Dios "destruyó con aniquilación total" a los que se le opusieron, le vilipendiaron y conspiraron en su contra. En aquel tiempo los discípulos de Siyyid Ibráhím, aquel notorio enemigo de Siyyid Kázim, se unieron con el objeto de provocar trastornos y poner en peligro la vida de su formidable adversario. Por todos los medios a su alcance, trataron de envenenar las mentes de sus admiradores y amigos, minar su autoridad y desacreditar su nombre. No se levantó una sola voz de protesta ante al agitación que preparaba arteramente esa gente atea y traicionera, cada uno de los cuales afirmaba ser un exponente de verdadera sabiduría y depositario de los misterios de la Fe de Dios. Nadie trató de disuadirlos ni hacerles ver la luz. Alcanzaron tal poder y encendieron tal conflagración que lograron expulsar de Karbilá, en forma denigrante, al representante oficial del gobierno otomano y usaron para su propios y sólidos fines todos los ingresos que le correspondía recolectar. Su actitud amenazadora despertó al gobierno central en Constantinopla el que envió un oficial militar al lugar de la agitación con plenos poderes para apagar los fuegos de la rebeldía. Con las fuerzas bajo sus órdenes sitió la ciudad y envió una comunicación a Siyyid Kázim en que le rogaba pacificar los ánimos del exaltado populacho. Le pidió que aconsejara moderación a sus habitantes, los indujera a abandonar su terquedad y someterse voluntariamente a su gobierno. Si aceptaban sus consejos, prometió cuidar de su seguridad y protección, proclamaría una amnistía general y trataría de promover su bienestar. Sin embargo, si rehusaban someterse, les advirtió que sus vidas correrían peligro y que una calamidad general les sobrevendría sin lugar a dudas.

En cuanto recibió esta comunicación formal Siyyid Kázim hizo llamar a los principales instigadores del movimiento y con gran sabiduría y afecto, les exhortó que dejaran de causar agitación y que entregaran las armas. Habló con tal elocuencia y persuasión, con tanta sinceridad y desprendimiento que se ablandaron sus corazones y dejaron de oponer resistencia. Se comprometieron solemnemente a abrir, al amanecer del siguiente día, las puertas de la ciudad y presentarse, en compañía de Siyyid Kázim, al oficial que mandaba las fuerzas sitiadoras. Se acordó que Siyyid Kázim intervendría en su favor y obtendría para ellos lo que asegurara su tranquilidad y bienestar. Apenas habían dejado la presencia del Siyyid cuando los ‘ulamás, los principales instigadores de la rebelión, se levantaron de común acuerdo para frustrar este plan. Sabedores de

que tal intervención de parte del Siyyid, que ya había despertado su envidia, serviría para aumentar su prestigio y consolidar su autoridad, decidieron persuadir a cierto número de los elementos de la población que eran excitables y tontos que salieran de noche y atacaran las fuerzas del enemigo. Les aseguraron que ganarían una victoria porque uno de ellos había tenido un sueño en que había visto a ‘Abbas[17], quien le había ordenado incitar a sus seguidores que hicieran la guerra santa a los sitiadores y le había prometido que tendrían éxito.

Engañados por esta vana promesa, rechazaron las advertencias de ese sabio y juicioso consejero y se levantaron con el objeto de llevar a cabo los designios de sus estúpidos jefes. Siyyid Kázim, que bien conocía la malvada influencia que era causante de esa revuelta, envió un informe detallado y fiel de la situación al comandante turco quién volvió a escribir a Siyyid Kázim y reiteró su llamada para una solución pacífica de la situación. Aún más, declaró que en un momento dado forzaría las puertas de la ciudadela y consideraría la casa del Siyyid como el único lugar de refugio para un enemigo derrotado. El Siyyid hizo circular esta declaración por toda la ciudad. Sólo sirvió para despertar la burla y el desprecio de la población. Cuando se le informó de la recepción dada a esa declaración, el Siyyid observó: "En verdad, aquello con que se les ha amenazado es para el amanecer. ¿No está próximo el amanecer?"[18].

Al romper el alba, la hora fijada, las fuerzas del enemigo bombardearon los muros de la ciudadela, demolieron las murallas, entraron a la ciudad y saquearon y masacraron a gran número de la población. Muchos huyeron consternados al patio del santuario del Imám Husayn. Otros buscaron refugio en el santuario de ‘Abbas. Los que amaban y veneraban a Siyyid Kázim se dirigieron a su casa. Tan grande fue la multitud que se apresuró en busca de la protección de su residencia que fue necesario habilitar algunas de las casas vecinas con el objeto de acomodar a la muchedumbre de refugiados que se apiñaba a sus puertas. Tan grande era y excitado estaba el populacho que llenaba su casa que, una vez pasado el tumulto, se pudo comprobar que no menos de veintidós personas habían muerto pisoteadas.

¡Cuán grande fue la consternación que se apoderó de los residentes y visitantes de la ciudad sagrada! ¡Cuán severo fue el trato que los victoriosos dieron a su aterrado enemigo! ¡Con cuánta audacia ignoraron los sagrados derechos y prerrogativas con que la piedad de innumerables peregrinos musulmanes había investido los lugares sagrados de Karbilá! Rehusaron reconocer tanto al santuario del Imám Husayn como el sagrado mausoleo de ‘Abbás como refugios inviolables para los miles que huyeron ante la ira vengadora de un pueblo extranjero. Los sagrados recintos de ambos santuarios se

regaron con la sangre de las víctimas. Un lugar, un sólo lugar, podía afirmar su derecho de asilo para los inocentes y fieles de entre la población. Ese lugar era la residencia de Siyyid Kázim. Su hogar con sus dependencias fue considerado como provisto de una santidad tal, que ni aún el santuario más sagrado del islám shí‘ah había logrado conservar. Esta extraña manifestación de la ira vengadora de Dios fue una humillante lección para aquellos que se sentían inclinados a menospreciar la estación de ese hombre sagrado. Ese acontecimiento memorable[19] acaeció el octavo día de Dhi'l-Hijjih en el año 1258 D.H.[20].

Se admite como evidente que en toda época y dispensación, aquellos cuya misión es proclamar la Verdad o preparar el camino para su aceptación, invariablemente han afrontado el antagonismo de numerosos adversarios poderosos quienes desafiaron su autoridad y trataron de pervertir sus enseñanzas. Ya sea mediante el fraude o engaño, calumnia u opresión, han logrado, durante cierto tiempo, persuadir a los ignorantes y llevar a los débiles por mal camino. Deseosos de conservar su control sobre el pensamiento y la conciencia de los hombres, mientras ha permanecido oculta la Fe de Dios, han podido gozar de los frutos de un dominio fugaz y precario. Sin embargo, en cuanto se proclamó la Fe encontraron, con gran consternación, que los efectos de sus oscuras intrigas palidecían ante la luz del amanecer del Día de Dios. Ante los candentes rayos de aquél Orbe emergente todas sus maquinaciones y malvadas actuaciones quedaron reducidas a la nada y pronto fueron asuntos olvidados.

Asimismo, alrededor de Siyyid Kázim se habían reunido algunas personas vanidosas e indignas que simulaban tenerle devoción y afecto; profesaban ser devotos y piadosos y pretendían ser los únicos depositarios de los misterios contenidos en las palabras de Shaykh Ahmad y su sucesor. Ocupaban los sitios de honor cuando se reunían en asamblea los discípulos de Siyyid Kázim. A ellos dirigía sus discursos y hacia ellos mostraba especial consideración y cortesía. Y sin embargo, con frecuencia aludían en frases sutiles y veladas, a su ceguera, vanagloria y completa ineptitud para aprehender los misterios de la Divina expresión. Entre sus alusiones está la siguiente: "Nadie puede entender mi lenguaje salvo el que de mí es engendrado". Con frecuencia citaba el dicho: "Me encuentro anonadado por la visión. Estoy mudo de asombro y contemplo al mundo privado del poder de oír. Estoy impotente para divulgar el misterio y encuentro que la gente es incapaz de sobrellevar su peso". En otra ocasión remarcó: "Muchos son los que afirman haber alcanzado unión con el Bienamado y sin embargo el Bienamado rehúsa reconocer su pretensión. Por las lágrimas que derrama por su Amado se puede distinguir al verdadero amante del falso". Muchas veces observó: "El que está destinado a manifestarse después de mí, es

de linaje puro, de ilustre descendencia, de la simiente de Fátimih. Es de estatura mediana y no sufre ninguna deficiencia física"[21].

He oído a Shaykh Abú-Turáb[22] relatar lo siguiente: "Yo, junto con algunos de los discípulos de Siyyid Kázim, consideré las alusiones a estas deficiencias que el Siyyid declaraba no existían en el Prometido, como dirigidas a tres individuos de entre nuestros condiscípulos. Incluso los designábamos por apodos que correspondían a sus defectos físicos. Uno de ellos era Hájí Mírzá Karím Khán[23], hijo de Ibráhím Khán-i-Qájár-i-Kirmání, a quien le faltaba un ojo y era de barbas ralas. Otro era Mírzá Hasan-i-Gawhar, hombre de excepcional corpulencia. El tercero era Mírzá Muhít-i-Shá'ir-i-Kirmání, quien era sumamente alto y delgado. Sentíamos que no eran sino éstos aquellos a quienes el Siyyid aludía constantemente como la gente vanidosa e infiel quienes eventualmente revelarían lo que realmente eran y darían a conocer su ingratitud y estupidez. En cuanto a Hájí Mírzá Karím Khán, quien se sentó durante años a los pies de Siyyid Kázim y recibió de él toda su, así llamada, sabiduría, finalmente obtuvo de su maestro permiso para establecerse en Kirmán y dedicarse a la promoción de los intereses del islám y la diseminación de aquellas tradiciones que se apiñaban en torno a la sagrada memoria de los Imámes de la Fe.

"Me hallaba presente en la biblioteca de Siyyid Kázim cuando, cierto día, llegó un ayudante de Hájí Mírzá Karím Khán con un libro en la mano que entregó al Siyyid de parte de su amo, pidiéndole que lo leyera y, de su propio puño y letra, dejara constancia de su aprobación del contenido. El Siyyid leyó algunos partes de aquel libro y lo devolvió al ayudante con este mensaje: "Decidle a tu amo que él, mejor que nadie, puede estimar el valor de su propio libro". El ayudante se había ido cuando el Siyyid con voz apesadumbrada, remarcó: "¡Maldito sea! Durante años ha estado asociado conmigo y ahora que es su intención irse, su único objeto, después de tanto tiempo de estudio y compañerismo, es difundir, mediante este libro, doctrinas herejes y ateas que ahora quiere que yo endorse. Se ha puesto de acuerdo con cierto número de hipócritas egoístas con el fin de establecerse en Kirmán con el propósito de asumir, después de mi partida de este mundo, las riendas de indiscutida jefatura. ¡Cuán profundamente se ha equivocado en su juicio! Porque la brisa de la Revelación divina, soplando del Manantial de guía, con toda seguridad apagará su luz y destruirá su influencia. El árbol de su esfuerzo finalmente no dará otro fruto más que la amarga desilusión y roedor remordimiento. En verdad digo, lo verán con tus propios ojos. Mi oración para ti es que seas protegido de la malévola influencia que él, el anticristo de la prometida Revelación, ejercerá en el futuro". Me pidió no dar a conocer esta predicción hasta el Día de la

Resurrección, el Día cuando la Mano de Omnipotencia habrá dado a conocer los secretos que ahora se encuentran ocultos en los pechos de los hombres. "En ese día", me exhortó, "levántate con inquebrantable propósito y determinación para el triunfo de la Fe de Dios. Proclama a los cuatro vientos todo lo que has visto y oído". Este mismo Shaykh Abú-Turáb, quien en los primeros días de la Dispensación proclamada por el Báb pensó que era mejor y más sabio no identificarse con Su Causa, guardaba en su corazón profundo amor por la revelada Manifestación y permaneció firme e inamovible en su fe como una roca. Eventualmente esa brasa ardiente estalló en llamas en su alma y fue responsable de conducta tal de su parte como para que sufriera encarcelamiento en Teherán, en la misma mazmorra en que fuera confinado Bahá'u'lláh. Permaneció firme hasta el fin y coronó una vida de amor y sacrificio con la gloria del martirio.

A medida que se acercaba el fin de los días de Siyyid Kázim, siempre que se encontraba con sus discípulos, ya fuera en conversación privada o en público, los exhortaba diciendo: "¡Oh mis queridos compañeros! ¡Cuidado! ¡Cuidado! No sea que después de mí las vanidades perecederas del mundo os engañen. Cuidado que no os volváis orgullosos y olvidadizos de Dios. Os incumbe renunciar a toda comodidad, toda posesión y parentela terrena en busca de Él quien es el Deseado de vuestros corazones y del mío. Dispersaos en todas direcciones, desprendeos de toda posesión terrenal y con humildad y devoción rogad a vuestro Señor que os sostenga y guíe. No cedáis nunca en vuestra determinación de buscar y encontrar a aquel que está oculto tras los velos de Gloria. Perseverad hasta el momento cuando Él, quien es vuestro verdadero Guía y Maestro, con bondad os ayude y permita que Lo reconozcáis. Permaneced firmes hasta en día en que Él os elegirá como los compañeros y heroicos defensores del Qá'im prometido. Bien sea con cada uno de vosotros que libe la copa del martirio en Su sendero. Aquellos de vosotros a quienes Dios, en Su sabiduría, preservará y guardará para que atestigüen el ocaso de la Estrella de Guía Divina, aquel Heraldo del Sol de Revelación, deben tener paciencia y permanecer firmes y fieles. Esos de entre ustedes no deben vacilar ni desmayar. Porque poco después del primer trompetazo que ha de castigar a la tierra con exterminio y muerte, se oirá aún otra llamada con la cual todas las cosas serán vivificadas y renovadas. Entonces se revelará el significado de estos versos sagrados: ***"Y hubo una llamada en la trompeta y todos los que están en los cielos y en la tierra expiraron, salvo los que Dios permitió vivir. Entonces sonó otro trompetazo y ¡he aquí!, levantándose, miraron alrededor suyo. Y la tierra brilló con la luz de su Señor, fue establecido el Libro y los Profetas fueron levantados, y los testigos; y se juzgó entre ellos con equidad y a ninguno se le hizo injusticia"***[24]. En verdad,

digo, después del Qá'im se manifestarán en Qayyúm[25]. Porque una vez que se haya puesto la estrella de Aquel, el sol de la Belleza de Husayn se levantará e iluminará a todo el mundo. Entonces de desenvolverán en toda su gloria el "misterio" y el "secreto" de que hablaba Shaykh Ahmad, quien dijo: "El misterio de esta Causa debe, necesariamente, manifestarse y el secreto de este Mensaje debe ser, necesariamente, divulgado". Haber alcanzado ese día es haber alcanzado la corona de gloria de las generaciones pasadas y una buena acción ejecutada en esa edad es igual a la piadosa oración de incontables siglos. ¡Cuán a menudo ha recitado esa venerable alma, Shaykh Ahmad, los versos del Corán ya mencionados! ¡Cuánto énfasis puso en ellos como premonitores del advenimiento de esas Revelaciones gemelas que han de seguir una a la otra en rápida sucesión y cada una de las cuales ha de inundar al mundo con toda su gloria! ¡Cuántas veces exclamó: "Bienaventurado aquél que reconozca su significado y contemple su esplendor!" ¡Cuán a menudo, dirigiéndose a mí, remarcó: "Ninguno de nosotros vivirá para contemplar su refulgente gloria. Pero muchos de los fieles de entre tus discípulos verán el Día que nosotros, desafortunadamente, jamás podemos esperar contemplar! ¡Oh mis queridos compañeros! ¡Cuán grande, cuán grandiosa es la Causa! ¡Cuán exaltada la estación a la cuál os llamo! ¡Cuán grande la misión para la cuál os he estado preparando y entrenando! Preparaos y esforzaos y fijad vuestra mirada en Su persona. Pido a Dios que por Su gracia os ayude a sobrellevar las tormentas de pruebas y dificultades que, necesariamente, os acosarán; que os ayude a salir, sin un rasguño y triunfantes, de en medio de ellas y que os guíe hacia vuestro elevado destino".

Todos los años, en el mes de Dhi'l-Qa'dih, el Siyyid iba de Karbilá a Kázimayn[26] con el objeto de visitar los santuarios de los Imámes. Acostumbraba a volver a Karbilá a tiempo para visitar, en el día de 'Arafih, el santuario del Imám Husayn. Ese año, el último de su vida, fiel a su costumbre, partió de Karbilá en los primeros días del mes de Dhi'l-Qa'dih, en el año 1259 D.H.[27], acompañado por cierto número de sus compañeros y amigos. En el cuarto día de ese mes llegó al Masjid-i-Baráthá, situado en el camino principal entre Bagdad y Kázimayn, a tiempo para ofrecer sus oraciones del mediodía. Pidió al almuecín llamar a los fieles a reunirse y orar. De pie bajo la sombra de una palmera que se encontraba frente al masjid, se unió a la congregación y recién había terminado sus devociones cuando repentinamente apareció un árabe, se acercó al Siyyid y lo abrazó: "Hace tres días", dijo, "guardaba mi rebaño en la vecina pradera cuando repentinamente me quedé dormido. En mi sueño vi a Muhammad, el Apóstol de Dios, quien me habló las siguientes palabras: "Presta atención ¡oh pastor! a mis palabras, y atesóralas en tu corazón. Porque estas palabras Mías son un

fideicomiso de Dios que entrego a tu cuidado. Si eres fiel a ellas, grande será tu recompensa. Si las desprecias, te sobrevendrá severa retribución. Escúchame, este es el cometido que entrego a tu cuidado. Permanece en las vecindades del Masjid-i-Baráthá. Al tercer día de este sueño un vástago de Mi descendencia, Siyyid Kázim de nombre, acompañado por sus amigos y compañeros, llegará, al mediodía, bajo la sombra de la palmera frente al masjid. Allí ofrecerá sus oraciones. En cuanto lo vean tus ojos ve en su busca y dale mi cariñoso saludo. Dile de Mí: "Regocíjate, porque se acerca la hora de tu partida. Una vez que hayas visitado Kázimayn y hayas regresado a Karbilá, allí, tres días después de tu regreso, en el día de 'Arafih[28], remontará el vuelo hacia Mí. Poco después, Él quien es la Verdad se manifestará. Entonces será iluminado el mundo por la luz de Su semblante". Una sonrisa iluminó el rostro de Siyyid Kázim al completarse la descripción del sueño relatado por ese pastor. Dijo: "De la verdad del sueño que has tenido no hay duda". Sus compañeros se sintieron profundamente apesadumbrados. Volviéndose a ellos dijo: "¿No es vuestro amor por mí a causa del Verdadero cuyo advenimiento todos esperamos? ¿No quisierais que muriera para que el Prometido pueda ser revelado?" Este episodio, en su totalidad, me ha sido relatado por no menos de diez personas, todas las cuales estuvieron presentes en esa ocasión y testifican su exactitud. ¡Y sin embargo, muchos de los que atestiguaron con sus propios ojos signos tan maravillosos, han rechazado la Verdad y repudiado su Mensaje! Este extraño acontecimiento fue muy comentado. Entristeció el corazón de los que en verdad querían a Siyyid Kázim. A éstos, con infinita ternura y júbilo, dijo palabras de aliento y consuelo. Apaciguó sus desasosegados corazones, fortaleció su fe y avivó la llama de su celo. Con dignidad y serenidad completó su peregrinaje y volvió a Karbilá. El mismo día de su llegada enfermó y tuvo que guardar cama. Sus enemigos difundieron el rumor que había sido envenenado por el Gobernador de Bagdad. Esto no era sino una calumnia y completamente falso, en cuanto el Gobernador mismo había puesto toda su confianza en Siyyid Kázim y siempre lo había considerado como un dirigente de mucho talento, provisto de aguda percepción y poseedor de un carácter irreprochable[29]. El día de 'Arafih, en el año 1259 D.H. a la madura edad de sesenta años, Siyyid Kázim, de acuerdo con la visión de aquel humilde pastor, dijo adiós a este mundo dejando tras sí un grupo de discípulos fervorosos y devotos quienes, libres de todo deseo mundano, salieron en busca de su Bienamado prometido. Sus restos sagrados fueron enterrados dentro de los recintos del santuario de Imám Husayn[30]. Su fallecimiento produjo un tumulto en Karbilá similar a la agitación que se había apoderado del pueblo el año anterior[31],

en el día de 'Arafih, cuando el enemigo victorioso forzó las puertas de la ciudadela y masacró a un número considerable de sus asediados habitantes. Un año antes, en ese día, su hogar había sido el único refugio de paz y seguridad para los desposeídos y sin hogar, mientras ahora había llegado a ser la casa del dolor donde los que habían llegado a ser sus amigos y a quienes había ayudado, lloraban su pérdida y lamentaban su partida[32].

Notas

1.- Él fue el primero en creer en el Báb, quien le dio este título.

2.- "Los Madrisihs o colegios persas se encuentran totalmente en manos del clero y hay varios en cada ciudad grande. Generalmente están formados por un patio rodeado de edificios que contienen piezas para estudiantes y maestros, con un portón al lado; y a menudo hay también un jardín y una noria en el centro del patio... Muchos de los madrisihs han sido fundados y dotados por reyes o gente piadosa". (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, pág. 365).

3.- Una prenda de vestir exterior, suelta, que se parece a una capa, hecha generalmente de pelo de camello.

4.- Equivalente a más o menos cien dólares, suma considerable en esos tiempos.

5.- Corán, 76:9

6.- El Báb, en el Dalá'il-i-Sab'ih, se refiere a Mullá Husayn en estos términos: "Tú sabes quien fue el primero en confesar esta Fe: tú sabes que la mayor parte de los doctores Shaykhí, Siyyidíyyih y de otras sectas admiraban su ciencia y su talento. Cuanto entró en Isfahán, los pilluelos de la ciudad gritaban al verlo pasar: "¡Miren, un estudiante andrajoso acaba de llegar!" Y sin embargo, este hombre mediante sus pruebas y argumentos convenció a un Siyyid de su sabiduría reconocida: ¡Muhammad-Báqir! ¡En verdad! Esta es una de las pruebas de esta Manifestación puesto que, después de la muerte del Siyyid, este personaje fue a ver a la mayoría de los doctores del islám y no encontró la verdad sino donde el Maestro de la Verdad; así fue, entonces, que alcanzó el destino que le había sido fijado. ¡En verdad, las criaturas del comienzo y fin de esta Manifestación lo envidian y rodean hasta el día del Juicio! ¿Quién, pues, puede acusar a este maestro de la inteligencia, de debilidad mental y superficialidad?" (Le Livre des Sept Preuves, traducido por a. l. m. Nicolás, pág. 54).

7.- En relación con esto, el Báb reveló lo siguiente en el Dalá'il-i-Sab'ih: "¿Aquello que él decía por lo tanto desde su último viaje que tú mismo has oído, no se cuenta ya? ¿Y la historia de Mírzá Muhammad-i-Akhbárí que relató ‘Abdu'l-Husayn-i-Shushtarí? Mírzá Muhammad-i-Akhbárí preguntó cierto día, cuando estaba en Kázimayn, al venerable Siyyid, cuándo se manifestaría el Imám. El Siyyid recorrió con la mirada a la asamblea y le dijo: "En cuanto a ti, tú lo verás". Mullá Muhammad-Taqíy-i-Haraví relató también esta historia en Isfahán". (Le Livre des Sept Preuves, traducido por a. l. m. Nicolás, pág. 58).

8.- Véase nota al comienzo del libro ‘Distinguishing Features of Shí‘ah islám’.

9.- "Parece haber pruebas concluyentes que Siyyid Kázim se refirió a menudo, al acercarse el fin de su vida, a la Divina Manifestación que él creía muy próxima. Se complacía en decir:

"Yo le veo como el sol que amanece". (Dr. T. K. Cheyne, ‘The Reconciliation of Races and Religions’, pág. 19).

10.- Corán, 76:21.

11.- Un juz es la trigésima parte del Corán.

12.- El noveno día del mes de Dhi'l-Hijjih.

13.- 5 de Octubre de 1851 D.C.

14.- El capítulo 2 de la obra de A. L. M. Nicolás Essai sur le Shaykhisme II, está dedicado por completo a una detallada enumeración de las ciento treinta y cinco obras escritas por Siyyid Kázim, entre las que se destacan por su interés las siguientes:

a) Sharh-i-Khutbiy-i-Tutunjíyyih.

b) Sharh-i-Qasídih.

c) Tafsírih Áyatu'l-Kursi.

d) Dar Asrár-i-Shihádat-i-Imam Husayn.

e) Cosmografía.

f) Dalílu'l-Mutahayyirín.

Se dice que sus obras exceden los 300 volúmenes (A Traveller's Narrative, Nota E, pág. 238).

15.- "Dhikr" significa "mención", "recuerdo".

16.- A. L. M. Nicolás cita, en el capítulo 3 de su Essai sur le Shaykhisme II, pág. 43, el siguiente extracto del Sharh-i-Qasídih de Siyyid Kázim: "lo he dicho, en cada período de cien años hay elegidos que difunden y siembran los preceptos que explican aquello que es ilícito y lo que es lícito, que dicen las cosas que estaban ocultas en los cien años precedentes. Dicho de otra manera, cada cien años se encuentra un personaje sabio y perfecto quien hace verdear y florecer el árbol de la ley religiosa, que regenera su tronco hasta tal punto que finalmente el libro de la Creación llega a su fin, en un período de mil doscientos años. En este momento se manifestarán cierto número de hombres perfectos quienes manifestarán ciertas cosas muy íntimas que se encontraban ocultas... Entonces, cuando se terminan los mil doscientos años, cuando ha terminado el primer ciclo que dependió de la aparición del Sol del Profeta, de la Luna del Vilayeto, llegan a su fin las influencias de este ciclo y comienza un segundo ciclo, para la explicación de los preceptos íntimos y de los secretos ocultos". Él mismo agrega luego las siguientes palabras: "Dicho de otra manera, para hacer aún más claro este lenguaje sorprendente que, en verdad, no necesita explicación, Siyyid Kázim nos dice que el primer ciclo que dura mil doscientos años es solamente para educar los cuerpos y los espíritus que dependen de esos cuerpos. Es como el niño en el vientre de su madre. El segundo ciclo es para la educación de los espíritus sanos, de las almas que no tienen ninguna relación con el mundo del cuerpo. Es como su Dios quisiera elevar los espíritus mediante el deber en este mundo. Por tanto es, cuando el primer ciclo se ha terminado, cuyo espectáculo es el nombre de Muhammad, llega el ciclo de la educación de las intimidades. En este ciclo las formas exteriores obedecen a las intimidades, mientras que en el período anterior las intimidades obedecían a las formas exteriores. Por lo tanto, en este segundo ciclo el nombre celestial del Profeta, que es Ahmad, es el lugar del espectáculo, el Maestro: "Pero este nombre debe forzosamente encontrarse en la mejor de la tierras, en el más puro de los aires". Nicolás agrega además en una acotación las siguientes palabras: "El nombre de Ahmad que se cita más arriba podría hacer creer que aquí se refiere a Shaykh Ahmad. Pero, a pesar de esto, no se puede decir de Lahca que es la mejor de

las tierras. Se sabe, por el contrario, que todos los poetas persas se unen para cantar a Shíráz y su clima ideal. Por lo demás no hay más que ver lo que dice Shaykh Ahmad mismo de su país".

17.- Hermano del Imám Husayn.

18.- Corán, 11:81.

19.- A. L. M. Nicolás en su Essai sur le Shaykhisme II, págs. 29-30, describe el suceso así: "Fue en el año 1258 (1842) que sucedió este acontecimiento, el día de la fiesta de Qadr. Los ejércitos de Bagdad, bajo la dirección de Najíb Páshá, se apoderaron de Karbilá cuyos habitantes masacraron, saqueando las ricas mezquitas. Cerca de nueve mil personas fueron muertas y la mayoría de ellas eran persas. Muhammad Sháh estaba muy enfermo cuando sobrevinieron estos sucesos; además, los altos funcionarios se los ocultaron.

Cuando el Sháh, posteriormente, los supo, entró en gran cólera y juró tomar una venganza terrible. pero los representantes de Rusia e Inglaterra intervinieron para calmar los ánimos. Finalmente Mírzá Ja'far Khán Mushíru'd-Dawlih, de regreso de su embajada en Constantinopla, fue enviado a Erzeroum para reunirse con los delegados inglés, ruso y otomano.

Cuando llegó a Tabríz el plenipotenciario persa cayó enfermo. Hájí Mírzá Áqási nombró entonces como reemplazante a Mírzá Taqí Khán-i-Faráhání, Vazír Nizám: este se dirigió a Erzeroum con veinte oficiales.

El delegado turco era Anvar Effendi, quien se mostró muy cortés y conciliador, pero uno de los hombres del Amír Nizám cometió un acto que significaba un atentado contra la religión Sunnita; la población se lanzó sobre el campamento del Embajador; dos o tres persas fueron muertos, todo fue saqueado y el Amír Nizám salvó la vida gracias a la intervención de Badrí Páshá.

El gobierno turco presentó excusas y pagó quince mil tumanes por daños y perjuicios.

Desde su Hiáyatu't-Tálibín, Karím Khan vio que durante el saqueo de Karbilá las tropas victoriosas habían respetado las casas de los Shaykhís. Todos los que buscaron refugio allí, dijo, se salvaron, acumulándose allí muchos objetos de valor. Nadie de entre los compañeros de Siyyid Kázim fue muerto, mientras que los que se refugiaron en las tumbas sagradas fueron masacrados sin piedad. Se cuenta que el páshá entró a caballo en el recinto sagrado".

20.- 10 de enero de 1843 D.C.

21.- A. L. M. Nicolás en su Essai sur le Shaykhisme II, págs. 60-61, cita el siguiente párrafo de los escritos de Siyyid Kázim: "Tu has comprendido, pienso, que la Ley religiosa y los preceptos de la moral son el alimento del Espíritu. Es por lo tanto obligatorio que estas leyes religiosas sean diversas: es necesario que algunas veces las órdenes del pasado sean anuladas, es necesario que estén formadas de cosas dudosas y cosas ciertas, de generalidades y de puntos particulares, de absolutos y de cosas finitas, de verdades aparentes e íntimas, para que el niño llegue a la época de la adolescencia y sea perfecto en poder y capacidad.

Es en ese momento que debe aparecer el Qá'im y, después de su manifestación, debe cumplirse el tiempo de su vida y debe ser muerto; es cuando él haya sido muerto que el mundo llegará a los 18 años de edad".

22.- Según Samandar (pág. 32), Shaykh Abú-Turáb era nativo de Ishtihárd y figuraba entre los principales discípulos de Siyyid Kázim. Se casó con la hermana de Mullá Husayn. Murió en la cárcel de Teherán.

23.- "El Báb, escribió a Hájí Muhammad Karím Khán y le invitó a conocer su autoridad. Este no sólo rehusó hacerlo, sino además, escribió un tratado contra el Báb y sus doctrinas" (pág. 910). "Por lo menos dos tratados similares fueron escritos por Hájí Muhammad Karím Khán. Uno de ellos fue redactado en fecha posterior a éste, posiblemente después de la muerte del Báb, pedido especialmente por Násiri'd-Dín Sháh. De estos dos tratados uno ha sido impreso y lleva por título La Aniquilación de la Falsedad (Izháqu'l-Bátil). (Nota nº 1, pág. 910) ("Journal of the Royal Asiatic Society, 1889, artículo 12).

24.- Corán, 39:68.

25.- Referencias al Báb y Bahá'u'lláh, respectivamente.

26.- Las tumbas de los "dos Kázim", el séptimo Imám Músá Kázim y el noveno Imám, Muhammad Taqí, más o menos a tres millas al norte de Bagdad. Alrededor de ellos ha crecido una gran ciudad, habitada principalmente por persas, que se llama Kazimayn.

27.- 23 de Noviembre - 23 de Diciembre de 1843 D.C.

28.- 31 de Diciembre de 1843 D.C.

29.- "Karím Khán quien, al referirse a la toma de Karbilá, insiste sobre el respeto que los asaltantes mostraron a los Shaykhís y a Siyyid Kázim-i-Rashtí, no tiene inconveniente en declarar que es muy probable "que Siyyid Kázim haya sido envenenado en Bagdad por el infame Najíb Páshá quien, dice, "le hizo beber un brebaje cuya absorción le provocó intensa sed y luego falleció". Es así como los persas escriben la historia". (A. L. M. Nicolás, Essai sur le Shaykhisme II, págs. 30-31).

30.- "Fue sepultado detrás de la ventana del corredor de la tumba del Señor de los Confesores. Esta tumba fue excavada muy profundamente con inclinación, en su base, hacia el interior del recinto prohibido". (Ibíd., Pág. 31).

31.- "Durante la vida de Siyyid Kázim, la doctrina de los Shaykhís se difundió por toda Persia, si bien en la provincia de Iráq por sí sola había más de cien mil muríds" ("Journal Asiatique", 1866, tomo 7 pág. 463).

32.- "Aquí termina la historia del establecimiento del Shaykhismo, o al menos de su Unidad. En efecto, después de la muerte de Siyyid Kázim-i-Rashtí, se divide en dos ramas. Una, bajo el nombre de babismo, le dará la expansión que parecía prometer la fuerza del movimiento creado por Shaykh Ahmad y a la cual parecen haberse atenido los dos maestros, su se creen sus predicciones; la otra, bajo la dirección de Karím Khán Qajár-i-Kirmání, siguió con las luchas contra los elementos shiítas, pero siempre resguardándose tras el aspecto exterior de un perfecto Ithná-Asharismo. Si para Karím Khán, el Báb y los de sus secta son infames impíos, para los bábís, Karím Khán es el Anticristo o Dajjál predicho por Muhammad". (A. L. M. Nicolas, Essai sur le Shaykhisme II, pág. 31).

CAPÍTULO 2

LA MISIÓN DE SIYYID KÁZIM-I-RASHTÍ

La noticia del fallecimiento de su amado maestro causó indescriptible pena al corazón de Siyyid Kázim. Inspirado por el versículo del Corán: ***"De buena gana apagarían la Luz de Dios con sus bocas; pero Dios sólo desea perfeccionar Su Luz, aunque los infieles la aborrecen"***, se levantó con inquebrantable propósito para consumar la tarea que Shaykh Ahmad le había confiado. Después de la desaparición de un protector tan distinguido, se encontró víctima de la calumnia y la implacable enemistad de la gente que le rodeaba. Atacaron a su persona, despreciaron sus enseñanzas e injuriaron su nombre. Instigados por un poderoso y notorio dirigente shí‘ah, Siyyid Ibráhím-i-Qazvíní, los enemigos de Siyyid Kázim se confabularon y decidieron destruirle. En vista de esto Siyyid Kázim concibió el plan de obtener el apoyo y buena voluntad de uno de los dignatarios eclesiásticos más formidables y destacados de Persia, el renombrado Hájí Siyyid Muhammad Báqir-i-Rashtí, quien vivía en Isfáhán y cuya autoridad se extendía mucho más allá de los confines de esa ciudad. Siyyid Kázim pensó que esta simpatía y amistad le permitirían seguir, sin ser molestado, el curso de sus actividades y que aumentaría considerablemente la influencia que ejercía sobre sus discípulos. "Ojalá uno de ustedes", se le oía decir con frecuencia a sus seguidores, "pudiera levantarse y, con completo desprendimiento, viajar a Isfáhán y entregar de mi parte este mensaje a aquél sabio Siyyid: ¿Cómo es que al principio usted mostró consideración y afecto tan especiales por el extinto Shaykh Ahmad y ahora, repentinamente, se ha apartado del grupo de sus discípulos elegidos? ¿Cómo es que nos ha abandonado a la merced de nuestros enemigos? Ojalá tal mensajero, poniendo toda su fe en Dios, se levantara a desenmarañar cualquier misterio que tuviera perpleja la mente de aquél sabio Siyyid y disipara las dudas que pueden haber enajenado su simpatía. Ojalá pudiera obtener de él una declaración solemne, atestiguando la autoridad indiscutible de Shaykh Ahmad y la verdad y solidez de sus enseñanzas. Ojalá que también, después de haber obtenido tal testimonio, visitara Mashhad y allí obtuviera una declaración similar de Mírzá ‘Askarí, el principal dirigente religioso en esa sagrada ciudad y, habiendo completado su misión, volviera entonces triunfalmente a este lugar". Una y otra vez Siyyid Kázim tuvo oportunidad de reiterar este llamado. Sin embargo, nadie se aventuró a responder

excepto un tal Mírzá Muhít-i-Kirmání, quien expresó su disposición para emprender esta misión. Siyyid Kázim le contestó: "Cuidado de no tocar la cola del león. No desestimes la delicadeza y dificultad de semejante misión". Entonces, volviéndose hacia su joven discípulo Mullá Husayn-i-Bushru'í, el Bábu'l-Báb[1], se dirigió a él diciendo: "Levántate y lleva a cabo esta misión, pues yo declaro que estás a la altura de esta tarea. El Todopoderoso, por Su gracia, te ayudará y coronará tus esfuerzos con el éxito".

Mullá Husayn, lleno de alegría, se levantó de un brinco, besó el borde del manto de su maestro, le juró lealtad y, sin más demoras, emprendió su viaje. Con absoluto desprendimiento y noble resolución, partió para conseguir su objetivo. Al llegar a Isfáhán buscó inmediatamente la presencia del Siyyid. Vestido con humilde ropaje y cubierto con el polvo del camino, apareció entre la vasta y ricamente ataviada compañía de los discípulos de ese distinguido dirigente, una figura insignificante y despreciable. Inadvertido e impávido, avanzó hasta ocupar un lugar frente al asiento de ese renombrado maestro. Llamando en su ayuda toda la valentía y confianza que le habían inspirado las instrucciones de Siyyid Kázim, se dirigió a Hájí Siyyid Muhammad-Báqir, diciendo: "Escucha, ¡oh Siyyid!, mis palabras, pues, una contestación a mi súplica garantizará la seguridad de la Fe del Profeta de Dios y rehusar considerar mi mensaje le causará gran daño". Estas palabras audaces y valientes, expresadas con tanta franqueza y fuerza, produjeron una impresión sorprendente en el Siyyid. Repentinamente interrumpió su discurso e ignorando su auditorio, escuchó con suma atención el mensaje que había traído este extraño visitante. Sus discípulos, atónitos antes esta extraordinaria conducta, reprendieron a ese súbito intruso y denunciaron sus presuntuosas pretensiones. Con extrema cortesía, en lenguaje firme y majestuoso, Mullá Husayn aludió a su descortesía y superficialidad y expresó sorpresa ante su arrogancia y vanagloria. El Siyyid se sintió profundamente complacido con el porte y argumento que el visitante expuso en forma tan sorprendente. Deploró y se excusó por la indecorosa conducta de sus propios discípulos. Para compensar la ingratitud de ellos mostró toda clase de consideración hacia ese joven, le aseguró que su apoyo y le rogó que entregara su mensaje. Entonces, Mullá Husayn le dio a conocer la naturaleza y el propósito de la misión que le había sido confiado. A ello el sabio Siyyid respondió: "Como en un comienzo creímos que tanto Shaykh Ahmad como Siyyid Kázim no estaban motivados por otro deseo que el de adelantar la causa del conocimiento y salvaguardar los sagrados intereses de la Fe, nos encontramos en la necesidad de extenderles nuestro más sincero apoyo y ensalzar sus enseñanzas. Sin embargo, en años posteriores, hemos percibido tantas afirmaciones contradictorias y alusiones oscuras y

misteriosas en sus escritos, que consideramos que era aconsejable guardar silencio por algún tiempo y evitar tanto la censura como el aplauso". A esto, Mullá Husayn contestó: "No puedo sino deplorar tal silencio de su parte, pues creo firmemente que implica la pérdida de una oportunidad espléndida para adelantar la causa de la Verdad. Usted debe exponer en forma específica aquellos pasajes en sus escritos que le parecen misteriosos o incongruentes con los precepto de la Fe y yo, con la ayuda de Dios, intentaré exponer su verdadero significado". La serenidad, dignidad y confianza que caracterizaban la conducta de este mensajero inesperado impresionaron profundamente a Hájí Siyyid Muhammad-Báqir. Le rogó que no insistiera sobre el tema en ese momento, sino que esperara hasta otro día cuando, en conversación privada, podría darle a conocer sus dudas y aprehensiones. Sin embargo, Mullá Husayn, temiendo que ese retraso pudiera ser perjudicial para la causa que defendía, insistió en una inmediata disertación con él sobre los profundos problemas que se sentía impelido y capaz de resolver. El Siyyid se sintió tan conmovido por el juvenil entusiasmo, la sinceridad y la serena confianza que el rostro de Mullá Husayn tan admirablemente atestiguaba, que no pudo contener sus lagrimas. Inmediatamente, envió a buscar algunas de las obras escritas por Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim y comenzó a interrogar a Mullá Husayn sobre aquellos pasajes que habían provocado su desaprobación y sorpresa. A cada referencia, el mensajero contestó con vigor característico, magistral conocimiento y decorosa modestia.

De esta manera, en presencia de los discípulos allí reunidos, continuó exponiendo las enseñanzas de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim, vindicando su verdad y defendiendo su causa hasta que el Mu'adhdhin llamando a los fieles a la oración, interrumpió repentinamente el torrente de su argumento. De igual manera, al día siguiente, en presencia de una gran asamblea representativa y frente al Siyyid, resumió su elocuente defensa de la alta misión confiada por una Providencia Todopoderosa a Shaykh Ahmad y a su sucesor. Un profundo silencio cayó sobre sus oyentes. Se sentían maravillados ante la lógica de su argumento y el tono y la forma de su discurso. El Siyyid prometió públicamente que al día siguiente él mismo expediría una declaración escrita en la que atestiguaría la eminencia de la posición ocupada tanto por Shaykh Ahmad como por Siyyid Kázim y declararía que cualquiera que se desviara de su sendero, se desviaría de la Fe del Profeta Mismo. Asimismo, atestiguaría su profunda percepción espiritual y su correcta y profunda comprensión de los misterios que encerraba la Fe de Muhammad. El Siyyid cumplió su promesa y, con su propia mano, redactó la declaración prometida. Escribió mucho y, en el curso de su testimonio, rindió tributo al carácter y la sabiduría de Mullá Husayn. Habló de Siyyid Kázim en

términos deslumbrantes, se excusó por su actitud anterior y expresó la esperanza de que en los días venideros, le fuera posible enmendar su pasada y lamentable conducta hacia él. Él mismo leyó a sus discípulos el texto de ese testimonio escrito y lo entregó, sin sellar, a Mullá Husayn, autorizándole para compartir su contenido con quienquiera deseara, para que todos supieran el alcance de su devoción hacia Siyyid Kázim.

Apenas se había retirado Mullá Husayn, cuando el Siyyid encargó a uno de sus servidores de confianza que le siguiera y averiguara dónde estaba alojado. El sirviente le siguió hasta un edificio modesto que servía de madrisih[2] y le vio entrar en una habitación que, a excepción de una estera gastada que cubría el suelo, carecía de muebles. Le observó llegar, ofrecer su oración de acción de gracias a Dios y tenderse sobre aquella estera sin nada para cubrirse excepto su ‘abá[3]. Después de informar a su amo de todo lo que había observado, de nuevo le fueron dadas instrucciones al sirviente de que entregara a Mullá Husayn la suma de cien túmáns[4] y expresara las disculpas sinceras de su amo por su incapacidad para ofrecer a ese mensajero tan extraordinario la hospitalidad que merecía su rango. A este ofrecimiento Mullá Husayn envió la siguiente respuesta: "Dile a tu amo que su verdadero obsequio para mí, ha sido el espíritu de justicia con que me recibió y la amplitud de criterio que le llevó, a pesar de su exaltado rango, a contestar al mensaje que yo, un humilde extraño, le traje. Devuelve este dinero a tu amo porque yo, como mensajero, no pido ni recompensa ni gratificación. Nosotros nutrimos vuestras almas por amor a Dios; no pedimos ni recompensa ni agradecimiento"[5]. Mi oración para tu amo es que el liderato terrenal nunca le impida reconocer y atestiguar la Verdad"[6]. Hájí Siyyid Muhammad-Báqir falleció antes del año sesenta D.H., el año que atestiguó el nacimiento de la Fe proclamada por el Báb. Hasta últimos momentos de su vida permaneció como firme defensor y ferviente admirador de Siyyid Kázim.

Después de haber cumplido con la primera parte de su misión, Mullá Husayn envió este testimonio escrito de Hájí Siyyid Muhammad-Báqir a su maestro en Karbilá y, dirigió sus pasos hacia Mashhad, decidido a entregar, con la mayor habilidad posible, el mensaje que se le había encargado dar a Mírzá ‘Askarí. En cuanto la carta que contenía el testimonio escrito del Siyyid fue entregada a Siyyid Kázim, éste se sintió tan regocijado que inmediatamente envió su contestación a Mullá Husayn, expresando su más efusivo aprecio y agradecimiento por la forma ejemplar en que había cumplido su cometido. Estaba tan encantado con la respuesta que había recibido que, interrumpiendo su disertación, leyó en voz alta a sus discípulos tanto la carta de Mullá Husayn como

el testimonio escrito contenido en ella. Después compartió con ellos la epístola que él mismo había escrito a Mullá Husayn en reconocimiento del extraordinario servicio que le había prestado. En ella Siyyid Kázim rindió tributo tan grande a sus brillantes dotes, a su habilidad y carácter que algunos de los que lo oyeron sospecharon que Mullá Husayn era el Prometido al que su maestro se refería sin cesar, Aquel quien él con tanta frecuencia declaraba que vivía entre ellos y que, sin embargo, permanecía sin que ninguno de ellos le reconociera. Aquella comunicación imponía a Mullá Husayn el temor a Dios, le recomendaba encarecidamente a considerarlo el instrumento más poderoso con que resistir la agresión del enemigo y la característica distintiva de cada verdadero seguidor de la Fe. Estaba redactado en términos de ternura y afecto tales, que nadie que lo leyera podía dudar que el que la escribió se estaba despidiendo de su amado discípulo y que no abrigaba esperanza alguna de verle de nuevo en este mundo.

En aquellos días Siyyid Kázim era cada vez más consciente de la aproximación de la Hora en que el Prometido debía ser revelado[7]. Comprendió cuán densos eran aquellos velos que impedían a los buscadores percibir la gloria de la Manifestación oculta. De acuerdo con esto, hizo un gran esfuerzo por remover gradualmente, con cuidado y sabiduría, cualquier barrera que pudiera hallarse en el camino del reconocimiento pleno de ese Tesoro oculto de Dios. Repetidamente instaba a sus discípulos que tuvieran presente el hecho de que Aquél cuyo advenimiento esperaban no aparecería ni de Jábulqá ni de Jábulsá[8]. Incluso hacía alusión a Su presencia en medio de ellos mismos. "Le veis con vuestros propios ojos", decía con frecuencia, "y sin embargo no Le reconocéis". A sus discípulos que le preguntaban sobre los signos de la Manifestación, decía: "Él es de noble linaje. Descendiente del Profeta de Dios, de la familia de Háshim. Es joven y posee conocimiento innato. Su sabiduría deriva, no de las enseñanzas de Shaykh Ahmad, sino de Dios. Mis conocimientos no son sino una gota en comparación con la inmensidad de Sus conocimientos; mis logros, una partícula de polvo en comparación con las maravillas de Su gracia y poder. No, inmensurable es la diferencia. Es de estatura mediana, no fuma y es extremadamente devoto y piadoso"[9]. Algunos de los discípulos del Siyyid, a pesar de las declaraciones de su maestro, creían que él era el Prometido, porque en él reconocían los signos a los que aludía. Entre ellos había un tal Mullá Mihdíy-i-Khu'í, quien llegó al extremo de hacer pública esta creencia, con lo que el Siyyid se sintió muy disgustado y le habría expulsado del conjunto de sus discípulos elegidos, si no hubiera suplicado el perdón y manifestado arrepentimiento por su acción.

El mismo Shaykh Hasan-i-Zunúzí me informó que él también abrigaba las mismas dudas, de modo que oró a Dios para que, si su suposición estaba bien fundada, le confirmara su creencia y si no, que fuera librado de tan vanas fantasías. "Me sentía tan perturbado", me contó en una ocasión, "que durante varios días no podía ni comer ni dormir". "Mis días pasaban en el servicio a Siyyid Kázim por quien sentían gran afecto. Cierto día, al amanecer, fui bruscamente despertado por Mullá Naw-Rúz, uno de sus servidores de confianza, quien, muy excitado, me pidió que me levantara y le siguiera. Fuimos a la cada de Siyyid Kázim a quien encontramos completamente vestido, con su ‘abá puesto, y listo para salir de su casa. Me pidió que le acompañara. ‘Una persona muy estimada y distinguida', me dijo, ha llegado. ‘Siento que a ambos nos incumbe visitarle'. Acababa de despuntar la aurora cuando me encontré caminando con él por las calles de Karbilá. Pronto llegamos a una casa en cuya puerta se encontraba de pie un Joven, como si estuviese esperándonos. Llevaba puesto un turbante verde y Su rostro reflejaba una expresión de humildad y bondad que me es imposible describir. En silencio, se acercó a nosotros, extendió Sus brazos hacia Siyyid Kázim y le abrazó cariñosamente. Su afabilidad y amorosa bondad contrastaban en forma muy singular con el sentimiento de profunda reverencia que caracterizaba la actitud de Siyyid Kázim hacia él. Estupefacto y con la cabeza inclinada, recibió las múltiples expresiones de afecto y estima con que le recibió aquel Joven. Pronto nos condujo hasta la planta superior de aquella casa y entró en una habitación adornada con flores y aromada con los más deliciosos perfumes. Nos pidió que nos sentáramos. Sin embargo, no supimos en realidad qué asientos ocupábamos, tan arrollador era el sentimiento de deleite que se apoderó de nosotros. Vimos una copa de plata que había sido colocada en el centro de la habitación, el cual nuestro Joven Anfitrión, poco después de habernos sentado, llenó a rebosar y ofreció a Siyyid Kázim diciendo: ***‘Un sorbo de una bebida pura les dará su Señor***'[10]. Siyyid Kázim tomó la copa con ambas manos y bebió. Un sentimiento de reverente júbilo llenó su ser, un sentimiento que no pudo reprimir. A mí también se me ofreció una copa de esa bebida, aunque no se me dirigió ninguna palabra. Todo lo que se dijo en esa memorable reunión fue la frase del Corán antes mencionada. Poco después, el Anfitrión se levantó de Su asiento y, acompañándonos hasta el umbral de la casa, se despidió de nosotros. Tan asombrado estaba que no podía mencionar palabra y no sabía cómo expresar la cordialidad de Su recibimiento, la dignidad de Su porte, el encanto de ese Rostro y la deliciosa fragancia de esa bebida. Cuán grande fue mi asombro cuando vi a mi maestro beber, sin la menor vacilación, ese trago sagrado de una copa de plata cuyo uso, según los preceptos del islám,

está prohibido a los fieles. No podía explicar el motivo que había inducido al Siyyid a mostrar reverencia tan profunda en la presencia de ese Joven -una reverencia que ni siquiera la contemplación del santuario del Siyyidu'sh-Shuhadá' había podido despertar. Tres días más tarde vi a ese mismo Joven llegar y tomar asiento en medio del grupo reunido de los discípulos de Siyyid Kázim. Se sentó cerca de la entrada y, con la misma modestia y dignidad, escuchó la discurso del Siyyid. En cuanto sus ojos vieron a ese Joven, el Siyyid dejó de hablar y guardó silencio. En vista de esto, uno de sus discípulos le rogó que reanudara el argumento que había dejado inconcluso. ‘¿Qué más puedo decir?', replicó Siyyid Kázim volviendo su rostro hacia el Báb. ‘¡Observad, la Verdad está más manifiesta que el rayo de luz que ha caído sobre esa falda!'. Inmediatamente observé que el rayo de luz a que se refería el Siyyid había caído sobre la falda de ese mismo Joven a quien habíamos visitado hacía poco. Entonces aquél indagador inquirió: ‘¿Cómo es que usted ni revela Su nombre ni identifica Su persona?'. A esto el Siyyid contestó señalando su garganta con su dedo dando a entender que si él fuera a divulgar Su nombre, ambos serían ejecutados inmediatamente. Esto aumentó aún más mi perplejidad. Ya había oído decir a mi maestro que la perversidad de esta generación es tal que si indicara con su dedo al Prometido y dijera: ‘Él es, en verdad el Amado, el deseo de vuestros corazones y del mío', aún así no serían capaces de reconocerle y aceptarle. Vi que el Siyyid mostraba de hecho con su dedo el rayo de luz que había caído en esa falda y, sin embargo, nadie entre los presentes parecía comprender su significado. Yo, por mi parte, estaba convencido de que el Siyyid mismo nunca podría ser el Prometido, pero que un misterio inescrutable para todos nosotros yacía oculto en ese Joven extraño y atrayente. En varias ocasiones me acerqué a Siyyid Kázim para buscar de él la elucidación de este misterio. Cada vez que me acerqué a él me sentí sobrecogido por un sentimiento de pavor y respeto que su personalidad inspiraba tan poderosamente. Con frecuencia le oí comentar: ‘¡Oh Shaykh Hasan!, regocíjate porque tu nombre es Hasan (loable); Hasan tu comienzo y Hasan tu fin. Has tenido el privilegio de alcanzar el día de Shaykh Ahmad, has estado íntimamente relacionado conmigo y, en los días venideros, tuyo será el júbilo inestimable de contemplar ‘"lo que ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ni corazón alguno ha concebido"'.

Con frecuencia me sentí impulsado a buscar a solas la presencia de ese Joven Háshimite y tratar de desentrañar Su misterio. Le observé varias veces, mientras permanecía de pie en actitud de oración, a la puerta del santuario del Imám Husayn. Tan absorto estaba en Sus devociones que parecía completamente inconsciente de los que Le rodeaban. Llovían lágrimas de Sus ojos, y de Sus

labios brotaban palabras de glorificación y alabanza de tal poder y belleza que ni aún los pasajes más nobles de nuestras Sagradas Escrituras podían esperar sobrepasar. Las palabras ***"Oh Dios, mi Dios, mi Bienamado, el Deseo de mi corazón",*** eran pronunciadas con tal frecuencia y ardor que aquellos de los peregrinos visitantes que estaban suficientemente cerca como para oírle interrumpían instintivamente sus devociones y se maravillaban antes las evidencias de piedad y veneración que mostraba ese rostro juvenil. Como Él, se sintieron conmovidos hasta las lágrimas y de Él aprendieron la lección de la verdadera adoración. Después de haber terminado Sus oraciones, aquel Joven, sin cruzar el umbral del santuario y sin tratar de dirigir palabra alguna a los que Le rodeaban, regresaba tranquilamente a Su hogar. Me sentí impulsado a dirigirle la palabra, pero cada vez que intentaba acercarme, una fuerza que no podía explicar ni resistir, me detenía. Mis indagaciones sobre Él obtuvieron la información de que residía en Shíráz, que era comerciante de profesión y no pertenecía a ninguna orden eclesiástica. Además se me informó que tanto Él como Sus tíos y parientes eran admiradores fervientes de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. Poco después supe que había partido rumbo a Najaf en su ruta hacia Shíráz. Ese Joven había encendido mi corazón. El recuerdo de esa visión me acosaba constantemente. Mi alma estaba unida a la Suya hasta el día en que el llamado de un Joven de Shíráz, proclamándose ser el Báb llegó a mis oídos. Inmediatamente pasó como un rayo por mi mente la idea de que esa persona no podía ser otra que ese mismo Joven que había visto en Karbilá, el Joven del deseo de mi corazón.

"Más tarde, cuando viajé de Karbilá a Shíráz, me encontré con que Él había partido en peregrinaje a Meca y Medina. Le hallé a Su regreso y traté, a pesar de muchos obstáculos en mi camino, de permanecer cerca de Él. Cuando posteriormente fue encarcelado en la Fortaleza de Máh-Kú, en la provincia de Ádhirbáyján, me dedicaba a transcribir los versos que dictaba a Su amanuense. Todas las noches, por un período de nueve meses, durante los cuales estuvo prisionero en esa fortaleza, revelaba, después de ofrecer su oración del atardecer, un comentario sobre un juz'[11] del Corán. De este modo, al cabo de cada mes se completaba un comentario sobre todo ese Libro Sagrado. Durante Su encarcelamiento en Máh-Kú, Él había revelado nueve comentarios sobre todo el Corán. En Tabríz, los textos de esos comentarios fueron entregados en custodia a cierto Siyyid Ibráhím-i-Khalíl, a quien se le dieron instrucciones de ocultarlos hasta que llegara el momento propicio para su publicación. Se desconoce su suerte hasta la fecha".

"A propósito de uno de estos comentarios, cierto día el Báb preguntó: "¿Cuál prefiere; este comentario que acabo de revelar o el Ahsanu'l-Qisas, Mi

comentario anterior sobre el Súrih de José? ¿Cuál de los dos es superior a su parecer?". "Para mí", contesté, "el Ahsanu'l-Qisas parece estar dotado de mayor poder y encanto". Sonrió ante mi observación y dijo: "Aún no está usted familiarizado con el tono y tenor de este último comentario. Las verdades encerradas en éste permitirán al buscador alcanzar el objeto de su investigación con mayor rapidez y efectividad".

"Continué estrechamente asociado con Él hasta que se produjo el gran encuentro de Shaykh Tabarsí. Al ser informado de aquel evento, el Báb dio instrucciones a Sus compañeros de que se apresuraran en ir a aquél lugar y ofrecer toda la ayuda posible a Quddús, Su discípulo heroico y distinguido. Dirigiéndose a mi cierto día, dijo: ***"Si no hubiera sido por Mi encarcelamiento en el Jabal-i-Shadíd, la fortaleza de Chihríq, Me hubiera incumbido prestar Mi ayuda personal a Mi bienamado Quddús. A ti, no se te ha impuesto participar en esa lucha. Debes ir a Karbilá y permanecer en esa ciudad sagrada ya que estás destinado a contemplar, con tus propios ojos, el bello rostro del prometido Husayn. Mientras contemplas ese Rostro radiante, acuérdate también de Mí. Exprésale Mi ferviente devoción".*** Una vez más agregó estas palabras: ***"En verdad digo, te he confiado una gran misión. Ten cuidado para que tu corazón no desfallezca, para que no te olvides de la gloria con que te he investido".***

"Poco después me trasladé a Karbilá y, como se me había pedido, viví en esa santa ciudad. Temiendo que mi prolongada estancia en ese centro de peregrinaje despertara sospechas, decidí casarme. Comencé a ganarme la vida como escriba. ¡Cuántas aflicciones me acaecieron a manos de los Shaykhís, aquellos que profesaban ser seguidores de Shaykh Ahmad y sin embargo fracasaron en reconocer al Báb! Conscientes de los consejos de ese amado Joven, me sometí pacientemente a las indignidades que se me infligieron. Viví durante dos años en esa ciudad. Mientras tanto, ese Joven sagrado fue liberado de Su prisión terrenal y, mediante Su martirio, fue salvado de las atroces crueldades que habían acosado los últimos años de Su vida".

"Habían transcurrido dieciséis meses lunares, menos veintidós días, desde el día del martirio del Báb cuando en el día de ‘Arafih[12], en el año 1267 D.H.[13], mientras pasaba cerca de la puerta del patio interior del santuario del Imám Husayn, mis ojos vieron por primera vez a Bahá'u'lláh. ¡Qué diré del Rostro que contemplé! La belleza de ese Rostro, aquellos rasgos exquisitos que ninguna pluma ni pincel pueden describir, Su mirada penetrante, Su Rostro bondadoso, la majestad de Su porte, la dulzura de Su sonrisa, la exuberancia de Sus cabellos negros como el azabache, dejaron en mi alma una impresión imborrable. En aquél tiempo yo era un anciano, encorvado por los años. ¡Cuán amorosamente

avanzó hacia mí! Me tomó la mano y en tono que revelaba poder y belleza a la vez, se dirigió a mí con estas palabras: ***"En este mismo día Me he propuesto darte a conocer como bábí en toda Karbilá"***. Con mi mano aún en la Suya, siguió conversando conmigo. Me acompañó a lo largo de la calle del mercado y finalmente dijo: ***"Alabado sea Dios porque has permanecido en Karbilá y has contemplado con tus propios ojos el rostro del prometido Husayn"***. Inmediatamente recordé la promesa que me había hecho el Báb. Sus palabras, que yo consideraba se referían a un futuro remoto, no las había compartido con nadie. Estas palabras de Bahá'u'lláh me conmovieron hasta lo más hondo de mi ser. Me sentí impelido a proclamar a un pueblo negligente, en ese mismo instante y con toda mi alma y poder, el advenimiento del Husayn prometido. Sin embargo, me pidió que controlara mis emociones y ocultara mis sentimientos. ***"Aún no",*** susurró en mis oídos; ***"la Hora señalada se acerca. Aún no ha llegado. Ten confianza y sé paciente".*** Desde ese momento desaparecieron todos mis pesares. Mi alma estaba inundada de júbilo. En aquellos días era tan pobre que la mayor parte del tiempo pasaba hambre. Sin embargo, me sentí tan rico que todos los tesoros de la tierra se esfumaban en la nada cuando los comparaba con lo que ya poseía. ***"Tal es la gracia de Dios; a quién Él desea, la confiere: Él es, en verdad, de una bondad inmensa".***

Después de esta digresión, vuelvo ahora a mi tema. Me había estado refiriendo al ansia con que Siyyid Kázim había decidido rasgar aquellos velos que se interponían entre la gente de su tiempo y el reconocimiento de la Manifestación prometida. En las páginas de introducción a sus obras tituladas Sharh-i-Qasídih y Sharh-i-Khutbih[14], alude en lenguaje velado al bendito nombre de Bahá'u'lláh. En un folleto, el último que escribió, menciona explícitamente el nombre del Báb por su referencia al término "Dhikru'lláh-i-A‘zam". En él escribe: "Al dirigirme a este noble ‘Dhikr'[15], esta poderosa voz de Dios, digo: "Tengo aprehensión del pueblo, no sea que te haga daño. Tengo aprehensión de mi mismo, no sea que yo también te lastime. Te temo, tiemblo ante tu autoridad, siento pavor de la época en que vives. Si te atesorara como la niña de mis ojos hasta el Día de la Resurrección, no habría probado suficientemente mi devoción hacia Ti"[16].

¡Cuán gravemente padeció Siyyid Kázim a manos de los malvados! ¡Cuánto daño le hizo aquella vil generación! Durante años sufrió en silencio y sobrellevó con heroica paciencia todas las indignidades, las calumnias, y las denuncias que fueron colmadas sobre él. Sin embargo, era su destino atestiguar, durante los últimos años de su vida, cómo la Mano vengadora de Dios "destruyó con aniquilación total" a los que se le opusieron, le vilipendiaron y conspiraron en su

contra. En aquel tiempo los discípulos de Siyyid Ibráhím, aquel notorio enemigo de Siyyid Kázim, se unieron con el objeto de provocar trastornos y poner en peligro la vida de su formidable adversario. Por todos los medios a su alcance, trataron de envenenar las mentes de sus admiradores y amigos, minar su autoridad y desacreditar su nombre. No se levantó una sola voz de protesta ante al agitación que preparaba arteramente esa gente atea y traicionera, cada uno de los cuales afirmaba ser un exponente de verdadera sabiduría y depositario de los misterios de la Fe de Dios. Nadie trató de disuadirlos ni hacerles ver la luz. Alcanzaron tal poder y encendieron tal conflagración que lograron expulsar de Karbilá, en forma denigrante, al representante oficial del gobierno otomano y usaron para su propios y sólidos fines todos los ingresos que le correspondía recolectar. Su actitud amenazadora despertó al gobierno central en Constantinopla el que envió un oficial militar al lugar de la agitación con plenos poderes para apagar los fuegos de la rebeldía. Con las fuerzas bajo sus órdenes sitió la ciudad y envió una comunicación a Siyyid Kázim en que le rogaba pacificar los ánimos del exaltado populacho. Le pidió que aconsejara moderación a sus habitantes, los indujera a abandonar su terquedad y someterse voluntariamente a su gobierno. Si aceptaban sus consejos, prometió cuidar de su seguridad y protección, proclamaría una amnistía general y trataría de promover su bienestar. Sin embargo, si rehusaban someterse, les advirtió que sus vidas correrían peligro y que una calamidad general les sobrevendría sin lugar a dudas.

En cuanto recibió esta comunicación formal Siyyid Kázim hizo llamar a los principales instigadores del movimiento y con gran sabiduría y afecto, les exhortó que dejaran de causar agitación y que entregaran las armas. Habló con tal elocuencia y persuasión, con tanta sinceridad y desprendimiento que se ablandaron sus corazones y dejaron de oponer resistencia. Se comprometieron solemnemente a abrir, al amanecer del siguiente día, las puertas de la ciudad y presentarse, en compañía de Siyyid Kázim, al oficial que mandaba las fuerzas sitiadoras. Se acordó que Siyyid Kázim intervendría en su favor y obtendría para ellos lo que asegurara su tranquilidad y bienestar. Apenas habían dejado la presencia del Siyyid cuando los ‘ulamás, los principales instigadores de la rebelión, se levantaron de común acuerdo para frustrar este plan. Sabedores de que tal intervención de parte del Siyyid, que ya había despertado su envidia, serviría para aumentar su prestigio y consolidar su autoridad, decidieron persuadir a cierto número de los elementos de la población que eran excitables y tontos que salieran de noche y atacaran las fuerzas del enemigo. Les aseguraron que ganarían una victoria porque uno de ellos había tenido un sueño en que había

visto a ‘Abbas[17], quien le había ordenado incitar a sus seguidores que hicieran la guerra santa a los sitiadores y le había prometido que tendrían éxito.

Engañados por esta vana promesa, rechazaron las advertencias de ese sabio y juicioso consejero y se levantaron con el objeto de llevar a cabo los designios de sus estúpidos jefes. Siyyid Kázim, que bien conocía la malvada influencia que era causante de esa revuelta, envió un informe detallado y fiel de la situación al comandante turco quién volvió a escribir a Siyyid Kázim y reiteró su llamada para una solución pacífica de la situación. Aún más, declaró que en un momento dado forzaría las puertas de la ciudadela y consideraría la casa del Siyyid como el único lugar de refugio para un enemigo derrotado. El Siyyid hizo circular esta declaración por toda la ciudad. Sólo sirvió para despertar la burla y el desprecio de la población. Cuando se le informó de la recepción dada a esa declaración, el Siyyid observó: "En verdad, aquello con que se les ha amenazado es para el amanecer. ¿No está próximo el amanecer?"[18].

Al romper el alba, la hora fijada, las fuerzas del enemigo bombardearon los muros de la ciudadela, demolieron las murallas, entraron a la ciudad y saquearon y masacraron a gran número de la población. Muchos huyeron consternados al patio del santuario del Imám Husayn. Otros buscaron refugio en el santuario de ‘Abbas. Los que amaban y veneraban a Siyyid Kázim se dirigieron a su casa. Tan grande fue la multitud que se apresuró en busca de la protección de su residencia que fue necesario habilitar algunas de las casas vecinas con el objeto de acomodar a la muchedumbre de refugiados que se apiñaba a sus puertas. Tan grande era y excitado estaba el populacho que llenaba su casa que, una vez pasado el tumulto, se pudo comprobar que no menos de veintidós personas habían muerto pisoteadas.

¡Cuán grande fue la consternación que se apoderó de los residentes y visitantes de la ciudad sagrada! ¡Cuán severo fue el trato que los victoriosos dieron a su aterrado enemigo! ¡Con cuánta audacia ignoraron los sagrados derechos y prerrogativas con que la piedad de innumerables peregrinos musulmanes había investido los lugares sagrados de Karbilá! Rehusaron reconocer tanto al santuario del Imám Husayn como el sagrado mausoleo de ‘Abbás como refugios inviolables para los miles que huyeron ante la ira vengadora de un pueblo extranjero. Los sagrados recintos de ambos santuarios se regaron con la sangre de las víctimas. Un lugar, un sólo lugar, podía afirmar su derecho de asilo para los inocentes y fieles de entre la población. Ese lugar era la residencia de Siyyid Kázim. Su hogar con sus dependencias fue considerado como provisto de una santidad tal, que ni aún el santuario más sagrado del islám shí‘ah había logrado conservar. Esta extraña manifestación de la ira vengadora de

Dios fue una humillante lección para aquellos que se sentían inclinados a menospreciar la estación de ese hombre sagrado. Ese acontecimiento memorable[19] acaeció el octavo día de Dhi'l-Hijjih en el año 1258 D.H.[20].

Se admite como evidente que en toda época y dispensación, aquellos cuya misión es proclamar la Verdad o preparar el camino para su aceptación, invariablemente han afrontado el antagonismo de numerosos adversarios poderosos quienes desafiaron su autoridad y trataron de pervertir sus enseñanzas. Ya sea mediante el fraude o engaño, calumnia u opresión, han logrado, durante cierto tiempo, persuadir a los ignorantes y llevar a los débiles por mal camino. Deseosos de conservar su control sobre el pensamiento y la conciencia de los hombres, mientras ha permanecido oculta la Fe de Dios, han podido gozar de los frutos de un dominio fugaz y precario. Sin embargo, en cuanto se proclamó la Fe encontraron, con gran consternación, que los efectos de sus oscuras intrigas palidecían ante la luz del amanecer del Día de Dios. Ante los candentes rayos de aquél Orbe emergente todas sus maquinaciones y malvadas actuaciones quedaron reducidas a la nada y pronto fueron asuntos olvidados.

Asimismo, alrededor de Siyyid Kázim se habían reunido algunas personas vanidosas e indignas que simulaban tenerle devoción y afecto; profesaban ser devotos y piadosos y pretendían ser los únicos depositarios de los misterios contenidos en las palabras de Shaykh Ahmad y su sucesor. Ocupaban los sitios de honor cuando se reunían en asamblea los discípulos de Siyyid Kázim. A ellos dirigía sus discursos y hacia ellos mostraba especial consideración y cortesía. Y sin embargo, con frecuencia aludían en frases sutiles y veladas, a su ceguera, vanagloria y completa ineptitud para aprehender los misterios de la Divina expresión. Entre sus alusiones está la siguiente: "Nadie puede entender mi lenguaje salvo el que de mí es engendrado". Con frecuencia citaba el dicho: "Me encuentro anonadado por la visión. Estoy mudo de asombro y contemplo al mundo privado del poder de oír. Estoy impotente para divulgar el misterio y encuentro que la gente es incapaz de sobrellevar su peso". En otra ocasión remarcó: "Muchos son los que afirman haber alcanzado unión con el Bienamado y sin embargo el Bienamado rehúsa reconocer su pretensión. Por las lágrimas que derrama por su Amado se puede distinguir al verdadero amante del falso". Muchas veces observó: "El que está destinado a manifestarse después de mí, es de linaje puro, de ilustre descendencia, de la simiente de Fátimih. Es de estatura mediana y no sufre ninguna deficiencia física"[21].

He oído a Shaykh Abú-Turáb[22] relatar lo siguiente: "Yo, junto con algunos de los discípulos de Siyyid Kázim, consideré las alusiones a estas deficiencias que el

Siyyid declaraba no existían en el Prometido, como dirigidas a tres individuos de entre nuestros condiscípulos. Incluso los designábamos por apodos que correspondían a sus defectos físicos. Uno de ellos era Hájí Mírzá Karím Khán[23], hijo de Ibráhím Khán-i-Qájár-i-Kirmání, a quien le faltaba un ojo y era de barbas ralas. Otro era Mírzá Hasan-i-Gawhar, hombre de excepcional corpulencia. El tercero era Mírzá Muhít-i-Shá'ir-i-Kirmání, quien era sumamente alto y delgado. Sentíamos que no eran sino éstos aquellos a quienes el Siyyid aludía constantemente como la gente vanidosa e infiel quienes eventualmente revelarían lo que realmente eran y darían a conocer su ingratitud y estupidez. En cuanto a Hájí Mírzá Karím Khán, quien se sentó durante años a los pies de Siyyid Kázim y recibió de él toda su, así llamada, sabiduría, finalmente obtuvo de su maestro permiso para establecerse en Kirmán y dedicarse a la promoción de los intereses del islám y la diseminación de aquellas tradiciones que se apiñaban en torno a la sagrada memoria de los Imámes de la Fe.

"Me hallaba presente en la biblioteca de Siyyid Kázim cuando, cierto día, llegó un ayudante de Hájí Mírzá Karím Khán con un libro en la mano que entregó al Siyyid de parte de su amo, pidiéndole que lo leyera y, de su propio puño y letra, dejara constancia de su aprobación del contenido. El Siyyid leyó algunos partes de aquel libro y lo devolvió al ayudante con este mensaje: "Decidle a tu amo que él, mejor que nadie, puede estimar el valor de su propio libro". El ayudante se había ido cuando el Siyyid con voz apesadumbrada, remarcó: "¡Maldito sea! Durante años ha estado asociado conmigo y ahora que es su intención irse, su único objeto, después de tanto tiempo de estudio y compañerismo, es difundir, mediante este libro, doctrinas herejes y ateas que ahora quiere que yo endorse. Se ha puesto de acuerdo con cierto número de hipócritas egoístas con el fin de establecerse en Kirmán con el propósito de asumir, después de mi partida de este mundo, las riendas de indiscutida jefatura. ¡Cuán profundamente se ha equivocado en su juicio! Porque la brisa de la Revelación divina, soplando del Manantial de guía, con toda seguridad apagará su luz y destruirá su influencia. El árbol de su esfuerzo finalmente no dará otro fruto más que la amarga desilusión y roedor remordimiento. En verdad digo, lo verán con tus propios ojos. Mi oración para ti es que seas protegido de la malévola influencia que él, el anticristo de la prometida Revelación, ejercerá en el futuro". Me pidió no dar a conocer esta predicción hasta el Día de la Resurrección, el Día cuando la Mano de Omnipotencia habrá dado a conocer los secretos que ahora se encuentran ocultos en los pechos de los hombres. "En ese día", me exhortó, "levántate con inquebrantable propósito y determinación para el triunfo de la Fe de Dios. Proclama a los cuatro vientos todo lo que has visto y

oído". Este mismo Shaykh Abú-Turáb, quien en los primeros días de la Dispensación proclamada por el Báb pensó que era mejor y más sabio no identificarse con Su Causa, guardaba en su corazón profundo amor por la revelada Manifestación y permaneció firme e inamovible en su fe como una roca. Eventualmente esa brasa ardiente estalló en llamas en su alma y fue responsable de conducta tal de su parte como para que sufriera encarcelamiento en Teherán, en la misma mazmorra en que fuera confinado Bahá'u'lláh. Permaneció firme hasta el fin y coronó una vida de amor y sacrificio con la gloria del martirio.

A medida que se acercaba el fin de los días de Siyyid Kázim, siempre que se encontraba con sus discípulos, ya fuera en conversación privada o en público, los exhortaba diciendo: "¡Oh mis queridos compañeros! ¡Cuidado! ¡Cuidado! No sea que después de mí las vanidades perecederas del mundo os engañen. Cuidado que no os volváis orgullosos y olvidadizos de Dios. Os incumbe renunciar a toda comodidad, toda posesión y parentela terrena en busca de Él quien es el Deseado de vuestros corazones y del mío. Dispersaos en todas direcciones, desprendeos de toda posesión terrenal y con humildad y devoción rogad a vuestro Señor que os sostenga y guíe. No cedáis nunca en vuestra determinación de buscar y encontrar a aquel que está oculto tras los velos de Gloria. Perseverad hasta el momento cuando Él, quien es vuestro verdadero Guía y Maestro, con bondad os ayude y permita que Lo reconozcáis. Permaneced firmes hasta en día en que Él os elegirá como los compañeros y heroicos defensores del Qá'im prometido. Bien sea con cada uno de vosotros que libe la copa del martirio en Su sendero. Aquellos de vosotros a quienes Dios, en Su sabiduría, preservará y guardará para que atestigüen el ocaso de la Estrella de Guía Divina, aquel Heraldo del Sol de Revelación, deben tener paciencia y permanecer firmes y fieles. Esos de entre ustedes no deben vacilar ni desmayar. Porque poco después del primer trompetazo que ha de castigar a la tierra con exterminio y muerte, se oirá aún otra llamada con la cual todas las cosas serán vivificadas y renovadas. Entonces se revelará el significado de estos versos sagrados: ***"Y hubo una llamada en la trompeta y todos los que están en los cielos y en la tierra expiraron, salvo los que Dios permitió vivir. Entonces sonó otro trompetazo y ¡he aquí!, levantándose, miraron alrededor suyo. Y la tierra brilló con la luz de su Señor, fue establecido el Libro y los Profetas fueron levantados, y los testigos; y se juzgó entre ellos con equidad y a ninguno se le hizo injusticia"***[24]. En verdad, digo, después del Qá'im se manifestarán en Qayyúm[25]. Porque una vez que se haya puesto la estrella de Aquel, el sol de la Belleza de Husayn se levantará e iluminará a todo el mundo. Entonces de desenvolverán en toda su gloria el "misterio" y el "secreto" de que hablaba Shaykh Ahmad, quien dijo: "El misterio

de esta Causa debe, necesariamente, manifestarse y el secreto de este Mensaje debe ser, necesariamente, divulgado". Haber alcanzado ese día es haber alcanzado la corona de gloria de las generaciones pasadas y una buena acción ejecutada en esa edad es igual a la piadosa oración de incontables siglos. ¡Cuán a menudo ha recitado esa venerable alma, Shaykh Ahmad, los versos del Corán ya mencionados! ¡Cuánto énfasis puso en ellos como premonitores del advenimiento de esas Revelaciones gemelas que han de seguir una a la otra en rápida sucesión y cada una de las cuales ha de inundar al mundo con toda su gloria! ¡Cuántas veces exclamó: "Bienaventurado aquél que reconozca su significado y contemple su esplendor!" ¡Cuán a menudo, dirigiéndose a mí, remarcó: "Ninguno de nosotros vivirá para contemplar su refulgente gloria. Pero muchos de los fieles de entre tus discípulos verán el Día que nosotros, desafortunadamente, jamás podemos esperar contemplar! ¡Oh mis queridos compañeros! ¡Cuán grande, cuán grandiosa es la Causa! ¡Cuán exaltada la estación a la cuál os llamo! ¡Cuán grande la misión para la cuál os he estado preparando y entrenando! Preparaos y esforzaos y fijad vuestra mirada en Su persona. Pido a Dios que por Su gracia os ayude a sobrellevar las tormentas de pruebas y dificultades que, necesariamente, os acosarán; que os ayude a salir, sin un rasguño y triunfantes, de en medio de ellas y que os guíe hacia vuestro elevado destino".

Todos los años, en el mes de Dhi'l-Qa'dih, el Siyyid iba de Karbilá a Kázimayn[26] con el objeto de visitar los santuarios de los Imámes. Acostumbraba a volver a Karbilá a tiempo para visitar, en el día de 'Arafih, el santuario del Imám Husayn. Ese año, el último de su vida, fiel a su costumbre, partió de Karbilá en los primeros días del mes de Dhi'l-Qa'dih, en el año 1259 D.H.[27], acompañado por cierto número de sus compañeros y amigos. En el cuarto día de ese mes llegó al Masjid-i-Baráthá, situado en el camino principal entre Bagdad y Kázimayn, a tiempo para ofrecer sus oraciones del mediodía. Pidió al almuecín llamar a los fieles a reunirse y orar. De pie bajo la sombra de una palmera que se encontraba frente al masjid, se unió a la congregación y recién había terminado sus devociones cuando repentinamente apareció un árabe, se acercó al Siyyid y lo abrazó: "Hace tres días", dijo, "guardaba mi rebaño en la vecina pradera cuando repentinamente me quedé dormido. En mi sueño vi a Muhammad, el Apóstol de Dios, quien me habló las siguientes palabras: "Presta atención ¡oh pastor! a mis palabras, y atesóralas en tu corazón. Porque estas palabras Mías son un fideicomiso de Dios que entrego a tu cuidado. Si eres fiel a ellas, grande será tu recompensa. Si las desprecias, te sobrevendrá severa retribución. Escúchame, este es el cometido que entrego a tu cuidado. Permanece en las vecindades del Masjid-i-Baráthá. Al tercer día de este sueño un vástago de Mi descendencia,

Siyyid Kázim de nombre, acompañado por sus amigos y compañeros, llegará, al mediodía, bajo la sombra de la palmera frente al masjid. Allí ofrecerá sus oraciones. En cuanto lo vean tus ojos ve en su busca y dale mi cariñoso saludo. Dile de Mí: "Regocíjate, porque se acerca la hora de tu partida. Una vez que hayas visitado Kázimayn y hayas regresado a Karbilá, allí, tres días después de tu regreso, en el día de 'Arafih[28], remontará el vuelo hacia Mí. Poco después, Él quien es la Verdad se manifestará. Entonces será iluminado el mundo por la luz de Su semblante". Una sonrisa iluminó el rostro de Siyyid Kázim al completarse la descripción del sueño relatado por ese pastor. Dijo: "De la verdad del sueño que has tenido no hay duda". Sus compañeros se sintieron profundamente apesadumbrados. Volviéndose a ellos dijo: "¿No es vuestro amor por mí a causa del Verdadero cuyo advenimiento todos esperamos? ¿No quisierais que muriera para que el Prometido pueda ser revelado?" Este episodio, en su totalidad, me ha sido relatado por no menos de diez personas, todas las cuales estuvieron presentes en esa ocasión y testifican su exactitud. ¡Y sin embargo, muchos de los que atestiguaron con sus propios ojos signos tan maravillosos, han rechazado la Verdad y repudiado su Mensaje! Este extraño acontecimiento fue muy comentado. Entristeció el corazón de los que en verdad querían a Siyyid Kázim. A éstos, con infinita ternura y júbilo, dijo palabras de aliento y consuelo. Apaciguó sus desasosegados corazones, fortaleció su fe y avivó la llama de su celo. Con dignidad y serenidad completó su peregrinaje y volvió a Karbilá. El mismo día de su llegada enfermó y tuvo que guardar cama. Sus enemigos difundieron el rumor que había sido envenenado por el Gobernador de Bagdad. Esto no era sino una calumnia y completamente falso, en cuanto el Gobernador mismo había puesto toda su confianza en Siyyid Kázim y siempre lo había considerado como un dirigente de mucho talento, provisto de aguda percepción y poseedor de un carácter irreprochable[29]. El día de 'Arafih, en el año 1259 D.H. a la madura edad de sesenta años, Siyyid Kázim, de acuerdo con la visión de aquel humilde pastor, dijo adiós a este mundo dejando tras sí un grupo de discípulos fervorosos y devotos quienes, libres de todo deseo mundano, salieron en busca de su Bienamado prometido. Sus restos sagrados fueron enterrados dentro de los recintos del santuario de Imám Husayn[30]. Su fallecimiento produjo un tumulto en Karbilá similar a la agitación que se había apoderado del pueblo el año anterior[31], en el día de 'Arafih, cuando el enemigo victorioso forzó las puertas de la ciudadela y masacró a un número considerable de sus asediados habitantes. Un año antes, en ese día, su hogar había sido el único refugio de paz y seguridad para los desposeídos y sin hogar, mientras ahora había llegado a ser la casa del dolor

donde los que habían llegado a ser sus amigos y a quienes había ayudado, lloraban su pérdida y lamentaban su partida[32].

Notas

1.- Él fue el primero en creer en el Báb, quien le dio este título.

2.- "Los Madrisihs o colegios persas se encuentran totalmente en manos del clero y hay varios en cada ciudad grande. Generalmente están formados por un patio rodeado de edificios que contienen piezas para estudiantes y maestros, con un portón al lado; y a menudo hay también un jardín y una noria en el centro del patio... Muchos de los madrisihs han sido fundados y dotados por reyes o gente piadosa". (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, pág. 365).

3.- Una prenda de vestir exterior, suelta, que se parece a una capa, hecha generalmente de pelo de camello.

4.- Equivalente a más o menos cien dólares, suma considerable en esos tiempos.

5.- Corán, 76:9

6.- El Báb, en el Dalá'il-i-Sab'ih, se refiere a Mullá Husayn en estos términos: "Tú sabes quien fue el primero en confesar esta Fe: tú sabes que la mayor parte de los doctores Shaykhí, Siyyidíyyih y de otras sectas admiraban su ciencia y su talento. Cuanto entró en Isfahán, los pilluelos de la ciudad gritaban al verlo pasar: "¡Miren, un estudiante andrajoso acaba de llegar!" Y sin embargo, este hombre mediante sus pruebas y argumentos convenció a un Siyyid de su sabiduría reconocida: ¡Muhammad-Báqir! ¡En verdad! Esta es una de las pruebas de esta Manifestación puesto que, después de la muerte del Siyyid, este personaje fue a ver a la mayoría de los doctores del islám y no encontró la verdad sino donde el Maestro de la Verdad; así fue, entonces, que alcanzó el destino que le había sido fijado. ¡En verdad, las criaturas del comienzo y fin de esta Manifestación lo envidian y rodean hasta el día del Juicio! ¿Quién, pues, puede acusar a este maestro de la inteligencia, de debilidad mental y superficialidad?" (Le Livre des Sept Preuves, traducido por a. l. m. Nicolas, pág. 54).

7.- En relación con esto, el Báb reveló lo siguiente en el Dalá'il-i-Sab'ih: "¿Aquello que él decía por lo tanto desde su último viaje que tú mismo has oído, no se cuenta ya? ¿Y la historia de Mírzá Muhammad-i-Akhbárí que relató ‘Abdu'l-Husayn-i-Shushtarí? Mírzá Muhammad-i-Akhbárí preguntó cierto día, cuando estaba en Kazimayn, al venerable Siyyid, cuándo se manifestaría el Imám. El Siyyid recorrió con la mirada a la asamblea y le dijo: "En cuanto a ti, tú lo verás". Mullá Muhammad-Taqíy-i-Haraví relató también esta historia en Isfahán". (Le Livre des Sept Preuves, traducido por a. l. m. Nicolas, pág. 58).

8.- Véase nota al comienzo del libro ‘Distinguishing Features of Shí‘ah islám’.

9.- "Parece haber pruebas concluyentes que Siyyid Kázim se refirió a menudo, al acercarse el fin de su vida, a la Divina Manifestación que él creía muy próxima. Se complacía en decir: "Yo le veo como el sol que amanece". (Dr. T. K. Cheyne, ‘The Reconciliation of Races and Religions’, pág. 19).

10.- Corán, 76:21.

11.- Un juz es la trigésima parte del Corán.

12.- El noveno día del mes de Dhi'l-Hijjih.

13.- 5 de Octubre de 1851 D.C.

14.- El capítulo 2 de la obra de A. L. M. Nicolas Essai sur le Shaykhisme II, está dedicado por completo a una detallada enumeración de las ciento treinta y cinco obras escritas por Siyyid Kázim, entre las que se destacan por su interés las siguientes:

a) Sharh-i-Khutbiy-i-Tutunjíyyih.

b) Sharh-i-Qasídih.

c) Tafsírih Áyatu'l-Kursi.

d) Dar Asrár-i-Shihádat-i-Imam Husayn.

e) Cosmografía.

f) Dalílu'l-Mutahayyirín.

Se dice que sus obras exceden los 300 volúmenes (A Traveller's Narrative, Nota E, pág. 238).

15.- "Dhikr" significa "mención", "recuerdo".

16.- A. L. M. Nicolas cita, en el capítulo 3 de su Essai sur le Shaykhisme II, pág. 43, el siguiente extracto del Sharh-i-Qasídih de Siyyid Kázim: "lo he dicho, en cada período de cien años hay elegidos que difunden y siembran los preceptos que explican aquello que es ilícito y lo que es lícito, que dicen las cosas que estaban ocultas en los cien años precedentes. Dicho de otra manera, cada cien años se encuentra un personaje sabio y perfecto quien hace verdear y florecer el árbol de la ley religiosa, que regenera su tronco hasta tal punto que finalmente el libro de la Creación llega a su fin, en un período de mil doscientos años. En este momento se manifestarán cierto número de hombres perfectos quienes manifestarán ciertas cosas muy íntimas que se encontraban ocultas... Entonces, cuando se terminan los mil doscientos años, cuando ha terminado el primer ciclo que dependió de la aparición del Sol del Profeta, de la Luna del Vilayeto, llegan a su fin las influencias de este ciclo y comienza un segundo ciclo, para la explicación de los preceptos íntimos y de los secretos ocultos". Él mismo agrega luego las siguientes palabras: "Dicho de otra manera, para hacer aún más claro este lenguaje sorprendente que, en verdad, no necesita explicación, Siyyid Kázim nos dice que el primer ciclo que dura mil doscientos años es solamente para educar los cuerpos y los espíritus que dependen de esos cuerpos. Es como el niño en el vientre de su madre. El segundo ciclo es para la educación de los espíritus sanos, de las almas que no tienen ninguna relación con el mundo del cuerpo. Es como su Dios quisiera elevar los espíritus mediante el deber en este mundo. Por tanto es, cuando el primer ciclo se ha terminado, cuyo espectáculo es el nombre de Muhammad, llega el ciclo de la educación de las intimidades. En este ciclo las formas exteriores obedecen a las intimidades, mientras que en el período anterior las intimidades obedecían a las formas exteriores. Por lo tanto, en este segundo ciclo el nombre celestial del Profeta, que es Ahmad, es el lugar del espectáculo, el Maestro: "Pero este nombre debe forzosamente encontrarse en la mejor de la tierras, en el más puro de los aires". Nicolas agrega además en una acotación las siguientes palabras: "El nombre de Ahmad que se cita más arriba podría hacer creer que aquí se refiere a Shaykh Ahmad. Pero, a pesar de esto, no se puede decir de Lahça que es la mejor de las tierras. Se sabe, por el contrario, que todos los poetas persas se unen para cantar a Shíráz y su clima ideal. Por lo demás no hay más que ver lo que dice Shaykh Ahmad mismo de su país".

17.- Hermano del Imám Husayn.

18.- Corán, 11:81.

19.- A. L. M. Nicolas en su Essai sur le Shaykhisme II, págs. 29-30, describe el suceso así: "Fue en el año 1258 (1842) que sucedió este acontecimiento, el día de la fiesta de Qadr. Los ejércitos de Bagdad, bajo la dirección de Najíb Páshá, se apoderaron de Karbilá cuyos habitantes masacraron, saqueando las ricas mezquitas. Cerca de nueve mil personas fueron muertas y la mayoría de ellas eran persas. Muhammad Sháh estaba muy enfermo cuando sobrevinieron estos sucesos; además, los altos funcionarios se los ocultaron.

Cuando el Sháh, posteriormente, los supo, entró en gran cólera y juró tomar una venganza terrible. pero los representantes de Rusia e Inglaterra intervinieron para calmar los ánimos. Finalmente Mírzá Ja'far Khán Mushíru'd-Dawlih, de regreso de su embajada en Constantinopla, fue enviado a Erzeroum para reunirse con los delegados inglés, ruso y otomano.

Cuando llegó a Tabríz el plenipotenciario persa cayó enfermo. Hájí Mírzá Áqási nombró entonces como reemplazante a Mírzá Taqí Khán-i-Faráhání, Vazír Nizám: este se dirigió a Erzeroum con veinte oficiales.

El delegado turco era Anvar Effendi, quien se mostró muy cortés y conciliador, pero uno de los hombres del Amír Nizám cometió un acto que significaba un atentado contra la religión Sunnita; la población se lanzó sobre el campamento del Embajador; dos o tres persas fueron muertos, todo fue saqueado y el Amír Nizám salvó la vida gracias a la intervención de Badrí Páshá.

El gobierno turco presentó excusas y pagó quince mil tumanes por daños y perjuicios.

Desde su Hiáyatu't-Tálibín, Karím Khan vio que durante el saqueo de Karbilá las tropas victoriosas habían respetado las casas de los Shaykhís. Todos los que buscaron refugio allí, dijo, se salvaron, acumulándose allí muchos objetos de valor. Nadie de entre los compañeros de Siyyid Kázim fue muerto, mientras que los que se refugiaron en las tumbas sagradas fueron masacrados sin piedad. Se cuenta que el páshá entró a caballo en el recinto sagrado".

20.- 10 de enero de 1843 D.C.

21.- A. L. M. Nicolas en su Essai sur le Shaykhisme II, págs. 60-61, cita el siguiente párrafo de los escritos de Siyyid Kázim: "Tu has comprendido, pienso, que la Ley religiosa y los preceptos de la moral son el alimento del Espíritu. Es por lo tanto obligatorio que estas leyes religiosas sean diversas: es necesario que algunas veces las órdenes del pasado sean anuladas, es necesario que estén formadas de cosas dudosas y cosas ciertas, de generalidades y de puntos particulares, de absolutos y de cosas finitas, de verdades aparentes e íntimas, para que el niño llegue a la época de la adolescencia y sea perfecto en poder y capacidad.

Es en ese momento que debe aparecer el Qá'im y, después de su manifestación, debe cumplirse el tiempo de su vida y debe ser muerto; es cuando él haya sido muerto que el mundo llegará a los 18 años de edad".

22.- Según Samandar (pág. 32), Shaykh Abú-Turáb era nativo de Ishtihárd y figuraba entre los principales discípulos de Siyyid Kázim. Se casó con la hermana de Mullá Husayn. Murió en la cárcel de Teherán.

23.- "El Báb, escribió a Hájí Muhammad Karím Khán y le invitó a conocer su autoridad. Este no sólo rehusó hacerlo, sino además, escribió un tratado contra el Báb y sus doctrinas" (pág. 910). "Por lo menos dos tratados similares fueron escritos por Hájí Muhammad Karím Khán. Uno de ellos fue redactado en fecha posterior a éste, posiblemente después de la muerte

del Báb, pedido especialmente por Násiri'd-Dín Sháh. De estos dos tratados uno ha sido impreso y lleva por título La Aniquilación de la Falsedad (Izháqu'l-Bátil). (Nota nº 1, pág. 910) ("Journal of the Royal Asiatic Society, 1889, artículo 12).

24.- Corán, 39:68.

25.- Referencias al Báb y Bahá'u'lláh, respectivamente.

26.- Las tumbas de los "dos Kázim", el séptimo Imám Músá Kázim y el noveno Imám, Muhammad Taqí, más o menos a tres millas al norte de Bagdad. Alrededor de ellos ha crecido una gran ciudad, habitada principalmente por persas, que se llama Kazimayn.

27.- 23 de Noviembre - 23 de Diciembre de 1843 D.C.

28.- 31 de Diciembre de 1843 D.C.

29.- "Karím Khán quien, al referirse a la toma de Karbilá, insiste sobre el respeto que los asaltantes mostraron a los Shaykhís y a Siyyid Kázim-i-Rashtí, no tiene inconveniente en declarar que es muy probable "que Siyyid Kázim haya sido envenenado en Bagdad por el infame Najíb Pásha quien, dice, "le hizo beber un brebaje cuya absorción le provocó intensa sed y luego falleció". Es así como los persas escriben la historia". (A. L. M. Nicolas, Essai sur le Shaykhisme II, págs. 30-31).

30.- "Fue sepultado detrás de la ventana del corredor de la tumba del Señor de los Confesores. Esta tumba fue excavada muy profundamente con inclinación, en su base, hacia el interior del recinto prohibido". (Ibíd., Pág. 31).

31.- "Durante la vida de Siyyid Kázim, la doctrina de los Shaykhís se difundió por toda Persia, si bien en la provincia de Iráq por sí sola había más de cien mil muríds" ("Journal Asiatique", 1866, tomo 7 pág. 463).

32.- "Aquí termina la historia del establecimiento del Shaykhismo, o al menos de su Unidad. En efecto, después de la muerte de Siyyid Kázim-i-Rashtí, se divide en dos ramas. Una, bajo el nombre de babismo, le dará la expansión que parecía prometer la fuerza del movimiento creado por Shaykh Ahmad y a la cual parecen haberse atenido los dos maestros, su se creen sus predicciones; la otra, bajo la dirección de Karím Khán Qajár-i-Kirmání, siguió con las luchas contra los elementos shiítas, pero siempre resguardándose tras el aspecto exterior de un perfecto Ithná-Asharismo. Si para Karím Khán, el Báb y los de sus secta son infames impíos, para los bábís, Karím Khán es el Anticristo o Dajjál predicho por Muhammad". (A. L. M. Nicolas, Essai sur le Shaykhisme II, pág. 31).

Segunda Parte

La Revelación del Báb

CAPÍTULO 3

LA DECLARACIÓN DE LA MISIÓN DEL BÁB

La muerte de Siyyid Kázim fue la señal para que se renovara la actividad de sus enemigos. Sedientos de poder y envalentonados por su fallecimiento y el consiguiente desconcierto de sus seguidores, reafirmaron sus pretensiones y se prepararon para llevar a cabo sus ambiciones. Por algún tiempo el temor y la ansiedad llenaron los corazones de los discípulos fieles de Siyyid Kázim, pero el regreso de Mullá Husayn-i-Bushru'í de la extremadamente exitosa misión que le había sido encargada por su maestro, hizo desaparecer su tristeza[1].

Fue en el primer día de Muharram, en el año 1260 D.H.[2] que Mullá Husayn regresó a Karbilá. Animó y fortaleció a los desconsolados discípulos de su amado jefe, les recordó su indefectible promesa, y les rogó que observaran una vigilancia permanente y un esfuerzo tenaz en su búsqueda del Bienamado oculto. Alojado en cercana vecindad de la casa que había habitado el Siyyid, durante tres días estuvo ocupado continuamente en recibir la visita de un número considerable de dolientes que se apresuraban a venir a expresarle, como el representante principal de los discípulos del Siyyid, su sentimiento y pesar. Después se dirigió a un grupo de condiscípulos más distinguidos y de mayor confianza y les preguntó sobre los expresos deseos y últimas exhortaciones de su fenecido jefe. Le dijeron que, repetida y enfáticamente, Siyyid Kázim les había pedido que abandonaran sus hogares, se dispersaran en todas direcciones, limpiaran sus corazones de todo vano deseo y se dedicaran a la búsqueda de Aquél a cuyo advenimiento se había referido con tanta frecuencia. "Él nos dijo", afirmaron, "que el Objeto de nuestra búsqueda estaba revelado ya. Los velos que se interponen entre ustedes y Él son tales que sólo ustedes pueden quitarlos mediante una ferviente búsqueda. Nada que no sea esfuerzo sincero, pureza de intención y unidad de propósito, les permitirá rasgarlos. ¿Acaso no ha revelado Dios en Su Libros: "Aquel que hiciere esfuerzos para Nosotros, en Nuestros senderos le guiaremos"?[3] "¿Por qué, entonces", observó Mullá Husayn, "han elegido esperar en Karbilá? ¿Por qué no se han dispersado y se han levantado para llevar a cabo su ferviente petición?" "Reconocemos nuestro fracaso", respondieron; "atestiguamos todos tu grandeza. Tal es nuestra confianza en ti, que si reclamas ser el Prometido, todos nos someteremos sin vacilaciones ni dudas. De este modo prometemos lealtad y obediencia a cualquier cosa que nos

pidas hacer". "¡Dios lo prohíba!", exclamó Mullá Husayn. "¡Lejos esté de Su gloria que yo, que soy sólo polvo, sea comparado con Aquél que es el Señor de Señores! Si ustedes hubieran estado enterados del tono y lenguaje de Siyyid Kázim, nunca habrían dicho semejantes palabras. Su primera obligación, como lo es también la mía, es levantarnos a llevar a cabo, tanto en el espíritu como en la letra, el mensaje póstumo de nuestro amado jefe". Inmediatamente se levantó de su asiento y fue directamente donde Mírzá Hasan-i-Gawhar, Mírzá Muhít y otras figuras bien conocidas de entre los discípulos de Siyyid Kázim. A todos y a cada uno dio intrépidamente el mensaje de despedida de su jefe, hizo énfasis sobre el carácter apremiante de su deber y les urgió a levantarse y cumplirlo. A su súplica dieron respuestas evasivas e indignas. "Nuestros enemigos", remarcó uno, "son muchos y poderosos. Debemos permanecer en esta ciudad y cuidar el asiento vacante de nuestro jefe que ha partido". Otro observó: "Me incumbe quedarme y cuidar los niños que el Siyyid ha dejado tras de sí". Mullá Husayn se dio cuenta inmediatamente de lo fútil de sus esfuerzos. Comprendiendo el grado de su torpeza, su ceguera e ingratitud, no les habló más. Se retiró, abandonándolos a sus vanas ocupaciones.

Como el año sesenta, el año que atestiguó el nacimiento de la Revelación prometida, acababa de comenzar, parece que sería conveniente, en este momento, hacer una digresión de nuestro tema y mencionar ciertas tradiciones de Muhammad y de los imames de la Fe que se refieren específicamente a ese año. Imán Ja‘far, hijo de Muhammad, al ser interrogado sobre el año en que el Qá'im debía manifestarse, replicó lo siguiente: "En verdad, en el año sesenta será revelada Su Causa, y Su nombre será proclamado en todas partes". En las obras del sabio y famoso Muhyi'd-Dín-i-‘Arabí, se encuentran muchas referencias relacionadas tanto con el año del advenimiento como con el nombre de la prometida Manifestación. Entre ellas están las siguientes: "Los ministros y defensores de Su Fe serán del pueblo Persa". "En Su nombre el nombre del Guardián (‘Alí), precede el del Profeta (Muhammad)". "El año de Su Revelación es igual a la mitad de aquel número que es divisible por nueve (2520)". Mírzá Muhammad-i-Akhbárí, en sus poemas relacionados con el año de la Manifestación, hace la siguiente predicción: "En el año Ghars (el valor numérico de cuyas letras es 1260) la tierra será iluminada por Su luz y en Gharasíh (1265) el mundo será inundado con su gloria. Si vivís hasta el año Gharadíh (1270), atestiguaréis como las naciones, los gobernantes, los pueblos y la Fe de Dios habrán sido todos renovados". En una tradición atribuida al Imán ‘Alí, el Comandante de los Fieles, está escrito asimismo: "En Ghars será plantado el Árbol de guía Divina".

Mullá Husayn, habiendo cumplido la obligación que sentía de urgir y despertar a sus condiscípulos, partió de Karbilá a Najaf. Con él iban Muhammad-Hasan, su hermano y Muhammad-Báqir, su sobrino, quienes le habían acompañado desde su visita a su ciudad natal de Búshrúyih, en la provincia de Khurásán. Al llegar al Masjid-i-Kúfih, Mullá Husayn resolvió permanecer cuarenta días en ese lugar, donde vivió una vida de retiro y oración. Con sus ayunos y vigilias se preparó para la sagrada aventura que iba a iniciar muy pronto. En la ejecución de estos actos de adoración, sólo lo acompañó su hermano, mientras su sobrino, quien atendía sus necesidades diarias, observaba los ayunos y, en sus momentos libres, les acompañaba en sus devociones.

Esta calma de claustro que los rodeaba fue interrumpida, después de algunos días, por la inesperada llegada de Mullá ‘Alíy-i-Bastámí, uno de los primeros discípulos de Siyyid Kázim. Él, junto con otros doce compañeros, llegó al Masjid-i-Kúfih donde encontró a su condiscípulo Mullá Husayn sumido en contemplación y oración. Mullá ‘Alí poseía tal grado de ilustración y tenía un conocimiento tan profundo de las enseñanzas de Shaykh Ahmad, que muchos lo consideraban como superior aún a Mullá Husayn. En varias ocasiones trató de averiguar de Mullá Husayn respecto a su destino después del término de su período de retiro. Cada vez que se acercó a él, lo encontró tan absorto en sus devociones que sintió imposible aventurar una pregunta. Pronto resolvió, como él, retirarse de la sociedad de los hombres durante cuarenta días. Todos sus compañeros siguieron su ejemplo con la sola excepción de tres, quienes actuaron como servidores personales.

Inmediatamente después de haber completado sus cuarenta días de retiro, Mullá Husayn, junto con sus dos acompañantes, partió a Najaf. Dejó Karbilá de noche, visitó de paso el santuario de Najaf, y siguió directamente a Búshihr, en el Golfo Persa. Allí comenzó su sagrada búsqueda del Bienamado deseado por su corazón. Allí, por primera vez, inhaló la fragancia de Aquél quien, durante años, había llevado en esa ciudad la vida de sus comerciantes y humilde ciudadano. Allí percibió los dulces sabores de santidad con que las innumerables invocaciones de ese Bienamado habían impregnado tan ricamente la atmósfera de esa ciudad.

No pudo, sin embargo, permanecer más tiempo en Búshihr. Atraído como por un imán que parecía arrastrarlo irresistiblemente hacia el norte, se dirigió a Shíráz. Al llegar a la puerta de esa ciudad, dio instrucciones a su hermano y sobrino que fueran directamente al Masjid-i-Ílkhání y permanecieran allí hasta su llegada. Expresó la esperanza que con la voluntad de Dios, llegaría a tiempo para acompañarlos en su oración vespertina.

Ese mismo día, algunas horas antes de la puesta del sol, mientras caminaba afuera de la puerta de la ciudad, sus ojos vieron repentinamente a un Joven de rostro radiante, quien usaba un turbante verde y que, acercándose, lo saludó con una sonrisa de cariñosa bienvenida. Abrazó a Mullá Husayn con afecto y ternura, como si hubiera sido un amigo íntimo de toda la vida. Mullá Husayn pensó al principio que sería un discípulo de Siyyid Kázim quien, al saber de su llegada a Shíráz, había venido a darle la bienvenida.

Mírzá Ahmad-i-Qazvíní, el mártir, quien había oído a Mullá Husayn relatar, en varias ocasiones, a los primeros creyentes, las circunstancias de su conmovedora e histórica entrevista con el Báb, me contó lo siguiente: "He oído a Mullá Husayn describir repetida y gráficamente las circunstancias de esa extraordinaria entrevista: "El Joven que vino a mi encuentro fuera de la puerta de Shíráz me abrumó con expresiones de bienvenida, cariño y bondad. Me hizo una cálida invitación a visitar Su hogar, para refrescarme allí de las fatigas de mi viaje. Le rogué que me excusara, invocando las fatigas de mi viaje. Le rogué que me excusara, invocando que mis dos compañeros ya habían arreglado para mi permanencia en esa ciudad y que, en ese momento, esperaban mi regreso. ***"Confíales al cuidado de Dios",*** fue Su respuesta; "Él, con seguridad los protegerá y cuidará". Habiendo dicho estas palabras, me pidió que Le siguiera. Me sentí profundamente impresionado por la suave pero compelente manera en que me habló ese Joven extraño. Mientras Le seguía, Su marcha, el encanto de Su voz, la dignidad de Su porte, sirvieron para enaltecer mis primeras impresiones de este encuentro inesperado.

"Pronto nos encontramos ante el portón de una casa de aspecto modesto. Golpeó a la puerta, que luego fue abierta por un sirviente etíope. ***"Entrad allí en paz y seguridad"***[4] fueron Sus palabras al cruzar el umbral y hacerme una señal para que Lo siguiera. Su invitación, hecha con poder y majestad, penetró mi alma. Me pareció buen augurio que se me dirigieran tales palabras al estar de pie en el umbral de la primera casa en que iba a entrar en Shíráz, ciudad cuya atmósfera misma ya me había producido una impresión indescriptible. ¿No sería posible, pensé en mí, que mi visita a esta casa me permitiera acercarme más al Objeto de mi búsqueda? ¿No apresuraría, posiblemente, el fin de un período de intenso anhelo, de tenaz pesquisa, de creciente ansiedad, que tal búsqueda implica? Al entrar a la casa y seguir a mi Anfitrión a Su cuarto, un sentimiento de indescriptible júbilo invadió mi ser. En cuanto nos sentamos, pidió que se trajera un aguamanil y me rogó que lavara de mis manos y pies las huellas del viaje. Pedí permiso para retirarme de su presencia y hacer mis abluciones en la pieza contigua. Rehusó conceder mi petición y procedió a derramar el agua sobre mis

manos. Después me dio a beber una bebida refrescante, hecho lo cual pidió el samovar[5] y Él mismo preparó el té que me ofreció.

"Abrumado por Sus acciones de extrema bondad, me levanté para partir. "La hora de la oración vespertina se acerca", me aventuré a observar. "He prometido a mis amigos reunirme con ellos a esa hora en el Masjid-i-Ílkhání". Con extrema cortesía y calma replicó: ***"Seguramente debes haber hecho que la hora de tu regreso esté condicionado a la voluntad y deseo de Dios. Parece que Su decreto es otro. No necesitas temer haber roto tu promesa".*** Su dignidad y seguridad me silenciaron. Repetí mis abluciones y me preparé para orar. Él también, de pie a mi lado, oró. Mientras rezaba, desahogué mi espíritu, que estaba muy oprimido, tanto por el misterio de la entrevista como por la tensión y preocupación de mi búsqueda. Susurré esta oración: "He luchado con toda mi alma ¡oh mi Dios! y hasta ahora he fracasado en encontrar Tu Mensajero prometido. Soy testigo que Tu palabra no fracasa y que tu promesa es segura".

Esa noche, esa memorable noche, era la víspera del quinto día de Jamádíyu'l-Avval, en el año 1260 D.H.[6]. Era más o menos una hora después de la puesta del sol cuando mi joven Anfitrión comenzó a conversar conmigo. ***"¿Quién, después de Siyyid Kázim"***, me preguntó, ***"consideras como su sucesor y jefe?"*** "A la hora de su muerte", repliqué, "nuestro fenecido maestro nos exhortó insistentemente que abandonáramos nuestros hogares, que nos dispersáramos en todas direcciones, en busca del prometido Bienamado. De acuerdo con esto, he viajado a Persia, me he levantado a cumplir su voluntad y aún estoy embarcado en mi búsqueda". ***"¿Te ha dado tu maestro",*** preguntó además, ***"alguna indicación detallada en cuanto a las características distintivas del Prometido?"*** "Sí", repliqué, "Él es de linaje puro, de ilustre descendencia y de la simiente de Fátimih. En cuanto a Su edad, tiene más de veinte y menos de treinta. Posee sabiduría innata. Es de mediana estatura, se abstiene de fumar, y no tiene defecto corporal alguno". Guardó silencio por un instante y entonces, con vibrante voz, declaró: ***"¡Observad, todos estos signos están manifiestos en Mí!"*** Entonces analizó cada uno de los signos mencionados por separado y demostró en forma concluyente que todos y cada uno se podía aplicar a Su persona. Me sentí profundamente sorprendido y observé cortésmente: "Aquél cuyo advenimiento esperamos es un Hombre de santidad sin par y la Causa que Él ha de revelar, una Causa de poder tremendo. Muchos y diversos son los requisitos que Aquél que pretenda ser su personificación visible debe cumplir. ¡Cuán a menudo se ha referido Siyyid Kázim a la vastedad de los conocimientos del Prometido! Cuán a menudo dijo: "Mi propio conocimiento es como una gota en comparación con el que Él ha sido dotado. Todo lo que he logrado no es sino una partícula de polvo

en comparación con la inmensidad de Su conocimiento. ¡No, inconmensurable es la diferencia!" Apenas habían brotado de mis labios estas palabras cuando me sentí sobrecogido por el temor y el remordimiento, a tal punto que no podía ocultarlo ni explicarlo. Me reproché amargamente y resolví en ese mismo instante cambiar mi actitud y suavizar mi tono. Prometí a Dios que si mi Anfitrión se refería otra vez al tema, con la mayor humildad respondería diciendo: "Si usted está dispuesto a demostrar su afirmación, con seguridad me librará de la ansiedad y suspenso que oprimen en tal grado mi alma. En verdad estaré endeudado con usted por tal liberación". Cuando comencé mi búsqueda, decidí considerar las dos siguientes medidas como medios por los que pudiera confirmar la verdad de quienquiera afirmara ser el prometido Qá'im. El primero era un tratado que yo mismo había escrito, que se refería a las enseñanzas abstrusas y ocultas propaladas por Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. A quienquiera, me parecía, hubiera sido capaz de desentrañar las misteriosas alusiones de ese tratado, sometería mi segunda petición, y le pediría que revelara, sin vacilaciones ni reflexión, un comentario sobre el Sura de José, con estilo y lenguaje completamente diferentes a los que imperaban en ese momento. En ocasión anterior había pedido a Siyyid Kázim, privadamente, que escribiera un comentario sobre el mismo Sura, lo que rehusó, diciendo: "Esto, en verdad, excede mi capacidad. Él, ese gran Ser, que viene después de mí, sin que se lo pidas, lo revelará para ti. Ese comentario constituirá uno de los testimonios de mayor peso de Su verdad y una de las pruebas más claras de lo exaltado de Su posición"[7].

Daba vueltas a estas ideas en mi mente cuando mi distinguido Anfitrión remarcó nuevamente: "Observad atentamente. ¿Podría ser otro sino Yo la Persona a quien se refirió Siyyid Kázim?" Entonces me sentí impelido a presentarle una copia del tratado que llevaba conmigo. "¿Quiere usted", Le pedí, "leer este libro mío y mirar sus páginas con ojos indulgentes? Le ruego no prestar atención a mis debilidades y deficiencias". Cortésmente, cumplió mi petición. Abrió el libro, miró ciertos pasajes, lo cerró y comenzó a hablarme. En pocos minutos, con vigor y encanto característicos, había desentrañado todos sus misterios y resuelto todos sus problemas. Habiendo cumplido a mi entera satisfacción, en tan corto tiempo, la tarea que había esperado que hiciera, continuó exponiendo ciertas verdades que no era posible encontrar ni en las tradiciones orales de los imanes de la Fe ni en los escritos de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. Estas verdades, que nunca antes había oído, parecían poseer poder y brillo refrescantes. ***"Si no hubieras sido Mi huésped",*** observó más adelante, ***"por cierto que tu posición hubiera sido grave. La gracia de Dios, que todo lo***

abarca, te ha salvado. Es de Dios probar a Sus siervos, y no de Sus siervos probarlo a Él de acuerdo con sus deficientes medidas. ¿Si Yo fracasara en resolver tus perplejidades, podría considerarse impotente la Realidad que brilla dentro de Mí, o considerarse deficiente Mi conocimiento? ¡No, por la justicia de Dios! En este día, incumbe a los pueblos del Oriente y del Occidente apresurarse para alcanzar este Umbral y buscar aquí la gracia vivificante del Misericordioso. Quienquiera vacile sufrirá, por cierto, gran pérdida. ¿No atestiguan de su creación es el conocimiento y adoración de Dios? Les incumbe levantarse, con el mismo fervor y espontaneidad tuyos y buscar, con determinación y constancia, su prometido Bienamado". Luego prosiguió diciendo***: "Ahora ha llegado el momento de revelar el comentario sobre el Sura de José".*** Tomó Su pluma y con increíble rapidez reveló la totalidad del Sura de Mulk, el primer capítulo de Su comentario sobre el Sura de José. El efecto sobrecogedor de la manera en que escribía era enaltecido por la suave entonación de voz con que acompañaba Su escritura. No interrumpió por un sólo instante el torrente de versos que fluía de Su pluma. No se detuvo ni una sola vez hasta que había revelado la totalidad del Sura de Mulk. Permanecí sentado, extasiado por la magia de Su voz y la fuerza arrolladora de Su revelación. Finalmente me levanté de mi asiento de mala gana y pedí permiso para irme. Sonriendo me rogó que me sentara, y dijo: ***"Si sales en tal estado, quienquiera te vea dirá con seguridad: "Este pobre joven ha perdido el juicio".*** En ese instante el reloj marcó dos horas y once minutos después de la puesta del sol[8]. Esa noche, el atardecer del quinto día de Jamádíyu'l-Avval, en el año 1260 D.H. correspondía a la víspera del sexagésimo quinto día después de Naw-Rúz, que también era el atardecer del sexto día de Khurdád del año Nahang. ***"Esta noche",*** declaró, ***"esta misma hora, en días venideros, será celebrada como una de las más grandes y significativas de todas las festividades. Da gracias a Dios por haberte ayudado con bondad a alcanzar el deseo de tu corazón y por haber bebido del vino sellado de Su expresión. "Bienaventurados los que logran alcanzarlo[9]".***

"Tres horas después de la puesta del sol, mi Anfitrión ordenó que se sirviera la comida. Ese mismo sirviente etíope apareció nuevamente y puso ante nosotros los más selectos platos. Esa comida sagrada refrescó tanto mi cuerpo como mi espíritu. En presencia de mi Anfitrión, en ese momento, sentí como si me estuviera alimentando con los frutos del Paraíso. No podía sino maravillarme ante los modales y las devotas atenciones de ese sirviente etíope cuya vida toda parecía hacer sido transformada por la influencia regeneradora de su Amo. En ese instante, por primera vez, reconocí el significado de esta bien conocida tradición oral atribuida a Muhammad: ***"He preparado para los rectos y piadosos de entre***

Mis siervos aquello que ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ni corazón humano concebido". Si mi joven Anfitrión no hubiera tenido otra pretensión de grandeza, esto hubiera sido suficiente -que Él me recibió con tal grado de hospitalidad y cariñosa bondad que estaba convencido que a ningún otro ser humano le sería imposible revelar.

"Permanecí sentado, fascinado por Sus palabras, olvidado del tiempo y de los que me esperaban. Repentinamente ante la llamada del almuecín, convocando a los fieles a sus oraciones matinales, me despertó del estado de éxtasis en que parecía haber caído. Todas las delicias, todas las glorias inefables, que el Todopoderoso ha relatado en Su Libro como las posesiones sin precio de la gente del Paraíso -esto parecía estar experimentando esa noche. Pienso que estaba en un lugar del que se podía decir con verdad: ***"Allí no nos alcanzará ninguna preocupación, allí dentro no nos tocará fatiga alguna"; "No oirán allí ningún vano discurso, ni ninguna falsedad, pero sólo las palabras ¡Paz! ¡Paz!"; "Su exclamación allí será, "¡Gloria sea a Ti, oh Dios!", y su saludo será "¡Paz!",*** y terminarán su exclamación diciendo: ***"¡Alabado sea Dios, Señor de todas las criaturas!"***[10].

"No había sentido sueño esa noche. Estaba arrobado por la música de esa voz que subía y bajaba mientras entonaba; ora creciendo mientras revelaba versos del Qayyúmu'l-Asmá'[11], ora adquiriendo armonías sutiles y etéreas mientras pronunciaba las oraciones que estaba revelando[12]. Al final de cada invocación repetía este versículo: ***"¡Lejos de la gloria de tu Señor, el Todo Glorioso, esté aquello que Sus criaturas afirman de Él! ¡Y la Paz sea con Sus Mensajeros! ¡Y alabado sea Dios, el Señor de todos los seres!"***[13].

"Entonces se dirigió a mí con estas palabras: ***"¡Oh tú que eres el primero en creer en Mí! En verdad digo, Yo soy el Báb, la Puerta de Dios, y tú eres el Bábu'l-Báb, la puerta de esa Puerta. Dieciocho almas deben, al comienzo, espontáneamente y por su propia cuenta, aceptarme y reconocer la verdad de Mi Revelación. Sin que nadie les advierta o invite, cada uno de ellos debe buscar independientemente para encontrarme. Una vez que esté completo su número, uno de ellos debe ser elegido para acompañarme en Mi peregrinaje a Meca y Medina. Allí entregaré el Mensaje de Dios al Sharíf de Meca. Entonces volveré a Kúfih, donde una vez más, en el Masjid de esa ciudad sagrada, manifestaré Su Causa. Te incumbe no divulgar, ni a tus compañeros ni a ninguna otra alma, aquello que has visto y oído. Ocúpate en el Masjid-i-Ílkhání en oración y enseñanza. Yo también me uniré a ti allí en oración congregacional. Ten cuidado que tu actitud hacia Mí no delate el secreto de tu***

Fe. Debes continuar en esta ocupación y mantener esta actitud hasta nuestra partida a Hijáz. Antes de nuestra partida daremos a cada una de las dieciocho almas su misión especial y los enviaremos a cumplir su tarea. Les daremos instrucciones que enseñen la Palabra de Dios y vivifiquen las almas de los hombres". Una vez que hubo dicho estas palabras, me despidió de Su presencia. Acompañándome a la puerta de la casa, me encomendó al cuidado de Dios.

"Esta Revelación, que me sobrecogió en forma tan repentina e impetuosa, llegó como un relámpago que, momentáneamente, parecía haber insensibilizado mis facultades[14]. Estaba cegado por su deslumbrante esplendor y subyugado por su fuerza demoledora. Excitación, júbilo, temor y admiración agitaban el fondo de mi alma. Predominando entre estas emociones se encontraba una sensación de alegría y fuerza que parecían haberme transfigurado. ¡Cuán débil e impotente, cuán deprimido y tímido, me había sentido antes! Entonces no podía ni escribir ni caminar por lo trémulos que estaban mis manos y mis pies. Ahora, sin embargo, el conocimiento de Su Revelación había galvanizado mi ser. Parecía poseer coraje y poder tales que si el mundo, todos sus pueblos y sus potentados, fueran a levantarse en mi contra, sólo y sin amilanarme, resistiría su agresión. El universo parecía tan sólo un puñado de polvo en mis manos. Parecía que yo era la Voz de Gabriel personificado, llamando a toda la humanidad: "Despertad, porque ¡he aquí!, ha llegado la Luz del amanecer. Levantaos porque Su Causa se ha manifestado. La puerta de Su gracia está abierta de par en par; entrad allí ¡oh pueblos del mundo! ¡Porque Aquel que es vuestro Prometido ha llegado!".

"En tal estado dejé Su casa y me reuní con mi hermano y sobrino. Gran número de los discípulos de Shaykh Ahmad que se habían enterado de mi llegada, se habían reunido en el Masjid-i-Ílkháni para encontrarse conmigo. Fiel a las instrucciones de mi recién encontrado Bienamado, inmediatamente me dispuse a llevar a la práctica Sus deseos. Mientras empezaba a organizar mis clases y hacer mis devociones, gradualmente se reunió una gran muchedumbre de gente a mi alrededor. Dignatarios eclesiásticos y oficiales de la ciudad también vinieron a visitarme. Se maravillaban ante el espíritu que revelaban mis charlas, sin darse cuenta que la Fuente de la cual fluía mi conocimiento no era otro sino Aquel cuyo advenimiento ellos, en su mayoría, esperaban ansiosamente.

"Durante esos días, en varias ocasiones, fui llamado por el Báb para que Lo fuera a visitar. Enviaba ese mismo sirviente etíope en la noche al masjid con Su más afectuoso saludo de bienvenida. Cada vez que Lo visitaba, pasaba toda la noche en Su presencia. Despierto hasta el amanecer, permanecía sentado a Sus pies, fascinado por el encanto de Sus palabras y olvidado del mundo y de sus pesares y preocupaciones. ¡Cuán rápidamente pasaban esas preciosas horas! Al

amanecer, me retiraba de su presencia con renuencia. ¡Con cuánta expectación esperaba, en esos días, la llegada de la hora del atardecer! ¡Con qué sentimiento de tristeza y pesar contemplaba el amanecer del nuevo día! Durante una de estas visitas nocturnas, mi Anfitrión se dirigió a mí, diciendo: ***"Mañana llegarán trece de tus compañeros. A cada uno de ellos muestra la mayor bondad y amor. No los dejes solos, porque han dedicado sus vidas a la búsqueda del Bienamado. Ora a Dios que, por Su gracia, les sea posible caminar con seguridad en ese sendero que es más delgado que un cabello y más afilado que una espada. Algunos de entre ellos serán considerados, a los ojos de Dios, como Sus discípulos elegidos y favorecidos. En cuanto a otros, caminarán por el sendero intermedio. El destino de los demás quedará sin declarar hasta la hora en que todo lo que se encuentra oculto se hará manifiesto[15]"***.

"Esa misma mañana, al alba, muy pronto después de mi regreso del hogar del Báb, Mullá ‘Alíy-i-Bastámí, acompañado por el mismo número de compañeros que se me había indicado, llegó al Masjid-i-Ílkhání. Inmediatamente comencé a proveer los medios para su comodidad. Una noche, pocos días después de su llegada, Mullá ‘Alí como portavoz de sus compañeros, dio rienda suelta a sentimientos que ya no podía reprimir. "Bien sabes", dijo, "cuán grande es nuestra confianza en ti. Te somos tan fieles que, si declararas ser el Qá'im prometido todos nos someteríamos sin vacilaciones. Obedientes a tu llamada, hemos abandonado nuestros hogares y nos hemos aventurado en busca de nuestro prometido Bienamado. Fuiste el primero en darnos este noble ejemplo. Hemos seguido tus pasos. Estamos decididos a no cejar en nuestros esfuerzos hasta que hayamos encontrado el Objeto de nuestra búsqueda. Te hemos seguido a este lugar, listos para reconocer a quienquiera tú aceptes, con la esperanza de encontrar el abrigo de Su protección y pasar con éxito el tumulto y la agitación que deben necesariamente señalar la última Hora. ¿Cómo es que ahora te vemos enseñando a la gente y dirigiendo sus oraciones con la mayor tranquilidad? Aquellas señales de agitación y ansiedad parecen haber desaparecido de tu rostro. Dinos, te lo imploramos, la razón; para que nosotros también podamos ser librados de nuestro estado actual de suspenso y duda". "Tus compañeros", observé suavemente, "naturalmente pueden atribuir mi paz y serenidad al ascendiente que parezco haber alcanzado en esta ciudad. La verdad está lejos de ello. El mundo, te lo aseguro, con toda su pompa y seducción, nunca puede alejar a este Husayn de Búshrúyih de su Bienamado. Desde el mismo principio de esta sagrada empresa que he emprendido, he jurado sellar, con mi sangra, mi propio destino. Por Su causa he dado la bienvenida a la inmersión en un océano de tribulaciones. No deseo las cosas de este mundo. Solo ansío cumplir el deseo de

mi Bienamado. Hasta que derrame mi sangre por Su nombre no se apagará el fuego que brilla en mí. Plazca a Dios que vivas para atestiguar ese día. ¿No podrían haber pensado tus compañeros que, a causa de la intensidad de su deseo y la constancia de sus esfuerzo, Dios, en Su infinita misericordia, ha dignado abrir bondadosamente, ante el rostro de Mullá Husayn, la Puerta de Su gracia y, deseando ocultar este hecho, de acuerdo con Su inescrutable sabiduría, le ha pedido que se ocupe de tales cosas?". Estas palabras conmovieron el alma de Mullá ‘Alí. Inmediatamente se dio cuenta de su significado. Con ojos llenos de lágrimas me imploró que diera a conocer la identidad de Aquél que había transformado mi agitación en paz y había convertido mi ansiedad en certidumbre. "Te conjuro", imploró, "que me confieras una porción de esa bebida sagrada que la Mano de la misericordia te ha dado de beber, porque con seguridad aquietará mi sed y aliviará mi dolor de la añoranza en mi corazón". "No me pidas", repliqué, "que te conceda este favor. Deja que tu confianza sea en Él, porque Él, con seguridad, guiará tus pasos y aquietará el tumulto de su corazón".

Mullá ‘Alí se apresuró en ir donde sus compañeros y les dio a conocer la naturaleza de su conversación con Mullá Husayn. Inflamados por el fuego que el relato de esa conversación había encendido en sus corazones, inmediatamente se dispersaron y, buscando la soledad de sus celdas, imploraron, mediante el ayuno y la oración, la pronta remoción del velo que se interponía entre ellos y el reconocimiento de su Bienamado. Mientras guardaban vigilia oraban: "¡Oh Dios, nuestro Dios! A Ti sólo adoramos, y a Ti pedimos ayuda. Guíanos, Te lo imploramos, por el recto Sendero. ¡Oh Señor, nuestro Dios! Cumple aquello que nos has prometido por Tus Apóstoles, y no nos pongas en vergüenza en el Día de la Resurrección. En verdad, Tú no dejarás de cumplir Tu promesa".

La tercera noche de su retiro, mientras estaba absorto en oración, Mullá ‘Alíy-i-Bastámí tuvo una visión. Apareció ante sus ojos una luz y ¡he aquí! esa luz comenzó a alejarse delante de él. Atraído por su esplendor, la siguió hasta que finalmente lo llevó hasta su Bienamado prometido. En ese mismo instante, a medianoche, se levantó y, desbordante de júbilo y radiante de alegría, abrió la puerta de su habitación y se apresuró en busca de Mullá Husayn. Se lanzó a los brazos de su reverenciado compañero. Mullá Husayn lo abrazó con el mayor cariño y dijo: "¡Alabado sea Dios quien nos ha guiado hasta aquí! ¡No se nos hubiera guiado si Dios no nos hubiera guiado!"

Esa misma mañana, al romper el alba, Mullá Husayn, seguido por Mullá ‘Alí, se apresuró en ir a la residencia del Báb, a la entrada de Su casa se encontraron con el fiel sirviente etíope, quien los reconoció al instante y les dio la bienvenida con las siguientes palabras: "Antes de despuntar el alba, fui llamado a

la presencia de mi Amo quien me dio instrucciones que abriera la puerta de la casa y permaneciera esperando en el umbral. ***"Dos huéspedes",*** dijo, ***"han de llegar temprano esta mañana. Dales en Mi nombre una calurosa bienvenida. Diles de Mí: "Entre allí en el nombre de Dios"***.

La primera entrevista de Mullá ‘Alí con el Báb, que fue parecida al encuentro con Mullá Husayn, sólo se diferenciaba en este aspecto, que mientras en la reunión anterior las pruebas y testimonios de la misión del Báb habían sido escudriñados con ojo crítico y dilucidados, en ésta todo argumento había sido dejado de lado y no prevalecía sino el espíritu de intensa adoración y de cercana y ferviente camaradería. Toda la habitación parecía haber sido vitalizada por ese poder celestial que emanaba de Su inspirada palabra. Todo en aquella cámara parecía estar vibrando con este testimonio: "En verdad, en verdad, ha llegado el amanecer de un nuevo Día. El Prometido está entronizado en el corazón de los hombres. En Su mano sostiene la copa mística, el cáliz de la inmortalidad. ¡Benditos aquellos que de allí beben!"

Cada uno de los doce compañeros de Mullá ‘Alí por turno y gracias a sus propios esfuerzos, buscó y halló a su Bienamado. Algunos en sueños, otros en estado de vigilia, algunos durante la oración y aún otros en momentos de contemplación, tuvieron experiencia de la luz de este Revelación Divina y fueron guiados a reconocer el poder de su gloria. De igual manera que Mullá ‘Alí, éstos y algunos más, acompañados de Mullá Husayn, lograron la presencia del Báb y fueron declarados "Letras de los Vivientes". Gradualmente fueron enroladas diecisiete Letras en la Tablilla preservada de Dios y fueron designados como los Apóstoles elegidos del Báb, los ministros de Su Fe y los difundidores de Su luz.

Una noche, durante su conversación con Mullá Husayn, el Báb dijo las siguientes palabras: "Hasta el momento se han enrolado diecisiete Letras bajo el estandarte de la Fe de Dios. Falta uno para completar el número. Estas Letras de los Vivientes se levantarán a proclamar Mi Causa y establecer Mi Fe. Mañana por la noche llegará la Letra que falta y completará el número de Mis discípulos elegidos". El día siguiente, el Báb, seguido por Mullá Husayn, regresaba a Su hogar, cuando apareció un joven desgreñado y sucio por el viaje. Se acercó a Mullá Husayn, lo abrazó y le preguntó si había alcanzado su meta. Al principio Mullá Husayn trató de calmar su agitación y le aconsejó descansar un momento, prometiendo que después le darías las explicaciones. Sin embargo, ese joven rehusó aceptar su consejo. Fijando su mirada en el Báb, dijo a Mullá Husayn: "¿Por qué tratas de ocultármelo? Puedo reconocerlo por Su marcha. Con confianza atestiguo que nadie fuera de Él, ya sea en el este o en el oeste, puede reclamar ser la Verdad. Ningún otro puede manifestar el poder y la majestad que

irradian de Su sagrada persona". Mullá Husayn se maravilló antes sus palabras. Le pidió que le excusara, sin embargo, y le indujo a refrenar sus sentimientos hasta en momento en que pudiera darle a conocer la verdad. Dejándolo, se apresuró a ir donde el Báb y Le informó de su conversación con ese joven. "No te maravilles", observó el Báb, "por su extraño comportamiento. Hemos estado en comunicación con este joven en el mundo del espíritu. Ya Lo conocemos. En verdad esperábamos su llegada. Ve donde él y llámalo inmediatamente a Nuestra presencia". Inmediatamente Mullá Husayn recordó la siguiente tradición oral al oír las palabras del Báb: "En el último Día, los Hombres del Invisible, en las alas del espíritu, atravesarán la inmensidad de la tierra, lograrán la presencia del Qá'im prometido y buscarán de Él el secreto que resolverá sus problemas y dilucidará sus perplejidades".

Aunque separados en cuerpo por grandes distancias, estas almas heroicas se encuentran ocupadas en comunión diaria con su Bienamado, participan de la bondad de Su palabra, y comparten el supremo privilegio de Su compañía. De otro modo ¿cómo podrían podido saber Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim del Báb? ¿Cómo podrían haber percibido el significado del secreto que yacía oculto en Él' ¿Cómo podría el Báb mismo, cómo podría Quddús, Su querido discípulo, haber escrito en términos tales, si sus almas no hubieran estado ligadas por el lazo místico del espíritu? ¿No aludió acaso el Báb, en los primeros días de Su Misión, en los primeros párrafos del Qayyúmu'l-Asmá', Su comentario sobre el Sura de José, a la gloria y significación de la Revelación de Bahá'u'lláh? ¿No fue acaso Su propósito, al referirse a la ingratitud y maldad que caracterizaron el trato dado a José por sus hermanos, predecir lo que estaba destinado a sufrir Bahá'u'lláh a manos de Su hermano y familiares? ¿No estuvo Quddús, aunque asediado dentro de la fortaleza de Shaykh Tabarsí por los batallones y el fuego de un enemigo despiadado, ocupado día y noche en completar su apología de Bahá'u'lláh -ese comentario inmortal sobre el Sád de «amad que ya había alcanzado el volumen de quinientos mil versículos? Cada versículo del Qayyúmu'l-Asmá', cada palabra del comentario de Quddús ya mencionado, si se les examina desapasionadamente, darán testimonio elocuente de esta verdad.

La aceptación por Quddús de la verdad de la Revelación del Báb completó el número fijado de Sus discípulos elegidos. Quddús, cuyo nombre era Muhammad-‘Alí era, por su madres, descendiente directo del Imán Hasan, el nieto del Profeta Muhammad[16]. Nació en Bárfurúsh, en la provincia de Mázindarán. Aquellos que concurrían a las lecciones de Siyyid Kázim han dicho que en los últimos años se enroló como uno de los discípulos del Siyyid. Era el último en llegar e invariablemente ocupaba el puesto más humilde de la asamblea. Él era el primero

en partir al final de cada reunión. El silencio que observaba y la modestia de su comportamiento lo distinguían del resto de sus compañeros. Con frecuencia Siyyid Kázim había observado que algunos de sus discípulos, aunque ocupaban los asientos más humildes y observaban estricto silencio, sin embargo eran exaltados a los ojos de Dios a tal grado que él mismo no se consideraba digno de figurar entre sus servidores. Sus discípulos, aunque observaban la humildad de Quddús y reconocieron el carácter ejemplar de su comportamiento, permanecieron ignorantes de lo que quiso decir Siyyid Kázim. Cuando Quddús llegó a Shíráz y abrazó la Fe declarada por el Báb, sólo tenía veintidós años de edad. Aún cuando joven en años, mostró ese coraje indomable y fe que ninguno de los discípulos de su maestro podía sobrepujar. Manifestó, por su vida y su glorioso martirio, la verdad de la siguiente tradición: ***"Quienquiera me busque, Me encontrará. Quienquiera Me encuentre, será atraído hacia Mí. Quienquiera sea atraído hacia Mí, Me amará. Quienquiera Me ame, Yo también le amaré. Quienquiera sea amado por Mí, a él le daré muerte. Aquél que es muerto por Mí, Yo mismo seré su rescate".***

El Báb, cuyo nombre era Siyyid ‘Alí-Muhammad[17], nació en la ciudad de Shíráz, en el primer día de Muharram, en el año 1235 D.H.[18]. Pertenecía a una familia renombrada por su nobleza y que hacía remontar su origen a Muhammad mismo. La fecha de Su nacimiento confirmaba la verdad de la profecía tradicionalmente atribuida al Imán ‘Alí: ***"Soy dos años menor que mi Señor".*** Habían transcurrido veinticinco años, cuatro meses y cuatro días desde la fecha de su nacimiento cuando Él declaró Su Misión. Niño aún, perdió a Su padre, Siyyid Muhammad-Ridá[19], un hombre conocido en toda la provincia de Fárs por su piedad y virtud, y que era tenido en alta estima y honor. Tanto Su padre como Su madre eran descendientes del Profeta, ambos eran queridos y respetados por el pueblo. Fue criado por su tío materno, Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, mártir de la Fe, quien lo puso, niño aún, bajo el cuidado de un tutor llamado Shaykh ‘Ábid[20]. El Báb, aunque tenía poca inclinación al estudio, se sometió al deseo e instrucciones de Su tío.

Shaykh ‘Ábid, conocido por sus pupilos como Shaykhuná, era un hombre piadoso y sabio. Había sido discípulo tanto de Shaykh Ahmad como de Siyyid Kázim. "Cierto día", relató, "pedí al Báb que recitara las palabras iniciales del Corán: 'Bismi'lláhi'r-Rahmáni'r-Rahím'[21]. Vaciló, pidiendo que a no ser que se Le dijera lo que esas palabras significaban, en ningún caso intentaría pronunciarlas. Pretendí no saber su significado. 'Yo sé lo que estas palabras significan', dijo mi pupilo; 'con su permiso, las explicaré'. Habló con tanto conocimiento y facilidad

que me sentí asombrado. Expuso el significado de 'Alláh', de 'Rahmán', y 'Rahím', en términos tales como no había leído ni escuchado. La dulzura de su palabra permanece aún en mi memoria. Me sentí impelido a llevarlo de vuelto a Su tío y entregar en sus manos el cargo que me había entregado a mi cuidado. Estaba decidido a decirle cuán indigno me sentía de enseñar a un niño tan extraordinario. Encontré a Su tío sólo en su oficina. 'Se lo he traído de vuelta', dije, 'y Lo encomiendo a su vigilante protección. No hay que tratarlo como un niño cualquiera, porque en Él ya puedo discernir las señales de ese poder misterioso que sólo puede manifestar la Revelación del Sáhibu'z-Zamán[22]. Le incumbe rodearlo de su más cariñoso cuidado. Guárdelo en su casa porque Él, en verdad, no necesita maestros como yo'. Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí reprendió severamente al Báb. '¿No Te he dicho que sigas el ejemplo de Tus condiscípulos, guardar silencio y escuchar atentamente cada palabra dicha por Tu maestro?' Habiendo obtenido Su promesa de cumplir fielmente sus instrucciones, pidió al Báb que regresara a Su escuela. Sin embargo, el alma de ese niño no podía ser refrenada por las severas admoniciones de Su tío. Ninguna disciplina podía reprimir el flujo de Su conocimiento intuitivo. Día tras día seguía manifestando señales tan extraordinarias de sabiduría sobrehumana que soy incapaz de relatarlas'. Finalmente Su tío fue inducido a retirarlo de la escuela de Shaykh ‘Ábid y asociarlo consigo en su profesión[23]. Allí también dio señales de un poder y grandeza que pocos podía aproximar y ninguno emular.

Algunos años más tarde[24], el Báb fue unido en matrimonio con la hermana de Mírzá Siyyid Hasan y Mírzá Abu'l Qásim[25]. El niño que nació de este matrimonio recibió el nombre de Ahmad[26]. Falleció en el año 1259 D.H.[27], el año precedente a la declaración de la Fe por el Báb. El Padre no lamentó su pérdida. Consagró su muerte con palabras como éstas: "¡Oh Dios, Mi Dios! Ojalá Le fueran dados mil Ismaeles, a este Abraham Tuyo, para que pudiera haberlos ofrecido, a todos y a cada uno, como un sacrificio de amor a Ti. ¡Oh mi Bienamado, el Deseo de mi corazón! El sacrificio de este Ahmad que Tu siervo ‘Alí-Muhammad ha ofrecido sobre el altar de Tu amor nunca pueda bastar para apagar la llama del anhelo de Su corazón. Hasta que no inmole Su propio corazón a Tus pies, hasta que todo Su cuerpo caiga víctima de la más cruel tiranía en Tu sendero, hasta que Su pecho se transforme en el blando de innumerables dardos por Tu causa, no se aquietará el tumulto de Su alma. ¡Oh mi Dios, mi único Deseo! Concede que el sacrificio de Mi hijo, Mi único hijo, sea aceptable para Ti. Concede que sea un preludio al sacrificio de todo Mi propio ser, en el sendero de Tu agrado. Provee con Tu gracia Mi sangre que anhelo derramar en Tu sendero. Haz que riegue y alimente

la semilla de Tu Fe. Dótala con Tu poder celestial, para que esta semilla naciente de Dios pueda germinar pronto en los corazones de los hombres, que viva y prospere, que crezca hasta llegar a ser un gran árbol, bajo cuya sombra puedan reunirse todos los pueblos y razas de la tierra. Contesta Mi oración ¡oh Dios!, y cumple Mi más caso deseo. Tú eres, en verdad, el Todopoderoso, el Generoso"[28].

Los días que el Báb dedicó al comercio transcurrieron, en su mayoría, en Búshihr[29]. El calor sofocante del verano no Le impidió dedicar, cada viernes, varias horas a continua adoración sobre el techo de Su cada. Aunque expuesto a los calurosos rayos del sol del mediodía, volviendo Su corazón hacia Su Bienamado, siguió comulgando con Él, sin preocuparse de la intensidad del calor y olvidado del mundo que Lo rodeaba. Desde la alborada hasta la salida del sol y desde el mediodía hasta avanzadas horas de la tarde, dedicaba Su tiempo a la meditación y a la piadosa adoración. Volviendo Su rostro hacia el norte, en dirección a Teherán, todos los días, al amanecer, daba la bienvenida, con el corazón rebosante de amor y júbilo, al sol naciente, que para Él era un amanecer sobre el mundo. Como un amante que contempla el rostro de su amado, contemplaba el orbe que se levantaba, con constancia y anhelo. Parecía estarse dirigiendo, en lenguaje místico, a esa luminaria brillante, y estar confiándole Su mensaje de anhelo y amor para Su Bienamado oculto. Tal era el grado de alegría con que daba la bienvenida a sus refulgentes rayos, que los incautos e ignorantes que Lo rodeaban creían que estaba enamorado del sol mismo[30].

He oído a Hájí Siyyid Javád-i-Karbilá[31] relatar lo siguiente: "Mientras viajaba a la India pasé por Búshihr. Como ya conocía a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, me fue posible encontrarme con el Báb en varias ocasiones. Cada vez que Lo encontré, lo hallé en estado tal de humildad y modestia que no hallo palabras con qué describirlo. Sus ojos que miraban hacia el suelo, Su extraordinaria cortesía y la expresión de serenidad de Su rostro, hicieron una impresión imborrable en mi espíritu[32]. Con frecuencia oí a aquellos que estaban en contacto estrecho con Él atestiguar la pureza de Su carácter, el encanto de Sus modales, Su falta de ostentación, Su extraordinaria integridad, y Su extremada devoción a Dios[33]. Cierto hombre Le confió determinado artículo, pidiéndoles que dispusiera de él a un precio determinado. Cuando el Báb le envió el valor de ese objeto, el hombre encontró que la suma que le había sido ofrecida excedía en mucho el límite que había fijado. Inmediatamente escribió al Báb, pidiéndole que explicara la razón. El Báb replicó: "Lo que le he enviado es lo que le corresponde. No hay ni un centavo más de lo que le pertenece. Hubo un tiempo en que el encargo que Me hizo alcanzó ese precio. Como no lo vendí por ese valor, considero que es Mi

obligación ofrecerle ahora la totalidad de esa suma". Por más que el cliente del Báb le rogó aceptar que se le devolviera la suma en exceso, Él rehusó.

"¡Con qué asiduidad y cuidado atendía aquellas reuniones en las que las virtudes de Siyyidu'sh-Shuhadá, el Imán Husayn, eran ensalzadas! ¿Con qué atención escuchaba la entonación de los elogios! ¡Cuánta ternura y devoción mostró en esas escenas de lamentación y oración! Las lágrimas llovían de Sus ojos mientras Sus labios temblorosos murmuraban palabras de oración y alabanza. ¡Cuán compelente era Su dignidad, cuán tiernos los sentimientos que inspiraban Su rostro!"

En cuanto a aquellos cuyo privilegio supremo fue ser inscritos por el Báb en el Libro de Su Revelación como Sus ‘Letras de los Vivientes’ elegidas, sus nombres fueron los siguientes:

Mullá Husayn-i-Bushrú'í,
Muhammad-Hasan, su hermano,
Muhammad-Báqir, su sobrino,
Mullá ‘Alíy-i-Bastámí,
Mullá Khudá-Bakhsh-i-Qúchání, llamado después Mullá ‘Alí,
Mullá Hasan-i-Bajistání,
Siyyid Husayn-i-Yazdí,
Mírzá Muhammad Rawdih-Khán-i-Yazdí,
Sa‘íd-i-Hindí,
Mullá Mahmúd-i-Khu'í,
Mullá Jalíl-i-Urúmí,
Mullá Ahmad-i-Ibdál-i-Marághi'í,
Mullá Báqir-i-Tabrízí,
Mullá Yúsif-i-Ardibílí,
Mírzá Hádí, hijo de Mullá ‘Abdu'l-Vahháb-i-Qazvíní,
Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Qazvíní[34],
Táhirih[35],
Quddús.

Todos ellos, con la sola excepción de Táhirih, lograron la presencia del Báb, y fueron investidos personalmente por Él con la distinción de ese rango. Fue ella quien, habiendo sabido de la partida del esposo de su hermana, Mírzá Muhammad.‘Alí, de Qazvín, le confió una carta sellada pidiendo que la entregara a aquel Prometido a quien, dijo, era seguro encontraría durante su viaje. "Decidle de mí", agregó ella, "La refulgencia de Tu rostro resplandeció, y los rayos de Tu

semblante se remontaron a lo alto. Di entonces la palabra, ***"¿No soy Yo acaso tu Señor?"*** y "¡Tú eres, Tú eres!" responderemos todos."[36].

Eventualmente Mírzá Muhammad-‘Alí encontró y reconoció al Báb y Le entregó tanto la carta como el mensaje de Táhirih. Desde ese instante el Báb la declaró una de las Letras de los Vivientes. Su padre, Hájí Mullá Sálih-i-Qazvíní, y su hermano Mullá Taqí, eran ambos mujtahids de gran renombre[37], eran versados en las tradiciones de la ley musulmana y eran universalmente respetados por la gente de Teherán, Qazvín y otras ciudades principales de Persia. Ella estaba casada con Mullá Muhammad, hijo de Mullá Taqí, su tío, a quien los shí‘ahs llamaban Shahíd-i-Thálith[38]. Aunque se familia pertenecía al Bálá-Sarí, sólo Táhirih mostró, desde el principio, marcada simpatía y devoción a Siyyid Kázim. Como prueba de su admiración personal por él, escribió una apología defendiendo y justificando las enseñanzas de Shaykh Ahmad y se lo presentó. Pronto recibió una respuesta a ésta, redactada en los términos más afectuosos, en cuyo párrafo inicial el Siyyid se dirige a ella en estos términos: "¡Oh tú quien eres el solaz de mis ojos (¡Yá Qurrat-i-'Ayní!), y el júbilo de mi corazón!". Desde entonces se la ha conocido como Qurratu'l-'Ayn. Después de la histórica reunión en Badasht, algunos de los que asistieron estaban tan alarmados por la temeridad y franqueza del lenguaje de esa heroína, que sintieron que era su obligación informar al Báb del carácter de su comportamiento sorprendente y sin precedente. A su acusación el Báb replicó: "¿Qué he de decir de aquella a quién la Lengua de Poder y Gloria ha llamado Táhirih (la Pura)?" Estas palabras bastaron para silenciar a los que trataron de minar su posición. Desde entonces fue designada por los creyentes como Táhirih[39].

Es necesario decir ahora algunas palabras como explicación del término Bálá-Sarí. Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim, así como también sus discípulos, cuando visitaban el santuario del Imán Husayn en Karbilá siempre ocupaban, como signo de reverencia, el extremo inferior del sepulcro. Nunca iban más allá, mientras que otros creyentes, los Bálá-Sarí, recitaban sus oraciones en la sección superior del santuario. Los Shaykhís que creían, como es el caso, que "todo creyente verdadero vive tanto en este mundo como en el del más allá", consideraban que era impropio sobrepasar los límites de las secciones inferiores del santuario del Imán Husayn quien, a su parecer, era la personificación misma del creyente más perfecto[40].

Mullá Husayn, que esperaba ser el compañero elegido del Báb durante Su peregrinaje a Meca y Medina, fue llamado a la presencia de su Maestro quien, en cuanto decidió partir de Shíráz, le dio las siguientes instrucciones: ***"Los días de***

nuestra compañía se acercan a su fin. Mi Alianza contigo ya se ha cumplido. Prepárate, esfuérzate y levántate a difundir Mi Causa. No desmayes al ver la degeneración y perversidad de esta generación, porque el Señor de la Alianza con seguridad te ayudará. En verdad, Él te circundará con Su amorosa protección y te guiará de victoria en victoria. Así como la nube que hace llover su bondad sobre la tierra, cruza el país de extremo a extremo y derrama sobre sus pueblos las bendiciones que el Todopoderoso, en Su misericordia, se ha dignado conferirte. Sé indulgente con los 'ulamás, y resígnate a la voluntad de Dios. Proclama la llamada: "¡Despertaos, despertaos, porque ¡he aquí!, la Puerta de Dios está abierta y la Luz matinal derrama su fulgor sobre toda la humanidad! ¡El Prometido se ha manifestado; preparad el camino para Él!, ¡oh pueblos de la tierra! ¡No os privéis de Su gracia redentora, ni cerréis vuestros ojos a Su refulgente gloria! Con aquellos que encuentres receptivos a tu llamada, comparte las epístolas y tablillas que Hemos revelado a para ti para que, quizá, estas palabras maravillosas los haga apartarse del lodazal de la negligencia y remontarse en el Reino de la Presencia Divina. En este peregrinaje que pronto hemos de iniciar, hemos elegido a Quddús como Nuestro compañero. Te hemos dejado atrás para que afrontes el ataque de un enemigo feroz e implacable. Ten la seguridad, sin embargo, que te será conferida una bendición de indescriptible gloria. Sigue el curso de tu viaje hacia el norte, visita en tu camino Isfahán, Káshán, Qum y Teherán. Implora a la Providencia todopoderosa que por Su bondad te permita alcanzar, en esa capital, la Sede de la verdadera Soberanía y entrar en la mansión del Bienamado. En esa ciudad yace oculto un Secreto. Cuando se manifieste transformará a la tierra en un Paraíso. Mi esperanza es que participes de Su gracia y reconozcas Su esplendor. De Teherán sigue a Khurásán y proclama nuevamente la Llamada. De allí vuelve a Najaf y Karbilá y espera el mandato de tu Señor. Ten plena seguridad que la alta misión para la cual has sido creado será cumplida, en su totalidad, por ti. Hasta que hayas cumplido tu tarea, si todos los dardos de un mundo incrédulo fueran lanzados contra ti, no podrían dañar un solo cabello de tu cabeza. Todas las cosas se encuentran encerradas en Su poderoso Puño. Él es, en verdad, el Todopoderoso, el que Todo lo Domina".

Entonces el Báb hizo llamar a Mullá 'Alíy-i-Bastámí y le dirigió palabras de aliento, cariño y bondad. Le dio instrucciones que fuera directamente a Najaf y Karbilá, aludió a las severas pruebas y aflicciones que le sobrevendrían y le encareció permanecer firme hasta el final. ***"Tu Fe",*** Le dijo, ***"debe ser inamovible como la roca, debe sobrellevar todas las tormentas y sobrevivir toda***

calamidad. No permitas que las denuncias de los tontos y la calumnia del clero te aflijan o desvíen de tu propósito. Porque has sido llamado a compartir el Banquete Celestial que ha sido preparado para ti en el Reino Inmortal. Eres el primero en dejar la Casa de Dios y sufrir el martirio por Su causa. Si eres muerto en Su Sendero, recuerda qué grande será tu recompensa, y considerable la dádiva que te será conferida".

Apenas habían sido dichas estas palabras cuando Mullá ‘Alí se puso de pie y salió en prosecución de su misión. Más o menos a la distancia de un farsang de Shíráz fue alcanzado por un joven que, sofocado por la excitación, pidió impacientemente hablar con él. Su nombre era Abdu'l-Vahháb. "Le ruego", imploró sollozando a Mullá ‘Alí, "permitirme acompañarle en su viaje. La desorientación oprime mi corazón; le pido que guíe mis pasos en el sendero de la Verdad. Anoche, en mi sueño, oí al pregonero anunciar, en la calle del mercado de Shíráz, la aparición del Imán ‘Alí, Comandante de los Fieles. Dijo a las multitudes: 'Levantaos a buscarlo. He aquí, casa del fuego ardiente cartas de libertad y las está repartiendo al pueblo. Apresuraos en ir donde él, porque quienquiera las reciba de sus manos estará a salvo del sufrimiento penal, y quienquiera fracase en obtenerlas será privado de las bendiciones del Paraíso'. En cuanto oí la voz del pregonero me levanté y, abandonando mi negocio, crucé corriendo el valle del mercado de Vakíl a un lugar donde mis ojos lo vieron a Usted de pie distribuyendo esas mismas cartas al pueblo. A quienquiera se acercaba a recibirlas de sus manos, le decía susurrando en sus oídos algunas palabras que inmediatamente le hacían huir en estado de consternación y exclamar: "¡Ay de mí, porque he sido privado de las bendiciones de ‘Alí y de los suyos! ¡Ah, miserable soy, ya que he sido arrojado entre los proscritos y caídos!" Desperté de mi sueño y sumergido en un océano de meditaciones, volví a mi negocio. Repentinamente lo vi pasar, acompañado por un hombre que llevaba un turbante y estaba conversando con usted. Me puse de pie de un brinco e impelido por un poder que no podía reprimir, corrí para alcanzarle. Para mi gran sorpresa, lo encontré de pie en el mismo sitio que había visto en mi sueño y, ocupado en recitar tradiciones y versos. De pie, un poco alejado, lo seguí observando sin que ni usted ni su amigo me vieran. Oí al hombre a quien estaba hablando protestar en forma impetuosa: "¡Es para mí más fácil que me devoren las llamas del infierno que reconocer la verdad de sus palabras, cuyo peso no son capaces de resistir ni las montañas!" A este presuntuoso repudio usted replicó: "Si todo el universo rechazara Su Verdad, nunca podría manchar la inmaculada pureza de Su manto de grandeza". Dejándolo solo usted siguió sus pasos hacia la puerta de Kázirán. Continué siguiéndoles hasta llegar a este lugar".

Mullá ‘Alí trató de tranquilizarlo y persuadirle que volviera a su negocio y continuara su trabajo diario. "Tu asociación conmigo", dijo, "sólo me traería dificultades. Vuelve a Shíráz y puedes estar tranquilo, porque estás entre los salvados. Lejos está de Dios y su justicia retener la copa de Su gracia de tan ferviente buscador, o privar un alma tan sedienta del surgente océano de su Revelación". Las palabras de Mullá ‘Alí de nada sirvieron. Mientras más insistía en el regreso de ‘Abdu'l-Vahháb, más fuertes se hacían sus lamentaciones y sollozos. Finalmente Mullá ‘Alí se sintió obligado a acatar su deseo, resignándose a la voluntad de Dios.

Hájí ‘Abdu'l-Majíd, el padre de ‘Abdu'l-Vahháb, ha relatado con frecuencia, con los ojos llenos de lágrimas, esta historia: "Cuán profundamente", dijo, "lamento la acción que cometí. Imploro a Dios que conceda me sea perdonado mi pecado. Me encontraba entre los favorecidos en la corte de los hijos del Farmán-Farmá, el gobernador de la provincia de Fárs. Tal era mi posición, que nadie se atrevía a oponerse a mí o a hacerme daño. Nadie ponía en duda mi autoridad ni se aventuraba a interferir con mi libertad. En cuanto oí que mi hijo ‘Abdu'l-Vahháb había abandonado su negocio y salió de la ciudad, salí corriendo en dirección a la puerta de Kázirán para alcanzarlo. Armado con un garrote con el que tenía la intención de castigarlo, pregunté que camino había tomado. Se me dijo que un hombre que usaba turbante acababa de cruzar la calle y que se había visto a mi hijo seguirle. Parecían haberse puesto de acuerdo para dejar la ciudad juntos. Esto excitó mi ira e indignación. ¿Cómo puedo tolerar, pensé, comportamiento tan indigno de parte de mi hijo, yo, que ya tengo una posición de tanto privilegio en la corte de los hijos del Farmán-Farmá? Nada sino el más severo castigo, pensé, puede borrar el efecto de la conducta vergonzosa de mi hijo.

Proseguí mi búsqueda hasta que los alcancé. Poseído de furia salvaje, infligí a Mullá ‘Alí golpes indescriptibles. A los garrotazos que caían pesadamente sobre él, con extraordinaria serenidad, dio la siguiente respuesta: "Detén tu mano, ¡oh ‘Abdu'l-Majíd! porque el ojo de Dios te está observando. Lo pongo a Él como testigo, que bajo ninguna circunstancia soy responsable de la conducta de tu hijo. No me preocupan las torturas que me infliges, porque estoy preparado para las más graves aflicciones en el sendero que he elegido. Tus golpes, al lado de lo que me está destinado a sobrevenir en el futuro son como una gota en comparación con el océano. En verdad, te digo, vivirás más que yo y llegarás a conocer mi inocencia. Grande será entonces tu remordimiento y profundo tu pesar". Sin prestar atención a sus palabras, seguí golpeándole hasta quedar agotado. En silencio y con heroísmo soportó este inmerecido castigo a mis manos. Finalmente ordené a mi hijo que me siguiera y dejé a Mullá ‘Alí solo.

"Mientras regresábamos a Shíráz, mi hijo me relató el sueño que había tenido. Gradualmente me vino un sentimiento de profundo remordimiento. La inocencia de Mullá ‘Alí había sido vindicada a mis ojos y el recuerdo de mi crueldad para con él continuó oprimiendo mi espíritu durante largo tiempo. La amargura permaneció en mi corazón hasta cuando me sentí obligado a transferir mi residencia de Shíráz a Bagdad. De Bagdad fui a Kázimayn, donde ‘Abdu'l-Vahháb estableció su negocio. Un extraño misterio se reflejaba en su joven rostro. Parecía estar ocultándome un secreto que aparentemente había transformado toda su vida. Y, cuando en el año 1267 D.H.[41], Bahá'u'lláh viajó a Iráq y visitó Kázimayn, ‘Abdu'l-Vahháb cayó inmediatamente bajo la influencia de su encanto y Le juró devoción inquebrantable. Pocos años después, cuando mi hijo había sufrido el martirio en Teherán y Bahá'u'lláh había sido exiliado a Bagdad, Él, con infinita bondad y misericordia, me despertó de mi sueño de negligencia, y me enseñó el mensaje del Nuevo Día, lavando con las aguas del Divino perdón las manchas de esa cruel acción".

Este episodio marca la primera aflicción que sobrevino a un discípulo del Báb después de la declaración de Su misión. Mullá ‘Alí comprendió, a causa de esta experiencia, cuán empinado y escabroso era el sendero que llevaba al logro final de la promesa que le había sido hecha por su Maestro. Completamente entregado a Su voluntad y preparado a derramar su sangre por Su Causa, reinició su viaje hasta que llegó a Najaf. En presencia de Shaykh Muhammad Hasan, uno de los eclesiásticos más célebres del islam shí‘ah y ante una distinguida reunión de sus discípulos, Mullá ‘Alí anunció, sin temor, la manifestación del Báb, la Puerta cuyo advenimiento esperaban ansiosamente. "Su prueba", declaró, "es Su Palabra; Su testimonio, ningún otro sino el testimonio con el cuál el islam busca vindicar su verdad. De la pluma de este iletrado Joven Háshimita de Persia han fluido, en cuarenta y ocho horas, tantos versículos, oraciones, homilías y tratados científicos como para formar un volumen igual a la totalidad del Corán, que Muhammad, el Profeta de Dios, demoró veintitrés años en revelar". Ese dirigente orgulloso y fanático, en vez de dar la bienvenida, en una época de oscurantismo y prejuicio, a estas evidencias vivificadoras de una recién nacida Revelación, sin más pronunció que Mullá ‘Alí era un hereje y lo expulsó de la asamblea. Sus discípulos y seguidores, aún los Shaykhís, quienes ya habían atestiguado la piedad, sinceridad y conocimientos de Mullá ‘Alí, apoyaron, sin vacilaciones, el juicio en su contra. Los discípulos de Shaykh Muhammad Hasan, uniéndose a sus adversarios, acumularon indignidades incontables sobre él. Finalmente lo entregaron, con las manos encadenadas, a un oficial del gobierno otomano, acusándolo de ser un detractor del islam, un calumniador del Profeta, un

instigador de intrigas, una vergüenza para la Fe y merecedor de la pena de muerte. Fue conducido a Bagdad custodiado por oficiales del gobierno y encarcelado por el gobernador de esa ciudad.

Hájí Háshim, llamado ‘Attár, un conocido comerciante, quien era bien versado en las Escrituras del islam, relató lo siguiente: "Yo estuve presente en la Casa de Gobierno en una ocasión cuando Mullá ‘Alí fue llamado a la presencia de la asamblea de notables y oficiales de gobierno de esa ciudad. Fue acusado públicamente de ser un infiel, un abrogador de las leyes del islam y un repudiador de sus rituales y normas establecidas. Una vez enumeradas sus supuestas ofensas y faltas, el Muftí, el principal exponente de la ley del islam en esa ciudad, se volvió hacia él y dijo: "¡Oh enemigo de Dios!" Como yo ocupaba un asiento a su lado, susurré en su oído: "Hasta hora usted desconoce a este desafortunado forastero. ¿Por qué le habla en esos términos? ¿No se da cuenta que palabras como las que ha usado para dirigirse a él excitarán la ira del populacho en su contra? Le incumbe no tomar en cuenta estos cargos sin pruebas que estos chismosos le han hecho e interrogarlo personalmente, juzgándolo de acuerdo con las reglas de justicia aceptadas que inculca la Fe del islam". El Muftí sintió profundo desagrado, se puso de pie y abandonó la reunión. Mullá ‘Alí fue encarcelado nuevamente. Pocos días más tarde, pregunté por él con la esperanza de conseguir su liberación. Se me informó que ese mismo día en la noche, había sido deportado a Constantinopla. Traté nuevamente de averiguar qué le había sucedido. Sin embargo, no pude descubrir la verdad. Algunos creían que en el camino a Constantinopla había enfermado y fallecido. Otros aseguraban que había sufrido el martirio"[42]. Cualquiera que haya sido su fin, Mullá ‘Alí, por su vida y por su muerte ganó la distinción inmortal de haber sido el primero en sufrir en el sendero de esta nueva Fe de Dios, el primero en haber ofrecido su vida como ofrenda en el Altar del Sacrificio.

Una vez que hubo despachado en su misión a Mullá ‘Alí, el Báb llamó a Su presencia a las restantes Letras de los Vivientes y a cada uno por separado dio un mandato especial y asignó una tarea determinada. Les dirigió estas palabras de despedida: ***"¡Oh Mis queridos amigos! Sois los portadores del Nombre de Dios en este Día. Habéis sido elegidos como los depositarios de Su misterio. Os incumbe a cada uno de vosotros manifestar los atributos de Dios y ejemplificar, por vuestras acciones y palabras, los signos de Su rectitud, Su poder y gloria. Los mismos miembros de vuestro cuerpo deben dar testimonio de lo exaltado de vuestro propósito, la integridad de vuestra vida, la realidad de vuestra fe y el elevado carácter de vuestra devoción. Pues, en verdad, digo, este es el Día del que Dios ha hablado en Su Libro[43]: "En ese Día pondremos un sello sobre sus***

labios; sin embargo sus manos Nos hablarán y sus pies serán testigos de lo que habrán hecho". Meditad las palabras de Jesucristo a Sus discípulos, cuando los mandó a propagar y cumplir su misión: "Sois como el fuego que en la oscuridad de la noche ha sido encendido en la cima de la montaña. Dejad que vuestra luz brille ante los ojos de los hombres. La pureza de vuestro carácter y el grado de vuestra renuncia deben ser tales, que los pueblos de la tierra puedan, por vuestro intermedio, reconocer y ser atraídos al Padre celestial quien es la Fuente de pureza y gracia. Porque nadie ha visto al Padre que está en los cielos. Vosotros que sois Sus hijos espirituales debéis ejemplificar por vuestras acciones Sus virtudes, y ser testigos de Su gloria. Sois la sal de la tierra, pero su la sal pierde su sabor ¿con qué será salada? El grado de vuestro desprendimiento debe ser tal que, en cualquier ciudad en que entréis a proclamar y enseñar la Causa de Dios, en ningún caso debéis esperar ni carne ni recompensa de sus gentes. No. Cuando partáis de esa ciudad, debéis sacudir el polvo de vuestros pies. Así como habéis entrado en ella puros y sin mancha, de igual manera debéis partir de esa ciudad. Porque en verdad os digo, el Padre celestial siempre está con vosotros y os cuida. Si Le sois fieles, con toda seguridad Él entregará en vuestras manos todos los tesoros de la tierra y os exaltará sobre todos los gobernantes y reyes del mundo". ¡Oh Mis Letras! En verdad os digo, inmensamente exaltado es este Día por encima de los días de los Apóstoles de la antigüedad. No. ¡Inconmensurable es la diferencia! Sois los testigos del Alba del prometido Día de Dios. Sois los que participan del cáliz místico de Su Revelación. Preparaos, esforzaos y preocupaos de las Palabras de Dios según han sido reveladas en Su Libro[44]: "¡He aquí, el Señor vuestro Dios ha venido y, con Él, una compañía de Sus ángeles en orden de batalla a Su vanguardia!" Purgad vuestros corazones de todo deseo mundano y dejad que las virtudes angelicales sean vuestro adorno. Esforzaos que por vuestras acciones podáis ser testigos de la verdad de estas Palabras de Dios y guardaos, no vaya a ser que por "volveros atrás", Él os "cambie por otra gente", que "no será como vosotros" y que os arrebatarán el Reino de Dios. Los días en que la vana adoración era considerada suficiente han llegado a su fin. Ha llegado la hora cuando nada sino el motivo más puro, apoyado por acciones de inmaculada pureza, pueden ascender al trono del Altísimo y ser aceptadas por Él. "La palabra buena sube hacia Él, y la acción recta hará que sea exaltada ante Él". Vosotros sois los humildes, de quienes Dios ha hablado así en Su Libro[45]: "Y deseamos mostrar Nuestro favor a aquellos que han sido rebajados en la tierra y hacer de ellos dirigentes espirituales entre los hombres, haciéndolos Nuestros herederos". Habéis sido llamados a esta estación; la

***alcanzaréis sólo si os levantáis y pisáis bajo vuestros pies todo deseo mundano y os esforzáis por llegar a se esos "siervos distinguidos Suyos que no hablan hasta que Él haya hablado, y que hacen lo que Él ordena". Sois las primeras Letras que han sido generadas del Punto Primordial[46], los primeros manantiales que han brotado de la Fuente de esta Revelación. Rogad al Señor, vuestro Dios que conceda que ningún lazo terrenal, ningún afecto mundano, ninguna ocupación efímera, ofenda la pureza o amargue la dulzura de la gracia que fluye a través de vosotros. Os estoy preparando para el advenimiento de un gran Día. Haced vuestro máximo esfuerzo para que, en el mundo venidero, Yo, quien os estoy instruyendo ahora, pueda, ante la Sede de la misericordia de Dios, regocijarme por vuestras acciones y deleitarme por vuestras conquistas. El secreto del Día por venir se encuentra oculto ahora. No puede ser divulgado ni medido. El niño recién nacido en ese Día sobrepuja al más sabio y venerable de los hombres de ahora y el más humilde e iletrado de ese período sobrepasará en comprensión al más erudito y consumado teólogo de esta edad. Dispersaos a lo largo y a lo ancho de esta tierra y, con pies firmes, y corazones santificados, preparad el camino para Su venida. No toméis en cuenta vuestras limitaciones y debilidad; fijad vuestra mirada en el poder invencible del Señor, vuestro Dios, el Todopoderoso. ¿Acaso no ha hecho que Abraham, en tiempos pasados, a pesar de su aparente impotencia, triunfara sobre las fuerzas de Nimrod? ¿No ha hecho posible a Moisés, cuyo bastón era su único compañero, vencer al Faraón y sus huestes? ¿No ha establecido el poder de Jesucristo, pobre y humilde como era a los ojos de los hombres, sobre las fuerzas combinadas del pueblo judío? ¿No ha sometido a las tribus bárbaras y militantes de Arabia a la sagrada y transformadora disciplina de Muhammad, Su Profeta? Levantaos en Su nombre, poned toda vuestra confianza en Él y estad seguros de la victoria final"*[47].

Con tales palabras el Báb revitalizó la fe de Sus discípulos y los lanzó a su misión. A cada uno asignó su propia provincia natal como el campo de sus luchas. A todos recomendó que no se refirieran específicamente a Su propio nombre y persona[48]. Les dio instrucciones que proclamaran la llamada que la Puerta al Prometido había sido abierta, que Su prueba es irrefutable y que Su testimonio es completo. Les pidió declarar que quienquiera cree en Él ha creído en todos los Profetas de Dios y que quienquiera Lo niega ha negado a Sus santos y Sus elegidos. Con estas instrucciones los despidió de Su presencia y los encomendó al cuidado de Dios. De estas Letras de los Vivientes a quienes se había dirigido de este modo, permanecieron con Él en Shíráz Mullá Husayn, el primero, y Quddús, el último. Los demás, catorce en total, partieron al amanecer

de Shíráz, cada uno resuelto a llevar a cabo, en su totalidad, la tarea que se la había confiado.

A Mullá Husayn, a medida que se acercaba la hora de su partida, el Báb dirigió las siguientes palabras: ***"No sientas pesar porque no has sido elegido para acompañarme en Mi peregrinaje a Hijáz. En vez de ello, encaminaré tus pasos hacia aquella ciudad que encierra un Misterio de tan excelsa santidad que no Hijáz ni Shíráz pueden rivalizar. Mi esperanza es que, mediante la ayuda de Dios, te sea permitido quitar los velos de los ojos de los descarriados y limpiar las mentes de los malvados. Visita, en tu viaje, Isfahán, Káshán, Teherán y Khurásán. De allí sigue a Iráq y espera la llamada de tu Señor, quien te cuidará y te guiará a lo que quiera sea Su voluntad y deseo. En cuanto a Mí, acompañado por Quddús y Mi sirviente etíope, iré a Mi peregrinaje a Hijáz. Me uniré a la compañía de los peregrinos de Fárs, que pronto saldrán navegando de ese lugar. Visitaré Meca y Medina y allí cumpliré la misión que Me ha sido confiada por Dios. Si Dios quiere, volveré aquí por el camino de Kúfih, lugar en el que espero encontrarte. Si fuera decretado de otro modo, te pediré que te reúnas conmigo en Shíráz. Las huestes del Reino invisible, ten plena seguridad, sostendrán y fortalecerán tus esfuerzos. La esencia del poder mora ahora en ti y la compañía de Sus ángeles elegidos gira a tu alrededor. Sus brazos todopoderosos te rodearán y Su Espíritu que no falla, siempre continuará guiando tus pasos. El que te ame, ama a Dios; quienquiera se oponga a ti, se ha opuesto a Dios. Quien haga de ti su amigo, a él Dios hará Su amigo; y quienquiera te rechace, a él Dios rechazará"***.

Notas

1.- "Mullá Husayn-i-Bushrú'í era un hombre a quien sus adversarios reconocían grandes conocimientos y un carácter extraordinariamente enérgico. Se había dedicado al estudio desde su infancia y había hecho progresos en teología y jurisprudencia que le habían ganado respeto". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 128).

2.- 22 de Enero de 1844 D.C.

3.- Corán 29:69.

4.- Corán 15:46.

5.- Urna para té.

6.- Corresponde al atardecer del 22 de Mayo de 1844 D.C. El 23 de Mayo cayó en jueves.

7.- "Se relata que Mullá Husayn dijo lo siguiente: "cierto día, cuando estaba solo con el extinto Siyyid Kázim en su biblioteca, le pregunté porqué se daba el título "La Mejor de las Historias" al Súriy-i-Yúsuf en el Corán, a lo cual él respondió que no era ese el momento apropiado para explicar la razón. Este incidente permaneció oculto en mi mente y tampoco se lo mencioné a nadie" (El Tárikh-i-Jadíd, pág. 39).

8.- La fecha de la Manifestación se fija en el siguiente pasaje en el Bayán Persa (Vahíd 2, Báb, 7): "Su comienzo fue dos horas y once minutos desde el atardecer precedente al cinco de Jamádíyu'l-Úlá 1260 D.H., que es el año 1270 de la misión de Muhammad". (Tomado de una copia manuscrita del Bayán hecha por la pluma de Siyyid Husayn, amanuense y compañero del Báb).

9.- A. L. M. Nicolas cita lo siguiente del Kitábu'l-Haramayn: "En verdad, el primer día que el Espíritu descendió en el corazón de este Esclavo era el 15 del mes de Rabí'u'l-Avval". (A. L. M. Nicolas Siyyid ʻAli-Muhammad dit le Báb, pág. 206).

10.- Citas del Corán.

11.- El comentario del Báb sobre el Sura de José.

12.- "En el primero de estos libros se muestra especialmente piadoso y místico; en el segundo, la polémica y la dialéctica tienen una parte importante y los oyentes notaban con asombro que él descubría, en el capítulo del Libro de Dios que había elegido, significados nuevos que nadie había conocido hasta entonces y que de él deducía sobre todos doctrinas y enseñanzas jamás oídas. Lo que no se dejaba de admirar eran la elegancia y belleza del estilo árabe utilizado en sus escritos. Hubo por lo demás admiradores exaltados quienes no temían preferirlos a los más bellos pasajes del Corán". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 120).

13.- Corán 37:180.

14.- "Se relata en el 'Biháru'l-Anvár, el 'Aválim' y el 'Yanbú' de Sádiq, hijo de Muhammad, que él dijo las siguientes palabras: "El conocimiento son veintisiete letras. Todo lo que los Profetas han revelado son dos letras. Ninguno, hasta ahora, ha conocido algo más que estas dos letras. Pero cuando se levante el Qá'im, Él hará que se manifiesten las restantes veinticinco". Considerad: él ha declarado que el Conocimiento consiste de veintisiete letras y

ha considerado que todos los Profetas, desde Adán hasta el Sello como los Expositores de las veinticinco letras restantes. Observad cuán grande y exaltada es Su estación de acuerdo con estas palabras. Su rango sobrepasa al de todos los Profetas y Su Revelación transciende la comprensión y entendimiento de todos sus elegidos". (Kitáb-i-Íqán, pág. 205)

15.- "Ved igualmente como comenzó la manifestación del Bayán: Durante cuarenta día nadie sino la letra Sín creyó en B. No fue sino poco a poco que la forma de las letras de Bismi'lláhu'l-Amna'u'l-Aqdas se revistieron con el manto de la fe hasta que fue completada la Unidad Primitiva. Ved como después se ha multiplicado hasta hoy día". (El Bayán Persa, vol. 4 pág. 119).

16.- El padre de Quddús, de acuerdo con el Kashfú'l-Ghitá, falleció varios años antes de la Manifestación del Báb. Cuando murió su padres, Quddús era todavía un muchacho estudiando en Mashhad, en el colegio de Mírzá Ja‘far (Pág. 2276, nota I).

17.- También se le conoce por las siguientes designaciones: Siyyid-i-Dhikr, Niqtiy-i-Ulá, Rabb-i-A'lá, ‘Abdú'dh-Dhikr, Tal'at-i-A'lá, Nuqtiy-i-Bayán, Bábu'lláh, Hadrat-i-A´lá, Siyyid-i-Báb

18.- 20 de octubre de 1819 D.C.

19.- Según Mírzá Abu'l-Fadl (manuscrito sobre la historia de la Causa, pág. 3), el Báb era aún un niño pequeño, de pecho, cuando falleció su padre.

20.- Según Mírzá Abu'l-Fadl (manuscrito pág. 41), el Báb tenía seis o siete años cuando entró a la escuela de Shaykh ‘Ábid. El colegio se llamaba Qahiviyih-Awlíyá. El Báb permaneció cinco años en esa escuela donde aprendió los rudimentos del persa. El primer día del mes de Rabí'u'l-Avval, en el año 1257 D.H. Él fue a Najaf y Karbilá y siete meses más tarde regresó a Su provincia natal de Fárs.

21.- En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso.

22.- "El Señor de la Época", uno de los títulos del Qá'im prometido.

23.- Según el relato de Hájí Mu'ínu-Saltánih (pág. 37), el Báb asumió la dirección independiente de Sus negocios. "Huérfano desde pequeño, fue puesto bajo el cuidado de Su tío materno Áqá Siyyid ‘Alí y bajo su dirección se ocupó en los mismos negocios de Su padre, es decir, mercería" (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 189).

24.- Según el relato de Hájí Mu'ínu-Saltánih (pág. 37) el matrimonio del Báb se llevó a efecto cuanto tenía veintidós años.

25.- El Báb se refiere a ella en Su comentario sobre la Sura de José (Sura de Qarábat). He aquí la traducción hecha por A. L. M. Nicolas de dicho texto: "En verdad, me he desposado sobre el trono de Dios con Sara, es decir, la bienamada. Por cuanto bienamada vienen del Bienamado (el Bienamado es Muhammad, lo cual quiere decir que Sara era Siyyid). En verdad, he puesto a los ángeles del cielo y a los habitantes del Paraíso como testigos de sus esponsales. Sabe que la buenaventura del Dhikr Sublime es grande ¡oh Bien Amada! Por cuanto es el amor que viene de Dios, El Amado. ¡Tú no eres como ninguna otra mujer, si obedeces a Dios en la persona del Dhikr Sublime! ¡Conoce tú la inmensa verdad del Verbo Sublime y gloríate de estar sentada con el amigo que es el Amado de Dios en lo alto. En verdad la gloria te viene de Dios, el Sabio. Ten paciencia en las órdenes que vienen de Dios para el Báb y su familia. Y, en verdad, tu hijo Ahmad tiene un asilo en el Paraíso bendito, cerca de la gran Fátimih. (Prefacio a la obra de A. L. M. Nicolas Le Bayán Persa, vol. 2, págs. 10-11). "La viuda del Báb vivió hasta 1300 D.H. (1882-83)". (Journal of the Royal Asiatic Society, 1889, artículo 12, pág. 993).

Ambos eran hijos de Mírzá ‘Alí, quien era el tío paterno de la madre del Báb. Mírzá Muhsin y Mírzá Hádí quienes eran, respectivamente, el hijo y el nieto de Mírzá Siyyid Hasan y Mírzá Abu'l-Qásim, llegaron a ser yernos de ‘Abdu'l-Bahá.

26.- El Báb se refiere a Su hijo en Su comentario sobre el Sura de José. Lo que sigue es la traducción hecha por A. L. M. Nicolas: "En verdad, tu hijo Ahmad tiene un asilo en el Paraíso bendito, cerca de la gran Fátimih". (Sura de Qarábat). "Glorificado sea Dios quien, en verdad, ha dado Solaz de los Ojos en su juventud un niño llamado Ahmad. En verdad, hemos elevado a este niño hacia Dios". (Sura de 'Abd) (Prefacio a la obra de A. L. M. Nicolas Le Bayán Persa, vol. 2, pág. 11).

27.- 1843 D.C.

28.- Dejó Shíráz y fue a Búshihr a la edad de 17 años y permaneció allí durante cinco años, ocupado en cuestiones de negocios. Durante este tiempo se ganó la estimación de todos los comerciantes con quienes tuvo contacto, debido a su integridad y piedad. Prestaba mucha atención a sus obligaciones religiosas y donaba grandes sumas de dinero con fines caritativos. En cierta ocasión dio 70 tumanes (más o menos 22 libras) a un vecino pobre". (Apéndice 2 de la Historia escrita por Hájí Mírzá Jání: TáríkB-i-Jadíd, pág. 343-44).

29.- "Ya era meditativo y por lo demás silencioso a pesar que su hermosa figura, el fuego de su mirada y al mismo tiempo su actitud de modestia y recogimiento atraían desde entonces la atención de sus conciudadanos. Sumamente joven, las cuestiones religiosas lo atraían de forma irresistible ya que fue a la edad de 19 años que escribió su primer libro Risáliy-i-Fiqhíyyih en el que mostró verdadera piedad y efusión islámicas que parecían presagiar para él un futuro brillante dentro de las líneas de la ortodoxia shí'ita. Es posible que esta obra haya sido escrita en Búshihr ya que fue más o menos a los 18 o 19 años que fue enviado allí por su tío con el fin de atender asuntos de negocios". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 189-90).

30.- En sociedad se encontraba muy a gusto entre los eruditos o escuchaba el relato de los viajeros que llegaban a esta ciudad mercantil; también se complacían en colocarlo como miembro de la secta Taríquát, que era muy respetada entre la gente". (journal Asiatique 1866, tomo 7, pág. 335).

31.- El Kasfu'l-Ghitá da los siguientes detalles sobre este personaje extraordinario: "Hájí Siyyid Javád mismo me informó que él residía en Karbilá, que sus primos eran bien conocidos entre los ‘ulamás y doctores en la ley reconocidos en esa ciudad y pertenecían a la secta Ithná-Ashará del islam shí‘ah. En su juventud conoció a Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í, pero nunca fue considerado como su discípulo. Sin embargo, fue seguidor declarado y defensor de Siyyid Kázim y figuraba entre sus principales adherentes. Conoció al Báb en Shíráz mucho antes de la fecha de Su Manifestación. Lo vio en varias ocasiones cuando el Báb tenía sólo ocho o nueve años, en la casa de Su tío materno. Posteriormente lo encontró en Búshhir y permaneció durante seis meses en el mismo khán en que residían el Báb y Su tío materno. Mullá ‘Alíy-i-Bastámí, una de las Letras de los vivientes, le dio a conocer el Mensaje del Báb mientras estaba en Karbilá, ciudad desde la cual fue a Shíráz con el objeto de informarse mejor sobre la naturaleza de Su Revelación" (Págs. 55-57).

32.- "El Báb tenía un rostro suave y bondadoso, sus modales eran serenos y dignos, su elocuencia impresionante y escribía rápidamente y bien" (Lady Sheil: Glimpses of Life and Manners in Persia, pág. 178).

33.- "Encerrado en sí mismo, siempre ocupado con prácticas piadosas, de modales extremadamente sencillos de atrayente dulzura, acentuaban estos dones su extraordinaria juventud y el maravilloso encanto de su figura, él atraía alrededor suyo cierto número de personas cultas. Luego uno comenzaba a entretenerse con sus conocimientos y la penetrante elocuencia de sus discursos. Él no podía abría la boca, aseguraba la gente que lo había conocido, sin que conmoviera hasta el fondo del corazón. Por lo demás, se expresaba con profunda veneración al hablar del Profeta de los Imanes y de sus santos compañeros, con lo que encantaba a los severos ortodoxos al mismo tiempo que, en reuniones más íntimas los espíritus ardientes e inquietos se alegraban de encontrar que en él no había esa rigidez en la profesión de opiniones consagradas que les hubiera sido molesta. Al contrario, su conversación les abría todos esos horizontes infinitos, variados, pintoresco, misteriosos, sombríos y sembrados aquí y acullá de una luz enceguecedora que transportaban de júbilo a la imaginación de ese pueblo". (Conde de Gobineau. Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 118).

34.- Según Samandar, que fue uno de los primeros creyentes en Qazvín (manuscrito pág. 15), la hermana de Táhirih, Mardíyyih, era la esposa de Mírzá Muhammad-‘Alí, quien era una de las Letras de los vivientes y que fue martirizado en Shaykh Tabarsí. Parece que Mardíyyih reconoció y abrazó el Mensaje del Báb (pág. 5). Mírzá Muhammad-‘Alí era hijo de Hájí Mullá ‘Abdu'l-Vahháb, a quien el Báb escribió una Tablilla mientras estaba en las vecindades de Qazvín.

35.- Según Memorials of the Faithful (págs. 291-98) Táhirih tenía dos hijos y una hija, ninguno de los cuales aceptó la verdad de la Causa. Sus conocimientos y distinción eran tales que su padre, Hájí Mullá Sálih, expresó a menudo su pesar en los siguientes términos: "¡Ojalá que ella hubiera sido un varón porque él habría dado lustre a mi hogar y habría sido mi sucesor!" Ella conoció los escritos de Shaykh Ahmad mientras estuvo en casa de su primo, Mullá Javád, de cuya biblioteca tomó prestados estos libros y los llevó a su casa. Su padre hizo violentas objeciones a tal acción y en sus acaloradas discusiones con ella denunció y criticó las enseñanzas de Shaykh Ahmad. Mientras estuvo en casa de Táhirih rehusó prestar atención a los consejos de su pare y mantuvo correspondencia secreta con Siyyid Kázim, quien le confirió el nombre de Qurratu'l-Ayn. El título Táhirih se asoció por primera vez con su nombre mientras estuvo en Badasht y fue aprobado posteriormente por el Báb. De Qazvín fue a Karbilá con la esperanza de conocer a Siyyid Kázim, pero llegó demasiado tarde ya que el Siyyid falleció diez días antes de su llegada. Se juntó con los compañeros del jefe fenecido y pasó su tiempo en oración y meditación, esperando ansiosamente a Aquel cuyo advenimiento Siyyid Kázim había predicho. Mientras estuvo en aquella ciudad tuvo un sueño. Un joven, un Siyyid, que llevaba una capa negra y un turbante verde, se le apareció en el cielo y con las manos levantadas recitaba ciertos versículos, uno de los cuales ella anotó en su libro. Despertó de su sueño muy impresionada con su experiencia. Cuando, posteriormente, llegó a sus manos una copia del Ahsanu'l-Qisas el comentario del Báb sobre la Sura de José, para gran alegría suya, encontró en dicho libro el mismo versículo que había oído en su sueño. Este descubrimiento le aseguró la verdad del Mensaje que el autor de dicha obra proclamaba. Ella se preocupó personalmente de traducir el Ahsanu'l-Qisas al persa e hizo el mayor esfuerzo posible para su difusión e interpretación. Durante tres meses su casa estuvo asediada por los guardias que el Gobernador había designado para vigilarla e impedir que se asociara con el pueblo. Desde Karbilá fue a

Bagdad y vivió por algún tiempo en casa de Shaykh Muhammad-i-Shibl, de donde trasladó su residencia a otro lugar y finalmente fue llevada a la casa del Muftí donde permaneció por más o menos tres meses.

36.- Según el Kashfu'l-Ghitá (pág. 93), Táhirih supo del Mensaje del Báb por Mullá ‘Alíy-i-Bastámí, quien visitó Karbilá en el año 1260 D.H., después de su regreso de Shíráz.

37.- Una de las familias más destacadas de Qazvín, quiero decir de las más sobresalientes tanto por los altos puestos que sus diversos miembros ocupaban dentro de la jerarquía eclesiástica como por la reputación de conocimientos que les rodeaba, era, sin discusión, la familia de Hájí Mullá Sálih-i-Baraqání. Él tenía un hermano llamado Mullá Muhammad-Taqíy-i-Baraqání que recibió, después de su muerte, el título de Shahíl-i-Thálith, es decir, tercer mártir. Tomaremos desde algún tiempo antes su historia para hacer comprender bien el papel que tuvieron en las disensiones religiosas en Persia así como la catástrofe que debía venir fatalmente por el carácter altivo y orgulloso del hermano de Mullá Sálih. Cuando el gran Mujtahid Áqá Siyyid Muhammad llegó a Qazvín, Alguien le preguntó su Hájí Mullá Sálih-i-Baraqání era un Mujtahid. "Por cierto", respondió el Siyyid, y ello tanto más cuanto que Sálih era uno de sus antiguos alumnos quien, en la tarde había seguido las lecciones de Áqá Siyyid ‘Alí. "Muy bien", respondió su interlocutor, pero su hermano Muhammad-Taqí, ¿es él también digno de ese título sagrado? Áqá Siyyid Muhammad respondió alabando las cualidades y conocimientos de Taqí, pero evitó dar una respuesta precisa a la pregunta directa que se le había hecho. Esto no impidió que su interlocutor difundiera en la ciudad la noticia que Siyyid Muhammad en persona reconocía la habilidad de Taqí a quien había declarado Mujtahid en su presencia. Siyyid Muhammad había ido a vivir a caso de uno de sus colegas, Hájí Mullá ‘Abdu'l-Vahháb: este último supo muy pronto la noticia así difundida y haciendo venir a su casa al interlocutor del Siyyid lo reprendió rudamente en presencia de testigos. Naturalmente, el clamor de esta intervención, amplificado de boca en boca, llegó a oídos de Taqí, quien, furioso, se limitaba a decir, cada vez que oía el nombre de Mullá ‘Abdu'l-Vahháb: "Sólo lo respeto porque es el hijo de mi querido maestro". Siyyid Muhammad, al saber todos estos incidentes y rumores y comprendiendo que había consternado el alma de Taqí, lo invitó un día a almorzar, lo trató con mucha distinción, escribió su certificado de Mujtahid y, ese mismo día, lo acompañó a la Mezquita y, después de la oración, se sentó sobre las gradas del sillón desde donde hizo un elogio a Taqí y, en plena asamblea, lo confirmó en su nueva dignidad. Poco después pasó por Qazvín. Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í. Este personaje dice el piadoso autor del Qisasú'l-Ulamá, fue declarado impío por cuanto quiso acercar la filosofía a la ley religiosa "y todo el mundo sabe que, en la mayoría de los casos, tratar de mezclar la inteligencia y la ley religiosa es una cosa imposible". Sea como fuere, Shaykh Ahmad se puso muy por encima de sus contemporáneos y muchos hombres eran partidarios de su opinión. Tenía sectarios en todas las ciudades de Persia y el Sháh Fath-‘Alí lo trataba con mucha consideración aún cuando Ákhúnd Mullá ‘Alí haya dicho de él, según parece: "Es un ignorante con corazón puro". Al pasar por Qazvín, fue a vivir a casa de Mullá ‘Abdu'l-Vahháb, en lo sucesivo el enemigo de la familia Baraqání. Él iba a orar a la Mezquita parroquial y los ‘ulamás de Qazvín venían allí a orar bajo su dirección. Naturalmente, él devolvió a estos santos personajes todas las visitas y todas las atenciones que había recibido de ellos: estaba muy bien con todos ellos y no era por lo demás misterio para nadie que su huésped era uno de sus discípulos. Cierto día fue a casa de Hájí Mullá Taqíy-i-Baraqání quien le recibió con todas las muestras del más profundo respeto,

pero se aprovechó de su presencia para plantearle algunas cuestiones insidiosas. "En lo que concierne a la resurrección de los muertos en el día del juicio le preguntó, ¿tiene usted la misma opinión que Mullá Sadrá?". "No", dijo Shaykh Ahmad. Entonces Taqí, dirigiéndose a su hermano menor Hájí Mullá ‘Alí: "Ve a mi biblioteca", le dijo, "y tráeme el Shaváhid-i-Rubúbiyyih de Mullá Sadrá". Ya que Hájí Mullá tardaba en regresar, dijo a su interlocutor: "No discuto con usted sobre esta materia, pero siento curiosidad por saber su opinión sobre este tema". El Shaykh respondió: "No hay nada más sencillo. Mi opinión es que la resurrección no se llevará a efecto con nuestro cuerpo material, sino con su esencia: y llamo esencia, por ejemplo, el vidrio que se encuentra en potencia en la piedra". "Perdone", respondió maliciosamente Taqí, "pero dicha esencia es algo diferente que el cuerpo material y usted sabe que es un dogma en nuestra santa religión, la creencia en la resurrección de este cuerpo material en sí". Naturalmente el Shaykh fue interpretado y fue en vano que uno de sus alumnos, nativo de Turquestán, quiso desviar la conversación e interrumpir una discusión que amenazaba ser larga; el golpe ya había sido dado y Shaykh Ahmad se retiró convencido que se había comprometido. No tardó en darse cuenta que su conversación había sido cuidadosamente difundida por Taqí ya que el mismo día fue a la mezquita para orar y fue seguido solamente por ‘Abdu'l-Vahháb. La situación amenazaba empeorar y ‘Abdu'l-Vahháb creyó haber encontrado el medio de allanar todas las dificultades al suplicar a su maestro que escribiera y publicara un tratado en el que afirmara la resurrección del cuerpo material. No contó con el odio de Taqí. En efecto Shaykh Ahmad escribió ese tratado que se encuentra ahora en su volumen titulado Ajvibatu'l-Masá'il, pero nadie quiso leerlo y el clamor de su impiedad creció día a día. Llegó a tal punto que el gobernador de la ciudad, el Príncipe ‘Alí-Naqí Mírzá Ruknu'd-Dawlih, considerando la importancia de los personajes implicados en la lucha y temiendo que se le acusara de haber permitido germinar la discordia, resolvió intentar una reconciliación. Cierta noche invitó a una gran cena a todos los ‘ulamás ilustres de la ciudad. Shaykh Ahmad ocupó el primer lugar y, cerca de él, separado por un solo personaje se encontraba Taqí. Tres personas traían los platos preparados de tal manera que los dos enemigos estuvieran obligados a comer al mismo tiempo. Pero Taqí, irreducible, se volvió hacia el plato de sus vecinos de la derecha y, con gran escándalo del Príncipe, puso su mano izquierda ante la parte izquierda de su rostro de manera que su mirada no se cruzara, ni aún involuntariamente, con la persona de Shaykh Ahmad. Después de la cena, que fue bastante triste, el Príncipe, persistiendo en su idea de reconciliar a los dos adversarios hizo un gran elogio de Shaykh Ahmad, diciendo que era el más grande de los doctores árabes y persas, que Taqí debía mostrarle el mayor respeto y que no era conveniente que prestara atención a los propósitos de las personas que querían provocar la guerra entre dos inteligencias privilegiadas. Fue violentamente interrumpido por Taqí quien declaró en tono de soberano desprecio: "No puede haber paz alguna entre la impiedad y la fe: el Shaykh sostiene, en lo que concierne a la resurrección, una doctrina contraria a la ley islámica. Por lo demás, quienquiera comparta esta doctrina es un impío. ¿Qué puede haber de común entre un rebelde y yo?". Por más que el Príncipe insistió, rogó, Taqí no quiso ceder y la sesión se levantó". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 263-67).

38.- Tercer Mártir.

39.- "Mullá Sálih tenía, entre sus hijos, una hija, Zarrán-Táj -corona de oro- quien atrajo sobre sí la atención de todos desde su más tierna infancia. En vez de dedicarse como sus

compañeras a juegos y entretenimientos, pasaba horas enteras escuchando las conversaciones dogmáticas de sus padres. Su viva inteligencia asimiló rápidamente la hojarasca de la ciencia islámica sin ahogarse y pronto fue incluso capaz de discutir los puntos más oscuros y confusos: las tradiciones (hadís) no tenían ya secretos para ella. Su reputación se difundió rápidamente en la ciudad y sus conciudadanos la consideraban con toda justicia, un prodigio. Prodigio de conocimientos, pero también un prodigio de belleza, ya que al crecer llegó a ser una joven cuyo rostro resplandecía con una belleza tan radiante que se le dio el apodo de Qurratu'l-Ayn - que el Sr. Gobineau traduce "consuelo de los ojos". Su hermano, ‘Abdu'l-Vahháb-i-Qazvíní, quien heredó la ciencia y reputación de su padre, relataba, aún cuando en apariencia, seguía siendo musulmán: "todos nosotros, sus hermanos, sus primos, no osábamos hablar en su presencia porque su ciencia nos intimidaba, y si aventurábamos a expresar una hipótesis, sobre un punto de doctrina en disputa, ella nos demostraba en forma tan clara, tan precisa y tan perentoria que seguíamos un camino falso, que nos retirábamos completamente confundidos". Ella asistía a los cursos de su padre y de su tío en la misma sala que doscientos o trescientos estudiantes, pero escondida tras una cortina y en más de una ocasión refutó las explicaciones que estos dos ancianos proponían sobre tal o cual tema. Alcanzó gran reputación en la Persia erudita y los más elevados ‘ulamás consentían aceptar algunas de sus hipótesis o de sus opiniones. El hecho es tanto más extraordinario cuanto que la religión musulmana Shí‘ita ha puesto a la mujer casi al mismo nivel que el animal: ella no tiene alma y sólo existe para la reproducción. Ella se casó, joven aún, con el hijo de su tío, Muhammad-i-Qazvíní, que era Imán Jum‘ih de la ciudad y por consiguiente, fue a Karbilá donde asistió a las lecciones de Siyyid Kázim-i-Rashtí. Ella compartió apasionadamente las ideas de su maestro, ideas que ella conocía ya desde antes., ya que Qazvín había llegado a ser un foco de doctrinas Shaykhís. Ella era, como lo veremos más adelante, de temperamento ardiente, con una inteligencia clara y lúcida, de maravillosa sangre fría y de valor indomable. Todas estas cualidades debían llevarla a ocuparse del Báb sobre quien oyó hablar desde su regreso a Qazvín. Lo que oyó le interesó tan vivamente que entró en correspondencia con el Reformador y, convencida luego por él, hizo saber su conversión "urbi et orbi". El escándalo fue enorme y el clero se sintió consternado. Fue en vano que su marido, su padres, y sus hermanos la conjuraran para que renunciara a esa peligrosa tontería; ella permaneció inflexible y proclamó en alta voz su fe". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 273-27).

40.- "Este nombre les vino, dice Hájí Karím Khán en su Hidáyatu't-Tálibín, desde que el difunto Shaykh Ahmad, cuando estuvo en Karbilá, durante sus peregrinajes a los sepulcros sagrados y como signo de respeto a los Imanes, decía sus oraciones mientras permanecían detrás del Imán, es decir, a sus pies. En efecto, para él no había diferencia en cuanto al respeto que se debía mostrar a un Imán muerto o un Imán vivo. Los persas, al contrario, penetraban al interior de la tumba y querían ponerse por encima de la cabeza del Imán y le volvían el dorso cuando oraban, ya que los santos muertos se sepultan con la cabeza hacia el Qiblih. ¡Es esta una vergüenza y una mentira! Los apóstoles de Jesucristo que pretendían haber venido para ayudar a Dios llamados Nasará, nombre que se dio a todos los que caminaban en su sendero. Es así como el nombre Bálá-Sarí se extendió a todos aquellos que oraban colocándose por encima de la cabeza del Imán". (A. L. M. Nicolas, Essai sur le Shaykhisme I, prefacio, págs. 5-6).

41.- 1850 D.C.

42.- Según Muhammad-Mustafá (pág. 106), Mullá ‘Alí sufrió seis meses de encarcelamiento en Bagdad por orden de Najíb Páshá, el gobernador de la ciudad. De allí se le ordenó que fuera a Constantinopla, de acuerdo con instrucciones recibidas del gobierno Otomano. Pasó por Mosul, donde pudo despertar interés en la nueva Revelación. Sin embargo, sus amigos no pudieron descubrir si llegó finalmente a su destino.

43.- El Corán.

44.- El Corán.

45.- El Corán.

46.- Uno de los títulos del Báb.

47.- El Báb se refiere a las Letras de los Vivientes en el Bayán Persa (Vahíd 1. Báb 2), en los siguientes términos: "Todos ellos forman el nombre del viviente, porque son los nombres más próximos a Dios; todos los que no sean ellos son guiados por su acción directriz, porque Dios ha comenzado con ellos la creación del Bayán, y es hacia ellos que Él hará regresar esta creación del Bayán. Son luces que eternamente se han prosternado en el pasado y que se prosternarán eternamente en el futuro ante el trono celestial". (Le Bayán Persa, vol. I págs. 24-25).

48.- A. L. M. Nicolas en su introducción al volumen 1 de Le Bayán Persa, (págs. 3-5), escribe lo siguiente: "Todo el mundo estaba de acuerdo en reconocer que les era completamente imposible proclamar en alta voz su doctrina y de difundirla entre los hombres. Debían proceder como médico de niños, que cubre una droga amarga con un revestimiento azucarado para halagar a sus pequeños enfermos. Y el pueblo en medio del cual ha surgido, era y todavía es, ¡ay!, más fanático que los judíos en la época de Jesucristo, y ya no existía allí la majestad de la paz Romana para evitar los furiosos excesos de la locura religiosa de un pueblo sobre-excitado. Por lo tanto, si Jesucristo, a pesar de la dulzura por lo demás relativa del medio en el que predicó, consideró que debía utilizar parábolas, Siyyid ‘Alí Muhammad, "a posteriori", tuvo que disfrazar su pensamiento con numerosas vueltas y no verter sino gota a gota el brebaje de sus verdades divinas. El crió a su hijo, la Humanidad; lo guió, tratando de no asustarlo; condujo sus primeros pasos por una ruta que lo llevara gradualmente pero con seguridad, y desde la que podrá avanzar sólo, hacia el fin que le ha sido fijado desde toda la eternidad".

CAPÍTULO 4

EL VIAJE DE MULLÁ HUSAYN A TEHERÁN

Con estas nobles palabras resonando aún en sus oídos, Mullá Husayn emprendió su peligrosa empresa. Dondequiera que iba, cualquiera que fuera la clase de gente a que se dirigía, daba el Mensaje que su amado Maestro le había confiado, sin temor ni reservas. Al llegar a Isfahán, se estableció en el madrisih de Ním Ávard. Alrededor suyo se reunieron aquellos que, en su visita anterior a esa ciudad, lo habían conocido como el mensajero favorecido de Siyyid Kázim al eminente mujtahid, Hájí Siyyid Muhammad-Báqir[1]. A su muerte, lo sucedió su hijo, quien acababa de regresar de Najaf y ahora se había establecido en la cátedra de su padre. Hájí Muhammad-Ibráhím-i-Kalbásí también había enfermado gravemente y estaba a punto de morir. Los discípulos del extinto Hájí Siyyid Muhammad-Báqir, libres ya de la influencia refrenadora de su desaparecido maestro y alarmados por las extrañas doctrinas que Mullá Husayn estaba propagando, lo denunciaron con vehemencia a Hájí Siyyid Asadu'lláh, el hijo del extinto Hájí Siyyid Muhammad-Báqir. Se quejaron diciendo: "Mullá Husayn pudo, durante su última visita, ganar el apoyo de vuestro ilustre padre para la causa de Shaykh Ahmad. Nadie entre los discípulos del Siyyid, impotentes, se atrevió a oponerse. Ahora viene como el defensor de un adversario todavía más formidable y está invocando Su Causa con más vehemencia y vigor aún. Reclama en forma persistente que Aquél cuya Causa defiende ahora, es el Revelador de un Libro de inspiración divina y que tiene gran semejanza al tono y lenguaje del Corán. Ha arrojado al rostro de la gente de esta ciudad las siguientes palabras desafiantes: "Producid uno semejante si sois hombres veraces". "¡Se acerca rápidamente el día en que toda Isfahán habrá abrazado su Causa!" Hájí Siyyid Asadu'lláh respondió a sus quejas con evasivas. "¿Qué he de decir yo?", se vio obligado a responder al fin. "¿Acaso ustedes mismos no reconocen que Mullá Husayn, gracias a su elocuencia y la fuerza lógica de su argumento, ha silenciado a hombre de tanta grandeza como mi ilustre padre? ¿Cómo puedo yo presumir entonces, que soy tan inferior a él en méritos y conocimientos, desafiar lo que él ya ha aprobado? Que cada hombre examine estas aseveraciones desapasionadamente. Si se siente satisfecho, muy bien; si no, que guarde silencio y no incurra en el riesgo de desacreditar el buen nombre de nuestra Fe".

Al encontrar que sus esfuerzos por influenciar a Hájí Siyyid Asadu'lláh habían fracasado, sus discípulos refirieron el asunto a Hájí Muhammad-Ibráhím-i-Kalbásí. "¡Ay de nosotros!", protestaron en voz alta, "¡pues el enemigo se ha levantado para destruir la sagrada Fe del islam!" Con lenguaje sombrío y exagerado, hicieron énfasis sobre el carácter desafiante de las ideas difundidas por Mullá Husayn. "¡Guardad silencio!", replicó Hájí Muhammad-Ibráhím. "Mullá Husayn no es persona que puede ser engañada por cualquiera, ni tampoco puede caer víctima de peligrosas herejías. Si vuestra afirmación es verdadera, si Mullá Husayn ha abrazado en realidad una nueva Fe, sin lugar a dudas es vuestra primera obligación investigar desapasionadamente el carácter de sus enseñanzas y guardaros de denunciarlo sin antes escudriñarlas con cuidado. Si me son restituidas mi salud y mi fuerza, es mi intención, si Dios quiere, investigar el asunto por mí mismo y averiguar la verdad".

Esta severa reprimenda, expresada por Hájí Kalbásí, desconcertó completamente a los discípulos de Hájí Siyyid Asadu'lláh. Consternados, apelaron a Manúshihr Khán, el Mu‘tamidu'd-Dawlih, gobernador de la ciudad. Aquél gobernante sabio y sensato rehusó intervenir en estos asuntos que, afirmó, caían exclusivamente dentro de la jurisdicción de los ‘ulamás. Les advirtió que se abstuvieran de maldades y que dejaran de estorbar la paz del mensajero. Sus cortantes palabras hicieron pedazos las esperanzas de los instigadores de intrigas. Gracias a ello Mullá Husayn fue librado de las maquinaciones de sus enemigos y, por algún tiempo, prosiguió con sus tareas sin contratiempos.

El primero que abrazó la Causa del Báb en esa ciudad fue un hombre, un cribador de trigo que, en cuanto llegó la Llamada a sus oídos, aceptó el Mensaje sin reservas. Con maravillosa devoción sirvió a Mullá Husayn y, por su asociación con él, llegó a ser un celoso defensor de la nueva Revelación. Pocos años más tarde, cuando le fueron relatados los conmovedores episodios del fuerte de Shaykh Tabarsí, sintió un impulso irresistible de compartir la suerte de aquellos heroicos compañeros del Báb que se habían levantado en defensa de su Fe. Con su criba en la mano, inmediatamente se levantó y partió hacia la escena de ese encuentro memorable. "¿Por qué vas tan deprisa?", le preguntaron sus amigos, al verlo correr en estado de intensa excitación por los bazares de Isfahán. "¡Me he levantado", replicó, "para unirme a la gloriosa compañía de los defensores del fuerte de Shaykh Tabarsí! Con esta criba que llevo tengo la intención de cernir a la gente de todas las ciudades por las que pase. A quienquiera encuentre dispuesto a aceptar la Causa que he abrazado, le pediré que se una a mí y se apresure inmediatamente al campo del martirio". Tal fue la devoción de este joven que el Báb, en el Bayán Persa, se refiere a él en los

términos siguientes: "Isfahán, aquella destacada ciudad, se distingue por el fervor religioso de sus habitantes shí‘ah, por la ilustración de sus clérigos y por la viva expectación, que comparten los de alta y baja condición, por la llegada inminente del Sáhibu'z-Zamán. Se han establecido instituciones religiosas en todos los sectores de aquella ciudad. Sin embargo, cuando se hubo manifestado el Mensajero de Dios, aquellos que pretendían ser los depositarios del saber y los expositores de los misterios de la Fe de Dios rechazaron a Su Mensajero. De todos los habitantes de aquella sede de ilustración se encontró a una sola persona, un cribador de trigo, que reconoció la Verdad y fue investido con el manto de virtud Divina"[2].

Entre los siyyids de Isfahán unos pocos, como Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí, cuya hija se unió en matrimonio a la Rama Más Grande[3] ulteriormente, Mírzá Hádí, el hermano de Mírzá Muhammad-‘Alí, y Mírzá Muhammad-Ridáy-i-Khurásání, conocido en otro tiempo como Muqaddas y quien recibió de Bahá'u'lláh el título de Ismu'lláhu'l-Asdaq, y de acuerdo con las instrucciones de Siyyid Kázim había residido en Isfahán durante los últimos cinco años y preparado el camino para la nueva Revelación, se encontraba también entre los primeros creyentes que se identificaron con el Mensaje proclamado por el Báb4. En cuanto supo de la llegada de Mullá Husayn a Isfahán, se apresuró en ir a verlo. Da el siguiente relato de su entrevista que se llevó a cabo de noche en cada de Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí: "Pedí a Mullá Husayn que divulgara el nombre de Aquél que pretendía ser la nueva Manifestación". Contestó: "Indagar ese nombre así como divulgarlo está prohibido". "¿Me sería, entonces, posible", le pregunté, "así como las Letras de los Vivientes, buscar independientemente la gracia del Todo Misericordioso y, mediante la oración, descubrir Su identidad?" "La puerta de Su gracia", contestó, "nunca está cerrada ante el rostro del que busca encontrarlo". Inmediatamente me retiré de su presencia y pedí a su anfitrión que me concediera un cuarto privado en su casa donde, sólo y sin que nadie me molestara, pudiera tener comunión con Dios. En medio de mi contemplación recordé repentinamente el rostro de un joven a quien había observado con frecuencia, en actitud de oración, con Su rostro bañado en lágrimas, de pie, a la entrada del santuario del Imán Husayn, mientras estuve en Karbilá. Ese mismo rostro reapareció ahora ante mis ojos. En mi visión me parecía contemplar esa misma cara, esos mismos rasgos que expresaban alegría tal que jamás la podría describir. Se sonrió mientras me miraba. Me acerqué a Él, listo para postrarme a Sus pies. Me inclinaba hacia delante cuando ¡he aquí!, esa figura radiante desapareció de mi vista. Subyugado por el júbilo y la felicidad, salí corriendo en busca de Mullá Husayn, que me recibió extasiado y me aseguró

que, finalmente había alcanzado el objeto de mis deseos. Sin embargo, me rogó que controlara mis sentimientos. "No declares a nadie tu visión", me encareció, "no ha llegado aún el tiempo para ello. Has cosechado el fruto de tu paciente espera en Isfahán. Ahora debes ir a Kirmán y allí debes dar a conocer este Mensaje a Hájí Mírzá Karím Khán. De allí debes viajar a Shíráz y tratar de despertar de su negligencia a la gente de esa ciudad. Espero reunirme contigo en Shíráz y compartir contigo la bendición de una feliz reunión con nuestro Bienamado"[5].

De Isfahán Mullá Husayn procedió a Káshán. El primero que fue enrolado en esa ciudad en la compañía de los fieles fue un tal Hájí Mírzá Jání, llamado Pas-Pá, que era comerciante de reputación[6]. Entre los amigos de Mullá Husayn se encontrada un sacerdote muy conocido, Siyyid ‘Abdu'l-Báqí, residente en Káshán y miembro de la comunidad Shaykhí. Aunque íntimamente asociado con Mullá Husayn durante su permanencia en Najaf y Karbilá, el Siyyid no se sintió capaz de sacrificar rango y jefatura por el Mensaje que su amigo le había traído.

Al llegar a Qum, Mullá Husayn halló a su pueblo completamente falto de preparación para prestar atención a su llamada. Las semillas que sembró entre ellos no germinaron hasta cuando Bahá'u'lláh fue exilado a Bagdad. En esos días Hájí Mírzá Músá, nativo de Qum, abrazó la Fe, viajó a Bagdad y allí conoció a Bahá'u'lláh. Eventualmente, libó la copa del martirio en Su sendero.

De Qum, Mullá Husayn prosiguió directamente a Teherán. Durante su permanencia en la capital vivió en una de las piezas del madrisih de Mírzá Sálih, mejor conocido como el madrisih de Páy-i-Minár. Hájí Mírzá Muhammad-i-Khurásání, jefe de la comunidad Shaykhí de Teherán, que actuaba como instructor en esa institución, fue visitado por Mullá Husayn, pero fracasó en responder a su invitación a aceptar el Mensaje. "Teníamos la esperanza", dijo a Mullá Husayn, "que, después de la muerte de Siyyid Kázim, usted habría luchado por la promoción de los mejores intereses de la comunidad Shaykhí y la habría librado de la oscuridad en que había caído. Sin embargo, parece que ha traicionado su causa. Usted ha hecho pedazos nuestras más tiernas esperanzas. Si usted persiste en diseminar estas doctrinas subversivas, eventualmente extinguirá los restos de los shaykhís de esta ciudad". Mullá Husayn le aseguró que no tenía intención de prolongar su permanencia en Teherán y que en ningún caso era su objeto el rebajar o suprimir las enseñanzas inculcadas por Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim[7].

Durante su estancia en Teherán, Mullá Husayn acostumbraba salir de su pieza temprano por la mañana y volvía solamente una hora después de la puesta del sol. En cuanto regresaba, entraba quedamente y, solo en su pieza, cerraba tras de sí la

puerta, y permanecía en el retiro de su celda hasta el día siguiente[8]. Mírzá Músá Áqáy-i-Kalím, hermano de Bahá'u'lláh, me relató lo siguiente: "He oído a Mullá Muhammad-i-Mu‘allim, oriundo de Núr, en la provincia de Mázindarán, que era ferviente admirador tanto de Shaykh Ahmad como de Siyyid Kázim, contar esta historia: "En aquel tiempo se me reconocía como uno de los discípulos predilectos de Hájí Mírzá Muhammad y vivía en la misma escuela en que él enseñaba. Mi pieza estaba al lado de la suya y éramos amigos íntimos. Cierto día en que estaba ocupado en una discusión con Mullá Husayn, pude oír la conversación de principio a fin y me sentí profundamente afectado por el ardor, la fluidez y la sabiduría de ese joven extraño. Me causaron sorpresa las respuestas evasivas, la arrogancia y el comportamiento despreciativo de Hájí Mírzá Muhammad. Ese día me sentí atraído con fuerza por el encanto de ese joven, y me invadió profundo resentimiento por la conducta indigna que mi maestro tuvo para con él. Sin embargo, oculté mis sentimientos y pretendí ignorar sus discusiones con Mullá Husayn. Un deseo ferviente de conocer a éste se apoderó de mí y a medianoche, me aventuré a ir a visitarlo. No me esperaba, pero golpeé a su puerta y lo encontré despierto, sentado al lado de su lámpara. Me recibió con afecto y me habló con extraordinaria cortesía y bondad. Descargué mi corazón ante él y, mientras hablaba, lágrimas que no podía reprimir saltaban de mis ojos: "Ahora sé", me dijo, "por qué he elegido vivir en este lugar. Vuestro maestro ha rechazado con desprecio este Mensaje y ha menospreciado a su Autor. Mi esperanza es que su alumno, a diferencia de su maestro, pueda reconocer su verdad. ¿Cuál es vuestro nombre y cuál es la ciudad de su origen?". "Mi nombre", respondí, "es Mullá Muhammad y mi apellido Mu‘allim. Mi hogar en Núr, en la provincia de Mázindarán". "Dígame", inquirió Mullá Husayn, "¿hay hoy en día, entre los miembros de la familia del extinto Mírzá Buzurg-i-Núrí, quien tenga fama por su carácter, su encanto y su habilidad artística y literaria, alguien que se haya mostrado capaz de mantener las altas tradiciones de esa casa ilustre?" "Sí", contesté, "entre sus hijos que aún viven, se ha distinguido Uno por las mismas características de Su padre. Por Su vida llena de virtud, Sus grandes dotes, Su cariñosa bondad y liberalidad, ha probado ser un noble descendiente de un padre noble". "¿Cuál es su ocupación?", me preguntó. "Animar a los desconsolados y alimentar a los que tienen hambre", le contesté. "¿Qué de Su rango y posición?" "No tiene ninguno", le dije, "fuera de brindar amistad a los pobres y extraños". "¿Cuál es nombre?". "Husayn ‘Alí". "¿En cuál de las escrituras de Su padre sobresale?" "Su escritura favorita es shikastih-nasta'liq". "¿Cómo pasa su tiempo?" "Vaga por los bosques y goza con las bellezas del campo"[9]. "¿Qué edad tiene?" "Veintiocho años". La impaciencia con que me

interrogó Mullá Husayn y la sensación de gozo con que dio la bienvenida a cada detalle que le daba, me causaron gran sorpresa. Volviéndose hacia mí nuevamente, con el rostro radiante de satisfacción y alegría, me preguntó: "Me imagino que usted Lo ve con frecuencia". "A menudo visito Su casa", contesté. "¿Podría usted entregar en Sus manos un encargo de mi parte?", me dijo. "Por cierto", contesté. Entonces me dio un rollo de papel envuelto en un pedazo de tela y me pidió que se Lo entregara al día siguiente, al amanecer. "Si se dignara contestarme", agregó, "¿sería usted tan amable como para darme a conocer Su respuesta?" Recibí el rollo de sus manos y, al amanecer, me levanté para llevar a cabo su deseo.

Al acercarme a la casa de Bahá'u'lláh, reconocí a Su hermano Mírzá Músá, quien estaba de pie en el portón y a quien comuniqué la razón de mi visita. Entró en la casa y pronto volvió con un mensaje de bienvenida. Fui conducido a Su presencia y presenté el rollo a Mírzá Músá quien lo puso ante Bahá'u'lláh. Nos pidió a ambos que nos sentáramos. Desdobló el rollo, dio una ojeada a su contenido y comenzó a leer en voz alta para nosotros, algunos de sus pasajes. Sentado, me sentí extasiado, al escuchar el sonido de Su voz y la dulzura de Su melodía. Había leído una página del rollo cuando, volviéndose a Su hermano dijo: ***"¿Músá, que tienen que decir a esto? En verdad Yo digo, quienquiera cree en el Corán y reconoce su origen Divino y sin embargo vacila, aunque sea por un instante, en admitir que estas palabras conmovedoras poseen el mismo poder regenerador, sin lugar a dudas se ha equivocado en su juicio y se encuentra perdido, lejos del sendero de la justicia".*** No dijo nada más. Me despidió de Su presencia y me encargó que llevara a Mullá Husayn, como dádiva Suya, un pan de azúcar ruso y un paquete de té[10] y que le expresara Su aprecio y afecto.

"Me levanté y, lleno de felicidad, me apresuré en volver donde Mulla Husayn y le entregué el regalo y el mensaje de Bahá'u'lláh. ¡Con qué alegría y excitación los recibió! No tengo palabras para describir la intensidad de su emoción. Su puso de pie de un brinco, recibió de mis manos la dádiva, con la cabeza inclinada y la besó con fervor. Luego me tomó en sus brazos, besó mis ojos y dijo: "¡Mi muy querido amigo! Oro que así como has alegrado mi corazón Dios te conceda eterna felicidad y llene tu alma con gozo imperecedero". Me sentí sorprendido ante el comportamiento de Mullá Husayn. ¿Cuál podrá ser, pensé, la naturaleza del lazo que une a estas dos almas? ¿Qué podrá haber encendido una fraternidad tan ferviente en sus corazones? ¿Por qué Mullá Husayn, a cuyos ojos la pompa y circunstancia de la realiza eran una bagatela, había mostrado alegría tan grande al

ver una dádiva tan insignificante de manos de Bahá'u'lláh? Me sentí desconcertado por esta idea y no podía desentrañar su misterio.

"Pocos días más tarde Mullá Husayn partió a Khurásán. Al despedirse de Mí dijo: "No digas a nadie lo que has visto u oído. Deja que este sea un secreto oculto en tu pecho. No des a conocer Su nombre, porque los que envidian Su posición se levantarán para hacerle daño. En tus momentos de meditación ora por que el Todopoderoso Le proteja; que, mediante Él, pueda exaltar a los oprimidos, enriquecer a los pobres y salvar a los caídos. El secreto de las cosas se encuentra oculto a nuestros ojos. Nuestro es el deber de levantar la llamada del Nuevo Día y proclamar este Mensaje Divino a todos los pueblos. Muchas almas, en este día, derramarán su sangre en este sendero. Esta sangre regará el Árbol de Dios, hará que florezca y dé sombra a toda la humanidad".

Notas

1.- "La gente formaba grandes aglomeraciones para escuchar al predicador. Él ocupaba, uno tras otro, todos los púlpitos de Isfahán, donde hacía libremente lo que había sido prohibido en Shíráz. Él no temía decir públicamente y anunciar que Mírzá ‘Alí Muhammad era el decimosegundo Imán, el Imán Mihdí; mostraba y leía todos los libros de su maestro y hacía notar su elocuencia y profundidad así como remarcaba la extraordinaria juventud del Vidente, relatando sus milagros". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 130).
2.- "Observad la tierra de Sád (Isfahán) que es, en este mundo visible, la más exaltada de las tierras. En cada rincón de sus escuelas se encuentran esclavos numerosos revestidos con el nombre de sabios y luchadores. En el instante en que tuvo lugar la elección de las criaturas, un cernidor de trigo se revistió con el manto de la primacía sobre los demás. Es aquí que se proclama el secreto de la palabra de los Imanes sobre el tema de la manifestación: "La más baja de las criaturas llegará a ser la más elevada y las más elevadas llegarán a ser las más viles". (Le Bayán Persan, vol. 4, pág. 113).
3.- Referencia al matrimonio de ‘Abdu'l-Bahá con Munírih Khánum.
4.- Gobineau menciona (pág. 129) a Mullá Muhammad Taqíy-i-Harátí, un jurisconsulto muy conocido, como uno de los primeros en ser convertidos a la Fe.
5.- La estancia de Bushrú'í en Isfahán fue un triunfo para el Báb. Las conversaciones que hizo fueron numerosas y brillantes pero le atrajeron -justa recompensa para las cosas de aquí abajo- el odio feroz del clero oficial, ante el cual debió inclinarse y abandonar la ciudad. En efecto, la conversión de Mullá Muhammad Taqíy-i-Harátí, jurisconsulto de primer orden, llevó al colmo su furor, tanto más cuanto que este último, lleno de celo, subía cada día a la mambla de donde hablaba a los hombres directamente de la grandeza del Báb a quien atribuía el rango de Ná'ib-i-Kháyy del decimosegundo Imán". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Ali-Muhammad dit le Báb, pág. 225).
6.- De acuerdo con el Kashfu'l-Ghitá (págs. 42-45), Hájí Mírzá Jání era conocido por la gente de Káshán como Hájí Mírzá Jáníy-i-Buzurg para distinguirlo de su tocayo, quien era también comerciante en Káshán, conocido por el nombre de Hájí Mírzá Jáníy-i-Turk, o Kúchiq. El primero tenía tres hermanos, el mayor llamado Hájí Muhammad-Ismá‘il-i-Dhabíh, el segundo Hájí Mírzá Ahmad y el tercero Hájí ‘Alí-Akbar.
7.- "Permaneció algunos días en esta capital pero no se dejó ver en público y se conformó con tener entrevistas que podrían considerarse confidenciales, con las personas que venían a visitarle. No cesó de recibir sin embargo, a muchas personas y de conquistar para sus puntos de vista a numerosos curiosos. Todos querían verle o haberle visto y el rey Muhammad Sháh y su ministro, Hájí Mírzá Áqásí, como verdaderos persas que eran, no dejaron de hacerle venir. Él les expuso sus doctrinas y les envió libros del maestro". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 131).
8.- Según Samandar (manuscrito pág. 2) Mullá Husayn, en su viaje de Shíráz a Teherán en el año 1260 D.H. era portador de una Tablilla del Báb para Muhammad Sháh.

9.- "En cierta ocasión", escribe el Dr. J. E. Esslemont, "'Abdu'l-Bahá, el hijo mayor de Bahá'u'lláh, relató al que escribe los siguientes detalles sobre la juventud de Su padre: "Desde niño fue muy bondadoso y generoso. Amaba la vida al aire libre y pasaba la mayor parte de su tiempo en el jardín o en el campo. Tenía un extraordinario poder de atracción, que todos sentían. La gente siempre se apiñaba alrededor suyo. Los Ministros y gente de la Corte acostumbraba a rodearle y también los niños sentían devoción por Él. Cuando apenas tenía trece o catorce años se hizo famoso por su erudición... Cuando Bahá'u'lláh tenía veintidós años de edad, falleció Su padre y el Gobierno quiso que Él le sucediera en el Ministerio, como era costumbre en Persia, pero Bahá'u'lláh no aceptó el ofrecimiento. Entonces dijo el Primer Ministro: "Dejadlo solo. Un cargo como ese es indigno de Él. Él tiene en vista alguna meta más elevada. Yo no lo comprendo, pero estoy convencido que está destinado para alguna carrera sublime. Sus pensamientos no son como los nuestros. Dejadle solo". (Bahá'u'lláh and the New Era, págs. 29-30).
10.- El té y la variedad de azúcar mencionados eran muy escasos en Persia en esa época, por lo que eran usados como regalos entre las clases más elevadas de la población.

CAPÍTULO 5

VIAJE DE BAHÁ'U'LLÁH A MÁZINDARÁN

El primer viaje emprendido por Bahá'u'lláh con el propósito de promover el Mensaje anunciado por el Báb, fue a Su casa ancestral en Núr, en la provincia de Mázindarán. Partió rumbo a la aldea de Tákur, patrimonio personal de Su padre, donde había una vasta mansión de Su propiedad, amueblada regiamente y de ubicación inmejorable. Tuve el privilegio de oír personalmente a Bahá'u'lláh relatar el siguiente: "El extinto Vazír, Mi padre, gozaba de envidiable posición entre sus compatriotas. Su enorme riqueza, su noble ancestro, sus aptitudes artísticas, su prestigio sin rival y su exaltado rango, hacían de él objeto de la admiración de todos los que lo conocían. Durante más de veinte años nadie, entre el vasto círculo de su familia y parientes, que se extendía sobre Núr y Teherán, sufrió de penas, daño físico o enfermedad. Gozaron de ricas y variadas bendiciones durante un período largo e ininterrumpido. Repentinamente, sin embargo, esta prosperidad y gloria cedieron ante una serie de calamidades que sacudieron severamente las bases de su bienestar material. La primera pérdida que sufrió fue producida por una gran inundación que, naciendo de las montañas de Mázindarán, barrió con gran violencia la aldea de Tákur y destruyó completamente la mitad de la mansión del Vazír, situada por encima de la fortaleza de esa aldea. La mejor parte de esa casa, renombrada por la solidez de sus cimientos, fue totalmente arrasada por la furia del torrente rugiente. Los valiosos objetos que constituían su mobiliario fueron destruidos y su lujosa ornamentación fue irremediablemente arruinada. Poco después el Vazír perdió varios puestos de Estado que ocupaba y sufrió los ataques repetidos de sus envidiosos adversarios. A pesar de este repentino cambio en su fortuna, el Vazír conservó su dignidad y calma y continuó con sus acciones de benevolencia y caridad en la medida de sus limitados recursos. Siguió observando para con sus infieles asociados aquella misma cortesía y bondad que habían caracterizado su trato con sus congéneres. Con espléndida fortaleza luchó, hasta la última hora de su vida, con las adversidades que pesaban gravosamente sobre él".

Bahá'u'lláh había visitado ya, en ocasión anterior, antes de la declaración del Báb, el distrito de Núr, en la época en que el ilustre mujtahid Mírzá Muhammad-Taqíy-i-Núrí estaba en el apogeo de su autoridad e influencia. Era tal su influencia que los que se sentaban a sus pies se consideraban a sí mismos como

autorizados expositores de la Fe y la Ley del islam. El mujtahid le dirigía la palabra a un conglomerado de más de doscientos de estos discípulos y se explayaba sobre uno de los pasajes más oscuros de las tradiciones escritas de los imanes, cuando Bahá'u'lláh seguido por cierto número de Sus compañeros, pasó por ese lugar y se detuvo un instante a escuchar su disertación. El mujtahid pidió a sus discípulos dilucidar una teoría abstrusa en relación con los aspectos metafísicos de las enseñanzas islámicas. Como todos confesaran su incapacidad para explicarla, Bahá'u'lláh se sintió impulsado a dar, en lenguaje breve pero convincente, una exposición lúcida de esa teoría. El mujtahid se sintió sumamente molesto ante la incompetencia de sus discípulos. "Durante años os he estado instruyendo", exclamó con enojo, "y con paciencia he tratado de inculcar en vuestras mentes las verdades más profundas y los principios más nobles de la Fe. Y sin embargo ustedes permiten, después de todos estos años de estudio persistente, que este joven, que lleva el Kuláh[1], quien no ha recibido enseñanza docta y que en absoluto está enterado de vuestro estudio académico, demuestre su superioridad sobre vosotros".

Posteriormente, cuando Bahá'u'lláh hubo partido, el mujtahid relató a sus discípulos dos de sus sueños más recientes, cuyas características, estimaba, eran de gran importancia: "En mi primer sueño", dijo, "estaba de pie en medio de una gran multitud; todos parecían estar indicando una casa en la que, decían, vivía el Sáhibu'z-Zamán. Frenético de alegría, en mi sueño me apresuré con el objeto de lograr entrar en Su presencia. Cuando llegué a la casa, con gran sorpresa de mi parte, se me rehusó permiso para entrar. "El Qá'im prometido", se me informó, "está ocupado en una conversación privada con otra Persona. El acceso a ellos está estrictamente prohibido". Por los centinelas al lado de la puerta supe que aquella Persona no era otra sino Bahá'u'lláh".

"En mi segundo sueño", continuó diciendo el mujtahid, "me encontré en un lugar en que pude contemplar a mi alrededor cierto número de cofres, cada uno de los cuales, se dijo, pertenecían a Bahá'u'lláh. A medida que los iba abriendo encontré que estaban llenos de libros. Cada palabra y letra anotadas en esos libros estaba engastada con la más exquisita pedrería. Su fulgor me deslumbró. Me sentí tan sobrecogido por su brillantez que repentinamente desperté de mi sueño".

Cuando en el año 60, Bahá'u'lláh llegó a Núr, encontró que el célebre mujtahid que, en su visita anterior, había gozado de tanto poder, había pasado a mejor vida. Sus numerosos admiradores se habían reducido a un puñado de discípulos descorazonados quienes, bajo la dirección de su sucesor, Mullá Muhammad, hacían un esfuerzo por defender las tradiciones de su fenecido jefe. El entusiasmo con que se dio la bienvenida a Bahá'u'lláh, contrastó vivamente

con las tinieblas que habían cubierto los restos de esa comunidad otrora floreciente. Gran número de oficiales y dignatarios de la vecindad vinieron a saludarlo y, con todas las señales de afecto y respeto, Le dieron una digna bienvenida. Estaban ansiosos, en vista de la posición social que Él ocupaba, de saber de Sus labios todas las noticias referentes a la vida del Sháh; las actividades de sus ministros y los asuntos de su gobierno. A sus preguntas Bahá'u'lláh contestó con extraordinaria indiferencia y parecía mostrar muy poco interés o preocupación. Con elocuente persuasión defendió la causa de la nueva Revelación y llamó la atención a los beneficios inconmensurables que estaba destinada a conferir a su país[2]. Aquellos que Lo escuchaban se maravillaron ante el extraordinario interés que un hombre de su posición y edad mostraba por verdades que, ante todo, eran preocupación de los teólogos y clérigos del islam. Se sintieron impotentes para desafiar la solidez de Sus argumentos y menospreciar la Causa que con tanta habilidad exponía. Admiraron lo exaltado de Su entusiasmo y la profundidad de Sus pensamientos y se sintieron impresionados por Su desprendimiento y modestia.

Nadie se atrevió a contradecir Sus puntos de vista excepto Su tío ‘Azíz, quien se aventuró a oponerse, desafiando Sus afirmaciones y calumniando su verdad. Cuando los que le oyeron trataron de silenciar a este antagonista y hacerle daño, Bahá'u'lláh intervino en su favor y les aconsejó que lo dejaran en manos de Dios. Alarmado, buscó el apoyo del mujtahid de Núr, Mullá Muhammad, y le pidió que le prestara ayuda inmediatamente. "¡Oh vicerregente del Profeta de Dios!", dijo, "contemplad lo que ha acaecido a la Fe. Un joven, un lego, vestido con el ropaje de la nobleza ha venido a Núr, ha invadido la fortaleza de la ortodoxia y ha hecho pedazos la sagrada Fe del islam. Levantaos y resistid Sus embates. Quienquiera entre en Su presencia cae inmediatamente bajo Su encantamiento y es subyugado por el poder de Su palabra. No sé si acaso es un hechicero o si mezcla con su té alguna sustancia misteriosa que hace que cada hombre que bebe el té caiga víctima de Su encantamiento". El mujtahid, a pesar de su propia falta de comprensión, se dio cuenta de la torpeza de tales observaciones. Jocosamente, dijo: "¿No ha compartido usted de Su té y Lo ha oído dirigir la palabra a Sus compañeros?" "Sí, lo he hecho", contestó, "pero gracias a vuestra bondadosa protección he permanecido inmune al efecto de ese poder misterioso". El mujtahid, hallándose incapaz de enardecer al populacho contra Bahá'u'lláh y de combatir directamente las ideas que antagonista tan poderoso difundía sin temor, se contentó con una declaración escrita que afirmaba: "¡Oh ‘Azíz! No temáis, nadie se atreverá a molestarte". Al escribirlo, por un error gramatical, el mujtahid pervirtió en tal grado el sentido de su afirmación que aquellos entre la gente de

posición en la aldea de Tákur que la leyeron, se escandalizaron por su significado y vilipendiaron tanto al portador como al autor de esta afirmación.

Aquellos que lograron la presencia de Bahá'u'lláh y Le oyeron exponer el Mensaje del Báb se sintieron tan impresionados por la seriedad de Su exhortación, que inmediatamente se levantaron a diseminar ese mismo Mensaje entre la gente de Núr y ensalzar las virtudes de su distinguido Promotor. Mientras tanto los discípulos de Mullá Muhammad trataron de persuadir a su maestro que fuera a Tákur, para visitar a Bahá'u'lláh en persona y preguntarle la naturaleza de esta nueva Revelación y para ilustrar a sus seguidores sobre el carácter y propósito. A su insistente petición el mujtahid dio una respuesta evasiva. Sin embargo, sus discípulos rehusaron admitir la validez de las objeciones que hizo. Insistieron que la primera obligación que se imponía a un hombre de su posición, cuya función era preservar la integridad del Islam shí‘ah, era investigar la naturaleza de todo movimiento que tendía a afectar los intereses de su Fe. Finalmente Mullá Muhammad resolvió delegar a dos de sus destacados lugartenientes, Mullá ‘Abbás y Mírzá Abu'l-Qásim, ambos yernos y discípulos de confianza del fenecido mujtahid, Mírzá Muhammad-Taqí, para que visitaran a Bahá'u'lláh y determinaran el verdadero carácter del Menaje que Él había traído. Se comprometió a sancionar, sin reservas, cualesquiera conclusiones a que pudieran llegar y reconocer como concluyente su decisión en tal asunto.

Cuando llegaron a Tákur, se les informó que Bahá'u'lláh había partido a Su residencia de invierno. Los representantes de Mullá Muhammad decidieron ir a aquél lugar. Cuando llegaron, encontraron a Bahá'u'lláh ocupado en revelar un comentario sobre el Sura con que comienza el Corán, llamado Los Siete Versos de Repetición. Mientras escuchaban sentados Su disertación, lo elevado del tema, la elocuencia persuasiva que caracterizaba su presentación así como la extraordinaria manera en que lo exponía, los impresionó profundamente. Mullá ‘Abbás, incapaz de contenerse, se levantó de su asiento, caminó hacia atrás y, de pie al lado de la puerta, permaneció en actitud de reverente sumisión. El encanto de la disertación que había escuchado lo había fascinado. "Puedes ver mi condición", dijo a su compañero, temblando de emoción y con los ojos llenos de lágrimas. "Me siento impotente para interrogar a Bahá'u'lláh. Las preguntas que había proyectado hacerle se han desvanecido en mi memoria. Están libre ya sea de proceder con tu investigación o de volver donde nuestro maestro e informarle del estado en que me encuentro. Dile que ‘Abbás ya no puede volver donde él. No puede abandonar nunca este umbral". Mírzá Abu'l-Qásim se sintió igualmente impulsado al ejemplo de su compañero. "He dejado de reconocer a mi maestro",

respondió. "En este mismo instante he jurado, ante Dios, dedicar los días restantes de mi vida al servicio de Bahá'u'lláh, mi verdadero y único Maestro".

La noticia de la repentina conversión de los emisarios elegidos del mujtahid de Núr se difundió con increíble rapidez por toda la comarca. Despertó a la gente de su letargo. Dignatarios eclesiásticos, oficiales del gobierno, comerciantes y aldeanos, todos se apiñaron en la residencia de Bahá'u'lláh. Un número considerable de ellos aceptaron voluntariamente Su Causa. En su admiración por Él, algunos de los más distinguidos observaron: "Vemos como la gente de Núr se ha levantado y se ha reunido alrededor Suyo. Vemos por todos lados muestras de su exultación. Su Mullá Muhammad se uniera también a ellos, el triunfo de esta Fe estaría completamente asegurado". ***"He venido a Núr",*** replicó Bahá'u'lláh, ***"con el único propósito de proclamar la Causa de Dios. No guardo otra intención. Si se me dijera que a la distancia de cien leguas un buscador añoraba la Verdad y no podía venir a verme, Yo, lleno de felicidad y sin vacilar, Me apresuraría en ir a su hogar y Yo mismo saciaría su sed. Me dicen que Mullá Muhammad vive en Sa'ádat-Ábád, una aldea a poca distancia de aquí. Es Mi propósito visitarle y entregarle el Mensaje de Dios".***

Deseoso de llevar a la práctica Su afirmación, Bahá'u'lláh, junto con cierto número de Sus compañeros, se dirigió inmediatamente a esa aldea. Mullá Muhammad Lo recibió con mucha ceremonia. ***"No he venido a este lugar",*** observó Bahá'u'lláh, ***"con el objeto de hacerle una visita oficial o formal. Mi propósito es ilustrarle sobre un Mensaje nuevo y maravilloso, divinamente inspirado y que cumple la promesa hecha al islam. Quienquiera ha prestado atención a este Mensaje ha sentido su poder irresistible y ha sido transformado por la potencia de su gracia. Dígame aquello que le tiene perplejo o le impide reconocer la Verdad"***. Mullá Muhammad observó despreciativamente: "No tomo acción alguna hasta consultar primero el Corán. Invariablemente, en todas circunstancias, he seguido la costumbre de invocar la ayuda de Dios y Sus bendiciones; de abrir al azar Su Libro Sagrado y de consultar el primer versículo de la página que, por casualidad, pongo a la vista. De la naturaleza de ese versículo puedo juzgar la sabiduría y conveniencia de la acción que es mi intención tomar". Como halló que Bahá'u'lláh no estaba inclinado a rehusar su petición, el mujtahid pidió una copia del Corán, lo abrió y cerró otra vez, rehusando revelar a los presentes la naturaleza del versículo. Todo lo que dijo fue: "He consultado el Libro de Dios y considero que no es aconsejable seguir adelante con este asunto". Unos pocos estaban de acuerdo con él; los demás, en su mayoría, no dejaron de reconocer el temor que implicaban esas palabras.

Bahá'u'lláh, poco inclinado a causarle mayor turbación, se puso de pie y, solicitando que se Le excusara, se despidió de él cordialmente.

Cierto día, durante uno de Sus paseos a caballo por la campiña, Bahá'u'lláh, acompañado por Sus compañeros, vio, sentado a orillas del camino, a un joven solitario. Con su pelo desgreñado, vestía como un derviche. Cerca de un arroyuelo había encendido una fogata y estaba cocinando y comiendo su alimento. Acercándose, Bahá'u'lláh inquirió cariñosamente: ***"Dime, derviche, ¿qué es eso que están haciendo?"*** "Estoy ocupado en comerme a Dios", contestó secamente. Estoy cocinando a Dios y quemándolo". La simplicidad sin afectación de sus modales y la candidez de su respuesta agradaron sobremanera a Bahá'u'lláh. Sonrió al oír sus palabras y comenzó a conversar con él con ternura y libertad absoluta. En poco tiempo Bahá'u'lláh lo había cambiado completamente. Instruido respecto a la verdadera naturaleza de Dios y con su mente liberada de las vanas fantasías de la gente de su pueblo, inmediatamente reconoció la Luz que ese cariñoso Desconocido le trajo tan inesperadamente. El derviche, que se llamaba Mustafá, se enamoró en tal grado de las enseñanzas que le habían sido inculcadas que, dejando abandonados sus utensilios de cocina, inmediatamente se levantó y siguió a Bahá'u'lláh. A pie, detrás de Su caballo, encendido con la llama de Su amor, entonó alegremente versículos de una canción de amor que improvisó en ese instante y que dedicó a su Bienamado: "Tu eres la Estrella Diurna de guía", decía su alegre estribillo. "Tu eres la Luz de la Verdad. Remueve Tu velo ante los hombres ¡oh revelador de la Verdad!" Aún cuando, años más tarde, ese poema tuvo gran circulación entre la gente de su pueblo y se supo que cierto derviche, de apellido Majdhúb y cuyo nombre era Mustafá Big-i-Sanandají, sin premeditación, lo había compuesto en alabanza de su Bienamado, nadie parecía darse cuenta a quién se refería en realidad, ni tampoco sospechó nadie, en una época en que Bahá'u'lláh estaba aún velado a los ojos de los hombres, que sólo este derviche había reconocido Su estación y descubierto Su gloria.

La visita de Bahá'u'lláh a Núr produjo resultados de vastos alcances y dio un ímpetu extraordinario a la difusión de la Revelación recién nacida. Por Su magnética elocuencia, la pureza de Su vida, la dignidad de Su porte, la lógica incontrovertible de Sus argumentos y por Sus múltiples muestras de bondad y amor, Bahá'u'lláh había conquistado los corazones del pueblo de Núr, había conmovido sus almas y los había enrolado bajo el estandarte de la Fe. Tal fue el efecto de Sus palabras y acciones mientras proclamaba la Causa y revelaba su gloria a Sus conciudadanos en Núr, que aún las piedras y árboles de aquella región parecían haber sido vivificados por las ondas de poder espiritual que

emanaban de Su persona. Todas las cosas parecían estar provistas de una vida nueva y más rica; todas las cosas parecían estar proclamando en alta voz: "¡Mirad, la Belleza de Dios se ha Manifestado! ¡Levantaos, porque Ha venido en toda Su gloria!" La gente de Núr, una vez que Bahá'u'lláh hubo partido, siguió propagando la Causa y consolidando sus cimientos. Cierto número de ellos soportaron las más severas aflicciones por Su causa; otros libaron con alegría la copa del martirio en Su sendero. Mázindarán en general, y Núr en particular, se distinguieron de este modo de las demás provincias y distritos de Persia, por ser las primeras en abrazar con vehemencia el Mensaje Divino. El distrito de Núr -que, literalmente, significa "Luz"- que yace incrustada entre las montañas de Mázindarán, fue la primera en recoger los rayos del Sol que se había levantado en Shíráz, la primera en proclamar al resto de Persia, que aún yacía envuelta en las sombras del valle de la negligencia, que la Estrella de la Alborada de la guía celestial se había levantado al fin para calentar e iluminar a todo el país.

Cuando Bahá'u'lláh era aún niño, el Vazír, Su padre, tuvo un sueño. Bahá'u'lláh se le apareció nadando en un océano vasto y sin límites. Su cuerpo refulgía sobre las aguas con brillo que iluminaba el mar. Alrededor de Su cabeza, que se podía ver claramente encima del agua, radiaban, en todas direcciones, Sus largos bucles, negros como el azabache, flotando con gran profusión sobre las olas. En el sueño, se reunieron a Su alrededor una multitud de peces, cada uno de los cuales se adhirió firmemente a la punta de un pelo. Fascinados por la refulgencia de Su rostro, Le seguían en cualquier dirección que nadaba. A pesar de lo numerosos que eran y lo firmemente que se adherían a Sus cabellos, parecía que ni un solo pelo se había desprendido de Su cabeza ni sufrió daño alguno en Su cuerpo. Libre y sin trabas se movía sobre las aguas y ellos Le seguían.

El Vazír, profundamente impresionado por este sueño, hizo llamar a un adivino de gran renombre en esta región y le pidió que se lo interpretara. Este hombre, como inspirado por una premonición de la futura gloria de Bahá'u'lláh, declaró: "El océano sin límites que habéis visto en vuestro sueño ¡oh Vazír!, no es sino el mundo del ser. Sólo y sin ayuda, vuestro hijo alcanzará sobre él suprema ascendencia. Dondequiera que Él desee, irá sin que nadie Se lo impida. Nadie resistirá Su progreso. Nadie impedirá Su marcha. La multitud de peces significa el tumulto que provocará entre los pueblos y razas de la tierra. Se reunirán alrededor Suyo y a Él se aferrarán. Seguro de la constante protección del Todopoderoso, este tumulto nunca causará daño a Su persona, ni tampoco Su soledad en el mar de la vida hará peligrar Su seguridad".

Posteriormente el adivino fue conducido para que viera a Bahá'u'lláh. Observó atentamente Su rostro y examinó cuidadosamente Sus rasgos. Estaba

encantado con Su apariencia y exaltó cada una de Sus facciones. Cada expresión de ese Rostro revelaba a sus ojos una señal de Su gloria oculta. Tan grande fue su admiración y tan profusas sus alabanzas de Bahá'u'lláh, que el Vazír, desde ese día, llegó a tener una devoción más apasionada aún por su Hijo. Las palabras del adivino sirvieron para fortalecer sus esperanzas y su confianza en Él. Como Jacob, sólo deseaba asegurar el bienestar de su amado José y rodearlo de amorosa protección.

Hájí Mírzá Áqásí, el Gran Vazír de Muhammad Sháh, aún cuando completamente distanciado del padre de Bahá'u'lláh, mostró hacia su hijo múltiples señales de consideración y favor. Tan grande era la estima que el Hájí le mostraba, que Mírzá Áqá Khán-i-Núrí, el I'timádu'd-Dawlih, quien fue, posteriormente, el sucesor de Hájí Mírzá Áqásí, sintió envidia. Resentíale la superioridad que se le reconocía a Bahá'u'lláh, siendo éste muchacho aún. La semilla de los celos quedó plantada desde ese instante en su pecho. Aunque todavía Joven y con Su padre vivo, pensó, Se le da precedencia en presencia del Gran Vazír. ¿Qué me sucederá, me pregunto, cuando este Joven haya sucedido a Su padre?

Después de la muerte del Vazír, Hájí Mírzá Áqásí, siguió mostrando la mayor consideración hacia Bahá'u'lláh. Lo visitaba en Su hogar y se dirigía a Él como si fuera su propio hijo. La sinceridad de su devoción se vio puesta a prueba muy pronto, sin embargo. Cierto día, al pasar por la aldea de Qúch-Hisár, que pertenecía a Bahá'u'lláh, se sintió tan impresionado por el encanto y la belleza de ese lugar y la abundancia del agua, que concibió la idea de llegar a ser su propietario. Bahá'u'lláh, a quien había hecho llamar con el objeto de efectuar la compra inmediata de esa aldea, observó: "Si esta propiedad fuera exclusivamente mía, con mucho gusto hubiera cumplido vuestro deseo. Esta vida transitoria, con todas sus posesiones sórdidas, no merece apego alguno a mis ojos, cuanto menos esta pequeña e insignificante propiedad. Como cierto número de persona, ricas y pobres, adultos y niños, comparten conmigo su posesión, sugiero que les mencione este asunto a ellos y busque su consentimiento". No satisfecho con esta respuesta, Hájí Mírzá Áqásí buscó, por medios fraudulentos, alcanzar sus propósitos. En cuanto Bahá'u'lláh supo sus malvados designios, inmediatamente transfirió el título de la propiedad a nombre de la hermana del Sháh, quien en repetidas ocasiones, había expresado su deseo de llegar a ser su propietaria. El Hájí, furioso por esta transacción, ordenó que se tomara posesión de la propiedad por la fuerza, reclamando que la había comprado a su dueño original. Los representantes de Hájí Mírzá Áqásí fueron severamente reprendidos por los agentes de la hermana de Muhammad Sháh y se les pidió que informaran a su

amo de la determinación de aquella dama de hacer valer sus derechos. El Hájí refirió el asunto al Sháh y se quejó del trato injusto a que había sido sometido. Esa misma noche la hermana del Sháh había informado a éste de la naturaleza de la transacción. "Muchas veces", le dijo a su hermano, "vuestra Majestad Imperial, amablemente, me ha dado a comprender su deseo que de desprendiera de las joyas con que me acostumbro a adornar en su presencia y, con su producto, adquiriera alguna propiedad. Finalmente he tenido éxito en cumplir con su deseo. Hájí Mírzá Áqásí, sin embargo, está empeñado en quitármela por la fuerza". El Sháh dio seguridades a su hermana y ordenó al Hájí abandonar su pretensión. Este último, desesperado, llamó a Bahá'u'lláh a su presencia y, mediante artificios, trató de desacreditar Su nombre. A los cargos que Le hizo, Bahá'u'lláh contestó vigorosamente y logró establecer Su inocencia. Rabioso e impotente, el Gran Vazír exclamó: "¿Cuál es el objeto de todas estas fiestas y banquetes de que tanto os place gozar? Yo, que soy el primer ministro del Sháhansháh de Persia, nunca recibo el número y variedad de invitados que se amontonan alrededor de vuestra mesa todas las noches. ¿Por qué toda esta extravagancia y vanidad? con toda seguridad debéis estar tramando un complot en mi contra". "¡Gran Dios!", exclamó Bahá'u'lláh, "¿Ha de acusarse al hombre que, de la generosidad de su corazón, comparte su pan con sus congéneres, de guardar intenciones criminales?" Hjí Mírzá Áqásí se vio completamente confundido. No se atrevió a contestar. Aunque apoyado por el concurso del poder eclesiástico y civil del país, eventualmente se vio completamente derrotado en cada lucha que intentó contra Bahá'u'lláh.

En otras numerosas oportunidades la supremacía de Bahá'u'lláh sobre Sus antagonistas se vio igualmente vindicada y reconocida. Estos triunfos personales sirvieron para fortalecer Su posición y difundir Su fama. Toda clase de personas se maravillaban ante Su éxito milagroso en salir sin un rasguño de los encuentros más peligrosos. Nada sino la protección Divina, pensaron, podría haberlo mantenido a salvo en tales ocasiones. Aunque rodeado de los peligros más graves, ni una sola vez se sometió Bahá'u'lláh ante la arrogancia, la avaricia y la mezquindad de los que Le rodeaban. Durante Su constante asociación, en esos días, con los más altos dignatarios del reino, tanto eclesiástico como funcionarios del Estado, nunca se sintió contento de acatar simplemente los puntos de vista por ellos expresados, ni las pretensiones de que hacían alarde. Sin miedo, en Sus reuniones defendía la causa de la verdad, defendía los derechos de los humildes y protegía a los débiles e inocentes.

Notas

1.- El Kuláh, sombrero hecho de piel de cordero, servía para distinguir a los sacerdotes de los legos, y siempre era usado por oficiales del Estado.
2.- "Su oratoria (de Bahá'u'lláh), era como una "impetuosa corriente" y la claridad de su argumento hacía que los sacerdotes más eruditos se sentaran para escucharle". (Dr. T. K. Cheyne, The Reconciliation of Races and Religions, pág. 120).

CAPÍTULO 6

VIAJE DE MULLÁ HUSAYN A KHURÁSÁN

Al despedirse el Báb de las Letras de los Vivientes, les dio instrucciones, a todos y a cada uno, que anotaran por separado el nombre de cada creyente que abrazara la Fe y se identificara con sus enseñanzas. Les pidió que le enviaran la lista de estos creyentes, en cartas selladas, a la dirección de Su tío materno Hájí Siyyid ‘Alí, en Shíráz, quien, a su vez, se las entregaría a Él. "Clasificaré estas listas", dijo, "en dieciocho grupos con diecinueve nombres cada uno. Cada grupo constituirá un vahid[1]. Todos estos nombres, en estos dieciocho grupos, junto con el primer vahid, que consiste en mi propio nombre y el de las Dieciocho Letras de los Vivientes, constituirán el número Kull-i-Shay'[2]. Haré mención de todos estos creyentes en la Tablilla de Dios, para que a cada uno de ellos, el Bienamado de nuestros corazones pueda conferir Sus bendiciones inestimables y declararlos los moradores de Su Paraíso".

A Mullá Husayn en particular, el Báb dio instrucciones precisas que le enviara un informe escrito sobre la naturaleza y progreso de sus actividades en Isfahán, Teherán y Khurásán. Le encareció que Le informara de los que aceptaban y se sometían a la Fe, así como de los que rechazaban y repudiaban su verdad. "Hasta que haya recibido tu carta de Khurásán", dijo, "no estaré preparado para partir de esta ciudad en Mi peregrinaje a Hijáz".

Mullá Husayn, revitalizado y fortalecido por la experiencia de su comunicación con Bahá'u'lláh, partió en su viaje a Khurásán. Durante su visita a esa provincia mostró, en forma sorprendente, los efectos de aquel poder regenerador con que las palabras de despedida del Báb le había investido[3]. El primero en abrazar la Fe en Khurásán fue Mírzá Ahmad-i-Azghandí, el más instruido, sabio y eminente de los ‘ulamás de esa provincia. En cualquier reunión en que entraba, no importa cuán numerosa y destacada la personalidad de los teólogos presentes, el sólo era, invariablemente, el principal orador. Los elevados rasgos de su carácter, así como su extrema devoción, habían ennoblecido la reputación que ya había alcanzado por su erudición, habilidad y sabiduría. El siguiente en abrazar la Fe entre los shaykhís de Khurásán fue Mullá Ahmad-i-Mu‘allim, quien, mientras en Karbilá, había sido maestro de los hijos de Siyyid Kázim. Después de él vino Mullá Shaykh ‘Alí, a quien el Báb apellidó ‘Azím, y

luego Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí, a quien sólo Mírzá Ahmad sobrepujaba en conocimientos. Ninguno fuera de estas descollantes figuras de entre los dirigentes eclesiásticos de Khurásán, tenía suficiente autoridad ni poseía los conocimientos necesarios como para desafiar los argumentos de Mullá Husayn.

Mírzá Muhammad Báqir-i-Qá'iní, quien había establecido su residencia en Mashhad para el resto de sus días, fue el siguiente en abrazar el Mensaje. El amor por el Báb inflamó su alma con ardor tal que nadie podía resistir su fuerza o menospreciar su influencia. Su valentía, su perseverante energía, su inquebrantable lealtad y la integridad de su vida, se combinaban todos, transformándolo en el terror de sus enemigos y fuente de inspiración de sus amigos. Puso su casa a disposición de Mullá Husayn, preparó entrevistas personales entre él y los ‘ulamás de Mashhad y siguió esforzándose, hasta el límite de su poder, por remover todos los obstáculos que pudieran impedir el progreso de la Fe. Era incansable en sus esfuerzos, firme en su propósito e inagotable. Continuó trabajando incansablemente por su amada Causa hasta la última hora de su vida, cuando cayó como mártir en el fuerte de Shaykh Tabarsí. Durante sus últimos días, Quddús, después de la trágica muerte de Mullá Husayn, le pidió que asumiera la jefatura de los heroicos defensores de ese fuerte. Se desempeñó gloriosamente en su tarea. Su casa, situada en Bálá-Khíyábán, en la ciudad de Mashhad se conoce hasta el día de hoy con el nombre de Bábíyyih. Quienquiera entra en ella nunca puede librarse de la acusación de ser un bábí. ¡Que su alma descanse en paz!

Mullá Husayn, en cuanto hubo ganado para la Causa defensores tan capaces y devotos, decidió dirigir un informe escrito de sus actividades al Báb. En su informe se refirió extensamente a su permanencia en Isfahán y Káshán, relató su experiencia con Bahá'u'lláh, se refirió a la partida de éste a Mázindarán, relató los sucesos de Núr y Le informó del éxito que había coronado sus propios esfuerzos en Khurásán. Incluyó una lista de los que habían respondido a su llamada y de cuya firmeza y sinceridad se sentía seguro. Envió esta misiva vía Yazd, por intermedio de los socios dignos de confianza del tío materno del Báb quienes, en aquella época residían en Tabas. Esa carta llegó a manos del Báb en la noche precedente al vigésimo séptimo día de Ramadán[4], noche por la que se guarda gran reverencia en todas las sectas del islam y que muchos consideran tan sacra como la noche de Laylatu'l-Qadr misma, la noche que, en palabras del Corán, "sobrepuja las mil noches"[5]. El único compañero del Báb, cuando Le llegó aquella carta esa noche, fue Quddús, con quien compartió numerosos pasajes.

He oído a Mírzá Ahmad relatar lo siguiente: "El tío materno del Báb en persona me describió las circunstancias en relación con la recepción de la carta de Mullá Husayn por el Báb: 'Aquella noche observé muestras tales de júbilo y felicidad en los rostros del Báb y Quddús, que me siento incapaz de describirlas. Con frecuencia ha oí al Báb repetir extasiado las palabras: "¡Cuán maravilloso, cuán extremadamente maravilloso es aquello que ha acontecido entre los meses de Jamádí y Rajab!" Mientras leía aquel informe de Mullá Husayn, se volvió a Quddús y, mostrándole párrafos de esa carta, explicó la razón de Sus expresiones de júbilo y sorpresa. Yo, por mi parte, permanecí completamente ignorante de la naturaleza de esa explicación'".

Mírzá Ahmad, en quien el relato de este incidente produjo profunda impresión, estaba decidido a sondear su misterio. "Hasta que me encontré con Mullá Husayn en Shíráz", me contó, "no pude satisfacer mi curiosidad. Cuando le relaté el acontecimiento que me había descrito el tío del Báb, se sonrió y dijo que recordaba muy bien que entre los meses de Jamádí y Rajab dio la casualidad que estaba en Teherán. No me dio más explicaciones y se contentó con esta breve observación. Esto bastó sin embargo, para convencerme que en la ciudad de Teherán yacía oculto un Misterio que, una vez que se revelara al mundo, traería júbilo inmenso a los corazones tanto del Báb como de Quddús".

Las referencias a la respuesta inmediata de Bahá'u'lláh al Mensaje Divino, contenidas en la carta de Mullá Husayn, a la vigorosa campaña que valientemente había iniciado en Núr y al maravilloso éxito que había coronado Sus esfuerzos, alentaron y alegraron al Báb y fortalecieron Su confianza en la victoria final de Su Causa. Se sintió seguro que, si en ese momento cayera repentinamente víctima de la tiranía de Sus enemigos y saliera de este mundo, la Causa que había revelado viviría; bajo la dirección de Bahá'u'lláh continuaría desarrollándose y florecería para dar finalmente sus frutos más selectos. La mano maestra de Bahá'u'lláh guiaría su curso y la influencia penetrante de Su amor la establecería en los corazones de los hombres. Tal convicción fortaleció Su espíritu y lo llenó de esperanza. Desde ese instante le abandonaron completamente Sus temores de riesgos y peligros inminentes. Como un Fénix, dio la bienvenida al fuego de la adversidad y se deleitaba ante el brillo y ardor de su llama.

Notas

1.- El valor numérico de la palabra "vahid", que significa unidad" es 19.
2.- El valor numérico de "Kull-i-Shay", que significa "todas las cosas", es 361, o sea 19 por 19.
3.- El peregrino aprovechó, según su costumbre, su permanencia en cada aldea, pueblo y ciudad, la que prolongaba a su antojo, para dar conferencias, argumentar contra los mullás, hacer conocer los libros del Báb y predicar sus doctrinas. Se le llamaba de todas partes y se le esperaba con impaciencia; se le buscaba con curiosidad, se le escuchaba ávidamente y se le creía sin mucha dificultad. Fue especialmente en Níshápúr que hizo dos conversiones de importancia en las personas de Mullá ‘Abdu'l-Kháliq de Yazd y de Mullá ‘Alí el Joven. El primero de estos doctores había sido alumno de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í. Era una personalidad célebre por su elocuencia y su sabiduría y por su prestigio entre el pueblo. El otro, Shaykhí como el primero de costumbres severas y muy considerado, ocupaba el alto cargo de mujtahid principal de la ciudad. Los dos se hicieron bábís entusiastas e hicieron retumbar los púlpitos de las mezquitas con sus prédicas violentísimas contra el islam. Durante algunas semanas se habría podido creer que la antigua religión había sido completamente vencida. El clero, desmoralizado por la defección de su jefe, asustados por sus discursos públicos que los lisonjeaban tan poco, o no se atrevía a mostrarse o había huido. Cuando Mullá Husayn-i-Bushrú'í llegó a Mashhad encontró, por una parte a la población conmocionada y dividida por su causa; de otra parte el clero, sobre aviso, muy inquieto, llevado a extremo y decidido a oponer una vigorosa resistencia a los ataques de que había sido objeto". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 139-40).
4.- Corresponde a la noche precedente al 10 de octubre de 1844 D.C.
5.- El Layatu'l-Qadr, que significa literalmente "Noche de Poder", es una de las últimas diez noches de Ramadán y, de acuerdo con la creencia más común, la séptima de esas noches contando para atrás.

CAPÍTULO 7

PEREGRINAJE DEL BÁB A MECA Y MEDINA

La carta de Mullá Husayn decidió al Báb a emprender Su proyectado peregrinaje a Hijáz. Encomendando Su mujer al cuidado de Su madre y a ambas al cuidado y protección de Su tío materno, Se unió a un grupo de peregrinos de Fárs que se estaban preparando para partir de Shíráz rumbo a Meca y Medina[1]. Quddús era Su único compañero y Su sirviente etíope Su único servidor personal. Primero fue a Búshihr, sede del negocio de Su tío, donde en días pasados, estrechamente asociado con él había vivido la vida de un humilde comerciante. Habiendo terminado allí Sus preparativos para el largo y difícil viaje, embarcó en un velero que, después de dos meses de navegación lenta, tormentosa e insegura, Le dejó en las playas de aquella tierra sagrada[2]. Mares bravíos y falta absoluta de comodidades no pudieron interferir con la regularidad de Sus devociones ni perturbar la paz de Sus meditaciones y oraciones. Olvidado de la tormenta que rugía alrededor Suyo y sin amilanarse ante la enfermedad que se había apoderado de Sus compañeros de viaje, siguió ocupando Su tiempo en dictar a Quddús las oraciones y epístolas que se sentía inspirado a revelar.

He oído a Hájí Abu'l-Hasan-i-Shírází, quien viajaba en el mismo velero que el Báb, describir las circunstancias de ese viaje memorable: "Durante todo el período de aproximadamente dos meses", afirmó, "desde el día en que desembarcamos en Jaddih, el puerto de Hijáz, ya fuera de día o de noche, cada vez que me encontraba sea con el Báb o Quddús, siempre estaban juntos, ambos absortos en su trabajo. El Báb dictaba y Quddús estaba febrilmente ocupado en anotar todo lo que fluía de Sus labios. Aún cuando el pánico parecía haberse apoderado de los pasajeros de ese barco, juguete de las olas, parecían estar prosiguiendo su tarea con serenidad y confianza imperturbables. Ni la violencia de los elementos, ni el tumulto de la gente que los rodeaba podía alterar la serenidad de sus rostros y alejarlos de Su propósito".

El Báb mismo, en el Bayán Persa[3], se refiere a las privaciones de ese viaje, ***"Durante días",*** escribió, ***"sufrimos de escasez de agua. Tenía que conformarse con el jugo de limones dulces".*** A causa de esta experiencia, imploró al Todopoderoso que concediera que los medios de navegación marítima se mejoraran rápidamente, para que las privaciones fueran menos duras y sus peligros eliminados completamente. Al cabo de poco tiempo, desde que ofreció

esa oración, se han multiplicado las señales de extraordinario progreso en todas las formas de transporte marítimo y el Golfo Pérsico, que en aquel tiempo apenas poseía un sólo barco a vapor, ahora se jacta de una flota de transatlánticos que, en pocos días y con la mayor comodidad, pueden llevar a la gente de Fárs en peregrinaje anual a Hijáz.

Los pueblos occidentales, entre quienes aparecieron las primeras señales de esta gran Revolución Industrial, desafortunadamente se encuentran completamente ignorantes de la Fuente de la cual procede esta gran corriente, esta gran fuerza motriz -una fuerza que ha revolucionado todos los aspectos de su vida material. Su propia historia atestigua el hecho que el año que vio el amanecer de esta gloriosa Revelación, aparecieron repentinamente señales de una revolución industrial económica que el pueblo mismo declara, no tiene precedentes en la historia de la humanidad. En su preocupación por los detalles y el ajuste de esta maquinaria recién concebida, gradualmente han perdido de vista la Fuente y el objeto de este poder tremendo que el Todopoderoso ha confiado a su cuidado. Parecen haber usado lamentablemente mal este poder y no haber comprendido su función. Diseñado para conferir a los pueblos del occidente los beneficios de la paz y la felicidad, ha sido utilizado por ellos para promover los intereses de la destrucción y la guerra.

A Su llegada a Jaddih, el Báb se puso la túnica del peregrino, montó sobre un camello y partió en Su viaje a Meca. Quddús, en cambio, a pesar del deseo expresado repetidas veces por su Maestro, prefirió acompañarlo a pie todo el camino de Jaddih a aquella ciudad sagrada. Tomando en sus manos las riendas del camello en que cabalgaba el Báb, avanzó caminando alegre y devotamente, atendiendo a las necesidades de su Maestro, completamente indiferente a las fatigas del arduo camino. Todas las noches, desde el atardecer hasta el alba, Quddús, sacrificando comodidad y descanso, con incesante vigilancia el cuidado de su Bienamado, listo para atender Sus necesidades y proveer los medios de Su protección y seguridad.

Cierto día, cuando el Báb había desmontado cerca de una noria, con el objeto de ofrecer Sus oraciones matinales, un beduino que merodeaba apareció repentinamente en el horizonte, se acercó a Él y, recogiendo la alforja que estaba en el suelo a Su lado y que contenía Sus escritos y papeles, desapareció en el desierto. Su sirviente etíope salió en su persecución, pero se lo impidió su Maestro, quien, mientras oraba, le hizo señas con la mano que abandonara su intento. ***"Si te hubiera dejado",*** le dijo afectuosamente el Báb después, ***"sin duda lo habrías alcanzado y castigado. Pero no tenía que ser así. Los papeles y escritos que contiene aquella alforja están destinados a alcanzar, por medio de***

ese árabe, lugares a los que nunca hubiéramos logrado llegar. No te apesadumbres por lo tanto, a causa de su acción, porque tal fue el decreto de Dios, el Ordenador, el Todopoderoso". Posteriormente, en numerosas ocasiones similares, el Báb procuró dar ánimo a Sus amigos con tales observaciones. Con palabras como éstas transformó la amargura del reproche y resentimiento en radiante aquiescencia al Divino propósito y en alegre sumisión a la voluntad de Dios.

El día de Árafát[4] el Báb, en el tranquilo retiro de Su cuarto, dedicó todo Su tiempo a la adoración y meditación. Al día siguiente, el día de Nahr, después de haber ofrecido la oración del día festivo, fue a Muná donde, de acuerdo con una costumbre antigua, adquirió diecinueve corderos de la mejor clase, de los cuales sacrificó nueve en Su propio nombre, siete en nombre de Quddús y tres en nombre de Su sirviente etíope. Rehusó compartir la carne de este sacrificio consagrado; en vez prefirió distribuirla gratuitamente entre los pobres y necesitados de la vecindad.

Aún cuando el mes de Dhi'l-Hijjih[5], el mes de peregrinaje a Meca y Medina, coincidió en ese año con el primer mes de la estación de invierno, sin embargo el calor en aquella región era tan intenso que los peregrinos que daban vueltas al santuario sagrado no pudieron practicar ese rito con sus vestimentas usuales. Vestidos con una túnica liviana y poco ajustada, se unieron a la celebración del festival. El Báb sin embargo, en señal de deferencia, rehusó quitarse Su turbante y Su capa. Vestido con Su ropaje usual, con la mayor dignidad y serenidad, con extraordinaria sencillez y reverencia, dio la vuelta al Ka'bih y practicó todos los ritos de adoración prescritos.

El último día de Su peregrinaje a la Meca, el Báb se encontró con Mírzá Muhít-i-Kirmání. Estaba de pie con el rostro vuelto hacia la Piedra Negra cuando el Báb se acercó a él y, tomando su mano en la Suya, le dijo las siguientes palabras: ***"¡Oh Muhít! Te consideras una de las figuras más destacadas de la comunidad shaykhí y un distinguido expositor de sus enseñanzas. En tu corazón aún pretendes ser uno de los sucesores directos y heredero legítimo de esas Luces gemelas, esas Estrellas que han anunciado el amanecer del día de Guía Divina. Observad, ahora ambos estamos de pie en el interior de este sacratísimo santuario. Dentro de sus sagrados recintos, Aquél cuyo Espíritu mora en este lugar puede hacer que la Verdad sea conocida y distinguida inmediatamente de la falsedad, y la justicia del error. En verdad declaro, nadie si no Yo, en este día, ya sea en el este o en el oeste, puede pretender ser la Puerta que conduce a los hombres al conocimiento de Dios. Mi prueba no es otra sino aquella mediante la cual fue establecida la verdad del Profeta.***

Pregúntame cualquier cosa que deseas; aquí, en este mismo instante, Me comprometo a revelar tales versículos que puedan demostrar la verdad de Mi misión. Debes elegir entre someterte completamente a Mi Causa o repudiarla completamente. No tienes ninguna otra alternativa. Si eliges rechazar Mi menaje, no soltaré tu mano hasta que te comprometas a declarar públicamente tu repudio a la Verdad que he proclamado. Así será conocido Aquel que habla la Verdad y el que habla falsedades será condenado a eterna miseria y vergüenza. Entonces el sendero de la Verdad será revelado y manifestado a todos los hombres".

Este desafío terminante, lanzado por el Báb tan inesperadamente a Mírzá Muhít-i-Kirmání, lo afligió profundamente. Se sintió sobrecogido por su fuerza, su compelente majestad y potencia. En presencia de ese Joven, a pesar de su edad, su autoridad y conocimientos, se sintió como un pájaro indefenso en las garras de un águila poderosa. Confundido y lleno de temor, replicó: "¡Mi Señor! ¡Mi Maestro! Desde el día en que mis ojos Te contemplaron en Karbilá, parecía por fin haber encontrado y reconocido a Aquél que había sido el objeto de mi búsqueda. Renuncio a todo aquél que ha fracasado en reconocerte y desprecio a aquél en cuyo corazón pueda quedar aún la más leve duda en cuanto a Tu pureza y santidad. Te ruego no consideres mis debilidades y Te imploro contestarme en mi perplejidad. Plazca a Dios pueda, en este lugar, dentro de los recintos de este sagrado santuario, jurar mi lealtad a Ti y levantarme para el triunfo de Tu Causa. Si soy insincero en lo que declaro, si en mi corazón no creyera lo que mis labios proclaman, estimaría que soy indigno de la gracia del Profeta de Dios y consideraría mi acción una evidente deslealtad a ‘Alí, Su sucesor elegido".

El Báb, que escuchó atentamente sus palabras y que bien sabía su importancia y pobreza de espíritu, contestó diciendo: ***"En verdad digo, en este instante la Verdad se conoce y distingue de la falsedad. ¡Oh santuario del Profeta de Dios y, tú, Quddús que crees en Mí! A ambos os tomo, en esta hora por Mis testigos. Habéis visto y oído lo que ha sucedido entre Yo y él. Os conjuro a atestiguarlo; y Dios, en verdad, está más allá y por encima de vosotros, Mi último y seguro Testigo. Él es Quien todo lo ve, el Omnisciente, el Sabio. ¡Oh Muhít! Expone cualquier perplejidad que embargue tu mente y Yo, con la ayuda de Dios, hablaré y Me preocuparé de resolver tus problemas, para que puedas dar testimonio de la excelencia de Mi palabra y comprender que nadie fuera de Mí es capaz de manifestar Mi sabiduría".***

Mírzá Muhít respondió a la invitación del Báb y formuló sus preguntas. Invocando la necesidad de partir inmediatamente a Medina, expresó la esperanza de recibir, antes de partir de esa ciudad, el texto de la respuesta prometida.

"Accederé a tu petición", le aseguró el Báb. ***"Rumbo a Medina, con la ayuda de Dios, revelaré Mi contestación a tus preguntas. Si no te veo en esa ciudad, Mi respuesta te alcanzará, con toda seguridad, después de tu llegada a Karbilá. Cualquier cosa que la justicia y rectitud dicten, igual espero cumplirás". "Si obráis bien, en beneficio propio obraréis bien; y si hacéis mal, contra vosotros lo obraréis". "Dios, en verdad, es independiente de todas Sus criaturas"***[6].

Mírzá Muhít, antes de partir, expresó una vez más la resolución de cumplir su promesa. "Nunca saldré de Medina", dijo al Báb, "suceda lo que suceda, hasta que haya cumplido mi convenio con Usted". Como la mota que se lleva el huracán, incapaz de soportar la arrolladora majestad de la Revelación proclamada por el Báb, huyó aterrorizado de Su presencia. Permaneció algún tiempo en Medina pero, infiel a su promesa y haciendo caso omiso a las admoniciones de su conciencia, partió a Karbilá.

El Báb, fiel a Su promesa, reveló en el curso de su viaje de Meca a Medina, Su respuesta escrita a las preguntas que habían tenido perpleja la mente de Mírzá Muhít y le dio el título de Sahífiy-i-Baynu'l-Haramayn[7]. Mírzá Muhít, quien la recibió en los primeros días de su llegada a Karbilá, permaneció impávido ante su tono y rehusó reconocer los preceptos que inculcaba. Su actitud hacia la Fe fue de oposición oculta y persistente. A veces profesaba ser seguidor y defensor de ese destacado adversario del Báb, Hájí Mírzá Karím Khán y en ocasiones reclamaba para sí la posición de dirigente independiente. Al final de sus días, mientras residía en Iráq, pretendiendo sumisión a Bahá'u'lláh, expresó, por intermedio de uno de los príncipes persas que residía en Bagdad, su deseo de conocerle. Pidió que la entrevista que proponía fuese considerada estrictamente confidencial. ***"Decidle",*** contestó Bahá'u'lláh, ***"que en los días de Mi retiro en las Montañas de Sulaymáníyyih, en cierta oda que compuse, presenté los requisitos esenciales de todo viajero que camina por el sendero de la investigación en busca de la Verdad. Compartid con él este versículo de aquella oda: 'Si vuestro objeto es atesorar vuestra vida, no os acerquéis a Nuestra corte; pero si el sacrificio es el deseo de vuestro corazón, venid y que otros vengan con vosotros. Porque tal es el sendero de la Fe, si en vuestro corazón buscáis unión con Bahá; si rehusáis caminar este sendero ¿por qué Nos molestáis? ¡Idos! Si lo desea, abiertamente y sin reservas vendrá a verme; si no, rehúso recibirlo".*** La respuesta inequívoca de Bahá'u'lláh desconcertó a Mírzá Muhít. Incapaz de resistir y sin el deseo de cumplir, partió a su hogar en Karbilá el mismo día en que recibió el Mensaje. En cuanto llegó enfermó y allí, tres días después, falleció.

Apenas había cumplido con la última observancia relacionada con Su peregrinaje, el Báb dirigió una carta al Sherif de esa ciudad sagrada en la cual

expuso, en términos claros e inequívocos, las características distintivas de Su misión y le hizo una llamada para que se levantara y abrazara Su Causa. Esta carta, junto con selecciones de Sus otros Escritos, la entregó a Quddús con instrucciones que se la presentara al Sherif. Sin embargo, este último, demasiado absorto en sus propios fines materialistas como para prestar atención a las palabras que le habían sido dirigidas por el Báb, fracasó en responder a la llamada del Mensaje Divino. Hájí Níyáz-i-Baghdádí relató en varias ocasiones lo siguiente: "En el año 1267 D.H.[8] emprendí el peregrinaje a aquella ciudad sagrada donde tuve el privilegio de conocer al Sherif. En su conversación conmigo dijo: 'Recuerdo que en el año 60, durante el período del peregrinaje, me vino a ver un Joven. Me entregó un libro sellado que recibí con gusto, pero que estaba demasiado ocupado para leer. Algunos días más tarde me encontré con ese mismo Joven quien me preguntó si tenía alguna respuesta que dar a Su ofrecimiento. El exceso de trabajo una vez más me había impedido imponerme del contenido de ese libro. Por lo tanto no me fue posible darle una respuesta satisfactoria. Una vez que hubo terminado la época del peregrinaje, mientras clasificaba mis cartas, cierto día mi vista cayó accidentalmente en ese libro. Lo abrí y en sus páginas de introducción encontré una homilía exquisita y conmovedora al que seguían versículos cuyo tono y lenguaje tenían una semejanza extraordinaria con el Corán. Todo lo que pude aprender de la lectura del libro fue que entre la gente de Persia, un hombre de la simiente de Fátimih y descendiente de la familia de Háshim, había proclamado una nueva llamada y anunciaba a todos los pueblos la aparición del Qá'im prometido. Sin embargo, permanecí ignorante del nombre del autor de ese libro y no tuve información alguna sobre las circunstancias de ese llamado". "Una gran conmoción", observé, "se ha apoderado de ese país durante los últimos años. Un Joven, descendiente del Profeta, comerciante de profesión, ha proclamado que Su palabra era la Voz de la Inspiración Divina. Ha afirmado públicamente que, en el espacio de pocos días, podían fluir de Su lengua tantos versículos de tal calidad, que sobrepasarían en volumen y belleza al Corán mismo -obra cuya revelación tomó no menos de veintitrés años. Una multitud de gente, de alta y baja condición, civil y eclesiástica, entre los habitantes de Persia, se ha reunido bajo Su estandarte y con gusto se han sacrificado en Su sendero. Aquel Joven, en el año que acaba de pasar, durante los últimos días del mes de Sháb'án[9], sufrió martirio en Tabríz, en la provincia de Ádhirbáyján. Los que Lo persiguieron trataron de extinguir, por este medio, la Luz que Él prendió en aquel país. Desde Su martirio, sin embargo, Su influencia ha penetrado entre toda clase de gente". El Sherif, que escuchaba con atención, expresó su indignación ante el comportamiento de aquellos que

habían perseguido al Báb. "¡Que la maldición de Dios caiga sobre esa gente malvada!", exclamó, "gente que, en tiempos pasados, trató de igual manera a nuestro ilustres y sagrados antepasados!" Con estas palabras el Sherif puso término a su conversación conmigo".

De Meca el Báb fue a Medina. Era el primer día del mes de Muharram, en el año 1261 D.H.[10] cuando Se encontró en camino a esa ciudad sagrada. Al acercarse a ella, rememoró los acontecimientos que habían inmortalizado el nombre de Aquél que había vivido y muerto dentro de sus murallas. Aquellas escenas que atestiguaban elocuentemente el poder creativo de su genio inmortal parecían presentarse, con igual esplendor, ante Sus ojos. Oró mientras Se acercaba a ese sagrado sepulcro que guarda los restos mortales del Profeta de Dios. Rememoró asimismo, al caminar sobre esa tierra sagrada, aquél resplandeciente Heraldo de Su propia Dispensación. Sabía que en el cementerio de Baqí' en lugar no muy distante del santuario, reposaban los restos de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í, el anunciador de Su propia Revelación, quien, después de una vida onerosa de servicio, había decidido pasar el ocaso de sus días dentro de los recintos de ese santuario sagrado. Tuvo también allí la visión de esos hombres santos, esos pioneros y mártires de la Fe, que habían caído gloriosamente en el campo de batalla y que, con su sangre, habían sellado el triunfo de la Causa de Dios. Su polvo sagrado parecía haberse reanimado ante el suave pisar de Sus pies. Sus sombras parecían haberse despertado por el hálito vivificador de Su presencia. Lo miraban; como si se hubieran puesto de pie a Su llegada y se apresuraron hacia él vociferando su bienvenida. Parecía que Le dirigían ferviente petición: "No vayas a Tu tierra nativa, Te lo imploramos, ¡oh Amado de nuestros corazones! Permanece con nosotros, porque aquí, lejos del tumulto de Tus enemigos que acechan, estarás a salvo y seguro. Tememos por Ti. Sentimos pavor ante las intrigas y maquinaciones de Tus enemigos. Temblamos al pensar que sus acciones pueden traer eterna maldición a sus almas". "No temáis", dijo el Espíritu indomable del Báb: ***"He venido a este mundo para dar testimonio de la gloria del sacrificio. ¿Sabéis cuán intensamente lo añoro?; ¿comprendéis el grado de Mi renunciación? No. Implorad al Señor vuestro Dios que apresure la hora de Mi martirio y que acepte Mi sacrificio. Regocijaos, porque tanto Yo como Quddús seremos sacrificados en el altar de nuestra devoción al Rey de la Gloria. La sangre que estamos destinados a derramar en Su sendero regará y dará nueva vida al jardín de nuestra felicidad inmortal. Las gotas de esta sangre consagrada serán la semilla de la que brotará el poderoso Árbol de Dios, al Árbol que reunirá bajo Su sombra, que todo lo abarca, a los pueblos y***

razas de la tierra. No os apesadumbréis, por lo tanto, si Me alejo de este país, porque Me apresuro en cumplir Mi destino".

Notas

1.- Según la narración de Hájí Mu‘ínu's-Saltánih (pág. 72), el Báb emprendió Su peregrinaje a Meca y Medina en el mes de Shavvál, 1260 D.H. (Octubre de 1844 D.C.).
2.- "Tuvo muy mala impresión de su viaje. Sabed que las rutas del mar son penosas, no la deseamos para nuestros fieles, viajad sobre rutas terrestres", escribió Él en el Kitáb-i-Baynu'l-Haramayn, dirigiéndose a su tío, como lo veremos más adelante. Vuelve a menudo sobre este tema en el Bayán. No se piense que se trata de una niñería: el sentimiento que guiaba al Báb en este horror al mar es más noble y elevado. Asombrado por el egoísmo de los peregrinos, egoísmo exasperado por el tormento y los peligros de un viaje por mar; asombrado igualmente por la suciedad en la que se ven obligados a vivir los viajeros en la cubierta, quiso evitar a los hombres la oportunidad de dar rienda suelta a sus bajos instintos y de maltratarse mutuamente. Se sabe que el Apóstol recomendó expresamente la cortesía más refinada, urbanidad en las relaciones sociales: "No apenéis a nadie por ningún motivo". Y durante este viaje Él pudo constatar la mezquindad del hombre y su brutalidad cuando se encuentra frente a circunstancias difíciles: "Por cuanto lo más triste que vi durante mi peregrinaje a Meca fueron las constantes disputas de los peregrinos entre sí, disputas que les arrebataban los beneficios morales del peregrinaje". (Bayán, 4:16). Llegó luego a Mascate donde descansó algunos días durante los cuales trató de convertir a la gente del lugar, sin tener éxito. Él se dirigió a uno de ellos, posiblemente un religioso de elevado rango cuya conversión podía traer la de sus conciudadanos; yo lo supongo, por lo menos, ya que no se nos da ningún detalle sobre el particular; es indudable que no debe haber tratado de convertir al primero que encontró y que no habría tenido influencia alguna sobre los demás habitantes de la ciudad. Que intentó una conversión y que no tuvo éxito es indiscutible ya que Él mismo lo afirma: "la mención de Dios descendió, en verdad, sobre la tierra de Mascate, e hizo llegar el orden de Dios a uno de sus habitantes: pudiera ser que él comprendiera nuestros versículos y llegara a ser uno de los que son guiados. Decid: este hombre obedeció a sus pasiones después de haber leído nuestros versículos: en verdad este hombre es, de acuerdo con la orden del Libro, uno de los transgresores. Decid que no hemos visto en Mascate gente del Libro que lo haya ayudado, porque son ignorantes perdidos. Y fue lo mismo para todos aquellos quienes se encontraban en el barco y no hubo uno entre ellos que creyó en nuestros versículos y llegó a ser uno de los que temen a Dios". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 207-8).
3.- "Es así como yo mismo he visto en el viaje a Meca a un personaje que daba sumas considerables pero vacilaba al tener que dar un vaso de agua a su compañero de viaje que vivía con él. Esto sucedía en el barco, donde el agua era escasa de modo que yo mismo tuve que contentarme, en el viaje de Búshihr a Mascate, que dura doce días durante los cuales no se puede reabastecerse de agua, con el jugo de limones dulces. (Le Bayán Persan, Vol. 2, pág. 154). "Uno no se puede imaginar sobre el mar nada que no sea una tortura, no se pueden tener todas las cosas necesarias como en un viaje por tierra... La gente del mar se ve forzada a vivir allí pero, por sus acciones, ellos se acercan más a Dios y Dios recompensa las buenas obras hechas tanto en la tierra como sobre el mar, pero Él duplica las recompensas de las buenas acciones de sus esclavos del mar ya que su trabajo es más doloroso" (Ibíd., págs. 155-56). He

visto en la ruta a Meca acciones más viles que ninguna acción a los ojos de Dios y que hacían que la buena acción que llevaban a cabo al hacer el peregrinaje fuera vana. Eran disputas entre peregrinos. Cualquiera que sea el estado de las cosas, disputas de esta naturaleza son prohibidas... En verdad, la mansión de Dios no necesita que gente como esta venga a dar vueltas a ella. (Ibíd., pág. 155).

4.- El día antes del festival.
5.- Diciembre de 1844 D.C.
6.- Versos del Corán.
7.- La Epístola entre los Dos Santuarios.
8.- 1850-51 D.C.
9.- Julio de 1850 D.C.
10.- Viernes, 10 de enero de 1845 D.C.

CAPÍTULO 8

ESTANCIA DEL BÁB EN SHÍRÁZ DESPUÉS DEL PEREGRINAJE

La visita del Báb a Medina marcó la etapa final de Su peregrinaje a Hijáz. De allí se dirigió a Jaddih y, por vía marítima, llegó a Su tierra natal. Bajó a tierra en Búshihr nueve meses lunares después de haber embarcado en Su peregrinaje desde ese puerto. En el mismo khán[1] que había ocupado antes, recibió a Sus amigos y parientes quienes habían venido a recibirlo y darle la bienvenida. Durante Su estancia en Búshihr, llamó a Su presencia a Quddús y, con la mayor bondad le pidió que partiera a Shíráz. ***"Los días de tu compañía conmigo se acercan a su fin"***, le dijo. ***"Ha sonado la hora de la separación; separación a la que no seguirá reunión alguna excepto en el Reino de Dios, en Presencia del Rey de la Gloria. En este mundo de polvo no te han sido asignados más de nueve meses de asociación conmigo. En las playas de Gran Más Allá, sin embargo, en el Reino de la Inmortalidad, júbilo y unión eterna nos esperan. La mano del destino antes de mucho te sumergirá en un océano de tribulaciones por Su Causa. Yo también te seguiré; Yo también Me sumergiré en sus profundidades. Regocíjate con gran alegría, porque has sido elegido portaestandarte de las huestes de la aflicción y estás en la vanguardia de un noble ejército que sufrirá el martirio en Su nombre. En las calles de Shíráz te cubrirán de indignidades y tu cuerpo sufrirá severas heridas. Sobrevivirás a la conducta ignominiosa de tus enemigos y lograrás alcanzar la presencia de Aquél quien es el único objeto de nuestra adoración y amor. En Su Presencia olvidarás todas las vejaciones y desgracias que te hayan sobrevenido. Las huestes del Invisible avanzarán rápidamente para ayudarte y proclamarán a todo el mundo tu heroísmo y gloria. Tuya será la gloria inefable de libar la copa del martirio por Su Causa. Yo también hollaré el sendero del sacrificio y Me reuniré contigo en los Reinos de la Eternidad".*** El Báb le entregó entonces una carta que había escrito a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, Su tío materno, en la que le informaba de Su regreso a Búshihr sano y salvo. También entregó a su cuidado una copia del Khasá'il-Sab'ih[2], un tratado en que exponía los requisitos esenciales para aquellos que habían alcanzado a conocer la nueva Revelación y habían reconocido su demanda. Al despedirse de Quddús le pidió que diera Sus saludos a cada uno de Sus amados en Shíráz.

Quddús, sintiendo inquebrantable propósito de cumplir los deseos expresados por su Maestro, partió a Búshihr. Al llegar a Shíráz, Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí le dio una afectuosa bienvenida, lo recibió en su propia casa y preguntó ansiado por la salud y acciones de su querido Pariente. Como lo encontrara receptivo a la llamada del nuevo Mensaje, Quddús le informó de la naturaleza de la Revelación con que ese Joven ya había encendido su espíritu. El tío materno del Báb, como consecuencia de los esfuerzos hechos por Quddús, fue el primero, después de las Letras de los Vivientes, en abrazar la Causa en Shíráz. Como el verdadero significado de la Fe recién nacida no se había dado a conocer todavía, no se daba cuenta del verdadero grado de sus implicaciones y gloria. Su conversación con Quddús sin embargo, quitó el velo de sus ojos. Tan firme fue su fe y tan profundo llegó a ser su amor por el Báb, que dedicó toda su vida a Su servicio. Con celo inquebrantable se levantó a defender Su Causa y Su persona. En sus constantes esfuerzos, despreció la fatiga y no se preocupó por la muerte. Aún cuando era reconocido como una figura destacada entre los hombres de negocios de esa ciudad, nunca permitió que consideraciones de carácter material interfirieran con su responsabilidad espiritual de defender la persona y promover la Causa de su querido Pariente. Perseveró en su tarea hasta la hora en que, uniéndose a los Siete Mártires de Teherán, bajo circunstancias de excepcional heroísmo, dio su vida por Él.

La próxima persona con quien se encontró Quddús en Shíráz fue Ismu'lláhu'l-Asdaq, Mullá Sádiq-i-Khurásání, a quien confió la copia del Khasá'il-Sab'ih, y recalcó la necesidad de poner en práctica inmediatamente todas sus disposiciones. Entre sus preceptos estaba el enfático mandato del Báb a todo creyente leal, de agregar las siguientes palabras a la fórmula tradicional del adhán[3]: "Soy testigo que aquél cuyo nombre es ‘Alí-Kabl-i-Muhammad[4] es el siervo del Baqíyyatu'lláh[5]". Mullá Sádiq, que en aquel tiempo había estado ensalzando desde el púlpito, ante grandes congregaciones, las virtudes de los imanes de la Fe, se sintió extasiado por el tema y el lenguaje de ese tratado que, sin vacilaciones, resolvió llevar a cabo todos los preceptos que indicaba. Impulsado por la fuerza propulsora inherente de esa tablilla, cierto día, al dirigir su congregación en oración en el Masjid-i-Naw, pronunció, repentinamente, mientras proclamaba el adhán, las palabras adicionales prescritas por el Báb. La multitud que lo escuchó, se mostró asombrada por sus palabras. Desconcierto y consternación se apoderaron de toda la congregación. Los distinguidos teólogos que ocupaban los primeros asientos y que eran reverenciados a causa de su piadosa ortodoxia, clamaron y protestaron en alta voz diciendo: "¡Pobres de nosotros, guardianes y protectores de la Fe de Dios! ¡Observad!, este hombre ha

enarbolado el estandarte de la herejía. ¡Abajo este infame traidor! Ha blasfemado. Arrestadlo, porque es un desprestigio para nuestra Fe". "¿Quién?", exclamaron iracundos, "se atreve a autorizar desviación tan grave a los preceptos establecidos en el islam? ¿Quién presume arrogar para sí esta suprema prerrogativa?".

El populacho repitió las protestas de estos clérigos y se levantó a reforzar su clamor. Toda la ciudad se convulsionó y, como consecuencia, el orden público estaba seriamente amenazado. El gobernador de la provincia de Fárs, Husayn Khán-i-Íravání, llamado Ájúdán-Báshí y designado generalmente en aquel tiempo como Sáhib-Ikhtíyár[6] tuvo que intervenir y averiguar la causa de este trastorno repentino. Se le informó que un discípulo joven llamado Siyyid-i-Báb, quien acaba de volver de Su peregrinaje a Meca y Medina y que ahora vivía en Búshihr, había llegado a Shíráz y estaba propagando las enseñanzas de su Maestro. "Este discípulo", dijeron además a Husayn Khán, "pretende que su preceptor es autor de una nueva revelación y es el revelador de un nuevo libro que, asegura, es de inspiración divina. Mullá Sádiq-i-Khurásání ha abrazado esta fe e intrépidamente llama a las multitudes a aceptar ese mensaje. Declara que reconocerlo es la primera obligación de todo seguidor piadoso y fiel al islam shí‘ah".

Husayn Khán hizo arrestar tanto a Quddús como a Mullá Sádiq. Las autoridades policiales a cuyo cuidado fueron entregados, recibieron instrucciones de traerlos con grillos a la presencia del gobernador. La policía también entregó a Husayn Khán la copia del Qayyúmu'l-Asmá' que había arrebatado a Mullá Sádiq mientras leía en alta voz su contenido a una excitada congregación. Quddús, a causa de su aspecto juvenil y vestimenta informal, no fue tomado en cuenta en un principio por Husayn Khán, quien prefirió dirigir sus observaciones a su compañero de mayor edad y aspectos más respetable. "Dígame", preguntó iracundo el gobernador, volviéndose hacia Mullá Sádiq, "si conoce el primer párrafo del Qayyúmu'l-Asmá', en que el Siyyid-i-Báb se dirige a los gobernadores y reyes de la tierra en estos términos: "¡Deponed el manto de vuestra soberanía, porque Él quien es el Rey en verdad, se ha manifestado! ¡El Reino es de Dios, el Más Exaltado! ¡Tal es el decreto de la Pluma del Altísimo!". Si esto es verdad, necesariamente debe aplicarse a mi soberano, Muhammad Sháh, de la dinastía Qájár[7], a quien represento como el principal magistrado de esta provincia. ¿Debe Muhammad Sháh, de acuerdo con este pedido, deponer su corona y abandonar su soberanía? ¿Debo yo, también, abdicar mi poder y entregar mi puesto?" Mullá Sádiq contestó sin vacilar: "Una vez que la verdad de la Revelación anunciada por el Autor de estas palabras haya sido establecida definitivamente, la verdad de lo que quiera hayan pronunciado Sus labios será,

igualmente, vindicada. Si estas palabras son la Palabra de Dios, la abdicación de Muhammad Sháh y quienes se le asemejan, poco importa. Eso de ninguna manera puede desviar el Propósito Divino ni alterar la soberanía del Rey Todopoderoso y Eterno"[8].

Aquél dirigente cruel e impío sintió profundo desagrado ante tal respuesta. Lo vituperó y maldijo, ordenó a sus lugartenientes que le quitaran los vestidos y le castigaran con mil azotes. Después ordenó que le quemaran la barba tanto a Mullá Sádiq como a Quddús, que les perforaran las narices, les pasaran un cordel a través de la incisión y, con esta rienda, se les condujera a través de la ciudad[9]. "Será una clara lección para la gente de Shíráz", declaró Husayn Khán, "que sabrá el castigo que corresponde a la herejía". Mullá Sádiq, tranquilo y dueño de sí, con los ojos clavados en el cielo, recitó en alta voz esta oración: "¡Oh Señor, nuestro Dios! ¡Por cierto que hemos escuchado la voz de Uno que llamaba! Nos llamó a la Fe -"¡Creed en el Señor, vuestro Dios!"- y hemos creído. ¡Oh Dios, nuestro Dios! Perdona, pues, nuestros pecados y oculta nuestras malas acciones a nuestra vista y haz que muramos con los justos"[10]. Con magnífica fortaleza ambos se resignaron a su destino. Los que habían recibido instrucciones de aplicar este castigo salvaje cumplieron su tarea con rapidez y vigor. Nadie intervino en defensa de estas víctimas ni se sintió inclinado a abogar por su causa. Poco después ambos fueron expulsados de Shíráz. Antes de ello se les advirtió que, si intentaban volver alguna vez a esa ciudad, ambos serían crucificados. Por sus sufrimientos recibieron la distinción inmortal de haber sido los primeros en ser perseguidos en tierra persa por causa de su Fe. Mullá ‘Alíy-i-Bastámí, aún cuando fue el primero en caer víctima del odio implacable del enemigo, sufrió su persecución en Iráq, que yace más allá de los confines de Persia. Tampoco puede comparase sus padecimientos, por intensos que fueran, con la horrible y bárbara crueldad que caracterizaron las torturas infligidas a Quddús y Mullá Sádiq.

Un testigo ocular de ese repugnante episodio, un no creyente que residía en Shíráz, me relató lo siguiente: "Estuve presente cuando azotaban a Mullá Sádiq. Vi a sus perseguidores aplicar por turnos el látigo a sus sangrantes espaldas y seguir con los golpes hasta que quedaban exhaustos. Nadie creyó que Mullá Sádiq, de edad tan avanzada y tan delicado de cuerpo, podía sobrevivir cincuenta de esos salvajes golpes. Nos maravillábamos ante su fortaleza cuando encontramos que, aún cuando los latigazos excedían los novecientos, su rostro aún retenía su original serenidad y compostura. Había una sonrisa en su cara mientras mantenía la mano delante de su boca. Parecía completamente indiferente a los golpes que llovían sobre él. Cuando se le estaba expulsando de

la ciudad logré acercarme a él y le pregunté por qué había tenido la mano delante de la boca. Expresé mi sorpresa por la sonrisa de su rostro. Me respondió enfáticamente: "Los primeros siete golpes fueron sumamente dolorosos; a los demás parecía haberme vuelto indiferente. Me preguntaba si los latigazos siguientes eran en realidad aplicados a mi cuerpo. Mi alma estaba invadida de un sentimiento de júbilo inmenso. Estaba tratando de reprimir mis sentimientos y controlar mi risa. Ahora me doy cuenta como el Libertador Todopoderoso puede, en el abrir y cerrar de un ojo, transformar el dolor en alivio y el sufrimiento en felicidad. Muy por encima y más allá de las vanas imaginaciones de Sus mortales criaturas es Su poder". Mullá Sádiq, con quien me encontré años después, confirmó cada detalle de este episodio conmovedor.

La ira de Husayn Khán no se sació con este castigo atroz e inmerecido. Su crueldad innata y caprichosa halló nuevo incentivo en el asalto que dirigió entonces contra la persona del Báb[11]. Envió a Búshihr una escolta montada, de su propia guardia de confianza, con instrucciones perentorias de arrestar al Báb y llevarlo en cadenas a Shíráz. El jefe de aquella escolta, miembro de la comunidad Nusayrí, mejor conocida como la secta de ‘Alíyu'-lláhí, relató lo siguiente: "Habiendo completado la tercera etapa de nuestro viaje a Búshihr, encontramos, en medio del desierto, a un Joven que llevaba una faja verde y un pequeño turbante según la costumbre de los siyyids que son comerciantes de profesión. Andaba a caballo y Le seguía un sirviente etíope que estaba a cargo de Sus pertenencias. Al acercarnos a Él, nos saludó y preguntó por nuestro destino. Pensé que sería mejor ocultarle la verdad y contesté que el gobernador de Fárs nos había ordenado llevar a cabo cierta investigación en aquella vecindad. Sonriente, observó: ***"El gobernador os ha enviado para arrestarme a Mí. Aquí estoy; hacer conmigo lo que gustéis. Al venir a vuestro encuentro he acortado la longitud de vuestra marcha y he hecho más fácil que Me encontréis".*** Me sentí sorprendido ante Sus observaciones y me maravillé ante Su candor y franqueza. No podía comprender, sin embargo, Su presteza para someterse, de Su propia voluntad, a la severa disciplina de los oficiales del gobierno y arriesgar así Su propia vida y seguridad. Traté de no hacerle caso y me estaba preparando para partir, cuando Se acercó a mí y dijo: ***"Juro por la rectitud de Aquel que creó al hombre, lo distinguió de entre el resto de Sus criaturas e hizo que su corazón fuera la sede de Su soberanía y conocimiento que en toda Mi vida no he pronunciado otra palabra que la verdad y no he tenido otro deseo excepto el bienestar y progreso de Mis congéneres. He menospreciado Mi propia comodidad y he evitado ser causa de dolor o pesar para nadie. Sé que Me estáis buscando. Prefiero entregarme en vuestras manos, antes de someteros a vos y a***

vuestros compañeros a innecesarias preocupaciones por Mi causa". Estas palabras me conmovieron profundamente. Instintivamente, desmonté de mi caballo y besando Sus estribos. Le hablé en los siguientes términos: "¡Oh luz de los ojos del Profeta de Dios! Te conjuro, por Aquél quien te ha creado con majestad y poder, que concedas mi petición y respondas a mi oración. Te imploro que huyas de este lugar y te ocultes de la presencia de Husayn Khán, el gobernador cruel y despreciable de esta provincia. Siento pavor ante sus maquinaciones en Tu contra; me rebelo ante la idea de ser el instrumento de sus malvados designios contra tan noble e inocente descendiente del Profeta de Dios. Mis compañeros son todos hombres honorables. Su palabra es segura. Jurarán no traicionar a Tu huída. Te ruego, ve a la ciudad de Mashhad en Khurásán y evita caer víctima de la brutalidad de este lobo sanguinario". A mi sincera petición, dio esta respuesta: ***'Que el Señor tu Dios te recompense por tu magnanimidad y noble intención. Nadie sabe el misterio de Mi Causa; nadie puede desentrañar Sus secretos. Nunca volveré Mi rostro del decreto de Dios. Sólo Él es Mi Fortaleza segura, Mi Apoyo y Mi Refugio. Hasta que llegue Mi última hora, nadie se atreverá a agredirme, nadie puede frustrar el Plan del Todopoderoso. Y cuando llegue Mi hora ¡cuán grande será Mi alegría de beber la copa del martirio en Su sendero! Aquí estoy; entrégame en manos de tu año. No temas, porque nadie te culpará'.*** Incliné mi cabeza en consentimiento y cumplí con Su deseo".

Inmediatamente el Báb emprendió nuevamente Su viaje a Shíráz. Libre y sin cadenas, marchó delante de Su escolta que Le seguía en actitud de respetuosa devoción. Por la magia de Sus palabras había desarmado la hostilidad de Sus guardias y transmutado su orgullosa arrogancia en humildad y amor. Al llegar a la ciudad fueron directamente al palacio de gobierno. Quienquiera que observaba la cabalgata que marchaba por las calles no podía menos que maravillarse ante este espectáculo inusitado. En cuanto Husayn Khán supo de la llegada del Báb, Lo hizo llamar a su presencia.. Lo recibió con la mayor insolencia e hizo que Se sentara en una silla en medio de la sala. Lo reprendió públicamente y en lenguaje insultante denunció Su conducta. "¿Te das cuentas", protestó furibundo, "que gran trastorno has encendido? ¿Comprendes cuán grande vergüenza has llegado a ser para la sagrada Fe del islam y la augusta persona de nuestro soberano? ¿No eres Tú acaso el Hombre que pretende ser el autor de una nueva Revelación que anula los sagrados preceptos del Corán". El Báb replicó tranquilamente: ***"Cuando un malvado os trae una noticia, examinadla prudentemente, no vaya a ser que por ignorancia hagáis daño a otros y pronto os veáis obligado a arrepentiros de lo que hayáis hecho"***[12]. Estas palabras encendieron la cólera de

Husayn Khán. "¡Qué!", exclamó, "¿Te atreves a atribuirnos ignorancia, maldad y torpeza?" Volviéndose a su ayudante, le ordenó que diera al Báb un golpe en la cara. Tan violento fue el castigo que el turbante del Báb cayó al suelo. Shaykh Abú-Turáb, el Imán Jum‘ih de Shíráz, quien estaba presente en la reunión y que estaba en profundo desacuerdo con la conducta de Husayn Khán, ordenó que fuera colocado el turbante en la cabeza del Báb y le invitó a que Se sentara a su lado. Volviéndose hacia el gobernador, el Imán Jum‘ih le explicó las circunstancias que tenían relación con la revelación del versículo del Corán que el Báb había citado, y de esta manera buscó acallar su furia. "Este verso que este Joven ha citado", le dijo, "me ha producido una profunda impresión. Siento que el camino más prudente es investigar el asunto con cuidado y juzgarlo de acuerdo con los preceptos del Libro sagrado". Husayn Khán aceptó al instante; hecho esto, Shaykh Abú-Turáb interrogó al Báb sobre la naturaleza y carácter de Su Revelación. El Báb negó ser ni el representante del Qá'im prometido ni el intermediario entre Él y los fieles. "Estamos completamente satisfechos", replicó el Imán Jum‘ih; "le pediremos que se presente el próximo viernes en el Masjid-i-Vakíl, para proclamar públicamente su retracción". Al levantarse Shaykh Abú-Turáb para irse con la esperanza de terminar así el proceso, intervino Husayn Khán diciendo: "Necesitaremos una persona de reconocido prestigio que pague fianza, dé garantía por él y empeñe su palabra por escrito, que si alguna vez en el futuro este Joven intentara, en palabra o acción, perjudicar los intereses ya sea de la Fe del islam o del gobierno de esta tierra, inmediatamente lo entregará en nuestro poder y se considerará responsable por su conducta". Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, el tío materno del Báb, que estuvo presente en la reunión, consintió actuar como fiador de su Sobrino. Con su propia letra escribió el compromiso, le puso su sello, lo confirmó con las firmas de una serie de testigos y lo entregó en manos del gobernador; con esto Husayn Khán ordenó que el Báb fuera entregado al cuidado de Su tío, con la condición que, en cualquier momento que el gobernador lo estimara conveniente, Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí lo entregaría en sus manos.

Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, su corazón rebosante de gratitud a Dios, condujo al Báb a Su hogar y lo encomendó al cariñoso cuidado de Su respetada madre. Se alegró con esta reunión de la familia y sintió gran alivio ante la liberación de su querido y precioso Pariente de las garras de ese malvado tirano. En la quietud de Su propio hogar, el Báb llevó, por un tiempo, una vida tranquila sin perturbaciones. Nadie sino Su mujer, Su madre y Sus tíos estuvieron en contacto con Él. Mientras tanto los promotores de sedición estaban muy ocupados presionando a Shaykh Abú-Turáb para que convocara al Báb al Masjid-i-Vakíl y le pidiera que cumpliese Su promesa. Shaykh Abú-Turáb era conocido como

hombre de carácter bondadoso y de un temperamento y naturaleza muy similares al extinto Mírzá Abu'l-Qásim, el Imán Jum‘ih de Teherán. Se sentía muy poco dispuesto a tratar en forma injuriosa a persona de reconocida posición, especialmente si se trataba de residentes de Shíráz. Instintivamente sentía que esta era su obligación, la observaba a conciencia, y, como consecuencia, era universalmente querido por la gente de aquella ciudad. Por lo tanto procuró, mediante respuestas evasivas y repetidas postergaciones, aquietar la indignación de la multitud. Encontró sin embargo, que los promotores de sedición y trastornos estaban ejerciendo los mayores esfuerzos posibles para inflamar aún más los sentimientos de resentimiento general que se habían apoderado de las masas. Finalmente se sintió obligado a dirigir un mensaje confidencial a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, pidiéndole que trajera al Báb consigo el viernes al Masjid-i-Vakíl, para que cumpliera la promesa que había hecho. "Mi esperanza", agregó, "es que mediante la ayuda de Dios, las afirmaciones de su Sobrino alivien la tensión reinante y conduzcan a su tranquilidad tanto como a la nuestra".

El Báb, acompañado por Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, llegó al Masjid en el instante en que el Imán Jum‘ih acababa de subir al púlpito y se estaba preparando para dar un sermón. En cuanto sus ojos vieron al Báb, Le dio públicamente la bienvenida, Le pidió que subiera al púlpito y Le solicitó que se dirigiera a la congregación. El Báb, respondiendo a su invitación, se acercó y, de pie sobre el primer peldaño de la escala, se preparó para dirigir la palabra al público. "Sube más arriba", le dijo el Imán Jum‘ih. Cumpliendo con su deseo, al Báb ascendió otros dos peldaños. Mientras estaba de pie, Su cabeza cubría el pecho de Shaykh Abú-Turáb, que ocupaba la parte de arriba del púlpito. Comenzó con un discurso de introducción como prefacio a Su declaración pública. Apenas había dicho las palabras preliminares de alabanza "Alabado sea Dios, quien en verdad ha creado los cielos y la tierra", cuando cierto siyyid conocido como Siyyid-i-Shish-Parí, cuya función era llevar el mazo delante del Imán Jum‘ih gritó insolentemente: "¡Basta de palabrería hueca! Declara, ahora e inmediatamente, aquello que es Tu intención decir". El Imán Jum‘ih se resintió profundamente ante la grosería del siyyid. "Guarda silencio", le reprendió, "y ten vergüenza de tu impertinencia". Volviéndose hacia el Báb le pidió que fuera breve ya que esto, dijo, calmaría la excitación de la gente. El Báb, volviéndose hacia la congregación declaró: ***"La condenación de Dios caiga sobre el que Me considere ya sea el representante del Imán o su puerta. También caiga la condenación de Dios sobre el que Me impute el cargo de haber negado la unidad de Dios, de haber repudiado la estación profética de Muhammad, el Sello de los Profetas, de haber rechazado la verdad de ninguno de los mensajeros del pasado, o de haber rehusado***

reconocer la guardianía de 'Alí, el Comandante de los Fieles, o de cualquiera de los imanes que le sucedieron". Entonces subió a lo alto de la escalera, abrazó al Imán Jum'ih y, descendiendo al piso del Masjid, se juntó con la congregación con el fin de cumplir con la oración del viernes. El Imán Jum'ih intervino y Le rogó que se retirara. "Tu familia", le dijo, " espera ansiosamente Tu regreso. Todos están aprehensivos no vaya a ser que Te sobrevenga algún daño. Vuelve a Tu hogar y allí ofrece Tu oración; de más mérito será esta acción a los ojos de Dios". Hájí Mírzá Siyyid 'Alí también, a petición del Imán Jum'ih, acompañó a su Sobrino a Su casa. Esta medida de precaución, considerada innecesaria por Shaykh Abú-Turáb, fue dictada por el temor de que, después de la dispersión de la congregación, algunos de los malvados de entre la muchedumbre podrían aún intentar hacer daño a la persona del Báb o poner en peligro Su vida. Si no hubiera sido por la sagacidad, la simpatía y la cuidadosa atención mostradas por el Imán Jum'ih en numerosas ocasiones similares, el populacho enfurecido hubiera cometido los más abominables excesos. Parecía haber sido el instrumento de la Mano invisible para la protección tanto de la persona como de la Misión de aquel Joven[13].

El Báb, volvió a Su hogar y, durante algún tiempo, en el retiro de Su casa, y en estrecha asociación con Su familia y parientes, pudo llevar una vida de relativa tranquilidad. En esos días celebró el advenimiento del primer Naw-Rúz desde que había declarado Su Misión. Dicho festival, en ese año, coincidió con el décimo día del mes de Rabí'u'l-Avval, 1261 D.H.[14].

Algunos entre los que estuvieron presentes en el Masjid-i-Vakíl en aquella memorable ocasión y habían escuchado las afirmaciones del Báb, se sintieron profundamente impresionados por la forma magistral en que ese Joven había logrado silenciar, sólo y sin ayuda a Sus formidables adversarios. Poco después de este acontecimiento, cada uno de ellos llegó a comprender la realidad de Su Misión y a reconocer Su gloria. Entre ellos estaba Shaykh 'Alí Mírzá el sobrino de aquel mismo Imán Jum'ih, un joven que acababa de alcanzar la edad de la madurez. La semilla sembrada en su corazón creció y se desarrolló hasta que en 1267 D.H.[15] tuvo el privilegio de conocer a Bahá'u'lláh en Iráq. Aquella visita lo llenó de entusiasmo y alegría. Regresó fortalecido a su tierra nativa y reinició con redoblada energía su trabajo por la Causa. Desde ese año hasta la actualidad, ha perseverado en su tarea y ha logrado alcanzar distinción por lo elevado de su carácter y por su devoción de todo corazón a su gobierno y país. Recientemente ha llegado a Tierra Santa una carta escrita por él a Bahá'u'lláh en la que expresa su gran satisfacción por el progreso de la Causa en Persia. "Estoy mudo de asombro", escribe, "cuando contemplo las señales del inconquistable poder de

Dios manifestado entre la gente de mi país. En una tierra que por años ha perseguido en forma salvaje a la Fe, se ha designado a un hombre que durante cuarenta años fue conocido en toda Persia como Cabí, como árbitro único en un caso de disputa que, por una parte, implica al Zillu's-Sultán, el hijo tiránico del Sháh y enemigo jurado de la Causa y, por otra, Mírzá Fath-'Alí Khán, el Sáhib-i-Díván. Se ha anunciado públicamente que, cualquiera que sea el veredicto de este bábí, debe ser aceptado sin reservas por ambas partes y debe ser impuesto sin vacilaciones".

Un tal Muhammad-Karíb que se hallaba entre la congregación ese viernes se sintió asimismo atraído por el comportamiento extraordinario del Báb en aquella ocasión. Lo que vio y oyó ese día provocó su conversión total e inmediata. La persecución lo llevó de Persia a Iráq donde, en presencia de Bahá'u'lláh, continuó profundizando su comprensión y su fe. Posteriormente Él le pidió que volviera a Shíráz y tratara como mejor pudiera, de propagar la Causa. Allí permaneció y trabajó hasta el fin de sus días.

Aun otro fue Mírzá Áqáy-i-Rikáb-Sáz. Llegó a sentir tan profunda devoción por el Báb en ese día que ninguna persecución, no importa cuán severa y prolongada, fue capaz de hacer vacilar sus convicciones o de oscurecer el resplandor de su amor. Él también logró la presencia de Bahá'u'lláh en Iráq. En contestación a las preguntas que hiciera sobre las Letras Inconexas del Corán y el significado del Verso de Núr, fue favorecido con una Tablilla escrita expresamente revelada por la pluma de Bahá'u'lláh. En Su sendero eventualmente sufrió el martirio.

Entre ellos estaba también Mírzá Rahím-i-Khabbáz, que se distinguió por su valentía y fogoso fervor. No cejó en sus esfuerzos hasta la hora de su muerte.

Hájí Abu'l-Hasan-i-Bazzáz quien, como compañero de viaje del Báb durante Su peregrinaje a Hijáz, sólo había reconocido vagamente la sobrecogedora majestad de Su Misión, en ese viernes memorable, sufrió una profunda conmoción y fue completamente transformado. Sintió tal afecto por el Báb que lágrimas de una devoción sobrecogedora corrían constantemente de sus ojos. Todos los que lo conocían admiraban la rectitud de su conducta y alababan su benevolencia y candor. Él, así como sus dos hijos, probó con sus acciones la tenacidad de su fe y conquistó la estimación de sus correligionarios.

Aún otro más de los que sintieron la fascinación del Báb en ese día fue el extinto Hájí Muhammad-Bisá¶, hombre bien versado en las enseñanzas metafísicas del islam y gran admirador tanto de Shaykh Ahmad como de Siyyid Kázim. Era un genio bondadoso y tenía el don de un fino sentido del humor.

Había conquistado la amistad del Imán Jum‘ih, estaba íntimamente asociado con él y era fiel asistente a las oraciones congregacionales de los viernes.

En Naw-Rúz de ese año, que anunciaba el advenimiento de una nueva primavera, era también simbólico de ese renacimiento espiritual, cuyas primera manifestaciones ya se podían discernir a lo largo y ancho del país. Cierto número de entre los más eminentes e ilustrados personajes de esa tierra emergieron de la invernal desolación de la negligencia, y fueron revividos por el hálito vivificador de una recién nacida Revelación. Las semillas que la Mano de la Omnipotencia había sembrado en sus corazones germinaron hasta dar flores de la más pura y rica fragancia[16]. A medida que la brisa de su amorosa bondad y tierna misericordia soplaba sobre esos capullos, el poder penetrante de su perfume se difundió en todas direcciones sobre la faz del país. Penetró aún más allá de los confines de Persia. Llegó hasta Karbilá y reanimó las almas de los que estaban esperando ansiosos el regreso del Báb a aquella ciudad. Poco después de Naw-Rúz, les llegó una epístola vía Basrih, en la que el Báb, quien había tenido la intención de regresar de Hijáz a Persia por el camino de Karbilá, les informó del cambio de Sus planes y de la consiguiente imposibilidad de cumplir Su promesa. Les dio instrucciones que siguieran a Isfahán y permanecieran allí hasta que recibieran nuevas instrucciones. ***"Si fuera considerado aconsejable",*** agregó, ***"os pediremos que vayáis a Shíráz; si no, permaneced en Isfahán hasta el momento en que Dios os dé a conocer Su voluntad y guía"***.

La llegada de esta información inesperada creó considerable agitación entre los que habían estado esperando ansiosamente la llegada del Báb en Karbilá. Les causó preocupación y puso a prueba su lealtad. "¿Qué de la promesa que nos hizo?", susurraron algunos de los descontentos. "¿Considera el incumplimiento de Su promesa como la interposición de la voluntad de Dios?" Los demás, a diferencia de esos irresolutos, llegaron a ser más firmes en su fe y se aferraron con mayor determinación a la Causa. Fieles a su Maestro, respondieron alegremente a Su invitación, sin prestar atención a las críticas y protestas de aquellos que habían vacilado en su fe. Partieron rumbo a Isfahán, decididos a cumplir con lo que quiera que fuera la voluntad y deseo de su Bienamado. Fueron acompañados por algunos que, aún cuando habían sido severamente sacudidos en su creencia, ocultaron sus sentimientos. Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí, cuya hija se unió en matrimonio posteriormente con la Más Grande Rama, y Mírzá Hádí, el hermano de Mírzá Muhammad-‘Alí, ambos residentes en Isfahán, se encontraban entre aquellos compañeros cuya visión de la gloria y sublimidad de la Fe no pudo ser oscurecida por las dudas expresadas por los malvados cuchicheadores. También se encontraba entre ellos un tal Muhammad-i-Haná-

Sáb, residente de Isfahán, que actualmente está sirviendo en la casa de Bahá'u'lláh. Cierto número de estos firmes compañeros del Báb participaron en la gran lucha de Shaykh Tabarsí y milagrosamente se libraron del trágico destino de sus hermanos caídos.

Camino a Isfahán se encontraron, en la ciudad de Kangávar, con Mullá Husayn, su hermano y su sobrino, quienes habían sido compañeros en su viaje anterior a Shíráz y que iban a Karbilá. Sintieron gran alegría ante este inesperado encuentro y pidieron a Mullá Husayn que prolongara su permanencia en Kangávar, a lo que accedió inmediatamente. Mullá Husayn que, mientras residía en esa ciudad, dirigía a los compañeros del Báb en sus oraciones del viernes, era tenido en tan alta estimación y reverencia por sus condiscípulos que algunos de los presentes -que posteriormente, en Shíráz, revelaron su deslealtad a la Fe- sintieron envidia. Entre ellos estaba Mullá Javád-i-Baraghání y Mullá ‘Abdu'l-‘Alíy-i-Harátí, quienes fingieron sumisión a la Revelación del Báb en la esperanza de satisfacer su ambición de ser dirigentes. Ambos trataron en secreto de minar la posición envidiable alcanzada por Mullá Husayn. Por medio de insinuaciones y sugerencias trataron, en forma persistente, de desafiar su autoridad y cubrir de vergüenza su nombre.

He oído a Mírzá Ahmad-i-Kátib, mejor conocido en aquel tiempo como Mullá ‘Abdu'l-Karím, quien había sido compañero de viaje de Mullá Javád desde Qazvín, relatar lo siguiente: "Mullá Javád con frecuencia aludió, en su conversación conmigo, a Mullá Husayn. Sus repetidas observaciones despectivas, expresadas en lenguaje artero, me llevaron a dejar de asociarme con él. Cada vez que había decidido cortar mis relaciones con Mullá Javád, me lo impidió Mullá Husayn quien, al descubrir mi intención, me aconsejó que tuviera paciencia con él. La asociación de Mullá Husayn con los compañeros leales del Báb aumentó grandemente su celo y entusiasmo. Fueron estimulados por su ejemplo y llenados de admiración ante las brillantes cualidades de mente y corazón que distinguían a tan eminente condiscípulo".

Mullá Husayn decidió unirse al grupo de sus amigos e ir con ellos a Isfahán. Viajando solo, a la distancia de más o menos un farsang[17] delante de ellos, en cuanto se detenía al atardecer para ofrecer su oración, era alcanzado por ellos y, en su compañía, completaba sus devociones. Era el primero en reiniciar el viaje y era alcanzado otra vez por ese grupo devoto a la hora del amanecer, cuando interrumpía una vez más la marcha para ofrecer su oración. Sólo cuando lo presionaban sus amigos observaba la forma congregacional de adoración. En tales ocasiones, a veces seguía a uno de sus compañeros que los dirigía. Tal vez fue la devoción que encendió en esos corazones que algunos de sus compañeros

de viaje llegaban a desmontar de sus cabalgaduras para ofrecérselas a aquellos que iban a pie y ellos mismos los seguían, completamente indiferentes a las dificultades y fatigas de la marcha.

Al llegar a las vecindades de Isfahán, Mullá Husayn, temiendo que la llegada repentina de un grupo tan grande de gente pudiera excitar la curiosidad y sospecha de sus habitantes, aconsejó a los que viajaban con él que se dispersaran y entraran por las puertas en grupos pequeños e insignificantes. Pocos días después de su llegada recibieron la noticia de que toda Shíráz estaba en estado de violenta agitación, que toda clase de contacto con el Báb había sido prohibido y que el viaje que tenían proyectado a aquella ciudad era muy peligroso. Mullá Husayn, sin amilanarse por esta repentina información, decidió ir a Shíráz. Sólo dio a conocer su intención a unos pocos de sus compañeros de confianza. Se casó su túnica y turbante y se puso un jubbih[18] y kuláh de los usados por la gente de Khurásán; disfrazándose como jinete de Hizárih y Qúchán y acompañado por su hermano y sobrino, emprendió la marcha a una hora inusitada rumbo a la ciudad de su Bienamado. Al acercarse a su puerta, dio instrucciones a su hermano que fuera a media noche a la casa del tío materno del Báb y que le pidiera que informara al Báb de su llegada. Mullá Husayn recibió, al día siguiente, la grata noticia que Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí lo esperaría, una hora después de la puesta del sol, fuera de la puerta de la ciudad. Mullá Husayn se reunió con él a la hora convenida y fue conducido a su hogar. En varias ocasiones el Báb honró esa casa con Su presencia y mantuvo estrecha asociación con Mullá Husayn hasta despuntar el alba. Poco después dio permiso a Sus compañeros que se habían reunido en Isfahán, para que salieran gradualmente a Shíráz, donde debían esperar hasta que fuera posible que Él los viera. Les advirtió que tuvieran mucho cuidado, les dio instrucciones que entraran en pequeños grupos, por las puertas de la ciudad y se dispersaran inmediatamente, ubicándose en los sectores reservados para viajeros, y que aceptaran cualquier empleo que pudieran encontrar.

El primer grupo que arribó a la ciudad y se encontró con el Báb, algunos días después de la llegada de Mullá Husayn, estaba compuesto por Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí, Mírzá Hádí, su hermano; Mullá ‘Abdu'l-Karím-i-Qazvíní, Mullá Javád-i-Baraghání, Mullá ‘Abdu'l-‘Alíy-i-Harátí y Mírzá Ibráhím-i-Shírází. Durante su asociación con Él, los tres últimos del grupo delataron gradualmente su ceguera de corazón y demostraron la bajeza de su carácter. Las múltiples manifestaciones del favor creciente del Báb hacia Mullá Husayn encendió su ira y avivó los brasas candentes de sus celos. En su impotente furia recurrieron a las armas abyectas del fraude y la calumnia. Imposibilitados, en un comienzo, de manifestar abiertamente su hostilidad a

Mullá Husayn, mediante la astucia trataron de engañar las mentes y enfriar el afecto de sus devotos admiradores. Su comportamiento indecoroso alejó de ellos la simpatía de los creyentes y apresuró su separación de la compañía de los fieles. Expulsados por sus propias acciones del seno de la Fe, se conjuraron con sus enemigos declarados y proclamaron su total repudio de sus afirmaciones y principios. Tan grande fue el alboroto que provocaron entre la gente de esa ciudad que finalmente fueron expulsados por las autoridades civiles, quienes no sólo despreciaban sino también temían sus maquinaciones. En una Tablilla en que se refiere a sus intrigas y maldades, el Báb los comparó al becerro de los Sámirí, el becerro que no tenía ni voz ni alma, que era a la vez la abyecta creación y objeto de adoración de un pueblo descarriado. "¡Que Tu condenación, oh Dios!", escribió, refiriéndose a Mullá Javád y Mullá ‘Abdu'l-‘Alí, "caiga sobre el Jibt y Tághút[19], los ídolos gemelos de este pueblo perverso". Los tres juntos fueron posteriormente a Kirmán y unieron fuerzas con Hájí Mírzá Muhammad Karím Khán, cuyos designios apoyaron y cuyas denuncias vehementes trataron de reforzar.

Una noche, después de la expulsión de ellos de Shíráz, el Báb, que estaba de visita en casa de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, donde había hecho llamar a Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí, Mírzá Hádí y Mullá ‘Abdu'l-Karím-i-Qazvíní, se revolvió repentinamente hacia este último y dijo: ***"¿‘Abdu'l-Karím, estás buscando la Manifestación?"*** Estas palabras, dichas con calma y extraordinaria suavidad, tuvieron un efecto extraordinario sobre él. Palideció ante esta repentina pregunta y estalló en lágrimas. Se postró a los pies del Báb en estado de profunda agitación. El Báb lo tomó cariñosamente en Sus brazos, besó su frente y le invitó que se sentara a Su lado. En un tono de afecto y ternura, logró tranquilizar el tumulto de su corazón.

En cuanto llegaron a su casa Mírzá Muhammad-‘Alí y su hermano preguntaron a Mullá ‘Abdu'l-Karím la razón de la violenta perturbación que lo había sobrecogido repentinamente. "Escuchadme", respondió, "les relataré la historia de una extraña experiencia, una historia que no he compartido con nadie hasta ahora. Cuando llegué a la edad de la madurez sentí, mientras vivía en Qazvín, un deseo vehemente de desentrañar el misterio de Dios y de comprender la naturaleza de Sus santos y profetas. Comprendí que nada que no fuera la adquisición de conocimientos, podía permitirme alcanzar mi objetivo. Tuve éxito en obtener el consentimiento de mi padre y tíos para abandonar mi negocio e inmediatamente me sumergí en el estudio y la búsqueda. Ocupé una pieza en uno de los madrisihs de Qazvín y concentré mis esfuerzos en la adquisición de todas las ramas de conocimiento humano habidos. Con frecuencia discutía el

conocimiento que había adquirido con mis condiscípulos y busqué por este medio enriquecer mi experiencia. En la noche me recogía a mi hogar y, en el retiro de mi biblioteca, dedicaba muchas horas al estudio ininterrumpido. Estaba tan absorto en mis tareas que llegué a sentirme indiferente al sueño y al hambre. Había resuelto dominar en dos años todas las complejidades de la jurisprudencia y teología musulmanas. Era fiel asistente a las clases dictadas por Mullá ‘Abdu'l-Karím-i-Íravání quien, en aquellos días, era el teólogo más destacado de Qazvín. Admiraba profundamente su vasta erudición, su piedad y virtud. Todas las noches, durante el tiempo que fui su discípulo, dedicaba mi tiempo a escribir un tratado que sometí a su consideración y que él revisó con cuidado e interés. Parecía estar muy satisfecho con mi progreso y frecuentemente alababa mis grandes dotes. Cierto día, en presencia de la asamblea de sus discípulos, declaro: "El sabio y sagaz Mullá ‘Abdu'l-Karím se halla calificado para exponer, con autoridad, las sagradas Escrituras del islam. Ya no necesita asistir ni a mis clases ni a las de mis iguales. Si Dios quiere, celebraré su exaltación al rango de mujtahid en la mañana del próximo viernes y le entregaré su certificado después de la oración de la mañana".

"Apenas había dicho estas palabras Mullá ‘Abdu'l-Karím y había partido cuando sus discípulos se adelantaron y me felicitaron calurosamente por mis progresos. Volví, muy feliz, a mi hogar. Cuando llegué encontré que tanto mi padre como mi tío mayor, Hájí Husayn-‘Alí, que eran ambos tenidos en mucha estimación en toda Qazvín, estaban preparando una fiesta en mi honor con la que era su intención celebrar la terminación de mis estudios. Les rogué que postergaran la invitación que habían hecho a toda la gente de posición de Qazvín hasta nuevo aviso por mi parte. Aceptaron gustosos, creyendo que en mis ansias por el festival no lo postergaría demasiado. Esa noche fui a mi biblioteca y, en la tranquilidad de mi pieza, medité los siguientes pensamientos en mi corazón: ¿No te habías imaginado, me dije a mí mismo, que sólo los de espíritu puro podían aspirar al grado de expositor autorizado de las Sagradas Escrituras del islam? ¿No era tu creencia que quienquiera que alcanzara tal posición estaría inmune al error? ¿No estás ya entre aquellos que gozan tal posición? ¿Te consideras libre de todo deseo egoísta? Mientras estaba sentado meditando estas cosas me sobrevino gradualmente la comprensión de mi propia indignidad. Reconocí que aún era víctima de dudas y perplejidades, de tentaciones y vacilaciones. Me sentí oprimido por tales pensamientos de cómo empezar mis clases, dirigir la congregación en la oración, cómo hacer cumplir las leyes y preceptos de la Fe. Me sentí constantemente en duda de cómo debía desempeñar mis obligaciones, cómo demostrar la superioridad de mis capacidades sobre los que me habían

precedido. Me sentí tan sobrecogido por un sentimiento de humillación que me vi impelido a buscar el perdón de Dios. Tu objeto al adquirir todos estos conocimientos, pensé en mí, ha sido el de desentrañar el misterio de Dios y alcanzar el estado de certidumbre. Sé justo. ¿Estás seguro de tu propia interpretación del Corán? ¿Estás seguro que las leyes que promulgas reflejan la voluntad de Dios? La conciencia del error me vino repentinamente. Comprendí por primera vez cómo el moho de los conocimientos adquiridos había corroído mi alma y oscurecido mi visión. Lamenté mi pasado y deploré la futilidad de mis esfuerzos. Sabía que la gente de mi propio rango sufría las mismas aflicciones. En cuanto habían adquirido estos, así llamados, conocimientos, pretendían ser los expositores de la ley del islam y se atribuían el privilegio exclusivo de pronunciarse sobre su doctrina.

"Permanecí absorto en mis pensamientos hasta el amanecer. Aquella noche no dormí ni comí. A veces comulgaba con Dios: "¡Tú me ves, oh mi Señor! y observas el apuro en que estoy. Tú sabes que no tengo otro deseo salvo Tu sagrada Voluntad y deseo. Me hallo perdido y perplejo ante la idea de la multitud de sectas en que se ha dividido Tu sagrada Fe. Me encuentro profundamente desconcertado cuando contemplo los cismas que han desgarrado las religiones del pasado. ¿Quieres guiarme en mi perplejidad y aliviarme de mis dudas? ¿Adónde he de volverme para consuelo y guía?" Lloré tan amargamente esa noche que me parece perdí el conocimiento. Repentinamente tuve la visión de una gran reunión de gente, la expresión de cuyos rostros radiantes me impresionó profundamente. Una figura noble, vestida con la túnica de un siyyid, ocupaba un asiento en el púlpito mirando la congregación. Estaba explicando el significado de este versículo sagrado del Corán: ***"Quienquiera haga esfuerzos por Nosotros, en Nuestros senderos le guiaremos".*** Me sentí fascinado por Su rostro. Me puse de pie y me acerqué a Él y estaba a punto de lanzarme a Sus pies cuando aquella visión desapareció repentinamente. Mi corazón estaba inundado de luz. Mi júbilo era indescriptible.

"Inmediatamente resolví consultar a Hájí Alláh-Vardí, padre de Muhammad-Javád-i-Farhádí, hombre conocido en toda Qazvín por su profunda intuición espiritual. Cuando le relaté mi visión, se sonrió y con extraordinaria precisión me describió las características distintivas del siyyid que se me había aparecido. "Aquella loable figura no era otro sino Hájí Siyyid Kázim-i-Rashtí, quien se encuentra ahora en Karbilá y a quien se puede ver todos los días explicando a sus discípulos las sagradas enseñanzas del islam. Los que escuchan sus palabras se sienten fortalecidos y vivificados por sus disertaciones. Me sería imposible describir el efecto que sus palabras tienen sobre quienes lo escuchan", me dijo.

Lleno de alegría, me puse de pie y, expresándole mis sentimientos de profundo aprecio, me retiré a mi hogar e inmediatamente inicié mi viaje a Karbilá. Mis antiguos condiscípulos vinieron y me rogaron que fuera a ver en persona al sabio Mullá ‘Abdu'l-Karím, quien había expresado el deseo de verme, o que le permitiera venir a mi casa. "Siento el impulso", repliqué, "de visitar el santuario del Imán Husayn en Karbilá. He hecho el voto de partir inmediatamente en ese peregrinaje. No puedo postergar mi partida. Si me es posible lo visitaré durante algunos instantes al salir de la ciudad. Si me es posible quisiera pedirle que me excuse y que ore por mí para que sea guiado en el recto sendero".

"Confidencialmente di a conocer a mis parientes la naturaleza de mi visión y su interpretación. Les informé de mi proyectado viaje a Karbilá. Mis palabras en ese día llenaron sus corazones de amor por Siyyid Kázim. Se sintieron muy atraídos por Hájí Alláh-Vardí, se asociaron libremente con él y llegaron a ser sus fervientes admiradores.

"Mi hermano, ‘Abdu'l-Hamíd (que libó posteriormente la copa del martirio en Teherán), me acompañó en mi viaje a Karbilá. Allí me encontré con Siyyid Kázim y me sentí asombrado cuando lo oí disertar a sus discípulos bajo las mismas circunstancias en que se me había aparecido en mi visión. Quedé anonadado cuando descubrí, al llegar, que estaba explicando exactamente el mismo versículo que, cuando se me apareció, había estado exponiendo a sus discípulos. Mientras estaba sentado escuchándole, me sentí profundamente impresionado por la fuerza de su argumento y la profundidad de sus pensamientos. Me recibió con amabilidad y me trató con bondad. Tanto mi hermano como yo sentimos una alegría interior que jamás habíamos experimentado antes. Al amanecer acostumbrábamos apurarnos en ir a su casa y lo acompañábamos en su visita al santuario del Imán Husayn.

"Pasé todo el invierno en estrecha asociación con él. Durante todo ese período asistí fielmente a sus clases. Cada vez que escuchaba su palabra le oía describir un aspecto particular de la manifestación del Qá'im prometido. Este tema constituía el único elemento de sus disertaciones. Cualquiera que fuera el verso o la tradición que daba el caso estaba explicando, invariablemente concluía su comentario con una referencia particular al advenimiento de la Revelación prometida. "El Prometido", declaraba abiertamente una vez tras otra, "vive en medio de este pueblo. La hora designada para Su aparición se acerca rápidamente. Preparad el camino para Él y purificaos para que podáis reconocer Su belleza. Hasta que yo no me vaya de este mundo no será revelada la estrella del alba de Su rostro. Os incumbe, después de mi partida, levantaros y buscarlo. No debéis descansar un solo instante hasta que Lo hayáis encontrado".

"Después de la celebración del Naw-Rúz, Siyyid Kázim, me pidió que me fuera de Karbilá. "Puedes estar seguro, ¡oh ‘Abdu'l-Karím!", me dijo al despedirse de mí, "que estás entre aquellos que, en el Día de su Revelación, se levantarán para el triunfo de Su Causa. Es mi esperanza que, en ese Día bendito, te acordarás de mí". Le rogué que me dejara permanecer en Karbilá, aduciendo que mi regreso a Qazvín despertaría la enemistad de los mullás de esa ciudad. "No tomes en cuenta para nada sus maquinaciones. Ocúpate en el comercio y ten seguridad que sus protestas jamás podrán hacerte daño". Seguí su consejo y, junto con mi hermano, partí a Qazvín.

"En cuanto llegué, me puse a cumplir el consejo que me había dado Siyyid Kázim. Con las instrucciones que él me había dado pude silenciar a todos los malvados antagonistas. Dediqué mis días a mi negocio; en la noche iba a mi casa y, en la quietud de mi pieza, dedicaba mi tiempo a la meditación y la oración. Con los ojos llenos de lágrimas, comulgaba con Dios y le rogaba diciendo: "Por medio de Tu inspirado siervo, me has prometido que lograré Tu Día y contemplaré Tu Revelación. Por su intermedio me has asegurado que estaré entre aquellos que se levantarán para el triunfo de Tu Causa. ¿Por cuánto tiempo debo esperar hasta el cumplimiento de Tu promesa? ¿Cuándo me abrirá la puerta de Tu gracia, la mano de Tu cariñosa bondad, para conferir sobre mí Tu eterna gracia?" Todas las noches repetía esta oración y continuaba con mis súplicas hasta el amanecer.

"Cierta noche, en la víspera del día 'Arafih, en el año 1255 D.H.[20], estaba tan absorto en oración que parecía haber caído en trance. Apareció ante mí un pájaro, blanco como la nieve, que voló sobre mi cabeza y se posó en una rama de un árbol a mi lado. Con un acento de indescriptible dulzura ese pájaro dijo estas palabras: ***"¿Estás buscando la Manifestación, oh ‘Abdu'l-Karím? Presta atención, el año '60"***. Inmediatamente después el pájaro emprendió el vuelo y desapareció. El misterio de aquellas palabras me tenía sumamente preocupado. La memoria de la belleza de esa visión perduró largo tiempo en mi mente. Me parecía haber saboreado todas las delicias del Paraíso. No podía reprimir mi júbilo.

"El mensaje místico de ese pájaro había penetrado en mi alma y estaba continuamente en mis labios. Le daba vueltas en mi mente a cada instante. No lo compartí con nadie, temiendo que su dulzura me abandonara. Algunos años después llegó a mis oídos la Llamada de Shíráz. En cuánto la oí me apresuré en ir a esa ciudad. En mi camino me encontré, en Teherán, con Mullá Muhammad-i-Mu‘allim, quien me dio a conocer la naturaleza de esta Llamada y me informó que los que la habían reconocido se habían reunido en Karbilá y estaban

esperando el regreso de su Jefe de Hijáz. Inmediatamente emprendí viaje a esa ciudad. Desde Hamadán me acompañó, con profundo pesar mío, Mullá Javád-i-Baraghání, hasta Karbilá, donde tuve el privilegio de conocerlos a ustedes así como a los demás creyentes. Continuaba atesorando en mi corazón el extraño mensaje que me había sido entregado por ese pájaro. Cuando posteriormente logré la presencia del Báb y oí de Sus labios esas mismas palabras, dichas en el mismo tono y lenguaje, de di cuenta de su significado. Me sentí tan sobrecogido por su poder y gloria que, instintivamente, caí a Sus pies y magnifiqué Su nombre".

A comienzos del año 1265 D.H. [21] partí, a la edad de dieciocho años, de mi ciudad natal de Zarand rumbo a Qum, donde dio la casualidad que conocí a Siyyid Ismá‘il-i-Zavári'í, llamado Dhabíh, quien, posteriormente, mientras estaba en Bagdad, ofreció su vida como sacrificio en el sendero de Bahá'u'lláh. Por su intermedio vine a reconocer la nueva Revelación. En ese momento se estaba preparando para partir a Mázindarán y había decidido unirse a los heroicos defensores del fuerte de Shaykh Tabarsí. Era su intención llevarme con él, junto con Mírzá Fathu'lláh-i-Hakkák, un muchacho de mi edad, residente de Qum. Como las circunstancias interfirieron con su plan, nos prometió antes de partir, que se comunicaría con nosotros desde Teherán y que nos pediría que nos reuniéramos con él. Durante su conversación con Mírzá Fathu'lláh y conmigo, nos relató la historia de la maravillosa experiencia de Mullá ‘Abdu'l-Karím quien estaba viviendo, en aquel entonces, en ese mismo madrisih. En esos días se nos informó que la lucha en Shaykh Tabarsí había concluido y que aquellos compañeros del Báb que se habían reunido en Teherán y quienes esperaban reunirse con sus hermanos habían regresado cada uno a su propia provincia, imposibilitados de alcanzar su meta. Mullá ‘Abdu'l-Karím permaneció en la capital, donde dedicó su tiempo a transcribir el Bayán Persa. Nuestra estrecha asociación en ese entonces sirvió para profundizar mi cariño y admiración por él. Aún siento, después del transcurso de treinta y ocho años desde nuestra primera entrevista en Teherán, el calor de su amistad y el fervor de su fe. Mis sentimientos de afectuosa consideración hacia él me han llevado a referirme extensamente a las circunstancias de su juventud, que culminaron en lo que puede ser considerado el punto crítico de toda su carrera. Ojalá que a su vez sirva para despertar al lector a la gloria de esta trascendental Revelación.

Notas

1.- Similar a un caravanserai.

2.- Literalmente significa "Las siete calificaciones".

3.- Ver Glosario.

4.- Referencia al nombre del Báb.

5.- Referencia a Bahá'u'lláh. Ver Glosario.

6.- Según el Táríkh-Jadíd (Pág. 204) también se le llamaba "Nizámu'd-Dawlih".

7.- Una de las tribus de Túrán, una familia turca llamada Qájár, que apareció por primera vez en Persia con el ejército invasor de Changíz Khán" (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, pág. 339).

8.- Según A. L. M. Nicolas en Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb (Nota nº 175, pág. 225), esta reunión se llevó a efecto el 6 de agosto de 1845 D.C.

9.- Según A Traveller's Narrative (pág. 5), un tal Mullá ‘Alí-Akbar-i-Ardistání sufrió, junto con ellos, una persecución similar.

10.- Corán 3:193.

11.- Esta ciudad había llegado a ser escenario de apasionadas discusiones que trastornaron profundamente la paz general. Los curiosos, los peregrinos, los aficionados al escándalo se daban cita allí comentaban las novedades, aprobaban o culpaban, exaltaban al joven Siyyid o por el contrario, le cubrían de maldiciones e injurias: todo el mundo se excitaba, se irritaba, se trastornaba. Los mullás observaban con amarga inquietud el aumento del número de los sectarios de la nueva doctrina: su clientela, y por tanto sus entradas, disminuían otro tanto. Había que ponerse en guardia ya que una tolerancia más prolongada podía vaciar las mezquitas de sus fieles convencidos de que ya que el islam no se defendía era porque había reconocido la derrota. Por otra parte, Husayn Khán, Nizamu'd-Dawlih, Gobernador de Shíráz, creía que si dejaba las cosas solas el escándalo llegaría a ser tal que sería imposible reprimirlo: era arriesgar caer en desgracia por lo demás, el Báb no se contentaba con predicar: llamaba a sí a los hombres de buena voluntad. "Y aquél que conoce la palabra de Dios y no viene en su socorro en el momento de violencia, es exactamente igual a aquel que se ha apartado del testimonio de su Santidad Husayn, hijo de ‘Alí, en Karbilá. Ellos son los infieles" (Kitáb-i-Baynu'l-Haramayn). De este modo, los intereses civiles, de común acuerdo con los intereses del cielo, Nizamu'd-Dawlih y Shaykh Abú-Turáb el Imán Jum‘ih, concordaron que era necesario infligir al innovador una afrenta que lo desacreditara a los ojos del pueblo. Pudiera ser que de este modo se calmara la situación" (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 229-30).

12.- Corán. 49:6.

13.- "Después de esta sesión pública provocada por la estupidez de los mullás y que le atrajo numerosos partidarios, se produjeron profundos trastornos en todas las provincias de Persia, el debate asumió caracteres de gravedad tal que Muhammad Sháh envió a Shíráz un hombre en quien tenía absoluta confianza para que le enviara un informe de lo que viera y

comprendiera. Este hombre era Siyyid Yahyáy-i-Dárábí. (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 232-33).

14.- Marzo de 1845 D.C.

15.- 1850-51 D.C.

16.- "Sea como fuera, la impresión producida en Shíráz fue tremenda y todas las personas ilustradas y religiosas se apiñaban alrededor de ‘Alí Muhammad. En cuanto aparecía en la mezquita era rodeado. En cuanto se sentaba en el púlpito, todos guardaban silencio para escucharle. Sus discursos públicos nunca eran un ataque al fondo del islam y respetaban la mayoría de las formas: en resumen el Jitmán dominaba en ellos. Sin embargo, eran discursos osados. El clero no era lisonjeado; en ellos sus vicios eran cruelmente castigados. El destino triste y doloroso de la humanidad eran generalmente el tema y en una que otra parte había alusiones cuya oscuridad irritaba la apasionada curiosidad de unos mientras halagaba el orgullo de otros ya total o parcialmente iniciados, lo que daba a sus prédicas un sabor y mordacidad tales que el público crecía más cada día y hacía que en toda Persia se comenzara a hablar de ‘Alí-Muhammad. Los Mullás de Shíráz no esperaron a que se produjera todo este alboroto para unirse contra su joven detractor. Desde sus primeras apariciones en público enviaron donde él a los más hábiles de entre ellos con el fin de argumentar contra él y confundirlo. Estas luchas públicas que se llevaban a efecto ya sea en las mezquitas, ya sea en los colegios, en la presencia del gobernador, de jefes militares, del clero, del pueblo y en fin, de todo el mundo en vez de beneficiar a los sacerdotes no dejó de contribuir a difundir y exaltar a sus expensas el renombre del entusiasta. Es indudable que vencía a sus contradictores; él los condenó con el Corán en la mano, lo que no era muy difícil. Era para él un juego mostrar ante las multitudes, que los conocían bien, hasta qué punto su conducta, sus preceptos y aún sus dogmas mismos estaban en contradicción flagrante con el Libro, de modo que ellos no lo podían rehusar. Con osadía y exaltación extraordinarias, denunciaba, sin contemplación alguna, sin ninguna preocupación por las convenciones ordinarias, los vicios de sus antagonistas y, después de haberles probado su infidelidad en cuanto a la doctrina, los desacreditaba en sus vidas y les juzgaba a cara o cruz con la indignación o el desprecio de los auditores. Las escenas en Shíráz, estos comienzos de su prédica causaban tan profunda emoción que los musulmanes ortodoxos que asistieron a ellas han conservado un recuerdo imborrable y no hablaban de ellas sino con una especie de terror. Todos estaban de acuerdo que la elocuencia de ‘Alí-Muhammad era de naturaleza incomparable y tal como uno podría imaginar si no lo hubiera atestiguado. Pronto el joven teólogo no aparecía en público sin estar rodeado de un grupo numeroso de partidarios. Su casa estaba siempre llena. No enseñaba tan sólo en las mezquitas y en los colegios sino que era en su casa especialmente, en las tardes, retirado en un cuarto con la flor y nata de sus admiradores, que él descubría ante sus ojos una doctrina que todavía no estaba perfectamente resuelta para él mismo. Parecería que, en un comienzo, fue especialmente la parte polémica que le preocupaba más que la dogmática y no hay nada más natural. En sus conferencias secretas, sus osadías, mucho más numerosas que en público, se hacían mayores cada día y tendían en forma tan evidente a un trastorno completo del islam que servían muy bien, como introducción a una nueva profesión de fe. La pequeña Iglesia era ardiente, osada, arrebatada, lista par todo, fanatizada, en el verdadero sentido y en el sentido elevado de la palabra, es decir que cada uno de sus miembros no se consideraba a sí mismo para nada y estaba deseoso de sacrificar sangre y dinero por la causa de la verdad". (Conde de Gobineau, Les Religions et les

Philisophies dans l'Asie Centrale, págs. 120-22). "El Báb comenzó ahora a reunir un grupo de devotos adherentes. Parece que se destacaba por sus costumbres sencillas y atrayente suavidad así como un porte de extraordinario encanto. La gente se sentía impresionada por sus conocimientos y la penetrante elocuencia de sus palabras. Sus escritos, aún cuando le parecieron de poco brillo a Gobineau, sin embargo eran muy admirados por los persas debido a la belleza y elegancia de su estilo y produjeron sensación en Shíráz. En cuanto entraba a una mezquita ésta se veía rodeada. En cuanto subía a un púlpito se producía el silencio" (Sir Francis Younghusband, The Gleam, pág. 194). "La moralidad predicada por un hombre joven a la edad en que las pasiones bullen tuvo un efecto extraordinario sobre un auditorio compuesto por gente religiosa hasta el fanatismo, especialmente cuando las palabras del predicador están en perfecta armonía con sus acciones. Nadie dudaba de la continencia ni de la rigidez de Karbilá'í Siyyid ‘Alí-Muhammad: hablaba poco, estaba constantemente pensativo y la mayor parte del tiempo se alejaba de los hombres lo que aumentaba aún más la curiosidad; se le buscaba en todas partes". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 341). "Por la moralidad de su vida el joven Siyyid servía de ejemplo a los que le rodeaban. También se le escuchaba con agrado porque en discursos ambiguos y entrecortados, hablaba contra los abusos que reinaban en todas las clases sociales. Se repetían palabras ampliándolas; se hablaba de él como el verdadero maestro y se entregaban a él sin reserva ninguna" (Ibíd.).

17.- Ver Glosario.

18.- Ver Glosario.

19.- Corán, 4:50.

20.- La noche antes del 13 de febrero de 1840 D.C.

21.- 1848 D.C.

CAPÍTULO 9

ESTANCIA DEL BÁB EN SHÍRÁZ DESPUÉS DEL PEREGRINAJE
(Continuación)

Poco después de la llegada de Mullá Husayn a Shíráz la voz del pueblo se alzó nuevamente en protesta contra él. El temor y loa indignación de las multitudes fueron excitados por el conocimiento de su continua y estrecha asociación con el Báb. "Otra vez ha venido a nuestra ciudad", vociferaron; "una vez más ha levantado el estandarte de la rebelión y, junto con su jefe, está contemplando un ataque aún más feroz a nuestras seculares instituciones". Tan grave y amenazadora se hizo la situación que el Báb dio instrucciones a Mullá Husayn que volviera, por el camino de Yazd, a su provincia natal de Khurásán. Igualmente, despidió al resto de Sus compañeros que se habían reunido en Shíráz y les pidió que volvieran a Isfahán. Retuvo consigo a Mullá ‘Abdu'l-Karím a quien asignó la tarea de transcribir Sus escritos.

Estas medidas de precaución que el Báb consideró prudente tomar, Lo relevaron del peligro inmediato de violencia por parte del populacho enfurecido de Shíráz y sirvió para dar nuevo ímpetu a la propagación de Su fe más allá de los confines de aquella ciudad. Sus discípulos, que se habían dispersado a lo largo y ancho del país, proclamaron intrépidamente a las multitudes de sus conciudadanos, el poder regenerador de la recién nacida Revelación. La fama del Báb había sido proclamada en todas partes y había llegado a oídos de aquellos que ocupaban los puestos de más alta autoridad, tanto en la capital como en las provincias[1]. Una ola de apasionada búsqueda inundó las mentes y los corazones tanto de los dirigentes como de las masas del pueblo. Los que habían oído de los labios de los mensajeros inmediatos del Báb las historias de los signos y testimonios que habían anunciado el nacimiento de Su Manifestación, se sintieron asombrados y maravillados. Los dignatarios del Estado y de la Iglesia se preocuparon en persona o enviaron a sus representantes más capacitados para que investigaran el carácter de este Movimiento extraordinario.

Muhammad Sháh[2] en persona se sintió impulsado a averiguar la veracidad de estas informaciones y a indagar su naturaleza. Delegó a Siyyid Yahyáy-i-Dárábí[3], el más sabio, el más elocuente y el más influyente de sus súbditos, para que se entrevistara con el Báb y le informara sobre los resultados de sus investigaciones. El Sháh tenía confianza absoluta en su imparcialidad, su competencia y su

profunda intuición espiritual. Ocupaba un lugar de tal preeminencia entre las figuras principales de Persia que en cualquier reunión en que le tocaba estar presente, no importa cuán grande el número de los dirigentes eclesiásticos presentes, invariablemente era el principal orador. Todos guardaban un silencio reverente delante de él; todos reconocían su sagacidad, sus conocimientos inigualados y su madura sabiduría.

En aquellos días Siyyid Yahyá residía en Teherán en casa de Mírzá Lutf-‘Alí, el Maestro de Ceremonias del Sháh, como invitado especial de su Majestad Imperial. Por intermedio de Lutf-‘Alí el Sháh hizo saber confidencialmente su deseo y voluntad que Siyyid Yahyá fuera a Shíráz e investigara el asunto en persona. "Decidle de nuestra parte", ordenó el soberano, "que en cuanto ponemos nuestra mayor confianza en su integridad y admiramos sus dotes intelectuales y espirituales y lo consideramos el más adecuado de entre los teólogos de nuestro reino, esperamos que vaya a Shíráz a examinar a fondo este episodio del Siyyid-i-Báb e informarnos de los resultados de su investigación. Así sabremos qué medidas nos incumbe tomar".

Siyyid Yahyá mismo tenía deseos de obtener noticias de primera mano sobre las afirmaciones del Báb pero, debido a circunstancias adversas, no había podido emprender el viaje a Fárs. El mensaje de Muhammad Sháh lo decidió a llevar a cabo su largamente acariciada intención. Asegurando a su soberano su presteza para cumplir con su deseo, inmediatamente partió a Shíráz.

En su camino concibió las diversas preguntas que pensó formular al Báb. De las contestaciones que éste diera a dichas preguntas dependería, según su parecer, la verdad y validez de Su misión. Cuando llegó a Shíráz, se encontró con Mullá Shaykh ‘Alí, llamado ‘Azím, con quien había estado íntimamente asociado mientras estuvo en Khurásán. Le preguntó si acaso estaba satisfecho con su entrevista con el Báb. "Debieras conocerlo", replicó ‘Azím, "y buscar independientemente informarte de Su Misión. Como amigo, te aconsejo observar la mayor consideración en tu conversación con Él, no vaya a ser que tú también, al final, te vieras obligado a deplorar cualquier acción de descortesía hacia Él".

Siyyid Yahyá conoció al Báb en casa de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, y mostró en su actitud hacia Él la cortesía que ‘Azím le había aconsejado observar. Durante cerca de dos horas se refirió a los temas más abstrusos y desconcertantes de las enseñanzas metafísicas del islam, a los pasajes más oscuros del Corán y a las misteriosas tradiciones y profecías de los Imanes de la Fe. Al principio el Báb escuchó a sus eruditas referencias a la ley y profecías del islam, tomó nota de todas sus preguntas y comenzó a dar una respuesta breve pero persuasiva a cada una de ellas. La concisión y lucidez de Sus respuestas asombró y llenó de

admiración a Siyyid Yahyá. Se sintió abrumado por un sentimiento de humillación ante su propia presunción y orgullo. Su sentido de superioridad desapareció completamente. Al ponerse de pie para partir, se dirigió al Báb con estas palabras: "Dios mediante, durante mi próxima audiencia con Usted, Le someteré mis restantes preguntas y con ellas daré término a mi investigación". En cuanto se retiró, se reunió con ‘Azím a quien relató los incidentes de su entrevista. "En Su presencia", le dijo, "me he extendido indebidamente sobre mis propios conocimientos. Él pudo con pocas palabras contestar mis preguntas y resolver mis perplejidades. Me sentí tan humillado que con presteza solicité permiso para retirarme". ‘Azím le hizo recordar su consejo y le rogó que en la próxima entrevista no lo olvidara.

Durante su segunda entrevista, Siyyid Yahyá, con gran asombro, encontró que todas las preguntas que había sido su intención plantear al Báb se le habían olvidado. Se conformó con cuestiones que parecían no tener relación con su investigación. Mas luego descubrió, para mayor sorpresa aún, que el Báb estaba contestando, con la misma lucidez y concisión que habían caracterizado Sus respuestas anteriores, aquellas mismas preguntas que momentáneamente había olvidado. "Era como si me hubiera quedado dormido", observó posteriormente, "Sus palabras, Sus contestaciones a preguntas que había olvidado hacer, me despertaron. Una voz susurraba aún en mi oído: "¿No puede haber sido esto, después de todo, una coincidencia accidental?" Estaba demasiado impresionado como para poner en orden mis ideas. Una vez más pedí permiso para retirarme. ‘Azím con quien me encontré después, me recibió con fría indiferencia y remarcó: "¡Ojalá las escuelas fueran completamente abolidas y que ninguno de nosotros hubiera estado en una! Por la pequeñez de nuestras mentes y nuestro engreimiento, estamos impidiendo que nos alcance la gracia redentora de Dios y estamos causando dolor a Aquél que es su Fuente. ¿No pedirás a Dios, esta vez, que te conceda llegar a Su presencia con humildad y desprendimiento dignos, para que quizás, por Su gracia, te alivie de la opresión de la incertidumbre y la duda?".

"Resolví que, en mi tercera entrevista con el Báb, en lo más íntimo de mi corazón le pediría que revelara un comentario sobre el Sura de Kawthar[4]. Decidí no mencionar esa petición en Su presencia. Si Él, sin que yo se lo pidiera, revelara este comentario en un estilo que inmediatamente lo distinguiera a mis ojos de los tipos prevalecientes comunes entre los comentaristas del Corán, estaría convencido del carácter Divino de Su Misión y, sin vacilaciones, abrazaría Su Causo. Si no, rehusaría reconocerlo. En cuanto entré en Su presencia un sentimiento de pavor, para el que no hallaba explicación, se apoderó

repentinamente de mí. Mis miembros temblaban mientras contemplaba Su rostro. Yo, que en repetidas ocasiones había sido introducido en presencia del Sháh y jamás había mostrado la menor huella de timidez ni la había sentido, ahora estaba tan sobrecogido e impresionado que no podía permanecer erguido sobre mis pies. El Báb, al ver mi condición, se levantó de Su asiento, se acercó a mí y, tomándome de la mano, me sentó a Su lado***. "Busca de Mí",*** dijo, ***"cualquier cosa que desee tu corazón. Yo te lo revelaré"***. Estaba mudo de asombro. Como un bebé que no puede comprender ni hablar, me sentí impotente para responder. Sonrió mientras Me miraba y dijo: ***"¿Si Yo revelara para ti el comentario sobre el Sura de Kawthar, reconocerías que Mis Palabras nacen del Espíritu de Dios? ¿Reconocerías que en ningún caso Mis Palabras pueden ser atribuidas a nigromancia o magia?".*** Las lágrimas corrían de mis ojos cuando Le oí decir estas palabras. Todo lo que pude decir fue este versículo del Corán: ***"¡Oh nuestro Señor! Hemos procedido injustamente con nosotros mismos: si Tú no nos perdonas y tienes piedad de nosotros, seguramente seremos de los que perecen".***

"Era aún temprano en la tarde cuando el Báb pidió a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí que le trajera Su caja de plumas y papel. Entonces empezó a revelar Su comentario sobre el Sura de Kawthar. ¿Cómo describiré esta escena de inexpresable majestad? Los versos fluían de Su Pluma con una rapidez que era en verdad asombrosa. La increíble velocidad de Su Escritura[5], la suave y dulce entonación de Su voz y la fuerza estupenda de Su estilo me dejaron pasmado y desconcertado. Siguió en esta forma hasta la puesta del sol. No se detuvo hasta que completó la totalidad del comentario del Sura. Entonces dejó Su Pluma y pidió té. Poco después comenzó a leerlo en voz alta en mi presencia. Mi corazón brincaba locamente mientras Le escuchaba derramar, en acento de indescriptible dulzura, los tesoros encerrados en ese comentario sublime[6]. Estaba tan encantado por su belleza que en tres ocasiones estuve a punto de desmayar. Trató de fortalecer mis debilitadas energías rociándome la cara con agua de rosas. Esto restableció mi vigor y me hizo posible continuar escuchando Su lectura hasta el final.

"Una vez que hubo completado su recitación, el Báb se puso de pie con el objeto de irse. Al salir, me confió al cuidado de Su tío materno. ***"Ha de ser tu invitado",*** le dijo***, "hasta cuando en colaboración con Mullá ‘Abdu'l-Karím, haya terminado de transcribir este comentario recién revelado y haya verificado la exactitud de la copia transcrita"***. Mullá ‘Abdu'l-Karím y yo dedicamos tres días y tres noches a esta tarea. Por turno leíamos en voz alta el uno al otro una parte del comentario hasta que había sido transcrito en su

totalidad. Verificamos todas las tradiciones del texto y encontramos que eran absolutamente correctas. Tal era el grado de certidumbre que había alcanzado que si todos los poderes de la tierra se hubieran aliado en mi contra habrían sido impotentes para hacer vacilar mi confianza en la grandeza de Su Causa[7].

"Como desde mi llegada a Shíráz, había estado viviendo en casa de Husayn Khán, el gobernador de Fárs, sentí que mi prolongada ausencia de su hogar pudiera excitar sus sospechas y encender su cólera. Por lo tanto decidí despedirme de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí y Mullá ‘Abdu'l-Karím y volver a la residencia del gobernador. Cuando llegué hallé que Husayn Khán me había estado buscando, ansioso de saber si había caído víctima de la mágica influencia del Báb. "Nadie sino Dios", repliqué, "quien es el Único que puede cambiar los corazones de los hombres, es capaz de cautivar el corazón de Siyyid Yahyá. Quienquiera puede atrapar su corazón es de Dios y Su palabra, incuestionablemente, es la Voz de la Verdad". Mi respuesta silenció al gobernador. En su conversación con otros, supe después, expresó la opinión que yo también había caído víctima impotente del encanto de ese Joven. Aún escribió a Muhammad Sháh quejándose que durante mi estancia en Shíráz había rehusado tener trato con los ‘ulamás de la ciudad. "Aún cuando nominalmente mi invitado", escribió al soberano, "con frecuencia se ausenta de mi casa por varios días y noches consecutivas. He dejado de abrigar ninguna duda de que ha llegado a ser un bábí, que ha sido esclavizado, de alma y corazón, por la voluntad del Siyyid-i-Báb".

"Muhammad Sháh mismo, en una de las funciones de estado en su capital, se dice dirigió las siguientes palabras a Hájí Mírzá Áqásí: "Se nos ha informado[8] últimamente que Siyyid Yahyáy-í-Dárábí se ha hecho bábí. Si esto es verdad, nos incumbe dejar de menospreciar la causa de ese siyyid". Husayn Khán por su parte, recibió la siguiente orden imperial: "Está estrictamente prohibido a todos nuestros súbditos decir cualquier palabra que tienda a menoscabar la exaltada posición de Siyyid Yahyáy-i-Dárábí. Es de noble linaje, hombre de gran erudición, de perfecta y completa virtud. Bajo ninguna circunstancia inclinará su oído a ninguna causa a no ser que la crea conducente al progreso y mejores intereses de nuestro reino y al bienestar de la Fe del islam".

"Cuando recibió este mandato imperial, Husayn Khán, incapaz de resistirse abiertamente, trató de minar secretamente mi autoridad. Su rostro delataba una enemistad y odio implacables. Sin embargo, en vista de los marcados favores que me fueron conferidos por el Sháh no pudo hacer daño a mi persona ni desacreditar mi nombre.

"Posteriormente, el Báb me ordenó que fuera de Burújird y diera a conocer el nuevo Mensaje a mi padre[9]. Me urgió que le mostrara la mayor consideración y tolerancia. De mi conversación confidencial con él comprendió que no quería repudiar la verdad del Mensaje que le había traído. Prefirió, sin embargo, que se le dejara solo y permitiera seguir su propio camino.

Otro dignatario del reino que investigó desapasionadamente y al final aceptó el Mensaje del Báb fue Mullá Muhammad-'Alí[10] nativo de Zanján, a quien el Báb confirió el nombre de Hujjat-i-Zanjání. Era un hombre de mente independiente, reconocido por su extraordinaria originalidad y libertad de todas las formas de restricción tradicionales. Denunció a toda la jerarquía de los dirigentes eclesiásticos de su país desde el Abváb-i-Arba'ih[11] para abajo hasta el más humilde mullá de entre sus contemporáneos. Despreciaba su carácter, deploraba su degeneración y se explayaba sobre sus vicios. Aún, antes de su conversión, reveló una actitud de despreocupación y desprecio hacia Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í y Siyyid Kázim-i-Rashtí[12]. Se sentía tan horrorizado ante las maldades que habían manchado la historia del islam Shí'ah que quienquiera pertenecía a esa secta, no importa cuán elevadas sus dotes personales, era considerado por él como indigno de su consideración. Con no poca frecuencia se producían feroces controversias entre él y los teólogos de Zanján las que, a no mediar la intervención personal del Sháh, hubieran llevado a graves desórdenes y derramamiento de sangre. Eventualmente fue llamado a la capital y, en presencia de sus antagonistas, representantes de los dirigentes eclesiásticos de Teherán y otras ciudades, se le emplazó a que defendiera sus afirmaciones. Sólo y sin ayuda estableció su superioridad sobre sus adversarios y silenció su clamor. Aún cuando en sus corazones no estaban de acuerdo con sus puntos de vista y condenaban su conducta, se vieron obligados a reconocer públicamente su autoridad y confirmar su opinión.

En cuanto la Llamada de Shíráz llegó a sus oídos, Hujjat delegó a uno de sus discípulos, Mullá Iskandar, en quien tenía la mayor confianza, para que averiguara todo lo relacionado con el asunto y que le informara del resultado de sus investigaciones. Completamente indiferente a las alabanzas y censuras de sus conciudadanos, cuya integridad era para el motivo de sospechas y cuyo juicio desdeñaba, envió su delegado a Shíráz con instrucciones detalladas de llevar a cabo una investigación independiente y minuciosa. Mullá Iskandar logró la presencia del Báb e inmediatamente sintió el poder regenerador de Su influencia. Permaneció cuarenta días en Shíráz y durante ese tiempo absorbió los principios

de la Fe y adquirió, de acuerdo con su capacidad, cierto conocimiento de la medida de su gloria.

Con la aprobación del Báb, volvió a Zanján. Llegó en un instante en que todos los principales ‘ulamás de la ciudad se habían reunido en presencia de Hujjat. En cuanto llegó, Hujjat le preguntó si creía o no en la nueva Revelación. Mullá Iskandar le entregó los escritos del Báb que había traído consigo y afirmó que, cualquiera que fuera el veredicto de su maestro, consideraría que su obligación sería seguirlo. "¡Qué!", exclamó enojado Hujjat, "Si no hubiera sido por la presencia de esta distinguida concurrencia, te hubiera castigado severamente. ¿Cómo te atreves a considerar cuestiones de creencia como dependientes de la aprobación o rechazo de otros?". Recibiendo de la mano de su mensajero la copia del Qayyúmu'l-Asmá', en cuanto leyó una página de aquel libro, cayó postrado en el suelo y exclamó: "Atestiguo que estas palabras que he leído proceden de la misma Fuente que el Corán. Quienquiera haya reconocido la verdad de ese Libro Sagrado debe también atestiguar el origen Divino de estas palabras y debe necesariamente someterse a los preceptos que inculca su Autor. Los tomo a ustedes, miembros de esta asamblea, como mis testigos: juro tal fidelidad al Autor de esta Revelación que si alguna vez dijera que la noche es día y declarara que el sol es una sombra, me sometería sin reservas a Su juicio y consideraría Su veredicto la voz de la Verdad. Quienquiera lo niegue a Él, consideraré como repudiador de Dios Mismo". Con estas palabras puso término al procedimiento de esa reunión[13].

En las páginas precedentes, nos hemos referido a la expulsión de Quddús y Mullá Sádiq de Shíráz y hemos tratado de describir, no importa cuán inadecuadamente, el castigo que les infligió el tiránico y rapaz Husayn Khán. Corresponde decir ahora algunas palabras sobre la naturaleza de sus actividades después de su expulsión de aquella ciudad. Durante algunos días viajaron juntos, después de lo cual se separaron. Quddús se fue a Kirmán con el objeto de entrevistarse con Hájí Mírzá Karím Khán y Mullá Sádiq dirigió sus pasos a Yazd con el objeto de proseguir, entre los ‘ulamás de esa provincia, la tarea que se le había obligado a abandonar en forma tan cruel en Fárs. Quddús fue recibido a su llegada, en casa de Hájí Siyyid Javád-i-Kirmání, a quien había conocido en Karbilá y cuya erudición, habilidad y competencia eran reconocidas universalmente por la gente de Kirmán. En todas las reuniones celebradas en su hogar, invariablemente asignó a su joven invitado el asiento de honor y lo trató con extremada deferencia y cortesía. Preferencia tan marcada demostrada hacia una persona tan joven y en apariencia tan mediocre encendió la envidia de los discípulos de Hájí Mírzá Karím Khán quienes, describiendo en lenguaje vívido y

exagerado los honores que se le estaban haciendo a Quddús, trataron de excitar la hostilidad latente de su jefe. "Observad", susurraron en sus oídos, "aquél que es el discípulo más querido y de mayor confianza del Siyyid-i-Báb, ahora es el huésped de honor del habitante más poderoso de Kirmán. Si se le permite vivir en estrecha compañía con Hájí Siyyid Javád, sin lugar a dudas que infundirá su veneno en su alma y lo modelará como el instrumento por medio del cual tendrá éxito en destruir vuestra autoridad y extinguir vuestra fama". Alarmado por estas malvadas murmuraciones, el cobarde Hájí Mírzá Karím Khán apeló al gobernador y le indujo a visitar en persona a Hájí Siyyid Javád y pedir que se pusiera término a esa peligrosa asociación. La representación del gobernador inflamó la cólera del destemplado Hájí Siyyid Javád. "¡Cuántas veces te he dicho", protestó con violencia, "que ignoren las maledicencias de ese malvado conspirador! Mi tolerancia le ha dado valentía. Que tenga cuidado, no vaya a ser que sobrepase los límites. ¿Es que trata de usurpar mi posición? ¿No es acaso él quien recibe en su hogar a miles de personas abyectas e innobles y los colma de servil halago? ¿No ha tratado una vez tras otra de enaltecer al impío y silenciar al inocente? ¿No ha sido él quien, año tras año, al reforzar la mano de los malvados ha buscado aliarse con ellos y satisfacer sus deseos carnales? ¿No persiste acaso hasta este día en blasfemar contra todo lo que es puro y sagrado en el islam? Mi silencio parece haber hecho aumentar su temeridad e insolencia. Se toma la libertad de cometer las acciones más viles y rehúsa permitirse recibir y honrar en mi propia casa a un hombre de tanta integridad, erudición y nobleza. Si rehúsa desistir de esta práctica, que se de por advertido que los peores elementos de la ciudad, bajo mi instigación, lo expulsarán de Kirmán". Desconcertado por denuncias tan vehementes, el gobernador se excusó por su acción. Antes de retirarse, aseguró a Hájí Siyyid Javád que no tenía por qué sentir temor alguno, que él mismo trataría de despertar a Hájí Mírzá Karím Khán a la comprensión de la torpeza de su comportamiento y le induciría a arrepentirse.

El mensaje del Siyyid aguijoneó a Hájí Mírzá Karím Khán. Convulsionado por un sentimiento de profundo resentimiento que le era imposible ni reprimir ni satisfacer, abandonó toda esperanza de conquistar la dirección de la gente de Kirmán. Ese desafío fue el golpe de gracia a sus más acariciadas ambiciones.

En el retiro de su hogar, Hájí Siyyid Javád escuchó a Quddús relatar todos los detalles de sus actividades desde el día de su partida de Karbilá hasta su llegada a Kirmán. Las circunstancias de su conversión y su subyacente peregrinaje con el Báb excitaron la imaginación y prendieron la llama de la fe en el corazón de su anfitrión quien prefirió, son embargo, ocultar su fe, con la esperanza de poder proteger en forma más efectiva los intereses de la recién establecida comunidad.

"Tu noble resolución", le auguró cariñosamente Quddús, "será considerada en sí misma como un notable servicio hecho a la Causa de Dios. El Todopoderoso fortalecerá tus esfuerzos y establecerá para siempre tu ascendencia sobre tus antagonistas".

Este incidente me fue relatado por cierto Mírzá ‘Abdu'lláh-i-Ghawghá quien, mientras estuvo en Kirmán, lo escuchó de labios del mismo Hájí Siyyid Javád. La sinceridad de la intención expresada por el siyyid ha sido completamente vindicada por la forma espléndida en que, a consecuencia de sus esfuerzos, logró resistir las extralimitaciones del insidioso Hájí Mírzá Karím Khán quien, si no se le hubiera desafiado, hubiera causado daño incalculable a la Fe.

Desde Kirmán, Quddús decidió partir a Yazd y de allí ir a Ardikán, Náyin, Ardintán, Isfahán, Káshán, Qum y Teherán. En cada una de estas ciudades, a pesar de los obstáculos en su sendero, logró inculcar en las mentes de los que le escuchaban, los principios que se había levantado a defender con tanta valentía. He oído a Áqáy-i-Kalím, el hermano de Bahá'u'lláh, describir en los siguientes términos su encuentro con Quddús en Teherán: "El encanto de su persona, su extrema afabilidad, junto con la dignidad de su porte, llamaban la atención, aún del observador más atolondrado. Quienquiera se asociaba íntimamente con él se sentía poseído de una admiración insaciable por ese atrayente joven. Le observamos practicar sus abluciones cierto día y nos llamó la atención la gracia que lo distinguía de los demás adoradores en la práctica de un rito tan ordinario. Parecía ser, a nuestros ojos, la encarnación misma de la pureza y gracia".

En Teherán, Quddús fue admitido a la presencia de Bahá'u'lláh, después de lo cual prosiguió a Mázindarán donde, en su ciudad natal de Bárfurúsh, en el hogar de su padre, vivió por cerca de dos años, tiempo durante el cual fue rodeado de la afectuosa devoción de su familia y parientes. Su padre se había casado, a la muerte de su primera esposa, con una dama que trató a Quddús con una bondad y cuidado que ninguna madre podía esperar sobrepasar. Deseaba fervientemente ver su boda y con frecuencia se le oyó expresar el temor que tuviera que llevar consigo al sepulcro "el goce supremo de su corazón". "El día de mi matrimonio", observó Quddús, "no ha llegado aún. Ese día será de indescriptible gloria. No dentro de los confines de esta casa, sino a campo abierto, bajo la bóveda del cielo, en medio del Sabzih-Maydán, a la vista de las multitudes, allí celebraré mis nupcias y atestiguaré la consumación de mis esperanzas". Tres años más tarde, cuando aquella dama supo de las circunstancias en relación con el martirio de Quddús en el Sabzih-Maydán, recordó sus palabras proféticas y comprendió su significado[14]. Quddús permaneció en Bárfurúsh hasta cuando se reunió con él Mullá Hsayn, después del regreso de éste de su visita al Báb en el castillo de

Máh-Kú. Desde Bárfurúsh partieron a Khurásán, un viaje que se hizo memorable por actos de tanto heroísmo como ninguno de sus compatriotas podía abrigar la esperanza de rivalizar.

En lo que se refiere a Mullá Sádiq, en cuanto llegó a Yazd, averiguó de un amigo de confianza, natural de Khurásán, los últimos acontecimientos relacionados con el progreso de la Causa en esa provincia. Tenía especial interés en las actividades de Mírzá Ahmad-i-Azghandí, y expresó su sorpresa ante la aparente inactividad de uno que, en la época cuando el misterio de la Fe aún no se había divulgado, había desplegado tanto celo en preparar a la gente para la aceptación de la prometida Manifestación.

"Mírzá Ahmad", le dijeron, "se recluyó por un tiempo considerable en su propia casa y dedicó sus energías a la preparación de una recopilación erudita y voluminosa de tradiciones y profecías islámicas que se relacionaban al tiempo y características de la prometida Dispensación. Reunió más de doce mil tradiciones explícitas, cuya autenticidad era universalmente reconocida; y resolvió tomar todas las medidas que fueran necesarias para la reproducción y diseminación de ese libro. Al estimular a sus discípulos a que citaran públicamente su contenido, en todas las congregaciones y reuniones, esperaba remover los impedimentos que pudieran obstaculizar el progreso de la Causa que tanto quería.

"Cuando llegó a Yazd, recibió una calurosa bienvenida de su tío materno Siyyid Husayn-i-Azghandí, el más destacado mujtahid de la ciudad quién, pocos días antes de la llegada de su sobrino, le había escrito pidiéndole que se apresurara en ir a Yazd, para librarlo de las maquinaciones de Hájí Mírzá Karím Khán, a quien consideraba como un enemigo peligroso, aunque no declarado, del islam. El mujtahid encareció a Mírzá Ahmad que combatiera, por todos los medios a su alcance, la influencia perniciosa de Hájí Mírzá Khán; y quiso que estableciera su residencia permanente en esa ciudad, para que, mediante incesantes exhortaciones y llamados lograra ilustrar la mente del pueblo sobre los verdaderos propósitos e intenciones de ese malvado enemigo.

"Mírzá Ahmad, ocultando de su tío su intención original de ir a Shíráz, decidió prolongar su estancia en Yazd. Le mostró el libro que había compilado y compartió su contenido con los ‘ulamás que venían en gran número de todos los sectores de la ciudad, para conocerle. Todos se sintieron muy impresionados por el trabajo, la erudición y el celo que el compilador de esa obra célebre había demostrado.

Entre los que concurrieron a visitar a Mírzá Ahmad había un tal Mírzá Taqí, hombre malvado, ambicioso y engreído, que hacía poco había regresado de Najaf, donde había completado sus estudios y había sido elevado al rango de

mujtahid. Durante su conversación con Mírzá Ahmad, expresó el deseo de leer ese libro y que se le permitiera retenerlo durante algunos días, para que pudiera obtener mejor comprensión de su contenido. Tanto Siyyid Husayn como su sobrino, accedieron a su deseo. Mírzá Taqí, que debió haber devuelto el libro, no cumplió con su promesa. Mírzá Ahmad, quien ya había sospechado la insinceridad de las intenciones de Mírzá Taqí, encareció a su tío que recordara al solicitante su promesa. "Decidle a tu amo", fue la respuesta insolente al mensajero enviado a reclamar el libro, "que después de haberme impuesto respecto al carácter peligroso de esa recopilación, decidí destruirla. Anoche la tiré a la laguna, borrando así sus páginas".

"Movido por profunda indignación ante tal falsedad e impertinencia, Siyyid Husayn decidió vengarse de él. Sin embargo, Mírzá Ahmad logró, con sus sabios consejos, apaciguar la ira de su enfurecido tío y disuadirlo de llevar a la práctica las medidas que se proponía tomar. "Este castigo que contemplas", dijo, "excitará al pueblo y provocará trastornos y sedición. Interferirá gravemente con los esfuerzos que quieres que haga para extinguir la influencia de Hájí Mírzá Karím Khán. Sin duda alguna se aprovechará de la ocasión para denunciarte como bábí y me hará responsable por haber sido la causa de tu conversión. Por este medio no sólo minará tu autoridad sino que ganará la estimación y gratitud del pueblo. Déjalo en manos de Dios".

Mullá Sádiq se sintió feliz de saber, por este relato, que Mírzá Ahmad estaba residiendo de hecho en Yazd y que no había obstáculos en el camino para su encuentro. Inmediatamente fue al masjid en que Siyyid Husayn estaba dirigiendo la oración congregacional y en que Mírzá Ahmad daba el sermón. Sentándose en la primera fila de los adoradores, se unió con ellos en oración, después de lo cual fue directamente donde Siyyid Husayn y lo abrazó públicamente. Sin que se le invitara, inmediatamente ascendió las escaleras al púlpito y se preparó para dirigirse a los fieles. Siyyid Husayn, aunque sorprendido en un comienzo, prefirió no hacer objeción alguna, curioso como estaba de descubrir el motivo y conocer el grado de los conocimientos de este intruso inesperado. Hizo a su sobrino una seña de que no lo detuviera.

Mullá Sádiq inició su disertación con una de las homilías mejor conocidas y más exquisitamente escritas por el Báb, después de lo cual se dirigió a la congregación en estos términos: "Dad gracias a Dios, ¡oh hombres eruditos!, porque ¡he aquí! la Puerta del Conocimiento Divino, que ustedes estiman estar cerrada, está abierta de par en par. El Río de Vida Eterna ha fluido desde la ciudad de Shíráz y está confiriendo bendiciones sin límites sobre la gente de esta tierra. Quienquiera que haya compartido una gota de este Océano de gracia

celestial, no importa cuán humilde e ignorante sea, ha descubierto dentro de sí el poder para desentrañar los temas más abstrusos de antigua sabiduría y se ha sentido capaz de explicar los misterios más profundos. Y quienquiera haya elegido fiarse de su propia competencia y poder y haya desdeñado el Mensaje de Dios, aunque sea el más erudito expositor de la Fe del islam, se ha condenado a pérdida y degradación irremediables".

Una ola de indignación y desconcierto recorrió a toda la congregación mientras las palabras de Mullá Sádiq proclamaban este anuncio trascendental. El masjid retumbó con los gritos de "¡Blasfemia!" que la congregación enfurecida arrojó, horrorizada, al que hablaba. "Descienda del púlpito", se oyó la voz de Siyyid Husayn entre el clamor y tumulto de la gente, mientras hacía señas a Mullá Sádiq de que guardara silencio y se retirara. Apenas había llegado al piso del masjid cuando toda la concurrencia de adoradores allí reunidos se precipitó sobre él y lo derribaron a golpes. Siyyid Husayn intervino inmediatamente, dispersó vigorosamente a la muchedumbre y, tomando la mano de Mullá Sádiq, lo acercó por la fuerza a su lado. "Detened vuestras manos", dijo a la multitud; "dejadlo bajo mi custodia. Lo llevaré a mi casa e investigaré cuidadosamente el asunto. Puede que un ataque repentino de locura le haya hecho pronunciar estas palabras. Lo examinaré yo mismo. Si encuentro que sus palabras son premeditadas y que él mismo cree firmemente las cosas que ha declarado, con mis propias manos le infligiré el castigo que impone la ley del islam".

Gracias a esta promesa solemne, Mullá Sádiq fue librado de los ataques salvajes de sus agresores, privado de su 'abá'[15] y turbante, sin sus sandalias y su báculo, magullado y sacudido por los golpes recibidos, fue confiado al cuidado de los sirvientes de Siyyid Husayn quienes, forzando el paso entre la muchedumbre, lograron llevarlo eventualmente al hogar de su amo.

Mullá Yúsuf-i-Ardibílí fue sometido también, en esos días, a una persecución más feroz y decidida que la salvaje agresión que la gente de Yazd dirigió contra Mullá Sádiq. Si no hubiera sido por la intervención de Mírzá Ahmad y la ayuda de su tío, habría caído víctima de la ira de un enemigo feroz.

Cuando Mullá Sádiq y Mullá Yúsuf-i-Ardibílí llegaron a Kirmán, una vez más tuvieron que someterse a similares indignidades y sufrir aflicciones parecida a manos de Hájí Mírzá Karím Khán y sus asociados[16]. Los esfuerzos constantes de Hájí Siyyid Javád los libraron, eventualmente, de las garras de sus perseguidores e hicieron posible que prosiguieran a Khurásán.

Aunque perseguidos y hostilizados por sus enemigos, los discípulos inmediatos del Báb, junto con sus compañeros en diferentes partes de Persia, no se amilanaron ante acciones tan criminales y prosiguieron con el cumplimiento

de su tarea. Firmes en su propósito e inconmovibles en sus convicciones, siguieron luchando con las oscuras fuerzas que los atacaban a cada paso en su sendero. Gracias a su devoción constante y su inigualada fortaleza, pudieron demostrar a muchos de sus compatriotas la influencia ennoblecedora de la Fe que se habían levantado a defender.

Mientras Vahíd[17] se hallaba aún en Shíráz, Hájí Siyyid Javád-i-Karbilá'í[18] llegó y fue conducido a la presencia del Báb por Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí. En una Tablilla que dirigió a Vahíd y Hájí Siyyid Javád, el Báb ensalzó la firmeza de su fe e hizo énfasis sobre el carácter inalterable de su devoción. Este último había visto y conocido al Báb antes de la declaración de Su Misión y había sido ferviente admirador de aquellas cualidades de carácter que lo habían distinguido desde Su niñez. Posteriormente conoció a Bahá'u'lláh en Bagdad, quien le mostró especial preferencia. Cuando pocos años más tarde, Bahá'u'lláh fue exiliado a Adrianópolis, ya avanzado en años, volvió a Persia, permaneció algún tiempo en la provincia de Iráq y de allí prosiguió a Khurásán. Su bondad, su extremada tolerancia y su sencillez sin afectación le ganaron el título de Siyyid-i-Núr[19].

Hájí Siyyid Javád, al cruzar una calle cierto día en Teherán vio de súbito al Sháh pasar cabalgando. Sin turbarse por la presencia del soberano, se acercó tranquilamente a él y lo saludó. Su venerable figura y la dignidad de su porte agradaron sobremanera al Sháh. Le devolvió el saludo y lo invitó a que lo viniera a visitar. La recepción que se le dio fue tal, que los cortesanos del Sháh sintieron envidia. "¿No se da cuenta su Majestad Imperial", protestaron, "que este Hájí Siyyid Javád no es otro sino aquel hombre que, aún antes de la declaración del Siyyid-i-Báb, se había declarado bábí y jurado lealtad inquebrantable a Su persona?" El Sháh percibió la maldad que impulsaba su acusación, sintió profundo desagrado y los reprendió por su temeridad y bajeza. "¡Qué extraño!", se dice que exclamó; "quienquiera se distingue por la rectitud de su conducta y la cortesía de sus modales, inmediatamente mi pueblo lo denuncia como bábí y lo considera indigno de mi consideración!"

Hájí Siyyid Javád pasó los últimos días de su vida en Kirmán y, hasta su última hora, siguió siendo un firme defensor de la Fe. Jamás vaciló en sus convicciones ni cejó en sus constantes esfuerzos para difundir la Causa.

Shaykh Sultán-i-Karbilá'í, cuyos antepasados figuraban entre los más destacados ‘ulamás de Karbilá, y que había sido un firme defensor y compañero íntimo de Siyyid Kázim, se encontraba también entre aquellos que, en ese tiempo, conocieron al Báb en Shíráz. Fue él quien, posteriormente, se dirigió a Sulaymáníyyih en busca de Bahá'u'lláh y cuya hija fue dada en matrimonio, tiempo después, a Áqáy-i-Kalím. Cuando llegó a Shíráz lo acompañaba Shaykh

Hasan-i-Zunúzí, a quien nos hemos referido al comienzo de esta narración. El Báb le asignó la tarea de transcribir, en colaboración con Mullá ‘Abdu'l-Karím, las Tablillas que había revelado últimamente. Shaykh Sultán, quien había estado demasiado enfermo para ir a ver al Báb a su llegada, recibió cierta noche, mientras aún estaba en su lecho de enfermo, un mensaje de su Bienamado informándole que más o menos dos horas después de la puesta del sol Él Mismo lo visitaría. Aquella noche, el sirviente etíope que actuaba como porta-linterna de su Amo, recibió instrucciones de caminar a cierta distancia para evitar atraer la atención de la gente y de apagar la linterna en cuanto llegara a su destino.

He escuchado a Shaykh Sultán en persona describir esa visita nocturna: "El Báb, quien me había pedido que apagara la lámpara de mi pieza antes de que llegara, vino directamente al costado de mi lecho. En medio de la oscuridad que nos rodeaba, me aferré al borde de su capa y Le imploré: "Cumple con mi deseo, ¡oh Bienamado de mi corazón! y permite que me sacrifique por Ti; porque nadie fuera de Ti me puede conferir este favor". ***"¡Oh Shaykh!"***, replicó el Báb, ***"Yo también añoro inmolarme en el altar del sacrificio. A ambos nos incumbe aferrarnos al manto del Más Amado y buscar de Él el júbilo y gloria del martirio en Su Sendero. Ten seguridad, suplicaré por ti al Todopoderoso que te permita lograr Su Presencia. Acuérdate de Mí en ese Día, un Día tal como el mundo jamás ha visto antes"***. A medida que se acercaba la hora de la partida puso en mis manos un obsequio que me pidió gastara en mí mismo. Traté de rehusar; pero me rogó que lo aceptara. Finalmente accedí a Su pedido, después de lo cual Se puso de pie y partió.

"La alusión del Báb a Su 'Más Amado' esa noche despertó mi curiosidad y me asombró. En los años siguientes con frecuencia creí que a quien se había referido el Báb no era sino Táhirih. Inclusive me imaginé que podría ser Siyyid-i-'Uluvv. Me sentí perplejo y no sabía como desentrañar el misterio. Cuando llegué a Karbilá y entré en Presencia de Bahá'u'lláh, tuve la firme convicción que sólo Él podía reclamar afecto tal del Báb, que Él, nadie más que Él, podía ser digno de adoración tal".

El segundo Naw-Rúz después de la declaración de la Misión del Báb, que cayó el vigésimo primer día del mes de Rabí'u'l-Avval, en el año 1262 D.H.[20] halló al Báb aún en Shíráz gozando, bajo circunstancias de relativa tranquilidad y comodidad, de las bendiciones de ininterrumpida asociación con Su familia y parientes. Tranquilamente y sin ceremonias celebró el festival de Naw-Rúz en Su propia casa y, de acuerdo con Su costumbre invariable, confirió a Su madre y Su esposa bondadosas señales de Su afecto y favor. Con la sabiduría de Sus consejos y la ternura de Su amor, alegró sus corazones y disipó sus aprehensiones. Las

hizo herederas de todas Sus posesiones y transfirió a sus nombres el título de Su propiedad. En un documento que escribió y firmó Él mismo, dio instrucciones que Su casa y Sus muebles, así como el resto de Sus bienes, debían ser considerados propiedad exclusiva de Su madre y esposa; y que a la muerte de aquella, su parte debía pasar a Su esposa.

En un comienzo la madre del Báb no atinó a comprende el significado de la Misión proclamada por su Hijo. Por algún tiempo permaneció sin darse cuenta de la magnitud de las fuerzas latentes en Su Revelación. Al acercarse al final de sus días, sin embargo, pudo percibir la calidad inestimable de ese Tesoro que había concebido y dado al mundo. Fue Bahá'u'lláh quien, eventualmente, le permitió descubrir el valor de ese Tesoro oculto que por tantos años había permanecido escondido a sus ojos. Estaba viviendo en Iráq, donde esperaba pasar los restantes días de su vida, cuando Bahá'u'lláh dio instrucciones a dos de Sus devotos discípulos, Hájí Siyyid Javád-i-Karbilá'í y la esposa de Hájí ‘Abdu'l-Majíd-i-Shírází quienes, ambos, la conocían íntimamente, para que le enseñaran los principios de la Fe. Reconoció la verdad de la Causa y, hasta los últimos años del siglo trece D.H.[21], cuando partió de esta vida, permaneció completamente apercibida de las bondadosas dádivas que el Todopoderoso había elegido conferirle.

La esposa del Báb, a diferencia de Su madre, percibió desde la alborada de Su Revelación la gloria y singularidad de Su Misión y sintió desde el principio la intensidad de Su fuerza. Nadie fuera de Táhirih, entre las mujeres de su generación, la sobrepujó en el carácter espontáneo de su devoción ni la aventajó en el fervor de su fe. A ella el Báb confió el secreto de Sus futuros sufrimientos y desplegó a sus ojos el significado de los acontecimientos que iban a acaecer en Su Día. Le pidió que no divulgara este secreto a Su madre y le aconsejó que tuviera paciencia y que se resignara a la Voluntad de Dios. Le confió una oración especial, escrita y revelada por Él Mismo, cuya lectura, le aseguró, removería sus dificultades y aliviaría la carga de sus pesares. "En la hora de la perplejidad", Le dijo, "recita esta oración antes de ir a dormir. Yo Mismo apareceré ante tus ojos y disiparé tus angustias".

Fiel a Su consejo, cada vez que ella se volvía a Él en oración, la luz de Su guía infalible iluminaba su sendero y resolvía sus problemas[22].

Después de haber arreglado los asuntos de Su hogar y haber provisto para la manutención futura tanto de Su madre como Su esposa, transfirió Su residencia de Su propia casa a la de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí. Allí esperó que se acercara la hora de Sus sufrimientos. Sabía que las aflicciones que Le esperaban no podían retrasarse más, que pronto sería envuelto por un torbellino de adversidades que

rápidamente lo llevarían al campo del martirio, la meta suprema de Su vida. Pidió a aquellos de Sus discípulos que se habían establecido en Shíráz, entre quienes estaban Mullá ‘Abdu'l-Karím y Shaykh Hasan-i-Zunúzí, que se dirigieran a Isfahán y que allí esperaran nuevas instrucciones, Siyyid Husayn-i-Yazdí, una de las Letras de los Vivientes, que hacía poco había llegado a Shíráz, recibió asimismo instrucciones de ir a Isfahán para reunirse con sus condiscípulos en aquella ciudad.

Mientras tanto Husayn Khán, el gobernador de Fárs, estaba haciendo todos los esfuerzos posibles para implicar al Báb en nuevos compromisos y degradarlo aún más a los ojos del público. El fuego latente de su hostilidad estalló en llamas al saber que al Báb Le era permitido seguir, sin que nadie lo molestara, el curso de Sus actividades, que aún Le era posible asociarse con algunos de Sus compañeros y que continuaba gozando de los beneficios de compañía sin restricciones con Su familia y parientes[23]. Con la ayuda de sus agentes secretos logró obtener información exacta sobre el carácter e influencia del Movimiento que el Báb había iniciado. En secreto, había observado Sus movimientos, averiguado el grado de entusiasmo que había despertado y analizado los motivos, la conducta y el número de los que habían abrazado Su Causa.

Cierta noche llegó donde Husayn Khán el jefe de sus emisarios con la información que el número de aquellos que formaban tropel para ver al Báb había alcanzado proporciones tales como para necesitar acción inmediata de quienes tenían por función preservar la seguridad de la ciudad. "La muchedumbre ansiosa que se reúne todas las noches con el objeto de visitar al Báb", remarcó, "excede en número a la multitud de gente que se reúne todos los días ante las puertas del palacio de nuestro gobierno. Entre ellos se encuentran hombres célebres por su exaltado rango y gran erudición[24]. Tal es el tacto y la pródiga hospitalidad de Su tío materno en su trato con los oficiales de nuestro gobierno que nadie entre ellos se siente inclinado a daros información sobre la realidad de la situación. Si vos me lo permitís, con la ayuda de cierto número de vuestros asistentes, puedo sorprender al Báb a media noche y os entregaré, esposados, a algunos de sus asociados quienes os informarán sobre Sus actividades y confirmarán la verdad de mis afirmaciones". Husayn Khán rehusó acceder a su petición. "Yo sé mejor que usted", fue su observación, "qué requieren los intereses del Estado. Obsérveme de lejos; yo sabré como habérmelas con él".

Al instante el gobernador hizo llamar a ‘Abdu'l-Hamíd Khán, el jefe de policía de la ciudad. "Vaya inmediatamente", le ordenó, "a la casa de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí. En silencio y sin que nadie le observe, trepe la muralla y suba al techo y de allí entre repentinamente en su hogar. Arreste al Siyyid-i-Báb

inmediatamente y tráigalo a este lugar junto con cualquier visita que pudiera estar con él a esa hora. Confisque todos los libros y documentos que pueda encontrar en esa casa. En cuanto a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, es mi intención aplicarle, al día siguiente, la pena que corresponde por haber fracasado en cumplir su promesa. Juro por la diadema imperial de Muhammad Sháh que esta misma noche haré que ejecuten al Siyyid-i-Báb junto con Sus detestables compañeros. Su muerte ignominiosa apagará la llama que han encendido y despertará a todo aspirante a discípulo, al peligro que le espera a cualquiera que altere la paz de este reino. Con esta acción habré extirpado una herejía cuya continuación constituye la más grave amenaza par los intereses del Estado".

‘Abdu'l-Hamíd Khán se retiró a cumplir con su tarea. Junto con sus ayudantes, entró por la fuerza en la casa de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí[25] y encontró al Báb en compañía de Su tío materno y cierto Siyyid Kázim-i-Zanjání, quien fue martirizado posteriormente en Mázindarán y cuyo hermano, Siyyid Murtadá, fue uno de los Siete Mártires de Teherán. Los arrestó inmediatamente, reunió todos los documentos que pudo encontrar, dio órdenes de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí que permaneciera en su casa y llevó a los demás al palacio de gobierno. El Báb, sin amilanarse y dueño de Sí mismo, repitió este verso del Corán en alta voz: ***"Aquello con que se les ha amenazado es para el alba. ¿No está próximo el amanecer?"***

Apenas había llegado el jefe de policía a la plaza del mercado cuando descubrió, asombrado, que la gente de la ciudad corría en todas direcciones consternada, como si les hubiera acaecido una gran calamidad. Se sintió horrorizado cuanto atestiguó la larga hilera de ataúdes que eran transportados con rapidez por las calles, cada uno seguido de una procesión de hombres y mujeres profiriendo terribles gritos de agonía y dolor. Este repentino tumulto, las lamentaciones, los rostros asustados y las imprecaciones de la multitud causaron gran preocupación y desconcierto. Preguntó la razón. "Esta misma noche", le dijeron, "una plaga[26] de excepcional virulencia ha brotado. Hemos sido castigados por su poder devastador. La alarma y la desesperación reinan en cada casa. Desde la media noche ya ha extinguido la vida de más de cien personas. La gente está abandonando sus hogares y en su aflicción está invocando la ayuda del Todopoderoso"[27].

‘Abdu'l-Hamíd Khán, horrorizado por esta noticia, corrió a casa de Husayn Khán. Un anciano que guardaba su casa y que hacía las veces de portero le informó que la morada estaba desierta, que los estragos de la peste habían devastado su hogar y acosado a los miembros de su familia. "Dos de sus sirvientas etíopes", se le dijo, "y un sirviente varón ya han caído víctimas de este

azote, y miembros de su propia familia están ahora gravemente enfermos. En su desesperación mi amo ha abandonado su casa y, dejando a los muertos sin sepultura, ha huido con el resto de su familia al Bagh-i-Takht"[28].

‘Abdu'l-Hamíd Khán decidió llevar al Báb a su propia casa y tenerlo en su custodia hasta recibir nuevas instrucciones del gobernador. Al acercarse a su hogar sintió el ruido de llantos y quejidos de los miembros de su familia. Su hijo había sido atacado por la plaga y estaba al borde de la muerte. En su desesperación, se lanzó a los pies del Báb y con lágrima Le imploró que salvara la vida de su hijo. Le rogó que le perdonara sus transgresiones y malas acciones del pasado. "Te conjuro", imploró al Báb aferrándose al borde de Su manto, "por Aquél quien Te ha elevado a esta exaltada posición, que intercedes por mí y ofrezcas una oración para el restablecimiento de mi hijo. No permitas que él, en plena juventud, me sea arrebatado. No lo castigues a él, por las culpas que su padre ha cometido. Me arrepiento de lo que he hecho y en este instante renuncio a mi puesto. Juro solemnemente que nunca jamás aceptaré tal cargo aunque me muera de hambre".

El Báb, que estaba practicando Sus abluciones y se estaba preparando para ofrecer Su oración al amanecer, le dio instrucciones que recogiera un poco del agua con que estaba lavando Su cara y lo llevara a su hijo y le pidiera que lo bebiera. Esto, dijo, salvara su vida.

Apenas vio ‘Abdu'l-Hamíd Khán las señales de recuperación de su hijo, envió una carta al gobernador en que le daba a conocer toda la situación y le rogaba que cesara en sus ataques al Báb. "Ten piedad de ti mismo", le escribió, "así como también de aquellos a quienes la Providencia ha encomendado a tu cuidado". Si la furia de esta plaga sigue su curso fatal en esta ciudad, es de temer que nadie sobrevivirá a su horrible ataque al final de este día". Husayn Khán replicó que el Báb debía quedar en libertad inmediatamente y tener permiso de ir donde quisiera[29].

En cuanto llegó el relato de estos acontecimientos a Teherán y los supo el Sháh, un edicto imperial deponiendo a Husayn Khán de su cargo fue proclamado y enviado a Shíráz. Desde el día en que fue despedido, ese tirano desvergonzado cayó víctima de innumerables infortunios y, al final, no era capaz de ganar ni su sustento diario. Nadie parecía estar dispuesto ni capaz de salvarlo de su aciaga muerte. Cuando, posteriormente, Bahá'u'lláh había sido exiliado a Bagdad, Husayn Khán Le envió una carta en que expresaba arrepentimiento y prometía hacer reparaciones por las malas acciones del pasado con la condición que le fuera permitido volver a su antiguo puesto. Bahá'u'lláh rehusó darle contestación. Hundido en la miseria y la vergüenza, languideció hasta su muerte.

El Báb, que estaba residiendo en el hogar de ‘Abdu'l-Hamíd Khán, envió a Siyyid Kázim a pedir a Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí que lo viniera a ver. Informó a Su tío de Su intención de salir de Shíráz, encomendó tanto a Su madre como a Su esposa a su cuidado y le encargó que expresara a cada una de ellas Su afecto y la seguridad de la ayuda permanente de Dios. "Dondequiera estén", le dijo a Su tío al despedirse, ***"La protección y amor de Dios, que todo lo abarcan, las circundarán. Me encontraré una vez más contigo entre las montañas de Ádhirbáyján, de donde te enviaré a conquistar la corona del martirio. Yo mismo te seguiré, junto con uno de Mis leales discípulos y Me uniré contigo en el Reino de la Eternidad".***

Notas

1.- "El Babismo tenía numerosos adeptos en todas las clases sociales y muchos de ellos eran de gran importancia; grandes señores, miembros del clero, militares y comerciantes habían abrazado esta doctrina". (Journal Asiatique, 1866, tomo 8 pág. 251).

2.- Véase "Genealogía de la Dinastía Qájár" al final de este libro.

3.- En lo que a él concierne, ‘Abdu'l-Bahá ha escrito lo siguiente: "Este hombre extraordinario, esta alma preciosa, había memorizado no menos de treinta mil tradiciones y era tenido en muy alta estimación y admirado por toda clase de personas. Había alcanzado renombre universal en Persia y su autoridad y erudición eran amplia y plenamente reconocidos". (De un manuscrito que se refiere a martirios en Persia).

"Este personaje había nacido, como su nombre lo indica en Dáráb, cerca de Shíráz. Su padre, Siyyid Ja‘far, llamado Kashfí, era uno de los ‘ulamás más destacados y célebres de la época. Sus elevadas condiciones morales, su carácter y sus costumbres puras le había atraído estimación y consideración universales: su ciencia le había valido el glorioso apodo de kashfí que significa "aquél que descubre" y, en este caso, el que descubre y explica los secretos divinos. Educado por él, su hijo no tardó en igualar en todos los aspectos: Compartía ampliamente el favor de que gozaba su padre y se dirigió a Teherán precedido por su renombre y popularidad. Allí fue huésped del príncipe Tahmásb Mírzá, Mu‘ayyidu'd-Dawlih, nieto de Fath-‘Alí-Sháh, por su padre Muhammad-‘Alí Mírzá. El gobierno mismo rindió homenaje a su ciencia y a su mérito y fue consultado en más de una ocasión en circunstancias difíciles. Fue en él en quien pensaron Muhammad Sháh y Hájí Mírzá Áqásí cuando quisieron encontrar un emisario honrado cuya fidelidad no fuera dudosa". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 233).

"Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en el norte de Persia, las provincias del centro y del sur se vieron profundamente agitadas por la inflamada prédica de los misioneros de la nueva doctrina. El pueblo, superficial, crédulo, ignorante y en exceso supersticioso, se mostró asombrado y estupefacto por los continuos milagros que oía relatar a cada instante; los mullás ansiosos, al sentir que su excitada grey estaba a punto de escapársele, redoblaban sus calumnias e imputaciones difamatorias; las mentiras más groseras, las invenciones más sanguinarias fueron difundidas por ellos entre el populacho vacilante que se hallaba dividido entre el horror y la admiración... Siyyid Ja‘far se mantenía apartado tanto de las doctrinas Shaykhís como las de Mullá Sadrá. A pesar de esto, su gran celo y su ardiente imaginación le hicieron salir, hacia el final de su vida, de los moldes estrechos de la ortodoxia Shí‘ita. Comentaba los hadís en forma diferente a sus colegas e incluso pretendía haber penetrado, según se rumoreaba, los setenta significados diferentes e íntimos del Corán... Su hijo -quien, por lo demás, debe haber sobrepasado sus rarezas- era en esa época un hombre de treinta y cinco años más o menos y, habiendo terminado sus estudios, había venido a instalarse en Teherán donde se había conectado con todo lo que había en la corte en cuanto a grandes personajes y hombres distinguidos. Fue sobre él que cayó la elección de S. M. Por lo tanto le

fue encargado ir a Shíráz, ponerse en contacto con el Báb y de informar -con la mayor exactitud que le fuera posible- a la autoridad central sobre las consecuencias políticas que se podían deducir de una reforma que parecía querer trastornar la faz del país". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 387-88).

4.- Corán, 108.

5.- Según el Kashfu'l-Ghitá (pág. 81) el Báb reveló no menos de dos mil versículos en aquella ocasión. La asombrosa rapidez de esta revelación no fue menos extraordinaria a los ojos de Siyyid Yahyá que la incomparable belleza y profundo significado de los versículos contenidos en ese comentario. "En el espacio de cinco horas dos mil versículos (bayts) se manifestaron de él, es decir, justamente con la rapidez suficiente como para que el escribiente pudiera anotarlas. De esto se puede juzgar, si se lo hubieran permitido, cuántas de sus obras se habrían difundido entre los hombres desde el comienzo de su manifestación hasta el día de hoy" (Le Bayán Persa, vol. I, pág. 43). "Dios le ha dado un poder y elocuencia tales que si un escribiente veloz escribiera con la máxima rapidez, en dos días y dos noches, sin interrupción, él manifestaría de esta mina de la palabra el equivalente de un Corán". (Ibíd., vol. 2, pág. 132). "Y si alguien reflexionara sobre la aparición de este Árbol (el Báb), sin duda alguna que admitiría cuan exaltada en la religión de Dios. Porque en alguien en cuya vida habían transcurrido veinticuatro años, quien carecía de aquellas ciencias en que "todos eran eruditos, quien ahora recita versículos en esta forma sin pensar ni vacilar, quien en el espacio de cinco horas escribe mil versículos de súplicas sin una sola pausa, quien produce comentarios y tratados eruditos de un grado de sabiduría tan elevado y con tal comprensión de la Unidad Divina que los doctores y filósofos confiesan su incapacidad para comprender dichos párrafos, no cabe duda alguna que todo esto es de Dios". (Bayán, Vahíd 2, Báb 1). (A Traveller's Narrative, Nota C, pág. 219).

6.- "Seguramente que el hecho de escribir 'currente calamo' un nuevo comentario sobre un sura cuyo sentido es tan oscuro debió sorprender enormemente a Siyyid Yahyá; pero lo que le sorprendió aún más fue encontrar, en ese comentario, la explicación que él mismo había hallado durante sus meditaciones sobre estos tres versos. De esta forma volvió a encontrar con el Reformador una interpretación que él creía haber sido el único en imaginar y que no había comunicado a nadie". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 234).

7.- "Fue una circunstancia extraña", escribe Lady Sheil, "que entre aquellos que adoptaron la doctrina del Báb hubiera un número considerable de mullás y aún mujtahids, quienes ocupan un elevado rango como expositores de la ley en la iglesia Musulmana. Muchos de estos hombres sellaron su fe con su sangre". (Glimpses of Life and Manners in Persia, págs. 178-79).

8.- Según A Traveller's Narrative (pág. 8), Siyyid Yahyá "escribió sin temor ni preocupación un relato detallado de sus observaciones de Mírzá Lutf-‘Alí, el chambelán, para que éste pudiera someterlo al rey ahora extinto, mientras él mismo viajó a todas partes de Persia y en todos los pueblos y estaciones llamó a la gente desde lo alto de los púlpitos en tal forma que otros doctores eruditos decidieron que debía estar loco considerándolo como un caso evidente de embrujamiento".

9.- Su nombre era Siyyid Ja‘far, conocido como Kashfí, "el que Revela", a causa de su habilidad para interpretar el Corán y las visiones que afirmaba tener.

10.- Intitulado Hujjatu'l-Islam.

11.- Significa literalmente "Las Cuatro Puertas", cada una de las cuales pretendía ser un intermediario entre el Imán ausente y sus seguidores.

12.- Él era un Akhbárí. Para una descripción de los Akhbáris véase la obra de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 23 y siguientes.

13.- "Lo conocí a él (Mullá Muhammad-‘Alí), dice Mírzá Jání, en Teherán, en casa de Mahmúd Khán, el kalantar, donde había sido confinado a causa de su devoción a Su Santidad. Él dijo: "Yo era un mullá tan orgulloso y hábil que no me rebajaba ante nadie ni aún ante el extinto Hájí Siyyid Báqir de Rasht, quien era considerado como "La Prueba del islam" y era el más erudito de los doctores. Cuando mis doctrinas eran según la escuela de Akhbárí, yo difería en algunas cuestiones con la masa del clero. La gente se quejaba de mí y Muhammad Sháh me hizo llamar a Teherán. Vine y él leyó mis libros y se informó de su sentido. Le pedí que hiciera llamar al siyyid (Siyyid Báqir de Rasht) también, para que pudiéramos disputar. Al principio su intención fue hacerlo, pero más tarde, al considerar el revuelo que podría sobrevenir, suspendió la discusión propuesta. En resumen, a pesar de toda esta autosuficiencia, en cuanto supe la noticia de la Manifestación de Su Santidad y hube leído una pequeña página de los versículos de ese Punto del Furqán, me transformé como quien ha perdido el juicio e involuntariamente, aunque con completa opción, confesé la verdad de Su declaración y llegué a ser Su siervo devoto; porque en Él vi el más noble de los milagros de los Profetas y si lo hubiera rechazado, habría rechazado la verdad de la religión del islam". (La Historia de Hájí Mírzá Jání, Apéndice 2 de Tárikh-i-Jadíd, págs. 349-50).

14.- Una afirmación similar aparece en el Kashfu'l-Ghitá (pág. 227). Dicha afirmación, declara el autor, le fue hecha por varios residentes de la provincia de Mázindarán.

15.- Ver Glosario.

16.- Una lucha enconada estalló entre Muqaddas y Karím Khán quien, como es sabido, había asumido el rango de jefe de la secta Shaykhí después de la muerte de Kázim. La discusión tuvo lugar en presencia de muchas personas y Karím desafió a su contendiente que probara la verdad de la misión del Báb. "Si tienes éxito", le dijo, "yo me convertiré y mis alumnos conmigo; pero si fracasas, haré que en los bazares se proclame: "¡Mirad aquel que pisotea la Sagrada Ley del islam!". "Yo sé quien eres, Karím", replicó Muqaddas. "No recuerdas a tu maestro Siyyid Kázim y aquello que él te dijo. "Perro, ¿no quieres acaso que yo muera para que, después de mí, aparezca la verdad absoluta? ¡Mira como hoy, urgido por tu pasión por las riquezas y la gloria, te mientes a ti mismo!"

"Comenzada de esta forma, la discusión no tuvo otra alternativa que ser breve. De inmediato los alumnos de Karím desenvainaron sus puñales y se abalanzaron sobre aquel que estaba insultando a su jefe. Afortunadamente el Gobernador de la ciudad se interpuso; hizo arrestar a Muqaddas y que lo llevaran a su palacio donde lo retuvo por algún tiempo y, una vez que se hubieron aquietado los ánimos, lo hizo salir de la ciudad durante la noche escoltado por diez hombres armados hasta haber recorrido varias millas". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 228-29).

17.- Título dado por el Báb a Siyyid Yahyáy-i-Dárábí.

18.- Las circunstancias extraordinarias conectadas con la conversión de Hájí Siyyid Javád-i-Karbilá'í se relatan en detalle en el Kashfu'l-Ghitá (págs. 70-77) y se hace referencia a una Tablilla significativa que fue revelada para él por Bahá'u'lláh (pág. 63), en la que se hace gran énfasis sobre la importancia del Kitáb-i-Aqdas y se hace resaltar la necesidad de usar mucho

cuidado y moderación en la aplicación y ejecución de sus preceptos. El texto de esta Tablilla se encuentra en las páginas 70-74 de ese mismo libro. El siguiente pasaje del Dalá'il-i-Sab'ih se refiere a la conversión de Hájí Siyyid Javád: "Áqá Siyyid Javád-i-Karbilá'í ha dicho que, antes de la manifestación, un indio le había escrito el nombre de aquel que sería manifestado". (Le livre des Sept Preuves, traducido por A. L. M. Nicolas, pág. 59).

19.- Significa literalmente "siyyid radiante".

20.- 1846 D.C.

21.- El siglo trece D.H. terminó en octubre de 1882 D.C.

22.- La viuda del Báb vivió hasta el año 1300 D.H. hace seis años. Ella era la hermana del abuelo materno de mi amigo. Los detalles mencionados más arriba se obtuvieron de una anciana de la misma familia, por lo que hay buenas razones para considerarlos dignos de confianza". (Journal of the Royal Asiatic Society, 1889, pág. 993).

23.- Entre tanto el tumulto, las acaloradas discusiones y el escándalo seguían en Shíráz a tal punto que, irritado por toda esta batahola y temeroso de sus consecuencias, Hájí Mírzá Áqásí ordenó a Husayn Khán Nizámu'd-Dawlih que se hiciera del Reformador y que lo hiciera ejecutar de inmediato y en secreto". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 235).

24.- "Sumamente irritados, descontentos y preocupados, los Mullás de Fárs, incapaces de prever hasta qué punto pudiera subir la indignación popular contra ellos, no eran los únicos en sentirse perplejos. Las autoridades de la ciudad y de la provincia comprendían demasiado bien que el pueblo que se hallaba bajo su cuidado pero que nunca estaba bien bajo su control, estaban ahora completamente independientes de él. Los hombres de Shíráz, superficiales, socarrones, ruidosos, pendencieros, rebeldes, en extremo insolentes, completamente indiferentes hacia la dinastía Qájár, nunca eran fáciles de gobernar y sus administradores a menudo pasaban días fastidiosos. ¿Cuál serían entonces la posición de estos administradores si el verdadero jefe de la ciudad y del país, el árbitro de sus pensamientos, su ídolo, fuera un joven quien, sin atemorizarse, sin ninguna amarra y sin ningún deseo de ventaja personal, hiciera un pedestal de su independencia y se aprovechara de ella para atacar descarada y públicamente todos los días todo aquello que, hasta ahora había sido considerado como fuerte y respetado en la ciudad?

En verdad, la corte, el gobierno y su política no habían sido todavía objeto de ninguna de las violentas denuncias del Innovador, pero en vista del hecho que eran tan rígido en sus costumbres, tan inflexible contra la falta de honradez intelectual y las prácticas de explotación del clero, era muy dudoso que aprobara en el fondo la misma flagrante rapacidad, el mismo fraude tan floreciente entre los funcionarios públicos y bien podía creerse que en el día que cayesen bajo su examen, él no dejaría de ver y condenar violentamente los abusos que ya no podían ser ocultados". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 122-23)

25.- 23 de septiembre de 1845 D.C. Véase Tarikh-i-Jadíd, pág. 204.

26.- Estallido de una epidemia de cólera.

27.- El Báb se refiere a este incidente en el Dalá'il-i-Sab'ih en los siguientes términos: "Recuerda los primeros días de la Manifestación, ¡cuánta gente falleció de cólera! Aquella fue una de las cosas asombrosas de la Manifestación, sin embargo nadie la comprendió. Durante

cuatro años el azoto asoló a los musulmanes Shí‘itas sin que nadie captara su verdadero significado". (Le livre des Sept Preuves, traducido por A. L. M. Nicolas, págs. 61-62).

28.- Un jardín de las afueras de Shíráz.

29.- Según A Traveller's Narrative (pág. 11), "Husayn Khán dejó en libertad al Báb con la condición que saliera de la ciudad”.

CAPÍTULO 10

PERMANECÍA DEL BÁB EN ISFAHÁN

El verano del año 1262 d.h.[1] se estaba acercando a su fin cuando el Báb se despidió por última vez de Shíráz, Su ciudad natal, y prosiguió a Isfahán. Siyyid Kázim-i-Zanjání lo acompañó en ese viaje. Al acercarse a los suburbios de aquella ciudad, escribió una carta al gobernador de la provincia, Manúchihr Khán, el Mu‘tamidu'd-Dawlih[2], en la que le solicitó que le indicara el lugar en el que deseaba que viviera. La carta, que entregó a Siyyid Kázim, expresaba tal cortesía y revelaba caligrafía tan exquisita que el Mu‘tamid se sintió inducido a dar instrucciones al Sultánu'l-‘Ulamá, el Imán Jum‘ih de Isfahán[3], la autoridad eclesiástica más destacada de esa provincia, que recibiera al Báb en su propia casa y que Le diera una bondadosa y generosa acogida. Además de su mensaje, el gobernador envió al Imán-Jum‘ih la carta que le había enviado el Báb. El Sultánu'l-‘Ulamá, de acuerdo con ello, pidió a su propio hermano, cuya crueldad salvaje le ganó el nombre de Raqshá'[4] que le puso Bahá'u'lláh, algunos años después, que fuera con un grupo de sus compañeros preferidos a buscar y escoltar a la Visita que esperaba, hasta la puerta de la ciudad. Al acercarse el Báb, el Imán Jum‘ih salió a darle la bienvenida en persona, y Lo condujo con mucha ceremonia, a su casa.

Tales fueron los honores rendidos al Báb en aquellos días que, cuando cierto viernes volvía del baño público a la casa, una multitud de gente se apiñó clamando por el agua en que había practicado Sus abluciones. Sus fervientes admiradores creían firmemente que tenía virtud infalible de curar sus males y enfermedades. El Imán Jum‘ih, desde la primera noche, se sintió tan atraído por Aquel quien era objeto de tanta adoración que, asumiendo las funciones de ayudante, se dedicó a atender a las necesidades de su querido Huésped. Arrebatando el aguamanil de manos del mayordomo jefe e ignorando completamente la acostumbrada dignidad de su rango, comenzó a derramar el agua sobre las manos del Báb.

Cierta noche, después de la cena, el Imán Jum‘ih, cuya curiosidad se había despertado a causa de los extraordinarios rasgos del carácter de su Joven huésped, se aventuró a pedirle que revelara un comentario sobre la Sura de Va'l-Asr[5]. Su petición fue concedida inmediatamente. Pidiendo papel y pluma, el Báb,

con extraordinaria rapidez y sin la más mínima premeditación, comenzó a revelar, en presencia de Su anfitrión, un lucidísimo comentario sobre la mencionada Sura. Era casi la medianoche cuando el Báb estaba ocupado en exponer las múltiples implicaciones relacionadas con la primera letra de esa Sura. Esa letra, la letra váv, sobre la que ya había escrito con tanto énfasis Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í en sus escritos, simbolizaba para el Báb el advenimiento de un nuevo ciclo de Revelación Divina y desde entonces ha sido mencionado por Bahá'u'lláh en el ***Kitáb-i-Aqdas*** en pasajes tales como ***"el misterio de la Gran Reversión"*** y ***"el Signo Soberano".*** Poco después el Báb comenzó a entonar, en presencia de Su anfitrión y sus compañeros, la homilía que había puesto como prefacio a Su comentario de la Sura. Es palabras de poder confundieron y asombraron a quienes Lo escuchaban. Parecían estar hechizados por la magia de Su voz. Instintivamente se pusieron de pie y, junto con el Imán Jum‘ih, comenzaron a besar con reverencia el borde de Su manto. Mullá Muhammad-Taqíy-i-Harátí, un eminente mujtahid, repentinamente comenzó a expresar exultación y alabanza. "Aún cuando son sin par y únicas las palabras que han fluido de esta pluma", exclamó, "el poder revelar en tiempo tan breve y en letra tan clara, un número de versículos equivalente a la cuarta parte, aún más, un tercio del Corán, es en sí hazaña tal que ningún mortal puede esperar realizarla sin la ayuda de Dios. No se puede comparar con tan magna acción, ni el partir en dos la luna, ni el dar vida a los guijarros del mar".

A medida que la fama del Báb se difundía gradualmente por toda Isfahán, una corriente continua de visitantes fluía de todos los sectores de la ciudad a la casa del Imán Jum‘ih: algunos para satisfacer su curiosidad, otros para obtener una comprensión más profunda de las verdades de Su Fe y finalmente otros en busca del remedio para sus males y sufrimientos. El Mu‘tamid en persona vino cierto día a visitar al Báb y, mientras estaba sentado en medio de una asamblea de los teólogos más brillantes y consumados de Isfahán, le pidió que explicara la naturaleza y demostrara la validez del Nubuvvat-i-Khássih[6]. Poco antes, en esa misma reunión, había pedido a los presentes que adujeran pruebas y argumentos tales en apoyo de este artículo fundamental de Su Fe, que constituyeran un testimonio incontestable para aquellos que pudieran sentirse inclinados a repudiar Su Verdad. Nadie, sin embargo, parecía capaz de responder a su invitación. ***"¿Qué prefiere",*** preguntó el Báb, "una contestación escrita", replicó, "no solo agradaría a los presentes en esta reunión, sino que instruiría y edificaría tanto a la generación actual como a las venideras".

Inmediatamente el Báb cogió Su pluma y comenzó a escribir. En menos de dos horas había llenado más o menos cincuenta páginas con una vivificante y

minuciosa investigación sobre el origen, el carácter y la influencia penetrante del islam. La originalidad de Su disertación, el vigor y brillo de Su estilo y la exactitud de los detalles más minuciosos, confirieron al desarrollo de ese noble tema tal excelencia que nadie entre los presentes en esa ocasión pudo dejar de percibir. Con magistral discernimiento, enlazó la idea central en los pasajes finales de esta explicación con el advenimiento del Qá'im prometido y el esperado "Regreso" del Imán Husayn[7]. Arguyó con tal fuerza y valentía, que aquellos que Le oyeron recitar Sus versos se asombraron ante la magnitud de Su Revelación. Nadie se atrevió a insinuar la más mínima objeción, menos aún desafiar abiertamente Sus aseveraciones. El Mu‘tamid no pudo refrenar su entusiasmo y alegría. "¡Escuchadme!", exclamó. "Miembros de esta reverenda asamblea, os tomo por testigos. Jamás hasta este día he estado firmemente convencido en mi corazón de la verdad del islam. De ahora en adelante, gracias a la explicación escrita por este Joven, me puedo declarar un creyente firme en la Fe proclamada por el Apóstol de Dios. Atestiguo solemnemente mi creencia en la realidad del poder sobrehumano con que está dotado este Joven, un poder que no puede impartir jamás ningún grado de erudición humana". Con estas palabras puso fin a la reunión.

La popularidad creciente del Báb despertó el resentimiento de las autoridades eclesiásticas de Isfahán, quienes vieron con preocupación y envidia el ascendiente que un Joven son instrucción estaba adquiriendo gradualmente sobre el pensamiento y la conciencia de Sus discípulos. Creyeron firmemente que si no se levantaban a detener esta ola de creciente popularidad y entusiasmo, las bases mismas de su existencia serían minadas. Algunos de los más sagaces de entre ellos consideraron que sería prudente abstenerse de actos de hostilidad ya sea a la persona o enseñanzas del Báb, ya que tal acción, pensaron, sólo serviría para aumentar Su prestigio y consolidar Su posición. Los instigadores, sin embargo, se ocuparon diligentemente en diseminar las informaciones más descabelladas sobre el carácter y pretensiones del Báb. Estas informaciones pronto llegaron a Teherán a oídos de Hájí Mírzá Áqásí, el Gran Vazír de Muhammad Sháh. Este ministro altanero y dominante sintió aprehensión ante la posibilidad de que algún día su soberano pudiera mostrarse inclinado a brindar amistad al Báb, inclinación que con seguridad precipitaría su propia caída. El Hájí también sintió temor de que el Mu‘tamid, que gozaba de la confianza del Sháh, pudiera tener éxito en conseguir una entrevista entre el soberano y el Báb. Se dio perfecta cuenta que si tal entrevista tenía lugar, el impresionable y sensible Muhammad Sháh sería completamente conquistado por ese credo atrayente y novedoso. Acicateado por tales reflexiones, envió una comunicación redactada en lenguaje severo al Imán

Jum‘ih, en el que lo reprendía por su grave negligencia en el cumplimiento de la obligación impuesta sobre él de salvaguardar los mejores intereses del islam. "Esperábamos de usted", le escribió Hájí Mírzá Áqásí, "que resistiera con todo su poder toda causa que entre en conflicto con los mejores intereses del gobierno y pueblo de esta tierra. Parece que en vez de ello ha dado su amistad, aún más, ha glorificado al autor de este oscuro y despreciable movimiento". Además escribió una serie de cartas alentadoras a los ‘ulamás de Isfahán, a quienes había ignorado hasta entonces pero sobre quienes ahora prodigó su favor. El Imán Jum‘ih, mientras rehusaba modificar su actitud respetuosa hacia su Huésped, se sintió inducido, por el tono del mensaje que había recibido del Gran Vazír, a dar instrucciones a sus asociados que buscaran los medios para reducir el número de visitas que se agolpaban todos los días en la presencia del Báb. Muhammad-Mihdí, llamado Safíhu'l-‘Ulamá', hijo del extinto Hájí Kalbásí, en su deseo de ganarse la voluntad y granjearse la estimación de Hájí Mírzá Áqásí, comenzó a calumniar al Báb desde el púlpito, con el lenguaje más indigno.

En cuanto el Mu‘tamid recibió informaciones de estos acontecimientos, envió un mensaje al Imán Jum‘ih en el que le recordaba la visita que, como gobernador, le había hecho al Báb, y le pidió tanto a él como a su Huésped una invitación a su hogar. El Mu‘tamid invitó a Hájí Siyyid Asadu'lláh, hijo del extinto Hájí Siyyid Muhammad Báqir-i-Rashtí, Hájí Muhammad-Ja‘far-i-Ábádiyí, Muhammad-Mihdí, Mírzá Hasan-i-Núrí, y algunos más para que estuvieran presentes en la reunión. Hájí Siyyid Asadu'lláh rehusó aceptar la invitación y trató de disuadir a los que habían sido invitados, de participar en ella. "He tratado de excusarme", les informó, "y por cierto que les recomiendo que hagan lo mismo. Considero muy poco aconsejable que enfrenten al Siyyid-i-Báb cara a cara. Sin duda reafirmará Su pretensión y, en apoyo de Su argumento, aducirá cualquier prueba que pudieran desear y, sin la menor vacilación, revelará como testimonio de la verdad que trae, un número de versos que igualarán a la mitad del Corán. Al final los desafiará con estas palabras: "Producid algo similar, si sois hombres veraces". No hay manera en que podamos resistirlo con éxito. Si no nos dignamos contestarle, se conocerá nuestra impotencia. Si, por otra parte, nos sometemos a Su pretensión, no sólo perderemos nuestra reputación, nuestras propias prerrogativas y derechos, sino que nos habremos comprometido a reconocer cualquier otra afirmación que pudiera sentirse inclinado a hacer en el futuro".

Hájí Muhammad-Ja‘far atendió a este consejo y rehusó aceptar la invitación del gobernador. Muhammad Mihdí, Mírzá Hasan-i-Núrí y algunos más que despreciaban tales advertencias, se presentaron a la hora fijada a la casa del Mu‘tamid. Invitado por el anfitrión, Mírzá Hasan, destacado Platónico solicitó al

Báb que dilucidara algunas doctrinas filosóficas abstrusas relacionadas con el 'Arshiyyih de Mullá Sadrá[8] cuyo significado sólo unos pocos habían logrado entender[9]. En lenguaje sencillo e informal, el Báb replicó a cada una de sus preguntas. Mírzá Hasan, aún cuando fue incapaz de comprender el significado de las respuestas que había recibido, se dio cuenta cuán inferiores eran los conocimientos de los así llamados expositores de las escuelas de pensamiento Platónica y Aristotélica de su tiempo, a los desplegados por aquél Joven. A su vez Muhammad Mihdí se aventuró a preguntar al Báb sobre ciertos aspectos de la ley islámica. No satisfecho con la respuesta recibida, comenzó a disputar vanamente con el Báb. Pronto lo silenció el Mu‘tamid quien, cortando en seco su conversación, se volvió hacia un asistente y, pidiéndole que encendiera el farol, dio orden que Muhammad Mihdí fuera llevado inmediatamente a su casa. Posteriormente el Mu‘tamid compartió sus aprehensiones con el Imán Jum‘ih. "Temo las maquinaciones de los enemigos de Siyyid-i-Báb", le dijo, "El Sháh Lo ha hecho llamar a Teherán. Se me ha ordenado hacer los preparativos para Su partida. Considero que es más aconsejable que permanezca en mi hogar hasta que sea el tiempo en que pueda dejar esta ciudad". El Imán Jum‘ih accedió a su petición y regresó sólo a su casa.

El Báb se había alojado durante cuarenta días en la residencia del Imán Jum‘ih. Mientras estuvo allí, cierto Mullá Muhammad-Taqíy-i-Harátí que tuvo el privilegio de encontrarse con Él todos los días emprendió, con Su consentimiento, la traducción de una de Sus obras, que lleva por título Risáliy-i-Furú‘i-'Adlíyyih, del original árabe al persa. El servicio que con ello hizo a los creyentes persas se vio mancillado, sin embargo, por su comportamiento posterior. Repentinamente sintió temor y eventualmente se sintió inducido a romper sus conexiones con sus compañeros.

Antes que el Báb transfiriera Su residencia a la casa del Mu‘tamid, Mírzá Ibráhím, padre del Sultánu'sh-Shuhadá y hermano mayor de Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí, a quien ya nos hemos referido, invitó al Báb a su casa cierta noche. Mírzá Ibráhím era amigo del Imán Jum‘ih, esta íntimamente asociado con él y controlaba la administración de sus asuntos. El banquete preparado para el Báb aquella noche era de magnificencia inigualada. Todos estaban de acuerdo que ni los oficiales ni los notables de la ciudad habían ofrecido un festín de tal magnitud y esplendor. El Sultánu'sh-Shuhadá y su hermano, el Mahbúbu'sh-Shuhadá que eran muchachos de nueve y once años respectivamente, sirvieron el banquete y fueron objeto de atención especial por parte del Báb. Aquella noche, durante la comida, Mírzá Ibráhím se volvió a su Huésped y dijo: "Mi hermano Mírzá

Muhammad-‘Alí, no tiene hijos. Le ruego interceder por él y conceder el deseo de su corazón". El Báb tomó una porción del alimento que le habían servido, lo colocó con Sus propias manos en un plato y se lo pasó a Su anfitrión pidiéndole que se lo llevara a Mírzá Muhammad-‘Alí y su esposa. "Que ambos compartan de esto", dijo, "y su deseo será cumplido". En virtud de aquella porción que el Báb había elegido conferirle, la esposa de Mírzá Muhammad-‘Alí concibió y, a su debido tiempo, dio a luz a una niña que eventualmente se unió en matrimonio a la Más Grande Rama[10], unión que llegó a ser considerada la consumación de las esperanzas abrigadas por sus padres.

Los altos honores hechos al Báb sirvieron para inflamar aún más la hostilidad de los ‘ulamás de Isfahán. Desconcertados, veían en todas direcciones las señales de Su influencia que penetraba por doquier invadiendo las fortalezas de la ortodoxia y arruinando sus bases. Convocaron una reunión en la que proclamaron en un documento escrito, firmado y sellado por todos los dirigentes eclesiásticos de la ciudad, la condena a muerte del Báb[11]. Estaban todos de acuerdo con esta condena, con la sola excepción de Hájí Siyyid Asadu'lláh y Hájí Muhammad-Ja‘far-i-Ábádiyí, quienes rehusaron solidarizarse con el contenido de un documento tan manifiestamente ofensivo. El Imán Jum‘ih, aunque declinó firmar la sentencia de muerte del Báb, fue inducido, a causa de su extraordinaria cobardía y ambición, a agregar a ese documento, de su puño y letra, el siguiente testimonio: "Atestiguo que durante mi asociación con este joven no he podido descubrir ninguna acción que en manera alguna delate su repudio de las doctrinas del islam. Al contrario, lo he conocido como un piadoso y leal observador de sus preceptos. La extravagancia de Sus afirmaciones, sin embargo, y Su absoluto desprecio por las cosas del mundo, me inclinan a pensar que tiene alterada la razón y juicio".

Apenas había sido informado el Mu‘tamid de la condena pronunciada por los ‘ulamás de Isfahán decidió, gracias a un plan concebido por él mismo, anular los efectos de veredicto tan cruel. Dio instrucciones inmediatas que al atardecer el Báb, escoltado por quinientos jinetes de la guardia personal del gobernador, debía abandonar la puerta de la ciudad y seguir en dirección a Teherán. Se dieron órdenes estrictas que al completarse cada farsang[12] un centenar de esta escolta montada debía regresar inmediatamente a Isfahán. Al jefe del último contingente, hombre en quién ponía absoluta confianza, el Mu‘tamid intimó confidencialmente su deseo de que en cada maydán[13] veinte de los cien restantes debían recibir órdenes que regresaran a la ciudad. De los veinte restantes diez debían ser despachados a Ardistán con el propósito de recolectar los impuestos

establecidos por el gobierno y los demás, que debían ser todos hombres de la mayor confianza, por una ruta poco frecuentada, debían traer de vuelta, disfrazado, al Báb a Isfahán[14]. Además se les dio instrucciones que regularan su marcha para que, antes del amanecer del día siguiente, el Báb estuviera de regreso a Isfahán y entregado a su custodia. Este plan fue puesto en práctica inmediatamente. A una hora inesperada, el Báb volvió a entrar en la ciudad, fue llevado directamente a la residencia privada del Mu‘tamid, conocida con el nombre de 'Imárat-i-Khurshíd[15], y fue conducido, a través de una puerta lateral reservada sólo para el Mu‘tamid, a sus aposentos privados. El Báb fue atendido por el gobernador en persona quien le sirvió Sus comidas y proveyó todo lo que era necesario para Su comodidad y seguridad[16].

Mientras tanto en la ciudad se oyeron los comentarios más descabellados respecto al viaje del Báb a Teherán, los sufrimientos que tuvo que padecer en el camino a la capital, el veredicto que Se le había impuesto. Estos rumores provocaron profundo dolor a los creyentes que residían en Isfahán. El Mu‘tamid, que bien sabía su congoja y ansiedad, intercedió por ellos ante el Báb y rogó que se le permitiera llevarlos a Su presencia. El Báb dirigió algunas palabras por escrito, de Su propio puño y letra, a Mullá ‘Abdu'l-Karím-i-Qazvíní, quien se había establecido en el madrisih de Ním-Ávard y dio instrucciones al Mu‘tamid que se lo enviara por intermedio de un mensajero de confianza. Una hora después, Mullá ‘Abdu'l-Karím fue conducido a la presencia del Báb. Nadie excepto el Mu‘tamid supo de su llegada. De su Maestro recibió algunos de Sus escritos y se le dio instrucciones que los transcribiera en compañía de Siyyid Husayn-i-Yazdí y Shaykh Hasan-i-Zunúzí. Muy pronto fue en busca de éstos, con la grata noticia del bienestar y seguridad del Báb. De todos los creyentes residentes en Isfahán, sólo se permitió a estros tres visitarle.

Cierto día mientras estaba sentado con el Báb en su jardín particular, dentro del patio de su casa, el Mu‘tamid, dijo a su Huésped, en confianza, lo siguiente: "El Donador todopoderoso me ha provisto con grandes riquezas[17]. No sé cómo disponer de ellas. Ahora que, mediante la ayuda de Dios, he sido llevado a reconocer esta Revelación, es mi deseo ferviente consagrar todas mis posesiones a la promoción de sus intereses y la difusión de su fama. Es mi intención ir, con Su permiso, a Teherán y hacer todo lo posible por conquistar para esta Causa a Muhammad Sháh, cuya confianza en mí es grande y firme. También trataré de inducir al Sháh que despida al libertino Hájí Mírzá Áqásí, la torpeza de cuya administración poco menos ha llevado al país al borde de la ruina. Después, trataré de obtener para Usted la mano de una de las hermanas del Sháh y yo

mismo me preocuparé de preparar la boda. Finalmente, espero que pueda inclinar los corazones de los gobernantes y reyes de la tierra hacia esta maravillosa Causa y extirpar hasta la última huella de aquella jerarquía eclesiástica depravada que ha manchado el buen nombre del islam". **"Que Dios te compense por tus nobles intenciones"**, replicó el Báb. ***"Tan exaltado propósito es para Mí más precioso que el acto mismo. Sin embargo, tus días y los Míos están contados; son demasiado breves como para permitirme atestiguar y para que puedas lograr, la realización de tus esperanzas. No por los medios que te imaginas llevará a cabo una Providencia Todopoderosa, el triunfo de Su Fe. Mediante los pobres y humildes de esta tierra, por la sangre que estos derramarán en Su sendero, el Soberano Omnipotente asegurará y preservará la consolidación de las bases de Su Causa. Ese mismo Dios, en el mundo por venir, pondrá sobre tu cabeza una corona de gloria inmortal y derramará sobre ti Sus inestimables bendiciones. De tu vida terrena sólo quedan tres meses y nueve días, después de lo cual, con fe y certidumbre, te apresurarás hacia tu Eterno Hogar".*** El Mu‘tamid sintió gran regocijo al escuchar estas palabras. Resignado a la Voluntad de Dios, se preparó para su partida que las palabras del Báb habían anunciado en forma tan clara. Escribió su testamento, arregló sus asuntos particulares y legó todo lo que poseía al Báb. Sin embargo, inmediatamente después de su muerte, su sobrino, el rapaz Gurgín Khán, descubrió y destruyó su testamento, se apoderó de su propiedad e ignoró despectivamente sus deseos.

A medida que se acercaban a su fin los días de su vida terrena, el Mu‘tamid buscó cada vez más la Presencia del Báb y, en sus horas de íntima camaradería con Él, logró una comprensión más profunda del espíritu que animaba Su Fe. "A medida que se acerca la hora de mi partida", dijo al Báb, "siento que un júbilo indescriptible invade mi alma". "Pero siento temor por Usted, tiemblo al pensar que estoy obligado a dejarlo a la merced de un sucesor tan inescrupuloso como Gurgín Khán. Sin duda descubrirá Su Presencia en esta casa y temo que Lo tratará muy mal". ***"No temas",*** replicó el Báb; ***"Me he entregado por completo en las Manos de Dios. Mi confianza está en Él. Tal es el poder que Él me ha dado que si fuera Mi deseo, puedo convertir estas mismas piedras en gemas de valor incalculable y puedo inculcar en el más malvado criminal los más exaltados conceptos de rectitud y deber. De Mi propia voluntad he elegido ser perseguido por Mis enemigos, 'para que Dios pueda cumplir aquello que está destinado a ser hecho'[18]".*** A medida que pasaban volando aquellas horas preciosas, el corazón del Mu‘tamid se llenó de un sentimiento abrumador de devoción y de mayor conciencia de la Cercanía de Dios. A Su vista la pompa y vanidad del mundo se esfumaron al ser puesto cara a cara con las realidades

eternas encerradas en la Revelación del Báb. Su visión de Sus glorias, Sus infinitas potencialidades, Sus incalculables bendiciones, se hacían cada vez más vívidos a medida que se daba mejor cuenta de la vanidad de la ambición terrena y las limitaciones del esfuerzo humano. Siguió meditando estos pensamientos en su corazón hasta cuando un leve ataque de fiebre, que duró apenas una noche, terminó con su vida repentinamente. Sereno y confiado, emprendió el vuelo al Gran Más Allá[19].

Al acercarse a su fin los días del Mu‘tamid, el Báb hizo llamar a Su Presencia a Siyyid Husayn-i-Yazdí y Mullá ‘Abdu'l-Karím, les dio a conocer la naturaleza de Su predicción a Su anfitrión y les rogó que dijeran a los creyentes que se dispersaran a través de Káshán, Qum y Teherán y que esperaran cualquier cosa que la Providencia, en Su sabiduría, pudiera decretar.

Algunos días después de la muerte del Mu‘tamid, cierta persona que conocía el plan que había concebido y llevado a la práctica para la protección del Báb, informó a su sucesor, Gurgín Khán[20], de que el Báb residía en el 'Imárat-i-Khurshíd, y le describió los honores que su predecesor había prodigado a su Huésped en el retiro de su propia casa. Cuando supo esta noticia inesperada, Gurgín Khán despachó un mensajero a Teherán y le dio instrucciones que entregara personalmente el siguiente mensaje a Muhammad Sháh: "Hace cuatro meses todos creían en Isfahán que, en cumplimiento de la llamada imperial de Su Majestad, el Mu‘tamidu'd-Dawlih, mi predecesor, había enviado al Siyyid-i-Báb a la sede del gobierno de vuestra Majestad. Se sabe ahora que este mismo siyyid está ocupando el 'Imárat-i-Khurshíd, la residencia particular del Mu‘tamidu'd-Dawlih. Se ha comprobado que mi predecesor en persona dio la hospitalidad de su hogar al Siyyid-i-Báb y guardó celosamente el secreto tanto del pueblo como de los oficiales de la ciudad. Cualquier cosa que guste Su Majestad decretar, sin vacilaciones, me comprometo a cumplir".

El Sháh que estaba firmemente convencido de la lealtad del Mu‘tamid, se dio cuenta, cuando recibió este mensaje, que la intención sincera del extinto gobernador había sido la de esperar, hasta que se presentara una ocasión favorable, cuando podía arreglar una entrevista entre él y el Báb, y que su muerte repentina había interferido con la ejecución de este plan. Hizo emitir un mandato imperial llamando al Báb a la capital. En su mensaje escrito a Gurgín Khán, el Sháh le ordenó que enviara al Báb disfrazado, en compañía de una escolta montada[21] al mando de Muhammad Big-i-Chapárchí[22] de la secta de los 'Alíyu'lláhí, a Teherán que observara el mayor cuidado y consideración hacia Él durante Su viaje, y que guardara estricto secreto sobre Su partida[23].

Gurgín Khán fue inmediatamente donde el Báb y entregó en Sus manos el mandato escrito del soberano. Hizo llamar entonces a Muhammad-Big, le dio a conocer el deseo de Muhammad Sháh y le ordenó que iniciara preparativos inmediatos para el viaje. "Cuidado", le advirtió, "que nadie descubra su identidad o sospeche la naturaleza de tu misión. Nadie fuera de ti, ni siquiera los miembros de la escolta, deben saber quién es. Si alguien te preguntara sobre él, debes decir que es un comerciante que se nos ha dado instrucciones de conducir a la capital y cuya identidad ignoramos completamente". De acuerdo con estas instrucciones, poco después de la media noche, el Báb partió de la ciudad y emprendió rumbo a Teherán.

Notas

1.- 1846 D.C.

2.- "El (Manúchir Khán) era un hombre enérgico y valiente y en 1841 aplastó totalmente a las tribus Bakhtíyárí que se habían levantado en rebelión. Su administración vigorosa y severa aseguró para la gente de Isfahán un poco de justicia". (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, pág. 487).

3.- Según Mírzá Abu'l-Fadl (manuscrito, pág. 66), el nombre del Imán Jum‘ih de Isfahán era Mír Siyyid Muhammad y su título era "Sultánu'l-'Ulamá"-. "El cargo de Sadru's-Sudúr, o sumo sacerdote de tiempo de Safaví, fue abolido por Nádir Sháh, y el Imán Jum‘ih de Isfahán es ahora el dignatario eclesiástico principal de Persia". (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, pág. 365).

4.- Quiere decir serpiente hembra.

5.- Corán 103.

6.- La "Misión Específica" del Profeta Muhammad.

7.- Referencia a Su propia misión y a la revelación subsiguiente de Bahá'u'lláh.

8.- Véase Nota K, A Traveller's Narrative, y Gobineau, págs. 65-73.

9.- "Como Muhammad guardaba silencio, Mírzá Muhammad-Hasan, quien seguía la doctrina filosófica de Mullá Sadrá, interrogó al Báb con el objeto de inducirle a explicar tres milagros que bastaría relatar para ilustrar al lector. El primero era el Tiyyu'l-Ard, o sea el traslado inmediato de un ser humano de una parte del mundo a otro punto muy distante. Los Shí‘itas están convencidos que el tercer Imán, Javád, utilizó esta forma muy fácil y económica de viajar. Por ejemplo, se trasladó desde Medina, en Arabia a Tus en Khurásán, en un abrir y cerrar de ojos.

El segundo milagro era la presencia simultánea de la misma persona en muchos lugares diferentes. ‘Alí fue, al mismo tiempo, huésped de sesenta personas diferentes.

El tercer milagro fue un problema de cosmografía que presento a nuestros astrónomos quienes seguramente gozarán con él. Se dice que, durante el reinado de un tirano, el cielo gira rápidamente mientras que durante el de un Imán gira lentamente. En primer lugar ¿cómo puede el cielo tener dos movimientos?; y segundo ¿qué hacía durante el reinado de los 'Umayyad y de los Abbasid? Estas son las locuras cuya solución proponían al Báb".

"No me extenderé más sobre ellas, pero creo que a estas alturas debo dejar en claro la mentalidad de los musulmanes eruditos de Persia. Y si se considera que, por casi mil años, la ciencia de Irán ha descansado sobre tales estupideces y que los hombres se agotan con investigaciones continuas sobre cuestiones tales, es fácil comprender la vacuidad y arrogancia de todas esas mentes".

"Sea esto como fuere, la reunión fue interrumpida por la llamada al almuerzo del que todos se sirvieron después de lo cual regresaron a sus respectivas casas". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 239-240).

10.- Referencia al matrimonio de Munírih Khánum con ‘Abdu'l-Bahá.

11.- Según Mírzá Abu'l-Fadl aproximadamente setenta de los eminentes ‘ulamás y gentes principales habían puesto su sello a un documento que condenaba al Báb como hereje y que declaraba que Él merecía la pena de muerte.

12.- Véase Glosario.

13.- Véase Glosario.

14.- Según A Traveller's Narrative, pág. 13, el Mu‘tamid dio órdenes secretas que, cuando el Báb llegara a Múchih-Khár (la segunda etapa al salir de Isfahán por el camino hacia el norte, a una distancia de aproximadamente treinta y cinco millas), Él debía regresar a Isfahán.

15.- "Es así como esta pieza (en la que me encuentro) que no tiene ni puertas ni límites definidos es hoy la morada más elevada del Paraíso, porque el Árbol de la Verdad habita en ella. Parece como si todos los átomos de la pieza, cantaran todos juntos con una sola voz: '¡En verdad, Yo soy Dios! No hay otro Dios fuera de Mí, el Señor de todas las cosas'. Y cantan por encima de todas las piezas del mundo, incluso sobre aquéllas adornadas con espejos u ornamentos de oro. Sin embargo, si el Árbol de la Verdad reside en una de estas piezas adornadas, entonces los átomos de sus espejos cantan esa canción, como lo hicieron y lo hacen los átomo del Palacio Sadrí porque en los días de Sád (Isfahán) él habitó allí". (El Bayán Persa, vol. I, pág. 128).

16.- Según A Traveller's Narrative (pág. 13), el Báb permaneció durante cuatro meses en aquella casa.

17.- "El 4 de marzo de 1847 el Sr. Bonnière escribió al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia: 'Mu‘tamidu'd-Dawlih, gobernador de Isfahán, acaba de fallecer dejando una fortuna que se calcula en cuarenta millones de francos'". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 242, nota 192).

18.- Corán, 8:42.

19.- Él falleció, según E. G. Browne (A Traveller's Narrative, nota L, pág. 277), en el mes de Rabí'u'l-Avval en el año 1263 D.H. (Febrero-Marzo de 1847 D.C.).

20.- Según A Traveller's Narrative, pág. 13, él era sobrino de Mu‘tamid.

21.- Según A Traveller's Narrative, pág. 14, los miembros de la escolta pertenecían a la caballería Nusayrí. Véase nota 1, pág. 14.

22.- "Chápárchí" significa "estafeta".

23.- "El Sháh, antojadizo y caprichoso, habiendo olvidado que hacía poco tiempo había ordenado dar muerte al Reformador, sintió nace en sí el deseo de ver, por fin, al hombre que daba tanto que hablar; por este motivo dio a Gurgín Khán la orden de enviarle al Báb a Teherán". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 242).

CAPÍTULO 11

LA ESTANCIA DEL BÁB EN KÁSHÁN

La víspera de la llegada del Báb a Káshán, hájí Mírzá Jání, llamado Parpá, un destacado residente de esa ciudad, soñó que a hora muy avanzada estaba de pie, cierta tarde, en la puerta de ‘Attár, uno de los portones de la ciudad, cuando sus ojos vieron repentinamente al Báb, a caballo, usando el kuláh[1] utilizado corrientemente por los comerciantes de Persia, en vez de Su turbante acostumbrado. Delante y detrás de Él marchaba cierto número de jinetes a cuya custodia había sido entregado, según parecía. Al acercarse a la puerta el Báb lo saludó diciendo: ***"Hájí Mírzá Jání, hemos de ser tu Huésped por tres noches. Prepárate para recibirnos".***

Cuando despertó, la vividez del sueño lo convenció de la realidad de su visión. Esta aparición inesperada constituyó a su vista una advertencia providencial que sintió ser su obligación acatar y observar. De acuerdo con ello comenzó a arreglar su hogar para recibir al Visitante y para proveer todo lo que pudiera ser necesario para Su comodidad. En cuanto había hecho los arreglos preliminares para el banquete que había decidido ofrecer al Báb aquella noche, Hájí Mírzá Jání se dirigió a la puerta de ‘Attár y esperó allí las señales de la llegada del Báb. A la hora designada, mientras escudriñaba el horizonte, percibió en la distancia lo que le pareció ser un grupo de hombres a caballo que se acercaba a la puerta de la ciudad. Mientras se apresuraba en ir a su encuentro, sus ojos reconocieron al Báb rodeado por Su escolta, vestido de la misma manera y con la misma expresión que había visto en su sueño de la noche anterior. Lleno de júbilo, Hájí Mírzá Jání se acercó a Él y se inclinó a besar Su estribo. El Báb se lo impidió diciendo: ***"Hemos de ser tu Huésped por tres noches. Mañana es el día de Naw-Rúz; lo celebraremos juntos en tu casa".*** Muhammad-Big, que había estado cabalgando cerca del Báb, creyó que era conocido íntimo del Hájí Mírzá Jání. Volviéndose a él dijo: "Estoy dispuesto a cumplir con cualquier cosa que sea el deseo del Siyyid-i-Báb. Sin embargo, le rogaría que obtuviera la aprobación de mi colega quien comparte conmigo la responsabilidad de llevar al Siyyid-i-Báb a Teherán". Hájí Mírzá Jání hizo su petición y en respuesta recibió una rotunda negativa. "Declino vuestra sugerencia", se le dijo. "Tengo instrucciones perentorias de llevar a este Joven sin permitir que entre en ninguna ciudad hasta que llegue a la capital. Se me han dado órdenes explícitas de pasar la noche fuera de las puertas de la ciudad, romper la marcha a la hora de la puesta

del sol y de reiniciarla al día siguiente al despuntar el alba. No puedo apartarme de las órdenes que me han sido impartidas". Esto dio origen a una acalorada discusión que eventualmente se resolvió en favor de Muhammad-Big, quien logró convencer a su antagonista que entregara al Báb a la custodia de Hájí Mírzá Jání. Con el entendido que al amanecer del tercer día debía entregar a salvo a su Huésped en sus manos. Hájí Mírzá Jání, cuya intención había sido invitar a toda la escolta a su casa, fue aconsejado por el Báb que abandonara su intención. ***"Nadie más que tú",*** le dijo, ***"Me debe acompañar a tu casa".*** Hájí Mírzá Jání pidió que se le permitiera para los gastos de los tres días de estancia de la escolta en Kásháh. ***"No hace falta",*** observó el Báb; ***"si no hubiera sido Mi deseo, nada podría haberlos inducido a entregarme a tu cuidado. Todas las cosas se hallan aprisionadas en la mano de Su poder. Nada Le es imposible a Él. Él remueve todas las dificultades y vence todos los obstáculos"***. La caballería se alojó en un caravanserai en la cercana vecindad de la puerta de la ciudad. Muhammad-Big, siguiendo las instrucciones del Báb, Lo acompañó hasta las inmediaciones de la casa de Hájí Mírzá Jání. Habiendo comprobado la ubicación de la casa, volvió a reunirse con sus compañeros.

La noche en que llegó el Báb a Káshán coincidió con la víspera del tercer Naw-Rúz desde la declaración de Su Misión, que cayó en el segundo día del mes de Rabí'u'th-Thání, en el año 1263 D.H.[2]. Esa misma noche, Siyyid Husayn-i-Yazdí, quien con anterioridad, de acuerdo con las instrucciones del Báb, había venido a Káshán, fue invitado a la casa de Hájí Mírzá Jání y llevado a la presencia de su Maestro. El Báb le estaba dictando una Tablilla, en honor de Su anfitrión cuando un amigo de éste, un tal Siyyid ‘Abdu'l-Báqí, renombrado en Káshán a causa de su erudición, llegó a la casa. El Báb lo invitó a entrar, permitió que escuchara los versos que estaba revelando, pero rehusó dar a conocer Su identidad. En los pasajes finales de la Tablilla que esta dirigiendo a Hájí Mírzá Jání, oró por él, suplicó al Todopoderoso que iluminara su corazón con la luz del conocimiento Divino y diera rienda suelta a su lengua para el servicio y proclamación de Su Causa. Aunque sin instrucción e iletrado, Hájí Mírzá Jání pudo, en virtud de esta oración, impresionar con su palabra a los más distinguidos teólogos de Káshán. Llegó a tener poder tal que podía silenciar a todo vano disputador que se atreviera a desafiar los preceptos de su Fe. Inclusive el altanero y dominante Mullá Ja‘far-i-Naráqí no pudo, a pesar de su consumada elocuencia, resistir la fuerza de sus argumentos y se vio obligado a reconocer abiertamente los méritos de la Causa de su adversario, aunque en su corazón rehusó creer en Su verdad.

Siyyid ‘Abdu'l-Báqí se sentó y escuchó al Báb. Oyó Su voz, observó Sus movimientos, contempló la expresión de Su cara y tomó nota de las Palabras que fluían sin cesar de Sus labios, y sin embargo no atinó a conmoverse ante Su majestad y poder. Envuelto en los velos de su propia vana fantasía y erudición, estaba impotente para apreciar el significado de las Palabras del Báb. Ni siquiera se preocupó de averiguar el nombre y condición del Huésped en cuya presencia se le había introducido. Sin conmoverse ante lo que había visto y oído, se retiró de Su Presencia, sin darse cuenta de la oportunidad que había perdido por su apatía. Algunos días más tarde, cuando se le informó del nombre del Joven en cuya presencia había estado y a quien había tratado con tanto descuido e indiferencia, sintió profundo remordimiento y enojo. Era demasiado tarde, sin embargo, para que buscara Su Presencia y expiara su conducta, porque el Báb ya había partido de Káshán. En su pena, renunció a la sociedad de sus congéneres y llevó, hasta el fin de sus días, una vida de retiro total.

Entre los que tuvieron el privilegio de conocer al Báb en el hogar de Hájí Mírzá Jání, se encontraba un hombre llamada Mihdí, quien estaba destinado a sufrir martirio en Teherán en fecha posterior, en el año 1268 D.H.[3]. Él y algunos más, durante esos tres días, fueron agasajados pródigamente y con afecto por Hájí Mírzá Jání, cuya gran hospitalidad le ganó la alabanza y encomio de su Maestro. Aún a los miembros de la escolta del Báb mostró el mismo cariño y bondad y, gracias a su liberalidad y al encanto de sus modales, conquistó Su eterna gratitud. En la mañana del segundo día después de Naw-Rúz, en cumplimiento de su promesa, entregó al Prisionero en sus manos y, con el corazón rebosante de pena, Le dio su última y conmovedora despedida.

Notas

1.- Véase Glosario.
2.- 1847 D.C.
3.- 1851-52 D.C.

CAPÍTULO 12

VIAJE DEL BÁB DE KÁSHÁN A TABRÍZ

Acompañado por Su escolta, el Báb procedió en dirección a Qum[1]. Su atrayente personalidad, combinada con una dignidad compelente y una benevolencia inagotable, habían, a estas alturas, desarmado y transformado completamente a Sus guardias. Parecían haber abdicado todos sus derechos y deberes y estar resignados a Su voluntad y deseo. En su ansiedad por servir y agradarle, cierto día observaron: "El gobierno nos ha prohibido estrictamente permitirle entrar en la ciudad de Qum, y se nos ha ordenado proseguir, por una ruta poco frecuentada, directamente a Teherán. Se nos ha dado instrucciones especiales que nos apartemos del Haram-i-Ma'Súmih[2], ese santuario inviolable bajo cuya protección aún los criminales más notorios se hallan inmunes al arresto. Sin embargo, estamos listos para ignorar completamente, en Su beneficio, cualesquiera instrucciones hayamos recibido. Si Usted lo desea, sin vacilaciones Le conduciremos a través de las calles de Qum permitiéndole visitar su sagrado santuario". ***"El corazón del verdadero creyente es el Trono de Dios",*** observó el Báb. ***"Aquél Quien es el Arca de Salvación y el fortín inexpugnable del Todopoderoso está viajando en este momento con ustedes a través del desierto. Prefiero el camino abierto antes que pasar por esta ciudad pecaminosa. Aquella inmaculada cuyos restos se encuentran enterrados en este santuario, su hermano y sus ilustres antepasados, sin lugar a dudas se lamentan por el estado en que se encuentra esta gente malvada. Con sus labios le rinden homenaje a ella; por sus acciones amontonan la deshonra sobre su nombre. Abiertamente la sirven y reverencian su santuario; en su fuero interno deshonra su dignidad".***

Sentimientos tan exaltados habían inculcado tal confianza en los corazones de aquellos quienes acompañaban al Báb que si en cualquier momento hubiera Él elegido alejarse repentinamente de ellos, ninguno de Sus guardias se habría sentido perturbado en lo más mínimo ni habría intentado perseguirlo. Caminando por una ruta que bordeaba el extremo norte de Qum, se detuvieron en la aldea de Qumrúd, que era propiedad de un pariente de Muhammad-Big, y cuyos habitantes pertenecían, en su totalidad, a la secta de los 'Alíyu'lláhí. Invitado por el hombre principal de la aldea, el Báb pernoctó en ese lugar y se sintió

conmovido por el calor y la espontaneidad de la recepción que aquella gente sencilla Le había dado. Antes de reiniciar Su viaje, invocó las bendiciones del Todopoderoso para ellos y alegría para sus corazones asegurándoles Su aprecio y amor.

Después de una marcha de dos días desde esa aldea, llegaron al atardecer del octavo día después de Naw-Rúz, a la fortaleza de Kinár-Gird[3], que se encuentra a seis farsangs al sur de Teherán. Proyectaban llegar a la capital al día siguiente y habían decidido pasar la noche en las vecindades de aquella fortaleza, cuando llegó inesperadamente un mensajero de Teherán, portador de una orden escrita de Hájí Mírzá Áqásí para Muhammad-Big. En ese mensaje se le daban instrucciones que fuera inmediatamente, con el Báb, a la aldea de Kulayn[4], donde Shaykh Kulayní, Muhammad-ibn-i-Ya'qúb, el autor del Usúl-i-Káfí, quien había nacido en aquél lugar, había sido sepultado con su padre y cuyos santuarios son grandemente honrados por la gente de la vecindad[5]. En virtud de lo inadecuado de las casas de aquella aldea, se ordenó a Muhammad-Big que levantara una tienda especial para el Báb y que mantuviera a la escolta en sus inmediaciones hasta recibir nuevas instrucciones. Al amanecer del noveno día después de Naw-Rúz, el décimo primer día del mes Rabí'u'th-Thání, en el año 1263 D.H.[6], en cercana vecindad a la aldea, que pertenecía a Hájí Mírzá Áqásí, fue levantada una tienda que servía para su propio uso cuando visitaba aquél lugar, sobre la ladera de un cerro situado agradablemente entre grandes extensiones de huertos y sonrientes praderas. La paz de aquel lugar, la riqueza de la vegetación, y el murmullo de sus arroyos agradaron sobremanera al Báb. Dos días más tarde se reunieron con Él, Siyyid Husayn-i-Yazdí, Siyyid Hasan, su hermano; Mullá ‘Abdu'l-Karím y Shaykh Hasan-i-Zunúzí, todos quienes fueron invitados a alojarse en los alrededores de Su tienda. El décimo cuarto día del mes de Rabí'u'th-Thání[7], el décimo segundo día después de Naw-Rúz, Mullá Mihdíy-i-Khu'í y Mullá Muhammad-Mihdíy-i-Kandí llegaron de Teherán. Este último, que había estado en estrecha asociación con Bahá'u'lláh en Teherán, había recibido de Él el encargo de presentar al Báb una carta sellada junto con ciertos obsequios que, en cuanto fueron entregados en Sus manos, llenaron Su alma con sentimientos de inusitado júbilo. Su rostro brillaba de alegría mientras abrumaba al portador con muestras de Su gratitud y favor.

Aquél mensaje, recibido en un momento de incertidumbre y suspenso, consoló y fortaleció al Báb. Disipó la penumbra de Su corazón y llenó Su alma con la certeza de la victoria. La tristeza que hacía tiempo aparecía en Su rostro y que los peligros de Su cautiverio habían servido para agravar, disminuyó

visiblemente. Ya no derramaba esas lágrimas de angustia que habían corrido en tal profusión de Sus ojos desde el día de su arresto y partida de Shíráz. La exclamación ***"¡Bienamado, Mi Bienamado!"***, que en Su amargo sufrimiento y soledad había proferido con frecuencia, dieron lugar a expresiones de gratitud y alabanza, de esperanza y triunfo. El júbilo que brillaba en Su rostro no lo abandonó jamás hasta el día en que la noticia del gran desastre que sobrevino a los héroes de Shaykh Tabarsí ensombreció una vez más el resplandor de Su faz y opacó el júbilo de Su corazón.

He oído a Mullá ‘Abdu'l-Karím relatar el siguiente incidente: "Mis compañeros y yo estábamos profundamente dormidos cerca de la tienda del Báb, cuando el ruido de jinetes nos despertó repentinamente. Pronto se nos informó que la tienda del Báb estaba vacía y que aquellos que habían salido en Su búsqueda habían fracasado en encontrarlo. Oímos a Muhammad-Big discutir con los guardias. '¿Por qué se sientes preocupados?', dijo, '¿No ha quedado establecido a la vista de ustedes Su magnanimidad y nobleza de alma, en grado suficiente como para convencerles que jamás, por Su propio bien, provocará inconvenientes a otros? Sin lugar a dudas debe haberse retirado, en el silencio de esta noche de luna, a un lugar donde pueda buscar comunión con Dios sin que nadie Lo estorbe. Sin duda alguna regresará a Su tienda. Jamás nos abandonará'. En sus ansias por tranquilizar a sus colegas, Muhammad-Big partió a pie por el camino a Teherán. Yo también, con mis compañeros, lo seguí. Poco después de vio a los demás guardias, cada una a caballo, marchando detrás nuestro. Habíamos andado más o menos un maydán[8], cuando a la suave luz del amanecer, vimos a la distancia la solitaria figura del Báb. Venía hacia nosotros de la dirección de Teherán. ***'¿Pensaban que Me había escapado?'***, dijo a Muhammad-Big, a acercarse a él. 'Lejos esté de mi', replicó al lanzarse a los pies del Báb, 'tener tal pensamiento'. Muhammad-Big estaba demasiado subyugado por la serena majestad que revelaba ese Rostro radiante aquella mañana, como para emitir otra observación. Una mirada de confianza había aparecido en Su rostro, Sus palabras tenían un poder trascendental que un sentimiento de profunda reverencia envolvió nuestras almas. Nadie se atrevió a preguntarle la razón de cambio tan extraordinario en Su palabra y actitud. Ni tampoco eligió Él mismo satisfacer nuestra curiosidad y asombro".

Durante una quincena[9], el Báb permaneció en aquel lugar. La tranquilidad que gozaba entre esos hermosos alrededores fue estorbada repentinamente por la llegada de una carta que Muhammad Sháh en persona[10] dirigió al Báb y que estaba redactada en estos términos[11]: "Por más que deseamos conocerle, hallamos que no es posible, en vista de nuestra partida inmediata de nuestra

capital, recibirle dignamente en Teherán. Hemos dado a conocer nuestro deseo de que sea conducido a Máh-Kú, y hemos dado instrucciones necesarias a ‘Alí Khán, el celador del castillo, para que lo trate con consideración y respeto. Es nuestra esperanza e intención hacerle llamar a este lugar en cuanto regresemos a la sede de nuestro gobierno, momento en que emitiremos un juicio definitivo. Confiamos que no le hemos provocado una desilusión y que en ningún momento vacilará informarnos en caso que le sobrevenga cualquier tipo de queja. Abrigamos la esperanza que continuará orando por nuestro bienestar y para la prosperidad de nuestro reino"*[12].

Sin lugar a dudas fue Hájí Mírzá Áqásí[13] el responsable de haber inducido al Sháh a dirigir tal comunicación al Báb. Su única razón era el temor[14] que la entrevista proyectada le arrebatara su posición de preeminencia indiscutida en los asuntos de Estado y llevara eventualmente a su caída del poder. No tenía sentimientos de maldad o resentimientos hacia el Báb. Finalmente tuvo éxito[15] en persuadir a su soberano que transfiriera a antagonista tan temido a un lugar remoto y aislado de su reino y así pudo aliviar su mente de la idea que lo obsesionaba continuamente[16]. ¡Cuán tremendo su error, cuán grave su equivocación! No comprendió que, en ese instante, por sus incesantes intrigas, estaba privando a su rey y a su país de los beneficios incomparables de una Revelación Divina que era lo único que tenía el poder para librarlos del espantoso estado de degradación en que habían caído. Por su acción ese ministro de poca visión no solo alejó de Muhammad Sháh el instrumento supremo con el que podía haber rehabilitado un imperio que declinaba rápidamente, sino que también lo privó de ese Medio espiritual que le habría permitido establecer su ascendiente indiscutido sobre los pueblos y las naciones del mundo. Por su torpeza, su extravagancia y la perfidia de sus consejos, minó las bases del Estado, degradó su prestigio, debilitó la lealtad de sus súbditos y los precipitó en un abismo de miseria[17]. Incapaz de sentirse advertido por el ejemplo de sus predecesores, ignoró despectivamente las peticiones e intereses del pueblo, prosiguió, con celo inquebrantable, sus designios para su engrandecimiento personal y por su libertinaje y extravagancia implicó a su país en guerras ruinosas con sus vecinos. Sa'd-i-Ma'ádh, que no tenía sangre real ni tenía autoridad alguna, gracias a la rectitud de su conducta y su devoción inquebrantable a la Causa de Profeta Muhammad, logró alcanzar un lugar tan exaltado que hasta el día actual los dirigentes y gobernantes del islam han continuado reverenciando su memoria y alaban su virtud; en cambio Buzurg-Mihr, el más capaz, sabio y experimentado

* Fechada Rabí'u'th-Thání, 1263 D.H.

administrador de entre los vazíres de Núshíraván-i-‘Ádil, a pesar de su posición preeminente, eventualmente sufrió oprobio público, fue arrojado en una fosa y llegó a ser el objeto del desprecio y burla del pueblo. Se quejó de su suerte y lloró tan amargamente que finalmente perdió la vista. Ni el ejemplo del primero ni la suerte del segundo parecieron haber despertado a este ministro confiado en sí mismo a los peligros de su propia posición. Continuó con sus ideas hasta que él también perdió su poder, se vio privado de sus riquezas[18], y sufrió degradación y vergüenza. Las numerosas propiedades de que se había apoderado por la fuerza, pertenecientes a los humildes y leales súbditos del Sháh, los costosos amoblados con que las embelleció, los enormes gastos de esfuerzo y riquezas que ordenó para su mejoría; todo se perdió irremediablemente dos años después que hubo proclamado su decreto condenando al Báb a un cruel encarcelamiento en las inhóspitas montañas de Ádhirbáyján. Todas sus propiedades fueron confiscadas por el Estado. Él mismo cayó en desgracia ante su soberano, fue expulsado en forma vergonzosa de Teherán y cayó víctima de la enfermedad y pobreza. Sin esperanzas y en las profundidades de la miseria, languideció en Karbilá hasta la hora de su muerte[19].

Conforme a lo ordenado el Báb prosiguió a Tabríz[20]. La misma escolta, bajo el mandato de Muhammad-Big, lo atendió en Su viaje a la provincia noroccidental de Ádhirbáyján. Se le permitió elegir un compañero y un asistente de entre Sus seguidores para que estuviera con Él durante Su permanencia en aquella provincia. Seleccionó a Siyyid Husayn-i-Yazdí y Siyyid Hasan, su hermano. Rehusó gastar en Sí los fondos provistos por el gobierno para los gastos de aquel viaje. Donó todos los fondos dados por el Estado a los pobres y necesitados y dedicó a Sus propias necesidades particulares el dinero que, como comerciante, había ganado en Búshihr y Shíráz. Como se habían dado órdenes de evitar el entrar en las ciudades durante el viaje a Tabríz, cierto número de creyentes de Qazvín, informados de la llegada de su amado Jefe, partieron rumbo a la aldea de Shíyáh-Dihán[21] y allí pudieron encontrarse con Él.

Uno de ellos era Mullá Iskandar, quien había sido delegado por Hujjat a visitar al Báb en Shíráz e investigar Su Causa. El Báb lo designó para que entregara el siguiente mensaje a Sulaymán Khán-i-Afshár, quien había sido gran admirador del extinto Siyyid Kázim: ***"Aquél cuyas virtudes el fenecido siyyid ensalzó sin cesar, y a la proximidad de cuya Revelación aludió continuamente, ahora se ha revelado. Yo soy ese Prometido. Levántate y líbrame de la mano del opresor".*** Cuando el Báb entregó este mensaje a Mullá Iskandar, Sulaymán Khán estaba en Zanján y hacía preparativos para salir a Teherán. Al cabo de tres días le llegó aquel mensaje. Fracasó, sin embargo, en responder a esa llamada.

Dos días después, un amigo de Mullá Iskandar informó a Hujjat, quien había sido encarcelado en la capital, por instigación de los ‘ulamás de Zanján, del llamado del Báb. Inmediatamente Hujjat dio instrucciones a los creyentes de su ciudad natal que llevaran a cabo todos los preparativos necesarios y reunieran fuerzas suficientes para lograr la liberación de su Maestro. Les urgió que procedieran cautelosamente y que intentaran, en un momento propicio, apoderarse de Él y que Lo llevaran a cualquier lugar que Él pudiera desear. A estos se unieron luego un cierto número de creyentes de Qazvín y Teherán quienes partieron, de acuerdo con las instrucciones de Hujjat, para llevar a efecto su plan. Alcanzaron a los guardias a la medianoche y, encontrándolos profundamente dormidos, se acercaron al Báb y Le rogaron que huyera. ***"Las montañas de Ádhirbáyján también tienen algo que reclamar"***, fue Su confiada respuesta, mientras les aconsejó afectuosamente que abandonaran su proyecto y que regresaran a sus hogares[22].

Al acercarse a la puerta de Tabríz, Muhammad-Big, sintiendo que se acercaba la hora de la separación de su Prisionero, buscó Su Presencia y con los ojos llenos de lágrimas Le rogó que no tomara en cuenta sus deficiencias y transgresiones. "El viaje desde Isfahán", dijo, "ha sido largo y arduo. He fracasado en cumplir mis obligaciones y servirle en la forma debida. Le pido que me perdone y Le ruego me conceda Su bendición". ***"Ten seguridad",*** replicó el Báb, ***"que te cuento como miembro de Mi redil. Aquellos quienes abracen Mi Causa te bendecirán y glorificarán eternamente, alabarán tu conducta y ensalzarán tu nombre"***[23]. Los demás guardias siguieron el ejemplo de su jefe, imploraron las bendiciones de su Prisionero, besaron Sus pies y, con lágrimas en sus ojos se despidieron de Él por última vez. A cada uno de ellos el Báb expresó Su aprecio por sus devotas atenciones y le aseguró de Sus oraciones por ellos. De mala gana, Lo entregaron al gobernador de Tabríz, el heredero al trono de Muhammad Sháh. A aquellos con quienes establecieron contacto posteriormente, esos devotos asistentes del Báb, testigos de Su sobrehumano poder y sabiduría, relataron con temor y admiración la historia de aquellas maravillas que habían visto y oído y, por este medio, ayudaron a difundir a su manera el conocimiento de la nueva Revelación.

La noticia de la próxima llegada del Báb a Tabríz, conmovió a los creyentes de aquella ciudad. Todos salieron a encontrarlo, ansiosos de dar su bienvenida a un Jefe tan querido. Los oficiales del gobierno en cuyas manos había sido confiado, rehusaron darles permiso para acercarse a recibir Sus bendiciones. Sin embargo, un joven, incapaz de controlarse, salió corriendo a pie descalzo por la puerta de la ciudad y, en su impaciencia por contemplar el Rostro de su

Bienamado, corrió más o menos medio farsang[24] en su dirección. Al acercarse a la cabalgata que marchaba delante del Báb, les dio una alegre bienvenida y, tomando el ruedo del manto de uno de ellos, besó con devoción sus estribos. "Sois los acompañantes de mi Bienamado", exclamó llorando. "Los quiero como a las niñas de mis ojos". Su extraordinario comportamiento, la intensidad de su emoción, los asombró. Inmediatamente le concedieron su petición de alcanzar la presencia de su Maestro. En cuanto sus ojos Lo vieron, brotó un grito de alegría de sus labios. Cayó sobre su rostro y lloró profusamente. El Báb desmontó de Su caballo, lo abrazó, enjuagó Sus lágrimas y tranquilizó su agitado corazón. De todos los creyentes de Tabríz, sólo aquel joven tuvo éxito en ofrecer su homenaje al Báb y de ser bendecido por el contacto de Su mano. Los demás, por fuerza, tuvieron que contentarse con una ojeada desde lejos de su Bienamado, y con ello trataron de satisfacer su añoranza.

Cuando el Báb llegó a Tabríz, fue llevado a una de las casas principales de aquella ciudad que había sido reservada para Su confinamiento[25]. Un destacamento del regimiento Násirí hizo la guardia a la entrada de Su casa. Con la excepción de Siyyid Husayn y su hermano, no se permitió ni al público ni a Sus discípulos verle. Ese mismo regimiento, que había sido reclutado entre los habitantes de Khamsih, y sobre el que se habían conferido honores especiales, fue elegido posteriormente para descargar la andanada que Le provocó la muerte. Las circunstancias de Su llegada había afectado profundamente a la gente de Tabríz. Un tumultuoso gentío se había reunido para atestiguar Su entrada en la ciudad[26]. Algunos fueron impelidos por curiosidad, otros sintieron seriamente el deseo de verificar la veracidad de las descabelladas informaciones que se propalaban sobre Él y finalmente otros se sintieron movidos por su fe y devoción a alcanzar Su Presencia y darle seguridades de su lealtad. Mientras caminaba por las calles, las aclamaciones de la multitud sonaban por doquier. La gran mayoría de la gente que contempló Su Rostro Le dio la bienvenida con el grito de: "Alláh-u-Akbar"[27], otros lo glorificaron en voz alta y lo aclamaron, unos pocos invocaron para Él las bendiciones del Todopoderoso, a otros se les vio besar reverentemente el polvo de la huella de Sus pies. Tal fue el clamor que había provocado Su llegada que se dio órdenes a un pregonero que advirtiera al pueblo del peligro que corrían aquellos que se aventuraban a buscar Su Presencia. "Quienquiera intente acercarse al Siyyid-i-Báb", se proclamó, "o trata de verlo, inmediatamente serán arrebatadas todas sus posesiones y él mismo será condenado a prisión perpetua".

El día después de la llegada del Báb, Hájí Muhammad-Taqíy-i-Mílání, un destacado comerciante de la ciudad, se aventuró, junto con Hájí ‘Alí-‘Askar, a entrevistarse con el Báb. Sus amigos y quienes les deseaban bien les advirtieron

que con tal intento no sólo estaban arriesgando perder sus propiedades, sino que estarían poniendo en peligro sus vidas. Sin embargo, rehusaron atender tales consejos. Al acercarse a la puerta de la casa en que el Báb se hallaba confinado fueron arrestados inmediatamente. Siyyid Hasan, que en ese instante venía saliendo de la Presencia del Báb, intervino instantáneamente. "EL Siyyid-i-Báb me ha ordenado", protestó vigorosamente, "que les dé este mensaje: ***'Permitid a estos visitantes entrar por cuanto Yo Mismo los he invitado a verme'***". He oído a Hájí ‘Alí-‘Askar atestiguar lo siguiente: "Este mensaje silenció enseguida a los que se oponían. Inmediatamente se nos llevó a Su Presencia. Nos dio la bienvenida con estas palabras: ***'Estos pobres desdichados que guardan la puerta de Mi casa están destinados por Mí como protección contra la invasión de la multitud que se agolpa alrededor de la casa. Ni pueden evitar que aquellos a quienes deseo ver alcancen Mi presencia'.*** Durante cerca de dos horas permanecimos con Él. Al despedirse de nosotros me confió dos piedras de cornelina, para anillos y me dio instrucciones que se tallara sobre ellas los dos versos que poco antes me había dado; que las hiciera engarzar y Se las llevara en cuanto estuvieran listas. Nos aseguró que en cualquier momento que deseáramos verle nadie impediría nuestra admisión a Su Presencia. En varias ocasiones me aventuré a ir donde Él con el objeto de saber ciertos detalles en relación con la comisión que me había confiado. Ni una sola vez encontré la menor oposición de parte de los que estaban guardando la entrada de Su casa. No pronunciaron ni una sola palabra ofensiva en mi contra, ni tampoco parecían esperar la menor remuneración por su indulgencia.

"Recuerdo cómo, durante mi asociación de Mullá Husayn, me sentí impresionado por las múltiples muestras de su perspicacia y extraordinario poder. Tuve el privilegio de acompañarle en su viaje desde Shíráz a Mashhad y visité con él las ciudades de Yazd, Tabas, Bushrúyih y Turbat. En aquellos días deploré mi triste fracaso en encontrarme con el Báb en Shíráz. 'No sientas pesadumbre', me aseguró confiadamente Mullá Husayn; 'el Todopoderoso sin lugar a dudas será capaz de recompensarte en Tabríz por la pérdida que has sufrido en Shíráz. No una sino siete veces puede hacer Él posible que compartas la felicidad de Su Presencia, en compensación por una visita a que has faltado'. Me sentí sorprendido ante la confianza con que pronunció estas palabras. Hasta el momento de mi visita al Báb en Tabríz cuando, a pesar de circunstancias adversas, fui admitido, en varias ocasiones, a Su Presencia, no recordé aquellas palabras de Mullá Husayn y me maravillé de su extraordinaria previsión. Cuán grande fue mi sorpresa cuando, durante mi séptima visita al Báb le oí decir estas

palabras: *'**Alabado sea Dios, quién te ha hecho posible completar el número de tus visitas y quién te ha dado Su amante protección**'"*.

Notas

1.- Sitio del segundo de los santuarios más sagrados de Persia, y el lugar donde están sepultados muchos de sus reyes, entre ellos Fath-‘Alí y Muhammad Sháh.

2.- "En Qum se encuentran los restos de la hermana del Imán Ridá, Fátimiy-Ma‘Súmih, i. e. la Inmaculada quien, de acuerdo con un relato, vivió y falleció aquí después de haber huido de Bagdad a consecuencia de las persecuciones de los Khalífs; según otro relato, enfermó y falleció en Qum cuando iba en camino a ver a su hermano en Tus. Él, por su parte, retribuye la atención, según creen los Shí‘itas piadosos, haciéndole una visita todos los viernes, desde su santuario en Mashhad" (Lord Cuzon, Persia y el problema Persa, vol. 2, pág. 8).

3.- Un paradero en el camino antiguo a Isfahán a una distancia de más o menos veintiocho millas de Teherán. (A Traveller's Narrative, pág. 14, nota 2).

4.- Véase A Traveller's Narrative, pág. 14, nota 3. hembra.

5.- "Como la orden del primer ministros Hájí Mírzá Áqásí llegó a ser de conocimiento general, se hizo imposible llevarla a cabo. Desde Isfahán a Teherán todo el mundo hablaba de la iniquidad del clero y del gobierno hacia el Báb; en todas partes la gente murmuraba y protestaba contra tal injusticia". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 355).

6.- 29 de marzo de 1847 D.C.

7.- 1 de Abril de 1847 D.C.

8.- Véase Glosario.

9.- Según A Traveller's Narrative, pág. 14, el Báb permaneció en la aldea de Kulayn durante veinte días.

10.- "Muhammad Sháh", escribe Gobineau, "era un príncipe de temperamento extraño, un tipo que se ve a menudo en Asia pero que rara vez es descubierto o comprendido por los europeos. Aún cuando reinó en un periodo en que las habitudes de la ‘politique locale étaient encore assez dures, il était doux et endurant’, y su tolerancia se extendía incluso a las discordias de su harén que eran de tal naturaleza que normalmente causaban gran molestia; aún en los días de Fath-‘Alí Sháh, nunca se habían llevado a tal extremo el dejar hacer, los caprichos y las fantasías. Las siguientes palabras que nuestros siglo **XVIII** podría reconocer como suyas propias, son atribuidas a él: '¿Por qué no se muestra más discreta, Señora? Yo no deseo impedir que usted pase un rato agradable'. En su caso no era indiferencia afectada, sino fatiga y aburrimiento. Su salud siempre había sido mala, como sufría de gota en grado muy avanzado casi nunca estaba sin dolor. Su carácter, débil por naturaleza, se había vuelto muy melancólico y como añoraba amor y no podía encontrarlo en su familia, ni con sus mujeres, ni con sus hijos, había puesto todo su afecto en el anciano Mullá, su tutor. Había hecho de él su único amigo, su confidente y luego su omnipotente primer ministro, incluso su dios. Criado por este ídolo con sentimientos muy irreverentes hacia el islam, mostraba igual indiferencia hacia los dogmas del Profeta como hacia el Profeta mismo. Le importaban poco los Imanes y si tenía alguna consideración para con ‘Alí, es porque la mente persa tiene la tendencia e identificar a este personaje venerable con el país mismo.

Pero, en resumen, Muhammad Sháh no era mejor musulmán que cristiano o judío. Él creía que la Esencia Divina se encarna a Sí misma en los Sabios con todo Su poder y como consideraba que Hájí Mírzá Áqásí era un Sabio 'par excellance' no tenía dudas que era Dios y con toda piedad le pedía hacer milagros. A menudo decía a sus oficiales con toda seriedad y convicción: 'El Hájí me ha prometido un milagro para esta noche; ¡ustedes verán!'. Mientras que el carácter del Hájí no se veía implicado, Muhammad Sháh se mostraba completamente indiferente sobre el éxito o fracaso de una u otra doctrina religiosa; se mostraba más bien contento de ver el conflicto de opiniones que servían para él de prueba de la ceguera universal". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 131-32).

11.- Según **A Traveller's Narrative**, pág. 14, el Báb "envió una carta a la Presencia Real solicitando una audiencia para exponer la verdad de Su situación, esperando que este sería el medio para lograr grandes ventajas". Sobre esta carta Gobineau escribe lo siguiente: "'Alí-Muhammad escribió personalmente a la Corte y su carta y las acusaciones de sus adversarios llegaron todas al mismo tiempo. Sin asumir actitud agresiva hacia el rey, más bien al contrario, confiando en su autoridad y justicia, hizo notar que el carácter depravado del clero en Persia era bien sabido desde hacía años; que no solamente era esto causo de corrupción moral con repercusión en el bienestar del país, sino que la religión misma, envenenada por los pecados de tantos, estaba en gran peligro y a punto de desaparecer dejando a la gente en peligrosa oscuridad.

En cuanto a sí mismo, llamado por Dios, en virtud de una misión especial para evitar semejante mal, ya había comenzado a informar a la gente de Fárs que la verdadera doctrina había hecho progresos rápidos y evidentes; que todos sus adversarios habían sido confundidos y que ahora se encontraban impotentes y eran universalmente despreciados; esto era sólo el comienzo. El Báb, confiando en la magnanimidad del rey, solicitaba autorización para venir a la capital con sus condiscípulos principales para celebrar allí conferencias con todos los Mullás del Imperio, en presencia del Soberano, los nobles y el pueblo, convencido que los cubriría de vergüenza les probaría su falta de fidelidad y los reduciría al silencio como había hecho con los Mullás, grandes y pequeños del rey y, en caso de fracasar, estaba dispuesto a sacrificar su cabeza y la de cada uno de sus seguidores". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 124).

12.- 19 de marzo- 17 de Abril de 1847 D.C.

13.- Según Hidáyat en el Majma'u'l-Fusahá, el nombre de Hájí Mírzá Áqásí era 'Abbás-'Alí, era pupilo de Fakhru'd-Dín 'Abdu's-Samad-i-Hamadání, mientras estaba en Karbilá. De Karbilá fue a Hamadán, visitó Ádhirbáyján y de allí emprendió peregrinaje a Meca. Regresó en condiciones de extrema pobreza a Ádhirbáyján pero logró mejorar gradualmente su posición y fue hecho tutor de los niños de Mírzá Músá Khán, el hermano del extinto Mírzá Abu'l-Qásím, el Qá'im-Maqám. Muhammad Mírzá, a quien había anunciado su eventual ascensión al trono de Persia, le tenía gran devoción. Eventualmente fue designado como primer ministro y, después de la muerte del monarca se retiró a Karbilá, donde falleció en Ramadán 1265 D.H. (Notas de Mírzá Abu'l-Fadl). Según la narración de Hájí Mu'ínu's-Saltánih (pág. 20), Hájí Mírzá Áqásí nació en Máh-Kú, donde habían estado viviendo sus padres después de su partida de Íraván, en el Cáucaso. "Hájí Mírzá Áqásí, nativo de Íraván, alcanzó a tener una influencia ilimitada sobre su amo mentalmente débil, de quien fue su tutor, y profesaba la doctrina Sufí.

Un viejo estrambótico de larga nariz, cuyo rostro delataba su carácter extraño y autosuficiente". (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, pág. 347). "En cuanto al Hájí era un tipo de dios muy especial. No es absolutamente seguro que él no creía de sí mismo aquello de lo que Muhammad Sháh estaba persuadido. En todo caso profesaba los mismos principios generales que el Rey y se los había inculcado de buena fe. Sin embargo podía actuar como bufón; hacer bromas era su política, la regla de su conducta y de su vida. Pretendía no tomar nada en serio, ni aún a sí mismo. 'Yo no soy un primer ministro' decía a menudo, especialmente a aquellos que maltrataba; 'Soy un anciano Mullá de humilde origen y sin méritos y si me encuentro en este alto cargo, es por voluntad del Rey. Nunca se refería a sus hijos sin llamarlos 'hijos de picaronas o de perras'. Es en estos términos que preguntaba por ellos o les mandaba órdenes por intermedio de los oficiales cuando estaban ausentes. Su mayor alegría era pasar revista a unidades de caballería en las que reunía, en sus uniformes más vistosos, a todos los Khán nómadas de Persia. Una vez reunidas estas tribus guerreras en el valle, el Hájí acostumbraba a aparecer, vestido como un mendigo, con un gorro raído y torcido, con un sable colgando desgarbadamente de su cintura y montando un pequeño jumento. Entonces hacía que se ordenaran a su alrededor, los llamaba imbéciles, se burlaba de su atavío, les probaba cuán inútiles eran y los hacía volver a sus casas dándoles regalos; porque su sarcasmo siempre se acompañaba de cierto grado de generosidad". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 132-33).

14.- "Una anécdota muestra el verdadero motivo en las sugerencias del primer ministro al Sháh sobre el Báb. El príncipe Farhád Mírzá, joven aún, era el pupilo de Hájí Mírzá Áqásí. Él relató lo siguiente: "Cuando Su Majestad, después de consultar con el primer ministro, escribió al Báb diciéndoles que se dirigiera a Máh-Kú, fuimos con Hájí Mírzá Áqásí a pasar algunos días en Yaft-Ábád, cerca de Teherán, en el parque que él había formado allí. Tenía muchos deseos de preguntar a mi maestro sobre los acontecimientos recientes, pero temía hacerlo en público. Cierto día, mientras caminaba con él en el jardín y estaba de buen humor me atreví a preguntarle: 'Hájí, ¿por qué ha enviado usted al Bahá'u'lláh a Máh-Kú?' Él respondió: 'Eres todavía demasiado joven para comprender algunas cosas, pero debes saber que, si él hubiera venido a Teherán, tú y yo no estaríamos caminando despreocupadamente en este momento, al abrigo de esta fresca sombra". (A. L. M: Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, págs. 243-44).

Según la narración de Hájí Mu‘ínu's-Saltánih (pág. 129), el motivo principal que impulso a Hájí Mírzá Áqásí a urgir a Muhammad Sháh que ordenara el destierro del Báb a Ádhirbáyján fue el temor que se cumpliera la promesa que el Báb había dado al soberano que lo curaría de su enfermedad si él permitiera que fuera recibido en Teherán. Sentía que era seguro que si el Báb podía llevar a efecto tal curación, el Sháh caería bajo la influencia de su Prisionero y dejaría de conferir a su primer ministro los honores y beneficios que eran su privilegio exclusivo.

15.- Según Mírzá Abu'l-Fadl, Hájí Mírzá Áqásí quiso, al referirse a la rebelión de Muhammad Hasan Khán, el Salár, en Khurásán y la revuelta de Áqá Khán-i-Ismá‘ílí, en Kirmán inducir al soberano a abandonar el proyecto de llamar al Bahá'u'lláh a la capital y, en lugar de ello, enviarlo a la lejana provincia de Ádhirbáyján.

16.- "Sin embargo, en esta ocasión sus esperanzas no se materializaron. Temiendo que la presencia del Báb en Teherán produjera nuevos disturbios (había bastantes debido a sus

caprichos y mala administración), cambió sus planes y la escolta que había recibido la orden de llevar al Báb de Isfahán a Teherán, recibió, cuanto estaba más o menos a treinta kilómetros de la ciudad, una contraorden de llevar al prisionero directamente a Máh-Kú. Esta ciudad, pensó el primer ministro, no ofrecería nada al impostor, porque sus habitantes, en expresión de gratitud por los favores y protección que él les había dado tomarían los pasos necesarios para suprimir cualquier disturbio que pudiera producirse". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 356).

17.- "La situación en que se hallaba Persia no era, sin embargo, satisfactoria, porque Hájí Mírzá Áqásí, quien había sido virtualmente su gobernante durante trece años 'era totalmente ignorante del arte de gobernar y de ciencia militar y sin embargo era demasiado vanidoso para recibir consejos y demasiado celoso para admitir un asesor; usaba un lenguaje brutal, su actitud era insolente y sus costumbres revelaban indolencia; llevó la hacienda al borde de la bancarrota y al país a un paso de la revolución. La paga del ejército se encontraba normalmente de tres a cinco años atrasada. La caballería de las tribus se encontraba casi aniquilada'. Tal era -para citar la autorizada palabra de Rawlinson- la condición de Persia a mediados del siglo diecinueve". (P. M. Sykes, A History of Persia, vol. 2, págs. 439-40).

18.- "Hájí Mírzá Áqásí, el viejo y medio loco primer ministro, tenía la totalidad de la administración en sus manos y logró obtener control total sobre el Sháh. El desgobierno del país fue de mal en peor, mientras la gente pasaba hambre y maldecía la dinastía Qájár... La condición de las provincias era deplorable y todos los hombres que mostraban señales de talento o patriotismo eran enviados al exilio por el viejo Hájí quien recolectaba directamente las riquezas para sí mismo en Teherán a expensas del desafortunado país. Los puestos de gobernadores en las provincias se vendían a los más altos postores y éstos ejercían una opresión espantosa sobre el pueblo". (C. R. Markham, A General Sketch of the History of Persia, págs. 486-87).

19.- Gobineau escribe, refiriéndose a su caída: "Hájí Mírzá Áqásí, privado del poder que había ridiculizado constantemente, se retiró a Karbilá y pasó el resto de sus días haciendo bromas a los Mullás y burlándose incluso de los mártires sagrados". (Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 160).

"Este hombre astuto había logrado tal poder sobre el Sháh que se podía decir, sin faltar a la verdad, que el ministro era el verdadero soberano; por tanto, no podía sobrevivir la pérdida de su buena estrella. Después de la muerte de Muhammad Sháh desapareció de Karbilá donde, bajo la protección del santo Imán, incluso un criminal del estado podía encontrar asilo inviolable. Pronto se vio sobrecogido por una roedora aflicción que, más que su remordimiento, acortó su vida". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, págs. 367-68).

20.- Según A Traveller's Narrative (pág. 16) el Báb "escribió una carta durante el viaje, dirigida al primer ministro, en la que decía: 'Usted me hizo llamar desde Isfahán para que me enfrentara con los doctores y así alcanzar una decisión definitiva. ¿Qué ha sucedido ahora para que esta excelente intención sea cambiada por Máh-Kú y Tabríz?'".

21.- Según Samandar (manuscrito, págs. 4-5), el Báb permaneció en la aldea de Síyáh-Dihán, en las vecindades de Qazvín, en su camino a Ádhirbáyján, durante ese viaje, se dice que Él reveló Tablillas dirigidas a los principales ‘ulamás de Qazvín, entre ellos los siguientes: Hájí Mullá ‘Abdu'l-Vahháb, Hájí Mullá Sálih, Hájí Mullá Taqí y Hájí Siyyid Taqí. Estas Tablillas fueron llevadas a sus destinatarios por intermedio de Hájí Mullá Ahmad-i-Abdál. Varios

creyentes, entre los que se encontraban los dos hijos de Hájí Mullá ‘Abdu'l-Vahháb, pudieron encontrarse con el Báb durante la noche que Él pasó en dicha aldea. Es desde esta aldea que se dice que el Báb dirigió Su epístola a Hájí Mírzá Áqásí.

22.- En el Táríkh-i-Jadíd, se dice que Muhammad-Big relató el siguiente incidente a Hájí Mírzá Jání: "Es así como montamos en nuestras cabalgaduras y anduvimos hasta que llegamos a un caravanserai hecho de ladrillos que se encontraba a dos farsakh de la ciudad. De allí procedimos a Mílán donde muchos de los habitantes vinieron a visitar a Su Santidad y se mostraron llenos de asombro ante la majestad y dignidad de ese Señor de la humanidad. En la mañana, en el instante en que partíamos de Mílán una anciana trajo un niño con escamas en la cabeza, que estaba tan cubierta de costras que era de color blanco hasta el cuello, e imploró a Su Santidad que lo curara. Los guardias se lo habrían impedido, pero Su Santidad los detuvo y llamó al niño. Entonces puso un pañuelo sobre su cabeza y repitió ciertas palabras; en cuanto hubo terminado el niño estaba sano. Y en ese lugar cerca de doscientas personas creyeron y tuvieron una conversión verdadera y sincera"(Págs. 220-21).

23.- Mírzá Abu'l-Fadl asevera en sus escritos que él mismo, cuando estuvo en Teherán, conoció al hijo de Muhammad-Big, quien se llamaba ‘Alí-Akbar-Big y le oyó relatar las extraordinarias experiencias que su padre había tenido durante su viaje a Tabríz en compañía del Báb. ‘Alí-Akbar-Big era ferviente creyente en la Causa de Bahá'u'lláh y era conocido como tal por los bahá'ís de Persia.

24.- Véase Glosario.

25.- Según A Traveller's Narrative (pág. 16), el Báb permaneció cuarenta días en Tabríz. Según el manuscrito de Hájí Mu‘ínu's-Saltánih (pág. 138), el Báb pasó la primera noche, al llegar a Tabríz, en la casa de Muhammad-Big. De allí fue trasladado a una pieza en la Ciudadela (el Arca) que estaba al lado del Masjid-i-‘Alí Sháh.

26.- El éxito de este hombre enérgico, Mullá Yúsuf-i-Ardibílí, fue tan grande y rápido que a la puerta misma de Tauris (Tabríz), los habitantes de una populosa aldea lo tomaron como su jefe y adoptaron el nombre de Bábís. De más está decir que dentro del pueblo mismo los Bábís eran bastante numerosos a pesar que el gobierno estaba tomando medidas para condenar al Báb y castigarlo, justificándose a sí mismo a los ojos del pueblo". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, págs. 357-58).

27.- "Dios el Más Grande".

CAPÍTULO 13

ENCARCELAMIENTO DEL BÁB EN EL CASTILLO DE MÁH-KÚ

Se ha oído a Siyyid Husayn-i-Yazdí relatar lo siguiente: "Durante los primeros diez días de encarcelamiento del Báb en Tabríz, nadie sabía qué Le sucedería después. En la ciudad se hacían las conjeturas más variadas. Cierto día me aventuré a preguntarle si permanecería donde estaba o si se Le trasladaría a otro lugar***. '¿Has olvidado',*** fue su respuesta inmediata, ***'la pregunta que Me hiciste en Isfahán? Durante un período no inferior a nueve meses permaneceremos confinados en el Jabal-i-Básit[1] de donde se nos trasladará al Jabal-i-Shádíd[2]. Ambos lugares se encuentran en las montañas de Khuy y están situados a cada lado de la ciudad que lleva ese nombre'.*** Cinco días más tarde se dio orden que se nos transfiriera a Él y a mí al castillo de Máh-Kú y que se nos entregara al cuidado de ‘Alí Khán-i-Máh-Kú'í".

El castillo, un edificio sólido, de piedra, con cuatro torres, ocupa la cima de una montaña a cuyos pies se encuentra el pueblo de Máh-Kú. El único camino que sale de él pasa por aquel pueblo y termina en un portón que invariablemente se mantiene cerrado. Esta puerta es distinta que la del castillo mismo. Situado en los confines de los imperios otomano y ruso, en vista de su posición dominante y ventajas estratégicas, este castillo ha sido utilizado como un centro de reconocimiento. En tiempos de guerra, el oficial de aquella estación observaba los movimientos del enemigo, vigilaba los alrededores e informaba a su gobierno los casos de emergencia que lograba observar. Por occidente el castillo se halla limitado por el río Araxes, que marca la frontera entre el territorio del Sháh y el imperio Ruso. Al sur se extiende en territorio del Sultán de Turquía; la población fronteriza de Bayázíd se encuentra a una distancia de sólo cuatro farsangs[3] de la montaña de Máh-Kú. El oficial de la frontera a cargo del castillo era un hombre llamado ‘Alí-Khán. Los residentes del pueblo son los kurdos y pertenecen a la secta sunní del islam[4]. Los shí‘itas, que constituyen la gran mayoría de los habitantes de Persia siempre han sido sus enemigos jurados. Estos kurdos aborrecen muy en particular a los siyyids de la denominación shí‘ita, a quienes consideran los dirigentes espirituales y principales agitadores de sus antagonistas. Como la madre de ‘Alí-Khán era kurda, se tenía en mucha estimación al hijo y

era obedecido implícitamente por la gente de Máh-Kú. Lo consideraban miembro de su propia comunidad y tenían en él completa confianza.

Deliberadamente, Hájí Mírzá Áqásí había buscado la manera de relegar al Báb en un rincón tan inhóspito y peligroso, a la vez que remoto, de los territorios del Sháh, con el único propósito de detener la marea de Su creciente influencia y de cortar los lazos que lo unían a la masa de Sus discípulos a través del país. Confiado de que pocos, su alguno, se atreverían a penetrar en esa región salvaje y turbulenta, ocupada por un pueblo tan rebelde, se imaginó tontamente que este aislamiento forzoso de Su cautivo de Sus seguidores tendería gradualmente a ahogar el Movimiento en su misma cuna y llevaría a su extinción final[5]. Pronto se vino a dar cuenta, sin embargo, que había cometido un grave error de apreciación sobre la naturaleza de la Revelación del Báb y había calculado mal la fuerza de Su influencia. El espíritu turbulento de esta gente rebelde muy pronto se vio subyugado por los suaves modales del Báb y sus corazones fueron ablandados por la influencia ennoblecedora de Su amor. Su orgullo fue humillado por Su inigualable modestia, y su arrogancia suavizada por la sabiduría de Sus palabras. Tal fue el fervor que el Báb encendió en aquellos corazones que su primera acción, todas las mañanas, era buscar un lugar del que pudieran vislumbrar Su rostro, donde podían comulgar con Él y pedir Sus bendiciones para su trabajo diario. En caso de disputa, instintivamente se dirigían a aquél lugar y, con su vista fija en Su prisión, invocaban Su nombre conjurándose uno al otro a decir la verdad. En varias oportunidades ‘Alí-Khán trató de disuadirlos de tal práctica pero se halló impotente para cohibir su entusiasmo. Desempeñó sus funciones con la mayor severidad y rehusó permitir a ninguno de los discípulos declarados del Báb que residieran, ni por una sola noche, en el pueblo de Máh-Kú[6].

"Durante las primeras dos semanas", relató además Siyyid Husayn, "no se permitió a nadie visitar al Báb. Sólo mi hermano y yo éramos admitidos a Su presencia. Todos los días, acompañado por uno de los guardias, Siyyid Hasan bajaba al pueblo y compraba nuestras provisiones. Shaykh Hasan-i-Zunúzí, quien había llegado a Máh-Kú, pasaba sus noches en un masjid fuera de las puertas del pueblo. Actuaba como intermediario entre aquellos discípulos que ocasionalmente visitaban Máh-Kú y Siyyid Hasan mi hermano, quien a su vez daba a conocer las peticiones de los creyentes a su Maestro e informaba a Shaykh Hasan de Su respuesta.

Cierto día el Báb pidió a mi hermano que informara a Shaykh Hasan que Él mismo solicitaría a ‘Alí Khán que cambiara su actitud hacia los creyentes que visitaban Máh-Kú, y que abandonara su severidad. ***"Dígales",*** agregó, ***"que***

mañana daré instrucciones al carcelero que lo traiga a este lugar". Me sentí sumamente sorprendido ante tal mensaje. ¿Cómo podría, pensé en mí, conseguir que el dominante y voluntarioso ‘Alí-Khán relajara la severidad de su disciplina? Muy temprano, al día siguiente, mientras aún esta cerrada la puerta del castillo, nos sorprendió oír un repentino golpear a la puerta, ya que bien sabíamos que había orden estricta que no se permitiera la entrada de nadie antes del amanecer. Reconocimos la voz de ‘Alí-Khán quien parecía estar discutiendo con los guardias, uno de los cuales entró luego y me informó que el alcalde del castillo insistía que se le permitiera entrar en la presencia del Báb. Llevé su mensaje y se me ordenó que le hiciera pasar inmediatamente. Al salir por la puerta de su antesala, encontré a ‘Alí-Khán en el umbral en actitud de completa sumisión, su rostro revelaba una expresión de extraordinaria humildad y asombro. Su actitud dominante y su orgullo parecían haber desaparecido completamente. Humildemente y con extraordinaria cortesía respondió a mi saludo y me rogó que le permitiera entrar en presencia del Báb. Lo llevé a la habitación que ocupaba mi Maestro. Le temblaban las piernas mientras me seguía. Una agitación interior que no podía ocultar aparecía en su rostro. El Báb se levantó de Su asiento y le dio la bienvenida. Inclinándose con reverencia, ‘Alí-Khán se acercó y se arrojó a Sus pies. "Libradme", imploró, "de mi perplejidad. Os conjuro, por el Profeta de Dios, Vuestro ilustre Antecesor, que disipéis mis dudas, porque su peso poco menos ha aplastado mi corazón. Estaba cabalgando por la breña y me acercaba a la puerta de la ciudad cuando, al despuntar el alba, mis ojos Os vieron de pie al lado del río ocupado en ofrecer Vuestra oración. Con los brazos extendidos y los ojos hacia lo alto, estabais invocando el nombre de Dios. Permanecí quieto y Os observé. Estaba esperando que terminarais Vuestras devociones para poder acercarme y retaros por haberos aventurado a salir del castillo sin mi permiso. En Vuestra comunión con Dios parecíais tan absorto en adoración que Os habíais olvidado de Vos completamente. Me acerqué silenciosamente; en Vuestro estado de arrobamiento no apercibisteis mi presencia. Repentinamente sentí gran temor y me retracté ante la idea de despertaros de Vuestro estado de éxtasis. Decidí dejaros e ir donde los guardias y reprenderlos por su conducta negligente. Pronto descubrí, con gran asombro, que tanto la puerta interior como la exterior estaban cerradas. Fueron abiertas a petición mía, fui conducido a Vuestra presencia y ahora Os encuentro, para gran sorpresa mía, sentado delante de mí. Estoy completamente confundido. No sé si se me ha ido la razón". El Báb respondió y dijo***: "Lo que has visto es verdad e innegable. Menosprecias esta Revelación y has ignorado desdeñosamente a Su Autor. Dios, el Todomisericordioso, deseando no causarte sufrimiento con Su castigo, ha querido revelar a tus ojos***

la Verdad. Gracias a Su Divina intercesión, ha inculcado en tu corazón el amor de Su Elegido y te ha hecho reconocer el Poder inconquistable de Su Fe".

Esta experiencia maravillosa cambió completamente el corazón de ‘Alí-Khán. Aquellas palabras calmaron su agitación y suavizaron la furia de su animosidad. Por todos los medios en su poder, decidió expiar su pasada conducta. "Un hombre pobre, un shaykh", informó apresuradamente al Báb, "ansía lograr Vuestra presencia. Vive en un masjid fuera de la puerta de Máh-Kú. Os ruego que se me permita ir personalmente a traerlo a este lugar para que Os pueda ver. Con esta acción espero que se me perdonarán mis malas acciones y que me sea posible limpiar las manchas de mi cruel conducta hacia Vuestros amigos". Su petición fue concedida, con lo cual fue directamente a Shaykh Hasan-i-Zunúzí y lo llevó a la presencia de su Maestro.

Dentro de los limites que se le había impuesto, ‘Alí-Khán comenzó a proveer todo lo que pudiera aliviar el rigor del cautiverio del Báb. De noche la puerta del castillo se mantenía cerrada; sin embargo, de día, a aquellos a quienes el Báb deseaba ver, se les permitía entrar en Su presencia, podían conversar con Él y recibir Sus instrucciones.

Mientras estaba confinado dentro de las murallas del castillo, dedicó Su tiempo a escribir el Bayán Persa, la obra de mayor peso, claridad y amplitud que escribió[7]. En ella estableció las leyes y preceptos de Su Dispensación, anunció en forma clara y enfática el advenimiento de otra Revelación y, en forma persistente, urgió a Sus seguidores que buscaran y encontraran a ***"Aquél a Quien Dios Manifestará"***[8], advirtiéndoles que no permitieran que los misterios y alusiones del Bayán interfirieran con la aceptación de Su Causa[9].

He oído a Shaykh Hasan-i-Zunúzí atestiguar lo siguiente: "La voz del Báb, mientras dictaba los principios y enseñanzas de Su Fe, podía ser oída claramente por los que moraban al pie de la montaña y el valle hacían eco a la majestad de Su voz. Nuestros corazones vibraban hasta lo más profundo ante la atracción de Su palabra[10]".

El relajamiento gradual de la severa disciplina impuesta sobre el Báb animó a un número cada vez mayor de Sus discípulos en las diferentes provincias de Persia a visitarle en el castillo de Máh-Kú. Un torrente incesante de peregrinos ansiosos y devotos se acercaba a sus puertas gracias a la bondad y lenidad de ‘Alí-Khán[11]. Después de su permanencia de tres días, el Báb los despedía invariablemente y les daba instrucciones que fueran a sus respectivos campos de servicio y reiniciaran sus labores por la consolidación de Su Fe. ‘Alí-Khán en

persona jamás dejó de ir a saludar al Báb cada viernes para asegurarle su inquebrantable lealtad y devoción. Con frecuencia le hacía obsequio de la fruta más escasa y selecta de los alrededores de Máh-Kú, y continuamente Le ofrecía tales delicadezas que pensaba pudieran ser agradables a Su paladar y gusto.

Es así como el Báb pasó el verano y el otoño entre las murallas de ese castillo. Vino después un invierno de severidad tan excepcional que aún los instrumentos de cobre se vieron afectados por el frío. El principio de aquella estación coincidió con el mes de Muharram del año 1264 D.H.[12]. El agua que el Báb utilizaba para Sus abluciones era tan fría que las gotas brillaban al congelarse en Su rostro. Invariablemente, después de terminar cada oración, llamaba a Siyyid Hasan a Su presencia y le pedía que leyera en voz alta un pasaje del Muhriqu'l-Qulúb, obra escrita por el extinto Hájí Mullá Mihdí, el abuelo de Hájí Mírzá Kamálu'd-Din-i-Naráqí, en el que el autor alaba las virtudes, lamenta la muerte y narra las circunstancias del martirio del Imán Husayn. El relato de aquellos sufrimientos provocaba intensa emoción en el corazón del Báb. Sus lágrimas fluían sin cesar mientras escuchaba la historia de las inmencionables indignidades que fueron amontonadas sobre él y de los dolores de agonía que se le hizo padecer en manos de un enemigo pérfido. A medida que se desenvolvían ante Él las circunstancias de aquella trágica vida, el Báb recordaba a cada instante de aquella tragedia aún mayor que estaba destinada a señalar el advenimiento del Husayn prometido. Para Él aquellas atrocidades del pasado no eran sino el símbolo que presagiaba las amargas aflicciones que Su propio amado Husayn pronto iba a sufrir a manos de Sus compatriotas. Lloró al imaginarse aquellas calamidades que Él quién debía manifestarse estaba destinado a sufrir, calamidades como las que el Imán Husayn, ni aún en sus agonías jamás tuvo que soportar[13].

En uno de Sus escritos revelado en el año 1260 D.H., el Báb declara lo siguiente: ***"El espíritu de oración que anima Mi alma es consecuencia directa de un sueño que tuve un año antes de declarar Mi Misión. En Mi visión vi la cabeza del Imán Husayn, el Siyyidu'-Shuhadá, que colgaba de una árbol. Gotas de sangre caían profusamente de su garganta lacerada. Con sentimiento de inigualable gozo, Me acerqué al árbol, estiré Mi mano, recogí algunas gotas de esa sangre sagrada y las bebí con devoción. Cuando desperté, sentí que el Espíritu de Dios había penetrado y tomado posesión de Mi alma. Mi corazón estaba lleno de júbilo de Su Divina presencia y los misterios de Su Revelación se desenvolvieron ante Mis ojos en toda Su gloria".***

Apenas había condenado Muhammad Sháh al Báb al cautiverio entre las montañas agrestes de Ádhirbáyján, cuando se vio afectado por un gran revés en su suerte; tal como jamás había conocido y que conmovió las bases mismas de su

Estado. Tremendos desastres sobrevinieron a sus fuerzas que estaban ocupadas en mantener el orden interno a través de las provincias[14]. El estandarte de la rebelión fue enarbolado en Khurásán y provocó consternación tan grande que la campaña que el Sháh había proyectado lleva a cabo en Hirát tuvo que ser abandonada inmediatamente. El descuido y prodigalidad de Hájí Mírzá Áqásí habían hecho estallar en llamas los brasas candentes del descontento, habían exasperado a las masas y las habían alentado a crear disturbios y fomentar la sedición. Los elementos más turbulentos de Khurásán que habitaban las regiones de Qúchán, Bujnúrd y Shívarán se aliaron con el Sálár, hijo del Ásifu'd-Dawlih, el tío materno mayor del Sháh y gobernador de la provincia y habían repudiado la autoridad del gobierno central. Todas las fuerzas enviadas desde la capital fueron derrotadas inmediatamente por los instigadores principales de la rebelión. Ja‘far-Qulí Khán-i-Námdár y Ámir Arslán Khán, hijo del Sálár, que dirigieron las operaciones en contra de las fuerzas del Sháh, desplegaron la mayor crueldad y, habiendo rechazado los ataques del enemigo, dieron muerte sin misericordia a los cautivos.

Mullá Husayn residía en ese entonces en Mashhad[15] y estaba tratando de difundir, a pesar del tumulto provocado por la revuelta, el conocimiento de la nueva Revelación. En cuanto supo que el Sálár, con el deseo de extender más la rebelión, había decidido personarse a él para conseguir su apoyo, decidió abandonar la ciudad inmediatamente para evitar que se le implicara en las estratagemas de ese jefe orgulloso y rebelde. A media noche, con Qambar-‘Alí como su único ayudante, partió a pie rumbo a Teherán, de donde era su propósito visitar Ádhirbáyján con la esperanza de encontrarse con el Báb. En cuanto sus amigos supieron de su partida, proveyeron inmediatamente los medios para su comodidad en viaje tan largo y arduo y rápidamente lo alcanzaron. Mullá Husayn declinó su ayuda. "He hecho la promesa", dijo, "de caminar toda la distancia que me separa de mi Bienamado. No cejaré en mi resolución hasta que haya llegado a mi destino". Aún trató de inducir a Qumbar-‘Alí que volviera a Mashhad, pero finalmente se vio obligado a ceder ante sus ruegos de permitirle actuar como su servidor durante su peregrinaje a Ádhirbáyján.

En su ruta a Teherán Mullá Husayn fue recibido entusiastamente por los creyentes en los diversos pueblos por los que pasaba. Le hicieron la misma petición y recibieron igual respuesta. "Parecía a nuestros ojos la personificación de la constancia, piedad y virtud", he oído atestiguar a Áqáy-i-Kalím. "Cuando Mullá Husayn llegó a Teherán", agregó, "yo y un grupo grande de creyentes fuimos a visitarle. Nos inspiró con su conducta recta y su apasionada lealtad. Tal era la fuerza de su carácter y el fervor de su fe que nos sentimos convencidos que

él, sólo y sin ayuda, sería capaz de lograr el triunfo de la Fe de Dios". Secretamente fue llevado a la presencia de Bahá'u'lláh y, poco después de esta entrevista, prosiguió camino a Ádhirbáyján.

La noche antes de su llegada a Máh-Kú, que era la víspera del cuarto Naw-Rúz desde la declaración de la Misión del Báb y que cayó en ese año, el año 1264 D.H.[16], en el decimotercero día del mes de Rabí'u'th-Thání, ‘Alí-Khán tuvo un sueño. "Mientras dormía", relata así su historia, "me sentí sorprendido ante la repentina información que Muhammad, el Profeta de Dios, pronto iba a llegar a Máh-Kú, que iba a venir directamente al castillo con el objeto de visitar al Báb y congratularlo en ocasión del advenimiento del festival de Naw-Rúz. En mi sueño salí corriendo a Su encuentro, ansioso de dar a Visitante tan sagrado una humilde expresión de bienvenida. En estado de alegría indescriptible fui rápidamente y a pie en dirección al río y, al llegar al puente que se encontraba a la distancia de un maydan[17] del pueblo de Máh-Kú, vi que dos hombres se acercaban a mí. Pensé que uno de ellos era el Profeta de Dios en persona, mientras que el otro, que caminaba detrás de Él, supuse era uno de Sus distinguidos compañeros. Me apresuré a arrojarme a Sus pies y me inclinaba a besar el ruedo de Su manto cuando desperté repentinamente. Mi alma se inundó de gran júbilo. Sentí como si el Paraíso mismo, con todas sus delicias, se hubiera introducido en mi corazón. Convencido de la realidad de mi visión, hice mis abluciones, ofrecí mi oración, me vestí con mi mejor ropaje, me rocié con un poco de perfume y proseguí al lugar en que, la noche anterior, en mi sueño, había contemplado el rostro del Profeta. Había dado instrucciones a mis ayudantes que ensillaran tres de las cabalgaduras más rápidas y que las llevaran inmediatamente al puente. El sol acababa de salir cuando sólo y sin escolta, salí caminando del pueblo de Máh-Kú en dirección al río. Al acercarme al puente descubrí, admirado, a los dos hombres a quienes había visto en mi sueño caminando uno detrás del otro, que avanzaban hacia mí. Instintivamente caí a los pies del que creí era el Profeta y los besé con devoción. Le rogué a Él y a su compañero que montaran los caballos que había preparado para su entrada a Máh-Kú. "No", fue Su respuesta, "He prometido cumplir todo mi viaje a pie. Caminaré hasta la cúspide de la montaña y allí visitaré tu Prisionero".

Esta extraña experiencia de ‘Alí-Khán hizo más profunda su reverente actitud hacia el Báb. Su fe en el poder de Su Revelación se hizo aún mayor y su devoción a Él aumentó enormemente. En actitud de humilde sumisión, siguió a Mullá Husayn hasta que llegaron a la puerta del castillo. En cuanto los ojos de Mullá Husayn contemplaron en rostro de su Maestro, que estaba de pie en el umbral de dicha puerta, se detuvo instantáneamente y, haciendo una profunda

reverencia ante Él, permaneció inmóvil a Su lado. El Báb extendió afectuosamente Sus brazos y lo abrazó. Tomándolo de la mano, lo condujo a Su cámara. Hizo llamar entonces a Sus amigos a Su presencia y celebró en su compañía la fiesta de Naw-Rúz. Platos de confituras y de las mejores frutas fueron servidos ante Él. Los distribuyó entre Sus amigos allí reunidos y, al ofrecer algunos de los membrillos y manzanas a Mullá Husayn, dijo: ***"Estas sabrosas frutas han llegado para nosotros desde Mílán, el Ard-i-Jannat[18] y han sido recogidas y consagradas especialmente para esta fiesta por el Ismu'lláhu'l-Fatíq, Muhammad-Taqí".***

Hasta ese momento no había sido permitido a nadie, fuera de Siyyid Husayn-i-Yazdí y su hermano, de entre los discípulos del Báb pasar la noche dentro del castillo. Aquel día ‘Alí-Khán se acercó al Báb y dijo: "Si es Su deseo mantener a Mullá Husayn aquí esta noche, estoy dispuesto a acatar Su voluntad, porque no tengo voluntad propia. Por el tiempo que quiera que permanezca aquí, me comprometo a cumplir Su mandato". Los discípulos del Báb siguieron llegando en números crecientes a Máh-Kú e inmediatamente y sin la menor restricción eran admitidos a Su presencia.

Cierto día mientras el Báb, en compañía de Mullá Husayn, contemplaba el paisaje circundante desde el techo del castillo, miró hacia el oeste y, al ver el Araxes serpenteando su curso a lo lejos, debajo de Él, se volvió a Mullá Husayn y le dijo: ***"Aquél es el río y esta es la ribera de los que el poeta Háfiz ha escrito, diciendo: '¡Oh céfiro, si pasaras por las riberas del Araxes, deposita un beso en la tierra de aquél valle y haz fragante tu aliento! ¡Loor, mil veces loor a ti, oh morada de Salmá! ¡Cuán querida es la voz de tus camelleros, cuán dulce el tintinear de tus campanas!'***[19]. ***Los días de tu permanencia en este país se aproximan a su fin. Si no hubiera sido por la brevedad de tu estadía, te habríamos mostrado la "morada de Salmá", así como hemos revelado a tus ojos las "riberas del Araxes"".*** Por la "morada de Salmá", el Báb quiso significar el pueblo de Salmás, que se encuentra en las vecindades de Chihríq y al que los turcos llaman Salmás. Siguiendo con Sus observaciones el Báb dijo: "Es la influencia inmediata del Espíritu Santo que hace que palabras como estas fluyan de la lengua de los poetas, cuyo significado ni ellos mismos a menudo se hallan capaces de comprender. El versículo siguiente también es de inspiración divina: ***"Shíráz se verá envuelto en tumulto; un Joven de almibarada lengua aparecerá. Temo, no vaya a ser que el hálito de Su boca provoque agitación y trastornos en Bagdad". El misterio de este verso se encuentra oculto ahora; será revelado en el año después de Hín"***[20]. Después el Báb citó esta bien conocida tradición: ***"Hay tesoros ocultos debajo del Trono de Dios; la llave de***

esos tesoros es la lengua de los poetas". Entonces relató, uno tras otro, a Mullá Husayn, aquellos acontecimientos que debían suceder en el futuro y le rogó que no los mencionara a nadie[21]**.** ***"Algunos días después de tu partida de este lugar",*** le informó el Báb, ***"Nos llevarán a otra montaña. Antes de llegar a tu destino, te habrá alcanzado la noticia de Nuestra partida de Máh-Kú".***

La predicción del Báb se cumplió al pie de la letra. Aquellos a quienes se les había encargado espiar en secreto los movimientos y la conducta de ‘Alí-Khán, entregaron a Hájí Mírzá Áqásí un informe detallado en que se explayaban sobre su extremada devoción a su Prisionero y describieron aquellos incidentes que servían para confirmar sus afirmaciones. "Día y noche", escribieron, "el alcalde carcelero del castillo de Máh-Kú puede ser visto asociándose abiertamente con su Cautivo bajo condiciones de libertad y amistad sin restricciones. ‘Alí-Khán, quién rehusó obstinadamente casar a su hija con el heredero del trono de Persia, invocando que tal acción enfurecería en tal grado a los parientes sunní de su madre que, sin vacilaciones, le darían muerte tanto a él como a su hija, ahora desea ansiosamente casar aquella misma hija con el Báb. Éste ha rehusado, pero ‘Alí-Khán persiste en su petición. Si no hubiera sido por el rechazo del Prisionero, las nupcias de la joven ya se habrían celebrado". Efectivamente, ‘Alí-Khán había hecho tal petición y aún había rogado a Mullá Husayn que intercediera por él con el Báb pero no había logrado conseguir Su aprobación.

Estos informes mal intencionados tuvieron inmediata influencia sobre Hájí Mírzá Áqásí. El temor y el resentimiento impelieron una vez más a aquél ministro caprichoso a emitir una orden terminante para el traslado del Báb al castillo de Chihríq.

Veinte días después del Naw-Rúz, el Báb se despidió de la gente de Máh-Kú quienes, durante Sus nueve meses de cautiverio, habían reconocido en grado extraordinario el poder de Su personalidad y la grandeza de Su carácter. Mullá Husayn quien, a petición del Báb, ya había partido de Máh-Kú, estaba aún en Tabríz cuando le llegó la noticia de la predicha transferencia de su Maestro a Chihríq. Al despedirse por última vez de Mullá Husayn, el Báb le dirigió las siguientes palabras: ***"Has venido a pie todo el camino desde tu provincia natal a este lugar. De igual manera, a pie debes regresar hasta que llegues a tu destino; porque tus días de jinete están aún por venir. Estás destinado a mostrar tal valor, tal pericia y heroísmo que eclipsarán las hazañas más extraordinarias de los héroes del pasado. Tu valentía te ganará las alabanzas y la admiración de los moradores del Reino eterno. Debes visitar, en tu camino, a los creyentes de Khuy, Urúmíyyíh, Maráqhih, Mílán, Tabríz, Zanján, Qazvín y Teherán. A cada uno llevarás la expresión de Mi amor, ternura y afecto.***

Tratarás de encender sus corazones nuevamente con la llama del amor a la Belleza de Dios y te esforzarás a fortalecer su fe en Su Revelación. De Teherán debes proceder a Mázindarán donde te será manifestado el Tesoro Oculto de Dios. Se te pedirá que ejecutes acciones tan grandes que eclipsarán las más grandes conquistas del pasado. La naturaleza de tu trabajo te será revelada en aquel lugar, y te serán conferidas fuerza y guía para que puedas estar en condiciones de rendir tus servicios a Su Causa".

En la mañana del noveno día después de Naw-Rúz, Mullá Husayn emprendió su camino, como se lo había pedido su Maestro, rumbo a Mázindarán. A Qambar-‘Alí el Báb dijo estas palabras de despedida: ***"El Qambar-‘Alí de antaño se deleitaría que su tocayo haya vivido para atestiguar un Día por el que aún Él***[22] ***quien era el Señor de su señor suspiró en vano; del que Él ha dicho, con profundo anhelo: ‘¡Ojalá Mis ojos pudieran contemplar los rostros de Mis hermanos que han tenido el privilegio de alcanzar Su Día!’”***.

Notas

1.- Literalmente "La Montaña Abierta", es una alusión a Máh-Kú. El valor numérico de "Jabal-i-Básit" equivale al de "Máh-Kú".

2.- Literalmente "La Montaña de la Aflicción", es una alusión a Chihríq. el valor numérico de "Jabal-i-Shadíd" equivale al de Chihríq.

3.- Véase Glosario.

4.- "Él habita en una montaña cuyos habitantes no pueden incluso pronunciar la palabra "Jannat" (Paraíso), que es un vocablo árabe: ¿cómo entonces, podrían entender su significado? Imaginaos, entonces, lo que puede suceder en cuanto a verdades esenciales. (Le Bayán Persan, vol. 4, pág. 14).

5.- "Patria del Primer Ministro en las fronteras de Ádhirbáyján, este pueblo salió de la oscuridad bajo la administración de dicho ministro y muchos de los ciudadanos de Máh-Kú fueron colocados en los cargos más elevados en el gobierno debido a su actitud de servilismo hacia Hájí Mírzá Áqásí". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 356, nota 1).

6.- Es el Báb mismo quien nos relata en qué forma pasó los días en la prisión en la que se le mantenía prisionero. Sus lamentaciones, que son tan frecuentes en el Bayán, se debía, creo, a la disciplina que, de tiempo en tiempo, se hacía más severa debido a órdenes emanadas de Teherán. Todos los historiadores, tanto Bábís como Musulmanes, de hecho nos dicen que a pesar de las órdenes estrictas de mantener al Báb incomunicado del mundo exterior, un número muy grande de discípulos y extraños eran recibidos por Él en Su prisión. (El autor de Mutanabbiyyín escribe: "Los Bábís de todas partes del mundo iban a Ádhirbáyján en peregrinaje hacia su jefe").

"¡Oh! ¡Cuán grande es mi ceguera, oh mis criaturas! ¡Aquello que hacéis, lo lleváis a cabo creyendo agradarme! Y a pesar de estos versículos que prueban mi ser, estos versos que fluyen por mi poder, cuyo tesoro es el ser mismo de este personaje (el Báb), a pesar de estos versos que brotan de sus labios por mi autorización, mirad como, sin derecho alguno le habéis colocado en lo alto de una montaña cuyos habitantes no son siquiera dignos de mención. Cerda de él, lo que es cerca de mí, no hay nadie excepto uno de las Letras de los Vivientes de mi libro. Entre sus dos manos, que son mis dos manos, no hay siquiera un sirviente que prenda la luz de noche. Y he aquí, los hombres que se encuentran sobre la tierra no han sido creados sino por su existencia, es mediante su buena voluntad que ha venido toda su alegría y ellos no le dan siquiera una luz". (Unité 2, porte 1).

"El fruto de la religión del islam es el creer en la Manifestación (del Báb) y he aquí que lo encarcelan en Máh-Kú" (Unité 2, porte 7).

"Todo lo que pertenece al Hombre del Paraíso está en el Paraíso. Esta pieza solitaria (en que me encuentro) que no tiene siquiera una puerta es hoy el mayor de los jardines del Paraíso, porque el Árbol de la Verdad está plantado allí. Todos los átomos de que está compuesto proclaman, 'En verdad, no hay otro Dios, sino Dios, y no hay otro Dios más que Yo, el Señor del Universo'". (Unité 2, porte 16).

"El fruto de esta puerta es que los hombres, viendo que es permitido hacer todo esto para el Bayán (es decir, gastar dinero en tanta cantidad) que es sólo el precursor de Aquél a Quién Dios Manifestará, se den cuenta de lo que debe ser hecho por Aquél a Quién Dios Manifestará cuando aparezca, para que no le suceda a el lo que me sucede a mí en este día. En otras palabras, hay a través del mundo muchos Coranes que valen miles de tumanes mientras que Aquél quien ha derramado versículos (el Báb) está encarcelado en una montaña, en una pieza hecha de ladrillos secados al sol. Y sin embargo, aquella pieza es el Arca misma (el 9º cielo, la morada de la Divinidad). Que sea esto un ejemplo para los del Bayán para que no actúen hacia Él como los creyentes del Corán han actuado hacia mí". (Unité 3, porte 14). (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, págs. 365-67).

"Todos creen en Él y sin embargo lo han encarcelado en una montaña. Todos logran la felicidad en Él y lo han abandonado. No hay fuego más ardiente para aquellos que han obrado así que sus propias acciones; de igual manera, no hay para los creyentes un Paraíso más elevado que el de su propia fe". (Le Bayán Persan, vol. 1, págs. 126-27).

7.- "Un número tan grande de personas venía de todas partes para visitar al Báb y los escritos que emanaban de Su inspirada pluma durante este período eran tan numerosos que en total sumaban más de cien mil versículos". (El Taríkh-i-Jadid, pág. 238). "Mirad cómo aproximadamente cien mil versos similares a aquellos versos han sido dispersados entre los hombres, sin mencionar las oraciones y cuestiones de ciencia y filosofía". (Le Bayán Persan, vol. 1, pág. 43). "Considerar también el Punto del Bayán. Aquellos que están familiarizados con él saben cuán grande era su importancia antes de la manifestación; pero después de ella y aún cuando ha revelado más de quinientos mil bayts (versículos) sobre diversos temas, se han pronunciado tales palabras contra él que la pluma rehúsa repetir". (Le Bayán Persan, vol. 3, pág. 113). "Los versículos que han llovido de esta Nube de misericordia Divina (el Báb) han sido tan numerosos que nadie ha podido calcular aún su número. Varios volúmenes existen ahora. ¡Cuántos permanecen más allá de nuestro alcance! ¡Cuántos han sido objeto de pillaje y han caído en manos del enemigo y cuyo destino es desconocido!". (El Kitáb-i-Íqán, págs. 182-83).

8.- Alusión a Bahá'u'lláh. "A Mullá Báqir, uno de las Letras de los Vivientes -que la gloria y favor de Dios descansen sobre él- Él (el Báb) dirigió las siguientes palabras: 'Felizmente, en el octavo año, el Día de Su Manifestación, tú puedas lograr Su presencia'". (La Epístola al Hijo del Lobo, pág. 129).

9.- "Es siguiendo esta misma línea de pensamiento que, cuando estaba encarcelado en Máh-Kú dirigió una carta muy larga al Sháh (Muhammad Sháh) que vamos a analizar aquí. El documento comienza como casi todos los documentos literarios del Báb, con exaltadas alabanzas de la Divina Unidad. El Báb sigue alabando, como era propio, a Profeta Muhammad y a los doce Imanes, quienes como veremos en el segundo volumen de esta obra, son las piedras angulares del edificio del Bayán. 'Afirma', exclama, 'que todo lo que se encuentra en este mundo de posibilidades que sea ellos es, en comparación, como la nada absoluta: y sino pudiera expresarlo todo, todo ello no es sino como la sombra de una sombra. Pido a Dios que me perdone haberles asignado tales límites. En verdad, el más alto grado de alabanza que uno puede conferir sobre ellos es confesar, en su misma presencia, que es imposible alabarlos... Es esta la razón por la cual Dios me ha creado de una arcilla de la que nadie más ha sido creado. Y Dios me ha dado lo que los eruditos, con toda su ciencia,

ni pueden comprender, lo que nadie puede saber a no ser que esté totalmente entregado ante un signo de entre mis signos... Sabed que en verdad, yo soy una columna de la primera palabra: quienquiera haya conocido esa primera palabra, ha conocido completamente a Dios y ha penetrado en el bien universal. Quienquiera haya rehusado conocerla ha permanecido ignorante de Dios y ha penetrado en el mal universal. Pongo a Dios por testigo, el Maestro de ambos mundos, que aquel que vive aquí abajo todo el tiempo que la naturaleza permite y sigue durante toda su vida como siervo de Dios en todas las obras de bien, que abarca la creencia de Dios, si anida en su corazón enemistad hacia mi, aún cuando sea tan poca que sólo Dios se dé cuenta de ello, entonces todas sus buenas obras y toda su piedad son inútiles y Dios preparará para él un castigo; y el estará entre los que están destinados a morir. Dios ha determinado todo el bien que Él mismo reconoce como bien, en la obediencia hacia Mí y todo el mal que el conoce en el acto de desobediencia a mis mandatos. En verdad, hoy contemplo desde el rango que ostento, todo lo que acabo de decir; veo a los hijos de mi amor, los obedientes, en los más elevados cielos, mientras que mis enemigos han sido lanzados a las profundidades del fuego eterno. ¡Juro, por mi vida, que si no hubiera sido obligado a acertar el rango de Hujjat de Dios, no os hubiera hecho esta advertencia!'. Es evidente que el Báb reafirma sus declaraciones hechas en el Kitáb-i-baynu'l-Haramayn sin agregar ni sustraer nada.

'Yo soy', dice Él, 'el Punto desde el cual todo lo que existe ha encontrado la existencia. Yo soy aquel Semblante de Dios que nunca muere. Yo soy aquella Luz que nunca se extingue. Aquél que me conoce le acompaña todo bien, quien me rechaza es perseguido por el mal. En verdad, cuando Moisés pidió a Dios que le permitiera contemplarle a Él, Dios irradió sobre la montaña de la luz de uno de los compañeros de ‘Alí, y como lo explica el hadíth, 'esta luz, lo afirmo por Dios, era mi luz'. ¿No veis que el valor numérico de las letras que constituyen mi nombre es igual al calor de aquellas que componen la palabra Rabb (Señor)? ¿No ha dicho acaso Dios en el Corán, 'Y cuando vuestro Rabb irradie sobre la montaña'?'.

El Báb continúa con un estudio de las profecías contenidas en el Corán y en algunos de los hadíths que conciernen a la manifestación del Mihdí. Relata el célebre hadíth de Mufaddal que es uno de los argumentos más fuertes en favor de la verdad de su misión. Dice el Corán, capítulo 32, versículo 4: 'Desde el cielo a la tierra Él gobierna todas las cosas; después de ahora subirán hacia Él en un día cuya duración será igual a mil años de aquellos que vosotros contáis'. (Nota: traducción de J. M. Rodwell). 'Por otra parte, el último Imán desapareció en el año 1260 de la Hégira; es en ese momento que la manifestación profética se ha completado y que la puerta de la ciencia está cerrada'. Pero Mufaddal preguntó al Imán Sádiq en cuanto a las señales de la venida del Mihdí y el Imán respondió: 'Él aparecerá en el año sesenta y su nombre será glorificado'. Esto significa en el año 1260 que es precisamente el año de la manifestación del Báb. Sobre este tema Siyyid ‘Alí-Muhammad dijo: 'Declaro ante Dios que nunca he recibido instrucción y mi educación ha sido la de un comerciante. En el año sesenta sentí que mi corazón estaba lleno de poderosos versículos, con verdadero conocimiento y con el testimonio de Dios proclamé mi misión ese mismo año... Ese mismo año os envié un mensajero (Mullá Husayn-i-Bushru'í) quien era portador de un Libro, para que el gobierno pudiera cumplir con su deber hacia el Hujjat. Pero como la voluntad de Dios fue que estallara la guerra civil, que ensordeciera los

oídos de los hombres, enceguecieran sus ojos y torturara sus corazones endurecidos, el mensajero no obtuvo permiso para acercarse a vos. Aquellos que se consideraban patriotas intervinieron y aún hoy día, después del transcurso de cuatro años, nadie os ha dicho la verdad sobre este acontecimiento. Y ahora, ya que mi hora se aproxima y mi trabajo no es humano sino divino, os he escrito brevemente. ¡Si supierais cómo me han tratado vuestros oficiales y delegados durante estos cuatro años! Si lo supierais, el temor de Dios os ahogaría a no ser que decidierais obedecer de inmediato al Hujjat y enmendar el daño hecho. Yo estaba en Shíráz y sufrí tales tiranías de ese malvado y maldito gobernador que si supierais la más insignificante, vuestro sentido de justicia exigiría venganza, porque su crueldad ha atraído el castigo del cielo e incluso el día del juicio sobre todo el imperio. Este hombre, muy orgulloso y siempre ebrio, nunca dio una orden inteligente. Me vi forzado a salir de Shíráz y estaba en camino a visitaros en Teherán, pero el Mu‘tamidu'd-Dawlih, comprendió mi misión e hizo lo que el respeto por los elegidos de Dios exige. Los ignorantes de la ciudad empezaron una revuelta y por lo tanto yo me oculté en el Palacio de Sadr hasta el fallecimiento del Mu‘tamidu'd-Dawlih. ¡Que Dios le dé recompensa! No hay duda alguna que su salvación del fuego eterno se debe a lo que ha hecho por mí. Entonces Gurgín me obligó a viajar durante siete noches con otros cinco hombres, expuesto a las incomodidades y brutalidades y privado de todo lo necesario. Finalmente el Sultán ordenó que se me debía llevar a Máh-Kú sin siquiera suministrarme un caballo en que pudiera montar. Finalmente llegué a esa aldea cuyos habitantes son ignorantes y toscos. Declaro ante Dios que si supierais el lugar que habito seríais el primero en tener lástima de mí, Es un fortín en la cumbre de una montaña, y es a vuestra bondad que debo semejante morada. Mis compañeros son dos hombres y cuatro perros. Imaginaos como transcurren mis días, Doy gracias a Dios como debe agradecérsele y juro ante Dios que aquél que me ha encarcelado de esta forma está satisfecho consigo mismo. Y si él supiera a quién ha tratado en esta forma, no sentiría nunca más la felicidad. Y ahora os revelo un secreto. Este hombre, al encarcelarme a mí ha encarcelado a todos los profetas, a todos los santos y a aquél que está lleno de sabiduría divina. No hay ningún pecado que no me haya traído aflicción. Cuando supe vuestro mandato (de llevarme a Máh-Kú) escribí a Sadr-i-A‘zam: 'Dadme muerte y enviad mi cabeza donde queráis, porque vivir sin pecado entre los pecadores no me place'. Él no respondió y estoy convencido que no comprendió el asunto, porque entristecer sin razón los corazones de los creyentes es peor que destruir la misma casa de Dios; pero juro por Dios yo soy este día la verdadera casa de Dios. Recompensas vienen a aquél quien se muestra bueno conmigo; es como si fuera bueno con Dios, con Sus ángeles y con Sus santos. Pero quien sabe Dios y Sus ángeles están demasiado exaltados sobre nosotros como para que el bien o el mal de los hombres pueda alcanzar su umbral, pero lo que sucede a Dios me sucede a mí. Juro ante Dios, aquel que me ha aprisionado es un prisionero el mismo y nada me sucede sino lo que Dios ha ordenado. ¡Ay de aquél cuya mano obra iniquidad! ¡Bendito aquél que reparte el bien! Finalmente, para resumir esta carta que es ya demasiado larga: La otra cuestión es un asunto de este bajo mundo. El extinto Mu‘tamid despidió a todos sus invitados una noche, para ir a acostarse, incluso a Hájí Mullá Ahmad, y entonces me dijo: 'Sé perfectamente bien que todo lo que he adquirido lo he obtenido por la fuerza y que todo lo que poseo pertenece al Sáhibu'z-Zamán. Por tanto os lo doy todo porque sois el Maestro de la Verdad y os pido aceptéis el

privilegio de propiedad'. Incluso se sacó el anillo del dedo y me lo dio. Lo recogí y se lo devolví y lo despedí en posesión de todos sus bienes. Dios es testigo de la verdad de este testimonio. No deseo un dinar de su riqueza; eso es para que vos dispongáis de ella; pero como en cualquier disputa Dios requiere el testimonio de dos testigos, de entre todos los eruditos llamad a Siyyid Yahyá y a Akhund Mullá ‘Abdu'l-Kháliq. Ellos os mostrarán y os explicarán mis versículos y la verdad de mi testimonio se hará evidente. De estos dos personajes uno me conoció antes de la manifestación y el otro después; los he elegido a ellos porque ambos me conocen bien'. La carta termina con algunas pruebas cabalísticas y algunos hadíths. Es evidente entonces que el Báb no se sentía feliz en su prisión. Es evidente que permaneció allí durante largo tiempo ya que el documento que hemos citado data desde 1264 y la ejecución del mártir tuvo lugar sólo el veintisiete de Shá'bán en el año 1266 (8 de Julio de 1830)". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 367-73).

10.- Esta es la oración que el Báb mismo cita en el Dalá'il-Sab'ih como su súplica durante los meses de Su cautiverio en el castillo de Máh-Kú: ***"¡Oh mi Dios! Concédele a él, a sus descendientes, a su familia, a sus amigos y a sus súbditos, a sus pacientes y a todos los habitantes de la tierra, la luz que hará clara su visión y facilitará su tarea; concede que puedan compartir de las acciones tanto en este mundo como en el venidero. En verdad, nada es imposible para Ti, ¡Oh mi Dios! Concédele el poder para producir un renacimiento de Tu religión y haz vivir por su intermedio aquello que Tú has cambiado en Tu Libro. Manifiesta mediante él Tus mandamientos nuevos para que por su intermedio Tu religión pueda florecer una vez más. Pon en sus manos un Libro nuevo, puro y santo, que este Libro pueda estar libre de dudas e incertidumbres y para que nadie pueda alterarlo o destruirlo. ¡Oh mi Dios! Disipa mediante Tu resplandor toda oscuridad y mediante su poder evidente elimina todas las leyes anticuadas. Arruina, mediante su preeminencia, a aquellos que no han seguido los senderos de Dios. Destruye a todos los tiranos por su intermedio y pon fin a toda discordia mediante su espada; aniquila, mediante su justicia, a toda forma de opresión; haz que los gobernantes sean obedientes a sus mandatos; subordina todos los imperios del mundo a su imperio. ¡Oh mi Dios! Humilla a todos los que desean humillarte; destruye todos sus enemigos; repudia a todo el que reniega de él y confunde a quienquiera desprecie la verdad, resiste sus órdenes, trata de oscurecer su luz y mancillar su nombre'.***

Después el Báb agrega estas palabras:

"Repite estas bendiciones a menudo y si te faltara tiempo para recitarlas todas, por lo menos no dejes de decir la última. Mantente despierto en el día de la aparición de ‘Aquél a Quien Dios manifestará’ porque esta oración ha venido desde el cielo para Él, aún cuando abrigo la esperanza que no le alcance a Él pena alguna; he enseñado a los que creen en Mi religión que jamás se regocijen por las adversidades de nadie. Es posible, por lo tanto, que cuando amanezca este Sol de la Verdad ningún sufrimiento te alcanzará". (Le Livre des Sept Preuves, traducción por A. L. M. Nicolas, págs. 64-65).

11.- El autor del Mutanabiyyín escribe: "Los Bábís de todas partes del país se dirigían a Ádhirbáyján en peregrinaje hacia su jefe". (El Príncipe ‘Alí-Qulí Mírzá, I‘tidádu's-Saltánih es el autor) (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 365, nota 227).

12.- 9 de diciembre de 1847-8 de enero de 1848 D.C.

13.- Durante su estancia en Máh-Kú el Báb compuso gran número de obras, entre las más importantes de las cuales se puede mencionar especialmente el Bayán Persa y las Siete Pruebas (Dalá'il-i-Sab'ih) que contienen ambas, amplias pruebas internas de haber sido escritas durante este periodo. En verdad, si podemos dar crédito a una afirmación que aparece en el Tárikh-i-Jadíd bajo la autoridad de Mírzá ‘Abdu'l-Vahháb, las diversas escrituras del Báb que circulaban en Tabríz sumaban por sí mismas no menos de un millón de versos". (A Traveller's Narrative, Nota L, pág. 200). Sobre el Dalá'il-i-Sab'ih Nicolas escribe lo siguiente: "El Libro de las Siete Pruebas es la obra polémica más importante que ha manado de la pluma de Siyyid ‘Alí-Muhammad, llamado el Báb". (Prefacio, pág. 1). Es evidente que su corresponsal le pidió pruebas de su misión y su respuesta es admirable por su precisión y claridad. Se fundamenta en dos versos del Corán: según el primero, nadie puede revelar versos aún cuando le ayudaran todos los hombres y todos los demonios; según el segundo, nadie puede entender el significado el Corán excepto Dios y hombres de erudición sólida". (Prefacio, pág. 5). "Es evidente que los argumentos del Báb son nuevos y originales y se puede ver gracias a esta breve referencia de cuán profundo interés debe ser su obra literaria. La extensión de este trabajo no me permite exponer, ni aún sucintamente, los dogmas principales de una doctrina audaz cuya forma es a la vez brillante y atrayente. Espero hacerlo en el futuro pero deseo agregar otro comentario sobre el Libro de las Siete Pruebas: hacia el final de su libro, el Báb habla de los milagros que han acompañado Su manifestación. Es posible que esto asombre a los lectores ya que hemos visto que el nuevo apóstol niega con toda claridad la verdad de los milagros físicos que la imaginación musulmana atribuye al Profeta Muhammad. Él afirma que tanto para Él como para el Profeta de Arabia la única prueba de su misión es el torrente de versículos. No ofrece ninguna otra prueba, no porque le es imposible producir milagros (ya que Dios es todopoderoso), sino simplemente porque los milagros físicos son de naturaleza inferior en comparación con los milagros espirituales". (Prefacio, págs. 12-13) (Le Livre des Sept Preuves, traducido por A. L. M. Nicolas).

14.- "Esta provincia había sido durante varios años el escenario de serios disturbios. A fines de 1844 o a comienzos de 1845 el gobernador de Bujnúrd se había rebelado contra la autoridad del Sháh y había formado una alianza con los Turcomanos contra Persia. El Príncipe Ásifu'd-Dawlih, gobernador de Khurásán, solicitó ayuda de la capital. El general Khán Bábá Khán, comandante en jefe del ejército persa, recibió órdenes de enviar diez mil hombres contra los rebeldes, pero la escasez de fondos públicos impidió la expedición. Por lo tanto el Sháh proyectó encabezar personalmente una campaña en la primavera. Los preparativos comenzaron de inmediato. Pronto estuvieron listos diez batallones de mil hombres cada uno y sólo esperaban la llegada del Príncipe Hamzih Mírzá, quien había sido nombrado comandante en jefe de la expedición. El gobernador de Khurásán, Ásifu'd-Dawlih, hermano de la madre del Rey, al sentir que su seguridad era amenazada por las sospechas de las autoridades en Teherán, se presentó repentinamente ante la Corte para protestar humildemente a los pies del Rey y para asegurarle su completa devoción, pidiendo que sus difamadores fueran castigados. Aconteció que el principal de sus adversarios era Hájí Mírzá Áqásí, el omnipotente primer ministro. Sobrevino una lucha prolongada que terminó con la derrota del gobernador quien recibió una orden de hacer un peregrinaje a Meca con la madre del Rey. El hijo de Ásifu'd-Dawlih, Sálár, guardián de la mezquita de

Mashhad, hombre rico por derecho propio, confiado a causa de su alianza con el jefe kurdo, Ja‘far-Qulí Kh<u>á</u>n había atacado a la expedición real encabezando un gran destacamento de caballería kurda y turcomana, trajo como consecuencia que cinco regimientos adicionales y dieciocho piezas de artillería de campaña fueran enviadas. El 28 de octubre de 1847, esta rebelión fue totalmente aplastada con la victoria de Sháh-Rúd (15 de septiembre) y la derrota y huida de Ja‘far-Qulí Khán y de Sálár". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, págs. 257-58).

15.- "Mashhad es el lugar de peregrinaje más grande de Persia ya que, como todos saben, Karbilá se encuentra en territorio otomano. Es en Mashhad donde se encuentra el sagrado santuario del Imán Ridá. No me extenderé sobre los centenares de milagros que han sucedido y aún suceden en este santuario; regresan a sus hogares después que los sagaces explotadores de ese negocio lucrativo les han hecho separarse de su último centavo. El torrente de oro fluye interminablemente para beneficio de funcionarios codiciosos, pero estos funcionarios necesitan de la cooperación de muchos socios para cazar en sus redes a los innumerables incautos. Esta es, sin duda alguna, la industria mejor organizada de Persia. Si la mitad de la ciudad obtiene su medio de subsistencia de la Mezquita, la otra mitad está igualmente interesada vivamente en el gran número de peregrinos. Los comerciantes, los cuidadores de hoteles y restaurantes, incluso las mujeres jóvenes quienes encuentran entre los visitantes una provisión abundante de "maridos por un día". Toda esta gente eran aliados naturales contra una misionera cuyas enseñanzas amenazaban su medio de subsistencia. Denunciar estos abusos en alguna otra ciudad era cosa tolerable pero no era propio denunciarlos donde todo el mundo de todas las clases se estaban beneficiando de ellos. El Imán Mihdí tenía sin duda el derecho de venir pero por cierto que era un estorbo público. Podría ser motivo excitante el emprender la conquista del mundo con él, pero había cansancio, riesgo y peligro en esa empresa mientras que ahora gozaban de perfecta paz en una hermosa ciudad donde se podían ganar la vida con comodidad y sin riesgo" (Ibíd., págs. 258-59).

16.- 1848 D.C.

17.- Véase Glosario.

18.- Literalmente "Tierra del Paraíso".

19.- Según la narración de Hájí Mu‘inu's-Saltánih (págs. 67-68), Mírzá Habib-i-Shírází, mejor conocido como Qá'iní, uno de los poetas más eminentes de Persia, fue el primero en cantar las alabanzas del Báb y en exaltar Su elevada estación. Un manuscrito de los poemas de Qá'iní, que incluye estos versos, fue mostrado al autor de la narración. Las siguientes palabras, dice él, estaban escritas como encabezamiento de la apología: "En alabanza de la manifestación del Siyyid-i-Báb".

20.- Véase nota 28, cap. 1.

21.- En el Dalá'il-i-Sab'ih, el Báb revela lo siguiente: "El hadíth Ádhirbáyján", refiriéndose a este punto, dice: "Las cosas que han de acontecer en Ádhirbáyján son necesarias para nosotros; nada puede impedir que sucedan. Permaneced, por lo tanto, en vuestros hogares, pero si oís que ha aparecido un agitador, corred entonces hacia él". Y el hadíth sigue diciendo: "¡Ay de los árabes, porque la guerra civil se aproxima!". Si al hablar estas últimas palabras el Profeta hubiera tenido la intención de referirse a su propia misión,

su afirmación hubiera sido vana e inútil". (Le Livre des Sept Preuves, traducido por A. L. M. Nicolas, pág. 47).

22.- Referencia al Profeta Muhammad.

CAPÍTULO 14

VIAJE DE MULLÁ HUSAYN A MÁZINDARÁN

‘Alí-Khán invitó cordialmente a Mullá Husayn a permanecer algunos días en su hogar antes de partir de Máh-Kú. Expresó un deseo vehemente de proveer todas las facilidades para su viaje a Mázindarán. Sin embargo, éste rehusó atrasar su partida o aprovecharse de los medios de comodidad que ‘Alí-Khán había puesto tan devotamente a su disposición.

Fiel a las instrucciones que había recibido, se detuvo en cada uno de los pueblos y aldeas que el Báb le había dado instrucciones de visitar, reunió a los fieles, les comunicó el amor, saludos y seguridades de su amado Maestro, reanimó una vez más su celo y los exhortó a permanecer firmes en Su sendero. En Teherán tuvo una vez más el privilegio de entrar en presencia de Bahá'u'lláh y de recibir de Sus manos ese sustento espiritual que le permitió, con inigualable valentía, desafiar los peligros que asaltaron con tanta furia los últimos días de su vida.

De Teherán Mullá Husayn prosiguió a Mázindarán ansioso de atestiguar la revelación del Tesoro Oculto que le había prometido su Maestro. En aquél tiempo Quddús estaba viviendo en Bárfurúsh en el hogar que había pertenecido originalmente a su propio padre. Se asoció libremente con toda clase de personas y por la dulzura de su carácter y la amplitud de su erudición había conquistado el afecto y la admiración sin límites de los habitantes de aquel pueblo. Cuando llegó a aquella localidad, Mullá Husayn fue directamente a casa de Quddús y fue recibido afectuosamente por él. Quddús atendió a su huésped en persona e hizo todo lo posible por proveer todo lo que parecía necesario para su bienestar. Con sus propias manos limpió el polvo, y lavó las heridas de sus pies. Le ofreció el asiento de honor cuando estaban en compañía de sus amigos y presentó, con la mayor reverencia, a cada uno de los creyentes que se habían reunido para conocerlo.

En la noche de su llegada, en cuanto se habían retirado a sus hogares los creyentes que habían sido invitados a comer para conocer a Mullá Husayn, el anfitrión, volviéndose a su huésped, le preguntó si podía darle mayores informaciones sobre sus experiencias íntimas con el Báb en el castillo de Máh-Kú, "Numerosas y variadas", replicó Mullá Husayn, "fueron las cosas que oí y

atestigüé en el curso de los nueve días de mi asociación con Él. Me habló de puntos relacionados directa e indirectamente relacionados con Su Fe. Sin embargo, no me dio instrucciones definidas, respecto al camino que debía seguir para la propagación de Su Causa. Todo lo que me dijo fue esto: ***'En tu camino a Teherán, deberás visitar a los creyentes en cada pueblo y aldea por donde pases. De Teherán irás a Mázindarán, porque allí yace oculto un tesoro que te será revelado, tesoro que descubrirá a tus ojos el carácter de las tareas que estás destinado a llevar a cabo'.*** Sin embargo, por Sus alusiones, sólo pude percibir vagamente la gloria de Su Revelación y pude discernir signos de la futura grandeza de Su Causa. De Sus palabras pude comprender que eventualmente se me pediría que sacrificara mi indigna persona en Su sendero. Porque en ocasiones anteriores, cuando me despedía de Su Presencia, el Báb, siempre me aseguró que sería llamado nuevamente a verlo. Esta vez, sin embargo, al decirme Sus palabras de despedida, no me dio tal promesa, ni tampoco aludió a la posibilidad de que Lo viera nuevamente cara a cara en este mundo. ***'La Fiesta del Sacrificio',*** fueron las últimas palabras que me dijo, ***'se acerca rápidamente. Levántate, esfuérzate y no permitas que nada te impida alcanzar tu meta. Una vez que hayas llegado a tu destino, prepárate para recibirnos, porque Nosotros también muy pronto te seguiremos'".***

Quddús le preguntó si había traído consigo algún escrito de su Maestro y, al informársele que no tenía ninguno, entregó a su huésped un manuscrito que tenía en su poder y le pidió que leyera algunos de sus párrafos. En cuanto había leído una página de ese manuscrito, se reflejó un cambio repentino y total en su rostro. En su cara se dibujó una expresión indefinible de admiración y sorpresa. La majestad y profundidad y sobre todo, la penetrante influencia de las palabras que leyó, provocaron profunda agitación en su corazón y evocaron expresiones de ilimitada alabanza en sus labios. Apartando de sí el manuscrito dijo: "Bien puedo comprender que el Autor de estas palabras ha tomado Su inspiración de aquella Fuente que se encuentra muy por encima de aquellas en que se origina corrientemente la sabiduría de los hombres. Atestiguo mi aceptación sin reservas de la sublimidad de estas palabras y mi reconocimiento de todo corazón de la verdad que revelan". Del silencio que guardó Quddús y de la expresión de su rostro, Mullá Husayn dedujo que nadie sino su anfitrión pudo haber escrito aquellas palabras. Inmediatamente se levantó de su asiento y de pie, con la cabeza inclinada, en el umbral de la puerta, declaró con reverencia: "El tesoro oculto de que ha hablado el Báb se encuentra descubierto ante mis ojos. Su luz ha disipado la penumbra de la perplejidad y la duda. Aún cuando mi Maestro se encuentre oculto entre las agrestes montañas de Ádhirbáyján, el signo de Su

esplendor y la revelación de Su poder se hallan manifiestos delante de mí. He encontrado en Mázindarán el reflejo de Su gloria".

¡Cuán grave, cuán profundo el error de Hájí Mírzá Áqásí! Este ministro torpe se había imaginado vanamente que al condenar al Báb a la vida de un exilado impotente en un rincón remoto e inaccesible de Ádhirbáyján, lograría ocultar a los ojos de sus compatriotas aquella Llama del Fuego imperecedero de Dios. No comprendió que, al colocar a la Luz de Dios sobre un cerro, estaba ayudando a difundir Su esplendor y proclamar Su gloria. Por sus propias acciones, por sus extraordinarios errores de cálculo, en vez de ocultar esa Llama celestial a los ojos de los hombres, le dio aún mayor prominencia y ayudó a aumentar Su brillo. ¡Cuán justo, por su parte, era Mullá Husayn, y cuán perspicaz y seguro era su juicio! De todos los que lo habían conocido o visto, nadie podía poner en tela de juicio por un instante su integridad sin par, su encanto, su extraordinaria valentía y la erudición de este joven. Si, después de la muerte de Siyyid Kázim, hubiera declarado que él era el Qá'im prometido, los más distinguidos de entre sus condiscípulos habrían reconocido unánimemente su aseveración y se habrían sometido a su autoridad. Acaso no declaró Mullá Muhammad-i-Mámáqání, aquel discípulo destacado y erudito de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í, después de que Mullá Husayn le había dado a conocer en Tabríz las afirmaciones de la nueva Revelación: "¡Tomo a Dios por testigo! Si esta afirmación que ha hecho el Siyyid-i-Báb hubiera sido reclamada por este mismo Mullá Husayn, en vista de las características extraordinarias de su carácter, y la amplitud de su conocimiento, yo habría sido el primero en defender su causa y proclamarla a todos los pueblos. Sin embargo, en vista que él ha elegido subordinarse a otra persona, he dejado de tener confianza en sus palabras y he rehusado responder a su llamada". Ni fue Siyyid Muhammad-Báqir-i-Rashtí, al oír a Mullá Husayn resolver en forma tan magistral las duda que habían afligido su mente por tanto tiempo, quien atestiguó en términos tan elogiosos su extraordinaria habilidad: "Yo, que me había imaginado capaz de confundir y silenciar a Siyyid Kázim-i-Rashtí, me di cuenta, cuando por primera vez conocí y conversé con el que asevera ser sólo su humilde discípulo, cuán grande error había cometido en mi apreciación. La fuerza con que parece estar dotado este joven es tal, que si fuera a declarar que la noche es día, aún consideraría que era capaz de deducir pruebas tales que podría demostrar en forma concluyente, a la vista de los sabios más destacados, la verdad de su afirmación".

La misma noche en que se puso en contacto con el Báb Mullá Husayn, aunque al principio consciente de su propia superioridad e inclinado a menospreciar las aseveraciones hechas por el hijo de un desconocido comerciante de Shíráz, no

dejó de percibir, en cuanto su Anfitrión comenzó a exponer Su tema, los incalculables beneficios latentes en Su Revelación. Abrazó con vehemencia Su Causa y abandonó despectivamente todo aquello que pudiera obstaculizar sus propios esfuerzos para la apropiada comprensión y la eficiente promoción de sus intereses. Y cuando, a su debido tiempo, Mullá Husayn tuvo la oportunidad de apreciar la trascendente sublimidad de los escritos de Quddús, con su acostumbrada sagacidad y buen juicio, fue igualmente capaz de estimar en su verdadero valor y mérito, aquellas dotes especiales que poseían tanto la persona como la palabra de Quddús. La vastedad de sus propios conocimientos adquiridos quedaba reducida a la insignificancia ante las virtudes omnímodas conferidas por Dios, que desplegaba el espíritu de este joven. En ese mismo instante, juró lealtad inquebrantable a aquél que reflejaba en forma tan poderosa la luz de su propio querido Maestro. Sintió que su primera obligación era subordinarse completamente a Quddús, seguir en sus pasos y acatar su voluntad, asegurando su bienestar y seguridad por todos los medios a su alcance. Hasta el momento de su martirio, Mullá Husayn permaneció fiel a su juramente. En su extrema deferencia hacia Quddús, su único móvil era su convicción firme e inalterable de la realidad de aquellos dones sobrenaturales que los distinguían tan claramente del resto de sus condiscípulos. Ninguna otra consideración lo indujo a mostrar tal deferencia y humildad en su comportamiento hacia uno que no parecía ser más que su igual. La penetrante percepción de Mullá Husayn captó rápidamente la magnitud del poder que yacía latente en él y su nobleza de carácter lo impelió a demostrar en forma digna su reconocimiento de esa verdad.

La transformación en la actitud de Mullá Husayn hacia Quddús fue tal, que los creyentes que se reunieron al día siguiente en su casa se sintieron sumamente sorprendidos cuando encontraron que el huésped que, la noche anterior, había ocupado el sitio de honor y sobre quién se habían prodigado tal bondad y hospitalidad, había cedido su asiento a su anfitrión y ahora se encontraba de pie, en su lugar, en actitud de completa humildad en el umbral. Las primeras palabras que Quddús dirigió a Mullá Husayn en presencia de los creyentes reunidos, fueron las siguientes: "En este mismo instante, deberías levantarte y, armado con la vara de la sabiduría y del poder, silenciar la hueste de malvados conspiradores que tratan de desacreditar el buen nombre de la Fe de Dios. Deberías afrontar a esa multitud y confundir a sus fuerzas. Deberías poner toda tu confianza en Dios y deberías considerar sus maquinaciones como un intento fútil de oscurecer el brillo de la Causa. Deberías entrevistarte con el Sa‘ídu'l-‘Ulamá, ese notorio tirano de falso corazón y deberías exponer a sus ojos con temor a las características distintivas de esta Revelación. De allí deberías ir a Khurásán. En la

ciudad de Mashhad, deberías construir una casa diseñada de modo que pueda servir tanto para nuestra residencia particular como un lugar con facilidades adecuadas para la recepción de nuestros huéspedes. Luego iremos allí y moraremos en aquella casa. A ella invitarás a toda alma receptiva que esperamos, sea guiada al Río de vida eterna. Las prepararemos y exhortaremos que se reúnan y proclamen la Causa de Dios".

Al despuntar el alba del día siguiente, Mullá Husayn partió para entrevistarse con el Sa‘ídu'l-‘Ulamá. Sólo y sin ayuda, buscó su presencia y le dio a conocer, de acuerdo con la petición de Quddús, el Mensaje del nuevo Día. Intrépidamente y con elocuencia, defendió, en medio de la asamblea de los discípulos, la Causa de su amado Maestro, le hizo un llamado para que demoliera aquellos ídolos que había tallado su propia vana fantasía y que colocara sobre sus fragmentos el estandarte de la guía Divina. Le urgió que librara su mente de las esclavizadoras enseñanzas del pasado y que se apresurara, libre de amarras, a las playas de la eterna salvación. Con vigor característico, derrotó cada argumento con que ese embaucador aparentemente plausible trató de refutar la verdad del mensaje Divino y mostró abiertamente, mediante su lógica incontestable, las falacias de cada doctrina que trató de exponer. Asaltado por el temor de que la congregación de sus discípulos se uniera espontáneamente alrededor de la persona de Mullá Husayn, el Sa‘ídu'l-‘Ulamá recurrió al más vil de los recursos, y dio rienda suelta al lenguaje más abusivo posible con la esperanza de conservar la integridad de su posición. Arrojó sus calumnias al rostro de Mullá Husayn e ignorando despreciativamente las pruebas y testimonios aducidos por su antagonista, afirmó confiadamente, sin la más mínima justificación de su parte, la futilidad de la Causa a que se le había llamado a defender. Apenas se había dado cuenta Mullá Husayn de su absoluta falta de capacidad para comprender el significado del Mensaje que le había traído, cuando se levantó de su asiento y dijo: "Mi argumento ha fracasado en despertaros del sueño de la negligencia. Mis acciones en los días por venir os probarán el poder del Mensaje que habéis elegido despreciar". Habló con tal vehemencia y emoción que el Sa‘ídu'l-‘Ulamá se sintió completamente confundido. Tal fue la consternación de su alma que fue incapaz de responder. Entonces Mullá Husayn se volvió a un miembro de aquel auditorio que parecía haber sentido la influencia de sus palabras y le encargó que relatara a Quddús las circunstancias de aquella entrevista. "Decidle", agregó, "En cuanto no me ordenó específicamente buscar su presencia, he decidido partir inmediatamente a Khurásán. Procedo a cumplir en su totalidad aquello que me ha dado instrucciones de llevar a cabo".

Sólo y con el corazón libre de todo menos de Dios, Mullá Husayn emprendió viaje a Mashhad. Su único compañero, mientras caminaba a Khurásán, era el pensamiento de cumplir fielmente los deseos de Quddús, y su único sustento la consciencia de su indefectible promesa. Fue directamente a la casa de Mírzá Muhammad-Báqir-i-Qá'iní y pronto pudo adquirir, en las vecindades de aquella casa en Bálá-Khíyábán, un pedazo de terreno sobre el que comenzó a edificar la casa que se le había ordenado construir y al que dio el nombre de Bábíyyih, nombre que conserva hasta el día de hoy. Poco después de que había sido terminada, Quddús llegó a Mashhad y vivió en aquella casa. Un torrente ininterrumpido de visitantes, a quienes la energía y celo de Mullá Husayn había preparado para la aceptación de la Fe, se precipitó en presencia de Quddús, reconocieron la llamada de la Causa y voluntariamente se alistaron bajo su estandarte. La vigilancia permanente con que Mullá Husayn luchó por difundir el conocimiento de la nueva Revelación y la forma magistral en que Quddús estimuló a sus adherentes cada vez más numerosos, dio lugar a una ola de entusiasmo que se difundió por toda la ciudad de Mashhad y cuyos efectos se difundieron rápidamente más allá de los confines de Khurásán. La casa de Bábíyyih se convirtió en un centro de reunión de una multitud de fieles encendidos con una resolución inflexible para demostrar, por todos los medios a su alcance, las enormes energías inherentes a su Fe.

CAPÍTULO 15

VIAJE DE TÁHIRIH DE KARBILÁ A KHURÁSÁN

A medida que se acercaba la hora cuando, de acuerdo con las revelaciones de la Providencia, debía ser rasgado el velo que aún ocultaba las verdades fundamentales de la Fe, estalló en llamas en el corazón de Khurásán una hoguera de tal intensidad que los obstáculos más formidables que impedían el reconocimiento final de la Causa se derritieron y desaparecieron[1]. Aquel fuego provocó tal conflagración en los pechos de los hombres que los efectos de su poder vivificador se sintieron en las provincias más distantes de Persia. Hizo desaparecer hasta la última señal de aprehensiones y dudas que aún quedaban en los corazones de los creyentes y que, hasta entonces, habían impedido que comprendieran la plenitud de Su gloria. El decreto del enemigo había condenado al aislamiento permanente a aquél quien era la personificación de la Belleza de Dios, y buscó por este medio apagar para siempre la llama de Su amor. La mano de la Omnipotencia, sin embargo, estaba ocupada, en un momento en que la hueste de perpetradores de iniquidades estaba conspirando en Su contra en las penumbras, en confundir sus planes y en anular sus esfuerzos. En la provincia más oriental de Persia, por medio de la mano de Quddús, el Todopoderoso había encendido una hoguera que brillaba con candente llama en los pechos de la gente de Khurásán. Y en Karbilá, más allá de los confines de aquella tierra había encendido la luz de Táhirih, una luz que estaba destinada a derramar su esplendor sobre toda Persia. Del oriente y del occidente de ese país, la voz del Invisible llamó a aquellas luces gemelas para que se apresuraran a la tierra de Ta[2], el manantial de gloria, el hogar de Bahá'u'lláh. Pidió a ambos que buscaran la presencia y que rodearan la persona de aquella Estrella Matutina de Verdad, que buscaran Su consejo, fortalecieran Sus esfuerzos y que prepararan el camino para Su Revelación venidera.

En cumplimiento del decreto Divino, en los días en que Quddús residía aún en Mashhad, fue revelada por la pluma del Báb una Tablilla dirigida a todos los creyentes de Persia, en que se encarecía a todo adherente leal de la Fe que se "apresurara a ir a la tierra de Khá", la provincia de Khurásán[3]. La noticia de esta elevada exhortación se difundió con extraordinaria rapidez y despertó entusiasmo universal. Llegó a oídos de Táhirih quien residía en aquel entonces en Karbilá y

estaba haciendo el máximo esfuerzo para difundir aún más la Fe con que se había desposado[4]. Había dejado su ciudad natal de Qazvín y había llegado, después de la muerte de Siyyid Kázim, a esa ciudad sagrada con la ferviente esperanza de atestiguar las señales que el fenecido Siyyid había predicho. Ya hemos visto, en páginas anteriores, cómo había sido llevada a descubrir, por instinto, la Revelación del Báb y cómo, espontáneamente, había reconocido Su verdad. Sin que nadie le advirtiera o invitara, percibió la luz del alba de la Revelación prometida que asomaba sobre la ciudad de Shíráz y se sintió impulsada a escribir su mensaje y expresar su fidelidad a Él Quien era el Revelador de aquella luz.

La respuesta inmediata del Báb a su declaración de fe que, sin lograr Su Presencia, se había sentido impulsada a hacer, aumentó su celo y acrecentó enormemente su valentía. Se levantó para difundir Sus enseñanzas, denunció en forma vehemente la corrupción y perversidad de su generación y abogó intrépidamente por una devoción fundamental en los hábitos y costumbres de su pueblo[5]. Su espíritu indomable fue vivificado por el fuego de su amor por el Báb y la gloria de su visión se reforzó aún más por el descubrimiento de las inestimables bendiciones latentes en Su Revelación. La temeridad y fuerza innatas de su carácter se vieron reforzadas cien veces por su convicción inconmovible de la victoria final de la Causa que había abrazado; y su energía ilimitada fue revitalizada por su reconocimiento del valor imperecedero de la misión que se había levantado a defender. Todos los que la conocieron en Karbilá fueron atrapados por su fascinante elocuencia y sintieron el embrujo de sus palabras. Nadie podía resistir su encanto; pocos podían librarse del contagio de su creencia. Todos atestiguaban las características extraordinarias de su carácter, se maravillaban ante su sorprendente personalidad y estaban convencidos de la sinceridad de sus convicciones.

Pudo ganar para la Causa la respetable viuda de Siyyid Kázim, que había nacido en Shíráz y fue la primera entre las mujeres de Karbilá que reconoció su verdad. He oído a Shaykh Sultán describir su extremada devoción a Táhirih, a quien reverenciaba como su guía espiritual y estimaba como su afectuosa compañera. Él también era un ferviente admirador del carácter de la viuda del Siyyid, a cuyos suaves modales con frecuencia rendía tributo. "Tal era su apego a Táhirih", observó con frecuencia Shaykh Sultán, "que mostraba extraordinaria renuencia a permitir a esa heroína, que era huésped en su casa, que se ausentara, aunque fuera por una hora, de su presencia. Apego tan grande de su parte no dejó de despertar la curiosidad y vivificar la fe de sus amigas, tanto persas como árabes, que visitaban constantemente su casa. En el primer año de su aceptación

del Mensaje, enfermó repentinamente y después de tres días, como había sido el caso son Siyyid Kázim, partió de esta vida".

Entre los hombres de Karbilá que abrazaron fervientemente, gracias a los esfuerzos de Táhirih, la Causa del Báb, estaba un cierto Shaykh Sálih, un residente árabe de aquella ciudad que fue el primero en derramar su sangre en el sendero de la Fe en Teherán. Fue tan profusa en alabanzas de Shaykh Sálih, que algunos sospecharon que tenía igual rango que Quddús. Shaykh Sultán estaba también entre los que cayeron bajo el hechizo de Táhirih. A su regreso de Shíráz, se identificó con la Fe, promovió sus intereses con valentía y asiduidad e hizo lo más que pudo para llevar a cabo sus instrucciones y deseos. Otro admirador era Shaykh Muhammad-i-Shibl, padre de Muhammad-Mustafá, un nativo árabe de Bagdad que tenía un elevado rango entre los ‘ulamás de esa ciudad. Con la ayuda de este grupo de defensores firmes y capaces, Táhirih pudo inflamar la imaginación y conseguir la alianza de un número considerable de los habitantes persas y árabes de Iráq, la mayoría de quienes fueron inducidos por ella a unir sus fuerzas con las de sus hermanos persas que muy pronto iban a ser llamados a dar forma con sus acciones al destino, y sellar con su sangre el triunfo de la Causa de Dios.

La llamada del Báb, que originalmente fue dirigida a Sus discípulos en Persia, muy pronto fue transmitida a los seguidores de Su Fe en Iráq. Táhirih respondió gloriosamente. Su ejemplo fue seguido inmediatamente por gran número de sus fieles admiradores, todos los cuales expresaron estar listos a viajar a Khurásán. Los ‘ulamás de Karbilá trataron de disuadirla de emprender el viaje. Percibiendo inmediatamente los motivos que los llevaba a darle tan consejo y comprendiendo su malvado designio, dirigió a cada uno de esos sofistas una larga epístola en que daba a conocer sus motivos y desenmascaró su disimulo[6].

De Karbilá fue a Bagdad[7]. Una delegación representativa de las comunidades shí‘ita, sunní, cristiana y judía de esa ciudad buscaron su presencia y trataron de convencerla de la torpeza de sus acciones. Sin embargo, pudo silenciar sus protestas y los asombró con la fuerza de sus argumentos. Desilusionados y confundidos, se retiraron plenamente conscientes de su propia impotencia[8].

Los ‘ulamás de Kirmánsháh la recibieron respetuosamente y le dieron diversas muestras de su estimación y admiración[9]. En Hamadán[10], sin embargo, los dirigentes eclesiásticos de la ciudad estaban divididos en su actitud hacia ella. Algunos trataron secretamente de provocar al populacho y minar su prestigio; otros se sintieron inclinados a alabar abiertamente sus virtudes y aplaudir su coraje. "Nos incumbe", declararon estos amigos desde el púlpito, "seguir su noble ejemplo y pedirle con reverencia que dilucide para nosotros los misterios del

Corán y resuelva los puntos intrincados del libro Sagrado. Porque nuestras conquistas más sobresalientes no son sino una gota en comparación con la inmensidad de sus conocimientos". Mientras estaba en Hamadán, vinieron a ver a Táhirih aquellos a quienes su padre, Hájí Mullá Sálih había enviado desde Qazvín para darle la bienvenida y encarecerle, de su parte, que visitara su ciudad natal y prolongara su permanencia entre ellos[11]. Con renuencia, aceptó. Antes de partir, pidió a los que la habían acompañado desde Iráq que fueran a su tierra natal. Entre ellos estaban Shaykh Sultán, Shaykh Muhammad-i-Shibl y su joven hijo, Muhammad-Mustafá, ‘Ábíd y su hijo Násir, a quien se dio posteriormente el nombre de Hájí ‘Abbás. A aquellos de sus compañeros que habían estado viviendo en Persia tales como Siyyid Muhammad-i-Gulpáyigání, quien usaba el seudónimo de Tá‘ir, y a quien Táhirih llamó Fata'l-Malíh y a otros les pidió que regresaran a sus hogares. Sólo dos de sus compañeros permanecieron con ella, Shaykh Sálih y Mullá Ibráhím-i-Gulpáyigání quienes, ambos, libaron la copa del martirio, el primero en Teherán y el otro en Qazvín.

De sus propios familiares, su cuñado Mírzá Muhammad-‘Alí, una de las letras de los vivientes y Siyyid ‘Abdu'l-Hádi, que se había casado con su hija, viajaron con ella todo el camino desde Karbilá a Qazvín.

Cuando llegó a casa de su padre, su primo, el arrogante y pérfido Mullá Muhammad, hijo de Mullá Taqí, que se consideraba a sí mismo, junto con su padre y tío, el más destacado de los mujtahid de Persia, envió a algunas damas de su propio hogar para que persuadieran a Táhirih que trasladara su residencia de la casa de su padre a la suya. "Decidle a mi pariente presuntuoso y arrogante", replicó valientemente a los mensajeros, "Si tu deseo hubiera sido en realidad el de un compañero y fiel consorte mío, te habrías apresurado en ir a buscarme a Karbilá a pie y habrías guiado mi howdah[12] por todo el camino a Qazvín. Mientras viajaba contigo, yo te habría despertado de tu sueño de negligencia y te habría mostrado el sendero de la verdad. Pero esto no debía ser. Han pasado tres años desde nuestra separación. Ni en este mundo ni en el venidero puedo jamás estar asociada contigo. Te he arrancado de mi vida para siempre".

Respuesta tan firme y concluyente provocó tanto en Mullá Muhammad como en su padre un estallido de furia. Inmediatamente la pronunciaron una hereje y día y noche trataron de minar su posición y manchar su fama. Táhirih se defendió con vehemencia y siguió exponiendo lo depravado de sus caracteres[13]. Su padre, un hombre justo, amante de la paz, deploró esta disputa mordaz y trató de conseguir que se estableciera la reconciliación y la armonía entre ellos, pero fracasó en sus esfuerzos.

Se mantuvo este estado de tensión hasta que cierto Mullá ‘Abdu'lláh, oriundo de Shíráz y ferviente admirador tanto de Shaykh Ahmad como de Siyyid Kázim, llegó a Qazvín a principios del mes de Ramadán, en el año 1263 D.H.[14]. Posteriormente, durante su enjuiciamiento en Teherán, en presencia del Sáhib-Díván, este mismo Mullá ‘Abdu'lláh relató lo siguiente: "Nunca he sido un bábí convencido. Cuando llegué a Qazvín estaba en camino a Máh-Kú, con la intención de visitar al Báb e investigar la naturaleza de Su Causa. El día de mi llegada a Qazvín me vine a dar cuenta que la ciudad se encontraba en estado grave de agitación. Al pasar por la plaza del mercado vi a una turba de rufianes que había arrancado el turbante y los zapatos a un hombre, habían arrollado el turbante alrededor de su cuello y lo estaban arrastrando por las calles. Una muchedumbre furiosa lo estaba atormentando con amenazas, golpes y maldiciones. 'Su culpa imperdonable', se me dijo en contestación a mi pregunta, 'es que se ha atrevido a ensalzar públicamente las virtudes de Shaykh Ahmad y Siyyid Kázim. De acuerdo con ello, Hájí Mullá Taqí, el Hujjatu'l-Islám, lo ha declarado hereje y ha decretado que sea expulsado de la ciudad'.

Me sentí asombrado ante la explicación que se me había dado. ¿Cómo, pensé en mí, podía considerarse a un shaykhí un hereje y digno de trato tan cruel? Con el deseo de confirmar con Mullá Taqí en persona la verdad de esta información, fui a su colegio y le pregunté si efectivamente había pronunciado condenación tal en su contra. 'Si', replicó secamente, 'el Dios a quien adoraba el extinto Shaykh Ahmad-i-Bahrayní es un Dios en el que jamás podré creer. A él tanto como a sus seguidores los considero como la personificación misma del error'. Me sentí inclinado, en ese instante, a darle un golpe en la cara en presencia de sus discípulos allí reunidos. Me controlé sin embargo y juré que, Dios mediante, atravesaría sus labios con mi puñal para que nunca más pudiera decir semejante blasfemia.

Inmediatamente me retiré de su presencia y dirigí mis pasos a la plaza del mercado, donde compré un puñal y una cabeza de lanza del acero de mejor calidad y filo. Los oculté bajo mi ropa, listos para satisfacer la pasión que ardía en mí. Esperaba mi oportunidad cuando, una noche, entré al masjid donde acostumbraba a dirigir a la congregación en oración. Esperé hasta el amanecer, cuando vi entrar una anciana al masjid, llevando consigo una alfombra, que desenvolvió sobre el piso del mihráb[15]. Poco después, vi a Mullá Taqí entrar sólo, se acercó al mihráb y ofreció su oración. Cautelosamente y sin hacer ruido, lo seguí y me puse de pie detrás de él. Se estaba postrando sobre el suelo cuando me abalancé sobre él, saqué mi cabeza de lanza y la hundí en su cuello. Profirió un grito agudo. Lo eché sobre su espalda, y desenvainando mi daga, la hundí

hasta el puño en su boca. Con el mismo puñal lo herí en varios sitios del pecho y costado y lo dejé sangrando en el mihráb.

Inmediatamente subí al techo del masjid y observé el frenesí y la agitación de la muchedumbre. Entró una multitud y, colocándolo sobre una camilla, lo transportaron a su casa. Imposibilitado de identificar al asesino, el populacho aprovechó la oportunidad para satisfacer sus más bajos instintos. Se agredieron unos a otros, se atacaron mutuamente y acusaron entre sí en presencia del gobernador. Como encontré que gran número de personas inocentes fueron molestadas y encarceladas, me sentí impelido, por la voz de la conciencia, a confesar mi acción. Busqué la presencia del gobernador y le dije: 'Si entrego en sus manos al autor de este asesinato, ¿me promete poner en libertad a toda esta gente inocente que está sufriendo por su culpa?' En cuanto obtuve de él tal seguridad le confesé que yo había cometido la acción. Al principio no estaba dispuesto a creerme. A petición mía, hizo llamar a la anciana que había colocado la alfombra en el mihráb, pero rehusó convencerse ante las pruebas que ella dio. Finalmente me condujeron al lado del lecho de Mullá Taqí, que estaba a punto de morir. En cuanto me vio reconoció mi rostro. En su agitación, indicó con su dedo, mostrando que yo lo había atacado. Hizo señas de que me retiraran de su presencia. Poco después expiró. Inmediatamente fui arrestado y condenado por asesinato, echándoseme a la cárcel. Sin embargo, el gobernador faltó al cumplimiento de su promesa y rehusó dejar en libertad a los prisioneros".

El candor y la sinceridad de Mullá ‘Abdu'lláh agradaron sobremanera al Sáhib-Díván. Dio órdenes secretas a sus asistentes que le dieran posibilidades de huir de la prisión. A medianoche el prisionero se refugió en casa de Ridá Khán-i-Sardár, quien hacía poco se había casado con la hermana del Sipah-Sálár, y permaneció oculto en esa casa hasta que se produjo la gran lucha de Shaykh Tabarsí, cuando decidió unir su suerte a la de los heroicos defensores del fuerte. Él, así como Ridá Khán, quien lo siguió a Mázindarán, libó finalmente la copa del martirio.

Las circunstancias del asesinato transformaron en furor la rabia de los herederos legales de Mullá Taqí, quienes decidieron descargar su venganza sobre Táhirih. Lograron ponerla bajo estricta vigilancia en la casa de su padre y encargaron a las mujeres que habían seleccionado para vigilarla que no permitieran a su cautiva dejar su alcoba excepto para practicar sus abluciones diarias. La acusaron de ser la verdadera instigadora del crimen. "Nadie fuera de ti", aseguraron, "es culpable del asesinato de nuestro padre. Tú diste la orden para que lo mataran". Los que habían arrestado y encarcelado fueron conducidos por ellos a Teherán y fueron confinados en la casa de uno de los kad-khudás[16] de la

capital. Los amigos y herederos de Mullá Taqí se dispersaron en todas direcciones denunciando a sus cautivos como repudiadores de la ley del islam y exigiendo que fueran sentenciados a muerte inmediatamente.

Bahá'u'lláh, quien en aquel entonces residía en Teherán, fue informado del apuro en que se encontraban estos prisioneros que habían sido los compañeros y defensores de Táhirih. Como ya conocía al kad-khudá en cuya casa estaban encarcelados, decidió visitarlos e interceder por ellos. Ese oficial falso y lleno de avaricia, que bien sabía la extraordinaria generosidad de Bahá'u'lláh, exageró mucho las desgracias acaecidas a los infelices cautivos, con la esperanza de obtener ventajas pecuniarias substanciales para sí. "Carecen de las necesidades más esenciales de la vida", dijo el kad-khudá. "Pasan hambre y su ropa es extremadamente escasa". Bahá'u'lláh dio ayuda financiera inmediata para auxiliarlos y pidió al kad-khudá que atenuara la severidad de las órdenes bajo las cuales estaban confinados. Accedió a aliviar a algunos que eran incapaces de soportar el peso de sus cadenas y para los demás hizo lo que pudo para mitigar el rigor de su confinamiento. Instigado por la avaricia, informó a sus superiores de la situación y puso énfasis sobre el hecho que Bahá'u'lláh estaba suministrando regularmente alimento y dinero para los que estaban encarcelados en su casa.

A su vez estos oficiales se sintieron tentados de obtener todas las ventajas posibles de la liberalidad de Bahá'u'lláh. Lo llamaron a su presencia, protestaron por Su acción y Lo acusaron de complicidad en el hecho por el que habían sido condenados los cautivos. "El kad-khudá", replicó Bahá'u'lláh, "Me imploró por su causa y se explayó sobre sus sufrimientos y necesidades. Él mismo atestiguó su inocencia y apeló a Mí para que los ayudara. En recompensa por la ayuda que, en respuesta a su pedido, Me sentí impulsado a dar, ustedes Me acusan ahora de un crimen del cual soy inocente". Con la esperanza de intimidar a Bahá'u'lláh con la amenaza de castigo inmediato, rehusaron permitirle volver a Su casa. El confinamiento que sufrió fue la primera aflicción padecida por Bahá'u'lláh en el sendero de la Causa de Dios; el primer encarcelamiento que sufrió por causa de Sus amados. Permaneció cautivo durante algunos días, hasta que Ja‘far-Qulí Khán, el hermano de Mírzá Áqá Khán-i-Núrí, que posteriormente fue nombrado Gran Vazír del Sháh, y muchos otros amigos intervinieron en Su defensa y, amenazando al kad-khudá con lenguaje severo, lograron obtener su liberación. Aquellos que habían sido responsables de su confinamiento esperaban confiadamente recibir, en recompensa por Su libertad, la suma de mil tumanes[17] pero pronto descubrieron que estaban obligados a cumplir el deseo de Ja‘far-Qulí Khán sin esperanzas de recibir, ni de él ni de Bahá'u'lláh, la más mínima

recompensa. Con infinitas disculpas y con profundo pesar, entregaron a su Cautivo en sus manos.

Los herederos de Mullá Taqí estaban haciendo, mientras tanto, los esfuerzos más grandes posibles para vengar la muerte de su distinguido pariente. Insatisfechos con lo que ha habían hecho, apelaron a Muhammad Sháh en persona y trataron de conquistar su simpatía para su causa. Se dice que el Sháh dio la siguiente respuesta: "Seguramente vuestro padre, Mullá Taqí, ni puede haber pretendido ser superior al Imán ‘Alí, el Comandante de los Fieles. ¿No dio este instrucciones a sus discípulos que, si llegara a caer víctima de la espada de Ibn-i-Mulham, sólo el asesino debía pagar, con su vida, su acción, que nadie más que él debía morir? ¿Por qué no ha de ser vengada en igual forma la muerte de vuestro padre? Decidme quién es su asesino y daré órdenes para que sea entregado a vuestro poder para que podáis imponerle el castigo que se merece".

La actitud independiente del Sháh los indujo a abandonar las esperanzas que habían acariciado. Declararon que Shaykh Sálih era el asesino de su padre, lograron que se le arrestara y le dieron muerte de forma ignominiosa. Fue el primero en derramar su sangre en tierra persa en el sendero de la Causa de Dios; el primero de esa gloriosa compañía destinada a sellar con su sangre el triunfo de la sagrada Fe de Dios. Mientras lo llevaban al lugar de su martirio su rostro brillaba con celo y alegría. Se apresuró a ir al pie del cadalso y saludó a su verdugo como si estuviera dando la bienvenida a un amigo de toda su vida. Palabras de triunfo y esperanza brotaron de sus labios. "¡Descarté", exclamó extasiado, a medida que se acercaba a su fin, "las esperanzas y creencias de los hombres desde el momento que Te acepté, Tú quien eres mi Esperanza y mi Fe!" Sus restos fueron enterrados en el patio del santuario del Imán Zádih Zayd en Teherán.

El odio insaciable que animaba a aquellos que habían sido responsables del martirio del Shaykh Sálih los llevó a buscar nuevos instrumentos para la promoción de sus designios. Hájí Mírzá Áqásí, a quien el Sáhib-Díván había logrado convencer de la conducta traicionera de los herederos de Mullá Taqí, rehusó prestar atención a su petición. Sin amilanarse por su negativa, sometieron su caso al Sadr-i-Ardibílí, un hombre notorio por lo presuntuoso y uno de los dirigentes eclesiásticos más arrogantes de Persia. "Observad", dijeron, "la indignidad que se ha infligido sobre aquellos cuya suprema función es guardar la integridad de la Ley. ¿Cómo puede usted, que es su jefe y principal expositor, permitir que se perpetúe afrenta tan grave a su dignidad y dejarlo sin castigo? ¿Es usted en verdad incapaz de vengar la sangre de ese ministro del Profeta de Dios que ha sido asesinado? ¿No se da cuenta que tolerar crimen tan sanguinario por sí

sólo daría lugar a un torrente de calumnias contra quienes son los depositarios principales de los principios y enseñanzas de nuestra Fe? ¿No envalentonará vuestro silencio a los enemigos del islam para destruir la estructura que vuestras propias manos han levantado? ¿No estará en peligro vuestra propia vida como consecuencia?"

El Sadr-i-Ardibílí sintió miedo y, en su impotencia, trató de engañar a su soberano. Dirigió la siguiente petición a Muhammad Sháh: "Humildemente imploro a vuestra Majestad que permita a los cautivos acompañar a los herederos de ese dirigente martirizado en su regreso a Qazvín, para que, por su propia iniciativa, puedan perdonarles públicamente su acción y permitirles recobrar su libertad. Tal gesto de parte de ellos conquistará la estimación de sus compatriotas". El Sháh completamente inadvertido de los malvados designios de este astuto conspirador expreso que un informe escrito le fuera enviado desde Qazvín asegurándole que la condición de los prisioneros era completamente satisfactoria después de su liberación y que no era probable que les sobreviniera daño alguno en el futuro.

Apenas habían sido entregados los prisioneros en manos de los sediciosos cuando emprendieron la tarea de satisfacer sus sentimientos de odio implacable hacia ellos. La primera noche que fueron entregados en manos de sus enemigos, Hájí Asadu'lláh, el hermano de Hájí Alláh-Vardí y tío paterno de Muhammad Hádí y Muhammad-Javád-i-Farhádí, un destacado comerciante de Qazvín que había conquistado reputación por su piedad y rectitud que estaban a la misma altura que las de su ilustre hermano, fue asesinado sin misericordia. Como sabían muy bien que en su propia ciudad natal no podrían infligirle el castigo que deseaban, decidieron quitarle la vida mientras estaba en Teherán de modo que no se les sospechara haberlo asesinado. A media noche llevaron a cabo la vergonzosa acción y al día siguiente anunciaron que su muerte había sido debida a enfermedad. Sus amigos y parientes, la mayoría oriundos de Qazvín, ninguno de los cuales había podido descubrir el crimen que había extinguido vida tan noble, le dieron un entierro digno de su posición.

El resto de sus compañeros, entre los que estaban Mullá Táhir-i-Shírází y Mullá Ibráhím-i-Mahallátí, quienes eran ambos muy estimados por su erudición y carácter, fueron muertos en forma salvaje inmediatamente después de su llegada a Qazvín. Toda la población, que había sido instigada cuidadosamente de antemano, pidió su inmediata ejecución. Una banda de bribones desvergonzados, armados de cuchillos, espadas, lanzas y hachas, se abalanzó sobre ellos y los destrozaron. Mutilaron sus cuerpos con barbarie tal que no se encontró ni un solo fragmento de sus miembros esparcidos para enterrarlos.

¡Gran Dios! Se han cometido acciones de salvajismo tan increíble en una ciudad como Qazvín, que se enorgullece del hecho que no menos de cien de los más destacados dirigentes del islam moran en su interior, y sin embargo no se pudo encontrar uno sólo de entre sus habitantes que levantara su voz en protesta contra asesinatos tan repugnantes. Nadie parecía poner en tela de juicio su derecho a perpetrar acciones tan vergonzosas e inicuas. Nadie parecía darse cuenta de la absoluta incompatibilidad entre acciones tan feroces cometidas por los que decían ser los únicos depositarios de los misterios del islam y la conducta ejemplar de aquellos quienes fueron los primeros en manifestar su luz al mundo. Nadie se sintió movido a exclamar con indignación: "¡Oh generación malvada y perversa! ¡A qué profundidades de infamia y vergüenza habéis caído! ¿No han sobrepasado las abominaciones que habéis cometido, la barbarie de los más degradados entre los hombres? ¿No reconoceréis que no las bestias del campo ni ningún ser que se mueve sobre la tierra jamás ha igualado la ferocidad de vuestras acciones? ¿Por cuánto tiempo va a continuar vuestra indiferencia? ¿No creéis que la eficacia de cada oración congregacional dependa de la integridad del que dirige aquella oración? ¿No habéis declarado una vez tras otra que ninguna de tales oraciones es aceptable a la vista de Dios hasta que el imán que dirige la congregación haya purgado su corazón de la última seña de maldad? Y sin embargo consideráis que los que instigan y comparten la ejecución de tales atrocidades son los verdaderos dirigentes de vuestra Fe, las personificaciones de rectitud y justicia. ¿No habéis entregado en sus manos las riendas de vuestra Causa y los habéis considerado los forjadores de vuestro destino?"

La noticia de esta atrocidad llegó a Teherán y se difundió con increíble rapidez por la ciudad. Hájí Mírzá Áqásí protestó con vehemencia. "¿En qué parte del Corán", se dice que exclamó, "en qué tradición de Profeta Muhammad, se ha justificado la masacre de numerosos personas con el objeto de vengar la muerte de una sola?" Muhammad Sháh también expresó su absoluta desaprobación de la traicionera conducta del Sadr-i-Ardibílí y sus secuaces. Denunció su cobardía, lo expulsó de la capital y lo condenó a una vida oscura en Qum. Su caída del poder agradó sobremanera al Gran Vazír que hasta entonces había luchado en vano para derrocarlo, y cuyo repentino alejamiento de Teherán lo libró de las aprehensiones que habían despertado la extensión paulatina de su poder. Su propia denuncia de la masacre de Qazvín estaba inspirada menos por su simpatía por la Causa de las indefensas víctimas, que por su esperanza de implicar al Sadr-i-Ardibílí en situación embarazosa que caería en desgracia inevitablemente ante el Soberano.

El fracaso del Sháh y de su gobierno de infligir castigo inmediato a los culpables, los envalentonó a buscar nuevos medios para saciar su odio implacable

en sus antagonistas. Entonces dirigieron su atención a Táhirih en persona y resolvieron que ella debía sufrir en sus manos la misma suerte que había acaecido a sus compañeros. Mientras estaba aún confinada, en cuanto supo los designios de sus enemigos, Táhirih dirigió el siguiente mensaje a Mullá Muhammad, quien había pasado a ocupar el puesto de su padre y era reconocido ahora como el Imán-Jum‘ih de Qazvín: "De buena gana apagarían la luz de Dios con sus bocas: pero Dios solo desea perfeccionar Su luz, a pesar que los infieles la aborrecen"[18]. Si mi Causa es la Causa de la Verdad, si el Señor a Quien adoro no es sino el único verdadero Dios, Él podrá, antes que hayan pasado nueve días, librarme del yugo de su tiranía. Si fracasara en obtener mi liberación, estás libre para hacer lo que deseas. Habrás establecido irrevocablemente la falsedad de mi creencia". Mullá Muhammad, reconociendo su incapacidad para aceptar desafío tal, optó por ignorar completamente su mensaje y buscó por medio de la astucia, cumplir su propósito.

En esos días, antes que se cumpliera el plazo que Táhirih había fijado para su liberación, Bahá'u'lláh dio a conocer Su deseo que fuera librada de su cautiverio y llevada a Teherán. Decidió establecer, a la vista de su adversario, la veracidad de sus palabras y frustrar las intrigas que habían concebido sus enemigos para lograr su muerte. De acuerdo con esto, hizo llamar a Muhammad-Hádíy-i-Farhadí y le confió la tarea de conseguir su traslado inmediato a Su propia casa en Teherán. Encargó a Muhammad-Hádi que entregara una carta sellada a su mujer, Khátún-Ján, y que le diera instrucciones de ir, disfrazada de mendigo, a la casa en que estaba confinada Táhirih; que entregara en sus manos la carta; que esperara un rato a la entrada de su casa hasta que se reuniera con ella y que entonces se apresurara a llevarla bajo su custodia. ***"En cuanto Táhirih se haya reunido contigo"***, Bahá'u'lláh encargó al emisario, ***"parte inmediatamente a Teherán. Esta misma noche enviaré a las vecindades de la puerta de Qazvín a un asistente con tres caballos que recibirás y colocarás en un lugar designado por ti, fuera de las murallas de Qazvín. Llevarás a Táhirih a ese lugar, montarán en los caballos y por una ruta poco frecuentada tratarás de llegar al despuntar el alba a las afueras de la capital. En cuanto se abran las puertas deben entrar en la ciudad y venir inmediatamente a Mi casa. Debes tomar las máximas precauciones para que no se descubra su identidad. Sin duda el Todopoderoso guiará tus pasos y te rodeará con Su incesante protección".***

Fortalecido por las seguridades que le había dado Bahá'u'lláh, Muhammad-Hádi partió inmediatamente a cumplir con las instrucciones que había recibido. Sin hallar obstáculo alguno, con habilidad y fidelidad cumplió su tarea y pudo llevar a Táhirih sana y salva, a la hora designada, a la casa de su Maestro. Su

repentina y misteriosa desaparición de Qazvín llenó tanto a sus amigos cono enemigos de consternación. Toda la noche buscaron en las casas y vieron frustrados sus esfuerzos por encontrarla. El cumplimiento de lo que había predicho dejó atónitos hasta a los más escépticos de sus antagonistas. Algunos se dieron cuenta del carácter sobrenatural de la Fe que había abrazado y se sometieron voluntariamente a sus afirmaciones. Mírzá ‘Abdu'l-Vahháb, su propio hermano, reconoció ese mismo día, la verdad de la Revelación, pero fracasó en demostrar posteriormente con acciones la sinceridad de su creencia[19].

La hora que había fijado Táhirih para su liberación la encontró establecida ya en lugar seguro bajo la sombra protectora de Bahá'u'lláh. Sabía muy bien en presencia de Quien había sido admitida; se daba plena cuenta cuán sagrada era la hospitalidad que se le había dado con tanta amabilidad[20]. Como en el caso de su aceptación de la Fe proclamada por el Báb cuando, sin que nadie se lo advirtiera o llamara, había dado la bienvenida a Su Mensaje y reconocido Su Verdad, de la misma manera por medio de su propio conocimiento intuitivo percibió la gloria futura de Bahá'u'lláh. Fue en el año 1260, mientras estaba en Karbilá, que ella aludió, en sus odas, a su reconocimiento de la Verdad que Él iba a revelar. Se me ha mostrado personalmente en Teherán, en casa de Siyyid Muhammad, a quien Táhirih llamó Fata'l-Malíh, los versos que ella había escrito de su propio puño y letra y cada una de cuyas líneas guardaba elocuente testimonio de su fe en la elevada misión tanto del Báb como de Bahá'u'lláh. En aquella oda aparece el siguiente verso: "La refulgencia de la Belleza de Abhá ha penetrado el velo de la noche; ¡observad las almas de Sus amados que, como mariposas danzan a la luz que ha brillado de Su rostro!" Fue su firme convicción del poder inconquistable de Bahá'u'lláh que la llevó a hacer sus predicciones con tal confianza y desafiar tan valientemente a sus enemigos. Nada sino una fe inconmovible en la eficacia infalible de ese poder pudo haberla inducido, en el momento más oscuro de su cautiverio, a afirmar con tal valentía y seguridad la proximidad de su victoria.

Pocos días después de la llegada de Táhirih a Teherán, Bahá'u'lláh decidió enviarlas a Khurásán en compañía de los creyentes que se estaban preparando para partir a aquella provincia. Él también había decidido dejar la capital y emprender igual rumbo algunos días más tarde. En vista de ello, llamó a Áqáy-i-Kalím y le dio instrucciones que tomara inmediatamente las medidas necesarias para el traslado de Táhirih junto con su sirviente, Qánitih, a un lugar fuera de la puerta de la capital, de donde debían ir, posteriormente, a Khurásán. Le advirtió que tuviera el mayor cuidado y discreción para que los guardias, que estaban apostados a la entrada de la ciudad y que habían recibido órdenes de prohibir el

paso de las mujeres que no llevaran un permiso, no descubrieran su identidad y evitaran su partida.

He oído a Áqáy-i-Kalím relatar lo siguiente: "Poniendo nuestra confianza en Dios, salimos cabalgando, Táhirih, su sirvienta y yo, a un lugar en las vecindades de la capital. Ninguno de los guardias apostados en la puerta de Shimírán hizo la menor objeción, ni tampoco nos preguntaron sobre nuestro destino. A la distancia de dos farsangs[21] de la capital, echamos pie a tierra en medio de un huerto con abundante agua y situado al pie de una montaña, en cuyo centro había una casa que parecía estar completamente desierta. Mientras buscaba al propietario me encontré con un anciano que estaba regando sus plantas. En respuesta a mi pregunta explicó que se había producido una disputa entre el propietario y los arrendatarios y como consecuencia los que ocupaban el sitio lo habían abandonado. "El dueño me ha pedido", agregó, "que cuide su propiedad hasta que se arregle la disputa". Me sentí muy feliz por la información que me dio y le pedí que compartiera con nosotros nuestro almuerzo. Cuando más tarde, decidí partir a Teherán, encontré que estaba dispuesto a cuidar a Táhirih y su sirvienta. Al encomendarlas a su cuidado, le aseguré que volvería personalmente al atardecer o enviaría a un criado de confianza u que yo vendría, a la mañana siguiente, con todo lo necesario para el viaje a Khurásán.

"A mi llegada a Teherán, envié a Mullá Báqir, una de las Letras de los Vivientes, junto con un criado, para que se reunieran con Táhirih. Informé a Bahá'u'lláh de su partida sin tropiezos de la capital. Se sintió muy feliz por la información que Le di y dio a ese huerto el nombre de 'Bágh-i-Jannar'[22]. "Esa casa", observó, "ha sido preparada providencialmente para recibirlos, para que puedan agasajar en ella a los amados de Dios".

"Táhirih permaneció siete días en aquel lugar, después de los cual partió, acompañada de Muhammad Hasan-i-Qazvíní, llamado Fatá y otros más, en dirección a Khurásán. Bahá'u'lláh me dio instrucciones que hiciera los preparativos para su partida y que proveyera todo lo que pudiera ser necesario para su viaje".

Notas

1.- "Nadie se sentirá sorprendido al saber", escribe Clément Huart, " que la nueva secta se difundió más rápidamente en Khurásán que en cualquier otra parte. Khurásán ha sido singularmente afortunada en que siempre ha ofrecido un terreno muy propicio para ideas nuevas. Es de esta provincia que salieron muchas revoluciones que produjeron cambios fundamentales en el Oriente Musulmán. Basta recordar que fue en Khurásán que se originó la idea de la renovación persa después de la conquista de los árabes. Fue también allí donde se organizó el ejército que, bajo las órdenes de Abú-Muslim, puso a los Abasidas sobre el trono de los Califas al derrocar a la aristocracia de Meca que lo había ocupado desde el advenimiento de los Umayyad" (La Religión del Báb, págs. 18-19).

2.- Teherán.

3.- "Se cree", escribe el teniente-coronel P. M. Sykes, "que el decimosegundo Imán no murió nunca, pero que en el año 260 D.H. (1873 D.C.) desapareció ocultándose milagrosamente y que reaparecerá en el Día del Juicio en la mezquita de Gawhar-Shád, en Mashhad, para ser aclamado como el Mihdí o 'Guía' y para llenar con justicia la tierra". (A History of Persia, vol. 2, pág. 45).

4.- Según Muhammad Mustafá (pág. 108), Táhirih llegó a Karbilá en el año 1263 D.H. visitó Kúfih y el distrito circundante y estaba ocupada en la difusión de las enseñanzas del Báb. Ella compartió los escritos de su Maestro con la gente que conoció, entre los que se encontraba Su comentario sobre el Sura de Kawthar.

5.- "Fue entre su propia familia que ella oyó hablar, por primera vez, de la prédica del Báb en Shíráz y aprendió el significado de sus doctrinas. Este conocimiento aún cuando incompleto e imperfecto, le agrado en extremo; empezó a tener correspondencia con el Báb y pronto aceptó todas sus ideas. No se conformó con una simpatía pasiva sino que confesó abiertamente la fe de su Maestro. No sólo denunció la poligamia sino también el uso del velo y mostró su rostro descubierto en público con gran asombro y escándalo de su familia de todo musulmán sincero pero con los aplausos de muchos conciudadanos quienes compartían su entusiasmo y cuyo número crecía como consecuencia de su prédica. Su tío el doctor, su padre el jurista y su marido trataron por todos los medios de lograr que adoptara una conducta más discreta y de mayor reserva. Ella los reprendió con argumentos inspirados por una fe que no era capaz de plácida resignación". (Comte de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 137-38).

6.- Según Samandar (manuscrito pág. 9), la razón principal de la agitación de la gente de Karbilá y que les indujo a acusar a Táhirih ante el gobernador de Bagdad fue su audaz acción de no observar el aniversario del martirio de Husayn que se conmemoraba en los primeros días del mes de Muharram en casa del extinto Siyyid Kázim en Karbilá y en celebrar en su lugar el día del natalicio del Báb, que cayó en el primer día de dicho mes. Se dice que pidió a su hermana y parientes que desecharan su luto y que en vez de ello usaran vestidos alegres, desafiando abiertamente las costumbres y tradiciones del pueblo para esa ocasión.

7.- Según Muhammad Mustafá (págs. 108-109), Táhirih iba acompañada por los siguientes discípulos y compañeros cuando llegó a Bagdad: Mullá Ibráhím-i-Mahallatí, Shaykh Sálih-i-Karímí, Siyyid Ahmad-i-Yazdí (el padre de Siyyid Husayn, el amanuense del Báb), Siyyid Muhammad-i-Báyigání, Shaykh Sultán-i-Karbilá'í, la madre de Mullá Husayn y su hija, la esposa de Mírzá Hádíy-i-Nahrí y su madre. Según el Kashfu'l-Ghitá, (pág. 94) la madre y hermana de Mullá Husayn se encontraban entre las señoras y discípulos que acompañaron a Táhirih en su viaje desde Karbilá a Bagdad. A su llegada se alojaron en casa de Shaykh Muhammad-ibn-i-Shiblu'l-'Araqí, después de lo cual fueron trasladados, por orden del gobernador de Bagdad, a la casa del Muftí, Siyyid Mahmúd-i-Álúsí, el renombrado autor del célebre comentario titulado Rúhú'l-Ma'ání, en espera de la llegada de nuevas instrucciones del Sultán en Constantinopla. El Kashfu'l-Ghitá agrega además (pág. 96) que en el Rúhú'l-Ma'ání se dice haber encontrado referencias a la conversación que el Muftí sostuvo con Táhirih a quien él dirigió, según se dice, las siguientes palabras: "Oh Qurratu'l-Ayn! Juro por Dios que comparto vuestra creencia. Sin embargo, siento aprehensión por los sables de la familia de 'Uthmán". "Ella fue directamente a la casa del Muftí principal ante quien defendió su creencia y su conducta con gran habilidad. La cuestión de si se le debía dejar seguir con su enseñanza fue sometida primero al Páshá de Bagdad y después al gobierno central, como consecuencia de lo cual se la ordenó que saliera de territorio turco". (A Traveller's Narrative, Note Q, Págs. 214-15).

8.- Según Muhammad Mustafá (pág. 111) las siguientes personas acompañaron a Táhirih des Khániqín (en la frontera de Persia) hasta Kirmánsháh: Shaykh Sálih-i-Karímí, Shaykh Muhammad-i-Shibl, Shaykh Sultán-i-Karbilá'í, Siyyid Ahmad-i-Yazdí, Siyyid Muhammad-i-Báyigáni, Siyyid Muhsin-i-Kázimí, Mullá Ibráhím-i-Mahallátí y más o menos treinta creyentes árabes. Permanecieron tres días en la aldea de Karand, donde Táhirih proclamó intrépidamente las enseñanzas del Báb y tuvo mucho éxito en despertar el interés de toda clase de personas en la nueva Revelación. Mil doscientas personas se ofrecieron como voluntarios, según se dice, para seguirla y hacer lo que ella les pidiera.

9.- Según Muhammad Mustafá (pág. 112) fue recibida con entusiasmo cuando llegó a Kirmánsháh. Príncipes, ‘ulamás y oficiales del gobierno se apresuraron en ir a visitarla y se mostraron profundamente impresionados por su elocuencia, su intrepidez, su vasta erudición y la fuerza de su carácter. El comentario sobre el Sura de Kawthar que había sido revelado por el Báb fue leído en público y traducido. La esposa del Amír, el gobernador de Kirmánsháh se hallaba entre las damas que conocieron a Táhirih y la escucharon exponer las enseñanzas sagradas. El Amír mismo, junto con su familia, aceptaron la verdad de la Causa y dieron testimonio de su admiración y afecto por Táhirih. Según Muhammad Mustafá (pág. 116), Táhirih permaneció dos días en la aldea de Sáhnih en su camino a Hamadán, donde le fue brindada una recepción no menos entusiasta que la que le fue acordada en la aldea de Karand. Los habitantes de la aldea imploraron que se les permitiera reunir a los miembros de su comunidad y que se unieran al conjunto de sus seguidores para la difusión y promoción de la Causa. Sin embargo, ella les aconsejó que se quedaran, alabó y bendijo sus esfuerzos y siguió viaje a Hamadán.

10.- Según Memorials of the Faithful, (pág. 275), Táhirih permaneció dos meses en Hamadán.

11.- Según Muhammad Mustafá (pág. 117), entre los que habían sido enviados desde Qazvín se encontraban los hermanos de Táhirih.

12.- Véase Glosario.

13.- "¿Cómo podía una mujer, en Persia donde la mujer es considerada una criatura tan débil y sobre todo en una ciudad como Qazvín, donde el clero poseía influencia tan grande, donde los ‘ulamás atraían, por su número e importancia toda la atención del gobierno y del pueblo, cómo era posible que allí precisamente bajo circunstancias tan desfavorables, podía una mujer organizar un grupo tan fuerte de herejes? Allí yace una cuestión que desconcierta incluso al historiador persa Sipir, ya que tal acontecimiento no tenía precedente" (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 474).

14.- 13 de agosto-12 de septiembre de 1847 D.C.

15.- Véase Glosario.

16.- Véase Glosario.

17.- Véase Glosario.

18.- Corán, 9:33.

19.- Según el Kashfu'l-Ghitá (pág. 110) Mullá Ja‘far-i-Vá'iz-i-Qazviní, declaró que Mullá Husayn conoció a Táhirih en Qazvín en casa de Áqá Hádí quien probablemente no es otro que Muhammad Hádíy-i-Farhádí quien fue encargado por Bahá'u'lláh para que llevara a Táhirih a Teherán. Se dice que el encuentro se produjo antes del asesinato del Mullá Taqí.

20.- ‘Abdu'l-Bahá relata en Memorials of the Faithful (pág. 306) las circunstancias de una visita hecha por Vahíd quien hablaba con fervor y elocuencia sobre los signos y versos que atestiguaban el advenimiento de la nueva Manifestación. Yo era entonces un niño y me hallaba sentado sobre su regazo mientras ella seguía la exposición de los extraordinarios testimonios que fluían incesantemente de labios de ese hombre erudito. Recuerdo muy bien como ella, de súbito, lo interrumpió y alzando su voz declaró con vehemencia: "¡Oh Yahyá! Dejad que las acciones, ni las palabras, sean un testimonio de vuestra fe, si sois un hombre de verdadera erudición. Dejad las vanas repeticiones de tradiciones del pasado por cuanto ha llegado el día de servicio y acciones decididas. Ahora es el momento de mostrar los verdaderos signos de Dios, de rasgar los velos de vana fantasía, de promover la Palabra de Dios y de sacrificarnos en Su sendero. Dejad que las acciones, no las palabras, sean nuestro adorno".

21.- Véase Glosario.

22.- "Jardín del Paraíso".

CAPÍTULO 16

LA CONFERENCIA DE BADASHT

Poco después de haber comenzado el viaje de Táhirih, Bahá'u'lláh dio instrucciones a Áqáy-i-Kalím que completara los preparativos para Su partida, ya prevista, a Khurásán. Encomendó a su cuidado a Su familia y le pidió que proveyera para ellos todo lo que fuera necesario para su bienestar y seguridad.

Cuando llegó a Sháh-Rúd, encontró a Quddús quien había salido de Mashhad, donde había estado viviendo y había venido a darle la bienvenida en cuanto supo que se acercaba. En aquel tiempo toda la provincia de Khurásán se hallaba sumida en la angustia de violenta agitación. Las actividades iniciadas por Quddús y Mullá Husayn, su coraje, su celo y su lenguaje franco, habían despertado al pueblo de su letargo y encendido en algunos corazones los nobles sentimientos de fe y devoción y despertado en el pecho de otros los instintos malvados de un fanatismo apasionado. Multitud de buscadores llegaban como un torrente desde todas direcciones hacia Mashhad, indagaban con ansias la residencia de Mullá Husayn y, por intermedio de él, eran conducidos a la presencia de Quddús.

Muy pronto su número fue tan grande que despertó aprehensiones en las autoridades. El jefe de la guardia civil contempló con preocupación y desconcierto la multitud de gente agitada que entraba como un torrente sin cesar en todas partes de la ciudad sagrada. Con el deseo de hacer valer sus derechos, intimidar a Mullá Husayn e inducirle a disminuir la magnitud de sus actividades, dio orden de arrestar inmediatamente a su principal servidor, cuyo nombre era Hasan y someterlo a cruel y vergonzoso trato. Hicieron un agujero en su nariz, pasaron por él un cordel y con este cabestro lo condujeron y pasearon por las calles.

Mullá Husayn se encontraba en presencia de Quddús cuando le llegó la noticia del degradante sufrimiento que había acaecido a su servidor. Temeroso que esta triste noticia apenara el corazón de su amado jefe, se puso de pie y se retiró sin hacer ruido. Muy pronto le rodearon sus compañeros, expresaron su indignación ante este injurioso atropello a seguidor tan inocente de su Fe y le urgieron que vengara el insulto. Mullá Husayn trató de calmarlos. "No permitáis", dijo, "que las injurias infligidas a Hasan os aflijan o perturben. Husayn está aún con vosotros y mañana os lo traeré a vuestras manos a salvo".

En vista de estas afirmaciones solemnes, sus compañeros no se atrevieron a hacer otros comentarios. No obstante, sus corazones ardían de impaciencia por

rectificar aquella amarga injuria. Finalmente, varios de ellos decidieron reunirse y proclamar en voz alta, en las calles de Mashhad, el grito "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!"[1], como protesta por esta repentina afrenta a la dignidad de su Fe. Ese grito fue el primero de su clase en ser emitido en Khurásán en el nombre de la Causa de Dios. La ciudad retumbó con el grito de aquellas voces. Las repercusiones de sus gritos llegaron a los lugares más apartados de la provincia y fueron la señal para los tremendos acontecimientos destinados a ocurrir en el futuro.

En medio de la confusión reinante, aquellos que llevaban el cabestro con que arrastraban a Hasan por las calles, murieron por la espada. Los compañeros de Mullá Husayn llevaron al cautivo que habían liberado a la presencia de su jefe y le informaron de la suerte corrida por el opresor. "Habéis rehusado", se dice que remarcó Mullá Husayn, "tolerar las tribulaciones a que ha sido sometido Hasan; ¿cómo podéis reconciliaros al martirio de Husayn?"[2].

La ciudad de Mashhad, que recién había recuperado la paz y la tranquilidad después de la rebelión provocada por los Sálár, se vio precipitada una vez más en un estado de confusión y sufrimiento. El príncipe Hamzih Mírzá estaba apostado con sus hombres y municiones a una distancia de cuatro farsang[3] de la ciudad, listo para enfrentar cualquier emergencia que se suscitara, cuando recibió repentinamente la noticia de estos nuevos disturbios. Envió inmediatamente un destacamento a la ciudad con instrucciones de obtener el apoyo del Gobernador para el arresto de Mullá Husayn y de llevarlo a su presencia. ‘Abdu'l-‘Alí-Khán-i-Marághiyí, capitán de la artillería del príncipe, intervino inmediatamente. "Me considero", declaró, "uno de los que aprecian y admiran a Mullá Husayn. Si usted contempla infligirle algún daño, le pido que disponga de mi vida y proceda entonces a ejecutar sus designios, por cuanto no puedo tolerar, mientras viva, la menor falta de respeto para con él".

El príncipe, que sabía muy bien hasta qué punto le era necesario aquel oficial, se sintió desconcertado ante esta declaración inesperada. "Yo también conozco a Mullá Husayn", contestó tratando de aminorar las aprehensiones de ‘Abdu'l-‘Alí-Khán. "Yo también siento por él profunda devoción. Al hacerlo llamar a mi campamento espero disminuir la intensidad de los trastornos que han sido promovidos y cuidar de su persona". Entonces el príncipe, de su puño y letra, dirigió una carta a Mullá Husayn en la que trataba de impresionarle de lo deseable que era que trasladara su residencia a su campamento durante algunos días y le expresó su sincero deseo de protegerle de los ataques de sus enfurecidos antagonistas. Dio órdenes que su propia tienda, llena de adornos, fuera reservada para la recepción del huésped que esperaba.

Al recibir la comunicación, Mullá Husayn se la presentó a Quddús, quien le aconsejó que respondiera a la invitación del príncipe. "No te puede sobrevenir ningún daño", le aseguró Quddús. "En cuanto a mí, esta misma noche partiré en compañía de Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Qazvíní, una de las Letras de los Vivientes, a Mázindarán. Si Dios quiere, más adelante, tú también, a la cabeza de un grupo numeroso de fieles y precedido por los "Estandartes Negros", partirás de Mashhad y te reunirás conmigo. Nos juntaremos en cualquier lugar que el Todopoderoso pueda haber decretado.

Mullá Husayn mostró gran alegría. Se lanzó a los pies de Quddús y le aseguró su firme determinación de llevar a cabo con fidelidad las obligaciones que le habían impuesto. Quddús lo tomó cariñosamente en sus brazos y, besándolo sobre los ojos y la frente, lo encomendó a la inagotable protección de Dios. Muy temprano, esa misma tarde, Mullá Husayn montó su corcel y cabalgó con serenidad y dignidad hacia el campamento del príncipe Hamzih Mírzá y fue conducido ceremoniosamente por ‘Abdu'l-‘Alí-Khán quien, junto con otros oficiales, había sido designado por el príncipe para darle la bienvenida, hacia la tienda levantada especialmente para su uso.

En la misma noche Quddús llamó a su presencia a Mírzá Muhammad-Báqir-i-Qá'iní, quien había construido el Bábíyyih, junto con otros de los más prominentes de entre sus compañeros y les urgió que guardaran fidelidad absoluta a Mullá Husayn y obedecieran sin vacilaciones todo lo que les ordenara. "Violentas son las tormentas que tenemos por delante", les dijo. "Los días de tensión y violentas conmociones se aproximan rápidamente. Aferraos a él, porque en la obediencia a su mandato está vuestra salvación".

Con estas palabras Quddús se despidió de sus compañeros y, acompañado por Mírzá Muhammad-Alíy-i-Qazvíní, partió de Mashhad. Pocos días más tarde encontró a Mírzá Sulaymán-i-Núrí quien le informó de las circunstancias en relación con la liberación de Táhirih de su confinamiento en Qazvín, de su viaje a Khurásán y de la subsiguiente partida de Bahá'u'lláh de la capital. Mírzá Sulaymán, como también Mírzá Muhammad-‘Alíy, permanecieron en compañía de Quddús hasta que llegaron a Badasht. Entraron en aquel villorrio al amanecer y hallaron allí reunidos a numerosas personas a quienes reconocieron como correligionarios. Sin embargo, decidieron reiniciar inmediatamente su viaje y procedieron directamente a Sháh-Rúd. Al acercarse a esa aldea, Mírzá Sulaymán, quien los seguía a cierta distancia, encontró a Muhammad-i-Haná-Sáb, quien iba a Badasht. En contestación a su pregunta sobre el objeto de la reunión Mírzá Sulaymán recibió la información que Bahá'u'lláh y Táhirih habían salido de Sháh-Rúd pocos días antes, que numerosos creyentes habían llegado de Isfahán,

Qazvín y otras ciudades de Persia y esperaban a Bahá'u'lláh para acompañarlo en Su proyectado viaje a Khurásán. "Decid a Mullá Ahmad-i-Ibdál, quien se encuentra actualmente en Badasht", observó Mírzá Sulaymán, "que esta misma mañana brilló una luz sobre ti, cuyo resplandor has fracasado en reconocer"[4].

En cuanto Bahá'u'lláh supo, por intermedio de Muhammad-i-Haná-Sáb, de la llegada de Quddús a Sháh-Rúd decidió reunirse con él. Acompañado por Mullá Muhammad-i-Núrí, partió a caballo aquella misma tarde rumbo a esa aldea y regresó con Quddús a Badasht al día siguiente al amanecer.

Era entonces principio del verano. A Su llegada Bahá'u'lláh arrendó tres jardines, uno de los cuales destinó al uso exclusivo de Quddús, reservó otro para Táhirih y su sirvienta y el tercero lo reservó para sí. Aquellos que se habían reunido en Badasht eran en total ochenta y uno; todos, desde el momento de su llegada hasta el día de su dispersión, fueron huéspedes de Bahá'u'lláh. Cada día Él reveló una tablilla que Mírzá Sulaymán-i-Núrí entonaba en presencia de los creyentes reunidos. A cada uno de ellos confirió un nuevo nombre. Él mismo fue designado desde entonces con el nombre de Bahá; a la última Letra de los Vivientes le fue conferido el nombre de Quddús y a Qurratu'l-'Ayn le fue dado el título de Táhirih. Posteriormente el Báb reveló una Tablilla especial para cada uno de aquellos que estuvieron reunidos en Badasht, dirigiéndose a cada uno designándolo por el nombre que recién le había sido conferido. Posteriormente, cuando cierto número de los más rígidos y conservadores de sus condiscípulos acusaron a Táhirih de haber rechazado en forma indiscreta algunas de las seculares tradiciones del pasado, el Báb, a quien fue dirigida esta queja, respondió en las siguientes palabras: "¿Qué he de decir de aquella a quien la Lengua del Poder y la Gloria ha llamada Táhirih (La Pura)?".

Cada día, durante esa memorable reunión, atestiguó la abrogación de una nueva ley y el repudio de alguna tradición largamente establecida. Los velos que protegían la santidad de las ordenanzas del islam fueron rasgados con firmeza y los ídolos que habían reclamado la adoración de sus veneradores ciegos, demolidos con rudeza. Nadie conocía, sin embargo, la Fuente de la cual procedían estas valientes y desafiantes innovaciones, nadie sospechaba cuál era la Mano que en forma firme e inequívoca guiaba su curso. Aún Aquel que había conferido un nuevo nombre a cada uno de los congregados en ese villorrio permaneció en el anonimato para los que habían recibido. Cada uno hacía conjeturas según su grado de comprensión. Pocos, si algunos, sospechaban que Bahá'u'lláh era el Autor de aquellos cambios de gran alcance que se estaban introduciendo sin el menor temor.

Shaykh Abú-Turáb, uno de los mejor informados sobre la naturaleza de los acontecimientos acaecidos en Badasht, relató el siguiente incidente: "Un día Bahá'u'lláh se vio obligado a guardar cama a causa de una enfermedad. Quddús, en cuanto supo que estaba indispuesto, se apresuró a ir a visitarlo. Al ser llevado a Su presencia, se sentó a la diestra de Bahá'u'lláh. Los demás compañeros fueron admitidos gradualmente a Su presencia y se agruparon a Su alrededor. Apenas se habían reunido cuando Muhammad Hasan-i-Qazvíní, el mensajero de Táhirih, al que le había sido conferido recientemente el título de Fata'l-Qazvíní, entró repentinamente con una invitación perentoria de Táhirih a Quddús, para que le visitara en su propio jardín. "Me he separado completamente de ella", replicó audaz y decisivamente. "Rehúso verla"[5]. El mensajero se retiró inmediatamente, pero pronto volvió reiterando el mismo mensaje y rogándole que hiciera caso de su urgente llamada. "Ella insiste en que la visite", fueron sus palabras. "Si usted persiste en su negativa, ella misma vendrá a verle". Al percibir su decisión de no ceder, el mensajero desenvainó su espada, la puso a los pies de Quddús y dijo: "Rehúso irme sin usted. O bien elige acompañarme a la presencia de Táhirih o córteme la cabeza con esta espada". "Ya he declarado mi intención de no visitar a Táhirih", respondió con enojo Quddús, "estoy listo para cumplir la alternativa que has elegido presentarme".

Muhammad Hasan, quien se había sentado a los pies de Quddús, había puesto su cabeza en posición para recibir el golpe fatal cuando, repentinamente, apareció la figura de Táhirih, adornada y sin velo, ante la vista de los compañeros allí reunidos. Inmediatamente todos sintieron profunda consternación[6]. Todos se pusieron de pie ante esta repentina e inesperada aparición. Ver su rostro sin velo era, para ellos, inconcebible. Aún mirar su sombra era algo que consideraban indecoroso ya que en su estimación era como la encarnación de la misma Fátimih[7], el emblema más noble de la castidad a sus ojos.

Tranquilamente, sin hacer ruido y con la mayor dignidad, Táhirih se adelantó y, avanzando hacia Quddús, se sentó a su derecha. Su completa serenidad contrastaba vivamente con las caras asustadas de los que contemplaban su rostro. Miedo, ira y consternación conmovían lo más profundo de sus almas. Esa repentina revelación parecía haber anonadado sus facultades. ‘Abdu'l-Kháliq-i-Isfahání se sintió tan agitado que se cortó el cuello con sus propias manos. Gritando y cubierto de sangre, en su excitación huyó del rostro de Táhirih. Unos pocos, siguiendo su ejemplo, abandonaron a sus compañeros y renunciaron a su Fe. Algunos permanecieron de pie sin poder hablar delante de ella, confundidos. Mientras tanto Quddús, con la espada desenvainada en sus manos y una expresión indescriptible de ira en su rostro, había permanecido sentado en su

lugar. Parecía estar esperando el momento propicio para dar su golpe fatal a Táhirih.

Su actitud amenazadora no logró conmoverla, sin embargo. Su rostro mantuvo esa misma expresión de dignidad y confianza que había mostrado en el primer momento de su aparición ante los creyentes reunidos. En ese instante su faz estaba iluminada por un sentimiento de alegría y triunfo. Se levantó de su asiento y, sin preocuparse por el tumulto que había provocado en el corazón de sus compañeros, comenzó a hablar al resto de aquella asamblea. Sin premeditación y con lenguaje que guardaba gran semejanza con el del Corán, expresó su llamada con elocuencia y profundo fervor. Terminó lo que quería decir con el siguiente versículo del Corán: ***"En verdad, entre jardines y ríos vivirán los piadosos en la sede de la verdad, en presencia del poderoso Rey".*** Al decir estas palabras dio una mirada furtiva hacia Bahá'u'lláh y Quddús, de tal manera que los que la miraban no podían saber a cual de los dos aludía. Inmediatamente después declaró: ***"Yo soy la Palabra que el Qá'im ha de pronunciar, la Palabra que hará huir a los jefes y nobles de la tierra"*** (***Corán***).

Entonces se volvió a Quddús y lo reprendió por haber fracasado en hacer en Khurásán aquellas acciones que ella consideraba esenciales para el bienestar de la Fe. "Estoy libre para seguir los dictados de mi propia conciencia", respondió Quddús. "No estoy sujeto al deseo y voluntad de mis condiscípulos". Apartando de él sus ojos, Táhirih invitó a los presentes a celebrar en forma digna aquella ocasión. "Este es el día de las festividades y del regocijo universal", agregó ella, "el día en que las cadenas del pasado han sido rotas. Dejad que aquellos que han compartido esta gran hazaña se pongan en pie y se abracen entre sí".

Ese día memorable y los que vinieron inmediatamente después vieron los cambios más revolucionarios en la vida y costumbres de los discípulos del Báb allí reunidos. Sus modos de adorar sufrieron una transformación repentina y fundamental. Las oraciones y ceremonias mediante las cuales habían sido disciplinados esos devotos adoradores fueron descartadas irrevocablemente. Sin embargo, hubo gran confusión entre los que con tanto celo se habían levantado a defender esas reformas. Algunos condenaban cambios tan radicales como la esencia misma de la herejía y rehusaron anular lo que consideraban los preceptos inviolables del islam. Algunos consideraban a Táhirih como el único juez en tales asuntos y la única persona calificada para demandar obediencia completa a los fieles. Otros, que denunciaban su comportamiento, se aferraron a Quddús a quien consideraban el único representante del Báb y el único que tenía derecho a decidir la última palabra sobre materias de tanto peso. Finalmente, otros que reconocían tanto la autoridad de Táhirih como la de Quddús veían todo el

episodio como una prueba enviada por Dios con el propósito de separar los verdaderos de los falsos y distinguir los fieles de los desleales.

En algunas ocasiones Táhirih misma se aventuró a repudiar la autoridad de Quddús. "Lo considero", se dice que declaró, "un pupilo que el Báb me ha enviado para edificar y instruir. No lo considero bajo ningún otro aspecto". Por su parte, Quddús no dejó de denunciar a Táhirih como "la autora de herejía", y estigmatizó a los que defendían sus puntos de vista como "víctimas del error". Este estado de tensión persistió durante algunos días hasta que Bahá'u'lláh intervino y, con Su modo magistral, obtuvo entre ellos una perfecta reconciliación. Curó las heridas que la aguda controversia había causado y dirigió los esfuerzos de ambos hacia el sendero del servicio constructivo[10].

El objeto de esta reunión memorable había sido logrado[11]. La llamada del Nuevo Orden había sonado. Los anticuados convencionalismos que habían desencadenado la consciencia de los hombres fueron desafiados con valentía y barridos a un lado sin temor. Se había preparado el camino para la proclamación de las leyes y preceptos destinados a inaugurar la nueva Dispensación. Los restantes compañeros que se habían reunido en Badasht decidieron, de común acuerdo, partir a Mázindarán. Quddús y Táhirih se acomodaron en el mismo howdah[11] que había sido preparado por Bahá'u'lláh, para su viaje. Mientras viajaban. Táhirih compuso cada día una oda y dio instrucciones a aquellos que la acompañaban que la entonaran mientras seguían su howdah. Las montañas y los valles retumbaban con las aclamaciones con que ese grupo entusiasta, al viajar a Mázindarán, daba la bienvenida al nuevo Día y la extinción del viejo.

La estancia de Bahá'u'lláh en Badasht se prolongó veintidós días. Durante su viaje a Mázindarán, algunos de los discípulos del Báb trataron de abusar de la libertad que el repudio de las leyes y castigos de una Fe anticuada les había conferido. Vieron en la acción sin precedentes de Táhirih de descartar el velo, una señal para transgredir los límites de la moderación y para satisfacer sus deseos egoístas. Los excesos en que incurrieron algunos provocaron la ira del Todopoderoso y produjo su inmediata dispersión. El la aldea de Níyálá sufrieron graves pruebas y padecieron severas injurias en manos de sus enemigos. Esta dispersión apagó el trastorno que algunos de los irresponsables de entre los adherente de la Fe habían tratado de encender y conservó inmaculado su honor y dignidad.

He oído a Bahá'u'lláh en persona describir ese incidente: "Estábamos todos reunidos en la aldea de Níyálá y descansábamos al pie de la montaña cuando, al amanecer, nos despertaron repentinamente las piedras que la gente de las vecindades estaba arrojando sobre nosotros desde lo alto de la montaña. La furia

de su ataque indujo a nuestros compañeros a huir aterrorizados y consternados. Vestí a Quddús con mi propio abrigo y lo envié a un lugar seguro donde era mi intención reunirme con él. Cuando llegué encontré que se había ido. Ninguno de nuestros compañeros había quedado en Níyálá excepto Táhirih y un joven de Shíráz, Mírzá ‘Abdu'lláh. La violencia con que se nos había atacado trajo la desolación a nuestro campamento. No encontré a nadie a cuyo cuidado podía entregar a Táhirih excepto aquel joven quien mostró, en aquella ocasión, una valentía y determinación que eran, en verdad, sorprendentes. Con la espada en la mano, sin asustarse por el salvaje ataque de los habitantes de esa aldea, que se habían precipitado a saquear nuestra propiedad, se adelantó para detener la mano de los asaltantes. Aunque herido en varios lugares del cuerpo, arriesgó su vida para proteger nuestra propiedad. Le rogué que desistiera. Cuando el tumulto había pasado, Me acerqué a algunos de los habitantes de la aldea y pude convencerlos de lo cruel y vergonzoso de su comportamiento. Posteriormente logré recuperar una parte de la propiedad que nos habían saqueado".

Bahá'u'lláh, acompañado por Táhirih y su sirvienta, prosiguió a Núr. Designó a Shaykh Abú-Turáb para que la cuidara y se encargara de su protección y seguridad. Mientras tanto los sediciosos estaban tratando de encender la ira de Muhammad Sháh en contra de Bahá'u'lláh y, acusándolo de ser el principal instigador de los disturbios de Sháh-Rúd y Mázindarán, lograron inducir eventualmente al soberano que Lo hiciera arrestar. "Hasta ahora", se dice afirmó el Sháh con ira, "he rehusado acatar cualquier cosa que se haya dicho en su contra. Mi indulgencia se ha originado en mi reconocimiento de los servicios rendidos a mi país por su padre. Esta vez, sin embargo, he decidido ejecutarlo".

De acuerdo con esto, dio órdenes a uno de sus oficiales en Teherán que comunicara a su hijo que residía en Mázindarán que arrestara a Bahá'u'lláh y lo condujera a la capital. El hijo de este oficial recibió la comunicación el día precedente a la recepción que había preparado para Bahá'u'lláh, por quien sentían gran afecto. Se sintió profundamente preocupado y no divulgó a nadie la noticia. Sin embargo, Bahá'u'lláh percibió su tristeza y le aconsejó que pusiera su confianza en Dios. Al día siguiente, mientras su amigo lo acompañaba a su hogar, encontraron un jinete que venía de Teherán. "¡Muhammad Sháh ha muerto"!, exclamó aquel amigo en dialecto mázindaráni, mientras corría a reunirse con Él después de una breve conversación con el mensajero. Sacó el mandato real y se lo mostró. El documento había perdido su poder. Aquella noche pasó en compañía de su huésped en un ambiente de ininterrumpida calma y felicidad.

Mientras tanto Quddús había caído en manos de sus enemigos y estaba confinado en Sárí en casa de Mírzá Muhammad-Taqí, el principal Mujtahid de

aquel pueblo. El resto de sus compañeros, después de su dispersión en Níyálá, habían ido en diferentes direcciones, cada uno llevando consigo la noticia de los acontecimientos trascendentales de Badasht.

Notas

1.- "¡Oh Señor de la Época!" Uno de los títulos del Qá'im prometido.
2.- Alusión a su propio martirio.
3.- Véase Glosario.
4.- Alusión a Quddús.
5.- Según el Kashfu'l-Ghitá, Quddús y Táhirih habían adoptado una decisión según la cual ésta proclamaría públicamente el carácter independiente de la Revelación del Báb y haría énfasis sobre la abrogación de las leyes y ordenanzas de la Dispensación anterior. Por otra parte, Quddús debía oponerse a su declaración y rechazar con energía sus puntos de vista. Este acuerdo se tomó con el objeto de mitigar los efectos de una proclamación tan desafiante y de tan vastas consecuencias y para advertir los peligros que una innovación tan sorprendente produciría, sin duda alguna (pág. 212). Parece que Bahá'u'lláh adoptó una actitud neutral en esta controversia aún cuando de hecho Él era el promotor y la influencia que controlaba y dirigía ese episodio memorable en cada etapa de su desarrollo.
6.- Pero el efecto fue asombroso. La asamblea parecía haber sido herida por un rayo. Algunos ocultaban sus rostros con sus manos, otros se prosternaron, mientras unos pocos cubrieron sus cabezas con sus vestiduras para no ver el rostro de su Alteza, la Pura. ¡Si era un pecado grave mirar el rostro de una mujer desconocida que estuviera de paso; qué crimen no sería permitir que la vista se posara sobre una que era tan santa! La reunión se dispersó en medio de un tumulto indescriptible. Los insultos llovieron sobre aquella que consideraron se había comportado en forma indecente al proceder en esa forma y aparecer con su rostro descubierto. Algunos aseguraron que había perdido la razón, otros que era una desvergonzada y algunos, muy pocos, salieron en su defensa" (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, págs. 283-84).
7.- Hija del Profeta Muhammad y esposa del Imán ‘Alí.
8.- "Fue esta acción audaz de Qurratu'l-Ayn que estremeció los cimientos de una creencia literal en la doctrina islámica entre los persas. Se puede agregar que los primeros frutos de la enseñanza de Qurratu'l-Ayn no era otro sino el heroico Quddús y que la elocuente instructora debía su perspicacia, con toda seguridad, a Bahá'u'lláh. Claro está que la suposición que su mejor amigo pudiera censurarla es sólo una deliciosa ironía" (Dr. T. K. Cheyne, The Reconciliation of Races and Religions, págs. 103-104).
9.- "Se ha sugerido que la verdadera causa de la convocación de dicha asamblea fue de ansiedad por el Báb y el deseo de conducirlo a un lugar seguro. Sin embargo, el punto de vista más aceptado -que el tema del Concilio fue la relación entre los Bábís y la ley islámica- es también más probable" (Ibíd. pág. 80). "El objeto de la conferencia era corregir un malentendido que se hallaba muy difundido. Muchos pensaban que el nuevo dirigente venía a cumplir, en el sentido más literal, con la ley islámica. Ellos comprendían, por cierto, que Profeta Muhammad tuvo por objeto traer un reino universal de paz y justicia, pero pensaban que esto debía llevarse a cabo caminando por ríos de sangre y con la ayuda de los

juicios divinos. El Báb, por otra parte, se movía aún cuando no siempre en forma consistente, junto con algunos de sus discípulos, en la dirección de la persuasión moral; su única arma era "la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios". Al aparecer el Qá'im todas las cosas serían renovadas. Pero el Qá'im estaba a punto de aparecer y lo único que quedaba era prepararse para su Venida. Ya no habría más distinciones entre razas superiores e inferiores o entre hombre y mujeres. Ya no sería el velo largo y envolvente el emblema de la inferioridad femenina. La mujer talentosa que se encuentra ante nosotros tenía su propia y característica solución al problema... Se dice en una tradición que Qurratu'l-Ayn misma asistió a la reunión con el velo puesto. Si así fue, no perdió tiempo en deshacerse de él y proclamar (según se nos dice) con una ferviente exclamación, "yo soy el toque de clarín, yo soy la llamada de la trompeta", i.e. "Como Gabriel, quiero despertar almas dormidas". Se dice también, que este corto discurso de la intrépida mujer fue seguido por la recitación, por parte de Bahá'u'lláh, del Sura de la Resurrección (75). Recitaciones de esta naturaleza a menudo tiene un efecto sobrecogedor. El significado íntimo de éste era que la humanidad estaba a punto de entrar a un nuevo ciclo cósmico para el que serían indispensables un conjunto nuevo de leyes y costumbres". (Dr. T. K. Cheyne, The Reconciliation of Races and Religions, págs. 101-103).

10.- Véase Glosario.

CAPÍTULO 17

ENCARCELAMIENTO DEL BÁB E EL CASTILLO DE CHIRÍQ

El incidente de Níyálá ocurrió a mediados del mes de Sha'bám, en el año 1264 d.h.[1]. A fines de ese mismo mes el Báb fue llevado a Tabríz donde sufrió a manos de Sus opresores un castigo severo y humillante. Esa afrenta deliberada a Su dignidad casi coincidió con el ataque que los habitantes de Níyálá dirigieron contra Bahá'u'lláh y Sus compañeros. A uno lo apedrearon gente ignorante y agresiva; el otro fue castigado a golpes por un enemigo traicionero y cruel.

Ahora relataré las circunstancias que llevaron a esa odiosa injuria que los perseguidores del Báb eligieron infligirle. De acuerdo con las órdenes de hájí Mírzá Áqásí, había sido trasladado al castillo de Chihríq[2] y confiado al cuidado de Yahyá Khán-i-Kurd, cuya hermana era esposa de MuHammad Sháh, madre de Náyibu's-Saltanih. El Gran Vazír había dado instrucciones estrictas y explícitas a Yahyá Khán, encareciéndole que no permitiera a nadie entre en presencia de su Prisionero. Se le advirtió especialmente que no siguiera el ejemplo de ‘Alí-Khán-i-Máh-Kú'í, que gradualmente había sido inducido a no hacer caso a las órdenes que había recibido[3].

A pesar de lo enfático de esa orden y del antagonismo implacable del omnipotente Hájí Mírzá Áqásí, Yahyá Khán se halló impotente para cumplir esas instrucciones. Él también, muy pronto, comenzó a sentir la fascinación de su Prisionero: él también se olvidó, en cuando tomó contacto con Su espíritu, del deber que se esperaba cumpliera. Desde la partida el amor por el Báb penetró en su corazón y reclamó todo su ser. Los kurdos que vivían en Chihríq, cuyo fanatismo y odio a los shí'itas excedía la aversión que los habitantes de Máh-Kú sentían por esa gente, se sintieron asimismo subyugados por la influencia transformadora del Báb. El amor que encendió en sus corazones fue tal que todas las mañanas, antes de empezar sus tareas del día, encaminaban sus pasos a Su prisión y, contemplando desde lejos el castillo que encerraba Su amada persona, invocaban Su nombre y pedían Sus bendiciones. Acostumbraban postrarse sobre el suelo buscando refrescar sus almas con el recuerdo de Él. Se relataban entre sí las maravillas de Su poder y gloria y narraban ciertos sueños que atestiguaban el poder creativo de Su influencia. A nadie rehusaba Yahyá Khán entrada al castillo[4]. Como Chihríq era insuficiente de por sí para acomodar al número

creciente de visitantes que se apiñaban a sus puertas, se les permitió obtener alojamiento necesario en Iskí-Shahr, el antiguo Chihríq, que se encontraba a una hora de camino del castillo. Las provisiones que eran necesarias para el Báb se compraban en el pueblo antiguo y se llevaban a Su prisión.

Cierto día el Báb pidió que se Le comprara miel. El precio que se había pagado Le pareció exorbitante. La rechazó y dijo: ***"Miel de mejor calidad, sin lugar a dudas, se pudo haber comprado a menor precio. Yo que soy vuestro ejemplo he sido comerciante de profesión. Os incumbe en vuestras transacciones seguir Mi sendero. No debéis defraudar a vuestro vecino ni permitir que os defraude a vosotros. Tal fue el sendero de vuestro Maestro".*** Los hombres más astutos y hábiles eran incapaces de engañarlo; ni tampoco Él, por Su parte, eligió actuar con mezquindad hacia las más despreciables e impotentes criaturas. Insistió que el ayudante que había hecho esta compra devolviera lo adquirido y trajera de mejor calidad y de menor precio.

Durante el encarcelamiento del Báb en el castillo de Chihríq, acontecimientos de suma gravedad causaron gran perturbación al gobierno. Pronto se hizo evidente que gran número de los siyyids más eminentes, los ‘ulamás y los oficiales de gobierno de Khuy habían abrazado la Causa del Prisionero y se habían identificado completamente con Su Fe. Entre ellos figuraban Mírzá Muhammad ‘Alí y su hermano Búyúk-Áqá, ambos siyyids de gran mérito que se habían levantado con ferviente sinceridad a proclamar su Fe a toda clase de personas entre sus compatriotas. Un torrente ininterrumpido de buscadores y creyentes confirmados fluía de uno a otro lugar, entre Khuy y Chihríq, como consecuencia de tales actividades.

Sucedió que en aquel entonces un funcionario destacado, de grandes dotes literarias, Mírzá Asadu'lláh, que fue llamado posteriormente Dayyán por el Báb y cuyas denuncias vehementes de Su Mensaje habían confundido a todos los que habían tratado de convertirlo, tuvo un sueño. Cuando despertó decidió no relatárselo a nadie y, eligiendo dos versículos del Corán, dirigió la siguiente petición al Báb: "He concebido tres cosas definidas en mi mente. Le ruego me revele su naturaleza". Pidió a Mírzá Muhammad-‘Alí que entregara esta petición escrita al Báb. Pocos días más tarde recibió una contestación de puño y letra del Báb en que Él explicaba en detalle las circunstancias de aquel sueño y reveló el texto exacto de aquellos versículos. La exactitud de la respuesta provocó su repentina conversión. Aunque no estaba acostumbrado a caminar, Mírzá Asadu'lláh se apresuró a ir a pie por el largo y accidentado camino que iba de Khuy al castillo. Sus amigos trataron de inducirlo que fuera a caballo a Chihríq,

pero rehusó su ofrecimiento. Su entrevista con el Báb lo confirmó en su creencia y despertó aquel fervor que siguió manifestando hasta el fin de sus días.

Ese mismo año el Báb había expresado el deseo que cuarenta de sus compañeros emprendieran, cada uno, la composición de un tratado y buscaran establecer, con la ayuda de versículos y tradiciones, la validez de Su Misión. Su deseo fue obedecido sin demora y los resultados de sus esfuerzos fueron sometidos a Su consideración a su debido tiempo. El tratado de Mírzá Asadu'lláh conquistó la admiración son límites del Báb y ocupó el lugar más destacado a Su juicio. Le confirió el nombre Dayyán y reveló en su honor el Lawh-i-Hurufat[5] en el que hizo la siguiente afirmación: ***"Si el Punto del Bayán[6] no tuviera otro testimonio con el que establecer Su verdad, esto hubiera sido suficiente -que reveló una Tablilla como ésta, una Tablilla que ningún grado de erudición sería capaz de producir"***.

La gente del Bayán, que no comprendió en absoluto el propósito implícito en esa Tablilla, pensó que era una mera exposición de la ciencia de Jafr7. Cuando posteriormente, en los tempranos días del encarcelamiento de Bahá'u'lláh en la ciudad-prisión de ‘Akká (Acre), Jináb-i-Muballigh hizo, desde Shíráz, la petición de que desentrañara los misterios de aquella Tablilla, Su pluma reveló una explicación que aquellos que comprendieron mal las palabras del Báb bien podrían meditar. De las afirmaciones del Báb, Bahá'u'lláh dedujo pruebas irrefutables que la aparición de Mán-Yuzhiruhu'lláh[8] debía ocurrir necesariamente no menos de diecinueve años después de la Declaración del Báb. El misterio de Mustagháth[9] había desconcertado por largo tiempo a las mentes más investigadoras de entre la gente del Bayán y había probado ser un obstáculo insalvable para el reconocimiento del Prometido. El Báb mismo, en esa Tablilla, había desentrañado ese misterio; nadie, sin embargo, era capaz de comprender la explicación que había dado. Quedó para Bahá'u'lláh quitar el velo que lo ocultaba a los ojos de los hombres.

El celo incansable que mostró Mírzá Asadu'lláh indujo a su padre, que era amigo íntimo de Hájí Mírzá Áqásí, a informarle de las circunstancias que habían llevado a la conversión de su hijo y relatarle su negligencia en cumplir las obligaciones que el Estado le había impuesto. Se explayó sobre el empeño que mostraba servidor tan capaz del gobierno en su servicio a su nuevo Amo y el éxito que había coronado sus esfuerzos.

Otra causa de aprehensión para las autoridades del gobierno fue la llegada a Chihríq de un derviche, quien había venido de la India y que, en cuanto conoció al Báb, aceptó la verdad de Su Misión. Todos los que conocieron a este derviche, a quien el Báb había dado el nombre de Qahru'lláh, durante su permanencia en

Iskí-Shahr, sintieron el calor de su entusiasmo y se mostraron profundamente impresionados por la tenacidad de su convicción. Un número creciente de personas fue atraído por el encanto de su personalidad y reconocieron voluntariamente el poder compelente de su Fe. Tal fue la influencia que tenía sobre ellos que algunos de los creyentes se vieron inclinados a considerarlo como expositor de la Revelación Divina, aunque él mismo rehusó semejante pretensión. Con frecuencia se le oyó relatar lo siguiente: "En los días en que ocupaba la exaltada posición de navváb en India, el Báb apareció ante mí en una visión. Me miró y conquistó mi corazón completamente. Me levanté y había comenzado a seguirle cuando me miró detenidamente y dijo: ***'Despréndete de tu vistosa indumentaria, abandona tu tierra natal y apresúrate a ir a pie a encontrarme en Ádhirbáyján. En Chihríq alcanzarás el deseo de tu corazón'.*** Seguí sus instrucciones y he llegado a mi meta".

La noticia del revuelo que ese humilde derviche había producido entre los dirigentes kurdos de Chihríq llegó a Tabríz y de allí fue llevada a Teherán. Apenas llegó la noticia a la capital cuando se dieron órdenes de trasladar al Báb inmediatamente a Tabríz con la esperanza de aquietar la excitación que Su continua estancia en ese lugar había provocado. Antes de que la noticia de esta nueva orden llegara a Chihríq, el Báb encargó a 'Azím que informara a Qahru'lláh de Su deseo que volviera a la India y dedicara su vida allí al servicio de Su Causa. "Sólo y a pie", fueron Sus instrucciones, "debe volver de donde vino. Con el mismo fervor y desprendimiento con que ha hecho su peregrinaje a este país, debe volver ahora a su tierra natal y trabajar sin cesar por promover los intereses de la Causa". También le pidió que diera instrucciones a Mírzá ‘Abdu'l-Vahháb-i-Turshízí, que estaba viviendo en Khuy, que fuera inmediatamente a Urúmíyyih donde, dijo, pronto se reuniría con él. 'Azím mismo recibió instrucciones de ir a Tabríz e informar a Siyyid Ibráhím-i-Khalíl de Su próxima llegada a esa ciudad. ***"Decidle"***, agregó el Báb, ***"que el fuego de Nimrod será encendido muy pronto en Tabríz, pero a pesar de la intensidad de su llama no les sobrevendrá ningún daño a nuestros amigos"***.

Apenas había recibido Qahru'lláh el mensaje de su Amo cuando se levantó a cumplir con Su deseo. A los que querían acompañarle decía: "Nunca podrías soportar las pruebas de este viaje. Abandona el pensamiento de venir conmigo. Con seguridad morirías en el camino, porque el Báb me ha ordenado regresar sólo a mi tierra natal". La fuerza compelente de su réplica silenció a los que pidieron que se les permitiera viajar con él. Rehusó aceptar ni dinero ni vestimenta de nadie. Sólo, vestido con la más humilde indumentaria, báculo en

mano, regresó a pie todo el camino a su país. Nadie sabe lo que le acaeció ulteriormente.

Muhammad ‘Alíy-i-Zunúzí, llamado Anís, se encontraba entre los que oyeron el mensaje del Báb en Tabríz y sintió ardiente deseo de lograr Su presencia en Chihríq. Aquellas palabras habían encendido en él un deseo vehemente de sacrificarse en Su sendero. Siyyid ‘Alíy-i-Zunúzí, su padrastro, personaje principal en Tabríz, se opuso tenazmente a que saliera de la ciudad y finalmente se vio inducido a confinarlo en su casa y vigilarlo estrechamente. Su hijo languideció en su encierro hasta cuando su Bienamado había llegado a Tabríz y había sido llevado de vuelta a Su prisión en Chihríq.

He oído a Shaykh Hasan-i-Zunúzí relatar lo siguiente: "Más o menos en la misma época en que el Báb despidió a 'Azím de Su presencia, me dio instrucciones que recolectara todas las Tablillas disponibles que había revelado durante Su encarcelamiento en Máh-Kú y Chihríq y que los entregara en manos de Siyyid Ibráhím-i-Khalíl, quien vivía en aquel entonces en Tabríz y que le encareciera que los ocultara y preservara con el mayor cuidado.

"Durante mi estancia en esa ciudad, visité con frecuencia a Siyyid ‘Alíy-i-Zunúzí, quien estaba emparentado conmigo y con frecuencia le oí deplorar el triste estado de su hijo. "Parece haber perdido la razón", se quejó amargamente. "Por su comportamiento me ha traído reproche y vergüenza. Trata de tranquilizar su corazón e indúcelo a ocultar sus convicciones". Cada día que lo visité, vi las lágrimas que corrían continuamente de sus ojos. Después que el Báb hubo partido de Tabríz, lo fui a ver cierto día y me sorprendió ver la alegría que iluminaba su semblante. Su hermoso rostro estaba sonriente cuando se adelantó para recibirme. "Los ojos de mi Bienamado", dijo al abrazarme, "han contemplado este rostro, y estos ojos han contemplado el Suyo". "Permitidme", agregó, "contarle el secreto de mi felicidad. Después que el Báb fue llevado de vuelta a Chihríq, cierto día, mientras estaba confinado en mi celda, volví mi corazón hacia Él y Le rogué en las siguientes palabras: 'Tu ves, ¡oh mi Bienamado! mi cautiverio e impotencia y sabes cuanto ansío contemplar Tu rostro. Disipa la pena que oprime mi corazón, con la luz de Tu semblante'. ¡Qué lágrimas de agonía y dolor derramé en aquél instante! Me sentí tan sobrecogido de emoción que parece perdí el conocimiento. Repentinamente oí la voz del Báb y ¡he aquí! Él me estaba llamando. Me pidió que me levantara. Contemplé la majestad de Su semblante al presentarse delante de mí. Se sonrió mientras me miraba a los ojos. Me adelanté con rapidez y me lancé a Sus pies. ***'Regocíjate'***, dijo, ***'se acerca la hora cuando, en esta misma ciudad, seré suspendido ante los ojos de la multitud y caeré víctima del fuego del enemigo. No elegiré a ningún otro fuera de ti para compartir conmigo la***

copa del martirio. Ten seguridad que este promesa que te hago se cumplirá'. Me sentí extasiado por la belleza de aquella visión. Cuando me recuperé, encontré que estaba sumergido en un océano de júbilo, un júbilo que no podían oscurecer jamás todas las penas del mundo. Esa voz sigue sonando en mis oídos. Esa visión me sigue tanto de día como de noche. El recuerdo de esa sonrisa inefable ha disipado la soledad de mi confinamiento. Estoy completamente seguro que la hora en que debe cumplirse Su promesa no puede demorarse más". Le exhorté que tuviera paciencia y que ocultara sus emociones. Me prometió no divulgar ese secreto y se preocupó de mostrar la mayor tolerancia hacia Siyyid ‘Alí. Me apresuré en dar seguridades a su padre de su decisión y logré obtener su liberación. Ese joven siguió asociándose, hasta el día de su martirio, en estado de completa serenidad y alegría, con sus padres y familiares. Tal fue su comportamiento hacia sus amigos y parientes que, cuando llegó el día en que dio su vida por su Bienamado, toda la gente de Tabríz lo lloró amargamente.

Notas

1.- 3 de julio-1 de Agosto de 1848 d.C.
2.- Según A Traveller's Narrative (pág. 18) el Báb permaneció tres meses en el castillo de Chihríq antes de ser llevado a Tabríz para ser examinado.
3.- "El Báb fue sometido a un confinamiento más estrecho y riguroso en Chihríq de lo que había estado en Máh-Kú. Es por esto que acostumbraba llamar a aquel "La Montaña de las Penas" (Jabal-i-Shadíd, siendo el valor numérico de la palabra Shadíd -318- igual al de la palabra Chihríq) y a esta última "La montaña Abierta" (Jabal-i-Básit) (A Traveller's Narrative, Nota L, pág. 276).
4.- "Allí, como en todas parte, la gente se apiñaba alrededor suyo. M. Mochenin dice en sus memorias referentes al Báb: "En el mes de junio de 1850 (¿no es más probable que esto sea en 1849?) habiendo ido a Chihríq por cuestiones de deber, vi que el Bálá Khánih desde cuyas alturas el Báb enseñaba si doctrina. La multitud de asistentes era tan grande que el patio no era lo suficientemente vasto para que cupieran todos; la mayoría de ellos se quedaban en las calles y escuchaban con religioso embeleso los versículos del nuevo Corán. Poco después el Báb fue trasladado a Tauris (Tabríz) para ser condenado a muerte". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 371).
5.- Literalmente "Tablilla de las Letras".
6.- Uno de los títulos del Báb.
7.- Las ciencias de adivinación.
8.- Referencia a Bahá'u'lláh. Véase Glosario.
9.- Véase Glosario.

CAPÍTULO 18

INTERROGATORIO DEL BÁB EN TABRÍZ

El Báb, en anticipación a la llegada de la hora de Su tribulación, había hecho que se dispersaran Sus discípulos que se habían reunido en Chihríq, y esperaba con serena resignación la orden que debía llamarlo a Tabríz. Aquellos en cuya custodia estaba, pensaron que no era aconsejable pasar por el pueblo de Khuy, que se encontraba en su ruta a la capital de Ádhirbáyján. Decidieron ir por el camino de Urúmíyyih, y evitar de esta manera las demostraciones que el excitado populacho de Khuy podía hacer como protesta contra la tiranía del gobierno. Cuando el Báb llegó a Urúmíyyih, Malik Qásim Mírzá lo recibió ceremoniosamente y lo acogió con la más calurosa hospitalidad. En Su presencia el príncipe actuó con la mayor deferencia y rehusó permitir la más mínima falta de respeto por parte de aquellos a quienes se permitió verle.

Cierto día, cuando el Báb iba al baño público, el príncipe, que sentía curiosidad por poner a prueba la valentía y poder de su Huésped, ordenó a su palafrenero que Le ofreciera uno de sus caballos más salvajes para que montara. Aprehensivo de que el Báb pudiera sufrir algún daño, el ayudante se acercó a El y trató de inducirle a que rehusara montar un caballo que ya había derribado a los jinetes más valientes y capaces. ***"No temas",*** respondió. ***"Lleva a cabo lo que se te ha pedido y encomiéndanos al cuidado del Todopoderoso".*** Los habitantes de Urúmíyyih, informados de la intención del príncipe, se habían aglomerado en la plaza pública, ansiosos de ver lo que Le pudiera acontecer al Báb. En cuanto Le trajeron el caballo, se acercó tranquilamente y, tomando las riendas que Le ofreció el palafrenero, lo acarició suavemente y puso su pie en el estribo. El caballo permaneció tranquilo y sin moverse como si estuviera consciente del poder que lo estaba dominando. La multitud que observaba este espectáculo poco común se maravilló ante el comportamiento del animal. Para sus mentes sencillas aquél incidente extraordinario parecía poco menos que un milagro. En su entusiasmo se apresuraron a besar los estribos del Báb, pero los lacayos del príncipe se lo impidieron ya que temieron que una multitud tan grande pudiera hacerle daño. El príncipe mismo, que había acompañado a su Huésped a pie hasta las vecindades del baño, volvió a su residencia a petición del Báb. Durante todo el camino, los lacayos del príncipe trataban de refrenar al público que, en todas direcciones, se apretujaba para alcanzar a ver al Báb. A su llegada, despidió a

todos aquellos quienes Lo acompañaron excepto el ayudante personal del príncipe y Siyyid Hasan, quien esperó en la antecámara y Lo ayudó a desvestirse. A Su regreso del baño, montó nuevamente el mismo caballo y fue aclamado por la misma multitud. El príncipe regresó a pie para recibirlo y Lo escoltó de vuelta a su residencia.

Apenas había dejado el Báb el baño cuando el pueblo de Urúmíyyih se abalanzó para recoger, hasta la última gota, el agua que había servido para sus abluciones. Predominó un estado de gran excitación en ese día. Mientras observaba estas muestras de entusiasmo sin límites, el Báb rememoró aquella bien conocida tradición, que se atribuye comúnmente al imán ‘Alí, el Comandante de los Fieles, y que se refiere específicamente a Ádhirbáyján. El lago de Urúmíyyih, afirma esa misma tradición en sus párrafos finales, hervirá y se desbordará e inundará la ciudad. Cuando se Le informó posteriormente cómo la gran mayoría de la gente se había levantado a proclamar su fe inquebrantable en Su Causa, observó tranquilamente: ***“¿Creen los hombres que cuando dicen, "creemos", se les dejará solos y no se les someterá a prueba?"***[1]. Este comentario se vio plenamente justificado por la actitud que aquella misma gente asumió hacia El cuando les llegó la noticia del terrible castigo que Le fue infligido en Tabríz. Apenas un puñado de los que tan ostentosamente habían proclamado su fe en El conservaron, en la hora de prueba, la lealtad a Su Causa. Entre estos se destacó Mullá Imám-Vardí, la tenacidad de cuya fe nadie podía sobrepujar, excepto Mullá Jalíl-i-Urúmí, nativo de Urúmíyyih y una de las Letras de los Vivientes. La adversidad no sirvió sino para intensificar el ardor de su devoción y fortalecer su creencia en la justicia de la Causa que había abrazado. Posteriormente logró la presencia de Bahá'u'lláh, la Verdad de cuya Misión reconoció inmediatamente, y para cuya promoción luchó con el mismo fervor y empeñó que habían caracterizado sus esfuerzos anteriores para la difusión de la Causa del Báb. En reconocimiento por sus largos servicios él, así como su familia, fueron honrados con la recepción de numerosas Tablillas de la Pluma de Bahá'u'lláh en que ensalzó sus hazañas e invocó las bendiciones del Todopoderoso por sus esfuerzos. Con determinación inquebrantable siguió luchando por el desarrollo de la Fe hasta pasados los ochenta años de edad, cuando partió de esta vida.

Las historias de los signos y maravillas que habían atestiguado los admiradores innumerables del Báb pronto se transmitieron de boca en boca y dieron lugar a una ola de entusiasmo sin precedentes que se difundió con desconcertante rapidez por todo el país. Se difundió en Teherán y despertó a los dignatarios eclesiásticos del reino a efectuar nuevos esfuerzos para oponérsele. Temblaban ante el

progreso de un Movimiento que, si se Le permitía seguir Su curso, era seguro pronto engolfaría las instituciones sobre las que dependía su autoridad, aún más, su existencia misma. Por todas partes veían las manifestaciones crecientes de una fe y devoción como la que ellos mismos habían sido incapaces de despertar, de una lealtad que hería en la raíz la estructura que sus propias manos habían erigido y que todos los recursos en su poder no habían podido minar.

Tabríz en particular, se encontraba sumida en estado de profunda excitación. La noticia de la próxima llegada del Báb había encendido la imaginación de los habitantes y había despertado intensa animosidad en los corazones de los dirigentes eclesiásticos de Ádhirbáyján. De toda la población de Tabríz, sólo ellos se abstuvieron de compartir las demostraciones con que un pueblo agradecido aclamaba el regreso del Báb a su ciudad. Tal fue el fervor del entusiasmo público creado por la noticia que las autoridades decidieron alojar al Báb en un lugar fuera de las puertas de la ciudad. Sólo a aquellos a quienes deseaba ver se les permitía el privilegio de acercarse a El. A todos los demás se les rehusó estrictamente la entrada.

La segunda noche después de Su llegada, el Báb llamó a ‘Azím a Su presencia y, durante Su conversación con él afirmó enfáticamente Su aseveración de no ser otro sino el Qá'im prometido. Sin embargo, encontró que estaba poco dispuesto a reconocer esta aseveración sin reservas. Al percibir su agitación interior, dijo: "Mañana, en presencia del Valí-'Ahd[2], y en medio de los 'ulamás y personalidades de la ciudad allí reunidos, proclamaré Mi Misión. Quienquiera se sienta inclinado a pedir de Mi otro testimonio fuera de los versículos que ya he revelado, que busque satisfacción del Qá'im de su vana imaginación".

He oído a ‘Azím atestiguar lo siguiente: "Aquella noche me sentí muy perturbado. Permanecí despierto e inquieto hasta el amanecer. En cuanto ofrecí mi oración matinal encontré, sin embargo, que se había producido un gran cambio en mí. Parecía como si una nueva puerta había sido descerrajada y abierta ante mis ojos. Muy pronto sentí la convicción que si era fiel a mi fe en el Profeta Muhammad, el Apóstol de Dios, también debía reconocer sin reservas las afirmaciones hechas por el Báb y debía someterme sin temor ni vacilaciones a cualquier cosa que El pudiera decretar. Esta conclusión alivió la agitación de mi corazón. Me apresuré a ir donde el Báb y le rogué que me perdonara. ***‘Es nueva prueba de la grandeza de esta Causa", dijo, "que aún ‘Azím[3] se haya sentido tan perturbado y sacudido por Su poder y la inmensidad de Su afirmación". "Ten seguridad",*** agregó, ***"que la bondad del Todopoderoso te permitirá fortalecer a los débiles de corazón y afirmar los pasos de los que vacilan. Tan grande será tu fe que si el enemigo mutilara y desgarrara tu cuerpo hasta no***

dejar pedazo, con la esperanza de disminuir en un ápice el fervor de tu amor, fracasarían en lograr su propósito. Sin lugar a dudas, en los días venideros, te encontrarás cara a cara con Aquél quien es el Señor de todos los mundos, y compartirás la alegría de Su presencia'. Estas palabras dispersaron la penumbra de mis aprehensiones. Desde ese día en adelante, ni el temor ni la agitación jamás volvieron a echar su sombra sobre mi".

La detención del Báb a las puertas de Tabríz no apaciguó los ánimos exaltados que reinaban en la ciudad. Todas las medidas de precaución, todas las restricciones, que las autoridades habían impuesto, sólo sirvieron para agravar una situación que ya se había hecho amenazadora y ominosa. Hájí Mírzá Áqásí dio sus órdenes para la inmediata convocación de los dignatarios eclesiásticos de Tabríz en la residencia oficial del gobernador de Ádhirbáyján, con el propósito expreso de procesar al Báb y buscar los medios más efectivos para extinguir Su influencia. Hájí Mullá Mahmúd, quién llevaba el título de Nizámu'l-'Ulamá, y era el tutor de Násiri'd-Dín Mírzá, el Valí-'Ahd[4], Mullá Muhammad-i-Mámáqání, Mírzá Alí-Asghar el Shaykhu'l-Islám y cierto número de los shaykhís más distinguidos y doctores en teología se encontraban entre los que se habían dado cita con este propósito[5]. Násiri'd-Dín Mírzá, asistió a esa reunión en persona. La presidencia pertenecía al Nizámu'l-'Ulamá, quien, en cuanto se dio comienzo al proceso, comisionó a un oficial, en nombre de la asamblea, para que trajera a su presencia al Báb. Mientras tanto, multitud de gente se agolpaba a la entrada del salón y esperaban impacientes la hora en que podían ver, aunque momentáneamente, Su rostro. La muchedumbre era tal que fue necesario forzar un pasaje para que el Báb pudiera pasar entre los que estaban cerca de la reja.

En cuanto llegó, el Báb observó que todos los asientos estaban ocupados excepto aquél reservado para el Valí-'Ahd. Saludó a la asamblea y, sin la menor vacilación, procedió a ocupar ese asiento vacante. La majestad de Su marcha, la expresión de confianza abrumadora que aparecía en Su rostro - sobre todo, el espíritu de poder que emanaba de todo Su ser, pareció aniquilar por un momento el espíritu en el cuerpo de aquellos a quienes había saludado. Repentinamente cayó sobre ellos un silencio profundo y misterioso. Ni una sola alma de esa distinguida asamblea se atrevió a susurrar una sola palabra. Finalmente el silencio que pesaba sobre ellos fue roto por el Nizámu'l-'Ulamá. "¿Quien pretendes ser?", preguntó al Báb, "¿y cuál es el mensaje que has traído?" ***"¡Yo soy!",*** exclamó tres veces el Báb, ***"¡Yo soy, Yo soy, el Prometido! Yo soy Aquél cuyo Nombre habéis invocado por mil años, a Cuya mención os habéis puesto de pie, Cuyo Advenimiento habéis añorado atestiguar y la hora de Cuya Revelación habéis orado a Dios para que la apresure. En verdad Yo os digo que incumbe a los***

pueblos, tanto del oriente como del occidente, obedecer Mi palabra y jurar lealtad a Mi persona". Nadie se atrevió a contestar excepto Mullá Muhammad-i-Mámáqání, un dirigente de la comunidad Shaykhí, quien había sido un discípulo de Siyyid Kázim. Era a él a quién se había referido el siyyid, comentando su infidelidad e insinceridad con lágrimas en sus ojos y la perversidad de cuya naturaleza había deplorado. Shaykh Hasan-i-Zunúzí, quien había oído a Siyyid Kázim cuando hizo estas observaciones, me relató lo siguiente: "Me sorprendió mucho el tono de su referencia a Mullá Muhammad y tenía curiosidad por saber cuál sería su comportamiento en el futuro como para merecer tales expresiones de conmiseración y condenación de parte de su maestro. Hasta que descubrí su actitud hacia el Báb ese día, no me di cuenta cuán grande eran su arrogancia y ceguera. Me encontraba de pie en el pasillo, junto con otras personas, y pude seguir la conversación de los que estaban en el recinto. Mullá Muhammad estaba sentado a la izquierda del Valí-'Ahd. El Báb ocupaba un asiento entre ambos. Inmediatamente después de haber El declarado que era el Prometido, un sentimiento de pavor se apoderó de los allí reunidos. Inclinaron sus cabezas en silencio y confundidos. La palidez de sus rostros permitía conocer la perturbación de sus sentimientos. Mullá Muhammad, aquél renegado tuerto y de barba blanca, Lo reprendió con insolencia diciendo: "¡Infeliz e inmaduro muchacho de Shíráz! Ya has sublevado y convulsionado Iráq; ¿quieres ahora provocar trastorno similar en Ádhirbáyján?" ***"Vuestra Eminencia",*** contestó el Báb, ***"no he venido aquí por Mi propia cuenta. Se Me ha llamado a este lugar".*** "Guarda silencio", respondió iracundo Mullá Muhammad, "perverso y despreciable discípulo de Satanás!". ***"Vuestra Eminencia",*** contestó nuevamente el Báb, ***"mantengo lo que ya he declarado"***.

"El Nizámu'l-‘Ulamá pensó que sería mejor recusar Su Misión abiertamente. "La pretensión que habéis proclamado", dijo al Báb, "es estupenda; debe ser apoyada necesariamente por las más incontrovertibles pruebas". ***"La más poderosa y convincente prueba de la verdad de la Misión del Profeta de Dios",*** contestó el Báb, ***"se admite es Su propia Palabra. El Mismo atestigua esta verdad: ‘No les basta acaso que Nosotros Te hayamos enviado el Libro’[6]". “Dios Me ha dado el poder de producir tal prueba. Me declaro capaz de revelar un número de versículos equivalente al Corán en el curso de dos noches y dos días".*** "Describe oralmente, si es que hablas la verdad", pidió el Nizámu'l-‘Ulamá, "el proceder de esta reunión en lenguaje que se asemeje a la fraseología de los versos del Corán, para que el Valí-'Ahd y los teólogos aquí reunidos puedan atestiguar la verdad de tu aseveración". El Báb accedió inmediatamente a su petición. Apenas había alcanzado a decir las palabras: ***"En el nombre de Dios,***

el Misericordioso, el Compasivo, alabado sea El Quien ha creado el cielo y la tierra", cuando Mullá Muhammad-i-Mámáqání Lo interrumpió y llamó Su atención a la infracción de las reglas gramaticales. "Este Qá'im auto-designado nuestro", dijo con altivez y desprecio, "al comienzo mismo de su disertación, ha revelado Su ignorancia de las reglas gramaticales más elementales". ***"El Corán mismo"***, hizo ver el Báb, ***"en ningún caso está de acuerdo con las reglas y convencionalismos corrientes entre los hombres. La Palabra de Dios jamás puede estar sujeta a las limitaciones de Sus criaturas. No. Las reglas y cánones adoptados por los hombres han sido deducidos del texto de la Palabra de Dios y se encuentran basados sobre ella. Estos hombres han encontrado, en el texto mismo de ese Libro Sagrado, no menos de trescientos casos de errores gramaticales tales como el que usted acaba de indicar. Como se trataba de la Palabra de Dios, no tenían otra alternativa que resignarse a Su voluntad"***[7].

"Entonces repitió las mismas palabras que acababa de decir, a lo que Mullá Muhammad hizo una vez más la misma objeción. Poco después alguien más se atrevió a hacer al Báb la siguiente pregunta: "¿A qué tiempo gramatical pertenece la palabra Ishtartanna?" En contestación el Báb citó este versículo del Corán: ***"Muy por encima está la gloria del Señor, el Señor de toda grandeza, de aquello que Le imputan, y la paz sea con Sus Apóstoles. ¡Alabado sea Dios, el Señor de los Mundos!"*** Inmediatamente después El se levantó y abandonó la reunión"[8].

El Nizámu'l-'Ulamá estaba muy descontento con la manera cómo había sido conducida la reunión. "¡Cuán vergonzosa!", se le oyó exclamar, "es la descortesía de la gente de Tabríz! ¿Qué relación pude haber entre esas observaciones vanas y la consideración de problemas de tanto peso e importancia?". Hubo algunos otros que se sentían inclinados también a denunciar la vergonzosa conducta observada para con el Báb en aquella ocasión. Mullá Muhammad-i-Mámáqání persistió, sin embargo, en sus vehementes denuncias. "Les advierto", protestó en alta voz, "que si permiten que este Joven siga Su camino sin atajarlo, llegará el día en que toda la población de Tabríz se habrá unido bajo Su estandarte. Cuando llegue ese día, si fuera a expresar Su voluntad que todos los 'ulamás de Tabríz y que el Valí-'Ahd en persona, fueran expulsados de la ciudad y que Él solo asumiera las riendas del poder civil y eclesiástico, ninguno de ustedes, que ahora observan con apatía Su Causa, se sentirá capaz de oponérsele en forma efectiva. Toda esta ciudad, aún más, toda la provincia de Ádhirbáyján, en ese día, lo apoyará con unanimidad".

Las continuas denuncias de ese malvado conspirador excitaron las aprehensiones de las autoridades de Tabríz. Aquellos que tenían en sus manos las

riendas del poder consultaron sobre las medidas más eficaces que se debían tomar para resistir el progreso de Su Fe. Algunos argumentaron que en vista de la falta de respeto que el Báb había mostrado hacia el Valí-'Ahd al ocupar su asiento sin su permiso, y por no haber obtenido el consentimiento del presidente de esa reunión cuando Se levantó y Se fue, debería llamársele otra vez a reunión similar y recibir de las manos de sus miembros un castigo humillante. Násiri'd-Dín Mírzá rehusó, sin embargo, esta proposición. Finalmente se decidió que el Báb fuera llevado a la casa de Mírzá ‘Alí-Asghar, que era a la vez el Shaykhu'l-Islám de Tabríz y un siyyid y que allí recibiera a manos de la guardia personal del gobernador el castigo que merecía. La guardia rehusó acceder a su pedido, prefiriendo no interferir en un asunto que consideraban era privativo de los 'ulamás de la ciudad. El Shaykhu'l-Islám decidió infligir el castigo en persona. Hizo llevar al Báb a su casa y con sus propias manos aplicó once veces el garrote a Sus pies[9].

Ese mismo año aquél tirano insolente se enfermó de parálisis y, después de sufrir los dolores más terribles, murió miserablemente. Su carácter traicionero, avaro y egoísta era reconocido universalmente en Tabríz. De notoria y sórdida crueldad, era temido y despreciado por la gente que gemía bajo su yugo y oraba por su liberación. Las circunstancias denigrantes de su muerte hicieron recordar, tanto a sus amigos como sus enemigos, el castigo que necesariamente deben esperar aquellos a quienes, ni el temor a Dios ni la voz de la conciencia, pueden disuadir de actuar con perfidia y crueldad contra sus congéneres. Después de su muerte fue abolida la función de Shaykhu'l-Islám en Tabríz. Tal era su infamia que hasta el nombre de la institución con que había estado asociado llegó a ser aborrecido por el pueblo.

Y sin embargo su comportamiento, vil y traidor como era, no representaba sino una sola instancia de la conducta repugnante que caracterizó la actitud de los dirigentes eclesiásticos de sus compatriotas hacia el Báb. ¡Cuán gravemente y cuán lejos han errado el camino de la rectitud y la justicia! ¡Con cuanto desprecio han descartado los consejos del Profeta de Dios y las admoniciones de los imanes de la Fe! ¿No han dicho acaso éstos que "si un Joven de Baní-Háshim[10] se manifestara y llamara a la gente a un nuevo Libro y nuevas leyes, todos debían apresurarse en buscarlo y abrazar Su Causa"? Aunque estos mismos imanes han afirmado con claridad que "la mayoría de Sus enemigos serán los 'ulamás", sin embargo esta gente ciega e indigna ha elegido seguir el ejemplo de sus dirigentes y considerar su conducta como modelo de rectitud y justicia. Siguen sus pasos, obedecen implícitamente sus órdenes y se consideran la "gente salvada", los "elegidos de Dios", y los "guardianes de Su Verdad".

De Tabríz el Báb fue llevado a Chihríq, donde fue entregado nuevamente a la custodia de Yahyá Khán. Sus perseguidores se habían imaginado vanamente que llamándolo a su presencia podrían, mediante amenazas e intimidación, inducirle a abandonar Su Misión. Aquella reunión permitió al Báb proclamar enfáticamente, en presencia de los dignatarios más ilustres, reunidos en la capital de Ádhirbáyján, las características distintivas de Su aseveración y refutar, en lenguaje conciso y convincente, los argumentos de Sus adversarios. La noticia de esa trascendental declaración, cargada de consecuencias de tanta envergadura, se difundió rápidamente por toda Persia y conmovió aún más profundamente los sentimientos de los discípulos del Báb. Reavivó su celo, fortaleció su posición y fue señal de los tremendos acontecimientos que pronto iban a convulsionar aquella tierra.

Apenas había regresado el Báb a Chihríq cuando escribió en lenguaje valiente y conmovedor una denuncia del carácter y la acción de Hájí Mírzá Áqásí. En los primeros párrafos de esa epístola, al que le dio por título Khutbiy-i-Qahríyyih[11], el Autor se dirige al Gran Vazír de Muhammad Sháh en estos términos: ***"Oh tú que no has creído en Dios y has alejado tu rostro de Sus signos!"***. Aquella larga epístola fue enviada a Hujjat quién, en aquel tiempo, se encontraba confinado en Teherán. Se le dieron instrucciones que la entregara en persona a Hájí Mírzá Áqásí.

Tuve el privilegio de oír el siguiente relato de labios de Bahá'u'lláh mientras estaba en la prisión de ‘Akká: "Mullá Muhammad ‘Alíy-i-Zanjání, poco después de haber entregado esa Tablilla a Hájí Mírzá Áqásí, vino a visitarme. Estaba en compañía de Mírzá Masíh-i-Núrí y algunos creyentes más cuando llegó. Nos relató las circunstancias relacionadas con la entrega de la Tablilla y recitó para nosotros el texto completo, que era de más o menos tres páginas, que había memorizado". El tono de la referencia de Bahá'u'lláh a Hujjat indicaba cuán satisfecho estaba con la pureza y nobleza de su vida y cuánto admiraba su valentía e impavidez, su voluntad indomable y su constancia sin vacilaciones.

Notas

1.- Corán, 29: 2.
2.- El heredero al trono.
3.- Literalmente significa "el magno".
4.- Nacido el 17 de Julio de 1831; comenzó a reinar en Septiembre de 1848; falleció en 1896: "Este príncipe salió de Teherán para regresar a su gobierno el 23 de enero de 1848. Como su padre falleció el 4 de Septiembre, regresó para asumir el título de Sháh el 18 de Septiembre de ese mismo año". (A. L. M. Nicolas "Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb", pág. 243, nota 195).
5.- A Traveller's Narrative, pág. 19 menciona además el nombre de Mírzá Ahmad, el Imán-Jum‘ih.
6.- Corán, 29: 51.
7.- "El alguien hiciera una objeción a la gramática o sintaxis de estos versos, dicha objeción es vana, porque las reglas gramaticales deben ser deducidas de los versículos y no los versículos escritos en cumplimiento con las reglas de la gramática. No hay duda alguna que el Maestro de estos versos negó estas reglas y negó incluso que él las supo alguna vez". (Le Bayán Persan, vol. I, págs. 45-46).
8.- "Y en cuanto a los relatos musulmanes, aquellos que tenemos ante nosotros no llevan la huella de la verdad, parecen ser falsificaciones. Sabiendo lo que sabemos del Báb, es probable que se llevó la mejor parte del argumento y que los doctores y funcionarios que asistieron a la reunión no estaban dispuestos a dejar constancia de su propio fracaso". (Dr. T. K. Cheyne The Reconciliation of Races and Religions, pág. 62).
"Es difícil decidir hasta qué punto se puede dar crédito a la mencionada narración (la versión musulmana del examen del Báb en Tabríz). Es probable que las preguntas que están anotadas en ella -y por cierto que algunas son suficientemente frívolas e incluso indecentes- fueron preguntadas; pero aunque el Báb posiblemente no pudo responder a ellas, es más que probable que, como lo afirma el Taríkh-i-Jadid, guardó un digno silencio y no que hizo las absurdas afirmaciones que le atribuyen los escritores musulmanes. Más bien éstos hacen daño a su propia causa ya que deseando probar que el Báb no poseía sabiduría sobrehumana, lo representan como exhibiendo una ignorancia a la que difícilmente podemos dar crédito. Que todo el examen fue una farsa, que la sentencia había sido pronunciada de antemano, que no se hizo ningún esfuerzo serio para comprender la naturaleza y pruebas de las pretensiones del Báb y de su doctrina y que desde el principio hasta el final se siguió un curso sistemático de intimidación, ironía y burla, me parece ser hechos que están probados tanto por los relatos musulmanes como los bábís de estos exámenes inquisitoriales". ("A Traveller's Narrative", Nota M, pág. 290).
9.- El siguiente es el relato del Dr. Cormick de sus impresiones personales de Mírzá Alí-Muhammad el Báb, extractadas de cartas escritas por él al Rev. Benjamín Labaree D.D. (El Dr. Cormick era un médico inglés que había residido largo tiempo en Tabríz donde se le tenía en alta consideración. El documento fue comunicado al Profesor E. G. Browne, de la

Universidad de Cambridge por el Sr. W. A. Shedd quien escribió al respecto, en una carta fechada el 19 de Marzo de 1911: "Estimado Profesor Browne, estoy revisando papeles de mi padre (el extinto Rev. J. H. Shedd, D.D. de la Misión Americana en Urúmíyyih, Persia, de la misma misión que el Dr. Benjamín Labaree), y he encontrado algo que pienso que puede ser de valor desde el punto de vista histórico. No tengo libros aquí ni tampoco los hay en lugar cercano como para poder cerciorarse si este fragmento de testimonio ha sido utilizado o no. Pienso que probablemente no y estoy seguro que no puedo hacer nada mejor que enviárselos a usted., con la esperanza que los utilice como mejor le parezca. De la autenticidad de los documentos no puede haber duda alguna").

"Usted me solicita detalles de mi entrevista con el fundador de la secta conocida como bábís. Nada importante sucedió en la entrevista ya que el Báb se dio cuenta que yo había sido enviado junto con dos médicos persas para ver si estaba en su sano juicio o si era sólo un loco, para decidir sobre su sentencia de muerte o no. Sabiendo esto se mostró reacio a contestar cualquier pregunta que se le hacía. A todas nuestras preguntas sólo respondió con una suave mirada mientras que en voz dulce y melodiosa entonaba lo que supongo deben haber sido algunos himnos. Otros dos Siyyid, sus amigos íntimos, también estaban presentes y posteriormente fueron sentenciados a muerte junto con él, además había un par de oficiales del gobierno. Sólo en una ocasión se dignó responderme cuando le dije que no era musulmán y tenía deseos de saber algo sobre su religión ya que pudiera sentirme inclinado a adoptarla. Me miró con mucha atención cuando dije esto y respondió que no tenía duda alguna que todos los europeos adoptarían su religión. Nuestro informe al Sháh en ese instante fue en el sentido de no quitarle la vida. Algún tiempo después fue muerto por orden del Amír-Nizám Mírzá Taqí Khán. Después de nuestro informe sólo se le sometió al bastinado, durante el cual un farrásh, ya sea intencionalmente o no, le dio un golpe en el rostro con el palo destinado a sus pies, lo que le produjo una gran herida e hinchazón de la cara. Al preguntársele si debían traerle un cirujano persa para tratarlo, expresó el deseo que me mandaran a buscar a mí y en consecuencia lo traté durante algunos días, pero durante las entrevistas relacionadas con esto nunca pude lograr que tuviera una conversación confidencial conmigo ya que siempre se encontraban presentes funcionarios del gobierno por ser él un prisionero. Se mostró muy agradecido por la atención que le dispensé. Era un hombre muy suave y de aspecto delicado, de estatura bastante pequeña y extremadamente rubio para un persa, con voz suave y melodiosa que me llamó mucho la atención. Como era un Siyyid vestía la indumentaria de dicha secta, como lo hacían también sus dos compañeros. De hecho, todo su aspecto y actitud lo predisponían a uno en su favor. De su doctrina no oí nada de sus propios labios aún cuando la idea es que en su religión hay cierta similitud con el cristianismo. Algunos carpinteros armenios que fueron enviados a hacer reparaciones en su celda lo vieron leyendo la Biblia y no hizo nada para ocultarlo, más bien al contrario se lo dijo. Con toda seguridad que el fanatismo musulmán no existe en su religión, en lo que se refiere al cristianismo y tampoco existe la opresión a la mujer que actualmente se observa". En relación con este documento el Profesor Browne escribe lo siguiente: "El primero de estos dos documentos es muy valioso ya que da la impresión personal producida por el Báb durante el período de su encarcelamiento y sufrimiento, sobre una mente occidental cultivada e imparcial. Muy pocos cristianos occidentales deben haber tenido la oportunidad de ver y aún menos de conversar con el Báb y no se de ningún otro

que haya dejado constancia escrita de sus impresiones". (E. G. Browne Materials for the Study of the Bábí Religion, págs. 260-62, 264).

10.- Háshim era el bisabuelo del Profeta Muhammad.

11.- Literalmente "Sermón de la Ira".

CAPÍTULO 19

LA REVUELTA DE MÁZINDARÁN

En el mismo mes de Shá'bán que atestiguó las indignidades sufridas por el Báb en Tabríz y las aflicciones acaecidas a Bahá'u'lláh y Sus compañeros en Níyálá, Mullá Husayn regresó del campamento del príncipe Hamzih Mírzá a Mashhad, de donde prosiguió, siete días más tarde, a Karbilá acompañado de quienquiera él deseaba. El príncipe le ofreció una suma para pagar los gastos de su viaje, ofrecimiento que declinó, devolviendo la suma con un mensaje en que le pedía que gastara el dinero para aliviar a los pobres y necesitados. ‘Abdu'l-‘Alí-Khán también ofreció proveer todas las necesidades del proyectado peregrinaje de Mullá Husayn y expresó su deseo de financiar también los gastos de quienquiera pudiera decidir acompañarle. Lo único que aceptó de él fueron una espada y un caballo, los cuales estaba destinado a utilizar con extraordinaria bravura y habilidad para rechazar los asaltos de un enemigo traicionero.

Mi pluma jamás puede describir la devoción que Mullá Husayn había logrado encender en los corazones del pueblo de Mashhad, ni tampoco puede tratar de sondear el grado de su influencia. En aquellos días su casa estaba asediada pro muchedumbres de personas ansiosas que imploraban que se les permitiera acompañarle en su proyectado viaje. Las madres trajeron a sus hijos, las hermanas a sus hermanos, y con lágrimas en los ojos le rogaban que los aceptara como su más añorado ofrecimiento en el Altar del Sacrificio.

Mullá Husayn estaba aún en Mashhad cuando llegó un mensajero que le traía el turbante del Báb y que le daba la nueva que éste le había conferido un nuevo nombre, el de Siyyid ‘Alí. ***"Adorna tu cabeza",*** decía el mensaje, ***"con Mi turbante verde, el emblema de Mi linaje y, con el Estandarte Negro[1] desplegado delante de ti, apresúrate en ir al Jazíriy-i-Khadrá[2] y ayuda a Mi amado Quddús".***

En cuanto llegó a su poder ese mensaje, Mullá Husayn se levantó a cumplir los deseos de su Maestro. Salió de Mashhad a un lugar a más o menos un farsang[3] de la ciudad, enarboló el Estandarte Negro, puso el turbante del Báb sobre su cabeza, reunió a sus compañeros, montó su caballo y dio la señal para su partida a Jazíriy-i-Khadrá. Sus compañeros, que eran doscientos dos en total, lo siguieron con entusiasmo. Ese día memorable era el diecinueve de Sha'bán en el año 1264

D.H.[4]. En cualquier lugar que se detenían, en cada aldea y villorrio por que pasaban, Mullá Husayn y sus condiscípulos proclamaban intrépidamente el mensaje del Nuevo Día, invitaban a la gente a abrazar Su Verdad y seleccionaban de entre los que respondía a su llamado a unos pocos a quienes exhortaban a unirse con ellos en su viaje.

En el pueblo de Níshápúr, Hájí ‘Abdu'l-Majíd, el padre de Badí‘[5], quien era comerciante de reputación, se alistó bajo el estandarte de Mullá Husayn. Aunque su padre gozaba de prestigio sin rival por ser el dueño de la mina de turquesas de Níshápúr, abandonando todos los honores y beneficios que le había conferido su ciudad natal, juró lealtad inquebrantable a Mullá Husayn. En la aldea de Míyámay, treinta de los habitantes declararon su fe y se unieron al grupo. Todos ellos, con excepción de Mullá 'Ísá, cayeron mártires en el fuerte de Shaykh Tabarsí[6].

Al llegar a Chashmih-‘Alí, un lugar situado cerca de la ciudad de Dámghán sobre el camino principal a Mázindarán, Mullá Husayn decidió interrumpir su viaje y esperar allí algunos días. Acampó bajo la sombra de un gran árbol, a orillas de un arroyo. "Nos encontramos en la encrucijada", dijo a sus compañeros. "Esperaremos Su decreto sobre qué camino debemos tomar". Hacia fines del mes de Shavvál[7] se levantó un furioso huracán y rompió una gran rama de ese árbol; en vista de ello Mullá Husayn observó: "El árbol de la soberanía de Muhammad Sháh, por la Voluntad de Dios, ha sido arrancado de raíz y arrojado al suelo". El tercer día después de haber pronunciado esa predicción, un mensajero, que iba rumbo a Fashhad, llegó a Teherán y dio a conocer la muerte del soberano[8]. Al día siguiente el grupo decidió partir a Mázindarán. Al ponerse de pie para partir su jefe dijo, indicando la dirección de Mázindarán: "Este es el camino que conduce a nuestro Karbilá. Quienquiera no esté preparado para las grandes pruebas, que vuelva ahora a su hogar y abandone el viaje". Repitió la advertencia varias veces y, al acercarse a Savád-Kúh, declaró explícitamente: "Yo, junto con setenta y dos de mis compañeros moriremos por nuestro Bienamado. Quienquiera sea incapaz de renunciar al mundo, que ahora, en este mismo instante, se vaya, porque después no podrá escapar". Veinte de sus compañeros decidieron regresar, sintiéndose impotentes para resistir las pruebas a que aludía continuamente su jefe.

La noticia de que se acercaba al pueblo de Bárfurúsh alarmó al Sa‘ídu'l-‘Ulamá. La universal y creciente popularidad de Mullá Husayn, las circunstancias que rodearon su partida de Mashhad, el Estandarte Negro que flameaba delante de él -sobre todo, el número, la disciplina y el entusiasmo de sus compañeros, se combinaban para despertar el odio implacable de aquél mujtahid cruel y

arrogante. Pidió al pregonero que llamara al pueblo de Bárfurúsh al masjid y que anunciara que él iba a pronunciar un sermón de importancia tan trascendental, que ningún adherente fiel del islam en aquellas vecindades podía permitirse el lujo de ignorarlo. Una enorme muchedumbre de hombres y mujeres se agolpó en el masjid, vieron como subió al púlpito, y arrojó su turbante al suelo, rasgó el cuello de su camisa y se lamentó del estado en que había caído la Fe. "¡Despertaos", rugió desde el púlpito, "porque nuestros enemigos están a nuestra misma puerta, listos para barrer con todo lo que atesoramos como puro y sagrado en el islam! Si fracasamos en resistirlos, no quedará nadie avivo después de su agresión. Aquél que es el jefe de esa banda vino sólo, cierto día, a mis clases. Me ignoró completamente y me trató con desdén en presencia de mis discípulos. Como rehusé conferirle los honores que esperaba, se levantó iracundo y me arrojó su desafío. Este hombre tuvo la temeridad, cuando Muhammad Sháh estaba sentado en su trono y estaba en la cúspide del poder, de atacarme enconadamente. ¡Qué excesos no cometerá este sedicioso, que ahora avanza a la cabeza de su banda salvaje, ahora que la mano protectora de Muhammad Sháh se ha retirado repentinamente! Es el deber de todos los habitantes de Bárfurúsh, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, armarse en contra de estos despreciables destructores del islam y, mediante todos los medios en su poder, resistir su avance. Mañana, al amanecer, que se levanten todos y marchen a extinguir sus fuerzas".

Toda la congregación se levantó en respuesta a su llamada. Su apasionada elocuencia, la autoridad indiscutida que tenía sobre ellos y el temor a perder sus propias vidas y bienes, se combinaron para inducir a los habitantes de ese pueblo a hacer todos los preparativos posibles para el encuentro que se avecinaba. Se armaron con cuanto armamento podían encontrar o inventar y partieron al amanecer del pueblo de Bárfurúsh, completamente decididos a afrontar y dar muerte a los enemigos de su Fe y saquear su propiedad[9].

En cuanto Mullá Husayn se decidió a seguir el camino que conducía a Mázindarán, inmediatamente después de ofrecer su oración del alba, pidió a sus compañeros que dejaran atrás todas sus posesiones. "Abandonad todas vuestras pertenencias", les dijo, "y contentaos sólo con vuestros caballos y vuestras espadas, para que todos atestigüen vuestra renunciación a todo bien terrenal y puedan darse cuenta que esta pequeña banda de los compañeros elegidos de Dios no tiene deseo de proteger su misma propiedad, mucho menos de codiciar la ajena". Inmediatamente todos obedecieron y, descargando sus caballos, se levantaron alegremente a seguirle. El padre de Badí fue el primero en arrojar a un lado su maletín que contenía una cantidad considerable de turquesas que había

traído consigo de la mina que pertenecía a su padre. Una sola palabra bastó para inducirle a tirar a un lado del camino lo que, sin lugar a dudas, era su posesión más atesorada y aferrarse al deseo de su jefe.

A la distancia de un farsang[10] de Bárfurúsh, Mullá Husayn y sus compañeros se encontraron con sus enemigos. Una multitud equipada con armas y municiones se había reunido y le cerraban el paso. En sus rostros había una expresión de salvaje ferocidad y las más viles imprecaciones caían sin cesar de sus labios. Los compañeros, en vista del alboroto de este populacho enfurecido, hicieron ademán de desenvainar sus sables. "Aún no", ordenó su jefe; "hasta que el enemigo nos obligue a protegernos no deben salir nuestros sables de sus vainas". Apenas había pronunciado estas palabras cuando el fuego del enemigo se descargó contra ellos. Seis de los compañeros cayeron inmediatamente al suelo. "Querido jefe", exclamó uno de ellos, "nos hemos levantado y te hemos seguido sin otro deseo que el de sacrificarnos en el sendero de la Causa que hemos abrazado. Permítenos, te lo rogamos, que nos defendamos y no dejes que caigamos en forma vergonzosa como víctimas del fuego del enemigo". "Aún no ha llegado el momento", dijo Mullá Husayn; "no se ha completado aún el número". Poco después una bala atravesó el pecho de uno de sus compañeros, un siyyid de Yazd[11] que había caminado todo el camino desde Mashhad hasta ese lugar y que figuraba como uno de sus principales lugartenientes. Al ver a ese devoto compañero muerto a sus pies, Mullá Husayn elevó los ojos al cielo y oró: "Contemplad, ¡oh Dios, mi Dios!, el aprieto de Tus compañeros elegidos y atestigua la bienvenida que esta gente ha dado a Tus amados. Tu sabes que no anidamos otro deseo más que el guiarlos al sendero de la verdad y conferir sobre ellos el conocimiento de Tu Revelación. Tú mismo nos has mandado defender nuestras vidas del asalto del enemigo. Fiel a Tu mandato, me levanto ahora con mis compañeros a resistir el ataque que han lanzado contra nosotros"[12.]

Desenvainando su sable y espoleando su caballo en medio del enemigo, Mullá Husayn persiguió, con maravillosa intrepidez, al asaltante de su compañero caído. Su antagonista, que temía enfrentarlo, se refugió detrás de un árbol y, levantando su mosquete, trató de defenderse. Mullá Husayn lo reconoció inmediatamente, se precipitó hacia adelante y, de un solo sablazo, cortó el tronco del árbol, el cañón del mosquete y el cuerpo de su adversario[13] en dos. La fuerza sorprendente de ese golpe confundió al enemigo y paralizó sus esfuerzos. Todos huyeron presa de pánico al ver manifestación tan extraordinaria de destreza, fuerza y coraje. Esta hazaña fue la primera de su clase que atestiguó la intrepidez y heroísmo de Mullá Husayn, proeza que le ganó el encomio del Báb. También Quddús rindió tributo a la serena valentía que desplegó Mullá Husayn en aquella

oportunidad. Se dice que, cuando se le dio la noticia, citó el siguiente versículo del Corán: ***"De modo que no fueron ustedes quienes les dieron muerte, sino Dios quién les dio muerte; aquellos dardos eran de Dios, no de ustedes. Somete a prueba a los fieles mediante una bondadosa prueba venida de El Mismo: en verdad Dios escucha, sabe. Esto sucedió, para que Dios anulara también la maldad de los infieles".***

Yo mismo, cuando estuve en Teherán, en el año 1265 D.H.[14], un mes después de haber terminado la lucha de Shaykh Tabarsí, oí a Mírzá Ahmad relatar las circunstancias de este incidente en presencia de numerosos creyentes, entre los que se encontraban Mírzá Muhammad-Husayn-i-Hakamíy-i-Kirmání, Hájí Mullá Ismá'íl-i-Faráhání, Mírzá Habíbu'lláh-i-Isfahání, y Siyyid Muhammad-i-Isfahání.

Cuando, posteriormente, visité Khurásán y me alojaba en casa de Mullá Sádiq-i-Khurásání en Mashhad, donde se me había invitado a enseñar la Causa, pedí a Mírzá Muhammad-i-Furúghí, en presencia de numerosos creyentes entre los que se encontraban Nabíl-i-Akbar y el padre de Badí, que me ilustrara sobre el verdadero carácter de ese relato extraordinario. Mírzá Muhammad declaró enfáticamente: "Yo mismo fui testigo de esta acción de Mullá Husayn. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, nunca lo hubiera creído". En relación con esto, el mismo Mullá Muhammad nos relató la siguiente historia: "Después del encuentro de Vás-Kas, en que el príncipe Mihdí-Qulí Mírzá fue completamente derrotado y huyó a pie descalzo de los compañeros del Báb, el Amir-Nizám[15] lo reprendió severamente. "Le he encargado", escribió, "la misión de subyugar un puñado de jóvenes y despreciables estudiantes. He puesto a su disposición el ejército del Sháh y sin embargo ha permitido que sufra derrota tan vergonzosa. ¿Qué habría sucedido, me pregunto, si le hubiera encomendado la misión de derrotar las fuerzas combinadas de los gobiernos ruso y otomano?" El príncipe pensó que sería mejor confiar a un mensajero el cañón de ese mismo rifle que había sido partido en dos por el sable de Mullá Husayn y darle instrucciones para que se lo presentara, en persona, al Amir-Nizám. "Tal es", fue su mensaje al Amir, "la fuerza despreciable de un adversario que, con un solo sablazo, ha cortado en seis pedazos el árbol, el mosquete y al que lo llevaba".

"Testimonio tan convincente de la fuerza del contendor constituyó, a los ojos del Amir-Nizám, un desafío que ningún hombre en su posición y autoridad podía darse el lujo de ignorar. Resolvió dominar el poder que, mediante acción tan audaz, había tratado de hacerse valer contra sus fuerzas. Impotente, a pesar de la abrumadora mayoría numérica de sus soldados, para derrotar a Mullá Husayn y sus compañeros en buena lid y con honor, con mezquindad recurrió a la traición y al fraude como medios para alcanzar sus fines. Ordenó al príncipe que pusiera su

sello en el Corán y empeñara la palabra de honor de sus oficiales que en adelante se abstendrían de cualquier acto de hostilidad hacia los ocupantes del fuerte. Por este medio pudo inducirlos a deponer sus armas a infligir a sus indefensos antagonistas una derrota aplastante y sin gloria".

Despliegue tan extraordinario de fuerza y destreza no podía dejar de atraer la atención de un número considerable de observadores cuyas mentes habían permanecido, hasta entonces, libres de prejuicio y maldad. Provocó el entusiasmo de poetas que, en diversos lugares de Persia, se sintieron movidos a celebrar las proezas del autor de acción tan audaz. Sus poemas sirvieron para difundir el conocimiento e inmortalizar la memoria de esa gran acción. Entre los que rindieron tributo a la valentía de Mullá Husayn se encontraba cierto Ridá-Qulí Khán-i-Lalih-Bashí, quién, en el Tárikh-i-Násirí, prodigó su elogio a la extraordinaria fuerza e inigualada destreza que habían caracterizado ese golpe.

Me aventuré a preguntar a Mírzá Muhammad-i-Furúghí si sabía que en el Nasikhu't-Taváríkh se había mencionado el hecho que, en su juventud, Mullá Husayn había recibido lecciones en el arte de la espada, que había logrado su destreza sólo después de un período considerable de entrenamiento. "Esa es pura invención", afirmó Mullá Muhammad. "Lo he conocido desde su infancia y he estado asociado con él como compañero de escuela y amigo, por mucho tiempo. Nunca lo había visto poseído de tal fuerza y poder. Aún me considero superior en vigor y resistencia física. Su mano temblaba cuando escribía y con frecuencia expresó su incapacidad de escribir tan extensamente y con tanta frecuencia como hubiera deseado. Sufría un gran impedimento en este sentido y siguió sufriendo de lo mismo hasta su viaje a Mázindarán. El momento en que desenvainó la espada, sin embargo, con el objeto de rechazar ese ataque salvaje, parecía que un poder misterioso lo había transformado repentinamente. En todos los encuentros posteriores, se le veía el primero en adelantarse y espolear su caballo al campo del agresor. Sin ayuda, enfrentaba y luchaba contra las fuerzas combinadas de sus antagonistas y por sí sólo alcanzaba la victoria. Nosotros, quienes le seguíamos a la zaga, teníamos que contentarnos con aquellos a quienes ya había debilitado con los golpes que les había propinado. Su nombre por sí solo era suficiente para aterrorizar los corazones de sus adversarios. Huían cuando se le mencionaba; temblaban cuando se acercaba. Aún aquellos quienes eran sus compañeros permanentes quedaban mudos de asombro al verle. Nos sentíamos aturdidos por el despliegue de su extraordinaria fuerza, su voluntad indomable y su intrepidez sin igual. Todos estábamos convencidos que había dejado de ser el Mullá Husayn a quién habíamos conocido y que en él residía un espíritu que solo Dios podía conferir".

Este mismo Mírzá Muhammad-i-Furúghí me relató lo siguiente: "Apenas había propinado ese sablazo memorable a su adversario, Mullá Husayn desapareció de nuestra vista. No sabíamos donde había ido. Sólo su ayudante, Qanbar-‘Alí, podía seguirle. Él nos informó posteriormente que su amo se arrojó de cabeza contra sus enemigos y pudo, de un sólo golpe de su sable, derribar a cada uno de los que se atrevían a asaltarlo. Sin preocuparse de las balas que llovían sobre él, forzó su paso entre las filas del enemigo y se dirigió a Bárfurúsh. Cabalgó directamente hacia la residencia de Sa‘ídu'l-‘Ulamá, dio tres vueltas a su casa y, llamando en alta voz, dijo: "Que ese despreciable cobarde, que ha incitado a los habitantes de este pueblo a librar guerra santa en contra nuestra y se ha ocultado ignominiosamente tras las paredes de su casa, salga de su despreciable escondite. Que demuestre, por ejemplo, la sinceridad de su exhortación y la justicia de su causa. ¿Es que se ha olvidado que aquél que predica guerra santa debe ir en persona a la cabeza de sus seguidores y por sus propias acciones debe encender su devoción y mantener su entusiasmo?""-

La voz de Mullá Husayn ahogó el clamor de la multitud. Los habitantes de Bárfurúsh se rindieron y muy pronto levantaron el grito de "¡Paz, paz!" Apenas se había levantado esa voz de rendición cuando la aclamación de los seguidores de Mullá Husayn, que en ese instante venían al galope hacia Bárfurúsh, se oyó por todos lados. El grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!"[16] que proclamaban en alta voz, dejó desconcertados a los que lo oyeron. Los compañeros de Mullá Husayn, que habían abandonado toda esperanza de encontrarlo vivo, se sintieron muy sorprendidos cuando lo vieron sentado erguido sobre su caballo, ileso e impávido ante la furia del ataque. Cada uno de ellos se acercó a él con reverencia y besó sus estribos.

Esa tarde, la paz que los habitantes de Bárfurúsh habían implorado, fue concedida. A la muchedumbre que lo había rodeado Mullá Husayn dijo las siguientes palabras: ""¡Oh seguidores del Profeta de Dios y shí'itas de los imanes de Su Fe! ¿Por qué os habéis levantado contra nosotros? ¿Es que repudiamos alguna vez la verdad de vuestra Fe? ¿Por qué consideráis que el derramar nuestra sangre es un acto meritorio a los ojos de Dios? ¿Es esta la hospitalidad que el Apóstol de Dios ha encarecido a Sus seguidores mostrar tanto al fiel como al infiel? ¿Qué hemos hecho nosotros para merecer tal condena de vosotros? Considerad: yo sólo sin ninguna otra arma que mi espada, he podido hacer frente a la lluvia de balas que los habitantes de Bárfurúsh han derramado sobre mí y he salido sin daño de en medio del fuego con que me han asediado. Tanto mi persona como mi caballo han salido sin daño de un ataque abrumador. Excepto un pequeño rasguño que recibí en mi rostro, ustedes han sido impotentes para

herirme. Dios me ha protegido y ha deseado establecer a vuestra vista el poder de Su Fe".

Inmediatamente después Mullá Husayn se dirigió al caravanserai de Sabzih-Maydán. Desmontó y, de pie a la entrada de la posada, esperó la llegada de sus compañeros. En cuanto se habían reunido y acomodado en ese lugar, mandó a buscar pan y agua. Aquellos que habían sido encargados de traerlos regresaron con las manos vacías y le informaron que no habían podido obtener pan del panadero ni agua de la plaza pública. "Nos has exhortado", le dijeron, "poner nuestra confianza en Dios y resignarnos a Su voluntad. "Nada puede sucedernos salvo lo que Dios ha destinado para nosotros. ¡Nuestro soberano Señor es Él; y en Dios tienen confianza los fieles".[17]

Mullá Husayn dio orden que cerraran las puertas del caravanserai. Convocó a sus compañeros y les pidió que permanecieran reunidos en su presencia hasta la hora de la puesta del sol. Al acercarse al atardecer preguntó si entre ellos había alguien que estuviera dispuesto a levantarse y, renunciando a su vida por su Fe, subir al techo del caravanserai y proclamar el adhán[18]. Un joven respondió con alegría. Apenas habían caído de sus labios las palabras iniciales de "Alláh-u-Akbar" cuando lo alcanzó una bala que le provocó la muerte instantánea. "Que otro de ustedes se levante", les dijo Mullá Husayn, "y con el mismo desprendimiento, siga con la oración que ese joven no pudo terminar". Otro joven se puso de pie y apenas había dicho las palabras, "soy testigo que Muhammad es el Apóstol de Dios", cuando él también fue abatido por otra bala del enemigo. Un tercer joven, a petición de su jefe, intentó completar la oración que sus compañeros martirizados se habían visto obligados a dejar inconclusa. El también sufrió igual suerte. Al acercarse al final de su oración, pronunciaba las palabras, "no hay otro Dios más que Dios", cuando a su vez, cayó muerto.

La caída de este tercer compañero decidió a Mullá Husayn a abrir el portón del caravanserai y levantarse, junto con sus amigos a rechazar este ataque inesperado de un enemigo traicionero. Subiendo de un brinco a su caballo, dio la señal de cargar sobre los atacantes que se habían amontonado delante del portón y habían llenado el Sabzih-Maydán. Con el sable en la mano y seguido por sus compañeros logró diezmar las fuerzas que se habían dispuesto en su contra. Los pocos que se libraron de sus sables huyeron aterrorizados, pidiendo una vez más paz, implorando nuevamente misericordia. Con la llegada del atardecer había desaparecido toda la muchedumbre. El Sabzih-Maydán, que poco antes estaba desbordante con una masa inquieta de antagonistas, se encontraba ahora desierto. El clamor de la multitud se había aquietado. Cubierto con los cuerpos de los

muertos, el Maydán y sus alrededores ofrecía un espectáculo triste y conmovedor, una escena que atestiguaba la victoria de Dios sobre Sus enemigos.

Victoria tan sorprendente[19] indujo a cierto número de los nobles y jefes del pueblo a intervenir y pedir misericordia a Mullá Husayn para sus conciudadanos. Vinieron a pie para hacerle su petición. "Dios es nuestro testigo", dijeron, "que no guardamos otra intención que la de establecer la paz y reconciliación entre nosotros. Permaneced sentado en vuestro corcel por un instante hasta que hayamos explicado nuestro motivo". Observando la seriedad de su petición, Mullá Husayn desmontó y los invitó que entraran con él al caravanserai. "Nosotros, a diferencia de la gente de este pueblo, sabemos como recibir al extraño en nuestro medio", dijo al invitarlos a sentarse a su lado y ordenar que se les sirviera té. "El Sa‘ídu'l-‘Ulamá", replicaron, "fue el único responsable de haber encendido la hoguera de tanto trastorno. La gente de Bárfurúsh en ningún caso debe ser implicada en el crimen que él ha cometido. Que lo pasado se olvide. Sugerimos, en interés de ambas partes, que usted y sus compañeros partan mañana a Ámul. Bárfurúsh se encuentra presa de gran excitación; tememos, no vaya a ser que se les instigue a atacarlos nuevamente". Mullá Husayn, aunque insinuó la insinceridad de la gente, consintió a su proposición; en vista de esto ‘Abbas-Qulí-Khán-i-Lárijání[20] y Hájí Mustafá Khán se pusieron de pie juntos y, jurando por el Corán que habían traído con ellos, declararon solemnemente su intención de considerarlos sus huéspedes aquella noche, y que al día siguiente darían instrucciones a Khusraw-i-Qádí-Kalá'í[21] y cien jinetes para que custodiaran su paso por Shír-Gáh sanos y salvos. "La maldición de Dios y Sus Profetas caiga sobre nosotros, tanto en este mundo como en el venidero", agregaron, "si alguna vez permitimos que se inflija el más mínimo daño a usted y sus compañeros".

En cuanto hicieron su declaración, llegaron sus amigos que habían ido a buscar alimento para los compañeros y pienso para los caballos. Mullá Husayn pidió a sus correligionarios interrumpir su ayuno ya que ninguno de ellos en ese día, que era viernes doce del mes de Dhi'l-Qa'dih[22], habían comido ni bebido desde el alba. Tan grande fue el número de notabilidades y sus ayudantes que se habían apiñado en el caravanserai ese día que ni él ni ninguno de sus compañeros habían ofrecido a sus visitas.

Aquella noche, más o menos cuatro horas después de la puesta del sol, Mullá Husayn, junto con sus amigos, cenó en compañía de ‘Abbas-Qulí Khán y Hájí Mustafá Khán. A medianoche el Sa‘ídu'l-‘Ulamá hizo llamar a Khusraw-i-Qádí-Kalá'í e intimó confidencialmente su deseo que, en cualquier hora y lugar que él mismo pudiera decidir, debía apoderarse de la totalidad de los bienes del grupo

que le había sido encomendado y que ellos mismos, sin excepción, fueran muertos. "¿No son estos seguidores del islam?" observó Khusraw. "¿No ha sido esta misma gente, como acabo de ser informado, que ha preferido sacrificar a tres de sus compañeros antes de dejar inconclusa la llamada a la oración que habían proclamado? ¿Cómo podemos nosotros, que anidamos tales designios, considerarnos dignos de ese nombre?" Ese malandrín desvergonzado insistió que se cumplieran fielmente sus órdenes. "Matadlos", indicando con su dedo su cuello, "y no temas. Yo me hago responsable de tu acción. En el Día del Juicio responderé por ti ante Dios. Nosotros que esgrimimos el cetro de la autoridad, sin lugar a dudas estamos mejor informados que tú y podemos juzgar mejor como extirpar esta herejía".

A la hora del amanecer, ‘Abbas-Qulí Khán pidió que Khusraw fuera llevado a su presencia y le pidió que observara la mayor consideración para con Mullá Husayn y sus compañeros, que cuidara que pasaran a salvo por Shir-Gáh, y que rehusara cualquier recompensa que pudieran querer ofrecerle. Khusraw simuló sumisión a estas instrucciones y le aseguró que ni él ni sus jinetes cejarían en su vigilancia ni cederían en su devoción a ellos. "A nuestro regreso", agregó, "le mostraremos su propia declaración escrita de satisfacción por los servicios que le habremos rendido".

Cuando ‘Abbas-Qulí Khán y Hájí Mustafá Khán y otros dirigentes representativos de Bárfurúsh llevaron a Khusraw a la presencia de Mullá Husayn y se lo presentaron, éste remarcó: "Si obráis bien, redundará en vuestro beneficio; y si obráis mal, el mal volverá contra vos[23]". Si este hombre nos trata bien, grande será su recompensa; y si obra traicioneramente, grande será su castigo. A Dios encomendamos nuestra Causa y a Su voluntad nos entregamos por completo".

Mullá Husayn dijo estas palabras y dio la señal de montar a caballo. Una vez más Qambar-‘Alí levantó la voz con la llamada de su amo, "¡Montad vuestros corceles, oh héroes de Dios!" -llamada que siempre gritaba en aquellas ocasiones. Al oír estas palabras, todos se apresuraron a sus caballos. Un destacamento de las fuerzas de Khusraw marchaba delante de ellos. Inmediatamente después venían Khusraw y Mullá Husayn, quienes cabalgaban uno al lado del otro en medio del grupo. Detrás de ellos seguían el resto de los compañeros y a su diestra y siniestra marchaban los cien jinetes restantes a quienes Khusraw había armado como sus instrumentos voluntarios para la ejecución de su designio. Se había acordado que el grupo partiría temprano en la mañana de Bárfurúsh y llegaría ese mismo día al mediodía a Shír-Gáh. Dos horas después del amanecer, emprendieron rumbo a su

destino. Khusraw tomó intencionadamente la ruta del bosque, camino que pensó serviría mejor a sus fines.

En cuanto había penetrado en él, dio la señal de ataque. Sus hombres se abalanzaron sobre los compañeros, se apoderaron de su propiedad, mataron a unos cuantos, entre los que se encontraba el hermano de Mullá Sádiq, y capturaron al resto. En cuanto llegó a sus oídos el grito de agonía y peligro, Mullá Husayn se detuvo y, bajándose de su caballo, protestó contra el comportamiento traicionero de Khusraw. "La hora del mediodía hace rato pasó", le dijo, "y todavía no hemos llegado a nuestro destino. Rehusó seguir con usted; no necesito su guía y compañía y la de sus hombres". Volviéndose a Qambar-‘Alí, le pidió que extendiera su alfombra para la oración, para que pudiera practicar sus devociones. Estaba haciendo sus abluciones cuando Khusraw, quien también había desmontado de su caballo, llamó a uno de sus ayudantes y le pidió que informara a Mullá Husayn que si deseaba llegar a su destino a salvo debía entregarle su caballo y su sable. Rehusando dar contestación, Mullá Husayn prosiguió con su oración. Poco después Mírzá Muhammad-Taqíy-i-Javayníy-i-Sabzivárí, un hombre de grandes dotes literarias y de valentía sin par, fue donde un asistente que estaba preparando el qalyán[24] y le pidió que le permitiera llevárselo en persona a Khusraw; petición que fue accedida inmediatamente. Mírzá Muhammad-Taqí se había inclinado a encender el fuego del qalyán cuando, echando su mano repentinamente a la cintura de Khusraw, sacó su puñal de entre su ropa y se lo enterró hasta la empuñadura en el cuerpo[25].

Mullá Husayn estaba orando aún cuando se oyó el grito de "Yá Sáhibu'z-Zamán"[26] de boca de sus compañeros. Se abalanzaron sobre sus traicioneros asaltantes y de una sola vez los derribaron a todos con excepción del asistente que había preparado el qalyán. Aterrado e indefenso, se echó a los pies de Mullá Husayn e imploró su ayuda. Se le dio el qalyán incrustado de joyas de su amo y se le pidió que regresara a Bárfurúsh y relatara a ‘Abbas-Qulí Khán todo lo que había visto. "Decidle", agregó Mullá Husayn, "cuán fielmente había cumplido Khusraw su misión. El veleidoso malandrín creyó tontamente que mi misión había terminado; que tanto mi espada como mi caballo habían cumplido su función. No se dio cuenta que su tarea recién había empezado, que hasta que los servicios que pueden rendir se hayan cumplido, ni su poder ni el poder de ningún hombre además de él pueden quitármelos".

Como ya se acercaba la noche, el grupo decidió permanecer en ese lugar hasta el amanecer. Al despuntar el alba, después de haber ofrecido su oración, Mullá Husayn reunió a sus compañeros y les dijo: "Nos estamos acercando a nuestro Karbilá, nuestro último destino". Inmediatamente después, partió a pie hacia ese

lugar y fue seguido por sus compañeros. Al encontrar que algunos intentaban llevar consigo las pertenencias de Khusraw y sus hombres, les ordenó que dejaran todo excepto sus espadas y sus caballos. "Os incumbe", les encareció, "llegar a ese lugar sagrado en estado de absoluto desprendimiento, completamente santificados de todo lo que pertenece a este mundo"[27]. Había caminado la distancia de un maydán[28] cuando llegó al santuario de Shaykh Tabarsí[29]. El Shaykh había sido uno de los transmisores de las tradiciones atribuidas a los imanes de la Fe y su sepulcro era visitado por la gente de las vecindades. Al llegar a ese lugar recitó el siguiente versículo del Corán: "¡Oh mi Señor, bendice Tú mi llegada a este lugar, porque sólo Tú puedes conferir tales bendiciones".

La noche que precedió su llegada, el guardián de ese santuario tuvo un sueño en el que el Siyyidu-sh-Shuhadá, el Imán Husayn, había llegado a Shaykh Tabarsí, acompañado por no menos de setenta y dos guerreros y gran número de sus compañeros. Soñó que permanecieron en ese lugar trabados en el más heroico de los combates, triunfando en cada encuentro, y que el Profeta de Dios, en Persona, llegó una noche y se unió a esa compañía bendita. Cuando Mullá Husayn llegó al día siguiente, el guardia lo reconoció inmediatamente como el héroe que había visto en su visión, se echó a sus pies y los besó con devoción. Mullá Husayn lo invitó a que se sentara a su lado y le escuchó relatar su historia. "Todo lo que has visto", aseguró al cuidador del santuario, "sucederá". "Estas escenas gloriosas volverán a ser ejecutadas ante tus ojos". Ese servidor se unió eventualmente con los defensores heroicos del fuerte y cayó como mártir dentro de sus murallas.

El mismo día de su llegada, que era el catorce de Dhi'l-Qa'dih[30], Mullá Husayn dio a Mírzá Muhammad-Báqir, quien había edificado el Bábíyyih, las instrucciones preliminares en relación con el diseño del fuerte que debían construir para su defensa. Al atardecer del mismo día, se encontraron rodeados repentinamente por una multitud heterogénea de jinetes que habían salido del bosque y se estaban preparando para abrir fuego sobre ellos. "Somos los habitantes de Qádí-Kalá", gritaron. "Venimos a vengar la muerte de Khusraw. Hasta que no hayamos dado muerte a todos ustedes con la espada no estaremos satisfechos". Asediados por una multitud salvaje que estaba lista para asaltarlos, el grupo tuvo que desenvainar sus espadas una vez más en propia defensa. Con el grito de "Yá Sáhibu'z-Zamán", se lanzaron al ataque, rechazaron a sus asaltantes y los hicieron huir. Tan fuerte fue el grito, que los jinetes desaparecieron con la misma rapidez que habían aparecido. Mírzá Muhammad-Taqíy-i-Juvayní, a petición propia, había asumido el mando de ese encuentro.

Temiendo que sus atacantes podían volverse contra ellos nuevamente en una masacre general, los persiguieron hasta que llegaron a una aldea que pensaron era Qádí-Kalá. Cuando los vieron, todos los hombres huyeron presa de pánico. La madre de Nazar Khán, el dueño de la aldea, fue muerta inadvertidamente en la oscuridad de la noche, entre la confusión que sobrevino. Los gritos de las mujeres, que protestaban con violencia que ellos nada tenían que ver con la aldea de Qádí-Kalá, pronto llegó a oídos de Mírzá Muhammad-Taqí, quien inmediatamente dio orden a sus compañeros que detuvieran sus manos hasta que averiguaran el nombre y carácter del lugar. Pronto descubrieron que la aldea pertenecía a Nazar Khán y que la mujer que había perdido la vida era su madre. Profundamente apenado al descubrir tan grave error de parte de sus compañeros, Mírzá Muhammad Taqí exclamó acongojado: "No era nuestra intención molestar ni a los hombres ni a las mujeres de esta aldea. Nuestro único propósito era dominar la violencia de la gente de Qádí-Kalá, quienes estaban a punto de darnos muerte a todos". Pidió sinceras disculpas por la desgraciada tragedia que, sin intención, habían provocado sus compañeros.

Nazar Khán que se había ocultado en su casa entre tanto, se sintió convencido de la sinceridad del pesar expresado por Mírzá Muhammad-Taqí que lo presentara a Mullá Husayn y expresó vivo deseo de conocer los preceptos de una Causa que podía encender tal fervor en los corazones de sus adherentes.

Al amanecer, Mírzá Muhammad-Taqí, acompañado por Nazar Khán, llegó al santuario de Shaykh Tabarsí y encontró a Mullá Husayn dirigiendo la oración congregacional. Tal era el éxtasis que brillaba en su rostro que Nazar Khán sintió un impulso irresistible de unirse con los adoradores y repetir las mismas oraciones que en ese instante caían de sus labios. Después de haber terminado aquella oración, Mullá Husayn fue informado de la pérdida sufrida por Nazar-Khán. En lenguaje conmovedor en extremo, expresó el pesar que tanto él como la totalidad de sus compañeros sentían ante su grave pérdida. "Dios sabe", les aseguró, "que nuestra única intención era proteger nuestras vidas y no estorbar la paz de la vecindad". Entonces Mullá Husayn le relató las circunstancias que llevaron al ataque que les hicieron los habitantes de Bárfurúsh y explicó la traicionera conducta de Khusraw. Una vez más le aseguró el pesar que la muerte de su madre le había causado. "No se sienta afligido", respondió espontáneamente Nazar Khán. "¡Ojalá me hubieran sido dados cien hijos, todos los cuales los habría puesto a vuestros pies con alegría como sacrificio al Sáhibu'z-Zamán!" En ese mismo instante, juró lealtad inquebrantable a Mullá Husayn y volvió rápidamente a su aldea con el objeto de regresar con las provisiones que pudieran ser necesarias para el grupo.

Mullá Husayn ordenó a sus compañeros que comenzaran a construir el fuerte que se había diseñado. A cada grupo asignó una sección de aquella obra y les animó para que aceleraran su terminación. Durante estas operaciones fueron hostilizados continuamente por la gente de las aldeas circundantes quienes, instigados continuamente por el Sa‘ídu'l-‘Ulamá, emprendían la marcha y caían sobre ellos. Cada ataque del enemigo terminó en el fracaso y la vergüenza. Sin molestarse por la ferocidad de sus repetidos ataques, los compañeros resistieron valientemente sus asaltos hasta que lograron subyugar temporalmente a las fuerzas que los habían cercado por todos lados. Cuando la obra de construcción se hubo terminado, Mullá Husayn emprendió los preparativos necesarios para el sitio que el fuerte estaba destinado a sufrir y proveyó, a pesar de los obstáculos que se levantaban en el camino, todo lo que parecía esencial a la seguridad de los ocupantes.

Apenas había terminado el trabajo cuando Shaykh Abú-Turáb llegó con la noticia que Bahá'u'lláh había llegado a la aldea de Nazar Khán. Informó a Mullá Husayn que Bahá'u'lláh le había dado instrucciones especiales de informarles que todos serían Sus huéspedes aquella noche y que El Mismo se juntaría con ellos aquella tarde. He oído a Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí relatar lo siguiente: "Las nuevas que trajo Shaykh Abú-Turáb provocaron júbilo inmenso en el corazón de Mullá Husayn. Fue a toda carrera donde sus compañeros y les pidió que se apuraran para la recepción de Bahá'u'lláh. El personalmente los ayudó a barrer y rociar agua en los pasillos de acceso al santuario y atendió en persona a todo lo necesario para la llegada del querido Visitante. En cuanto lo vio acercarse con Nazar Khán se adelantó rápidamente, Lo abrazó afectuosamente y Lo llevó al sitio de honor que había reservado para Su recepción. Nosotros estábamos demasiado ciegos en aquellos días para reconocer la gloria de Aquél a Quién nuestro jefe había introducido con tanta reverencia y amor entre nosotros. Lo que Mullá Husayn había percibido, nuestra débil vista aún no podía reconocer. ¡Con cuanta solicitud Lo recibió en sus brazos! ¡Qué sentimientos de éxtasis y regocijo llenaron su corazón al verle! Estaba tan absorto en su admiración que se olvidó completamente de todos nosotros. Su alma estaba tan embelesada por la contemplación de ese rostro que nosotros quienes estábamos esperando su permiso para sentarnos tuvimos que aguardar un largo rato de pie a su lado. Fue Bahá'u'lláh Mismo quién finalmente nos rogó que nos sentáramos. Nosotros también pronto sentimos, muy inadecuadamente por cierto, el encanto de Su palabra, aunque ninguno de nosotros estábamos ni vagamente conscientes del poder infinito latente en Sus vocablos.

"Durante aquella visita Bahá'u'lláh inspeccionó el fuerte y expresó Su satisfacción con el trabajo que se había llevado a cabo. En Su conversación con Mullá Husayn explicó en detalle aquellos puntos que eran vitales para el bienestar y seguridad de sus compañeros. ***"Lo único que necesita este fortín y compañía", agregó, "es la presencia de Quddús. Su asociación con esta compañía la haría completa y perfecta"***. Dio instrucciones a Mullá Husayn que despachara a Mullá Mihdíy-i-Khu'í con seis personas a Sárí para exigir de Mírzá Muhammad-Taqí que entregara inmediatamente a Quddús en su poder. "El temor a Dios y el miedo de Su castigo", aseguró a Mullá Husayn, "lo llevarán a entregar sin vacilaciones su cautivo".

"Antes de partir, Bahá'u'lláh les encareció que tuvieran paciencia y que se resignaran a la voluntad del Todopoderoso. ***"Si es Su voluntad"***, agregó, ***"Nosotros les visitaremos nuevamente en este mismo lugar, y les daremos Nuestra ayuda. Ustedes han sido elegidos por Dios para ser la vanguardia de Sus huestes y los establecedores de Su Fe. Sus huestes en verdad, conquistarán. Cualquier cosa que pudiera suceder, la victoria es de ustedes, una victoria que es completa y segura".*** Con estas palabras encomendó a esos valientes compañeros al cuidado de Dios y regresó a la aldea con Nazar Khán y Shaykh Abú-Turáb. De allí partió por el camino de Núr a Teherán".

Mullá Husayn emprendió inmediatamente el cumplimiento de las instrucciones que había recibido. Llamando a Mullá Mihdí, le pidió que fuera junto con otros seis compañeros a Sárí y pidiera al mujtahid que dejara en libertad a su prisionero. En cuanto le dieron el mensaje, Mírzá Muhammad-Taqí accedió incondicionalmente a su pedido. La potencia que había sido conferida a ese mensaje parecía haberlo desarmado completamente. "Lo he considerado", se apresuró en asegurar a los mensajeros, "sólo como un huésped de honor en mi casa. No sería digno de mí el pretender que lo he despedido o liberado. Está libre de hacer lo que desee. Si él lo deseara, estaría lista para acompañarle".

Mientras tanto Mullá Husayn había informado a sus compañeros de la próxima llegada de Quddús y les encareció que mostraran para con él reverencia tal como la que mostrarían al Báb Mismo. "En cuanto a mí", agregó, "deben considerarme como su humilde siervo. Deben mostrar hacia él lealtad tal que si fuera a ordenarles quitarme la vida, obedecerían sin vacilaciones. Si dudan o vacilan, habrán mostrado deslealtad a su Fe. Hasta que los llame a su presencia en ningún caso deben aventurarse a entrometerse ante él. Deben abandonar sus deseos y aferrarse a su voluntad y deseo. Deben evitar el besar sus manos o sus pies, porque su bendito corazón no siente agrado por tales señales de reverente afecto. Tal debe ser el comportamiento de ustedes que pueda sentirme orgulloso ante él.

La gloria y autoridad con que ha sido investido deben ser reconocidas a su tiempo aún por el más insignificante de sus compañeros. Quienquiera se aparte del espíritu y de la letra de mis admoniciones, con seguridad sufrirá grave castigo".

El encarcelamiento de Quddús en la casa de Mírzá Muhammad-Taqí, el mujtahid más eminente de Sárí, con quién estaba emparentado, duro noventa y cinco días. Aunque confinado, Quddús fue tratado con marcada deferencia y se le permitió recibir a la mayoría de los compañeros que habían estado presentes en la reunión de Badasht. A ninguno de ellos, sin embargo, dio permiso para permanecer en Sárí. A quienquiera lo visitaba le urgía, en términos perentorios, que se alistara bajo el Estandarte Negro enarbolado por Mullá Husayn. Era el mismo estandarte del que había hablado Muhammad, el Profeta de Dios, diciendo: ***"Si tus ojos contemplaran los Estandartes Negros procedentes de Khurásán, apresúrate en ir a encontrarlos, aunque tuvieras que arrastrarte sobre la nieve, ya que proclaman el advenimiento del Mihdí prometido[31], el Vicerregente de Dios".*** Aquél estandarte fue desplegado por orden del Báb, en nombre de Quddús y con las manos de Mullá Husayn. Fue llevado en alto por todo el camino desde la ciudad de Mashhad hasta el santuario de Shaykh Tabarsí. Durante once meses, desde principios de Sha'bán, en el año 1264 D.H.[32], hasta fines de Jamádíyu'th-Thání, en el año 1265 D.H.[33,] ese emblema terrenal de una soberanía extraterrena ondeó continuamente sobre las cabezas de esa banda pequeña y valerosa, llamando a las multitudes que lo contemplaban a renunciar al mundo y abrazar la Causa de Dios.

Mientras en Sárí, con frecuencia Quddús intentó convencer a Mírzá Muhammad-Taqí de la verdad del Mensaje Divino. Conversó libremente con él sobre los problemas más importantes y de mayor peso que se relacionaban con la Revelación del Báb. Sus observaciones valientes y desafiantes eran expresadas en lenguaje tan persuasivo y cortés y expuestas en forma tan ingeniosa y humorística que los que le escuchaban no se sintieron ofendidos en lo más mínimo. Inclusive interpretaron mal sus alusiones al Libro Sagrado y las consideraron observaciones humorísticas destinadas a entretener a quienes le escuchaban. Mírzá Muhammad Taqí, a pesar de la crueldad que yacía latente en él y que mostró posteriormente en la actitud que asumió al insistir que se exterminara a los sobrevivientes de entre los defensores del fortín de Shaykh Tabarsí, se sintió impedido por un poder interior de mostrar la más mínima falta de respeto por Quddús mientras éste estuvo confinado en su casa. Aún se sintió impulsado a impedir que los habitantes de Sárí ofendieran a Quddús y con frecuencia se le oyó reprenderlos por el daño que querían infligirle.

La noticia de la próxima llegada de Quddús provocó gran agitación entre los ocupantes del fuerte de Tabarsí. Al acercarse a su destino, envió un mensajero para que anunciara su llegada. Las buenas nuevas les dieron nuevo valor y fuerza. En un estallido de entusiasmo que no podía reprimir, Mullá Husayn partió presuroso, escoltado por más o menos cien de sus compañeros, a recibir el visitante esperado. Puso dos velas en las manos de cada uno, las prendió él mismo y les rogó que salieran al encuentro de Quddús. La oscuridad de la noche se disipó ante el fulgor de estos alegres corazones mientras marchaban a recibir su Bienamado. En medio del bosque de Mázindarán, sus ojos reconocieron inmediatamente el rostro que añoraban contemplar. Se apretujaron ansiosos alrededor de su cabalgadura y, con múltiples señales de devoción, le rindieron tributo de afecto y lealtad inquebrantables. Con las velas encendidas aún en sus manos, lo escoltaron a pie hasta su destino. Quddús, mientras cabalgaba en medio de ellos, aparecía como el lucero del alba que brillaba entre sus satélites. Mientras se encaminaban lentamente hacia el fortín, resonó el himno de glorificación y alabanza entonado por la banda de sus entusiastas admiradores. "¡Bendito, bendito, el Señor nuestro Dios, el Señor de los ángeles y del espíritu!", resonaron sus voces jubilosas a su alrededor. Mullá Husayn cantó el alegre estribillo al que todos respondieron. El bosque de Mázindarán retumbó con el sonido de sus aclamaciones.

De este modo llegaron al santuario de Shaykh Tabarsí. Las primeras palabras que cayeron de los labios de Quddús en cuanto había desmontado de su caballo, apoyado en el santuario fueron las siguientes: "El Baqíyyatu'lláh[34] será lo mejor para ti si eres de los que creen[35]". Con estas palabras se cumplió la profecía de Muhammad que se encuentra anotada en la siguiente tradición: ***"Y cuando se manifieste el Mihdí[36], apoyará Su espalda en el Ka'bih y dirigirá a los trescientos trece seguidores que se habrán agrupados alrededor Suyo, estas palabras: 'El Baqíyyatu'lláh será lo mejor para ti si eres de los que creen'".*** Por "Baqíyyatu'lláh" Quddús no quería referirse a otro sino Bahá'u'lláh. A ello atestiguó Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí quien me relató lo siguiente: "Yo mismo estuve presente cuando Quddús bajó de su caballo. Lo vi apoyarse contra el santuario y le oí decir estas palabras. Apenas las había pronunciado cuando mencionó a Bahá'u'lláh y, volviéndose hacia Mullá Husayn, preguntó por Él. Se le informó que, a no ser que Dios decretara lo contrario, había dado a entender Su intención de volver a este lugar antes del primer día de Muharram[37].

"Poco después Quddús confió a Mullá Husayn algunas homilías que le pidió leer en voz alta a sus compañeros. La primera homilía que leyó estaba dedicada por entero al Báb, la segunda se refería a Bahá'u'lláh y la tercera concernía a

Táhirih. Nos aventuramos a expresar a Mullá Husayn nuestras dudas de si las referencias en la segunda homilía eran aplicables a Bahá'u'lláh, quien aparecía ataviado con la indumentaria de la nobleza. El asunto pasó en consulta a Quddús quién nos aseguró que, Dios mediante, su secreto nos sería revelado a su debido tiempo. Completamente ignorantes, en aquél tiempo, del carácter de la Misión de Bahá'u'lláh, éramos incapaces de comprender el significado de aquellas alusiones y nos hacíamos vanos conjeturas sobre su probable significado. En mi ansiedad por desentrañan las sutilezas de las tradiciones referentes al prometido Qá'im, en varias oportunidades me acerqué a Quddús y le pedí que me ilustrara sobre este tema. Aún cuando al principio se mostró poco dispuesto a hacerlo, eventualmente accedió a mi petición. La manera en que me contestó, sus explicaciones convincentes y lúcidas, sirvieron para enaltecer el sentimiento de reverente temor que su presencia inspiraba. Disipó todas las dudas que aún persistían en nuestras mentes y fueron tales las pruebas de su perspicacia que llegamos a creer que le había sido dado el poder para leer nuestros pensamientos más íntimos y tranquilizar las angustias más profundas de nuestros corazones.

"Noche tras noche vi a Mullá Husayn circundar el santuario dentro de cuyos recintos dormía Quddús. ¡Cuán a menudo lo vi emerger en las vigilias de la noche de su habitación y enfilar sus pasos hacia ese lugar y susurrar ese mismo versículo con el que todos habíamos dado la bienvenida a nuestro querido visitante! Con qué sentimientos de emoción lo recuerdo mientras se acercaba a mí, en la quietud de aquellas horas oscuras y solitarias que yo dedicaba a la meditación y oración, susurrando en mis oídos estas palabras: "Desecha de tu mente ¡oh Mullá Mírzá Muhammad! estas desconcertantes sutilezas y, libre de su estorbo, levántate y busca libar conmigo la copa del martirio. Entonces podrás comprender, a medida que se acerca el año 1280[38] para el mundo el secreto de aquello que ahora se encuentra oculto para ti".

En cuanto llegó Quddús al santuario, de Shaykh Tabarsí, encargó a Mullá Husayn que averiguara el número de compañeros reunidos. Los contó uno a uno haciéndolos entrar por la puerta del fortín: trescientos doce en total. El mismo estaba entrando al fortín para informar a Quddús del resultado cuando un joven, que había corrido todo el camino desde Bárfurúsh, entró repentinamente a toda prisa y, cogiendo su manto, pidió que se le enrolara entre los compañeros y que se le permitiera dar su vida, en cualquier momento que fuera necesario, en el sendero de su Bienamado. Su petición fue concedida inmediatamente. Cuando Quddús fue informado del número total de los compañeros, observó: "Todo lo que la lengua del Profeta de Dios ha dicho respecto al Prometido debe necesariamente cumplirse[39], para que así Su testimonio sea completo a los ojos de

los teólogos que se consideran los únicos intérpretes de la ley y tradiciones del islam. Gracias a ellos la gente reconocerá la verdad y confesará el cumplimiento de estas tradiciones"[40].

Cada mañana y cada tarde durante aquellos días, Quddús hacía llamar a Mullá Husayn y a los más distinguidos de entre sus compañeros y les pedía entonar los escritos del Báb. Sentado en el Maydán, la cuadra abierta vecina al fortín, y rodeado por sus devotos amigos, escuchaba atentamente las palabras de su Maestro y, en ocasiones, se le oía comentarlas. Ni las amenazas del enemigo ni la fiereza de sus sucesivos ataques podían inducirle a disminuir el fervor o interrumpir la regularidad de sus devociones. Despreciando todo peligro y olvidado de sus propias necesidades y deseos, siguió, aún bajo las circunstancias más penosas, su comunión diaria con su Bienamado, escribió alabanzas a El y estimuló nuevos esfuerzos de los defensores del fortín. Aunque expuesto a las balas del enemigo que llovían continuamente sobre sus asediados compañeros, sin amilanarse por la ferocidad del ataque, siguió con sus tareas en estado de calma inalterable. "¡Mi alma está unida a la mención de Ti!", exclamaba con frecuencia. "¡El recuerdo de Ti es el sostén y solaz de mi vida! Me enorgullezco de que fui el primero en sufrir ignominia por Tu causa en Shíráz. Ansío ser el primero en sufrir en Tu sendero una muerte que sea digna de Tu Causa".

A veces pedía a sus compañeros iraquíes que entonaran varios pasajes del Corán, a los que escuchaba atentamente y con frecuencia se sintió impulsado a dar a conocer su significado. Durante sus lecturas llegaron al siguiente versículo: ***"Con un poco de temor y de hambre, y con la pérdida de vidas y riquezas, con seguridad Nosotros os probaremos; pero dad buenas nuevas a los pacientes".*** "Estas palabras", observó Quddús "fueron reveladas originalmente como referencia a Job y las aflicciones que le sobrevinieron. En este día, sin embargo, son aplicables a nosotros, que estamos destinados a sufrir esas mismas aflicciones. Tal será el grado de nuestra calamidad que nadie sino aquél que haya sido dotado de constancia y paciencia, podrá sobrevivirla".

El conocimiento y la sagacidad desplegados por Quddús en aquellas ocasiones, la confianza con que habló, y los recursos y espíritu emprendedor que mostró en las instrucciones que dio a sus compañeros, fortalecieron su autoridad y aumentaron su prestigio. Estos pensaron, en un comienzo, que la profunda reverencia que Mullá Husayn mostró hacia él estaba dictada por las exigencias de la situación más que por un sentimiento espontáneo de devoción a su persona. Sus propios escritos y comportamiento general disiparon gradualmente tales dudas y sirvieron para establecerlo aún más firmemente en la estimación de sus compañeros. En los días de su confinamiento en Sárí, Quddús, a quién Mírzá

Muhammad-Taqí había pedido que escribiera un comentario sobre la Sura de Ikhlás -mejor conocido como la Sura de Qul Huva'lláhu'l-Ahad, compuso, en su interpretación del Sád de Samad solo, un tratado que era tres veces más voluminoso que el mismo Corán. Esa exposición magistral y exhaustiva impresionó profundamente a Mírzá Muhammad-Taqí y fue responsable de la marcada consideración que mostró hacia Quddús, aunque al final se unió al Sa‘ídu'l-‘Ulamá en maquinar la muerte de los heroicos defensores de Shaykh Tabarsí. Quddús, continuó, mientras estaba asediado en ese fortín, con la escritura de su comentario sobre esa Sura y pudo, a pesar de la vehemencia del ataque del enemigo, escribir tantos versos como ya había compuesto en Sárí en la interpretación de aquella misma letra. La rapidez y fecundidad de su composición, las joyas inestimables que revelaban sus escritos, llenaron a sus compañeros de admiración y justificaron su jefatura a sus ojos. Leyeron ávidamente las páginas de aquél comentario que Mullá Husayn les traía cada día y a los que él también rendía tributo.

La terminación del fortín y la provisión de todo lo que fuera necesario para su defensa, aumentó el entusiasmo de los compañeros de Mullá Husayn y excitó la curiosidad de la gente de los alrededores[41]. Algunos por pura curiosidad, otros en busca de beneficios materiales y finalmente otros instigados por su devoción a la Causa que aquél edificio simbolizaba, trataron de obtener que se les admitiera dentro de sus murallas y se maravillaban de la rapidez con que se había construido. Apenas había precisado el número de sus ocupantes, Quddús ordenó que no se permitiera la entrada de ninguna visita. Las alabanzas de los que ya habían inspeccionado el fortín fueron transmitidas de boca en boca hasta que llegaron a oídos del Sa‘ídu'l-‘Ulamá y encendieron en su corazón la llama de inflexibles celos. En su odio por los que habían sido responsables de su erección, proclamó prohibición estricta de acercarse a sus recintos y urgió a todos que boicotearan a los compañeros de Mullá Husayn. A pesar de lo perentorio de sus órdenes, hubo algunos que no hicieron caso a sus deseos y dieron cuanta ayuda estaba en su poder a aquellos a quienes había perseguido tan injustificadamente. Las aflicciones a que se encontraron sometidos estas víctimas fueron tales, que a veces sentían aguda necesidad de los elementos más indispensables para la vida. En la hora oscura de la adversidad, sin embargo, repentinamente brillaba sobre ellos la luz de la liberación Divina, abriendo ante sus ojos la puerta del alivio inesperadamente.

La forma providencial en que los ocupantes del fortín eran aliviados de los sufrimientos que pesaban sobre ellos, transformó en furor la ira del voluntariosos y arrogante Sa‘ídu'l-‘Ulamá. Impelido por un odio implacable, envió un llamado

candente a Násiri'd-Dín Sháh, quien acababa de subir al trono, y se explayó sobre el peligro que amenazaba a la dinastía, aún más, a la monarquía misma. "El estandarte de la rebelión", escribió, "ha sido enarbolado por la despreciable secta de los bábís. Esta maldita pandilla de agitadores irresponsables se ha atrevido a atacar las bases mismas de la autoridad con que ha sido investida vuestra Majestad Imperial. Los habitantes de numerosas aldeas en las inmediaciones de su cuartel general ya se han adherido a su estandarte y han jurado lealtad a su causa. Han construido un fortín y se han atrincherado allí dentro, listos para librar una campaña en vuestra contra. Con obstinación inquebrantable han resuelto proclamar su soberanía independiente, una soberanía que degradará hasta el polvo la diadema imperial de vuestros ilustres antepasados. Estáis en el umbral de vuestro reinado. ¿Qué triunfo mayor podría señalar la inauguración de vuestro gobierno que extirpar este credo odioso que se ha atrevido a conspirar en contra vuestra? Servirá para cimentar el prestigio de vuestra Majestad en la confianza de vuestro pueblo. Investirá vuestra corona con gloria imperecedera. Si vaciláis en vuestra política, si mostráis la menor indulgencia hacia ellos, siento que es mi deber advertiros que llegará rápidamente el día en que no sólo toda la provincia de Mázindarán, sino toda Persia, de uno a otro extremo, habrá repudiado vuestra autoridad y se habrá rendido a su causa".

Násiri'd-Dín Sháh, con poca experiencia aún en cuestiones de Estado, refirió el asunto a sus oficiales que comandaban el ejército de Mázindarán y que estaban bajo sus órdenes[42]. Les dio instrucciones que tomaran las medidas que estimaran necesarias para eliminar los disturbios de su reino. Hájí Mustafá Khán-i-Turkamán sometió su punto de vista al soberano: "Yo acabo de venir de Mázindarán. He podido apreciar las fuerzas de que disponen. El puñado de estudiantes sin entrenamiento y de frágil cuerpo a quienes he visto se encuentran completamente impotentes para resistir las fuerzas que vuestra Majestad puede ordenar. El ejército que usted contempla enviar es, a mi parecer, innecesario. Un pequeño destacamento de ese ejército será suficiente para barrer con ellos. Son completamente indignos de la consideración y preocupación de mi soberano. Si su Majestad tuviera a bien expresar vuestro deseo, en un mensaje imperial dirigido a mi hermano ‘Abdu'lláh Khán-i-Turkamán, de que se le confiere la autoridad suficiente para subyugar a esa banda, estoy convencido que en dos días apagará su rebelión y hará añicos sus esperanzas".

El Sháh dio su consentimiento y envió su farmán[42] a aquél mismo ‘Abdu'lláh Khán, pidiéndole que reclutara sin tardanza, de cualquier parte de su reino, las fuerzas que pudiera necesitar para llevar a cabo su propósito. Con su mensajero envió una escarapela real como signo de confianza en su capacidad de emprender

esa tarea. El farmán[43] imperial y el distintivo con que su soberano lo había honrado, dieron renovados bríos a su resolución de llevar a cabo su misión dignamente. En muy poco tiempo había reclutado un ejército de más o menos doce mil hombres, compuesto de las comunidades Usanlú, Afghán y Kúdár[44]. Los equipó con las municiones necesarias, y los acuarteló en la aldea de Afrá, que era de propiedad de Nazar Khán, que dominaba el fortín de Tabarsí. Apenas había fijado su campamento en ese sitio elevado, comenzó a interceptar el alimento que se llevaba diariamente a los compañeros de Mullá Husayn. Después, también les fue negada el agua, ya que era imposible a los sitiados dejar el fortín bajo el fuego del enemigo.

El ejército recibió órdenes de levantar una serie de barricadas delante del fortín y abrir fuego sobre cualquiera que se atreviera a dejar sus puertas. Quddús prohibió a sus compañeros salir con el objeto de obtener agua en las vecindades. "Nuestro pan ha sido interceptado por el enemigo", se quejó Rasúl-i-Bahnimíri. "¿Qué nos habrá de suceder si también se nos quita el agua?". Quddús, que en ese momento, la hora de la puesta del sol, estaba observando el ejército del enemigo acompañado por Mullá Husayn, desde la terraza del fuerte, se volvió hacia él y dijo: "La escasez de agua apena a nuestros compañeros. Si Dios quiere, esta misma noche una lluvia torrencial sorprenderá a nuestros antagonistas, a la que seguirá una fuerte nevada que nos ayudarán a rechazar su proyectado asalto".

Aquella misma noche el ejército de ‘Abdu'lláh Khán fue sorprendido por una lluvia torrencial que anegó aquella sección que quedaba cerca del fortín. Una gran parte de las municiones se perdieron irremediablemente. Dentro de las paredes del fortín se acumuló una cantidad de agua que, por un largo período, bastó para proveer las necesidades de los sitiados. Durante la noche siguiente se produjo una nevada como la que, ni aún en medio del invierno, había presenciado la gente de las vecindades y aumentó considerablemente los inconvenientes causados por la lluvia. La noche siguiente, que era la víspera del cinco de Muharram, en el año 1265 D.H.[45], Quddús decidió salir por el portón del fortín. "Alabado sea Dios", observó, dirigiéndose a Rasúl-i-Bahnimírí mientras paseaba calmado y sereno en las proximidades del portón, "que bondadosamente ha respondido a nuestra oración y ha hecho que caigan tanto la lluvia como la nieve sobre nuestros enemigos; precipitaciones que han provocado la desolación en su campamento y han traído el alivio a nuestro fortín".

A medida que se acercaba la hora del ataque para el que se estaba preparando febrilmente aquél ejército, a pesar de las pérdidas sufridas, Quddús decidió hacer una salida y dispersar sus fuerzas. Dos horas después de la salida del sol, montó su cabalgadura y, escoltado por Mullá Husayn, y otros tres compañeros que

cabalgaban a su lado, marchó fuera del portón, seguido por la totalidad de la compañía a pie detrás de ellos. En cuanto salieron, retumbó el grito "Yá Sáhibu'z-Zamán"[46] - grito que causó consternación en el campamento enemigo. El rugido que levantaron estos seguidores de corazón leonino del Báb entre los bosques de Mázindarán, dispersó al atemorizado enemigo que se encontraba al acecho en sus escondites. El brillo de sus armas desenvainadas los deslumbraron y su amenaza fue suficiente para aturdirlos y vencerlos. Salieron a la carrera en deslucida derrota ante su avance, dejando todas sus posesiones tras ellos. En cuarenta y cinco minutos se oyó el grito de victoria. Quddús y Mullá Husayn habían logrado poner bajo su control a lo que quedaba del ejército derrotado. ‘Abdu'lláh Khán-i-Turkamán y dos de sus oficiales, Habíbu'lláh Khán-i-Afghán y Núru'lláh Khán-i-Afghán, además de no menos de cuatrocientos treinta de sus hombres, habían perecido.

Quddús regresó al fortín mientras Mullá Husayn se encontraba aún ocupado en terminar el trabajo que había sido cumplido con tanta valentía. Luego se oyó la voz de Siyyid ‘Abdu'l-'Azím-i-Khu'í quien lo llamaba, de parte de Quddús, para que regresara al fortín. "Hemos rechazado a los asaltantes", observó Quddús-, "no es necesario que llevemos más adelante el castigo. Nuestro propósito es protegernos para que podamos continuar nuestra lucha para la regeneración de los hombres. No tenemos la más remota intención de causar daño innecesario a nadie. Lo que ya hemos logrado es testimonio suficiente del poder invencible de Dios. Nosotros, un grupo pequeño de Sus seguidores, hemos podido, gracias a Su bondad, vencer al ejército organizado de nuestros enemigos".

A pesar de esta derrota, ni uno sólo de los discípulos del Báb perdió su vida durante ese encuentro. Nadie con la excepción de un hombre llamado Qulí, quien cabalgaba delante de Quddús, recibió heridas graves. A todos se les ordenó que no tocaran nada de la propiedad de sus adversarios salvo sus caballos y sables.

A medida que se presentaban señales de la reorganización de las fuerzas que habían sido comandadas por ‘Abdu'lláh Khán, Quddús pidió a sus compañeros que excavaran una fosa alrededor del fortín como protección contra nuevos ataques. Durante diecinueve días trabajaron al máximo para completar la tarea que se les había encomendado.

Poco después de haberse completado el trabajo, se supo que el príncipe Mihdí-Qulí Mírzá[47] avanzaba hacia el fuerte a la cabeza de un numeroso ejército y de hecho había acampado en la aldea de Shír-Gáh. Pocos días más tarde había trasladado su cuartel general a Vás-Kas. A su llegada envió un mensajero a informa a Mullá Husayn que el Sháh le había dado ordenes de averiguar el propósito de sus actividades y de solicitar que se le informara sobre los objetivos

que tenía en vista. "Informa a tu amo", replicó Mullá Husayn, "que no tenemos ninguna intención de subvertir las bases de la monarquía ni de usurpar la autoridad de Násiri'd-Dín Sháh. Nuestra Causa se refiere a la revelación del Qá'im prometido y se relaciona principalmente con los intereses del orden eclesiástico de este país. Podemos dar argumentos incontrovertibles y deducir pruebas infalibles en apoyo de la verdad del Mensaje de que somos portadores". La apasionada sinceridad con que Mullá Husayn expuso su defensa de la Causa y los detalles que citó para demostrar la validez de sus aseveraciones, conmovieron el corazón del mensajero e hicieron brotar lágrimas de sus ojos. "¿Qué debemos hacer?", exclamó. "Decid al príncipe", replicó Mullá Husayn, "que dé instrucciones a los 'ulamás de Sárí y Bárfurúsh que vengan a este lugar y que nos pidan demostrar la validez de la Revelación proclamada por el Báb. Que el Corán decida quién habla la verdad. Que el príncipe mismo juzgue nuestro caso y dé su veredicto. Que él decida también cómo nos ha de tratar si fracasamos en establecer, con la ayuda de versículos y tradiciones, la verdad de esta Causa". El mensajero expresó su completa conformidad con la respuesta que había recibido y prometió que antes de tres días los dignatarios eclesiásticos serían convocados en la forma por él sugerida.

Aún no había amanecido cuando a la señal de, "Montad vuestros corceles, ¡oh héroes de Dios!" Quddús ordenó que se abrieran una vez más las puertas del fortín. Mullá Husayn y doscientos dos de sus compañeros salieron cabalgando en dirección a Vás-Kas. Sin amilanarse ante la abrumadora superioridad de las fuerzas dispuestas en su contra, y sin que la nieve y el barro que se había acumulado en el camino les estorbara, se dirigieron, sin detenerse, al punto fuerte que servía como base de operaciones del enemigo.

El príncipe, quien observaba los movimientos de Mullá Husayn, vio como se acercaba desde su fortín y dio ordenes a sus hombres que abrieran fuego en su contra. Las balas que descargaron fueron impotentes para detener su avance. Forzó el paso a través del portón y se precipitó dentro de los recintos privados del príncipe quién, sintiendo repentinamente que su vida estaba en peligro, saltó por una ventana trasera a la acequia y escapó a pie descalzo[48]. Sus huestes, privadas de su jefe, y cegadas por el pánico, huyeron en vergonzosa derrota ante la pequeña banda a la que habían sido incapaces de vencer, a pesar de su propia superioridad numérica y los recursos que la tesorería imperial había puesto a su disposición[49].

A medida que los vencedores forzaban su paso a través de las secciones del fortín reservados para el príncipe, otros dos príncipes de sangre real[50] cayeron en un intento de derribar a sus antagonistas. Al penetrar en sus aposentos

descubrieron, en una de sus piezas, cofres repletos de oro y plata, todo lo cual ni se dignaron tocar. Con la salvedad de un casquete de pólvora y el sable favorito del príncipe que llevaron como prueba de su triunfo a Mullá Husayn, sus compañeros hicieron caso omiso del rico amoblado que su dueño había abandonado en su desesperación. Cuando se lo llevaron a Mullá Husayn descubrieron que había cambiado su espada, a consecuencia de una bala que la había alcanzado, por la de Quddús con la que estaba ocupado en rechazar al enemigo.

Estaban abriendo la puerta de la prisión que había estado en manos del enemigo cuando oyeron la voz de Mullá Yúsuf-i-Ardibílí, que había sido capturado en el camino al fortín y que languidecía entre los prisioneros. Intercedió por sus compañeros de infortunio y logró obtener su inmediata liberación.

En la mañana de ese encuentro memorable, Mullá Husayn reunió a sus compañeros alrededor de Quddús en las afueras de Vás-Kas, mientras él mismo permanecía a caballo en espera de un nuevo ataque del enemigo. Estaba observando sus movimientos cuando repentinamente vio a una hueste innumerable precipitándose sobre ellos desde ambos lados. Todos saltaron a sus pies y vociferando nuevamente el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" se adelantaron para afrontar el desafío. Mullá Husayn espoleó su cabalgadura en una dirección y Quddús y sus compañeros en la otra. El destacamento que cargaba sobre Mullá Husayn viró repentinamente su dirección y, huyendo delante de él, unió sus fuerzas a las del resto del enemigo y rodearon a Quddús y los que lo acompañaban. En un momento determinado descargaron mil balazos, uno de los cuales golpeó a Quddús en la boca, hizo saltar varios de sus dientes e hirió su lengua y garganta. El fuerte estampido producido por la descarga de mil fusiles, que se pudo oír a una distancia de diez farsang[51], llenó de aprehensión a Mullá Husayn quien se apresuró en ir al rescate de sus amigos. En cuanto llegó a su lado bajó de su caballo y, entregándolo al cuidado de su ayudante, Kambar-‘Alí, corrió hacia Quddús. Al ver la sangre que corría profusamente de la boca de su querido jefe sintió gran temor y desconcierto. Levantó sus manos horrorizado y estaba a punto de golpearse en la cabeza cuando Quddús le pidió que desistiera. Obedeciendo a su jefe en el acto, pidió que le permitiera usar su sable, que desenvainó en cuanto lo recibió de sus manos y lo usó para dispersar a las fuerzas que se habían agrupado a su alrededor. Seguido por ciento diez compañeros, afrontó las fuerzas dispuestas en su contra. Esgrimiendo en una mano el sable de su querido jefe y en la otra el de su desacreditado antagonista, libró una batalla

desesperada contra ellos y, al cabo de treinta minutos, durante los cuales mostró un maravilloso heroísmo, logró poner en fuga a todo el ejército.

La vergonzosa retirada del ejército del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá permitió a Mullá Husayn y sus compañeros regresar al fortín. Apenados, llevaron a su jefe herido a la protección de sus defensas. A su llegada Quddús dirigió una llamada por escrito a sus amigos que se quejaban de su herida, y con sus palabras los animó y disipó su pesar. "Debemos someternos", les exhortó, "a lo que fuera la voluntad de Dios. Debemos permanecer firmes e inamovibles en la hora de prueba. La piedra del infiel rompió los dientes del Profeta de Dios; los míos han caído a consecuencia de una bala del enemigo. Aunque mi cuerpo sufra, mi alma está sumergida en un océano de felicidad. Mi gratitud a Dios no conoce límites. Si ustedes sienten afecto por mí, no permitan que esta alegría sea obscurecida por el espectáculo de las lamentaciones".

Este encuentro memorable sucedió el veinticinco de Muharram 1265 D.H.[52]. A principios de ese mes, Bahá'u'lláh, fiel a la promesa que había hecho a Mullá Husayn, acompañado por algunos de Sus amigos, partió de Núr al fortín de Tabarsí. Entre los que Lo acompañaban se encontraban Hájí Mírzá Janíy-i-Káshání, Mullá Báqir-i-Tabrízí, una de las Letras de los Vivientes y Mírzá Yahyá, Su hermano. Bahá'u'lláh había expresado Su deseo de que fueran directamente a su destino y que no permitieran ninguna interrupción en su viaje. Su intención era llegar a aquél lugar de noche ya que se habían dado órdenes perentorias, desde el mismo instante en que ‘Abdu'lláh Khán había asumido el mando, que no debía darse ninguna ayuda, bajo ninguna circunstancia, a los ocupantes del fortín. Se habían apostado guardias en diversos lugares con el objeto de asegurar el aislamiento completo de los asediados. Sin embargo Sus compañeros insistieron que interrumpiera el viaje y tomara algunas horas de descanso. Aunque sabía que este atraso traería un grave riesgo de ser sorprendidos por el enemigo, accedió a su insistente petición. Se detuvieron en una casa solitaria al lado del camino. Después de cenar todos Sus compañeros se retiraron a dormir. El sólo, a pesar de los sufrimientos que había padecido, permaneció despierto. Bien sabía los peligros a que estaban expuestos tanto El como Sus compañeros, y las posibilidades que Su pronta llegada al fortín implicaba.

Mientras vigilaba a lado de ellos, los emisarios secretos del enemigo informaron a los guardias de las vecindades de la llegada del grupo y ordenaron que se apoderaran inmediatamente de cualquier cosa que pudieran hallar en su poder. "Hemos recibido órdenes estrictas", dijeron a Bahá'u'lláh, a Quien reconocieron inmediatamente como el jefe del grupo, "de arrestar a toda persona

que encontremos en esta vecindad, y se nos manda llevarlas, sin previa investigación, a Ámul y entregarlas en manos del gobernador". "El asunto les ha sido explicado mal", remarcó Bahá'u'lláh. ***"Ustedes han entendido mal nuestro propósito. Les aconsejaría obrar de modo que no tengan razón para arrepentirse después"***. Esta admonición, pronunciada con dignidad y serenidad, indujo al jefe de la patrulla a tratar con consideración y cortesía a aquellos a quienes había arrestado. Les pidió que montaran sus caballos y lo acompañaran a Ámul. Al acercarse a la orilla de un río Bahá'u'lláh hizo una señal a Sus compañeros, que cabalgaban a cierta distancia de los guardias, que arrojaran al agua cualquier manuscrito que tuvieran en su poder.

Al amanecer, mientras se acercaban al pueblo, se envió un mensaje al gobernador subrogante informándole de la llegada de un grupo que había sido capturado camino al fortín de Tabarsí. El gobernador titular, junto con miembros de su guardia personal, había sido designado para que se unieran al ejército del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá, y había encargado a un familiar que lo reemplazara en su ausencia. En cuanto le llegó el mensaje, se dirigió al masjid de Ámul e hizo llamar a los 'ulamás y siyyids principales del pueblo, para que se reunieran para recibir al grupo. Se sintió sumamente sorprendido en cuanto vio y reconoció a Bahá'u'lláh y se arrepintió de las órdenes que había dado. Pretendió reprenderle por la acción que había llevado a cabo, con la esperanza de aquietar el tumulto y aminorar el estado de excitación de los que se habían reunido en el masjid. ***"Somos inocentes de la culpa que se nos imputa",*** declaró Bahá'u'lláh. ***"A su debido tiempo se demostrará que no tenemos culpa. Le aconsejaría actuar de modo que no le pese después"***. El gobernador subrogante pidió a los 'ulamás allí reunidos que hicieran las preguntas que desearan. A sus indagaciones Bahá'u'lláh respondió en forma explícita y convincente. Mientras Le interrogaban, encontraron un manuscrito en poder de uno de Sus compañeros, que reconocieron como uno de los escritos del Báb y que entregaron al jefe de los 'ulamás presentes en aquella reunión. En cuanto había leído algunas líneas de ese manuscrito lo puso a un lado y, volviéndose a los que le rodeaban, dijo: "Esta gente, que hace afirmaciones tan extravagantes, en esta misma frase, han delatado su ignorancia de las reglas gramaticales más elementales". ***"Estimado y erudito teólogo, replicó*** Bahá'u'lláh, ***"estas palabras que usted critica no son las palabras del Báb. Fueron dichas nada menos que por el Imám 'Alí, el Comandante de los Fieles, en su respuesta a Kumayl-ibn-i-Zíyád, a quién había elegido como su compañero".***

Las circunstancias en relación con esa respuesta, que Bahá'u'lláh profirió, así como su manera de exponerlas, convencieron al arrogante mujtahid de su

estupidez y torpeza. Incapaz de contradecir afirmación de tanto peso, prefirió guardar silencio. Un siyyid observó con ira: "Esta misma afirmación demuestra en forma concluyente que su autor es él mismo un bábí y nada menos que uno de los principales expositores de la doctrina de aquella secta". En lenguaje vehemente insistió que se diera muerte a sus seguidores. "¡Estos obscuros sectarios son los enemigos jurados", vociferó, "tanto del Estado como de la Fe del islam!" Debemos, a toda costa, extirpar esa herejía. Los demás siyyids lo apoyaron en sus denuncias y, envalentonados por las imprecaciones pronunciadas en esa reunión, insistieron que el gobernador cumpliera con sus deseos sin vacilaciones.

El gobernador subrogante se sintió sumamente incómodo y comprendió que cualquiera señal de indulgencia de su parte traería grave riesgo para la seguridad de su propia posición. En su deseo de mantener a raya las pasiones que se habían encendido, dio instrucciones a sus ayudantes que prepararan los garrotes y propinaran inmediatamente un digno castigo a los cautivos. "Después los encarcelaremos", agregó, "hasta que llegue el gobernador quien los enviará a Teherán, donde recibirán, a manos del soberano, el castigo que se merecen".

Al primero que amarraron para castigar con el garrote fue Mullá Báqir. "Soy sólo un sirviente de Bahá'u'lláh", dijo. "Estaba en ruta a Mashhad cuando repentinamente me arrestaron y trajeron a este lugar". Bahá'u'lláh intervino y logró inducir a sus torturadores que lo dejaran en libertad. También intercedió por Hájí Mírzá Jání quien, dijo, era "solo un comerciante" a quien consideraba como Su "huésped", de modo que El era "responsable por cualquier cargo que se hiciera en su contra". Mírzá Yahyá, a quien habían amarrado, también fue puesto en libertad cuando Bahá'u'lláh declaró que era Su sirviente. ***"Ninguno de estos hombres", dijo, al gobernador subrogante "es culpable de ningún crimen. Si usted insiste en infligir ese castigo. Me ofrezco voluntariamente como Víctima para ello".*** El gobernador se vio obligado a pesar suyo a dar la orden que sólo se eligiera a Bahá'u'lláh para someterlo a la degradación que originalmente había proyectado únicamente para Sus compañeros[53].

El mismo trato a que había sido sometido el Báb cinco meses antes en Tabríz, lo sufrió Bahá'u'lláh en presencia de los 'ulamás reunidos en Ámul. El primer encarcelamiento que el Báb sufrió en manos de Sus enemigos se efectuó en la casa de ‘Abdu'l-Hamíd Khán, el jefe de policía en Shíráz; el primer confinamiento de Bahá'u'lláh fue en la casa de los kud-khudás de Teherán. El segundo encarcelamiento del Báb fue en Máh-Kú; el de Bahá'u'lláh fue en la residencia particular del gobernador de Ámul. El Báb fue azotado en el namáz-khánih del Shaykhu'l-Islám de Tabríz; el mismo castigo fue infligido a

Bahá'u'lláh en el namáz-khánih[54] del mujtahid de Ámul. El tercer encarcelamiento del Báb fue en el castillo de Chihríq; el de Bahá'u'lláh fue en el Síyáh-Chál[55] de Teherán. El Báb, cuyas pruebas y sufrimientos habían precedido, en casi cada caso, a los de Bahá'u'lláh, Se había ofrecido como rescate de Su Bienamado de los peligros que acosaban esa preciosa Vida; mientras Bahá'u'lláh por Su parte, que no quería que Aquél Quien tanto Lo amaba fuera el único en sufrir, compartió a cada paso la copia que habían tocado Sus labios. Amor tal jamás ojo alguno ha contemplado, ni hay corazón mortal que haya concebido semejante devoción mutua. Si las ramas de todos los árboles se hicieran plumas y todos los océanos tinta, y el cielo y la tierra un sólo pergamino, la inmensidad de ese amor aún quedaría inexplorado, y la profundidad de aquella devoción sin sondear.

Bahá'u'lláh y Sus compañeros permanecieron encarcelados durante algunos días en una de las piezas que formaban parte del masjid. El gobernador suplente, que todavía estaba decidido a proteger a su Prisionero de los asaltos de un enemigo implacable, dio instrucciones secretas a sus ayudantes que a una hora insospechada abrieran un boquete en la pared de la pieza en que se encontraban los detenidos, y que llevaran su Jefe directamente a su casa. Estaba conduciendo personalmente a Bahá'u'lláh a su residencia cuando apareció un siyyid y, dirigiéndole feroces invectivas, levantó el garrote que llevaba en la mano para golpearle. El gobernador suplente se interpuso inmediatamente y, haciendo un llamado al asaltante lo "conjuró por el Profeta de Dios" a detener su mano. "¡Qué!", dijo el siyyid. "¿Como se atreve a poner en libertad a un hombre que es el enemigo jurado de la Fe de nuestros antepasados?". Un grupo de rufianes se había aglomerado mientras tanto a su alrededor y con sus gritos de burla e insolencia aumentaron el clamor que había provocado. A pesar del creciente tumulto, los ayudantes del gobernador suplente pudieron llevar a Bahá'u'lláh a salvo a casa de su amo y desplegaron, en aquella ocasión, una valentía y presencia de ánimo en realidad sorprendentes.

A pesar de las protestas del populacho, los demás prisioneros fueron conducidos a la sede del gobierno y de este modo se libaron de los peligros que los amenazaban. El gobernador suplente prodigó sus excusas a Bahá'u'lláh por el trato que el pueblo de Ámul Le había dado. "Si no hubiera sido por la Providencia", dijo, "ningún poder podría haber obtenido nuestra liberación de las garras de esta gente malvada. Si no hubiera sido por la eficacia de mi juramento de arriesgar mi vida por Su causa, yo también habría caído víctima de su violencia y hubiera sido pisoteado bajo sus pies". Se quejó amargamente de la vergonzosa conducta de los siyyids de Ámul y denunció la vileza de su carácter.

Expresó que continuamente sufría de los efectos de sus malvados designios. Se puso a servir a Bahá'u'lláh con devoción y bondad y con frecuencia se le oyó decir, durante su conversación con El: "Lejos esté de mí considerarlo un Prisionero en mi casa. Esta casa, es mi convicción, se construyó con el propósito expreso de servirle de protección de los designios de Sus enemigos".

He oído a Bahá'u'lláh en persona relatar lo siguiente: ***"A ningún prisionero se le ha dado el trato que Yo recibí a manos del gobernador suplente de Ámul. Me trató con la mayor consideración y cariño. Fui agasajado generosamente por él, y prestó atención minuciosa a todo lo que se relacionaba con Mi seguridad y comodidad. Sin embargo Me fue imposible dejar la puerta de la casa. Mi anfitrión sentía temor de que el gobernador, que era pariente de 'Abbas-Qulí-Khán-i-Lárijání, podía regresar del fortín y hacerme daño. Traté de disipar sus aprehensiones. La misma Omnipotencia",*** le aseguré, ***"que nos ha librado de las manos de los sediciosos de Ámul, y ha hecho posible que seamos recibidos con tanta hospitalidad por usted en esta casa, puede cambiar el con razón del gobernador y hacer que nos trate con no menos consideración y afecto".***

"Cierta noche nos despertó repentinamente el clamor de la gente que se había agrupado fuera del portón de la casa. Se abrió la puerta y se anunció que el gobernador había regresado a Ámul. Nuestros compañeros, que esperaban que se les atacara nuevamente, sintieron gran sorpresa al oír la voz del gobernador reprendiendo a los que nos habían denunciado tan amargamente el día de nuestra llegada. "¿Por qué motivo", le oímos protestar en alta voz, "han decidido estos despreciables infelices, tratar con tan poco respeto a un Huésped cuyas manos están amarradas y que ni siquiera ha tenido una oportunidad para defenderse? ¿En que justifican su demanda que se Le dé muerte inmediatamente? ¿Qué pruebas tienen en apoyo de su afirmación? Si son sinceros en sus pretensiones de devoción al islam y de ser guardianes de sus intereses, que vayan a Shaykh Tabarsí y demuestren allí su capacidad para defender la Fe de la que dicen ser los campeones".

Lo que había visto del heroísmo de los defensores de aquél fortín había cambiado completamente la manera de pensar y sentir del gobernador de Ámul. Volvió lleno de admiración por una Causa que hasta entonces había despreciado y cuyo progreso había resistido vigorosamente. Las escenas que había visto habían disipado su ira y purificado su orgullo. Con humildad y respeto se dirigió donde estaba Bahá'u'lláh y pidió disculpas por la insolencia de los habitantes de un pueblo al que se le había elegido para gobernar. Lo sirvió con extraordinaria devoción haciendo caso omiso de su propio rango y posición. Rindió elocuente tributo a Mullá Husayn y se explayó sobre su intrepidez, su ingenio, su habilidad

y la nobleza de su alma. Pocos días más tarde logró conseguir que Bahá'u'lláh partiera a salvo, junto con sus compañeros, a Teherán.

La intención de Bahá'u'lláh de unirse a los defensores del fuerte de Shaykh Tabarsí estaba destinada a no cumplirse. Aunque El Mismo deseaba dar toda la ayuda en Su poder a los sitiados, fue librado, por la misteriosa dispensación de la Providencia, de compartir la suerte trágica que pronto debían correr los principales participantes de aquella lucha memorable. ¿Si hubiera podido llegar al fortín y se Le hubiera permitido reunirse con los miembros de aquella banda heroica, cómo podría haber desempeñado Su papel en el gran Drama que estaba destinado a protagonizar? ¿Cómo podría haber llevado a cabo la Obra que había sido concebida tan gloriosamente e inaugurada en forma tan maravillosa? Estaba en la flor de Su vida cuando llegó a Sus oídos la llamada de Shíráz. A los veintisiete años de edad se levantó a consagrar Su vida a su servicio, se identificó intrépidamente con sus enseñanzas y Se distinguió por el papel ejemplar que desempeñó en su difusión. Ningún esfuerzo era excesivo para la energía con que estaba dotado y ningún sacrificio era demasiado doloroso para la devoción que Le había inspirado Su fe. Desechó toda consideración de fama, riqueza y posición en prosecución de la tarea que Se había propuesto llevar a cabo. Ni las burlas de Sus amigos, ni las amenazas de Sus enemigos podían inducirle a dejar de defender la Causa que todos por igual consideraban una secta obscura y proscrita.

El primer encarcelamiento que sufrió a consecuencia de la ayuda que había dado a los cautivos de Qazvín; la habilidad con que logró la liberación de Táhirih; la forma ejemplar en que guió el curso de la turbulenta reunión de Badasht; la forma en que salvó la vida de Quddús en Níyálá: la sabiduría que mostró al manejar la situación delicada creada por la impetuosidad de Táhirih y el cuidado que puso en su protección; los consejos que dio a los defensores del fuerte Tabarsí; el plan que concibió de unir las fuerzas de Quddús con las de Mullá Husayn y sus compañeros; la espontaneidad con que se levantó a apoyar los esfuerzos de aquellos valientes defensores; la magnanimidad que Lo llevó a ofrecerse como substituto de Sus compañeros que se hallaban bajo la amenaza de severo castigo; la serenidad con que afrontó los sufrimientos que Le fueron infligidos como consecuencia del atentado contra la vida de Násiri'd-Dín Sháh; las vilezas que fueron acumuladas sobre El todo el camino desde Lavásán al cuartel general del ejército imperial y de allí a la capital; el peso tremendo de las cadenas que soportó mientras languidecía en la oscuridad del Síyáh-Chál de Teherán -todos estos no son sino algunos ejemplos que hablan elocuentemente de la posición sin igual que El ocupaba como Impulsor Primario de las energías que estaban destinadas a remodelar la faz de Su tierra natal. Fue Él Quién había

liberado esas fuerzas y quién las trajo finalmente a su más alta consumación en la Causa que Él Mismo estaba destinado a revelar en fecha posterior.

Notas

1.- Véase página 343.
2.- Literalmente "Isla Verde".
3.- Véase Glosario.
4.- Julio 21, 1848 D.C.
5.- Portador de la tablilla de Bahá'u'lláh a Násiri'd-Dín Sháh.
6.- "El (Mullá Husayn) llegó primeramente a Miyámay donde se reunió con treinta bábís cuyo jefe, Mírzá Saynu'l-‘Ábidín, alumno del extinto Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í, era un caballero de edad, piadoso y respetado. Su cielo era tan grande que llevó consigo a su yerno, un joven de dieciocho años que se había casado con su hija hacia pocos días. "Ven", le dijo, "ven conmigo en mi último viaje. ¡Ven, porque debo ser un padre verdadero para ti y hacerte compartir la alegría de la salvación verdadera!" Partieron por lo tanto y el anciano quiso hacer a pie el viaje que debía llevarlo al martirio. (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 290).
7.- Agosto 31 - Septiembre 29, 1848, D.C.
8.- Muhammad Sháh falleció la víspera del seis de Shavvál (Septiembre 4, 1848 D.C.). Hubo un interregno de más o menos dos meses. Se organizó un gobierno provisorio de cuatro administradores bajo la presidencia de la viuda del fenecido Sháh. Finalmente, después de muchas vacilaciones, se permitió al heredero legal, el joven Príncipe Násiri'd-Dín Mírzá gobernador de Ádhirbáyján, ascender al trono" (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 367).
9.- "El Ministro (Mírzá Taqí Khán), procediendo con la mayor arbitrariedad, sin recibir instrucciones ni solicitar autorización, envió ordenes a todas partes que se castigara y aplicara penas a los Bábís. Los gobernadores y magistrados encontraron pretextos para amasar fortunas y los funcionarios medios para obtener ganancias; célebres doctores incitaban a los hombres desde lo alto de sus púlpitos para que iniciaran un ataque general; los poderes de la ley religiosa y civil se dieron la mano y se esforzaron por erradicar y destruir a esta gente. Ahora bien, esta gente no había obtenido aún un conocimiento adecuado y necesario de los principios fundamentales y doctrinas ocultas de las enseñanzas del Báb y no comprendieron sus deberes. Sus conceptos e ideas se ajustaban a las normas de antaño y su conducta y comportamiento a la usanza antigua. Las vías de acceso al Báb estaban por lo demás cerradas y la llama de la discordia ardía visiblemente en todas partes. Por orden de los más célebres doctores, el gobierno, aún más, también el pueblo, inauguraron con poder irresistible una ola de rapiña y saqueo y estaban ocupados en castigar y torturar, en matar y destruir, para que pudieran extinguir esta llama y marchitar a estas pobres almas. En ciudades donde eran poco numerosos todos, con las manos amarradas, sirvieron de alimento para las espadas, mientras que en ciudades donde eran más numerosos se levantaron en propia defensa de acuerdo con sus antiguas creencias ya que les era imposible preguntar cuál era su deber y todas las puertas estaban cerradas". (A Traveller's Narrative, págs. 34-5).

10.- Véase Glosario.

11.- "La bala hirió a Siyyid Ridá en pleno pecho y lo mató instantáneamente. Era un hombre de costumbres sencillas, de convicciones profundas y sinceras. Debido al respeto que sentía por su amo siempre le seguía a pie al lado de su caballo, listo para servirle en todo instante. A. L. M. Nicolas, Siyyid Alí Muhammad dit le Báb, pág. 294).

12.- "Nadie debe ser muerto por se infiel, porque el dar muerte a un alma no forma parte de la religión de Dios...; y si alguien lo ordena, no es ni nunca ha sido del Bayán y no puede haber pecado más grave que este para él". ("El Bayán" Véase Journal of the Royal Asiatic Society, Oct. 1889, art. 12, págs. 927-8).

13.- "Pero el dolor y la ira redoblaron la fuerza de Mullá Husayn quien de un sólo golpe con su arma partió en dos el fusil, el hombre y el árbol". (Mírzá Jání agrega que el Bushrú'í utilizó su mano izquierda en esta ocasión. Los Musulmanes mismos no dudan de la autenticidad de este relato). (A. L. M. Nicolas, Siyyid Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 295 y nota 215). "Entonces Jináb-i-Bábu'l-Báb se volvió diciendo: "Ahora ellos han hecho que sea nuestro deber el defendernos; empuñó su sable y mostrando aquiescencia en lo que Dios había ordenado en Su providencia, comenzó a defenderse. A pesar de su físico delgado y frágil y su temblorosa mano, mostró tal valor y audacia en ese día que quienquiera que tuviera ojos para discernir la verdad podía ver claramente que tal fuerza y valor solo podían venir de Dios ya que se encontraban más allá de toda capacidad humana... Entonces vi a Mullá Husayn desenvainar su sable y levantar su rostro hacia el cielo y le oí exclamar: "¡Oh! Dios, he completado la prueba para esta hueste, pero de nada ha servido". Entonces nos empezó a atacar a diestra y siniestra. Juro por Dios que en ese día manejó su sable en tal forma que trasciende el poder humano. Sólo la caballería de Mázindarán se mantuvo firme y rehusó huir. Y cuando Mullá Husayn se hubo adaptado al fragor de la batalla, logró alcanzar a un soldado fugitivo. El soldado se escondió tras un árbol y trató de protegerse además con su fusil. Mullá Husayn le propinó tal golpe con su sable que lo partió a él, al árbol y al fusil en seis pedazos". (El Tárikh-i-Jadíd, págs. 49, 107-8).

14.- 1848-9 D.C.

15.- Mírzá Taqí Khán, I‘timádu'd-Dawlih, Gran Vazír y sucesor de Hájí Mírzá Áqásí. Se hace la siguiente referencia a él en A Traveller's Narrative, págs. 32-3): "Mírzá Taqí Khán Amir-Nizám, quien era Primer Ministro y Regente Principal, cogió en el puño de su despótico poder las riendas de los asuntos de la comunidad y espoleó al corcel de su ambición en la arena del capricho y posesión exclusiva. Este ministro era una persona sin experiencia y que carecía de consideración por las consecuencias de la acción; sediento de sangre y desvergonzado; estaba siempre listo y rápido en el derramamiento de sangre. Consideraba que los castigos duros eran señal de administración sabía y que la exhortación severa, el sufrimiento, la intimidación y el asustar a la gente eran un fulcro para el adelanto de la monarquía. Y como su Majestad el Rey era muy joven aún, el ministro empezó a tener ideas extrañas e hizo redoblar el tambor del absolutismo en la administración; por propia decisión, sin buscar la autorización de la Presencia Real o de obtener consejo de estadistas prudentes, dio orden que se persiguiera a los Bábís, imaginando que haciendo uso de arrogante fuerza podía erradicar o suprimir cuestiones de esta naturaleza y que la severidad traería buenos frutos; mientras que el interferir con cuestiones de consciencia simplemente las difunde más y les da mayor fuerza; mientras más se trata de extinguirlas,

más intensamente arde la llama, sobre todo en cuestiones de fe y religión que se difunden y adquieren influencia en cuanto se derrama sangre y afecta profundamente el corazón de los hombres".

16.- Véase Glosario.

17.- Corán 9:52.

18.- "El Bábu'l-Báb", dice nuestro autor, "deseaba cumplir con un deber religioso y, al mismo tiempo dar un ejemplo de la firme convicción de los creyentes, de su desprecio por la vida, y mostrar al mundo la impiedad e irreligiosidad de los así llamados Musulmanes, por lo que dio orden a uno de sus seguidores que subiera a la terraza y entonara el adhán". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 295-296). "Fue en Marand", escribe Lady Sheil, "que oí por primera vez el adhán, o llamada musulmana a la oración, que es tan solemne e impresionante, especialmente cuando se entona bien ya que es, en verdad, un cántico. Se volvió hacia la Meca y poniendo sus manos abiertas en su cabeza, proclamó con voz fuerte y sonora, "Alláh-u-Akbar", que repitió cuatro veces; después, "Ashhad-u-inna-Muhammadan-Rasu'lláh" -(soy testigo que Muhammad es el Profeta de Dios)- dos veces; luego "soy testigo que Alí el Comandante de los Fieles, es el amigo de Dios"... El toque solitario de difuntos para el transporte de los muertos a su última morada terrena, despierta, posiblemente por asociación, ideas de profunda solemnidad-; también lo hace la trompeta que resuena a través del campamento cuando acompaña al dragón a su sepultura... El adhán produce otra impresión. Crea en la mente sentimientos combinados de dignidad, solemnidad y devoción, comparados con los cuales el ruido de las campañas se hace insignificante. Es imponente escuchar en el silencio de la noche los primeros tonos de la voz del mu'ahdhin proclamando "Alláh-u-Akbar -Poderoso es el Señor- soy testigo que no hay otro Dios sino Dios!" San Pedro y San Pablo combinados no pueden producir nada que se le iguale". (Glimpses of Life and Manners in Persia, págs. 84, 85).

19.- "Sa‘ídu'l-‘Ulamá deseando acabar a cualquier costo, reunió cuanta gente pudo y empezó a atacar nuevamente la parte anterior del caravanserai. La lucha se había estado librando durante cinco o seis días cuando apareció "‘Abbas-Qulí Khán Sardár-i-Lárijání. Mientras tanto y desde que habían estallado las hostilidades, los 'Ulamás de Bárfurúsh exasperados por las numerosas conversiones que Quddús había logrado hacer en la ciudad (trescientos en una semana, según admiten con reticencia los musulmanes), habían llevado el asunto ante el gobernador de la provincia, Príncipe Khánlar Mírzá. Sin embargo él no prestó atención a sus quejas por cuanto tenía muchas otras preocupaciones. La muerte de Muhammad Sháh le preocupaba mucho más que las disputas de los Mullás e hizo preparativos para ir a Teherán para rendir homenaje al nuevo rey, cuyo favor esperaba granjearse. Como fracasaron en esta tentativa y debido a la presión de los acontecimientos, los 'Ulamás escribieron una carta muy urgente al jefe militar de la provincia, ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání. Este último no creyó necesario preocuparse, envió a Muhammad Biq. Yávar (capitán), a la cabeza de trescientos hombres, para que restableciera el orden. Es así como los musulmanes comenzaron a atacar el caravanserai. La lucha estalló pero si diez Bábís eran muertos, un número infinitamente superior de los agresores mordía el polvo. Como la situación se prolongaba, ‘Abbás Qulí-Khán sintió que debía ir en persona para apreciar la magnitud de la situación". (A. L. M. Nicolas, Siyyid Alí Muhammad dit le Báb, págs. 296-297).

20.- Gobineau lo describe en los siguientes términos: "Los nómades turcos y persas se pasan la vida cazando, también a menudo luchando y sobre todo habían de la caza y de la guerra. Son valientes pero no siempre y fueron bien descritos por Branttóme quien, en su experiencia de las guerras de su época a menudo había encontrado aquella forma de valor que el llamó "coraje por un día". Pero esto es lo que son en forma muy regular y consecuente, grandes habladores, grandes destructores de ciudades, grandes asesinos de héroes, grandes exterminadores de multitudes, en una palabra, ingenuos, muy abiertos en la expresión de sus sentimientos, muy violentos al reaccionar ante cualquier cosa que les provoca y muy entretenidos. ‘Abbás Qulí Khán-i-Lárijání, aún cuando había nacido de buena familia, era un tipo perfecto de nómade". (Conde Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l' Asie Centrale, pág. 171).

21.- Véase Glosario.

22.- Octubre 10, 1848 D.C.

23.- Corán, 17: 7.

24.- Véase Glosario.

25.- Según A Traveller's Narrative, (pág. 36) fue Mírzá Lutf-‘Alí, el secretario, quien desenvainó su daga y apuñaló a Khusraw.

26.- Véase Glosario.

27.- "Entonces volviéndose a sus compañeros, dijo: "Durante estos pocos días de vida que nos quedan, evitemos ser divididos y apartados unos de los otros por riquezas perecederas. Que de todo se haga un fondo común y que todos participen de sus beneficios". Los Bábís consintieron a ello con alegría y ese maravilloso espíritu de auto-sacrificio hizo que sus enemigos dijeran que eran partidarios de la propiedad colectiva de los bienes terrenales e incluso de las mujeres!". A. L. M. Nicolas, Siyyid Alí Muhammad dit le Báb, pág. 299).

28.- Véase Glosario.

29.- Santuario de Shaykh Ahmad-ibn-i-Abí-Tálib-i-Tabarsí, situado más o menos a catorce millas sudeste de Bárfurúsh. El profesor Browne de la Universidad de Cambridge visitó el lugar el 26 de Septiembre de 1888 y vio el nombre del santo allí sepultado inscrito en una tablilla en la forma de palabras usadas para su "visitación", la tablilla que estaba suspendida de la baranda que rodea su tumba. "En la actualidad", dice él, "consiste en un recinto verde, plano, cercado por setos y que además del edificio del santuario y otro edificio situado en la entrada (opuesto al cual pero por fuera del recinto, se encuentra la casa del mutavallí o cuidador del santuario) no contiene otra cosa sino tres naranjos y algunos sepulcros toscos cubiertos con piedras planas, el último lugar de reposo, posiblemente, de algunos de los defensores Bábís. El edificio situado en la entrada tiene dos pisos, es atravesado por el pasadizo que da acceso al recinto y está techado con tejas. Los edificios del santuario que se encuentran en el extremo opuesto del cercado, son algo mejor hechos. Su dimensión mayor más o menos veinte pasos) va de este a oeste; su anchura es de más o menos diez pasos y, además del pórtico cubierto situado en la entrada, contiene dos piezas escasamente iluminadas a través de enrejados de madera sobre las puertas. La tumba del Shaykh de quien el lugar toma su nombre, está rodeado de una baranda de madera y está situado en el centro de la pieza interior al que se entra por una puerta que comunica con la pieza exterior o por otra puerta que abre externamente al

recinto cercado". (Para planos y dibujos véase la traducción que el autor hizo del Tárikh-i-Jadíd. (E. G. Browne, A Year amongst the Persians, pág. 565).

30.- Octubre 12, 1848 D.C.

31.- Véase Glosario.

32.- Julio 3 - Agosto 1, 1848 D.C.

33.- Abril 24 - Mayo 23, 1849 D.C.

34.- Literalmente "Remanente de Dios".

35.- Corán 11: 85.

36.- Véase Glosario.

37.- Noviembre 27, 1848 D.C.

38.- Referencia al año 1280 D.H. (1863-4 D.C.) en que Bahá'u'lláh declaró su Misión en Bagdad.

39.- La reunión de trescientos trece defensores elegidos del imán en Táliqán de Khurásán es uno de los signos que debe necesariamente anunciar el advenimiento del Qá'im prometido. (E. G. Browne A History of Persian Literature in Modern Times, D.C. 1500-1924, pág. 399).

40.- Entre ellos se encontraba también Ridá Khán, hijo de Muhammad Khán el Turkomán, Jefe de Caballerizas del extinto Monarca Muhammad Sháh. Era un joven agraciado, de rostro hermoso y que estaba dotado de toda clase de talentos y virtudes, digno, sobrio, gentil, generoso, valiente y varonil. Por amor y servicio a Su Santidad Suprema abandonó tanto su puesto como su sueldo y cerró los ojos tanto a rango como a nombre, fama y vergüenza, los reproches de sus amigos y las burlas de los enemigos. Con un solo paso dejo tras di dignidad riqueza, posición y todo el poder y consideración de que gozaba, gastó grandes sumas de dinero (por lo menos cuatro o cinco mil tumanes) en la Causa y a menudo se mostró listo a dar su vida. Una de estas ocasiones fue cuando Su Santidad Suprema llegó a la aldea de Khánliq cerca de Teherán y con el objeto de poner a prueba la fidelidad de Sus seguidores dijo: "Si sólo hubiera algunos jinetes que me libraran de las cadenas de los malvados y sus artimañas no estaría mal". Al oír estas palabras, varios jinetes expertos y de experiencia, con todo su equipo y armamento se prestaron de inmediato para partir y renunciando a todo cuanto tenían, se dirigieron rápidamente para presentarse ante Su Santidad. Entre éstos se encontraba Mírzá Qurbán-‘Alí de Astarábád y Ridá Khán. Cuando se presentaron ante Su Santidad, El sonrió y dijo: "La montaña de Ádhirbáyján también Me reclama" y les pidió que regresaran. Después de su regreso, Ridá Khán se dedicó al servicio de los amigos de Dios y su casa as menudo fue lugar de reunión de los creyentes, entre quienes tanto Jináb-i-Quddús y Jináb-i-Bábul'-Báb fueron por un tiempo, sus invitados de honor. Por cierto que se despreocupó completamente de sí mismo y nunca se quedo corto en el servicio a ninguno de los de ese círculo sino que a pesar de su alto rango, luchó con todo su corazón y alma por promover los objetivos de los siervos de Dios. Por ejemplo, cuando Jináb-i-Quddús empezó a predicar la doctrina en Mázindarán y el Sa‘ídu'l-‘Ulamá, al saber de ello, hizo grandes esfuerzos para causarle daño, Ridá Khán se apresuró en ir de inmediato a Mázindarán y cada vez que Jináb-i-Quddús salía de su casa, a pesar de su alto rango y el respeto a que estaba acostumbrado, solía caminar delante de él con su sable desenvainado sobre el hombro; al ver esto los malhechores temían tomarse ninguna libertad... Durante algún tiempo, Ridá Khán siguió en esta forma en Mázindarán

hasta que acompañó a Jináb-i-Quddús a Mashhad. Cuando regresó de allí estuvo presente durante las dificultades en Badasht donde rindió servicios muy valiosos y recibió el encargo de llevar a efecto comisiones de la mayor importancia y delicadeza. Después de la dispersión de la reunión de Badasht cayó enfermo y, en compañía de Mírzá Sulaymán-Qulí de Núr (un hijo del extinto Shátir-báshí que también era conspicuo por sus virtudes, su erudición y su devoción), vino a Teherán. La enfermedad de Ridá Khán duró algún tiempo y cuando se restableció, el asedio al castillo de Tabarsí ya se había tornado muy serio. De inmediato decidió ir en ayuda de la guarnición. Sin embargo, como era una persona destacada y muy conocida, no podía dejar la capital sin dar una razón plausible. Por este motivo simuló arrepentirse de su conducta pasada y pidió que se le enviara a participar en la guerra en Mázindarán, y de esta forma compensar por su conducta anterior. El rey accedió a su petición y se le designó para que acompañara los refuerzos que bajo el Príncipe Mihdí-Qulí Mírzá se dirigían contra el castillo. Durante la marcha hacia aquel lugar decía continuamente al príncipe "haré esto", y "haré aquello"; de este modo el príncipe comenzó a cifrar grandes esperanzas en él y le prometió un cargo que estuviera de acuerdo con sus servicios ya que hasta el día en que era inevitable entablar batalla y la paz ya no era posible, siempre estaba en primer lugar en el ejército y se mostró muy activo para ordenar sus asuntos. Pero durante el primer día de la batalla comenzó a hacer galopar su caballo y a practicar otros ejercicios militares hasta que, sin haber despertado sospechas, repentinamente dio rienda suelta y se reunió con los Hermanos de Pureza. Al llegar en medio de ellos, besó la rodilla de Jináb-i-Quddús y se postró ante él con gratitud. Entonces volvió una vez más al campo de batalla y comenzó a vilipendiar y maldecir al príncipe diciendo: "¿Quién es suficientemente hombre como para pisotear la pompa y vanidad del mundo, librarse de los lazos de deseos carnales y unirse, como lo he hecho yo, con los santos de Dios? Por mi parte, sólo estaré satisfecho con mi cabeza cuando caiga teñida de polvo y sangre en esta planicie". Entonces, como un león encolerizado se abalanzó sobre ellos con la espada desnuda y se comportó tan virilmente que todos los oficiales realistas se mostraron asombrados diciendo: "Valentía tal debe haberle sido concedida recién ahora desde lo alto o si no un nuevo espíritu debe haber sido infundido en su cuerpo". Porque en más de, una ocasión sucedió que derribó a un fusilero en el momento de descargar su fusil y tantos de los oficiales principales del ejército real cayeron por sus manos que el príncipe y los demás oficiales de mando ansiaban más vengarse en el que en cualquier otro de los Bábís. Por lo tanto la víspera del día fijado para que Jináb-i-Quddús se rindiera al campo realista, Ridá Khán, sabiendo que a causa del gran odio que le tenían le darían muerte con las torturas más crueles, fue durante la noche a la pieza de un oficial del campamento quien era un viejo y fiel amigo y camarada. Después de la masacre de los demás Bábís se comenzó una búsqueda para encontrar a Ridá Khán y finalmente fue descubierto. El oficial que le había dado protección propuso que se pidiera un rescate de dos mil tumanes en dinero efectivo, pero su proposición fue rechazada y aún cuando ofreció aumentar esta suma y trató por todos los medios de salvar a su amigo, de nada sirvió porque el príncipe a causa del gran odio que sentía por Ridá Khán ordenó que lo despedazaran". (El Tárikh-i-Jadíd, págs. 96-101).

41.- "Según las descripciones que he oído, la fortaleza construida por Mullá Husayn pronto se transformó en un edificio muy fuerte. Sus murallas, hechas de grandes piedras llegaban a

la altura de diez metros. Sobre esta base edificaron una construcción hecha de enormes troncos de árboles en los que abrieron cierto número de troneras. Entonces la rodearon por todos lados con una zanja profunda. De hecho era como una gran torre que tenía por base piedras, mientras que los pisos superiores eran de madera y tenían tres hileras de troneras donde podían poner cuantos tufang-chís quisieran, o más bien, tenían. Hicieron numerosas aberturas para puertas y portones para así facilitar la entrada y salida. "Excavaron pozos para así asegurar abundancia de agua y pasajes subterráneos para refugio en caso de necesidad; se construyeron depósitos que fueron llenados con toda clase de provisiones ya sea compradas o a lo mejor tomadas de las aldeas vecinas. Finalmente pusieron como guarnición a los Bábís más enérgicos, los más devotos y los más dignos de confianza entre ellos". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 156).

42.- "Es así como, frenético por el mantenimiento del orden, el Amir Nizám despachó rápidamente la cuestión de Mázindarán. Cuando los dirigentes de esta provincia vinieron a Teherán para rendir tributo al rey, recibieron órdenes, en el momento de partir, que tomaran las medidas necesarias para poner fin a la sedición de los Bábís. Prometieron esforzarse al máximo y de hecho, en cuanto regresaron, estos jefes reunieron sus fuerzas y se juntaron para deliberar. Escribieron a sus parientes para que vinieran a unirse a ellos. Hájí Mustafá Khán llamó a su hermano Abdu'lláh, ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání mandó buscar a Muhammad-Sultán y a Alí-Khán de Savád-Kúh. Todas estas celebridades decidieron atacar a los Bábís en su fortaleza antes que ellos, por su cuenta, pudieran ponerse a la defensiva. Los oficiales reales al ver que los amos del país estaban tan dispuestos, convocaron un gran consejo al que se apresuraron a concurrir los señores ya mencionados y también Mírzá Áqá, Mustawfí de Mázindarán, superintendente de asuntos financieros, el jefe de los 'Ulamás y muchas otras personalidades de alto rango" (Ibíd., págs. 160-161).

43.- Véase Glosario.

44.- "Por su parte, el superintendente de finanzas enroló tropas de entre los Afghánís residentes en Sárí y a ellos agregó cierto número de hombres procedentes de las tribus turcas bajo su administración. ‘Alí-Abád, la aldea tan severamente castigada por los Bábís, que aspiraba a vengarse de ello, suministró lo que pudo y fue reforzada por un grupo de hombres de Qádí que estaban en esa vecindad y estaban dispuestos a enrolarse". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 161).

45.- Diciembre 1, 1848 A. D.

46.- Véase Glosario.

47.- "El Amir-Nizám montó en cólera al saber lo que había sucedido. La descripción del terror despertó su indignación. Demasiado lejos del lugar de acción como para apreciar el salvaje entusiasmo de los rebeldes, sólo podía deducir una conclusión y era que los Bábís debían ser liquidados antes que su coraje pudiera ser estimulado por victorias verdaderas. El Príncipe Mihdí-Qulí-Mírzá designado como lugarteniente del rey en la provincia amenazada, partió investido de poderes extraordinarios. Se dieron instrucciones que se hiciera una lista de los hombres que habían muerto en el ataque a la fortaleza Bábí y en el saqueo de Ferra y se prometió una pensión a los sobrevivientes.

"Hájí Mustafá Khán, hermano de 'Abdu'lláh, recibió pruebas substanciales del favor real; en resumen, se hizo todo lo posible por restablecer el coraje y confianza de los Musulmanes". (Conde de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 164-165).

48.- "Hemos dejado a Mihdí-Qulí Mírzá huyendo de su hogar en llamas y vagando solo por el campo, en medio de la nieve y de la oscuridad.

Hacia el amanecer se encontró en un sendero desconocido entre las montañas, perdido en una parte agreste del país, pero en realidad no muy lejos de la batalla donde tantos habían muerto. El viento trajo a sus oídos el sonido de las descargas de los mosquetes.

"En esta situación lamentable, completamente anonadado, fue hallado por un mázindaráni quien montaba un caballo bastante bueno y quien lo reconoció. Este hombre se apeó de su caballo, puso al Príncipe en la montura y se ofreció para servirle como guía. Lo llevó a la choza de un aldeano, lo acomodó en el cobertizo (en Persia no se considera que este lugar debe ser mirado con desprecio) y mientras el Príncipe dormía y comía, el mázindaráni montó sobre su caballo y recorriendo los alrededores, dio a conocer las buenas nuevas que el Príncipe estaba a salvo y bien de salud. En esta forma condujo hacia él a todos sus hombres, o por lo menos un número respetable de ellos, un grupo tras otro.

"Si Mihdí-Qulí Mírzá hubiera sido uno de esos espíritus orgullosos difíciles de quebrantar por los reveses, hubiera considerado que su posición había cambiado poco por las calamidades de la víspera; pudo haber creído que sus hombres habían sido tomados por una acción sorpresiva desafortunada; entonces, con lo que quedaba de sus fuerzas podría haber salvado las apariencias y defendido su terreno porque de hecho los Bábís se habían retirado y no se veían por ningún lado. Pero el Sháhzádih, lejos de enorgullecerse de tal firmeza, era de carácter débil y cuando se vio rodeado de tan buena escolta, dejó el cobertizo y se apresuró en ir a la aldea de Qádí-Kalá de donde se dirigió a Sárí con gran premura. Esta conducta fortaleció en toda la provincia la impresión causada por la derrota de Vás-kas. Sobrevino el pánico, las ciudades abiertas creían que estaban expuestas a todos los peligros y a pesar del rigor de la estación, se podían ver caravanas de no combatientes bajo grandes dificultades, llevando a sus mujeres y niños al desierto de Damávand para salvarlos de los miserables peligros que la cautelosa conducta del Sháhzádih parecía presagiar. Cuando los asiáticos pierden la cabeza lo hacen completamente". (Conde de Gobineau: Les Religiones et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 169-170).

49.- "En pocos minutos su ejército, ya en un estado de completa confusión, fue dispersado por los trescientos hombres de ¡Mullá Husayn! ¿No era ésta la espada del Señor y de Gedeón?" (Ibíd. pág. 167).

50.- Según Gobineau (pág. 1675), ellos eran Sultán Husayn Mírzá, hijo de Fath-'Alí Sháh y Dawúd Mírzá, hijo de Zillu's-Sultán, tío del Sháh. A. L. M. Nicolas, en su obra Siyyid Alí-Muhammad dit Le Báb (pág. 308), agrega Mustawfí Mírzá 'Abdu'l-Báqí.

51.- Véase Glosario.

52.- Diciembre 21, 1848 A. D.

53.- "¡Oh Shaykh! Acontecimientos como los que ojo alguno jamás ha visto han acaecido a este agraviado. Feliz y con la mayor resignación he aceptado sufrir, para que así sean iluminadas las almas de los hombres y el Verbo de Dios sea establecido. Cuando

estuvimos encarcelados en la Tierra de Mím (Mázindarán) nos entregaron cierto día en manos de los 'ulamás. Lo que sucedió después bien os lo podéis imaginar". (Epístola al Hijo del Lobo, pág. 57).

54.- Literalmente "casa de oración".

55.- Literalmente "fosa negra", la mazmorra subterránea en que fue encarcelado Bahá'u'lláh.

CAPÍTULO 20

LA REVUELTA DE MÁZINDARÁN
(Continuación)

Las fuerzas bajo el mando del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá se habían recuperado, mientras tanto, del estado de profunda desmoralización en que habían caído y se estaban preparando diligentemente para renovar su ataque a los ocupantes del fortín de Tabarsí. Estos se vieron rodeados nuevamente por una numerosa hueste, a cuya cabeza marchaban ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání y Sulaymán Khán-i-Afshár-i-Shahríyárí, quienes, acompañados por varios regimientos de infantería y caballería, se habían apresurado en ir a reforzar la compañía de soldados del príncipe[1]. Sus fuerzas combinadas acamparon en las vecindades del fortín[2] y comenzaron a levantar una serie de siete barricadas a su alrededor. Con increíble arrogancia, ante todo, trataron de desplegar la magnitud de las fuerzas a su disposición y se dedicaron con bríos crecientes al ejercicio diario de las armas.

Mientras tanto la escasez de agua había obligado a los sitiados a cavar un pozo dentro del recinto del fuerte. El día en que se iba a completar la tarea, el octavo día del mes de Rabí'u'l-Avval[3], Mullá Husayn, quien observaba a sus compañeros mientras trabajaban, observó: "Hoy tendremos toda el agua necesaria para nuestro baño. Limpios de toda mancha terrenal, buscaremos la corte del Todopoderoso y nos apresuraremos a nuestra morada eterna. Quienquiera esté dispuesto a compartir la copa del martirio, que se prepare y espere la hora cuando pueda sellar con su sangre su fe en su Causa. Esta noche, antes de la hora del amanecer, que los que deseen acompañarme estén listos para salir de detrás de estas murallas y, dispersando una vez más las oscuras fuerzas que se han interpuesto en nuestro camino, ascender sin armas a las alturas de la gloria".

Aquella misma tarde, Mullá Husayn practicó sus abluciones, se puso ropa nueva adornó su cabeza con el turbante del Báb y se preparó para el encuentro que se avecinaba. Su rostro estaba iluminado por un júbilo indescriptible. Aludió serenamente a la hora de su partida y, hasta su último momento, siguió fortaleciendo el celo de sus compañeros. Sólo, con Quddús, quien le recordaba tan poderosamente a su Bienamado, dio rienda suelta, mientras se sentaba a sus pies en los momentos finales de su vida terrenal, a todo lo que un alma extasiada no podía ya reprimir. Poco después de medianoche, en cuanto se había levantado

el lucero de alba, la estrella que le anunciaba la luz matinal de unión eterna con su Bienamado, se puso de pie y, montando su caballo, dio la señal que se abriera el portón del fuerte. Al salir galopando a la cabeza de trescientos trece de sus compañeros para encontrarse con el enemigo, se oyó una vez más el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!"[4], grito tan intenso y poderoso que el bosque, el fuerte y el campamento vibraron con su retumbante eco.

Mullá Husayn cargó primero contra la barricada defendida por el Zakaríyyáy-i-Qádí-Kalá'í, uno de los oficiales más valientes del enemigo. En poco tiempo, irrumpió a través de la barrera, dispuso de su comandante y dispersó a sus hombres. Adelantándose vigorosamente con la misma rapidez y valentía venció la resistencia de la segunda y tercera barricadas, esparciendo, al avanzar, desesperación y desconcierto entre sus enemigos. Sin alterarse por las balas que llovían continuamente sobre él y sus compañeros, siguieron avanzando hasta que las restantes barricadas habían sido todas capturadas y vencidas. En medio del tumulto que sobrevino, ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání se trepó a un árbol y, ocultándose entre sus ramas, esperó emboscado a sus antagonistas. Protegido por la oscuridad que lo rodeaba, pudo seguir, desde su escondite, los movimientos de Mullá Husayn y sus compañeros, quienes estaban expuestos a la destellante luz de la conflagración que habían creado. De pronto el caballo de Mullá Husayn se enredó en la soga de una carpa y, antes de que pudiera librarse recibió en el pecho un balazo de su traicionero enemigo. Aunque el proyectil dio en el blanco, ‘Abbas-Qulí Khán ignoraba la identidad del jinete a quien había herido. Mullá Husayn, quien sangraba profusamente, bajó de su caballo, dio algunos pasos vacilantes y cayó exhausto al suelo. Dos de sus compañeros de Khurásán, Qulí y Hasan, vinieron a rescatarlo y lo llevaron al fuerte[5].

He oído el siguiente relato hecho por Mullá Sádiq y Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí: "Estábamos entre los que habían permanecido en el fuerte con Quddús. En cuanto trajeron a Mullá Husayn quien parecía haber perdido el conocimiento, se nos pidió que nos retiráramos. "Déjenme sólo con él", fueron las palabras de Quddús mientras pedía a Mírzá Muhammad-Báqir que cerrara la puerta y rehusara permiso para entrar a quienquiera deseara verle. "Hay ciertos asuntos confidenciales que deseo que sólo él sepa". Unos instantes después nos sentimos sorprendidos al oír la voz de Mullá Husayn que contestaba preguntas de Quddús. Durante dos horas siguieron conversando juntos. Nos sorprendió ver a Mírzá Muhammad-Báqir muy preocupado. "Estaba observando a Quddús", nos informó posteriormente, "por una rendija en la puerta. En cuanto pronunció su nombre, vi a Mullá Husayn levantarse y sentarse, como acostumbraba, en cuclillas a su lado. Con la cabeza gacha y los ojos entornados, escuchó cada

palabra que caía de los labios de Quddús y respondió a sus preguntas. "Has apresurado la hora de tu partida", oí decir a Quddús, "y me has abandonado a la misericordia de mis enemigos. Quiera Dios, antes de mucho, me una contigo y guste la dulzura de los goces inefables del cielo". Pude escuchar las siguientes palabras pronunciadas por Mullá Husayn: "Que mi vida sea un rescate por ti. ¿Estás contento conmigo?".

"Pasó largo rato antes de que Quddús pidiera a Mírzá Muhammad-Báqir que abriera la puerta y admitiera a sus compañeros. "Me he despedido por última vez de él", dijo mientras entrábamos en la pieza. "Cosas que antes consideraba imposible decir, ahora las he compartido con él". Al llegar encontramos que Mullá Husayn ya había expirado. Aún quedaba en su rostro una leve sonrisa. Tal era la paz de su semblante, que parecía estar dormido. Quddús se preocupó de su entierro, lo vistió con su propia camisa y dio instrucciones que lo colocaran descansando hacia el sur y contiguo al santuario de Shaykh Tabarsí[6]. "Bien has hecho en permanecer fiel, hasta el último momento, a la Alianza de Dios", dijo al despedirlo con un beso sobre los ojos y frente. "Ruego a Dios que conceda que nunca se produzca una división entre tú y yo". Habló con tanto dolor que los siete compañeros que estaban de pie a su lado derramaron abundantes lágrimas y desearon haber sido sacrificados en su lugar. Quddús, con sus propias manos, colocó el cuerpo en la tumba y advirtió a los que estaban cerca de él que guardaran el secreto sobre el lugar en que descansaba y que no lo revelaran ni siquiera a sus compañeros. Posteriormente les dio instrucciones que enterraran los cuerpos de los treinta y seis mártires que habían caído durante ese encuentro, en una misma fosa, al norte del santuario de Shaykh Tabarsí. "Que los amados de Dios", se le oyó decir al darles entierro, "tomen nota del ejemplo de estos mártires de nuestra Fe. Que en su vida permanezcan tan unidos como éstos lo están ahora en el momento de su muerte.".

No menos de noventa de los compañeros fueron heridos aquella noche, y la mayoría sucumbió. Desde el día de su llegada a Bárfurúsh hasta el día en que fueron atacados por primera vez que fue el doce de Dhi'l-Qa'dih en el año 1264 D.H.[7], hasta el día de la muerte de Mullá Husayn que sobrevino al amanecer el nueve de Rabí'u'l-Avval en el año 1265 D.H.[8], el número de mártires de acuerdo con los cómputos de Mírzá Muhammad-Báqir, había alcanzado el total de setenta y dos.

Desde el momento en que Mullá Husayn fue atacado por sus enemigos al instante de su martirio transcurrieron ciento diez y seis días, período que se ha hecho memorable por actos de tanto heroísmo que aún sus peores enemigos se sintieron obligados a confesar cuán maravillados estaban. En cuatro ocasiones

precisas y distintas llegó a mostrar valentía y poder tales como, en verdad, pocos podían igualar. El primer encuentro se produjo el doce de Dhi'l-Qa'dih[9], en las afueras de Bárfurúsh; el segundo, cerca del fuerte de Shaykh Tabarsí, el quinto día del mes de Muharram[10], contra las fuerzas de 'Abdu'lláh Khán-i-Turkamán; el tercero, en Vás-Kas, el día veinticinco de Muharram[11], y fue dirigido contra el ejército del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá. El último y más memorarle combate de todos lo dirigió contra las fuerzas combinadas de ‘Abbas-Qulí Khán, príncipe Mihdí-Qulí Mírzá, y Sulaymán Khán-i-Afshár, ayudados por un cuerpo de cuarenta y cinco oficiales de probada habilidad y experiencia madura. De cada uno de estos encuentros feroces y sangrientos Mullá Husayn emergió, a pesar de las fuerzas abrumadoras alineadas contra él, sin un rasguño y triunfante. En cada encuentro se distinguió por sus actos de valor, hidalguía, pericia y fuerza de modo que cada uno por sí sólo bastaría para establecer para siempre el carácter trascendente de una Fe para cuya protección había luchado con tanta valentía y en cuyo sendero había muerto tan noblemente. Los rasgos de mente y carácter que había mostrado desde su juventud, la profundidad de sus conocimientos, la tenacidad de su fe, su valentía sin igual, su inquebrantable propósito, su alto sentido de justicia y su constante devoción, lo señalaron como una figura destacada entre aquellos quienes, pro sus vidas, han atestiguado la gloria y poder de la nueva Revelación. Tenía treinta y seis años de edad cuando libó la copa del martirio. A los diez y ocho conoció, en Karbilá, a Siyyid Kázim-i-Rashtí. Durante nueve años se sentó a sus pies y se compenetró de las enseñanzas que estaban destinadas a prepararlo para la aceptación del Mensaje del Báb. Los nueve años restantes de su vida pasaron en medio de inquieta y febril actividad que lo llevó eventualmente al campo del martirio bajo circunstancias que han derramado brillo imperecedero sobre la historia de su patria[12].

Derrota tan completa y humillante paralizó por un tiempo los esfuerzos del enemigo. Pasaron cuarenta y cinco días antes que pudieran reagrupar sus fuerzas y renovar su ataque. Durante estos días de intermedio, que culminaron con el día de Naw-Rúz, el frío intenso que prevalecía los indujo a diferir su aventura contra un antagonista que los había cubierto con tanto oprobio y vergüenza. Aunque habían suspendido sus ataques, los oficiales a cargo de lo que quedaba del ejército imperial habían dado órdenes estrictas prohibiendo la llegada de toda clase de refuerzos al fuerte. Cuando sus provisiones estaban casi agotadas. Quddús dio instrucciones a Mullá Muhammad-Báqir que distribuyera entre sus compañeros el arroz que Mullá Husayn había guardado para el momento que se necesitara. Cuando cada uno había recibido su porción, Quddús los llamó y les dijo: "Quienquiera se sienta lo suficientemente fuerte como para resistir las

calamidades que pronto nos sobrevendrán, que permanezca con nosotros en el fuerte. Quienquiera siente en sí la menor vacilación o temor, que se vaya de este lugar. Que se vaya inmediata mente antes que el enemigo haya reunido sus fuerzas y nos haya atacado. Pronto el camino se cerrará ante nosotros; muy pronto sufriremos severamente y caeremos víctimas de devastadoras aflicciones".

La misma noche en que Quddús hizo su advertencia, un siyyid de Qum, Mírzá Husayn-i-Mutavallí, se sintió impulsado a traicionar a sus compañeros. "¿Por qué", escribió a ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání, "ha dejado inconclusa la tarea que ha comenzado? Ya ha eliminado un antagonista formidable. Al suprimir a Mullá Husayn, quien era la fuerza motriz detrás de estas murallas, ha demolido la columna sobre la que descansaba la fuerza y seguridad del fortín. Si hubiera tenido paciencia por un día más, seguramente habría ganado para usted los laureles de la victoria. Con no más de cien hombres, se lo aseguró, capturaría el fuerte y conseguiría la rendición incondicional de sus ocupantes. Están consumidos por el hambre y sufren grandes pruebas". La carta sellada fue encomendada a cierto Siyyid ‘Alíy-i-Zargar, quien, llevando consigo la porción de arroz que le había dado Quddús, salió del fortín a media-noche y se la entregó a ‘Abbas-Qulí Khán, a quien conocía de antes. El mensaje llegó a su poder en el instante en que había buscado refugio en una aldea situada a cuatro farsang[13] del fortín y no sabía si debía volver a la capital y presentarse ante su soberano después de sufrir derrota tan humillante o ir a su hogar en Lárijání, donde con seguridad tendría que enfrentarse con los reproches de sus parientes y amigos.

Se acababa de levantar, al amanecer, cuando el siyyid le trajo la carta. La noticia de la muerte de Mullá Husayn le dio nuevos bríos. Temiendo que el mensajero difundiera la nueva de la muerte de tan temido antagonista, le dio muerte en el instante y luego ideó la manera de alejar de sí toda sospecha de asesinato. Resuelto a tomar el máximo provecho de los sufrimientos de los asediados y de la disminución de sus fuerzas, tomó inmediatamente las medidas necesarias para la reiniciación del ataque. Diez días antes de Naw-Rúz, acampó a medio farsang del fuerte y averiguó la exactitud de la información que le había llevado ese traicionero siyyid. Con la esperanza de conquistar para sí el mérito exclusivo por la rendición final de sus antagonistas, rehusó divulgar, aún a sus oficiales principales, la noticia que había recibido.

Acababa de amanecer cuando enarboló su estandarte[14] y, marchando a la cabeza de dos regimientos de infantería y caballería, rodeó el fortín y ordenó a sus hombres que abrieran fuego sobre los centinelas que guardaban las torres. "El traidor", -Quddús informó a Mírzá Muhammad-Báqir, quien se había apresurado a informarle de la gravedad de la situación- "ha anunciado a ‘Abbas-Qulí Khán la

muerte de Mullá Husayn; el poder invencible de Dios sigue apoyando a sus compañeros y les permite triunfar sobre las fuerzas de sus enemigos".

Apenas había seleccionado sus compañeros, Mírzá Muhammad-Báqir, ordenó que abrieran la puerta del fuerte. Saltando sobre sus caballos y con el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" se largaron de cabeza al campo del enemigo. Todo el ejército huyó consternado ante tan terrible ataque. Sólo unos pocos se salvaron. Llegaron a Bárfurúsh completamente desmoralizados y llenos de vergüenza. ‘Abbas-Qulí Khán se sintió tan aterrorizado que se cayó de su caballo. En su apuro, dejó una de sus botas colgadas del estribo y huyó, medio descalzo y desconcertado, en la misma dirección que el ejército. Desesperado, se apresuró en ir donde el príncipe y confesó la vergonzosa derrota que había sufrido[15]. Mírzá Muhammad-Báqir, por su parte, junto con sus dieciocho compañeros, salió sin un rasguño de ese encuentro y llevando en sus manos el estandarte que el asustado enemigo había abandonado, regresó llena de júbilo al fuerte, y entregó a su jefe, que le había inspirado con tanta valentía, esta prueba de su victoria.

Derrota tan completa trajo alivio inmediato a sus compañeros de infortunio. Cimentó su unidad y les recordó una vez más la eficacia de aquél poder que su Fe les había conferido. Desafortunadamente, su alimento se había reducido ya a la carne de los caballos que habían traído consigo del campo desierto del enemigo. Con inquebrantable fortaleza soportaron las aflicciones que los acosaban por todos lados. Sus corazones estaban atentos a los deseos de Quddús; lo demás poco importaba. Ni la severidad de sus sufrimientos ni las continuas amenazas del enemigo podían hacerlos desviarse ni un ápice del sendero que sus fenecidos compañeros habían hollado con tanto heroísmo. Hubo algunos que fallaron después en el momento más oscuro de las adversidades. La flaqueza que esta porción insignificante se sintió obligada a mostrar se redujo, sin embargo, a una minucia ante el brillo que derramaron sus compañeros de firme corazón en su hora final.

El príncipe Mihdí-Qulí Mírzá que estaba acantonado en Sárí, recibió con agrado la noticia de la derrota que habían sufrido las fuerzas bajo el mando de su colega ‘Abbas-Qulí Khán. Aún cuando él mismo deseaba que se extirpara la banda que se había refugiado tras las paredes del fuerte, sintió gran regocijo al saber que su rival había fracasado en obtener la victoria que él deseaba[16]. Escribió inmediatamente a Teherán y pidió que se enviaran refuerzos constituidos por granadas y artillería de campaña con todo el equipo necesario, a la brevedad posible, a las vecindades del fuerte, ya que estaba decidido, en esta ocasión, a subyugar completamente a sus obstinados ocupantes.

Mientras sus enemigos preparaban un nuevo ataque, aún más feroz, a su fortín, los compañeros de Quddús, completamente indiferentes al duro aprieto en que se encontraban, dieron la bienvenida, jubilosos y llenos de gratitud al Naw-Rúz. Durante ese festival dieron rienda suelta a sus sentimientos de gratitud y alabanza por las múltiples bendiciones que el Todopoderoso les había conferido. Aunque hambrientos, se pusieron a cantar y hacer bromas, despreciando completamente el peligro que los acechaba. El fortín retumbó con las aclamaciones de gloria y alabanza que, de día y de noche, ascendían de los corazones de ese alegre grupo. El versículo, "Loor, loor al Señor nuestro Dios, el Señor de los ángeles y del espíritu", brotando una vez tras otra de sus labios, aumentó su entusiasmo y reavivó su coraje".

Lo único que quedaba del ganado que habían traído al fortín era una vaca que Hájí Nasíru'd-Dín-i-Qazvíní había apartado y cuya leche preparó todos los días en forma de postre para la mesa de Quddús. Ya que no deseaba privar a sus amigos hambrientos de su parte del manjar que su devoto compañero le había preparado, después de servirse algunas cucharaditas de ese plato, repartía siempre el resto entre ellos. "He dejado de apetecer", se le oía decir con frecuencia, "desde la partida de Mullá Husayn, la carne y la bebida que me preparan. Sangra mi corazón al ver a mis hambrientos compañeros que me rodean, deshechos y cansados". A pesar de estas circunstancias adversas, siguió explicando en su comentario el significado del Sád de Samad y exhortando a sus amigos que perseveraran hasta el fin de su heroico esfuerzo. Al amanecer y al atardecer, Mírzá Muhammad-Báqir entonaba, en presencia de los creyentes reunidos, versículos de aquél comentario cuya lectura avivaba su entusiasmo y sus esperanzas.

He oído a Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí atestiguar lo siguiente: "Dios sabe que habíamos dejado de sentir hambre de alimentos, nuestros pensamientos no estaban más ocupados con las cosas referentes a nuestro pan diario. Estábamos tan extasiados por la melodía de aquellos versículos que si hubiéramos seguido en aquél estado durante años, ninguna huella de decaimiento o cansancio habría podido oscurecer nuestro entusiasmo y alterado nuestra felicidad. Y cuanto la falta de alimentos tendía a minar nuestra vitalidad y debilitar nuestra fuerza, Mírzá Muhammad-Báqir se apresuraba en ir donde Quddús a informarle de nuestro apuro. Un vistazo a su rostro, la magia de sus palabras mientras caminaba entre nosotros, transformaba nuestro abatimiento en júbilo dorado. Sentíamos que éramos fortalecidos por un poder de tal intensidad que, si las huestes del enemigo hubieran aparecido repentinamente ante nosotros, nos sentíamos capaces de vencer sus fuerzas".

El día de Naw-Rúz, que cayó el veinticuatro de Rabí'u'th-Thání en el año 1265 D.H.[17] Quddús aludió, en un mensaje escrito a sus compañeros, a la llegada de pruebas de tal intensidad que traerían como consecuencia el martirio de un número considerable de sus amigos. Pocos días después una numerosa hueste[18], al mando del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá[19] y con la ayuda de las fuerzas combinadas de Sulaymán Khán-i-Afshár, de ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání y de Ja‘far-Qulí Khán, auxiliados por más o menos cuarenta oficiales, acamparon en las vecindades del fortín y comenzaron a construir una serie de trincheras y barricadas a su alrededor[20]. El noveno día del mes de Bahá[21], el oficial al mando dio órdenes a su artillería que abriera fuego sobre los sitiados. Mientras proseguía el bombardeo, Quddús salió de su pieza y caminó hacia el centro del fortín. Estaba sonriente y su porte revelaba la mayor tranquilidad. Mientras caminaba un obús cayó delante de él. "¡Cuán poca cuenta se dan", observó mientras lo hacía rodar con el pie, "estos agresores engreídos del poder vengador de Dios! ¿Es que se han olvidado que una criatura tan insignificante como el jején fue capaz de extinguir la vida del omnipotente Nimrod? ¿No han oído que el rugir de la tormenta fue suficiente para destruir a la gente de 'Ad y Thamúd y aniquilar sus fuerzas? ¿Tratan de intimidar a los héroes de Dios, a cuyos ojos la pompa de la realeza no es sino una sombra vacía, con muestras tan despreciables de su crueldad?" "Ustedes son", agregó, volviéndose a sus amigos, "aquellos compañeros de quienes Muhammad, el Apóstol de Dios, ha dicho: ***"¡Oh, cuánto ansío contemplar el rostro de mis hermanos; mis hermanos que aparecerán al final de los tiempos! Benditos somos, benditos son ellos; mayor es su beatitud que la nuestra".*** Cuidado que la intromisión del yo y del deseo afecten estación tan gloriosa. No teman las amenazas de los malvados ni desmayen por el clamor de los ateos. Cada uno de ustedes tiene su hora designada y, cuando llegue ese instante, ni los asaltos del enemigo ni los esfuerzos de sus amigos podrán ni atrasar ni adelantar esa hora. Si todos los poderes de la tierra se unieran contra ustedes, serían incapaces, antes que llegue esa hora, de disminuir en un segundo la duración de sus vidas. Si permiten que sus corazones se atemoricen aún cuando fuera por un instante, por el estampido de estos cañones que, con creciente violencia, seguirán haciendo llover sus balas sobre este fortín, se habrán arrojado fuera de la fortaleza de la protección Divina".

Una llamada tan poderosa no podía dejar de infundir confianza en los corazones de quienes la oyeron. Sin embargo, unos pocos, cuyos rostros revelaban vacilación y temor, se acurrucaron juntos en un rincón protegido del fortín y contemplaban con envidia y sorpresa el celo que animaba a sus compañeros[22].

El ejército del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá siguió disparando contra el fuerte durante algunos días. Sus hombres se sintieron sorprendidos de ver que el tronar de los cañones no había podido silenciar las oraciones y gritos de júbilo que los sitiados proclamaban en contestación a sus amenazas. En vez de la rendición incondicional que esperaban, llegaba a sus oídos la llamada del almuecín[23], la entonación de versículos del Corán, y el coro de alegres voces cantando himnos de agradecimiento y alabanza, sin cesar.

Exasperados por estas señales de inextinguible fervor e impelidos por un ardiente deseo de apagar el entusiasmo que rebosaba en los pechos de sus antagonistas, Ja‘far-Qulí Khán construyó una torre sobre la que colocó sus cañones[24] y desde allí dirigió su fuego al corazón del fuerte. Quddús llamó inmediatamente a Mírzá Muhammad-Báqir y le dio instrucciones de salir una vez más e infligir sobre ese "jactancioso recién llegado", una humillación no menos demoledora que la que había sufrido ‘Abbas-Qulí Khán. "Dejad que sepa", agregó, "que los guerreros de Dios de corazón de león, cuando en apuros y hambrientos, son capaces de mostrar acciones del tal heroísmo como no pueden mostrar mortales ordinarios. Dejad que sepa que, cuanto mayor sea su hambre más devastadores serán los efectos de su exasperación".

Mírzá Muhammad-Báqir ordenó una vez más a dieciocho de sus compañeros que se apresuraran a montar sus cabalgaduras y que lo siguieran. La puerta del fortín se abrió una vez más y el grito "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" -más feroz y excitante que nunca- provocó pánico y consternación en las filas del enemigo. Ja‘far-Qulí Khán y treinta de sus hombres cayeron ante el sable de sus adversarios quienes corrieron a las torres, capturaron los cañones y los derribaron al suelo. De allí se lanzaron sobre la barricada que había sido construida, la demolieron y, si no hubiera sido por la oscuridad, habrían capturado las restantes.

Triunfantes e ilesos, regresaron al fortín llevando consigo algunos de los caballos más gordos y mejor tenidos que habían quedado rezagados. Pasaron algunos días sin una sola señal de contra-ataque[25]. Una repentina explosión en uno de los depósitos de municiones del enemigo, que causó la muerte de varios oficiales de artillería y varios combatientes, les obligó a suspender por un mes entero sus ataques a la guarnición[26]. Esta tranquilidad permitió a algunos de los compañeros a salir del fortín y recoger el pasto que podían encontrar en los campos vecinos como el único medio para matar el hambre. La carne de los caballos, e incluso el cuero de sus monturas, había sido consumido por estos compañeros en su duro trance. Hervían el pasto y lo devoraban con avidez conmovedora[27]. A medida que declinaban sus fuerzas, languidecían exhaustos

dentro del recinto del fuerte; Quddús multiplicó las visitas que les hacía y con sus palabras de aliento y esperanza, trató de aligerar el peso de su agonía.

El mes de Jamádíyu'th-Thaní[28] acababa de comenzar cuando se oyó nuevamente el estampido de los cañones del enemigo descargando su lluvia de balas sobre el fortín. Al mismo tiempo que el tronar de los cañones, un destacamento del ejército, al mando de varios oficiales y formado por varios regimientos de infantería y caballería, se preparaba para tomarlo por asalto. El ruido que produjeron al acercarse impelió a Quddús a llamar a su valeroso lugarteniente, Mírzá Muhammad-Báqir, y a pedirle que saliera con treinta y seis de sus compañeros a rechazar el ataque. "Nunca, desde que ocupamos este fuerte", agregó, "bajo ninguna circunstancia hemos tratado de dirigir una ofensiva contra nuestros antagonistas. Hasta que ellos iniciaron el ataque no nos hemos levantado a defender nuestras vidas. Si hubiéramos tenido la ambición de librar guerra santa contra ellos, si hubiéramos tenido la menor intención de conquistar supremacía por medio del poder de las armas sobre los infieles, no habríamos permanecido sitiados, hasta ahora, en este fortín. La fuerza de nuestras armas, como en el caso de Muhammad, el Profeta, en tiempos pasados, habría convulsionado a las naciones del mundo y las habría preparado para la aceptación de nuestro Mensaje. Sin embargo, ese no es el sendero que hemos elegido hollar. Desde que llegamos a este fuerte, nuestro propósito único e inalterable ha sido vindicar, con nuestras acciones y nuestra presteza a dar nuestra vida en el sendero de nuestra Fe, el carácter exaltado de nuestra misión. Se aproxima rápidamente la hora en que podremos consumar esta tarea".

Mírzá Muhammad-Báqir saltó una ve más sobre su caballo y, con los treinta y seis compañeros que había seleccionado, afrontó y dispersó las fuerzas que lo habían rodeado. Llevó consigo, al entrar por el portón, el estandarte que el asustado enemigo había abandonado en cuanto oyó el retumbante grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" Cinco de sus compañeros cayeron mártires durante ese encuentro y a todos ellos los trasladó al fortín y enterró en un mismo sepulcro cerca del lugar de descanso de sus hermanos caídos.

El príncipe Mihdí-Qulí Mírzá, asombrado ante esta nueva señal de la vitalidad de sus antagonistas, llamó a consejo a sus jefes de estado mayor y les urgió que buscaran el medio que le permitiera concluir lo antes posible esa costosa empresa. Durante tres días deliberaron juntos y finalmente llegaron a la conclusión que el camino más aconsejable a seguir sería suspender toda clase de hostilidades durante algunos días con la esperanza que los sitiados, exhaustos por el hambre y aguijoneados por la desesperación, se decidieran a salir de su lugar de retiro y se rindieran incondicionalmente.

Mientras el príncipe esperaba que se cumpliera el plan, llegó un mensajero de Teherán quien le traía un farmán[29] de su soberano. Este hombre residía en la aldea de Kand, lugar no muy lejano de la capital. Logró obtener permiso del príncipe para entrar en el fortín y tratar de inducir a dos de sus ocupantes, Mullá Mihdí y su hermano Mullá Báqir-i-Kandí, para que se escaparan del peligro inminente a que se hallaban expuestos. Al acercarse a sus murallas, llamó a los centinelas y les pidió que informaran a Mullá Mihdíy-i-Kandí que un amigo deseaba verles. Mullá Mihdí dio cuenta de ello a Quddús quien le permitió ver a su amigo.

He oído a Áqáy-i-Kalím hacer el siguiente relato, de acuerdo con lo que le contó ese mismo mensajero a quién conoció en Teherán: "Vi a Mullá Mihdí", me dijo el mensajero, "asomarse sobre la muralla del fuerte, con una expresión de firme resolución en su rostro, que desafiaba toda descripción.

Parecía feroz como un león, un sable estaba ceñido sobre una larga camisa blanca al estilo árabe y tenía un pañuelo blanco alrededor de su cabeza. "¿Qué buscas?", preguntó impaciente. "Dilo rápidamente, porque temo que mi año me llame y me encuentre ausente". La decisión que brillaba en sus ojos me dejó confundido. Estaba mudo de asombro ante su aspecto y modales. Se me ocurrió de repente despertar un sentimiento dormido en su corazón. Le recordé de su hijito Rahmán, al que había dejado atrás en la aldea en sus ansias por alistarse bajo el estandarte de Mullá Husayn. Tan grande era su afecto por el niño que compuso especialmente un poema que canturreaba mientras mecía su cuna y lo hacía dormir. "Tu querido Rahmán", dije, "añora el afecto que en un tiempo le prodigabas. Está solo y abandonada y ansía verte". "Dile de mi parte", respondió el padre al instante, "que el amor por el verdadero Rahmán[30], un amor que trasciende todo afecto terreno, ha llenado mi corazón a tal punto que no ha dejado lugar para ningún otro amor fuera del Suyo". La intensidad de sentimiento con que dijo estas palabras trajo lágrimas a mis ojos. "¡Malditos sean", dije indignado, "aquellos que te consideran a ti y tus condiscípulos como descarriados del sendero de Dios!" "¿Qué si me aventuro a entrar al fuerte", le pregunté, "y me uno contigo?". “Si tu intención es buscar la Verdad", replicó con serenidad, "me sentiré feliz demostrarte el camino. Y si quieres visitarme como viejo amigo te dará la bienvenida de que ha hablado el Profeta de Dios: ***‘Da la bienvenida a tus visitas aunque sean infieles’***. Fiel a esa exhortación te ofreceré el pasto hervido y los huesos molidos que me sirven de alimento, es lo mejor que puedo darte. Pero si es tu intención hacerme daño, te advierto que me defenderé y te arrojaré desde lo alto de estas murallas al suelo". Su inquebrantable obstinación me convenció de lo inútil de mis esfuerzos. Sentí que estaba tan entusiasmado, que, si los

teólogos del reino se reunieran y trataran de disuadirlo del sendero que había elegido seguir, sólo y sin ayuda confundiría sus esfuerzos. Tampoco, estaba convencido, podrían tener éxito todos los potentados de la tierra si se esforzaran en alejarlo de su Bienamado. "Que la copa", me sentí impulsado a decirle, "que tus labios han gustado, te traiga todas las bendiciones que buscas". "El príncipe", agregué, "ha jurado que quienquiera salga del fuerte estará fuera de peligro y aún recibirá un salvoconducto así como la ayuda necesaria para regresar a su casa". Prometió llevar el mensaje del príncipe a sus compañeros. "¿Hay algo más que quieras decirme?", agregó. "Estoy impaciente por reunirme con mi amo". "Que Dios", agregué, "te ayude en el cumplimiento de tu propósito". "¡Por cierto que me ha ayudado!", exclamó jubiloso. "¿De qué otro modo podría haber sido liberado de mi hogar prisión en Kand? ¿Cómo podría haber llegado a esta exaltadísima plaza fuerte?" Apenas dijo estas palabras, se volvió y desapareció de mi vista".

En cuanto se reunió con sus compañeros, Mullá Mihdí les comunicó el mensaje del príncipe. La tarde de ese mismo día, Siyyid Mírzá Husayn-i-Mutavallí, acompañado por su sirviente, abandonó el fuerte y se fue directamente a reunirse con el príncipe en su campamento. Al día siguiente Rasúl-i-Bahnimírí y algunos de sus compañeros, incapaces de resistir los efectos del hambre y alentados por las promesas explícitas del príncipe, tristemente y con reticencia se separaron de sus amigos. Apenas habían puesto los pies fuera del fortín cuando todos fueron muertos por orden de ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání.

Durante los días siguientes a ese incidente el enemigo, acampado aún en las vecindades del fuerte, no incurrió en ningún acto hostil a Quddús y sus compañeros. El miércoles en la mañana, el dieciséis de Jamádíyu'th-Thání[31], llegó al fuerte un emisario del príncipe y pidió que dos representantes fueran delegados por los sitiados para que llevaran a cabo negociaciones confidenciales con la esperanza de llegar a una solución pacífica de las diferencias entre ellos[32].

De acuerdo con ello, Quddús dio instrucciones a Mullá Yúsuf-i-Ardibílí y Siyyid Ridáy-i-Khurásání que actuaran como sus representantes y les pidió que informaran al príncipe que estaba dispuesto a acceder a su petición. Mihdí-Qulí Mírzá los recibió cortésmente y les invitó que se sirvieran té que había preparado. "Sentimos", dijeron al declinar su ofrecimiento, "que sería un acto de deslealtad nuestra el comer carne o beber té mientras nuestro querido jefe languidece desgastado y hambriento en el fuerte". "Las hostilidades entre nosotros", dijo el príncipe, "se han prolongado más de la cuenta. Por ambas partes hemos luchado por largo rato y hemos sufrido mucho. Es mi ferviente deseo obtener un arreglo pacífico de nuestras diferencias". Recogió una copia del Corán que yacía a su

lado y escribió, de su propio puño y letra, para confirmar su afirmación, las siguientes palabras al margen de la primera Sura: "Juro por este santísimo Libro, por la rectitud de Dios quién lo ha revelado y la Misión de Aquél que fue inspirado con sus versículos, que no tengo otro propósito que promover la paz y la amistad entre nosotros. Salid de vuestro fortín y estad seguros que ninguna mano se levantará para haceros daños. Junto con vuestros compañeros, lo declaro solemnemente, estáis bajo la sombra protectora del Todopoderoso, de Muhammad, Su Profeta y de Násiri'd-Dín Sháh, nuestro soberano. Juro por mi honor que ningún hombre, ni de este ejército ni de los alrededores, jamás tratarás de atacaros. La maldición de Dios, el Vengador Todopoderoso, caiga sobre mí si en mi corazón anido algún otro deseo fuera del que he expresado".

Puso su sello en su declaración y, entregando el Corán en manos de Mullá Yúsuf, le pidió que llevara sus saludos a su jefe y que le presentara esta afirmación formal y escrita. Y agregó: "En cumplimiento de mi declaración, enviaré a la puerta del fortín esta misma tarde cierto número de caballos que, espero, tanto él como sus principales compañeros, aceptarán y montarán, para que puedan dirigirse a las vecindades de este campamento donde haré levantar una carpa especial para recibirlos. Es mi deseo que sean mis invitados hasta que pueda arreglar su traslado, a mis expensas, a sus casas".

Quddús recibió el Corán de manos de su mensajero, lo besó con reverencia y dijo: "¡Oh nuestro Señor! Decide entre nosotros y nuestro pueblo con verdad; porque el que mejor puede decidir eres Tú"[33]. Inmediatamente después pidió a sus compañeros que se prepararan para dejar el fuerte. "Por nuestra respuesta a su invitación", les dijo, "les permitiremos demostrar la sinceridad de sus intenciones".

A medida que se acercaba la hora de la partida, Quddús atavió su cabeza con el turbante verde que el Báb le había enviado en la misma época en que había mandado a Mullá Husayn el que éste usó en el día de su martirio. A la puerta del fuerte montaron los caballos que habían sido puestos a su disposición, Quddús en el corcel favorito del príncipe que éste había enviado para que él lo usara. Sus principales compañeros, entre los que había varios siyyids y algunos teólogos eruditos, cabalgaron detrás de él y eran seguidos por los demás a pie, llevando consigo todo lo que quedaba de sus armas y pertenencias. Al llegar la compañía, que eran doscientos dos en total, a la carpa que el príncipe había ordenado levantar para Quddús cerca del baño público de la aldea de Dízvá, con vista al campamento del enemigo, bajaron de sus caballos y comenzaron a ocupar los alojamientos en las vecindades de esa carpa.

Poco después de su llegada, Quddús salió de su carpa y, reuniendo a sus compañeros, les dirigió las siguientes palabras: "Deben mostrar resignación ejemplar, porque tal comportamiento de ustedes engrandecerá nuestra Causa y redundará en Su gloria. Cualquier cosa que no sea desprendimiento total sólo servirá para manchar la pureza de Su nombre y opacar Su brillo. Oren al Todopoderoso que conceda que hasta el último momento les ayudé a contribuir su parte a la exaltación de Su Fe".

Pocas horas después de la puesta del sol les sirvieron alimentos traídos del campamento del príncipe. La comida que se les ofreció en bandejas separadas, era pobre y escasa. "Nueve de nosotros", relataron posteriormente aquellos que estaban con Quddús, "fuimos llamados por nuestro jefe a compartir la comida que había sido servida en su tienda. Como él rehusó a probarla, nosotros también, siguiendo su ejemplo, no quisimos comer. Los ayudantes que nos atendían se sintieron felices de comer lo que nosotros habíamos rehusado tocar, y lo devoraron gustosos y con avidez". Algunos de los compañeros que estaban comiendo afuera comenzaron a discutir con los ayudantes, diciendo que estaban dispuestos a comprarles, a cualquier precio, el pan que necesitaban. Quddús desaprobó con vehemencia su conducta y los reprendió por el pedido que habían hecho. Si no hubiera intercedido Mírzá Muhammad-Báqir, los habría castigado severamente por haber desatendido sus exhortaciones.

Al amanecer llegó un mensajero, llamando a Mírzá Muhammad-Báqir a la presencia del príncipe. Con el asentimiento de Quddús respondió a aquella invitación y regresó una hora después; informó a su jefe que el príncipe, en presencia de Sulaymán Khán-i-Afshár, había reiterado la promesa que les había hecho y le había tratado con gran consideración y bondad. "Mi juramento, me aseguró", nos explicó Mírzá Muhammad Báqir, "es irrevocable y sagrado". Citó el caso de Ja‘far-Qulí Khán, quien, a pesar de su desvergonzada masacre de miles de soldados del ejército imperial durante la insurrección fomentada por los Sálár, fue perdonado por su soberano y recibió inmediatamente nuevos honores de Muhammad-Sháh. Mañana por la mañana el príncipe tiene la intención de acompañarle al baño público, después de lo cual vendrá a su carpa y, posteriormente, proveerá los caballos necesarios para llevar a todos a Sang-Sar, sitio en que se dispersarán, algunos regresando a sus hogares en Iráq y los demás irán a Khurásán. A petición de Sulaymán Khán, quién argumentó que un grupo tan grande en sitio fortificado como Sang-Sar traería grave riesgo, el príncipe decidió que el grupo debía dispersarse, en vez en Firuz Kúh. Mi opinión es que su corazón no profesa lo que su lengua dice". Quddús, quien compartía su punto de vista, pidió a sus compañeros que se dispersaran aquella misma noche y

afirmó que él mismo iría luego a Bárfurúsh. Le imploraron que no se separara de ellos y le rogaron que les permitiera seguir gozando de la bendición de su compañía. Les aconsejó que tuvieran paciencia y serenidad y les aseguró que, cualesquiera que fueran las aflicciones que el futuro pudiera revelar, se encontrarían de nuevo. "No lloren", fueron sus palabras de despedida; "la reunión que seguirá a esta separación será tal que durará eternamente. Hemos encomendado nuestra Causa al cuidado de Dios; lo que quiera ser Su deseo y voluntad, lo aceptamos jubilosos".

El príncipe no cumplió su promesa. En vez de reunirse con Quddús en su carpa lo hizo llamar, junto con varios de sus compañeros, a su cuartel general y le informó, en cuanto había llegado a la carpa del Farrásh-Bashí[34], que él mismo lo haría llamar al medio día. Poco después algunos de los ayudantes del príncipe fueron y dijeron a los demás compañeros que Quddús les permitía reunirse con él en el cuartel general del ejército. Varios fueron engañados por esta información, fueron hechos prisioneros y eventualmente fueron vendidos como esclavos. Estas desafortunadas víctimas constituyen el remanente de los compañeros de Shaykh Tabarsí quienes sobrevivieron a esa lucha heroica y preservados para transmitir a sus compatriotas el desastroso relato de sus sufrimientos y pruebas.

Poco después los ayudantes del príncipe presionaron a Mullá Yúsuf que informara a sus demás compañeros del deseo de Quddús que se desarmaran inmediatamente. "¿Qué es lo que les dirás exactamente?", le preguntaron mientras lo llevaban a un sitio a cierta distancia del cuartel general del ejército. "Les advertiré", replicó con valentía, "que cualquiera que sea el mensaje que, de ahora en adelante, pretendan transmitirles de parte de su jefe, aquél mensaje no es sino pura mentira". Apenas habían salido estas palabras de sus labios cuando le dieron muerte sin misericordia.

Después de cometer esta acción salvaje volvieron su atención al fortín, saquearon todo lo que contenía y comenzaron a bombardearlo y demolerlo completamente[35]. Inmediatamente rodearon a los demás compañeros y abrieron fuego sobre ellos. Los que se libraron de las balas fueron muertos por los sables de los oficiales y las lanzas de sus soldados[36]. En la agonía de la muerte estos héroes inconquistables aún proferían las palabras: "¡Loor, loor, oh Señor nuestro Dios, Señor de los ángeles y del espíritu!", palabras que habían caído de sus labios en momentos de júbilo y que repetían ahora con inquebrantable fervor en este instante supremo de sus vidas.

En cuanto se habían cometido estas atrocidades, el príncipe dio orden de que aquellos que habían sido guardados como prisioneros, fueran traídos uno a uno a su presencia. Aquellos que eran hombres de reconocida posición, como el padre

de Badí‘[37], Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí y Hájí Násir-i-Qazvíní[38], fueron entregados a sus ayudantes con instrucciones de llevarlos a Teherán y obtener para su liberación un rescate en proporción a su capacidad y riqueza. En cuanto a los demás, dio órdenes a sus verdugos que los ejecutaran inmediatamente. A unos pocos les dieron muerte a sablazos[39], a otros los rajaron en pedazos, a algunos los amarraron a árboles y los mataron a balazos, finalmente a otros los amarraron a bocas de cañones o los quemaron vivos[40].

Esa terrible carnicería apenas había concluido cuando tres de los compañeros de Quddús, que residían en Sang-Sar, fueron llevados a la presencia del príncipe. Uno de ellos era Siyyid Ahmad, cuyo padre, Mír Muhammad-‘Alí, gran admirador de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í, había sido hombre de gran erudición y méritos extraordinarios. Acompañado por este mismo Siyyid Ahmad y su hermano, Mír Abu'l-Kázim, quien encontró la muerte la misma noche que Mullá Husayn, había partido rumbo a Karbilá el año precedente a la declaración del Báb, con la intención de presentar a sus dos hijos a Siyyid Kázim. Antes de su llegada el siyyid pasó a la otra vida. Inmediatamente decidió partir a Najaf. Durante su estadía allí, el Profeta Muhammad se le presentó una noche en un sueño, pidiéndole al Imán ‘Alí, el Comandante de los Fieles, que le anunciara que, después de su muerte, sus dos hijos, Siyyid Ahmad y Mír Abu'l-Qásim, lograrían la presencia del Qá'im prometido y que ambos serían martirizados en Su sendero. En cuanto despertó, llamó a su hijo Siyyid Ahmad y le dio a conocer sus deseos y última voluntad. El séptimo día después de ese sueño, falleció.

En Sang-Sar otras dos personas, Karbilá'í ‘Alí y Karbilá'í Abú-Muhammad, ambos renombrados por su piedad y percepción espiritual, trataron de preparar a la gente para la aceptación de la prometida Revelación, cuyo advenimiento sentían que se acercaba rápidamente. En el año 1264 D.H.[41] anunciaron públicamente que en ese mismo año un hombre llamado Siyyid ‘Alí, precedido por un Estandarte Negro, vendría acompañado por cierto número de sus compañeros elegidos, desde Khurásán e iría a Mázindarán. Urgieron a todo adherente leal del islam que se levantara a prestarle toda la ayuda que fuera posible. "El estandarte que él enarbolará", declararon, "no será sino el estandarte del Qá'im prometido; el que lo ha de desplegar no será otro que Su lugarteniente y el principal promotor de Su Causa. Quienquiera lo siga será salvado y quienquiera se aleje será de los caídos". Karbilá'í Abú-Muhammad urgió a sus dos hijos, Abu'l-Qásim y Muhammad-‘Alí, que se levantaran para el triunfo de la nueva Revelación y que sacrificaran toda consideración de orden material para el logro de ese fin. Tanto Karbilá'í ‘Alí como Karbilá'í Abú-Muhammad murieron en la primavera de ese mismo año.

Estos dos hijos de Karbilá'í Abú-Muhammad fueron los dos compañeros introducidos, juntos con Siyyid Ahmad, a la presencia del príncipe. Mullá Zaynu'l-‘Ábidín-i-Shahmír-Zádí, uno de los consejeros sabios y eruditos del gobierno, informó al príncipe de su historia y le relató las experiencias y actividades de sus respectivos padres. "¿Por qué motivo", le preguntaron a Siyyid Ahmad, "ha elegido usted caminar el sendero que le ha traído, junto con sus familiares, tanto sufrimiento y degradación? ¿No podía estar satisfecho con el vasto número de doctores ilustres y eruditos que se encuentran tanto en este país como en Iráq?" "Mi fe en esta Causa", respondió con valentía, "no nace de la vana imitación. He investigado desapasionadamente sus preceptos y estoy convencido que es la verdad. Cuando estuve en Najaf, me aventuré a preguntar al eminente mujtahid de esa ciudad, Shaykh Muhammad-Hasan-i-Najafí, que me explicara ciertas verdades relacionadas con los principios secundarios referentes a las enseñanzas del islam. Rehusó acceder a mi petición. Insistí en mi pregunta, con lo que replicó con ira y me reprendió, insistiendo en su negativa. ¿Cómo puede esperarse, con tal experiencia, que busque ilustrarme sobre las enseñanzas abstrusas de la Fe del islam interrogando a un teólogo, no importa cuán ilustre sea, si rehúsa responderme en asuntos tan triviales y sencillos y aún se indigna por haberle formulado tales preguntas?" -"¿Cuál es su convicción sobre Hájí Muhammad-‘Alí?" preguntó el príncipe. "Creemos", replicó, “que Mullá Husayn fue el portador del estandarte del que habló Muhammad, el Profeta diciendo: ***‘Si vuestros ojos vieran el Estandarte Negro procedente de Khurásán, apresuraos en alcanzarlo, aún cuando tuviereis que arrastraros sobre la nieve’***. Por esta razón hemos renunciado al mundo y hemos seguido su estandarte, un estandarte que no es sino el símbolo de nuestra Fe. Si usted desea hacerme un favor, ordene a su verdugo que ponga fin a mi vida y me permita reunirme a la compañía de mis compañeros inmortales. Porque el mundo y todos sus encantos ya no tienen atracción para mí. Ansío partir de esta vida y unirme con mi Dios". El príncipe, que estaba poco dispuesto a quitarle la vida a un siyyid, rehusó dar la orden para su ejecución. Sus dos compañeros, sin embargo, fueron muertos inmediatamente. Él, junto con su hermano Siyyid Abú-Tálib, fue entregado al cuidado de Mullá Zaynu'l-‘Ábidín con instrucciones de llevarlos a Sang-Sar.

Mientras tanto, Mírzá Muhammad-Taqí, acompañado por siete de los 'ulemas de Sárí, partió de aquél pueblo para participar en la ‘meritoria’ acción de infligir la pena de muerte a los compañeros de Quddús. Cuando encontraron que ya habían sido ejecutados, Mírzá Muhammad-Taqí presionó al príncipe para que reconsiderara su decisión y que ordenara la inmediata ejecución de Siyyid Ahmad, aduciendo que su llegada a Sárí sería la señal para nuevos disturbios tan

graves como los que ya habían sobrevenido. Finalmente el príncipe accedió, bajo la condición de que fuera considerado como su huésped hasta su propia llegada a Sárí, momento en que podía tomar cualquier medida que estimara necesaria para evitar que alterara la paz de aquella localidad.

Apenas había emprendido Mírzá Muhammad-Taqí el camino a Sárí cuando empezó a vilipendiar a Siyyid Ahmad y su padre. "¿Por qué maltratas a un invitado que el príncipe ha encomendado a tu cuidado?", dijo su prisionero. "¿Por qué ignoras la exhortación del Profeta: ***'Honra a tu huésped aún cuando sea un infiel'***"? En un estallido de furia. Mírzá Muhammad-Taqí, junto con sus siete compañeros, desenvainaron sus sables y lo cortaron en pedazos. Con su último suspiro se pudo oír a Siyyid Ahmad implorando la ayuda del Sáhibu'z-Zamán. En cuanto a su hermano Siyyid Abú-Tálib, fue llevado a salvo a Sang-Sar por Mullá Zaynu'l ‘Ábidín y hasta este día reside con su hermano Siyyid Muhammad-Ridá en Mázindarán. Ambos están ocupados en el servicio a la Causa y se encuentran entre sus activos defensores.

En cuanto había terminado su trabajo, el príncipe, acompañado por Quddús, regresó a Bárfurúsh. Llegaron el viernes en la tarde, el dieciocho de Jamádíyu'th-Thání[42]. El Sa'ídu'l-‘Ulamá, junto con los demás 'ulemas del pueblo, salieron a dar la bienvenida al príncipe y felicitarlo por su regreso triunfal. Todo el pueblo estaba enbanderado para celebrar la victoria y las fogatas que ardían de noche atestiguaban la alegría con que una población agradecida daba la bienvenida al regreso del príncipe. Transcurrieron tres días durante los cuales no dio indicación alguna de su intención en lo que a Quddús se refería. Vaciló en su política y estaba poco dispuesto a maltratar a su prisionero. Al principio rehusó permitir que la gente satisficiera sus sentimientos de implacable odio y pudo controlar su ira. Su primera intención había sido llevarlo a Teherán, y al entregarlo en manos de su soberano, librarse de la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros.

La hostilidad insaciable del Sa'ídu'l-‘Ulamá interfirió, sin embargo, con el cumplimiento de este plan. El odio que le inspiraban Quddús y sus compañeros se transformó en ira furibunda al ver las señales, cada vez más claras, de la intención del príncipe de dejar que se escapara de sus manos adversario tan formidable. Día y noche lo increpó y, con toda la astucia de su mente ingeniosa, trató de disuadirle de proseguir una política que le parecía a la vez desastrosa y cobarde. En su desesperación, apeló al populacho y trató, inflamando sus pasiones, de despertar los sentimientos más bajos de venganza en sus corazones. Toda Bárfurúsh fue soliviantada por su llamada. Su habilidad diabólica pronto le conquistó el apoyo de las masas. "¡He jurado", protestó con arrogancia, "no comer ni dormir hasta que haya puesto fin a la vida de Hájí Muhammad-‘Alí con

mis propias manos!" Las amenazas de la excitada multitud reforzaron su petición y lograron despertar las aprehensiones del príncipe. Temiendo que su propia vida fuera puesta en peligro, hizo llamar a su presencia a los 'ulemas principales de Bárfurúsh con el fin de consultar los medios necesarios para apaciguar el tumulto de la excitación popular. Todos los que fueron invitados respondieron con la sola excepción de Mullá Muhammad-i-Hamzih, quien rogó que se le excusara de asistir a esa reunión. Anteriormente, en varias ocasiones, durante el sitio del fortín, había tratado de persuadir a la gente que no incurrieran en actos de violencia. Quddús le había entregado, pocos días antes de abandonar el fortín, por intermedio de uno de sus compañeros de confianza de Mázindarán, una alforja cerrada con llave, que contenía el texto de su propia interpretación del Sád de Samad así como sus demás escritos y papeles que obraban en su poder y cuya suerte se desconoce hasta la actualidad.

Apenas se habían reunido los 'ulemas, el príncipe dio la orden para que trajeran a Quddús a su presencia. Desde el día en que había dejado el fuerte, Quddús, quien había sido encomendado al cuidado del Farrásh-Bashí, no había sido llamado a su presencia. En cuanto llegó el príncipe se puso de pie y le invitó que se sentara a su lado. Volviéndose al Sa'ídu'l-‘Ulamá, le encareció que su conversación con él se condujera desapasionada y conscientemente. "Vuestras discusiones", afirmó, "deben basarse y girar en torno de los versículos del Corán y las tradiciones de Muhammad, el Profeta, que es el único medio por el cual pueden demostrar la veracidad o falsedad de sus afirmaciones". "¿Por qué motivo", preguntó con impertinencia el Sa'ídu'l-‘Ulamá, "al ponerse un turbante verde, se ha atribuido el derecho que sólo puede reclamar un descendiente del Profeta? ¿Sabe usted que el que desafía esta tradición sagrada recibe la maldición de Dios?" "¿Era Siyyid Murtadá", replicó tranquilamente Quddús, "a quien todos los 'ulemas de prestigio alaban y aprecian, descendiente del Profeta por el lado de su padre o su madre?" Uno de los presentes declaró inmediatamente que sólo la madre era un siyyid. "¿Por qué, entonces, me objetan", replicó Quddús, "ya que mi madre siempre fue reconocida por los habitantes de este pueblo como descendiente del Imán Hasan? ¿Acaso no fue por su descendencia que todos ustedes la honraban; aún más, la veneraban?".

Nadie se atrevió a contradecirle. El Sa'ídu'l-‘Ulamá estalló en un acceso de indignación y desesperación. Iracundo, lanzó su turbante al suelo y se levantó para dejar la reunión. "Este hombre", rugió, "ha logrado probarles que es un descendiente del Imán Hasan. Antes de mucho, justificará su afirmación de que Dios habla por su intermedio y que es el revelador de Su voluntad". El príncipe se sintió impulsado a hacer la siguiente declaración: "Me lavo las manos por

cualquier daño que pueda sobrevenirle a este hombre. Están ustedes libres para hacer lo que quiera con él. Ustedes mismos responderán por ello ante Dios en el Día del Juicio". Inmediatamente después de decir estas palabras, pidió su caballo y, acompañado por su séquito, partió rumbo a Sárí. Intimidado por las imprecaciones de los 'ulemas y olvidado de su juramento, entregó cobardemente a Quddús en manos de un enemigo implacable, esos lobos hambrientos que anhelaban el momento en que pudieran saltar sobre su presa con violencia descontrolada y desencadenar sobre ella toda la venganza y odio de sus feroces pasiones.

Apenas los había librado el príncipe del control que ejercía sobre ellos, los 'ulemas y la gente de Bárfurúsh, bajo las órdenes del Sa'ídu'l-'Ulamá[43], se levantaron a perpetrar sobre el cuerpo de su víctima acciones de crueldad tan atroz que no hay pluma que puede describirlas. Bahá'u'lláh atestigua que aquél joven, que todavía se encontraba en el umbral de la vida, fue sometido a torturas tales y sufrió tal muerte como ni aún Jesucristo había tenido que afrontar en la hora de Su mayor agonía. La ausencia de toda restricción de parte de las autoridades gubernamentales, la ingeniosa barbarie que los torturadores de Bárfurúsh exhibieron con tanta destreza, el feroz fanatismo que brillaba en los corazones de sus habitantes shí'ah, el apoyo moral de los dignatarios de la Iglesia y del Estado en la capital - sobre todo, los actos de heroísmo que su víctima y sus compañeros habían llevado a cabo, y que habían servido para aumentar su exasperación, todo se combinó para atizar la mano del atacante y aumentar la ferocidad diabólica que caracterizó su martirio.

Sus circunstancias fueron tales que el Báb, que se hallaba confinado en ese momento en el castillo de Chihríq, no pudo escribir ni dictar durante seis meses. El profundo dolor que sintió aquietó la voz de la revelación y silenció Su pluma. ¡Cuán profundamente deploró su pérdida! ¡Que expresiones de angustia debe haber proferido cuando llegó a sus oídos el relato del sitio, los sufrimientos indescriptibles, la vergonzosa traición y la masacre global de los compañeros de Shaykh Tabarsí! ¡Qué profundo dolor debe haber sentido cuando supo del trato vergonzoso que había sufrido su querido Quddús en la hora de su martirio a manos del pueblo de Bárfurúsh; cómo le fueron arrancadas sus vestimentas; cómo el turbante que le había conferido fue enlodado; cómo, descalzo y con la cabeza descubierta, cargado de cadenas, se le hizo desfilar por las calles, perseguido y escarnecido por toda la población; cómo fue execrado y escupido por la turba vociferante; cómo fue atacado con cuchillos y hachas por la hez de las mujeres; cómo mutilaron e hicieron hoyos en su cuerpo y cómo, finalmente, fue devorado por las llamas!

Entre estas torturas podía oír a Quddús susurrar perdón para sus enemigos. "Perdona, ¡oh mi Dios!", dijo, "los pecados de esta gente. Trátalos con Tu misericordia, por que ignoran lo que nosotros ya hemos descubierto y atesoramos. He tratado de enseñarles el sendero que conduce a su salvación; ¡ve como se han levantado para derribarme y poner fin a mis días! Muéstrales, ¡oh Dios!, el sendero de la Verdad y transforma su ignorancia en fe". En la hora de su agonía, el Siyyid-i-Qumí, quien había desertado del fuerte tan alevosamente, pasó a su lado. Al verlo en su impotencia, lo golpeó en la cara. "Pretendiste", dijo con orgulloso desprecio, "que tu voz era la voz de Dios. Si hablaste la verdad, rompe tus cadenas y líbrate de las manos de tus enemigos". Quddús lo miró fijamente, suspiró profundamente, y dijo: "Que Dios te recompense por tu acción, ya que con ello has ayudado a aumentar la medida de mis aflicciones". Al acercarse al Sabzih-Maydán, levantó su voz y dijo: "¡Ojalá estuviera conmigo mi madre y pudiera ver con sus propios ojos el esplendor de mi boda!" Apenas había dicho estas palabras cuando el enfurecido populacho cayó sobre él y, haciendo pedazos su cuerpo, lanzaron los miembros desgajados al fuego que habían prendido con ese fin. En medio de la noche, los restos que quedaban de ese cuerpo quemado y mutilado fueron recogidos por la mano de un amigo devoto[44] y enterrados en un lugar no muy lejano del sitio de su martirio[45].

Sería justo en este instante dejar constancia de los nombres de aquellos mártires que participaron en la defensa del fuerte de Shaykh Tabarsí, con la esperanza que las generaciones por venir puedan recordar con orgullo y gratitud los nombres, así como también las acciones, de estos pioneros quienes, por su vida y por su muerte, han enriquecido tanto los anales de la Fe inmortal de Dios. Ahora comenzaré a enumerar aquellos nombres que he podido recoger de varias fuentes y para los cuales tengo una deuda especial con Ismu'lláhu'l-Mím, Ismu'lláhu'l-Javád y Ismu'lláhu'l-Asad y espero que así como en el mundo del más allá sus almas han sido investidas con la luz de gloria imperecedera, sus nombres estén para siempre en las lenguas de los hombres; para que su mención continúe evocando espíritu similar de entusiasmo y devoción en los corazones de aquellos a quienes ha sido transmitida esta inapreciable herencia. De quienes me han informado, no sólo he podido recoger los nombres de la mayoría de los que cayeron en ese sitio memorable, sino que también he logrado obtener una lista representativa, aún cuando incompleta, de todos los mártires quienes, desde el año 1260[46] hasta la actualidad, fines del mes de Rabí'u'l-Avval en el año 1306 D.H.[47] han dado sus vidas en el sendero de la Causa de Dios. Es mi intención mencionar cada uno de estos nombres en relación con el evento particular que le

concierne. En cuanto a los que libaron la copa del martirio mientras defendía el fuerte Tabarsí, sus nombres son los siguientes:

1. En primer lugar el más destacado de todos es Quddús, sobre quién el Báb confirió el título de Ismu'lláhu'l-Ákhar[48]. El, la Ultima Letra de los Vivientes y el compañero elegido por el Báb en Su peregrinación a Meca y Medina, junto con Mullá Sádiq y Mullá ‘Alí Akbar-i-Ardistání, fue el primero en sufrir persecución en Persia por la Causa de Dios. Tenía sólo dieciocho años de edad cuando dejó su pueblo natal de Bárfurúsh para ir a Karbilá. Durante casi cuatro años se sentó a los pies de Siyyid Kázim y a la edad de veintidós años encontró y reconoció a Su Bienamado en Shíráz. Cinco años después, el veintitrés de Jamádíyu'th-Thání en el año 1265 D.H.[49], estaba destinado a caer, en el Sabzih-Maydán de Bárfurúsh, víctima de la refinada y perversa barbarie del enemigo. El Báb, y posteriormente Bahá'u'lláh, han lamentado en innumerables oraciones y Tablillas su muerte y le han prodigado sus elogios. Tal fue el honor que le fue conferido por Bahá'u'lláh que en Su comentario sobre el verso de Kullu't-Ta'ám[50], que reveló mientras estaba en Bagdad, le confirió la estación sin par de Nuqtiy-i-Ukhrá[51], estación inferior únicamente a la del Báb mismo[52].

2. Mullá Husayn, llamado el Bábu'l-Báb, el primero en reconocer y abrazar la nueva Revelación. A la edad de dieciocho años, el también partió de su pueblo natal de Bushrúyih en Khurásán a Karbilá, y durante nueve años estuvo asociado estrechamente con Siyyid Kázim. Cuatro años antes de la declaración del Báb, obrando de acuerdo con las instrucciones de Siyyid Kázim, conoció en Isfahán al erudito mujtahid Siyyid Báqir-i-Rashtí y en Mashhad a Mírzá 'Askarí, a ambos de quienes entregó con dignidad y elocuencia los mensajes que le habían sido encomendados por su jefe. Las circunstancias de su martirio causaron gran pena al Báb, pena que halló expresión en tantas apologías y oraciones que equivalen en volumen a tres veces el Corán. En una de Sus Tablillas de Visitación, el Báb afirma que el mismo polvo de la tierra donde se encuentran sepultados los restos de Mullá Husayn posee poder tal que puede traer alegría al desconsolado y curación al enfermo. En el ***‘Kitáb-i-Íqán’*** Bahá'u'lláh elogia con mayor fuerza aún las virtudes de Mullá Husayn. ***"Si no hubiera sido por él",*** escribe, ***"Dios no habría sido establecido sobre la sede de Su misericordia, ni habría ascendido al Trono de Su Gloria eterna!"***53.

3. Mírzá Muhammad-Báqir, sobrino de Mullá Husayn.

4. Mírzá Muhammad-Báqir, sobrino de Mullá Husayn. Junto con Mírzá Muhammad Hasan, acompañó a Mullá Husayn desde Bushrúyih a Karbilá y de allí a Shíráz, donde abrazaron el Mensaje del Báb y fueron enrolados entre las

Letras de los Vivientes. Con la excepción del viaje de Mullá Husayn al castillo de Máh-Kú, lo acompañaron hasta el momento que sufrieron martirio en el fuerte de Tabarsí.

5. El cuñado de Mullá Husayn, padre de Mírzá Abu'l-Hasan y de Mírzá Muhammad-Husayn, quienes están ambos actualmente en Bushrúyih y a cuyo cuidado está Varaqatu'l-Firdaws, la hermana de Mullá Husayn. Ambos son firmes y devotos adherentes de la Fe.

6. El hijo de Mullá Ahmad, hermano mayor de Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí. El, a diferencia de su tío, Mullá Mírzá Muhammad, fue martirizado y era, según lo atestigua este último, un joven piadoso que se distinguía por su erudición y la integridad de su carácter.

7. Mírzá Muhammad-Báqir, conocido como Haráti, aún cuando originalmente era residente de Qáyin. Era pariente cercano del padre de Nabíl-i-Akbar, y fue la primera persona en Mashhad que abrazó la Causa. Fue él quién construyó el Bábíyyih y sirvió con devoción a Quddús durante su permanencia en aquella ciudad. Cuando Mullá Husayn enarboló el Estandarte Negro, junto con su hijito, Mírzá Muhammad-Kázim, se enrolaron con presteza bajo su bandera y fueron con él a Mázindarán. Eventualmente se salvó el niño y ahora ha crecido y es un ferviente defensor de la Fe en Mashhad. Fue Mírzá Muhammad-Báqir quién actuó como el portaestandarte del grupo, diseñó el plan del fuerte, sus murallas y sus torres y la fosa que lo rodeaba, fue el sucesor de Mullá Husayn como organizador de las fuerzas de sus compañeros, dirigió la carga contra el enemigo, y fue quién actuó como el compañero íntimo, el lugarteniente y hombre de confianza de Quddús hasta la hora en que cayó como mártir en el sendero de la Causa.

8. Mírzá Muhammad-Taqíy-i-Juvayní, nativo de Sabzihvár, quien se había distinguido por sus condiciones literarias y con frecuencia recibió de Mullá Husayn el encargo de dirigir la carga contra los atacantes. Su cabeza y la de su compañero Mírzá Muhammad-Báqir, fueron clavadas sobre puntas de lanzas y paseadas por las calles de Bárfurúsh, entre los gritos y el clamor del excitado populacho.

9. Qambar-‘Alí, el sirviente fiel e intrépido de Mullá Husayn, quién lo acompañó en su viaje a Máh-Kú y sufrió martirio la misma noche en que su amo cayó víctima de las balas del enemigo.

10. Hasan y

11. Qulí, quienes, juntos con un hombre llamado Iskandar, nativo de Zanján, llevaron el cuerpo de Mullá Husayn al fuerte la noche de su martirio y lo colocaron a los pies de Quddús. Fue el, el mismo Hasan, quien, por orden del

alguacil principal de Mashhad, fue conducido por las calles de esa ciudad con un cabestro.

12. Muhammad-Hasan, el hermano de Mullá Sádiq, quien fue muerto por los compañeros de Khusraw en el camino entre Bárfurúsh y el fuerte de Tabarsí. Se distinguió por su constancia sin vacilaciones y había sido uno de los servidores en el santuario del Imán Ridá.

13. Siyyid Ridá quien, junto con Mullá Yúsuf-i-Ardibílí, fue comisionado por Quddús para que vieran al príncipe, y quien regresó llevando consigo la copia sellada del Corán con el juramento que el príncipe había escrito. Era uno de los siyyids mejor conocidos de Khurásán y era reconocido por su erudición así como por la integridad de su carácter.

14. Mullá Mardán-‘Alí, uno de los destacados compañeros de Khurásán, residente de la aldea de Míyámay, sitio donde se encuentra una fortaleza bien fortificada situada entre Sabzihvár y Sháh-Rúd. Junto con treinta y tres compañeros se alistó bajo el estandarte de Mullá Husayn el día en que éste pasó por aquella aldea. Fue en el masjid de Míyámay, al que se había dirigido Mullá Husayn para ofrecer su oración congregacional de los viernes, en que pronunció su conmovedor llamado en que puso énfasis sobre el cumplimiento de la tradición relacionada con el enarbolamiento del Estandarte Negro en Khurásán y en que declaró que él era su portador. Sus elocuentes palabras impresionaron profundamente a los que le oyeron a tal punto que ese mismo día la mayoría de los que le escucharon, en su mayor parte hombres de grandes méritos, se levantaron para seguirle. Solo uno de esos treinta y tres compañeros, un Mullá 'Isá, sobrevivió y sus hijos se encuentran actualmente en la aldea de Míyámay, activamente ocupados en el servicio a la Causa. Los nombres de los compañeros mártires de esa aldea son:

15. Mullá Muhammad-Mihdí.
16. Mullá Muhammad-Ja‘far.
17. Mullá Muhammad-ibn-i-Mullá Muhammad.
18. Mullá Rahím.
19. Mullá Muhammad-Ridá.
20. Mullá Muhammad-Husayn.
21. Mullá Muhammad.
22. Mullá Yúsuf.
23. Mullá Ya'qúb.
24. Mullá ‘Alí.
25. Mullá Zaynu'l-‘Ábidín.
26. Mullá Muhammad, hijo de Mullá Zaynu'l-Ábidín.

27. Mullá Báqir.
28. Mullá ‘Abdu'l-Muhammad.
29. Mullá Abu'l-Hasan.
30. Mullá Ismá‘il.
31. Mullá ‘Abdu'l-‘Alí.
32. Mullá Áqá-Bábá.
33. Mullá ‘Abdu'l-Javád.
34. Mullá Muhammad-Husayn.
35. Mullá Muhammad-Báqir.
36. Mullá Muhammad.
37. Hájí Hasan.
38. Karbilá'í-‘Alí.
39. Mullá Karbilá'í-‘Alí.
40. Karbilá'í Núr-Muhammad.
41. Muhammad-Ibráhím.
42. Muhammad-Sa'ím.
43. Muhammad-Hádí.
44. Siyyid Mihdí.
45. Abú-Muhammad.

De los compañeros de la aldea de Sang-Sar, que forma parte del distrito de Simnán, dieciocho fueron martirizados. Sus nombres son los siguientes:

46. Siyyid Ahmad, cuyo cuerpo fue cortado en pedazos por Mírzá Muhammad-Taqí y los siete 'ulemas de Sárí. Era un gran teólogo y muy estimado por su elocuencia y piedad.
47. Mír Abu'l-Qásim, el hermano de Siyyid Ahmad, quien conquistó la corona de mártir la misma noche en que encontró la muerte Mullá Husayn.
48. Mír Mihdí, tío paterno de Siyyid Ahmad.
49. Mír Ibráhím, cuñado de Siyyid Ahmad.
50. Safar-‘Alí, hijo de Karbilá'í-‘Alí quien, junto con Karbilá'í Muhammad, había luchado con tanto denuedo para despertar a la gente de Sang-Sar de su sueño de negligencia. Ambos, a causa de sus achaques, no pudieron ir al fuerte de Tabarsí.
51. Muhammad-‘Alí, hijo de Karbilá'í Abú-Muhammad.
52. Abu'l-Qásim, hermano de Muhammad-‘Alí.
53. Karbilá'í Ibráhím.
54. ‘Alí-Ahmad.

55. Mullá ‘Alí-Akbar.
56. Mullá Husayn-‘Alí.
57. ‘Abbas-‘Alí.
58. Husayn-‘Alí.
59. Mullá ‘Alí-Asghar.
60. Karbilá'í Ismá‘il.
61. ‘Alí-Khán.
62. Muhammad-Ibráhím.
63. ‘Abdu'l-Azím.

De la aldea de Sháh-Mírzád, dos cayeron en defensa del fuerte:

64. Mullá Abú-Rahím y
65. Karbilá'í Kázim.

En cuanto a los adherentes de la Fe en Mázindarán, se han computado veintisiete mártires hasta el momento:

66. Mullá Ridáy-i-Sháh.
67. ‘Azím.
68. Karbilá'í Muhammad-Ja‘far.
69. Siyyid Husayn.
70. Muhammad-Báqir.
71. Siyyid Razzáq.
72. Ustád Ibráhím.
73. Mullá Sa‘íd-i-Zirih-Kinárí.
74. Ridáy-i-‘Arab.
75. Rasúl-i-Bahnimírí.
76. Muhammad-Husayn, el hermano de Rasúl-i-Bahnimírí.
77. Táhir.
78. Shafí‘.
79. Qásim.
80. Mullá Muhammad-Ján.
81. Masíh, el hermano de Mullá Muhammad-Ján.
82. Itá-Bábá.
83. Yúsuf.
84. Fadlu'lláh.
85. Bábá.

86. Safí-Qulí.
87. Nizám.
88. Rúhu'lláh.
89. ‘Alí-Qulí.
90. Sultán.
91. Ja‘far.
92. Khalíl.

De los creyentes de Savád-Kuh, se han comprobado los siguientes cinco nombres hasta el momento:

93. Karbilá'í Qambar-Kálish.
94. Mullá Nád-‘Alíy-i-Mutavallí.
95.- ‘Abdu'l-Haqq.
96. Ítábakí-Chúpán.
97. El hijo de Ítábakí-Chúpán.

Del pueblo de Ardistán, los siguientes han sido martirizados:

98. Mírzá ‘Alí-Muhammad, hijo de Mírzá Muhammad Sa‘íd.
99. Mírzá ‘Abdu'l-Vási, hijo de Hájí Abdu'l-Vahháb.
100. Muhammad-Husayn, hijo de Hájí Muhammad-Sádiq.
101. Muhammad-Mihdí, hijo de Hájí Muhammad-Ibráhím.
102. Mírzá Ahmad, hijo de Muhsin.
103. Mírzá Muhammad, hijo de Mír Muhammad-Taqí.
De la ciudad de Isfahán, se han computado treinta hasta ahora:
104. Mullá Ja‘far, el criador de trigo, cuyo nombre ha sido mencionado por el Báb en el Bayán Persa.
105. Ustád Áqá, llamado Buzurg-Banná.
106. Ustád Hasan, hijo de Ustád Áqá.
107. Ustád Muhammad, hijo de Ustád Áqá.
108. Muhammad-Husayn, hijo de Ustád Áqá, cuyo hermano menor Ustád Ja‘far fue vendido en varias oportunidades por sus enemigos hasta que llegó a su ciudad natal, donde ahora reside.
109. Ustád Qurbán-‘Alíy-i-Banná.
110. ‘Alí-Akbar, hijo de Ustád Qurbán-‘Alíy-i-Banná.
111. ‘Abdu'lláh, hijo de Ustád Qurbán-‘Alíy-i-Banná.

112. Muhammad-i-Báqir-Naqsh, tío materno de Siyyid Yahyá, hijo de Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí. Tenía catorce años y fue martirizado la misma noche en que murió Mullá Husayn.

113. Mullá Muhammad-Taqí.

114. Mullá Muhammad-Ridá, ambos hermanos del extinto ‘Abdu's-Sálih, el jardinero del Ridván en ‘Akká.

115. Mullá Ahmad-i-Saffár.

116. Mullá Husayn-i-Miskar.

117. Ahmad-i-Payvandí.

118. Hasan-i-Sha'r-Báf-i-Yazdí.

119. Muhammad-Taqí.

120. Muhammad-‘Attár, hermano de Hasan-i-Sha'r-Báf.

121. Mullá ‘Abdu'l-Kháliq, que se cortó el cuello en Badasht y a quién Táhirih dio el nombre de Dhabíh.

122. Husayn.

123. Abu'l-Qásim, hermano de Husayn.

124. Mírzá Muhammad-Ridá.

125. Mullá Haydar, hermano de Mírzá Muhammad-Ridá.

126. Mírzá Mihdí.

127. Muhammad Ibráhím.

128. Muhammad-Husayn, de apellido Dastmál-Girih-Zan.

129. Muhammad-Hasan-i-Chít-Sáz, un conocido fabricante de telas que logró la presencia del Báb.

130. Muhammad-Husayn-i-‘Attár.

131. Ustád Hájí Muhammad-i-Banná.

132. Mahmúd-i-Muqári'í, destacado comerciante en telas. Estaba recién casado y alcanzó la presencia del Báb en el castillo de Chihríq. El Báb le urgió que fuera a Jazíriy-i-Khadrá y que ayudara a Quddús. Mientras estaba en Teherán recibió una carta de su hermano anunciándole el nacimiento de un hijo y encareciéndole que se apresurara en ir a Isfahán para verlo y que de allí fuera donde se le antojara. "Estoy demasiado entusiasmado" replicó, "con el amor de esta Causa como para poder dedicar mi atención a mi hijo. Estoy impaciente por reunirme con Quddús y alistarme bajo su estandarte".

133. Siyyid Muhammad-Ridáy-i-Pá-Qal'iyí, un distinguido siyyid, teólogo de reputación, cuya intención declarada de alistarse bajo el estandarte de Mullá Husayn provocó gran revuelo entre los 'ulemas de Isfahán.

Entre los creyentes de Shíráz, los siguientes alcanzaron la estación de mártires:

134. Mullá ‘Abdu'lláh, conocido también como Mírzá Sálih.
135. Mullá Zaynu'l-‘Abidín.
136. Mírzá Muhammad.

De los adherentes a la Fe en Yazd, sólo se han registrado cuatro hasta el momento:

137. El Siyyid que caminó todo el recorrido de Khurásán hasta Bárfurúsh, donde cayó víctima de las balas del enemigo.
138. Siyyid Ahmad, el padre de Siyyid Husayn-i-‘Azíz, el amanuense del Báb.
139. Mírzá Muhammad-‘Alí, hijo de Siyyid Ahmad, cuya cabeza fue volada por una bala de cañón mientras estaba parado a la entrada del fuerte y quién era muy querido y admirado por Quddús a causa de su corta edad.
140. Shaykh ‘Alí, hijo de Shaykh ‘Abdu'l-Kháliq-i-Yazdí, residente de Mashhad, un joven cuyo entusiasmo e inquebrantable energía fueron alabados muchas veces por Mullá Husayn y Quddús.

De los creyentes de Qazvín, los siguientes fueron martirizados:

141. Mírzá Muhammad-‘Alí, un teólogo destacado cuyo padre, Hájí Mullá ‘Abdu'l-Vahháb, era uno de los mujtahids más prominentes de Qazvín. Logró la presencia del Báb en Shíráz y fue enrolado como una de las Letras de los Vivientes.
142. Muhammad-Hádí, un destacado comerciante, hijo de Hájí ‘Abdu'l-Karím, de apellido Bághbán-Báshí.
143. Siyyid Ahmad.
144. Mírzá ‘Abdu'l-Jalíl, un teólogo destacado.
145. Mírzá Mihdí.
146. De la aldea de Lahárd un hombre llamado Hájí Muhammad-‘Alí, quien había sufrido mucho a consecuencia del asesinato de Mullá Taqí en Qazvín.

De los creyentes de Khuy, los siguientes sufrieron martirio:

147. Mullá Mihdí, un teólogo destacado, que había sido uno de los discípulos predilectos de Siyyid Kázim. Distinguido por su erudición, su elocuencia y la firmeza de su fe.

148. Mullá Mahmúd-i-Khu'í, hermano de Mullá Mihdí, una de las Letras de los Vivientes y un teólogo distinguido.

149. Mullá Yúsuf-i-Ardibílí, una de las Letras de los Vivientes, destacado por su erudición, su entusiasmo y elocuencia. Fue él quien despertó las aprehensiones de Hájí Karím Khán a su congregación, "debe ser expulsado de este pueblo, porque si se le permite quedar, causará el mismo tumulto que ya ha provocado en Shíráz. El daño que causará será irreparable. La magia de su elocuencia y la fuerza de su personalidad, si es que ya no exceden las de Mullá Husayn, por cierto que no son inferiores". Por este medio pudo obligarle a acortar su estadía en Kirmán y evitar que se dirigiera al público desde el púlpito. El Báb le dio las siguientes instrucciones: "Debes visitar los pueblos y ciudades de Persia y debes llamar a sus habitantes a la Causa de Dios. En el primer día del mes de Muharram del año 1265 D.H.[54] debes estar en Mázindarán y levantarte a prestar a Quddús toda la ayuda que puedas". Mullá Yúsuf, fiel a las instrucciones de su Maestro, rehusó prolongar su permanencia más allá de una semana en cualquiera de los pueblos y ciudades que visitó. Al llegar a Mázindarán, fue capturado por las fuerzas del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá, quien lo reconoció inmediatamente y dio órdenes de que se le encarcelara. Eventualmente fue liberado, como ya lo hemos visto, por los compañeros de Mullá Husayn el día de la batalla de Vás-Kas.

150. Mullá Jalíl-i-Urúmí, una de las Letras de los Vivientes, destacado por su erudición, su elocuencia y la tenacidad de su fe.

151. Mullá Ahmad, residente de Marághih, una de las Letras de los Vivientes y discípulo distinguido de Siyyid Kázim.

152. Mullá Mihdíy-i-Kandí, compañero íntimo de Bahá'u'lláh y tutor de los niños de Su hogar.

153. Mullá Báqir, hermano de Mullá Mihdí, quienes eran ambos hombres de gran erudición, a cuyas grandes dotes Bahá'u'lláh rinde tributo en el ***Kitáb-i-Íqán***.

154. Siyyid Kázim, un residente de Zanján y uno de sus comerciantes más destacados. Logró la presencia del Báb en Shíráz y Lo acompañó a Isfahán. Su hermano, Siyyid Murtadá, fue uno de los Siete Mártires de Teherán.

155. Iskandar, también residente de Zanján, quien junto con Qulí y Hasan, llevó el cuerpo de Mullá Husayn al fuerte.

156. Ismá‘il.

157. Karbilá'í-‘Abdu'l-‘Alí.

158. ‘Abdu'l-Muhammad.

159. Hájí ‘Abbas.

160. Siyyid Ahmad - todos residentes de Zanján.

161. Siyyid Husayn-i-Kuláh-Dúz, residente de Bárfurúsh, cuya cabeza fue colocada sobre la punta de una lanza y llevada por sus calles.

162. Mullá Hasan-i-Rashtí.

163. Mullá Hasan-i-Bayájmandí.

164. Mullá Ni‘matu'lláh-i-Bárfurúshí.

165. Mullá Muhammad-Taqíy-i-Qarákhílí.

166. Ustád Zaynu'l-‘Ábidín.

167. Ustád Qásim, hijo de Ustád Zaynu'l-‘Ábidín.

168. Ustád ‘Alí-Akbar, hermano de Ustád Zaynu'l-Ábidín.

Los tres últimos eran albañiles de profesión, nacidos en Kirmán, residían en Qáyin en la provincia de Khurásán.

169 y 170. Mullá Ridáy-i-Sháh y un joven de Bahnimír fueron muertos dos días después de que Quddús abandonara el fuerte, en el Panj-Shanbih-Bázár de Bárfurúsh. Hájí Mullá Muhammad-i-Hamzih, de apellido Sharí'at-Madár, logró enterrar sus cuerpos en las vecindades de Masjid-i-Kázim-Big e inducir al asesino a arrepentirse y pedir perdón.

171. Mullá Muhammad-i-Mu‘allim-i-Núrí, compañero íntimo de Bahá'u'lláh que estaba estrechamente vinculado con El en Núr, en Teherán y en Mázindarán. Era famoso por su inteligencia y sabiduría y fue sometido, con la sola excepción de Quddús, a las atrocidades más severas jamás infligidas a un defensor del fuerte Tabarsí. El príncipe le prometió que lo dejaría en libertad con la condición que execrara el nombre de Quddús y juró que, si renunciaba a su fe, lo llevaría consigo a Teherán y lo haría el tutor de sus hijos. "Jamás consentiré", respondió, "en execrar a los amados de Dios a petición de un hombre como usted. Si me fuera a conferir todo el reino de Persia, no me volvería ni por un instante contra mi querido jefe. Mi cuerpo está en sus manos, a mi alma jamás la podrá subyugar. Tortúreme como quiera, para que le pueda demostrar la verdad del versículo, "Entonces, desead la muerte, si sois hombres de verdad"[55]. El príncipe, enfurecido por su respuesta, dio orden que cortaran su cuerpo en pedazos y que no se escatimaran esfuerzos para infligirle el más humillante de los castigos.

172. Hájí Muhammad-i-Karrádí, cuyo hogar estaba situado en uno de los bosquecillos de palmeras vecinos a la ciudad antigua de Bagdad, hombre de gran valentía que había luchado y dirigido a cien hombres en la guerra contra Ibráhím Páshá de Egipto. Había sido ferviente discípulo de Siyyid Kázim y era autor de un largo poema en que se explayaba sobre las virtudes y méritos del siyyid. Tenía setenta y cinco años de edad cuando abrazó la Fe del Báb, a quién elogió

igualmente en un poema detallado y elocuente. Se distinguió por sus actos de heroísmo durante el sitio del fuerte y finalmente fue víctima de las balas del enemigo.

173. Sa‘íd-i-Jabbáví, oriundo de Bagdad, quien mostró extraordinaria valentía durante el sitio. Recibió un balazo en el abdomen y, aún cuando gravemente herido, logró caminar hasta llegar a la presencia de Quddús. Se lanzó a sus pies con júbilo y espiró.

Las circunstancias del martirio de estos dos últimos compañeros fueron relatadas pro Siyyid Abú-Tálib-i-Sang-Sárí, uno de los que sobrevivieron a ese sitio memorable, en una comunicación que dirigió a Bahá'u'lláh. En ella relata, además, su propia historia así como la de sus dos hermanos, Siyyid Ahmad y Mír Abu'l-Qásim, quienes fueron ambos martirizados mientras defendían el fuerte. "El día en que dieron muerte a Khusraw", escribió, "daba la casualidad que yo era huésped de cierto Karbilá'í ‘Alí-Ján, el kad-khudá[56] de una de las aldeas en las vecindades del fuerte. El había ido a ayudar en la protección de Khusraw y había regresado y me estaba relatando las circunstancias de su muerte. Ese mismo día un mensajero me informó que dos árabes habían llegado a esa aldea y estaban deseos de reunirse con los ocupantes del fuerte. Expresaron su temor de los habitantes de la aldea de Qádí-Kalá y prometieron que recompensarían ampliamente a quienquiera estuviera dispuesto a guiarlos a su destino. Recordé los consejos de mi padre, Mír Muhammad-‘Alí, quién me había exhortado a que me levantara y ayudara en la promoción de la Causa del Báb. Inmediatamente decidí tomar la oportunidad que se me había presentado y, junto con esos dos árabes, y con la ayuda del Kad-khudá, llegué al fuerte, conocí a Mullá Husayn y resolví dedicar los días restantes de mi vida al servicio de la Causa que él había elegido seguir".

Los nombres de algunos de los oficiales que se distinguieron entre los antagonistas de los compañeros de Quddús son los siguientes:

1. Príncipe Mihdí-Qulí Mírzá, hermano del extinto Muhammad-Sháh.
2. Sulaymán Khán-i-Afshár.
3. Hájí Mustafá-Khán-i-Súr-Tíj.
4. Abdu'lláh Khán, hermano de Hájí Mustafá-Khán.
5. ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání, quien mató de un tiro a Mullá Husayn.
6. Núru'lláh Khán-i-Afghán.
7. Habíbu'lláh Khán-i-Afghán.
8. Dhu'l-Faqár Khán-i-Karávulí.

9. ‘Alí-Asghar Khán-i-Du-Dungi'í.
10. Khudá-Murád Khán-i-Kurd.
11. Khálíl Khán-i-Savád-Kúhí.
12. Ja‘far-Qulí Khán-i-Surkh-Karri'í.
13. El Sartíp del Fawj-i-Kalbát.
14. Zakaríyyáy-i-Qádí-Kalá'í, un primo de Khusraw y su sucesor.

En cuanto a los creyentes que participaron en ese sitio memorable y sobrevivieron a su trágico fin, no me ha sido posible precisar hasta ahora en su totalidad ni su número ni sus nombres. Me he conformado con una lista representativa, aún cuando incompleta, de los nombres de sus mártires, confiando en que en los días futuros los valientes promotores de la Fe se levantarán a cubrir esta brecha y, mediante sus investigaciones, podrán remediar las imperfecciones de esta descripción por lo demás inadecuada, de lo que debe ser para siempre uno de los episodios más conmovedores de los tiempos modernos.

Notas

1.- "Es así como, perplejo y sin saber hacia qué lado volverse, el Sháhzádih, pobre hombre, dio ordenes de reunir nuevos soldados y formar un nuevo ejército. La población no estaba ansiosa de servir bajo un jefe cuyos méritos e intrepidez no habían soportado brillantemente la prueba. Sin embargo, con la ayuda de dinero y promesas, sobre todo los Mullás quienes no perdían de vista sus propios intereses y quienes tenían la mayor parte que perder, mostraron tal celo que finalmente se reunió un número apreciable de tufang-chís. Por otra parte los soldados de caballería de las diversas tribus montan sus caballos en cuanto ven que sus jefes montan los suyos, sin preguntar si quiera por qué. "'Abbas-Qulí-Khán-i-Lárijání obedeció sin vacilaciones la orden de enviar nuevos reclutas. Sin embargo, esta vez, ya sea porque desconfiaba de un Príncipe cuya ineptitud pudiera poner en peligro las vidas de sus parientes y súbditos o porque ambicionaba lograr distinción para sí, no dio a nadie el mando de sus fuerzas. Las dirigió él mismo con un golpe de audacia y, en lugar de reunirse con el ejército real, atacó directamente a los bábís en su refugia. Sólo entonces notificó al Príncipe que había llegado al fortín de Shaykh Tabarsí y que lo había sitiado. Además le hizo saber que no tenía necesidad de ayuda ni refuerzos y que sus efectivos eran más que suficientes y que si su alteza real deseaba ver como él, 'Abbas-Qulí-Khán-i-Lárijání, estaba a punto de tratar a los rebeldes, sería un honor y motivo de agrado". (Conde Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 170-171).

2.- "Mihdí-Qulí Mírzá no podía hacerse pasar por guerrero valiente como ya hemos visto, pero en lugar de una intrepidez excesiva tenía otra cualidad muy útil para un general: no tomaba en serio la fanfarronería de sus subalternos. Por esta razón, temiendo que pudiera acaecer algún daño al nómada imprudente, le envió refuerzos de inmediato. Es así como partieron con mucha prisa Muhsin Khán-i-Súritί con su caballería, un destacamento de afghánis, Muhammad-Karím Khán-i-Ashrafí con algunos de los tufang-chís del pueblo y Khalíl Khán de Savád-Kúh con los hombres de Qádí-Kalá"(Ibíd., pág. 171).

3.- Febrero 1, 1849 A. D.

4.- Véase glosario.

5.- "Aún cuando estaba gravemente herido, el jefe bábí siguió, sin embargo, dando ordenes y dirigiendo y estimulando a sus hombres hasta que, al ver que no se podía lograr nada más dio la señal de retirada, permaneciendo él mismo en la retaguardia". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 174).

6.- "Sus restos mortales (de Mullá Husayn) descansan aún en la pequeña pieza interior del Santuario de Shaykh Tabarsí donde fueron reverentemente sepultados por las manos de sus dolientes camaradas, bajo la dirección de Mullá Muhammad-'Alí Bárfurúshí a principios del año 18-49 A. D. A Traveller's Narrative. Nota F., pág. 245).

7.- Octubre 10, 1848, A. D.

8.- Febrero 2, 1849, A. D.

9.- Octubre 10, 1848, A. D.

10.- Diciembre 1º, 1848, A. D.

11.- Diciembre 21, 1848, A. D.

12.- "Entre ellos se encontraba Mullá Husayn, quien había recibido la gloria efulgente del Sol de Revelación. Si no hubiera sido por él, Dios no hubiera sido establecido sobre la sede de Su merced ni hubiera ascendido al trono de eterna gloria". (El Kitáb-i-Íqán, pág. 188). Véase nota 6. II. "De contextura frágil, pero un soldado intrépido y apasionado amante de Dios, combinaba cualidades y características que rara vez se encuentran unidas en la misma persona incluso en la aristocracia espiritual de Persia". (Dr. T. K. Cheyne "The Reconciliation of Races and Religions", pág. 83). "Finalmente", escribe el Conde de Gobineau, "él expiró y la nueva religión que recibió en él a su protomártir, perdió al mismo tiempo a un hombre cuya fuerza de carácter y habilidad le habrían sido de gran valor si hubiera vivido más tiempo. Es natural que los musulmanes sientan por la memoria de este jefe un odio tan profundo como el amor y veneración que le muestran los bábís. Ambos pueden justificar sus sentimientos contrapuestos. De lo que no hay duda alguna es que Mullá Husayn -i-Bushrú'í fue el primero en dar al bábismo, dentro del imperio Persa, el rango que un cuerpo religioso o político adquiere a los ojos del pueblo únicamente después que ha demostrado su fuerza batalladora". (Conde de Gobineau "Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centale", pág. 176). "El extinto Hájí Jání escribe: "Yo lo conocí personalmente (Mírzá Muhammad-Hasan, el hermano menor de Mullá Husayn) cuando traía a su madre y hermana de Karbilá a Qazvín y de Qazvín a Teherán. Su hermana era esposa de Shaykh Abú-Turáb de Qazvín, quien era un erudito y filósofo como rara vez se encuentran y creía con la mayor sinceridad y pureza de intención, mientras que su amor y devoción hacia el Báb eran tales que si alguien no hacia sino mencionar el nombre de Su Santidad Suprema (que las almas de todos junto a la suya sean Su sacrificio) no podía refrenar sus lágrimas. A menudo lo he visto, cuando estaba ocupado leyendo los escritos de Su Santidad Suprema, poco menos que trastornarse de éxtasis y casi desmayarse de alegría. De su esposa solía decir: "Me casé con ella hace tres años en Karbilá. Era entonces sólo una estudiante mediocre incluso en Persia, pero ahora ella puede exponer textos del Corán y puede explicar las preguntas más difíciles y los aspectos más sutiles de la doctrina de la Unidad Divina en tal forma que jamás he visto a un hombre que la iguale en esto o en rapidez de comprensión. Estas dádivas las ha obtenido por las bendiciones de Su Santidad el Altísimo y mediante conversación con su santidad la Pura (Qurratu'l-'Ayn). He visto en ella una paciencia y resignación raras, incluso entre los más resignados de los hombres, porque durante estos tres años, aún cuando no le he enviado un solo dinar para sus gastos y se ha podido mantener a si misma sólo con gran dificultad, nunca ha dicho una sola palabra; y ahora que ella ha venido a Teherán, evita completamente hablar del pasado y aún cuando, de acuerdo con los deseos de Jináb-i-Bábu'l-Báb, desea ir a Khurásán, y literalmente no tiene nada que ponerse excepto el vestido muy gastado que usa, nunca pide ropa o dinero para viaje e incluso busca excusas razonables -con las cuales hacerme sentir tranquilo y evitar que yo sienta vergüenza. Su pureza, castidad y virtud no tienen límites y durante todo este tiempo ninguna persona indigna del privilegio ha oído siquiera su voz". Pero las virtudes de la hija eran sobrepasadas por las de la madre quien era poseedora de raras dotes y cualidades y había compuesto muchos poemas y elocuentes elogias sobre las aficiones de sus hijos. A pesar que Jináb-i-Bábu’l-Báb le había advertido sobre su próximo martirio, y le había profetizado las calamidades por venir, ella seguía mostrando la misma devoción entusiasta y alegre resignación, seguía porque Dios había aceptado el sacrificio de sus hijos e incluso oraba que ellos pudieran lograr esta elevada

distinción y no se vieran privados de una bendición tan grande. Es por cierto maravilloso meditar sobre esta familia virtuosa y santa, los hijos tan sobresalientes por su devoción y auto-sacrificio inquebrantables, la madre e hija tan pacientes y resignadas. Cuando yo, Mírzá Jání, conocí a Mírzá Muhammad-Hasan, él sólo tenía diecisiete años de edad, sin embargo vi en él una dignidad, gravedad, compostura, y virtud que me asombraron. Después de la muerte de Jináb-i-Bábu'l Báb, Hadrat-i-Quddús le confirió la espada y turbante de ese glorioso mártir y le hizo capitán de los ejércitos del Rey verdadero. En cuanto a su martirio, hay una diferencia de opiniones sobre si fue muerto durante el desayuno en el campamento o sufrió el martirio con Jináb-i-Quddús en la plaza de Bárfurúsh". (El Taríkh-i-Jadíd, págs. 93-5). La hermana de Mullá Husayn recibió el apodo de Varaqatu'l-Firdaws" y mientras estuvo en Karbilá se asoció íntimamente con Táhirih. (Memorials of the Faithful, pág. 270).

13.- Véase Glosario.

14.- "Esta vez el terror no reconoció límites; en toda la provincia la gente, profundamente alarmada ante las derrotas repetidas del islam, comenzaba a inclinarse hacia la nueva religión. Los jefes militares sentían que su autoridad se derrumbaba, los jefes religiosos veían que su poder sobre las almas diminutas; la situación se hacía extremadamente crítica y el menor incidente podía precipitar a Mázindarán a los pies del Reformador". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 315). "Pero cuando el Sa'ídu'l-‘Ulamá lo supo, (temiendo que los bábís entraran en Bárfurúsh y le aplicaran el castigo que se merecía), se sintió sobrecogido por las preocupaciones y lleno de consternación y escribió varias cartas sucesivas a ‘Abbas-Qulí Kháh diciendo: "Os felicito por vuestra valentía y discreción, pero cuan deplorable es que después de haberos visto puesto ante tantas dificultades, de haber perdido a tantos de los vuestros y haber logrado finalmente tan señalada victoria, no la hubierais rematado. Habéis hecho que una gran multitud sea alimento para las espadas y habéis regresado dejando sólo a algunos viejos decrépitos como sobrevivientes. Que desafortunado que, después de todos vuestros esfuerzos y perseverancia el príncipe está ahora listo para marchar contra el castillo y capturar a este puñado de infelices de modo que, después de todo, él se llevará el mérito de esta señalada victoria y se apoderará de todo el dinero y propiedades de los vencidos! Debéis hacer que sea vuestra preocupación primordial y más importante el regresar al castillo antes que él emprenda la marcha ya que el gobierno de una provincia como Mázindarán no es cosa con la que se puede jugar. Esforzaos, por lo tanto, para lograr el crédito total de esta victoria y que vuestros esfuerzos lleven a término lo que vuestro celo ya ha comenzado". También escribió extensamente al clero de Ámul, exhortándoles con urgencia que hiciera el mayor esfuerzo para obligar al Sartíp ‘Abbas-Qulí Khán a partir nuevamente sin mayor tardanza. Es así como le recordaban a cada instante que era su deber marchar con toda premura contra el fuerte; y el Sartíp, aún cuando sabía que lo que el Sa'ídu'l-‘Ulamá le había escrito carecía de fundamento y era completamente falso, estaba ansioso, si ello era posible, de compensar por lo que había sucedido y en esta forma rehabilitarse de la desgracia en que había caído a los ojos de las mujeres de Láriján cuyos maridos él había sacrificado, y ante el gobierno. Interiormente, sin embargo, le consumía la angustia temiendo que, así como en la campaña anterior, pudiera fracasar en lograr algo. La mayoría de sus hombres estaban igualmente heridos, mientras que muchos habían huido y se habían ocultado en las aldeas vecinas que estaban a cuatro o cinco farsang de la ciudad. Es así como, en lugar de ello, escribió al clero de Ámul diciendo: "si esta es en verdad, una guerra religiosa, vosotros quienes sois campeones tan celosos de la Fe y

hacia quienes los hombres miran para un ejemplo, deberíais tomar la iniciativa y comenzar la acción, para que otros os puedan seguir". El clero, que no tenía preparada una contestación adecuada y que no veía forma de excusarse se vio obligado a enviar un mensaje diciendo que la guerra era una guerra religiosa. Gran número de comerciantes, gente común, y rufianes fueron reunidos y éstos, junto con el clero y estudiantes, emprendieron la marcha con el propósito ostensible de cumplir con un deber religiosos pero que en realidad tenía por objeto el pillaje y la rapiña. La mayoría de estos fueron a Bárfurúsh y allí se unieron a la avanzada del Príncipe Mihdí-Qulí Mírzá quien al llegar a una aldea situada a la distancia de un farsang del castillo, envió a un pelotón de hombres para que hicieran una operación de reconocimiento y recolectaran informaciones sobre los movimientos de la guarnición bábí". (El Tárikh-i-Jadíd, págs. 72-3).

15.- "Los reverendos sacerdotes quienes habían venido con sus alumnos a participar en la guerra santa, apenas podían dormir durante la noche a causa del temor (aún cuando sus habitaciones se encontraban en un lugar situado a dos farsangs del castillo) y en su conversación condenaban continuamente al príncipe y a ‘Abbas-Qulí Khán y maldecían al Sa'ídu'l-‘Ulamá: "estos", decían ellos, "sin buena razón nos han apartado de nuestros estudios, nuestras discusiones y de los medios para ganarnos la vida además de habernos metido en grave peligro: ya que luchar con hombres como éstos que han renunciado al mundo y llevan su vida en sus manos es incurrir en grave riesgo". Es así como el versículo sagrado: "No os lancéis al peligro con vuestras propias manos" era citado diariamente por ellos. Uno dijo: "Ciertas circunstancias me exoneran del deber de participar en esta guerra en el momento actual". Otro (aduciendo treinta pretextos diferentes) dijo: “La ley me excusa y me veo obligado de volver atrás". Un tercero dijo: "Tengo niños pequeños que dependen de mí. ¿Qué puedo hacer?". Un cuarto dijo: "No he hecho provisión alguna para mí mujer así es que debo irme: pero si fuera necesario, regresaré". Un quinto dijo: "No he arreglado cuentas con ciertas personas: si caigo como mártir mis riquezas serán derrochadas y se hará una injusticia a mi mujer y niños: y tanto el despilfarro como la injusticia son condenados como repugnantes por nuestra sagrada religión y desagradan a Dios". Un sexto dijo: "Debo dinero a algunas personas y no tengo a nadie que me sirva de fiador. Sí llegara a morir mi deuda no me permitirá cruzar el puente de Sirát. Un séptimo dijo: "Vine sin el consentimiento de mi madre y ella me había dicho: "Si fueran allí haré que la leche con la cual te he alimentado te sea vedada". Por lo tanto, temo ser descartado como uno que no cumple su deber hacia la madre". Un octavo lloró diciendo: "He jurado visitar Karbilá este año: con una vez que circunambule el sagrado sepulcro del Jefe de los Mártires tiene más mérito que cien mil martirios o mil peregrinajes a Meca. Temo fallar en el cumplimiento de mi juramento y en esta forma perder esta gran bendición". Otros dijeron: "Nosotros, por nuestra parte no hemos ni visto ni oído de esta gente nada que muestre que sean infieles porque ellos también dicen: "No hay otro Dios sino Dios. Muhammad es el Apóstol de Dios y ‘Alí es el Amigo de Dios". A lo sumo ellos afirman que ha sobrevenido el advenimiento del Imán Mihdí. Déjenlos tranquilos, porque en todo caso no son peores que los sunní quienes no aceptan a los doce Imanes y a los catorce santos inmaculados, reconocen a uno como ‘Umar por califa prefieren a 'Uthmán a ‘Alí-ibn-i-Abí-Tálib y aceptan a Abú-Bakr como sucesor de nuestro Profeta sagrado. Por qué nuestros sacerdotes dejan tranquilos a aquellos y luchan contra éstos por cuestiones sobre cuya corrección o error no se ha llegado a ningún acuerdo?". En resumen, en todo el campamento se escuchaban

murmuraciones de todas las lenguas y se oían quejas de todas las bocas; cada cual cantaba una melodía diferente e inventaba un nuevo pretexto: todos sólo esperaban una excusa plausible para emprender la fuga. Es así como cuando ‘Abbas-Qulí Khán se dio cuenta de esto, temiendo que el contagio de su terror se extendiera a sus soldados, se vio obligado a aceptar las excusas de estos reverendos sacerdotes y sus discípulos y seguidores quienes de inmediato partieron con gran júbilo y murmurando oraciones por el éxito del Sartíp". (El Tárikh-i-Jadíd, págs. 74-6).

16.- "Mihdí-Qulí Mírzá se sintió un tanto sorprendido. Sentía profunda desilusión, pero lo que le impresionó más aún fue que se podía considerar que el Sardár había sido derrotado lo mismo que él y este pensamiento, que halagaba su amor propio, le produjo no poco agrado. No sólo no temía ya que uno de sus subalternos pudiera conquistar la envidiable gloria de apoderarse del fortín de los bábís; sino que no era sólo él quien había fracasado; tenía un compañero en desgracia y un compañero a quien probaría como responsable por las dos derrotas. Feliz en extremo, reunió a sus oficiales de alto y bajo rango y les dio a conocer la noticia, deplorando por cierto la trágica suerte del Sardár y expresando el ardiente deseo que este valiente soldado pudiera ser más afortunado en el futuro". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 179).

17.- 1849 A. D.

18.- "El Príncipe asignó a cada cual el puesto que le correspondería durante el asedio; confió a Hájí Khán Núrí y a Mírzá 'Abu'lláh Navayy la responsabilidad de obtener una cantidad adecuada de provisiones. Como jefes militares designó a Sardár ‘Abbas-Qulí Khán-i-Lárijání, hacia quien mostraba mayor simpatía desde su reciente fracaso; también a Nasru'lláh Khán-i-Bandibi, otro cabecilla y a Mustafá Khán de Ashraf a quien puso como comandante sobre los valerosos tufang-chís de dicha ciudad y también le dio el mando sobre los súritís. Otros señores de menor rango dirigieron a los hombres de Dúdánkih y Bálá-Rastáq así como también varios nómades turcos y kurdos quienes no estaban incluidos en las bandas de los jefes principales. A estos nómades se les confió la tarea especial de observar cada movimiento del enemigo. La experiencia pasada les había demostrado que debían ser más vigilantes en lo sucesivo. Por lo tanto, se dio a los turcos y kurdos la responsabilidad de seguir -tanto de día como de noche- las operaciones del enemigo y de estar siempre alertas con el objeto de prevenir posibles sorpresas" (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 180-81).

19.- "Mihdí-Qulí Mírzá quiso combinar, sin embargo, técnicas militares antiguas con algunas invenciones modernas con el objeto de no descuidar nada e hizo traer desde Teherán dos piezas de artillería y dos morteros con las municiones necesarias. También procuró los servicios de un hombre de Hirát quien había descubierto una sustancia explosiva que podía proyectar llamas a setecientos metros y hacer arder todo. Se hizo un ensayo y dio resultados satisfactorios. La sustancia incendiaria fue lanzada dentro del fuerte y se inició de inmediato un incendio y todas las habitaciones y refugios de madera o de totora que los bábís habían erigido ya sea en el interior del recinto o sobre las murallas, fueron reducidos a cenizas. Mientras proseguía esta destrucción las bombas y balas disparadas por los morteros provocaron serios daños a un edificio erigido con premura por hombres quienes no eran ni arquitectos ni ingenieros y que nunca habían soñado que se les podía atacar con artillería. En muy poco

tiempo las defensas exteriores del fuerte fueron desmanteladas; nada quedaba de ellas excepto vigas caídas, tablones humeantes o que ardían, piedras dispersadas". (Ibíd., págs. 181-182).

20.- "Después de tomar estas precauciones excavaron hoyos y trincheras para que las usaran los tufang-chís a quienes se dio orden que aniquilaran a cualquier bábí que pudiera aparecer. Construyeron torres muy altas que se levantaban por encima de los diversos niveles del fortín o aún más alto y gracias a un fuego continuo desde arriba hicieron muy peligroso para los bábís la circulación dentro del fuerte. Era una ventaja decisiva para los sitiadores, pero en pocos días, aprovechando las largas noches, los jefes bábís lograron elevar las fortificaciones de modo que su altura excedía a la de las torres del enemigo". (Ibíd, págs. 181).

21.- El noveno día después de Naw-Rúz.

22.- "En una ocasión, por cierto, algunos de ellos salieron con el fin de tratar de obtener un poco de té y azúcar para Jináb-i-Quddús. El más destacado de éstos fue Mullá Sa‘íd de Zarkanád. Este era un hombre tan erudito que cuando algunos hombres sabios de la familia de Mullá Muhammad Taqí de Núr dirigieron algunas preguntas escritas a Jináb-i-Quddús sobre la ciencia de la adivinación y astrología, este último dijo a Mullá Sa‘íd: "Escribe con toda prisa una contestación sucinta y completa para ellos, para que no se quede esperando el mensajero que han enviado y una respuesta más detallada será escrita más adelante". Es así como Mullá Sa‘íd, aún cuando estaba presionado por la presencia del mensajero y con las distracciones causadas por el asedio al fortín, escribió rápidamente una misiva elocuente en la que, mientras contestaba las preguntas que se habían formulado, introdujo cerca de cien tradiciones bien establecidas relacionadas con la verdad de la nueva Manifestación de la Prueba prometida, además de varias que anunciaban que aquellos quienes creían en el Señor se detendrían en Tabarsí y que serían martirizados. Los hombres sabios de Núr se mostraron asombrados fuera de toda proporción ante esta erudición y dijeron: "El candor nos obliga a admitir que esta forma de presentar semejantes cuestiones es un gran milagro y que erudición y elocuencia tales como éstas son muy superiores a lo que esperaríamos del Mullá Sa‘íd a quien conocimos. Sin lugar a dudas que este talento le ha sido conferido desde lo alto y él a su vez, lo ha manifestado a nosotros". Ahora bien, mientras Mullá Sa‘íd y sus compañeros se hallaban fuera del fortín, cayeron en manos de tropas reales y fueron conducidos ante el príncipe. Este trató por todos los medios a su alcance, que ellos le dieran alguna información sobre las condiciones en que se encontraba la guarnición bábí, cuántos eran y qué cantidad de munición tenían; pero a pesar de todos sus esfuerzos no logró cosa alguna. Cuando se dio cuenta que Mullá Sa‘íd era un hombre de talento y comprensión, le dijo: "Arrepiéntete y haré que te dejen en libertad y no haré que te maten". A esto Mullá Sa‘íd respondió: "Jamás nadie se ha arrepentido de obedecer al mandato de Dios; por qué debería hacerlo, entonces, yo. Más bien por el contrario, arrepentíos vosotros quienes estáis obrando en contra de Su mandato y con mayor maldad que nadie lo ha hecho hasta ahora". Y dijo muchas cosas más por el estilo. Es así como finalmente lo enviaron a Sárí, encadenado y con grillos y allí le dieron muerte bajo circunstancias de la mayor crueldad, junto con sus compañeros quienes parecen haber sido en número de cinco". (El Tárikh-i-Jadíd, págs. 79-80).

23.- Véase Glosario.

24.- "Es así como éstos construyeron cuatro torres en los cuatro costados del castillo y las levantaron hasta una altura tal que podían dominar el interior del fortín con sus cañones, haciendo que la guarnición fuera blanco para sus balas. Los fieles, al ver esto, comenzaron a

construir pasajes subterráneos en los cuales refugiarse. Pero la tierra en Mázindarán se encuentra cerca del agua y está saturada por la humedad, a lo cual se agregó que llovía continuamente aumentando así el daño, de modo que estas pobres víctimas de la adversidad vivían en medio del lodo y del agua hasta que su ropa se pudría y desprendía a causa de la humedad... Cada vez que alguno de sus camaradas apuraba la copa del martirio ante sus ojos, en vez de lamentarse se regocijaban. Así, por ejemplo, en una ocasión cayó un obús sobre el techo de una choza, la que se incendió. Shaykh Sálih de Shíráz se acercó con el fin de apagar el fuego. Una bala le alcanzó en la cabeza e hizo pedazos su cráneo. En el momento que sacaban su cadáver una segunda bala le arrancó la mano a Áqá Mírzá Muhammad-‘Alí, el hijo de Siyyid Ahmad, padre de Áqá Siyyid Husayn, "el bienamado", un niño de diez años de edad, a la vista de su padre; y cayó rodando en el lodo y la sangre con sus extremidades temblando como las de un pájaro medio muerto". (El Tárikh-i-Jadíd, págs. 81-83).

25.- "Este estado de cosas había durado cuatro meses. El Sháh comenzó a mostrarse impaciente. El éxito de los bábís había encendido en él la ira que, según el historiador persa, expresó en esta forma: ¡Pensábamos que nuestro ejército era capaz de pasar por fuego y agua sin vacilación y que, impertérrito, lucharía contra un león o una ballena, pero lo hemos enviado a que luche contra un puñado de hombres débiles e indefensos y no ha logrado nada! ¿Creen acaso los dirigentes de Mázindarán que aprobamos esta tardanza? ¿Es acaso su política permitir que esta conflagración se extienda para así agrandar su propia importancia en caso que después pongan fin a ella? Muy bien, dejadles saber que obraré como si Alláh jamás hubiera creado Mázindarán y exterminaré sus habitantes hasta el último hombre"(A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 322).

26.- "El sitio se había prolongado por cuatro meses y no había hecho progreso visible alguno. Las fortificaciones antiguas habían sido destruidas, pero con energía indomable los bábís habían construido otras nuevas y, día y noche, les hacían reparaciones y las ampliaban. Era imposible prever el resultado de esta situación, tanto más cuanto que, como ya lo he dicho, Mázindarán no era la única región en Persia donde los devotos de la nueva Fe estaban mostrando señales de su celo y valentía. El Rey y el Primer Ministro, en su angustia, imprecaban a sus lugartenientes. No sólo les acusaban de incompetencia con expresiones de la mayor amargura, sino que amenazaban someterlos al mismo trato proyectado para los bábís si no se lograba una solución definitiva a breve plazo. Por esta razón Mihdí-Qulí Mírzá fue relevado del mando y éste fue entregado a Afshár Sulaymán Khán, un hombre de reconocida firmeza y cuya influencia era muy grande no sólo en su propia tribu una de las más nobles de Persia, sino en todos los círculos militares en los que era muy conocido y se le guardaba gran respeto. Recibió órdenes rigurosísimas". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 183-184).

27.- En Memorials of the Faithful (págs. 16-17)., Abdu'l-Bahá se refiere a las penurias y sufrimientos que soportaron los heroicos defensores del fuerte Shaykh Tabarsí. Rinde un tributo glorioso a la constancia, celo, y valentía de los sitiados, mencionando especialmente a Mullá Sádiq-i-Muqaddas. "Durante dieciocho días", dice, El, "pasaron sin alimento". Vivían del cuero de sus zapatos. Pronto se consumió esto también y lo único que les quedaba era agua. Bebían un sorbo cada mañana y yacían hambrientos y exhaustos en el interior del fuerte. Cuando eran atacados, sin embargo, se ponían de pie de un brinco y mostraban ante el enemigo una extraordinaria valentía y una resistencia asombrosa... Bajo tales circunstancias es

extremadamente difícil mantener una fe y paciencia indomables y soportar aflicciones tan penosas es un fenómeno excepcional".

"Los que permanecían firmes ya habían consumido no sólo todos sus víveres, sino también el poco pasto que podían encontrar en el recinto y la corteza de todos los árboles. Sólo quedaban el cuero de sus cinturones y la envainadura de sus espadas. Tuvieron que hacer uso del expediente recomendado por el embajador de España a los soldados de la liga asediados en París: molieron los huesos de los muertos e hicieron harina con el polvo de ellos. Finalmente, desesperados, se vieron obligados a hacer lo que parecía una profanación. El caballo de Mullá Husayn había muerto a causa de las heridas recibidas durante aquella noche fatal que atestiguó la muerte de su amo. Los bábís lo habían sepultado debido al aprecio que sentían por su santo jefe y una pequeña porción de la profunda veneración que sentían por él rondaba la sepultura del pobre animal. Se reunieron en consejo y, deplorando la necesidad de tal discusión, debatieron la cuestión que si una gran penuria les justificaba el desenterrar el sagrado corcel y consumir sus restos. Con profundo pesar, acordaron que era justificable dicha acción. Cocinaron los restos del caballo con la harina hecha de los huesos de los muertos, comieron esta extraña mezcla y recogieron una vez más sus fusiles" Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 186-187).

28.- Abril 24 - Mayo 23, 1849 A. D.

29.- Véase Glosario.

30.- Referencia a Dios; la palabra Rahmán significa "Misericordioso".

31.- Mayo 9, 1849 A. D.

32.- "Esta sombría y desesperada valentía, este inextinguible entusiasmo causo grave preocupación a los Jefes del ejército imperial. Habiendo perdido toda esperanza de derribar las fortificaciones después de haber sufrido numerosas derrotas, pensaron en recurrir a la astucia. El Príncipe era astuto por naturaleza y Sulaymán Khán-i-Afshár, quien había sido enviado recientemente por el Sháh insistía en que se recurriera a tal método, temerosos que mayor tardanza pusiera en peligro a su prestigio y su vida" (A. L. M. Nicolas: "Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb", pág. 325).

33.- Corán 7, 88.

34.- Véase Glosario.

35.- "Todas las fortificaciones construidas por los bábís fueron demolidas e incluso nivelaron la tierra para hacer desaparecer las señales de la heroica defensa de aquellos quienes habían muerto a causa de su fe. Se imaginaron que esto silenciaría a la historia". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 327).

36.- "Les hicieron formar fila y se entretenían abriéndoles el abdomen con cuchillos. Esto les resultaba tanto más entretenido cuanto que de los intestinos perforados salía el pasto aún no digerido, señal elocuente de los sufrimientos que habían padecido así como también de la fe que los había mantenido. Algunos, muy pocos por cierto, lograron huir hacia el bosque". (Ídem).

37.- Hájí ‘Abdu'l-Majíd-i-Nísháburí, quien posteriormente fue martirizado en Khurásán.

38.- "Fue entonces", dice Mírzá Jání, "que el Islam dio una vergonzosa exhibición ante el mundo. Los vencedores, si así se les puede llamar deseaban gozar de la intoxicación de su victoria. Encadenaron a Quddús. Mírzá Muhammad-Hasan Khán, el hermano del Bábu'l-Báb, a Ákhúnd Mullá Muhammad-Sádiq-i-Khurásání, a Shaykh Ni‘matu'lláh-i-Ámulí, a Hájí Násir-i-

Qazvíní, a Mullá Yúsuf-i-Ardibílí, a Áqá Siyyid Abdu'l-‘Azím-i-Khu'í y a varios otros. Los colocaron en el centro del desfile que partió acompañado por toque de tambores y cada vez que pasaban por un lugar habitado, les castigaban". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb págs. 327-328).

"La crueldad llegó más lejos aún. Si algunos se libraron de la muerte por haber sido vendidos como esclavos, a otros se les torturó hasta que expiraron. Aquellos quienes encontraron amos bondadosos fueron Ákhúnd Mullá Muhammad-Sádiq-i-Khurásání, Mullá Muhammad-i-Mahvalátíy-i-Dúgh-Ábádí, Áqá Siyyid ‘Azím-i-Khu'í, Hájí Násir-i-Qazvíní. Hájí ‘Abdu'l-Majíd-i-Nishábúrí y Mírzá Husayn-Matavillíy-i-Qumí. Cuatro bábís sufrieron martirio en Bárfurúsh, dos fueron enviados a Ámul: uno de ellos fue Mullá Ni‘matu'lláh-i-Ámulí y el otro Mírzá Muhammad-Báqir-i-Khurásány-i-Qá'iní, primo de nuestro autor Bábí. "Qá'iní había vivido antaño en Mashhad, en la avenida llamada Khíyábán-Balá y su casa que llevaba por nombre "Bábíyyih", era el lugar de reunión para los sectarios así como también el hogar de los correligionarios que pasaban en viaje. Fue allí donde Quddús y el Bábu'l-Báb residieron en el curso de su viaje a Khurásán. Además de sus conocimientos religiosos. Qá'iní era muy hábil con sus manos y fue él quien diseñó las fortificaciones de Shaykh Tabarsí". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 329).

39.- "En cuanto a los demás prisioneros, se les obligó a recostarse sobre el suelo, uno al lado del otro y los verdugos les abrieron el abdomen. Se pudo observar que varios de estos desafortunados tenían pasto crudo en sus intestinos. Una vez que hubieron completado esta masacre, encontraron que aún había trabajo que hacer y asesinaron a los fugitivos que ya habían sido perdonados. Había mujeres y niños y ellos tampoco se libraron y fueron degollados. Era por cierto un día muy ocupado con mucha matanza y ningún riesgo". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 189). "A su llegada a Ámul, Mullá Ni‘matu'lláh fue torturado con increíble ferocidad. Aparentemente esta escena provocó a Qá'iní un acceso de ira. Sea como fuere cuando se acercó el verdugo, Qá'iní, rompiendo sus amarras, saltó sobre él, le arrancó la espada y lo golpeó con violencia tal que su cabeza salió rodando hasta una distancia de más o menos quince pies. La multitud se precipitó sobre él pero con fuerza terrible derribó a todos aquellos que llegaban a su alcance y finalmente tuvieron que dispararle un tiro con un rifle con el objeto de subyugarle. Después de su muerte encontraron en su bolsillo un pedazo de carne asada de caballo, prueba de la miseria que había padecido por su fe". (Ídem págs. 329-330).

40.- ***"Todo el mundo se maravilló ante el grado de su sacrificio... La mente queda anonadada ante sus acciones, y el alma se asombra ante su fortaleza y resistencia física... Estas luces sagradas han soportado con heroísmo, durante dieciocho años, las aflicciones que han llovido sobre ellas desde todos lados. ¡Cuánto amor, cuánta devoción, cuánta alegría y sagrado éxtasis mostraron al sacrificar sus vidas en el sendero del Todo Glorioso! Todos son testigos de esta verdad. ¿Cómo pueden entonces, empequeñecer esta Revelación? ¿Se ha visto en alguna época acontecimientos de tanta significación? ¿Si estos compañeros no son los verdaderos buscadores de Dios, a quiénes otros se podría llamar por este nombre? ¿Han buscado estos compañeros el poder o la gloria? ¿Han deseado alguna vez riquezas? ¿Han tenido algún otro deseo que la voluntad de Dios? ¿Si estos compañeros con todos sus maravillosos testimonios, son falsos, quién es digno, entonces, de reclamar para si la verdad? ¡Por Dios! Sus mismas acciones son suficiente testimonio y una prueba irrefutable***

para toda la gente del mundo si los hombres meditaran en sus corazones sobre los misterios de la Divina Revelación. ¡Y aquellos quienes obran con injusticias pronto sabrán lo que les espera!" (El Kitáb-i-Íqán, págs. 189-91).

41.- 1847-8 D.C.

42.- Mayo 11, 1849 D.C.

43.- "Los bábís hacen notar el hecho que, poco después, el Sa‘ídu'l-‘Ulamá sufrió una extraña enfermedad. A pesar de las pieles con que se cubría, a pesar del fuego que ardía constantemente en su pieza, tiritaba de frío mientras que al mismo tiempo tenía una fiebre tan alta que nada podía saciar su intolerable sed. Falleció y su casa, que era muy hermosa, fue abandonada y finalmente cayó en ruinas. Poco a poco se desarrolló la costumbre de amontonar basuras en el lugar donde antes se había erguido orgullosa. Esto impresionó a tal punto a los mázindaránís que cuando riñen entre ellos, el último insulto es, muy a menudo: "Que tu casa sufra la misma suerte que la casa de Sa‘ídu'l-‘Ulamá". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 330).

44.- En todo caso, parece ser que después del martirio de Jináb-i-Quddús, un sacerdote piadoso llamado Hájí Muhammad-‘Alíy-i-Hamzih, cuya habilidad como exegeta y cuyas dotes espirituales eran reconocidas por todos, envió a varias personas para que sepultaran en secreto los restos mutilados en el colegio arruinado que se mencionó. Y él, lejos, de aprobar la conducta del Sa‘ídu'l ‘Ulamá, acostumbraba maldecirle y vituperarle y jamás pronunció él mismo sentencia de muerte contra ningún Bábí, más bien por el contrario, acostumbraba obtener digna sepultura para aquellos que habían sido muertos por el Sa‘ídu'l-‘Ulamá. Y cuando los hombres le preguntaban respecto a la guarnición del castillo, contestaba: "no los condeno ni hablo mal de ellos". Por esta razón la mitad de Bárfurúsh, permaneció neutral porque en un principio acostumbraba prohibir a los hombres maldecir o molestar a los bábís, aún cuando más tarde, cuando la situación se puso muy grave consideró que era prudente guardar silencio y se encerró en su casa. Ahora bien, la austeridad de su vida, su piedad, su erudición y su virtud eran tan bien conocidas para la gente de Mázindarán como lo eran la irreligión, inmortalidad y actitud mundana del Sa‘ídu'l-‘Ulamá". (El Taríkh-i-Jadíd, pág. 92).

45.- ***"Aquel que conoció a Quddús e hizo con él el peregrinaje es aquel sobre quien han pasado "ocho unidades" y Dios le honro entre Sus ángeles en los cielos debido a la forma en que se apartó de todo y porque estaba libre de culpa a los ojos de Dios".*** (El Bayán Persa, vol. 2, pág. 264). Pero más maravilloso que los acontecimientos descritos más arriba es el relato que de ellos hace ‘Abbas-Qulí Khán sobre el asunto y él contestó así: "La verdad de la cuestión es que cualquier persona que no hubiera visto Karbilá, si hubiera visto Tabarsí, no solo habría comprendido lo que sucedió allí, sino que habría dejado de considerarlo; y si hubiera visto a Mullá Husayn de Búshrúyih, se habría convencido que el Jefe de los Mártires había regresado a la tierra; y si hubiera presenciado mis acciones, sin lugar a dudas que habría dicho: "Este es Shimr quien ha regresado con espada y lanza". Juro por la sagrada pluma de Su Majestad el Centro del Universo que cierto día Mullá Husayn quien llevaba sobre su cabeza un turbante verde y una capa sobre el hombro, salió del castillo, se presentó a campo abierto y apoyándose sobre su lanza que llevaba en la mano, dijo: "¿Oh pueblo, por qué, bajo la influencia de la pasión y prejuiciosas tergiversaciones y sin indagar, obráis tan cruelmente hacia nosotros y os esforzáis en derramar sin causa alguna la sangre de inocentes? Avergonzaos ante el Creador del Universo y por lo menos permitidnos pasar, para que

podamos irnos de esta tierra". Al ver que los soldados se conmovían abrí fuego y ordené a las tropas que gritaran para ahogar su voz. De nuevo lo vi apoyarse en su lanza y le oí gritar tres veces: "¿Hay alguien quien quiera ayudarme?", de modo que todos oyeron su voz. En ese instante todos los soldados guardaban silencio y algunos comenzaron a sollozar y muchos de los jinetes se mostraron visiblemente afectados. Temiendo que el ejército pudiera sentirse seducido de su alianza, ordené una vez más que gritaran y dispararan. Entonces vi a Mullá Husayn desenvainar su espada y levantó su rostro hacia el cielo y le oí exclamar: "Oh Dios, he completado la prueba para esta hueste, pero de nada ha servido!" Entonces comenzó a atacarnos a diestra y siniestra. Juro por Dios que en ese día esgrimió la espada en tal forma que trasciende el poder del hombre. Sólo los jinetes de Mázindarán se mantuvieron firmes y rehusaron huir. Y cuando Mullá Husayn estaba en medio del combate alcanzó a un soldado fugitivo. El soldado se refugió detrás de un árbol y aún más, trató de protegerse con su mosquete. Mullá Husayn le propinó tal golpe con su espada que cortó al soldado, al árbol y al mosquete en seis pedazos. Y durante toda esa guerra nunca usó en forma defectuosa su espada ya que cada golpe que daba caía sobre el blanco. Y por las características de sus heridas podía yo reconocer a todos los que habían caído bajo la espada de Mullá Husayn y como había oído decir y sabía que nadie podía esgrimir la espada a la perfección excepto el Jefe de los Creyentes y que era poco menos que imposible que una espada cortara tan certeramente y por tanto prohibí a todos los que sabían esto que lo mencionaran o dieran a conocer, para que la tropa no se desanimara y desmayara en la lucha. En verdad, no se qué había sido mostrado a esta gente o qué era lo que había visto, que salían a la lucha con tanta vehemencia y alegría y se dedicaban a batallar con tanta prontitud y felicidad, sin mostrar en sus rostros señal alguna de temor o aprehensión. Uno se imaginaría que a su vista la afilada espada y el sanguinario puñal no eran sino medios para lograr la vida eterna, tan ansiosa bienvenida daban a ellos sus cuellos y pechos mientras circulaban como salamandras alrededor de la lluvia de metralla y balas. El hecho asombroso era que todos estos hombres eran estudiantes y hombres eruditos, de vida recluida y sedentaria en los colegios y celdas, cuidadosamente alimentados y de físico débil, acostumbrados por cierto a las austeridades, pero extraños ante el rugido del cañón, las descargas de mosquetes y el campo de batalla. Durante los últimos tres meses del sitio carecían incluso de pan y agua y estaban reducidos al grado más extremo de debilidad por falta de la más mínima cantidad de alimentos indispensables para mantener la vida. A pesar de esto, parecía que en el momento de entrar en batalla soplaba un nuevo espíritu en sus cuerpos ya que la imaginación del hombre no puede concebir la vehemencia de su coraje y valor. Acostumbraban exponer sus cuerpos a las balas y obuses no sólo sin temor y valerosamente, sino con ansia y júbilo y parecían considerar el campo de batalla como un banquete y estar decididos a entregar sus vidas". (El Táríkh-i-Jadíd, pág. 106-9).

46.- 1844 D.C.

47.- Noviembre - Diciembre 1888 D.C.

48.- Literalmente "El Ultimo Nombre de Dios".

49.- Mayo 16, 1849 D.C.

50.- Corán 3: 93.

51.- Literalmente "El Ultimo Punto".

52.- Véase nota 45, Cap. XX.

53.- Véase nota 12, Cap. XX.

54.- Noviembre 27, 1848 D.C.
55.- Corán 2: 94.
56.- Véase Glosario

CAPÍTULO 21

LOS SIETE MÁRTIRES DE TEHERÁN

La noticia de la trágica suerte que habían corrido los héroes de Tabarsí trajo pesar inconmensurable al corazón del Báb. Confinado en su castillo prisión de Chihríq, separado del pequeño grupo de Sus denodados discípulos, observó con atenta ansiedad el progreso de sus esfuerzos y oró con inquebrantable celo por su victoria. Cuán grande Su pena cuando, a principios de Sha'bán en el año 1265 D.H.[1] supo de las pruebas que se habían interpuesto en su sendero, de las agonías que habían sufrido, de la traición a que había recurrido un enemigo exasperado, y de la abominable carnicería en que había terminado su carrera.

"El Báb estaba transido de dolor", relató posteriormente Su amanuense, Siyyid Husayn-i-‘Azíz, "al recibir esta noticia inesperada. Se sintió desfallecer de pena, una pena que acalló Su voz y detuvo Su pluma. Durante nueve días rehusó recibir a ninguno de Sus amigos. Yo mismo, aún cuando era su servidor constante e íntimo, no fui admitido. No se sintió inclinado a ingerir ni los alimentos ni la bebida que Le ofrecimos. Las lágrimas llovían sin cesar de Sus ojos y expresiones de angustia brotaban constantemente de Sus labios. De detrás de una cortina pude oírle dar rienda suelta a Sus sentimientos de tristeza mientras comulgaba, en el retiro de Su celda, con Su Bienamado. Traté de anotar las efusiones de Su amargura a medida que brotaban de Su corazón herido. Sospechando que pensaba guardar las lamentaciones que profería, me pidió que destruyera todo lo que había anotado. Nada queda de los quejidos y lamentaciones con que ese corazón sobrecargado trató de aliviar la angustia que lo oprimía. Durante cinco meses languideció, sumergido en un océano de desesperación y pesar".

Con la legada de Muhammad en el año 1266 D.H.[2] el Báb reinició el trabajo que se había visto obligado a interrumpir. La primera página que escribió estaba dedicada a la memoria de Mullá Husayn. En la Tabla de visitación revelada en su honor, ensalzó, en términos conmovedores, la fidelidad inquebrantable que había mostrado a Quddús durante el sitio del fuerte de Tabarsí. Prodigó Sus alabanzas a su conducta magnánima, relató sus hazañas y afirmó su indudable reunión, en el mundo del más allá, con el jefe a quién había servido tan noblemente. Él también, escribió, pronto Se reuniría con esos inmortales gemelos, cada uno de los cuales, con su vida y su muerte, había derramado brillo imperecedero sobre la Fe de

Dios. Durante una semana entera el Báb siguió escribiendo Sus alabanzas de Quddús, de Mullá Husayn y de sus demás compañeros que habían ganado la corona del martirio en Tabarsí.

Apenas había completado Sus apologías de los que habían inmortalizado sus nombres en defensa del fuerte, llamó, el día de ‘Áshúrá[3], a Mullá Ádí-Guzal[4], uno de los creyentes de Marághih, que durante los últimos dos meses había estado desempeñándose como Su ayudante en vez de Siyyid Hasan, el hermano de Siyyid Husayn-i-‘Azíz. Lo recibió afectuosamente, le confirió el nombre de Sayyáh, le confió el cuidado de las Tablas de visitación de los mártires de Tabarsí y le pidió que hiciera, por El, un peregrinaje a aquél lugar. ***"Levántate",*** dijo, ***"y con absoluto desprendimiento, procede, disfrazado de viajero, a Mázindarán y cuando llegues allí, visita el lugar que guarda los cuerpos de aquellos inmortales quienes, con su sangre, han sellado su fe en Mi Causa. Al acercarte a las vecindades de esa tierra sagrada, quítate el calzado, inclina tu cabeza reverentemente en su memoria, invoca sus nombres y, en actitud de oración, circunda su santuario. Como recuerdo de tu visita, Me traerás un puñado de la tierra que cubre los restos de Mis amados, Quddús y Mullá Husayn. Esfuérzate por estar de regreso antes del día de Naw-Rúz, para que puedas celebrar Conmigo ese festival, el único que probablemente volveré a ver jamás".***

Fiel a las instrucciones que había recibido, Sayyáh partió en su peregrinaje a Mázindarán. Llegó a su destino el primer día de Rabí'ú'l-Avval en el año 1266 D.H.[5] y al noveno día de ese mismo mes[6], el primer aniversario del martirio de Mullá Husayn, había hecho su visita y cumplido la misión que se le había confiado. De allí fue a Teherán.

He oído a Áqáy-i-Kalím, quien recibió a Sayyáh a la entrada de la casa de Bahá'u'lláh en Teherán, relatar lo siguiente: "Era pleno invierno cuando Sayyáh, de regreso de su peregrinaje, vino a visitar a Bahá'u'lláh. A pesar de la nieve y del frío de un invierno riguroso, se presentó vestido con la indumentaria de un derviche, con ropas pobres, descalzo y desgarbado. Su corazón estaba ardiendo con la llama que ese peregrinaje había encendido. Apenas había sido informado Siyyid Yahyáy-i-Dárábí, de apellido Vahíd, que en aquél entonces era huésped de Bahá'u'lláh, del regreso de Sayyáh del fuerte de Tabarsí, cuando olvidado de la pompa y circunstancia a que estaba acostumbrado a causa de su posición, se apresuró a lanzarse a los pies del peregrino. Tomando sus piernas, que estaban cubiertas de barro hasta las rodillas, entre sus brazos, las besó con devoción. Me sorprendí ante las numerosas evidencias de afecto que Bahá'u'lláh mostró ese día a Vahíd. Le dispensó favores tales como no le he visto mostrar a nadie. La naturaleza de Su conversación no me dejó duda alguna de que ese mismo Vahíd

se distinguiría, antes de mucho, con acciones no menos extraordinarias que las que habían inmortalizado a los defensores del fuerte Tabarsí".

Sayyáh permaneció algunos días en esa casa. Sin embargo no pudo percibir, como lo hizo Vahíd, la naturaleza de ese Poder que yacía latente en su Anfitrión. Aún cuando el mismo recibía los mayores favores de Bahá'u'lláh, no pudo captar el significado de las bendiciones que eran derramadas sobre él. Le he oído relatar sus experiencias durante su estadía en Famagusta: "Bahá'u'lláh me abrumó con Sus bondades. En cuanto a Vahíd, a pesar de su prominente posición, siempre me daba la preferencia sobre sí mismo cuando estaba en presencia de su Anfitrión. El día de mi llegada a Mázindarán llegó al extremo de besarme los pies. Me sentí asombrado ante la recepción que me fue dada en aquél hogar. Aún cuando estaba sumergido en un océano de bondades, en aquellos días fracasé en apreciar la posición que ocupaba Bahá'u'lláh, ni tampoco sospeché, no importa cuán vagamente, la naturaleza de la Misión que estaba destinado a cumplir".

Antes de la partida de Sayyáh de Teherán, Bahá'u'lláh le confió una epístola, cuyo texto había dictado a Mírzá Yahyá[7], y la envió en su nombre. Poco después llegó una respuesta, escrita de puño y letra del Báb, en que Este entrega a Mírzá Yahyá al cuidado de Bahá'u'lláh y encarece que se preste atención a su instrucción y educación. Esa carta ha sido interpretada mal por la gente del Bayán[8] como una prueba de las exageradas pretensiones[9] que han proclamado en favor de su jefe. Aún cuando el texto de esa respuesta carece en absoluto de tales pretensiones y, fuera de las alabanzas de Bahá'u'lláh que contiene y la petición que hace para la educación de Mírzá Yahyá, no contiene referencia alguna a su supuesta posición, sin embargo sus seguidores se han imaginado vanamente que esa carta constituye una afirmación de la autoridad con que lo han investido[10].

A esta altura de mi relato, cuando ya he contado los acontecimientos sobresalientes que ocurrieron durante el año 1265 D.H.[11], recuerdo que ese mismo año atestiguó el acontecimiento de mayor significado en mi propia vida, acontecimiento que señaló mi renacimiento espiritual, mi liberación de las cadenas del pasado y mi aceptación del Mensaje de esta Revelación. Ruego al lector que me perdone si me ocupo en exceso de las circunstancias de mi juventud y relato con demasiado detalle los acontecimientos que llevaron a mi conversión. Mi padre pertenecía a la tribu de Táhirih, que llevaba vida nómada en la provincia de Khurásán. Su nombre era Ghulám-‘Alí, hijo de Husayn-i-‘Arab. Se casó con la hija de Kabl-‘Alí y de ella tuvo tres hijos y tres hijas. Yo fui el segundo hijo y se me dio el nombre de Yár-Muhammad. Nací el dieciocho de Safar en el año 1247 D.H.[12], en la aldea de Zarand. Yo era pastor de profesión y

mi niñez se me dio un a educación muy rudimentaria. Ansiaba dedicar mi tiempo a mis estudios, pero me fue imposible hacerlo debido a las exigencias de mi situación. Leí el Corán con avidez, memoricé numerosos fragmentos y los entonaba mientras seguía a mi rebaño en los campos. Amaba la soledad y en la noche observaba las estrellas con deleite y asombro. En la quietud del campo abierto, recitaba ciertas oraciones atribuidas al Imán ‘Alí, el Comandante de los Fieles y, al volver mi rostro hacia el Qiblih[13], suplicaba al Todopoderoso que guiara mis pasos y me permitiera encontrar la Verdad.

Con frecuencia mi padre me llevaba consigo a Qum donde me familiaricé con las enseñanzas del islam y los métodos y costumbres de sus dirigentes. Él era devoto seguidor de la Fe y estaba estrechamente relacionado con los dirigentes eclesiásticos que se reunían en aquella ciudad. Lo observaba mientras oraba en el Masjid-i-Imán-Hasan y llevaba a cabo, con cuidado escrupulosos y extraordinaria devoción, todos los ritos y ceremonias prescritas por su Fe. Escuché la prédica de varios mujtahids eminentes que habían llegado de Najaf, asistí a sus conferencias y escuché sus discusiones. Gradualmente comencé a percibir su insinceridad y a aborrecer la degradación de su carácter. Ansioso como estaba de comprobar la veracidad de los credos y dogmas que me trataban de imponer, no encontraba ni el tiempo ni las facilidades con que satisfacer mi deseo. Mi padre me reprendió con frecuencia por mi temeridad e inquietud. "Temo", observaba con frecuencia, "que tu aversión a estos mujtahids pueda traerte grandes dificultades algún día y haga caer sobre tu cabeza reproches y vergüenza".

Me encontraba en la aldea de Rubát-Karím, visitando a mi tío materno cuando, el décimo segundo día después de Naw-Rúz, en el año 1263 D.H.[14] escuché accidentalmente, en el masjid de aquella aldea, una conversación entre dos hombres por la que me enteré por vez primera de la Revelación del Báb. "¿Has oído", dijo uno de ellos, "que el Siyyid-i-Báb ha sido llevado a la aldea de Kinár-Gird y está camino de Teherán?" Al encontrar que su amigo ignoraba ese episodio, comenzó a relatar toda la historia del Báb, explicando detalladamente las circunstancias de Su Declaración, Su arresto en Shíráz, Su partida a Isfahán, la recepción que tanto el Imán Jum‘ih como Manúchihr Khán Le habían dado, los prodigios y maravillas que había manifestado y el veredicto que los 'ulemas de Isfahán habían pronunciado en Su contra. Cada detalle de esa historia excitó mi curiosidad y me causaron gran admiración por un Hombre que podía influenciar tanto a Sus compatriotas. Su luz parecía haber inundado mi alma; me sentí como si ya me hubiera convertido Su Causa.

De Rubát-Karím regresé a Zarand. Mi padre notó lo inquieto que estaba y expresó su sorpresa ante mi comportamiento. Había perdido mi apetito y el sueño

y estaba decidido a ocultar el secreto de mi agitación interior a mi padre, para que su revelación no interfiriera con el eventual cumplimiento de mis esperanzas. Seguí en ese estado hasta que cierto Siyyid Husayn-i-Zavári'í llegó a Zarand y me pudo ilustrar sobre el tema que había llegado a ser la pasión dominante de mi vida. Nuestro conocimiento mutuo pronto se transformó en una amistad que me animó a compartir con él el deseo de mi corazón. Para gran sorpresa mía, encontré que ya estaba subyugado por el secreto del tema que había comenzado a relatarle. "Uno de mis primos", dijo, "Siyyid Ismá'il-i-Zavári'í de nombre, me convenció de la verdad del Mensaje proclamado por el Siyyid-i-Báb. Me informó que en varias ocasiones había estado en presencia del Siyyid-i-Báb en casa del Imán-Jum'ih de Isfahán y había visto él mismo cómo revelaba, en presencia de Su anfitrión, un comentario sobre el Sura de Va'l-'Asr[15]. La rapidez de la escritura del Báb y la fuerza y originalidad de Su estilo, le causaron sorpresa y admiración. Se sintió asombrado al ver que, mientras revelaba Su comentario, y sin disminuir la rapidez de Su escritura, podía contestar cualquier pregunta que los presentes se sentían inclinados a formular. La intrepidez con que mi primo se levantó a predicar el Mensaje despertó la hostilidad de los Kad-Khudás[16] y siyyids de Zavárih, quienes lo obligaron a regresa a Isfahán donde había estado viviendo últimamente. Yo también, en la imposibilidad de vivir en Zavárih, partí a Kásh<u>á</u>n, donde pasé el invierno y me encontré con Hájí Mírzá Jání, de quién me había hablado mi primo y que me facilitó un tratado escrito por el Báb cuyo título era 'Risáliy-i-'Adlíyyih', encareciéndome que lo leyera cuidadosamente y que se lo devolviera después de unos días. Me sentí tan entusiasmado por el tema y lenguaje de ese tratado que inmediatamente me puse a transcribir el texto entero. Cuando se lo devolví al dueño, me informó, para gran pesar mío, que acababa de perder la oportunidad de conocer a su Autor. "El Siyyid-i-Báb en Persona", me informó, "llegó la víspera de Naw-Rúz y pasó tres noches como Huésped en mi casa. Ahora va rumbo a Teherán de modo que si partes inmediatamente, sin lugar a dudas Lo alcanzarás". Inmediatamente me levanté y partí, andando a pie todo el camino de Kásh<u>á</u>n a un fuerte en las vecindades de Kinár-Gird. Estaba descansando a la sombra de sus murallas cuando un hombre de aspecto agradable salió de esa fortaleza y me preguntó quién era y dónde iba. "Soy un siyyid pobre", repliqué, "un caminante y extraño en estos lugares". Me llevó a su casa y me invitó a pasar aquella noche como su invitado. Durante su conversación me dijo: "Sospecho que usted es un seguidor del Siyyid quien permaneció algunos días en esta fortaleza, de donde fue conducido a la aldea de Kulayn y que, hace tres días, partió para Ádhirbáyján. Yo me considero uno de Sus adeptos. Mi nombre es Hájí Zaynu'l-'Ábidín. Mi intención era no separarme de Él, pero me

rogó que permaneciera en este lugar y diera, a cualquiera de Sus amigos que pudiera encontrar, un afectuoso saludo Suyo y que los disuadiera de seguirle. "Decidles", fueron Sus instrucciones, "que consagren sus vidas al servicio de Mi Causa, para que felizmente las barreras que obstaculizan el progreso de esta Fe puedan ser removidas, para que Mis discípulos puedan, con entera libertad y seguridad, adorar a su Dios y observar los preceptos de su Fe". Inmediatamente abandoné mi proyecto y, en vez de regresar a Qum, decidí venir a este lugar".

La historia que este Siyyid Husayn-i-Zavári'í me relató, me tranquilizó. Compartió conmigo la copia del "Risáliy-i-'Adlíyyih" que había traído consigo, y su lectura fortaleció y refrescó mi alma. En esos días era pupilo de un siyyid quién me enseñaba el Corán y cuya incapacidad para ilustrarme sobre los preceptos de su Fe se hacía cada vez más evidente o mis ojos. Siyyid Husayn, a quién pedí mayores informaciones sobre la Causa, me aconsejó que fuera a ver a Siyyid Ismá‘il-i-Zavári'í, quien tenía la costumbre invariable de visitar, cada primavera, los santuarios de los imán-zádihs[17] de Qum. Induje a mi padre, que estaba poco dispuesto a dejar que me separara de él, que me enviara a aquella ciudad con el objeto de perfeccionar mis conocimientos de la lengua árabe. Me cuidé de ocultarme mi verdadero propósito, pues temía que si lo daba a conocer podría crearle dificultades con el Kadí[18] y los 'ulemas de Zarand, lo que impediría que alcanzara mi propósito.

Mientras estaba en Qum, mi madre, mi hermana y mi hermano vinieron a visitarme en ocasión del festival de Naw-Rúz y permanecieron conmigo cerca de un mes. Durante su visita pude informar a mi madre y a mi hermana sobre la nueva Revelación, y tuve éxito en prender en sus corazones el amor a su Autor. Algunos días después de su regreso a Zarand, llegó Siyyid Ismá‘il, a quién esperaba con impaciencia y quien pudo, durante sus discusiones conmigo, explicar en detalle todo lo que era necesario para conquistarme completamente para la Causa. Puso énfasis sobre la continuidad de la Revelación Divina, afirmó la unidad fundamental de los Profetas del pasado y explicó su íntima relación con la Misión del Báb. También me dio a conocer la naturaleza de la labor realizada por Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í y Siyyid Kázim-i-Rashtí, de quienes no había oído hablar antes. Le pregunté respecto al deber que le correspondía, en la actualidad, a todo adepto leal a la Fe. "La exhortación del Báb", replicó, "es que todos aquellos quienes han aceptado Su Mensaje deben ir a Mázindarán y prestar su apoyo a Quddús quién se encuentra asediado por las fuerzas de un enemigo implacable". Expresé mi deseo de acompañarlo, ya que él mismo tenía la intención de viajar al fuerte Tabarsí. Sin embargo, me aconsejó que me quedara en Qum, junto con cierto Mírzá Fathu'lláh-i-Hakkák, un muchacho de mi edad a

quién hacía poco había guiado a la Causa, hasta que recibiera su mensaje desde Teherán.

Esperé en vano ese mensaje y, al encontrar que no llegaba noticia alguna de él, decidí partir a la capital. Posteriormente mi amigo Mírzá Fathu'lláh me siguió. Eventualmente fue arrestado y compartió la suerte de aquellos quienes fueron muertos en el año 1268 D.H.[19] como consecuencia del atentado contra la vida del Sháh. Al llegar a Teherán, fui directamente al Masjid-i-Sháh que estaba frente al madrisih[20], en cuya entrada encontré, inesperadamente, al poco rato, a Siyyid Ismá'il-i-Zavári'í, quien se apresuró a informarme que acababa de escribir la carta y estaba a punto de despacharla a Qum.

Nos estábamos preparando para ir a Mázindarán cuando nos llegó la noticia que los defensores del fuerte habían sido masacrados alevosamente y que el fuerte mismo había sido demolido. Sentimos profunda pena al recibir esta noticia abrumadora y lamentamos la trágica suerte de aquellos que habían defendido tan heroicamente su amada Causa. Cierto día me encontré inesperadamente con mi tío materno, Naw-Rúz-'Alí, quién había venido a propósito para buscarme. Informé a Siyyid Ismá'il quién me aconsejó que me fuera a Zarand y no despertara mayor hostilidad de parte de aquellos que insistían que regresara.

A mi llegada a la aldea, pude conquistar a mi hermano para la Causa que ya habían abrazado mi padre y mi hermana. También tuve éxito en inducir a mi padre que me dejara ir nuevamente a Teherán. Me establecí en el mismo madrisih en que me había alojado en mi visita anterior y allí conocí a cierto Mullá 'Abdu'l-Karím, quien supe posteriormente, había recibido de Bahá'u'lláh el nombre de Mírzá Ahmad. Me recibió afectuosamente y me dijo que Siyyid Ismá'il me había confiado a su cuidado y deseaba que siguiera en su compañía hasta que él regresara a Teherán. Nunca olvidaré los días de mi compañía con Mírzá Ahmad. Encontré que era la encarnación misma del afecto y la bondad. Las palabras con que me inspiró y avivó mi fe se encuentran grabadas en forma indeleble en mi corazón.

Por su intermedio fui presentado a los discípulos del Báb, con quienes me asocié y de quienes obtuve información más completa sobre las enseñanzas de la Fe. En aquél tiempo Mírzá Ahmad se ganaba la vida como escriba, y dedicaba las tardes a copiar el Bayán persa y otros escritos del Báb. Las copias que preparó con tanto cuidado fueron obsequiadas por él a sus condiscípulos. Yo mismo fui portador, en varias oportunidades, de esos obsequios a la esposa de Mullá Mihdíy-i-Kandí, quien había abandonado su hijo nacido hacía poco y se había apresurado en ir a reunirse con los ocupantes del fuerte Tabarsí.

Durante esos días se me informó que Táhirih, que desde la dispersión de la reunión de Badasht había estado viviendo en Núr, había llegado a Teherán y estaba confinada en la casa de Mahmúd Khán-i-Kalantar, donde, aún cuando prisionera, era tratada con la mayor consideración y cortesía.

Cierto día Mírzá Ahmad me llevó a la casa de Bahá'u'lláh, cuya esposa, Varaqatu'l-'Ulyá[21], la madre de la Más Grande Rama[22], ya había curado mi vista con un ungüento que ella misma había preparado y enviado por intermedio de ese mismo Mírzá Ahmad. Al primero que encontré en esa casa fue ese mismo querido Hijo de ella, que entonces era un niño de seis años de edad. Me dio la bienvenida con una sonrisa mientras estaba parado en la puerta de la habitación ocupada por Bahá'u'lláh. Pasé al lado de esa puerta y fui conducido a la presencia de Mírzá Yahyá, sin darme cuenta de la estación del Morador de la pieza que había dejado tras mí. Cuando se me puso cara a cara con Mírzá Yahyá, me asusté, en cuanto observé su rostro y tomé nota de su conversación, ante su completa falta de capacidad para la posición que se pretendía darle.

En otra ocasión, cuando visité aquella misma casa, estaba a punto de entrar en la pieza ocupada por Mírzá Yahyá cuando Áqáy-i-Kalím, a quién conocía de antes, se acercó y me rogó, ya que Isfandíyár, su sirviente, había ido al mercado y aún no regresaba, que llevara a "Áqá"[23] al Madrisiy-i-Mírzá-Sálih. Accedí gustoso y, en el instante en que me iba, vi a la Más Grande Rama, niño de extraordinaria belleza usando un Kuláh[24] y vestido con el jubbiy-i-hizári'í[25] salir de la pieza que ocupaba Su Padre y descender las escaleras que llevaban al portón de la casa. Avancé y tendí los brazos para levantarlo. "Caminaremos juntos", dijo, tomándome de la mano y conduciéndome fuera de la casa. Conversamos mientras caminábamos de la mano en dirección al madrisih conocido en aquellos días como Pá-Minár. Al llegar a su sala de clases, se volvió hacia mí y me dijo: "Venga de nuevo esta tarde y lléveme de regreso a mi casa, porque Isfandíyár no puede venir a buscarme. Mi padre lo va a necesitar hoy día". Accedí gustoso y regresé inmediatamente a la casa de Bahá'u'lláh. Allí me encontré nuevamente con Mírzá Yahyá quien me entregó una carta y me pidió que la llevara al Madrisiy-i-Sadr para entregársela a Bahá'u'lláh a quién encontraría, se me dijo, en la habitación ocupada por Mullá Báqir-i-Bastámí. Me pidió que regresara inmediatamente con la respuesta. Cumplí el recado y regresé al madrisih a tiempo para llevar a la Más Grande Rama a Su casa.

Cierto día Mírzá Ahmad me invitó a ver a Hájí Mírzá Siyyid-‘Alí el tío materno del Báb, quien hacía poco había regresado de Chihríq, y estaba alojando en casa de Muhammad Big-i-Chapárchí, en las vecindades de la puerta de Shimírán. Al ver su rostro, me sentí sorprendido ante la nobleza de sus rasgos y

la serenidad de su semblante. Mis visitas subsiguientes sirvieron para enaltecer mi admiración por la dulzura de su temperamento, su mística piedad y la firmeza de su carácter. Bien me acuerdo cómo, en cierta ocasión Áqáy-i-Kalím le urgió, en una reunión, que se fuera de Teherán que se encontraba entonces en estado de gran agitación, y que escapara de ambiente tan peligroso "¿Por qué temen por mi seguridad?", replicó confiadamente. "¡Ojalá pudiera yo también participar del banquete que la mano de la Providencia está preparando para Sus elegidos!"

Poco después los promotores de sedición pudieron encender un grave trastorno en aquella ciudad. Su causa inmediata fue la acción de cierto siyyid de Kásh<u>á</u>n, que estaba viviendo en el Madrisiy-i-Dáru'<u>sh</u>-<u>Sh</u>afá y a quién el bien conocido Siyyid Muhammad había tomado en confianza y pretendía haberlo convertido a las enseñanzas del Báb. Mírzá Muhammad-Husayn-i-Kirmání, que se alojaba en ese mismo madrisih y que era un conferenciante muy conocido, sobre las doctrinas metafísicas del islam, trató de inducir, en varias ocasiones, a Siyyid Muhammad, quien era uno de sus pupilos, que rompiera su amistad con ese siyyid ya que no lo consideraba digno de confianza, y que no le permitiera entrar en las reuniones de los creyentes. Siyyid Muhammad rehusó, sin embargo, darse por advertido y siguió asociándose con él hasta principios del mes de Rabí'u'<u>th</u>-<u>Th</u>aní en el año 1266 D.H.[26], fecha en que ese siyyid traicionero fue donde cierto Siyyid Husayn, uno de los 'ulemas de Kásh<u>á</u>n y entregó en sus manos los nombres y las direcciones de más o menos cincuenta de los creyentes que residían en Teherán por ese entonces. Siyyid Husayn envió esa lista inmediatamente a Mahmúd <u>Kh</u>án-i-Kalantar, quien dio órdenes que se arrestara a todos. Catorce fueron apresados y llevados ante las autoridades.

El día que fueron capturados, estaba por casualidad con mi hermano y mi tío materno, quienes habían llegado de Zarand y alojado en un caravanserai poco más allá de la puerta de Naw. A la mañana siguiente partieron para Zarand y, al regresar al Madrisiy-i-Dáru'<u>sh</u>-<u>Sh</u>afá, encontré un paquete en mi habitación, sobre el que había una carta de Mírzá Ahmad. En aquella carta me informó que el alevoso siyyid nos había denunciado y había provocado una conmoción violenta en la capital. "El paquete que he dejado en la habitación", escribió, "contiene todas las escrituras sagradas en mi poder. Si logras llegar a este lugar a salvo, llévalos al caravanserai de Hájí Nád-‘Alí, en una de cuyas habitaciones encontrarás a un hombre que tiene ese nombre, es oriundo de Qazvín, a quién entregarás el paquete junto con la carta que lo acompaña. De allí irás al Masjid-i-<u>Sh</u>áh, donde espero encontrarme contigo". Siguiendo sus instrucciones, entregué el paquete al Hájí y logré llegar al masjid, donde encontré a Mírzá Ahmad y le oí

relatar cómo lo habían asaltado y había buscado asilo en el masjid, en cuyos recintos estaba inmune a nuevos ataques.

Mientras tanto, Bahá'u'lláh había enviado, desde el Madrisiy-i-Sadr, un mensaje a Mírzá Ahmad informándole de los planes del Amir-Nizám quien, en tres ocasiones diferentes, ya había pedido al Imán-Jum‘ih que lo arrestara. También le advirtió que el Amir, ignorando el derecho de asilo con que había sido investido el masjid, tenía la intención de arrestar a los que habían buscado refugio en ese santuario. Urgió a Mírzá Ahmad que saliera disfrazado rumbo a Qum y que me diera instrucciones de regresar a mi hogar en Zarand.

Mientras sucedía esto, mis parientes, que me habían reconocido en el Masjid-i-Sháh, me presionaron para que me fuera a Zarand, invocando que mi padre, a quién habían informado erróneamente de mi arresto y próxima ejecución, estaba sumamente acongojado y que era mi deber apresurarme a aliviarlo de sus angustias. Obrando según el consejo de Mírzá Ahmad, quien me recomendó que tomara esta oportunidad enviada por Dios, fui a Zarand y celebré la fiesta de Naw-Rúz con mi familia. Fiesta doblemente bendecida ya que coincidía con el quinto día de Jamádíyu'l-Avval en el año 1266 D.H.[27], aniversario del día en que el Báb había declarado Su Misión. El Naw-Rúz de ese año ha sido mencionado en el Kitáb-i-Panj-Sha'n, una de las últimas obras del Báb. "El sexto Naw-Rúz", escribió en ese Libro, "después de la Declaración del Punto del Bayán[28], ha caído en el quinto día de Jamádíyu'l-Avval, en el séptimo año lunar después de esa misma Declaración". En ese mismo párrafo el Báb alude al hecho que el Naw-Rúz de ese año sería el último que estaba destinado a celebrar sobre esta tierra.

En medio de las festividades que mis parientes celebraban en Zarand, mi corazón estaba vuelto hacia Teherán y mis pensamientos giraban en torno de la suerte que podían haber corrido mis condiscípulos en esa agitada ciudad. Ansiaba tener noticias de que estaban a salvo. Aún cuando estaba en la casa de mi padre y me hallaba rodeado del cuidado de mis parientes, me sentí obsesionado al pensar que estaba separado de la pequeña banda, cuyos peligros bien me los imaginaba y cuyas aflicciones ansiaba compartir. El terrible suspenso bajo el que vivía, mientras estaba en mi hogar, recibió alivio inesperado por la llegada de Sádiq-i-Tabrízí, quien vino de Teherán y fue recibido en la casa de mi padre. Aún cuando me libró de la incertidumbre que había pesado tanto sobre mí, con gran horror de mi parte, me contó una historia de crueldad tan horripilante que las angustias del suspenso palidecieron ante la horrible luz con que ese relato tenebroso alumbró mi corazón.

Ahora comienzo a relatar las circunstancias del martirio -porque esa fue su suerte- de mis hermanos en la Fe arrestados en Teherán. Los catorce discípulos

del Báb que habían sido capturados, permanecieron recluidos en la casa de Mahmúd Khán-i-Kalantar desde el primero hasta el veintidós del mes de Rabí'u'th-Thání[29]. Táhirih se encontraba confinada también en el piso superior de aquella casa. Se les sometió a toda clase de maltratos, Sus atormentadores buscaron, por todos los medios a su alcance, de inducirles a dar la información que necesitaban, pero no lograron obtener una respuesta satisfactoria. Entre los prisioneros se hallaba cierto Muhammad-Husayn-i-Marághi'í, que obstinadamente rehusó pronunciar una sola palabra, a pesar de la severa presión a que lo sometieron. Lo torturaron y recurrieron a todos los medios posibles con el objeto de obtener de él cualquier indicio que pudiera servir su propósito, pero fracasaron en obtener lo que querían. Tal fue su obstinación que sus torturadores pensaron que era mudo. Preguntaron a Hájí Mullá Ismá‘il, que lo había convertido a la Fe, si acaso podía hablar o no. "No habla, pero no es mudo", replicó, "se expresa con fluidez y no sufre ningún impedimento". Apenas lo llamó por su nombre cuando la víctima respondió asegurándole que estaba listo a cumplir su voluntad.

Convencidos de su impotencia para subyugar sus voluntades, presentaron el problema a Mahmúd-Khán quien, a su vez, sometió su caso al Amir-Nizám, Mírzá Taqí Khán[30], el Gran Vazír de Násiri'd-Dín Sháh. En aquél tiempo el soberano rehusaba interferir directamente en los asuntos de la perseguida comunidad y con frecuencia ignoraba las decisiones que se estaban tomando en relación con sus miembros. Su Gran Vazír tenía pleno poder para proceder con ellos como estimara conveniente. Nadie ponía en tela de juicio sus decisiones ni se atrevía a expresar desaprobación de la manera como hacía valer su autoridad. Inmediatamente dio una orden perentoria amenazando ejecutar a cualquiera de entre los catorce prisioneros que no estuviera dispuesto a abjurar su Fe. Siete se vieron obligados a ceder ante la presión que ejercieron sobre ellos e inmediatamente fueron puestos en libertad. Los siete restantes constituyen los Siete Mártires de Teherán:

1. Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, llamado Khál-i-A‘zam[31], el tío materno del Báb y uno de los comerciantes más prominentes de Shíráz. Fue este mismo tío a cuyo cuidado fue entregado el Báb después de la muerte de Su padre y quien, al regreso de su Sobrino de Su peregrinaje a Hijáz y Su arresto por Husayn Khán, asumió toda la responsabilidad por Él empeñando su palabra por escrito. Fue el quién Lo rodeó, mientras bajo su custodia, de toda clase de cuidados, quién Lo sirvió con devoción y que actuó como intermediario entre Él y la multitud de Sus seguidores que venían a Shíráz para verlo. Su único hijo, Siyyid Javád, murió en

la infancia. A mediados del año 1265 D.H.[32] este mismo Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí partió de Shíráz y visitó al Báb en el castillo de Chihríq. De allí se fue a Teherán y, aún cuando no tenía ocupación especial, permaneció en aquella ciudad hasta que estallaron los trastornos que eventualmente lo llevaron a su martirio.

Aún cuando sus amigos le imploraron que huyera de los trastornos que se acercaban rápidamente, rehusó hacer caso a sus consejos y afrontó, hasta el último momento, con absoluta resignación, la persecución de que era objeto. Un número considerable de los comerciantes más solventes que lo conocían ofrecieron pagar su rescate, ofrecimiento que él rechazó. Finalmente lo llevaron a la presencia del Amir Nizám "El Magistrado Principal de este reino", le informó el Gran Vazír, "está poco dispuesto a dañar en lo más mínimo a los descendientes del Profeta. Comerciantes eminentes de Shíráz y Teherán están dispuestos, más aún, ansiosos, de pagar su rescate. Inclusive el Maliku't-Tujjár ha intercedido por usted. Una palabra de retracción suya es suficiente para que quede en libertad y asegurar su regreso, con honores, a su ciudad natal. Juro que, si usted está dispuesto a aceptar, los días restantes de su vida pasarán en honor y dignidad bajo la sombra protectora de soberano". "Vuestra Excelencia", replicó valientemente Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, "si otros, antes de mí, que libaron con júbilo la copa del martirio, han elegido rechazar un llamado tal como el que usted me hace, tenga plena seguridad que no estoy menos dispuesto a rechazar tal petición. Mi repudio de las verdades encerradas en esta Revelación equivaldría a rechazar todas las Revelaciones que la han precedido. Rehusar reconocer la Misión del Siyyid-i-Báb sería apostatar de la Fe de mis antepasados y negar el carácter Divino del Mensaje que Muhammad, Jesucristo, Moisés, y todos los Profetas del pasado han Revelado. Dios sabe que todo aquello que he oído o leído referente a los dichos y acciones de esos Mensajeros, he tenido el privilegio de atestiguar lo mismo de este Joven, este querido Pariente mío, desde Su niñez hasta ahora, el trigésimo año de Su vida. Todo lo Suyo me recuerda Su ilustre Antepasado y los imanes de Su Fe cuyas vidas se encuentran delineadas en nuestras tradiciones escritas. Lo único que le pido es que me permita ser el primero en dar mi vida en el sendero de mi querido Pariente".

El Amir quedó estupefacto ante tal respuesta. En un acceso de desesperación y sin decir una sola palabra, hizo una seña de que se lo llevaran y decapitaran. Mientras la víctima era conducida a la muerte, se le oyó repetir en varias ocasiones, estas palabras de Háfiz: "Grande es mi gratitud a Ti, ¡oh mi Dios!, por haberme concedido tan bondadosamente todo lo que Te he pedido". "Escuchadme, ¡oh pueblo!", gritó a la multitud que se agolpaba alrededor suyo; "me he ofrecido como sacrificio voluntario en el sendero de la Causa de Dios.

Toda la provincia de Fárs, así como también 'Iráq, más allá de los confines de Persia, atestiguarán sin vacilaciones la rectitud de mi conducta, Mi sincera piedad y mi noble linaje. Durante más de mil años ustedes han orado una vez tras otra que se manifieste el Qá'im prometido. Cuán a menudo, a la mención de Su nombre, han gritado ustedes, desde lo hondo de sus corazones: "Apresura, ¡oh Dios!, Su venida; remueve todas las barreras que obstaculizan el camino de Su llegada". Y ahora que Él ha venido, ustedes lo han enviado al exilio, sin esperanzas, en un rincón remoto e inaccesible de Ádhirbáyján y se han levantado a exterminar a Sus compañeros. Si yo fuera a invocar la maldición de Dios sobre ustedes, estoy seguro que Su ira vengadora les infligiría grave castigo. Tal no es, sin embargo, mi oración. Con mi último suspiro, oro al Todopoderoso que borre la mancha de sus pecados y les permita despertar del sueño de la negligencia"[33].

Estas palabras conmovieron a su verdugo hasta lo profundo del alma. Simulando que el sable que tenía en sus manos, listo para la ejecución, necesitaba ser afilado, se alejó rápidamente, decidido a no volver jamás. "Cuando se me designó para este trabajo", se le oyó quejarse, mientras lloraba amargamente, "se preocupaban de entregarme sólo aquellos que habían sido condenados por asesinato o asalto en los caminos. Ahora se me ordena derramar la sangre de uno que no es menos sagrado que el Imán Músáy-i-Kázim[34] en persona". Poco después se fue a Khurásán y allí buscó ganarse la vida como cargador y pregonero. A los creyentes de aquella provincia les relató la historia de aquella tragedia, y expresó su arrepentimiento por la acción que se le había obligado llevar a cabo. Cada vez que evocaba el incidente, cada vez que oía mencionar el nombre de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, brotaban lágrimas, que no podía reprimir, de sus ojos, lágrimas que eran testigo del afecto que ese hombre había despertado en su corazón.

2. Mírzá Qurbán-‘Alí[35], oriundo de Bárfurúsh, en la provincia de Mázindarán y figura destacada de la comunidad conocida con el nombre de Ni‘matu'lláhí. Era un hombre de piedad sincera y de gran nobleza de carácter. Tal era la pureza de su vida que un número considerable de los personajes principales de Mázindarán, Khurásán y Teherán le habían jurado lealtad y lo consideraban como la personificación misma de la virtud. Era tal el aprecio en que se le tenía que, en ocasión de su peregrinaje a Karbilá, una vasta multitud de devotos admiradores se agolparon en su ruta con el objeto de rendirle homenaje. En Hamadán, así como también en Kirmánshah, gran número de personas fueron influenciadas por su personalidad y se unieron al grupo de sus adeptos. Dondequiera iba el pueblo le daba la bienvenida con aclamaciones. Sin embargo, no le agradaban en absoluto estas demostraciones de entusiasmo popular. Rehuía la multitud y

despreciaba la pompa y circunstancia de jefatura. En su camino a Karbilá, al pasar por Mandalíj, un shaykh de considerable influencia se sintió tan atraído que abandonó todo lo que hasta entonces había atesorado y, dejando a sus amigos y discípulos, lo siguió hasta Ya'qúbíyyih. Sin embargo, Mírzá Qurbán-‘Alí logró inducirle a que regresara a Mandalíj y reanudara el trabajo que había abandonado.

Al regreso de su peregrinaje, Mírzá Qurbán ‘Alí conoció a Mullá Husayn y, por su intermedio, abrazó la verdad de la Causa. Debido a enfermedad no pudo unirse a los defensores del fuerte de Tabarsí y. a no ser porque no estaba en condiciones para viajar a Mázindarán, habría sido el primero en reunirse con sus ocupantes. Después de Mullá Husayn, Vahíd era la persona de entre los discípulos del Báb por quien sentía mayor afecto. Durante mi visita a Teherán se me informó que éste último había consagrado su vida al servicio de la Causa y se había levantado con devoción ejemplar para promover sus intereses en todas partes. Con frecuencia oí a Qurbán ‘Alí, que se encontraba en la capital, deplorar esa enfermedad. "¡Cuán apenado me siento" le oí decir en varias oportunidades, "por haber sido privado de mi parte de la copa que Mullá Husayn y sus compañeros han bebido! Ansío reunirme con Vahíd y enrolarme bajo su estandarte para compensar mi fracaso anterior". Se estaba preparando para salir de Teherán, cuando inesperadamente fue arrestado. Su modesta vestimenta atestiguaba el grado de su desprendimiento. Vestido con una túnica blanca, al estilo de los árabes, cubierto con un "abá"[36] de tosca hechura y llevando en su cabeza un tocado al estilo de la gente de 'Iráq, parecía, al caminar por las calles, la personificación misma del desprendimiento. Observaba escrupulosamente todos los preceptos de su Fe y practicaba sus devociones con piedad ejemplar. "El Báb mismo cumple todos los preceptos de Su Fe hasta el más mínimo detalle", observó con frecuencia. ¿Debo yo descuidar las cosas que son observadas por mi Jefe?".

Cuando Mírzá Qurbán ‘Alí fue detenido y conducido ante el Amir Nizám, se produjo una conmoción como se había visto pocas veces en Teherán. Grandes multitudes de apiñaban alrededor del cuartel general del gobierno, deseosos de saber lo que le sucedería. "Desde anoche", dijo el Amir, en cuanto lo vio, "me han asediado toda clase de servidores del Estado quienes han intercedido vigorosamente por usted[37]. Por lo que he sabido de la posición que ocupa y la influencia de sus palabras, no está muy a la zaga del Siyyid-i-Báb en Persona. Si hubiera pretendido para usted mismo la jefatura, hubiera sido mejor que declarar su adhesión a uno que por cierto le es inferior en conocimientos". "Los conocimientos que he adquirido", respondió con valentía, "me han llevado a

inclinarme en alianza ante Aquel a quién he reconocido como mi Señor y Jefe. Desde que llegué a la edad adulta, he considerado a la equidad y la justicia como los motivos principales de mi vida. Lo he juzgado con justicia y he llegado a la conclusión que si este Joven, cuyo poder trascendente atestiguan tanto Sus amigos como Sus enemigos, fuera falso, todos los Profetas de Dios, desde tiempos inmemoriales hasta el día actual, deberían ser denunciados como la personificación misma de la falsedad. Se me asegura que tengo la devoción de más de mil admiradores y sin embargo soy impotente para cambiar el corazón del más mezquino de ellos. Este Joven, ha probado que es capaz de transmutar, por medio del elixir de Su amor, las almas de los más degradados de entre Sus congéneres. Sobre mil como yo, Él, sólo y sin ayuda, ha tenido una influencia tal que, sin ni siquiera lograr Su presencia, han arrojado de sí sus propios deseos y se han aferrado apasionadamente a Su voluntad. Plenamente conscientes de la insuficiencia del sacrificio que han hecho, ansían dar sus vidas por Su Causa, con la esperanza de que esta nueva señal de su devoción pueda ser digna de mención en Su Corte".

"Estoy poco dispuesto, dijo el Amir Nizám, "sea que sus palabras vengan de Dios o no, a pronunciar la sentencia de muerte contra quien ocupa estación tan elevada" "¿Por qué vacilar?", dijo con impaciencia la víctima. "¿No sabe usted que todos los nombres descienden del cielo? Aquél cuyo nombre es ‘Alí[38], en Cuyo sendero doy mi vida, ha inscrito desde hace tiempo mi nombre, Qurbán-‘Alí[39], en la lista de Sus mártires elegidos. Ese día es, por cierto, el día en que celebro la festividad de Qurbán, el día en que sellaré con mi sangre mi fe en Su Causa. No dude entonces y tenga plena seguridad que nunca lo consideraré culpable por su acción. Cuanto antes me corte la cabeza, mayor será mi gratitud hacia usted". "¡Llevadlo de aquí!", exclamó el Amir. "¡Otro instante y este derviche me habría sometido a su encantamiento!" "Usted está a salvo de esa magia", replicó Mírzá Qurbán ‘Alí, "pues sólo puede cautivar a los puros de corazón. Usted y los que se asemejan a usted, nunca pueden comprender el Poder subyugador de este elixir Divino que, en un abrir y cerrar de ojos, transmuta las almas de los hombres".

Exasperado por esa respuesta, el Amir Nizám se levantó de su asiento y, temblando de ira de pies a cabeza, exclamó: "¡Nada que no sea el filo de una espada puede silenciar la voz de esta gente engañada!" "No hace falta", dijo a los verdugos que lo estaban ayudando, "traer más miembros de esta secta odiada a mi presencia. Las palabras son impotentes para vencer su inquebrantable obstinación. A los que puedan inducir a abjurar su fe, déjenlos en libertad; en cuanto a los demás, córtenles la cabeza".

Al acercarse al lugar de su ejecución, Mírzá Qurbán ‘Alí, embriagado por la perspectiva de su próxima reunión con su Bien amado, dio rienda suelta a expresiones de inmenso júbilo. "Apresúrense en darme muerte", dijo extasiado de alegría, "porque con esta muerte me habrán ofrecido el cáliz de vida eterna. ¡Aún cuando extingan ahora mi aliento marchito, con mil vidas me recompensará mi Bienamado; vidas como las que no puede concebir corazón mortal alguno!" "Prestad atención a mis palabras, oh vosotros que profesáis ser seguidores del Apóstol de Dios", dijo volviéndose a la muchedumbre de espectadores. "El Profeta Muhammad, la Estrella de Alborada de guía Divina, que en época anterior se levantó sobre el horizonte de Hijáz, en este día, en la persona de ‘Alí-Muhammad, se ha levantado una vez más en el Punto de Alborada de Shíráz, derramando el mismo brillo y confiriendo el mismo calor. Una rosa es una rosa no importa en qué jardín y en qué época florezca". Al ver cuán sorda estaba la gente a su llamada, profirió en alta voz: "¡Oh la perversidad de esta generación! ¡Cuan indiferentes a la fragancia que ha derramado esa Rosa imperecedera! Aún cuando mi alma reboza de éxtasis, sin embargo, no puedo encontrar ¡ay de mí!, ningún corazón que comparta Su encanto, ni mente que comprenda Su gloria".

Al ver el cuerpo de Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí, decapitado y sangrando a sus pies, su estado de excitación febril subió de punto. "¡Aclamad!" gritó abrazándolo, "¡aclamad el día de mutuo regocijo, el día de nuestra reunión con nuestro Bienamado!" "Acércate", dijo a su verdugo, "y da el golpe, porque mi fiel camarada no desea soltarme de su abrazo y me llama para que me apresure con él a la corte del Bienamado". Un golpe del verdugo cayó inmediatamente sobre la nuca de aquél gran hombre. Instantes después su alma se había ido. Ese golpe cruel conmovió a los espectadores y provocó en ellos sentimientos de indignación y compasión. Gemidos de congoja y lamentaciones ascendieron de los corazones de la multitud y provocaron un dolor que recordaba los estallidos de pesar con que el populacho recibe todos los años el día de ‘Áshúrá[40].

3. Le tocó entonces el turno a Hájí Mullá Ismá‘il-i-Qumí, quien era oriundo de Faráhán. En su juventud había ido a Karbilá en busca de la verdad que luchaba diligentemente por descubrir. Se había asociado con todos los 'ulemas principales de Najaf y Karbilá y se sentó a los pies de Siyyid Kázim de quién adquirió el conocimiento y comprensión que le permitieron reconocer, algunos años después en Shíráz la Revelación del Báb. Se distinguió por la tenacidad de su fe y el fervor de su devoción. En cuanto llegó a sus oídos la petición del Báb que todos Sus adeptos se apresuraran en ir a Khurásán, respondió inmediatamente con entusiasmo, se juntó con los compañeros que iban a Badasht, y allí recibió el nombre de Sirru'l-Vujúd. Mientras en su compañía, conoció más a fondo la Causa

y su celo en su promoción aumentó en proporción. Llegó a transformarse en la personificación misma del desprendimiento y se sintió cada vez más impaciente por demostrar dignamente el espíritu con que lo había inspirado su Fe. Al explicar el significado de los versículos del Corán y las tradiciones del islam, reveló una capacidad de comprensión que pocos podían igualar y la elocuencia con que expuso aquellas verdades le conquistó la admiración de sus condiscípulos. En los días en que el fuerte Tabarsí se había transformado en el lugar de cita para los discípulos del Báb, languidecía desconsolado en su lecho de enfermo, imposibilitado de prestar su ayuda y jugar su parte en la defensa. Apenas se había restablecido, al encontrar que el sitio memorable había terminado con la masacre de sus condiscípulos, se levantó con mayor decisión que nunca, para compensar con su trabajo y sacrificio la pérdida que había sufrido la Causa. Esa determinación lo llevó finalmente al campo del martirio y le permitió conquistar su corona.

Conducido al patíbulo, mientras esperaba el instante de su ejecución, volvió su mirada hacia esos mártires gemelos que le habían precedido y que aún yacían abrazados entre sí. "¡Bien hecho, queridos compañeros!", dijo al contemplar sus ensangrentadas cabezas. "Ustedes han transformado a Teherán en un paraíso. ¡Ojalá les hubiera precedido!" Sacando de su bolsillo una moneda que entregó a su verdugo, le rogó que le comprara algo con qué endulzar su boca. Tomó una parte y el resto se lo entregó a él, diciendo: "Te he perdonado tu acción; acércate y da tu golpe. Durante treinta años he ansiado atestiguar este día bendito y temía que llegara al sepulcro sin que se hubiera cumplido este deseo". "Acéptame, ¡oh mi Dios!", exclamó volviendo sus ojos al cielo, "por muy indigno que sea, y dígnate inscribir mi nombre en el pergamino de aquellos inmortales que han dado sus vidas en el altar del sacrificio". Estaba ofreciendo aún su oración cuando el verdugo, a una señal suya, interrumpió repentinamente su acto de devoción[41].

4. Apenas había expirado cuando Siyyid Husayn-i-Turshízí, el mujtahid, fue llevado a su vez al patíbulo. Había nacido en Turshíz, una aldea de Khurásán y era muy apreciado por su piedad y la rectitud de su conducta. Había estudiado durante varios años en Najaf y recibió de sus compañeros mujtahids la comisión de ir a Khurásán y propagar allí los principios que se le había enseñado. Cuando llegó a Kázimayn halló a Hájí Muhammad-Taqíy-i-Kirmání, un viejo amigo suyo, que figuraba entre los principales comerciantes de Kirmán y que había abierto una sucursal de su negocio en Khurásán. Como iba camino a Persia, decidió acompañarlo. Este Hájí Muhammad-Taqí había sido amigo íntimo de Hájí Mírzá Siyyid‘Alí, el tío materno del Báb, por intermedio de quién había sido convertido a la Causa en el año 1264 D.H.[42.] Mientras se preparaba para salir de

Shíráz en peregrinaje a Karbilá, cuando supo del viaje proyectado por Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí a Chihríq, con el objeto de visitar al Báb, expresó su deseo de acompañarle. Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí le aconsejó que no cambiara su plan original y que fuera a Karbilá y que esperara allí noticias suyas en que le informaría si era aconsejable que se reuniera con él. De Chihríq, Hájí Mírzá Siyyid ‘Alí recibió instrucciones de ir a Teherán, con la esperanza que, después de una breve estadía en la capital podría volver a visitar a su Sobrino. Mientras estaba en Chihríq expresó su renuncia a regresar a Shíráz ya que no podía soportar más la creciente arrogancia de sus habitantes. A su llegada a Teherán, pidió a Hájí Muhammad Taqí que se reuniera con él. Siyyid Husayn lo acompañó de Bagdad a la capital y, por su intermedio, fue convertido a la Fe.

Mientras miraba a la multitud que lo había rodeado para atestiguar su martirio, Siyyid Husayn levantó su voz y dijo: "Escuchadme, oh seguidores del islam! Mi nombre es Husayn y soy un descendiente del Siyyidu'sh-Shuhadá, quien también llevaba ese nombre[43]. Los mujtahids de las ciudades sagradas de Najaf y Karbilá han reconocido unánimemente mi posición como expositor autorizado de la ley y de las enseñanzas de su Fe. Hasta hace poco no había oído hablar del Siyyid-i-Báb. El dominio que he adquirido sobre las complejidades de las enseñanzas islámicas me ha permitido apreciar el valor del Mensaje que el Siyyid-i-Báb ha traído. Estoy convencido que, si yo fuera a negar la Verdad que Él ha revelado, por tal acción, habría renunciado a mi aceptación de todas las Revelaciones que la han precedido. Hago un llamado a cada uno de ustedes que pida a los 'ulemas y mujtahids de esta ciudad que convoquen una reunión en la que me comprometo a establecer, en su presencia, la verdad de esta Causa. Que juzguen entonces si soy o no capaz de demostrar la validez de las afirmaciones hechas por el Báb. Si se sienten satisfechos con las pruebas que aduciré en apoyo de mi argumento, que desistan de derramar la sangre de los inocentes; y si fracaso, que me inflijan el castigo que merezco". Apenas habían salido estas palabras de su boca cuando un oficial en el servicio del Amir-Nizám interrumpió socarronamente: "Llevo conmigo tu sentencia de muerte, firmada y sellada por siete de los mujtahids más destacados de Teherán que, en su propio puño y letra, han declarado que eres un infiel. Yo mismo responderé ante Dios en el Día del Juicio por tu sangre y pondrá la responsabilidad sobre aquellos dirigentes en cuyo juicio se nos ha pedido confiar y a cuyas decisiones se nos ha obligado a someternos". Con estas palabras sacó su puñal y lo apuñaló con tal fuerza que inmediatamente cayó muerto a sus pies.

5. Poco después llevaron a Hájí Muhammad-Taqíy-i-Kirmání al lugar de su ejecución. La repugnancia del espectáculo que observó encendió en él violenta

indignación. "Acércate, tirano infeliz y desalmado", dijo volviéndose a su verdugo, "y apresúrate en darme muerte, porque me siento impaciente por reunirme con mi querido Husayn.

6. Apenas había pronunciado Hájí Muhammad-Taqí estas palabras cuando Siyyid Murtadá, que era un comerciante destacado de Zanján, se apresuró a tomar la delantera a sus compañeros. Se lanzó sobre el cuerpo de Hájí Muhammad-Taqí. Al desenvainar el verdugo su sable, Siyyid Murtadá invocó la memoria de su hermano martirizado, que había luchado lado a lado con Mullá Husayn; tales eran sus referencias que los espectadores se maravillaron ante la inquebrantable tenacidad de la fe que lo inspiraba.

7. En medio del revuelo que las palabras conmovedoras de Siyyid Murtadá habían provocado, Muhammad-Husayn-i-Marághi'í se adelantó y rogó que se le permitiera sufrir martirio antes de que sus compañeros fueran muertos. En cuanto sus ojos vieron el cuerpo de Hájí Mullá Ismá‘il-i-Qumí, por quién sentía gran afecto, se abalanzó sobre él y, tomándolo en sus brazos, dijo: "¡Jamás consentiré separarme de mi querido compañero, en quién he puesto toda mi confianza y de quién he recibido siempre tantas señales de profundo y sincero afecto!"

Su impaciencia por preceder a sus compañeros en dar sus vidas por su Fe asombró a la multitud que se preguntaba cuál de los tres sería preferido. Imploraron con tal fervor que eventualmente fueron decapitados, los tres juntos, en el mismo instante.

Fe tan grande, señales tales de crueldad descontrolada, pocas veces han sido vistas por ojo humano. Aún cuando pocos en número, sin embargo cuando recordamos las circunstancias de su martirio, nos vemos obligados a reconocer el carácter estupendo de aquella Fuerza que podía evocar espíritu de sacrificio tan fuera de lo común.. Cuando recordamos el elevado rango que habían ocupado estas víctimas, cuando observamos el grado de su renunciación y la vitalidad de su fe, cuando recordamos la presión que, desde lugares de influencia, se había ejercido para conjurar el peligro que amenazaba sus vidas, sobre todo, cuando nos imaginamos el espíritu que desafiaba las atrocidades que un enemigo desalmado se sintió impulsado a infligirles, nos sentimos obligados a considerar ese episodio como uno de los acontecimientos más trágicos de los anales de esta Causa[44].

A esta altura de mi relato tuve el privilegio de someter a Bahá'u'lláh las secciones de mi trabajo que ya había revisado y completado. ¡Cuán abundantemente han sido recompensados mis esfuerzos por Él Quien es el Único Cuyos favores busco y para Cuya satisfacción me he empeñado en esta tarea! Me confirió la bondad de llamarme a Su presencia y me dio Su bendición. Estaba en

mi casa en la ciudad prisión de ‘Akká, y vivía cerca de la morada de Áqáy-i-Kalím, cuando me llegó la llamada de mi Bienamado. Aquél día, el siete de Rabi'u'th-Thání en el año 1306 D.H.[45], no se me olvidará jamás. Reproduzco aquí el sentido de Sus palabras en aquella ocasión memorable:

"En una Tablilla que revelamos ayer, explicamos el significado de las palabras, ‘Apartad vuestros ojos’[46], durante Nuestra referencia a las circunstancias relacionadas con la reunión de Badasht. Estábamos celebrando, en compañía de un grupo de personas de elevado rango, las nupcias de uno de los príncipes de sangre real en Teherán, cuando Siyyid Ahmad-i-Yazdí, padre de Siyyid Husayn, el amanuense del Báb, apareció repentinamente en la puerta. Nos hizo una seña y parecía ser el portador de un mensaje de importancia que quería entregar inmediatamente. Sin embargo, en ese instante, Nos informó que Táhirih había sido colocada bajo estricta custodia en Qazvín y que peligraba su vida. Inmediatamente llamamos a Muhammad-Hádíy-i-Farhádí y le dimos las instrucciones necesarias para obtener su liberación del cautiverio y llevarla a la capital. Como el enemigo se había apoderado de Nuestra casa, Nos era imposible acomodarla por tiempo indefinido en Nuestro hogar. Por esta razón arreglamos que fuera trasladada de Nuestra casa a la del Ministro de Guerra[47], quien, en aquellos días, había caído en desgracia ante su soberano y había sido deportado a Káshán. Pedimos a su hermana, que aún se contaba entre Nuestros amigos, que fuera anfitrión para Táhirih".

"Permaneció en su compañía hasta que la llamada del Báb, pidiendo que Nos fuéramos a Khurásán, llegó a Nuestros oídos. Decidimos que Táhirih debía ir inmediatamente a esa provincia y comisionamos a Mírzá[48] para que la llevara a un sitio fuera de la puerta de la ciudad y de allí a cualquier lugar que le pareciera aconsejable en las vecindades. Fue conducida a una huerta, en cuya cercanía había un edificio desierto, donde encontraron a un anciano quien hacía de cuidador. Mírzá Músá regresó y Nos informó de la recepción que les había sido acordada y alabó sobremanera la belleza del paisaje circundante. Posteriormente hicimos arreglos para su partida a Khurásán y prometimos que vendríamos también al cabo de algunos días.

"Pronto nos reunimos con ella en Badasht, donde arrendamos un jardín para su uso y designamos al mismo Muhammad Hádí que había llevado a cabo su liberación, para que hiciera de guardia a su puerta. Más o menos setenta de Nuestros compañeros se encontraban con nosotros y estaban alojados en un lugar en las vecindades de ese jardín. Un día caímos enfermos y tuvimos que

guardar cama. Táhirih envió una petición para visitarnos. Nos sentimos sorprendidos ante su mensaje y no sabíamos qué responder. Repentinamente la vimos en la puerta, sin el velo delante de su rostro, en Nuestra presencia. Cuán acertadamente ha comentado ese incidente Mírzá Áqá Ján[49]. "Era menester", dijo, "que el rostro de Fátimih fuera revelado en el Día del Juicio y debía aparecer, sin el velo, ante los ojos de los hombres. En ese instante la voz del Invisible se oirá diciendo: 'Aparta tus ojos de aquello que has visto'".

"¡Cuán grande la consternación que se apoderó de los compañeros en ese día! El temor y el anonadamiento llenaban sus corazones. Unos pocos, incapaces de tolerar lo que para ellos era una desviación imperdonable de las costumbres establecidas del islam, huyeron horrorizados delante de ella. Desconcertados, buscaron refugio en un castillo abandonado en las vecindades. Entre los que estaban escandalizados por su conducta y se apartaron de ella completamente, se encontraban Siyyid-i-Nahrí[50] y su hermano Mírzá Hádí, a cada uno de quienes enviamos un mensaje diciéndoles que era innecesario que abandonaran a sus compañeros y que se refugiaran en un castillo".

"Eventualmente nuestros amigos se dispersaron, dejándonos a la misericordia de Nuestros enemigos. Cuando, posteriormente, fuimos a Ámul, tal era el tumulto que había provocado la gente que más de cuatro mil personas se habían congregado en el masjid y se habían apiñado en los techos de sus casas. El mullá principal del pueblo Nos denunció amargamente. 'Ustedes han pervertido la Fe del islam', gritó en su dialecto Mázindaráni, 'y han manchado su buen nombre. Anoche en un sueño lo vía a usted entrar en el masjid, que estaba lleno de una multitud ansiosa que se había reunido para ver su llegada. A medida que la multitud Le rodeaba vi ¡he aquí!, el Qá'im estaba de pie en un rincón con Su mirada fija sobre Su rostro, con expresión de gran sorpresa en Su semblante. Considero que este sueño es una prueba de que se ha desviado del sendero de la Verdad'. Le aseguramos que la expresión de sorpresa en ese semblante era señal de la desaprobación del Qá'im por el trato que él y sus conciudadanos Nos habían dado. Nos interrogó sobre la Misión del Báb. Le informamos que, aún cuando nunca lo habíamos visto cara a cara, sin embargo sentíamos por Él gran afecto. Expresamos nuestra profunda convicción que, bajo ninguna circunstancia, había Él obrado en contraposición a la Fe del Islam".

"Sin embargo el mullá y sus adeptos rehusaron creernos y rechazaron Nuestro testimonio como perversión de la verdad. Finalmente Nos pusieron bajo custodia y prohibieron a Nuestros amigos vernos. El gobernador suplente

de Ámul logró conseguir nuestra libertad. A través de un boquete en la pared, que sus hombres hicieron por orden suya, hizo posible que dejáramos esas habitaciones y Nos condujo a su casa. Apenas se informaron los habitantes de esta acción, se levantaron en Nuestra contra, asediaron la casa del gobernador, Nos apedrearon y arrojaron a nuestros rostros las más viles invectivas".

"Cuando Nos proponíamos enviar a Muhammad-Hádíy-i-Farhádí a Qazvín, con el objeto de llevar a cabo la liberación de Táhirih, Nos escribió Shaykh Abú-Turáb, insistiendo que tal intento implicaba gran peligro y pudiera causar un tumulto sin precedentes. Rehusamos desviarnos de Nuestro propósito. Aquél Shaykh era hombre de corazón bondadoso, sencillo y sumiso, y se comportaba con gran dignidad. Sin embargo le faltaba valentía y determinación y mostraba debilidad en ciertas ocasiones".

Es necesario decir ahora algunas palabras sobre las etapas finales de la tragedia que atestiguó el heroísmo de los Siete Mártires de Teherán. Durante tres días y tres noches quedaron abandonados en el Sabzih-Maydán, vecino al palacio imperial, expuestos a las indescriptibles vejaciones que un enemigo implacable amontonaba sobre ellos. Miles de devotos Shí'ahs se reunieron alrededor de sus cadáveres, les dieron puntapiés y escupieron sobre sus rostros. Fueron golpeados, maldecidos y escarnecidos por la multitud enardecida. Amontonaron gran cantidad de basura sobre sus restos y se cometieron las atrocidades más viles con sus cuerpos. No se levantó una sola voz de protesta, no se tendió mano alguna para detener el brazo del bárbaro opresor.

Habiendo saciado sus pasiones, los enterraron fuera de las puertas de la capital, en un lugar que yacía más allá de los límites del cementerio público, cerca de la fosa, entre las puertas de Naw y de Sháh ‘Abdu'l ‘Azím. Los colocaron a todos en un mismo sepulcro, de modo que permanecieron unidos en el cuerpo, así como lo habían sido en espíritu en los días de su vida terrenal[51].

La noticia de su martirio vino como un nuevo golpe al Báb, Quién ya se hallaba sumergido en un océano de pesar a causa de la suerte sufrida por los héroes de Tabarsí. En la detallada Tablilla que reveló en su honor, cada una de cuyas palabras atestiguaba el alto rango que ocupaban a Sus ojos, se refirió a ellos como esas ***"Siete Cabras"*** de que se habla en las tradiciones del islam, que en el Día del Juicio ***"caminarán delante del Qá'im prometido".*** Simbolizarán con sus vidas el más noble espíritu de heroísmo y por su muerte manifestarán resignación absoluta a Su Voluntad. Por preceder al Qá'im, explicó el Báb, se quiere decir que su martirio precederá al del Qá'im mismo, quien es su Pastor. Lo que el Báb predijo se cumplió, ya que Su propio martirio acaeció cuatro meses más tarde en Tabríz.

Ese año memorable atestiguó, además del martirio del Báb y la de Sus siete compañeros de Teherán, los tremendos acontecimientos de Nayríz que culminaron con la muerte de Vahíd. A fines de ese mismo año, Zanján también se transformó en centro de tormentas que soplaron con excepcional violencia por los distritos adyacentes, provocando la masacre de un número considerable de los discípulos más firmes del Báb. Ese año, hecho memorable por el magnífico heroísmo que mostraron esos firmes defensores de Su Fe, sin mencionar las maravillosas circunstancias que rodearon Su propio martirio, debe permanecer para siempre como uno de los capítulos más gloriosos jamás registrados en la historia sangrienta de esa Fe. Todo el país fue oscurecido por las atrocidades a que se entregaron libre y persistentemente sus enemigos crueles y rapaces. Desde Khurásán en los confines occidentales de Persia hasta Tabríz en el occidente y desde las ciudades norteñas de Zanján y Teherán hasta el sur en Nayríz, en la provincia de Fárs, todo el país se encontraba envuelto en la oscuridad, una oscuridad que anunciaba la alborada de la Revelación que el Husayn esperado pronto iba a manifestar, una Revelación más grande y más gloriosa que la que el Báb Mismo había proclamado[52].

Notas

1.- Junio 22 - Julio 21, 1849 D.C.

2.- Noviembre 17 - Diciembre 17, 1849 D.C.

3.- El décimo día de Muharram, aniversario del martirio del Imán Husayn que en ese año cayó el 26 de Noviembre, 1849 D.C.

4.- Según Kashfu'l-Ghitá (pág. 241) su nombre completo era Mírzá ‘Alíy-i-Sayyáh-i-Marághi'í. Había actuado como sirviente del Báb en Máh-Kú, figuraba entre Sus compañeros más destacados y posteriormente aceptó el mensaje de Bahá'u'lláh.

5.- Enero 15 1850 D.C.

6.- Enero 23, 1850 D.C.

7.- Apellidado Subh-i-Azal.

8.- Los seguidores de Mírzá Yahyá.

9.- "Las pretensiones de este joven se basaban sobre un documento nominativo actualmente en poder del Prof. E.G. Browne y han sido apoyados por una carta dada en una versión francesa por Mons. Nicolas. Sin embargo como la falsificación ha jugado un papel tan destacado en documentos escritos en Oriente vacilo en reconocer la autenticidad de esta nominación. Y creo que es poco probable que ningún grupo de hombres verdaderamente serios y responsables hubieran aceptado el documento con preferencia a la evidencia de su propio conocimiento sobre las insuficientes dotes de Subh-i-Azal... Lo más probable es que el arreglo ya hecho fue nuevamente aceptado, es decir, que Bahá'u'lláh asumiría por el momento la dirección privada de las actividades y ejercería sus grandes dotes como maestro, mientras Subh-i-Azal (un joven vanidoso) dio su nombre como cabeza visible, sobre todo para los extraños y para agentes del gobierno". (Dr. T. K. Cheyne The Reconciliation of Races and Religions, págs. 118-119).

10.- "Os conjuro, por Dios, el Único, el Fuerte, el Omnipotente, que meditéis en vuestro corazón los escritos que fueron enviados en su nombre (de Mírzá Yahyá) al Punto Primordial (el Báb), para que podáis distinguir, con meridiana claridad, los signos del Verdadero". (Epístola al Hijo del Lobo, Bahá'u'lláh, pág. 125).

11.- 1848-9 D.C.

12.- Julio 29, 1831 D.C.

13.- Véase Glosario.

14.- 1847 D.C.

15.- Corán, 103.

16.- Véase Glosario.

17.- Véase Glosario.

18.- Véase Glosario.

19.- 1851-2 D.C.

20.- Véase Glosario.

21.- Literalmente "La Hoja Más Exaltada".

22.- Título de ‘Abdu'l-Bahá.

23.- Significa "Maestro", título por el cual se designaba en ese momento a ‘Abdu'l-Bahá.

24.- Véase Glosario.

25.- Cierto tipo de sobretodo.

26.- Febrero 14 - Marzo 15, 1850 D.C.

27.- 1850 D.C.

28.- Uno de los títulos del Báb.

29.- Febrero 14 - Marzo 15, 1850 D.C.

30.- Era el hijo de Qurbán, el cocinero jefe del Qá'im-Magám, el predecesor de Hájí Mírzá Áqásí.

31.- Literalmente "El Más Grande Tío".

32.- 1848-9 D.C.

33.- "Sacó su turbante y levantando su rostro hacia el cielo, exclamó "¡Oh Dios, Tú eres testigo como están dando muerte al hijo de Tu honorabilísimo Profeta sin que tenga culpa alguna". Entonces se volvió hacia el verdugo y recitó este versículo: "Por cuánto tiempo ha de darme muerte el dolor de mi separación de El? Cortad mi cabeza para que el Amor me confiera una cabeza". (Mathnaví, Libro 6, pág. 649. 1, 2; ed. 'Alá'u'd-Dawlih). (A Traveller's Narrative, Nota B, pág. 174).

34.- El Séptimo Imán.

35.- Según la narración de Hájí Mu'ínu's-Saltanih (pág. 131). Mírzá Qurbán ‘Alí el derviche, conoció al Báb en la aldea de Khánliq.

36.- Véase Glosario.

37.- "Mírzá Qurbán-‘Alí era famosos entre los místicos y derviches y tenía muchos amigos y discípulos en Teherán además de ser bien conocido por la mayoría de la nobleza y dirigentes e incluso por la madre del Sháh. Debido a la amistad que sentía hacia él y la compasión que le provocó su situación ella dijo a su Majestad el Rey: "El no es un bábí, sino que ha sido acusado falsamente". Por esto enviaron a buscarlo diciendo: "Tú eras un derviche, un estudioso y un hombre erudito; tú no perteneces a esta secta descarriada; se te ha acusado falsamente". El respondió: "Yo me considero a mí mismo como un siervo de Su Santidad aún cuando no sé si El me ha aceptado o no". Cuando siguieron persuadiéndole dándole esperanzas de una pensión y salario, dijo: "Esta vida y estas gotas de sangre mía son de poca monta: si el imperio del mundo fuera mío y si yo tuviera mil vidas, las echaría libremente a los pies de Sus amigos:

"Sacrificar mi cabeza por el Bienamado,
"Parece ciertamente cosa fácil a mi vista:
"Cerrad los labios y no habléis más de mediación,
"Porque mediación no necesitan los amantes.

Es así como finalmente desistieron en desesperación y dieron señal que debía morir". (El Tárikh-i-Jadíd, pág. 254).

38.- Referencia al Báb.

39.- Qurbán significa "Sacrificio"; por tanto, "Sacrificio por el Báb".

40.- "Cuando se le llevó al pie del patíbulo, el verdugo levantó su sable y le hirió en el cuello desde atrás. El golpe sólo inclinó su cabeza e hizo el turbante de derviche que usaba rodara a algunos pasos de él sobre el suelo. Inmediatamente y como si fuera con su último aliento, provocó nueva congoja en los corazones de todos los que eran capaces de sentir emoción al recitar estos versos:

"Feliz aquel que por amor embriagado
"Ha vencido a tal punto que apenas sabe
"Si a los pies de su Bienamado
Es su cabeza o turbante que ha lanzado!
(El Tárikh-i-Jadíd págs. 254-255).

41.- "Ahora bien. Cuando estaban listos para comenzar su trabajo de decapitación y matanza le tocaba el turno para morir a Hájí Mullá Ismá'il, se acercó alguien a él diciendo: "Uno de vuestros amigos dará tal suma de dinero para salvar vuestra vida a condición que repudies vuestra fe, para que así puedan ser inducidos a perdonaros. En caso de gran necesidad, cuando se trata de salvar vuestra vida, ¿qué daño puede haber en decir simplemente: "no soy un bábí", para que tengan un pretexto para dejaros en libertad?". El respondió: "Si yo estuviera dispuesto a repudiar mi fe, incluso sin dinero nadie me tocaría". Al presionarlo aún más, sintiéndose importunado, se irguió cuan alto era entre la multitud y exclamó, para que todos lo oyeran:

"Céfiro, por favor un mensaje lleva
"A ese Ismael que no ha muerto:
"A los que viven en la calle del Bienamado
"El amor no permite regresar más.
(El Tárikh-i-Jadíd}, págs. 253-254).

42.- 1847 - 8 A. D.

43.- El Imán Husayn.

44.- "Después de detallar los acontecimientos expuestos brevemente más arriba, el historiador bábí procede a puntualizar el valor especial y carácter único del testimonio dado por los "Siete Mártires de Teherán". Eran hombres que representaban a todas las clases más importantes de Persia -sacerdotes, derviches, comerciantes, vendedores y oficiales de gobierno-; eran hombres que habían gozado del respeto y consideración de todos; murieron sin temor, voluntariamente, casi con ansia, declinando comprar la vida mediante ese repudio verbal que, bajo el nombre de kitmán o taqíyyih, es reconocido como un subterfugio justificable en tiempos de peligro por los Shí'ahs; no se habían visto llevados a no esperar misericordia como lo fueron los que murieron en Shaykh Tabarsí y Zanján; y sellaron su fe con su sangre en la plaza pública de la capital de Persia donde moran los embajadores extranjeros acreditados ante la corte del Sháh. Y en esto el historiador bábí tiene razón, incluso los que hablan mal del movimiento bábí en general caracterizándolo como un comunismo destructivo de todo orden y moralidad expresan conmiseración por estas víctimas inocentes. Bien podemos aplicar al día de su martirio la elocuente reflexión de Gobineau hecha sobre una tragedia similar que aconteció dos años más tarde: "Este señalado día trajo para el Báb más seguidores secretos de lo que podrían haber hecho muchos sermones. Acabo de decir que la impresión creada por la prodigiosa resistencia de los mártires fue profunda y duradera. A menudo he oído repetir la historia de ese día por testigos oculares, por hombres del gobierno, algunos de ellos incluso funcionarios de importancia. De lo que decían, uno podría deducir fácilmente que todos eran bábís, tan grande era la admiración que sentían por recuerdos que no honraban en forma alguna al Islam, que no había desempeñado el rol más bello y por el elevado concepto que tenían de los recursos, las esperanzas y las posibilidades de éxito de la nueva doctrina". (A Traveller's Narrative, Nota B, págs. 175-176).

45.- Diciembre 11, 1888 A. D.

46.- Según las tradiciones del Islam, Fátimih, la hija de Muhammad, el Profeta, aparecerá sin velo mientras cruza el puente "Sirát" en el Día del Juicio. Cuando ella aparezca una voz del cielo exclamará: "Apartad vuestra vista, oh concurso de pueblos!"

47.- Mírzá Áqá Khán-i-Núrí, quien fue sucesor del Amir-Nizám como Gran Vazír de Násiri'd-Dín Sháh.

48.- Áqáy-i-Kalím, hermano de Bahá'u'lláh.

49.- El amanuense de Bahá'u'lláh.

50.- Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí.

51.- "Cuando los verdugos hubieron terminado su sanguinaria tarea, la turba de curiosos, anonadados por un momento ante el paciente coraje de los mártires, permitió una vez más que estallara su feroz fanatismo profiriendo insultos a los restos mortales de aquellos cuyos espíritus ya habían pasado más allá del poder de su maldad. Cubrieron los cuerpos inanimados con piedras y basuras, abusándolos y gritando: "Esta es la recompensa de la gente que ama y de aquellos que siguen el Sendero de la Sabiduría y la Verdad!". Tampoco permitían que sus cuerpos fueran enterrados en un cementerio sino que los echaron en un foso fuera de la Puerta de Sháh ‘Abdu'l-‘Azím, la que llenaron después". (A Traveller's Narrative, Nota B, págs. 174-175).

52.- "Mientras que estos acontecimientos se desarrollaban en el norte de Persia, las provincias del centro y del sur fueron profundamente agitadas por el llamado entusiasta de los misioneros de la nueva doctrina. El populacho -superficial, crédulo, ignorante y en extremo supersticioso- estaba anonadado por los relatos de constantes milagros que escuchaban a cada instante; los Mullás, profundamente preocupados, al sentir que su grey estaba a punto de escapar a su control, multiplicaban sus difamaciones y vituperios; se hacían circular las más burdas mentiras y las fantasías más crueles entre la anonadada multitud que estaba dividida entre el terror y la admiración". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 387).

CAPÍTULO 22

LA REVUELTA DE NAYRÍZ

En los días del sitio del fuerte de Tabarsí, Vahíd se encontraba ocupado en difundir las enseñanzas de la Causa en Burújird así como también en la provincia de Kurdistán. Había resuelto conquistar a la mayoría de los habitantes de esas regiones para la Fe del Báb y tenía la intención de ir de allí a Fárs y seguir con sus esfuerzos en ese lugar. En cuanto supo de la partida de Mullá Husayn a Mázindarán, se apresuró en ir a la capital donde hizo los preparativos necesarios para su viaje al fuerte Tabarsí. Estaba listo para partir cuando Bahá'u'lláh regresó de Mázindarán y le informó de la imposibilidad de reunirse con sus hermanos. Sintió gran tristeza ante esta noticia y su único consuelo en aquellos días era visitar a Bahá'u'lláh con frecuencia y obtener el beneficio de Sus sabios e inapreciables consejos[1].

Eventualmente Vahíd decidió ir a Qazvín y reiniciar el trabajo en que había estado ocupado. De allí fue a Qum y Kásháh donde se encontró con sus condiscípulos y pudo estimular su entusiasmo y revitalizar sus esfuerzos. Siguió viaje a Isfahán, Ardistán y Ardikán, y en cada una de estas ciudades proclamó, con fuerza y valentía, las enseñanzas fundamentales de su Maestro y tuvo éxito en conquistar a un número considerable de adeptos capaces para la Causa. Llegó a Yazd a tiempo para celebrar las festividades de Naw-Rúz con sus hermanos quienes expresaron su alegría por su llegada y se sintieron grandemente estimulados por su presencia entre ellos. Como era hombre de reconocida influencia, poseía, además de su casa en Yazd, donde se habían establecido su esposa y cuatro hijos, un hogar en Dáráb, que era la morada de sus antepasados y otro en Nayríz, que estaba soberbiamente amoblado.

Llegó a Yazd el primer día del mes de Jamádíyu'l-Avval, en el año 1266 D.H.[2], el quinto día del cuál, el aniversario de la Declaración del Báb, coincidió con la fiesta de Naw-Rúz. Los principales 'ulemas y gente prominente de la ciudad vinieron todos aquél día para saludarlo y desearle felicidades. Navváb-i-Radaví, el más mezquino y destacado de sus adversarios estaba presente en aquella ocasión e insinuó maliciosamente la extravagancia y esplendor de esa recepción. "El banquete imperial del Sháh", se le oyó decir, "apenas puede esperar compararse con el suntuoso banquete que nos ha preparado. Sospecho

que, además de esta fiesta nacional que celebramos hoy, usted conmemora otra. La respuesta valiente y sarcástica de Vahíd provocó la risa de todos los presentes. Todos aplaudieron en vista de la avaricia y maldad del Navváb, esa respuesta certera. El Navváb, que jamás se había enfrentado al ridículo de un grupo tan grande y distinguido, se sintió picado por aquella respuesta. Los brasas que ardían en su mente contra su antagonista estallaron en intensas llamas y lo impelieron a satisfacer su sed de venganza.

Vahíd se aprovechó de la oportunidad para proclamar, sin temor ni reservas, en aquella reunión, los principios básicos de su Fe y demostró su validez. La mayoría de quienes lo escucharon sólo tenían una información incompleta de las características distintivas de la Causa e ignoraban sus implicaciones más amplias. Algunos de entre ellos se sintieron atraídos irresistiblemente y la aceptaron rápidamente; los demás, incapaces de desafiar sus afirmaciones públicamente, la denunciaron en su fuero interno y juraron extirparla por todos los medios a su alcance. Su elocuente e intrépida explicación de la Verdad inflamó su hostilidad y fortaleció su determinación de buscar, sin tardanza, la destrucción de su influencia. En ese mismo día se produjo la alianza de sus fuerzas en su contra y marcó el comienzo de un episodio que estaba destinado a traer en su sendero tanto sufrimiento y congoja[3].

Destruir la vida de Vahíd llegó a ser la razón principal de sus actividades. Difundieron la noticia que, en el día de Naw-Rúz, en medio de los dignatarios de la ciudad, tanto civiles como eclesiásticos, que se hallaban reunidos, Siyyid Yahyáy-i-Dárábí había tenido la temeridad de exponer las características desafiantes de la Fe y el Báb y había aducido, en pro de su argumento, pruebas y evidencias tomadas del Corán y de las tradiciones del Islam. "Aún cuando quienes le escuchaban", dijeron, "se cuentan entre los mujtahids más ilustres de la ciudad, no se pudo encontrar a nadie en aquella asamblea que se aventurara a protestar contra sus vehementes afirmaciones referentes al significado de su credo. El silencio que guardaron aquellos quienes le escuchaban ha sido responsable de la ola de entusiasmo que ha barrido la ciudad en su favor y ha traído a no menos de la mitad de sus habitantes a sus pies mientras que a los demás se les atrae rápidamente".

El informe se difundió como relámpago a través de Yazd y el distrito circundante. Por una parte encendió la llama de odio intenso y, por otra, fue el medio de aumentar considerablemente el número de los que ya se habían identificado con la Fe. Desde Ardikán y Mashhad, así como de pueblos y aldeas más distantes, muchedumbres de personas, deseosas de escuchar el nuevo Mensaje, se dirigían en grupos a la casa de Vahíd. "¿Qué debemos hacer?", le

preguntaron. "¿Cómo aconseja que demostremos la sinceridad de nuestra fe y la intensidad de nuestra devoción?" Desde el amanecer hasta la noche, Vahíd estaba absorto en resolver sus perplejidades y en guiar sus pasos en el sendero del servicio.

Durante cuarenta días continuó esta febril actividad de parte de sus celosos adeptos, tanto hombres como mujeres. Su casa se había transformado en el lugar de reunión de una innumerable hueste de devotos que ansiaban demostrar dignamente el espíritu de la Fe que había inflamado sus almas. La conmoción producida proveyó a Navváb-i-Radaví de un nuevo pretexto para conseguir el apoyo del gobernador de la ciudad[4], que era joven e inexperto en asuntos de Estado, en sus esfuerzos contra su adversario. Pronto cayó víctima de las intrigas y maquinaciones de ese malvado conspirador quien logró inducirle a que despachara un pelotón de hombres armados para que asediaran la casa de Vahíd. Mientras un regimiento del ejército procedía a ese lugar, una turba compuesta de los elementos más degradados de la ciudad, instigados por el Navváb, dirigían sus pasos hacia el mismo lugar, decididos a intimidar a sus ocupantes con sus amenazas e imprecaciones.

Aún cuando asediado por fuerzas hostiles Vahíd continuó, desde la ventana del piso superior de su casa, a animar el celo de sus adeptos y aclarar los puntos oscuros que aún quedaban en sus mentes. Al ver todo un regimiento, reforzado por un populacho enfurecido, preparándose para atacarlos, se volvieron hacia Vahíd en su apuro y le pidieron que guiara sus pasos. "Este sable que yace ante mí", fue su respuesta, mientras estaba sentado en la ventana, "me fue obsequiado por el Qá'im Mismo. Dios sabe que si hubiera sido autorizado por Él para librar la guerra santa contra esta gente, sólo y sin ayuda hubiera aniquilado sus fuerzas. Sin embargo, se me ordena evitar tal acción". "Este mismo caballo", agregó, al ver el caballo que su sirviente Hasan había ensillado y conducido a la parte delantera de la casa, "me fue obsequiado por el extinto Muhammad Sháh, para que con él pudiera cumplir la misión que me había confiado, la de hacer una investigación imparcial de la naturaleza de la Fe proclamada por el Siyyid-i-Báb. Me pidió que le informara personalmente los resultados de mi investigación ya que yo era el único de los dirigentes eclesiásticos de Teherán en quién podía poner toda su confianza. Emprendí aquella misión con el firme propósito de refutar los argumentos de ese Siyyid y de inducirle que abandonara Sus ideas y reconociera mi jefatura y de llevarlo conmigo a Teherán como testigo del triunfo que iba a lograr. Cuando entré en Su presencia, sin embargo, y escuché Sus palabras, sucedió lo contrario de lo queme había imaginado. Durante mi primera audiencia con Él, me sentí avergonzado y confundido; al final de la segunda, me

sentí tan importante e ignorante como un niño; la tercera me encontré humilde como el polvo bajo Sus pies. Por cierto que había dejado de ser el despreciable siyyid que me había imaginado anteriormente. Para mí Él era la Manifestación de Dios Mismo, la Personificación viviente del Espíritu Divino. Desde ese día he ansiado atestiguar la hora en la cual pueda dar me vida por Él y Su Causa. Aquella hora se acerca rápidamente".

Viendo la agitación que se había apoderado de sus amigos, les exhortó que se mantuvieran tranquilos y que tuvieran paciencia y que estuvieran seguros que el Vengador omnipotente infligiría antes de mucho, con Su propia mano invisible, una derrota arrolladora a las fuerzas dispuestas contra Sus amados. Apenas había dicho estas palabras cuando llegó la noticia que un tal Muhammad-'Abdu'lláh, a quien todos creían muerto, había aparecido repentinamente con un grupo de sus compañeros que habían desaparecido también y, profiriendo el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!"[5] se lanzaron sobre los asaltantes y los dispersaron. Mostró tal valentía que todo el destacamento, junto con el gobernador, buscó refugio en el fuerte de Nárín.

Aquella noche Muhammad-'Abdu'lláh pidió que se le llevara a la presencia de Vahíd. Le aseguró de su fe en la Causa y le informó de los planes que tenía para subyugar al enemigo. "Aún cuando su intervención", replicó Vahíd, "ha alejado hoy día de esta casa el peligro de una calamidad imprevista, sin embargo usted debe reconocer que hasta ahora nuestra lucha con esta gente se ha limitado a un argumento que gira alrededor de la Revelación del Sáhibu'z-Zamán. Desde ahora el Navváb se verá inducido a instigar a la gente en nuestra contra y argumentará que me he levantado para establecer mi soberanía indiscutida sobre toda la provincia y que mi intención es extenderla sobre toda Persia". Vahíd le aconsejó que se fuera de la ciudad inmediatamente y que lo encomendara al cuidado del Todopoderoso. "Hasta que haya llegado nuestra hora designada", le aseguró, "el enemigo no podrá infligirnos el menor daño".

Muhammad-'Abdu'lláh prefirió, sin embargo, ignorar el consejo de Vahíd. "Sería cobardía de mi parte", se le oyó decir al retirarse, "abandonar a mis amigos a la misericordia de un adversario irritado y asesino. ¿Cuál sería, entonces, la diferencia entre yo y aquellos que abandonaron al Siyyidu'sh-Shuhadá[6] en el día de ‘Áshúrá[7] y lo dejaron sin compañeros en el campo de Karbilá? Un Dios misericordioso, espero, será indulgente conmigo y me perdonará mi acción".

Con estas palabras dirigió sus pasos al fuerte Nárín, obligó a las fuerzas que se habían congregado en sus vecindades a buscar humillante refugio tras sus murallas y logró mantener encerrado al gobernador junto con los asediados.

El mismo hizo guardia, listo para interceptar cualquier refuerzo que les fuera enviado.

Mientras tanto el Navváb había logrado provocar un levantamiento general en el que participó la masa de los habitantes. Se estaban preparando para atacar la casa de Vahíd cuando éste llamó a Siyyid ‘Abdu'l-‘Azím-i-Khu'í, llamado el Siyyid-i-Khál-Dár, quien había participado por algunos días en la defensa del fuerte de Shaykh Tabarsí y cuya dignidad de porte atrajo la atención de todos; le pidió que montara su propio caballo y proclamara públicamente, por las calles y bazares, un llamado a toda la población y que los urgiera a abrazar la Causa del Sáhibu'z-Zamán. "Decidles", agregó, "que no tengo intención de librar guerra santa en su contra. Que se den por advertidos, sin embargo, que si siguen asediando mi casa y persisten en sus ataques en mi contra, me veré obligado, como medida de propia defensa, a resistir y dispersar sus fuerzas. Si eligen rechazar mi consejo y ceden a las instigaciones del intrigante Navváb, daré órdenes a siete de mis compañeros que rechacen sus fuerzas vergonzosamente y aniquilen sus esperanzas. Que no desafíen mi rango y linaje".

El Siyyid-i-Khál-Dár saltó sobre su caballo y, escoltado por cuatro de sus compañeros elegidos, cabalgó por el mercado y proclamó, con acento de compelente majestad, la advertencia que se le había encomendado difundir. No conforme con el mensaje que se le había confiado, se aventuró a agregar, a su propia manera inimitable, algunas palabras con las que buscó aumentar el efecto de aquella proclamación. "¡Cuidado", rugió, "si desprecian nuestra advertencia. Con levantar mi voz", les aseguró, "bastará para hacer temblar las murallas de su fortín y la fuerza de mi brazo será suficiente para derribar la resistencia de sus puertas!"

Su voz estentórea retumbó como trompeta, y provocó consternación en los corazones de quienes la oyeron. Al unísono, toda la población declaró, asustada, su intención de deponer las armas y dejar de molestar a Vahíd, cuyo linaje, dijeron, respetarían de ahora en adelante.

Imposibilitado, por la negativa rotunda de la gente a luchar contra Vahíd, el Navváb los indujo a dirigir sus fuerzas contra Muhammad-'Abdu'lláh y sus compañeros, quienes estaban estacionados en las vecindades del fuerte. El choque de estas fuerzas indujo al gobernador a salir de su refugio y dar instrucciones al destacamento asediado que uniera sus fuerzas con las que habían sido reclutadas por el Navváb. Muhammad-'Abdu'lláh había comenzado a dispersar al populacho que se había precipitado sobre él desde la ciudad, cuando repentinamente fue asaltado por el fuego que las tropas abrieron sobre él por orden del gobernador. Una bala hirió su pie y lo derribó al suelo. Algunos de sus

adeptos fueron heridos también. Su hermano se apresuró en transportarlo a un lugar seguro y de allí lo llevó, a petición suya, a casa de Vahíd.

El enemigo lo siguió a aquella casa, completamente decidido a apoderarse de él y darle muerte. El clamor de la gente que se agolpaba alrededor de su casa obligó a Vahíd a ordenar a Mullá Muhammad-Ridáy-i-Manshádí, uno de los 'ulemas más ilustres de Manshád, quién había despreciado su turbante y se había ofrecido para hacer de portero, que saliera y, con la ayuda de seis compañeros de su elección, dispersara sus fuerzas. "Que cada uno de ustedes levante su voz", les ordenó, "y repita siete veces las palabras "Alláh'u'Akbar"[8] y a la séptima invocación avancen todos a la vez en medio de sus asaltantes".

Mullá Muhammad-Ridá, a quién Bahá'u'lláh había puesto el nombre de Rada'r-Rúh, se puso de pie de un brinco y, con sus compañeros, procedió inmediatamente a cumplir las instrucciones que había recibido. Aquellos quienes le acompañaban, aún cuando frágiles de cuerpo e inexpertos en el arte de usar sable, se hallaban encendidos de tal fe que se transformaron en el terror de sus adversarios. Siete de los más destacados de entre el enemigo murieron ese día, que era el veintisiete del mes de Jamádíyu'th-Thání[9]. "Apenas habíamos derrotado al enemigo", relató Mullá Muhammad-Ridá", y regresado a la casa de Vahíd, cuando encontramos a Muhammad-'Abdu'lláh tendido, herido, ante nosotros. Fue llevado donde nuestro jefe y compartió de su alimento. Después fue trasladado a un escondite, donde permaneció oculto hasta que se recuperó de su herida. Eventualmente fue capturado y muerto por el enemigo".

Aquella noche Vahíd pidió a sus compañeros que se dispersaran y cuidaran por su seguridad personal. Aconsejó a su mujer que se trasladara con sus hijos y posesiones, a la casa del padre de ella y que dejara todo lo que fuera propiedad personal de él. "Esta residencia palaciega", le dijo, "la he construido con la única intención de que eventualmente fuera demolida en el sendero de la Causa, y los muebles suntuosos con que la he adornado los he adquirido con la esperanza que algún día podría sacrificarlos por mi Bienamado. Entonces tanto mis amigos como mis enemigos se darán cuenta que aquél que poseía esta casa tenía una herencia tan grande e inapreciable que una mansión terrena, no importa cuán suntuosamente adornada y magníficamente equipada, no tenía valor alguno a sus ojos; que había caído, a su parecer, al estado de un montón de huesos por los que sólo los perros de la tierra podían sentir atracción. ¡Ojalá prueba tan compelente del espíritu de renunciación pudiera abrir sus ojos a esta gente perversa y provocara en ellos el deseo de seguir los pasos de aquél que mostró tal espíritu!"

A media noche Vahíd se levantó y, recogiendo los Escritos del Báb que se hallaban en su poder, así como también las copias de todos los tratados que él

mismo había escrito se los entregó a su sirviente Hasan y le ordenó que los llevara a un lugar fuera de la puerta de la ciudad donde el camino se bifurca a Mihríz. Le pidió que esperara hasta su llegada y le advirtió que, si no tomaba en cuenta sus instrucciones, nunca más lo volvería a ver.

Apenas había montado Hasan su caballo y estaba listo para partir, cuando los gritos de los centinelas, que guardaban la entrada del fortín, llegaron a sus oídos. Temiendo que la capturaran y se apoderaran de los preciosos manuscritos en su poder, decidió seguir una ruta diferente a la que su amo le había indicado. Al pesar detrás del fuerte los centinelas lo reconocieron, mataron de un tiro a su caballo y lo capturaron.

Mientras tanto Vahíd se estaba preparando para partir de Yazd. Dejando a dos de sus hijos, Siyyid Ismá‘il y Siyyid ‘Alí Muhammad, al cuidado de su madre, partió, acompañado por sus otros dos hijos, Siyyid Ahmad y Siyyid Mihdí, junto con dos de sus compañeros que eran ambos residentes de Yazd y que le habían pedido permiso para acompañarle en su viaje. El primero, llamado Ghulám-Ridá, era hombre de excepcional valentía. Mientras el otro, Ghulám-Ridáy-i-Kúchik, se había distinguido por su buena puntería. Tomó el mismo camino que le había dicho a su sirviente que tomara y, al llegar a salvo al lugar previsto, se sintió sorprendido al encontrar que Hasan no estaba allí. Vahíd supo inmediatamente que no había seguido sus instrucciones y había sido capturado por el enemigo. Deploró su suerte y se acordó de la acción de Muhammad-'Abdu'lláh quien también había obrado contra su voluntad y había sufrido daño en consecuencia. Supieron posteriormente que Hasan fue disparado de la boca de un cañón[10] y que un tal Mírzá Hasan, quien había sido el imán de uno de los sectores de Yazd y que era hombre de conocida piedad, había sido capturado una hora más tarde y sometido a la misma suerte que su camarada.

La salida de Vahíd de Yazd provocó nuevos esfuerzos por parte del enemigo. Corrieron a su casa, saquearon sus posesiones y la demolieron completamente[11]. Mientras tanto él dirigía sus pasos a Nayríz. Aún cuando no estaba acostumbrado a caminar, aquella noche recorrió siete farsangs[12] a pie, mientras sus hijos eran llevados en andas por sus compañeros parte del camino. Durante el día siguiente se ocultó en la grieta de una montaña vecina. En cuanto su hermano, que vivía en aquella vecindad y sentía gran afecto por él, supo de su llegada, le envió en secreto las provisiones que necesitaba. Ese mismo día un grupo de ayudantes del gobernador, que habían salido a caballo en persecución de Vahíd, llegó a la aldea, revisaron la casa de su hermano donde sospechaban se había ocultado y se apoderaron de una gran parte de su propiedad. Sin poder encontrarlo, regresaron a Yazd.

Vahíd, mientras tanto, se abrió camino entre las montañas hasta que llegó al distrito de Bavánát-i-Fárs. La mayoría de sus habitantes, que se contaban entre sus más fervientes admiradores, abrazaron con presteza la Causa. Entre ellos estaba el renombrado Hájí Siyyid Ismá‘il el Shaykhu'l-Islám de Bavánát. Un número considerable de esa gente lo acompañó hasta la aldea de Fasá, donde los habitantes rehusaron responder al Mensaje que les invitó a seguir.

Por toda su ruta, dondequiera se detuvieran, el primer pensamiento de Vahíd, en cuanto había bajado de su caballo, era buscar el masjid del lugar al que hacía llamar a la gente para que le escucharan anunciar las buenas nuevas del Nuevo Día. Completamente olvidado de las fatigas del viaje, subía inmediatamente al púlpito y proclamaba intrépidamente a su congregación el carácter de la Fe que se había levantado a defender. Sólo permanecía una noche en aquél lugar si tenía éxito en conquistar para la Causa almas en las que podía confiar que seguirían propagándola después de su partida. De lo contrario reiniciaba inmediatamente la marcha y rehusaba nueva asociación con ellos. Por cualquier aldea que paso", observó con frecuencia, "en que no inhalo de sus habitantes la fragancia de la fe, no tengo agrado en su alimento y bebida".

Al llegar a la aldea de Rúníz, en el distrito de Fasá, Vahíd decidió permanecer allí algunos días. A aquellos corazones que encontró receptivos a su llamada, los trató de atraer y encender con el fuego del amor de Dios. En cuanto supieron de su llegada a Nayríz, toda la población de Chinár-Súkhtih se apresuró en ir a verle. Gente de otros sectores hicieron lo mismo, impulsados por su cariño y afecto por él. Temiendo que Zaynu'l-‘Ábidín Khán, el gobernador de Nayríz, hiciera objeciones a su visita, la mayoría de ellos partieron de noche. Del sector de Chinár-Súkhtih sólo, más de cien estudiantes precedidos por su jefe, Hájí Shaykh ‘Abdu'l-‘Alí, el suegro de Vahíd, y un juez de reputación en todo ese distrito, se sintieron impulsados a reunirse con cierto número de los más distinguidos notables de Nayríz para dar la bienvenida al visitante esperado antes de que llegara al pueblo. Entre estos figuraba Mullá ‘Abdu'l-Husayn, hombre venerable de ochenta años de edad que era muy estimado por su piedad y sabiduría; Mullá Báqir, que era el imán del sector Chinár-Súkhtih; Mírzá Husayn-i-Qutb el kad-khudá[13] del sector Bázár, con todos sus parientes; Mírzá Abu'l-Qásim, un pariente del gobernador; Hájí Muhammad-Taqí, que ha sido mencionado por Bahá'u'lláh en el "Súriy-i-Ayyúb", junto con su yerno; Mírzá Nawrá y Mírzá ‘Alí-Ridá, ambos del sector Sádat[14].

Todos ellos, algunos de día, otros de noche, se dirigieron a la aldea de Rúníz con el objeto de dar la bienvenida al visitante y asegurarle su inquebrantable devoción. Aún cuando el Báb había revelado una Tablilla dirigida a los creyentes

de Nayríz, sin embargo los que la recibieron quedaron ignorantes de su significado y principios generales. Fue Vahíd quién los ilustró sobre su verdadero propósito y expuso sus características distintivas.

Apenas supo Zaynu'l-Ábidín Khán del considerable éxodo que había tomado lugar con el propósito de dar la bienvenida a Vahíd, despachó un mensajero especial para que alcanzara e informara a los que ha habían partido, de su decisión de tomar la vida, capturar las mujeres y confiscar la propiedad de todos los que persistían en su alianza con él. Ni uno sólo de los que partieron hizo caso a la advertencia, al contrario, se aferraron más apasionadamente a su jefe. Su determinación inquebrantable y su desprecio a su mensajero alarmaron al gobernador. Temeroso de que se levantaran contra él, decidió trasladar su residencia a Qutrih, donde había estado su hogar original y que se encontraba a una distancia de ocho farsangs[15] de Nayríz. Eligió esa aldea porque en sus vecindades había una poderosa fortaleza que podía utilizar, como refugio en caso de peligro. Se le había asegurado, asimismo, que sus habitantes eran diestros en el arte de tiro y podía fiarse de ellos si se les llamaba a defenderlo.

Mientras tanto Vahíd había dejado Rúníz rumbo al santuario de Pír-Murád, que se hallaba situado en las vecindades de la aldea de Istahbánát. A pesar de la prohibición de los 'ulemas de esa aldea, de que entrara, no menos de veinte de sus habitantes salieron a darle la bienvenida y lo acompañaron hasta Nayríz. Cuando llegaron, antes del medio día del quince de Rajab[16], lo primero que hizo Vahíd, al llegar al sector nativo de Chinár-Súkhtih, aún antes de ir a su propia casa, fue entrar al masjid y llamar a la congregación que se había reunido para que reconociera y abrazara el Mensaje del Báb. Impaciente por enfrentarse con la multitud que lo esperaba, con su ropa aún cubierta de polvo, ascendió al púlpito y habló con elocuencia tan convincente que todos los que le oían se sintieron electrificados por su llamado[17]. No menos de mil personas, todos nativos del sector Chinár-Súkhtih, y otros quinientos de otros sectores de Nayríz, todas quienes se agolpaban en el edificio, respondieron espontáneamente. "¡Hemos oído y obedecemos!", gritó con gran entusiasmo la multitud llena de júbilo, mientras se acercaban para asegurarle su homenaje y gratitud. El efecto que ese discurso apasionado tuvo sobre los corazones de los que lo oyeron fue como jamás se había visto en Nayríz.

"Mi único propósito", siguió diciendo Vahíd, explicando a su auditorio, en cuanto había pasado la primera ola de excitación, "al venir a Nayríz es proclamar la Causa de Dios. Le doy gracias a Él y lo glorifico por haber permitido tocar vuestros corazones con Su Mensaje. No hay necesidad que yo permanezca más tiempo entre ustedes, porque si prolongo mi estadía temo que el gobernador les

haga daño por causa mía. Puede buscar refuerzos en Shíráz y destruir sus hogares y someterlos a increíbles indignidades". "Estamos listos y resignados a la voluntad de Dios", respondió con una sola voz la congregación. "Que Dios nos conceda Su gracia para resistir las calamidades que aún pueden sobrevenirnos. No podemos, sin embargo, reconciliarnos a separación tan repentina y apresurada de ti".

Apenas habían salido estas palabras de sus labios cuando los hombres y las mujeres condujeron, en triunfo, a Vahíd a su casa. Llenos de excitación y rebosantes de alegría, se apiñaron a su alrededor y, con vivas y aclamaciones, lo escoltaron hasta la entrada misma de su casa. Los pocos días que Vahíd consintió permanecer en Nayríz se pasaron, en su mayoría, en el masjid, donde con su acostumbrada elocuencia y sin reservas, continuó exponiendo las enseñanzas fundamentales que había recibido de su Maestro. Cada día atestiguó un aumento en el número de sus oyentes y en todas direcciones se hacían cada vez más evidentes las señales de su maravillosa influencia.

La fascinación que ejercía sobre la gente no podía dejar de encender la cólera latente y la hostilidad de Zaynu'l-‘Ábidín khán. Emprendió renovados esfuerzos y dio instrucciones que se reclutara un ejército con el propósito expreso de erradicar una Causa que el sentía estaba minando rápidamente su propia posición. Pronto logró reclutar más o menos mil hombres, tanto de infantería como caballería, todos ellos bien entrenados en el arte de la guerra y equipados con una amplia provisión de municiones. Su plan era hacerlo prisionero mediante un ataque repentino.

En cuanto Vahíd supo los planes del gobernador, ordenó que los veinte compañeros que habían salido de Istahbánát a darle la bienvenida y que lo habían acompañado hasta Nayríz, que ocuparan el fuerte de Khájih, situado en las vecindades del sector Chinár-Súkhtih. Designó a Shaykh Hádí, hijo de Shaykh Muhsin, como jefe del grupo y encareció a sus adeptos que residían en aquél sector que fortificaran las puertas, las torres y las paredes de ese fortín.

Mientras tanto el gobernador había trasladado su sede a su propia casa en el sector Bázár. La fuerza que había reclutado lo acompañó y ocupó el fortín situado en su vecindad. Sus torres y paredes, que comenzó a fortificar, dominaban toda la ciudad. Después de obligar a Siyyid Abú-Tálib, el kad-khudá[18] de aquél sector, y uno de los compañeros de Vahíd, a evacuar su casa, fortificó el techo, ubicó sobre él a cierto número de sus hombres, bajo el mando de Muhammad-‘Alí Khán, y les ordenó abrir fuego sobre su adversario. El primero en sufrir fue ese mismo Mullá ‘Abdu'l-Husayn quién, a pesar de su edad avanzada, había salido a pie para dar la bienvenida a Vahíd. Estaba ofreciendo su oración sobre el techo

de su casa cuando una bala lo hirió en el pie, causando una intensa hemorragia. Aquél golpe cruel provocó la compasión de Vahíd quien rápidamente, en un mensaje escrito al herido, expresó su pesar ante el daño que había sufrido y lo animó con el pensamiento que él, a su avanzada edad, fue el primero en ser elegido como víctima en el sendero de la Causa.

Lo repentino del ataque espantó a algunos de los compañeros que habían abrazado precipitadamente el Mensaje y no habían logrado apreciar su significado completo. Su fe fue sacudida tan severamente que unos pocos se sintieron inducidos, a media noche, a separarse de sus compañeros y unir sus fuerzas a las del enemigo. Apenas había sido informado Vahíd de su acción, salió al amanecer, montó su caballo y, seguido por cierto número de sus adeptos, cabalgó al fuerte de Kházih donde estableció su residencia.

Su llegada fue la señal para renovados ataques en su contra. Zaynu'l-‘Ábidín Khán despachó inmediatamente a su hermano mayor, ‘Alí-Asghar Khán, al mando de mil hombres bien armados y entrenados, para que sitiaran el fuerte en que setenta y dos compañeros se habían refugiado yá. Al amanecer, un grupo de ellos, obrando de acuerdo con las instrucciones de Vahíd, salieron al encuentro del enemigo y, con extraordinaria rapidez, obligaron a los sitiadores a dispersarse.

Sólo tres de los compañeros encontraron la muerte durante ese encuentro. El primero fue Tájud'd-Dín, un hombre de reconocida valentía, cuya ocupación era fabricar kulahs de lana[19]; el segundo fue Zayníl, hijo de Iskandar, agricultor de profesión; el tercero fue Mírzá Abu'l-Qásim, hombre de gran mérito.

Esta derrota completa y repentina provocó las aprehensiones del Príncipe Fírúz Mírzá, el Nusratu'd-Dawlih, gobernador se Shíráz, quién dio orden que se exterminara inmediatamente a los ocupantes del fuerte. Zaynu'l ‘Ábidín Khán despachó a uno de los ayudantes del príncipe con un mensaje a Vahíd urgiéndole, en vista de la tirantez de las relaciones entre ellos, que partiera de Nayríz con la esperanza que el trastorno que se había iniciado se extinguiera. "Decidle", replicó Vahíd, "que mis dos hijos, con sus dos sirvientes son toda la compañía que tengo conmigo. Si mi presencia en este pueblo va a provocar trastornos, estoy dispuesto a partir. ¿Por qué es qué, en vez de darnos la bienvenida que corresponde a un descendiente del Profeta, nos ha privado de agua y ha incitado a sus hombres que nos asedien y nos ataquen? Si sigue negándonos lo indispensable para la vida, le advierto que siete de mis compañeros, a quienes él considera los más despreciables de entre los hombres, infligirán una humillante derrota a sus fuerzas combinadas".

Al encontrar que Zaynu'l-‘Ábidín Khán ignoró su advertencia, Vahíd ordenó a sus compañeros que salieran del fuerte y castigaran al enemigo. Con admirable valentía y confianza, lograron, aún cuando jóvenes en años, y sin ninguna experiencia en el uso de las armas, desmoralizar a un ejército organizado y entrenado. ‘Alí-Asghar Khán en persona cayó muerto y dos de sus hijos cayeron prisioneros. Zaynu'l-‘Ábidín Khán emprendió vergonzosa retirada con lo que aún quedaba de sus fuerzas dispersas, a la aldea de Qutrih, informó al príncipe de la gravedad de la situación y le pidió que enviara refuerzos inmediatamente, poniendo especial énfasis sobre la necesidad de artillería pesada y un gran destacamento tanto de infantería como de caballería.

Por su parte Vahíd, al encontrar que el enemigo estaba empeñado en exterminarlos, ordenó que se fortalecieran las defensas del fortín, que se construyera una noria dentro del recinto y que las tiendas que habían capturado fueran levantadas fuera de las puertas. Ese día, algunos de sus compañeros fueron designados para funciones específicas. Karbilá'í Mírzá Muhammad fue nombrado cuidador de la puerta del fortín; Shaykh Yúsuf, cuidador de los fondos; Karbilá'í Muhammad, hijo de Shamsu'd-Dín, el superintendente de los jardines vecinos al fuerte y de sus barricadas; Mírzá Ahmad, tío de ‘Alíy-i-Sardár, fue designado oficial a cargo de la torre del molino conocido con el nombre de Chinár, situado en las vecindades del fuerte; Shaykháy-i-Shívih-Kash como verdugo; Mírzá Muhammad-Ja‘far, primo de Zaynu'l-‘Ábidín Khán, el cronista; Mírzá Fadlu'lláh, lector de estas crónicas; Mashhadí Taqí-Baqqál como carcelero; Hájí Muhammad-Taqí, archivero; Ghulám-Riday-i-Yazdí capitán de tropa. Además de los setenta y dos compañeros que se encontraban dentro del fuerte con él y lo habían acompañado desde Istahbánát a Nayríz, Siyyid Ja‘far-i-Yazdí, un conocido teólogo y Shaykh ‘Abdu'l-‘Alí, el suegro de Vahíd, indujeron a éste que admitiera al fuerte cierto número de los residentes del sector Bázár, junto con varios de sus propios parientes.

Zaynu'l-Ábidín Khán hizo un nuevo llamado al príncipe y agregó esta vez a su petición, en que solicitaba urgentemente refuerzos adecuados, la suma de cinco mil tumáns[20] como un regalo personal. Entregó la carta a uno de sus amigos íntimos, Mullá Báqir tomó una ruta poco frecuentada y después de un día de viaje llegó a un lugar llamado Hudashtak, en cuyas vecindades se hallaba un fortín a cuyo alrededor levantaban en ocasiones sus tiendas las tribus que merodeaban esos lugares.

Mullá Báqir desmontó cerca de una de estas tiendas y mientras conversaba con sus ocupantes llegó Hájí Siyyid Ismá‘il, el Shaykhu'l-Islám de Bavánát. Vahíd le había dado permiso para ir a su aldea de origen, para atender algún

asuntos de importancia, indicándole que regresara inmediatamente a Nayríz. Después de su almuerzo vio que un caballo ricamente enjaezado estaba atado a las cuerdas de una tienda vecina. Al informársele que pertenecía a uno de los amigos de Zaynu'l-‘Ábidín Khán que había llegado de Nayríz en ruta a Shíráz, Hájí Siyyid Ismá‘il, que era un hombre de excepcional valentía, fue inmediatamente a esa tienda, montó el caballo y, desenvainado su sable, dijo en voz severa las siguientes palabras al dueño de la tienda con quién estaba conversando aún Mullá Báqir: "Arrestad a ese granuja, que ha huido del Sáhibu’z-Zamán[21]. Amarrad sus manos y entregádmelo". Asustados por las palabras y actitud de Hájí Siyyid Ismá‘il quien espoleó su cabalgadura y obligó a su prisionero a seguirle. A la distancia de dos farsangs de aquél pueblo llegó a la aldea de Rastáq y entregó su prisionero en manos del kad-khudá que se llamaba Hájí Akbar, urgiéndole que lo llevara a la presencia de Vahíd. Cuando lo trajeron ante él, inquirió la naturaleza y propósito de su viaje a Shíráz, a lo que dio respuesta franca y detallada. Aún cuando Vahíd estaba dispuesto a perdonarle, sin embargo, debido a su actitud hacia él, Mullá Báqir fue condenado a muerte eventualmente por los compañeros.

Lejos de abandonar su decisión de solicitar la ayuda que necesitaba de Shíráz, Zaynu'l-Ábidín Khán apeló con mayor vigor aún al príncipe, pidiéndole que duplicara sus esfuerzos para la exterminación de lo que consideraba gravísima amenaza a la seguridad de su provincia. No conforme con su exhortación formal, despachó a Shíráz un grupo de hombres de confianza a quienes abrumó con regalos para el príncipe, esperando inducirlo por este medio, a obrar con prontitud. En un esfuerzo por consolidar su petición, dirigió varias cartas a los 'ulemas principales y siyyids de Shíráz, en las que tergiversó groseramente los propósitos de Vahíd, se explayó sobre sus actividades subversivas y les urgió que intercedieran ante el príncipe y le encarecieran que apresurara el envío de refuerzos.

El príncipe accedió inmediatamente a su petición. Dio instrucciones a 'Abdu'lláh Khán, el Shujá'u'l-Mulk que partiera inmediatamente a Nayríz acompañado por los regimientos Hamadání y Silákhurí bajo la dirección de varios oficiales y provisto de una fuerza de artillería adecuada. Aún más, dio instrucciones a su representante en Nayríz que reclutara a los hombres físicamente aptos del distrito circundante, incluyendo la aldea de Istahbánát, Iráq. Panj-Ma'ádín, Qutrih, Bashnih, Dih-Cháh, Mushkán y Rastáq. A estos agregó la tribu conocida con el nombre de Vísbaklaríyyih, a quienes ordenó unirse al ejército de Zaynu'l-‘Ábidín Khán.

Una hueste innumerable rodeó repentinamente el fuerte en que estaban sitiados Vahíd y sus compañeros, comenzaron a cavar trincheras a su alrededor y a construir barricadas a lo largo de aquellas trincheras[22]. Apenas habían concluido las tareas abrieron fuego sobre ellos. Una bala hirió al caballo en que cabalgaba uno de los ayudantes de Vahíd mientras vigilaba el portón. Otra bala vino inmediatamente después y perforó la torre sobre ese portón. Durante ese bombardeo, uno de los compañeros, tomando puntería con su rifle, dio muerte instantánea al oficial a cargo de la artillería, a consecuencia de lo cuál los cañones fueron silenciados inmediatamente. Mientras tanto los asaltantes se replegaron a sus trincheras. Aquella noche ni los sitiados ni los que los atacaban se atrevieron a salir de sus refugios.

La segunda noche, sin embargo, Vahíd hizo llamar a Ghulám-Ridáy-i-Yazdí y le dio instrucciones, junto con catorce de sus compañeros, que hicieran una salida y expulsaran al enemigo. Aquellos a quienes se les pidió llevar a cabo esa tarea eran, en su mayoría, hombres de edad avanzada a quienes nadie podía considerar capaces de llevar todo el peso de lucha tan feroz. Entre ellos había un zapatero quién, aún cuando tenía noventa años de edad, mostró tanto entusiasmo y vigor como no podía sobrepasar ningún joven. Los restantes de los catorce eran muchachos, sin preparación alguna para afrontar los peligros y soportar la tensión que tal salida implicaba. Sin embargo, para aquellos héroes, a quienes una voluntad indomable y una confianza inconmovible en los altos destinos de su Causa habían transformado completamente, la edad poco importaba. Su jefe les dio instrucciones que se dispersaran inmediatamente después de salir de la protección del fuerte y, vociferando a una vez el grito de "¡Alláh-u-Akbar!"[23], que se lanzaran en medio del enemigo.

Apenas habían dado la señal, se levantaron tomando sus rifles y, montando sus caballos, salieron por la puerta del fortín. Sin amilanarse ante el fuego que salía de la boca de los cañones y por las balas que llovían sobre ellos, se lanzaron de cabeza en medio de sus adversarios. Este repentino encuentro se prolongó por más de ocho horas durante las cuales esa banda intrépida pudo demostrar tal habilidad y valentía que dejaron asombrados a los veteranos de las filas del enemigo. Desde la ciudad de Nayríz, así como de sus fortalezas circundantes, vinieron rápidamente refuerzos a ayudar al pequeño grupo que había resistido con tanta valentía las fuerzas combinadas de todo un ejército. A medida que se extendía la lucha, las voces de las mujeres de Nayríz, que habían subido a los techos de sus casas para aclamar el heroísmo que se exhibía en forma tan sorprendente, se oyeron por todas partes. Sus aclamaciones aumentaban el ruido de los cañones, que se acentuaban aún más por el grito "¡Alláh-u-Akbar!" que los

compañeros vociferaban, frenéticos de ex citación, en medio del tumulto. El ruido de sus mujeres, junto con su extraordinaria audacia y confianza en sí mismos, desmoralizó completamente a sus adversarios y paralizó sus esfuerzos. El campo del enemigo quedó desolado y abandonado, y ofrecía un triste espectáculo a medida que los vencedores regresaban al fuerte. Llevaron consigo, además de los heridos graves, no menos de sesenta muertos entre los que se encontraban:

1. Ghulám-Ridáy-i-Yazdí (que no debe confundirse con el capitán de las fuerzas que llevaba el mismo nombre).
2. Hermano de Ghulám-Ridáy-i-Yazdí.
3. ‘Alí, hijo de Khayru'lláh.
4. Khájih Husayn-i-Qannád, hijo de Khájih Ghaní.
5. Asghar, hijo de Mullá Mihdí.
6. Karbilá'í ‘Abdu'l-Karím.
7. Husayn, hijo de Mashhadí Muhammad.
8. Zaynu'l-‘Ábidín, hijo de Mashhadí Báqir-i-Sabbágh.
9. Mullá Ja‘far-i-Mudhahhib.
10. 'Abbdu'lláh, hijo de Mullá Músá.
11. Muhammad, hijo de Mashhadí Rajab-i-Haddád.
12. Karbilá'í Hasan, hijo de Karbilá'í Shamsu'd-Dín-i-Malikí-Dúz.
13. Karbilá'í Mírzá Muhammad-i-Zárí.
14. Karbilá'í Báqir-i-Kafsh-Dúz.
15. Mírzá Ahmad, hijo de Mírzá Husayn-i-Kashí-Sáz.
16. Mullá Hasan, hijo de Mullá 'Abdu'lláh.
17. Mashhadí Hájí Muhammad.
18. Abú-Tálib, hijo de Mír Ahmad-i-Nukhud-Biríz.
19. Akbar, hijo de Muhammad-i-Áshúr.
20. Taqíy-i-Yazdí.
21. Mullá ‘Alí, hijo de Mullá Ja‘far.
22. Karbilá'í Mírzá Husayn.
23. Husayn Khán, hijo de Sharíf.
24. Karbilá'í Qurbán.
25. Khájih Kázim, hijo de Khájih ‘Alí.
26. Áqá, hijo de Hájí ‘Alí.
27. Mírzá Nawrá, hijo de Mírzá Mu'íná.

Fracaso tan completo convenció a Zaynu'l-Ábidín Khán y su estado mayor de lo inútil de sus esfuerzos por obligar, en buena lid, a sus adversarios a someterse[24]. Como en el caso del ejército del Príncipe Mihdí Qulí Mírzá, que había fracasado miserablemente en subyugar a su adversario luchando limpiamente en el campo de batalla, la traición y la falsedad probaron ser eventualmente las únicas armas con que un pueblo cobarde podía conquistar a un enemigo invencible. Por los recursos a que echaron mano Zaynu'l-'Ábidín Khán y su estado mayor, delataron su impotencia para derrotar, a pesar de los vastos recursos a su disposición y el apoyo moral del gobernador de Fárs y los habitantes de toda la provincia, lo que parecía ser un puñado de gente despreciable y sin entrenamiento. En sus corazones estaban convencidos que detrás de las murallas del fuerte se encontraba una banda de voluntarios que ninguna fuerza bajo su mando podía afrontar y derrotar.

Al levantar la voz de paz, pretendían engañar mediante ruin astucia, a aquellos corazones puros y nobles. Durante algunos días suspendieron toda clase de hostilidad, después de lo cuál, dirigieron un solemne llamado por escrito a los asediados que, en términos generales, decía lo siguiente: "Hasta ahora, como ignorábamos el verdadero carácter de la Fe de ustedes, hemos permitido que los promotores de sedición nos induzcan a creer que todos ustedes han violado los preceptos sagrados del islam. Por eso nos hemos levantado en su contra y nos hemos esforzado por extirpar su Fe. Durante los últimos días, hemos llegado a saber que sus actividades no tienen color político, que ninguno de ustedes tiene inclinación alguna a subvertir las bases del Estado. También se nos ha convencido del hecho que sus enseñanzas no implican desviación grave alguna de las enseñanzas fundamentales del islam. Lo único que ustedes parecen afirmar es que ha aparecido un hombre cuyas palabras son inspiradas y cuyas pruebas son seguras y a quién todos los seguidores del islam deben reconocer y apoyar. En ningún caso podemos sentirnos convencidos de la validez de esta afirmación a no ser que ustedes acepten poner toda su confianza en nuestra sinceridad y den su asentimiento a nuestra petición de permitir a algunos de sus representantes salir del fuerte y reunirse con nosotros en este campamento donde podemos, en algunos días, informarnos del carácter de su creencia. Si ustedes prueban que son capaces de demostrar la verdad de las afirmaciones de su Fe, nosotros también la abrazaremos inmediatamente, porque no somos enemigos de la Verdad y ninguno de nosotros desea negarla. Siempre hemos reconocido en su jefe a uno de los defensores más capaces del islam y lo consideramos como un ejemplo y guía para nosotros. Este Corán, en que estampamos nuestros sellos, es testigo de la integridad de nuestro propósito. Que ese Libro Sagrado decida si la afirmación de

Dios y de Su Profeta caiga sobre nosotros si intentamos engañarles. Su aceptación de nuestra invitación salvará a un ejército entero de la destrucción, mientras que su negativa los dejará en suspenso y en la duda. Juramos que en cuanto estemos convencidos de la verdad de su Mensaje, trataremos de mostrar el mismo celo y devoción que han manifestado ustedes en forma tan extraordinaria. Sus amigos serán nuestros amigos y sus enemigos nuestros enemigos. Cualquier cosa que decida ordenar su jefe, nos comprometemos a obedecer. Por otra parte, si ni nos convencemos de la verdad de su afirmación prometemos solemnemente que en ningún caso interferiremos con su regreso al fuerte a salvo y estaremos dispuestos a reiniciar nuestra lucha en contra de ustedes. Les encarecemos que rehúsen derramar más sangre antes de intentar establecer la verdad de su Causa.

Vahíd recibió el Corán con gran reverencia y lo besó con devoción. "Ha llegado nuestra hora señalada", dijo. "Nuestra aceptación de su invitación les hará sentir, con seguridad, la vileza de su traición". "Aún cuando me doy perfecta cuenta de sus designios", agregó, volviéndose a sus compañeros, "siento que es mi deber aceptar su llamado y tomar la oportunidad de intentar exponer una vez más las verdades de mi amada Fe". Les pidió que siguieran desempeñando sus tareas y no poner confianza alguna en lo que sus adversarios pudieran afirmar creer. Además les ordenó suspender toda clase de hostilidades hasta recibir nuevo aviso de él.

Con estas palabras se despidió de sus camaradas y, acompañado por cinco ayudantes, entre los que se encontraba Mullá ‘Alíy-i-Mudhahhib y el traicionero Hájí Siyyid'Abid, partió al campo del enemigo. Zaynu'l-‘Ábidín Khán, acompañado por Shujá’u’l-Mulk y todos los miembros de su estado mayor, salieron a darle la bienvenida. Lo recibieron ceremoniosamente, lo llevaron a una tienda que había sido levantada especialmente para recibirlo y lo presentaron a los demás oficiales. Se sentó en una silla mientras que los demás, con la excepción de Zaynu'l-‘Ábidín Khán, Shujá'u'l-Mulk y otro oficial, a quienes hizo un ademán para que se sentaran, permanecieron todos de pie delante de él. Las palabras que les dirigió fueron tales que aún un hombre con corazón de piedra no podía dejar de sentir su poder. Bahá'u'lláh, en el "Súriy-i-Sabr", ha inmortalizado esa noble llamada y ha revelado toda la medida de su significado. "He venido a ustedes", declaró Vahíd, "armado con el testimonio que Dios me ha confiado. ¿No soy, acaso, un descendiente del Profeta de Dios? ¿Por qué se han alzado a darme muerte? ¿Por qué han pronunciado mi sentencia de muerte y han rehusado reconocer los derechos irrecusables con que me inviste mi linaje?".

La majestad de su porte, combinada con su penetrante elocuencia dejaron confundidos a quienes lo escuchaban. Durante tres días y tres noches lo

agasajaron con profusión y lo trataron con extraordinario respeto. En sus oraciones congregacionales siempre siguieron su dirección y escucharon atentamente su discurso. Aún cuando en apariencia parecían estarse doblegando a su voluntad, sin embargo en secreto estaban tramando contra su vida y conspirando para exterminar al resto de sus compañeros. Sabían muy bien que, si fueran a hacerle el menor daño, mientras sus compañeros permanecían atrincherados tras las murallas del fuerte, se estarían exponiendo a un peligro aún mayor que el que habían tenido que afrontar. Temblaban ante la furia y venganza de sus mujeres no menos que ante la valentía y destreza de sus hombres. Comprendieron que todos los recursos del ejército habían sido impotentes para someter a un puñado de muchachos inmaduros y ancianos decrépitos. Nada que no fuera una estratagema audaz y bien concebida podía asegurarles la victoria final. El temor que llenaba sus corazones era inspirado, en gran medida, por las palabras de Zaynu'l-‘Ábidín Khán, quién, con inquebrantable determinación, buscó mantener en su punto máximo el odio que había inflamado en sus corazones. Las exhortaciones repetidas de Vahíd despertaron en él aprehensiones de que pudiera lograr, con la magia de sus palabras, que transfirieran su alianza a tan elocuente antagonista.

Zaynu'l-‘Ábidín Khán y sus amigos decidieron, finalmente, solicitar a Vahíd que dirigiera, de su puño y letra, un mensaje a sus compañeros que estaban aún en el fuerte, informándoles que se había llegado a un acuerdo amistoso sobre sus diferencias y urgiéndoles que se reunieran con él en el cuartel general del ejército o regresaran a sus casas. Aún cuando no estaba dispuesto a dar su asentimiento a tal petición, finalmente Vahíd se vio obligado a aceptar. Además de este mensaje, en otra carta confidencial informó a sus compañeros de los malvados designios del enemigo y les advirtió que no permitieran que los engañaran. Confió ambas cartas a Hájí Siyyid ‘Ábíd, dándole instrucciones que destruyera la primera y entregara la segunda a los compañeros. Aún más, le encargó que eligieran el más hábil de entre sus compañeros y que hicieran una salida a media noche y dispersaran las fuerzas del enemigo.

Apenas había recibido estas instrucciones Hájí Siyyid Ábíd cuando se las comunicó alevosamente a Zaynu'l-‘Ábidín Khán. Este buscó inducirle inmediatamente que urgiera a los ocupantes del fuerte, en nombre de su jefe, que se dispersaran y le prometió que le daría una abundante recompensa. El mensajero desleal entregó la primera carta a los compañeros de Vahíd y les informó que su jefe había logrado conquistar para la Fe a todo el ejército y que, en vista de esta conversión, les había aconsejado que regresaran a sus hogares.

Aún cuando profundamente desconcertados por tal mensaje, los compañeros se sintieron incapaces de desestimar los deseos que Vahíd había expresado tan claramente. De mala gana se dispersaron, dejando a todas las defensas desguarnecidas. Obedientes a los mandatos escritos de su jefe, varios de ellos abandonaron sus armas y dirigieron sus pasos rumbo a Nayríz.

Zaynu'l-‘Ábidín Khán, al prever la inmediata evacuación del fuerte, despachó a un destacamento de sus fuerzas para que interceptara su entrada al pueblo. Pronto fueron rodeados por una multitud de hombres armados que recibían refuerzos continuamente del cuartel general del ejército. Al encontrarse inesperadamente rodeados, decidieron, por todos los medios a su alcance, rechazar el ataque y, llegar al Masjid-i-Jámi lo más rápidamente posible. Con sables y rifles que algunos llevaban consigo, otros con palos y piedras, trataron de forzar su entrada al pueblo. Una vez más se oyó el grito de "¡Alláh-u-Akbar!"[25], más fiero y compelente que nunca. Algunos de ellos sufrieron martirio mientras forzaban el paso entre las filas del alevoso enemigo. Los demás, aunque heridos y hostigados por nuevos refuerzos, lograron alcanzar eventualmente la protección del másjid.

Mientras tanto, el notorio Mullá Hasan, hijo de Mullá Muhammad-‘Alí, un oficial del ejército de Zaynu'l-‘Ábidín Khán, logró, junto con sus hombres, adelantarse a sus antagonistas y, ocultándose en uno de los minaretes de ese masjid, quedó al acecho de los fugitivos. Apenas se había acercado la banda dispersa al masjid, abrió fuego sobre ellos. Cierto Mullá Husayn lo reconoció y, con el grito de "¡Alláh-u-Akbar!", trepó al minarete y, apuntando su rifle a ese oficial cobarde, lo derribó al suelo. Sus amigos lo llevaron a un lugar donde pudo restablecerse de su herida.

Los compañeros, imposibilitados de conseguir protección dentro del masjid, se vieron obligados a ocultarse en cualquier lugar seguro que pudieran encontrar hasta averiguar la suerte de su jefe. Su primera idea, después de la traición, fue buscar su presencia y seguir cualquiera instrucción que él quisiera darles. Sin embargo, no pudieron descubrir qué le había sucedido y temblaban ante el pensamiento de que podía haber muerto.

Entretanto, Zaynu'l-‘Ábidín Khán y su plana mayor, envalentonados por la dispersión de los compañeros, se estaban esforzando por descubrir los medios por los cuales evadir la obligación de su solemne juramento y proseguir a la ejecución de su antagonista libres de impedimentos. Buscaron alguna razón plausible de un deseo largamente acariciado. En medio de sus deliberaciones, ‘Abbas-Qulí Khán, hombre conocido por lo inescrupuloso y cruel que era, aseguró a sus compañeros que si el haber hecho ese juramento los tenía perplejos,

el no había participado, en ningún caso, en esa declaración y estaba listo para llevar a cabo lo que ellos se sentían imposibilitados de cumplir. "Puedo arrestar", profirió, en un acceso de indignación, "en cualquier momento, y puedo dar muerte a quienquiera considere culpable de haber violado las leyes del país". Inmediatamente hizo llamar a todos aquellos cuyos parientes habían perecido, para que ejecutaran la sentencia de muerte pronunciada contra Vahíd. El primero en presentarse fue Mullá Ridá, cuyo hermano, Mullá Báqir, había sido capturado por el Shaykhu'l-Islám de Bavánát; el siguiente fue un hombre llamado Safar, cuyo hermano Sha'bán, había perecido; el tercero fue Áqá Khán, cuyo padre, ‘Alí-Asghar Khán, hermano mayor de Zaynu'l-Ábidín Khán, había sufrido igual suerte.

En su vehemencia por llevar a cabo la sugerencia de ‘Abbas-Qulí Khán, estos hombres arrancaron el turbante de la cabeza de Vahíd, lo enrollaron en su cuello y, amarrándolo a un caballo, lo arrastraron ignominiosamente por las calles[26]. Las ofensas que fueron acumuladas sobre él recordaron a los espectadores de esa horrible escena del fin trágico del Imán Husayn, cuyo cuerpo fue abandonado a la misericordia de un enemigo enfurecido y sobre el que pisotearon multitud de hombres a caballo. Las mujeres de Nayríz, enardecidas hasta el límite de excitación, por los gritos de triunfo que un enemigo asesino estaba profiriendo, se apiñaron en todas direcciones alrededor del cadáver y, al son de tambores y timbales, dieron rienda suelta a sus sentimientos de ilimitado fanatismo. Bailaron a su alrededor alegremente, desdeñando las palabras que Vahíd, en medio de su agonía, había dicho, palabras que el Imán Husayn, en tiempos pasados y bajo circunstancias similares, había pronunciado: "Tu sabes, ¡oh mi Bienamado!, que he abandonado el mundo por Tu Causa y he puesto mi confianza sólo en Ti. Estoy impaciente por apresurarme hacia Ti, porque la belleza de Tu Rostro me ha sido revelada. Eres testigo de los malvados designios que mi perverso enemigo me ha infligido. No, nunca me someteré a sus deseos ni le juraré lealtad".

De este modo llegó a su fin una vida noble y heroica. Carrera tan llena de acontecimientos brillantes, distinguida por erudición tan vasta[27], gran valentía y espíritu de sacrificio tan fuera de lo común, por cierto requería como corona una muerte tan gloriosa como la que culminó con su martirio[28]. La extinción de aquella vida fue la señal para un ataque feroz a las vidas y propiedad de los que se habían identificado con su Fe. Se designaron no menos de cinco mil hombres para esa tarea malvada. A los hombres se les apresaba, maltrataba y finalmente se les ejecutaba. A las mujeres y a los niños se les encarcelaba y sometía a castigos brutales que ninguna pluma puede describir. Su propiedad fue confiscada y sus casas fueron destruidas. El fuerte de Khájib fue incendiado hasta sus cimientos. A

la mayoría de los hombres se les condujo, en primer lugar a Shíráz y allí, casi todos sufrieron una muerte cruel[29]. Aquellos a quienes Zaynu'l-'Ábidín Khán había hecho encerrar, para fines de lucro personal, en calabozos subterráneos, fueron entregados, en cuanto hubo conseguido su propósito, en manos de sus rufianes quienes les infligieron indecibles crueldades[30]. Eran paseados por las calles de Nayríz, después de lo cual se les sometió a toda clase de atrocidades con la esperanza de obtener de ellos cualquier ventaja material que sus opresores no habían conseguido hasta entonces. Habiendo satisfecho su avaricia, a cada víctima se le hizo sufrir una muerte cruel. Todos los instrumentos de tortura que sus verdugos podían inventar fueron utilizados para saciar su sed de venganza. Se les aplicaron hierros candentes, se les arrancaron las uñas, fueron azotados, se les hizo incisiones en la nariz a través de las cuales se les pasaba un cordel, se clavaron sus pies y manos a martillazos y en ese estado lastimero se les arrastraba por las calles como objetos de desprecio y ridículo para todos.

Entre ellos se encontraba cierto Siyyid Ja'far-i-Yazdí, que en días pasados había ejercido inmensa influencia y había sido muy honrado por el pueblo. Tan grande era el respeto que le tenían que Zaynu'l-'Ábidín Khán siempre la daba la preferencia sobre sí mismo y lo trataba con extraordinaria deferencia y cortesía. Dio orden de que revolcaran su turbante en el barro y lo echaran al fuego. Privado del emblema de su linaje, fue exhibido a la vista del público que, marchando delante de él, lo abrumaron de injurias y lo ridiculizaron[31].

Otra víctima de su tiranía fue Hájí Muhammad-Taqí, quien había gozado, en tiempos pretéritos, una reputación tal por su honradez y justicia que su opinión siempre había sido considerada por los jueces de la corte, como la palabra decisiva en sus juicios. Hombre de tanta grandeza y tan estimado, en medio del invierno, fue desnudado, echado a una laguna y azotado severamente. Siyyid Ja'far y Shaykh 'Abdu'l-'Álí, que era el suegro de Vahíd, y el teólogo más destacado de Nayríz, así como un juez de gran reputación, junto con Siyyid Husayn, uno de los hombres principales de la ciudad, sufrieron igual suerte. Mientras estaban expuestos al frío, la hez del pueblo fue contratada para que amontonaran increíbles crueldades sobre sus tiritantes cuerpos. Más de un pobre, que se apresuró a obtener la recompensa prometida por este acto vil, sintió asco cuando se le informó de la naturaleza del trabajo que se le pedía hacer y, rechazando el dinero, se alejó con repugnancia y desprecio[32].

El día del martirio de Vahíd fue el dieciocho del mes de Sha'bán, en el año 1266 D.H.[33]. Diez días después, el Báb fue fusilado en Tabríz.

Notas

1.- "Después del transcurso de algún tiempo", escribe Mírzá Jání "Cuando tuve una vez más el honor de encontrarme con Áqá Siyyid Yahyá en Teherán, pude observar en su augusto rostro las señales de una gloria y poder que no había notado durante mi primer viaje con él a la capital, ni en otras ocasiones en que lo encontré y me di cuenta que estas señales presagiaban la aproximación de su partida de este mundo. Posteriormente dijo en varias ocasiones durante la conversación: "Este es mi último viaje y después de esto ya no me volverás a ver más"; y a menudo, ya sea en forma explícita o por insinuación, expresó el mismo pensamiento. En ocasiones cuando estábamos juntos y la conversación presentaba la ocasión propicia, remarcaba: "Los santos de Dios pueden predecir acontecimientos por venir y juro por el Amado en el poder de cuya mano yace mi alma que sé y puedo decir dónde y cómo seré muerto, y quién será el que me dará muerte. ¡Cuán glorioso y bendito es que mi sangre sea derramada para enaltecer la Palabra de la Verdad!. (El Tárikh-i-Jadíd, pág.115)

2.- 1850, A. D.

3.- "Bajo el impulso de su celo y rebalsando con el amor de Dios, estaba ansioso por revelar a Persia la gloria y alegría de la única y eterna Verdad. "Amar y ocultar el secreto que uno tiene es imposible", dice el poeta; es así como nuestro Siyyid comenzó a enseñar abiertamente en las Mezquitas, en las calles, en los mercados, en las plazas públicas, en una palabra, dondequiera podía hallar alguien que le escuchara. Un entusiasmo tal trajo sus frutos y las conversiones fueron numerosas y sinceras. Los Mullás, profundamente preocupados, denunciaron violentamente este sacrilegio ante el gobernador de la ciudad". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 390).

4.- Su nombre era Áqá Khán.

5.- Véase Glosario.

6.- El Imán Husayn.

7.- El diez de Muharram, día en que fue martirizado el Imán Husayn.

8.- Dios es el Más Grande.

9.- Mayo 10, 1850 A. D.

10.- "Cuando estaban amarrándolo con su espalda hacia el cañón, él dijo: "Amarradme, os lo ruego, con mi rostro hacia el cañón, para que pueda ver el momento en que lo disparan". Los artilleros y los curiosos que estaban cerca se mostraron asombrados ante su compostura y alegría y por cierto que el que se muestra alegre en situación tal debe necesariamente tener gran fe y fortaleza". (El Tárikh-i-Jadíd, pág. 117).

11.- Áqá Khán, al verificar la desaparición del rebelde dio un suspiro de alivio. Además sentía que perseguir a los fugitivos implicaba cierto peligro y que por lo tanto, sería infinitamente mucho más práctico, más beneficiosos, más ventajosos y menos peligrosos torturar a los bábís o aquellos de quienes se presumía que eran bábís -siempre que fueran personas con riquezas- que habían permanecido en la ciudad. Buscó a los más prósperos, ordenó que fueran ejecutados y confiscó sus bienes, vengando en esta forma su injuriada

religión, cuestión acaso de poca importancia para él y llenando sus cofres, lo que le traía gran satisfacción". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 391).

12.- Véase Glosario.

13.- Véase Glosario.

14.- "Los Nayrízís dieron una entusiasta bienvenida a Siyyid Yahyá. Apenas dos días después de su llegada un gran número de ellos vino a visitarlo durante la noche por temor al gobierno, dice Fárs-Námih y le ofrecieron sus servicios por cuanto odiaban a quienes les gobernaban. Otros, la mayoría residentes del distrito de Chinár-Súkhtih, se convirtieron en gran número. Su ejemplo era contagioso y pronto los bábís podían contar entre ellos a los tullábs de Chinár-Súkhtih quienes eran más o menos cien, su jefe Hájí Shaykh ‘Abdu'l-‘Alí, el padre de la esposa de Siyyid Yahyá, el extinto Ákhund Mullá ‘Abdu'l-Husayn, un caballero de edad y muy versado en literatura religiosa, Ákhund Mullá Báqir, el Pish-namáz del distrito, Mullá ‘Alí Kátib, otro Mullá ‘Alí con sus cuatro hermanos y el kad-khudá y el Rísh-Safíd y otros ciudadanos del sector llamado Bázár; tales como el extinto Mashhadí Mírzá Husayn llamado Qutb, con toda su familia y parientes, Mírzá Abu'l-Qásim quien era el sobrino del gobernador. Hájí Muhammad-Taqí apellidado Ayyúb y su yerno Mírzá Husayn y muchos otros más del sector de los Siyyid y el hijo de Mírzá Nawrá, y Mírzá ‘Alí-Ridá el hijo de Mírzá Husayn, el hijo de Hájí ‘Alí etc., etc. Todos fueran convertidos, algunos durante la noche y con gran temor y otros abiertamente y sin temor alguno en pleno día". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 393).

15.- Véase Glosario.

16.- Mayo 27, 1850 D.C.

17.- "Subió al púlpito y exclamó: "No soy yo acaso aquél a quien vosotros habéis considerado como vuestro pastor y guía? ¿No habéis dependido siempre de mi enseñanza para guiar vuestras conciencias por el sendero de la salvación? ¿No soy yo aquél cuyas palabras de consejo habéis obedecido siempre? ¿Qué acciones ilícitas he permitido? ¿De qué impiedad me acusáis? ¿Os he guiado alguna vez hacia el terror? y ¡he aquí! Ahora porque os he dicho la verdad, porque con lealtad he tratado de instruiros, se me somete a opresión y se me persigue! ¡Mi corazón arde de amor hacia vosotros y vosotros me perseguís! ¡Recordadlo! ¡Recordadlo bien que quienquiera me entristece a mí, entristece a mi antepasado Muhammad, el glorioso Profeta y quienquiera me ayuda a mí le ayuda a Él también. En el nombre de todo lo que es sagrado para vosotros, que todos aquellos quienes aman al Profeta me sigan". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 395).

18.- Véase Glosario.

19.- Véase Glosario.

21.- Véase Glosario.

22.- "El autor de Násikhu't-Taváríkh afirma sin pena alguna que las tropas imperiales estaban mal entrenadas y no mostraban deseo alguno de luchar de modo que, sin pensar en atacar, establecieron un campamento que se apresuraron en fortificar de inmediato". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 401).

23.- Véase Glosario.

24.- Aún cuando las pérdidas fueron esta vez más o menos las mismas en ambos bandos, las tropas imperiales no por eso estaban menos asustadas; la situación se estaba prolongando y

podía además terminar con una confusión general entre los Musulmanes, motivo por el cual decidieron recurrir al engaño". (A. L M. Nicolas Siyyid -‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 403).

25.- Véase Glosario.

26.- "Tomó el cinturón verde de Yahyá, el símbolo de su sagrado ancestro, lo amarró con un nudo alrededor de su cuello y comenzó a arrastrarlo por el suelo. Después vino Safar cuyo hermano Shá-bán había caído durante la guerra, después Áqá Ján, hijo de ‘Alí-Asghar Khán, el hermano de Zaynu'l-‘Ábidín Khán y los musulmanes, excitados por la escena, apedrearon y dieron muerte a golpes al pobre desafortunado. Después le cortaron la cabeza, le arrancaron la piel, lo rellenaron con paja y lo enviaron como trofeo a Shíráz!" (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 406).

27.- Según el testimonio de ‘Abdu'l-Bahá, él había memorizado no menos de treinta mil tradiciones. (Manuscrito que lleva por título "Bahá'í Martyrs").

28.- Bahá'u'lláh se refiere a él como "aquella figura única y sin igual en su época". (Kitáb-i-Iqán, pág. 188). El Báb, en el Dalá'il-i-Sab'íh se refiere a él en los siguientes términos: "Observad una vez más al número del nombre de Dios Siyyid Yahyá)! Este hombre vivía una vida tranquila y santa en tal forma que nadie podía negar sus talentos o su santidad, todos admiraban su grandeza en ciencias y las alturas que había alcanzado en cuestiones de filosofía. Referíos al comentario sobre el Súratu'l-Kawthar (Corán: S. 108) y a los otros tratados escritos por él, que prueban cuan alto es el lugar que ocupa a los ojos de Dios!" (Le Livre des Sept Preuves, traducido por A. L. M. Nicolas, págs. 54-55).

29.- "Siyyid Yahyá fue ahorcado con su propia faja por uno cuyos dos hermanos habían muerto durante el sitio. Los demás bábís también murieron en manos de los verdugos. Las cabezas de las víctimas fueron rellenadas con paja y, llevando consigo estos espeluznantes trofeos de sus hazañas y a unas cuarenta o cincuenta mujeres bábís y un niño de tierna edad como prisioneros, el ejército victorioso regresó a Shíráz. Su entrada a aquella ciudad fue motivo de regocijo general; los prisioneros fueron obligados a marchar por las calles y mercados y finalmente fueron conducidos a la presencia del Príncipe Fírúz Mírzá quien estaba en una fiesta en una casa de verano llamada Kuláh-Farangí. En su presencia Mihr-‘Alí Khán, Mírzá Na‘ím y los demás oficiales dieron un relato detallado de su victoria y recibieron congratulaciones y señales de favor. A las mujeres cautivas se las encarceló finalmente en un viejo caravanserai en las afueras de la puerta Isfahán. Sólo podemos hacer conjeturas sobre el trato que recibieron de manos de sus captores". (A Traveller's Narrative, Nota H, pág. 190). "Este día era un día de fiesta, nos dice un testigo ocular. Los habitantes estaban dispersos por la campiña circundante, traían consigo su alimento y muchos de ellos bebían, a escondidas, botellas enteras de vino. El aire estaba lleno de melodías, las canciones de los músicos y los gritos y risas de mujeres lujuriosas. Los bares estaban adornados con banderas, la alegría era general. Repentinamente se produjo un silencio total. Vieron venir treinta y dos camellos cada uno de los cuales llevaba un desafortunado prisionero, una mujer o un niño, amarrados y colocados de lado sobre la montura, como un bulto. Alrededor de ellos había soldados que llevaban largas lanzas y en la punta de cada lanza iba insertada la cabeza de un Bábí que había muerto en Nayríz. Este espectáculo horripilante afectó profundamente a la festiva población se Shíráz y regresaron, entristecidos, a sus hogares. La horrible caravana pasó por los bazares y siguió hasta el palacio del gobernador. Este personaje se encontraba en su jardín donde había reunido en un kiosco (llamado Kuláh-i-Farangí) a los ricos y a los ciudadanos eminentes de

Shíráz. Cesó la música y se interrumpió el baile y Muhammad-‘Alí Kh án así como Mírzá Na‘ím, dos pequeños jefes de tribu que habían participado en la campaña vinieron a relatar sus valerosas acciones y a nombrar uno por uno a los prisioneros". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 407).

30.- "Parecería que, por fin, todo este derramamiento de sangre habría sido suficiente para saciar el odio y apetito de los musulmanes. ¡En manera alguna! Mírzá Zaynu'l-‘Ábidín Khán, sintiéndose amenazado por el deseo de venganza de aquellos a quienes había traicionado y vencido no dio tregua ni descanso a los sobrevivientes de la secta. Su odio no conocía límites e iba a durar durante toda su vida. De hecho sólo se habían enviado a los más pobres a Shíráz, los ricos habían sido retenidos. Zaynu'l-‘Ábidín Khán los había confiado a una guardia que había recibido instrucciones de pasearlos por la ciudad castigándoles mientras caminaban. La gente de Nayríz se sintió muy entretenida en aquella ocasión. Suspendieron a los bábís de cuatro clavos y vinieron a regocijarse mirando su angustia. Pusieron pajas encendidas debajo de las uñas de estos mártires desafortunados, los marcaron con fieros candentes, les privaron de pan y agua, practicaron hoyos en sus narices y pasando por ellos un cordel los conducían como quien conduce un oso!" (Ídem., pág. 408).

31.- Áqá Siyyid Ja‘far-i-Yazdí vio a los verdugos quemar su turbante y después lo condujeron de puerta en puerta obligándole a pedir dinero". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 408).

32.- "Áqá Siyyid Abú-Tálib, quien era muy rico, fue encadenado y enviado por el gobernador de Nayríz a Ma'dan y allí fue envenenado por Hájí Mírzá Násir, el mismo hombre que había ordenado al Báb que besara la mano de Shaykh Abú-Turáb. Dos mujeres bábís, prefirieron lanzarse a una noria antes de ser tomadas prisioneras y allí perecieron. Algunos bábís, deseosos de ver castigado a Zaynu'l-‘Ábidín Khán emprendieron viaje a Teherán para protestar ante su Majestad por las atrocidades que habían sido cometidas. Estaban sólo a dos o tres etapas de la capital y estaban descansando un rato de las fatigas del viaje cuando una caravana de gente de Shíráz pasó por allí y los reconocieron. Todos fueron arrestados con la excepción de un tal Zaynu'l-‘Ábidín quien logró llegar a Teherán. Los demás fueron conducidos a Shíráz donde el Príncipe ordenó de inmediato que fueran ejecutados y es así como estos hombres, Karbilá'í Abu'l-Hasan un experto en porcelanas, Áqá Shaykh Hádí, el tío de la esposa de Vahíd, Mírzá ‘Alí y Abu'l Qásim-ibn-Hájí-Zayná, Akbar-ibn-i-Abíd, Mírzá Hasan y su hermano Mírzá Bábá dieron todos sus vidas por su fe en esa época". (Ídem., págs. 408-409).

33.- Junio 29, 1850 D.C.

CAPÍTULO 23

EL MARTIRIO DEL BÁB

La historia de la tragedia que marcó las etapas finales de la revuelta de Nayríz se difundió a lo largo y lo ancho de Persia y encendió extraordinario entusiasmo en los corazones de aquellos quienes la escucharon. Precipitó a las autoridades de la capital en un estado de consternación y los alentó a tomar una resolución desesperada. El Amir-NiZám, el Gran Vazír de NáSiri'd-Dín Sháh, en especial, se sintió sobrecogido ante estas renovadas manifestaciones de una voluntad indomable, de una fe de inquebrantable tenacidad. Aún cuando las fuerzas del ejército imperial habían triunfado en todas partes, aún cuando los compañeros de Mullá Husayn y Vahíd habían sido destruidos uno tras otros en una carnicería despiadada a manos de sus oficiales, sin embargo las mentes astutas de los gobernantes de Teherán veían claramente que el espíritu responsable de heroísmo tan excepcional no estaba derrotado en manera alguna, que su poder estaba lejos de haberse roto. La lealtad que los sobrevivientes de esa banda dispersa sentía por su Jefe cautivo permanecía intacta. Nada había tenido éxito, a pesar de las tremendas pérdidas sufridas, en minar la lealtad ni disminuir esa fe. Lejos de haberse extinguido, aquél espíritu había ardido con mayor intensidad y devastación que nunca. Heridos por el recuerdo de las vejaciones que habían sufrido, ese grupo perseguido se aferró con mayor pasión que nunca a su Fe y miraban con fervor y esperanza crecientes a su Jefe[1]. Sobre todo, Él, que había encendido la llama y alimentado ese espíritu, vivía aún y, a pesar de Su aislamiento, podía ejercer toda la fuerza de Su influencia. Ni siquiera una vigilancia incesante había sido capaz de detener la ola que había barrido la faz de todo el país y que tenía por fuerza motriz la continuada existencia del Báb. Apagar esa luz, ahogar el arroyo en su misma fuente era necesario para que el torrente que había traído tanta devastación se secara. Tal fue el pensamiento que anidaba en su mente el Gran Vazír de Násiri'd-Dín Sháh. Darle muerte le parecía a ese ministro torpe el medio más eficaz para que su país se recuperara de la vergüenza en que había caído[2].

Incitado a la acción, llamó a sus consejeros, compartió con ellos sus temores y esperanzas y les informó de la naturaleza de sus planes. "¡Contemplad", exclamó, "la tormenta que la Fe del Siyyid-i-Báb ha provocado en los corazones de mis compatriotas! Nada que no sea Su ejecución pública puede, a mi parecer, permitir

que este país trastornado recupere la paz y la tranquilidad. ¿Quién se atreve a calcular las fuerzas que han perecido durante los encuentros en Shaykh Tabarsí? ¿Quién puede medir los esfuerzos realizados para conquistar aquella victoria? Apenas se había suprimido el trastorno que convulsionó a Mázindarán, cuando las llamas de otra sedición estallaron en la provincia de Fárs, trayendo en su sendero tanto sufrimiento para mi pueblo. Apenas habíamos logrado apagar la revuelta que trastorno el sur, cuando estalla otra insurrección en el norte, arrastrando en su vórtice a Zanján y sus alrededores. Si pueden aconsejar un remedio, díganmelo, porque mi único propósito es asegurar la paz y honor de mis conciudadanos".

Ni una sola voz se atrevió a dar una respuesta, excepto la de Mírzá Áqá Khán-i-Núrí, el Ministro de Guerra, quien manifestó que dar muerte a un siyyid exilado por las acciones cometidas por un grupo de agitadores irresponsables sería una media de evidente crueldad. Recordó el ejemplo del extinto Muhammad-Sháh, cuya práctica invariable había sido no prestar atención a las degradantes calumnias que los enemigos de ese siyyid le habían presentado continuamente. El Amir-Nizám sintió profundo desagrado. "Consideraciones como esa", dijo, "no tienen nada que ver con el asunto a que estamos abocados. Los intereses del Estado se encuentran en peligro y no podemos, desde ningún punto de vista, tolerar estos levantamientos periódicos. ¿No fue ejecutado acaso el Imán Husayn, en vista de la necesidad soberana de conservar la unidad del estado, por aquellas mismas personas que le habían visto recibir, en más de una ocasión, señales de excepcional afecto del Profeta Muhammad, su Abuelo? ¿Acaso, en tales circunstancias, no rehusaron considerar los derechos que su linaje le había conferido? Nada fuera del remedio que propicio puede arrancar de raíz este mal y traernos la paz que deseamos fervientemente".

Sin tomar en cuenta las advertencias de su consejero, el Amir-Nizám envió una orden a Navváb Hazih Mírzá, el gobernador de Ádhirbáyján, que se distinguía entre los príncipes de sangre real por su bondad de corazón y la rectitud de su conducta, para que llamara al Báb a Tabríz[3]. Tuvo cuidado de no divulgar al príncipe su verdadero motivo. El Navváb, suponiendo que la intención del ministro era permitir a su Prisionero regresar a Su hogar, dio inmediatamente instrucciones a uno de sus oficiales de confianza que fuera a Chihríq con una escolta montada, donde el Báb se encontraba aún prisionero, y que Lo condujera a Tabríz. Les encareció que Lo cuidaran y que mostraran hacia Él la mayor consideración.

Cuarenta días antes de la llegada de ese oficial a Chihríq, el Báb recolectó todos los documentos y Tablillas en Su poder y, colocándolos, con Su caja de

plumas, Sus sellos y anillos, de ágata, en un cofre, los confió al cuidado de Mullá Báqir, una de las Letras de los Vivientes. También le entregó una carta dirigida a Mírzá Ahmad, Su amanuense, en la que incluyó la llave de ese cofre. Le encareció que cuidara mucho su encargo, puso énfasis sobre el carácter sagrado de esos objetos y le pidió que ocultara su contenido de todos menos Mírzá Ahmad.

Mullá Báqir partió inmediatamente a Qazvín. Dieciocho días más tarde llegó a aquél pueblo y se le informó que Mírzá Ahmad había ido a Qum. Partió inmediatamente a ese destino y llegó más o menos a mediados del mes de Shá'bán[4]. Me encontraba en Qum en aquél entonces, junto con cierto Sádiq-i-Tabrízí, quien había sido enviado a Zarand por Mírzá Ahmad, para que me buscara. Estaba viviendo en la misma casa que Mírzá Ahmad que éste había arrendado en el sector Bágh-Panbih. En aquellos días Shaykh ‘Azím, Siyyid Ismá‘il, así como numerosos otros compañeros, vivían también con nosotros. Mullá Báqir entregó su encargo en manos de Mírzá Ahmad quien, a instancias de Shaykh ‘Azím, lo abrió delante de nosotros. Nos maravillamos cuando vimos, entre las cosas contenidas en ese cofre, un rollo de papel azul, de finísima textura, sobre el que el Báb, con Su propia exquisita escritura, que era una delicada letra shikástih, había escrito, en la forma de un pentágono, lo que equivalía a más o menos quinientos versículos, todos los cuales consistían en derivados de la palabra "Bahá"[5]. Ese rollo estaba perfectamente conservado, de limpieza inmaculada y daba la impresión, a primera vista, de estar impreso y no escrito. Tan fina e intrincada era la escritura que, visto a la distancia, parecía ser una mancha uniforme en el papel. Estábamos sobrecogidos de admiración mientras contemplábamos lo que ningún calígrafo, según creíamos, podía igualar. Aquél rollo fue colocado en el cofre y entregado nuevamente a Mírzá Ahmad quién, el mismo día que lo recibió, partió a Teherán. Antes de emprender viaje nos informó que, lo único que podía divulgar de aquella carta era la petición de que el encargo debía ser entregado en manos de Jináb-i-Bahá[6] en Teherán[7]. En cuanto a mí, Mírzá Ahmad me dio instrucciones que fuera a Zarand a reunirme con mi padre, que esperaba ansioso mi regreso.

Fiel a las instrucciones que había recibido de Navváb Hamzih Mírzá, aquél oficial condujo al Báb a Tabríz y Le mostró el mayor respeto y consideración. El príncipe le había dado instrucciones a uno de sus amigos que Lo acomodara en su casa y Lo tratara con extremada deferencia. Tres días después de la llegada del Báb, se recibió una nueva orden del Gran Vazír, instruyendo al principio que ejecutara al Prisionero el mismo día que le llegara el farmán[8]. Quienquiera se profesara adepto Suyo debía ser condenado, igualmente, a muerte. El regimiento

armenio de Urúmíyyih, cuyo coronel era Sám Khán, tenía la orden de fusilarlo en la plaza del cuartel de Tabríz, que se encontraba en el centro de la ciudad.

El príncipe expresó su consternación al portador del farmán, Mírzá Hasan Khán, el Vazír-Nizám y hermano del Gran Vazír. "El Amir", le dijo, "haría bien en confiarme servicios de mayor mérito que el que me ha encomendado en este instante. La tarea que se me pide llevar a cabo es tal que sólo gente mezquina aceptaría. No soy ni Ibn-i-Zíyád ni Ibn-i-Sa'd[9] como para que me pida que dé muerte a un descendiente inocente del Profeta de Dios". Mírzá Hasan Khán comunicó estas palabras del príncipe a su hermano quien le dio, inmediatamente, la orden de que él mismo cumpliera, sin tardanza y en su totalidad, las instrucciones que ya había dado. "Líbranos", dijo el Vazír a su hermano. "de la ansiedad que pesa sobre nuestros corazones y permite que se ponga término a este asunto antes del mes de Ramadán, para que podamos entrar al período del ayuno con absoluta tranquilidad". Mírzá Hasan Khán intentó informar al príncipe de las nuevas instrucciones que había recibido, pero fracasó en sus esfuerzos ya que el príncipe, haciéndose el enfermo, rehusó recibirlo. Sin preocuparse por esta negativa, dio instrucciones para el traslado inmediato del Báb y de los que Lo acompañaban desde la casa en que estaba alojado a una de las piezas del cuartel. Aún más, dio instrucciones a Sám Khán que despachara a diez de sus hombres para que vigilaran la entrada de la habitación en que iban a confinarlo.

Privado de Su turbante y de Su faja, los emblemas gemelos de Su noble linaje, el Báb, junto con Siyyid Husayn, Su amanuense, fue conducido a un nuevo confinamiento que bien sabía era sólo un paso más en el sendero que lo llevaba a la meta que Se había propuesto a Sí mismo alcanzar. Ese día atestiguó una tremenda conmoción en la ciudad de Tabríz. La gran convulsión que en las mentes de sus habitantes estaba asociada con el Día del Juicio parecía haber caído finalmente, sobre ellos. Nunca había atestiguado aquella ciudad un trastorno más feroz y misteriosos como el que se apoderó de sus habitantes el día en que el Báb fue llevado al lugar que iba a ser la escena de Su martirio. Al acercarse al patio del cuartel, se adelantó repentinamente un joven quien, en sus ansias por alcanzarlo, había forzado el paso a través de la muchedumbre, sin prestar atención alguna a los riesgos y peligros que tal intento podía implicar. Su rostro macilento, sus pies descalzos y su pelo desgreñado. Con la respiración entrecortada por la excitación y agotado por la fatiga, se lanzó a los pies del Báb y, aferrándose al borde de Su manto, le imploró apasionadamente: "No me mandes alejarme de Ti ¡oh Maestro! Dondequiera vayas, permite que yo Te acompañe". ***"Muhammad-'Alí",*** respondió el Báb, ***"levántate y ten seguridad que estarás junto a Mí***[10]. ***Mañana atestiguarás lo que Dios ha decretado".***

Otros dos compañeros, incapaces de controlarse, se adelantaron y Le aseguraron su inquebrantable lealtad. Estos, junto con Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Zunúzí, fueron prendidos y llevados a la misma celda en que estaba confinado el Siyyid-i-Báb.

He oído a Siyyid Husayn atestiguar lo siguiente: "Aquella noche el rostro del Báb brillaba de júbilo; un júbilo como nunca se había visto en Su semblante. Indiferente a la tormenta que rugía alrededor Suyo, conversó con nosotros con alegría y animación. Los pesares que habían caído tan pesadamente sobre Él parecían haberse esfumado ante la consciencia de la victoria que se acercaba. ***"Mañana",*** nos dijo, ***"será el día de Mi martirio. Ojalá uno de ustedes se levantara ahora y, con sus propias manos, pusiera fin a Mi vida. Prefiero morir en manos de un amigo que en las del enemigo".*** Llovían las lágrimas de nuestros ojos cuando Le oímos expresar ese deseo. Nos estremecimos, sin embargo, ante la idea de quitar con nuestras propias manos vida tan preciosa. Rehusamos y guardamos silencio. Repentinamente Mírzá Muhammad-‘Alí se puso de pie y anunció que estaba dispuesto a obedecer cualquier cosa que fuera el deseo del Báb. ***"Este mismo joven",*** declaró el Báb en cuanto intervinimos y lo forzamos que abandonara su idea, ***"que se ha levantado a cumplir Mi deseo, sufrirá conmigo el martirio. A él elegiré para que comparta conmigo su corona".***

Temprano en la mañana, Mírzá Hasan Khán ordenó a su farrásh-bashí[11] que llevara al Báb a la presencia de los mujtahids principales de la ciudad para obtener de ellos la autorización necesaria para Su ejecución[12]. Al dejar el Báb el cuartel, Siyyid Husayn Le preguntó qué debía hacer. ***"No confieses tu fe",*** le aconsejó. ***"Así te será posible, cuando llegue el momento, de llevar a aquellos que están destinados a escucharte, aquellas cosas que sólo tu sabes".*** Estaba ocupado en una conversación confidencial con él cuando el farrásh-bashí los interrumpió de improviso y, tomando a Siyyid Husayn, de la mano lo llevó a un lado y amonestó severamente. ***"Hasta que le haya comunicado todas las cosas que deseo decirle"***, el Báb advirtió al farrásh-bashí, ***"no hay poder en la tierra que Me pueda silenciar. Aún cuando todo el mundo se arme en Mi contra, sin embargo estarán impotentes para impedirme cumplir, hasta la última palabra, Mi intención"***. El farrásh-bashí sintió asombro ante afirmación tan audaz. No replicó, sin embargo, y pidió a Siyyid Husayn que se levantara y le siguiera.

Cuando Mírzá Muhammad-‘Alí fue conducido a la presencia de los mujtahids, se le insistió una vez tras otra, en vista de la posición que ocupaba su padrastro, Siyyid ‘Alíy-i-Zunúzí, que abjurara su fe. "¡Nunca", exclamó, "renunciaré a mi Maestro! Él es la esencia de mi fe y el objeto de mi verdadera adoración. En Él

he encontrado mi paraíso y en la obediencia a Su ley reconozco el arca de mi salvación". "¡Guarda silencio!", rugió Mullá Muhammad-i-Mámáqání, ante quien fue llevado ese joven. "Palabras como esas delatan tu locura; puedo excusar palabras por las que no eres responsable". "No estoy loco", respondió. "Tal acusación debería ser hecha en contra de usted quien ha condenado a muerte un hombre no menos sagrado que el Qá'im prometido. No es tonto quien ha abrazado Su Fe y ansía derramar su sangre en Su sendero".

A Su vez, el Báb fue conducido ante Mullá Muhammad-i-Mámáqání. Apenas Lo reconoció, recogió la sentencia de muerte que él mismo había escrito en ocasión anterior y, pasándosela a su ayudante, le pidió que se la entregara al farrásh-bashí. "No es necesario", dijo, "conducir al Siyyid-i-Báb a mi presencia. Escribí esta sentencia a muerte el mismo día que lo conocí en la reunión presidida por el Valí-'Ahd. Sin lugar a dudas es el mismo hombre que vi en aquella ocasión y, desde entonces, no ha negado ninguna de sus afirmaciones".

De allí el Báb fue conducido a la casa de Mírzá Báqir, el hijo de Mírzá Ahmad, a quien había sucedido hacía poco. Cuando llegaron, vieron a su ayudante de pie en el portón con la sentencia de muerte del Báb en sus manos. "No es necesario entrar", les dijo. “Para mi amo ya es suficiente que su padre estuviera en lo cierto al pronunciar la sentencia de muerte. No puede haber nada mejor que seguir su ejemplo".

Mullá Murtadá-Qulí, siguiendo los pasos de los otros dos mujtahids ya había emitido su testimonio escrito y rehusó ver, cara a cara, a su temido Antagonista. Apenas había conseguido los documentos necesarios, el farrásh-bashí entregó su Prisionero en manos de Sám Khán, asegurándole que podía proseguir con su tarea ya que había recibido la sanción de las autoridades civiles y eclesiásticas del reino.

Siyyid Husayn había permanecido confinado en la misma habitación en que había pasado la noche anterior con el Báb. Iban a colocar a Mírzá Muhammad-‘Alí en ese misma habitación, cuando estalló en lágrimas y les encareció que le permitieran quedar con su Maestro. Fue entregado en poder de Sám Khán, a quién se le dio orden de fusilarlo también si seguía rehusando negar su Fe.

Entre tanto Sám Khán se sintió cada vez más afectado por el comportamiento de su Prisionero y el trato que se Le había dado. Sintió gran temor de que su acción fuera a traer sobre él la ira de Dios. "Profeso la Fe cristiana", explicó al Báb. "y no siento animadversión en Su contra. Si Su Causa es la Causa de la Verdad, permitidme librarme de la obligación de derramar Su sangre". ***"Sigue tus instrucciones"***, replicó el Báb. ***"y si tu intención es sincera, con seguridad el Todopoderoso puede librarte de tu perplejidad”.***

Sám Khán ordenó a sus hombres colocar un clavo en la columna que se hallaba entre la puerta del cuarto que Siyyid Husayn ocupaba y la entrada de la pieza vecina y que amarraran dos cordeles a ese clavo de los que se iba a suspender, por separado, al Báb y Su compañero[13]. Mírzá Muhammad-'Alí pidió a Sám Khán que lo colgaran de tal manera que su propio cuerpo protegiera el del Báb[14]. Finalmente lo suspendieron de modo que su cabeza descansaba sobre el pecho de su Maestro. En cuanto fueron amarrados, un regimiento se dispuso en tres hileras, cada una de doscientos cincuenta hombres, a cada una de las cuales se le dio orden de disparar por turno hasta que todo el destacamento había descargado sus fusiles[15]. El humo del disparo de los setecientos cincuenta rifles era tal que transformó la luz del sol de mediodía en oscuridad. Más o menos diez mil personas se habían apiñado sobre los techos del cuartel así como también sobre los techos de las casas vecinas, todos ellos testigos de esa escena trágica y conmovedora.

En cuanto se había dispersado la nube de humo, una multitud asombrada contempló una escena que sus ojos apenas podían creer. Allí, de pie ante ellos, vivo y sin un rasguño, estaba el compañero del Báb, mientras que Él Mismo había desaparecido de su vista sin haber recibido daño alguno. Aún cuando los cordeles con que los habían suspendido habían sido hechos pedazos por las balas, sin embargo sus cuerpos se habían librado milagrosamente de la descarga[16]. Inclusive la túnica que Mírzá Muhammad-'Alí estaba usando había permanecido limpia y sin mancha, a pesar de la densidad de la humareda. "¡El Siyyid-i-Báb ha desaparecido de nuestra vista!", profirieron las voces de la asombrada multitud. Empezaron a buscarlo frenéticamente y eventualmente lo encontraron, sentado en la misma pieza en que había pasado la noche anterior, ocupado en completar Su interrumpida conversación con Siyyid Husayn. En Su rostro había una expresión de serenidad inalterada. Su cuerpo se había librado sin un rasguño de la lluvia de balas que el regimiento había disparado contra El. ***"He terminado Mi conversación con Siyyid Husayn"***, dijo el Báb al farrásh-bashí. ***"Ahora puedes proceder a cumplir tu intención"***. El hombre se sintió demasiado agitado como para reiniciar lo que ya había intentado. Rehusando cumplir con su deber, en ese mismo instante abandonó la escena y renunció a su puesto. Relató todo lo que había visto a su vecino. Mírzá Siyyid Muhsin, uno de los hombres principales de Tabríz quien, en cuanto oyó el relato, se convirtió a la Fe.

Tuve el privilegio de conocer, posteriormente, a este mismo Mírzá Siyyid Muhsin, quien me condujo a la escena del martirio del Báb y me mostró la muralla en que lo habían suspendido. Me llevó a la habitación en que Lo habían encontrado conversando con Siyyid Husayn y me mostró el sitio en que se había

sentado. Vi el mismo clavo que Sus enemigos habían introducido en la muralla y al que se amarraron los cordeles con que los suspendieron.

Sám Khán también se sintió aturdido por la fuerza de tan tremenda revelación. Dio orden a sus hombres que dejaran el cuartel inmediatamente y rehusó asociarse, así como tampoco a su regimiento, con cualquiera acción que significara hacer el menor daño al Báb. Juró, al dejar esa plaza, que jamás volvería a reiniciar esa tarea aún cuando su rechazo significara la pérdida de su propia vida.

Apenas se había ido Sám Khán, Áqá Ján Khán-i-Khamsih, coronel de la guardia personal, conocido también por los nombres de Khamsih y Násirí, se ofreció para cumplir la orden de ejecución. En la misma pared y en la misma forma, fueron suspendidos el Báb y Su compañero una vez más, mientras el regimiento se disponía en filas para abrir fuego sobre ellos. Contrariamente a la vez anterior, en que sólo el cordel que los había suspendido había sido hecho pedazos, esta vez sus cuerpos fueron acribillados y transformados en una sola masa de carne y hueso[17]. ***"Si hubierais creído en Mí, ¡oh perversa generación!",*** fueron las últimas palabras del Báb a la multitud que miraba mientras el regimiento se preparaba para la descarga final, ***"todos vosotros habríais seguido el ejemplo de este joven que, en rango, se hallaba por encima de la mayoría de vosotros, y voluntariamente se habrían sacrificado en Mi sendero. Llegará el día en que Me habréis reconocido; en ese día habré dejado de estar con vosotros"***[18].

El mismo instante en que se dispararon las balas, se produjo un huracán de excepcional violencia que barrió toda la ciudad. Un torbellino de polvo de excepcional densidad obscureció la luz del sol y cegó los ojos del pueblo. Toda la ciudad permaneció envuelta en aquella oscuridad desde el medio día hasta la noche. Ni siquiera un fenómeno tan extraño, que venía inmediatamente después del fracaso del regimiento de Sám Khán en hacer daño al Báb -hecho más sorprendente aún- pudo conmover los corazones de la gente de Tabríz e inducirlos a detenerse y reflexionar sobre el significado de acontecimientos de tanta importancia. Atestiguaron el efecto que evento tan maravilloso tuvo sobre Sám Khán; observaron la consternación del farrásh-bashí y le vieron tomar su decisión irrevocable; inclusive podían examinar esa túnica que, a pesar de la descarga de tantas balas había permanecido intacta y sin una mancha; podían leer en la cara del Báb, que salió sin un rasguño de esa tormenta, la expresión de absoluta serenidad al reiniciar Su conversación con Siyyid Husayn; sin embargo ninguno de ellos se preocupó de averiguar el significado de estas inusitadas señales y maravillas.

El martirio del Báb sobrevino a medio día el domingo veintiocho de Sha'bán, en el año 1266 D.H.[19], treinta y un años lunares, siete meses y veintisiete días después del día de Su nacimiento en Shíráz.

En la tarde de ese mismo día, los cuerpos deshechos del Báb y Su compañero fueron trasladados del patio del cuartel al borde de la fosa fuera de las puertas de la ciudad. Cuatro compañías, cada una de diez centinelas, recibieron órdenes de vigilarlos por turnos. La mañana del siguiente día, el cónsul ruso de Tabríz acompañado por un pintor, fue al lugar y ordenó que se hiciera un boceto de los restos que yacían al lado de la fosa[20].

He oído a Hájí ‘Alí-‘Askar relatar lo siguiente: "Un oficial del consulado ruso, pariente mío, me mostró aquél boceto el mismo día que se dibujó. ¡Era un retrato tan fiel del Báb el que vi! Ninguna bala había herido Su frente, Sus mejillas, ni Sus labios. Contemplé una sonrisa que parecía iluminar aún Su rostro. Su cuerpo, no obstante, había sufrido severa mutilación. Podía reconocer los brazos y cabeza de Su compañero, que parecía estar abrazándolo. Mientras contemplaba horrorizado ese cuadro obsesionante y vi cómo habían sido desfigurados esos nobles rasgos, sentí gran pesadumbre. Me volví angustiado y, al regresar a mi casa, me encerré en mi pieza. Durante tres días y tres noches no podía dormir ni comer, tan sobrecogido de emoción estaba. Esa vida corta y turbulenta, con todas sus penas, luchas, exilios, y finalmente el sobrecogedor martirio con que había sido coronada, parecía representarse nuevamente ante mi vista. Me agitaba de un lado para otro en mi lecho, retorciéndome en una agonía de dolor".

Al atardecer el segundo día después del martirio del Báb, Hájí Sulaymán Khán, hijo de Yahyá Khán, llegó a Bágh-Mishih, un suburbio de Tabríz, y fue recibido en casa del Kalantar[21], uno de sus amigos y confidentes, que era un derviche y pertenecía a la comunidad sufí. En cuanto le habían informado del peligro inminente que amenazaba la vida del Báb. Hájí Sulaymán Khán había dejado Teherán con el objeto de liberarlo. Para decepción suya, llegó demasiado tarde para cumplir su intención. En cuando su anfitrión le informó de las circunstancias que habían llevado al arresto y condenación del Báb, y le relató los sucesos de Su martirio, inmediatamente resolvió llevarse los cuerpos de las víctimas, aún a riesgo de su propia vida. El Kalantar le aconsejó que esperara y se atuviera a sus sugerencias en vez de exponerse a lo que parecía ser muerte segura. Le encareció que fuera a residir a otra casa y que esperara la llegada, esa misma tarde, de un tal Hájí Allán-Yár, quién, dijo, estaría dispuesto a llevar a cabo cualquier cosa que le pidiera. A la hora fijada, Hájí Sulaymán Khán se encontró con Hájí Alláh Yár, quién logró, a media noche, llevar los cuerpos de orillas de la fosa a la fábrica de seda, propiedad de un creyente de Milán: al día siguiente los puso en una urna de

madera hecha especialmente, y de acuerdo con las instrucciones de Hájí Sulaymán Khán, los llevó a lugar seguro. Entre tanto los centinelas trataron de justificarse diciendo que, mientras dormían, bestias salvajes se habían llevado los cuerpos[22]. Sus superiores, por su parte, poco dispuestos a comprometer su propio honor, ocultaron la verdad y no informaron a las autoridades[23].

Hájí Sulaymán Khán informó inmediatamente a Bahá'u'lláh de lo acaecido. Este, que estaba en Teherán, dio instrucciones a Áqáy-i-Kalím que despachara un mensajero especial a Tabríz con el propósito de trasladar los cuerpos a la capital. Esta decisión se inspiró en el deseo que el Báb mismo había expresado en el "Ziyárat-i-Sháh-'Abdu'l-'Azím", una Tablilla que reveló mientras estaba en las vecindades de aquél santuario y que entregó a cierto Mírzá Sulaymán-i-Khatíb, a quién dio instrucciones de ir, junto con cierto número de creyentes, a aquél lugar y que la entonaran dentro de sus recintos[24]. "¡Bienaventurado eres tú", se dirige el Báb en esos términos al santo allí sepultado, en los párrafos finales de esa Tablilla, ***"por haber encontrado tu lugar de reposo en Rayy, bajo la sombra de Mi Bienamado! ¡Ojalá Yo fuera sepultado dentro de los recintos de aquella tierra sagrada!"***

Yo mismo me encontraba en Teherán, en compañía de Mírzá Ahmad, cuando llegaron los cuerpos del Báb y de Su compañero. Mientras tanto Bahá'u'lláh había partido a Karbilá, en cumplimiento de instrucciones recibidas del Amir-Nizám, Áqáy-i-Kalím, junto con Mírzá Ahmad, transfirió aquellos restos desde el Imán-Zádih-Hasan[25], donde habían sido llevados al principio, a un lugar cuya ubicación fue un secreto hasta la partida de Bahá'u'lláh a Adrianópolis, fecha en que Áqáy-i-Kalím recibió el encargo de informar a Munír, uno de sus condiscípulos, del lugar en que se encontraban los cuerpos. A pesar de su búsqueda, no pudo descubrirlos. Posteriormente Jamál encontró el sitio. Él era un antiguo adepto de la Fe a quién fue confiado ese secreto mientras Bahá'u'lláh se encontraba aún en Adrianópolis. Aquél lugar es, hasta el momento, ignorado por los creyentes, ni nadie puede saber donde serán trasladados eventualmente los restos.

El primero que supo en Teherán de las circunstancias en relación con el cruel martirio, después del Gran Vazír, fue Mírzá Áqá Khán-i-Núrí, quien había sido exilado de Káshán por Muhammad Sháh cuando el Báb pasaba por esa ciudad. Le había asegurado a Hájí Mírzá Jání informó de esto a su Maestro, quien le encargó que diera seguridades a ese ministro en desgracia que antes de mucho sería llamado a Teherán y sería investido, por el soberano, con un cargo que no sería inferior al de nadie excepto el Sháh mismo. Se le advirtió que no se olvidara de su promesa y que tratara de llevar a la práctica su intención. Se sintió feliz con ese Mensaje y repitió la promesa que había dado.

Cuando le llegó la noticia del martirio del Báb ya había sido ascendido y había recibido el título de I‘timádu'd-Dawlih, y tenía esperanzas de llegar a la posición de Gran Vazír. Se apresuró en ir a informar a Bahá'u'lláh, de quién era íntimo amigo, de la noticia que había recibido, y expresó la esperanza que el fuego que temía Le traería calamidades indescriptibles algún día, se había extinguido finalmente. ***"No lo crea",*** replicó Bahá'u'lláh. ***"Si esto es verdad, puede estar seguro que la llama que ha sido prendida, por esta misma acción, arderá con más fuerza que nunca y encenderá una conflagración tal que los esfuerzos combinados de los estadistas de este reino serán incapaces de extinguirla"*** Mírzá Áqá Khán estaba destinado a comprender el significado de esas palabras en fecha posterior. No se imaginó ni remotamente, cuando se dijo esa predicción, que la Fe que había recibido golpe tan tremendo podía sobrevivir a su Autor. Él mismo había sido curado, por Bahá'u'lláh en cierta ocasión, de una dolencia de la que había perdido toda esperanza de recuperación.

Su hijo, el Nizámu'l-Mulk, le preguntó cierto día si no le parecía que Bahá'u'lláh Quien, de todos los hijos del extinto Vazír, Se había mostrado como el de mayor capacidad, había fracasado las esperanzas que se habían puesto en Él. "Hijo mío", replicó, "¿crees realmente que es un Hijo indigno de su padre? Todo lo que cualquiera de nosotros puede esperar alcanzar es una asociación pasajera y precaria que desaparecerá en cuanto terminen nuestros días. Nuestra vida mortal jamás puede estar libre de las vicisitudes que acechan el sendero de la ambición terrenal. ¿Aún si logramos asegurar, durante nuestra vida, el honor de nuestro nombre, quién puede decir si después de nuestra muerte, la calumnia no manche nuestra memoria y deshaga la obra que hemos realizado? Inclusive aquellos que, mientras vivimos, nos honran con sus labios, en sus corazones nos condenarían si por un instante dejáramos de promover sus intereses. No sucede igual cosa con Bahá'u'lláh, sin embargo. A diferencia de los grandes de la tierra, no importa cual sea su raza o su rango, Él es el objeto de un amor y devoción tales que el tiempo no puede opacar ni el enemigo destruir. Su soberanía no puede ser oscurecida por las sombras de la muerte, ni puede minarla la lengua del calumniador. Tal es Su influencia que nadie entre los que lo aman se atreve, en la quietud de la noche, evocar la memoria del más mínimo deseo que pudiera, aún remotamente, considerarse contrario a Su voluntad. Adeptos tales aumentarán en número. El amor que Le profesan nunca disminuirá y será transmitido de generación en generación hasta que el mundo sea saturado con Su gloria".

La malvada persistencia con que un enemigo salvaje intentó maltratar y finalmente destruir la vida del Báb, trajo indecibles calamidades sobre Persia y sus habitantes. Los hombres que perpetraron estas atrocidades cayeron víctimas

de roedor remordimiento y en tiempo increíblemente corto sufrieron muertes ignominiosas. En cuanto a la gran masa del pueblo, que observó con hosca indiferencia la tragedia que se estaba desarrollando delante de sus ojos, y que fracasó en levantar un solo dedo en protesta contra esas horripilantes crueldades, cayeron a su vez, en un estado de miseria que todos los recursos del país y la energía de sus estadistas eran incapaces de aliviar. Los vientos de la adversidad soplaron con fuerza sobre ellos y sacudió hasta sus cimientos la base de su prosperidad material. Desde el mismo día en que la mano del agresor se levantó contra el Báb y trató de dar un golpe fatal a Su Fe, prueba tras prueba aniquiló el espíritu de aquél pueblo ingrato y los llevó al borde mismo de la bancarrota nacional. Plagas cuyos mismos nombres eran casi ignorados, con la excepción de una referencia casual a libros cubiertos de polvo que pocos tenían interés en leer, cayeron sobre ellos con una furia a la que nadie podía escapar. Aquel castigo provocó devastación dondequiera iba. Tanto los príncipes como los aldeanos sintieron su aguijón y se inclinaron bajo su yugo. Tenía al pueblo en su mano y rehusaba soltarlo. Tan maligna como la fiebre que diezmó la provincia de Gílán, esta repentina aflicción siguió desolando el país. Por muy graves que eran estas calamidades, la mano vengadora de Dios no se detuvo en las desgracias que sobrevinieron a un pueblo perverso e infiel. Se hizo sentir en todo ser viviente que respiraba en la superficie de aquella tierra castigada. Afectó la vida de los animales y de las plantas también e hizo sentir a la gente la magnitud de su desgracia. El hambre agregó sus horrores al peso enorme de las aflicciones bajo las que gemía la gente. El espectro macilento del hambre caminaba a sus anchas entre ellos y la perspectiva de una muerte lenta y dolorosa aterrorizaba su vista. Tanto el pueblo como el gobierno suspiraban por el alivio que no podían obtener en ninguna parte. Libaron la copa de los sufrimientos hasta la última gota, sin tomar en cuenta en absoluto la Mano que se los había llevado a los labios y de la Persona por cuya causa se les hacía sufrir.

El primero que se levantó a maltratar al Báb no fue otro sino Husayn Khán, el gobernador de Shíráz. El trato vergonzoso que dio a su Prisionero le costó la vida de miles que habían sido encomendados a su protección y que daban su asentimiento tácito a sus acciones. Su provincia fue consumida por una plaga que la trajo al borde de la destrucción. Empobrecida y exhausta Fárs languideció impotente bajo su peso, pidiendo la caridad de sus vecinos y la ayuda de sus amigos. Husayn Khán mismo atestiguó con amargura la destrucción de todos sus esfuerzos y se vio condenado a pasar en el oscurantismo los días restantes de su vida y llegó temblando al sepulcro, abandonado y olvidado, tanto por sus amigos como sus enemigos.

El siguiente que trató de desafiar a la Fe del Báb y detener su progreso fue Hájí Mírzá Ákásí. Fue él quién, con fines egoístas y con el objeto de conseguir los favores de los abyectos 'ulemas de su tiempo, se interpuso entre Muhammad Sháh y el Báb y trató de evitar que se encontraran. Fue él quién desterró a su temido Prisionero a un rincón remoto de Ádhirbáyján y con vigilancia constante, cuidó de Su aislamiento. Fue él quién recibió esa Tablilla denunciatoria en que su Prisionero anunció su caída y denunció su infamia. Apenas un año y seis meses después que el Báb había llegado a las vecindades de Teherán, la venganza Divina lo arrojó del poder y lo obligó a buscar amparo en los ignominiosos precintos del santuario de Sháh-‘Abdu'l-'Azím, un refugiado de la ira de su propio pueblo. De allí la mano del Vengador lo envió al exilio más allá de los confines de su tierra natal y lo sumergió en un océano de aflicciones hasta que encontró la muerte bajo circunstancias de degradante pobreza e increíble sufrimiento.

En cuanto al regimiento que, a pesar del inexplicable fracaso de Sám Khán y sus hombres en destruir la vida del Báb, se había ofrecido voluntariamente para intentarlo de nuevo y que, eventualmente, acribilló Su cuerpo con balas, doscientos cincuenta de sus miembros encontraron la muerte ese mismo año, junto con sus oficiales, en un terrible terremoto. Mientras descansaban en un día caluroso de verano a la sombra de una muralla en su camino entre Ardibíl y Tabríz, absortos en sus juegos y entretenimientos, toda la mampostería se vino abajo repentinamente y no dejó a uno sólo vivo al caer sobre ellos. Los quinientos restantes sufrieron igual suerte que la que con sus propias manos, ellos habían infligido al Báb. Tres años después de Su martirio, el regimiento se amotinó, a consecuencia de lo cual sus miembros fueron pasados por las armas sin misericordia por orden de Mírzá Sádiq Khán-i-Núrí. No conformes con la primera descarga, ordenó que se hiciera una segunda para asegurar que ninguno de los amotinados sobreviviera. Después sus cuerpos fueron atravesados por venablos y lanzas y expuestos a las miradas de la gente de Tabríz. Aquél día, muchos de los habitantes de la ciudad, recordando las circunstancias del martirio del Báb, se maravillaron ante el mismo destino sufrido por los que Le habían dado muerte. "¿Podría ser, acaso, la venganza de Dios", se oyó a algunos susurrar entre sí, "que ha llevado a todo el regimiento a fin tan ignominioso y trágico? ¿Si ese Joven hubiera sido un impostor mentiroso, por qué fueron castigados tan severamente Sus perseguidores?" Estas dudas, pronunciadas en voz alta, llegaron a oídos de los mujtahids principales de la ciudad, de quienes se apoderó gran temor y ordenaron que todo aquél que expresara tales dudas fuera severamente castigado. A algunos los apalearon, otros fueron multados, a todos se les advirtió

que cesaran sus comentarios que sólo podían hacer revivir la memoria de un Adversario terrible y encender nuevamente el entusiasmo por Su Causa.

El promotor principal de las fuerzas que precipitaron el martirio del Báb, el Amir-Nizám y también su hermano, el Vazír-Nizám, su principal cómplice, dos años después de esa acción salvaje, fueron sometidos a un terrible castigo que terminó miserablemente con su muerte. La sangre del Amir-Nizám mancha, hasta este día, la pared del baño de Fín[26], testigo de las atrocidades que su propia mano llevó a cabo[27].

Notas

1.- "Era demasiado bien sabido que había bábís por todas partes. Persia estaba lleno de ellos y si las mentes preocupadas por cuestiones trascendentales, los filósofos en busca de nuevas fórmulas, las almas heridas y violentadas por las injusticias y debilidades de la época presente se hubieran entregado con vehemencia a la idea y a la promesa de un orden mundial nuevo y más satisfactorio, no sería errado pensar que las imaginaciones turbulentas dispuestas a la acción, aún a riesgo de fracasar, los corazones valientes y apasionados y finalmente los audaces y ambiciosos, se hubieran sentido tentados fácilmente a incorporarse a un ejército que se mostraba tan bien provisto con soldados dignos de constituir intrépidos batallones. Mírzá Taqí Khán, maldiciendo la dejadez con que su predecesor Hájí Mírzá Áqásí había permitido crecer un peligro un amenazador, comprendió que esta política débil no podía seguir y resolvió destruir el mal en su raíz misma. Se convenció que la causa principal era el Báb mismo, el padre de todas las doctrinas que estaban despertando al pueblo y decidió hacer desaparecer dicha causa". (Conde Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 210-211).

2.- "Entre tanto, Hájí Mírzá Taqí resolvió golpear la cabeza misma de este monstruo que era el babismo e imaginó que, después de dar un golpe que hiciera desaparecer definitivamente al instigador de dicha agitación y silenciara su llamado, se restablecería el orden antiguo. Sin embargo, fenómeno curioso éste en un gobierno asiático, especialmente en un estadista como Mírzá Taqí Khán quien podía dar rienda suelta a la severidad más extrema sin escrúpulos dicho ministro no ordenó la muerte del reformador. Pensó que la forma más efectiva para destruirlo era arruinarlo moralmente; sacarlo de su retiro en Chihríq donde un halo se sufrimiento, santidad, ciencia y elocuencia le hacían brillar como el sol; mostrarlo al pueblo tal cual era - sería la mejor forma de dejarlo inocuo mediante la destrucción de su prestigio. "Lo veía como un charlatán vulgar, un débil soñador que carecía de la valentía necesaria para concebir, mucho menos aún de dirigir las audaces empresas de sus tres apóstoles o de siquiera participar en ellas. Hombre como ese, si se le llevara a Teherán y se le pusiera cara a cara con los dialécticos más sutiles del islam, no podía sino rendirse en forma vergonzosa. Su influencia desaparecería más rápidamente que si al destruir su cuerpo, se permitiera que el fantasma de una superioridad que sería consagrada por la muerte, siguiera viviendo en la mente del pueblo. Por esta razón se decidió arrestarlo y traerlo a Teherán mostrándolo por el camino al público, encadenado y humillado; hacerle debatir en todas partes con los Mullás y silenciándole cada vez que se volviera demasiado audaz; en suma, obligarle a una serie de encuentros desiguales en los que su derrota sería inevitable ya que de antemano se le desmoralizaría quebrantando su espíritu. Era un león que estaban ansiosos de acobardar, encadenar, privándole de sus uñas y dientes y luego entregar a los perros para mostrar cuan fácilmente podían vencerle. Una vez derrotado, su muerte ulterior era de poca importancia.

Este plan no carecía de sentido, pero descansaba sobre premisas que distaban mucho de haber sido probadas. No bastaba imaginar que el Báb carecía de valentía y firmeza, era

necesario que fuera realmente así. Pero Su conducta en el fuerte Chihríq no daba prueba alguna de ello. Oraba y trabajaba sin cesar. Su humildad no sufrió cambio alguno. Aquéllos quienes se acercaban a Él sentían a pesar suyo la fascinadora influencia de Su personalidad, de Su actitud y de Su palabra. Sus guardias no estaban libres de esta debilidad. Él (el Báb) sentía que se acercaba Su muerte y a menudo Se refería a ella como un pensamiento no solamente familiar sino agradable. Supongamos, por un momento, que si se le exhibiera en esta forma a través de Persia permaneciera aún inquebrantable. ¿Si en vez de mostrarse arrogante ni temeroso se levantara por encima de Su adversidad? ¿Si confundiera a los eruditos, los sutiles y elocuentes doctores con quienes se le confrontaba? ¿Y si permaneciera más que nunca como el Báb para Sus antiguos seguidores y lo llegara a ser para los indiferentes e incluso para Sus enemigos? Era arriesgar mucho para ganar mucho, sin lugar a dudas; pero también quien sabe para perder mucho; por esto, después de haber meditado el asunto con cuidado no se atrevieron a correr el riesgo". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 211-213).

3.- "El primer ministro hizo llamar a Sulaymán Khán, el Afshár y le pidió que llevara una orden al Príncipe Hamzih Mírzá en Tabríz, Gobernador de Ádhirbáyján, que sacara al Báb del fortín de Chihríq y que lo encarcelara en la ciudadela de Tabríz donde se le daría a conocer con posterioridad su suerte". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 213).

4.- Junio 12 - Julio 11, 1850 A. D.

5.- Según A Traveller's Narrative (pág. 42) el Báb había formado no menos de trescientos sesenta derivados de la palabra "Bahá".

6.- Título por el cual se solía designar a Bahá'u'lláh en esos días.

7.- "El fin del ministerio terrenal del Báb está ahora muy cerca de nosotros. El mismo también lo sabía antes que aconteciera y no mostraba desagrado ante el presentimiento. Ya había "puesto su casa en orden", en lo que se refiere a las cuestiones espirituales de la comunidad bábí, las que había dejado confiadas, si no me equivoco, en manos de la sabiduría intuitiva de Bahá'u'lláh... Es imposible no sentir que esto es mucho más probable que el punto de vista que hace de Subh-Azal el custodio de las Escrituras sagradas y el que debía arreglar un lugar de reposo para los restos sagrados. Mucho me temo que los Azalís han manipulado las tradiciones en interés de su partido". (Dr. T. K. Cheyne: The Reconciliation of Races and Religions, págs. 65-66).

8.- Véase Glosario

9.- Perseguidores de los descendientes de Muhammad, el Profeta.

10.- "No hay lugar a dudas que es una coincidencia singular que tanto ‘Alí-Muhammad y Jesús Cristo aparecen diciendo estas palabras a un discípulo: "En este día estarás conmigo en el Paraíso", (Dr. T. K. Cheyne: The Reconciliation of Races and Religions, pág. 185).

11.- Véase Glosario.

12.- "Al día siguiente, temprano en la mañana, cuando la gente de Hamzih Mírzá abrió las puertas de la prisión hicieron salir al Báb y sus dos discípulos. Se cercioraron que los hierros que tenían alrededor de sus cuellos y de sus muñecas estaban firmes; amarraron al collar de hierro de cada cual un cordel que era llevado por un farrásh. Después de esto y con la finalidad que todos pudieran verlos bien y reconocerlos, los condujeron a pie por la ciudad, por las calles

y los bazares, golpeándoles e insultándoles. La muchedumbre llenó las calles y la gente se subía sobre los hombros los unos de los otros, para poder ver mejor a este hombre de quien se hablaba tanto. Los bábís, dispersos en todas direcciones, trataban de despertar cierta simpatía o un poco de lástima entre los curiosos, con lo que esperaban alguna ayuda para salvar a su Maestro. Aquellos que eran indiferentes, los filósofos, los Shaykhís, los Súfís se apartaron de la escena con asco y regresaron a sus casas o por el contrario, esperaron al Báb en alguna esquina y simplemente lo miraban con silenciosa curiosidad. La harapienta multitud, inquieta y excitable, lanzaba insultos a los tres mártires, pero todos estaban listos para cambiar de parecer con cualquier cambio repentino de circunstancias.

"Finalmente los musulmanes victoriosos persiguieron a los prisioneros con insultos, trataron de romper la cadena de guardias con el objeto de golpearles en la cara o sobre la cabeza y cuando tenían éxito o cuando algún objeto lanzado por algún niño golpeaba al Báb o a uno de Sus compañeros en la cara, los guardias y la multitud reían a carcajadas". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 220).

13.- "El Báb guardó silencio. Su rostro pálido y hermoso encuadrado por una barba negra y un pequeño bigote, Su aspecto y Sus modales refinados, Sus manos blancas y delicadas, Sus vestimentas sencillas y pulcras -todo lo Suyo hacía despertar la simpatía y la compasión". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 378).

14.- "Una prueba de la devoción y constancia de este hombre noble se encuentra en una carta de su propio puño y letra que se encontraba en poder de su hermano quien aún vive en Tabríz. Esta carta la escribió desde la prisión, dos o tres días antes de su martirio, en contestación a su hermano quien le aconseja apartarse de su devoción y servidumbre; en ella él hace su apología. En vista que el mártir era el hermano menor, adopta un tono respetuoso en su carta. El texto de la carta contestación es como sigue: "El es el Compasivo ¡Oh mi Qiblih! Gracias sean dadas a Dios, no encuentro nada que criticar en mis circunstancias actuales y "cada tarea va seguida por un descanso". En cuanto a lo que habéis escrito, que este asunto no tiene fin ¿qué asunto tiene, pues, fin? Nosotros, por lo menos, no nos sentimos descontentos con ello; nos encontramos incapaces, por cierto, para expresar en grado suficiente nuestra gratitud por esta bendición. A lo sumo sólo podemos ser muertos por causa de Dios y ¡oh! ¡cuánta felicidad se encuentra en esto! La voluntad del Señor debe ser llevada a cabo por Sus siervos y tampoco puede la prudencia modificar un destino predeterminado. Aquello que es la voluntad de Dios, sucede: no hay fuerza alguna salvo en Dios. ¡Oh mi Qiblih! el fin de la vida en el mundo es la muerte: "toda alma gustará de la muerte". Si el destino fijado por Dios (poderoso y glorificado sea Él) me ha de alcanzar, entonces Dios es el guardián de mi familia y vos sois mi fideicomiso; obrad en tal forma que plazca a Dios. Perdonad cualquiera deficiencia en respeto o deber hacia un hermano mayor de que pueda yo ser culpable, buscad que me perdonen todos los de mi hogar y encomendadme a Dios. Dios es mi porción y cuán bueno es El como guardián!". (El Táríkh-i-Jadíd, págs. 301-303).

15.- "Cuando se fusila a los condenados en Persia, se les amarra a un poste con la mirada apartada de los espectadores para que no puedan ver las señales que el oficial da para la ejecución". (Journal Asiatique, 1866, tomo 7, pág. 377).

16.- "Se oyó un clamor intenso de parte de la multitud en ese instante mientras que los curiosos veían como el Báb, libre de sus amarras, avanzaba hacia ellos. Sorprendente es

creerlo, pero las balas no habían tocado al condenado y por el contrario, habían roto sus amarras dejándolo en libertad. Era un verdadero milagro y sólo Dios sabe qué hubiera sucedido sin la fidelidad y serenidad del regimiento cristiano durante este suceso. Con el objeto de aquietar la excitación de la multitud que en su agitación estaba preparada para creer las afirmaciones de una religión que demostraba en esta forma su verdad, los soldados mostraron las cuerdas rotas por las balas, implicando que no había sucedido ningún milagro en realidad. Al mismo tiempo, aprendieron al Báb y le amarraron una vez más al poste fatal. Esta vez tuvo éxito la ejecución. La justicia musulmana y la ley eclesiástica se habían impuesto. Pero la multitud, vívidamente impresionada por el espectáculo que había visto se dispersó lentamente, apenas convencida que el Báb era un criminal. Después de todo su crimen sólo era un crimen para los legalistas y el mundo se muestra indulgente hacia crímenes que no entiende". (M. C. Huart: "a Religión du Báb, págs. 3-4).

"Sucedió una cosa extraordinaria, sin paralelo en los anales de la historia de la humanidad: las balas cortaron la cuerda con que estaba amarrado el Báb y él cayó sobre sus pies sin sufrir un rasguño". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 375).

"Por una extraña coincidencia las balas sólo tocaron las cuerdas que amarraban el Báb éstas se rompieron y él quedó libre. Se produjo un gran alboroto por todos lados y todos gritaban sin que nadie comprendiera al principio qué era lo que había sucedido". (Ídem., pág. 379).

17.- Según A Traveller's Narrative (pág. 45), "los pechos (de las víctimas) fueron acribillados y sus miembros fueron totalmente seccionados, excepto sus caras que se veían poco afectadas".

18.- ***"Alabado sea Dios quien manifestó el Punto*** (el Báb) ***e hizo que de Él procediera el conocimiento de todo lo que es y será... Él es ese Punto del cual Dios ha hecho un Océano de Luz para los fieles de entre Sus siervos y una Bola de Fuego para los negadores entre Sus criaturas y los impíos entre Su pueblo".*** (Bahá'u'lláh, el Ishráqát, pág. 3). ***"En Su interpretación de la letra "Há", Él imploró el martirio, diciendo: ‘Me pareció oír una voz que llamaba en lo más íntimo de Mi ser: Sacrifica aquello que más amas en el sendero de Dios, así como Husayn -la paz sea con él- ha ofrecido su vida por Mi causa’. Y si no cuidara yo este misterio inevitable, por aquél en Cuya mano se encuentra Mi alma, aún cuando se aliaran todos los reyes del mundo ellos serían incapaces de arrancarme una sola letra, cuanto menos entonces siervos como éstos que no son dignos de atención alguna y que son en verdad, de los desterrados; para que todos sepan el grado de Mi paciencia, Mi resignación y auto-sacrificio en el sendero de Dios".*** (Bahá'u'lláh, el Kitáb-i-Iqán, pág. 293). ***"Esta Alma ilustre se levantó con poder tal que sacudió las bases de la religión, de la moral de las circunstancias, los hábitos y las costumbres de Persia e instituyó nuevas reglas, nuevas leyes y una nueva religión. Aún cuando los grandes personajes, del Estado, casi todo el clero y los funcionarios públicos se levantaron para destruirlo y aniquilarlo, El solo los resistió y movió a toda Persia... Él impartió educación Divina a una multitud ignorante y produjo resultados maravillosos sobre los pensamientos, la moral, las costumbres y las condiciones de los persas".*** (‘Abdu'l-Bahá, Some Answered Questions, págs. 30-31). "Los cristianos están convencidos que si Cristo hubiera deseado descender de la cruz podría haberlo hecho fácilmente; murió por propia voluntad porque estaba escrito que así debía ser para que se cumplieran las profecías. Lo mismo es verdad del Báb, dicen los bábís, Quien dio, en esta

forma, una sanción clara a Sus enseñanzas. El también murió voluntariamente, porque Su muerte iba a traer salvación a la humanidad. ¿Quién nos dirá alguna vez las palabras que el Báb dijo en medio del tumulto sin precedentes que estalló en el momento de Su ascensión? ¿Quién sabrá los recuerdos que agitaban a Su alma noble? ¿Quién nos habrá de revelar el secreto de aquella muerte... La visión de la bajeza, los vicios, los engaños de dicho clero causaron violencia a Su alma sincera y pura: Él sintió la necesidad de una profunda reforma en la moral pública y no hay duda que vaciló más de una vez ante la idea de una revolución que parecía inevitable, para liberar los cuerpos así como las mentes del yugo del embrutecimiento y violencia que pesaban sobre toda Persia en aras del beneficio egoísta de unos pocos... de los que buscaban placeres y para gran vergüenza de la verdadera religión del Profeta. Debe haberse sentido muy perplejo, con profunda ansiedad, mientras veía la necesidad de tener el triple escudo de que habla Horacio, para lanzarse de cabeza en el océano de superstición y odio que fatalmente debía engolfarlo. Su vida ha sido uno de los ejemplos más magníficos de valentía que la humanidad ha tenido el privilegio de ver y es también una prueba admirable del amor que nuestro héroe sentía por sus compatriotas. Se sacrificó a Sí mismo por la humanidad, por ella Él dio Su cuerpo y Su alma, por ella soportó privaciones, insultos torturas y el martirio. Selló, con Su propia sangre, la alianza de la confraternidad universal. Como Jesucristo, pagó con Su vida la proclamación de un reino de concordia, equidad y amor fraternal. Sabía mejor que nadie qué clase de terribles peligros estaba amontonando sobre sí mismo. Había podido ver personalmente a qué grado de exasperación podía alcanzar un fanatismo, despertado con astucia; pero todas estas consideraciones no hicieron vacilar Su resolución. El temor no tenía lugar en Su alma y con perfecta serenidad, sin mirar hacia atrás y en plena posesión de todas Sus facultades, entró caminando en la hoguera". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 203-4 376).

"El Cabecilla de la nueva religión estaba muerto y, de acuerdo con las previsiones del primer ministro, la mente del pueblo estaría en paz y ya no había razón para más preocupación, por lo menos desde esa fuente. Pero sabiduría política como ésta se vio frustrada y, en vez de aquietar las llamas, sólo había servido para avivarlas hasta alcanzar mayor violencia aún".

"Veremos más adelante, cuando examine los dogmas religiosos predicados por el Báb, que la continuidad de la secta, no dependía en absoluto de Su presencia física; todo podía seguir adelante y crecer sin Él. Si el premier hubiera sabido esta característica fundamental de la religión hostil, no es probable que se hubiera mostrado tan ansioso para deshacerse de un Hombre cuya existencia no habría tenido, después de todo, mayor significación que Su muerte". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 224-225). "Un Profeta tal", escribe el Rev. Dr. T. K. Cheyne, "era el Báb; lo llamamos "Profeta" a falta de mejor nombre; "en verdad, os digo, un Profeta y más que un Profeta". Su combinación de modestia y poder es tan excepcional que debemos colocarlo en una línea con hombres superdotados... Se nos dice que, en momentos sobresalientes de Su carrera, después que había estado en éxtasis, fluían de Su rostro un resplandor y majestad de tal magnitud que nadie podía soportar mirar la efulgencia de Su gloria y belleza. Tampoco era raro que personas que no eran creyentes se inclinaran involuntariamente en humilde reverencia al ver a Su Santidad; mientras que los moradores del castillo, aún cuando eran en su mayoría cristianos y sunnís, se postraban con reverencia en cuanto veían el rostro de Su Santidad. Transfiguraciones

tales son bien conocidas en los santos. Se la consideraba como la colocación del sello celestial a la realidad y totalidad del desprendimiento del Báb" (The Reconciliation of Races and Religions, págs. 8-9). "¿Quién puede dejar de sentirse atraído por el suave espíritu de Mírzá ‘Alí-Muhammad? Su vida llena de dolor y de persecuciones; Su pureza de conducta; Su juventud; Su valentía; Su paciencia sin quejas frente a las adversidades; Su total renuncia de Sí mismo; el tenue ideal de un orden de cosas mejor que se puede vislumbrar a través de las oscuras y místicas expresiones del Bayán; pero más que todo, Su trágica muerte, todo sirve para conquistar nuestra simpatía en favor del joven Profeta de Shíráz. El encanto irresistible que Le conquistó tanta devoción durante Su vida, todavía perdura y continúa influenciando las mentes del pueblo persa". (Un artículo del Prof. E. G. Browne: Los Bábís de Persia, Journal of the Royal Asiatic Society., 1889, pág. 933). "Pocos son los que creen que mediante estas medidas sanguinarias se dejarán de propagar las doctrinas del Báb. Hay un espíritu de cambio entre los persas que preservará su sistema de la extinción; además de esto, Sus doctrinas son atrayentes para los persas. Aún cuando en la actualidad se encuentra subyugada y obligada a mantenerse escondida en los pueblos, se difunde cada día más". (Lady Sheil: Glimpses of Life and Manners in Persia, pág. 181). "La historia del Báb, como se hacía llamar Mírzá ‘Alí-Muhammad, era una historia de heroísmo espiritual que no había sido sobrepujado en la experiencia de Svabhava; y su propio espíritu de aventura se vio encendido por ella. Que un Joven sin influencia social y sin educación pudiera, mediante el simple poder intuitivo, penetrar en el corazón mismo de las cosas y ver la auténtica verdad y que luego se aferra a ella con firmeza tal de convicción para presentarla en forma tan persuasiva que podía convencer a los hombres que Él era el Mesías y conseguir que Le siguieran hasta la misma muerte, era uno de aquellos hechos extraordinarios de la historia humana sobre los que Svabhava amaba meditar... La apasionada sinceridad del Báb no se podía poner en duda, porque E dio Su vida por Su Fe. Y que debe haber algo en Su mensaje que agradaba a los hombres y satisfacía sus almas se podía atestiguar por el hecho que miles dieron sus vidas por Su Causa y millones ahora la siguen. Si por la sinceridad de Su propósito y la atracción de Su personalidad podía un Joven, en sólo seis años de ministerio, inspirar a tal punto a los ricos y a los pobres y a los cultos e ignorantes con una fe tanto en Él y en Sus doctrinas que permanecieron firmes aún cuando se les persiguiera y sin someterlos a juicio se les sentenciara a muerte, se les cortar en dos con un serrucho, se les ahorcara, fusilara o disparara de cañones; y si hombres de elevado rango y cultos tanto en Persia, como Turquía y Egipto se adhieren en gran número a Sus doctrinas; Su vida debe ser uno de aquellos acontecimientos que en los últimos cien años merecen realmente estudiarse". (Sir Francis Younghusband: The Gleam, págs. 183-184). "Es así como, a los treinta años de edad, en el año 1850, terminó la heroica carrera de un verdadero hombre-Dios. De la sinceridad de Su convicción de haber sido designado por Dios es la prueba más elocuente posible la forma en que murió. En la creencia que mediante ello salvaría a otros del error de sus convicciones actuales sacrificó voluntariamente Su vida. Y del poder que tenía para atraer a los hombres hacia Él es testimonio convincente la apasionada devoción con que centenares y aún miles de hombres dieron sus vidas en Su Causa". (Ídem., pág. 210). "El Báb había muerto, pero no el babismo. Él no fue el primero y tampoco fue el ultimo de una larga cadena de mártires quienes han atestiguado que, incluso en un país gangrenado por la corrupción y atrofiado por la indiferencia como Persia, el alma de una nación sobrevive,

inarticulado quien sabe y en cierta forma, impotente, pero aún capaz de espasmos de vitalidad". (Valentine Chirol: The Middle Eastern Question, pág. 120".

19.- Julio 9, 1850 A. D.

20.- "El Emperador de Rusia", dice Hájí Mírzá Jání, "solicitó al cónsul de dicho país en Tabríz que investigara plenamente las circunstancias relacionadas con Su Santidad el Báb y que enviara un informe. En cuanto llegó esta noticia, ellos, i.e. las autoridades persas, dieron muerte al Báb. El cónsul de Rusia hizo llamar a Áqá Siyyid Muhammad-Husayn, el amanuense del Báb, quien se encontraba encarcelado en Tabríz y le interrogó sobre los signos y circunstancias de Su Santidad. Debido a que había musulmanes presentes, Áqá Siyyid Husayn no se atrevió a hablar con claridad sobre su Maestro, pero mediante insinuaciones logró comunicar varias cuestiones y también le dio (al cónsul Ruso) algunos de los escritos del Báb". "Que esta aseveración es por lo menos en parte, verídica, lo atestigua el relato de Dorn, quien al describir un Manuscrito de uno de los "Comentarios sobre los Nombres de Dios" del Báb que él llamó "Corán der Baba"), dice en la pág. 248 del vol. 8 del Bulletin de l'Académie Impériale des Sciences de St. Pétersbourg que "fue recibida directamente del propio secretario del Báb quien, durante su encarcelamiento en Tabríz, lo puso en manos europeas". (El Táríkh-Jadíd}, págs. 395-396).

21.- Véase Glosario

22.- "Siguiendo una costumbre inmemorial en el Oriente, del que hubo un buen ejemplo en el sitio de Béthulie así como también en el sepulcro de nuestro Señor, el centinela es un soldado que duerme a pierna suelta en el puesto que se supone debe vigilar". (Conde de Gobineau: Les Religions et les philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 166). "Hemos podido ver en esta historia qué clase de gente son los centinelas persas; su función consiste principalmente en dormir cerca de lo que se les ha encargado vigilar". (A. L. M. Nicolas: "Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb", pág. 378).

23.- "M. de Gobineau, concordando en esto con los autores del Násikhu-t-Taváríkh, de Rawdatu's-Safá, de Mir'átu'l-Buldán y, en una palabra, con todos los historiadores oficiales, relata que, después de la ejecución el cuerpo del Báb fue tirado en una fosa de la ciudad y devorado por los perros. En realidad no fue así y veremos porqué había sido difundida esta noticia por las autoridades de Tabríz (poco dispuestas atraer sobre sus cabezas una reprimenda gubernamental por un servicio pagado a tan alto precio) así como por los bábís quienes estaban deseosos de evitar nuevas investigaciones de la policía. El testimonio más digno de confianza de los mismos testigos del drama y de sus actores no me dejan duda alguna que el cuerpo de Siyyid ‘Alí-Muhammad fue recogido por manos piadosas y que finalmente, después de numerosos incidentes que relataré, recibió digna sepultura". (Ídem., pág. 377).

"Es así como Teherán está dotado en señal de respeto con el mausoleo y santuario de Sháh ‘Abdu'l-'Azím. Descansando bajo una cúpula dorada cuyos destellos yo había visto desde lejos mientras cabalgaba hacia la ciudad los restos de este santo individuo atraen, según se dice, trescientas mil visitas al año. Encuentro que la mayoría de los escritores ponen un tenue velo sobre su ignorancia de la identidad del santo describiéndolo como un "santo musulmán", cuyo santuario es muy visitado por los piadosos Tihránís". Sin embargo, que mucho antes del advenimiento del Islam, éste había sido un lugar sagrado como el sepulcro de una dama muy santa, en conexión con lo cual es digno de notarse que el santuario es patronizado todavía en

gran parte por mujeres. Aquí, después de la conquista musulmana, fue sepultado Imán-Zádih Hamzih, el hijo del séptimo Imán, Músá-Kázim; a este lugar también vino huyendo del Khalíf Mutavakkil, un santo personaje llamado Abu'l-Qásim ‘Abdu'l-‘Azím, quien vivió oculto en Rayy hasta su muerte cerca de 861 A. D. (Este es el relato dado por el Kitáb-i-Majlisí persa, que cita a Shaykh Najáshí, quien cita a Barkí). Posteriormente su fama obscureció a la de su más ilustre predecesor. Sucesivos soberanos, especialmente los de la dinastía reinante, han extendido y embellecido el conjunto de edificios construidos sobre su sepulcro cuya popularidad creciente ha hecho que una gran aldea se desarrolle alrededor del lugar sagrado. La mezquita está situada en la llanura, más o menos a seis millas al sur-sureste de la capital, un poco más allá de las ruinas de Rayy y al extremo del grupo de montañas que cierran la planicie de Teherán hacia el sudeste". (Lord Curzon: Persia and the Persian Question, pág. 345-347).

25.- Un santuario local en Teherán

26.- "Es verdad", escribe Lord Curzon "que su reinado (de Násiri'd-Dín Sháh), ha sido desfigurado por una o dos acciones de lamentable violencia; el peor de entre éstos fue el asesinato de su Primer Ministro, Mírzá Taqí Khán, el Amir-Nizám. El cuñado del Sháh y el primer súbdito del reino, debió a la vengativa intriga cortesana y a los celos maliciosamente excitados de su joven soberano, una desgracia con el que no estuvieron satisfechos sus enemigos hasta que obtuvieron la muerte de su caída, pero aún formidable víctima. (Persia and the Persian Question, vol. I, pág. 402).

27.-"Todo el mundo sabía que los Bábís habían predicho la muerte del Primer Ministro y habían anunciado la forma en que sucedería. Aconteció precisamente en la forma en que habían anunciado los mártires de Zanján, Mírzá Ridá Hájí Muhammad-‘Alí y Hájí Muhsin. Caído en desgracia y perseguido por el odio real, sus venas fueron cortadas en la aldea de Fín, cerca de Káshán, así como habían sido cortadas las venas de sus víctimas. Su sucesor fue Mírzá Áqá Khán-i-Núrí de una noble tribu de Mázindarán, quien en otro tiempo había sido ministro de guerra. Este nuevo oficial tomó el título de Sadr-i-A‘zam que es el privilegio de los grandes vizires del Imperio Otomano. Esto sucedió en 1852. (Conde de Gobineau: "Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale", pág. 230).

CAPÍTULO 24

LA REVUELTA DE ZANJÁN

La chispa que había encendido las grandes conflagraciones de Mázindarán y Nayríz ya había estallado en llamas en Zanján y sus alrededores cuando el Báb llegó al fin de Sus días en Tabríz. Profunda como era Su pena ante la triste y calamitosa suerte sufrida por los héroes de Shaykh Tabarsí, la noticia de los sufrimientos no menos trágicos de Vahíd y sus compañeros vino como golpe adicional a Su corazón ya oprimido por el peso de múltiples aflicciones. La conciencia de los peligros que se acumulaban a Su alrededor; el recuerdo de las vejaciones que tuvo que sufrir la última vez que fue conducido a Tabríz; la tensión de un cautiverio prolongado y riguroso en las montañas agrestes de Ádhirbáyján; las terribles carnicerías que señalaron las etapas finales de las revueltas de Mázindarán y Nayríz; las atrocidades cometidas con Su Fe durante las persecuciones a los Siete Mártires de Teherán -mas no fueron éstas todas las tribulaciones que oscurecieron los días finales de una Vida que llegaba rápidamente a Su ocaso. Ya estaba postrado por la severidad de estos golpes cuando la noticia de los acontecimientos de Zanján, que ya comenzaban a vaticinar sus tristes eventos, llegó a Sus oídos y sirvió para consumar la angustia de Sus últimos días. ¡Que dolor debe haber sufrido a medida que se acumulaban alrededor Suyo las sombras de la muerte! En todas partes, ya fuera en el norte o en el sur, los campeones de Su Fe habían sido sometidos a sufrimientos inmerecidos, habían sido engañados con infamia, privados de sus bienes y masacrados bestialmente. Y ahora, para colmar Su copa de sufrimientos hasta desbordarse, estalló la tormenta de Zanján, la más violenta y devastadora de todas[2].

Ahora comienzo a relatar las circunstancias que han hecho de ese acontecimiento uno de los episodios más emocionantes de la historia de esta Revelación. Su figura principal fue Hujjat-i-Zanjání, cuyo nombre era Mullá Muhammad-‘Alí[3], uno de los dignatarios eclesiásticos más capaces de su época y por cierto uno de los campeones más formidables de la Causa. Su padre, Mullá Rahím-i-Zanjání, fue uno de los mujtahis más destacados de Zanján y era muy estimado por su piedad, su sabiduría y fuerza de carácter. Mullá Muhammad-‘Alí, llamado Hujjat, nació el año 1227 D.H.[4]. Desde su niñez mostró tanta capacidad que su padre se preocupó mucho de su educación. Lo envió a Najaf,

donde se destacó por su perspicacia, su habilidad y gran entusiasmo[5]. Su erudición y su aguda inteligencia excitaron la admiración de sus amigos, mientras que su franqueza y fuerza de carácter lo hicieron el terror de sus adversarios. Su padre le aconsejó que no regresara a Zanján, donde sus enemigos conspiraban contra él. Conforme con ello, decidió establecer su residencia en Hamadán[6], donde se casó con una pariente y vivió allí durante más o menos año y medio, cuando la noticia de la muerte de su padre lo decidió a partir a su pueblo natal. La ovación que recibió cuando llegó allí provocó la hostilidad y envidia de los 'ulemas quienes, a pesar de su antagonismo declarado, recibieron de él la mayor consideración y bondad[7].

Del púlpito del masjid que sus amigos erigieron en su honor, urgió a la vasta concurrencia que se reunió para escucharle, que abandonaran su molicie y fueran moderados en todas sus acciones[8]. Suprimió sin contemplaciones toda forma de abuso y por su ejemplo estimuló al pueblo a adherirse rígidamente a los principios inculcados por el Corán. Enseñó a sus discípulos con tanto cuidado y habilidad que sobrepujaron en conocimientos y comprensión a los 'ulemas ya reconocidos de Zanján. Durante diez y siete años prosiguió su meritoria labor y logró limpiar las mentes y los espíritus de sus conciudadanos de todo lo que parecía contrario al espíritu y enseñanzas de su Fe[9].

Cuando llegó a sus oídos la llamada de Shíráz, despachó a su mensajero de confianza, Mullá Iskandar, para que se informara de las afirmaciones de la nueva Revelación; tal fue su respuesta a ese Mensaje, que sus enemigos se sintieron impulsados a redoblar sus ataques. Impotentes, hasta ese instante, para hacerlo caer en desgracia ante los ojos del gobierno y del pueblo, trataron de denunciarlo como defensor de herejías y repudiador de todo lo sagrado y atesorado en el islam. "Su reputación como hombre justo, piadoso, sabio y erudito", susurraron entre sí, "es tal que nos es imposible sacudir su prestigio. ¿Cuando fue llamado a Teherán, en presencia de Muhammad Sháh, no pudo acaso, gracias a su magnética elocuencia, conquistarlo para sí y hacer de él uno de sus devotos admiradores? Sin embargo, ahora que defiende abiertamente la causa del Siyyid-i-Báb, es seguro que podremos obtener que el gobierno dé la orden para su arresto y exilio de nuestro pueblo".

De acuerdo con esto escribieron una petición a Muhammad Sháh en la que procuraron, por todos los medios a su disposición y que sus mentes astutas y malvadas podían inventar, desacreditar su nombre. "Mientras aún profesa ser un adepto de nuestra Fe", se quejaron, "él con la ayuda de sus discípulos, pudo repudiar nuestra autoridad. Ahora que se ha identificado con la Causa del Siyyid-i-Báb y ha conquistado para ese credo despreciable a las dos terceras partes de los

habitantes de Zanján ¡qué humillaciones no nos infligirá! La muchedumbre que se apiña a su puerta ya no cabe en todo el masjid. Tal es su influencia que el masjid que perteneció a su padre y el que se construyó en su honor han sido unidos en un solo edificio para poder acomodar a la multitud siempre creciente que se apresura ansiosa a seguir su guía en oración. Se acerca rápidamente el instante en que no sólo Zanján, sino las aldeas circundantes también habrán declarado su lealtad a él".

El Sháh sintió gran sorpresa ante el tono y lenguaje con que los peticionarios trataban de acusar a Hujjat. Compartió su asombro con Mírzá Nazar-'Alí, el Hakím-Báshí, y recordó el brillante tributo que más de un visitante a Zanján había rendido a la habilidad e integridad del acusado. Decidió llamarlo, junto con sus antagonistas, a Teherán. En una asamblea especial en que se reunió personalmente con Hájí Mírzá Áqásí y los miembros principales del gobierno, así como con cierto número de los más destacados 'ulemas de Teherán, pidió a los dirigentes eclesiásticos de Zanján que justificaran las afirmaciones que habían hecho. Todas las preguntas que hicieron a Hujjat relacionadas con las enseñanzas de su Fe, éste las contestó de modo que no podía dejar de conquistar la admiración sin reservas de los que lo escuchaban y establecer la confianza del soberano en su inocencia. El Sháh expresó su entera satisfacción y recompensó ampliamente a Hujjat por la forma brillante en que había logrado refutar los alegatos de sus enemigos. Le pidió que regresara a Zanján y continuara con sus valiosos servicios por la causa de su pueblo y le aseguró que lo apoyaría bajo todas circunstancias, pidiéndole que le informara de cualquier dificultad que pudiera encontrar en el futuro[10].

Su llegada a Zanján fue la señal para un feroz ataque por parte de sus humillados antagonistas. A medida que multiplicaban las señales de su hostilidad, aumentaba en proporción la devoción de sus amigos y adeptos[11]. Despreciando todas sus maquinaciones, siguió con sus actividades con celo inquebrantable[12]. Los principios liberales que enseñaba sin temor alguno, atacaban de raíz toda la estructura que el fanático enemigo había levantado con tanto trabajo. Observaban con furia impotente la desintegración de su autoridad y la caída de sus instituciones.

Fue en esos días que su enviado especial, Mashhadí-Ahmad, que había despachado en misión de confianza a Shíráz con una petición y regalos al Báb, regresó a Zanján y entregó en sus manos, mientras estaba hablando a sus discípulos, una carta sellada de su Bienamado. En la Tablilla que recibió, el Báb le confirió uno de Sus propios títulos, el de Hujjat y le urgió que proclamara desde el púlpito, sin ninguna reserva, las enseñanzas fundamentales de Su Fe.

Apenas se había informado de los deseos de su Maestro, declaró su resolución de dedicarse a la inmediata promoción de cualquiera petición que pudiera contener esa Tablilla. Inmediatamente despidió a sus discípulos y declaró su intención de no continuar con su curso de estudios. "¿Qué ventajas puede tener", dijo, "el estudio y la investigación para aquellos que ya han encontrado la Verdad, y por qué esforzarse por aprender una vez que Él Quién es el Objeto de todo conocimiento se ha manifestado?".

En cuanto intentó dirigir la congregación en la oración los viernes encarecida por el Báb[13], el Imán-Jum'ih, quien hasta entonces había desempeñado esa tarea, protestó con vehemencia, alegando que ese derecho era un privilegio exclusivo de sus propios antepasados, que le había sido conferido por el soberano y que nadie, no importa cuán alta su posición, podía usurparlo. "Ese derecho", replicó Hujjat, "ha sido sobreseído por la autoridad con que el Qá'im en Persona me ha investido. Él me ha ordenado asumir esa función públicamente, y no puedo permitir a nadie violar ese derecho. Si se me ataca, daré los pasos necesarios para defenderme y proteger la vida de mis compañeros".

Su intrépida insistencia en el deber que le había impuesto el Báb hizo que los 'ulemas de Zanján se unieran al Imán-Jum'ih[14] y expusieran sus quejas ante Hájí Mírzá Áqásí, alegando que Hujjat había desafiado la validez de instituciones reconocidas y pisoteado sus derechos. "O huimos de este pueblo con nuestras familias y bienes", alegaron, "y lo dejamos como único responsable de la dirección de su gente, u obtenemos de Muhammad Sháh un edicto para su expulsión inmediata de este país; porque creemos firmemente que permitirle quedar aquí sería pedir un desastre". Aún cuando Hájí Mírzá Áqásí, en su fuero interno, desconfiaba de la organización eclesiástica de su país, y tenía una aversión natural a sus creencias y prácticas, eventualmente se vio forzado a ceder ante su presión y sometió el asunto a Muhammad Sháh, quien ordenó el traslado de Hujjat de Zanján a la capital.

Un kurdo llamado Qilíj khán fue comisionado por el Sháh para entregar la convocatoria real a Hujjat. Mientras tanto el Báb había llegado a las vecindades de Teherán en Su camino a Tabríz. Antes de la llegada del mensajero real a Zanján, Hujjat había enviado a uno de sus amigos, cierto Khán Muhammad-i-Túb-Chí, a su Maestro con una petición en que rogaba se le permitiera rescatarlo de manos del enemigo. El Báb le aseguró que sólo el Todopoderoso podía lograr Su liberación y que nadie podía escapar de Su decreto o evadir Su ley. ***"En cuanto a tu reunión conmigo",*** agregó, ***"pronto se producirá en el más allá, la morada de Gloria imperecedera"***.

El día en que recibió ese mensaje. Qilíj Khán llegó a Zanján, le informó de las órdenes que había recibido y partió, acompañado por él, a la capital. Su llegada a la capital coincidió con la partida del Báb de la aldea de Kulayn, donde había estado detenido durante algunos días.

Las autoridades, temerosas de que una entrevista entre el Báb y Hujjat pudiera crear nuevos disturbios, habían tomado todas las precauciones necesarias para asegurar la ausencia de éste de Zanján durante el tránsito del Báb por aquel pueblo. Los compañeros que seguían a Hujjat a cierta distancia mientras iba a la capital, recibieron instrucciones suyas de regresar y tratar de ver a su Maestro y de asegurarle que estaba listo para venir a Su rescate. A su regreso a sus casas se encontraron con el Báb quien expresó nuevamente Su deseo que ninguno de Sus amigos intentara librarlo de Su cautiverio. Inclusive, les dio instrucciones que dijeran a los creyentes de su pueblo que no se apiñaran a Su alrededor, sino que evitaran encontrarlo dondequiera que fuera.

Apenas había sido entregado ese mensaje a los que habían salido a darle la bienvenida al acercarse a su pueblo, comenzaron a lamentarse y deplorar su suerte. Sin embargo, no pudieron resistir el impulso que los llevaba a adelantarse a Su encuentro, olvidando el deseo que había expresado.

En cuanto se encontraron con los guardias que marchaban delante del Prisionero, fueron dispersados sin contemplaciones. Al llegar a una bifurcación en el camino se produjo un altercado entre Muhammad Big-i-Chápárchí y su colega que había sido enviado de Teherán para ayudarle a llevar al Báb a Tabríz. Muhammad Big insistió que debían llevar a su Prisionero a la ciudad, donde se debía permitirle alojar esa noche en el caravanserai de Mírzá Ma'súm-i-Tabíb, padre de Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Tabíb, un mártir de la Fe, antes de reiniciar su marcha a Ádhirbáyján. Argumentó que pasar la noche fuera de las puertas pondría en peligro sus vidas y animaría a sus antagonistas a intentar un ataque en su contra. Eventualmente logró convencer a su colega que él debía llevar al Báb al caravanserai. Al pasar por las calles, se asombraron ante la multitud que se apiñaba en los techos en su deseo vehemente por ver el rostro del Prisionero.

Mírzá Ma'súm, el antiguo propietario del caravanserai, había fallecido hacía poco y su hijo mayor, Mírzá Muhammad-‘Alí, el médico más destacado de Hamadán que, sin ser un creyente, tenía verdadero afecto por el Báb, había llegado a Zanján y guardaba luto por su padre. Recibió al Báb afectuosamente en el caravanserai que había preparado especialmente de antemano para recibirlo. Aquella noche permaneció en Su presencia hasta una hora avanzada y fue conquistado completamente para Su Causa.

"La misma noche que atestiguó mi conversión", le oí relatar posteriormente, "me levanté al despuntar el alba, prendí mi linterna y, precedido por el sirviente de mi padre, encaminé mis pasos al caravanserai. Los guardias apostados a la entrada me reconocieron inmediatamente y me permitieron entrar. El Báb estaba practicando Sus abluciones cuando fui conducido a Su presencia. Me sentí muy impresionado cuando lo observé en Sus devociones. Un sentimiento de reverente júbilo llenó mi corazón mientras oraba de pie detrás de Él. Yo mismo preparé Su té y Se lo estaba ofreciendo cuando, volviéndose hacia mí, me pidió que me fuera a Hamadán. ***"Esta ciudad"*** dijo***, "se verá envuelta en gran tumulto y en sus calles correrá sangre"***. Expresé mi ferviente deseo de que se me permitiera derramar mi sangre en Su sendero. Me aseguró que la hora de mi martirio no había llegado aún y me pidió que me resignara a lo que Dios pudiera decretar. A la hora de la salida del sol montó Su caballo, y se preparaba para partir cuando Le rogué que me permitiera seguirle, pero me aconsejó que me quedara y me aseguró que oraría por mí. Resignándome a Su voluntad, con profundo sentimiento lo observé desaparecer de mi vista".

A su llegada a Teherán, Hujjat fue llevado a la presencia de Hájí Mírzá Áqásí, quién, de parte del Sháh y suyo propio, expresó su desagrado ante la inmensa hostilidad que su comportamiento había despertado entre los 'ulemas de Zanján. "Muhammad Sháh y yo", dijo, "nos vemos asediados continuamente por las denuncias orales y escritas en su contra. Casi no pude creer su acusación de que había abandonado la Fe de sus antepasados. Tampoco el Sháh se siente inclinado a dar crédito a tales informaciones. Él me ha ordenado llamarlo a esta capital y pedirle que refute tales acusaciones. Me causa pesar muy profundo saber que un hombre a quién considero infinitamente superior en conocimientos y habilidad al Siyyid-i-Báb ha elegido identificarse con Su credo". "No lo crea", replicó Hujjat, "Dios sabe que si ese mismo Siyyid me fuera a confiar la más mezquina de las tareas en Su hogar, lo consideraría un honor que ni los favores más destacados de mi soberano nunca podrían esperar sobrepujar". "¡Eso no puede ser!", prorrumpió Hájí Mírzá Áqásí. "Es mi convicción firme e inalterable", reafirmó Hujjat, "que este Siyyid de Shíráz es Aquél Cuyo advenimiento usted mismo, con todos los pueblos del mundo, esperan ansiosamente. Él es nuestro Señor, el Salvador prometido".

Hájí Mírzá Áqásí informó de lo sucedido a Muhammad Sháh, quién expresó sus temores que el hecho de permitir que un adversario tan temible, que el soberano mismo consideraba ser uno de los 'ulemas más capaces de su reino, prosiguiera sin impedimento sus actividades sería una política sumamente peligrosa para el Estado. El Sháh, no dispuesto a dar crédito a tales

informaciones, que atribuía a la maldad y envidia de los enemigos del acusado, ordenó que se convocara una reunión especial en la que se le debía pedir que justificara su posición en presencia de los 'ulemas de la capital reunidos en asamblea.

Se celebraron varias reuniones con ese fin, en cuya presencia Hujjat expuso las afirmaciones básicas de su Fe con elocuencia, y refutó los argumentos de los que se oponían a él."¿Acaso el islam shí'ah y sunní no reconocen por igual la siguiente tradición: ***'dejo entre ustedes mis testimonios gemelos, el Libro de Dios y mi familia?'*** ¿No ha desaparecido el segundo de estos testimonios según la opinión de ustedes y, como consecuencia, nuestra única guía se encuentra en el Libro sagrado? Les hago un llamado, que midamos cada afirmación que cada uno de nosotros haga, de acuerdo con la medida establecida en ese Libro y de considerarlo la autoridad suprema por la que podamos establecer la justicia de nuestro argumento". Incapaces de defenderse contra él, como último recurso, le pidieron que hiciera un milagro para establecer la verdad de sus afirmaciones. "¡Qué mayor milagro", dijo, "que el que Él me haya permitido triunfar, solo y sin ayuda, únicamente mediante el poder de mi argumento, sobre las fuerzas combinadas de los mujtahids y 'ulemas de Teherán!".

La forma magistral en que Hujjat refutó las vacilantes afirmaciones de sus adversarios le conquistó el favor de su soberano, quién desde ese día, ya no pudo ser influenciado por las insinuaciones de sus enemigos. Aún cuando todos los 'ulemas de Zanján, así como numerosos dirigentes eclesiásticos de Teherán, lo habían declarado un infiel y lo habían condenado a muerte, sin embargo Muhammad Sháh siguió confiriéndole sus favores y le aseguró que podía sentirse seguro de su apoyo. Hájí Mírzá Áqásí, aún cuando en el fondo no sentía amistad por Hujjat, no pudo, en vista de señales tan inequívocas del favor real, resistir su influencia abiertamente y, mediante visitas frecuentes a su casa y los regalos que le prodigaba, ese ministro falso trató de ocultar su resentimiento y envidia.

Hujjat era virtualmente un prisionero en Teherán. No podía ir más allá de las puertas de la capital ni se le permitía conversar libremente con sus amigos. Los creyentes de su propio pueblo decidieron enviarle, eventualmente, una delegación que le preguntara sobre nuevas instrucciones en relación con su actitud hacia las leyes y principios de su Fe. Les encareció que observaran con absoluta lealtad las admoniciones que habían recibido del Báb por intermedio de los mensajeros que había enviado a investigar Su Causa. Enumeró una serie de preceptos, algunos de los cuales constituían una desviación definitiva de las tradiciones establecidas del Islam. "Siyyid Kázim-i-Zanjání", les aseguró, "ha estado íntimamente asociado con Mi Maestro tanto en Shíráz como en Isfahán. Él, así como también Mullá

Iskandar y Mashhadí Ahmad, a ambos de quienes envié a Su encuentro, han declarado enfáticamente que Él Mismo es el primero en observar las prácticas a las que nos ha pedido ser fieles. Por lo tanto nos incumbe a nosotros, que somos Sus adeptos, seguir Su noble ejemplo".

Estas instrucciones explícitas, en cuanto fueron leídas a sus compañeros, provocaron en ellos un vehemente deseo de llevarlas a la práctica. Se pusieron a trabajar con entusiasmo en la tarea de implantar las leyes de la nueva Dispensación y, abandonando sus antiguas prácticas y costumbres, se identificaron sin vacilaciones con sus afirmaciones. Aún a los niños pequeños se les estimuló a seguir escrupulosamente las admoniciones del Báb. "Nuestro amado Maestro", se les enseñó a decir, "es el primero en practicarlas. ¿Por qué hemos de vacilar nosotros, que somos sus discípulos privilegiados, en hacerlas los principios rectores de nuestras vidas?".

Hujjat estaba aún cautivo en Teherán cuando llegó a sus oídos la noticia del sitio del fuerte Tabarsí. Ansiaba y deploraba su inhabilidad para unirse a aquellos de sus compañeros que estaban luchando con heroísmo tan maravilloso por la emancipación de su Fe. Su único consuelo, en esos días, era su estrecha asociación con Bahá'u'lláh, de quién recibió el poder sustentador que le permitió, posteriormente, distinguirse por acciones no menos extraordinarias que las que ese grupo había manifestado en las horas más negras de su memorable lucha.

Se encontraba aún en Teherán cuando falleció Muhammad-Sháh, dejando el trono a su hijo, Násiri'd-Dín Sháh[15]. El Amir-Nizám, el nuevo Gran Vazír, decidió hacer más riguroso el encarcelamiento de Hujjat y encontrar, entre tanto, el modo de destruirlo. Cuando se le informó del peligro inminente que amenazaba su vida, el prisionero decidió salir de Teherán disfrazado y reunirse con sus compañeros que esperaban ansiosamente su regreso.

A su llegada a su pueblo natal, que un tal Karbilá'í Valí-‘Attár, aún cuando en su corazón odiaba a Hujjat, pretendió ser su amigo y benefactor. Lo visitó con frecuencia y le mostró consideración sin límites, no obstante que en secreto estaba conspirando contra su vida y esperaba que llegara el momento en que pudiera asestar el golpe fatal.

Esa hostilidad latente pronto se vio transformada en llama a raíz de un incidente que en sí tenía poca importancia. Se produjo la oportunidad cuando estalló repentinamente una riña entre dos niños de Zanján, uno de los cuales era hijo de un pariente de uno de los compañeros de Hujjat. Inmediatamente el gobernador ordenó que se arrestara a ese niño y que se lo pusiera bajo estricto confinamiento. Los creyentes ofrecieron una suma de dinero al gobernador, con el objeto de inducirle que dejara en libertad a su joven prisionero. Rehusó su

ofrecimiento, en vista de lo cual se quejaron a Hujjat quien protestó con vehemencia. "Ese niño", escribió al gobernador, "es demasiado pequeño como para que se le haga responsable de sus acciones. Si merece castigo, debería hacer sufrir al padre".

Como su petición fuese ignorada, protestó nuevamente y la puso en manos de uno de sus compañeros de influencia, Mír Jalíl, padre de Siyyid Ashraf y mártir de la Fe, instruyéndole que se lo presentara al gobernador en persona. Los guardias apostados a la entrada de la casa rehusaron permitirle entrar al principio. Indignado ante su negativa, amenazó forzar su paso por la puerta y logró, mediante la amenaza de desenvainar su sable, vencer su resistencia y obligar al enfurecido gobernador a dejar en libertad al niño.

La aceptación incondicional del gobernador de la demanda de Mír Jalíl provocó la furiosa indignación de los 'ulemas. Protestaron violentamente y desaprobaron su sumisión a las amenazas con que su antagonista había tratado de intimidarlo. Le expresaron el temor que una capitulación tal de su parte, los estimularía a hacerle demandas aún mayores, antes de mucho les permitiría tomar las riendas de la autoridad, y excluirlo a él de toda participación en la administración de gobierno. Eventualmente, lo indujeron a que consintiera arrestar a Hujjat, acción que estaban convencidos lograría detener el progreso de su influencia.

El gobernador asintió con renuncia. Los 'ulemas le aseguraron repetidamente que su acción en ningún caso pondría en peligro la paz y seguridad del pueblo. Dos de sus adeptos, Pahlaván[18] Asadu'lláh y Pahlaván Safar-‘Alí, ambos muy conocidos por su brutalidad y tremenda fuerza, se ofrecieron para apoderarse de Hujjat y entregarlo esposado al gobernador. A cada uno de ellos se les ofreció una buena recompensa en pago de su servicio. Vestidos con armadura, con cascos en la cabeza y seguidos por una banda de rufianes reclutados de entre lo más degradado de la población, partieron a cumplir su cometido. Los 'ulemas, mientras tanto, se encontraban muy ocupados incitando al populacho y animándolo a que apoyaran sus esfuerzos.

En cuanto llegaron los emisarios al sector en que vivía Hujjat, se vieron confrontados inesperadamente por Mír Saláh, uno de sus adeptos más formidables quien, con siete de sus compañeros armados, se opusieron tenazmente a que avanzaran. Preguntó a Asadu'lláh donde iba y, al recibir de él una respuesta insultante, desenvainó su sable y, con el grito de: "¡Ya Sáhibu'z-Zamán!"[19], saltó sobre él y lo hirió en la frente. La audacia de Mír Saláh, a pesar de la pesada armadura que llevaba su adversario, asustó a toda la banda y los hizo huir en diversas direcciones[20].

El grito que profirió aquel valiente defensor de la Fe en ese día fue el primero de su clase oído en Zanján, grito que produjo pánico en todo el pueblo. El gobernador se sintió aterrorizado ante su fuerza tremenda y preguntó qué significaba y qué voz había podido emitirlo. Se sintió muy alterado cuando se le informó que era la consigna de los compañeros de Hujjat, con la que pedían la ayuda del Qá'im en la hora de peligro.

Poco después, el resto de aquella asustada banda encontró a Shaykh Muhammad-i-Túb-Chí, en quien reconocieron inmediatamente a uno de sus adversarios más capaces. Viéndolo desarmado, cayeron sobre él y, con un hacha que llevaba uno de ellos, le dieron un golpe y partieron su cabeza. Lo llevaron al gobernador y apenas habían dejado sobre el suelo al hombre herido, un tal Siyyid Abu'l-Qásim, uno de los mujtahids de Zanján que estaba presente, se adelantó y, con su cortaplumas, lo apuñaló en el pecho. El gobernador también, desenvainado su sable y le dio un golpe en la boca y fue seguido por los presentes quienes, con las armas que tenían encima, completaron el asesinato de su indefensa víctima. Mientras llovían sobre él los golpes, se le oyó decir: "Doy gracias a Ti, ¡oh mi Dios!, por haberme conferido la corona del martirio". Fue el primero de entre los creyentes de Zanján que dio su vida en el sendero de la Causa. Su muerte, que sobrevino un viernes, el cuatro de Rajab, en el año 1266 de la Hégira[21], precedió en cuarenta y cinco días el martirio de Vahíd y en cincuenta y cinco el del Báb.

La sangre que se derramó aquel día, lejos de saciar la sed del enemigo, sirvió para encender aún más sus pasiones y fortalecer su determinación de someter a la misma suerte a los restantes compañeros. Estimulados por la tácita aprobación del gobernador a las intenciones que habían expresado, decidieron dar muerte a todos aquellos sobre quienes pusieran las manos, sin esperar primero una autorización expresa de los oficiales del gobierno. Acordaron solemnemente entre ellos no descansar hasta haber extinguido el fuego de lo que consideraban una desvergonzada herejía[22]. Obligaron al gobernador que pidiera a un pregonero que proclamara en toda Zanján que quienquiera estaba dispuesto a poner en peligro su vida, abandonar su propiedad, y exponer a su mujer e hijos a miseria y vergüenza, debía unirse a Hujjat y sus compañeros, y que aquellos que estaban dispuestos a asegurar el bienestar y honor propios y de sus familias, debían retirarse de las vecindades donde residían esos compañeros y buscar la protección del soberano.

Esa advertencia dividió inmediatamente a los habitantes en dos campos distintos, y sometió a dura prueba la fe de aquellos que aún vacilaban en su fidelidad a la Causa. Dio lugar a las más patéticas escenas, provocó la separación

de los padres de los hijos y el distanciamiento de hermanos y familiares. Todo lazo de afecto terrenal parecía estarse disolviendo en ese día, y los solemnes juramentos fueron abandonados en favor de una lealtad más poderosa y sagrada que cualquier alianza terrenal. Zanján se vio presa de gran excitación. Los gemidos de dolor que miembros de familias divididas, frenéticas de desesperación, elevaban al cielo, se mezclaron con los gritos y blasfemias de un enemigo amenazador. Gritos de alegría aclamaban a cada paso aquellos que, rompiendo lazos familiares y de parentesco, se enrolaban como defensores voluntarios de la Causa de Hujjat. El campamento del enemigo zumbaba con la febril actividad en preparación para la gran lucha que habían estado planeando en secreto. Llegaron apresuradamente refuerzos de las aldeas vecinas, bajo las órdenes del gobernador y estimulados por los mujtahids, los siyyids y los 'ulemas que lo apoyaban[23].

Sin inmutarse por el creciente tumulto, Hujjat subió al púlpito y, en alta voz, proclamó a la congregación: "La mano del Omnipotente, en este día, ha separado lo verdadero de lo falso y ha distinguido a la luz de guía de la oscuridad del error. No deseo que por mí sufran ustedes. El único propósito del gobernador y de los 'ulemas que lo apoyan es apoderarse de mí, para darme muerte. No tienen otra ambición. Están sedientos de mi sangre y no buscan a otro sino a mí. Quienquiera entre ustedes sienta el menor deseo de proteger su vida contra los peligros que nos rodean, quienquiera esté poco dispuesto a dar su vida por nuestra Causa, que se vaya de este lugar antes que sea demasiado tarde y que regrese al lugar donde vino"[24].

Ese día el gobernador reclutó a más de tres mil hombres de las aldeas vecinas a Zanján. Entre tanto Mír Saláh, acompañado por algunos de sus compañeros, al ver la creciente inquietud de los adversarios se acercó a Hujjat y le encareció que, como medida de precaución, trasladara su residencia al fuerte de ‘Alí-Mardán Khán[25], que se encontraba en las vecindades del sector en que residía. Hujjat consintió a ello y ordenó que las mujeres y niños fueran llevados al fuerte, junto con las provisiones que pudieran necesitar. Aún cuando lo hallaron ocupado por los dueños, los compañeros los indujeron finalmente que se retiraran y les dieron en cambio las casas en que ellos mismos habían estado viviendo.

Mientras tanto el enemigo estaba preparando un ataque violento. En cuanto un destacamento de sus fuerzas abrió fuego sobre las barricadas levantadas por los compañeros, Mír Ridá, un siyyid de excepciónal valentía, pidió a su jefe que le permitiera intentar capturar el gobernador y llevarlo como prisionero al fuerte. Hujjat, poco dispuesto a acceder a su petición, le aconsejó que no arriesgara su vida.

El gobernador se sintió tan sobrecogido de espanto cuando se le informó de las intenciones del siyyid que decidió irse de Zanján inmediatamente. Sin embargo, cierto siyyid lo disuadió haciéndole ver que su partida sería la señal para graves disturbios que lo dejarían mal puesto a los ojos de sus superiores. El siyyid mismo emprendió, como prueba de su dedicación, una ofensiva contra los ocupantes del fuerte. Apenas había dado la señal para el ataque y avanzaba a la cabeza de una banda de treinta de sus camaradas cuando encontró, inesperadamente, a dos de sus adversarios que marchaban con sables desenvainados en dirección suya. Creyendo que su intención era atacarlo, él, con toda su banda, sintió pánico, volvió inmediatamente a su casa y, olvidando las seguridades que había dado al gobernador, permaneció encerrado todo el día en su pieza. Los que lo acompañaban se dispersaron inmediatamente renunciando a la idea de seguir adelante con el ataque. Posteriormente se les informó que los dos hombres a quienes habían encontrado no llevaban intención agresiva contra ellos ya que sólo iban a cumplir una comisión que se les había encomendado.

Aquel episodio humillante fue seguido muy pronto por otros intentos por parte de los adeptos del gobernador, todos los cuales fracasaron en lograr su propósito. Cada vez que se precipitaban al ataque, Hujjat ordenaba a algunos de sus compañeros, que eran tres mil en total, que salieran de su refugio y dispersaran a sus enemigos. Nunca dejó de advertirles, cada vez que les daba tales instrucciones, que se abstuvieran de derramar injustificadamente la sangre de los atacantes. Les recordó constantemente que su acción era de carácter puramente defensivo y que su único propósito era evitar que se violara la seguridad de sus mujeres y niños. "Se nos ordena", se le oyó decir con frecuencia, "no hacer la guerra santa a los infieles, no importa cual sea su actitud hacia nosotros".

Este estado de cosas continuó[26] hasta que las órdenes del Amir-Nizám llegaron a uno de los generales del ejército imperial llamado Sadru'd-Dawliy-i-Isfahání, quien había partido a la cabeza de dos ejércitos rumbo a Ádhirbáyján. La orden escrita del Gran Vazír llegó a su poder cuando estaba en Khamsih, y le pedía que suspendiera su proyectado viaje y procediera inmediatamente a Zanján para ayudar a las fuerzas que habían sido reclutadas por el gobierno. "Vuestro soberano os ha encomendado la misión", le escribió el Amir-Nizám, "de subyugar a la banda de revoltosos en la ciudad y alrededores de Zanján. Es vuestro privilegio aniquilar sus esperanzas y exterminar sus fuerzas. Servicio tan distinguido en momento tan crítico, os conquistará el favor del Sháh no menos que el aplauso y estimación de su pueblo".

Este estimulante farmán despertó la imaginación del ambicioso Sadru'd-Dawlih. Inmediatamente emprendió la marcha a Zanján a la cabeza de sus dos

regimientos, organizó las fuerzas que el gobernador puso a su disposición y dio la orden para un ataque combinado al fuerte y a sus defensores[27]. La lucha rugió alrededor del fuerte durante tres días y tres noches, durante los cuales los sitiados, bajo la dirección de Hujjat, resistieron con espléndida valentía los feroces ataques de sus asaltantes. Ni su abrumadora superioridad numérica ni la superioridad de su equipo y entrenamiento podían conquistar para ellos la rendición incondicional de los intrépidos compañeros[28]. Sin asustarse por el fuego de los cañones que llovía sobre ellos, y olvidados del sueño y del hambre, se precipitaron a la carga saliendo del fuerte, sin importarles el peligro que implicaba tal acción. A las imprecaciones de la hueste adversaria al verlos salir de su refugio, gritaron como respuesta "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" y, extasiados por el efecto que sobre ellos tenía aquella invocación, se lanzaron sobre el enemigo y dispersaron sus fuerzas. La frecuencia y éxito de estas salidas desmoralizó a sus enemigos y los convenció de lo inútil de sus esfuerzos. Pronto se vieron obligados a reconocer su impotencia para ganar una victoria decisiva. Sadru'd-Dawlih tuvo que confesar que, después de nueve meses de continua lucha, no le quedaban más de treinta soldados lisiados de todos los hombres que habían pertenecido originalmente a sus dos regimientos. Profundamente humillado, se vio obligado, eventualmente, a reconocer que era incapaz de romper el espíritu de sus adversarios. Fue degradado de su puesto y reprendido severamente por su soberano. Las esperanzas que había acariciado, a consecuencias de esa derrota, se esfumaron completamente.

Derrota tan humillante dejó consternada a la gente de Zanján. Pocos estaban dispuestos, después de ese desastre, a arriesgar sus vidas en nuevos encuentros inútiles. Sólo aquellos que estaban obligados a luchar se aventuraron a renovar los ataques a los sitiados. El peso de la lecha cayó principalmente sobre los regimientos que eran enviados, uno tras otro, de Teherán, con ese fin. Mientras los habitantes del pueblo, y en particular los comerciantes, obtuvieron grandes ganancias a causa de la repentina llegada de número tan grande de fuerzas, los compañeros de Hujjat sufrieron privaciones en el interior del fortín. Sus provisiones disminuyeron rápidamente; su única esperanza de recibir alimentos desde afuera yacía en los esfuerzos, con frecuencia infructíferos, de algunas mujeres que pudieron, bajo diversos pretextos, acercarse al fuerte y venderles, a precios exorbitantes, las provisiones que tanto necesitaban.

Aunque hambrientos y hostigados por ataques repentinos y feroces, siguieron defendiendo el fuerte con determinación inquebrantable. Animados por una esperanza que las adversidades, por grandes que fueran, no podían opacar, lograron construir no menos de veinte y ocho barricadas, cada una de las cuales

fue encomendada al cuidado de un grupo de diecinueve de sus condiscípulos. En cada barricada, otros diecinueve compañeros fueron estacionados como centinelas, cuya función era observar e informar sobre los movimientos del enemigo.

Con frecuencia fueron sorprendidos por la voz del pregonero que el enemigo envió a las vecindades del fortín para inducir a sus ocupantes que desertaran de Hujjat y Su Causa. "El gobernador de la provincia", proclamaba, "y el comandante en jefe también, están dispuestos a perdonar y dar salvoconducto a quienquiera de ustedes que decida abandonar el fortín y renunciar a su fe. Tal hombre recibirá una gran recompensa de su soberano quien, además de conferirle dádivas, le investirá con la dignidad de un rango noble. Tanto el Sháh como sus representantes, han dado su palabra de honor que no dejarán de cumplir la promesa que han hecho". Los sitiados acostumbraban responder a este llamado, todos a la vez, con decisión y desprecio.

Una nueva demostración del espíritu de sublime renuncia que animaba a aquellos valientes compañeros, fue dada por la conducta de una aldeana quien, por su propia cuenta, decidió unir su suerte a la de aquella banda de mujeres y niños que acompañó a los defensores del fortín. Se llamaba Zaynab, su hogar estaba en una pequeña aldea cerca de Zanján. Era hermosa y de facciones agradables, encendida con una exaltada fe y de gran coraje. Al ver las pruebas y dificultades que debían soportar sus compañeros varones, sintió un deseo irresistible de disfrazarse como hombre y compartir la tarea de rechazar los ataques repetidos del enemigo. Poniéndose una túnica y toga como las usadas por sus compañeros, se cortó los bucles, ciñó un sable y, tomando un mosquete y adarga se introdujo en sus filas. Nadie sospechó que era una muchacha cuando se abalanzó a tomar su lugar tras la barricada. En cuanto el enemigo lanzó un ataque, desenvainó su sable y, con el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" se adelantó con increíble audacia contra las fuerzas dispuestas contra ella. Amigos y enemigos se maravillaron aquel día ante una valentía y habilidad como casi nunca habían visto sus ojos. Sus enemigos la llamaron la maldición que una Providencia irritada había lanzado contra ellos. Sobrecogidos por la desesperación, abandonaron sus barricadas y huyeron en ignominiosa derrota ante ella.

Hujjat, quien observaba los movimientos del enemigo desde una de las torres, la reconoció y se maravilló ante las proezas de aquella joven. Había partido en persecución de quienes la atacaban cuando pidió a sus hombres que la hicieran regresar al fortín y abandonar su intención. "Ningún hombre", se le oyó decir, "se ha mostrado capaz de tanta valentía y coraje". Cuando él la interrogó sobre la

causa de su conducta, rompió en lágrimas diciendo: "Me dolía el corazón de piedad y pena cuando vi las tareas y sufrimientos de mis condiscípulos. Avancé por un impulso interior que no pude resistir. Temí que usted me negara el privilegio de unir mi suerte a la de mis compañeros". "¿Es usted en verdad la misma Zaynab que se ofreció para unirse con los ocupantes del fortín?", dijo Hujjat. "Sí", respondió ella. "Puedo asegurarle que, hasta el momento nadie se ha dado cuenta de mi sexo. Sólo usted me ha reconocido. Le conjuro por el Báb que no me prive del inestimable privilegio, la corona del martirio, el único deseo de mi vida".

Hujjat se sintió profundamente impresionado por el tono y modo de su petición. Trató de tranquilizar el tumulto de su alma, le aseguró que oraría por ella y le confirió el nombre de Rustam-‘Alí como seña de su noble valentía. "Este es el Día de la Resurrección", le dijo, "el Día en que todos los secretos serán investigados"[29]. No por su aspecto exterior, sino por el carácter de sus creencias y su modo de vivir juzga Dios a Sus criaturas, ya sean hombres o mujeres. Aunque una muchacha de tierna edad y experiencia inmadura, usted ha mostrado vitalidad y habilidad tales como pocos hombres podrían sobrepasar". Le concedió su petición y le advirtió que no sobrepasara los límites que su Fe le había impuesto. "Se nos pide que defendamos nuestras vidas", le recordó, "contra un atacante traicionero y no librar guerra santa contra él".

Durante no menos de cinco meses, esa muchacha siguió resistiendo con heroísmo sin igual las fuerzas del enemigo. Despreciando la alimentación y el sueño, luchó con ferviente entusiasmo por la Causa que más amaba. Mediante el ejemplo de su espléndido coraje, fortaleció el valor de los pocos que vacilaban y les recordó el deber que se esperaba que cumplieran. El sable que empuñó permaneció a su lado durante todo ese período. En los breves intervalos de sueño, se la veía con su cabeza descansando sobre el sable y con su adarga cubriéndole el cuerpo. A cada uno de sus compañeros se les asignó un puesto determinado que debía cuidar y defender, mientras que sólo a aquella joven intrépida se la dejaba libre para moverse en cualquier dirección que deseaba. Siempre en primera fila, en lo más tupido de la batalla, Zaynab estaba siempre lista para abalanzarse al rescate de cualquier puesto amenazado por los asaltantes y prestar su ayuda a cualquiera que necesitara su estímulo o apoyo. Al acercarse el fin de sus días, el enemigo descubrió su secreto y, a pesar que sabían que era una muchacha, seguían temiendo su influencia y temblando ante su presencia. El agudo sonido de su voz bastaba para llenarlos de consternación y hacerles perder toda esperanza.

Cierto día, al ver que sus compañeros eran rodeados repentinamente por el enemigo, Zaynab corrió desesperada a Hujjat, y, lanzándose a sus pies, le imploró, con los ojos llenos de lágrimas, que le permitiera ir en su ayuda. "Siento que mi vida se acerca a su fin", dijo. "Puede que yo misma caiga bajo la espada del asaltante. Le ruego que me perdone mis pecados e interceda por mí ante mi Maestro, por cuya Causa añoro dar mi vida".

Hujjat estaba tan sobrecogido de emoción que no respondió. Animada por su silencio que ella interpretó como un asentimiento a su petición, salió de un brinco por el portón y, profiriendo siete veces el grito "Ya Sáhibu'z-Zamán!", se precipitó a detener la mano que ya había dado muerte a cierto número de sus compañeros. "¿Por qué manchan con sus obras el buen nombre del islam?", gritó abalanzándose sobre ellos. "¿Por qué huyen cobardemente de nosotros, si hablan la verdad?". Corrió a las barricadas que el enemigo había levantado, derrotó a los que defendían las tres primeras defensas y estaba ocupada venciendo la cuarta cuando bajo una lluvia de balas, cayó muerta sobre el suelo. Ni una sola voz entre sus enemigos se atrevió a dudar de su castidad o ignorar lo sublime de su fe y los rasgos perdurables de su carácter. Tal fue su devoción que, después de su muerte, no menos de veinte mujeres que la conocían abrazaron la Causa del Báb. Para ellas había dejado de ser la aldeanita que habían conocido; era la encarnación misma de los más nobles principios de conducta humana, la personificación viviente de un espíritu que sólo una Fe como la de ella podía manifestar.

Los mensajeros que servían de intermediarios entre Hujjat y sus compañeros recibieron instrucciones cierto día que informaran a los guardias de llevar a efecto el mandato del Báb a Sus discípulos de repetir diecinueve veces: "Alláh-u-Akbar"[30], "Alláh-u-A‘zám"[31], "Alláh-u-Ajmal"[32], "Alláh-u-Abhá"[33], y "Alláh-u-Athar"[34]. La misma noche que recibieron esta petición, todos los defensores de las barricadas se unieron y profirieron dichas palabras simultáneamente. Tan fuerte y compelente fue ese grito que el enemigo fue despertado de su sueño rudamente, abandonó el campo horrorizado y huyó a las vecindades de la residencia del gobernador, buscando refugio en los hogares de los alrededores. Algunos se sintieron tan aterrorizados que cayeron muertos instantáneamente. Un número considerable de los habitantes de Zanján huyeron presa de pánico, a las aldeas circundantes. Muchos creyeron que ese ruido tremendo era una señal que anunciaba el Día del Juicio; para otros significaba que Hujjat iba a lanzar una nueva llamada que sería el preludio de una ofensiva repentina contra ellos, más terrible que cualquiera otra que habían experimentado hasta ese instante.

Cuando se le informó del terror que esta repentina invocación había provocado, se oyó decir a Hujjat: "¡Qué hubiera sucedido si mi Maestro me

hubiera permitido librar guerra santa contra estos cobardes incrédulos! Él me pide que inculque en los corazones de los hombres los principios ennoblecedores de caridad y amor y que no incurra en violencia innecesaria. Mi objeto y el de mis compañeros es, y será siempre, servir con lealtad a nuestro soberano y ser los benefactores del pueblo. Si hubiera elegido seguir los pasos de los 'ulemas de Zanján, durante toda mi vida habría continuado siendo el objeto de la adoración servil de esta gente. Nunca estaré dispuesto a cambiar, por todos los tesoros y honores que me pueda dar este mundo, mi lealtad inquebrantable a Su Causa".

El recuerdo de aquella noche se conserva aún en las mentes de los que experimentaron su terrible espanto. He oído a varios testigos oculares expresar en términos exuberantes el contraste entre el tumulto y desorden que reinaba en el campo del enemigo y la atmósfera de reverente devoción que llenaba el fuerte. Mientras los que estaban en el fuerte invocaban el nombre de Dios, y oraban por Su guía y misericordia, sus adversarios, tanto oficiales como hombres de tropa, se encontraban absortos en perversiones y actos vergonzosos. Aún cuando se encontraban desgastados y exhaustos, los ocupantes del fuerte seguían observando sus vigilias y entonaban los himnos que el Báb les había dado instrucciones de repetir. El campamento del enemigo a esa misma hora resonaba con las carcajadas, imprecaciones y blasfemias. Aquella noche en particular, apenas resonaron las invocaciones, los oficiales disolutos que tenían en sus manos copas de vino, las dejaron caer al suelo inmediatamente y salieron a toda carrera, a pie descalzo, como aturdidos por ese grito estentóreo. Se derribaron mesas de juego en medio del desorden que sobrevino. A medio vestir y con la cabeza descubierta, algunos salieron corriendo a campo abierto mientras otros se apresuraron en ir a las casas de los 'ulemas y los despertaron de su sueño. Alarmados, éstos comenzaron a dirigirse invectivas entre sí por haber encendido la hoguera de tanto trastorno.

En cuanto el enemigo descubrió el propósito de aquel vocerío, regresó a sus puestos, confiados, pero profundamente humillado por su experiencia. Los oficiales dieron instrucciones a algunos de sus hombres que permanecieran al acecho y que dispararan en dirección a las voces. De este modo lograron dar muerte a algunos compañeros todas las noches. Sin amilanarse por las bajas que sufrían, los adeptos de Hujjat siguieron proclamando, con igual fervor, su invocación, despreciando los peligros que involucraba el ofrecer la oración. A medida que disminuían en número, la oración se hacía más fuerte y penetrante. Ni siquiera la muerte inminente tenía poder para inducir a los intrépidos defensores a abandonar lo que consideraban el más noble y poderoso recuerdo de su Bienamado.

La lucha seguía con el mismo furor cuando Hujjat sintió el impulso de dirigir un mensaje escrito a Násiri'd-Dín Sháh. "Los súbditos de vuestra Majestad Imperial", escribió, "os consideran tanto su gobernante temporal como guardián de su Fe. Apelan a vos en busca de justicia y os consideran el supremo protector de sus derechos. Nuestra controversia concernía ante todo, a los 'ulemas de Zanján solamente, y no implicaba, bajo circunstancia alguna, a vuestro gobierno y vuestro pueblo. Yo mismo fui llamado por vuestro predecesor a Teherán, quien me pidió que expusiera las afirmaciones básicas de mi Fe. El extinto Sháh se sintió muy satisfecho y ensalzó encomiásticamente mis esfuerzos. Me resigné a dejar mi hogar y establecerme en Teherán, con la única intención de tranquilizar la ira que rugía alrededor de mi persona y de extinguir el fuego que los sediciosos habían encendido. Aún cuando estaba libre para regresar a mi hogar, preferí permanecer en la capital, poniendo toda mi confianza en la justicia de mi soberano. A comienzos de vuestro reinado el Amir-Nizám, mientras aún rugía la revuelta de Mázindarán, sospechó que yo era traidor y decidió destruir mi vida. Al encontrar que no había nadie en Teherán que me pudiera proteger, decidí, en defensa propia, huir a Zanján, donde uní mis esfuerzos y traté de defender, con toda mi fuerza, los verdaderos intereses del islam. Estaba cumpliendo con mi tarea cuando Majdu'd-Dawlih se alzó contra mí. En varias oportunidades le hice un llamado a la moderación y justicia, pero rehusó acceder a mi petición. Instigado por los 'ulemas de Zanján, y animado por su adulación, decidió arrestarme. Mis amigos intervinieron y trataron de detener su mano. Siguió instigando a la gente contra mí y ellos, a su vez, han obrado de tal manera que se ha creado la situación actual. Vuestra Majestad no nos ha extendido, hasta el momento, su bondadosa ayuda, aunque somos las víctimas inocentes de crueldad tan feroz. Nuestros enemigos han llegado al extremo de hacer que nuestra Causa aparezca, a los ojos de vuestra ¡Majestad, como una conspiración contra la autoridad con que habéis sido investido. Seguramente cualquier observador imparcial reconocerá, sin vacilaciones, que no anidamos en nuestros corazones semejante intención. Nuestro único propósito es defender los mejores intereses de vuestro gobierno y pueblo. Mis compañeros y yo estamos dispuestos a ir a Teherán para que, en vuestra presencia y en la de nuestros principales antagonistas, podamos establecer la verdad de nuestra Causa".

No conforme con su propia petición, pidió a sus principales adeptos que dirigieran peticiones similares al Sháh y que pusieran énfasis sobre su deseo de que se hiciera justicia.

Apenas había partido el mensajero que llevaba aquellas peticiones a Teherán cuando fue apresado y conducido a la presencia del gobernador. Enfurecido por

la acción de sus adversarios, dio orden de muerte inmediata para el mensajero. Destruyó las peticiones y, en su lugar, escribió cartas al Sháh llenas de invectivas e insultos, agregó a ellas las firmas de Hujjat y sus principales compañeros y las despachó a Teherán.

El Sháh se sintió tan indignado después de leer esas insolentes peticiones, que dio orden que se despacharan inmediatamente dos regimientos equipados con cañones y municiones a Zanján, con instrucciones que no dejaran a uno solo de los adeptos de Hujjat con vida.

En esto llegó la noticia del martirio del Báb a los oprimidos defensores del fuerte, por medio de Siyyid Hasan, hermano de Siyyid Husayn, el amanuense del Báb, quien había llegado de Ádhirbáyján en ruta a Qazvín. La noticia se difundió en el campo del enemigo, el que le dio la bienvenida con gritos de gran júbilo. Pronto empezaron a ridiculizar y burlarse de los esfuerzos de Sus adeptos. "¿Por qué?", se les oyó gritar con altivez y desprecio, "estarán dispuestos a dar sus vidas de ahora en adelante? Aquél en cuyo sendero ansían dar sus vidas ha caído, Él mismo, víctima de las balas de un enemigo victorioso. Su cuerpo se ha perdido ya tanto para Sus enemigos como Sus amigos. ¿Por qué persisten en su empecinamiento cuando una palabra bastaría, para poner fin a sus sufrimientos?". Por mucho que se esforzaron en quebrantar la confianza de aquella comunidad doliente, fracasaron, al fin, en inducir aún al más débil de entre ellos a abandonar el fuerte o retractarse de su Fe.

Entre tanto el Amir-Nizám presionaba al soberano para que enviara nuevos refuerzos a Zanján. Finalmente, Muhammad Khán, el Amir-Túmán fue comisionado para que, a la cabeza de cinco regimientos y equipado con una cantidad considerable de armas y municiones, demoliera el fuerte y barriera con sus ocupantes.

Durante los veinte días en que fueron suspendidas las hostilidades, ‘Azíz Khán-i-Mukrí, llamado Sardár-i-kull, que se encontraba en misión militar en Íraván[35], llegó a Zanján y logró entrevistarse con Hujjat por intermedio de su anfitrión, Siyyid ‘Alí Khán. Este relató a ‘Azíz Khán las circunstancias de una conmovedora entrevista que había tenido con Hujjat cuando obtuvo toda la información que necesitaba sobre las intenciones y propuestas de los asediados. "Si el gobierno", le dijo Hujjat, "rehúsa prestar atención a mi petición, estoy dispuesto, con su permiso, a partir con mi familia a un sitio más allá de los confines de este país. Si rehúsa conceder esta petición también, y persiste en sus ataques contra nosotros, nos sentiremos obligados a alzarnos en defensa propia". ‘Azíz Khán aseguró a Siyyid ‘Alí Khán que haría todo lo posible por inducir a las autoridades a buscar una solución rápida a este problema. Apenas se había

retirado Siyyid ‘Alí Khán, ‘Azíz Khán se vio sorprendido por la llegada del farrásh del Amir-Nizám, quien había venido a arrestar a Siyyid ‘Alí Khán y conducirlo a la capital. Sintió gran temor y, con el objeto de desviar toda sospecha de sí mismo, comenzó a injuriar a Hujjat y a denunciarlo en alta voz ante el farrásh. De esta manera pudo advertir el peligro que amenazaba su propia vida.

La llegada del Amir-Túmán fue la señal para la reiniciación de las hostilidades en escala como jamás había visto Zanján. Diecisiete regimientos de caballería e infantería se encontraban bajo su estandarte y obedecían sus órdenes[36]. No menos de catorce cañones apuntaban al fuerte. Cinco regimientos adicionales, que el Amir había reclutado de los alrededores, se estaban entrenando como refuerzos. La misma noche de su llegada dio la orden de toque de clarín en señal de que el ataque se había reiniciado. Se dio la orden a los oficiales a cargo de la artillería que abrieran fuego inmediatamente sobre los sitiados. El tronar de los cañones se podía oír claramente a la distancia de más o menos catorce farsangs[37] y apenas había comenzado cuando Hujjat dio la orden a sus compañeros que usaran los dos cañones que ellos mismos habían construido. Se llevó uno de ellos a un sitio alto que dominaba el cuartel general del Amir. Un obús alcanzó su carpa e hirió mortalmente a su caballo. Mientras tanto el enemigo dirigía su fuego, con creciente furia, sobre el fuerte y habían logrado dar muerte a un número bastante elevado de sus ocupantes.

A medida que transcurrían los días, se hacía cada vez más evidente que las fuerzas bajo el mando del Amir-Túmán, a pesar de su gran superioridad numérica, de equipo y de entrenamiento, no podían alcanzar la victoria que habían previsto. La muerte de Farrukh Khán, hijo del Yahyá Khán y hermano de Hájí Sulaymán Khán, uno de los generales del ejército del enemigo, provocó la indignación del Amir-Nizám, quien dirigió un mensaje furibundo al comandante, reprendiéndolo por su fracaso en obligar a los sitiados a rendirse incondicionalmente. "Usted ha manchado el buen nombre de nuestro país", le escribió, "ha desmoralizado al ejército y ha despilfarrado las vidas de sus oficiales más capacitados". Se le pidió que impusiera la más severa disciplina a sus subalternos y que limpiara su campamento de toda inmoralidad y vicio. Además se le encareció que se reuniera en consejo con los jefes del pueblo de Zanján y se le advirtió que, si fracasara en lograr su propósito, perdería su puesto. "Si sus fuerzas combinadas", agregó, "no son capaces de forzarlos a la sumisión, yo mismo iré a Zanján y ordenaré una masacre general de sus habitantes sin tomar en cuenta su posición o creencia. Una ciudad que puede traer tanta

humillación al Sháh y sufrimiento a su pueblo no merece la clemencia de su soberano".

Frenético de desesperación, el Amir-Túmán convocó a los jefes y kad-khudás del pueblo, les mostró el texto de aquella carta y, mediante sus exhortaciones, logró moverlos a la acción inmediata. Al día siguiente todos los hombres condiciones de hacerlo se habían alistado bajo el estandarte del Amir-Túmán. Dirigidos por los kad-khudás y precedidos por cuatro regimientos, una vasta multitud marchó, al son de las trompetas y el redoble de los tambores, en dirección al fuerte. Sin asustarse por el ruido que hacían, los compañeros de Hujjat gritaron simultáneamente la consigna de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!", salieron por las puertas y como un torrente se lanzaron sobre ellos. Ese encuentro fue el más feroz y desesperado que se había experimentado hasta entonces. La flor de los adeptos de Hujjat cayó ese día, víctimas de una matanza despiadada. Más de un hijo fue sacrificado cruelmente a la vista de su madre, mientras que hermanas observaban, horrorizadas, las cabezas de sus hermanos sobre las puntas de las lanzas, horriblemente desfiguradas por las armas del enemigo. En medio del tumulto en que el ruidoso entusiasmo de los compañeros de Hujjat se afrontaba a la furia y barbarie del exasperado enemigo, se podían oír, de tiempo en tiempo, las voces de las mujeres que luchaban lado a lado de los hombres, estimulando el esfuerzo de sus condiscípulos. La victoria que se ganó milagrosamente aquel día se debió, en gran medida, a los gritos de entusiasmo de aquellas mujeres al enfrentarse con un poderoso enemigo, gritos que adquirieron mayor realce por sus acciones de heroísmo y auto-sacrificio. Disfrazadas como hombres, algunas se adelantaron ansiosas de reemplazar a sus compañeros caídos, mientras a las demás se las vio llevando odres con agua, con el que procuraban saciar la sed y reanimar el vigor de los heridos. Entretanto la confusión reinaba en el campo del enemigo. Sin agua, desalentados por las deserciones en sus filas, libraban una batalla perdida, imposibilitados para retroceder y sin fuerza para conquistar. No menos de trescientos compañeros libraron, en ese día, la copa del martirio.

Uno de los adeptos de Hujjat, un hombre llamado Muhsin, tenía la responsabilidad de proclamar el adhán[38]. Su voz era de tal riqueza y de tono tan cálido que no había hombre en las vecindades que lo pudiera igualar. Su reverberación, al llamar a los fieles a la oración, se podía oír claramente en las aldeas vecinas, y afectaba el corazón de quienes la oían. Con frecuencia los devotos de aquellas vecindades, en cuyos oídos vibraba la voz de Muhsin, expresaron su indignación ante los cargos de herejía que se imputaban a Hujjat y sus compañeros. Tan intensas se hicieron sus protestas que eventualmente llegaron a oídos del principal mujtahid de Zanján quien, incapaz de imponerles

silencio, imploró al Amir-Túmán que buscara algún medio de extirpar de las mentes del pueblo la creencia de la piedad y rectitud de Hujjat y sus compañeros. "Día y noche", dijo, quejándose, "trato de inculcar en las mentes del pueblo, tanto en mis conferencias públicas como en conversación privada, la convicción que esa maldita banda es enemiga jurada del Profeta y destructora de Su Fe. La voz de aquel hombre malvado, Muhsin, priva a mis palabras de su influencia y anula mis esfuerzos. Exterminar a ese miserable es, sin lugar a dudas, vuestra primera obligación".

Al principio el Amir rehusó prestar atención a su ruego. "Usted y sus semejantes", replicó, "son responsables de haber declarado que era necesario librar la guerra santa contra ellos. Nosotros no somos sino los servidores del gobierno y nuestra obligación es obedecer las órdenes que recibimos. Sin embargo, si usted quiere poner fin a su vida, debería estar preparado a hacer el sacrificio necesario". El siyyid comprendió inmediatamente el propósito de la alusión del Amir. Apenas regresó a su hogar, le envió, por intermedio de un mensajero, un obsequio de cien tumanes[39].

Inmediatamente el Amir ordenó a un grupo de sus soldados, famosos por su buena puntería, que acecharan a Muhsin y le dieran muerte durante la oración. Era la hora del amanecer cuando, al levantar la voz diciendo "La Iláh-a-Illa'lláh"[40], recibió un balazo en la boca que lo mató instantáneamente. En cuanto Hujjat supo de aquella cruel acción, ordenó a otro de sus compañeros que subiera a la torre y prosiguiera con la oración desde el punto en que lo había abandonado Muhsin. Aún cuando su vida fue respetada hasta el término de las hostilidades, él, junto con otros de sus compañeros, sufrió eventualmente una muerte no menos atroz que la de su condiscípulo.

A medida que se acercaban a su fin los días de asedio, Hujjat urgió a todos aquellos que estaban comprometidos que celebraran sus nupcias. Para cada joven soltero de entre los sitiados, eligió esposa y, dentro de los medios a su disposición, proporcionó de sus propios recursos todo lo que podía contribuir a la comodidad y felicidad de los recién casados, vendió todas las joyas que poseía su esposa y, con el dinero, proveyó todo aquello que era posible obtener para contribuir al bienestar y felicidad de los que había unido en matrimonio. Estas festividades se prolongaron por más de tres meses, festividades que se alternaban con los terrores y sufrimientos de un asedio prolongado. ¡Cuán a menudo era ahogado el grito de alegría con que se daban la bienvenida la novia y el novio, por el clamor del enemigo que avanzaba! ¡Cuán a menudo cedía la voz de la alegría ante el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!", que llamaba a los fieles a levantarse y rechazar al invasor! ¡Con cuanta ternura rogaba la novia al novio que

permaneciera un instante más a su lado antes de precipitarse en busca de la corona del martirio! "No puedo", contestaba. "Debo apresurarme en busca de la corona de la gloria. Sin lugar a dudas nos encontraremos nuevamente en las playas del gran Más Allá, el hogar de feliz y eterna reunión".

No menos de doscientos jóvenes fueron unidos en matrimonio durante esos días turbulentos. Algunos pudieron permanecer un mes, otros algunos días y, finalmente otros instantes, en compañía de sus esposas; ni uno sólo de ellos, al sonar el tambor que anunciaba la hora de su partida, fracasó en responder con júbilo al llamado. Todos y cada uno de ellos se ofreció con agrado como sacrificio por su verdadero Bienamado; todos bebieron, a su tiempo, la copa del martirio. No es de extrañar, entonces, que el lugar que ha sido teatro de incontables sufrimientos y tanto heroísmo fuera designado Ard-i-A'lá[44] por el Báb, título que para siempre ha quedado relacionado con Su propio nombre bendito.

Entre los compañeros de Hujjat había un cierto Karbilá'í ‘Abdu'l-Báqí, padre de siete hijos, cinco de los cuales fueron unidos en matrimonio. Apenas había terminado la ceremonia nupcial cuando gritos de terror anunciaron repentinamente la iniciación de una nueva ofensiva. Se levantaron de un brinco y, dejando a sus amadas, salieron corriendo a rechazar al invasor. Los cinco cayeron, uno tras otro, durante ese encuentro. El mayor de ellos, un joven muy querido por su inteligencia y de gran valentía, fue capturado y conducido a la presencia del Amir-Túmán. "Échenlo sobre el suelo", dijo el enfurecido Amir, "y prendan sobre su pecho, que osó alimentar tal afecto por Hujjat, un fuego que lo consuma". "Hombre desgraciado", dijo aquél valiente joven, "no hay llama que puedan encender las manos de tus hombres que pueda destruir el afecto que arde en mi pecho". Hasta el último instante de su vida siguió murmurando alabanzas a su Bienamado.

Entre las mujeres que se distinguieron por la tenacidad de su fe se encontraba una llamada Umm-i-Ashraf[45], quien hacía poco se había casado cuando estalló la tormenta de Zanján. Se encontraba en el interior del fuerte cuando dio a luz su hijo Ashraf. Tanto la madre como el hijo sobrevivieron a la masacre que marcó las etapas finales de esa tragedia. Años más tarde, cuando su hijo había crecido hasta llegar a ser un joven prometedor, se vio envuelto en las persecuciones que afectaron a sus hermanos. Al no poder hacerle retractarse, sus enemigos trataron de alarmar a su madre y de convencerla de la necesidad de salvarlo, antes de que fuera demasiado tarde. "No te reconoceré como mi hijo", dijo su madre cuando la pusieron frente a él, "si prestas atención a sus malvadas palabras y permites que te desvíen del sendero de la Verdad". Fiel a las admoniciones de su madre,

Ashraf afrontó la muerte con intrépida serenidad. Aún cuando ella misma atestiguó las crueldades infligidas a su hijo, no se lamentó ni derramó una sola lágrima. Esta madre maravillosa mostró una valentía y fortaleza que asombró a los que perpetraron aquella vergonzosa acción. "Tengo en mi mente en este instante", dijo al dar la última mirada al cadáver de su hijo, "la promesa que hice el día de tu nacimiento, mientras estaba en el sitio del fuerte ‘Alí-Mardán Khán. Me siento feliz de que tú, el único hijo que Dios me dio me hayas permitido cumplir mi promesa".

Mi pluma es incapaz de describir, mucho menos rendirle adecuado tributo, al enorme entusiasmo que brillaba en aquellos corazones valientes. Por violentos que fueran los vendavales de la adversidad, no tenían poder para extinguir su llama. Las mujeres y los hombres trabajaban con incesante fervor para fortalecer las defensas del fuerte y reconstruir lo que el enemigo había demolido. Los pocos ratos de ocio de que disponían los dedicaban a la oración. Todo pensamiento, todo deseo, se encontraba subordinado a la necesidad predominante de defender su fortaleza contra los ataques del enemigo. La parte que desempeñaron las mujeres en estas operaciones no era menos ardua que la de los hombres. Toda mujer, sin tomar en cuenta su rango o edad, participó con energía en la tarea común. Cosían la ropa, cocinaban pan, cuidaban de los enfermos y heridos, reparaban las barricadas, sacaban de las torres y patios los obuses y proyectiles lanzados por el enemigo y, en último término, pero no por eso menos importante, animaban a los que desfallecían y fortalecían la fe de los vacilantes[46]. Aún los niños participaron en dar toda la ayuda que les era posible para la causa común y parecían tener un entusiasmo no menos extraordinario que el mostrado por sus padres y madres.

Tal era el espíritu de solidaridad que caracterizó su trabajo, y tal el heroísmo de sus acciones, que el enemigo llegó a creer que su número alcanzaba los diez mil. Era generalmente aceptado que una provisión ininterrumpida de alimentos llegaba, de alguna manera desconocida, al fuerte y que nuevos refuerzos eran enviados continuamente de Nayríz, Khurásán y Tabríz. El poder de los sitiados parecía tan inquebrantable como nunca y sus recursos inagotables.

El Amir-Túmán, exasperado por su indomable tenacidad y aguijoneado por las censuras y protestas de las autoridades en Teherán, decidió recurrir a las abyectas armas de la traición para obtener la completa sumisión de los sitiados[47]. Firmemente convencido de lo inútil de sus esfuerzos para hacer frente a sus adversarios honorablemente en el campo de batalla, astutamente ordenó que se suspendieran las hostilidades e hizo circular el rumor de que el Sháh había decidido abandonar la empresa. Hizo aparecer a su soberano como desaprobando,

desde la partida, la idea de dar apoyo a las fuerzas que peleaban en Mázindarán y Nayríz y deplorando el derramamiento de tanta sangre por causa tan insignificante. La gente de Zanján y las aldeas circundantes llegaron a creer que, en efecto, Násiri'd-Dín Sháh había ordenado al Amir-Túmán que negociara un acuerdo amistoso sobre las diferencias con Hujjat y que era su intención poner fin, lo más rápidamente posible, a este infeliz estado de cosas.

Una vez seguro de que la gente había sido engañada por su astuto plan, hizo un llamado a la paz en que aseguró a Hujjat de la sinceridad de su intención de llegar a un arreglo definitivo con él y sus adeptos. Acompañó esa declaración con una copia sellada del Corán, como testimonio de lo sagrado de su palabra. "Mi soberano", agregó, "les ha perdonado. Usted, así como sus adeptos", declaró solemnemente, "se encuentran bajo la protección de su Majestad Imperial. Este Libro de Dios es mi testigo que si alguno de ustedes decide salir del fuerte, estará fuera de todo peligro".

Hujjat recibió con reverencia el Corán de manos del mensajero y, en cuanto leyó el llamado, pidió al que lo traía que informara a su amo que enviaría una respuesta durante el día siguiente. Aquella noche reunió a sus principales compañeros y les habló de las dudas que sentía sobre la sinceridad de las declaraciones del enemigo. "Las traiciones de Mázindarán y Nayríz viven aún en nuestras mentes. Aquello que hicieron con ellos, piensan perpetrar igualmente contra nosotros. Sin embargo, en deferencia al Corán, responderemos a su invitación y enviaremos a su campamento cierto número de nuestros compañeros, para que de este modo sea expuesto su engaño".

He oído a Ustád Mihr-'Alíy-i-Haddád, quien sobrevivió a la masacre de Zanján, relatar lo siguiente: "Yo era uno de los nueve niños, ninguno de los cuales tenía más de diez años en aquel entonces, que acompañaron la delegación enviada por Hujjat al Amir-Túmán. Los demás eran hombres de más de ochenta años. Entre ellos se encontraba Karbilá'í Mawlá-Qulí-Áqá-Dádásh, Darvísh-Saláh, Muhammad-Rahím y Muhammad. Darvísh-Saláh tenía una figura impresionante, de alta estatura, barba blanca y de singular belleza. Era muy estimado por su conducta honorable y justa. Sus intervenciones en favor de los oprimidos siempre eran tomadas en cuenta por las autoridades afectadas. Después de su conversión, renunció a todos los honores que había recibido y, a pesar de su avanzada edad, se enroló entre los defensores del fuerte. Marchaba delante de nosotros llevando en sus manos el Corán con el sello cuando fuimos conducidos a la presencia del Amir-Túmán".

"Al llegar a su tienda, permanecimos de pie a la entrada en espera de sus órdenes. No respondió a nuestro saludo y nos trató con extraordinario desprecio.

Nos hizo esperar de pie durante media hora antes de dignarse hablarnos en tono de severo reproche. "Jamás se ha visto", dijo con despreciativa altivez, "gente más ruin y desvergonzada que ustedes". Había lanzado sobre nosotros esta denuncia cuando uno de los compañeros, el más anciano y débil de entre ellos, pidió que le permitiera decirle algunas palabras y, al obtener su consentimiento, habló, a pesar de no tener instrucción, de modo que no pudimos dejar de sentir gran admiración. "Dios sabe", dijo, "que somos y siempre seremos, súbditos leales y respetuosos de la ley y de nuestro soberano, sin otro deseo que el promover los verdaderos intereses del gobierno y del pueblo. Nuestros enemigos han tergiversado nuestros propósitos. Ni uno solo de los representantes del Sháh se inclinó a protegernos y ofrecernos su amistad; no encontramos a nadie que defendiera nuestra Causa ante él. Apelamos a él en repetidas ocasiones, pero no prestó atención a nuestros ruegos e hizo oídos sordos a nuestra llamada. Nuestros enemigos, envalentonados por la indiferencia que caracterizaba la actitud de las autoridades gobernantes, nos asaltaron desde todas direcciones, saquearon nuestra propiedad, violaron el honor de nuestras mujeres e hijas, y capturaron a nuestros pequeños. Sin que nuestro gobierno nos defendiera y rodeados por nuestros enemigos, nos vimos obligados a defender nuestras vidas".

El Amir-Túmán se volvió a su lugarteniente y le preguntó qué acción aconsejaba tomar". "No se", agregó el Amir, "qué respuesta dar a este hombre. Si en mi corazón fuera religioso, abrazaría sin vacilaciones, su Causa", "nada sino el sable", dijo el lugarteniente, "nos librará de la abominación de este herejía". "Todavía llevo en mis manos", dijo Darvísh-Saláh, "el Corán y llevo la declaración que usted, por su propia iniciativa, decidió hacer. ¿Son estas palabras que acabamos de oír la recompensa por haber respondido a su llamado?".

"El Amir-Túmán, en un acceso de rabia, ordenó que le arrancaran la barba a Darvísh-Saláh y que tanto él como los que lo acompañaban, fueran encerrados en un calabozo. Los demás niños y yo nos asustamos y tratamos de escapar. Al grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" corrimos en dirección a las barricadas. A algunos los alcanzaron y apresaron. Mientras huía, un hombre que me perseguía me agarró de la ropa: Logré zafarme y pude llegar a la puerta que llevaba al fuerte, completamente exhausto. Cuán grande fue mi sorpresa cuando vi a uno de los compañeros, un hombre llamado Imán-Qulí, sometido a salvajes mutilaciones por el enemigo. Me sentí horrorizado al ver esa escena ya que sabía que ese mismo día se había hecho la más solemne promesa que no se cometería ningún acto de violencia. Pronto se me informó que la víctima había sido traicionada por su hermano quien, con el pretexto que deseaba hablarle, lo había entregado a sus perseguidores.

"Fui inmediatamente donde Hujjat quien me recibió afectuosamente y, limpiando el polvo de mi cara, me puso ropa limpia y me invitó a sentarme a su lado, pidiéndome que le relatara la suerte de sus compañeros. Le describí todo lo que había visto. "Es el tumulto del Día del Juicio", explicó, "tumulto como el que el mundo jamás ha visto. Este es el Día en que el 'hombre huirá de su hermano, su madre y su padre, y de su mujer y sus hijos'[48]. Este es el Día en que el hombre, no conforme con haber abandonado a su hermano, sacrifica sus bienes con el objeto de derramar la sangre de su pariente más cercano. Este es el Día en que 'toda mujer que amamanta abandonará a su bebé; y toda mujer encinta abortará. ¡Y veréis hombres ebrios, sin embargo no están ebrios; sino es el gran castigo de Dios!'"[49].

Sentándose en medio del maydán[50], Hujjat reunió a sus adeptos. Una vez que estaban todos, se puso de pie y, con la cabeza erguida, les dijo las siguientes palabras: "Estoy muy conforme con sus incesantes esfuerzos, mis queridos compañeros. Nuestros enemigos están empeñados en nuestra destrucción. No tienen otro deseo. Su intención era engañarlos para que salieran del fuerte y luego matarlos sin misericordia. Al encontrar que su traición fue descubierta, en su ira, han maltratado y encarcelado a los más ancianos y más jóvenes de ustedes. Es evidente que hasta que capturen este fuerte y los dispersen a ustedes no depondrán sus armas ni dejarán de perseguirnos. Si ustedes siguen en este fuerte, caerán prisioneros eventualmente y el enemigo, sin lugar a dudas, infligirá deshonra a sus mujeres y dará muerte a sus niños. Por lo tanto, sería mejor que huyeran en medio de la noche con sus mujeres y sus niños. Que cada cual busque un lugar seguro hasta que haya desaparecido esta tiranía. Yo permaneceré solo para enfrentarme con el enemigo. Es mejor que mi muerte sacie su sed de venganza y que no mueran todos ustedes".

Los compañeros se sintieron profundamente conmovidos y, con lágrimas en los ojos, declararon su firme resolución de permanecer a su lado hasta el fin. "No podemos consentir jamás", exclamaron, "abandonarte a la misericordia de un enemigo asesino! Nuestras vidas no son más preciosas que la tuya, como tampoco nuestras familias son de estirpe más noble que tus familiares. Cualquier calamidad que pueda sobrevenirte, le daremos también la bienvenida".

Todos, con excepción de unos pocos, permanecieron fieles a su promesa. Estos, incapaces de soportar las crecientes dificultades de un sitio prolongado, y estimulados por el consejo de Hujjat, se trasladaron a lugar seguro fuera del fuerte, separándose de este modo del resto de los compañeros.

Impulsado a una resolución desesperada, el Amir-Túmán ordenó que todos los hombres de Zanján, que estuvieran en condiciones de luchar, se reunieran en su

campamento, listos para recibir sus órdenes. Reorganizó las fuerzas de sus regimientos, nombró sus oficiales y sumó a ellos la hueste de nuevos reclutas que se habían reunido en el pueblo. Tenía bajo sus órdenes a no menos de dieciséis regimientos, cada uno equipado con diez cañones, a los que dirigió contra el fuerte. A ocho de estos regimientos los hizo atacar al fuerte antes del mediodía, después de lo cual los ocho restantes los reemplazaban en la ofensiva, hasta el atardecer. El Amir entró personalmente al campo de batalla y se le podía ver todos los días, poco antes del mediodía, dirigiendo los esfuerzos de sus huestes, asegurándoles de la recompensa que recibirían si tenían éxito y advirtiéndoles del castigo que, en caso de fracasar, les infligiría el soberano.

El asedio se prolongó durante todo un mes. No conforme con los ataques de día, en varias ocasiones el enemigo los atacó de noche también. La intensidad de los ataques, y su rápida sucesión, diezmó las filas de los compañeros y aumentaron la angustia de su situación. El enemigo recibía refuerzos constantemente mientras que los sitiados languidecían en estado de gran miseria y hambre[51].

Mientras tanto el Amir-Nizám resolvió fortalecer el poder del Amir-Túmán asignándole a Hasan-‘Alí Khán-i-Karrúsí, quién recibió orden de marchar, al mando de dos regimientos sunní, a Zanján. Su llegada fue la señal para la concentración de toda la artillería del enemigo sobre el fuerte. Un bombardeo tremendo amenazó destruir totalmente su estructura. Duró varios días, a pesar de lo cual la fortaleza resistió no obstante la intensidad del fuego. Los amigos de Hujjat desplegaron, durante esos días, una valentía y destreza que se vieron obligados a admirar, hasta sus más enconados enemigos.

Cierto día, mientras proseguía el bombardeo, una bala hirió a Hujjat en el brazo derecho mientras practicaba sus abluciones. Aún cuando ordenó a su sirviente que no dijera nada a su mujer, éste sintió tan grande pesar que no pudo ocultar sus emociones. Sus lágrimas delataron su pena y, en cuanto la mujer de Hujjat supo de la herida sufrida por su marido, fue corriendo donde él y lo encontró absorto en oración, en un estado de perfecta tranquilidad. A pesar que su herida sangraba profusamente, su rostro conservaba una expresión de absoluta confianza. "Perdona a esta gente, ¡oh Dios!", se le oyó decir, "porque no saben lo que hacen. Ten misericordia de ellos, porque los que los han conducido por mal camino son los únicos responsables de las malas acciones cometidas por las manos de esta gente".

Hujjat trató de tranquilizar a su mujer y parientes que estaban profundamente agitados por el espectáculo de la sangre que cubría su cuerpo. "¡Regocijaos!", les dijo, "porque todavía estoy con vosotros y deseo que estéis resignados

completamente a la voluntad de Dios. Lo que veis ahora no es sino una gota al lado del océano de aflicciones que se derramarán a la hora de mi muerte. Cualquiera que sea Su decreto, es nuestro deber someternos e inclinarnos ante Su voluntad".

Apenas supieron los compañeros que había sufrido una herida, dejaron a un lado sus armas y se apresuraron en ir donde estaba. Entretanto, el enemigo se aprovechó de esta ausencia momentánea de sus adversarios, redoblaron sus ataques contra el fuerte y pudieron forzar el paso a través del portón[52]. Ese día capturaron a no menos de cien mujeres y niños y saquearon todas sus posesiones. A pesar de la severidad del invierno, dejaron a sus prisioneros a la intemperie por no menos de quince días y noches, expuestos a un frío como se había sentido pocas veces en Zanján. Vestidos con ropas sumamente delgadas, sin nada para cubrirse, los abandonaron a campo abierto sin alimentos ni agua. Su única protección era una gasa que cubría sus cabezas con la que trataron en vano de proteger sus caras del viento helado que soplaba sin misericordia sobre ellos. Multitud de mujeres, la mayoría inferiores a ellas en rango social, vinieron de diversos sectores de Zanján al escenario de su sufrimiento y las cubrieron de invectivas y las ridiculizaron. "Ya han encontrado su Dios", exclamaron con desprecio, bailando a su alrededor, "y el las ha recompensado con abundancia". Escupieron en sus caras y les dirigieron toda clase de insultos.

La captura del fuerte, aún cuando robó a los compañeros de Hujjat de su principal instrumento de confianza, no logró romper su espíritu ni desanimarlos en sus esfuerzos. El enemigo saqueó toda la propiedad que cayó en sus manos y capturaron a aquellas mujeres y niños que habían quedado indefensas. Los demás compañeros, así como las mujeres y niños que quedaban, se refugiaron en las casas vecinas a la residencia de Hujjat. Fueron divididos en cinco compañías, cada una de diecinueve veces diecinueve compañeros. De cada una de estas compañías, diecinueve salían corriendo a la vez y, proclamando en un sola voz el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" se lanzaban sobre el enemigo y lograban dispersar sus fuerzas. Las voces de estos noventa y cinco compañeros eran, de por sí, suficientes para paralizar los esfuerzos y aniquilar el espíritu de sus atacantes.

Este estado de cosas se prolongó durante algunos días y trajo humillación y pérdidas a un enemigo que creía estar a punto de conquistar una completa victoria. Muchos murieron durante estos encuentros. Los oficiales, para desesperación de sus superiores, comenzaban a abandonar sus puestos, los capitanes de artillería abandonaban sus cañones mientras que la tropa se hallaba desmoralizada y exhausta. El Amir-Túmán mismo estaba cansado de las medidas

coercitivas que se había visto obligado a usar para mantener la disciplina de sus hombres y conservar incólume su eficiencia y vigor. Una vez más se vio obligado a llamar en consejo a los oficiales que le quedaban, para encontrar un remedio desesperado a una situación sumamente peligrosa para su propia vida así como para la de los habitantes de Zanján. "Estoy cansado", dijo, "de la terca resistencia de esta gente. Es evidente que los anima un espíritu que no pueden manifestar nuestros hombres, no importa cuánto los estimula nuestro soberano. Seguramente no hay nadie en nuestras filas que pueda manifestar resignación. No hay poder alguno a que yo pueda echar mano que pueda sacar a mis hombres del lodazal de la desesperación en que ha caído. Estos soldados se consideran condenados a eterna maldición, no importa si triunfan o fracasan".

Sus deliberaciones llevaron a la decisión de excavar un pasaje subterráneo desde su campamento a un lugar debajo del sector en que se hallaban situadas las moradas en que se encontraban los adeptos de Hujjat. Su intención era hacer volar esas casas y obligarlos a rendirse incondicionalmente por este medio. Trabajaron durante todo un mes en llenar estos pasajes subterráneos con toda clase de explosivos y, al mismo tiempo, siguieron demoliendo con diabólica crueldad las casas que quedaban en pie. Con el deseo de acelerar la tarea de destrucción, el Amir-Túmán ordenó a los oficiales a cargo de la artillería que dirigieran su fuego contra la residencia de Hujjat, ya que las casas que se interponían entre ese edificio y el campamento del enemigo habían sido demolidas y ya no había obstáculo para su destrucción.

Una parte de la morada ya se había derrumbado cuando Hujjat, quien aún vivía en su interior, se volvió a su mujer Khadíjih, quien tenía en sus brazos a Hádí, su bebé, y le advirtió que se acercaba rápidamente el día en que tanto ella como el niño podían caer prisioneros y le pidió que estuviera preparada para ese día. Estaba dando rienda suelta a su angustia cuando una bala de cañón hizo blanco en la pieza que ocupaba y la mató instantáneamente. Su bebé, que estaba en sus brazos, cayó en el brasero a su lado y murió de sus heridas poco después, en casa de Mírzá Abu'l-Qásim, el mujtahid de Zanján.

Profundamente apenado, Hujjat rehusó ceder ante su dolor. "El día en que encontré a Tu Bienamado, ¡oh mi Dios!", exclamó, "reconocí en El la Manifestación de Tu eterno Espíritu, previ los sufrimientos que padecería por Ti. Por grandes que han sido hasta el momento mis pesares, no se pueden comparar con las agonías que estaría dispuesto a sufrir por Tu nombre. ¿Cómo puedo comparar esta vida miserable mía, la pérdida de mi mujer y mi hijo, y el sacrificio de la banda de mis parientes y compañeros, con las bendiciones que el reconocimiento de Tu Manifestación me ha conferido? ¡Ojalá tuviera mil vidas y

que poseyera todas las riquezas de la tierra y su gloria, para que pudiera renunciar a todo libremente y con alegría en Tu sendero!".

La trágica pérdida sufrida por su amado jefe y la grave herida que él había recibido, apenó a los compañeros de Hujjat y los llenó de indignación. Decidieron hacer un último y audaz esfuerzo para vengar la sangre de sus hermanos muertos. Sin embargo Hujjat los disuadió de tal intento y les exhortó que no apresuraran el fin del conflicto. Les pidió que se resignaran a la voluntad de Dios y que permanecieran firmes y serenos hasta el fin, ni importa cuando viniera.

A medida que pasaba el tiempo, disminuyó su número y aumentaron sus sufrimientos, a la vez que disminuyó el área en que podían sentirse seguros. En la mañana del quinto día del mes de Rabí'u'l-Avval, en el año 1267 D.H.[53] Hujjat, que durante diecinueve días había estado sufriendo de severos dolores provocados por la herida de su brazo, se encontraba absorto en sus oraciones y se había postrado sobre su rostro, invocando el nombre del Báb, cuando repentinamente falleció.

Su muerte inesperada fue un severo golpe para sus familiares y compañeros. Su dolor ante el fallecimiento de un jefe tan capaz e inspirador, fue profundo; la pérdida, irreparable. Dos de sus compañeros, Dín-Muhammad-Vazír y Mír Ridáy-i-Sardár, emprendieron inmediatamente la tarea de enterrar sus restos en un lugar seguro, que ni sus familiares ni sus amigos sospecharan, antes de que el enemigo supiera de su muerte. A medianoche llevaron el cuerpo a una pieza que ocupaba Dín Muhammad Vazír y allí lo enterraron; luego demolieron la pieza para asegurar que los restos no fueran profanados y tuvieron mucho cuidado en mantener el secreto del lugar.

Inmediatamente después de la muerte de Hujjat, más de quinientas mujeres, que había sobrevivido aquella terrible tragedia, fueron reunidas en su casa. Sus compañeros, a pesar de la muerte de su jefe, siguieron enfrentando, con inquebrantable celo, las fuerzas atacantes. De la gran multitud que se había reunido bajo el estandarte de Hujjat, quedaban sólo doscientos hombres vigorosos; los demás o habían muerto, o estaban completamente incapacitados a causa de las heridas que habían recibido.

Al saber que había fallecido jefe tan capaz, el enemigo se reanimó y decidió barrer con lo que quedaba de las formidables fuerzas que habían sido incapaces de vencer. Lanzaron un ataque general más violento y decidido que cualquiera hasta entonces. Animados por el redoble de los tambores, el son de los clarines y los gritos de júbilo del populacho, se lanzaron contra los compañeros con ferocidad sin límites, resueltos a no descansar hasta haber aniquilado a toda la

compañía. Frente a este feroz ataque, los compañeros profirieron una vez más el grito de "¡Yá Sáhibu'z-Zamán!" y se lanzaron a seguir su heroico combate, sin atemorizarse, hasta que todos habían muerto o caído prisioneros.

Apenas se había terminado aquella masacre cuando se dio la señal de pillaje sin igual en su magnitud y ferocidad. Si el Amir-Túmán no hubiera dado orden de perdonar lo que quedaba de la casa de Hujjat y su propiedad, y de no perpetrar actos de violencia contra sus familiares, su ejército hubiera cometido acciones más abominables y rapaces. Su intención era informar las autoridades en Teherán y obtener de ellos el consejo que quisieran darle. Sin embargo, no pudo refrenar indefinidamente el espíritu de violencia que animaba a sus hombres. Los 'ulemas de Zanján, regocijados por la victoria que les había costado tanto esfuerzo y pérdida de vidas, y que había comprometido en grado sin precedentes su reputación y prestigio, trataron de incitar al populacho a cometer toda clase de ultraje contra la vida de los prisioneros varones y el honor de sus mujeres. Los centinelas que custodiaban la entrada a la casa en que había estado viviendo Hujjat fueron sacados de sus puestos a causa del tumulto general que sobrevino. El populacho se unió al ejército en el saqueo de la propiedad y el ataque a la persona de los pocos que sobrevivieron a esa lucha memorable. Ni el Amir-Túmán ni el gobierno pudieron disminuir la sed de saqueo y venganza que se había apoderado de todo el pueblo. En medio de la confusión general ya no existía ni orden ni disciplina.

El gobernador de la provincia pudo inducir a los oficiales del ejército, a pesar de todo, que reunieran a los prisioneros en casa de un tal Hájí Ghulám y que los custodiaran hasta recibir nuevas instrucciones de Teherán. Todos ellos fueron apiñados como ovejas en aquél lugar desagradable, expuestos al frío de un severo invierno. El emparedado en que los encerraron no tenía techo ni muebles. Durante algunos días se quedaron sin comer. Las mujeres fueron llevadas de allí a la casa de un mujtahid llamado Mírzá Abu'l-Qásim, con la esperanza que las induciría a retractarse, en recompensa de lo cuál se les ofrecía la libertad. Sin embargo, el avariento mujtahid había logrado, con la ayuda de sus mujeres, sus hermanas e hijas, apoderarse de todo lo que se les había permitido llevar con ellas; las habían sacado su ropa, les pusieron vestimentas harapientas y se apropiaron todos los objetos de valor que podían encontrar entre sus pertenencias.

Después de padecer sufrimientos indescriptibles, se permitió a estas prisioneras reunirse con sus parientes, bajo la condición que asumirían plena responsabilidad por su conducta futura. Las restantes fueron distribuidas por las aldeas vecinas cuyos habitantes, a diferencia de la gente de Zanján recibió a las recién llegadas y

les brindó una bienvenida genuina y afectuosa. Sin embargo, la familia de Hujjat fue retenida en Zanján hasta que llegaran instrucciones definitivas de Teherán.

En cuanto a los heridos, fueron puestos bajo custodia hasta que las autoridades de la capital dieran instrucciones de cómo debían ser tratados. Entretanto, la severidad del frío a que se vieron expuestos y las crueldades que padecieron fueron tales que a los pocos días todos habían muerto.

Los restantes prisioneros fueron entregados por el Amir-Túmán en manos de los regimientos Karrúsí, Khamsih e 'Iráqí con orden de que fueran ejecutados inmediatamente. Fueron llevados en procesión, con acompañamiento de tambores, y trompetas, al campamento en que se había establecido el ejército[54]. Todos estos regimientos se combinaron para aumentar el horror de las abominaciones perpetradas contra las pobres víctimas. Armados con lanzas y venablos, se lanzaron sobre setenta y seis compañeros que aún quedaban, horadando y mutilando sus cuerpos con un salvajismo que excedía las acciones más negras de los torturadores más refinados de su raza. El espíritu de venganza que dominaba a esos hombres bárbaros aquél día, no conocía límites. Los regimientos competían entre sí en cometer las más viles atrocidades que podían inventar sus mentes ingeniosas. Se estaban preparando para lanzarse una vez más sobre sus víctimas cuando un tal Hájí Muhammad-Husayn, padre de Abá-Basír, se puso de pie de un brinco y, proclamando la llamada del adhán[55], conmovió a la multitud que se había aglomerado alrededor suyo. Aún cuando apunto de morir, tal fue el fervor y majestad con que profirió las palabras "Alláh-u-Akbar"[56], que todo el regimiento iraquí proclamó inmediatamente que rehusaban seguir participando en acciones tan vergonzosas. Abandonando sus puestos y al grito de "¡Yá ‘Alí!", huyeron del lugar horrorizados y asqueados. "¡Maldito sea el Amir-Túmán!", se les oyó exclamar, al volver sus espaldas a aquella escena de sangre y horror. "Ese desgraciado nos engañó. Con diabólica persistencia trató de convencernos que esta gente era desleal al Imán ‘Alí y sus familiares. Nunca, aún cuando nos maten, consentiremos en ayudar a acciones tan criminales".

A algunos de estos prisioneros los dispararon de cañones; a otros los desnudaron, derramaron agua helada sobre sus cuerpos y fueron severamente azotados. A otros los cubrían de melaza y los dejaban morir en la nieve. A pesar de las vejaciones y crueldades que tuvieron que padecer, no se supo que ni uno sólo de estos prisioneros se hubiera retractado o hubiera dicho una sola palabra de enojo contra sus perseguidores. Ni siquiera se escapó de sus labios un susurro de disconformidad, como tampoco pudo verse en sus rostros expresión alguna de arrepentimiento o pena. Por muchas que fueran sus adversidades, éstas no

lograban oscurecer la luz que brillaba en sus caras; ninguna palabra, no importa cuan insultante, podía alterar la serenidad de sus rostros[57].

Los perseguidores apenas habían terminado su tarea cuando comenzaron a buscar el cuerpo de Hujjat, cuyo lugar de entierro había sido cuidadosamente ocultado por los compañeros. Ni las torturas más inhumanas habían podido inducirles a revelar ese lugar. El gobernador exasperado por el fracaso de su búsqueda, pidió que le trajeran el hijo de Hujjat, llamado Husayn, que tenía siete años de edad, para intentar inducirle a que revelara el secreto[58]. "Hijo mío", dijo, acariciándolo suavemente, "siento profundo pesar por todas las aflicciones que han sufrido tus padres. No yo, sino los mujtahids de Zanján, deben ser considerados responsables por las abominaciones que se han cometido. Ahora estoy dispuesto a dar a los restos de tu padre un entierro digno y deseo hacer reparaciones por las acciones vergonzosas cometidas en su contra". Mediante sus suaves insinuaciones logró obtener que el niño revelara el secreto e inmediatamente envió a sus hombres en busca del cuerpo. Apenas llegó a su poder el objeto que deseaba, ordenó que lo arrastraran, acompañado del sonido de los tambores y trompetas, por las calles de Zanján. Durante tres días y tres noches se cometieron barbaridades indescriptibles con el cuerpo que se encontraba expuesto a la vista del público en el maydán[59]. Se corrió la voz que, durante la tercera noche, un grupo de jinetes había logrado llevarse los restos del cuerpo a un lugar seguro en dirección a Qazvín. En cuanto a los parientes de Hujjat, llegaron órdenes de Teherán de conducirlos a Shíráz y entregarlos en manos del gobernador. Allí languidecieron en absoluta pobreza y miseria. Los pocos bienes que les quedaban se los apropió el gobernador y condenó a las víctimas de su rapacidad a buscar refugio en una casa arruinada y dilapidada. El hijo menor de Hujjat, Mihdí, murió a causa de las privaciones que tuvieron que sufrir él y sus familiares y fue enterrado en medio de las ruinas que le sirvieron de albergue.

Nueve años después de haber terminado esa lucha memorable, tuve el privilegio de visitar Zanján y ver los escenarios de aquella terrible carnicería. Vi con pesar y horror las ruinas del fuerte de ‘Alí-Mardán Khán, y caminé sobre la tierra que había sido saturada con la sangre de sus inmortales defensores. Pude ver en sus portones y murallas, huellas de la matanza que señaló su rendición al enemigo y pude descubrir sobre las piedras que habían servido de barricadas, algunas manchas de la sangre que había sido derramada tan profusamente en las vecindades.

En cuanto al número de los caídos durante esos encuentros, no se ha hecho aún ningún cálculo aproximado. Eran tantos los que participaron en esa lucha y el sitio que soportaron fue tan prolongado, que precisar sus nombres es una tarea

que vacilo en emprender. Una lista aproximada de aquellos nombres, que el lector haría bien en consultar, ha sido preparada por Ismu'lláhu'l-Mím y Ismu'lláhu'l-As‘ad. Son muchos y contradictorios los informes del número exacto de los que lucharon y cayeron bajo la bandera de Hujjat en Zanján. Algunos calculan que hubo mil mártires; según otros, eran más numerosos. He oído decir que uno de los compañeros de Hujjat que se preocupó de anotar los nombres de los que habían sufrido el martirio, había dejado una lista escrita en que computaba en mil quinientos noventa y ocho los caídos antes de la muerte de Hujjat, mientras que los que sufrieron martirio después se calcula eran doscientos dos en total.

El relato que acabo de hacer de los acontecimientos de Zanján lo debo, ante todo, a Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Tabíb-i-Zanjání, a Abá-Basír y a Siyyid Ashraf, todos mártires de la Fe, a cada uno de los cuales conocí íntimamente. El resto de mi relato se basa en un manuscrito que cierto Mullá Husayn-i-Zanjání escribió y envió a Bahá'u'lláh en el que anota toda la información que pudo obtener de diversas fuentes sobre los acontecimientos relacionados con ese episodio.

Lo que he relatado de la lucha de Mázindarán ha sido inspirado asimismo, en gran medida, por el relato escrito enviado a Tierra Santa por cierto Siyyid Abú-Tálib-i-Shahmírzádí, así como en un breve relato preparado aquí por uno de los creyentes llamado Mírzá Haydar-‘Alíy-i-Ardistání. Además, he averiguado ciertos hechos relacionados con esa lucha, de personas que participaron en ella tales como Mullá Muhammad-Sádiq-i-Muqaddas, Mullá Mírzá Muhammad-i-Furúghí y Hájí ‘Abdu'l Majíd, padre de Badí‘ y mártir de la Fe.

En cuanto a los hechos relacionados con la vida y acciones de Vahíd, he obtenido mi información sobre lo que aconteció en Yazd de Rida'r-Rúh, que era uno de sus compañeros íntimos. En cuanto a las últimas etapas de la lucha en Nayríz, mi relato se basa principalmente en la información que he podido obtener de un relato detallado enviado a la Tierra Santa por un creyente de ese pueblo llamado Mullá Shafí‘, quien investigó el asunto cuidadosamente y mandó un informe a Bahá'u'lláh. Cualquier hecho que mi pluma no ha dejado consignado, tengo la esperanza que será reunido y preservado para la posteridad por generaciones venideras. Son muchos los vacíos en mi narración, es justo confesarlo; por ellos pido disculpas a mis lectores. Es mi esperanza sincera que estos vacíos sean llenados por los que se levantarán después de mí y recopilarán un relato completo y digno de estos acontecimientos conmovedores, cuyo significado sólo podemos percibir vagamente ahora.

Notas

1.- Zanján es la capital del distrito de Khamsih. "Khamsih es una pequeña provincia al este de Kaflán-Kúh o Montaña del Tigre, entre 'Iráq y Ádhirbáyján. Su capital, Zanján, es una ciudad hermosa rodeada por murallones almenados reforzados por torres como todas las ciudades persas. Los habitantes son de raza turca y el lenguaje persa se habla rara vez a no ser por empleados del gobierno. El territorio circundante está sembrado por pequeñas aldeas que son bastante prósperas. Tribus poderosas las visitan, especialmente en el invierno y en la primavera" (Ídem pág. 191).

2.- "Ahora bien en esos años (D. H. 1266 y 1267) y en toda Persia, cayó fuego sobre el techo de las casas de los bábís y cada uno de ellos, no importa en qué aldea estuviera, era pasado por las armas por la más insignificante sospecha. Más de cuatro mil almas perdieron la vida y gran número de mujeres y niños faltos de protección o ayuda desorientados y confundidos, finalmente fueron subyugados y destruidos". (A Traveller's Narrative, pags. 47-48).

3.- "En aquella ciudad vivía un mujtahid llamado Mullá Muhammad-‘Alíy-i-Zanjání. Era nativo de Mázindarán y estudió bajo un maestro célebre, quien llevaba el título de Sharífu'l-‘Ulamá. Muhammad-‘Alí concentró su atención sobre la teología dogmática y la jurisprudencia, llegando a ser famoso. Los musulmanes afirman que en su función como mujtahid se mostró inquieto y turbulento. Ninguna cuestión jamás le pareció haber sido suficientemente estudiada ni debidamente resuelta. Sus fatvás repetidos desconcertaban la conciencia y confundían la práctica de los fieles. Ansioso por introducir cambios, nunca era tolerante en las discusiones ni mesurado en los debates. En ocasiones prolongaba sin razón el ayuno de Ramadán por motivos que nadie había aducido antes, en ocasiones modificaba el rito de la oración en forma bastante novedosa. Para los pacíficos resultaba indeseable y para los tradicionalistas odioso. Pero también se admite que había muchos que le seguían considerándolo como un santo, alababan su celo y depositaban su confianza en él. Un juez imparcial podía reconocer en él uno de esos Musulmanes que sólo lo son en apariencia y urgidos por una fe viva y un celo religiosos abundante para el que buscan ansiosamente un campo propicio. Su desgracia fue que encontró, o creyó encontrar, un uso natural para sus poderes derribando tradiciones cuya escasa significación no justificaba semejante trastorno". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pags. 191-192).

4.- 1812 - 13 D.C.

5.- "Entre los 'Ulemas de la ciudad se encontraba un hombre llamado Ákhund Mullá 'Adbu'r-Rahím, renombrado por su piedad. Tenía un hijo que vivía en Najaf y en Karbilá donde asistía a las clases del célebre Sharífu'l-‘Ulamáy-i-Mázindarání. Este joven era de espíritu inquieto y bastante impaciente con la estrechez del shí‘ismo". (A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 332).

6.- "A su regreso de Tierra Santa se detuvo en Hamadán donde los ciudadanos le dieron una cordial bienvenida y le encarecieron que se quedara". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 336).

7.- "Todos los 'ulemas de la ciudad vinieron a visitarle y al irse se mostraban preocupados por las pocas palabras que él había dicho y que revelaban una forma muy novedosa de pensar. En verdad, la actitud del recién llegado pronto probó a estos hombres piadosos que sus conjeturas tenían buen fundamento". (Ídem).

8.- "Había un caravanserai de tiempos del Sháh ‘Abbas que gradualmente se había transformado en un Síghih-khánih: con el fin de evitar quebranto de la ley shí‘ita un tal Mullá Dúst-Muhammad que había establecido allí su residencia bendecía las uniones transitorias entre las visitas varones y las pensionistas del establecimiento. Hujjatu'l-Islám -pues ese es el título que asumió nuestro héroe- ordenó que se clausurara la institución, casó a la mayoría de estas mujeres y obtuvo ocupación para las restantes en hogares honorables. También hizo azotar a un comerciante en vinos y ordenó que fuera destruida su casa". (Ídem., pags. 332-333).

9.- "Pero no se limitó a eso su actividad. Siempre preocupado por los problemas suscitados por una religión basada en hadíths que eran a menudo contradictorios, causó perplejidad en la conciencia de los fieles con extraños fatvás que trastornaban antiguas tradiciones. Es así como restauró el hadíth según el cual Muhammad, el Profeta habría dicho: "El mes de Ramadán siempre es lleno". Sin investigar el origen de aquella tradición y sin averiguar si aquellos quienes la habían transmitido eran dignos de confianza, ordenó que debiera ser obedecido literalmente induciendo así a quienes le escuchaban que ayunaran en el día Fitr, lo que se considera un pecado grave. También permitió que durante la oración las postraciones se hicieran descansando la cabeza sobre una piedra de cristal. Todas estas innovaciones le ganaron gran número de partidarios quienes admiraban su ciencia y su actividad; pero causaron enojo al clero oficial cuyo odio, acrecentado aún más por la inquietud, no conocía límites". (Ídem, pág. 333).

10.- "Hujjat vino y mediante la cortesía de su atrayente personalidad, pronto se conquistó a todos los que le conocían, incluso Su Majestad. Cierto día, cuenta una historia, se encontraba en el palacio del Sháh con varios de sus colegas cuando uno de ellos, un 'Ulema de Káshán, sacó un documento y pidió al rey que lo firmara. Era un decreto real que concedía ciertos estipendios. Hujjat se puso de pie y denunció amargamente a un clero que mendigaba pensiones del gobierno. Echó mano a los hadíths y al Corán para mostrar cuán vergonzosa era dicha práctica que había comenzado con los Báni-Umayyih. Sus colegas estaban fuera de sí de ira, pero el Sháh, muy contento con tanta franqueza, presentó a nuestro héroe un cayado y un anillo y le autorizó para que regresara a Zanján". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb pág. 3333-4).

11.- "Los habitantes de Zanján vinieron en multitud a encontrarle y ofrecieron en sacrificio bueyes, ovejas y gallinas. En el centro del cortejo había doce niños, cada uno de ellos de doce años de edad, con un pañuelo rojo atado al cuello, para demostrar que estaban dispuestos a sacrificar todo lo que tenían. Resultó una entrada triunfal". (Ídem. pág. 334).

12.- "Transformó a sus discípulos en modelos de virtud y templanza; en adelante los hombros saciaban su sed en la fuente de la vida espiritual. Ayunaban durante tres meses, alargaban sus oraciones agregando a ellas todos los días la innovación de Ja‘far-i-Tayya'r, hacían una vez al día sus abluciones con el agua de Qur (medida legal de pureza) y finalmente los viernes llenaban las mezquitas". (Ídem, pág. 334).

13.- "Finalmente pronunció en voz clara la oración del viernes que debe recitarse cuando llegue el Imán en lugar de la que se utiliza a diario. Después dio a conocer cierto número de los dichos del Báb y concluyó con las siguientes palabras: "La meta por la cual ha estado luchando el mundo ha llegado, libre de velos y obstáculos. El sol de la Verdad ha amanecido y las luces de la imaginación e imitación han sido extinguidas. Fijad vuestra mirada sobre el Báb y no sobre mí quien soy el más humilde de sus esclavos. Mi sabiduría en comparación con la suya es como una cerilla apagada ante el sol del mediodía. Conoced a Dios por Dios y al sol por sus rayos. He aquí, hoy ha aparecido el Sáhibu'z Zamán, el Sultán de las Posibilidades vive". No hay para que decir que estas palabras causaron profunda impresión en el auditorio. Casi todos aceptaron este mensaje y conversaban entre sí respecto a la verdadera naturaleza del Báb". (Idem. pág. 335).

14.- "La conversión de Mullá Muhammad-‘Alí y sus numerosos partidarios terminaron por hacer perder la paciencia al Imán-Jum‘ih y del Shaykhu'l-Islám. Escribieron cartas furibundas a Su Majestad quien respondió haciendo arrestar al culpable". (Idem. pág. 336).

15.- "Estuvo en Teherán hasta el día en que, después de la muerte de Muhammad Sháh, Násiri'd-Dín Mírzá, ahora Násiri'd-Dín Sháh, nombró como gobernador de Zanján a uno de sus tíos, Amir Arslán Khán Majdu'd-Dawlih, quien era Ishíq Ághásí del palacio". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 337).

16.- "Hizo una entrada triunfal en su ciudad natal. Ahora que él era un bábí se sumaron a sus antiguas amistades los creyentes en la nueva doctrina. Gran número de hombres, gente acaudalada y respetada, militares, comerciantes e incluso Mullás vinieron a su encuentro cuando se hallaba aún a la distancia de uno o dos jornadas y lo escoltaron a su casa, no como a un exilado que regresa, no como un suplicante que sólo busca el descanso ni tampoco como un rival lo suficientemente fuerte como para demandar respeto, sino que entró como un amo". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 193).

"El autor de Násikhu't-Taváríkh en persona reconoció que un buen número de ciudadanos de Zanján y entre ellos oficiales de alto rango, viajaron una distancia de dos jornadas para encontrarle. Fue recibido como un conquistador y muchas cabezas de ganado fueron sacrificadas en su honor. Ninguno de sus adversarios se atrevió a preguntar por qué había salido de Teherán para regresar a Zanján; el Islam sea vio puesto severamente a prueba ya que los zanjánís no vacilaron en predicar la nueva doctrina por toda la ciudad. El autor musulmán hace notar que los zanjánís era gente sencilla y por este motivo cayeron fácilmente en la trampa; contradiciéndose sin embargo, dice que sólo los pillos, los que ansiaban bienes terrenales y los impíos se congregaron alrededor del nuevo jefe. Sin embargo eran bastan te numerosos y de acuerdo con su relato alcanzaban quince mil, lo que parece ser una cifra algo exagerada". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pags. 337-338).

17.- "Majdu'd-Dawlih, el gobernador de la ciudad, quien era un hombre severo y cruel, se enfureció al ver el regreso de un personaje tan turbulento como Hujjat, por lo que ordenó que Muhammad Bik fuera azotado y que a Karbilá'í Valí le arrancaran la lengua". (Idem. pág. 337).

18.- Véase Glosario.

19.- Véase Glosario.

20.- "Al ver el espectáculo los musulmanes huyeron y el hombre herido fue cuidado por la tía de Mír Saláh en su propia casa". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 341).

21.- Mayo 16, 1850 D.C.

22.- "El gobernador y los 'ulemas escribieron informes a Su Majestad en los que se hacía evidente su temor y perplejidad. El Sháh quien apenas había terminado con la guerra en Mázindarán y furioso ante la idea de otra sedición en otra parte de su imperio y alentado por su hijo Sadr-i-A‘zam y los 'ulemas, quienes habían declarado la guerra santa dio órdenes de matar a los bábís y de saquear sus posesiones. Fue un viernes tres de Rajab que la orden llegó a Zanján". (Idem. pags. 342-342).

23.- "Todo era increíble confusión. Los musulmanes corrían desesperados de una a otra parte, buscando a sus esposas, sus hijos y sus bienes. Iban y venían como enloquecidos, anonadados, llorando sobre lo que tenían que abandonar. Las familias se dividían, los padres rechazaban a sus hijos, mujeres a sus maridos y niños a sus madres. Casas enteras quedaban desiertas a causa de la gran precipitación y el gobernador envió soldados a las aldeas vecinas para obtener nuevos reclutas para la guerra santa". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, pág. 342).

24.- "Los bábís por su parte, no se quedaron inactivos. Se organizaron para su propia protección. Hujjat les exhortaba que jamás atacaran pero que siempre se defendieran. "Hermanos", acostumbraba decirles, "no os avergoncéis de mí. No creáis que por se compañeros de el Sáhibu'z-Zamán debéis conquistar el mundo mediante la espada. Tomo a Dios por mi testigo; os matarán, os quemarán enviarán vuestras cabezas de pueblo en pueblo. La única victoria que os espera es sacrificaros vosotros mismos y a vuestras esposas y propiedades, Dios siempre ha decretado que en todas las edades la sangre de los creyentes ha de ser el aceite de la lámpara de la religión. Habéis oído relatar las torturas que soportaron los santos mártires de Mázindarán. Se les dio muerte porque afirmaron que el Mihdí prometido había llegado. Yo os digo, quienquiera no tenga la fortaleza para soportar semejante tortura, que se vaya al otro lado porque nosotros deberemos soportar el martirio. ¿No está acaso nuestro maestro en su poder? (Idem. pags. 342-343).

25.- "Imagínese el lector una ciudad persa. Las calles son angostas y miden cuatro o cinco y a lo sumo ocho pies de ancho. La superficie sin suelo tiene tantos hoyos que hay que andar con cautela para no romperse una pierna. Las casas, que carecen de ventanas hacia la calle, presentan a ambos costados murallas ininterrumpidas que por lo general alcanzan más o menos quince pies de altura sobre la cual hay una terraza sin baranda en ocasiones coronada por un bálá-Khánih o pabellón abierto que es, por lo general, un signo de una casa acaudalada. Todo esto está hecho de adobe o ladrillos cocinados al sol. Las columnas están hechas de ladrillos cocinados al horno. Este tipo, que es de venerable antigüedad y estaba en uso incluso en épocas antiquísimas en Mesopotamia, tiene muchas ventajas: es barata, es salubre, se adapta a planes modestos o pretenciosos; puede ser una casa pequeña o un palacio totalmente cubierto por mosaicos, pinturas brillantes y ornamentos de oro. Pero como es siempre el caso en este mundo tantas ventajas tienen su contraparte en la facilidad con que dichas habitaciones se desmoronan. No hace falta usar balas de cañón, la lluvia, si no se tiene cuidado, por sí sola basta. Es así como podemos visualizar estos lugares famosos cubiertos, de acuerdo con la tradición, por inmensas ciudades de las que

nada queda excepto las ruinas de templos y palacios y montículos dispersos sobre la llanura.

"En pocos años desaparecen distritos completos sin dejar huellas si no se hacen reparaciones constantes a las casas. Como todas las ciudades persas están construidas de acuerdo con el mismo plan y de los mismos materiales, es fácil imaginarse Zanján con sus murallas almenadas con elevadas torres, calles torcidas sin pavimento y llenas de surcos. En medio de estas se encontraba una ciudadela formidable llamada "Castillo de ‘Alí-Mardán Khán". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pags. 197-198).

26.- "Él (el gobernador de Zanján), temiendo por su propia seguridad, tomó de inmediato medidas para resguardar su autoridad y remitió a Mírzá Muhammad-Taqí Khán Amir-i-Kabír un relato pervertido del asunto; el temía que algún otro pudiera adquirir más influencia de la que tenía debilitándose en esta forma su autoridad y la consideración en que se le tenía. A consecuencia de sus informes, Siyyid ‘Alí Khán Teniente Coronel de Fírúz-Kúh recibió un mandato real que fuera con una fuerza numerosa de caballería e infantería a Zanján con el objeto de arrestar a Mullá Muhammad-‘Alí quien se había retirado con sus adeptos (casi cinco mi en total) al interior de la ciudadela. En cuanto llegó, Siyyid ‘Alí Khán sitió la ciudadela y es así como se encendió la llama de la lecha y el número de muertos en ambos bandos iba en aumento día a día hasta que finalmente sufrió una derrota ignominiosa y se vio obligado a solicitar refuerzos de la capital. El gobierno quiso enviar a Ja‘far-Qulí Khán, el teniente coronel y hermano de I‘timádu'd-Dawlih, pero él se excusó y dijo a Mírzá Taqí Khán Amir-Kabír: "Yo no soy un Ibn-i-Zíyád para ir a hacerle la guerra a un grupo de siyyid y hombres eruditos de cuyos principios nada se aún cuando estoy listo para ir a luchar contra los rusos, los judíos o contra otros infieles". Además de él, otros oficiales se mostraron poco dispuestos a participar en esta guerra. Otro de estos fue Mír Siyyid Husayn Khán de Fírúz-Kúh a quién Mírzá Taqí Khán destituyó y degradó en cuanto supo su forma de sentir. Es así como también muchos de los oficiales de la secta Alíyu'lláhís que fueron a la guerra se retiraron de ella cuando supieron más sobre el asunto. Su jefe les había prohibido luchar y por tanto huyeron. Porque está escrito en sus libros que cuando los soldados de Gúrán vengan a la capital del rey, entonces el Señor de la Época (a quien llama Dios) se manifestará; y esta profecía se había cumplido ahora. Ellos también poseen ciertos poemas en que se menciona la fecha de la Manifestación y estos también se cumplieron. Es por esto que estaban convencidos que esta era la Verdad que se había hecho manifiesta y pidieron que se les excusara de participar en la guerra, cosa que ellos declararon no poder hacer. Y a los Bábís ellos dijeron: "En futuros conflictos, cuando haya cobrado fuerza la estructura de vuestra religión, nosotros os ayudaremos". En resumen, cuando los oficiales y el ejército se dieron cuenta que sus adversarios sólo mostraban devoción, temor a Dios y piedad algunos vacilaron en secreto y no pusieron todo su empeño en la guerra". (El Tárikh-i-Jadíd, pags. 138-43).

27.- Según Gobineau (pág. 198), el era el nieto de Hájí Muhammad-Husayn Khán-i-Isfahání.

28.- "En el cuarto día los musulmanes vieron con gran alegría que Sadru'd-Dawlih, el nieto de Hájí Muhammad-Husayn Khán de Isfahán entraba en su sector de la ciudad a la cabeza de la caballería de las tribus de Khamsih. Durante varios días sucesivos llegaron refuerzos en

gran número. En primer lugar Siyyid ‘Alí Khán y Sháhbár Khán, uno de ellos de Fírúz-Kúh y el otro de Marághíh, cada uno con doscientos soldados de caballería de sus respectivas tribus. Después de ellos vino Muhammad-‘Alí Khán-i-Sháh-Sún con doscientos afshárs a caballo; cincuenta artilleros con dos cañones de campaña y dos morteros, de modo que el gobernador estaba provisto con toda la ayuda que pudiera haber deseado y estaba rodeado de buen número de jefes militares entre los que se encontraban algunos que eran famosos en todo el país". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale pags. 198-199).

Uno de los encuentros más terribles que se relatan en el diario del sitio fue el que aconteció el cinco de Ramadán. Mustafá Khán, Qájár, con el decimoquinto regimiento de Shigághí; Sadru'd-Dawlih con su caballería de Khamsih; Siyyid ‘Alí Khán de Fírúz-Kúh con su regimiento; Muhammad-‘Alí Khán con la caballería Afshár; Muhammad Áqá, el coronel, con el regimiento de Násir llamado el regimiento real; el mayor Nabí Big con su caballería y un destacamento constituido por ciudadanos leales de Zanján; todos estos hombres atacaron al amanecer las fortificaciones de los Bábís. La defensa de los Bábís fue magnífica pero desastrosa. Vieron caer a sus mejores jefes uno tras otro, jefes valientes y de verdad santos que no podían ser reemplazados: Núr-‘Alí el cazador; Bakhsh-‘Alí el carpintero; Khudádád y Fathu'lláh Big, todos ellos indispensables para obtener la victoria. Todos cayeron, algunos en la mañana y otros al atardecer". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 200).

29.- "He visto en Zanján las ruinas de ese feroz encuentro; sectores enteros de la ciudad aún no han sido reconstruidos y es probable que jamás lo sean. Algunos de los que participaron en la tragedia me han relatado sobre el terreno algunos incidentes: los Bábís ascendían y descendían las terrazas mientras llevaban sus cañones consigo. En ocasiones el piso de tierra, que no era muy firme, cedía y tenían que levantar el pesado cañón a fuerza de sus brazos y tenían que afirmar la tierra con vigas. Al acercarse el enemigo la multitud entusiasta rodeaba los cañones y todos los brazos se tendían para levantarlos y cuando alguno de los que los llevaban caía bajo las balas de los atacantes, cien compañeros competían unos con otros por el honor de reemplazarlos. No hay duda que esta era, verdadera fe!" (Idem. pags. 200-201).

30.- Corán, 86: 9.

31.- "Dios el grande".

32.- "Dios el Más Grande".

33.- "Dios el Más Bello".

34.- "Dios el Más Glorioso".

35.- "Dios el Más Puro".

36.- Según Gobineau (pág. 202) ‘Azíz Khán era "general en jefe de las tropas de Ádhirbáyján y luego primer ayudante de campo del rey. El estaba pasando por Zanján, en ruta a Tiflis, para congratular al gran duque, heredero de Rusia, con ocasión de su llegada al Cáucaso".

37.- Véase Glosario.

38.- "Muhammad Khán, que entonces era Biglíyirbigí y Mír-panj, o general de división, hoy Amir-Túmán, se unió a las tropas ya reclutadas en esta ciudad; les trajo tres mil hombres de los regimientos de Shigághí y algunos regimientos de guardias con seis cañones y dos morteros. Casi al mismo tiempo llegó Qásim Khán procedente de la frontera de Karabágh,

quién entró a Zanján desde otro sector y el mayor Arslán Khán con caballería de Khirghán y ‘Alí-Akbar, capitán de Khuy llegó con infantería. Todos ellos habían recibido órdenes del rey y se apresuraban a cumplir". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 201).

39.- Véase Glosario
40.- Véase Glosario
41.- Véase Glosario
42.- Véase Glosario
43.- No hay otro Dios sino Dios.
44.- "El Lugar Exaltado", título que el Báb dio a Zanján.
45.- "Madre de Ashráf".
46.- "La defensa desesperada de los Bábís no debe ser atribuida por lo tanto a la fuerza de la plaza que ocupaban sino más bien a la extraordinaria valentía con que se defendían. Incluso las mujeres participaban en la defensa y posteriormente oí decir por autoridades dignas de confianza que así como las mujeres de la antigua Cartago, se cortaban la larga cabellera y la amarraban alrededor de los cañones enloquecidos para darles el apoyo necesario". E. G. Browne: A Year Amongst the Persians pág. 74).
47.- "Sin lugar a dudas que la situación se volvía crítica para los musulmanes y parecía que nunca podrían vencer resistencia tan tenaz. Aún más, ¿para qué darse tanto trabajo? ¿Por qué poner en peligro sin ser ello necesario, las vidas -no de los soldados que eran solo carne de cañón- sino la de los oficiales y generales? ¿Para qué exponerse cada día al ridículo y a la derrota? ¿Por qué no seguir el ejemplo de Shaykh Tabarsí? ¿Por qué no recurrir al engaño? ¿Por qué no hacer las más sagradas promesas aún cuando sea necesario masacrar después a los ingenuos que habían depositado su confianza en ellas?" (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí-Muhammad did le Báb, pág. 350).
48.- Corán 80:34.
49.- Corán 22: 2.
50.- Véase Glosario.
51.- "Finalmente las amenazas de la corte, el estímulo y los refuerzos llegaron con tanta prisa y había tal desproporción entre los soldados y suministros entre los Bábís y sus adversarios que el resultado final se hacía evidente e inminente". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 203).
52.- "El regimiento de Karrús, bajo el mandato del jefe de la tribu, Hasan-‘Alí Khán (hoy ministro de París), se apoderó del fuerte ‘Alí -Mardán Khán: el cuarto regimiento entró por la fuerza en la casa de Áqá ‘Azíz, uno de los puntos fuertes de la ciudad y lo redujo a cenizas; el regimiento de guardias demolió con explosivos el caravanserai localizado cerca del portón de Hamadán; perdió un capitán y algunos soldados como consecuencia de la explosión, pero finalmente quedó en posesión del lugar". (Idem, pág. 203).
53.- Enero 8 1851 D.C.
54.- "Entonces Muhammad Khán Biglíyirbigí, Amir Arslán Khán y los restantes comandantes, aún cuando habían dado garantías bajo palabra de honor que respetarían las vidas de los bábís, los reunieron delante de las tropas al acompañamiento de tambores y trompetas y dieron órdenes a cien hombres, elegidos de diferentes regimientos, que se apoderaran de los prisioneros y los pusieran en una fila. Entonces se dio la orden de apuñalarlos con

bayonetas lo cual se hizo. Entonces los jefes bábís, Sulaymán el zapatero y Hájí Kázim. Giltúghi fueron despedazados disparándoles de la boca de morteros. Esta forma de ejecución fue inventada en Asia, pero fue practicada también por las tropas Británicas durante la revuelta en la India, con el refinamiento con que la ciencia e inteligencia europeas revisten todo lo que hacen, y consiste en amarrar a la víctima a la boca de un cañón cargado con pólvora. Cuando sobreviene la explosión la víctima queda hecha pedazos y el tamaño de éstos depende de la cantidad de pólvora utilizada.

"Terminada la ejecución, los prisioneros fueron clasificados nuevamente. Pusieron aparte a Mírzá Ridá, lugarteniente de Mullá Muhammad-'Alí, y en todos los que tenían alto rango o importancia y les pusieron cadenas en el cuello y grillos en las manos y pies. Entonces decidieron hacer caso omiso del mandato real y conducirlos a Teherán con el objeto de realzar su victoria. En cuanto a los pocos desafortunados que quedaron y cuya vida o muerte no tenía importancia para nadie, se les dejó abandonados y el ejército victorioso regresó a la capital, arrastrando consigo los prisioneros quienes iban a pie delante de los caballos de los generales victoriosos.

"En cuanto llegaron a Teherán el Amir Nizám, primer ministro, encontró que era necesario hacer un ejemplo de esta nueva ejecución. Mírzá Ridá, Hájí Muhammad-'Alí y Hájí Muhsin fueron condenados a que se les abriera las venas. Las tres víctimas oyeron la noticia sin mostrar la más mínima emoción; sin embargo ellos declararon que la falta de buena fe, de que eran culpables las autoridades, no era uno de aquellos crímenes que el Todopoderoso se conformaría con castigar en forma ordinaria; El exigiría un castigo más impresionante y extraordinario para los que perseguían a Sus santos. En consecuencia predijeron que el primer ministro pronto sufriría la misma forma de ejecución que estaba infligiendo sobre ellos.

"He oído referencias a esta profecía y no tengo la más mínima duda por un solo instante que aquellos quienes me informaron de ella estaban firmemente convencidos de su verdad. Sin embargo debo decir aquí que cuando me fue relatada habían pasado ya cuatro años desde que el Amir Nizám fue ejecutado en igual forma por decreto real. Lo único que puedo afirmar por lo tanto es que se me aseguró que la profecía había sido efectivamente hecha por los mártires de Zanján". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 207-209).

55.- Véase Glosario.

56.- "Dios es el Más Grande".

57.- "Terminada la ejecución, los espectadores invadieron el campo de muerte, algunos en busca del cuerpo de un amigo o con el fin de darle sepultura, otros movidos tan sólo por curiosidad mórbida. Se dice que un musulmán llamado Valí-Muhammad, encontró el cuerpo de uno de sus vecinos y notando que no estaba completamente muerto le llamó diciendo "soy su vecino Valí-Muhammad. Si necesita algo pídamelo". El otro indicó que tenía sed. De inmediato el musulmán trajo una enorme piedra y acercándose a su vecino dijo "Abre tu boca, te traigo agua". Mientras obedecía el moribundo, le trituró la cabeza con la piedra.

"Finalmente, el Biglíyirbigí partió hacia Teherán llevando con sigo cuarenta y cuatro prisioneros entre los que se encontraban el hijo de Mírzá Ridá, Hájí Muhammad-'Alí y Hájí Muhsin el cirujano. Estos tres fueron ejecutados a su llegada y los demás estaban

condenados a podrirse en prisión". (A. L. M. Nicolas: Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, pág. 363).

58.- "No les bastó haber logrado la victoria tuvieron incluso que insultar los cuerpos de sus enemigos. Estaban deseosos de interrogar a los Bábís, pero no importa cuán grande la tortura con que les amenazaban, los Bábís rehusaron hablar. Derramaron aceite hirviendo sobre la cabeza de Áqá Dín-Muhammad, pero guardó silencio. Finalmente el Sardár hizo que llevaran a su presencia al hijo del jefe muerto. Este niño solo tenía siete años de edad y se llamaba Áqá Husayn; mediante astutas amenazas y halago insidioso, lograron hacerle hablar". (Idem. pág. 361).

59.- Véase Glosario.

CAPÍTULO 25

VIAJE DE BAHÁ’U’LLÁH A KARBILÁ

Desde el instante en que comencé esta narración, ha sido mi intención incluir, en los relatos que pudiera hacer de los primeros días de esta Revelación, aquellas gemas de inestimable valor que he tenido el privilegio de escuchar, de tiempo en tiempo, de labios de Bahá'u'lláh. Estas palabras, algunas de las cuales me fueron dichas a mí sólo, mientras otras las compartí con mis condiscípulos mientras estábamos sentados en Su presencia, se refieren principalmente a los episodios que he tratado de describir. Los comentarios de Bahá'u'lláh sobre la conferencia de Badasht y Sus referencias al tumulto que marcó sus etapas finales, a los que ya me he referido en un capítulo anterior, no son sino ejemplos de los pasajes con que espero enriquecer y ennoblecer mi relato.

Cuando terminé de describir la lucha de Zanján, fui conducido a Su presencia y recibí, junto con cierto número de otros creyentes, las bendiciones que en dos oportunidades Se dignó conferirnos. Ambas visitas se efectuaron durante los cuatro días que Bahá'u'lláh decidió pasar en casa de Áqáy-i-Kalím. La segunda y cuarta noches después de Su llegada a la casa de Su hermano, lo que sucedió el día siete de Jamádíyu'l-Avval, en el año 1306 D.H.[1]. Yo, junto con cierto número de peregrinos venidos de Sarvistán y Fárán, así como algunos creyentes residentes, fuimos admitidos en Su presencia. Las palabras que nos dijo se encuentran grabadas para siempre en mi corazón y siento que tengo la obligación de compartir el sentido general de Su conversación con mis lectores.

"Alabado sea Dios", dijo, ***"Supe todo lo esencial que debe ser dicho a los creyentes en esta Revelación, ha sido revelado. Sus deberes han sido definidos claramente y las acciones que se espera lleven a cabo se ha expuesto en Nuestro Libro. Ha llegado ahora el momento para que se levanten a cumplir con su deber. Que traduzcan en hechos nuestras exhortaciones. Que tengan cuidado que el amor a Dios, amor que brilla tan intensamente en sus pechos, no los haga transgredir los límites de la moderación y pasen más allá de la medida que les hemos impuesto. En cuanto a esto, mientras estábamos en Iráq, escribimos lo siguiente a Hájí Mírzá Músáy-i-Qumí: ‘Tal debe ser el grado en que se controle que si fuera a beber de la vertiente de la fe y la certeza todos los Ríos de Conocimiento, sus labios no deben delatar, ni a amigo ni extraño, las maravillas del sorbo que ha ingerido. Aún cuando su corazón arda con Su***

amor, tenga cuidado que ningún ojo descubra su agitación interior y aún cuando su alma se dilate como el Océano, no permita que se altere la serenidad de su semblante ni que su comportamiento delate la intensidad de sus emociones'".

"Dios sabe que en ningún momento Nos tratamos de ocultar ni esconder la Causa que se Nos ha pedido proclamar. Aún cuando no usamos la indumentaria de la gente docta, una vez tras otra hemos enfrentado y razonado con hombres de gran erudición tanto en Núr como en Mázindarán y hemos logrado convencerlos de la verdad de esta Revelación. Nunca cejamos en Nuestra determinación; nunca vacilamos en aceptar el desafío, no importa donde viniere. A quienquiera hablamos en esos días, lo encontramos receptivo a Nuestro Llamado y listo para identificarse con sus preceptos. Si no hubiera sido por el comportamiento vergonzoso de la gente del Bayán, que mancharon con sus acciones las obras que habíamos llevado a cabo, Núr y Mázindarán habrían sido conquistados totalmente para esta Causa y se contarían entre sus principales fortalezas"

"En la época en que las fuerzas del príncipe Mihdí-Qulí Mírzá habían cercado el fuerte de Tabarsí, resolvimos partir de Núr y prestar Nuestra ayuda a sus heroicos defensores. Nuestra intención había sido enviar a 'Abdu'l-Vahháb, uno de Nuestros compañeros, delante de Nosotros, pidiéndole que anunciara Nuestra llegada a los asediados. Aún cuando estaban rodeados por las fuerzas del enemigo, habíamos decidido unir Nuestra suerte a las de los compañeros y arriesgar los peligros que los confrontaban. Sin embargo, tal no debía ser Nuestro destino. La mano de la Omnipotencia no Nos permitió sufrir su suerte y Nos reservó para la tarea que estábamos destinados a llevar a cabo. En cumplimiento del decreto inescrutable de Dios, antes de Nuestra llegada al fuerte Nuestra intención fue comunicada a Mírzá Taqí, el gobernador de Ámul, por algunos de los habitantes de Núr, quién envió sus hombres para que Nos interceptaran. Mientras descansábamos y tomábamos té, Nos encontramos rodeados súbitamente por un grupo de jinetes que se apoderaron de Nuestros bienes y de Nuestros caballos. En lugar de Nuestro caballo se Nos dio un animal con pésima montura, en el que Nos resultó difícil cabalgar. El resto de Nuestros compañeros fueron conducidos, con grillos, a Ámul. Mírzá Taqí logró, a pesar del tumulto provocado por Nuestra llegada y de la oposición de los 'ulemas, librarnos de sus garras y conducirnos a su propia casa. Nos encontrábamos todavía en su casa cuando el Sardár, quién había ido a reunirse con el ejército en Mázindarán, regresó a Ámul. En cuanto supo las humillaciones que habíamos sufrido reprendió a Mírzá Taqí por la debilidad

que había mostrado en protegernos de Nuestros enemigos. '¿Qué importancia tienen las denuncias de esta gente ignorante?', dijo indignado, '¿por qué te has permitido influenciar por su clamor? Debiste estar conforme con evitar que el grupo llegara a su destino y, en vez de retenerlos en esta casa, debiste haber hecho los arreglos necesarios para su regreso inmediato a Teherán'".

"En Sárí nos vimos expuestos nuevamente a los insultos de la gente. Aún cuando la mayoría de los personajes prominentes de aquél pueblo eran Nuestros amigos y, en varias oportunidades habían estado con Nosotros en Teherán, en cuanto el pueblo Nos reconoció, mientras caminábamos con Quddús por las calles, comenzaron a lanzarnos sus invectivas. El grito "¡bábí! ¡bábí!" Nos recibió dondequiera íbamos. No pudimos librarnos de sus amargas denuncias".

"En Teherán fuimos encarcelados en dos oportunidades por haber defendido la causa de los inocentes contra un opresor inescrupuloso. El primer confinamiento a que fuimos sometidos se produjo después del asesinato de Mullá Taqíy-i-Qazvíní, y se debió a la ayuda que nos sentimos inclinados a dar a los que habían sufrido severo e inmerecido castigo. Nuestro segundo encarcelamiento, infinitamente más severo, se produjo a causa del atentado cometido por discípulos irresponsables de la Fe, contra la vida del Sháh. Ese suceso llevó a que Nos exilaran a Bagdad. Poco después de Nuestra llegada, fuimos a las montañas de Kurdistán donde llevamos, por algún tiempo, una vida de completa soledad. Nos refugiamos en lo alto de una remota montaña que se encontraba a tres días de camino del sitio habitado más cercano. Faltaban completamente las comodidades para vivir. Permanecimos totalmente aislados de Nuestros congéneres hasta que cierto Shaykh Ismá'il descubrió Nuestra morada y Nos trajo el alimento que necesitábamos".

"Cuando regresamos a Bagdad encontramos, para gran asombro Nuestro, que la Causa del Báb había sido penosamente abandonada, que Su influencia había disminuido, que hasta Su nombre casi había caído en el olvido. Nos alzamos a revivir Su Causa y salvarla de la decadencia y de la corrupción. En un momento en que el temor y la duda se habían apoderado de Nuestros compañeros, reafirmamos, con valentía y decisión, Sus verdades esenciales y llamamos a todos aquellos que se habían entibiado a defender con entusiasmo la Fe que habían dejado abandonada. Hicimos Nuestra llamada a los pueblos del mundo y les invitamos a fijar su mirada en la luz de Su Revelación".

"Después de Nuestra partida de Adrianópolis, se produjo una discusión entre los oficiales del Gobierno de Constantinopla sobre si debían echarnos a Nosotros y Nuestros compañeros, al mar. El informe de aquella discusión llegó

a Persia y dio lugar al rumor que, efectivamente, habíamos sufrido tal suerte. En Khurásán sobre todo, Nuestros amigos se sintieron muy afectados. Se dice que Mírzá Ahmad-i-Azghandí, en cuanto supo la noticia, afirmó que no podía creer, bajo ninguna circunstancia, en tal rumor. 'Si es verdad', dijo, 'debe considerarse que la Revelación del Báb carece de fundamento'. La noticia de Nuestra llegada a salvo a la ciudad prisión de 'Akká, alegró los corazones de Nuestros amigos, aumentó la admiración que los creyentes de Khurásán sentían por la fe de Mírzá Ahmad y aumentó su confianza en él".

"Desde Nuestra Más Grande Prisión Nos sentimos impulsados a dirigir a los diversos gobernantes y testas coronadas del mundo, Epístolas en que les exhortamos para que se alzaran y abrazaran la Causa de Dios. Al Sháh de Persia enviamos Nuestro mensajero "Badí", en cuyas manos confiamos la Tablilla. Fue él quién la levantó en alto a los ojos de la multitud y, en alta voz, hizo un llamado al soberano para que prestar atención a las palabras contenidas en esa Tablilla. Todas las demás Epístolas llegaron, asimismo, a su destino. A la Tablilla que dirigimos al Emperador de Francia, recibimos una contestación por intermedio de su ministro, cuyo original se encuentra actualmente en poder de la Más Grande Rama[2]. Le dirigimos las siguientes palabras: '¡Oh Monarca de Francia! Pide al sumo-sacerdote que deje de hacer doblar sus campanas, porque, ¡he aquí!, la Más Grande Campana, que las Manos de la Voluntad del Señor, vuestro Dios tañen, se ha manifestado en la persona de Su Elegido'. Sólo la Epístola que escribimos al Zar de Rusia no llegó a su destino. Otras Tablillas, sin embargo, han llegado a su poder y esa Epístola será entregada, eventualmente, en sus manos".

"Estad agradecidos a Dios por haberos permitido reconocer Su Causa. Quienquiera ha recibido esta bendición, antes de ser aceptado, debe haber efectuado alguna acción que, aún cuando él mismo no se dio cuenta de su carácter, fue designado por Dios como un medio por el cual ha sido guiado a encontrar y abrazar la Verdad. En cuanto a los que han permanecido privados de tal bendición, sólo sus propias acciones les han impedido reconocer la verdad de esta Revelación. Anidamos la esperanza que vosotros, que habéis logrado alcanzar esta luz, haréis todo lo posible por disipar la oscuridad de la superstición e incredulidad entre la gente. Puedan vuestras acciones proclamar vuestra fe y os permitan conducir a los que yerran al sendero de eterna salvación. El recuerdo de esta noche nunca se olvidará. Ojalá nunca se borre con el pasar del tiempo y que su recuerdo permanezca para siempre en los labios de los hombres".

El séptimo Naw-Rúz después de la Declaración del Báb cayó el día dieciséis del mes de Jamádíyu'l-Avval en el año 1267 D.H.[3], un mes y medio después de terminada la lucha de Zanján. Ese mismo año, a fines de la primavera, en los primeros días del mes de Sha'bán[4], Bahá'u'lláh salió de la capital rumbo a Karbilá. En ese tiempo yo vivía en Kirmánsháh en compañía de Mírzá Ahmad, el amanuense del Báb, quién había recibido de Bahá'u'lláh la orden de recolectar y transcribir todos los textos sagrados, cuyos originales, en su mayoría, estaban en su poder. Me encontraba en Zarand, en casa de mi padre cuando los Siete Mártires de Teherán encontraron su trágica suerte. Posteriormente logré ir a Qum, so pretexto de desear visitar el santuario. Como no pude encontrar a Mírzá Ahmad, a quién deseaba ver, fui a Káshán, aconsejado por Hájí Mírzá Músáy-i-Qumí, quién residía en aquel entonces en Káshán. Regresé con él a Qum nuevamente, donde fui presentado a un tal Siyyid Abu'l-Qásim-i-'Aláqih-Band-i-Isfahání, quién había acompañado a Mírzá Ahmad hacía poco en su viaje a Kirmánsháh. ‘Azím le dio instrucciones que me condujera a la puerta de la ciudad e informara allí del lugar en que residía Mírzá Ahmad, y que hiciera los arreglos para mi partida a Hamadán. A su vez, Siyyid Abu'l-Qásim me envió donde Mírzá Muhammad ‘Alíy-i-Tabíb-i-Zanjání, quien, dijo, era seguro encontraría en Hamadán y quien me enviaría a un lugar donde podría encontrar a Mírzá Ahmad. Seguí sus instrucciones y fui informado por Mírzá Muhammad-‘Alí que me encontrara, en Kirmánsháh, con un comerciante llamado Ghulám-Husayn-i-Shushtarí, quién me llevaría a la casa en que residía Mírzá Ahmad.

Pocos días después de mi llegada Mírzá Ahmad me informó que había tenido éxito, mientras estaba en Qum, en enseñar la Causa a Ílderím Mírzá, hermano de Khánlar Mírzá, a quién deseaba obsequiar una copia del "Dalá'il-i-Sab'ih"[5], y expresó el deseo que yo fuera el portador. Íldirím Mírzá era, en aquel tiempo, gobernador de Khurram-Ábád, en la provincia de Luristán y había acampado con su ejército en las montañas de Khávih-Válishtar. Me sentí muy feliz de acceder a su petición y expresé que estaba listo a partir inmediatamente en ese viaje. Con un guía kurdo, atravesamos los bosques y las montañas durante seis días y seis noches, hasta que llegamos al cuartel general del gobernador. Entregué el encargo en sus manos y regresé con un mensaje escrito de él para Mírzá Ahmad en que expresaba gratitud por el regalo y asegurándole de su devoción a la Causa de su Autor.

A mi regreso, Mírzá Ahmad me dio la buena nueva de la llegada de Bahá'u'lláh a Kirmánsháh. Al ser conducidos a Su presencia, como era el mes de Ramadán, lo encontramos ocupado leyendo el Corán, y recibimos la bendición de oírle leer versículos de ese Libro sagrado. Le presenté el mensaje escrito de

Íldirím Mírzá a Mírzá Ahmad. "La fe que profese un miembro de la dinastía Qájár", observó, después de leer la carta, "no es digna de confianza. Sus declaraciones no son sinceras. Como espera que algún día los bábís asesinen al soberano, anida en su corazón la esperanza que ellos lo aclamen su sucesor. El amor que profesa por el Báb tiene ese motivo". Pocos meses más tarde supimos la verdad de Sus palabras. Ese mismo Íldirím Mírzá dio orden que cierto Siyyid Basír-Hindí, un ferviente adherente de la Fe, fuera condenado a muerte.

Sería propicio, a esta altura, hacer un paréntesis en este relato y describir, brevemente, las circunstancias de la conversión y muerte de este mártir. Entre los discípulos a quienes el Báb había dado instrucciones, en los primeros días de Su Misión, que difundieran y enseñaran Su Causa, se encontraba cierto Shaykh Sa‘íd-i-Hindí, una de las Letras de los Vivientes, quien había recibido instrucciones de su Maestro que viajara por la India y proclamara a su pueblo los preceptos de Su Revelación. Shaykh Sa‘íd le había traído. El vasto conocimiento que había adquirido, en vez de ser un obstáculo para que reconociera la importancia de la Causa a que había sido llamado, le permitió captar su significado y comprender su grandeza y poder. Haciendo a un lado las amarras de jefatura, y cortando todo lazo con sus amigos y familiares, se levantó con resolución inquebrantable para rendir su parte de servicio a la Causa que había abrazado. Su primera acción fue emprender un peregrinaje a Shíráz, con la esperanza de ver a su Bienamado. Al llegar a aquella ciudad se le informó, para sorpresa y pesar suyos, que el Báb había sido exilado a las montañas de Ádhirbáyján, donde llevaba una vida de absoluta soledad. Inmediatamente fue a Teherán, y de allí fue a Núr donde conoció a Bahá'u'lláh. Esta reunión alivió su corazón del dolor que le había causado su fracaso en encontrarse con su Maestro. A los que encontró posteriormente, no importa su clase o color, relató las alegrías y bendiciones que había recibido tan abundantemente de manos de Bahá'u'lláh, y pudo conferirles una parte del poder que su conversación con El había dotado a su ser interior.

He oído a Shaykh Shahíd-i-Mázkán relatar lo siguiente: "Tuve el privilegio de conocer a Siyyid Basír a mediados del verano durante su paso por Qamsar, donde los dirigentes principales de Káshán van para huir del calor de aquel pueblo. Día y noche lo encontré discutiendo con los principales 'ulemas que se habían reunido en aquella aldea. Con habilidad y perspicacia, discutió con ellos las sutilezas de su Fe, expuso sin temor ni reservas las enseñanzas fundamentales de la Causa y refutó todos sus argumentos. Nadie, no importa cuán grande su erudición y experiencia, podía refutar las pruebas que expuso en apoyo de sus afirmaciones. Tal era su perspicacia y conocimientos de las enseñanzas y

preceptos del islam, que sus adversarios lo creían hechicero cuya mala influencia, temían, les arrebataría su posición".

Igualmente he oído a Mullá Ibráhím, llamado Mullá-Báshí, quien fue martirizado en Sultán-Ábád, relatar de este modo sus impresiones de Siyyid Basír: "Al final de su vida, Siyyid Basír pasó por Sultán-Ábád, donde tuve la oportunidad de conocerlo. Continuamente se hallaba asociado con los 'ulemas principales. Nadie lo sobrepasaba en conocimiento del Corán y su dominio de las tradiciones atribuidas a Muhammad, el Profeta. Demostró tales conocimientos que era el terror de sus adversarios. Con frecuencia sus antagonistas dudaban de la exactitud de sus citas y rechazaban como no existentes las tradiciones que aducía en apoyo de su argumento. Con infalible exactitud, establecía la veracidad de su argumento refiriéndose al texto del "Usúl-i-Káfí" y el "Bisáru'l-Anvár"[7], en las que indicaba inmediatamente la tradición particular que demostraba la verdad de sus palabras. No tenía rival tanto en la fluidez de su argumento como en la facilidad con que mostraba las pruebas más incontrovertibles en apoyo de su tema".

De Sultán-Ábád, Siyyid Basír fue a Luristán, donde visitó el campamento de Íldirím Mírzá y fue recibido por él con gran respeto y consideración. Durante su conversación con él cierto día, el siyyid, que era hombre de gran valentía, se refirió a Muhammad-Sháh en términos que provocaron la ira de Íldirím Mírzá. Estaba furioso ante el tono y vehemencia de sus observaciones y ordenó que le arrancaran la lengua por la parte posterior del cuello. El siyyid aguantó esta cruel tortura con extraordinaria fortaleza, pero sucumbió ante el dolor que su opresor le infligió sin misericordia. Aquella misma semana, Khánlar Mírzá, el hermano de Íldirím Mírzá, encontró una carta de éste en que lo injuriaba. Inmediatamente obtuvo el consentimiento de su soberano para tratarlo como se le antojara. Khánlar Mírzá, quien sentía un odio implacable por su hermano, ordenó que le sacaran toda la ropa y que lo llevaran, desnudo y en cadenas, a Ardibíl donde fue encarcelado y eventualmente murió.

Bahá'u'lláh pasó todo el mes de Ramadán en Kirmánsháh. Sólo eligió dos compañeros para que fueran con Él a Karbilá, uno de Sus parientes, Shukru'lláh-i-Núrí y Mírzá Muhammad-i-Mázindarání, quien había sobrevivido a la lucha de Tabarsí. He oído a Bahá'u'lláh mismo explicar las razones de Su partida de Teherán. ***"El Amir-Nizám",*** Nos dijo, ***"Nos pidió que lo fuéramos a ver cierto día. Nos recibió cordialmente y Nos dio a conocer por qué Nos había hecho llamar a su presencia. 'Me doy cuenta', insinuó suavemente, 'de la naturaleza de la influencia de sus actividades, y estoy firmemente convencido que si no hubiera sido por el apoyo y ayuda que usted dio a Mullá Husayn y sus***

compañeros, ni él ni su grupo de estudiantes inexpertos podrían haber resistido, durante siete meses, las fuerzas del gobierno imperial. La habilidad y destreza con que ha logrado dirigir y estimular aquellos esfuerzos no podían dejar de provocar mi admiración. No he podido encontrar pruebas para establecer su complicidad en este asunto. Siento que es una lástima que persona con tantos recursos quede desocupado sin que se le dé una oportunidad para servir a su país y a su soberano. Se me ha ocurrido la idea de sugerirle que vaya a Karbilá en estos días en que el Sháh contempla hacer un viaje a Isfahán. Es mi intención poder conferirle, cuando él regrese, el puesto de Amir-Díván, una función que usted podría desempeñar admirablemente'. Protestamos con vehemencia contra tales acusaciones y rehusamos aceptar la posición que esperaba ofrecernos. Pocos días después de aquella entrevista salimos de Teherán rumbo a Karbilá".

Antes de la partida de Bahá'u'lláh de Kirmánsháh, nos llamó a Mírzá Ahmad y a mí a Su presencia y nos pidió partir a Teherán. Se me encargó ir a ver a Mírzá Yahyá en cuanto llegara y que lo condujera conmigo al fuerte de Dhu'l-Faqár Khán, situado en las vecindades de Shahrúd y que permaneciera con él hasta el regreso de Bahá'u'lláh a la capital. A Mírzá Ahmad se le dio instrucciones que permaneciera en Teherán hasta Su llegada y recibió como encargo una caja de dulces y una carta dirigida a Áqáy-i-Kalím, quien debía enviar el obsequio a Mázindarán, donde residían la Más Grande Rama y Su madre.

Mírzá Yahyá, a quien entregué el mensaje, rehusó salir de Teherán y, en vez, me dio instrucciones de ir a Qazvín. Me obligó a cumplir con sus deseos y llevar conmigo ciertas cartas que me pidió entregara a ciertos amigos suyos en aquella ciudad. Cuando regresé a Teherán me vi obligado, en vista de la insistencia de mis familiares, a ir a Zarand. Sin embargo, Mírzá Ahmad me prometió que haría los arreglos necesarios para que regresara nuevamente a la capital, promesa que cumplió. Dos meses más tarde estaba viviendo nuevamente con él en un caravanserai fuera de la puerta de Naw, donde pasé todo el invierno en su compañía. Pasaba sus días transcribiendo el Bayán Persa y el "Dalá'il-i-Sab'ih", trabajo que llevó a cabo con admirable entusiasmo. Me encargó dos copias de esta última, pidiéndome que se las presentara, de su parte, a Mustawfíyu'l-Mamálik-i-Áshtíyání y Mírzá Siyyid ‘Alíy-i-Tafarshí, llamado el Majdu'l-Ashraf. El primero se sintió tan afectado que se convirtió inmediatamente a la Fe. En cuanto a Mírzá Siyyid ‘Alí, las ideas que expresó eran de carácter diametralmente opuestas. En una reunión en que estuvo presente Áqáy-i-Kalím, comentó desfavorablemente las continuas actividades de los creyentes. "Esta secta", declaró públicamente, "vive aún. Sus emisarios trabajan con fervor, difundiendo

las enseñanzas de su Jefe. Uno de ellos, un joven, vino a visitarme el otro día y me presentó un tratado que considero sumamente peligroso. Cualquiera de la gente del pueblo que lea ese libro seguramente será engañado por su tono". Áqáy-i-Kalím comprendió inmediatamente por sus alusiones, que se refería a que Mírzá Ahmad le había enviado el libro y que yo había actuado como su mensajero. Ese mismo día, Áqáy-i-Kalím me pidió que lo fuera a visitar y me aconsejó que regresara a mi hogar en Zarand. Me pidió que indujera a Mírzá Ahmad a partir inmediatamente a Qum ya que ambos, en su opinión, estábamos expuestos a gran peligro. Obrando de acuerdo con las instrucciones de Mírzá Ahmad a quien no volví a ver jamás. Lo acompañé hasta Sháh-'Abdu'l-'Azím, de donde partió a Qum, mientras yo seguí camino a Zarand.

El mes de Shavvál, en el año 1267 D.H.[8] atestiguó la llegada de Bahá'u'lláh a Karbilá. En Su camino a esa ciudad sagrada, permaneció algunos días en Bagdad, aquel lugar que pronto iba a visitar nuevamente y donde Su Causa estaba destinada a madurar y desplegarse ante el mundo. Cuando llegó a Karbilá, encontró que cierto número de sus principales residentes, entre los que se encontraban Shaykh Sultán y Hájí Siyyid Javád, habían caído víctimas de la perniciosa influencia de cierto Siyyid-i-'Uluvv, y se habían declarado sus adeptos. Se encontraban sumergidos en supersticiones y creían que su jefe era la encarnación misma del Espíritu Divino. Shaykh Sultán se encontraba entre sus fervientes discípulos y se consideraba a sí mismo, después de su maestro, como el más destacado dirigente de sus compatriotas. Bahá'u'lláh se encontró con él en varias oportunidades y logró, mediante Sus palabras de consejo y afectuosa bondad, purgar su mente de sus vanas fantasías y librarlo del estado de abyecta servidumbre en que había caído. Lo conquistó por completo para la Causa del Báb y encendió en su corazón el deseo de propagar la Fe. Sus condiscípulos, al atestiguar los efectos de su conversión, tan maravillosa e inmediata, se vieron inclinados a abandonar, uno tras otro, su antigua alianza y a abrazar la Causa que su colega se había levantado a defender. Abandonado y despreciado por sus antiguos adeptos, Siyyid-i-'Uluvv se vio obligado a reconocer, a la larga, la autoridad de Bahá'u'lláh y admitir la superioridad de Su posición. Inclusive fue al extremo de expresar su arrepentimiento por sus acciones y a empeñar su palabra que nunca jamás propagaría nuevamente las teorías y principios con que se había identificado.

Fue durante esa visita a Karbilá que Bahá'u'lláh se encontró, al caminar por las calles, con Shaykh Hasan-i-Zunúzí, a quien confió el secreto que estaba destinado a revelar en fecha posterior en Bagdad. Lo encontró buscando fervientemente al Husayn Prometido, a Quien el Báb se había referido con tanto

afecto y a Quien le había prometido encontraría en Karbilá. En un capítulo anterior ya nos hemos referido a las circunstancias que llevaron a esta reunión con Bahá'u'lláh. Desde ese día, Shaykh Hasan se sintió tan influenciado por su recién encontrado Maestro, que si no hubiera sido por el control que se le urgió ejercer, hubiera proclamado a la gente de Karbilá el regreso del Husayn Prometido cuya llegada estaban esperando.

Entre los que sintieron aquel poder se encontraba Mírzá Muhammad-‘Alíy-i-Tabíb-i-Zanjání, en cuyo corazón se sembró una semilla que estaba destinada a crecer y florecer en una fe de tal tenacidad que ni las hogueras de la persecución pudieron consumir. Bahá'u'lláh mismo rindió tributo a su devoción, la nobleza de su mente y su sencillez de propósito. Esa fe lo llevó eventualmente al campo del martirio. La misma suerte la compartió Mírzá ‘Abdu'l-Vahháb-i-Shírází, hijo de Hájí ‘Abdu'l-Majíd, quien era dueño de una tienda en Karbilá y que se sintió impulsado a abandonar todas sus posesiones y seguir a su Maestro. Sin embargo se le aconsejó que no abandonara su trabajo, sino que siguiera ganándose la vida hasta que fuera llamado a Teherán. Bahá'u'lláh le encareció que tuviera paciencia y le dio una suma de dinero para que ampliara su negocio. Imposibilitado de concretarse en sus transacciones comerciales, Mírzá ‘Abdu'l-Vahháb se apresuró en ir a Teherán, donde permaneció hasta que fue confinado en la mazmorra en que se hallaba encerrado su Maestro y allí sufrió el martirio por Su Causa.

Shaykh ‘Alí-Mírzáy-i-Shírází se sintió atraído también y, hasta su último aliento, permaneció firme defensor de la Causa a que había sido llamado y a la que sirvió con desprendimiento y devoción por encima de toda alabanza. A amigo y extraño relataba sus experiencias de la maravillosa influencia que la presencia de Bahá'u'lláh tenía sobre él y describió con entusiasmo las señales y maravillas que había atestiguado durante y después de los días de su conversión.

Notas

1.- Enero 9, 1889 D.C.

2.- Título de ‘Abdu'l-Bahá.

3.- 1851, D.C.

4.- Junio 1 - 30 1851 D.C.

5.- Una de las obras mejor conocidas del Báb.

6.- "Desde su infancia Siyyid Basír mostró señales de las maravillosas facultades que manifestó después. Durante siete años disfrutó de las bendiciones de poder ver, pero entonces, cuando la visión de su espíritu se aclaró un velo de oscuridad cayó sobre su vista exterior. Desde su infancia había mostrado su buena disposición y su carácter amable tanto de palabra como de acción; a esto agregó ahora una singular piedad y una vida sobria. Finalmente a la edad de veintiún años emprendió viaje con gran pompa y ceremonia (porque tenía muchas riquezas en la India) con el fin de hacer el peregrinaje; cuando llegó a Persia comenzó a asociarse con todas las sectas y partidos (porque conocía muy bien las doctrinas y leyes de todos) y a regalar grandes sumas de dinero en limosnas para los pobres, mientras se sometía a la más rigurosa disciplina religiosa. Y ya que sus antepasados habían profetizado que en esos días aparecería un Hombre Perfecto en Persia estaba continuamente ocupado en hacer averiguaciones. Visitó La Meca y después de hacer el peregrinaje, se dirigió a los santuarios sagrados de Karbilá y Najaf, donde conoció al extinto Hájí Siyyid Kázim, con quien tuvo una sincera amistad. Entonces volvió a la India; cuando llegó a Bombay oyó que había aparecido en Persia uno que proclamaba ser el Báb, en vista de lo cual regresó allí de inmediato". (El Tarík<u>kh</u>-Jadíd, pág. 245-246).

7.- Recopilación de tradiciones musulmanas.

8.- Julio 30 - Agosto 28, 1851 D.C.

CAPÍTULO 26

EL ATENTADO CONTRA LA VIDA DEL SHÁH Y SUS CONSECUENCIAS

El octavo Naw-Rúz después de la Declaración del Báb, que cayó el día veinte y siete del mes de Jamádíyu'l-Avval, en el año 1268 D.H.[1], encontró a Bahá'u'lláh aún en Iráq, ocupado en difundir las enseñanzas y fortaleciendo las bases de la Nueva Revelación. Desplegando un entusiasmo y habilidad que recordaban sus actividades en los primeros días del Movimiento en Núr y Mázindarán, siguió dedicándose a la tarea de revivir las energías, organizar las fuerzas y de dirigir los esfuerzos de los compañeros dispersos del Báb. Él era la única luz en medio de la oscuridad que rodeaba a los desconcertados discípulos que habían atestiguado, por una parte el martirio de su amado Maestro y, por otra, la trágica suerte de sus compañeros. Sólo Él era capaz de inspirarles con la valentía y fortaleza necesarias para soportar las numerosas aflicciones que habían sido acumuladas sobre ellos; sólo Él era capaz de prepararlos para la tarea que estaban destinados a cargar sobre sus hombros, y de habilitarlos para desafiar la tormenta y los peligros que pronto iban a tener que afrontar.

Durante la primavera de ese año, Mírzá Taqí Khán, el Amir-Nizám, el Gran Vazír de Násiri'd-Dín Sháh, que había sido culpable de ultrajes tan infames contra el Báb y Sus compañeros, encontró la muerte en un baño público en Fín, cerca de Káshán[2], después de haber fracasado miserablemente en detener el progreso de la Fe que había tratado de aniquilar tan desesperadamente. Su propia fama y honor se vieron destinados a perecer finalmente con su muerte, en cambio no así la influencia de la vida que había tratado de extinguir. Durante los tres años que desempeñó el cargo de Gran Vazír de Persia, su ministerio se vio manchado con acciones de infamia sin igual. ¡Qué atrocidades no cometió con sus manos al extenderlas en un esfuerzo por derribar la estructura que el Báb había erigido! ¡A qué medidas traicioneras no recurrió, en su ira impotente, con el objeto de minar la vitalidad de una Causa que temía y odiaba! El primer año de su administración se destacó por el feroz ataque del ejército imperial de Násiri'd-Dín Sháh contra los defensores del fuerte de Tabarsí, ¡Cuán despiadadamente dirigió la campaña de represión contra los inocentes defensores de la Causa de Dios! ¡Cuánta furia y elocuencia mostró al pedir la exterminación de las vidas de

Quddús, de Mullá Husayn y de trescientos trece de sus mejores y más nobles compatriotas! El segundo año de su ministerio lo vio luchando con salvaje determinación para extinguir la Fe en la capital. Fue él quien autorizó y estimuló la captura de los creyentes que residían en la ciudad y que ordenó que se ejecutara da los Siete Mártires de Teherán. Fue él quien desencadenó la ofensiva contra Vahíd y sus compañeros, quien inspiró esa campaña de venganza que animaba a sus perseguidores y quien los instigó para que perpetraran las abominaciones que para siempre se asociarán con ese episodio. Ese mismo año atestiguó otro golpe, más terrible aún que cualquiera de los que había dirigido contra esa perseguida comunidad, golpe que puso trágico fin a la vida de Aquél quien era la Fuente de todas las fuerzas que había tratado en vano de suprimir. El último año de la vida de ese Vazír estará para siempre asociado con la más repulsiva de las vastas campañas que su mente ingeniosa había concebido, una campaña que implicó la destrucción de las vidas de Hujjat y no menos de mil ochocientos de sus compañeros. Tales fueron las características distintivas de una carrera que comenzó y terminó en un reino de terror como pocas veces se había visto en Persia.

Le sucedió en el poder Mírzá Áqá Khán-i-Núrí[3], quien, desde el comienzo de su ministerio, trató de obtener una reconciliación entre el gobierno del cual él era la cabeza y Bahá'u'lláh, a quien consideraba el más capaz de los discípulos del Báb. Le envió una afectuosa carta en la que le pedía regresar a Teherán y expresando su deseo de verle. Antes de recibir aquella carta Bahá'u'lláh ya había decidido partir de Iráq para Persia.

Llegó a la capital en el mes de Rajab[4], y fue recibido por el hermano del Gran Vazír, Ja‘far-Qulí Khán, quien había recibido instrucciones especiales de salir a recibirlo. Durante todo un mes fue el Huésped de Honor del Gran Vazír, quien había designado a su hermano para que hiciera las veces de anfitrión en representación suya. Tan numerosos eran los dignatarios y gente principal de la capital que hacían tropel para verle que encontró que Le era imposible regresar a Su propia morada. Permaneció en aquella casa hasta Su partida a Shimírán[5].

He oído a Áqáy-i-Kalím afirmar que, durante ese viaje, Bahá'u'lláh pudo encontrarse con ‘Azím, quien había estado tratando de verle desde hacía mucho tiempo y quien, durante esa entrevista, recibió consejo, en los términos más enfáticos, de que abandonara el plan que había concebido. Bahá'u'lláh condenó sus designios, Se apartó completamente de la acción que se proponía llevar a cabo y le advirtió que tal intento precipitaría nuevos desastres de magnitud sin precedentes.

Bahá'u'lláh fue a Lavásán y se encontraba en la aldea de Afchih, propiedad del Gran Vazír, cuando Le llegó la noticia del atentado contra la vida de Násiri'd-Dín Sháh. Ja'far-Qulí Khán se estaba desempeñando todavía como Su anfitrión, en representación del Amir-Nizám. Aquel acto criminal se cometió a fines del mes de Shavvál, en el año 1268 D.H.[6] por dos jóvenes desconocidos e irresponsables, uno de ellos llamado Sádiq-i-Tabrízí y el otro Fathu'lláh-i-Qumí, quienes se ganaban ambos la vida en Teherán. En una época en que el ejército imperial, bajo el mando del Sháh en persona, había acampado en Shimírán, estos dos muchachos ignorantes, frenéticos de desesperación, se levantaron a vengar la sangre de sus compañeros muertos[7]. La torpeza que caracterizó esta acción se revelaba en el hecho que, al hacer el atentado contra la vida de su soberano, en vez de usar armas eficaces que aseguraran el éxito de su aventura, cargaron sus pistolas con perdigones que ninguna persona razonable hubiera usado jamás para tal propósito. Si su acción hubiera sido instigada por un hombre de buen juicio y sano discernimiento, por cierto que nunca les habría permitido llevar a cabo su intención con instrumentos de tan ridícula ineficacia[8].

Aquella acción, aún cuando fue llevada a cabo por fanáticos descontrolados y débiles mentales y a pesar que fue llevada a cabo por fanáticos descontrolados y débiles mentales y a pesar que fue condenada enfáticamente por persona no menos responsable que Bahá'u'lláh, fue la señal para el estallido de una serie de persecuciones y masacres de barbarie y ferocidad comparables tan sólo a las atrocidades de Mázindarán y Zanján. La tormenta a que dio origen aquel acto, precipitó a toda Teherán en un estado de consternación y sufrimiento. Implicó la vida de los principales compañeros que habían sobrevivido las calamidades a que se había visto sometida su Fe con tanta frecuencia y crueldad. Aquella tormenta rugía aún cuando Bahá'u'lláh, y algunos de Sus lugartenientes más capaces, fueron lanzados a un calabozo sucio, oscuro e infecto, y cadenas de tal peso, que sólo los más viles criminales eran obligados a llevarlas, fueron puestas sobre Su cuello. Por no menos de cuatro meses soportó aquella carga. Tal fue la intensidad de Sus sufrimientos que las huellas de aquella crueldad quedaron impresas sobre Su cuerpo hasta el fin de Su vida.

Amenaza tan grave a su soberano y a las instituciones del reino provocó la indignación de todo el cuerpo eclesiástico de Persia. Para ellos una acción tal pedía un castigo inmediato y ejemplar. Pidieron a voces que se tomaran medidas de severidad sin precedentes, para detener la ola que engolfaba tanto al gobierno como a la Fe del islam. A pesar de la moderación que los seguidores del Báb habían observado desde el comienzo de la Fe en todas partes del país; a pesar de las repetidas exhortaciones de los discípulos principales a sus correligionarios

pidiéndoles que no cometieran actos de violencia, que obedecieran a su gobierno con lealtad y que refutaran toda pretensión a la guerra santa, sus enemigos persistieron en sus esfuerzos deliberados por tergiversar la naturaleza y propósito de aquella Fe ante las autoridades. Ahora que se había cometido una acción de consecuencias tan graves, ¡qué acusaciones no harían estos mismos enemigos a la Causa con que estaban asociados los culpables del crimen! Parecía haber llegado el momento cuando por fin podían despertar a los gobernantes del país a la necesidad de extirpar lo más rápidamente posible una herejía que parecía amenazar las bases mismas del Estado.

Ja‘far-Qulí Kh<u>án</u>, quien se encontraba en Sh<u>i</u>mírán cuando se llevó a cabo el atentado contra la vida del Sh<u>á</u>h, escribió inmediatamente una carta a Bahá'u'lláh en que Le informaba de los sucesos. "La madre del Sh<u>á</u>h", escribió, "está llena de ira. Lo está denunciando a Usted abiertamente ante la corte como el instigador del asesinato de su hijo. También está tratando de implicar a Mírzá Áqá Kh<u>á</u>n en este asunto y le acusa de ser Su cómplice". Urgió a Bahá'u'lláh que permaneciera oculto por algún tiempo en aquella vecindad, hasta que hubiera pasado el apasionamiento del pueblo. Envió un viejo y experimentado mensajero a Afch<u>i</u>h a quien ordenó ponerse a disposición de su Huésped y estar preparado para acompañarle a cualquier lugar seguro que pudiera elegir.

Bahá'u'lláh rehusó aprovecharse de la oportunidad que Le ofrecía Ja‘far-Qulí Kh<u>á</u>n. Sin tomar en cuenta al mensajero y rechazando su oferta, salió cabalgando al amanecer del siguiente día, con serena confianza, de Lavásán, donde estaba residiendo, en dirección al cuartel general del ejército imperial, que se encontraba en Níyávarán, en el distrito de Sh<u>i</u>mírán. Al llegar a la aldea de Zarkandih, sede de la legación rusa, que se encontraba a la distancia de un maydán[9] de Níyávarán, se encontró con Mírzá Majíd, Su cuñado, quien era secretario del ministro ruso[10], quien le invitó que fuera a su casa, que se encontraba al lado de la de su superior. Los servidores de ‘Alí Kh<u>á</u>n, el Hájibu'd-Dawlih Lo reconocieron e inmediatamente informaron a su amo quien llevó el asunto a la consideración del Sh<u>á</u>h.

La noticia de la llegada de Bahá'u'lláh provocó gran sorpresa a los oficiales del ejército imperial. Násiri'd-Dín Sh<u>á</u>h mismo se sintió asombrado ante el paso inesperado que había dado un Hombre acusado de ser el principal instigador de un atentado contra su vida. Inmediatamente envió a uno de sus oficiales de confianza a la legación, pidiendo que el Acusado fuera entregado en sus manos. El ministro ruso rehusó, y pidió a Bahá'u'lláh que fuera a la casa de Mírzá Áqá Kh<u>á</u>n, el Gran Vazír, que consideraba como el sitio más apropiado dadas las circunstancias. Su petición fue aceptada, en vista de lo cual el ministro comunicó

formalmente al Gran Vazír su deseo que se tuviera mucho cuidado en preservar la seguridad y protección del Fideicomiso que su gobierno estaba entregando a su cuidado, advirtiéndole que lo haría responsable si fracasara en cumplir sus deseos[11].

Mírzá Áqá Khán, aún cuando hizo todo lo posible por dar las seguridades que se le pedía, y recibió a Bahá'u'lláh en su casa con todas las señales de respeto que Se merecía, sintió demasiadas aprehensiones por la seguridad de su propia posición como para dar a su Huésped el trato que de él se esperaba.

Al dejar Bahá'u'lláh la aldea de Zarkandih, la hija del ministro, que sentía honda preocupación por los peligros que amenazaban Su vida, se sintió tan emocionada que no pudo reprimir las lágrimas. "¿De qué sirve", se la oyó protestar ante su padre, "la autoridad con que has sido investido, si no tienes poder para dar protección a un Huésped que ha sido recibido en tu casa?". El ministro, que tenía gran afecto por su hija, se sintió conmovido al ver sus lágrimas y trató de consolarla dándole seguridades que haría todo lo posible por alejar el peligro que amenazaba la vida de Bahá'u'lláh.

Aquel día el ejército de Násiri'd-Dín Sháh se vio presa de gran tumulto. Las órdenes perentorias del soberano, que seguían tan de cerca el atentado contra su propia vida, dieron lugar a los rumores más fantásticos y despertó las pasiones más intensas en los corazones del pueblo. Confusión sin precedentes reinaba en la capital. Una palabra de denuncia, una señal, un susurro, bastaban para someter a los inocentes a una persecución que no hay pluma que pueda describir. Habían desaparecido por completo la seguridad de vida y propiedad. Las autoridades eclesiásticas más elevadas de la capital unían manos con los miembros del gobierno para dar lo que consideraban sería el golpe de gracia a un enemigo que, durante ocho años, había sacudido en tal grado la paz del país y que no había podido ser silenciado por ninguna forma de violencia ni astucia[12].

Ahora que ya no existía el Báb, Bahá'u'lláh aparecía a sus ojos como el arch-enemigo a quien consideraban que era su primer deber capturar y encarcelar. Para ellos, Él era la reencarnación del Espíritu que el Báb había manifestado tan poderosamente, el Espíritu por medio del cual Él había podido llevar a cabo transformación tal en las vidas y costumbres de Sus compatriotas. Las precauciones tomadas por el ministro ruso y las advertencias que había hecho, de nada sirvieron para detener la mano que se había extendido tan decididamente para arrebatar tan preciosa Vida.

Desde Shimírán a Teherán, en varias oportunidades, Bahá'u'lláh se vio privado de Su ropa y fue objeto de abusos y ridículo. A pie y expuesto a los candentes rayos del sol de mediados del verano, fue obligado a recorrer, descalzo

y con la cabeza descubierta, toda la distancia entre Shimírán y el calabozo a que hemos hecho referencia. Por toda la ruta fue apedreado y vilipendiado por las multitudes a las que Sus enemigos habían logrado convencer que Él era el enemigo jurado de su soberano y el destructor de su reino. No tengo palabras con qué describir el horror del trato que se Le dio a medida que era conducido al Síyáh-Chál[13] de Teherán. Al acercarse al calabozo, una anciana decrépita salió de entre la multitud, con una piedra en su mano, ansiosa de lanzársela al rostro de Bahá'u'lláh. Sus ojos brillaban con una determinación y fanatismo que pocas mujeres de su edad podían demostrar. Todo su cuerpo temblaba de ira cuando se acercó y levantó su mano para arrojarle un proyectil. "¡Les conjuro por el Siyyidu'sh-Shuhadá[14]", imploró mientras corría para alcanzar a aquellos en cuyas manos se encontraba Bahá'u'lláh, "denme una oportunidad para arrojar mi piedra en Su rostro!". ***"No permitáis que esta mujer se desilusione",*** dijo Bahá'u'lláh a Sus guardias, al verla apurándose detrás Suyo. "***No le privéis de lo que ella considera una acción meritoria a los ojos de Dios"***.

El Síyáh-Chál a que fue arrojado Bahá'u'lláh, que originalmente servía de depósito de agua para uno de los baños públicos de Teherán, era un calabozo subterráneo en que se acostumbraba encerrar a los criminales de la peor especie. La oscuridad, la mugre y el carácter de los prisioneros, se combinaban para hacer de ese hoyo pestilente el lugar más abominable en que podía ser condenado un ser humano. Sus pies fueron puestos en un cepo y alrededor de Su cuello se Le colocaron las cadenas Qará-Guhar, infames en toda Persia por su enorme peso[15]. Durante tres días y tres noches no se Le dio ninguna clase de bebida o alimento a Bahá'u'lláh. No Le era posible descansar ni dormir. El sitio estaba infestado de sabandijas e insectos y el hedor de ese lúgubre lugar era suficiente para aniquilar el espíritu de los que estaban condenados a padecer sus horrores. Tal era la condición en que se Le tenía que uno de los verdugos tuvo piedad de Él. En varias oportunidades este hombre trató de inducirle a tomar un poco de té que había logrado introducir al calabozo debajo de su ropa. Sin embargo, Bahá'u'lláh rehusó beberlo. Con frecuencia, Su familia trató de persuadir al guardia para que les permitiera llevar a su prisión la comida que Le habían preparado. Aún cuando al principio no había ruego que pudiera inducir a los guardias a relajar la severidad de la disciplina, sin embargo gradualmente cedieron a la porfía de Sus amigos. Nadie podía estar seguro, sin embargo, si el alimento llegaría hasta Él, o si consentiría ingerirlo mientras algunos de Sus compañeros de prisión se morían de hambre ante Sus ojos. Por cierto que es casi imposible imaginar miseria más

grande que la que había sobrevenido a estas víctimas inocentes de la ira de su soberano[16].

Sádiq-i-Tabrízí, la suerte que sufrió fue a la vez cruel y humillante. Fue prendido mientras se acercaba al Sháh a quien había derribado de su caballo, con la esperanza de propinarle un golpe con el sable que llevaba en la mano. El Shátir-Báshí, junto con los ayudantes del Mustawfíyu'l-Mamálik, cayeron sobre él y, sin tratar de averiguar quién era, le dieron muerte en el acto. Con la intención de aquietar la excitación del populacho, cortaron su cuerpo en dos mitades, cada una de las cuales exhibieron a la mirada del público a la entrada de las puertas de Shimírán y Sháh-‘Abdu'l-‘Azím[17]. Sus otros dos compañeros, Fathu'lláh-i-Hakkák-i-Qumí y Hájí Qásim-i-Nayrízí, quienes sólo habían logrado infligir pequeñas heridas al Sháh, fueron sometidos a un trato tan inhumano que terminó finalmente con su muerte. Fathu'lláh, aún cuando sufría bajo severa tortura, rehusó obstinadamente dar respuesta a las preguntas que le hacían. El silencio que guardó a pesar de las múltiples torturas, hizo creer a sus opresores que era mudo. Exasperados por su fracaso, le hicieron tragar plomo derretido, acción que puso fin a sus padecimientos.

Su camarada, Hájí Qásim, fue tratado con un salvajismo aún más repugnante. El mismo día en que Hájí Sulaymán Khán era sometido a aquel terrible sufrimiento, este pobre infeliz recibía igual trato a monos de sus perseguidores en Shimírán. Le arrancaron la ropa, velas prendidas fueron introducidas en orificios practicados en su carne y, en esta forma, se le hizo desfilar ante la multitud que vociferaba y lo maldecía. El espíritu de venganza que animaba a aquéllos en cuyas manos había caído, parecía insaciable. Día tras día nuevas víctimas se vieron obligadas a expiar con su sangre un crimen que no habían cometido y de cuyas circunstancias ignoraban hasta el más mínimo detalle. Todos los recursos ingeniosos que los torturadores de Teherán podían emplear fueron aplicados sin misericordia a los cuerpos de aquellos infortunados que no fueron ni juzgados ni interrogados, y cuyo derecho a defenderse y probar su inocencia no era tomada en cuenta.

Cada uno de esos días de terror atestiguó el martirio de dos de los compañeros del Báb, uno de los cuales fue muerto en Teherán, mientras el otro halló su fin en Shimírán. A ambos se les sometió a igual clase de tortura, ambos eran entregados al público para que se vengara en ellos. Los que eran arrestados fueron repartidos entre varias clases de personas, cuyos mensajeros visitaban el calabozo cada día y reclamaban su víctima[18]. Llevándolo al sitio de su muerte, daban la señal para un ataque general, después de lo cual tanto los hombres como las mujeres caían sobre su presa, hacían pedazos su cuerpo y lo mutilaban a tal

extremo que no quedaban huellas de la forma original. Crueldad tal dejó asombrados hasta a los más despiadados verdugos cuyas manos, nunca habían perpetrado las atrocidades de que se había mostrado capaz aquella gente[19].

De todas las torturas que un enemigo insaciable infligió a sus víctimas, ninguna fue más repugnante en su carácter que la que caracterizó la muerte de Hájí Sulaymán Khán, quien mostró muy poca inclinación por las filas y puestos oficiales. Desde el día de su aceptación de la Causa del Báb, las ocupaciones mezquinas en que se encontraban sumidas las personas que le rodeaban provocaron su piedad y desprecio. La vanidad de sus ambiciones se había demostrado de sobra a sus ojos. En su juventud ansió huir del ruido de la capital y buscar refugio en la ciudad sagrada de Karbilá. Allí conoció a Siyyid Kázim y llegó a ser uno de sus más fervientes adeptos. Su sincera piedad, su frugalidad y amor al aislamiento eran las características principales de su carácter. Permaneció en Karbilá hasta el día en que llegó a sus oídos la Llamada de Shíráz por intermedio de Mullá Yúsuf-i-Ardibílí y Mullá Mihdíy-i-Khu'í, quienes eran, ambos, sus mejores amigos. Abrazó con entusiasmo el Mensaje del Báb[20]. Su intención era, a su regreso a Teherán desde Karbilá, reunirse con los defensores del fuerte de Tabarsí, pero llegó demasiado tarde para cumplir con su propósito. Permaneció en la capital y siguió usando el tipo de indumentaria que había adoptado en Karbilá. El turbante pequeño que usaba y la túnica blanca que ocultaba su 'abá[21] negro, no eran del agrado del Amir-Nizám, quien le indujo a descartar esas prendas y usar en su lugar un uniforme militar. Se le obligó a usar el Kuláh[22], un gorro que se pensaba estaba más de acuerdo con el rango de su padre. Aún cuando el Amir insistió que aceptara un puesto en el gobierno, rehusó tercamente cumplir con su deseo. La mayor parte de su tiempo lo pasaba en compañía de los discípulos del Báb, especialmente aquellos de Sus compañeros que habían sobrevivido la lucha de Tabarsí. Los rodeó de cuidado y bondad sorprendentes. Él y su padre eran personas de tanta influencia que el Amir-Nizám se vio inducido a perdonarle la vida y, aún más, no perpetrar ningún acto de violencia en su contra. Aún cuando estaba en Teherán cuando los siete compañeros del Báb, con quienes estaba íntimamente asociado, fueron martirizados, ni los oficiales del gobierno ni nadie entre la gente del pueblo se atrevió a pedir que lo arrestaran. Ni siquiera en Tabríz, donde viajó con el fin de salvar la vida del Báb, ni uno solo de los habitantes del pueblo se atrevió a levantar un dedo en su contra. El Amir-Nizám, quien estaba bien informado de sus servicios a la Causa del Báb, prefirió ignorar sus actos antes de precipitar un conflicto con él y su padre.

Poco después del martirio de cierto Mullá Zaynu'l-'Ábidín-i-Yazdí, se difundió el rumor que aquéllos a quienes el gobierno tenía la intención de ejecutar, entre los que se encontraban Siyyid Husayn, el amanuense del Báb, y Táhirih, iban a ser puestos en libertad y que toda nueva persecución de sus amigos iba a ser abandonada. Se dijo por todas partes que, el Amir-Nizám, al considerar que se acercaba la hora de su muerte, había sentido repentinamente gran temor y, en estado de profundo arrepentimiento, había exclamado: "Me persigue la visión del Siyyid-i-Báb, a quien he hecho martirizar. Puedo ver ahora el terrible error que he cometido. Debí haber reprimido la violencia de aquellos quienes me presionaron para que derramara Su sangre y la de Sus compañeros. Ahora veo que los intereses del Estado lo hacían necesario". Su sucesor, Mírzá Áqá Kh<u>á</u>n, se sintió inclinado a hacer lo mismo al comienzo de su administración, y tenía la intención de inaugurar su ministerio con una reconciliación perdurable entre él y los seguidores del Báb. Se estaba preparando para cumplir con esa tarea, cuando el atentado contra la vida del Sh<u>á</u>h hizo pedazos sus planes e hizo caer a la capital en un estado de confusión sin precedentes.

He oído a la Más Grande Rama[23], quien en aquel tiempo tenía ocho años de edad, relatar una de Sus experiencias cuando Se aventuró a salir de la casa en que residía en esa época. ***"Nos habíamos refugiado",*** nos dijo, ***"en casa de Mi tío, Mírzá Ismá'il. Teherán se encontraba en estado de intensa excitación. En algunas ocasiones Me aventuré a salir de la casa y cruzar la calle encaminándome al mercado. Apenas cruzaba el umbral y ponía pie en la calle, cuando niños de Mi edad, que corrían por allí, se apiñaban al rededor Mío gritando, '¡bábí, bábí!'. Como sabía muy bien el estado de excitación en que se hallaban sumidos los habitantes de la capital, ya fueran jóvenes o ancianos, ignoraba deliberadamente su vocerío y me dirigía tranquilamente a Mi casa. Ocurrió cierto día que caminaba solo por el mercado hacia la casa de mi tío. Al mirar tras Mí, encontré que una banda de pequeños rufianes corrían a toda prisa para alcanzarme. Tiraban piedras y gritaban amenazadoramente '¡bábí, bábí!'. Intimidarlos me parecía el único medio de alejar el peligro que Me amenazaba. Me volví y corrí hacia ellos con determinación tal que huyeron despavoridos y desaparecieron. Podía oírlos a la distancia gritando: '¡El pequeño bábí nos persigue! ¡Con seguridad nos va a alcanzar y matar!'. Al acercarme a Mi casa, oí a un hombre gritar en alta voz: '¡Bien hecho, niño valiente e intrépido! ¡Nadie a tu edad jamás habría podido resistir su ataque sin ayuda'. Desde ese día nunca me volvieron a molestar los niños de la calle, ni oí palabras ofensivas de sus labios".***

Entre los que fueron capturados y encarcelados, en medio de la confusión general, se encontraba Hájí Sulaymán Khán, las circunstancias de cuyo martirio relato a continuación. Los hechos que menciono los he examinado y verificado cuidadosamente yo mismo y se los debo, en su mayoría, a Áqáy-i-Kalím, quien se encontraba él mismo en Teherán en aquel tiempo, y se vio obligado a compartir los terrores y sufrimientos de sus hermanos. "El mismo día del martirio de Hájí Sulaymán Khán", me informó, "estaba presente, junto con Mírzá ‘Abdu'l-Majíd, en una reunión en Teherán en que se hallaban congregados gran número de la gente destacada y los dignatarios de la capital. Entre ellos se encontraba Hájí Mullá Mahmúd, el Nizámu'l-‘Ulamá, quien pidió al Kalantar que describiera en detalle las circunstancias de la muerte de Hájí Sulaymán Khán. El Kalantar señaló con su dedo a Mírzá Taqí, el kad-khudá[24] quien, dijo, había conducido a la víctima desde las vecindades del palacio imperial al lugar de su ejecución, fuera de la puerta de Naw. En vista de ello se solicitó a Mírzá Taqí que relatara a los allí presentes todo lo que había visto y oído. ‘Yo y mis ayudantes’, dijo, ‘recibimos órdenes de comprar nueve velas y de introducirlas, nosotros mismos, en profundos hoyos horadados en su carne. Se nos dio instrucciones de prender cada una de estas velas y de conducirlo, a través del mercado, al son de tambores y trompetas, al lugar de su ejecución. Se nos ordenó que, una vez allí, cortáramos su cuerpo en dos mitades, cada una de las cuales debíamos suspender a cada lado de la puerta de Naw. El mismo eligió cómo deseaba ser martirizado. Násiri'd-Dín Sháh había ordenado a Hájibu'd-Dawlih[25] que indagara la complicidad del acusado y, si estaba seguro de su inocencia, debía inducirle a retractarse. Si se sometía, debía perdonársele la vida y mantenerlo detenido hasta la solución final de su caso. Si rehusaba, debía ser muerto de la manera que él mismo quisiera’”.

"Las investigaciones de Hájibu'd-Dawlih le convencieron de la inocencia de Hájí Sulaymán Khán. En cuanto se le informó al acusado de las instrucciones de su soberano, se le oyó exclamar con júbilo: ‘¡Nunca, mientras siga corriendo en mis venas mi sangre, estaré dispuesto a renunciar a mi fe en mi Bienamado! Este mundo, que el Comandante de los Fieles[26] ha comparado a carroña, nunca me inducirá a alejarme del Deseado de mi corazón’. Se le pidió que determinara cómo deseaba morir. ‘Hagan hoyos en mi carne’, respondió, ‘y en cada herida introduzcan una vela. Que se prendan nueve velas en mi cuerpo y, hecho esto, condúzcanme por las calles de Teherán. Llamen a las multitudes para que atestigüen la gloria de mi martirio, para que el recuerdo de mi muerte quede grabado en sus corazones y les ayude al rememorar la intensidad de mis tribulaciones, a reconocer la Luz que he abrazado. Cuando llegue al pie del patíbulo, después de haber dicho mi última oración, corten mi cuerpo en dos y

suspendan mis miembros a cada lado de la puerta de Teherán, para que la multitud que pase por ella pueda atestiguar el amor que la Fe del Báb ha encendido en los corazones de Sus discípulos y pueda contemplar las pruebas de su devoción’”.

"Hájibu'd-Dawlih dio instrucciones a sus hombres que cumplieran los deseos expresados por Hájí Sulaymán Kh<u>á</u>n y me dio instrucciones de llevarlo por el mercado hasta el lugar donde iba a ser ejecutado. Al poner en manos de la víctima las velas que habían adquirido, y se estaban preparando para hacer un tajo en su pecho, hizo un intento de arrancar el arma de las temblorosas manos del verdugo con el objeto de hacer él mismo el corte. ‘¿Por qué teme y vacila?’, dijo, al extender la mano para tomar el cuchillo. ‘Déjeme a mí hacer el trabajo y encender las velas’. Temiendo que nos atacara, di orden a mis hombres que no se lo permitieran y les pedí que le amarraran las manos detrás de la espalda. ‘Permitidme’, imploró, ‘indicar con mis dedos los lugares en que deseo que hagan los cortes, porque no tengo otra petición que hacer fuera de ésta’”.

“Les pidió que hicieran dos orificios en su pecho, dos en los hombros, uno en la nuca, y los cuatro restantes en su espalda. Con estoica serenidad sufrió esas torturas. La firmeza brillaba en sus ojos mientras guardaba un silencio misterioso e ininterrumpido. Ni la gritería de la multitud ni el espectáculo de la sangre que corría sobre su cuerpo podía inducirle a interrumpir su silencio. Se mantuvo sereno e impasible hasta que las nueve velas habían sido colocadas en su lugar y habían sido prendidas”.

"En cuanto estuvo listo todo para su marcha al sitio de su muerte, de pie, recto como un venablo, con la misma expresión de inquebrantable fortaleza brillando en su rostro, se adelantó para encabezar a la muchedumbre que se apiñaba alrededor suyo y se dirigió hacia el lugar que iba a atestiguar la consumación de su martirio. Después de dar algunos pasos, interrumpía la marcha y, mirando a la asombrada multitud, decía en alta voz: ‘¡Qué mayor pompa y fastuosidad que las que en este día me acompañan en mi camino hacia la conquista de la corona de la gloria! ¡Glorificado sea el Báb, Quien puede encender tal devoción en el corazón de quienes Le aman y les confiere un poder superior a la de los reyes!’. Por momentos, como si estuviera intoxicado por el fervor de tal devoción, exclamaba: ‘El Abraham de tiempos pasados, mientras oraba a Dios, en la hora de su gran agonía, pidiendo que Le enviara el alivio que Su alma añoraba, oyó a la Voz del Invisible diciendo: ‘¡Oh fuego! ¡Sé frío y para Abraham ningún peligro!’[27]. Pero este Sulaymán dice, desde la profundidad de su corazón atormentado: ‘¡Señor, Señor! Deja que Tu fuego arda incesantemente dentro de mí, y permite que su llama consuma mi ser’. Al ver sus ojos a la llama

vacilando en su herida, exclamó frenético de alegría: "¡Ojalá estuviera aquí Aquél cuya mano encendió mi alma, para que viera mi estado! ¡No creáis que estoy intoxicado con el vino de esta tierra!', gritó a la vasta multitud que miraba atónita su conducta, '¡Es el amor de mi Bienamado que ha llenado mi alma y me ha hecho sentirme poseído de una soberanía que hasta los reyes pueden envidiar!'".

"No recuerdo las exclamaciones de júbilo que cayeron de sus labios a medida que se acercaba su fin. Lo único que recuerdo son algunas de las conmovedoras palabras que, en momentos de júbilo, se sintió impulsado a gritar ante el concurso de los espectadores. No tengo palabras con qué describir la expresión de ese rostro o medir el efecto de sus palabras sobre la multitud".

"Se encontraba aún en el bazar cuando una brisa avivó la llama de las velas que ardían en su pecho. Al derretirse, rápidamente las llamas llegaron a nivel de las heridas en que habían sido introducidas. Nosotros, que le seguíamos a corta distancia, podíamos oír claramente el chirrido de su carne. Al ver la sangre y las llamas que cubrían su cuerpo, en vez de guardar silencio, parecía aumentar su inquebrantable entusiasmo. Aún se le oía decir, dirigiéndose esta vez a las llamas que quemaban sus heridas: '¡Hace rato que perdisteis vuestro aguijón, oh llamas, y habéis sido privadas de vuestro poder para causarme dolor. Apresuraos, porque desde vuestras lenguas de fuego puedo oír la voz que me llama a mi Bienamado!'".

"El dolor y el sufrimiento parecían haberse esfumado ante el ardor de su entusiasmo. Envuelto en las llamas, marchó como un conquistador podría haberlo hecho a la escena de su victoria. Se movía entre la muchedumbre excitada hecho una llama de luz en la penumbra que lo rodeaba. Al llegar al pie del patíbulo, levantó su voz en una última llamada a la multitud de curiosos. '¿No poseía este Sulaymán, que ustedes ven delante de sus ojos, presa de fuego y sangre, todos los favores y riquezas que el mundo puede conferir? ¿Qué puede haberle hecho renunciar a esta gloria terrenal para aceptar como recompensa degradación y sufrimiento tan grandes?' Postrándose en dirección del santuario del Imám-Zádih Hasan, murmuró ciertas palabras en árabe que no pude entender. '¡Mi trabajo ha terminado!', dijo al verdugo, en cuanto terminó su oración, '¡Ven y haz el tuyo!' Estaba vivo todavía cuando su cuerpo fue cortado en dos con un machete. La alabanza de su Bienamado, a pesar de sufrimientos tan increíbles, siguió en sus labios hasta el último instante de su vida"[28].

"Aquella trágica historia conmovió a los oyentes hasta lo más hondo de sus almas. El Nizámu'l-'Ulamá, quien escuchaba con atención todos los detalles, se restregó las monos de horror y desesperación. '¡Qué extraña, sumamente extraña,

es esta Causa!', exclamó. Sin decir otra palabra de comentario, se levantó inmediatamente después y se fue"[29].

Aquellos días de incesante sufrimiento atestiguaron el martirio de otro discípulo eminente del Báb. Una mujer, no menos grande y heroica que Táhirih en persona, se vio envuelta por la tormenta que rugía con inalterable violencia en la capital. Lo que empiezo a relatar ahora sobre las circunstancias de su martirio lo he obtenido de fuentes fidedignas, algunas de quienes eran testigos oculares de los sucesos que trato de describir. Su permanencia en Teherán se caracterizó por las múltiples señales de cálido afecto que le tenían las mujeres más destacadas de la capital. En verdad, había alcanzado el nivel más alto de su popularidad[30]. La casa en que se hallaba confinado estaba asediada por sus admiradoras, que se apiñaban a la puerta, ansiosas de entrar en su presencia y buscar los beneficios de sus conocimientos[31]. Entre estas damas se distinguió la mujer del Kalantar[32], por su extrema reverencia hacia Táhirih. Actuando como su anfitriona, la presentó a la flor y nata de las mujeres de Teherán, la sirvió con extraordinario entusiasmo y nunca dejó de contribuir su parte para hacer más profunda su influencia entre las demás mujeres. Personas que estaban íntimamente relacionadas con la mujer del Kalantar la han oído relatar lo siguiente: "Cierta noche, mientras Táhirih permanecía en mi casa, fui llamada a su presencia y la encontré cubierta de adornos y con un vestido de seda blanca como la nieve. Su pieza estaba fragante con los más delicados perfumes. Le expresé mi sorpresa ante espectáculo tan fuera de lo común. 'Me estoy preparando para encontrarme con mi Bienamado', dijo, 'y deseo librarla de los cuidados y ansiedades de mi encarcelamiento'. Al principio me sentí muy sorprendida y lloré al pensar en que pudiera verme separada de ella. 'No lloré', me animó diciendo. 'No ha llegado aún la hora de sus lamentaciones. Deseo compartir con usted mis últimos deseos, porque la hora en que se me arrestará y condenará a ser martirizada se acerca rápidamente. Deseo pedirle que permita a su hijo acompañarme al lugar de mi muerte y cuidar que los guardias y el verdugo en cuyas manos he de ser entregada no me obliguen a quitarme estos vestidos. También deseo que mi cuerpo sea echado en una fosa que ha de ser llenada de tierra y piedras. Tres días después de mi muerte vendrá una mujer a visitarla a quien entregará este paquete que confío a su cuidado en este instante. Mi última petición es que, en adelante, no permita a nadie entrar a mi cuarto. Desde ahora hasta el momento en que sea llamada a dejar esta casa, que no se permita a nadie interrumpir mis devociones. Hoy es mi intención ayunar -ayuno que no interrumpiré hasta que me vea cara a cara con mi Bienamado'. Con estas palabras me pidió que cerrara con llave la puerta de su cuarto y que no la abriera hasta que llegara la hora de su partida. También me

pidió que mantuviera el secreto de la noticia de su muerte hasta que sus enemigos la dieron a conocer".

"Sólo el gran amor que sentía por ella en mi corazón me permitió cumplir con sus instrucciones. Si no hubiera sido por el deseo compelente que sentía de cumplir su voluntad, no hubiera permitido, por un solo instante, que se me privara de su presencia. Cerré con llave la puerta de su cuarto y me retiré al mío, sumida en un estado de incontrolable pesar. Me recosté sin poder conciliar el sueño y desconsolada sobre mi lecho. El pensamiento de su próximo martirio me desgarraba el alma. 'Señor, Señor', oré en mi desesperación, 'aleja de ella, si es Tu voluntad, la copa que sus labios desean beber'. Aquel día y aquella noche, en varias ocasiones, incapaz de controlarme, me levanté y a hurtadillas me acerqué al umbral de aquella pieza y permanecía de pie, en silencio, al lado de su puerta, deseosa de escuchar todo lo que brotara de sus labios. Me sentí extasiada por la melodía de aquella voz que entonaba la alabanza de su Bienamado. Apenas me podía mantener de pie, tan grande era mi estado de agitación. Cuatro horas después de la puesta del sol oí que golpeaban a la puerta. Me apresuré en ir inmediatamente donde mi hijo y le informé de los deseos de Táhirih. Empeñó su palabra que cumpliría todas las instrucciones que me había dado ella. Ocurrió que aquella noche mi marido estaba ausente. Mi hijo, que abrió la puerta, me informó que los farráshes[33] de 'Azíz Khán-i-Sardár se encontraban en el portón, y pedían que Táhirih les fuera entregada inmediatamente. Me sentí aterrorizada por la noticia y, al acercarme vacilante a su puerta que abrí con mano temblorosa, la encontré con el velo puesto y lista para salir de su cuarto. Estaba caminando de un lado al otro de su alcoba cuando entré y estaba entonando una letanía expresiva de pesar y triunfo a la vez. En cuanto me vio se acercó a mí y me besó. Puso en mis manos la llave de su cofre en el que había dejado, según me dijo, algunos objetos sin importancia como recuerdo para mí de su estadía en mi casa. 'Cuando quiera que abra ese cofre', dijo, 'y vea los objetos que contiene, espero que se recordará de mí y se regocijará por mi alegría'".

"Con estas palabras se despidió por última vez de mí y, acompañada por mi hijo, desapareció de mi vista. ¡Cuánta angustia sentí en aquel instante, al ver su hermosa silueta desaparecer en la distancia! Subió al caballo que el Sardár había enviado para ella y, escoltada por mi hijo y cierto número de ayudantes, que marchaban a cada lado de ella, salió cabalgando hacia el jardín que iba a ser la escena de su martirio".

"Tres horas más tarde regresó mi hijo con el rostro bañado en lágrimas, lanzando imprecaciones al Sardár y sus malvados lugartenientes. Traté de tranquilizarlo y, sentándolo a mi lado, le pedí que me relatara en detalle las

circunstancias de su muerte. ‘Madre’, dijo entre sollozos, ‘apenas puedo intentar describir lo que mis ojos han visto. Fuimos directamente al jardín Ílkhání[34], afuera de las puertas de la ciudad. Me sentí horrorizado al encontrar allí al Sardár y sus lugartenientes, absortos en actos de libertinaje vergonzoso, ebrios y riendo a carcajadas. Al llegar al portón, Táhirih bajó del caballo y, llamándome a su lado, me pidió que actuara como intermediario entre ella y el Sardár, a quien no tenía deseos de hablar en medio de su borrachera. ‘Parece que desean estrangularme’, me dijo. ‘Hace algún tiempo que reservo un pañuelo de seda que ha sido mi esperanza se utilizara para ese propósito. Aquí lo tienes y quiero que induzcas a ese ebrio disoluto que lo utilice como medio de quitarme la vida’”.

“‘Cuando fui donde el Sardár, lo encontré en estado de completa intoxicación. ‘No interrumpas la alegría de nuestro festival’, le oí gritar al acercarme. Que estrangulen a esa miserable y que echen su cuerpo en una fosa’. ‘Me sentí muy sorprendido ante tal orden. Considerando que era innecesario pedirle nada, me acerqué a dos de sus ayudantes, a quienes ya conocía, y les di el pañuelo que Táhirih me había entregado. Aceptaron cumplir con su deseo. Ese mismo pañuelo fue enrollado alrededor de su cuello y se transformó en el instrumento de su martirio. Fui inmediatamente donde el jardinero y le pregunté si me podía sugerir un lugar donde ocultar el cuerpo. Para gran felicidad mía, me indicó una fosa que se acababa de excavar y que había quedado inconclusa. Con la ayuda de otras personas, la coloqué en su sepultura y la cubrí con tierra y piedras como ella misma había pedido. Los que la vieron en sus últimos momentos se sintieron profundamente emocionados. Con la cabeza gacha y en completo silencio, se dispersaron adoloridos, dejando a su víctima, que había derramado sobre su país esplendor tal, enterrada bajo un montón de piedras que ellos, con sus propias manos, le habían echado encima’”.

"Lloré amargamente mientras mi hijo relataba aquella trágica historia. Me sentí tan sobrecogida por la emoción que caí sin sentido sobre el suelo. Cuando me restablecí, encontré a mi hijo presa de una agonía no menos severa que la mía. Yacía sobre un diván, llorando desconsoladamente. Al ver el estado en que me encontraba, se acercó y me animó. ‘Tus lágrimas’, dijo, ‘te delatarán a mi padre. Consideraciones de rango y posición, sin lugar a dudas lo inducirán a abandonarnos y cortar cualquier lazo que pudiera atarlo a este hogar. Si no reprimimos nuestras lágrimas, nos acusará ante Násiri’d-Dín Sháh como víctimas del hechizo de un enemigo odiado. Obtendrá el consentimiento del soberano para darnos muerte y es probable que nos ejecute con sus propias manos. ¿Por qué hemos de permitir nosotros, que nunca hemos abrazado aquella Causa, que nos sobrevenga tal suerte en sus manos? Lo único que debiéramos hacer es

defenderla contra quienes la denuncian como la negación de la castidad y honor. Siempre debiéramos atesorar su amor en nuestros corazones y defender ante un enemigo calumniador la integridad de su vida’”.

"Sus palabras aliviaron mi agitación interior. Fui a su cofre y, con la llave que ella había puesto en mis monos, lo abrí. Encontré un frasquito de exquisito perfume, al lado del cual había un rosario, un collar de coral, y tres anillos, engastados con turquesa, cornelina y rubí, respectivamente. Al contemplar sus bienes terrenales, medité sobre las circunstancias de su vida llena de acontecimientos, y recordé, maravillada, su intrépido coraje, su celo, su alto sentido del deber y su inquebrantable devoción. Recordé sus dotes literarias, y pensé en los encarcelamientos, la vergüenza y la calumnia que había tenido que afrontar con fortaleza tal como ninguna otra mujer en su país podía manifestar. Me imaginé aquel rostro atrayente que, desgraciadamente, se encontraba ahora sepultado bajo una masa de tierra y piedras. El recuerdo de su apasionada elocuencia enardeció mi corazón, mientras repetía para mí las palabras que con tanta frecuencia habían caído de sus labios. La consciencia de la vastedad de sus conocimientos y su dominio de las Sagradas escrituras del islam, pasó por mi mente con rapidez desconcertante. Sobre todo, su apasionada lealtad a la Fe que había abrazado, su fervor al defender su Causa, los servicios que Le rindió, los sufrimientos y tribulaciones que había padecido por su Causa, el ejemplo que había dado a Sus seguidores, el ímpetu que había dado a Su difusión, el nombre que se había conquistado en el corazón de sus compatriotas, todo esto lo recordé mientras permanecí de pie al lado de su cofre, pensando qué podría haber inducido a esta mujer tan grande a abandonar todas las riquezas y honores con que había estado rodeada y abrazar la Causa de un Joven desconocido de Shíráz. ¿Cuál sería el secreto, pensé, del poder que la arrancó de su hogar y de sus familiares, que la sostuvo durante su tormentosa carrera y que finalmente la llevó al sepulcro? ¿Podría ser esa fuerza, pensé, de Dios? ¿Sería acaso que la mano del Omnipotente había guiado sus pasos por la ruta, llena de peligros, de su vida?”

"El tercer día después de su martirio[35], llegó la mujer cuya venida ella había anunciado. Le pregunté su nombre y, como encontré que era el mismo que Táhirih me había dicho, entregué en su poder el paquete que me había encomendado. No había visto antes a esa mujer, ni tampoco la volví a ver jamás después"[36].

El nombre de aquella mujer inmortal era Fátimih, nombre que le fue conferido por su padre. Sus familiares y parientes la llamaban Umm-i-Salmih, quienes también la designaban como Zakíyyih. Nació en el año 1233 D.H.[37], el mismo año que atestiguó el nacimiento de Bahá'u'lláh. Tenía treinta y seis años

de edad cuando fue martirizada en Teherán. Espero que generaciones futuras puedan presentar un relato apropiado de una vida que sus contemporáneos han fracasado en reconocer dignamente. Confío en que los historiadores del futuro perciban la magnitud verdadera de su influencia y dejen constancia de los servicios inigualables que esta gran mujer ha rendido a su país y a su pueblo. Espero que los seguidores de la Fe que ella sirvió tan dignamente, traten de seguir su ejemplo, relatar sus acciones, recolectar sus escritos, den a conocer su talento y la establezcan, para siempre, en la memoria y afecto de los pueblos y razas de la tierra[38].

Otra figura distinguida de entre los discípulos del Báb que encontró la muerte durante el período turbulento que sobrecogió a Teherán fue Siyyid Husayn-i-Yazdí, quien fue amanuense del Báb tanto en Máh-Kú como en Chihríq. Sus conocimientos de las enseñanzas de la Fe eran tales que el Báb, en una Tablilla dirigida a Mírzá Yahyá, urgió a éste que le pidiera que le ilustrara sobre cualquier punto en relación con las Escrituras sagradas. Hombre de posición y experiencia, en quien el Báb puso toda Su confianza y con quien estuvo asociado íntimamente, después del martirio de su Maestro en Tabríz, sufrió la agonía de un prolongado confinamiento en un calabozo subterráneo de Teherán, confinamiento que terminó en su martirio. Bahá'u'lláh ayudó mucho a aliviar los sufrimientos que padeció. Con regularidad, todos los meses, le envió toda la ayuda financiera que necesitaba. Hasta los carceleros que lo cuidaban lo admiraban y alababan. Su larga e íntima compañía con el Báb, durante los últimos y más tormentosos días de Su vida, había profundizado su comprensión y provisto a su alma con un poder que estaba destinado a manifestar en grado cada vez mayor a medida que se acercaban a su fin los días de su vida terrenal. Yacía en su prisión ansiando que llegara el día en que se le pidiera sufrir una muerte similar a la de su Maestro. Privado del privilegio de ser martirizado el mismo día que el Báb, privilegio que había sido su deseo más acariciado, esperaba ahora ansiosamente el momento en que, a su vez, vaciaría hasta la última gota la copa que habían tocado Sus labios. Con frecuencia los oficiales principales de Teherán trataron de inducirle a que aceptara su ofrecimiento de librarlo de los rigores de su encarcelamiento, así como también de las posibilidades de una muerte aún más cruel. Con firmeza, rehusó. Las lágrimas corrían sin cesar de sus ojos -lágrimas nacidas de su vehemente deseo de ver nuevamente aquel Rostro cuyo fulgor había brillado tan intensamente en medio de la oscuridad de un cruel encarcelamiento en Ádhirbáyján, y cuyo resplandor disipó el frío de sus noches de invierno. Mientras meditaba en la penumbra de su prisión sobre los días felices que había pasado en presencia de su Maestro, vino a él Uno que podía hacer desaparecer, por la luz de

Su presencia, la angustia que se había apoderado de su alma. Su Consolador no era otro sino Bahá'u'lláh Mismo. Siyyid Husayn tuvo el privilegio de permanecer en Su compañía hasta la hora de su muerte. La mano de ‘Azíz Khán-i-Sardár, que había dado muerte a Táhirih, fue también la mano que propinó el golpe fatal al amanuense y otrora compañero de prisión del Báb en Ádhirbáyján. No es necesario que me extienda sobre los detalles de la muerte que le infligió el Sardár asesino. Basta decir que él también, como los que le precedieron, bebió, bajo condiciones de vergonzosa crueldad, la copa que había ansiado tan profundamente durante tanto tiempo.

Ahora voy a relatar lo que le sucedió a los restantes compañeros del Báb, aquellos que tuvieron el privilegio de compartir los horrores del confinamiento de Bahá'u'lláh. De Sus propios labios he oído, con frecuencia, el siguiente relato: ***"Todos los que fueron derribados por la tormenta que rugió en Teherán durante ese año memorable, fueron Nuestros compañeros de prisión en el Síyáh-Chál, donde Nos encontrábamos confinados. Fuimos todos apiñados juntos en una misma celda, nuestros pies en cepos y alrededor de nuestros cuellos pesadísimas cadenas. El aire que respirábamos estaba cargado de las peores impurezas, mientras el suelo sobre el que estábamos sentados estaba cubierto de suciedad e infestado de sabandijas. No entraba un solo rayo de luz a ese calabozo pestilente para calentar su frío glacial. Fuimos colocados en dos hileras, una frente a la otra. Les enseñamos a repetir ciertos versículos que, todas las noches, entonaban con extraordinario fervor. ‘¡Dios es suficiente para mí; Él, en verdad es Él que satisface todo!’, entonaba una de las filas, mientras la otra replicaba: ‘¡Que en Él pongan su confianza los que confían!’. El coro de estas alegres voces seguía resonando hasta la madrugada. Su eco llenaba el calabozo y, atravesando sus gruesas murallas, llegaba a oídos de Násiri'd-Dín Sháh, cuyo palacio no se encontraba muy lejos de donde estábamos encarcelados. ‘¿Qué significan esas voces?’, se dice que preguntó. ‘Es la antífona que los bábís entonan en su prisión’, le replicaron. El Sháh no hizo ninguna otra observación, ni tampoco trató de cohibir el entusiasmo que los prisioneros siguieron mostrando, a pesar de los horrores de su confinamiento”.***

"Cierto día trajeron a Nuestra prisión una bandeja con carne asada que, se Nos informó, el Sháh había ordenado distribuir entre los prisioneros. ‘El Sháh’, se Nos dijo, ‘fiel a un voto que hizo, ha elegido este día para ofrecerles este cordero en cumplimiento de su promesa’. Cayó un profundo silencio sobre Nuestros compañeros, quienes esperaban que contestáramos por ellos. ‘Les devolvemos este obsequio’, replicamos; ‘podemos pasar muy bien sin este

presente'. La respuesta que dimos pudo haber irritado a los guardias si es que no hubieran estado ansiosos de devorar el alimento que habíamos rehusado tocar. A pesar del hambre que sentían Nuestros compañeros, sólo uno de ellos, un tal Mírzá Husayn-i-Mutavallíy-i-Qumí, mostró deseos de comer el alimento que el soberano había elegido mandarnos. Con fortaleza por cierto heroica, Nuestros compañeros de prisión se sometieron, sin murmuración, a la penosa situación a que se encontraban reducidos. Alabanzas a Dios en vez de quejas por el trato que les había dado el Sháh, caían incesantemente de sus labios alabanzas con las que trataron de sobrellevar los padecimientos de un cautiverio cruel".

"Todos los días Nuestros carceleros, entrando a Nuestra celda, llamaban por su nombre a uno de Nuestros compañeros, pidiéndole que se pusiera de pie y les siguiera al pie del patíbulo. ¡Con qué celeridad respondía el dueño del nombre a esa llamada solemne! Libre de sus cadenas, se ponía rápidamente de pie y, con gran alegría, se acercaba a abrazarnos. Tratábamos de animarlo asegurándole que tendría una vida eterna en el mundo del más allá y, llenando su corazón de esperanza y alegría, lo enviábamos a ganar la corona de la gloria. Abrazaba por turno a sus compañeros de prisión y entonces se iba a morir con la misma valentía con que había vivido. Poco después del martirio de cada uno de estos compañeros, el verdugo Nos informaba, ya que se mostraba amistoso hacia Nosotros, de las circunstancias de la muerte de su víctima y de la alegría con que había soportado los sufrimientos hasta el último instante".

"Cierta noche, antes del amanecer, Nos despertó Mírzá 'Abdu'l-Vahháb-i-Shírází, quien estaba unido a Nosotros por la misma cadena. Había dejado Kázimayn y Nos había seguido a Teherán, donde fue arrestado y encarcelado. Nos preguntó si estábamos despiertos y Nos comenzó a relatar su sueño. 'Esta noche', dijo, 'he estado remontándome a un espacio de vastedad inconmensurable e infinita belleza. Parecía poseer alas que me llevaban dondequiera deseaba ir. Mi alma se llenó de un sentimiento de gran felicidad. Volé en medio de aquella inmensidad con una rapidez y facilidad que no puedo describir'. 'Hoy', replicamos, 'será tu turno de sacrificarte por esta Causa. Espero que permanezcas firme y constante hasta el fin. Entonces te encontrarás elevándote en ese mismo espacio sin límites que has soñado, atravesando con la misma facilidad y rapidez el Reino de la Soberanía Inmortal y contemplando, con la misma alegría, el Horizonte Infinito'".

"Aquella mañana entró nuevamente el carcelero en Nuestra celda y llamó el nombre de 'Abdu'l-Vahháb. Quitándose las cadenas, se puso de pie de un brinco, abrazó a cada uno de sus compañeros de prisión y, tomándonos en sus

brazos, Nos estrechó afectuosamente contra su corazón. Entonces Nos dimos cuenta que no tenía zapatos que ponerse. Le dimos los Nuestros y, diciéndole una última palabra de estímulo, lo enviamos al lugar de su martirio. Poco después llegó el verdugo y alabó, en elocuente lenguaje, el espíritu que había mostrado aquel joven. ¡Cuán agradecidos a Dios Nos sentimos por este testimonio que el verdugo mismo había dado!"

Todos estos sufrimientos y la cruel venganza que las autoridades habían tomado contra los que habían atentado contra la vida del soberano no bastó para tranquilizar la ira de la madre del Sháh. Día y noche siguió con su vengativo clamor, pidiendo que se ejecutara a Bahá'u'lláh, a quien consideraba todavía como el verdadero autor del crimen. '¡Entréguenlo al verdugo!', gritó insistentemente a las autoridades. '¿Qué humillación hay más grande que ésta que yo, la madre del Sháh, no tenga el poder de infligir sobre ese criminal el castigo que acto tan abominable merece!' Su grito de venganza, intensificado por una ira impotente, estaba destinado a quedar sin respuesta. A pesar de sus intrigas, Bahá'u'lláh fue salvado de la suerte que ella había tratado de precipitar con tanta insistencia. Eventualmente el Prisionero fue liberado de Su confinamiento y pudo desplegar y establecer, más allá de los confines del reino de su hijo, una Soberanía cuyas posibilidades ella jamás había soñado. La sangre derramada durante ese año funesto en Teherán por la heroica banda con quienes había sido encarcelado Bahá'u'lláh, fue el rescate pagado por Su liberación de las manos de un enemigo que trató de evitar que llevara a cabo el propósito para el que Dios Lo había destinado. Desde el mismo instante en que se adhirió a la Causa del Báb, nunca dejó de defender, en ningún instante, la Fe que había abrazado. Se había expuesto a los peligros que los seguidores de la Fe, en sus primeros días, habían tenido que afrontar. Fue el primero de los discípulos del Báb en dar el ejemplo de resignación y servicio a la Causa. Sin embargo, Su vida, amenazada por los múltiples riesgos y peligros que una carrera como la Suya debía, necesariamente, correr, fue preservada por aquella misma Providencia que Lo había elegido para una tarea que Él, en Su sabiduría, consideraba prematuro proclamar públicamente todavía.

El terror que convulsionó a Teherán no fue sino uno de los numerosos riesgos y peligros a que estaba expuesta la vida de Bahá'u'lláh. Hombres, mujeres y niños en la capital temblaban ante la crueldad con que el enemigo perseguía a sus víctimas. Un muchacho llamado 'Abbas, que había sido antes sirviente de Hájí Sulaymán Khán, muy bien informado, a causa del amplio círculo de amigos de su amo, de los nombres, el número y la residencia de los discípulos del Báb, fue utilizado por el enemigo como un instrumento preparado para la prosecución de

sus designios. Se había identificado con la Fe de su amo y se consideraba como uno de sus celosos defensores. Al comienzo de los trastornos fue arrestado y obligado a delatar a aquellos a quienes sabía estaban asociados con la Fe. Trataron de inducirlo, por medio de toda clase de recompensas, a revelar quienes eran los condiscípulos de su amo y le advirtieron que, si rehusara dar a conocer sus nombres, sería sometido a toda clase de inhumanas torturas. Empeñó su palabra que obraría de acuerdo con sus deseos e informaría a los ayudantes de Hájí ‘Alí Khán, el Hájibu'd -Dawlih, el Farrásh-Bashí, de sus nombres y residencias. Fue conducido por las calles de Teherán y se le ordenó que indicara a todos los que reconocía como seguidores del Báb. De este modo cierto número de personas a quienes nunca había conocido ni visto fueron entregadas en manos de los ayudantes de Hájí ‘Alí Khán -gente que nunca habían tenido conexión con el Báb o Su Causa. Esta gente pudo recuperar su libertad sólo después de haber sobornado con una suma apreciable a los que los habían capturado. La avaricia de los ayudantes del Hájibu'd-Dawlih era tal que pidieron a ‘Abbas que saludara en señal de acusación a toda persona que él creía estaría dispuesta a pagar una elevada suma por su liberación. Inclusive le obligaban a delatar a tales personas, amenazándole con grave peligro para su propia vida si rehusaba. Con frecuencia prometían darle una parte del dinero que habían decidido extorsionar de sus víctimas.

Este ‘Abbas fue conducido al Síyáh-Chal y llevado a la presencia de Bahá'u'lláh, a quien había visto antes en varias oportunidades en compañía de su amo, con la esperanza que Lo delatara. Le prometieron que la madre del Sháh lo recompensaría ampliamente por delatarlo. Cada vez que lo llevaron a la presencia de Bahá'u'lláh, ‘Abbas, después de permanecer de pie por algunos instantes delante de Él y de mirarlo en Su cara, salía del lugar negando enfáticamente haberlo visto jamás. Como habían fracasado en sus esfuerzos, decidieron recurrir al uso de veneno, con la esperanza de granjearse el favor de la madre del soberano. Pudieron interceptar el alimento que se permitía a su Prisionero recibir de Su casa, y pusieron en él el veneno que esperaban Le sería fatal. Esta medida, aún cuando perjudicó la salud de Bahá'u'lláh durante muchos años, no dio los frutos deseados.

Finalmente el enemigo se vio inducido a dejar de considerarlo como el principal instigador del atentado y decidió transferir la responsabilidad de esta acción a ‘Azím, a quien acusaron ahora de ser el verdadero autor del crimen. De este modo trataron de granjearse el favor de la madre del Sháh, favor que deseaban ardientemente. Hájí ‘Alí Khán se sentía muy feliz de poder secundarlos en sus esfuerzos. Como él mismo no había tomado parte en el encarcelamiento de

Bahá'u'lláh, se aprovechó de la oportunidad que se ofrecía para denunciar a ‘Azím, a quien ya había logrado arrestar, como el principal instigador responsable.

El ministro de Rusia quien, por medio de uno de sus agentes, estaba observando el desarrollo de los acontecimientos en relación con la situación de Bahá'u'lláh, dirigió una misiva redactada en términos enérgicos al Gran Vazír, por intermedio de su intérprete, en la que protestaba por su acción y sugería que se debía enviar un mensajero, en compañía de un representante de confianza del gobierno y de Hájibu'd-Dawlih, al Síyáh-Chál y pedir al jefe recién reconocido que declarara públicamente su opinión sobre la posición de Bahá'u'lláh. "Cualquiera cosa que declare ese jefe", escribió, "sea en alabanza o condenación, es mi opinión debe ser anotado inmediatamente y debe servir de base para el juicio final que ha de pronunciarse sobre este asunto".

El Gran Vazír prometió al intérprete que seguiría el consejo del ministro e inclusive designó la hora para que el mensajero se reuniera con el representante del gobierno y Hájibu'd-Dawlih para ir con ellos al Síyáh-Chál.

Cuando se interrogó a ‘Azím si consideraba a Bahá'u'lláh como el jefe responsable del grupo que había atentado contra la vida del Sháh, respondió: "El Jefe de esta comunidad no fue otro sino el Siyyid-i-Báb, quien murió en Tabríz y cuyo martirio me indujo a levantarme a vengar Su muerte. Yo concebí sólo este plan y traté de llevarlo a la práctica. El joven que derribó al Sháh, de su caballo no fue otro sino Sádiq-i-Tabrízí, un empleado de una pastelería en Teherán que había estado a mi servicio durante dos años. Tenía un deseo aún más vehemente que el mío de vengar el martirio de su Jefe. Obró con precipitación, sin embargo, y no logró asegurar el éxito de su atentado".

Las palabras de su declaración fueron anotadas tanto por el intérprete del ministro como por el representante del Gran Vazír, quienes sometieron sus anotaciones a Mírzá Áqá Khán. Los documentos entregados en su poder fueron los principales responsables de la liberación de Bahá'u'lláh de Su encarcelamiento.

Por tanto, ‘Azím fue entregado en poder de los 'ulemas quienes, aún cuando estaban ansiosos de provocar su muerte, se vieron impedidos por la vacilación de Mírzá Abu'l-Qásim, el Imám-Jum‘ih de Teherán. Debido a la proximidad del mes de Muharram, Hájibu'd-Dawlih indujo a los 'ulemas que se reunieran en el piso superior del cuartel, donde logró obtener la presencia del Imám-Jum‘ih, quien todavía estaba empeñado en rehusar la sentencia de muerte contra ‘Azím. Ordenó que el acusado fuera conducido a aquel lugar y que esperara allí la sentencia que se pronunciara en su contra. Fue llevado a empujones por las calles, ridiculizado

e injuriado por el populacho. Mediante una sutileza inventada por el enemigo, lograron conseguir un veredicto de condena a muerte. Un siyyid armado con un garrote se abalanzó sobre él y le hundió la cabeza. Su ejemplo fue seguido por el pueblo que, con palos, piedras y puñales, se lanzaron sobre él y mutilaron su cuerpo. Hájí Mírzá Jání se encontraba también entre los que sufrieron martirio durante la agitación que sobrevino después del atentado contra la vida del Sháh. Debido a que el Gran Vazír no se mostraba inclinado a hacerle daño, fue muerto secretamente.

La conflagración encendida en la capital se difundió a las provincias vecinas, trayendo como consecuencia devastación y miseria a innumerables personas inocentes de entre los súbditos del Sháh. Produjo estragos en Mázindarán, el hogar de Bahá'u'lláh y fue la señal para los actos de violencia que fueron dirigidos, en su mayoría, contra Sus bienes en aquella provincia. Dos de los fieles discípulos del Báb, Muhammad Taqí Khán y ‘Abdu'l-Vahháb, ambos residentes en Núr, sufrieron martirio a consecuencia de esos trastornos.

Los enemigos de la Fe, decepcionados al encontrar que la liberación de Bahá'u'lláh de la cárcel era prácticamente segura, trataron de intimidar al Sháh y, de este modo, implicarlo en nuevas complicaciones con el objeto de conseguir Su muerte. La torpeza de Mírzá Yahyá quien, instigado por vanas esperanzas, había tratado de conseguir una supremacía que, hasta entonces, había luchado en vano por conquistar para él y sus acólitos, sirvió como pretexto adicional al enemigo para urgir al Sháh que tomara medidas drásticas para la destrucción de cualquier influencia que su Prisionero pudiera tener aún en Mázindarán.

Las informaciones alarmantes recibidas por el Sháh, quien apenas se había recuperado de sus heridas, le provocaron una terrible sed de venganza. Llamó al Gran Vazír y lo reprendió por haber fracasado en mantener el orden y la disciplina entre la gente de su propia provincia que estaban unidos a él por lazos de familia. Desconcertado por la reprimenda de su soberano, expresó que estaba listo para cumplir cualquier cosa que le ordenara. Se le pidió que enviara inmediatamente varios regimientos a aquella provincia, con órdenes estrictas de reprimir con severidad cualquier alteración de la paz pública.

El Gran Vazír, aún cuando sabía muy bien que los informes que se le habían dado eran exagerados, se vio obligado, debido a la insistencia del Sháh, a ordenar que se despachara al regimiento Sháh-Sún, bajo el mando de Husayn ‘Alí Khán-i-Sháh-Sún, a la aldea de Tákur, en el distrito de Núr, donde se encontraba el hogar de Bahá'u'lláh. Dio la autoridad suprema a su sobrino, Mírzá Abú-Tálib Khán, cuñado de Mírzá Hasan,, quien era medio hermano de Bahá'u'lláh. Mírzá Áqá khán le encareció que procediera con cuidado y mucho control mientras

estaba acampado en aquella aldea. "Cualquier exceso", le dijo, "que cometan sus soldados tendrá una reacción desfavorable sobre el prestigio de Mírzá Hasan y provocará sufrimientos a su propia hermana". Le pidió que investigara la naturaleza de aquellos informes y que no acampara por más de tres días en las vecindades de aquella aldea.

Luego el Gran Vazír llamó a Husayn ‘Alí Khán y le exhortó que procediera con la mayor circunspección y sabiduría. "Mírzá Abú-Tálib", dijo, "es aún joven e inexperto. Lo he elegido especialmente debido a su parentesco con Mírzá Hasan. Espero que, por su hermana, se cuidara de causar daños innecesarios a los habitantes de Tákur. Como usted tiene mayor edad y experiencia que él, debe darle un ejemplo de nobleza y debe impresionarlo con la necesidad de servir los intereses tanto del gobierno como del pueblo. No debe permitirle emprender ninguna operación sin consultarle previamente". Aseguró a Husayn ‘Alí Khán que había enviado instrucciones escritas a los jefes del distrito, para que le dieran toda la ayuda posible si era necesaria.

Mírzá Abú-Tálib Khán, lleno de orgullo y entusiasmo, se olvidó de los consejos de moderación que el Gran Vazír le había dado. Rehusó permitirse influenciar por las insistentes peticiones de Husayn ‘Alí Khán, quien le rogó que no provocara un conflicto innecesario con el pueblo. Apenas había llegado al desfiladero que separaba a Núr de la provincia colindante, que no estaba lejos de Tákur, ordenó a sus hombres prepararse para atacar a la gente de aquella aldea. Husayn ‘Alí Khán corrió desesperado donde él y le rogó que no incurriera en tal acción. "Soy yo", respondió con altanería Mírzá Abú-Tálib, "quien es su superior, el que debe decidir las medidas que se deben tomar y la manera como debo servir a mi soberano".

Se lanzó un ataque repentino sobre la gente indefensa de Tákur. Sorprendidos por agresión tan feroz e inesperada, apelaron a Mírzá Hasan, quien pidió ser conducido a la presencia de Mírzá Abú-Tálib, pero no se le permitió entrar. "Decidle", fue el mensaje del comandante, "que mi soberano me ha encargado ordenar una masacre global de la gente de esta aldea, capturar a las mujeres y confiscar su propiedad. Sin embargo, por usted, estoy dispuesto a perdonar a las mujeres que se refugien en su casa".

Mírzá Hasan, indignado por su negativa, lo censuró severamente y, denunciando la acción del Sháh, regresó a su hogar. Mientras tanto los hombres de la aldea habían abandonado sus casas y se habían refugiado en las montañas vecinas. Sus mujeres, abandonadas a su suerte, se fueron a la casa de Mírzá Hasan, implorándole que las protegiera del enemigo.

La primera acción de Mírzá Abú-Tálib se dirigió contra la casa de Bahá'u'lláh que éste había heredado del Vazír, Su padre y de la que era único propietario. Aquella casa había sido amoblada regiamente y estaba decorada con objetos de valor inestimable. Ordenó a sus hombres abrir a la fuerza sus cofres y llevarse el contenido. Lo que no podía llevar consigo, ordenó que se destruyera. Algunas cosas fueron hechas pedazos mientras otras fueron quemadas. Inclusive las habitaciones, que eran más majestuosas que las de los palacios de Teherán, fueron desfiguradas más allá de todo arreglo; las vigas fueron quemadas y los decorados arruinados completamente.

Después se volvió contra las casas del pueblo, reduciéndolas a escombros, apoderándose o repartiendo a sus hombres todos los objetos de valor que había en ellas. Toda la aldea, saqueada y abandonada por los habitantes varones, fue entregada a las llamas. Como no pudieron encontrar ningún hombre, ordenó que se hiciera una búsqueda en las montañas vecinas. Si encontraban alguno debían darle muerte o capturarlo. Sólo pudieron echar mano sobre algunos ancianos y pastores que no habían podido ir más lejos en su huída del enemigo. Encontraron a dos hombres tendidos a la distancia, en la ladera de una montaña, al lado de un arroyuelo. Sus armas que centellaban a la luz del sol los delataron. Como los encontraron durmiendo, dispararon sobre ellos desde el lado opuesto del torrente que se interponía entre los asaltantes y sus víctimas. Los reconocieron como ‘Abdu'l-Vahháb y Muhammad Taqí Kh<u>á</u>n. El primero murió en el acto mientras que este último quedó gravemente herido. Fueron llevados a la presencia de Mírzá Abú-Tálib, quien hizo todo lo posible por preservar la vida de la víctima quien, a causa de su reconocida valentía, deseaba llevar consigo como trofeo a Teherán. Sin embargo, fracasó en sus esfuerzos, porque Muhammad Taqí Kh<u>á</u>n falleció, a consecuencia de sus heridas, dos días después. Los pocos hombres que habían podido capturar fueron llevados en cadenas a Teherán y encerrados en el mismo calabozo en que había estado confinado Bahá'u'lláh. Entre ellos estaba Mullá ‘Alí-Bábá, quien, junto con cierto número de sus compañeros de prisión, falleció en ese calabozo a consecuencia de los sufrimientos padecidos.

Un año más tarde este mismo Mírzá Abú Tálib cayó víctima de una enfermedad y fue llevado en estado de abyecta miseria a Sh<u>i</u>mírán. Abandonado aún por sus familiares más cercanos, quedó postrado en su lecho de enfermo hasta que ese mismo Mírzá Hasan, a quien había insultado con tanta altanería, se ofreció para curar sus heridas y acompañarlo en sus días de humillación y soledad. Estaba al borde de la muerte cuando el Gran Vazír lo visitó y no encontró a nadie al lado de su lecho salvo aquél a quien había tratado con tanta falta de consideración. Ese mismo día expiró ese desgraciado tirano,

amargamente desilusionado por el fracaso de todas las esperanzas que había acariciado.

La conmoción que se había apoderado de Teherán, cuyos efectos se sintieron con tanta severidad en Núr y el distrito circundante, se difundió hasta Yazd y Nayríz, donde un número considerable de los discípulos del Báb fueron apresados y martirizados inhumanamente. En verdad, toda Persia parecía haber sentido el golpe de esa gran convulsión. Su marejada llegó hasta los villorrios más remotos de las provincias más alejadas, y trajo tras sí incontables sufrimientos a lo que quedaba de una comunidad perseguida. Los gobernadores, no menos que sus subordinados, llenos de avaricia y deseos de venganza, aprovecharon la oportunidad para enriquecerse y conquistar el favor de su soberano. Sin misericordia, moderación ni vergüenza, utilizaron todos los medios, no importa cuán degradados e ilegales, para extorsionar a los inocentes, beneficios que ellos mismos deseaban. Abandonando todo principio de justicia y decencia, arrestaron, encarcelaron y torturaron a quienquiera sospechaban de ser un bábí y se apresuraban en informar a Násiri'd-Dín Sháh de las victorias ganadas sobre un antagonista odiado.

En Nayríz el pleno efecto de ese trastorno se manifestó en el trato que los gobernantes y el pueblo dieron a los seguidores del Báb. Más o menos dos meses después de ese atentado contra la vida del Sháh, un joven llamado Mírzá ‘Alí, cuya excepcional valentía le había conquistado el mote de ‘Alíy-i-Sardár, se distinguió por las extraordinarias atenciones que dispensó a los sobrevivientes de la lucha que terminó con la muerte de Vahíd y sus adeptos. Con frecuencia se le veía salir de su refugio en la oscuridad de la noche, llevando toda la ayuda que podía a las viudas y huérfanos que habían sufrido las consecuencias de aquella tragedia. A los necesitados dio alimentos y ropas con noble generosidad, cuidó sus heridas, y los consoló en su pena. Al ver los continuos sufrimientos de estos inocentes, algunos de los compañeros de Mírzá ‘Alí, llenos de indignación, decidieron vengarse de Zaynu'l-‘Ábidín Khán, quien vivía aún en Nayríz y a quien consideraban autor de sus desgracias. Como creían que anidaba en su corazón el deseo de causarles mayores aflicciones aún, decidieron darle muerte. Lo sorprendieron en un baño público donde lograron cumplir su propósito. Esto provocó una revuelta que recordaba las etapas finales de horror de las carnicerías de Zanján.

La viuda de Zaynu'l-‘Ábidín Khán presionó a Mírzá Na‘ím, quien tenía en sus manos las riendas del poder y residía, en ese entonces, en Shíráz, para que vengara la muerte de su marido, prometiéndole en recompensa todas sus joyas y que transferiría a su nombre cualquiera de sus propiedades que deseara. Mediante

traición, las autoridades lograron capturar un número considerable de los seguidores del Báb a muchos de los cuales se les propinó palizas salvajes. Encarcelaron a todos en espera de instrucciones de Teherán. El gran Vazír entregó la lista de nombres que había recibido, con el informe que la acompañaba, al Sháh, quien expresó su gran satisfacción por el éxito que había coronado los esfuerzos de su representante en Shíráz, a quien dio una gran recompensa por sus grandes servicios. Pidió que se llevaran a todos los prisioneros a la capital.

No trataré de anotar las diversas circunstancias que llevaron a la masacre que marcó las etapas finales de ese episodio. Pido sólo que mi lector consulte el relato gráfico y detallado que Mírzá Shafí'-i-Nayrízí ha escrito en un libro aparte, en que se refiere con exactitud y fuerza a todos los detalles de ese acontecimiento conmovedor. Basta decir que no menos de ciento ochenta de los valientes discípulos del Báb fueron martirizados. Una cifra similar sufrió heridas y, aún cuando estaban incapacitados para ello, fueron ordenados a salir de Teherán. Sólo veinte y ocho personas de entre ellos sobrevivieron a los padecimientos del viaje a la capital. De estos veinte y ocho, quince fueron llevados al patíbulo el mismo día que llegaron. Los demás fueron encarcelados y durante dos años se les hizo sufrir las más horribles atrocidades. Aún cuando fueron dejados en libertad posteriormente, muchos de ellos murieron en el camino hacia sus casas, exhaustos por los sufrimientos de un cautiverio largo y cruel.

Muchos de sus condiscípulos fueron muertos en Shíráz por orden de Tahmásb-Mírzá. Las cabezas de doscientas de estas víctimas fueron puestas en bayonetas y llevadas en triunfo por sus perseguidores a Ábádí, una aldea en Fárs. Su intención era llevarlas a Teherán, cuando un mensajero real les ordenó que abandonaran su proyecto, en vista de lo cual decidieron enterrar las cabezas en aquella aldea.

En cuanto a las mujeres, seiscientas en total, la mitad de ellas fueron dejadas en libertad en Nayríz, mientras las restantes fueron llevadas, cabalgando de a dos sobre caballos sin montura, a Shíráz donde, después de haberlas sometido a severas torturas, fueron abandonadas a su suerte. Muchas murieron en el camino a aquella ciudad; muchas perecieron debido a los padecimientos que tuvieron que sufrir antes de obtener la libertad. Mi pluma se paraliza horrorizada al intentar describir lo que acaeció a estos hombres y mujeres valientes que padecieron tan severamente por su Fe. La barbarie despiadada que caracterizó el trato que se les dio, llegó hasta los grados más bajos de la infamia en las etapas finales de ese episodio lamentable. Lo que he tratado de relatar de los horrores del sitio de Zanján, de las injurias amontonadas sobre Hujjat y sus adeptos, palidece ante la

tremenda ferocidad de las atrocidades perpetradas pocos años después en Nayríz y Shíráz. Espero que se encuentre una pluma más capaz que la mía, para describir en todos sus trágicos detalles un relato que, por horrendas que sean sus características, debe permanecer para siempre como una de las pruebas más nobles de la fe que la Causa del Báb pudo inspirar en Sus adeptos[39].

La confesión de ‘Azím liberó a Bahá'u'lláh del peligro a que Se encontraba expuesto. Las circunstancias de la muerte de quien se había declarado el principal instigador de aquel crimen, sirvió para tranquilizar la ira con que un populacho enfurecido reclamaba el castigo inmediato de atentado tan audaz. Las voces de ira y venganza, las peticiones de castigo inmediato, que hasta ahora se habían dirigido contra Bahá'u'lláh, se habían alejado de Él. Las feroces denuncias de los que hacían tales reclamaciones, se aquietaron poco a poco. Gradualmente aumentó la convicción en las mentes de las autoridades responsables de Teherán que Bahá'u'lláh, que hasta entonces había sido considerado el archi-enemigo de Násiri'd-Dín Sháh, no estaba implicado, bajo ninguna circunstancia, en la conspiración contra la vida del soberano. Por lo tanto Mírzá Áqá Khán recibió la indicación de que enviara a su representante de confianza, un hombre llamado Hájí ‘Alí, al Síyáh-Chál, y que presentara la orden para Su liberación al Prisionero.

A su llegada, el espectáculo que el emisario contempló lo llenó de pena y sorpresa. Apenas podía creer lo que sus ojos veían. Lloró al ver a Bahá'u'lláh encadenado a un piso que estaba infestado de sabandijas, Su cuello inclinado por el peso de terribles cadenas, Su rostro lleno de pesar, descuidado y sucio, respirando la atmósfera pestilente del más terrible de los calabozos. "¡Maldito sea Mírzá Áqá Khán!" exclamó, cuando sus ojos reconocieron a Bahá'u'lláh en medio de la penumbra que Lo rodeaba. "Sabe Dios que jamás me imaginé que había sido sometido a cautiverio tan humillante. Nunca hubiera pensado que el Gran Vazír se habría atrevido a cometer acción tan vil".

Se sacó la capa de sus hombros y se la ofreció a Bahá'u'lláh, pidiéndole que la usara cuando se hallara en presencia del ministro y de sus consejeros. Bahá'u'lláh rehusó su petición y, vestido de prisionero, se dirigió inmediatamente a la sede del gobierno imperial.

Las primeras palabras que el Gran Vazír se sintió impulsado a decir a su Cautivo fueron las siguientes: "Si hubiera elegido seguir mi consejo y se hubiera apartado de la Fe del Siyyid-i-Báb, nunca habría sufrido los dolores e injurias que han sido acumulados sobre usted". ***"Si, a su vez",*** replicó Bahá'u'lláh, ***"usted hubiera seguido mi consejo, los asuntos del gobierno no habrían llegado a esta etapa crítica".***

Inmediatamente recordó la conversación que había tenido con Él en ocasión del martirio del Báb. Las palabras, ***"la llama que ha sido encendida arderá con más brillo que nunca"***, pasaron como relámpago por la mente de Mírzá Áqá Khán. "La advertencia que Usted hizo", observó, "'que dejen de saquear la propiedad de los inocentes, de derramar su sangre, de deshonrar sus mujeres y dañar a sus hijos, de perseguir la Fe del Báb, y que abandonen la vana esperanza de hacer desaparecer sus seguidores, desafortunadamente no fue proseguida".

Se dieron órdenes aquel mismo día, mediante una circular dirigida a todos los gobernadores del reino, pidiéndoles que desistieran de actos de crueldad y vergüenza. "Lo que ustedes han hecho, basta", les escribió Mírzá Áqá Khán. "Dejen de arrestar y castigar a la gente. No provoquen más disturbios inmediatamente la paz y tranquilidad de sus compatriotas". El gobierno del Sháh había estado deliberando sobre las medidas más eficaces que era menester tomar para librar el país, de una vez por todas, de la maldición que padecía. Apenas había recobrado Su libertad Bahá'u'lláh, Le fue entregada la decisión del gobierno, informándole que al cabo de un mes después de haber sido dada aquella orden, Él y Su familia, debían dejar Teherán e ir a un lugar más allá de los confines de Persia.

El ministro ruso, en cuanto supo la acción que contemplaba tomar el gobierno, ofreció tomar a Bahá'u'lláh bajo su protección y Le invitó a ir a Rusia. Él rechazó la oferta y, en vez de ello, eligió partir a Iráq. Nueve meses después de Su regreso de Karbilá, en el primer día del mes de Rabí'u'th-Thání, en el año 1269 D.H.[40], acompañado por los miembros de Su familia, entre los que se encontraba la Más Grande Rama[41] y Áqáy-i-Kalím[42], Bahá'u'lláh, escoltado por cierto número de guardias imperiales y un oficial en representación de la legación de Rusia, partió de Teherán en Su viaje a Bagdad.

Notas

1.- 1852 D.C.

2.- "Más o menos a cuatro millas al suroeste de Kásh<u>á</u>n, sobre la ladera de las montañas, se encuentra el palacio de Fín, cuyas fuentes termales han hecho de él un lugar favorito de la realeza desde tiempos remotos... En época reciente se han relacionado recuerdos más tenebrosos con el palacio de Fín; fue aquí donde en 1852 fue muerto por orden real, Mírzá Taqí Kh<u>á</u>n el primer gran ministro del Sh<u>á</u>h reinante y cuñado del rey, a quien le fueron abiertas sus venas mientras se hallaba en el baño. El palacio se encuentra ahora desierto". (Lord Curzon Persia and the Persian Question, vol. 2, pág. 16). "Una dama del harén fue enviada a la Princesa para decirle que secara sus lágrimas, porque el Sh<u>á</u>h había cedido y que el Amir debía regresar a Teherán o ir a Karbilá, el asilo habitual para los persas caídos en desgracia. "El Khal'át o manto de honor" dijo ella "está por llegar y estará aquí dentro de una o dos horas; vaya, pues, al baño y prepárese para recibirlo". Durante todo este tiempo el Amir no se había aventurado a salir una sola vez del apartamento de la Princesa y de su presencia por la seguridad que le ofrecía. Al oír la buena noticia, sin embargo, resolvió seguir el consejo de esta mujer y darse el lujo de un baño. Dejó a la Princesa y ella jamás lo volvió a ver. Cuando llegó al baño la orden fatal le fue dada a conocer y el crimen fue perpetrado. Se presentó el Farrá<u>sh</u>-Bá<u>sh</u>í y su banda abyecta y se le dio a elegir la forma de muerte que deseaba. Se dice que soportó su suerte con paciencia y fortaleza. Sus venas fueron abiertas y, finalmente expiró". (Lady Sheil; Glimpses of Life and Manners in Persia, pág. 251-2).

3.- Su título era I‘timádu'd-Dawlih, el hombre de Confianza del Estado. (Lady Sheil: Glimpses of Life and Manners in Persia, pág. 249).

4.- Abril 21 - Mayo 21, 1852 D.C.

5.- "<u>Sh</u>imírán o <u>Sh</u>imrán (en ocasiones utilizado en plural <u>Sh</u>imránát) es el nombre que se da en general a las aldeas y mansiones situadas en los cerros más bajos cuando se desciende de Elburz y que sirven como residencias de verano a los habitantes más acaudalados de Teherán". (A Travellers Narrative", pág. 81, acotación 1).

6.- <u>Sh</u>avvál 28; Agosto 15, 1852 D.C.

7.- "En la mañana el rey salió a dar un paseo a caballo. Delante de él iban, como de costumbre, los caballerizos quienes llevaban largas lanzas, palafreneros conduciendo caballos con mantillas de silla bordados y un grupo de jinetes nómades con sus rifles colgando del hombro y sus sables en las monturas. Esta vanguardia precedía al rey con el objeto que el no fuera molestado por el polvo que levantaba la caballería y el rey seguía a paso lento, a corta distancia del séquito de grandes señores jefes y oficiales que le acompañaban a todas partes. Se encontraba cerca del palacio y apenas había pasado al lado del pequeño portón del jardín de Muhammad-Hasan, Sanduq-dár o tesorero de los Ahorros, cuando observó, a un costado del camino, tres hombres, tres jardineros, que estaban de pie dos a la izquierda y uno a la derecha y que al parecer le estaban esperando. No sospechó peligro de modo que siguió cabalgando. Cuando estaba bien cerca vio como hacían juntos una venia y decían en alta voz "Somos un sacrificio por vos. Deseamos hacer una petición". Esta es la fórmula tradicional, pero en lugar

de mantenerse a cierta distancia como es costumbre, se precipitaron sobre él repitiendo: "Deseamos hacer una petición". Sorprendido el rey gritó: "Bribones ¿que es lo que quieren?" En ese momento el hombre de la derecha se apoderó de las riendas y disparó sobre el rey. Entretanto los dos hombres de la izquierda dispararon también. Uno de los perdigones cortó el collar de perlas que adornaba el cuello del caballo, mientras otro disparo llenó de perdigones el brazo derecho y espalda del rey. Inmediatamente el hombre de la derecha tiró de la pierna de Su Majestad y lo habría sacado de la montura si los dos asesinos de la izquierda no hubieran estado haciendo lo mismo por el otro lado. El rey estaba golpeando a los asaltantes con sus puños mientras que los brincos del asustado caballo paralizaban sus esfuerzos y demoraban la agresión. El séquito real, anonadado en el primer instante, se apresuró en ayuda de su amo. Asadu'lláh Kh<u>á</u>n, el caballerizo mayor y uno de los jinetes nómadas dieron muerte al hombre de la derecha con sus sables. Mientras tanto varios jefes derribaron a los otros dos hombres y los amarraron.

"El doctor Cloquet, el médico de la corte, hizo que llevaran de inmediato al rey al jardín de Muhammad-Hasan, Sanduq-dár; como nadie parecía saber lo que en realidad había sucedido y si bien se tenía una idea de la magnitud del peligro, nadie tenía una noción de su verdadera gravedad. Durante más de una hora reinó un gran tumulto en la ciudad de Níyávarán mientras que los ministros, encabezados por el Sadr-i-A‘zam, entraban precipitadamente en el jardín. Las cornetas, los tambores, las panderetas, los pífanos todos hacían un llamado a las tropas; los gh<u>u</u>láms llegaron cabalgando a galope tendido; todo el mundo daba órdenes, nadie vio, oyó o sabía nada. En medio de esta confusión llegó una estafeta procedente de Teherán que había sido enviado por Ardish<u>í</u>r Mírzá, el gobernador de la ciudad para averiguar lo sucedido y qué medidas debían ser tomadas en la capital ya que desde la mañana a la tarde el rumor de que el rey había sido asesinado tomó caracteres de certeza. Los bazares, recorridos por hombres armados de gesto amenazante, habían sido abandonados por los comerciantes. Durante toda la noche las panaderías estuvieron rodeadas por gente que trataba de aprovisionarse por varios días, como es costumbre cuando se prevé peligro.

"Al amanecer, a medida que aumentaba el tumulto, Ardish<u>í</u>r Mírzá ordenó que las puertas de la ciudad fueran cerradas, puso al regimiento sobre pie de guerra y preparó los cañones aún cuando no tenía idea quien era el enemigo; luego pidió instrucciones". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 231-233).

8.- Lord Curzon, quien considera que este suceso ha sido "lamentablemente confundido con una conspiración revolucionaria y anarquista", escribe lo siguiente: "Del hecho que el bábismo entró en conflicto desde sus primeros tiempos con las autoridades civiles y que un atentado fue perpetrado por bábís contra la vida del Sh<u>á</u>h, se ha inferido erróneamente que el movimiento era de origen político y de carácter nihilista. Del estudio de los escritos del Báb y de sus sucesores no parece existir fundamento alguno para tal suposición. La persecución del gobierno pronto obligó a los adherentes de la nueva doctrina a adoptar una actitud de rebelión; debido a la exasperación producida por la lucha y a la feroz brutalidad con que los vencedores ejercieron su derecho de conquista, no es de sorprender si hubo manos fanáticas dispuestas a abatir al soberano. En la actualidad los bábís son igualmente leales con cualquier otro súbdito de la Corona. Tampoco parece haber justicia alguna en los cargos de socialismo comunismo e inmoralidad que se han hecho tan libremente a la nueva doctrina. Por cierto que no hay señal alguna de que una idea de comunismo en el sentido europeo, es decir, una redistribución de la

propiedad por la fuerza, o de socialismo en el sentido del siglo XIX, es decir la derrota del capital por el trabajo, haya entrado jamás en la mente del Báb o de sus discípulos. El único comunismo conocido y recomendado por él fue aquél del Nuevo Testamento y de la iglesia cristiana de los primeros tiempos, ie., el compartir bienes comunes por los miembros de la fe y la práctica de dar limosnas y una amplia caridad. La acusación de inmoralidad parece haber nacido en parte de las malvadas invenciones de sus adversarios y en parte de la mayor libertad dada a las mujeres por el Báb, lo que para una mentalidad oriental apenas se puede disociar de conducta libertina... Visto en sus líneas generales, se puede definir el bábismo como una confesión de caridad y de un sentido humano común. El amor fraternal, la bondad hacia los niños, la cortesía con dignidad la sociabilidad, hospitalidad y falta de beatería, la amistad incluso hacia los cristianos, todos están incluidos en sus preceptos. Aseverar que todos los Bábís reconocen u observan estas disposiciones sería una torpeza; permítase por lo menos que si se va a poner en tela de juicio a un profeta, que se le juzgue por su propia prédica". (Lord Curzon: Persia and the Persian Question, págs. 501-2).

9. - Véase Glosario.

10.- Príncipe Dolgorouki.

11.- ***"Cuando Me encontraba encadenado y con grillos, en la prisión de Tá, uno de vuestros embajadores Me prestó ayuda. A causa de esto Dios ha decretado para vos un rango que nadie sino Él puede comprender. Guardaos no vaya a ser que cambiéis este exaltado rango".*** (Tablilla de Bahá'u'lláh al Zar de Rusia).

12.- Renan, en su obra titulada Les Apòtres caracteriza esta gran masacre en Teherán después del atentado contra la vida del Sháh como "un día que posiblemente no tiene paralelo en la historia del mundo" (E. G. Browne en la introducción de A Traveller's Narrative, pág. 45). "El número de martirios que han acaecido en Persia se ha calculado en diez mil. (Esta es una cifra conservadora. Muchos fijan la cifra entre veinte y treinta mil y algunos dan cifras más altas aún). La mayoría de éstos ocurrieron durante los primeros años de la Fe, pero han continuado en número decreciente incluso hasta la época actual". (M. H. Phelps Life and Teachings of Abbas Effendi, introducción pág. 36). "Entre los documentos que se refieren a los bábís y que está en mi poder hay una copia manuscrita de un artículo en alemán publicado el 17 de Octubre 1852, en el Nº 291 de algún periódico alemán u austriaco del cual, desafortunadamente, no está anotado el título. Creo que lo recibí hace ya muchos años de la viuda del extinto Dr. Polak, un médico austriaco quien atendía a Násiri'd-Dín Sháh al comenzar su reinado y quien es autor de un libro valioso y varios tratados más pequeños sobre Persia y cuestiones relacionadas con dicho país. Se base principalmente sobre una carta escrita el 29 de Agosto de 1852 por un oficial austríaco, Capitán von Goumoens, quien estaba en el servicio del Sháh, pero sintió tal desagrado y horror ante las crueldades que se veía obligado a atestiguar, que entregó su renuncia. La traducción de este artículo es como sigue: "Hace algunos días mencionamos el atentado hecho contra la vida del Sháh en ocasión de una partida de caza. Los conspiradores como bien se sabe, pertenecían a la secta religiosa bábí. En lo que concierne a esta secta y las medidas represivas tomadas contra ella, la carta del Capitán austriaco von Goumoens publicado últimamente en Amigo del Soldado (Soldatenfreund) contiene información interesante y aclara hasta cierto punto el atentado en cuestión. Esta carta dice lo siguiente: "Teherán, Agosto 29, 1852. Querido amigo. Mi última carta del 20 de este mes mencionó el atentado contra el Rey. Ahora le comunicaré el resultado del interrogatorio a

que fueron sometidos los dos criminales. A pesar de las terribles torturas que les fueron infligidas, el examen no permitió obtener confesiones comprensibles; los labios de los fanáticos permanecieron cerrados incluso cuando mediante pinzas candentes y tornillos para descoyuntar sus extremidades trataron de descubrir el nombre del principal conspirador... Pero sígueme a mí, estimado amigo, tú que dices tener un corazón y un sentido ético europeo, sígueme para ver a los infelices que con los ojos vaciados deben comer, en el lugar mismo de la acción y sin ninguna salsa, sus propias orejas amputadas; o cuya dentadura es arrancada con inhumana violencia por la mano del verdugo, o cuyos cráneos desnudos son triturados mediante golpes de martillo; o donde el bazar está iluminado por las infelices víctimas porque a diestra y siniestra la gente hace hoyos profundos en sus pechos y hombros e insertan en ellos mechas encendidas. Vi como algunos eran arrastrados en cadenas por el bazar, precedidos por una banda militar y en quienes las mechas habían quemado a tal profundidad que ahora ardía la grasa en forma convulsiva en la herida, como una lámpara recién extinguida. No es raro que la incansable inventiva de los Orientales lleve a nuevas torturas. Arrancan la piel de la planta del pie de los Bábís, impregnan la herida con aceite hirviendo y le ponen una herradura como a un caballo y obligan al desdichado a correr. Ni un solo gemido sale del pecho de la víctima; el tormento se soporta en lúgubre silencio por los sentidos embotados del fanático; ahora debe correr; el cuerpo no puede soportar lo que ha soportado el espíritu; se cae. ¡Denle el golpe de gracia! ¡Acaben con su dolor! ¡No! El verdugo levanta su látigo y -yo mismo he tenido que ser testigo de ello- la infeliz víctima de cien torturas corre! Este es el comienzo del fin. En cuanto al fin mismo, cuelgan los cuerpos quemados y perforados por las manos y los pies a un árbol con la cabeza colgando para abajo y ahora cada persona puede ensayar su puntería a su real gusto desde una distancia fija pero no demasiado cercana en una noble pieza puesta a su disposición. Vi cadáveres perforados por cerca de ciento cincuenta balas... Cuando vuelvo a leer lo que he escrito me viene la idea que aquellos que están contigo en nuestra querida Austria pueden dudar la total veracidad del cuadró y me acusen de exageración. Ojalá Dios hubiera querido que no hubiera querido que no hubiera yo vivido para atestiguarlo! Pero por los deberes de mi profesión desafortunadamente fui testigo, y ello demasiado a menudo, un testigo de estas abominaciones. Actualmente no salgo nunca de mi casa para no encontrarme con nuevas escenas de horror. Después de su muerte los bábís son partidos en dos y ya sea son clavados a la puerta de la ciudad o sus restos dejados sobre las planicies para que sirvan de alimento a los perros y chacales. En esta forma el castigo se extiende aún más allá de los límites que circunscribe esta vida amarga, porque los musulmanes que no son sepultados no tienen derecho a entrar en el Paraíso del Profeta. Ya que toda mi alma se rebela contra tales infamias y contra tales abominaciones de tiempos recientes, no mantendrá por más tiempo mi conexión con el escenario de tales crímenes". (Sigue diciendo que ya ha pedido que se le relevara, pero no había recibido aún la respuesta). (E. G. Browne: Materials for the Study of the Bábí Religion", págs. 267-71). "Ardishír Mírzá se vio obligado a actuar en consecuencia. Mantuvo las puertas de la ciudad cerradas y con guardias y dio órdenes de examinar cuidadosamente a quienquiera solicitara autorización para salir. Se incitó a las multitudes para que treparan a las murallas cerca de la puerta Shimírán con el objeto de ver el cuerpo mutilado de Sádiq arrojado a campo abierto al otro lado del puente. El príncipe gobernador reunió a los Kalantar o prefectos de policía, el Vazír de la ciudad, el Dárúghih o juez de policía y jefes comunales y les impartió órdenes de buscar y arrestar a toda persona sospechosa de ser Bábí.

Como nadie podía salir de la ciudad, esperaron hasta el anochecer para comenzar la cacería, utilizándose de preferencia el engaño y la astucia para ello. La fuerza policial en Teherán así como en toda la ciudad asiática, está muy bien organizada. Es un legado sasánida que los Khálíf árabes han cuidado escrupulosamente. Como era ventajoso para todos los gobiernos (no importa cuán malos fueran y aún más para los peores) conservarla, no ha sufrido cambio alguno por así decirlo, en medio de la ruina de otras instituciones igualmente eficientes, que han caído en decadencia. Es necesario saber que cada jefe de comuna, quien siempre está en contacto con el Kalántar, tiene bajo sus órdenes a un puñado de hombres llamados 'sar-ghishmihs, policías quienes no usan uniforme ni distintivo y que nunca salen de las calles que les son asignadas. Por lo general la gente los recibe con agrado y viven en términos de bastante familiaridad con ellos. Prestan ayuda con todo momento y durante la noche, ya sea en verano o invierno, se acuestan bajo el toldo de cualquier negocio, indiferentes a la lluvia y a la nieve, y vigilan la propiedad privada. En esta forma reducen el número de robos haciendo que sean difíciles. Aún más, conocen todos los habitantes y sus costumbres de modo que pueden ayudar en caso de una investigación; saben la forma de pensar, las opiniones las amistades y las relaciones de todo el mundo; y si uno invita a tres amigos a cenar el 'sar-ghishmih, sin espiar, está tan bien informado que sabe la hora de llegada de los invitados, lo que ha sido servido, lo que se ha dicho y hecho y la hora de la partida. Los Kad-Khudá advirtieron a estos policías que vigilaran a los bábís en sus respectivos sectores y todos esperaron los resultados". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 234-235).

13.- Nombre del calabozo que significa "Fosa Negra".

14.- El Imán Husayn.

15.- "Si alguna vez os tocara visitar la prisión de Su Majestad el Sháh, solicitad al director y jefe de dicho lugar que os muestre aquellas dos cadenas, una de las cuales se llama Qará-Guhar y la otra Salásil. Juro por el Lucero del Alba de la Justicia que durante cuatro meses Me vi bajo el peso y el tormento de una de estas cadenas. ***"Las penas de Jacob palidecen ante Mis penas; y las aflicciones de Job no eran sino una parte de Mis calamidades"*** (The Epistle to the Son of the Wolf, pág. 57). "En lo que se refiere a la forma de encarcelamiento utilizado en Persia, la práctica difiere tanto de la nuestra como es el caso en los castigos. No existe tal cosa como condena perpetua, ni aún por cierto número de años; el trabajo forzado se desconoce como castigo y el confinamiento por un período largo de tiempo es raro. Por lo general hay una liberación en las prisiones al principio de año nuevo; y cuando es nombrado un nuevo gobernador no es raro que desocupe la prisión que ha sido llenada por su predecesor aplicando posiblemente, la pena de muerte a algunos de los casos peores con el fin de crear una saludable impresión de fuerza. No existen cárceles para mujeres, por lo que éstas quedan confinadas, como es también el caso con criminales varones de elevado rango, en la casa de un sacerdote. En Teherán se dice que hay tres clases de prisiones. Las celdas subterráneas debajo del Arca, donde se dice que eran confinados los criminales culpables de conspiración o alta traición; la cárcel del pueblo donde es posible ver a los criminales comunes con collares de hierro, en sus cuellos ora con sus pies en un cepo y los unos unidos a los otros con cadenas; y casa de confinamiento particular que a menudo es una parte de la mansión de la gente de renombre. Se verá que la teoría y práctica de la justicia persa, como puede constatarse tanto en las sentencias judiciales, como en la aplicación de castigos y en el código carcelario, es de un procedimiento rápido y vigoroso cuya finalidad es el castigo (en grado más o menos equivalente a la ofensa

original) y en ningún caso la reforma del culpable". (Lord Curzon Persia and the Persian Question, vol. í, págs. 458-9).

16.- ***"Nada teníamos que ver con esta acción odiosa y Nuestra inocencia fue probada en forma indiscutible ante los tribunales. A pesar de ello Nos arrestaron y condujeron a la prisión en Teherán desde Níyávarán, que en aquel entonces era la sede de la residencia real; a pie encadenados, y con la cabeza y los pies desnudos, por cuanto un hombre brutal que Nos acompañaba a caballo arrancó el sombrero de Nuestra cabeza, y acompañados por múltiples verdugos y farráshes se Nos hizo avanzar con gran prisa y Nos pusieron durante cuatro meses en un lugar cuyo semejante nunca se ha visto. En verdad, una celda angosta y oscura hubiera sido mucho mejor que el lugar donde fueron confinados Este agraviado y Sus compañeros. A Nuestra llegada, cuando entramos en la prisión, Nos condujeron por un lúgubre corredor y luego bajamos tres escalinatas empinadas hasta el calabozo asignado a Nosotros. Era un lugar oscuro y sus ocupantes eran en número de cerca de ciento cincuenta ladrones, asesinos y salteadores de caminos. Aún cuando contenía multitud tal, sin embargo no tenía otra salida que el pasadizo por el cual entramos. La pluma falla al describir este lugar y su olor nauseabundo. La mayoría de los ocupantes carecía de ropa que ponerse y estera en que acostarse. ¡Dios sabe lo que soportamos en este lugar lúgubre y abominable! Día y noche, mientras estábamos en la prisión, reflexionábamos sobre la condición de los bábís y sus actos y asuntos preguntándonos cómo, a pesar de su grandeza de espíritu, nobleza e inteligencia, pudieron haber sido capaces de una acción tal como el audaz atentado contra la vida del soberano. Entonces Este agraviado determinó que, al salir de esta prisión, Se levantaría con el máximo empeño para obtener la regeneración de estas almas. Cierta noche, en un sueño, se oyó por todas partes esta palabra todo gloriosa: "En verdad Nosotros Te ayudaremos a triunfar por Ti mismo y por Tu pluma. No Te apesadumbres por lo que Te ha acontecido y no temas. En verdad Tú eres de los seguros. Antes de mucho el Señor enviará y revelará los tesoros de la tierra, hombres que Te darán la victoria por Ti mismo y por Tu pluma. No te apesadumbres por lo que Te ha acontecido y no temas. En verdad Tú eres de los seguros. Antes de mucho el Señor enviará y revelará los tesoros de la tierra, hombres que Te darán la victoria por Ti Mismo y por Tu Nombre con el que el Señor ha resucitado los corazones de los que saben".*** (Referencia de Bahá'u'lláh al Síyáh-Chál en **El Epístola al Hijo del Lobo**) "'Abdu'l-Bahá", escribe el Dr. J. E. Esslemont, "relata como se Le permitió entrar cierto día en el patio de la prisión para ver a Su amado Padre cuando salía para Su ejercicio diario. Bahá'u'lláh estaba profundamente cambiado, estaba tan enfermo que apenas podía caminar, Su cabello y barba estaban descuidados, Su cuello mostraba las heridas y estaba hinchado por la presión de un pesado collar de acero, Su cuerpo estaba inclinado por el peso de sus cadenas y esta escena produjo una impresión imborrable sobre la mente del sensible muchacho" (Bahá'u'lláh and the New Era, pág. 61).

17.- "Se ordenó que el cuerpo de Sádiq, el bábí que había sido asesinado, fuera amarrado a la cola de una mula y arrastrado sobre las piedras hasta Teherán, para que toda la población pudiera ver que los conspiradores habían fracasado. Al mismo tiempo se enviaron mensajeros a Ardishír Mírzá para dictarle lo que debía hacer". (Conde de Gobineau Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 234).

18.- "Fue en esta ocasión cuando Mírzá Áqá Khán, el Gran Vazír, con el objeto de distribuir la responsabilidad del castigo y disminuir las posibilidades de venganza con

derramamiento de sangre, concibió la idea extraordinaria de asignar a los diversos criminales para que fueran ejecutados por los ministros, generales y oficiales principales de la Corte, así como a representantes del sacerdocio y de los comerciantes. El secretario de Relaciones Exteriores dio muerte a uno, el Ministro del Interior a otro, el Palafrenero Mayor a otro y así sucesivamente". (Lord Curzon Persia and the Persian Question, pág. 402, nota 2).

19.- "Su Excelencia resolvió repartir la ejecución de las víctimas entre los diversos departamentos de estado; la única persona exenta fue él mismo. En primer lugar venía el Sháh, quien tenía derecho a Qisás, o retribución legal, por sus heridas. Para salvar la dignidad de la corona el mayordomo, en representación del Sháh, disparó el primer tiro contra el conspirador seleccionado como víctima y sus diputados, los farráshes, completaron la obra. El hijo del Primer Ministro estaba a la cabeza del Ministerio del Interior y dio muerte a otro bábí. Después vino el Ministro de Relaciones Exteriores. El Secretario de Estado para Relaciones Exteriores era, un hombre piadoso y torpe, que se pasaba el tiempo cavilando sobre las tradiciones de Muhammad, el Profeta, dio el primer sablazo mientras desviaba la mirada y el Subsecretario de Estado y los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores despedazaron a su víctima. Los sacerdotes, los comerciantes, los artilleros, la infantería, todos tenían asignados un Bábí. Incluso el admirable médico francés del Sháh, el extinto y lamentado Dr. Cloquet recibió una invitación a mostrar su lealtad al seguir el ejemplo del resto de la Corte. El se excusó y con sencillez manifestó que mataba a demasiados hombres profesionalmente como para que le fuera permitido aumentar su número mediante cualquier homicidio voluntario de su parte. Recordó al Sadr que estos procedimientos bárbaros y jamás vistos no sólo eran repugnantes en sí, sino que producirían un estremecimiento de horror y disgusto en toda Europa. Por esta razón se mostró muy excitado y preguntó iracundo. "¿Quiere usted que la venganza de todos los bábís se concentre sobre mí solo? Lo que sigue es un extracto de la "Gaceta de Teherán" de este día y sirve como muestra de lo que es un "editorial" persa: "Algunos individuos de vida licenciosa, sin principios y sin religión, se hicieron discípulos del maldito Siyyid ‘Alí-Muhammad Báb, quien hace algunos años inventó una nueva religión y que posteriormente fue condenado. No pudieron probar la verdad de su fe cuya falsedad era evidente. Por ejemplo, al caer algunos de sus libros en nuestras manos se encuentra que no contienen sino pura infidelidad. En discusión abierta tampoco fueron capaces de defender su religión que para lo único que parecía servir era para entrar en competencia con el Todopoderoso. Entonces empezaron a aspirar a la soberanía, comenzaron a provocar insurrecciones con la esperanza de beneficiarse por la confusión y a saquear los bienes de sus vecinos. Una pandilla de gente miserable y despreciable, cuyo jefe, Mullá Shaykh ‘Alí de Turshíz, se hizo llamar el diputado del extinto Báb y que se dio a sí mismo el título de Alta Majestad, se hicieron rodear por algunos de los antiguos compañeros del Báb. Atrajeron hacia sus principios a algunos individuos de vida disipada uno de los cuales era Hájí Sulaymán Khán, el hijo del extinto Yahyá Khán de Tabríz. Era su costumbre reunirse en casa de este Hájí para consultar y para planear el atentado a la auspiciosa vida de su Majestad. Doce de ellos, quienes se ofrecieron como voluntarios para la acción, fueron seleccionados para cumplir este propósito y a cada uno de ellos se les dio pistolas, puñales, etc. Se resolvió que estos doce debían ir a la residencia del Sháh en Níyávarán y esperar una oportunidad". Después de esto viene un relato del ataque, que ya he dado con bastante detalle. "Seis personas, cuyos crímenes no fueron probados con tanta claridad, fueron condenadas a prisión perpetua; los restantes fueron repartidos entre los

sacerdotes, los doctores de la ley, los servidores principales de la corte, la gente del pueblo, mercaderes, comerciantes, artesanos, quienes les dieron su merecido en la siguiente forma: los mullás, sacerdotes y hombres eruditos dieron muerte a Mullá Shaykh ‘Alí, el diputado del Báb que se dio el título de Alta Majestad y quien fue el autor de esta atrocidad. Los príncipes dieron muerte a Siyyid Hasan de Khurásán, un hombre de reconocida vida licenciosa, con disparos de pistola, sables y puñales. El Ministro de Relaciones Exteriores, lleno de celo religioso y moral, disparó primero sobre Mullá Zaynu'l-Ábidín de Yazd y los secretarios de su departamento terminaron con él y lo cortaron en pedazos. El Nizámu'l-Mulk (hijo del Primer Ministro) dio muerte a Mullá Husayn. Mírzá ‘Abdu'l Vahháb, de Shíráz, quien era uno de los doce asesinos, fue muerto por el hermano del Primer Ministro y sus hijos; otros parientes lo cortaron en pedazos. Mullá Fathu'lláh de Qum, quien disparó la bala que hirió la persona del rey, fue muerto en esta forma: en medio del campamento real se pusieron mechas en su cuerpo (mediante incisiones) y fueron encendidas. El mayordomo del palacio lo hirió en el mismo sitio en que había herido al Sháh y después la servidumbre lo apedreó. Los nobles de la corte enviaron a Shaykh ‘Abbas de Teherán al infierno. Los ayudantes personales del Sháh dieron muerte a Muhammad Báqir, uno de los doce. El palafrenero principal del Sháh dieron muerte a Muhammad Taqí de Shíráz y después lo enviaron a reunirse con sus compañeros. Los maestros de ceremonias y otros nobles, con sus diputados, dieron muerte a Muhammad de Najaf-Ábád usando machetes y porras, mandándolo a las profundidades del infierno. Los artilleros primero vaciaron los ojos de Muhammad ‘Alí de Najaf-Ábád y después lo dispararon de la boca de un mortero. Los soldados dieron muerte a bayonetazos a Siyyid Husayn de Milán y lo enviaron al infierno. La caballería dio muerte a Mírzá Rafí‘. Los tenientes-generales y coroneles dieron muerte a Siyyid Husayn". (Lady Sheil: Glimpses of Life and Manners in Persia, págs. 277-81). "En ese día se observó un espectáculo en las calles y bazares de Teherán que la gente nunca puede olvidar. Incluso hasta el día actual sigue siendo el tópico principal de conversación; todavía se siente un horror espantoso que los años no han podido atenuar. La gente pudo ver como marchaban, entre los verdugos, niños y mujeres con hoyos profundos horadados en la carne en los que ardían mechas encendidas. Las víctimas eran arrastradas con sogas y obligadas a andar con látigos. Los niños y las mujeres avanzaban cantando esta canción: "En verdad de Dios venimos y a El regresaremos". Sus voces se alzaban triunfantes sobre el silencio de las multitudes por cuanto los ciudadanos de Teherán no creían ni mucho ni poco en el islám. Cuando alguna de las víctimas se caía al suelo y lo hacían levantarse a punta de bayoneta, si la pérdida de sangre que salía goteando de sus heridas le dejaba aún alguna fuerza, comenzaba a bailar y gritar con mayor entusiasmo aún: "En verdad, de Dios venimos y a el regresaremos".

Algunos de los niños fallecieron por el camino. Los verdugos lanzaban sus cuerpos bajo los pies de sus padres y hermanas quienes orgullosamente caminaban sobre ellos sin darle mayor importancia. Cuando el cortejo llegó al lugar de la ejecución cerca del Portón Nuevo a las víctimas se les dio a elegir entre abjurar a su fe o perder la vida y, lo que parecía un tanto difícil, incluso se encontraron formas de aplicarles medios de intimidación. Uno de los verdugos concibió la idea de decir a un padre que si no cedía, degollaría a sus dos hijos sobre su mismo pecho. Se trataba de dos niñitos el mayor de los cuales tenía catorce años y que, rojos con su propia sangre, con su carne quemada, escuchaban estoicamente las amenazas. El padre respondió, mientras se recostaba, que estaba listo y el mayor de los niños reclamando un

derecho de preferencia pidió ser el primero en morir. Es posible que el verdugo le negó incluso ese último consuelo. Por fin terminó la tragedia y la noche cayó sobre un montón de cuerpos informes; las cabezas colgaban por montones en los postes de justicia y los perros de los suburbios de la ciudad se apiñaban a su alrededor. Ese día conquistó para los Bábís un número mayor de seguidores secretos de lo que pudiera haber logrado mucha exhortación. Como ya lo he dicho más arriba, la impresión dejada por la aterrorizante impasibilidad de los mártires era profunda y duradera. A menudo he oído a testigos oculares describir las escenas de ese día fatal, hombres cercanos al gobierno, algunos incluso de alto rango. Mientras los escuchaba era fácil creer en que el Islám desempeñó una parte tan poco gloriosa y tan alta era la opinión que tenían de los recursos, las esperanzas y los medios de éxito de la nueva religión". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 248-250). "Estas ejecuciones no solo eran criminales sino torpes. La barbarie de los perseguidores derrotó sus propios fines y en lugar de inspirar terror, dieron a los mártires la oportunidad de exhibir una fortaleza heroica que ha hecho más que cualquier propaganda, no importa cuán hábil fuera, pudiera haber hecho para asegurar el triunfo de la causa por la cual dieron sus vidas... La impresión producida por tales muestras de valor y resistencia fue profunda y duradera; aún más, la fe que inspiró a los mártires era a menudo contagiosa como lo muestra el siguiente incidente. Cierto hombre rudo de Yazd, notable por su vida desordenada y salvaje, fue a ver la ejecución de algunos Bábís, probablemente con el objeto de burlarse de ellos. Pero cuando vio la serenidad y firmeza con que enfrentaron la tortura y la muerte, sus sentimientos sufrieron un vuelco tal que se adelantó corriendo y gritando: "¡Dadme muerte a mí también! ¡Yo soy también un Bábí!" Siguió gritando en esta forma hasta que él también fue hecho partícipe del destino que solo había salido a contemplar". (E. G. Browne: A Year Among the Persians, págs. 111-12).

20.- Según Samandar (manuscrito pág. 2), Sulaymán Khán logró la presencia del Báb durante Su peregrinaje a Meca y Medina.

21.- Véase Glosario.

22.- Véase Glosario.

23.- Título de ‘Abdu'l-Bahá.

24.- Véase Glosario.

25.- Se llamaba Hájí ‘Alí Khán (Véase A Traveller's Narrative, pág. 52, Nota 1).

26.- El Imán ‘Alí.

27.- Corán, 21:69.

28.- El extraordinario heroísmo con que Sulaymán Khán soportó estas torturas espantosas es notable y en repetidas ocasiones he oído el relato, que durante la larga agonía que padeció, no cesó en dar testimonio de su alegría de que fuera considerado digno de sufrir martirio por la Causa de su Maestro. Incluso cantó y recitó versos entre los que se hallaba el siguiente: "¡He retornado! ¡He retornado! ¡He venido por la ruta de Shíráz! ¡He venido con atrayentes ademanes y favores! ¡Tal es la locura del amante!" "¿Por qué no bailas", preguntaron, burlones, los verdugos, "ya que hallas tan placentera la muerte?" "¡Bailar!" exclamó Sulaymán Khán "¡con la copa de vino en una mano y con los bucles del Amigo en la otra. Baile tal en la plaza del mercado es mi deseo!" (A Traveller's Narrative, Nota T, págs. 343-4). Fue martirizado en Agosto de 1852. "Cuando arrestaron a Sulaymán Khán y trataron, en consideración a sus fieles servicios y lealtad, de inducirle, mediante promesas de recompensas del rey, a abandonar el

credo que había adoptado, el no consintió sino que respondió con firmeza: "Su Majestad el Rey tiene derecho a exigir de sus súbditos fidelidad, lealtad y rectitud; pero no tiene derecho a inmiscuirse en sus convicciones religiosas". A consecuencia de estas valientes palabras se dio la orden que se hicieran perforaciones en su carne y que en cada una de las heridas se introdujera una mecha encendida como lección para los demás. Otra víctima fue tratada en igual forma. En este estado y precedidos por trovadores y tamboriles, lo condujeron por los bazares y entre tanto, él, con rostro sonriente, repetía una vez tras otra el verso:

"Feliz aquel que por amor intoxicado
"Ha vencido a tal punto que apenas sabe
"¡Si a los pies de su Bienamado
"Es su cabeza o turbante que la lanzado!

Cuando alguna de las mechas se caía de su cuerpo, la levantaba con sus propias manos, la volvía a encender con una de las otras y la colocaba en su lugar. Los verdugos, al ver tal grado de regocijo y arrobamiento, dijeron: "si estáis tan deseosos del martirio, ¿por qué no bailáis?" Con esto comenzó a dar saltos y a cantar con versos apropiados a su condición:

"Un oído ya no por ignorancia embotado
"y el sometido ego dan derecho a bailar.
"Tontos bailan y cabriolean en el mercado;
"Hombres bailan mientras rápida corre su sangre.
"Cuando el yo parece, aplauden de felicidad.
"y bailan, ya que del mal lograron libertad.

En esta forma condujeron a ambos por el portón de Sháh ‘Abdu'l-‘Azím. Cuando estaban preparándose para cortar su cuerpo en dos con una sierra, estiró sus pies sin temor ni vacilación, mientras recitaba este verso:

"A este cuerpo en poca valía tengo;
"Espíritu de valiente su morada terrena desprecia.
"Puñal y espada fragante albahaca parecen,
"o flores para adornar con su esplendor el banquete de la muerte".

(El Táríkh-i-Jadíd, págs. 228-30).

29.- "Si nuestra atención ha sido forzada más hacia una conclusión que otra en esta mirada retrospectiva que he dado, es que una devoción sublime y sin quejas ha sido inculcada por esta nueva fe, no importa lo que ella sea. Creo que hay sólo un caso de un Bábí que ha renegado bajo presión o amenaza de sufrimiento y él volvió a la Fe y fue ejecutado dos años más tarde. Historias de magnífico heroísmo iluminan las páginas sangrientas de la historia Bábí. Aún cuando muchos de sus devotos son ignorantes y analfabetos, sin embargo están listos para morir por su religión, y las hogueras de Smithfield no encendieron un coraje más noble que el que ha enfrentado y desafiado a los refinados traficantes de torturas de Teherán. No deben ser de poca monta, entonces, los preceptos de una creencia capaz de despertar un espíritu tan raro y bello de auto-sacrificio... Son estos pequeños incidentes que de tiempo en tiempo sacan a relucir sus horribles rostros, los que prueban que Persia no está aún completamente redimida y que dejan un tanto anonadados a los que hablan largamente de la civilización irania" Lord Curzon: Persia and the Persian Question, vol. 1, pág. 501).

30.- "Ella permaneció allí largo tiempo recibiendo numerosas visitas, tanto hombres como mujeres. Hizo ver a estas últimas el rol abyecto que el islám les había asignado y las conquistó

para la nueva religión al mostrarles la libertad y respeto que les conferiría. Sobrevinieron muchas disputas domésticas las que no siempre resultaron en beneficio o favorecieron la reputación del marido. Estas discusiones pudieran haberse prolongado mucho si Mírzá Áqá Khán-i-Núrí no hubiera sido designado Sadr-i-A'zam. El Premier ordenó a Hájí Mullá Muhammad Andirmání y a Hájí Mullá 'Alí Kiní que pasaran a visitarla con el objeto de examinar sus creencias. Tuvieron siete conferencias con ella en las que argumentó con gran sentimiento y afirmó que el Báb era el Imán prometido que se esperaba. Sus adversarios atrajeron su atención al hecho que, según las profecías el Imán prometido debía venir de Jábulqá y Jábulsá. Ella respondió con profunda convicción que dichas profecías eran falsas y habían sido falsificadas por tradicionalistas insinceros y ya que esas dos ciudades nunca existieron solo podían ser producto de la superstición de mentes enfermas. Ella expuso la nueva doctrina, dando a conocer su verdad, pero siempre se encontró con el mismo argumento de Jábulqá. Exasperada les dijo finalmente: "Vuestro razonamiento es el de un niño ignorante y torpe; ¿por cuanto tiempo más se van a aferrar a estas tonterías y mentiras? ¿Cuando van a levantar sus ojos hacia el Sol de la Verdad?" Escandalizados por tales blasfemias, Hájí Mullá 'Alí se puso de pie y llevando consigo a su amigo, dijo: "por qué hemos de seguir discutiendo con una infiel?" Regresaron a sus casas y escribieron la sentencia que establecía su apostasía y su negativa a retractarse y la condenaron a muerte en nombre del Corán. (A. L. M. Nicolas Siyyid 'Alí-Muhammad dit le Báb, págs. 446-447).

31.- "Mientras se hallaba prisionera en la casa del Kalántar se celebró el matrimonio del hijo de la familia. Naturalmente, fueron invitadas las esposas de todos los hombres prominentes; sin embargo, aún cuando el anfitrión había gastados los hombres prominentes; sin embargo, aún cuando el anfitrión había gastado mucho dinero para dar los entretenimientos de rigor, las mujeres pidieron en alta voz que Qurratu'l-'Ayn fuera traída a la reunión. Apenas había aparecido y comenzado a hablar cuando los músicos y bailarinas fueron despedidos. Las damas, olvidando los dulces que tanto les agradaban, sólo tenían ojos para Qurratu'l-'Ayn". (Idem, pág. 448).

32.- Mahmúd-Khán-i-Kalántar, bajo cuya custodia había sido puesta.

33.- Véase Glosario.

34.- "Frente a la Legación de Inglaterra y la Embajada Turca se extendía una amplia plaza que ha desaparecido desde 1893. Hacia el centro de esta plaza, manteniendo la línea de la calle, había cinco o seis árboles que marcaban el lugar donde había muerto la heroína Bábí ya que en aquellos días el jardín de Ílkhání llegaba hasta allí. A mi regreso en 1898 la plaza había desaparecido completamente y estaba cubierta por edificios modernos y no sé si el dueño actual ha preservado aquellos árboles que plantaron manos piadosas". (A. L. M. Nicolas: Siyyid 'Alí Muhammad dit le Báb, pág. 452).

35.- Agosto 1852 D.C.

36.- Véase Journal of the Royal Asiatic Society 1889, artículo 6, pág. 492.

37.- 1817 - 18 D.C.

38.- "La belleza y el sexo femenino también prestaron su apoyo a la nueva creencia y el heroísmo de la hermosa pero malafortunada poetisa de Qazvín, Zarrín-Táj (Corona de Oro) o Qurratu'l-'Ayn (Consuelo de los Ojos) quien, descartando el velo, llevó la antorcha misionera por todas partes es uno de los episodios más conmovedores de la historia moderna". (Lord Curzon: Persia and the Persian Question, vol. 1, pág. 497, nota 2) "Ningún recuerdo se venera

más profundamente o enciende mayor entusiasmo que el suyo y la influencia que tuvo durante su vida todavía tiene efecto sobre su sexo" (Valentine Chirol: The Middle Eastern Question pág. 124). "La aparición de una mujer como Qurratu'l-'Ayn es un fenómeno raro en cualquier país y en cualquiera época, pero en un país como Persia es un prodigio - aún más, casi un milagro. Tanto en virtud de su maravillosa belleza, sus excepcionales dotes intelectuales, su ferviente elocuencia, su intrépida devoción y su glorioso martirio, se destaca sin par e inmortal entre sus compatriotas mujeres. Si la religión Bábí no tuviera otra pretensión a grandeza, le vasta esto - haber producido una heroína como Qurratu'l-'Ayn" (A Traveller's Narrative", nota Q, pág. 213). "Casi puede decirse que la figura más extraordinaria de todo el movimiento fue la poetisa Qurratu'l-'Ayn. Era renombrada por su virtud, piedad y erudición y había terminado de convertirse cuando leyó algunos de los versos y exhortaciones del Báb. Tan fuerte llegó a ser su fe que aún cuando tenía riquezas y pertenecía a la nobleza, renunció a sus bienes materiales, sus criaturas, su nombre y situación por el servicio de su Maestro y se dedicó a proclamar y establecer su doctrina... La belleza de sus palabras era tal que era capaz de apartar a los invitados a una boda de la música preparada para su entretenimiento por el anfitrión. Sus versos se encuentran entre los más conmovedores de la lengua persa". (Sir Francis Younghusband: The Gleam, págs. 202-3). "Una mirada retrospectiva a la carrera de Qurratu'l-'Ayn nos sorprende especialmente por su fogoso entusiasmo y su falta absoluta de apego a lo terrenal. Este mundo era para ella, así como se dice era para Quddús, un mero puñado de polvo. Era también una oradora elocuente y tenía experiencia en la intrincada medida de la versificación persa. Uno de los pocos poemas que han sido dados a conocer hasta la fecha es de especial interés debido a la creencia que expresa en el carácter divino-humano de alguien (a quien ella llama Señor), cuyas pretensiones, una vez aducidas, recibirían reconocimiento general. ¿Quien era este Personaje? Parece que Qurratu'l-'Ayn consideraba que El mostraba mucha lentitud en dar a conocer estas pretensiones. ¿Puede pensarse en alguna otra persona sino Bahá'u'lláh? La Poetisa era una verdadera Bahá'í" (Dr. T. K. Cheyne: The Reconciliation of Races and Religions págs. 114-115). "La cosecha sembrada en tierra islámica por Qurratu'l-'Ayn ahora comienza a dar frutos. Una carta dirigida al "Christian Commonwealth" en junio pasado nos informa que cuarenta sufragistas turcas serán deportadas de Constantinopla a ‘‘Akká (que tanto tiempo fue la prisión de Bahá'u'lláh): "Durante los últimos años ideas sufragistas se han estado difundiendo calladamente en los harenes. Los hombres no lo sabían; todo el mundo lo ignoraba; y ahora, repentinamente, se han abierto las compuertas y los hombres de Constantinopla han creído necesario recurrir a medidas drásticas. Se han organizado sociedades sufragistas, se han redactado memorias inteligentes que incorporan las peticiones femeninas y se las ha hecho circular; han aparecido diarios y revistas femeninas que publican artículos excelentes y se han llevado a efecto reuniones públicas. Entonces, cierto día, los miembros de estos clubes - cuatrocientos de ellos, descartaron el velo. Las clases sociales estancadas y fosilizadas se escandalizaron, los buenos musulmanes mostraron alarma y el Gobierno se vio forzado a tomar acción. Estas cuatrocientas mujeres amantes de la libertad fueron divididas en grupos. Un grupo de cuarenta fueron exiliadas a ‘Akká y llegarán dentro de algunos días. Todo el mundo habla de ello y es sorprendente ver cuán numerosos son los que están en favor de quitar el velo a los rostros de las mujeres. Muchos hombres con quienes he hablado no solo consideran que la costumbre es arcaica sino que ahoga la capacidad de pensar. Las autoridades turcas, pensando extinguir esta luz de libertad sólo han avivado su llama y su

acción autoritaria solo ha servido para ayudar materialmente a crear una opinión pública más amplia y una mejor comprensión de este problema crucial". (Idem págs. 115-16). "La otra misionera, la mujer a quien me refiero, había venido a Qazvín. No hay lugar a dudas que ella era al mismo tiempo, el objeto de veneración de los Bábís y una de las manifestaciones más extraordinarias y fascinantes de dicha religión". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies Dans l'Asie Centrale, pág. 136). "Muchas personas que la han conocido y la han escuchado en diferentes ocasiones han declarado que, para una persona tan erudita y leída, la característica más sobresaliente de sus disertaciones era una extraordinaria sencillez y sin embargo, cuando hablaba, los que la escuchaban se sentían profundamente conmovidos y llenos de admiración, a menudo con lágrimas en los ojos" (Idem, pág. 150). "Aún cuando tanto musulmanes como bábís hablan en los términos más elevados de la belleza de "Consuelo de los Ojos", no hay duda alguna que la inteligencia y carácter de esta joven era aún más extraordinarios de lo que se ha relatado. Habiendo escuchado a menudo, y por así decirlo casi a diario, conversaciones eruditas, parece que a muy temprana edad tomó gran interés en ellos; de allí entonces que era perfectamente capaz de seguir los sutiles argumentos de su padre, su tío, suprimo y ahora su esposo e incluso debatir con ellos y a menudo asombrarlos a causa del poder y agudeza de su mente. No es frecuente ver, en Persia, que las mujeres se ocupen de cosas intelectuales, sin embargo sucede en ocasiones. Lo que es realmente extraordinario es encontrar una mujer de la habilidad de Qurratu'l-'Ayn. No solo tenía un conocimiento inusitadamente perfecto del árabe, sino que también se destacó por sus conocimientos de las tradiciones del Islam y de las diversas interpretaciones de los pasajes discutidos del Corán y de los grandes escritores. En Qazvín se la consideraba, con justa razón, un prodigio". Idem, pág. 137).

39.- "Aún cuando parezca extraño respetaron a las mujeres que lograron reunir y que llevaron al monte Bíyábán. Entre ellas había dos ancianos demasiado débiles para luchar, Mullá Muhammad-Músá, un batanero y Mashhadí Báqir, un tintorero. A estos les dieron muerte. Mashhadí Báqir fue muerto por ‘Alí Big, capitán de los soldados Nayrízí, quién decapitó a su víctima y dio la cabeza a un niño; después cubrió la cabeza de la sobrina de la víctima con un velo negro y la llevó a caballo hasta donde Mírzá Na‘ím quien se encontraba sobre el monte Bíyábán, sentado sobre una piedra en un jardín. Cuando ‘Alí Big se acercó a él, le tiró la cabeza de Báqir y al mismo tiempo dio un empujón a la niñita quien cayó de bruces mientras él gritaba: "Hemos hecho lo que deseaba, los Bábís ya no existen", Mírzá Na‘ím ordenó que la boca de Ákhund Mullá ‘Abdu'l-Husayn fueran rellenada con tierra; después un ghulám le disparó en la cabeza pero la herida no fue fatal. Aproximadamente seiscientas tres mujeres fueron arrestadas y conducidas al molino llamado Takht que se encuentra en las proximidades de Nayríz. Nuestro autor relata la siguiente anécdota: "Yo era muy joven entonces y seguía a mi madre quien tenía otro hijo menor que yo. Un hombre llamado Asadu'lláh llevaba como prueba de la ferocidad de los vencedores: a mi hermano sobre sus hombros. El niño usaba un sombrero decorado con algunos adornos. Un jinete vio el sombrero, se acercó y se lo arrebató con tal violencia que al mismo tiempo agarró el pelo del bebé. La criatura fue lanzada a una distancia de más o menos diez metros y mi pobre madre lo encontró inconsciente". No me detendré sobre los horrores que siguieron a la victoria. Basta saber que Mírzá Na‘ím, montado a caballo, iba precedido y seguido por hombres que llevaban las cabezas de los mártires sobre la punta de las lanzas. A los prisioneros se les obligaba a avanzar

a latigazos y con la punta de los sables. A las mujeres las echaron en acequias llenas de agua. Pasaron la noche en el caravanserai en Shíráz.

A la mañana siguiente las mujeres fueron sacadas desnudas y se entretuvieron dándoles puntapiés apedreándolas, azotándolas y escupiéndolas. Cuando se cansaron sus atormentadores fueron confinadas durante veinte días y durante este tiempo se las insultaba y ultrajaba a cada instante. Ochenta bábís, amarrados en grupos de a diez fueron confiados a cien soldados para ser conducidos a Shíráz. Siyyid Mír Muhammad Abd murió a consecuencias del frío en Khánih-gird, otros murieron poco después. De tiempo en tiempo los guardias le cortaban la cabeza a alguno. Finalmente llegaron a Shíráz atravesando la puerta de Sa‘di. Hicieron desfilar a los prisioneros por las calles y después los echaron en prisión. A las mujeres las sacaron del edificio de la escuela al cabo de veinte días y fueron separadas en dos grupos. A un grupo se las puso en libertad y el otro fue enviado a Shíráz junto con otros prisioneros, hombres que habían sido arrestados recientemente. Al llegar a Shíráz se volvió a dividir la caravana: las mujeres fueron enviadas al caravanserai Sháh Mír ‘Alí-Hamzih y los hombres a la cárcel junto con otros Bábís. El día siguiente fue fiesta. El Gobernador, rodeado por todos los ciudadanos destacados de Shíráz, ordenó que trajeran todos los prisioneros a su presencia. Un Nayrízí llamado Jalál, a quien Na‘ím había apodado "Bulbul", dio a conocer los nombres de sus conciudadanos. El primero en aparecer fue Mullá ‘Abdu'l-Husayn, a quien se le ordenó maldecir al Báb. Rehusó y su cabeza rodó por el suelo. Hájí el hijo de Asghar, ‘Alí Garm-Sírí, Husayn hijo de Hádí Khayrí, Sádiq hijo de SáliH y Muhammad-ibn-i-Muhsin fueron todos ejecutados. Las mujeres fueron puestas en libertad y los hombres que sobrevivieron fueron conducidos nuevamente a prisión. Como el Sháh había reclamado el envío de prisioneros, 73 fueron enviados a Teherán. Veintidós perecieron durante el viaje entre los cuales estaban Mullá ‘Abdu'l-Husayn quien falleció en Saydán; ‘Alí, hijo de Karbilá'í Zamán en Ábádí; Akbar hijo de Karbilá'í Muhammad en Qinárih; Hasan hijo de ‘Abdu'l-Vahháb, Mullá ‘Alí-Akbar, en Isfahán. Karbilá'í Báqir hijo de Muhammad Zamán, Hasan y su hermano Dhu'l-Faqár, Karbilá'í Zaqí y ‘Alí su hijo, Valí Khán, Mullá Karím, Akbar Ra'ís, Ghulám-‘Alí hijo de Pír Muhammad, Naqí y Muhammad ‘Alí, hijos de Muhammad todos fallecieron por el camino. Los demás llegaron hasta Teherán y el mismo día de su llegada quince de ellos fueron ejecutados, entre ellos Áqá Siyyid ‘Alí quien había sido abandonado como muerto, Karbilá'í Rajab el barbero, Sayfu'd-Dín, Sulaymán hijo de K. Salmán, Ja‘far, Murád Khayrí, Husayn hijo de K. Báqir, Mírzá Abu'l-Hasan hijo de Mírzá Taqí, Mullá Muhammad-‘Alí hijo de Áqá Mihdí. Veintitrés murieron en la prisión, trece fueron dejados en libertad después de tres años: el único que quedó en Teherán para fallecer allí poco después fue Karbilá'í Zaynu'l-Ábidín". (A. L. M. Nicolas Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb, págs. 421-4). "Sus perseguidores, después de haber capturado y muerto a los hombres, se apoderaron y dieron muerte a cuarenta mujeres y niños en la siguiente forma: los pusieron en medio de una caverna, llenaron a ésta con gran cantidad de leña, pusieron gasolina sobre los troncos y le prendieron fuego. Uno de los que participaron en esta acción relató lo siguiente: "Después de dos o tres días subí a la montaña y corrí a la puerta de la caverna. Vi que del fuego sólo quedaban las cenizas; pero todas aquellas mujeres con sus niños permanecían sentados, cada uno en alguna esquina, con los pequeñuelos abrazados a sus pechos y sentados formando un círculo, exactamente como las habíamos dejado. Algunas, como si estuvieran desesperadas o lamentándose, habían permitido que sus cabezas se hundieran sobre sus rodillas por su dolor y todas retenían la postura que

habían asumido. Me sentí asombrado, pensando que el fuego no las había quemado. Lleno de aprehensión y anonadado, entré. Entonces vi que todas estaban quemadas hasta cenizas, sin embargo en ningún momento habían hecho un movimiento que provocara la desintegración de sus cuerpos. En cuanto las toqué con la mano, sin embargo, se deshicieron quedando reducidas a cenizas. Y cuando vimos esto todos nos arrepentimos de lo que habíamos hecho. ¿Pero de qué provecho era esto ahora?" (El Táríkh-i-Jadíd, pág. 128-31). "El autor del Táríkh-i-Jadíd al terminar su relato, aprovecha la oportunidad para hacer notar cuan literalmente fueron cumplidas en estos acontecimientos las profecías contenidas en una tradición que se refiere a las señales que indicarán la aparición del Imán Mihdí: "En El se hallarán la perfección de Moisés, la preciosidad de Jesucristo, y la paciencia de Job: Sus santos serán degradados en Su época y sus cabezas serán intercambiadas como presentes, así como las cabezas de los turcos y daylamitas son intercambiadas como regalos, y tendrán miedo, llenos de pavor y desconcertados: la tierra será teñida con su sangre y prevalecerán las lamentaciones y los quejidos entre sus mujeres: estos son en verdad. Mis santos". (Esta tradición, llamada Hadíth-i-Jábir se cita también en el "Káfí", una de las recopilaciones principales de tradiciones Shí‘itas citado en el Íqán). Cuando me encontraba en Yazd a principio del verano de 1888: "Mi abuelo materno Mihr-‘Alí Khán Shujá‘u'l-Mulk y mi tío abuelo Mírzá Na‘ím tomaron ambos una parte activa en la guerra de Nayríz - pero por el lado equivocado. Cuando llegaron órdenes a Shíráz de sofocar la insurrección, mi abuelo recibió orden de asumir el mando de la expedición enviada con ese fin. No le agradó la tarea asignada y dio a conocer sus dudas a dos de los ulemas quienes, sin embargo, le aseguraron con declaraciones que la guerra que estaba a punto de emprender era una tarea sagrada aprobada por la Religión y que recibiría por ello una recompensa en el Paraíso. Es así como fue y lo que aconteció, aconteció. Después que habían dado muerte a 750 hombres, se apoderaron de las mujeres y niños les arrancaron casi toda su ropa, los montaron sobre burros, mulas y camellos y los condujeron por largas filas de cabezas cortadas de los cuerpos inermes de sus padres, hijos, hermanos y maridos, hacia Shíráz. Cuando llegaron allí los colocaron en un ruinoso caravanserai en las vecindades de la puerta de Isfahán y frente a frente a un Imán-zádih, mientras sus captores se establecieron bajo una arboleda vecina. Permanecieron allí durante largo tiempo padeciendo insultos y maltrato y muchos de ellos murieron. Ahora observad el juicio de Dios sobre los opresores: ya que de aquellos especialmente responsables por estas crueldades todos tuvieron un mal fin y fallecieron abrumados por calamidades. Mi abuelo Mihr-Alí Khán cayó enfermo muy pronto y quedó mudo hasta el día de su muerte. Cuando estaba a punto de expirar los que estaban cerca de él vieron por el movimiento de sus labios que estaba susurrando algo. Se acercaron para oír sus últimas palabras y le oyeron murmurar débilmente: "¡bábí ¡bábí! ¡bábí!", tres veces. Entonces se dejó caer hacia atrás y expiró. Mi tío abuelo Mírzá Na‘ím cayó en desgracia ante el gobierno y fue multado dos veces, la primera diez mil tumanes y la segunda quince mil. Pero su castigo no terminó con esto, porque se le hizo sufrir diversas torturas. Sus manos fueron puestas en el "il-chik" (una tortura que consiste en poner pedazos de madera entre los dedos de la víctima, amarrándolas luego muy apretadas, con un cordel; después se echa agua fría sobre el cordel para que se contraiga aún más) y sus pies en el "tang-i-Qájár" (o "apretón Qájár" una forma de tortura parecida a la "bota" que en un tiempo se usó en Inglaterra y por cuya introducción en Persia dicho país debe agradecer a la dinastía que actualmente ocupa el trono); se le hizo permanecer de pie, con la cabeza descubierta, a pleno sol, cubriéndosele la cabeza

con melaza para atraer las moscas; y después de sufrir estas y otras torturas aún más dolorosas y humillantes, fue despedido, un hombre caído en desgracia y arruinado" (A Traveller's Narrative, Nota H, págs. 191-3).

40.- Enero 12, 1853 D.C.

41.- ‘Abdu'l-Bahá.

42.- Bahíyyih Khánum, la Hoja Más Sagrada, hermana de ‘Abdu'l-Bahá, quien era entonces una niñita de siete años de edad, acompañó a los exiliados.

Epílogo

Nunca había caído a un nivel más bajo la suerte de la Fe proclamada por el Báb que cuando Bahá'u'lláh fue exilado de Su tierra natal a Iráq. La Causa por la cual el Báb había dado Su vida, por la que Bahá'u'lláh había luchado y sufrido, parecía haber desaparecido, su resistencia rota más allá de toda recuperación. El desconcierto y los desastres se habían sucedido con increíble rapidez, debilitando su vitalidad y opacando las esperanzas de sus más firmes defensores. En verdad, para un lector descuidado de las páginas de la narración de Nabíl, toda la historia desde su comienzo no parece ser sino el relato de reveses y masacres, de humillaciones y desilusiones, cada una más severa que la precedente, culminando finalmente con el exilio de Bahá'u'lláh de Su tierra natal. Para el lector escéptico, que no desea reconocer el poder celestial que poseía aquella Fe, todo el sistema que se había desarrollado en la mente de su Autor parece estar predestinado al fracaso. La obra del Báb, tan gloriosamente concebida, tan heroicamente emprendida, parecería haber desaparecido en un desastre colosal. Para tal lector, la vida del desafortunado Joven de Shíráz parecería, a juzgar por los golpes crueles que sufrió, una de las más tristes e infructuosas que jamás hubo tocado a un mortal. Esa carrera breve y heroica que, con la rapidez de un meteoro, pasó por el firmamento de Persia, y pareció haber traído, durante un instante, la Luz ansiada de eterna salvación a la penumbra que envolvía el país, se precipitó finalmente en un abismo de oscuridad y desesperación.

Cada paso que dio, cada esfuerzo que hizo, sólo sirvió para intensificar las penas y sufrimientos que pesaban sobre Su alma. El plan que había concebido, desde el comienzo mismo de Su carrera, de inaugurar Su Misión con una proclamación pública en las ciudades sagradas de Meca y Medina no produjo los frutos que esperaba. El Sherif de Meca, a quien Quddús entregó Su Mensaje, le dio un recibimiento que delató, por su glacial indiferencia, el desinterés y desprecio que el gobernante de Hijáz y guardián de su Ka'bih sentía por la Causa de un Joven de Shíráz. El proyecto que tenía en mente de regresar triunfante de Su peregrinaje a las ciudades de Karbilá y Najaf, donde esperaba establecer Su Causa en el corazón mismo de la fortaleza de la ortodoxia shí'ah, se vio igualmente, hecho añicos. El programa que había ideado, cuyas características esenciales ya había comunicado a Sus diecinueve discípulos elegidos, quedó, en su mayor parte, inconcluso. La moderación que había aconsejado, fue olvidada en el primer brote de entusiasmo que se apoderó de los primeros misioneros de Su

Fe, comportamiento que fue responsable, en gran parte, del fracaso de las esperanzas que había acariciado. El Mu'tamid, ese gobernante sagaz y sabio, quien había desviado con tanta habilidad el peligro que amenazaba esa preciosa Vida y que había probado su capacidad para rendirle servicios tan distinguidos como pocos de Sus compañeros más modestos podrían haber esperado ofrecer, le fue arrebatado repentinamente, dejándole a merced del pérfido Gurjí Khán, el más detestable e inescrupuloso de Sus enemigos. La única oportunidad que el Báb tuvo de entrevistarse con Muhammad Sháh -entrevista que Él mismo había pedido, y en la que cifraba grandes esperanzas- se vio frustrada por la intervención del cobarde y caprichoso Hádí Mírzá Áqásí, quien temblaba ante la idea que si tenía contacto con el soberano, quien ya se había mostrado inclinado a brindar su amistad a aquella Causa, podía ser fatal a sus propios intereses. Los intentos, inspirados e iniciados por el Báb, que dos de Sus discípulos más destacados, Mullá ‘Alíy-i-Bastámí y Shaykh Sa‘íd-i-Hindí, habían hecho por introducir la Fe, uno en territorio turco y el otro en la India, terminaron en el más completo de los fracasos. La primera empresa se vino abajo desde la partida a causa del cruel martirio de su promotor, mientras que la otra produjo lo que podría considerarse un resultado despreciable, ya que su único fruto fue la conversión de cierto siyyid cuya accidentada carrera de servicios llegó a su fin repentinamente en Luristán por la acción del traicionero Íldirím Mírzá. El cautiverio a que el Báb Mismo se vio condenado durante la mayor parte de los años de Su ministerio, Su aislamiento, en las inaccesibles montañas de Ádhirbáyján del cuerpo de Sus adeptos, que se veían perseguidos por un enemigo rapaz; sobre todo, la tragedia de Su propio martirio, tan intenso, tan terriblemente humillante, parecería ser el grado más bajo de ignominia que Causa tan noble, desde Su nacimiento, estaba destinada a alcanzar. Su muerte, la culminación de una carrera corta y rápida, parecería haber puesto el sello del fracaso sobre una tarea que, por heroicos que fueran los esfuerzos que inspiraba, era imposible de realizar.

Por mucho que Él Mismo sufrió, la agonía que tuvo que padecer no era sino una gota en comparación con las calamidades que llovieron sobre la multitud de Sus defensores declarados. La copa de pesares que habían tocado Sus labios debía ser apurada aún hasta la última gota por los que quedaban después de Él. La catástrofe de Shaykh Tabarsí, que Lo privó de Sus lugartenientes más capaces, Quddús y Mullá Husayn, que engolfó a no menos de trescientos trece de Sus más firmes adeptos, llegó como el golpe más cruel que hasta entonces había sufrido, y envolvió en penumbra los últimos días de Su vida que rápidamente Se acercaba a Su fin. La lucha de Nayríz, con sus subsiguientes horrores y crueldades, que

implicó a Vahíd, el más erudito, influyente y de mayores méritos de los adeptos del Báb, fue un nuevo golpe a los recursos y al número de los que aún conservaban en alto la antorcha en Sus manos. El sitio de Zanján, que seguía de cerca el desastre que había sobrevenido a la Fe en Nayríz, y que se caracterizó por carnicerías con que se verá asociado para siempre el nombre de esa provincia, cercenó aún más las filas de los defensores de la Fe y les privó de la fuerza sustentadora que la presencia de Hujjat les había inspirado. Con él desapareció la última figura destacada entre los jefes representativos de la Fe que sobresalían, en virtud de su autoridad eclesiástica, su erudición, su intrepidez y fuerza de carácter, por encima de la masa de sus condiscípulos. La flor de los seguidores del Báb había sido liquidada mediante una matanza despiadada, dejando tras sí un vasto número de mujeres y niños esclavizados que gemían bajo el yugo de un enemigo implacable. Sus jefes que, tanto por sus conocimientos como por su ejemplo, habían alimentado la llama que brillaba en esos valientes corazones, también habían perecido, su trabajo al parecer abandonado entre la confusión que afligía a una comunidad perseguida.

De todos los que se habían mostrado capaces de seguir adelante con el trabajo que el Báb había entregado a Sus seguidores, sólo quedaba Bahá'u'lláh[1]. Todos los demás habían caído bajo el sable del enemigo. Mírzá Yahyá, el jefe nominal de la banda que sobrevivió al Báb, había buscado ignominioso refugio entre las montañas de Mázindarán de los peligros del trastorno que se había apoderado de la capital. Disfrazado de derviche, kashkúl[2] en mano, abandonó a sus compañeros y se refugió, lejos del sitio de peligro, en los bosques de Gílán. Siyyid Husayn, el amanuense del Báb y Mírzá Ahmad, su colaborador, quienes conocían muy bien las enseñanzas e implicaciones del Bayán recién revelado y, que en virtud de su intimidad con su Maestro y su familiaridad con los preceptos de la Fe, se hallaban en situación de ilustrar las mentes y consolidar las bases de la fe de sus compañeros, yacían encadenados en el Síyáh-Chál de Teherán, separados completamente de la masa de sus compañeros que tanto necesitaban sus consejos, ambos destinados a sufrir, muy luego, un cruel martirio. Inclusive Su propio tío materno quien, desde Su infancia, Lo había rodeado de paternal cuidado que ningún padre podría haber sobrepasado, que Le había hecho grandes servicios en los primeros días de Sus sufrimientos en Shíráz y quien Le había sobrevivido sólo unos pocos años, que podría haber rendido servicios inestimables a Su Causa, languidecía en la prisión, abandonado y sin esperanzas de poder continuar nunca con la tarea que tanto atesoraba en su corazón. Táhirih, aquél emblema refulgente de Su Causa que tanto por su valentía indomable, su carácter impetuoso, su inquebrantable fe, su ardiente entusiasmo y vastos conocimientos,

parecía, por un tiempo, poder conquistar todo el mundo femenino de Persia a la Causa de su Bienamado, cayó, desafortunadamente, en el instante mismo en que la victoria parecía estar asegurada, víctima de la ira de un enemigo calumniador. La influencia de su trabajo, cuya prosecución fue detenida tan repentinamente, parecía haberse extinguido completamente, para aquellos quienes se encontraban cerca mientras se la colocaba en la fosa que le sirvió de sepulcro. Las letras de los Vivientes del Báb que quedaban o habían caído bajo el sable o se hallaban con grillos en la prisión o, finalmente, llevaban una vida obscura en algún rincón remoto del reino. La mayor parte de los voluminosos escritos del Báb sufrieron una suerte no menos humillante que la que había sobrevenido a Sus discípulos. Muchas de Sus copiosas obras fueron completamente obliteradas, otras fueron rotas y hechas cenizas, algunas fueron corrompidas, el enemigo se apoderó de una buena parte, los demás eran una masa de manuscritos desorganizados, no descifrados, precariamente escondidos y dispersos entre los sobrevivientes de entre Sus compañeros.

La Fe que había proclamado el Báb y por la que había dado cuanto tenía, había alcanzado, por cierto, su nivel más bajo. Las hogueras encendidas en Su contra casi habían consumido la estructura de la que dependía la continuación de Su existencia. Las alas de la muerte parecían estar revoloteando sobre Ella. El exterminio, completo e irremediable, parecía amenazar Su vida misma. Entre las sombras que comenzaban a rodearla, la figura de Bahá'u'lláh era la única que brillaba como el Salvador potencial de una Causa que se acercaba rápidamente a su fin. Las señales de visión clara, la valentía y sagacidad que había mostrado en más de una ocasión desde que se había levantado a defender la Causa del Báb, parecían calificarlo, si siguiera viviendo en Persia, para revivir la fortuna de una Fe que expiraba. Pero esto no debía ser. Una catástrofe sin precedentes en toda la historia de aquella Fe, provocó una persecución más feroz que la acaecida hasta entonces y esta vez arrastró hacía su vórtice la persona de Bahá'u'lláh mismo. Las escasas esperanzas que aún tenían los demás creyentes se vieron aniquiladas en medio de la confusión subsiguiente. Porque Bahá'u'lláh, su única esperanza y el único objeto de su confianza, se vio abatido en tal grado por la severidad de aquella tormenta que ya no parecía posible recuperación alguna. Después que Sus posesiones habían sido saqueadas en Núr y Teherán, había sido denunciado como principal instigador de un censurable atentado contra la vida de Su soberano, abandonado por Sus parientes y despreciado por Sus amigos y admiradores de antes, encerrado en un calabozo oscuro y pestilente y, finalmente, obligado a un exilio sin esperanzas más allá de los confines de Su tierra natal, parecía que todas

las esperanzas que habían sido puestas en Él como el probable Redentor de una Fe deshecha, habían desaparecido por completo, por el momento.

No es de extrañar que Násiri'd-Dín Sháh, a cuyos ojos y por cuya iniciativa se daban aquellos golpes, ya se jactaba de ser el destructor de una Causa contra la que había luchado con tanto empeño y que, finalmente, había logrado aniquilar. No es de extrañar que se imaginara, mientras meditaba sobre las sucesivas etapas de esa empresa vasta y sanguinaria, que por el exilio que sus manos habían firmado, estaba sellando la muerte de esa odiada herejía que había aterrorizado tanto el corazón del pueblo. Para Násiri'd-Dín Sháh parecía que, en ese supremo instante, el hechizo de aquel terror se había roto, que la ola que había barrido su país se había retirado finalmente y la paz que sus compatriotas pedían a gritos, volvía a reinar. Ahora que había desaparecido el Báb; ahora que las poderosas columnas que habían sostenido Su Causa habían sido reducidas a polvo; ahora que la vasta mayoría de Sus devotos, a lo largo y ancho de su dominio, habían sido reprimidos y estaban exhaustos; ahora que Bahá'u'lláh Mismo, la única esperanza de una comunidad sin jefes, había sido enviado al exilio y, por propia iniciativa, se había refugiado en las vecindades de la plaza fuerte de la ortodoxia shí'ah, el espectro que lo había estado persiguiendo desde que había ascendido al trono había desaparecido para siempre. Nunca más, se imaginó, oiría hablar de ese Movimiento detestable que, si daba crédito a sus mejores consejeros, desaparecería rápidamente para sumirse en las sombras de la impotencia y del olvido[3].

Inclusive para los adeptos de la Fe que sobrevivieron a las abominaciones amontonadas sobre su Causa -inclusive para la pequeña caravana, con algunas excepciones posiblemente, que avanzaba zigzagueando en medio del invierno por la nieve de las montañas de la frontera de Iráq[4], la Causa del Báb, bien nos lo podemos imaginar, podía parecer en ese momento como haber fracasado en el cumplimiento de Su propósito. Las fuerzas de la oscuridad que La habían rodeado por todos lados, parecerían haber triunfado sobre y apagado, finalmente, la Luz que aquel joven Príncipe de Gloria había prendido en Su país.

Por lo menos, a los ojos de Násiri'd-Dín Sháh, el poder que por un tiempo parecía haber arrastrado dentro de su órbita a todas las fuerzas de su reino, ya no contaba. Malhadado desde su nacimiento, finalmente se había visto obligado a rendirse ante la violencia de los golpes dados por su sable. La Fe había sufrido un quebranto bien merecido, por cierto. Liberado de su maldición, que le había quitado el sueño por muchas noches, ahora podía comenzar, sin distracciones, la tarea de rescatar a su país de los efectos devastadores de ese tremendo engaño. Desde ahora en adelante su verdadera misión, según la concebía, era permitir que

la Iglesia y el Estado consolidaran sus bases y fortalecieran sus filas contra la intrusión de herejías similares que pudieran, en tiempos futuros, envenenar la vida de sus compatriotas.

¡Cuán vanas sus imaginaciones, cuán vasta su desilusión! La Causa que creía haber aniquilado vivía aún, destinada a emerger de aquella gran convulsión más fuerte, más pura y más noble que nunca antes. La Causa que, al parecer de ese monarca torpe, daba la impresión de estar progresando rápidamente hacia su destrucción sólo estaba pasando por las pruebas de fuego de una fase de transición que la iba a llevar un paso más hacia adelante en el sendero de sus altos destinos. Se estaba desplegando un nuevo capítulo en su historia, más glorioso que cualquiera de los que habían señalado su nacimiento o desarrollo. La represión que ese monarca creyó había sellado su destrucción, sólo era la etapa inicial de una evolución destinada a florecer, cuando llegara el momento, en una Revelación más poderosa que Aquella que el Báb Mismo había proclamado. La semilla que Él había sembrado, aún cuando se vio sometida, durante algún tiempo, a la furia de una tormenta de inigualada violencia y aún cuando se vio trasplantada posteriormente a tierras extrañas, debía seguir desarrollándose y creciendo hasta dar, a su debido tiempo, un Árbol destinado a extender Su protección sobre todas las razas y pueblos del mundo. Aún cuando los discípulos del Báb habían sido torturados y muertos, y Sus compañeros habían sido humillados y aniquilados; aún cuando el número de Sus adeptos disminuyera; aún cuando la voz misma de la Fe se viera silenciada por el brazo de la violencia; aún cuando la desesperación sobreviniera a su suerte; aún cuando sus defensores más capaces se transformaran en apóstatas, sin embargo la promesa que yacía en la concha de Su palabra no podía ser destruida por mano alguna y no había poder que pudiera impedir que germinara y creciera.

En verdad, los primeros destellos de la Revelación que amanecía, de la que el Báb se había declarado el Heraldo, y a cuya proximidad y certeza había aludido[5] tan a menudo, penas se podía ver en medio de la penumbra que rodeaba a Bahá'u'lláh en el Síyáh-Chál de Teherán[6]. La fuerza que, naciendo de la trascendental Revelación liberada por el Báb, debía desplegarse posteriormente en toda Su gloria y rodear el mundo, ya estaba pulsando en las venas de Bahá'u'lláh mientras yacía expuesto en Su celda al sable del verdugo. La suave voz que, en la hora de amarga agonía, anunció al Prisionero la Revelación de la cual Él había sido elegido el Proclamador, no podía, por cierto, haber llegado a los oídos del monarca que ya estaba preparando la celebración de la extinción de la Fe que su Prisionero había defendido. Ese confinamiento que, aquél que la provocó, creyó había infamado el buen nombre de Bahá'u'lláh y que consideraba

el preludio de un exilio aún más humillante a Iráq, fue, en verdad, el escenario que atestiguó los primeros destellos de ese Movimiento del que Bahá'u'lláh iba a ser el Autor, Movimiento que se iba a dar a conocer primero en la ciudad de Bagdad y que posteriormente iba a ser proclamado desde la ciudad-prisión de ‘Akká al Sháh, además que a los demás gobernantes y testas coronadas del mundo.

Nunca se imaginó Násiri'd-Dín Sháh que por la mera acción de pronunciar la sentencia de exilio contra Bahá'u'lláh estaba ayudando a desplegar el Propósito invencible de Dios y que él mismo no era sino un instrumento en la ejecución de ese Designio. Nunca se imaginó que, al acercarse su reino a su fin, atestiguaría un renacimiento de aquellas fuerzas que había tratado de exterminar con tantos esfuerzos - un renacimiento que manifestaría una vitalidad tal como él, en el momento de mayor desesperación, jamás pensó poseyera aquella Fe. No sólo dentro de los confines de su propio reino[7], ni sólo en los territorios adyacentes de Iráq y Rusia, sino hasta la India en el Este[8], y hasta Egipto y Turquía europea en el Oeste, un renacimiento de la Fe como jamás se la había soñado, lo despertó de las vanas imaginaciones en que se había entretenido. La Causa del Báb parecía haber resucitado de entre los muertos. Se aparecía bajo una forma infinitamente más formidable que cualquiera había presentado en el pasado. El nuevo ímpetu que, a pesar de sus cálculos, había recibido la Causa del Báb de la personalidad de Bahá'u'lláh y, sobre todo, de la fuerza inherente de la Revelación que Él personificaba, era tal como no se había imaginado jamás Násiri'd-Dín Sháh. La rapidez con que había sido resucitada y consolidada una Fe durmiente dentro de su propio territorio; su difusión a Estados más allá de sus confines; las tremendas afirmaciones hechas por Bahá'u'lláh en medio de la plaza fuerte donde había elegido habitar; la declaración pública de aquellas afirmaciones en la Turquía europea y su proclamación en desafiantes Epístolas a las cabezas coronadas de la tierra, una de las cuales el Sháh mismo estaba destinado a recibir; el entusiasmo que ese anuncio provocó en los corazones de innumerables adeptos; el traslado a Tierra Santa del centro de Su Causa; la disminución gradual de la severidad de Su confinamiento en las etapas finales de Su vida; la suspensión de la prohibición que había sido impuesta por el Sultán de Turquía a Sus entrevistas con visitas y peregrinos que venían en gran número de diversas partes del oriente a Su prisión; el despertar del espíritu de investigación entre los pensadores del Occidente; la completa derrota de las fuerzas que habían tratado de provocar un cisma en las filas de Sus actos y la suerte sufrida por su principal instigador; sobre todo, lo sublime de aquellas enseñanzas que abundaban en Sus obras publicadas y que eran leídas, diseminadas y enseñadas por un número cada vez mayor de adeptos

en el Turquestán ruso, en Iráq, en India, en Siria y en lugar tan distante como Turquía europea - estos se encontraban entre los factores principales que revelaron en forma convincente a los ojos del Sháh el carácter invencible de una Fe que creía haber amarrado y destruido. La inutilidad de sus esfuerzos, no importa cuanto tratara de ocultar sus sentimientos, era demasiado evidente. La Causa del Báb, cuyo nacimiento y tribulaciones él mismo había atestiguado y cuyo progreso triunfal estaba atestiguando ahora, había renacido, como ave fénix, de sus cenizas y estaba progresando por un camino que llevaba a conquistas jamás soñadas[9].

Poco se imaginó Nabíl que al cabo de cuarenta años de haber escrito su relato la Revelación de Bahá'u'lláh, la flor y fruto de todas las Dispensaciones del pasado, habría sido capaz de avanzar a tal punto por el camino que conduce a su reconocimiento y triunfo mundiales. Poco se imaginó que en menos de cuarenta años después de la muerte de Bahá'u'lláh, Su Causa, lanzándose más allá de los confines de Persia y del oriente, habría penetrado los rincones más remotos de la tierra y habría rodeado el planeta entero. Apenas hubiera creído la predicción si se le hubiera dicho que la Causa, dentro de ese período, habría implantado su estandarte en el corazón del Continente Americano, se habría hecho sentir en las principales capitales de Europa, habría llegado hasta el extremo austral de África y habría establecido un puesto de avanzada en la distante Australasia. Su imaginación, enardecida como estaba por la convicción del destino de su Fe, apenas lo habría llevado al grado de ver en su mente el Santuario Sepulcro del Báb, de cuyos restos ignora el destino, como él mismo lo confiesa, incrustado en el corazón del Carmelo, lugar de peregrinaje y faro de luz para muchos visitantes de lugares remotos de la tierra. Apenas se habría imaginado que la humilde morada de Bahá'u'lláh, perdida entre las callejuelas de Bagdad viejo, cierto día, a consecuencia de las maquinaciones de un enemigo incansable, llegaría a ser el objeto de serias deliberaciones de los representantes de las principales Potencias de Europa reunidos en asamblea. Poco se imaginó, a pesar de las alabanzas que le hace en su narración, que de la Más Grande Rama[10] procedería un poder que en un corto período de tiempo habría despertado a los estados septentrionales del Continente Americano a la gloria de la Revelación que recibió como herencia de Bahá'u'lláh. Poco se imaginó que las dinastías de aquellos monarcas, cuya tiranía relata vívidamente en su narración, habrían caído y sufrido la suerte que sus representantes habían luchado tan desesperadamente por infligir sobre sus temidos adversarios. Tampoco se imaginó que toda la jerarquía eclesiástica de su país, los principales instigadores e instrumentos voluntarios de las abominaciones amontonadas sobre su Fe, habrían sido vencidos y derribados tan rápidamente por

los mismos enemigos que habían tratado de subyugar. Nunca habría creído que las instituciones más elevadas del islam sunní, el Sultanato y el Califato[11], aquellos opresores gemelos de la Fe de Bahá'u'lláh, habrían sido barridos sin misericordia por las manos de los mismos adherentes declarados de la Fe del islam. Tampoco se imaginó que, lado a lado con la expansión de la Causa de Bahá'u'lláh, las fuerzas de consolidación y administración interna progresarían hasta presentar al mundo el espectáculo de una Comunidad de pueblos, mundial en sus ramificaciones, unida en su propósito, coordinada en sus esfuerzos, y encendida por un celo y entusiasmo que no podían apagar las más severas adversidades.

¿Y sin embargo, quién sabe qué conquistas, más grandes que las atestiguadas en el pasado y el presente, pueden esperar a aquéllos en cuyas manos ha sido encomendada una herencia tan preciosa? ¿Quién sabe si del tumulto que agita a la sociedad actual no ha de emerger, antes de lo esperado, el Orden Mundial de Bahá'u'lláh, cuyos contornos apenas se disciernen entre las comunidades mundiales que llevan Su nombre? Porque, por grandes y maravillosas que han sido las conquistas del pasado, la gloria de la edad de oro de la Causa cuya promesa yace incrustada en la concha de la palabra inmortal de Bahá'u'lláh, todavía no se ha revelado. Por feroces que sean los ataques de las fuerzas de la oscuridad dirigidas contra esta Causa, por desesperada y prolongada que sea esa lucha, por severas que sean las desilusiones que aún puede experimentar, el dominio que ha de alcanzar a su debido tiempo será tal como ninguna otra Fe ha alcanzado en toda su historia. La unión de las comunidades del oriente y del occidente en la Hermandad mundial que poetas y soñadores han cantado y cuya promesa yace en la médula de la Revelación concebida por Bahá'u'lláh; el reconocimiento de Su ley como el lazo indisoluble que une a los pueblos y naciones de la tierra; y la proclamación del reinado de la Más Grande Paz, no son sino algunos de los capítulos de la historia gloriosa que desplegará la consumación de la Fe de Bahá'u'lláh.

¿Quién sabe qué triunfos, inigualados en su esplendor, esperan a la masa de los adeptos luchadores de Bahá'u'lláh? Sin lugar a dudas, estamos demasiado cerca del colosal edificio que Su mano ha construido para poder, en la etapa actual de la evolución de Su Revelación, pretender concebir siquiera toda la medida de Su Prometida Gloria. Su pasada historia, manchada por la sangre de incontables mártires, bien puede inspirarnos el pensamiento que, suceda lo que suceda aún con esta Causa, por formidables que sean las fuerzas que la asalten en el futuro, por numerosos que sean los reveses que ha de sufrir inevitablemente, su marcha

hacia adelante nunca se puede detener y que seguirá avanzando hasta que la última promesa, encerrada en las palabras de Bahá'u'lláh, se haya cumplido.

Notas

1.- Mírzá Abu'l-Fadl en su Fará'id (págs. 50-51) la siguiente extraordinaria tradición de Muhammad, el Profeta, que es reconocida como un pronunciamiento auténtico del Profeta y a la que se refiere Siyyid ‘Abdu'l-Vahháb-i-Sháh'ráni en su obra titulada Kitábu'l-Yaváqít-i-va'l-Javáhir: "Todos ellos (los compañeros del Qá'im) serán muertos excepto Uno Quien llegará hasta la llanura de ‘Akká, la Sala de Banquete de Dios". El texto completo también se menciona, según Mírzá Abu'l Fadl en el Futúhát-i-Makkíyyih, de ShayKh Ibnu'l-‘Arabí.

2.- "Un recipiente hueco más o menos del tamaño y forma de un coca, alrededor de cuyo orificio dos cadenas están fijadas en cuatro puntos, para servir como mango. Los derviches lo utilizan para recibir limosnas". (A Traveller's Narrative, pág. 51, nota 3).

3.- "Excelencia. Después de la ejecución de aquellas medidas enérgicas por parte del gobierno persa para extirpar y exterminar la detestable y descarriada secta de los Bábís, de cuyos detalles Vuestra Excelencia está plenamente informado (esta es una alusión a la gran persecución de Bábís en Teherán en el verano de 1852), alabado sea Dios, gracias a la atención de la mente Imperial de su potentísima Majestad, cuyo rango es como el de Jamshíd, el refugio de la Verdadera Religión -¡que mi vida sea sacrificada por él!- fueron arrancados de raíz". (Extracto de carta dirigida por Mírzá Sa‘íd Khán, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Persia al Embajador persa en Constantinopla; fechada el 12 de Dhu'l-Hijjih 1278 (Mayo 10, 1862) Fascímil y traducción del documento reproducido en la obra de E. G. Browne Materials for the Study of the Bábí Religion, pág. 283).

4.- "Fue un viaje terrible por terreno montañoso agreste y los viajeros sufrieron mucho a consecuencia de la intemperie" (Dr. T. K. Cheyne: The Reconciliation of Races and Religions, pág. 121).

5.- "Tan extraordinaria es su valentía al declarar tener autoridad Divina como su moderación al insistir que su autoridad no era final. Se sintió competente y comisionado para revelar mucho, pero sintió con igual certeza que había infinitamente más por revelar todavía. He aquí su grandeza. Y he aquí su más grande sacrificio. Por esto corría el riesgo de una disminución de su fama personal. Pero aseguró la continuidad de su misión... El aseguró en esta forma que el movimiento que había comenzado podía crecer y expandirse. El mismo no era sino "una letra de ese poderosísimo libro, una gota de rocío de ese océano sin límites"... esta era la humildad de la verdadera percepción. Y tuvo su efecto. Su movimiento ha crecido y expandido y todavía tiene ante sí un gran futuro". (Sir Francis Younghusband: The Gleam, págs. 210-11).

6.- ***"Durante los días cuando estuve encarcelado en la Tierra de Tá (Teherán) aún cuando el irritante peso de las cadenas y la repugnante atmósfera de la prisión Me permitían escaso sueño, sin embargo, ocasionalmente, por momentos mientras dormía, sentí como si algo se estuviera derramando sobre Mi pecho, así como un poderoso torrente que, descendiendo desde la cúspide de una elevada montaña, se precipita sobre la tierra. Todo Mi cuerpo parecía estar encendido y en llamas. En instantes como estos Mi lengua recitaba lo que oídos mortales no podían escuchar".*** (The Epistle to the Son of the Wolf, pág. 17).

7.- Gobineau, escribiendo más o menos en el año 1865, atestigua lo siguiente: "La opinión pública es que los Bábís pueden ser encontrados en todas las clases sociales y entre los miembros de todas las religiones, con la excepción de los Nusayrís y los cristianos, pero es especialmente entre la clase educada, los hombres eruditos, de quienes se sospecha tienen simpatía por el bábísmo. Se cree, con buenos fundamentos, que muchos mullás y, entre ellos mujtahids de renombre, magistrados de alto rango y oficiales en altos cargos muy cercanos al rey, son bábís. Según un cálculo reciente habría en Teherán, una ciudad de aproximadamente ochenta mil habitantes, cinco mil bábís. Pero este cálculo no es muy digno de confianza y me siento inclinado a pensar que, si los bábís fueran a triunfar en Persia, su número en la capital sería mucho mayor ya que, en ese momento habría que agregar al número de fervientes discípulos, cualquiera que sea ahora su número, una gran proporción de aquellos quienes recientemente se muestran en favor de la doctrina oficialmente condenada y a quienes la victoria daría el valor para declarar su fe abiertamente". (Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 251). "No ha pasado aún medio siglo desde que Mírzá ‘Alí Muhammad el joven Vidente de Shíráz, comenzó a predicar su religión que ahora cuenta sus mártires por centenares y sus adherentes por cientos de miles; que parecía en un tiempo amenazar la supremacía no solo de la dinastía Qájár sino también a la fe Musulmana de Persia y puede aún constituir probablemente un factor de importancia en la historia del Asia Occidental" (Introducción del Prof. E. G. Browne a el Tárikh-i-Jadíd, pág. 7), "El bábísmo", escribe el Profesor James Darmesteter "que se difundió en menos de cinco años de un extremo de Persia al otro, que en el año 1852 fue bañado en la sangre de sus mártires, se ha estado propagando y progresando silenciosamente. Si Persia ha de ser alguna vez regenerada, será por intermedio de esta nueva Fe". (Extracto de "Persia: un Boceto Histórico y Literario", traducido por G. K. Narimán). "Si el bábísmo continúa creciendo con su actual ritmo de desarrollo, es concebible que llegará el momento en que desplazará el islam del territorio de Persia. Creo que tendría pocas posibilidades de lograr esto si apareciera sobre el terreno bajo la bandera de una fe hostil. Pero ya que sus reclutas se conquistan entre los mejores soldados de la guarnición que está atacando, hay más razón aún para creer que a la larga prevalecerá. Para aquellos que saben algo del carácter persa, que es tan extraordinariamente susceptible a influencias religiosas se hará evidente a cuantas clases en ese país atrae con éxito. Los súfís, o místicos, han sostenido durante mucho tiempo que siempre debe haber un Profeta, visible en la carne, y son absorbidos fácilmente en el rebaño bábí. Incluso los musulmanes ortodoxos cuya mente siempre se ha dirigido en ansiosa anticipación hacia el Imán desaparecido, se muestran receptivos a los razonamientos coherentes mediante los cuales se busca demostrar que ya sea el Báb o Bahá, es el Mihdí, según todas las predicciones del Corán y de las tradiciones. La vida pura y llena de sufrimientos del Báb, su muerte ignominiosa, el heroísmo y martirio de sus seguidores, atraerán a muchos otros quienes no pueden encontrar fenómeno similar en la historia contemporánea del islam", (Lord Curzon: Persia and the Persian Question, pág. 503, vol. 1). Dicho autor, en el mismo capítulo, al comentar sobre las perspectivas de la empresa misionera cristiana en Persia, escribe lo siguiente: "Incluso se ha dicho que Persia es lugar donde la labor misionera presente las mejores perspectivas de éxito en el Oriente. Al mismo tiempo que estoy consciente de la labor valiosa que están llevando a cabo representantes de sociedades misioneras de

Inglaterra, Francia y América en ese país mediante la difusión de la educación, las señales de caridad, por la concesión de atención médica gratuita, y por la fuerza del buen ejemplo, y mientras que no sugiero que estas labores piadosas debieran ser reducidas, no puedo compartir, basado en la información a mi disposición, las previsiones optimistas que se han dado para el futuro" (pág. 504). "...En Persia, sin embargo la dificultad mas pequeña que confronta a las comunidades cristianas no es la que se deriva de sus propias diferencias sectarias; y los musulmanes tienen pleno derecho a burlarse de aquellos quienes les invitan a entrar en un rebaño los diferentes miembros del cual se aman entre sí con tanta amargura. Los protestantes disputan con católicos romanos, los presbiterianos con los episcopales, los nestorianos protestantes no miran con ojos muy amistosos a los nestorianos propiamente tales y éstos, a su vez, no se encuentran en relaciones muy armoniosas con los caldeos o nestorianos católicos. Los armenios miran de reojo a los armenios (católicos) unidos y ambos se dan la mano para retrasar la labor de las misiones protestantes. Finalmente puede contarse, por lo general, con la hostilidad de los judíos. En los diversos países del Oriente por los que he viajado, desde Siria hasta el Japón, me ha sorprendido el extraño, y a mi manera de pensar doloroso fenómeno, de grupos misioneros librando la más noble de las luchas bajo el estandarte del Rey de la Paz con armas fratricidas en sus manos" (págs. 507-8). "...Si el criterio de empresa misionera en Persia es, entonces, el número de conversiones que ha logrado del Islam, no vacilo en decir que el gasto prodigioso de dinero, de esfuerzo honesto, y de lucha sacrificada que se han derramado sobre dicho país han dedo un resultado totalmente inadecuado. Jóvenes musulmanes han sido bautizados en ocasiones por misioneros cristianos. Pero no debe confundirse esto con demasiada facilidad con conversión, ya que la gran masa de los nuevos adeptos vuelven a la fe de sus antepasados; pongo en duda si, desde que Henry Martyn puso pie en Shíráz, hasta la fecha actual, ha habido una conversión genuina de hasta media docena de musulmanes persas al credo cristiano. Yo mismo a menudo he investigado pero jamás he visto, un musulmán convertido (con la exclusión claro está de los niños abandonados o huérfanos de padres musulmanes que han sido criados desde la infancia en colegios cristianos). Tampoco estoy sorprendido ante la demostración completa del fracaso. Si ponemos a un lado las presuposiciones dogmáticas del cristianismo (v.g. la doctrina de la Trinidad y la Divinidad del Jesucristo), que son tan repugnantes al concepto musulmán de la unidad de Dios, no podemos mirar muy asombrados la falta de entusiasmo por abandonar su fe del musulmán si recordamos que la pena por dicha acción es la muerte. Las posibilidades de conversión son por cierto remotas si tanto el cuerpo como el alma del convertido se ponen en la balanza. Pero aprehensiones personales, aún cuando son importantes no son un factor decisivo en la situación. Es ante la muralla de roca del islám, un sistema que abarca todas las esferas y todos los deberes y actos de la vida que golpean en vano las olas de la acción misionera. Maravillosamente adaptado tanto al clima como el carácter y ocupaciones de aquellos países sobre los que ha puesto su adamantino puño, el islam hace de su devoto un siervo completo desde su nacimiento hasta su muerte. Para él no es sólo religión, es gobierno, filosofía y ciencia también. El concepto musulmán no es tanto el de una iglesia del Estado sino, si se me permite la expresión, la de un Estado iglesia. Los cimientos mismos de la sociedad no son de construcción civil, sino eclesiástica; y envueltos en este sublime si bien paralizante, credo, el musulmán vive contento en estado de rendición total de su voluntad y considera

que es su deber más elevado adorar a Dios y de obligar a otros (y donde esto no es posible, de despreciarlos) a adorarlo a Él en espíritu y después muere seguro de alcanzar el Paraíso. Mientras que este código de vida compelente y que todo lo absorbe mantiene en sus brazos a los pueblos de Oriente determinando todos los deberes y regulando todas las acciones de la existencia y dando finalmente una salvación segura, el esfuerzo y dinero de las misiones será gastada en gran medida, en vano. Aún más, es mi opinión que una propaganda activa es la peor política que puede adoptar una misión cristiana en un país musulmán fanático y la tolerancia misma por la que he dado crédito al Gobierno persa se debe a la prudente abstención por parte de los misioneros cristianos de desarrollar un proselitismo declarado", págs. 508-9).

8.- Gobineau, escribiendo en 1865 aproximadamente, da el siguiente testimonio: "Es así como el Bábismo ha conquistado una influencia considerable sobre la mente de Persia y, propagándose más allá de la frontera persa, se ha derramado sobre el pachalick de Bagdad y ha penetrado hacia la India. Entre sus características, una de las más sobresalientes es que, incluso durante la vida del Báb, muchos de los doctores de la nueva fe, gran número de sus seguidores convencidos y devotos, nunca conocieron personalmente a su profeta y no parecen haber dado gran importancia al hecho de oír sus instrucciones de sus propios labios. Sin embargo le rindieron, en forma completa y sin reservas, los honores y la veneración a las que, a su vista, tenía derecho". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, pág. 255).

9.- "...Y he aquí como, matemáticamente, se ha producido un movimiento religioso muy particular en la cual el Asia central, es decir Persia, algunos lugares de la India y una parte de Turquía asiática en las vecindades de Bagdad, se muestra hoy vivamente interesada, movimiento extraordinario y digno de ser estudiado desde todo punto de vista. Permite asistir al desarrollo de acontecimientos, a manifestaciones, a catástrofes de naturaleza tal que uno no está habituado a ver en la actualidad y que uno solo podía imaginar como posibles en épocas remotas cuando nacieron las grandes religiones... Declaro asimismo que si yo viera en Europa una secta de naturaleza similar al Bábismo, con las ventajas que él posee, fe ciega, extraordinario entusiasmo, valentía y devoción a toda prueba, conquistando el respeto de los indiferentes, infundiendo terror a sus adversarios y aún más, como ya lo he mencionado, con una actividad proselitista que no se detiene en ningún momento, cuyos éxitos son constantes en todas las clases sociales; si yo viera, digo, que todo esto existiera en Europa, no vacilaría en predecir que, dentro de un tiempo prudencial, el poder y la soberanía caerían necesariamente a los poseedores de estas grandes ventajas". (Conde de Gobineau: Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale, págs. 116, 293-4). "Ahora debo decir que me parece que la historia del movimiento bábí debe ser de interés en diferentes formas a otros además que a aquellos que están ocupados directamente con el estudio del Persa. Al estudiante del pensamiento religioso dará no poco material para su reflexión; porque aquí puede contemplar personalidades tales que con el devenir del tiempo se transforman en héroes y semidioses aún no oscurecidos bajo el mito y la fábula; puede examinar bajo la luz del testimonio actual e independiente uno de aquellos estallidos extraños de entusiasmo, fe, ferviente devoción y de indomable heroísmo -o fanatismo, si lo prefiere- que estamos acostumbrados a asociar con la historia pasada de la raza humana; en una palabra, puede atestiguar el nacimiento de una fe que no es imposible que llegue a conquistar un lugar entre

las grandes religiones del mundo. Para el etnólogo también puede dar material para reflexionar en lo que se refiere el carácter de la gente que, estigmatizados, como lo han sido a menudo, como egoístas, mercenarios, engreídos, sórdidos y cobardes, sin embargo son capaces de mostrar, bajo la influencia de un fuerte impulso religioso, un grado de devoción, desinterés, generosidad, desprendimiento, nobleza y valentía que puede tener paralelo en la historia pero que difícilmente puede ser sobrepujado. Para el político también la cuestión tiene su importancia; por cuanto ¿qué cambios no podrán ser hechos en un país que ahora se considera solo una cifra en el equilibrio de fuerzas nacionales, por una religión capaz de evocar un espíritu tan poderoso? Que aquellos que saben lo que Muhammad, el Profeta hizo con los árabes consideren bien lo que el Báb puede todavía hacer con los Persas". (E. G. Browne: introducción a A Traveller's Narrative, págs. 8-9). "Es así como fui instalado como un huésped en Bahjí, en medio de todo lo que el Bábismo considera más noble y más santo; y aquí pasé cinco de los días más memorables durante los cuales tuve oportunidades inigualadas e inesperadas de entablar relaciones con aquellos quienes son la fuente misma de ese espíritu poderoso y maravilloso que trabaja con fuerza invisible pero siempre creciente para la transformación y vivificación de un pueblo que duerme un sueño como la muerte misma. Fue por cierto una experiencia extraña y conmovedora, pero de la cual desespero poder comunicar nada más que las más débiles impresiones. Por cierto, podría tratar de describir en mayor detalle los rostros y formas que me rodeaban, las conversaciones que tuve el privilegio de escuchar, la lectura solemne y melodiosa de los libros sagrados, la sensación general de armonía y contento que impregnaba el lugar, y los fragantes y sombreados jardines a los que solíamos ir al atardecer; pero todo esto era como nada en comparación con la atmósfera espiritual que me rodeaba. Los musulmanes persas a menudo dirán que los bábís hechizan o dan drogas a sus invitados para que estos, impelidos por una fascinación que no pueden resistir, se ven contagiados de igual manera por lo que los mencionados musulmanes consideran una forma extraña e incomprensible de locura. Aún cuando esta creencia es vana y absurda, sin embargo descansa sobre la base de hechos más fuertes que lo que les sirve de fundamento para la mayor parte de sus alegatos contra esta gente. El espíritu que impregna a los bábís es tal que apenas puede evitar de afectar muy poderosamente a todos los que se encuentran sujetos a su influencia. Puede ser llamativo y atraer: no se le puede ignorar ni descartar. Que aquellos que no lo han visto no me crean si así desean; pero si alguna vez se revela este espíritu para ellos, experimentarán una emoción que hallarán difícil de olvidar". (Ídem, págs. 38-9). "En esta forma se verá que, en su organización externa, el Bábismo ha sufrido cambios radicales muy grandes desde que primero apareció como una fuerza proselitista hace medio siglo. Sin embargo estos cambios no han actuado como impedimento sino más bien al contrario parecen haber estimulado, su propaganda, la que ha progresado con una rapidez inexplicable para aquellos que solo pueden ver en ella una forma cruda de fermento político o incluso metafísico. Los cálculos más bajos estiman que el número de bábís en Persia es de medio millón. Me siento inclinado a pensar, basado en conversaciones con personas bien calificadas para emitir un juicio, que el total se acerca a un millón. Se les puede encontrar en todas las ocupaciones, desde ministros y nobles de la Corte hasta el basurero o caballerizo, y no es la menos importante esfera de su actividad el sacerdocio musulmán mismo. Se habrá notado que el movimiento fue iniciado por siyyids, hájís y mullás, i.e. personas quienes ya sea por

alcurnia, por tendencia piadosa o por profesión, estaban íntimamente preocupados con el credo musulmán: es incluso entre los devotos declarados de la fe que siguen haciendo sus conversiones. De muchos bábís se sabe muy bien que lo son, pero que mientras proceden con circunspección, no son objeto de intrusión o persecución. Entre los más humildes sin embargo, por lo general se oculta el hecho por temor a dar una excusa al rencor supersticioso de los superiores. En época reciente los bábís han tenido mucho éxito en el campo de otro enemigo, habiendo conquistado muchos prosélitos entre la población judía de los pueblos persas. He sabido que durante el último años se ha informado que han hecho 150 conversiones de judíos en Teherán, 100 en Hamadán, 50 en Káshán y el 75 % de los judíos de Gulpáyigán". (Lord Curzon: Persia and the Persian Question v. 1. págs. 499-500). "De aquella raza sutil", escribe el Dr. J. Estlin Carpenter, "proviene el movimiento más extraordinario que haya producida el mahometanismo moderno... Discípulos lo rodearon y el movimiento no fue detenido por su arresto, encarcelamiento por cerca de seis años y su final ejecución en 1850... También reclama tener una enseñanza universal; ya tiene su noble ejército de mártires y sus libros sagrados; ¿es que Persia, en medio de sus miserias, ha dado nacimiento a una religión que dará la vuelta al mundo? (Comparative Religion, págs. 70-71). "Una vez más", escribe el Profesor E. G. Browne, "en el curso de la historia de la humanidad, el Oriente ha vindicado su pretensión a enseñar religión al Occidente y a poseer en el Mundo Espiritual aquella preeminencia que los países de Occidente poseen en lo material". (Introducción a la obra de M. H. Phelp: Life and Teachings of ‘Abbas Effendi, pág. 15). "Parece indudable que, desde el punto de vista religioso y especialmente desde el moral, el Bábismo señala un avance sobre las enseñanzas del Islam; se podría decir con el Sr. Vambery (Academia Francesa. Marzo 12, 1892) que sus dirigentes habían expresado doctrinas dignas de los más grandes pensadores... En cualquier caso, el crecimiento del bábismo es un capítulo interesante en la historia de las civilizaciones y religiones modernas. Y en esta forma, después que se ha dicho todo, aquellos que lo alaban posiblemente están en la razón; es posible que del bábismo venga la regeneración del pueblo Persa, incluso de la totalidad del Islam que está muy necesitado de ello. Desafortunadamente rara vez hay una regeneración nacional sin abundante derramamiento de sangre". (M. J. Balteau: Le Bábisme, pág. 28).

10.- Título de Abdu'l-Bahá.

11.- El Califato comenzó con la elección de Abú-Bakr en 632 A.D. y duró hasta 1258 d.C. cuando Húlágú khán saqueó Bagdad y dio muerte a Mu'tasim-Bi'lláh. Durante casi tres siglos después de esta catástrofe se perpetuó el título de Califa en Egipto por descendientes de la Casa de ‘Abbas quienes vivieron bajo la protección de sus gobernantes mamelucos, hasta que en el año 1517 d.C. el Sultán Salím, el Osmanli, después de haber conquistado a la dinastía mameluca, indujo al infortunado Califa a transferirle a él el título e insignia". (P. M. Sykes: A History of Persia, vol. 2, pág. 25).

Apéndice

Lista de las Obras mejor conocidas del Báb

1.- El Bayán Persa.
2.- El Bayán Árabe.
3.- El Qayyúmu'l-Asmá.
4.- El Sahífatu'l-Haramayn.
5.- El Dalá'il-i-Sab'ih.
6.- Comentario sobre el Sura de Kawthar.
7.- Comentario sobre el Sura de Va'l-'Asr.
8. - El Kitáb-i-Asmá.
9. - Sahífiy-i-Ja‘faríyyih.
10.- Sahífiy-i-Makhdhúmíyyih.
11.- Zíyárat-i-Sháh-‘Abdu'l-'Azím
12.- Kitáb-i-Panj-Sha'n.
13.- Sahífiy-i-Radavíyyih.
14.- Risáliy-i-'Adlíyyih.
15.- Risáliy-i-Fiqhíyyih.
16.- Risáliy-i-Dhahabíyyih.
17.- Kitábu'r-Rúh.
18.- Súriy-i-Tawhíd.
19.- Law¥-i-Hurúfát.
20.- Tafsír-i-Nubuvvat-i-Khássih.
21.- Risáliy-i-Furú-i-'Adlíyyih.
22.- Khasá'il-i-Sab'ih.
23.- Epístolas a Muhammad Sháh y a Hájí Mírzá Áqásí.

N.B.: El Báb mismo asevera en uno de los pasajes del Bayán Persa que Sus escritos comprenden no menos de quinientos mil versículos.

Obras Consultadas por el Traductor.

1.- Lord Cuzon, Persia and the Persian Question (vol. 2). (Longmans, Green & Co., Londres, 1892).
2.- A. L. M. Nicolas, Essai sur le Shaykhisme i. (Librairie Paul Geuthner, Rue Mazarine. París, 1910).
3.- A. L. M. Nicolas, Essai sur le Shaykhisme ii. (Librairie Paul Geuthner, Rue Mazarine. París, 1914).
4.- A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí Muhammad dit le Báb. (Librairie Critique, Rue de Notre-Dame de Lorette. París, 1908).
5.- Comte de Gobineau, Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale. (Les Editions G. Crés et Cie., París, Rue de Sèvres, 1928).
6.- Lady Sheil, Glimpses of Life and Manners in Persia. (John Murray, Albemarle Street, Londres, 1856).
7.- The Táríkh-i-Jadíd, por Mírzá Husayn de Hamadán, traducido del persa al inglés por E. G. Browne. (The University Press, Cambridge, 1893).
8.- M. Clément Huart, La Religión del Báb. (Ernest Leroux, Rue Bonaparte, París, 1889).
9.- A Traveller's Narrative, traducido del persa al inglés por E. G. Browne. (The University Press, Cambridge, 1891).
10.- Le Bayán Persan, traducido del persa al francés por A. L. M. Nicolas (4 vols.) (Librairie Paul Geuthner, Rue Mazarine. París, 1911-14).
11.- Journal of the Royal Asiatic Society, 1889, artículos 6, 12.
12.- Journal of the Royal Asiatic Society, 1892, artículos 7, 9, 13.
13.- Le Livre des Sept Preuves, traducido al francés por A. L. M. Nicolas. (J. Maisonneuve, Rue de Mézières, París 1902).
14.- E. G. Browne, A Year Amongst the Persians. (Messers, A. and C. Black, Ltd., Londres 1893).
15.- E. G. Browne, A Literary History of Persia. (The University Press, Cambridge 1924).
16.- Lieutenant-Colonel P. M. Sykes, A History of Persia, (2 vols.). (Macmillan & Co., Londres, 1915).
17.- Clements R. Markham, A General Sketch of the History of Persia. (Longmans, Green Co., Londres, 1874).
18.- R. G. Watson, History of Persia.
19.- Journal Asiatique, 1866, sixième série, tomes 7, 8. ("Báb et les Bábís", por Mírzá Kázim Big).
20.- M. J. Balteau, Le Bábísme. (Leído por M. J. Balteau, miembro titular, en la sesión del 22 de mayo de 1896 en la Academia Nacional de Reims. Imprimerie de l'Académie, Reims; N. Monce, Directeur; 24 Rue Pluche, 1897).
21.- Gabriel Sacy, "Du Regne de Dieu et de l'Agneau connu sous le nom de Bábisme". (12 de junio de 1902).
22.- J. E. Esslemont, Bahá'u'lláh and the New Era. (The Bahá'í Publishing Committee, Nueva York, 1927).
23.- Muhammad Mustafá, Risáliy-i-Amríyyih. (Imprenta Sa'ádih, Cairo, Egipto).

24.- E. G. Browne, Material for the Study of the Bábí Religion. (The University Press, Cambridge, 1918).
25.- Mírzá Abu'l-Fadl, manuscritos y notas (no publicadas).
26.- Mírzá Abu'l-Fadl, The Kashfu'l.Ghitá. ('Ishqábád, Rusia).
27.- M. H. Phelps, Life and Teachings of Abbás Effendi. (G. P. Putnam's Sons, Londres 1912).
28.- T. K. Cheyne, The Reconciliation of Races and Religions. (Adam and Charles Black, 1914).
29.- Sir Francis Younghusband, The Gleam. (John Murray, Albermale Street, Londres 1923).
30.- Samandar: manuscrito (no publicado).
31.- E. G. Browne, The Persian Revolution. (The University Press, Cambridge, 1910).
32.- The Christian Commonwealth. (22 de enero de 1913).
33.- G. K. Narimán, Persa and Parsis. Parte I. (The Írán League, Bolbay, 1925).
34.- Valentine Chirol, The Middle Eastern Question.
35.- J. Estlin Carpenter, Comparative Religion.
36.- Serie Conmemorativa E. J. W. Gibb, Vol. 15. (Luzac & Co., Londres, 1910).
37.- The Násikhu't-Taváríkh, (volúmen Qájáríyyih), por Mírzá Taqí Mustawfí, Lisánu'l-Mulk, conocido como Sipihr. (Edición litográfica, Teherán).
38.- Hájí Mu'ínu's-Saltanih, History (manuscrito).
39.- Mírzá Abu'l-Fadl, Kitábu'l-Fará'id. (Edición hecha en El Cairo)

Obras de Bahá'u'lláh.

- Kitáb-i-Íqán. (Edición hecha en El Cairo, 1900).
- Epistle to the Son of the Wolf. (Edición del Cairo, 1920).
- Ishráqát (manuscrito).
- Tablets to the Kings (manuscrito).

Obras del Báb.

- Sahífatu'l-Haramayn (manuscrito).
- Qayyúmu'l-Asmá (manuscrito).
- Persian Bayán (manuscrito).
- Arabic Bayán (manuscrito).
- Dalá'il-i-Sab'ih (manuscrito).

Obras de ‘Abdu'l-Bahá.

- Some Answered Questions. (Bahá'í Publishing Society, Chicago, 1918).
- Memorial of the Faithful. (Edición hecha en Haifa, 1924).

N.B.: Para una bibliografía general y más completa, referirse a:

1.- Bahá'í World, Vol. III, parte 3.
2.- A. L. M. Nicolas, Siyyid ‘Alí-Muhammad dit le Báb, págs. 22-53.
3.- E. G. Browne, Material for the Study of the Bábí Religion, págs. 175-243.
4.- Journal of the Royal Asiatic Society, 1892, págs. 433-499, 637-710.
5.- A Traveller's Narrative, págs. 173-211.

Divisiones Administrativas de Persia en el Siglo xix.

"No existe un principio fijo o permanencia en las subdivisiones administrativas de Persia. Su separación o combinación está regulada por la habilidad o la reputación de sus gobernadores o por la influencia que les pueda ser concedida por la confianza o los temores del soberano... Debe hacerse notar también que ningún principio, ya sea geográfico, etnográfico o político, parece ser adoptado al determinar las fronteras o el tamaño de las diversas divisiones, cuyo tamaño varía desde una provincia más grande que toda Inglaterra a un pueblo pequeño y decadente con sus alrededores".

Provincias Mayores o Distritos

División Administrativa	Capital
Ádhirbáyján	Tabríz
Khurásán y Sístán	Mashhad
Teherán y Dependencias	Teherán
Fárs	Shíráz
Isfahán y Dependencias	Isfahán
Kirmán y Belúchistán persa	Kirmán
Arabistán	Shushtar
Gílán y Tálish	Rasht
Mázindarán	Ámul
Yazd y Dependencias	Yazd

Litoral del Golfo Persa e Islas ..... Búshihr
(De Lord Cuzon, Persia and the Persian Question, Vol. 1, pág. 347)

Embajadores Británicos y Rusos ante la Corte de Persia (1814-1855)

Sr. Morier y Sr. Ellis ..... 1814 Nov.
Sir Henry Willock ..... 1815 Julio
Sir John Macdonald ..... 1826 Sept.
Sir John Campbell ..... 1830 Junio
Sir Henry Ellis ..... 1835 Nov.
Sir John McNeill ..... 1836 Agosto
Sir Justin Sheil ..... 1842 Agosto
Coronel Farrant (interino) ..... 1847 Octubre
Sir Justin Sheil (reasume después de licencia) .... 1849 Nov.
Mr. Taylor Thomson (interino) ..... 1853 Febrero
Hon. A. C. Murray ..... 1855 Abril

General Yermoloff ..... 1817 Agosto
M. Mazarowitch ..... 1819 Abril
M. Ambourger (interino) ..... 1823 Enero
M. Mazarowitch (reasume después de licencia) . 1824 Julio
M. Ambourger ..... 1825 Sept.
Príncipe Menschikoff ..... 1826 Julio
M. Grebayadoff 1825
Príncipe Dolgorouki 1831
Conde Simonich ..... 1833 Febrero
Conde Meden 1839
Príncipe Dolgorouki ..... 1846 Enero
M. Anitchkoff ..... 1854 Sept.
(Tomado de Clements R. Markham C.B., F.R. S., A General Sketch of the History of Persia, Apéndice B. Longmans, Green & Co., Londres, 1874).

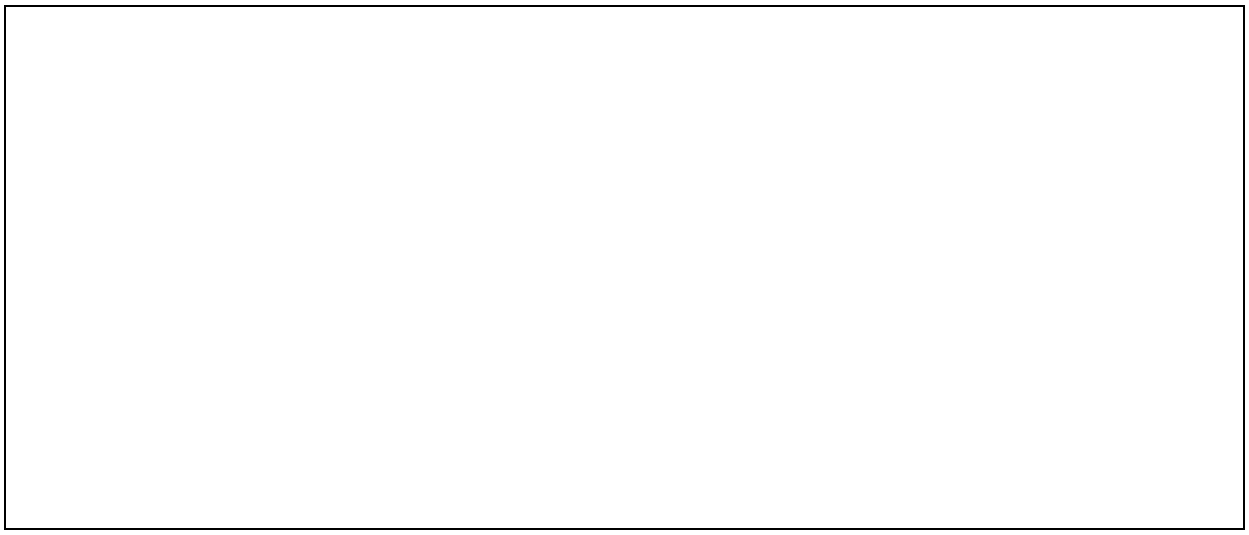
Lista de Meses del Calendario Musulmán

Muharram ..... 30 días
Safar ..... 29 "
Rabí'u'l-Avval ..... 30 "
Rabí'u'th-Thání ..... 29 "
Jamádíyu'l-Avval ..... 30 "
Jamádíyu'l-Thání ..... 29 "
Rajab ..... 30 "
Sha'bán ..... 29 "
Ramadán ..... 30 "
Shavvál ..... 26 "
Dhi'l-Qa'dih ..... 30 "
Dhi'l-Hijjih ..... 29-30"

Muharram 1	1 d.h.	16	Julio	622 a.d.	Viernes
Muharram 11260	d.h.	22	Enero	1844 a.d.	Lunes
Muharram 11261	d.h.	10	Enero	1845 a.d.	Viernes
Muharram 11262	d.h.	30	Diciembre	1845 a.d.	Martes
Muharram 11263	d.h.	20	Diciembre	1846 a.d.	Domingo
Muharram 11264	d.h.	9	Diciembre	1847 a.d.	Jueves
Muharram 11265	d.h.	27	Noviembre	1848 a.d.	Lunes
Muharram 11266	d.h.	17	Noviembre	1849 a.d.	Sábado
Muharram 11267	d.h.	6	Noviembre	1850 a.d.	Miércoles
Muharram 11268	d.h.	27	Octubre	1851 a.d.	Lunes
Muharram 11269	d.h.	15	Octubre	1852 a.d.	Viernes
Muharram 11270	d.h.	4	Octubre	1853 a.d.	Martes

(Tomado de Wüstenfeld-Mahler'sche Vergleichungs-Tabellen, Leipzig, 1926).

Guía para pronunciación de nombres propios cuya representación fonética aparece en la narración



th	se pronuncia como s
dh	se pronuncia como z
zh	se pronuncia como j (francés)
s	se pronuncia como s
d	se pronuncia como z
t	se pronuncia como t
z	se pronuncia como z
a	se pronuncia como la a (de accidente)
á	se pronuncia como ah
i	se pronuncia como la e (de bestia)
í	se pronuncia como i
u	se pronuncia como o
ú	se pronuncia como u
aw	se pronuncia como au

La "i" puesta al final del nombre de una ciudad significa "pertenece a"; en esta forma Shírází significa un nativo de Shíráz.

N. B.: La escritura de las palabras orientales y nombres propios utilizados en este libro se ha hecho de acuerdo con el sistema fonético establecido en uno de los Congresos Internacionales de Estudios Orientales.

Glosario

'Abá: Capa o manto.
Adhán: Llamada musulmana a la oración.
Akbar: "Más Grande".
Amír: "Señor", "príncipe", "comandante", "gobernador".
Áqá: "Maestro". Título dado por Bahá'u'lláh a ‘Abdu'l-Bahá.
A‘zam: "El Más Grande".
Báb: "Puerta". Título asumido por Mírzá ‘Alí-Muhammad después de la declaración de Su Misión en Shíráz en Mayo de 1844 a.d.
Bahá: "Gloria", "esplendor", "luz". Título con que se designa a Bahá'u'lláh (Mírzá Husayn-‘Alí)
Baqíyyatu'lláh: "Remanente de Dios". Título que se aplica tanto al Báb como a Bahá'u'lláh.
Bayán: "Expresión", "explicación". Titulo dado por el Báb a Su Revelación, en particular a Sus Libros.
Big: Título honorario; inferior al título de Khán.
Caravanserai: Una posada para caravanas.
d.h.; Después de la Hégira. Fecha de la migración de Muhammad, el Profeta de Meca a Medina, base de la cronología Mahometana.
Dárúghih: "Condestable mayor".
Dawlih: "Estado", "gobierno".
Farmán: "Orden", "mandato", "decreto real".
Farrásh: "Lacayo", "lictor", "asistente".
Farrásh-Báshí: el farrásh principal.
Farsakh: Unidad de medida. Su longitud difiere en distintas partes del país de acuerdo con la naturaleza del terreno; la interpretación local del término es la distancia que una mula con carga puede caminar en una hora, lo que varía de tres a cuatro millas. Es un arabismo del persa antiguo "parsang" y se supone que deriva de pedazos de piedra (sang) puestos a orillas del camino.
Hájí: Un musulmán que ha hecho el peregrinaje a Meca.
Howdah: Una litera llevada por un camello, mula, caballo o elefante para viajes.
Íl: "Clan".
Imán: Título de los doce sucesores Shí'ah de Muhammad, el Profeta. También se aplica a dirigentes religiosos musulmanes.
Imán-Jum‘ih: El Imán principal de una ciudad; jefe de los mullás.
Imán-Zádih: Descendiente de un imán, o su santuario.
Jubbih: Un sobretodo.
Ka'bih: Antiguo santuario en Meca. Actualmente se reconoce como el santuario más sagrado del Islam.
Kad-Khudá: Jefe de un municipio o parroquia en una ciudad; jefe de aldea.

Kalantar: "Alcalde".
Kalím: "Uno que diserta".
Karbilá'í: Un musulmán que ha hecho el peregrinaje a Karbilá.
Khán: "Príncipe", "señor", "jefe", "noble".
Kuláh: Gorro persa de cuero de cordero que utilizan los empleados de gobierno y los civiles.
Madrisih: colegio religioso.
Mán-Yuzhiruhu'lláh: "A Quién Dios Manifestará". Título que el Báb dio al Prometido.
Mashhadí: Un musulmán que ha hecho el peregrinaje a Mashhad.
Masjid: Mezquita, templo, lugar de adoración.
Maydán: Una subdivisión de un farsakh, Una cuadra o lugar abierto.
Mihdí: Titulo de la Manifestación esperada por el Islam.
Mihráb: Lugar principal de una mezquita donde ora el imán con su rostro vuelto hacia Meca.
Mi'ráj: "Ascenso" se usa en referencia a la ascensión de Muhammad, el Profeta al cielo.
Mírzá: Contracción de Amír-Zádih, que significa hijo de Amír. Cuando se coloca después de un nombre significa príncipe; si delante, simplemente señor.
Mu'adhdhin: Aquél que proclama el Adhán, la llamada musulmana a oración.
Mujtahid: Doctor musulmán en leyes. La mayoría de los mujtahids de Persia han recibido sus diplomas de los más eminentes juristas de Karbilá y Najáf.
Mullá: Clérigo musulmán.
Mustagháth: "A quien se invoca", cuyo valor numérico ha sido asignado por el Báb como el límite del tiempo fijado para el advenimiento de la prometida Manifestación.
Nabíl: "Erudito", "noble".
Naw-Rúz:"Nuevo Día". Nombre que se da al Año Nuevo Bahá'í; de acuerdo con el calendario persa, el día en que el sol entra en Aries.
Nuqtih: "Punto".
Pahlaván: "Atleta", "campeón". Término que se aplica a hombres valientes y musculosos.
Qádí: Juez: civil, criminal y eclesiástico.
Qá'im: "Aquél que se levantará". Título que designa al prometido del Islam.
Qalyán: Una pipa que se usa para fumar a través del agua.
Qiblih: La dirección hacia la que se vuelve la gente cuando ora; especialmente Meca, el Qiblih de todos los musulmanes.
Qurbán: "Sacrificio".
Sáhibu'z-Zamán: "El Señor de la Época". Uno de los título del Qá'im prometido.
Shaykhu'l-Islám: Jefe de una corte religiosa, que el Sháh designa en cada ciudad grande.
Siyyid: Descendiente del Profeta Muhammad.

Sura: Nombre de los capítulos del Corán.
Tumán: Suma de dinero equivalente a un dólar.
Valí-'Ahd: Heredero al trono.
Zádih: "Hijo".

Índice

‘Abbás Mírzá, (véase Mírzá Buzurg).
‘Abbás-Qulí Khán, instiga el martirio de Vahíd en Nayríz,
‘Abbás-Qulí Khán-i-Láríjání,
‘Abdu'-‘Alí, Hájí Shaykh, (suegro de Vahíd, hombre destacado entre la gente principal de Nayríz),
‘Abdu'l-‘Alí-Khán-i-Marághiyí, (Capitán de artillería del Príncipe Hamzí y amigo leal de Mullá Husayn en Mashhad),
‘Abdu'l-‘Azím-i-Khu'í, Siyyid (apellidado Siyyid-i-Khái-Dár) (uno de los sobrevivientes de Tabarsí),
‘Abdu'l-Baqí, Siyyid, destacado por su erudición (estuvo presente cuando el Báb dictó la Tablilla a Hájí Mírzá Jání en Káshán; después se hizo creyente),
‘Abdu'l-Hamíd-Khán, (cuyo hijo fue curado por el Báb),
‘Abdu'l-Karím-i-Qazvíní, Mullá de Qazvín (llamado también Mírzá Ahmad por Bahá'u'lláh),
‘Abdu'l-Vahháb, Hájí (el padre de Badí, el portador de la Tablilla dirigida a Násiri’d-Dín-Sháh),
‘Abdu'lláh Khán-i-Turkamán, (Jefe del ejército que recibió orden del Sháh para atacar Tabarsí),
‘Abdu'lláh Mullá, nativo de Shíráz (relata el asesinato de Mullá Taqí),
‘Akká, (referencia a las más grande Prisión), colonia penal turca, luego bajo mandato Palestino-Británico,
‘Alí Khán, Siyyid, arrestado en Zanján,
‘Alí Khán-i-Máh-Kú'í (guardián del castillo de Máh-Kú),
‘Alí Mardán Khán (Fuerte de), (traslado de Hujjat a), (nota 1).
‘Alí, Mírzá, Mullá, Shaykh, (llamado ‘Azím) sobrino del Imán Jum‘ih del Masjid-i-Vakíl,
‘Alí-Hájí, Mírzá Siyyid, (llamado Khál-i-A‘zam,), tío materno del Báb, también uno de los Siete Mártires de Teherán,

‘Alí-Askar, Hájí, (visita al Báb en Tabríz cuando estaba encarcelado),
relata la descripción del Martirio del Báb,
‘Alíy-i-Bastámí, Mullá (una de las Letras de los Vivientes), su llegada con otros compañeros a Shíráz, sufrimientos de,
‘Alíy-i-Mudhahhib, Mullá (uno de los asistentes que llevó a Vahíd a su martirio),
‘Alíy-i-Zunúzí, Siyyid (hombre de importancia de Tabríz, padrastro de Muhammad-‘Alíy-i-Zunúzí),
‘Azím, véase ‘Alí, Mírzá, Shaykh.
‘Azíz (tío de Bahá'u'lláh),
‘Azíz Khán-i-Mukrí (llamado Sardár-i-Kull), su encuentro con Hujjat,
'Abá Basír, (hijo de Hájí Muhammad-Husayn, quien rechazó al regimiento Iráqí en Zanján), cuyas informaciones agradece Nabíl para su relato sobre la revuelta de Zanján,
'Abid Hájí, Siyyid (uno de los asistentes que acompañó a Vahíd al campamento enemigo y a su martirio),
'Abu'l-Hasan-i-Shírází, Hájí,
Ahmad-i-Ahsá'í, Shaykh, (notas 1, 2 y 3),
Ahmad-i-Azghandí, Mírzá, (un ‘ulamá erudito de Khurásán),
Abu'l-‘Aliy-i-Harátí, (un enemigo de Mullá Husayn),
Abu'l-Hasan-i-Bazzáz, Hájí,
Abu'l-Qasím, Mírzá, (yerno y discípulo de confianza del mujtahid Mírzá Muhammad Taqí), investiga el mensaje de Bahá'u'lláh,
Abu'l-Qasím-i-Alaqih-Band-i-Isfáhání,
Abú-Tálib, Siyyid (el kad-khudá de un distrito de Nayríz y uno de los compañeros de Vahíd),
Abú-Tálib Khán, Mírzá, (cuñado de Mírzá Hasan, el medio hermano de Bahá'u'lláh),
Abú-Turáb, Shaykh, (nativo de Ishtihárd, uno de los discípulos de Siyyid Kázim), (véase nota 22, pág. 87?),
Alláh-Yár, Hájí (quien con la ayuda de Sulaymán Khán transfiere los restos del Báb a Teherán),
Amír-Nizám-Taqí Khán, Mírzá (Gran Vazír de Násiri'd-Dín Sháh),
Amír-Tumán (véase Muhammad Khán).
Áqá Ján Khán-i-Khamsih (conocido también por el nombre de Khamsih y de Násirí), coronel de la escolta que ejecutó al Báb,
Áqá Ján, Mírzá (amanuense de Bahá'u'lláh),
Áqá Khán-i-Núrí, Mírzá (el I'timádu'd-Dawlih quien fue sucesor de Mírzá Áqásí),
Áqásí, Hájí Mírzá (Gran Vazír de Muhammad Sháh),
Áqáy-i-Kalím (hermano de Bahá'u'lláh),
Áqáy-i-Rikáb-Sáz, Mírzá (uno de los que estuvo presente en el Masjid-i-Vakíl y escuchó al Bahá'u'lláh, posteriormente fue martirizado),
Asadu'lláh Mírzá (llamado Dayyán por el Báb),
Asadu'lláh, Hájí (destacado comerciante de Qazvín), uno de los primeros en ser martirizado en Qazvín,
Áyatu'l-Kursí (versículo del Corán, comentario sobre, por Siyyid Kázim),
Báb, (‘Alí Muhammad, Mírzá, de Shíráz),
infancia,

Su nacimiento,
en la escuela,
matrimonio,
estancia en Búshihr,
palabras de despedida a las Letras de los Vivientes,
referencia a Su madre y esposa,
Su arresto y el estallido de la peste,
liberación,
despedida de Sus parientes y partida de Shíráz,
Su carta a Manúchihr Khán,
honores y hechos por el pueblo a,
Su comentario sobre el Sura de Va'l-'Asr,
sentencia de muerte publicada por los ‘ulamás de Isfáhán,
Su profecía sobre la próxima muerte de Manúchihr Khán,
Su estancia de tres días en casa de Hájí Mírzá Jání en Káshán,
Su alegría por el mensaje y obsequio de Bahá'u'lláh,
Muhammad Sháh, carta a,
última etapa de Su viaje a Tabríz,
Su despedida a Sus guardias,
bienvenida dada por un joven discípulo a Su llegada a Tabríz,
encarcelamiento en el Castillo de Máh-Kú,
incidente en la celda de, en Máh-Kú,
sueño de, antes de la declaración de Su Misión,
Sus palabras a Mullá Husayn,
Su despedida de Mullá Husayn,
Su epístola a los creyentes,
encarcelamiento en el Castillo de Chihríq,
Su interrogatorio en Tabríz,
vejaciones que Le fueron infligidas,

regreso a Chihríq y Su epístola a Hájí Mírzá Áqásí,
efectos que el desastre de Mázindarán tuvo sobre Él,
dispone de Sus documentos,
llegada a Tabríz,
Su confinamiento en el cuartel,
Su advertencia al Farrásh-Bahá'u'lláhashí,
proclamación de Su sentencia de muerte,
solicitud de Sám Khán,
desaparición milagrosa,
nuevo y final atentado contra Su vida,
traslado de Sus restos a Teherán,
efectos de Su martirio,
Badasht (villorrio de), conferencia de,
significado de la reunión,
partida de Bahá'u'lláh de,
Bagdad,
Bahá'ís, Mártires,
ejecución del primero en Persia,
masacre de Qazvín,
lista de mártires de Mázindarán,
ejecución de los Siete Mártires de Teherán,
sepultura de los Siete Mártires,
nombres de mártires de Nayríz (Fuerte Khajíh),
mártires de Zanján,
Bahá'u'lláh (Mírzá Husayn -Alí de Núr),
incidente de Níyálá relatado por,
Su visita al Fuerte de Shaykh Tabarsí,
referencia a Sus actividades antes de la declaración de Su Misión,
Su viaje a Karbilá, incidentes relatados por,
Su encuentro con ‘Azím,
Su encarcelamiento en el Síyáh-Chál,
incidente en el Síyáh-Chál, relatado por,
saqueo de Sus propiedades en Mázindarán,
liberación y exilio a Bagdad,
Bahíyyih Khánum, "La Hoja Más Sagrada", (nota 42); véase también la página Dedicatoria.
Bálí-Sarí, explicación del término,
Bárfurúsh
Báqir, Mullá (el imán del Chinár-Súkhtih),

Báqir-i-Tabrízí, Mullá (una de las Letras de los Vivientes),
Basír-i-Hindí, Siyyid (convertido a la fe por Shaykh Sa‘íd-i-Hindí en la India), (nota 6).
Bayán, Persa, referencia al viaje del Báb a Meca y Medina en,
Búshihr,
Buzurg-i-Núrí, Mírzá ‘Abbás, padre de Bahá'u'lláh; uno de los administradores más sabios entre los Vazíres Núshíraván-i-'Adil),
Chihríq, Castillo de, transferencia del Báb a,
actitud de la gente hacia el Báb,
instrucciones a los creyentes para que se fueran de,
regreso del Báb a,
Farrásh-Báshí, advertencia del Báb a,
Fath-‘Alí Sháh,
Fírúz, Mírzá, Príncipe (el Nusratu'd-Dawlih, de Nayríz),
Genealogía del Báb,
Genealogía de Muhammad, el Profeta,
Ghulám-Ridá-i-Yazdí (acompaña a Vahíd a Nayríz; uno de los mártires de Khazíh,
Ghulám-Ridáy-i-Kúchik (acompaña a Vahid a Nayríz(,
Gurgín Khán (sucesor de Manúchihr Khán),
su comunicación a Muhammad Sháh,
Hádí (hijo pequeño de Hujjat, muerto en Zanján),
Hádí, Mírzá (hermano del Príncipe Mírzá Muhammad ‘Alí),
Hasan, Áqá, Siyyid de Yazd (hermano de Siyyid Husayn-i-Yazdí),
Hasan-i-Zunúzí, Shaykh,
Hujjat-i-Zanjání (Muhammad-‘Alíy-i-Zanján, Mullá)
conversión de,
actividades antes de conversión,
aceptación del mensaje del Báb,
encarcelamiento en Teherán,
su petición a Násiri'd-Dín Sháh,
muerte de su esposa e hijito,
su muerte y sepultación,
vejaciones infligidas a su cuerpo y suerte de sus familiares,
Husayn-i-Bushrú'í, Mullá (Bábu’l-Báb, Primera Letra de los Vivientes),
entrevista con el Báb en Shíráz,
despedida de,
palabras de despedida del Báb a,
su carta al Báb,

su partida a Khurásán,
partida a Mashhad y peregrinaje a Máh-Kú,
visita a Teherán,
llegada a Máh-Kú,
palabras del Báb a,
su llegada a Mashhad,
ataque por parte de la gente de Bárfurúsh,
rechazo por,
últimos momentos de,
muerte de,
referencia a su entierro y hazañas,
segundo en la lista de mártires de Fuerte Tabarsí,
Husayn-i-Mutavallí, Siyyid (traiciona a Quddús al enemigo),
Husayn-i-Tirshízí (nativo de Turshíz, una aldea de Khurásán) uno de los siete mártires,
Husayn-i-Yazdí, Siyyid (amanuense del Báb en Máh-Kú y Chihríq y una de las Letras de los Vivientes),
relato de su vida y martirio,
en Teherán,
Husayn Khán-i-Írvání (Gobernador de la Provincia de Fárs; llamado Ájúdán Báshí y generalmente designado en aquel tiempo como Sáhib Ikhtíyár),
encuentro del Báb con,
Ibráhím, Mírzá (hermano de Mírzá Muhammad-i-‘Alíy-i-Nahrí),
Imán Jum‘ih,
Iráq,
Isfáhán
visita de Mullá Husayn a,
estancia del Báb en,
Véase referencia,
Ismá‘il-i-Qumí, Hájí, Mullá (nativo de Faráhán y uno de los siete mártires),
Jáníy-i-Káshání, Hájí, Mírzá (llamado Parpá),
Ja‘far-Qulí-Khán-i-Námdár,
Javád-i-Karbilá'í, Hájí, Siyyid, (se le llamaba el Siyyid-i-Núr), (notas 18 y 19).
Javád-i-Kirmání, Hájí, Siyyid,
Kangávar (llegada de los creyentes y su encuentro con Mullá Husayn),
Karbilá,
Karbilá'í, ‘Abdu'l-Bagí (muerte de sus cinco hijos),
Káshán,

Kázim-i-Rashtí, Siyyid,
misión de,
su alusión al prometido,
visita al Báb,
el Báb asiste a sus clases,
encuentro con Bahá'u'lláh en Karbilá,
su muerte,
Khusraw-i-Qádí-Kalá'í (un renombrado bribón),
Khurásán (tierra de Khá),
primeros creyentes de,
Véase referencia,
Kinár-Gird (Fortaleza de),
Kirmánsháh,
Véase referencia,
Kulayn (aldea de),
Letras de los Vivientes,
nombres de,
palabras de despedida del Báb a,
instrucciones del Bahá'u'lláh a,
Máh-Kú (castillo de)
encarcelamiento del Báb en,
incidentes de la vida del Báb en,
Mahmúd-i-Qamsarí, Mírzá,
Manúchihr Khán, el Mu‘tamidú'd-Dawlih,
Mashhad,
Véase referencia,
Mázindarán,
revuelta de,
masacre general,
lista de mártires,
Véase referencia,
Meca,
Medina, Mihdí-Qulí, Mírzá, Príncipe,
"Más Grande Rama" (Título dado a ‘Abdu'l-Bahá, ‘Abbás Effendi, quien era el hijo mayor de Bahá'u'lláh y fue designado por Él como intérprete de Su Causa),
incidente relatado por,
Muhammad, Mullá (hijo de Mullá Taqí y esposo de Táhirih),
Muhammad-‘Alí, Mírzá, (hermano de Búyúh-Áqá y un distinguido Siyyid de Khuy),
Muhammad-‘Alí, Mírzá, de Tabríz (quien fue martirizado junto con el Báb),
Muhammad-‘Alíy-i-Nahrí, Mírzá, Príncipe (cuya hija, Munírih Khánum, fue unida en matrimonio a la "Más Grande Rama" -‘Abdu'l-Bahá-),
Muhammad-‘Alíy-i-Qazvíní, Mírzá (una de las Letras de los vivientes),
Muhammad-‘Alíy-i-Zanjání, Mullá (el Báb lo llamó Hujjat-i-Zanjání), véase Hujjat-i-Zanjání.
Muhammad-Báqir-i-Rashtí, Hájí, Siyyid (conocido como Harátí),

Muhammad-Báqir (sobrino de Mullá Husayn y una de las Letras de los Vivientes),
Muhammad-Big-i-Cháparchí,
Muhammad Hasan-i-Qazvíní (recibe en nombre de Fata'l-Qazvíní),
lleva mensaje de Táhirih a Quddús,
Muhammad-Husayn-i-Marághi'í (uno de los siete mártires),
Muhammad-Khán (el Amír Túmán),
Muhammad-i-Furíghí, Mírzá, Mullá,
Muhammad-i-Gulpáyigání, Siyyid (seudónimo de Ta'ir, a quien Táhirih designó como Fata'l-Malíh),
Muhammad-i-Mámáqání, Mullá (renombrado y erudito discípulo de Shaykh Ahmad-i-Ahsá'í),
Muhammad-Mihdí (llamado Safíhu'l-'Ulamá),
Muhammad-Mihdíy-i-Kandí (portador de un mensaje de Bahá'u'lláh al Báb),
Muhammad-Mustafá (un árabe nativo de Bagdad),
Muhammad-i-Núrí, Mullá (llamado Mu'allim de Núr), su encuentro con Mullá Husayn, su mensaje a Bahá'u'lláh,
Muhammad-Ridá, Siyyid (padre del Báb),
Muhammad-Ridáy-i-Manshádí, Mullá (uno de los esclarecidos 'ulamás de Manshád), Bahá'u'lláh le confirió el nombre de Rada'r-Rúh,
Muhammad-Taqí, Mírzá (el mujtahid principal de Sárí, Mázindarán),
Muhammad-Taqíy-i-Harátí, Mullá,
Muhammad-Taqíy-i-Mílání,
Muhammad-Taqíy-i-Núrí, Mírzá (un célebre mujtahid de Núr),
su encuentro con Bahá'u'lláh,
dos sueños de,
Muhammad-Taqíy-i-Kirmání, Hájí (uno de los siete mártires),
Muhammad-Sháh,
Muhít-i-Kirmání, Mírzá (declaración del Báb a),
Murtadá, Siyyid (un renombrado mercader de Zanján y uno de los siete mártires),
Mustafá-Big-i-Sanandají (un derviche; llamado Majdhúb, uno de los primeros en reconocer el rango de Bahá'u'lláh),
Nabíl-i-A'zam, Muhammad-i-Zarandí,
Najaf,
Násiri'd-Dín Sháh (el Valí-'Ahd, véase Glosario), (nota 4),
petición de Hujjat a,
atentado contra la vida de,
Navváb-Hamzih, Mírzá (Gobernador de Ádhirbáyján),
Navváb-i-Radaví (el más prominente de los adversarios de Vahíd),
Nayríz (revuelta de),
Naw-Rúz (fiesta de),
Níyálá (incidente relatado por Bahá'u'lláh),
Níyáz-i-Baghdádí, Hájí (incidente relatado por),
Núr (provincia de Mázindarán),
efectos de la visita de Bahá'u'lláh,
Qahru'lláh (nombre dado por el Báb al derviche procedente de la India en Iskí-Shahr),

Qazvín,
masacre de,
Quddús (el Báb le confirió el nombre de Ismi'llahu'l-Ákhar: literalmente "El Último Nombre de Dios"; la última Letra de los Vivientes),
llegada a Shíráz,
visita al tío materno del Báb en Shíráz,
encuentro con Sádiq-i-Khurásání,
visita Kirmán, Teherán y Mázindarán,
visitado por Mullá Husayn en Bárfurúsh,
instrucciones a Mullá Husayn,
partida hacia Mázindarán,
encuentro con Bahá'u'lláh en Sháh Rúd,
llegada de Quddús al fuerte de Shaykh Tabarsí,
heridas sufridas por,
asiste a los últimos momentos de Mullá Husayn,
martirio de,
Qum,
Qurbán-‘Alí, Mírzá (nativo de Bárfurúsh, uno de los siete mártires), (nota 35).
Sádiq-i-Khurásání, Mullá (conocido antes como Muqaddas y llamado por Bahá'u'lláh Ismu'lláh-hu'l-Asdaq), conversión de,
Sadru'd-Dawilíy-i-Isfahání (nieto de Hájí Muhammad-Husayn Khán-i-Isfahání y un general en el ejército imperial),
Sa‘ídu'l-‘Ulamá (el sacerdote principal de Bárfurúsh),
Sálih, Hájí-Mullá (padre de Táhirih),
Sám Khán (coronel del regimiento cristiano de Urúmíyyíh),
Sayyáh (Mírzá ‘Alíy-i-Sayyáh-i-Marághiyí), nota (4),
Sháh-Rúd (aldea de),
Shíráz,
estancia del Báb en,
referencia a aquellos que abrazaron la Fe en,
Véase referencia,
Síyáh-Chál (literalmente fosa negra),
referencia a,
encarcelamiento de Bahá'u'lláh en,
Síyáh-Dihán (aldea de, cerca de Qazvín), (nota 21).
Sulaymán Khán, Hájí,
martirio de,
Sulaymán Khán-i-Afshár,
Sultán-i-Karbilá'í, Shaykh,
Sura de Va'l-'Asr (comentario del Báb),
Táhirih (conocida también como Qurratu'l-Ayn, y Zarrín-Táji),
referencia a,
respuesta al llamado del Báb,
actividades en Karbilá,

actividades en Bagdad,
estancia en Kirmánsháh,
confinamiento en Qazvín,
su liberación por Bahá'u'lláh,
traslado a Teherán,
su actitud hacia el Báb y Bahá'u'lláh,
Taqí, Mullá (tío de Táhirih),
Teherán,
véase referencia,
Umm-i-Ashraf (una de las mujeres que se destacaron por la tenacidad de su fe en Zanján), heroísmo de,
Yahyá-i-Dárábí, Siyyid (llamado Vahid),
entrevista con el Báb,
viaje a Teherán y Yazd,
declaración de, a la gente de Yazd,
su partida a Nayríz,
martirio de, (nota 27)
relato de su muerte, (nota 28).
Yazd,
véase referencia,
Yúsuf-i-Ardibílí, Mullá,
Zanján (la revuelta de),
Zaynab (una aldeana), el heroísmo de,
Zayn'l-Abidín Khán (el gobernador de Nayríz),

Explicación de la Genealogía del Báb

1.- Descendiente del Imán Husayn de Shíráz-.
2.- Esposa del Báb.
3.- Llamado "Afnán-i-Kanír".
4.- Esposa de Mírzá Zaynu'l-Ábidín.
5.- Conocido como "Saqqá-Khání".
6.- Esposa de Hájí Mírzá Siyyid Hasan, hijo de Mírzá ‘Alí.
7.- Murió poco después de nacer.
8.- Apellidado "Khál-i-Asghar", a quien fue dirigido el Kitáb-i-Íqán.
9.- Apellidado Khál-i-A‘zam", uno de los Siete Mártires de Teherán.
10.- Apellidado "Vakílu'd-Dawlih", principal constructor del Mashriqu'l-Adhkár en Ishqábád.
11.- Apellidado "Vazír", nacido en Núr en Mázindarán; llamado Abbás.
12.- Llamado ‘Abbás.
13.- Llamado ‘Alí-Muhammad.
14.- Llamado Husayn-‘Alí.
15.- Esposa de Vakílu'd-Dawlih, Hájí Mírzá Muhammad-Taqí.
16.- Único hijo de Hájí Mírzá Muhammad-‘Alí.
17.- El yerno de ‘Abdu'l-Bahá.
18.- Descendiente del Imán Husayn, comerciante y natural de Shíráz.
19.- Yerno de ‘Abdu'l-Bahá.
20.- Único hijo de Mírzá Abu'l-Fath.

La Dinastía Qájár

Fath-‘Álí Sháh, ... 1798-1834 a.d.
Muhammad-Sháh, .. 1835-48 a.d.
Násiri'd-Dín Sháh, .. 1848-96 a.d.
Muzaffari'd-Dín Sháh, 1896-1907 a.d.
Muhammad-‘Alí Sháh 1907-9 a.d.
Ahmad Sháh ..... 1909-25 a.d.
Mírzá Abu'l-Qásim-i-Qá'im-Maqám
Hájí Mírzá Áqásí
Mírzá Taqí Khán Amír Nizám
Mírzá Áqá Khán-i-Núrí

Para más información sobre la Fe bahá'í:

www.librosbahais.com – www.bahaipr.org